

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

Departamento de Historia Contemporánea, Sección de Historia



TESIS DOCTORAL

**Pensamiento burgúes y problemas coloniales en la España de
la Restauración (1875-1887)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR

Elena Hernández Sandoica

Madrid, 2015

Elena Hernández Sandoica



X-49-038809-3

**PENSAMIENTO BURGUES Y PROBLEMAS COLONIALES EN LA ESPAÑA
DE LA RESTAURACION (1875-1887)**

TOMO I



ARCHIVO

Departamento de Historia Contemporánea

Sección de Historia

Facultad de Geografía e Historia

Universidad Complutense de Madrid

1982

TP
1982
173-I

Colección Tesis Doctorales. Nº 173/82



BIBLIOTECA

© María Elena Hernández Sandoica
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1982
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-20169-1982

Elena Hernández Sandoica

**PENSAMIENTO BURGÜES Y PROBLEMAS COLONIALES EN LA ESPAÑA
DE LA RESTAURACIÓN, 1875-1887.**

**Tesis doctoral
dirigida por el Catedrático de
Historia Universal Contemporánea
Dr.D.José María Jover Zamora.**

**DEPARTAMENTO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA
FACULTAD DE GEOGRAFIA E HISTORIA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

Esta tesis ha sido realizada bajo la dirección del Profesor D. José María Jover Zamora, a quien debo la idea primera de este trabajo, así como un estímulo y apoyo constantes. Lo mismo puedo decir de mis compañeros de la cátedra de Historia Universal Contemporánea de la Universidad Complutense, con quienes he compartido preocupaciones y momentos de satisfacción, y a los que me une una buena amistad. Compañeros y amigos son también Antonia Fernández Valencia, Juana Anadón, Gloria Nielfa, José Ramón Urquijo, Francisco Villacorta, Antonio Lafuente, M^a del Rosario de la Torre, Esperanza Yllán y Manuel A. Sellés, siempre dispuestos a prestarme una ayuda valiosa. Con M^a Fernanda Mancebo he compartido otros trabajos de investigación y una relación de -- amistad en la que no se halla ausente la opción y voluntad profesionales.

Igualmente quiero expresar mi gratitud a Juan Sisinio Pérez Garzón, Mariano Peset, Juan Gutiérrez Cuadrado y Julián Toro, siempre generosos en la atención y estímulo. Inmaculada Bernardo, Diego Núñez, Fernando Armario, María Cané, M^a Jesús Alvarez-Coca, Isabel Alvarez Bueno, Armanda Rodríguez Fierro y M^a Teresa Largo han sabido encontrar también el momento de dejar constancia, más de una vez, de su generosidad. José Luis Peset ha conciliado siempre un apoyo incondicional con la crítica minuciosa y atenta. A él van dedicadas las páginas que siguen.

I N D I C E

INTRODUCCION	1
--------------	---

PRIMERA PARTE

CAPITULO I. LAS PREMISAS ARANCELARIAS	19
---------------------------------------	----

1. De los envites del capital industrial: protección contra librecambio	20
2. La industria catalana y los tratados de comercio	24
3. Economía nacional e industrialización en la - España de finales del siglo XIX	46
4. De cara al nuevo siglo: pérdida de los mercados reservados y triunfo de la protección global	55
-Notas	68

CAPITULO II. LA GEOGRAFIA AL SERVICIO DEL COLONIALISMO.	89
---	----

1. Una <u>Sociedad Geográfica</u> para un puñado de impacientes	97
2. ¿Sucursalismo colonialista o humanismo científico? <u>La Asociación Española para la Exploración del Africa</u>	124
3. Enseñanza de la geografía y burguesía profesional	139
4. España y Africa, de nuevo: la andadura paralela de la ciencia y el comercio	151
-Notas	168

CAPITULO III. JOAQUIN COSTA Y EL AFRICANISMO ESPAÑOL	
DE LOS OCHENTA	187
1. El irrumpir de la actividad costiana	188
2. Liberalismo reformista y colonias	191
3. Sobre probables razones para un "desencanto".	206
-Notas	213
CAPITULO IV. REVITALIZACION EXPANSIONISTA Y CAMBIO	
DE COYUNTURA EN ESPAÑA (1880/85) .	229
1. Balance de una producción teórica y de una -- frustrada práctica. Sobre literatura de via-- jes y escritos de política y economía	230
2. El gozne de la transición: el <u>Congreso Geográ- fico</u> de 1883, y los orígenes del africanismo organizado	262
3. Las pesquerías <u>Canario-Africanas</u> y su evolu- ción	367
4. Colonias y abolición en Joaquín Costa	382
-Notas	387

SEGUNDA PARTE

CAPITULO V. PLASMACION DE UN PROYECTO: ESPAÑA EN	
AFRICA .	429
1. El horizonte marroquí y la cuestión triguera .	433
2. Primeros frutos de la acción privada: las <u>ex</u> pediciones a la costa occidental africana y su costo	453
3. España en el Sahara occidental	468
4. La actuación en Guinea: surgen los problemas	473
-Notas	479

CAPITULO VI. REMODELACION Y EVOLUCION DE LAS SOCIEDADES DE GEOGRAFIA	499
1. De la <u>Sociedad Española de Africanistas y Colonistas</u> a la <u>Sociedad Española de Geo- grafia Comercial</u>	501
2. Divulgación científica y repliegue social en la <u>Sociedad Geográfica</u> madrileña	510
-Notas	516
CAPITULO VII. COLONIAS Y DIPLOMACIA ANTE EL PAR- LAMENTO Y LA OPINION PUBLICA (1875/85)	519
1. De la <u>política de recogimiento</u> al "enaa- yo" Vega de Armijo	521
2. El contrabalanceo de la acción exterior - española: la vertiente colonial	542
-Notas	564
CAPITULO VIII. EN LA CUSPIDE DE LA AGITACION CO- LONIAL: EL AÑO DE 1885	597
1. Práctica colonial española tras la confe- rencia de Berlín	599
2. El fenómeno colonial como ideología: el asunto de Las Carolinas	616
3. Colonialismo portugués y colonialismo es- pañol: los viajeros Capelo e Ivens en Ma- drid	646
-Notas	659
CAPITULO IX. LA ALTERNATIVA AFRICANA	691
1. Las posesiones oceánicas y el proyecto de colonización agrícola en los alrededores de Melilla	693

2. Francia y España ante el problema marroquí	710
3. Monopolio contra librecambio en Río de Oro y vicisitudes de la industria pesquera en la costa occidental del Sahara	721
-Notas	747

TERCERA PARTE

CAPITULO X. LA DOBLE VIA REFORMISTA DEL COLONIALISMO ESPAÑOL

1. La quiebra de la ilusión colonial en Joaquín Costa y el fracaso del modelo de desarrollo armónico	758
2. Reordenación del ámbito ultramarino en los años ochenta	780
3. Iniciativa colonial y mercado nacional: las fronteras del cambio arancelario	815
-Notas	829

CAPITULO XI. LA ACCION DEL ESTADO: NAVEGACION ULTRAMARINA Y SERVICIO DE CORREOS (I)

1. El transporte marítimo y los orígenes del capital financiero en España	855
2. Primas a la navegación y subvenciones en la crisis de transformación de la marina mercante	905
3. Navegación a vapor y concurrencia: hacia el monopolio del servicio postal	912
-Notas	965

CAPITULO XII. LA ACCION DEL ESTADO: NAVEGACION ULTRAMARINA Y SERVICIO DE CORREOS (II).

1. La <u>Compañía Trasatlántica Española, S.A.</u> ,-- (1881), y los capitales destinados al trans- porte marítimo	985
2. Servicios al Estado y concentración monopo- lista	1002
3. La ampliación de los horizontes coloniales y las líneas de navegación	1012
4. Poder legislativo y opinión pública ante la concesión monopolista: la discusión en Cor- tes del nuevo contrato con la <u>Compañía Tras-</u> <u>atlántica</u> (1886/87)	1033
-Notas	1094

EPILOGO-CONCLUSION .	1106
----------------------	------

FUENTES Y BIBLIOGRAFIA

1. Bibliografía citada	1119
2. Fuentes de la investigación	1154
3. Abreviaturas de prensa	1157

APENDICES

1. "España y la exploración del Africa", por F.Coello (1877).....	1160
2. Lista general de socios de la Sociedad Geo- gráfica madrileña (1876)	1171
3. Estatutos de la Asociación Española para la Exploración del Africa (1877)	1202
4. Bases presentadas por la Comisión elegida - para fijar los medios de propagar los cono- cimientos geográficos (1878)	1204
5. Asociación Euskara para la exploración y ci- vilización del Africa Central, por M.Iradier (1879)	1206

6. Informe de la Comisión ejecutiva sobre el plan de una exploración por el centro de Africa, por M.Iradier (1880)	1210
7. Estatutos de la Compañía Trasatlántica,SA. (1881)	1216
8. Acta de constitución de la Compañía Trasatlántica (1881)	1245
9. "Pesquerías de Canarias", por G.M.(1882)..	1249
10. Lista de participantes en el Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil .. (1883)	1266
11. Reglamento de la Sociedad Española de Afri- canistas y Colonistas (1884)	1277
12. Lista de socios de la Sociedad Geográfica Madrileña (1884)	1280
13. Proyecto de ley presentado a las Cortes -- por el ministro de Ultramar para ratificar el contrato celebrado con la Compañía Tras- atlántica Española (1886)	1297
14. Copia del contrato... (1886)	1307

1

INTRODUCCIÓN:

LA AVENTURA COLONIAL COMO EXPERIENCIA BURGUESA

Si hubiera de calificar brevemente el trabajo que presento a la consideración del tribunal, yo diría que se trata, - fundamentalmente, de un intento de comprensión general de los -- años ochenta del XIX español, de un corte en la estructura social de la década siguiendo el hilo de la idea colonial y su fortuna. Vaya esto por delante, porque no se trata aquí de valorar -en más o menos estériles disputas teóricas- si el colonialismo español del momento, recién dispuesto a figurar de hecho y de derecho en la revitalización imperialista, cumple unos determinados requisitos formales para poder ser inserto en el conjunto, o -- por el contrario, corresponde a pulsiones extra-económicas de fácil manipulación política e ideológica, incluso a posteriori

(1). La historiografía mundial más reciente viene a matizar, liberándolas de un corsé demasiado estrecho, interpretaciones mecánicamente repetidas que relegaban a los colonialismos portugués, español e italiano, en términos amplios, al dominio de la ideología y la política, el mimetismo y la dependencia del exterior

(2). De todo ello hay sin duda en el caso que nos ocupa, pero un análisis mínimamente detenido no creo pueda seguir otorgándoles estatuto de vademecum explicativo y digno de reproducción apresurada.

Muchos cabos han quedado, no obstante, por atar a la hora de dar forma, por el momento, a las respuestas obtenidas para un sector de la amplia problemática que, espontáneamente, me había ido surgiendo a lo largo de seis años de girar en torno a lo que fuera el objeto inicial de mi trabajo. Enfrascada en la

compulsa sistemática del pensamiento político-internacional de los hombres de la restauración alfonsina, no era preciso acudir a ninguna sofisticada técnica de cómputo para constatar sin sorpresa al go en principio lógico y natural, pero en cambio relegado por la historiografía contemporánea, como si la sombra culpable del 98 hu biera impedido aún afrontar de cara el problema. Muy recientemente, se quejaba el profesor Jover Zamora de esta carencia, al intro ducir una breve relación de excepciones, tanto más valiosa por su rareza: "Es inconcebible el olvido en que los historiadores penin sulares tenemos (...) el papel de los intereses, de las experiencias, de las ideologías, de los temores y de las utopías coloniales en la vida social y política de España durante la larga etapa del colonialismo antillano que se extiende entre la emancipación de los Estados continentales y el 98" (3). Afortunadamente, grupos de trabajo en curso permiten prometerse el relleno de esos vacíos, difícilmente disimulables (4), ampliando y diversificando las orientaciones y los temas de historia colonial.

Pero no se trata sólo de proyectar linealmente la sombra de la metrópoli sobre los sustratos de colonización ultramarina, sino como el propio Jover señala, de "interiorizar" la política colonial efectiva de los sucesivos gabinetes en la España contemporánea, para devolverle al proceso una auténtica dimensión global. Los trabajos pioneros de Manuel Espadas, Jordi Maluquer y Miquel Izard, tantas veces citados a lo largo de las páginas que siguen, aguardan demasiado a una fructífera prosecución por parte de otros estudiosos. En estas circunstancias, la aportación que aquí pueda contenerse no mirará más allá del horizonte próximo de

lo existente; en otras palabras, sólo tras amplias calas sectoriales en un contexto que sé demasiado amplio, las sugerencias aquí contenidas serán susceptibles de confrontación. No obstante, confieso no haber sido capaz de sustraerme al reto de la interpretación. La práctica social y política de cada una de las burguesías peninsulares, cualquiera que fuese su peso específico en el conjunto del bloque de poder, venía a cobrar con frecuencia esa dimensión colonial que, con tanta ligereza, se ha subordinado o yuxtapuesto a otras dimensiones de estricta localización metropolitana. Colaborar de algún modo a la comprensión de dicha magnitud colonial (americana o asiática, vieja o nueva, africana de impregnación militar o, por el contrario, de controvertido -talante económico...), esa ha sido mi intención al concretar finalmente los objetivos y los límites de la redacción de esta tesis doctoral.

No se me oculta lo que resta sin embargo por hacer, -tanto en extensión como en profundidad. Queda en pie, y apenas tanteado, el desafío que llegó a absorber los primeros pasos y orientaciones de esta investigación, el pensamiento político-internacional de la Restauración temprana. Con la consciencia clara de todas estas limitaciones escribo hoy acerca del rol colonial en los proyectos y realizaciones políticas de unos hombres (burgueses todos ellos, pero con realidades y querencias diferentes), protagonistas -casi ninguno anónimo- en la historia del XIX español.

.

Las viejas colonias americanas y filipinas, las que escapan aplazadamente a la redistribución política y económica -- que nace con el siglo para consolidarse en breve, son parcial -- válvula de escape para el despertar industrial y la producción -- agraria de un país con estructurales problemas de mercado y progresivamente envuelto en las redes de la dependencia financiera. Cuba juega fundamentalmente ese papel, y sobre ella se han centrado con preferencia las no demasiado abundantes reflexiones de algunos historiadores de la política y pocos más de la economía. A su lado, Filipinas conserva indiscutiblemente un lugar secundario y reservado, constituyendo un potencial mercado que apenas si hubo tiempo de poner en explotación, cuando se creyó preciso, puesto que poco después se veía arrebatado por sorpresa en la -- misma operación redistributiva que absorbiera a las Antillas como objetivo preferencial. En tercer lugar, las posesiones africanas anteriores a los años ochenta sestean a la sombra de una administración débil y en perpetua restauración de fachada, que apenas si en algún momento llega a penetrar hacia sus estructuras, depositadas confiadamente en manos del ejército y la justicia penal --unas--, y en manos de las misiones religiosas, otras.

Todas estas plataformas coloniales (pero las más importantes económicamente para la metrópoli lo serán más) son terreno abonado para el reformismo burgués, cualquiera sea la forma, razones y expresión ideológica que éste adopte. El Sexenio democrático se había ofrecido como conjunción irrepetible de coyunturas burguesas, en las que resulta difícil distinguir proyectos de implantación fáctica y concreta, de ensoñaciones utó-

picas más o menos aplazadas; la historia los mezcló todos, sedimentándolos en el cauce de la corriente política de la Restauración canovista. Porque buena parte de los hombres que, con sus ideas de moralización administrativa o de modernización económica y política del sustrato colonial, pretendieron en suma la transformación de España en junto, afrontaron también con distinta fortuna y complacencia la coyuntura restauradora. Y el telón de fondo de su pensamiento constituye la referencia inevitable para cualquier estudio, institucional o social, económico o ideológico, de los quince primeros años de la andadura alfonsina. - Sus presupuestos, intereses o planteamientos en materia colonial se hallan aquí por ello omnipresentes, aunque no siempre se haga referencia explícita a la fuente que los inspira.

Pero los años ochenta, deslumbrantes paradójicamente en la oscuridad misma a que los ha llevado el arrastre estelar del 98, significan mucho más que una continuación, en la historia de España. Nada menos que la consolidación formal de los focos de acumulación capitalista en nuestro país, en términos contemporáneos, con la canalización precisa para dar vida a intereses nacionales que entablan (hasta lograr un status satisfactorio) el juego -concurrential o, con más frecuencia, acordado- con el capital extranjero, que se aferra firmemente a su reciente trayectoria triunfal. Significan también el equilibrio momentáneo (siempre con la necesaria tendencia al alza) del sector -comercial, especialmente vinculado en su vertiente exterior a la centralización de capitales que comienza a perfilarse en el transporte marítimo, fomentado a su vez por la cobertura arancelaria que hacía del cubano un mercado de excepción. Signifi-

ca, en suma, la década de los ochenta la clara decantación del Estado hacia posturas refuerzo del capital consolidado y de protección hacia los grupos más potentes, al menos en sectores de neta dimensión política, como es éste de la navegación ultramarina que aquí comienzo a abordar. Muchas más vertientes tienen sin duda los ochenta, ello es obvio: el análisis de sus instituciones culturales, de su prensa, de sus manifestaciones artísticas revelan mucho más de lo que en principio ese decenio poco grato y aparentemente gris parecía ofrecer. Revelan, y sobre ello se ha escrito más abundantemente que sobre cualquier otro factor de los varios que entran en juego, una confrontación de clases que la aceleración capitalista lleva en sí misma, y que la efectiva -- puesta en práctica del mecanismo de la alternancia política liberal facilita en sus manifestaciones externas.

Sin embargo, la década de 1880 se caracteriza ante todo por un golpe coyuntural que, en el caso de España, incide sobre una crisis de las estructuras difícilmente superable ya en el contexto de una reorganización de la producción y distribución agrarias a nivel mundial. La crisis triguera aparece así, apenas iniciados los ochenta, vertebrando toda una serie de epifenómenos variados que hallan su íntima conexión en la sempiterna cuestión agraria, tanto más dolorosa para las penínsulas mediterráneas cuanto que parecen encontrarse a punto de perder definitivamente el tren de la plena incorporación al centro del sistema. En conexión profunda con el problema del trigo entiendo yo se hallan los orígenes más relevantes de la nueva política colonial en España, al menos en lo que hace a su principal promotor, Joaquín Costa, en los momentos iniciales del arrastre, y por más

que se encuadre en el contexto preciso de una acción institucional (representada por la Sociedad Geográfica y sus prolongaciones) que por ello son objeto en estas páginas de detenida atención.

Y definiendo esa relación porque, después de tropezar una vez tras otra con el problema de lo inexplicado (por qué Costa se entrega con vehemencia a una acción colonial que después abandona súbitamente) para, en un intento de ir más allá de las individualidades indagar el significado social y económico de la cuestión en sí, la figura de Costa - en este decenio largo que se abre entre 1876 y 1887 - volvía una y otra vez a significarse al frente de la mayor parte de la sucesión fáctica de acontecimientos y de la elaboración teórica de manifiestos o proclamas. No obstante, la disección detenida del resto de los intereses en juego ofrecía a quien la considerara con aquellos objetivos la clara constatación de que una dimensión burguesa dominante permitía sin escrúpulos su comparación, en términos socio-económicos, con la iniciativa colonial presente en los focos centrales de la expansión europea, por aquellos años que bordean a la Conferencia de Berlín. A aquélla - entonces tímida - seguridad me había llevado la consulta reflexiva de las publicaciones de la Sociedad Geográfica, y la después brillantísima Sociedad de Geografía Comercial; los folletos, conferencias, y - no tan abundantes - intervenciones parlamentarias; las tampoco abundantes referencias diplomáticas (casi siempre a remolque de la acción propagandista de aquellas sociedades o, cuando no, pendiente de la impopular política de Vega de Armijo...). En suma, ignorando to

davía mucho a propósito de la toma de decisiones y de las presiones que sin duda la envolvieron, aparecía ya con claridad quiénes eran los grupos sociales interesados en promover una intervención colonial española a lo largo del último cuarto del siglo XIX. De sus vacilaciones y "traiciones" dependía en buena parte la suerte política de los territorios incorporados, sometidos antes o después a una explotación económica.

La certidumbre me llegó con la aparición, de una importante publicación que confirmaba mis hipótesis de trabajo (5). La alegría de la confrontación se vió pronto nublada por la necesidad, perentoria, de sacar el mayor partido posible a unos materiales - casi exactamente los mismos, para buena parte del trabajo - sobre los que llevaba reflexionando algo más de año y medio. Se me ofrecían varias posibilidades: la vuelta al contexto global del pensamiento político en su vertiente internacional, o la profundización sobre las pistas que los materiales impresos me proporcionaban, eran las dos de mayor viabilidad. Elegí la segunda, incorporando materiales inéditos de archivo, y concibiendo, en fin, este trabajo como una serie progresiva de calas suficientes para construir un modelo de interpretación.

Acotado el círculo madrileño de africanistas, su publicística y su acción política, con los resultados más o menos eminentes de su labor, la prospección de otros caminos me llevó directamente a las esferas del gran capital. A esa altura, todavía sin nítidas diferenciaciones, industriales y comerciantes, banqueros y transportistas, cerealistas o vinateros, podían aparecer alternativamente propugnando o censurando la acción colo-

nial. Los móviles de su conducta no aparecían siempre transparentes. La ingenuidad de buena parte de los paladines del textil catalán no es fácilmente recontrable en la mayoría de las manifestaciones verbales de aquellos otros protagonistas de la dimensión económica colonial. Una parte importante de lo que hasta el momento he conseguido decantar se halla aquí presente también, como punto de referencia inevitable.

De entre todos los senderos recién emprendidos el más rentable (a pesar de lo incompleto, todavía) fue sin duda el de las comunicaciones marítimas con las áreas coloniales, que ofrece materiales privilegiados por sus dimensiones políticas y económicas en el ensamblaje con la esfera de lo oficial. La Compañía Trasatlántica, pronto beneficiaria del monopolio de la subvención postal, siempre considerada como una de las magnas entidades beneficiarias de la explotación colonial, venía a situarse así en el centro de la investigación; pero el grupo financiero en el que se integra la naviera, proporcionaba a su vez, por sí solo, un campo de trabajo prácticamente inabordable, a pesar de la profusión dispersa y variopinta de detalles e informaciones sobre unas actividades propensas a la manipulación patriótica y a la exaltación del sentimiento nacional. La tan traída y llevada dimensión española de las empresas capitalistas de los marqueses de Comillas, pronto desnaturalizada en realidad en su inevitable contacto con el capital extranjero, volvía a plantear sobre el tapete, una vez más, la relación agónica entre protección y libre comercio, entre el fomento de las empresas nacionales o la vía libre a la entrada indiscriminada de capitales y servi-

cios externos, complejo enfrentamiento de banderas que no siempre agrupan a homogéneos contendientes. Y no se trataba sólo de la mensurable proyección que adquiere el conflicto colonial como cristalización precisa de nuevas posibilidades de enriquecimiento (transportes de tropas, participación amplia e impuesta en los empréstitos concertados con el Tesoro, etc.), sino de la constatación de un fenómeno intuible: la vinculación directa con el Estado, a través de una vieja relación que se estrecha progresivamente, es el núcleo generador de la prosperidad monopolista de la empresa marítima de Antonio López y quienes lo acompañaron en su importante empeño.

Todo ello tiene su historia fáctica, no sin alteraciones, pero en absoluto interrumpida a lo largo de estos años que se tratan aquí. Tomar el pulso a la sucesión de esa carrera concurrencial y múltiple por el control de las fuentes de acumulación de base colonial es tarea superior a la que pudiera abordarse en estas páginas, y por ello he venido a limitarme al establecimiento de un modelo, provisional y operativo, para la articulación de algunas de las vertientes de un fenómeno complejo. Y complejo no sólo por la entidad real de sus propias dimensiones y relaciones externas sino porque se inserta con profundidad en el nudo irresoluto de la evolución del capital en España a la altura de 1880, porque remite sin dilación posible a la consideración específica de la posición internacional de España a cualquiera de los niveles afectados (económica y político fundamentalmente), porque apunta, en suma, hacia el centro preciso del análisis ponderado de la evolución social

en la España de la transición imperialista. En esta última dimensión traté, finalmente, de reagrupar las coordenadas de la investigación. Es por ello por lo que pienso que, ante todo, es este un estudio de historia social, o al menos así lo he querido, primando quizá la manifestación ideológica que generosamente me ofrecía la temática. Porque a lo largo de estas páginas se mueven básicamente los hilos de unos conflictos burgueses, prestos a la recreación escrita de sus orígenes o a la explicitación teórica de sus presupuestos; avalados por una contabilidad de empresa o por la constancia anotada de unas presiones junto al poder ejecutivo; realizados, en fin, sobre la incorporación de nuevos espacios o volcados sobre la secular explotación de los viejos substratos de la colonización mercantil.

Pero esa trama compleja de grupos burgueses en litigio, en acción conjunta o, simplemente, en yuxtaposición más o menos soportable, se orienta - se había orientado tradicionalmente en su vertiente colonial - hacia la explotación privilegiada que el control de los mercados reservados les proporciona. Sobre esta base, en trance de convulsión acelerada, viene a insertarse la aparición paulatina de las nuevas aspiraciones africanas, el letargo desde la conclusión de la aventura de Wad-Ras. Paulatina, porque se mece desde unos años atrás en el trasfondo impecable de la reproducción en España, mediada la década de los setenta y poco después de conseguida la normalización política, de la base institucional que acostumbra a acompañar, en Europa, la realización práctica de las iniciativas múltiples de un reparto todavía posible. La Sociedad Geográfica Madrileña canali-

za así los deseos de expansión de un puñado de profesionales de la milicia y de las letras, del bufete y de la cátedra. Pero sin negarles a ninguno de ellos la correspondencia real con peticiones o deseos de indudable base social (y a las puertas del reajuste de clases, casi por ende, político), creo poder afirmar que la plasmación real de sus aspiraciones, en la mayor parte de los casos hubiera podido quedarse en la cuneta de no contar con voluntad individuales capaces de superar las limitaciones sociológicas del grupo en que se insertaban. La figura de Joaquín Costa, de nuevo, venía a cerrar el bucle del acopio documental de este trabajo, dotada esta vez de connotaciones diferentes de las que en un principio se desprendían de su copiosa labor en materia colonial.

Reimplantada en el marco de la iniciativa africanista de mediados de los ochenta; consciente de la nada dudosa pertenencia a Costa de la mayor parte de los artículos sin firma que conforman la publicística colonial en aquellos momentos; sabedora, en fin, de que el proyecto de reorganización burguesa de la sociedad española que Joaquín Costa propugnaba pasaba por una propuesta agraria y pequeño-parcelaria, de reducción del cultivo cereal y propagación del regadío, esbozada ya sin ambigüedades en los albores de los ochenta, no parece necesario sentir escrúpulos en vincular estrechamente la actividad colonial de Joaquín Costa con este punto, nodal y constante, en su trayectoria de agitador político: el problema de la tierra en el campo y la sociedad españoles. Pero hay más. Porque el fulgurante paso del joven Costa - poco más de treinta años - por las alturas de la

expansión hacia afuera, sorprendente por su misma magnitud (la consecución efectiva para la soberanía española de un puñado de kilómetros cuadrados) y por lo acotado de su extensión cronológica, corresponde - con todas las explicaciones providencialistas o individualizadoras que se quiera - a las aspiraciones latentes (explicitadas hasta la magnificación e hipostasias en definitiva por Costa) de un sector de la burguesía que apostaba, al menos en principio, por una liberalización progresiva de la sociedad española en su totalidad. Sin embargo, esa dimensión utópica que el propio liberalismo, en un sentido estricto, conlleva iba a ser la primera en argüir en contra de la exigencia costiana de una amplia protección estatal. Primera contradicción que la incipiente elaboración de modelos armónicos y de pactos sociales del Joaquín Costa de 1887 no es capaz de resolver (¿cómo había de serlo si afectaba de lleno al mismo centro de la problemática global de su momento!), y que le llevará a abandonar la empresa como agotada en sí misma, en silencio primero, en amargo recuerdo años más tarde.

Para entonces - y Costa es consciente quizá como ninguno de sus contemporáneos, porque suponía en definitiva el fracaso de sus construcciones teóricas de armónico voluntarismo anclado en la realidad social de su tiempo -, para entonces la recién adquirida base colonial de implantación africana se desliza insensiblemente hacia los intereses de la oligarquía capitalista. Joaquín Costa la había relacionado esperanzadamente, con una alteración favorable en las condicio-

nes de vida de las clases medias, agrarias y urbanas, con una agilización de los intercambios y un abaratamiento del consumo, con una acción preventiva como guardafuegos de la conflictividad social... Pero, sin lugar a dudas, los primeros beneficios revertían ahora también en provecho de - casi exactamente - la misma aristocracia oligárquica que controlaba (ya) los mercados antillanos y/o Filipinas. Junto a la inercia diplomática - eficaz retaguardia del reducido espíritu de empresa del capitalismo español -, la succión controlada de las nuevas fuentes de aprovisionamiento, de los nuevos mercados (la base económica de Costa es, casi invariablemente, de un librecambio veteado del mercantilismo triunfante en la Europa del norte más de un siglo atrás), representa sin duda alguna la primera batalla perdida en la lucha de los reformismos progresistas en la España de la Restauración.

Costa pierde esa batalla, y por eso abandona la escena colonial mientras otros aguardan al pie del cañón. Pero también la pierden los liberales demócratas wubanos, largo tiempo basculantes en pos de la transformación administrativa que insertara a su demarcación en el conjunto nacional al que aspiraban, plenos los derechos y plena la integración de sus habitantes en la metrópoli. También la oligarquía peninsular se disponía aquí a reforzar las alambradas de la explotación acotada, y sólo la ruptura violenta de su ficticia seguridad la obligará, años después, a volver sus iniciativas hacia otros horizontes.

Notas

- (1) Es corriente hallar en los manuales afirmaciones rotundas como ésta: "El ejemplo del renacimiento imperialista de Portugal y España es el caso más ilustrativo de imperialismo no económico, nacido ante todo de una toma de conciencia ideológica. El sentido de una misión, la convicción de un destino nacional -en el sentido providencial- están por encima de los intereses materiales" (J.L.Miège, Expansión europea y descolonización..., p. 15).

Por su parte, la historiografía de izquierda tampoco ha hecho demasiado por rectificar estas valoraciones, en lo que -por cierto- no hacía sino corroborar las apreciaciones aceptadas y repetidas por el propio Gramsci al estudiar el caso italiano (Cfr. A.Gramsci, Il Risorgimento, Turín, Einaudi, 1972, p.77: "L'imperialismo di Crispi fu un imperialismo passionale, oratorio, senza alcuna base economico-finanziaria. L'Europa capitalistica, ricca di mezzi e giunta al punto in cui il saggio del profitto cominciava a mostrare la tendenza alla caduta, aveva la necessità di ampliare l'area di espansione dei suoi investimenti redditizi; così furono creati dopo il 1890 i grandi imperi coloniali. Ma l'Italia ancora immatura, non solo non aveva capitali da esportare, ma doveva ricorrere al capitale estero per i suoi stessi strettissimi bisogni. Mancava dunque una spinta reale all'imperialismo italiano ed essa fu sostituita la passionalità popolare dei rurali ciecamente tesi verso la proprietà della terra: si trattò di una necessità di politica interna da risolvere, deviandone la soluzione all'infinità"). Para España, puede revisarse la importante obra de Tuñón de Lara, por ejemplo, o, más específicamente, los estudios de Roberto Mesa en torno a la idea colonial: "EL español, que vive mal y tardíamente las etapas de la revolución industrial, no ve en las colonias la panacea económica de sus padecimientos sociales" (La idea colonial en España, Valencia, Fernando Torres, 1976, p.91).

Respecto a la instrumentalización subsiguiente de la acción colonial española en el XIX y principios del XX, son buena muestra las obras de García Figueras, Flores Morales y otros muchos. El primero de ellos escribía, en 1966: "No es (mi) propósito intentar dar una visión conjunta de lo que fué nuestra acción africana, sino que, por el contrario, nuestro principal interés se centra en obtener de esa acción enseñanzas que nos sean útiles para el presente y para el futuro de España en sus relaciones - con el continente africano y, de un modo especial, con Marruecos, relaciones que responden a esa constante histórica que, en virtud de tantos y tan varios fundamentos, marca su necesidad imperiosa y su conveniencia indiscutible" (La acción africana..., vol.II, p.299).

Todavía en 1970 Luis Sáez de Govantes recibía el premio "África" de literatura por una obra que no pretendía "ser historia, y menos estadística. La primera, porque está escrita; la segunda, porque es ciencia fría" (El africanismo español, Madrid, CSIC, 1971, p.7). Si pretendía, en cambio, buscar el "significado y esencia indudable" de aquella acción, porque: "España no acudió a --

Africa como a un segundo Cimarrón, a la subasta, a la carrera de la posesión cuando sonó el clarín del colonialismo y del reparto. España no participó jamás en ese juego por la forja de imperios inventado en la mesa europea. A los -- fríos propósitos de las naciones que supieron ver mercados y ocasión de grandeza, a la "bandada de cuervos", no se sumó España. Para nuestra Patria, Africa no era novedad y ni siquiera asombro; no era un descubrimiento, y menos una mina, unos bosques o una inmensa fábrica. Tampoco era una tienda o un Eldorado ni, en otro aspecto, objetivo político o estratégico. Era, sencillamente, una actualización de aquel -- pensamiento viejo que sí fué en otros tiempos norte de una política. Africa, idea antigua, casi muerta, resucitaba gracias al "descubrimiento" europeo. Resucitaba para España, -- que así reverdece su vocación de siglos. España acudió a Africa, en esta etapa decisiva, un poco empujada y sorprendida. Llegó tarde, no pujó como debía, y pudo presenciar la invasión y el reparto que el tapete verde de Berlín había -- autorizadado. (...) El camino de España estaba trazado, y sólo lo podía dirigir a Africa la lánguida mirada de lo que aún consideraba un "sagrado mandato". A esa Africa tan de España por muchos y reconocidos conceptos, se fué en la carrera colonial porque lo importante, al igual que en el conocido "slogan" deportivo, era participar. Poco nos dejaron, pero lo suficiente para poner en práctica nuestra vocación". (L.Sáez de Govantes, *ibid.*, pp.27-28).

- (2) Precisamente por estas recientes, pero divulgadas, matizaciones, resulta difícil de aceptar el seguir manteniendo en los trabajos de investigación últimos olímpicas afirmaciones como la siguiente: "En resumen, podemos decir que -- el africanismo español fué un movimiento minoritario, obra de unos cuantos señores ilustrados, o de una burguesía, -- principalmente catalana, que tenía interés en conseguir nuevos mercados." En este mismo contexto, Joaquín Costa resulta ser quien "sin ninguna ambición política y sin ninguna -- responsabilidad oficial, trabaja incansablemente promoviendo mítines, organizando exploraciones, pronunciando conferencias, etc.; en fin, tratará de dar impulso a un movimiento que realmente no interesó a casi nadie, ni siquiera al -- gobierno, y mucho menos a la opinión pública" (J. Muñoz Valencia, "El Africanismo español a fines del siglo XIX (1870-1897)", memoria de licenciatura, Madrid (Universidad Complutense), Fac. Geografía e Historia, 1980, p.127.)
- (3) J.ª Jover Zamora, Prólogo, al vol. XXXIV de la Historia de España de Menéndez Pidal (La Era Isabelina y el Sexenio democrático, 1834-1874), Madrid, Espasa-Calpe, 1981, p. CLVII, nota 1.-
- (4) Me refiero fundamentalmente al grupo de trabajo que dirige en la Universidad Autónoma de Madrid Víctor Morales Lezcano, del que hay noticia explícita en la Revista de Historia Moder

na y Contemporánea (UAN), marzo 1981, nº 6, pp.74-74, y en Bulletin du Département de Recherches Hispaniques de la Université de Pau, nº 20, febrero de 1981, pp.18-19.

Por otro lado, esta misma fuente proporciona también reciente noticia respecto a la lectura de la tesis de 3er. ciclo de J.M.Desvois, "La guerra de Marruecos y la opinión pública española, del desastre de Annual al golpe de Primo de Rivera (1921-1923)" (Universidad de Pau, septiembre de 1981, bajo la dirección de M.Tuñón de Lara); vid. a propósito el Bulletin... nº 22, noviembre de 1981, pp.17-20.

19

CAPITULO I

LAS PREMISAS ARANCELARIAS

CAPITULO I.LAS PREMISAS ARANCELARIAS1 .- De los envites del capital industrial en España: protección contra libre-cambio.

En el núcleo de todo proyecto de reforma política o cambio social, como es el que va a ocuparnos en los siguientes capítulos, posee esta segunda mitad del XIX español una conocida matriz económica, permanentemente manifiesta bajo las crecientes luchas entabladas por los partidarios de la protección contra el librecambio hegemónico. En ello no se separa España, naturalmente, de las pautas del capitalismo mundial (1), pero sí conforma su propio modelo histórico, narrado y recordado con frecuencia por los protagonistas de un proteccionismo finalmente triunfante; pero falto todavía de un análisis completo que lo integre en el contexto regional de las transformaciones capitalistas posteriores a la Gran Depresión en los países del área mediterránea (2). Sin embargo, la abundancia de testimonios dejados por ambos contendientes, junto a la evocación fáctica del proceso, realizada al hilo de su plasmación, y las cada vez más sólidas y abundantes páginas que, en buena medida, esclarecen ya el complejo asunto de las luchas internas a favor de uno u otro de los sistemas, permiten eventualmente la reconstrucción que he intentado aquí abordar. Reconstrucción que he considerado imprescindible llevar a cabo personalmente, como parte subordinada, pero insustituible, de la investigación que me había propuesto, y ello por la convicción paulatinamente adquirida, según avanzaba mi trabajo, de que una conexión estructural vinculaba indisolublemente este aspecto de la política arancelaria con el de la nueva iniciativa colonial, que era el objeto central de este estudio.

Y es que - sin que un avance nos exima del recorrido breve por los momentos más significativos de la confrontación -, la fracción más activa del grupo de acción colonial que destaca en el contexto de las incipientes sociedades geográficas españolas procede, casi sin excepción, de las filas del librecambio. Y más concretamente, del librecambio madrileño. Formados en la Universidad Central, en la que Adam Smith era libro de texto (3), vinculados a una praxis política predominantemente liberal-democrática (que había tenido en el Sexenio su fugaz oportunidad de consolidación), la fracción más activa del futuro africanismo, acuñado en las mesas de trabajo de aquellos hombres de estudio, tratará sin embargo tímidamente (por acción directa de los más osados, con Costa a la cabeza) de arrastrar para su aventura de expansión burguesa a determinadas fraccio-

-nes de las burguesías industrial y comercial del país, a ésta sobre todo, muy coherentemente con su implantación social. La respuesta, desigual y cambiante, de aquellas burguesías constituye en realidad, junto a la dimensión lineal de la toma de decisiones políticas (producto en realidad de una fuerte presión exterior), la explicación causal del acontecer concreto de la nueva historia colonial española, en los años de las tres últimas décadas del sigloXIX. La tensión permanente, - con marcado progreso para los interesados en la protección - que el bloque de poder mantiene para conservarse como tal, las alteraciones y fisuras que en su seno se producen, los reajustes de equilibrios y mutaciones en el sistema de alianzas de clase, no podían en verdad permanecer ajenos al desarrollo en secuencias de un fenómeno que, innegablemente, trataba de alguna manera de alterar la relación entre aquéllas, y encargaba al Estado de facilitar esta tarea.

También en esta última circunstancia, en la apelación al Estado como inductor consciente de los mecanismos de regulación económica y social, reside la novedad del africanismo costista como proyecto político en el marco preciso en que se inscribe. Bien entendido que no será solo Costa quien la profese y la invoque, pero sí que será quien

lo haga con más fuerza y urgencia en un contexto originalmente librecambista, aglutinando en torno a sí a otros que piensan como él y - en inevitable desenlace - separándose con el tiempo de los primeros maestros que le proporcionaron - en la cátedra y el bufete - aquel sustrato en teoría económica que, no obstante, Costa ha de seguir conservando todavía por un tiempo como proyecto ideológico. La periodización del nuevo colonialismo español se acomoda significativamente, como trato de poner de relieve a lo largo del total de la investigación, con los momentos álgidos de la polémica arancelaria (que implica a su vez cambios o fijaciones precisas en el status comercial de las colonias viejas) pero aquellos cambios de una nueva normativa económica responden a su vez a la continua puja entre unos grupos y otros por obtener del Estado la mayor protección legal para su propio proceso de acumulación privada. Ante la imposibilidad evidente de dibujar con precisión la totalidad de esas complejas relaciones en la esfera colonial, me he limitado a traer sobre el papel la narración concisa del epifenómeno más inmediato: las luchas recurrentes entre librecambistas y partidarios de la protección. Sobre esta trama articularé el resto de las observaciones. Respaldados materialmente por una burguesía mercantil amplia y fluctuante, y - lo que es más importante -, por una aristocracia financiera y especuladora ligada y dependiente del capital extranjero, los principios del liberalismo económico lucharán con fuerza por man

-tener su primacía político-fiscal en las últimas décadas del siglo XIX. Pero amplios sectores de la burguesía industrial catalana (4), generalmente conectados de algún modo con las bases coloniales, habían apostado fuerte (alineándose junto a buena parte de aquella misma aristocracia bancaria) por la carta política de la restauración monárquica (5), al tiempo que se desvinculaban progresivamente de aquel liberalismo económico que pocos habían llegado a soportar y mucho menos a apoyar (6). En la oposición creciente que va generándose, se persigue, pues, indubitablemente, una justa compensación económica, al negociar la sustitución inequívoca de un republicanismo de Hacienda asfixiada por un régimen que se prevé estable en sus condiciones políticas, y tolerante para la acumulación, cuando no facilitador de ésta. La batalla por la suspensión de la base quinta del arancel será ganada, sin demasiadas dificultades, y como parte del pago canovista a los amigos de la causa alfonsina; pero mucho quedará después todavía por hacer a aquellos " representantes de las fuerzas productoras " de la nación, en su lucha con un enemigo resistente.

Resistente, en un primer nivel de aproximación, por aquel especial empecinamiento - profesoral y teórico - que vertebraba su compromiso global con las ideas liberales. Más en lo hondo, resistente por el fuerte respaldo que le ofrecía su peso específico como " clase contribuyente " y por su posición relativa en el bloque de poder (7). En la década de los cincuenta, el liberalismo había penetrado profundamente en los círculos intelectuales de la sociedad madrileña, conformando un núcleo de individualidades que pronto se articuló en torno a lo que, después, Gumersindo de Azcárate llamaría " tres corrientes de opinión ", matrices de la democracia española (8). Una -filosófica, naturalmente -, en la que (inspirándose ya en Kant, Hegel o Krause) situaba a Salmerón, Federico de Castro, Francisco de Paula Canalejas y Romero Girón; otra, política, en la que (siguiendo a Proudhon, Laboulaye o Tocqueville) encuadraba a Pi y Margall, Figueras, Castelar, José Fernando González, Rafael María de Labra, José María Maranges...; y, por último, una tercera, económica (en donde en pos de Chevalier, Bastiat, Dunoyer, y Cobden) se alineaban Félix Bona, Gabriel Rodríguez, Moret, Echegaray, Pedregal y Sanromá. (9)

Precisamente esta tercera fracción iba a ser la promotora, ya en 1859 de la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas, que, modificada en 1880 por iniciativa del Círculo de la Unión Mercantil, aglutina frente a la protección a un sector importante de la burguesía comerciante madrileña (10). No reduce este grupo sin embargo su actividad al terreno de la lucha arancelaria, sino que proseguirá to

- davía durante un tiempo la entrega a la tarea de la abolición, con siguiendo Rafael M^a de Labra - en su Sociedad Abolicionista Española - convocar sin esfuerzo a un amplio espectro de activos republicanos (11). Las conferencias de la Bolsa, los cursos del Ateneo, y - pronto - las actividades de la Institución Libre de Enseñanza y del Círculo de la Unión Mercantil, acaban de configurar un panorama cultural y político al que no se hallaba ajena ninguna nueva fundación institucional privada en los albores de la Restauración (12). Con la Sociedad Geográfica tendremos ocasión de comprobarlo en breve.

Pero, antes, vale la pena reparar ^{mientes} en lo que constituyó el tema económico por excelencia: la industria, periférica y concentrada por el momento en localizados focos, comenzaba a generar sus teóricos, defensores de su lugar específico en la reproducción ampliada de capital en España. No les será fácil vencer los reticencias de sus competidores en otros ramos de actividad económica; incluso para llegar a los acuerdos pactados con la agricultura latifundista será precisa una impropia labor de captación y demostraciones de buena voluntad por parte del proteccionismo catalán. Reticencias y prejuicios anti-industriales (por precapitalistas) informan la conducta de cerealistas castellanos y hasta la especulación de buen número de banqueros y agiotistas y, sin embargo, los argumentos esgrimidos una vez tras otra por los partidarios de la protección acabarán permeando profundamente el bloque agrario-financiero que controlaba el Estado. La cuestión aduanera se había convertido en una obsesión. Y lo era, de hecho, porque a la vuelta de los primeros ochenta, también los intereses agrarios latifundistas se vieron fuertemente afectados por la mutación estructural que, a nivel mundial, dislocaba los circuitos de producción y distribución.

No valía ya la contemporización con el librecambismo teórico, legitimador de las actividades financieras de buena parte de esa misma oligarquía terrateniente: era preciso lograr acuerdos, lo más favorables posible, capaces de reconvertir y adaptar a las nuevas condiciones una producción agraria duramente afectada. Este es el sentido del juego proteccionista que, a finales de los ochenta, llega a impulsar incluso ese máximo representante de los consabidos intereses que representa el partido conservador. Pero hay más: esa coincidencia, temporal - pero real - con la añeja cantinela proteccionista venida de Cataluña, no es en absoluto una coincidencia fortuita, producto del complicado - y casi inevitable -

mecanismo caciquil; sino la manifestación regional del proceso de reajuste de una economía concreta (la fuertemente subordinada al capital extranjero de la España del último cuarto del siglo XIX) a las condiciones cambiantes que habían de dar paso, en breve, al nacimiento de la economía mundial.

Ello es tanto más evidente al considerar la progresiva integración (en la conjunción de intereses) del tercero de los ámbitos protagonistas: la siderurgia vasca que, después de una feliz infancia, se adentraba por senderos dificultados desde el exterior. La década de los 90, momento de incorporación efectiva de de las últimas y revolucionarias novedades tecnológicas a la producción de acero, exige de los representantes del sector, dinámicos y apenas gastados en sus relaciones con el centro político, una eficaz y contundente llamada a la intervención estatal. Nada permite así rechazar de pleno, con exceso de escrúpulos, esta alianza hegemónica y triangular, que en realidad existió con sensible discontinuidad y que vino a plasmarse en paulatinas conquistas para los intereses que defendían. Que unos salieran mejor parados que otros parece lógico - y había que esperarlo -: eran muchos - y no sólo de indole interna - los factores en juego.

2. La industria catalana y los tratados de comercio.

El 68 había entregado el poder a los partidarios del libre-cambio, que pronto pusieron mano a la tarea consciente de acomodar los mecanismos de subordinación del capital español. Porque (como seguirán defendiendo largo tiempo) creían entonces de buena fé que " el libre-cambio no es sólo un derecho, sino que es un deber; no es una relación que se refiere sólo a la esfera económica, sino que se refiere al alcance de toda la vida, pues que la sociedad no es otra cosa que un cambio, una mutua ayuda, un mutuo auxilio en virtud del cual no sólo cambiamos mercancías, sino ideas conceptos, consejos; en una palabra, cambiamos esfuerzos para cumplir nuestro destino en todas las esferas de la actividad " (13) En poco tiempo, la marina mercante y la industria de construcción naval (afectadas estructuralmente por las transformaciones tecnológicas que iban a revolucionar el sector transportista marítimo), así como la metalurgia en general, van a sentirse especialmente amenazadas: " Hasta el trabajo de las reparaciones - se queja años después el proteccionista Pugés. - se veía en peligro " (14). La burguesía industrial catalana, en sus fracciones más combativas, se aprestaba a aglutinarse en torno a un puñado de

tenaces defensores de la impopular protección, alejándose paulatinamente (y hasta enfrentándose, en breve) con aquel— preexistente Instituto Industrial , que convocaba casi en exclusiva a los grandes aldoneros catalanes.

En esta situación, a finales del año de 1868, convocaba Miguel Buxada a las " fuerzas del trabajo nacional (...), en todos sus ramos ", logrando, al parecer, cierto éxito no exento — de problemas para extender su acción, tanto geográfica como socialmente. Constituido como un esfuerzo más amplio, menos circunstancialmente reducido a unos intereses de escasa diversificación, nace así el Fomento de la Producción Nacional, del que, después de un período de inestabilidad en la gerencia, será alma y vida Pedro Bosch y Labrás, abogado, propietario de unos grandes almacenes y, después, terrateniente en tierras de Jaén. Más que las diferencias políticas (como se ha señalado con frecuencia a partir del estudio de Graell, que hace hincapié en la adscripción del Instituto al moderantismo político), son las diferencias de orientación económica los motivos básicos de aquella rivalidad y de su largo camino hasta la unificación. Sus actuaciones públicas por atraer el consenso proteccionista ya revelan incluso diferentes procedimientos: el Instituto, protector exclusivo de sus intereses de elite dentro de la clase social a la que pertenece; el Fomento, promotor de un esfuerzo por " aunar todas las fuerzas sociales "; bien entendido que se refiere por supuesto a la burguesía en primer término, pero también añade: " incluso a los elementos obreros ". Y si ese fugaz intento de captación del proletariado reviste poco más que categoría de anécdota y frustración pasajera (16), sí es cierto, en cambio, que compusieron la nueva asociación, desde el principio, fabricantes de hilados, tejidos y estampados de algodón; de tejidos de mezcla; de productos químicos y constructores de máquinas, con una sección al margen de ingenieros industriales (17). Enseguida vino a añadirse un contingente de agricultores, que contrastaba fundamentalmente con aquel puñado de obreros que, durante un tiempo, figuraron como socios. En octubre de 1869 Federico Nicolau (naviero) era vicepresidente de una de las secciones del Fomento.

Una viva reacción de los sectores industriales más perjudicados por el nuevo arancel Figuerola y por los tratados de comercio que se proyectaban con arreglo al mismo; se manifiesta, desde marzo del 70, tanto en la consecución de una plataforma política de actuación junto al poder central, como en una continua labor de propaganda, no siempre fructífera (18). Los delegados de la industria catalana cerca del bloque de poder no son siem-

-pre eficaces, ni siquiera coherentes entre sí; pero lo cierto es que en ellos volcó Cataluña buena parte de sus esperanzas respecto a su futuro como parte de España: Prim, Figueras, Madoz, o con insistencia, Víctor Balaguer, (que cobraba puntualmente - una subvención de, al menos, 1.000 reales mensuales) supieron mucho de estas aspiraciones (19). La labor de propaganda por la geografía española, encaminada a conectar a su campaña^a cuantos - intereses se sintieran alarmados ante el giro que adoptaban los acontecimientos, tardó tiempo en dar sus frutos: hasta 1875 parece que no consigue el Fomento " aglutinarse en un conglomerado proteccionista, pero - lo que es más significativo -, no dirigido por él ni por sus sucursales, sino por las Ligas de Contribuyentes " (20). En efecto, es preciso señalar desde un principio la continua conjunción de los intereses proteccionistas industriales con los agrarios catalanes del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, organización máxima de la burguesía terrateniente del Principado, también inquieta ante la coyuntura arancelaria. Y especialmente, con la Liga de Contribuyentes de Cádiz, que incluso consigue subordinar al Fomento a sus operaciones políticas.

En contrapartida, ya desde la primavera del 69 se habían hecho bien visibles las serias diferencias de fracción que separaban a las dos agrupaciones de la patronal catalana, imponiéndoles conductas distintas. Mientras el Instituto consigue que los algodoneros no se vean perjudicados apenas por el nuevo arancel (21), el Fomento lucha desesperadamente por recabar esfuerzos - en especial de los agrarios castellanos -, capaces de convertirlo en una fuerza política. Güell y Ferrer se dirigía así a los productores (cerealistas, fundamentalmente) del resto de España: "Establézcase el libre comercio a los derechos simplemente fiscales, y las provincias de España obtendrán con mayor baratura los géneros extranjeros, pero perderán el mercado de Cataluña, superior al de Europa y Africa, y no pudiendo colocar sus productos, disminuirá la producción y el trabajo, y carecerán de los medios de pagar los géneros extranjeros baratos.

"Cataluña obtendrá los trigos y otros artículos agrícolas extranjeros más baratos, pero perderá su mercado principal: el de las provincias españolas; no podrá producir, ni trabajar, y carecerá de los medios para pagarlos; faltos todos de producción y trabajo con que pagar la mayor importación, la pobreza será su inmediata consecuencia; el erario será también pobre; el empleado no cobrará íntegro su sueldo, el soldado estará mal comido, mal vestido y peor calzado, y la Nación, abatida y humillada, a nadie inspirará ni respeto ni consideración " (22).

El acercamiento viene propiciado por una circunstancia externa al propio contexto del mercado peninsular: el conflicto estallado en Cuba. La burguesía catalana repetirá a lo largo de treinta años, hasta la derrota definitiva, palabras como éstas: " España no puede consentir jamás en su ignominia y su deshonor, y no puede ni debe abandonar aquella tierra sino después de repetir los ejemplos de Sagunto y de Numancia" (23). Dinero catalán posibilita el envío de un cuerpo de voluntarios a Cuba, para sofocar la rebelión. Convocados en el Círculo Hispano-Eltramario, los intereses coloniales en Barcelona se oponen con firmeza a los autonomistas cubanos (24). También entonces Güell y Ferrer es el máximo teórico de la problemática, llegando a esbozar incluso un esquema de la desigualdad social con arreglo a derecho (25). Son momentos difíciles para la producción catalana, afectado el Principado por los destrozos de la contienda carlista, disminuido el mercado nacional por efecto de la misma, cuando los industriales catalanes se alarman ante la discusión de un nuevo arancel para las colonias, en noviembre de 1870 con tarifas más elevadas para ayudar a financiar la lucha contra la insubordinación.

Pronto, una parte importante de aquella burguesía vinculada a la plataforma colonial apostará fuerte por la causa de Amadeo, símbolo de estabilidad enarbolado por Prim. Manzanedo, Vinent y Manuel Calvo se hallan entre ellos; pero una vez desechada esa carta, no va a ser difícil conquistar para Alfonso a los más granados de la aristocracia del capital en Cataluña. Los intereses antillanos juegan en este proceso un papel de primer orden, como punto de contacto revelador entre los (entonces al servicio de la República) Ayala y Romero Robledo, y la oposición canovista, que pronto se hará con ellos. Ante el cambio de régimen, la burguesía catalana no se demora: ya en enero de 1875 solicitaba la derogación de la base quinta y la denuncia de los tratados de comercio celebrados en 1870. Se cumplía por entonces el plazo de seis años que la legislación librecambista se había concedido a sí misma para poner en funcionamiento (y en ocasión de competir con las extranjeras) a la industria catalana. Lejos de ello, el Instituto Industrial, al dirigirse al ministro de Hacienda, pone de manifiesto las calamidades en serie que el Sexenio ha acarreado al país (26). La protección redobla sus argumentos, y en manifiesta coincidencia con los artífices del cambio político, afirmaba contundentemente: " Tras el período borrascoso que acabamos de atravesar, ni la producción española se halla en estado de correr fortuna por

derroteros inciertos, ni las leyes aduaneras que la rigen han podido ser aquilatadas en el crisol de la experiencia. España tiene hoy necesidad absoluta de reposo para restaurar sus — quebrantadas fuerzas y llevar a cabo una obra completa de reparación ". Por fin, tras varios intentos, que se debilitaban progresivamente hasta llegar a Madrid, el R.D. de 17 de junio 1875 decidía la suspensión temporal de la base quinta del arancel. Pero las críticas al librecurso, a veces cruelmente acusadoras (27), no van a cesar por ello; se trataba de una suspensión y no de una derogación. Los años que^{se} extienden entre 1875 y 1879 son escenario de una prolongada campaña parlamentaria contra las medidas, todavía por supuesto inspiradas en el liberalismo económico, del ministro de Hacienda Albacete. Junto a Bosch y Maspons o Soldevila, se alinean ahora en los escaños del Congreso otros como Nilo M^a Fabra o el polémico Pidal, pero no siempre coincidirán en sus objetivos precisos: el caso de la subvención para el transporte de correspondencia a Filipinas (que en el capítulo XI analizo con más detenimiento) es uno sólo de aquellos diferentes senderos.

También a propósito de los intereses navieros, y en defensa de los mismos y de los fabricantes de tejidos de lana, pronunciaba Bosch y Labrús en la Cámara baja un aplaudido discurso contra los presupuestos del Estado para 1877/ 78, que recargaban la importación de materias primas y desgravaban la de productos manufacturados. Pero para entonces se hacía mayor la necesidad de ampliar el círculo de acción de aquella propaganda : " Es preciso que hombres de ciencia, educados en Madrid y familiarizados con Ateneos y Academias acepten las doctrinas proteccionistas y se cobijen públicamente bajo los pliegues de la bandera enarbola da por Bosch y Labrús ", escribía el periódico La Producción Española (28). La labor de captación comenzaba en efecto a dejar se sentir, porque menos de dos años después se quejaba Gabriel Rodríguez, ya (casi imperceptiblemente) a la defensiva: " Para realizar este propósito de provocar a la escuela libre-cambista a una batalla campal, viene el proteccionismo representado por sus hombres más importantes (...), aparentando que trae la representación de la mayor parte de las clases sociales, el obrero humilde y sencillo, el fabricante práctico, el hombre de ciencia el filósofo positivista, el filósofo a la antigua, escolástico y egotista, el aristócrata y hasta el artista..." (29).

Para entonces, la batalla de los catalanes se apoyaba sobre el doble ariete de " la protección debida a las industrias ", y

la inmediata revisión de los tratados de comercio, porque " más de siete años han transcurrido ya , y no se han realizado— por desgracia las previsiones de 1869 ". El Fomento de la Producción Española lo expresa así: " Predijose (entonces) que las tarifas acordadas, al favorecer los cambios con la disminución de derechos, provocarían rápido desenvolvimiento de la pública riqueza, y que, sin necesidad de amparos arancelarios, podría en breve el país competir sin peligro en el propio mercado y en el mercado universal con los pueblos más avanzados de la tierra ". Sin embargo, " no se tuvo en cuenta que los grandes recursos amontonados durante largo tiempo de supremacía industrial y mercantil son arsenal que proporciona a quien lo posee invencibles armas para la defensa ", ni que " una nación pobre como España, con las fuerzas agotadas por más de medio siglo de convulsiones y — guerras, con hábitos que le legaron épocas anteriores, que sienten la carestía de capitales ", difícilmente iba a poder " hacer frente a la competencia de otras bien armadas y robustas " (30). Pero las costumbres arancelarias del partido gobernante, correspondientes a una práctica económica largo tiempo arrastrada y a unas fuentes de acumulación privada de todos conocidas, no iban a cambiar tan rápidamente como hubieran deseado los industriales de Cataluña. En las relaciones comerciales con el exterior, se quería fundamentalmente el denominado " trato de nación más favorecida " (31), regando incluso los tratados de comercio a un plano secundario. La patronal catalana responde, prudentemente, con peticiones de tipo económico, en tanto que se abstiene de adscribirse a fracción política determinada.

Como resultado de las protestas llovidas sobre el arancel de 1877, se había abierto una información oral sobre la clasificación y valoración de los tejidos de lana, que revela punto por punto la fuerte crisis que atravesaban las industrias del país, y que va a ser telón de fondo de una violenta confrontación entre los partidarios de ambas opciones económicas (32). " Entiendo que el patriotismo de los proteccionistas — se burla G. Rodríguez (33) — debería impedirles comprar al extranjero, supuesto que dicen que las importaciones arruinan al país (...). Si, como pretenden, el bien de la patria exige que el mercado nacional — sea del productor nacional, es de toda evidencia que entre el — sentimiento y la conducta de los adversarios del libre comercio hay una contradicción inmensa, imposible de explicar. Yo reto a los informantes proteccionistas (....) a que presenten un solo caso de un fabricante que se haya negado a comprar el producto más barato extranjero para favorecer a su patria ". Dificultado por

el radical enfrentamiento, el dictamen final saldrá a la luz recogiendo nuevas críticas. Cuando, por fin, en los últimos días de 1880, se presenta una clasificación de los tejidos de lana, obra personal de ex-ministro Albacete, el enfrentamiento raya en la agresión. Poco después, una vez aprobada aquélla, la situación empeora objetivamente para los intereses catalanes: Cánovas ha dejado paso al primer gabinete Sagasta, y si bien forma parte de él Martínez Campos, viejo aliado de la burguesía industrial, son sobre todo Camacho y Albareda, ministros (respectivamente) de Hacienda y Fomento (ambos de clara militancia en el libre comercio) quienes, junto con León y Castillo en Ultramar, habrán de controlar los ministerios-clave para la producción catalana.

Entre tanto, habían ido proliferando por la geografía española las Ligas de Contribuyentes, que entroncaban en Barcelona con el Fomento de la Producción, y que alentaba en Madrid el activo Marqués de Riscal. Cerrando filas, pues, ambas vertientes de la política económica, se abrirá la década de los ochenta, suponiendo el bienio 1881/82 el punto máximo de una curva ascendente. Guillermo Graell, en Madrid, ha conseguido consolidar y alentar al núcleo antes disperso de proteccionistas en la capital de España. Defendiendo sus intereses aparecerá El Popular, y años después La Unión Comercial (34), propiedad de los hermanos Camps, catalanes poseedores en Madrid de una confitería de postín, " La Flor y Nata ". El senador y chocolatero Matías López tampoco faltó a la cita, desempeñando un papel de importancia.

La primavera de 1881 es de nuevo escenario de un redoblar de la actividad catalana frente a los peligrosos proyectos de reforma arancelaria y tributaria del ministro Camacho, que llegó incluso a pretender la reimplantación de la base quinta (35). El Instituto del Fomento del Trabajo Nacional, producto de la fusión en junio de 1879 del Instituto Industrial y el Fomento de la Producción Nacional, protesta enérgicamente de los inconvenientes que acarrea dicha reincorporación de la base citada, incluso en las negociaciones, que se llevan a cabo por entonces, para sendos tratados de comercio con Francia e Inglaterra, en los que los vinos españoles aparecían como importantes protagonistas. Convocados y presididos por José Ferrer y Vidal, van a desfilar por el Teatro Principal de Barcelona, puestos en boca de emprendedores proteccionistas, argumentos y reconvenciones (más o menos veladas) contra la administración central. Los " elementos sanos del país " escuchan ambos con agrado y convencimiento (36). Desde Madrid había marchado a Barcelona Rodó y Casanova, que hiciera profesión de fé pro

-teccionista nada menos que en los salones del Círculo de la Unión Mercantil. Llevaba el cometido de leer una carta de Víctor Balaguer adhiriéndose a "la causa sagrada del trabajo nacional" y con la advertencia acostumbrada de que "al defender los intereses de Cataluña, defiende y defiende quiero los de España entera". Precisamente en razón de su españolidad, "como español", se había proclamado Balaguer proteccionista, en tanto que "como inglés" - decía - sería librecambista" (37). Para la mística del liberalismo económico, paradójicamente, dichos planteamientos rayaban en tibieza y el oportunismo, más que en la flexibilidad o en el análisis, y por ello fueron materia de escándalo y chanzas sus defensores.

Para Ferrer y Vidal, en cambio, la evolución histórica ha producido cambios que es preciso afrontar: "Hace poco más de un siglo, la adopción del librecambio podía perjudicar más o menos a un país, pero no destruirlo, no arruinarlo. Bajo el punto de vista agrícola, los productos de esta industria no podían transportarse a un país desde muy lejos; porque de escaso valor por regla general en comparación con(*) hoy en día se dispone, el coste de las conducciones doblaba o triplicaba su coste. Si se habían de conducir de uno a otro hemisferio, las órdenes tardaban meses en llegar, la carga exigía mucho tiempo, y conducida en pequeños buques, llegaba después de tres, cuatro o más meses, y también fletes cuatro o cinco veces mayores que hoy; y de ahí que tampoco podían hacer gran competencia a los productos del país. Pero ¡cómo han cambiado las circunstancias! Los ferrocarriles conducen los productos agrícolas de un extremo a otro de Europa; la Física, poniendo la electricidad al servicio del comercio, con el invento del telégrafo suprime las distancias, y a los pocos minutos, la orden de un comerciante de Barcelona, por ejemplo, llega al norte de América, y a las pocas horas marcha el buque con miles de toneladas, y pocos días después llega a nuestro puerto. No son pequeños buques veleros como los antiguos buques: son almacenes ambulantes; y en ellos el hierro y el acero ya han reemplazado a la madera; en ellos la nítida vela huye espantada por el bufido del vapor, y se recoge y se oculta ante el humo del carbón que la ensucia y emnegrece; y estos grandes buques llegan a puerto casi en un día fijo, no cobran más fletes si cargaron trigo — que lo que costaría el trigo traído de Lérida a Barcelona " (38). En el centro de la cuestión del mercado, en el proyecto de extensión en profundidad de los mercados nacionales (contemplado sin vacilación ni duda alguna, como premisa y condición para la industria) su peso y volumen, no existiendo la facilidad de comunicaciones de que

-trialización del país), la cuestión agraria recupera su dimensión central: " Ved si la agricultura necesita protección como todas las demás industrias; ved cómo quitándosela, sembraríamos hambre y miseria en el país ".

El marqués de Ciutadilla, representante del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro en el mítin del teatro Principal, explica de esta manera el por qué de su presencia junto a los industriales allí reunidos: " ¿ Hay un solo agricultor que pueda asegurar de buena fé que el precio de trece o catorce pesetas es remunerador en nuestro país ? De ninguna manera. El precio regular de nuestro mercado es de diez y seis y media a diez y ocho pesetas la cuartera; y notad, señores, que al defender el derecho sobre los cereales no defiende directamente los intereses de Cataluña. Las provincias catalanas no producen lo suficiente para el consumo de sus habitantes, y se ven obligadas a importar todos los años grandes cantidades de trigo y harina de las provincias castellanas; más los que pertenecemos a la escuela proteccionista no miramos la cuestión bajo el punto de vista únicamente provincial, sino general, y de conveniencia para los intereses del país " (39).

Dando " fé de vida ", como diría el propio Almirall al presentarse, estaban también allí Teodoro Baró, Cabot, Durán y Bas y el obrero Roca y Galés, fervorosamente aplaudido en su discurso, lleno de números. La reforma arancelaria que se prevé - calcula Roca tras una larga serie de operaciones aritméticas - supondría para el trabajador del campo un ahorro de cuatro pesetas al año en el vestir, pero " cuando los obreros del campo tengan los vestidos más baratos, tendrán que vivir del aire los fabricantes y los obreros industriales españoles ", y, lo que vendría inmediatamente dado, mientras desaparecieran " todas las industrias transformativas, aquellos pobres obreros estarían subyugados al terruño, sin poder aspirar a mejorar de posición según aptitudes " (40). Al margen de la significación ideológica que cobran tales palabras en boca de un trabajador de la industria, merece la pena subrayar la vinculación establecida entre el campo y la ciudad, de modo que la industrialización se vive como condición imprescindible para el desarrollo armónico de todos los sectores de la producción, en tanto que el agro se sitúa en una posición dependiente de la que difícilmente podría salir.

Para Valentí Almirall, que vuelve sobre el lugar relativo que a cada uno corresponde en el circuito de la producción mundial " el librecambio nunca ha existido prácticamente en nación alguna

si no como medida de protección; y mientras una nación no es té al nivel de las demás, mientras subsistan fronteras, mientras e xista competencia, como que el poder público está obligado a defen der los intereses nacionales, no puede dejar de tomar medidas pro teccionistas ". El reclamo al Estado como compensador de una situa ción , de una dinámica de desarrollo desigual (que, como en segu ida veremos adquiere un mayor despliegue en Durán y Bas), es mati zado por Almirall hasta niveles de pragmatismo realista . En cuanto al " fomento de los intereses del país " - opina - no podemos ser todavía, " por nuestra desgracia ", proteccionistas en el sentido más lato del término ; es preciso ser, en consecuencia, " más — bien que protectores, defensores del trabajo nacional; hemos de en trar en la defensa que se hace por medios artificiales, tratando como enemigos a todos los que, en cualquier ramo, puedan hacernos la competencia " (41). Durán y Bas da un paso más adelante: " O no hay Estado, o la vida del Estado es siempre protección en el sen tido más lato de la palabra; porque, cuando éste rechaza una inva sión extranjera; cuando asegura el orden en el interior; cuando se dedica a la persecución de los vicios y al castigo de los delitos; cuando ampara la debilidad del huérfano, del paralítico, del ancie no en la miseria (....), ¿ qué hace el Estado sino proteger ? Cuan do distribuye premios por medio de los grandes certámenes para es timular la virtud, ¿ qué hace el Estado sino proteger ? Lo repito; yo no comprendo la vida del Estado sin la función tuitiva en lo — más variado de sus formas; sin la condición de proteger, que es pre cisamente una gran misión; y de ello deduzco que si el fenómeno e conómico es un fenómeno social, si es una fuerza social la riqueza, si el desarrollo de ésta como el de todas las fuerzas se debe pro teger, toda la cuestión estriba en la aplicación del principio, esto es, en la ocasión , la forma y medida de la protección " (42).

Esto se decía precisamente en aquel fructífero período para la reproducción ampliada que ha venido en denominarse febre de l'or (42 bis), y ello no es casual. El arancel del 77 había permitido a través de determinadas excepciones proteccionistas para la indus tria de la mitad norte y los terratenientes cerealícolos, la can nalización hacia bancos y sociedades anónimas de volúmenes respet ables de capital, procedentes de la acumulación comercial y de la — tierra. El comienzo de la década de los ochenta va a ser, así, esce nario de una agilización en la circulación de capitales que, junto con la mayor demanda estatal, se corresponde con el aumento de la circulación fiduciaria que tanta alarma causó en determinados medios. Europa, entre tanto, sufre los (por entonces sorprendentes y novedo-

ros) , efectos de lo que se llamó Gran Depresión, alarmada por la tendencia a la caída de precios y atenazada por las dimensiones del problema agrario concurrente. José Ferrer y Vidal no vacila en enjuiciar el fenómeno desde su particular oposición al liberalismo económico: " El malestar que siente Europa procede del desequilibrio producido por los principios librecambistas, que de treinta a ños a esta parte se ha propuesto explotar la ambiciosa Inglaterra, y por haber abandonado u olvidado, más o menos , las demás naciones los saludables consejos del sistema protector..." (43). Conectaba así el catalán Ferrer su preocupación proteccionista con el mercantilismo de siglos pasados, sintiéndose heredero de aquella tradición que, al fin y al cabo, supuso para su nación mayor prosperidad que la presente. Pero cuando él escribe ya sobre la crisis europea, en 1879, el giro proteccionista que^{se} advierte en el continente afectado, poco tiene que ver con los momentos previos a la industrialización.

Tampoco parecen percibir las diferencias los librecambistas madrileños, reorganizados para la defensa activa a comienzos de la década : la Asociación Libre de Economía Política, la de la Reforma de Aranceles, el propio Círculo y su órgano de expresión, El Comercio Español, resurgen con renovada fuerza por estos años para aglutinar y densificar a los grupos de intereses mercantiles del país. A finales de 1881 tiene lugar en Madrid el I Congreso Nacional Mercantil (44), preámbulo de una confrontación acelerada, y a la vez símbolo del despliegue en abanico hacia unos horizontes territoriales a concretar en breve. Pero, como primera impresión, el Congreso significa la expresión triunfalista de quienes confían en el reciente cambio de gobierno como salvaguarda incólume de sus principios en materia económica y social. Gabriel Rodríguez había lamentado ese pesar de los proteccionistas por el giro político: " En ese cambio, nosotros hemos visto una esperanza y los proteccionistas un peligro. Ellos comprenden , aunque lo disimulen todo lo posible, que el Ministerio del Sr. Sagasta tiene que ser necesariamente favorable a nuestras aspiraciones, por las ideas y compromisos públicos de los hombres que lo componen ", Sin embargo, él mismo tiene que reconocer la benevolencia para con el liberalismo económico de la gestión conservadora en su etapa de gobierno, ligados como estaban a sus hombres intereses económicos en absoluto contradictorios con aquél: " Las Cortes conservadoras de 1876 y 1879, a pesar de haber sido elegidas cuando dominaba en el Gobierno el mayor proteccionista (sic), fueron muy poco favorables a las reaccionarias aspiraciones de nuestros adversarios, los cuales, a pesar

de todos sus esfuerzos, no pudieron lograr que en las cuestiones arancelarias se diera hacia atrás ningún paso decisivo" (45).

Lo que Rodríguez motejaba con encono como " reaccionarias aspiraciones " había vuelto a concentrar, en junio de aquel mismo año a los partidarios catalanes del liberalismo político y la protección económica, a un tiempo. En efecto, los miembros del Fomento de la Producción Española, confesándose siempre fusionistas, trataban ahora de erradicar de las proclamas y el programa de gobierno de su partido los principios librecambistas. Sintiéndose verdaderamente al margen de la política económica llevada por la clase gobernante, se afirma en aquella gran manifestación proteccionista : " El libre cambio ni siquiera puede ser admitido en el terreno de la ciencia como un ideal, pues siempre en todos tiempos, en todas épocas, los gobiernos de una nación tienen el deber santo e ineludible de proteger y amparar todas y cada una de las manifestaciones de la actividad humana que se desarrollan en su seno, en justa compensación al deber que tienen los súbditos de contribuir con su sangre, de contribuir con sus tesoros al sostenimiento de la patria común ". Más cerca de Europa y sus movimientos culturales, advierten estos sagastines a sus ~~seminaristas~~ seminaristas de Madrid que " así en el campo de la filosofía como en el terreno puro del derecho, han caído para no levantarse más las escuelas racionalistas, para ser sustituidas por las escuelas orgánicas, las cuales, estudiando al hombre como ser que forzosamente debe desarrollarse dentro de la sociedad, procuran armonizar los a veces antitéticos intereses del Estado y del individuo ". Pero, es más, los catalanes saben que quienes intentan ahora " conducir a la nación por el fatal sendero del librecambio " son casi exactamente los mismos que " desde las cátedras de la Universidad Central, desde la tribuna del Ateneo de Madrid, proclaman y defienden las teorías orgánicas del derecho, no desconociendo, pues, en las otras ramas de esta compleja ciencia la íntima trabazón que existe y debe existir entre el individuo y el Estado, a pesar de lo cual prescinden por completo de éste en cuanto a la ciencia económica se refiere " (46). La importancia ante este desajuste es causa directa de la desazón catalana y su deserción de las filas del partido liberal.

Ratificados en semejante contexto los tratados comerciales con Bélgica (23 julio 1878) y Austria-Hungría (14 marzo 1881), las mayores batallas arancelarias se conducían sin embargo contra los trigos americanos y contra el total desmantelamiento del mercado español ante la producción industrial de Gran Bretaña. A principios de 1882, por añadidura, se plantea a la nación la discusión del tratado de comercio con Francia, que arriesgaba el restablecimiento de la ba

-se quinta del arancel, y que afectaba de lleno a un alto porcentaje del volumen total de intercambios. Presentado el proyecto ante el Congreso el 20 de marzo, la comisión presidida por Salvador Albacete iba a emitir dictamen favorable en breve, el día 3 de abril. Pero antes de pasar al pleno, lloverán las presiones sobre la sede del legislativo. Además de Cataluña protestaron Valencia, Alcoy, Málaga, Jerez, Sevilla, oponiéndose también en la Cámara baja, por Valladolid, el diputado Alonso Pesquera (47). Este va a ser el momento en que Cánovas, tomando la palabra en — contra, hará su primera profesión de fé proteccionista, enfiada más tarde, cuando de nuevo ascienda a la cúspide del aparato de poder. El 22 de abril se votaba en el Congreso, resultado 237 votos a favor contra 59 que se oponían al tratado. En el Senado, junto a los catalanes, protestaron el marqués de Molins, el vizconde de Campo Grande, Barzanallana, Orovio, Manuel Silvela, el marqués de Villamejor... Proteccionismo y opción política conservadora — han encontrado definitivamente caminos paralelos por donde adentrarse: parte de los terratenientes sienten ya como propia la problemática que planteaba Ferrer y Vidal. Los días 27 y 28 de abril pronunciaba Ferrer en el Senado palabras como las siguientes: " En todas partes, señores senadores, son hermanas la agricultura y la industria; pero en España han de serlo precisamente más que en — ninguna otra parte, porque en España son hermanas gemelas que vivirán o morirán juntas (....). La agricultura necesita el consumo del país, el comercio interior; necesita que todos los artesanos y rentistas e industriales, y todas las clases del Estado consuman sus productos; y la industria necesita también a su vez el comercio interior, el consumo de los agricultores y de todas las demás clases del Estado, porque ni somos una nación esencialmente agrícola, ni es culpa de la industria el que no estemos más adelantados " (48). A pesar de todo, el 9 de mayo de 1882 (con ratificación el 17) quedaba aprobado definitivamente el tratado en la Cámara alta, por 143 votos contra 59. Se abría así lo que ha dado en llamarse el " último paréntesis librecambista " de la política arancelaria española de estos años (48 bis).

" Era una serie continuada de golpes — recuerda Graell al narrar su historia del triunfo proteccionista —, cada uno de los cuales aumentaba la exasperación..." (49). Por su parte, el librecambio — si bien no encontraba satisfechos a los radicales — podía contentarse con la ratificación del tratado: " Los librecambistas aprobamos el tratado de comercio — se había advertido al comienzo de las discusiones — no por lo que tiene de privilegio y de reciprocidad proteccionista, sino porque vemos en él un me-

-dio por el que se podrá llegar a una reforma general arancelaria, aunque se abandonase por ahora la base quinta. Después de ese tratado, España no puede negarse a celebrar otros con los demás pueblos, y con ellos y con la cláusula del trato de nación más favorecida, que es una regla general del derecho internacional contemporáneo, tendremos al fin, prácticamente, a pesar de todos los desesperados esfuerzos del proteccionismo, una reforma general y un paso más dado hacia el ideal de la libertad de comercio " (50).

No obstante, los intereses de la protección comenzaban a recibir contraprestaciones, polémicas en sí mismas, por lo complicado de su normalización. Como compensación al tratado con Francia, presenta el ministro de Hacienda Camacho un proyecto de rebaja arancelaria para la introducción de una serie de materias primas. Presentado a las Cámaras en 22 de junio, los trabajos de la comisión no dejan satisfechos por completo a una amplia mayoría del capital catalán, aunque su resultado posibilita claramente la prosperidad coyuntural de una fracción de la industria del Principado. Pronto caerá Camacho, y su sustitución por Justo Pelayo Cuesta, conocido propagandista de la libertad de comercio, no augura buenos presagios a los partidarios de la protección. En esta situación, el proyecto de ley " de primeras materias " será objeto de multitud de enmiendas a su paso por el parlamento. Bosch y Labrás, Diz Romero, Maciá y Bonaplata, Villaverde..., ninguno de ellos conseguirá en definitiva mejorar demasiado las concesiones allí estipuladas. El proyecto se convertirá en ley el 23 de julio de 1883, no sin haber causado antes la escisión del frente proteccionista en función de intereses contradictorios o desigualmente favorecidos.

Pero la más seria compensación viene dada por los mercados de reserva coloniales: la ley de relaciones comerciales de 1882, que extiende el cabotaje a las Antillas, se convierte en " medida tan eficaz, que Cataluña se fué transformando, como por ensalmo, improvisándose importantes fábricas, y, sobre todo, grandes casas de exportación " (51). Sobre ello volveremos más adelante.

Entre tanto, el proteccionista moderado Victor Balaguer, desde la presidencia del Consejo de Estado, impone su veto a la firma del dificultoso acuerdo comercial con Inglaterra, que se estrella una vez tras otra contra polémicas discusiones. En el otoño de 1883, con el nuevo gabinete de Posada Herrera (Ruiz Gómez en Estado, Morret en Gobernación y Sardoal en Fomento), se habían reanudado las conversaciones con Inglaterra, interrumpidas el año anterior sin haberse puesto de acuerdo a propósito de la escala alcohólica. El 1º de diciembre de 1883 Servando Ruiz Gómez, también conocido por sus

ideas abiertamente libremercantistas, firma el protocolo que ha de abrir paso a una futura negociación. En el Consejo de Estado, Balaguer opondrá ante todo la objeción de la desigualdad en las condiciones de negociación: en tanto que España se obliga a revisar — por completo su arancel hasta ser del agrado de Gran Bretaña, ésta se compromete únicamente a pedir autorización al parlamento para— modificar la escala alcohólica, ampliando el límite desde los 26 a los 30 grados Sykes. Sólo en segundo plano alega Balaguer el hecho de que este interés por los vinos es demasiado exclusivista, y que, en realidad, el acuerdo no tiene en cuenta la mayor parte de la producción española (52). En suma, concluirá el Consejo (en 11 de enero de 1884) con el parecer de que " no conviene a los intereses de España ratificar el protocolo que motiva esta consulta ". Era sólo un triunfo parcial, porque un amplio voto particular defendía la ratificación (53), pero, al fin y al cabo, sentaba un precedente significativo. El paréntesis conservador entre el primer y segundo turnos de ejercicio del poder por los liberales no va a ser obstáculo, sin embargo, para que la discusión del " modus vivendi " con Inglaterra prosiga su marcha hacia adelante bajo la — fuerte presión de los círculos mercantiles madrileños y las constantes instancias del embajador inglés en Madrid, R. B. Morier(54). Nuevamente Moret en Estado, Camacho en Hacienda y Montero Ríos en Fomento, van a intentar, desde finales de 1884, prorrogar hasta el 92 la totalidad de los tratados a punto de caducar. La iniciativa provoca una crispada contrarréplica por parte del proteccionismo catalán, entre cuyos hombres había cundido el pánico.

El Fomento del Trabajo Nacional había presentado a las Cortes, el 30 de diciembre de 1884, una exposición solicitando no fuera a delante el acuerdo concertado con Inglaterra pocos días antes (el 21), y que visaba a la firma de un tratado en regla antes del 12 de abril de 1886. Halla el Fomento en el protocolo con Gran Bretaña " las ligaduras que ya coartan la libertad y la independencia de la nación española para disponer de sus propios destinos, haciendo que antes de diez años quede tristemente encadenada al carro triunfal de las naciones industriales; pues no otra cosa significan ni a otro fin pueden conducir, esos pactos internacionales con que se viene ligando sistemáticamente a nuestro país, sin provecho alguno, y antes bien, con perjuicio notorio de nuestros intereses ". Y es que la hipoteca minera que sobre España pesa es sólo una parte de la " voluntaria renuncia " a fomentar una metalurgia poderosa, un comercio y ferrocarriles propios, una flota equiparable a la de otros países y un textil pujante, que llevará a España, indefecti-

...
-blemente, a " olvidar que aún tiene colonias y no pensar en adquirir otras nuevas ", pues, " sin aquellos elementos, las colonias sólo son una carga, y a veces un desdoro para las naciones que las poseen " (55).

Por su parte, el Fomento de la Producción Española tampoco desaprovecha la ocasión de acudir ante el legislativo para expresar su desacuerdo ante una " concurrencia desenfrenada y sin límites prudencialmente diferenciales, ", como es la establecida entre Inglaterra y España a partir del protocolo en cuestión, " si se aprueba ". El protocolo, continúa, se hallará muy lejos de — servir " de acicate y de aguijón a los productores españoles ", y fundamenta su alegato, significativamente, en los argumentos del Cánovas incipientemente proteccionista de 1882. (56). El conservadurismo iba a hacerse, momentáneamente, con una popularidad suficiente para modificar parte de las conductas ^{políticas} de la protección catalana.

En el Senado, y recordando lo acontecido con el tratado de comercio con Francia, ataca Ferrer y Vidal, en marzo de 1885, el dictamen autorizando al gobierno para ratificar las declaraciones firmadas en 21 de diciembre de 1884. Los vinos, como siempre, se hallan en la base del problema, y Ferrer pregunta a la Cámara: " ¿ Aumentará el consumo por el " modus vivendi " ? Es necesario hacerse muchas ilusiones para creer que se aumentará en un vaso el consumo de vino español en Inglaterra (...) Cuando decía yo aquí que el consumo de vino español en Francia no había de aumentar un solo litro por el tratado con Francia que estábamos discutiendo, se desconfiaba de nosotros y, sin embargo, esto es lo que ha sucedido " (57). Pese a todo, Camacho y Montero Ríos consiguen tranquilizar, desde Hacienda y Fomento, a los representantes de la industria catalana, asegurándoles que " antes dimitirían de sus puestos que consentir nuevas rebajas de derechos, ni lastimar lo más mínimo los intereses de Cataluña " (58).

Sin embargo, era verdaderamente la ley de relaciones comerciales, a punto de dar sus primeros frutos, la que venía a neutralizar, bastante satisfactoriamente de momento, los efectos de la perceptible crisis industrial que, a partir de 1885, afecta a la industria catalana. No obstante, la precariedad consciente y previsible de tales compensaciones, la persistencia de esa " espada de Damocles suspendida sobre la producción " que resultaba el librecomercio, inciden de manera directa sobre aquel primer acto de catalanismo político que ^{reconoce} fué el Memorial de Greuges (59), presentado al rey en marzo de aquel mismo año de

1885. Pero, si todavía resulta excepcional la conjunción en una sola plataforma política de tendencias distintas, como se dió en el Memorial, no lo es tanto, sin embargo, el desplazamiento hacia la opción del conservadurismo político que se produce, sin solución de continuidad, hasta que en 1889 tenga lugar la fusión de ambos Fomentos en uno solo. Ramón Torelló, a quien se atribuye la redacción de los aspectos económicos en el Memorial, es un exponente claro de ese acercamiento progresivo a las esferas del poder

Ramón Torelló y Borrás había venido desempeñando, en el seno del Instituto del Fomento del Trabajo Nacional, una labor de análisis sobre el desarrollo del capital en España, estudio que lo había llevado a observar " con placer ", al borde de los 80, " cómo acrecía en España (el capital), aunque lenta y penosamente, y sin seguir ni de muy lejos el curso rápido y progresivo que ha venido siguiendo en pueblos más felices que el nuestro ". No obstante estas diferencias, había concluido Torelló que " muy en breve, el establecimiento de nuevas fábricas y la manera vertiginosa de producir de la maquinaria moderna nos llevarían a un inmenso sobrante de producción, a la que forzosamente habría que buscar un puesto en los mercados exteriores, y en primer término, en los que de derecho nos pertenecían ". De ahí su concentrada atención al problema colonial, que lo convertiría en uno de los más acendrados partidarios de la ley de relaciones comerciales del 82, bajo la fórmula de " los mercados antillanos y filipinos para los productos peninsulares, y el mercado peninsular para los productos de aquellas nuestras posesiones, sin traba alguna ". Siempre con las miras puestas en la protección, habría de hallarse igualmente Torelló en París, al lado de Navarro Reverter, para asesorar a éste sobre la firma del acuerdo comercial con Francia (60).

Mayor importancia inmediata que ese paulatino deslizamiento hacia el consenso canovista parece tener, por el momento, la escisión de Romero Robledo y López Domínguez del partido conservador, para constituir el denominado partido Liberal-Reformista que, en sus bases programáticas, se declara protector de la agricultura, la industria y el trabajo nacional. Tal profesión de fé será acogida con éxito en Barcelona, provocando a la defensiva la firme asunción, por parte de Cánovas, del ya reiterado credo proteccionista. Sin embargo, y aunque en 1886 se había puesto ya tímidamente manos a la obra de la protección nacional, lo cierto es que hasta 1889 esa acción no logra concretarse en gestiones administrativas de significación o relieve. En 10 de octubre de aquel año, un R. D. encargaba a una comisión^(*) sobre la influencia ejercida por

(*) -Preparada por Segismundo Moret- de redactar amplia información

los tratados de comercio sobre la riqueza del país. Aprobado en 5 de diciembre de 1889, el interrogatorio de 21 preguntas fué enviado sin dilación a corporaciones, aduanas y particulares que, en 5 octubre de 1890, fecha del comienzo de las discusiones, habían respondido en número de 285. Se había tratado de cubrir, en aquél, el amplio campo de la producción: centros agrícolas, mineros, industriales, asociaciones de navieros, cámaras de comercio, sociedades económicas y asociaciones gremiales, ligas de contribuyentes, juntas provinciales y diputaciones, ayuntamientos, funcionarios públicos, ganaderos, propietarios, etc. vierten sus respuestas a lo largo de cinco gruesos tomos, oficialmente editados por la comisión (61). Moret tratará en vano de imponer su criterio librecambista formulando un voto particular, hecho suyo inmediatamente por el — Círculo de la Unión Mercantil, que movilizó a sus huestes en un — brillante ciclo de conferencias (62). Pero el resultado de la información arancelaria no dejaba lugar a equívocos. Para entonces, los días del librecambio como política hegemónica en las aduanas españolas estaban contados.

Y es que, ya de la confrontación de fuerzas en los últimos años, podía preverse semejante desenlace. Si seguimos el barómetro de los 'congresos económicos' (no despreciable cristalización de las tendencias en un momento determinado) la dirección en que se orientan las fuerzas más emprendedoras del país aparece con indudable nitidez. En 1883, la iniciativa de Costa que había de plasmar el Congreso de Geografía, heterodoxo intento de captar para un proyecto librecambista la acción estatal, revela sin vacilaciones la inercia en que se debatían los defensores a ultranza del liberalismo económico, incapaces de resolver — como grupo — su contradicción creciente con otras fracciones burguesas. Tres años después, "1886, el II Congreso Nacional Mercantil (63) trata, sin éxito visible, de "reorganizar a las clases mercantiles " en su encuadramiento en las incipientes Cámaras de Comercio. Dos años más tarde, el proteccionista Congreso Económico Nacional (64), presidido por el naviero Nicolau, da fé por el contrario de una batalladora cohesión, al menos momentánea, frente a la declinante dominación arancelaria del librecambio. Manuel Zapatero, librecambista madrileño, va a editar, escrupulosamente estos dos últimos congresos, en un intento honrado de mostrar a la opinión pública " las aspiraciones de las escuelas que en el terreno económico se disputan la supremacía gubernamental ", exponiendo (no sin cierta inseguridad) que, a la altura de 1888, "ambas tienen igual manifestación " (65)

Los ^{grandes} vates del librecambio, sin embargo, no son capaces de a-

parentar semejante eclecticismo. En tanto Gumersindo de Azcárate sigue propagando el "leit-motiv" de su credo económico: "interesa vender lo más caro que se pueda y comprar lo más barato que sea posible" (66), Gabriel Rodríguez contesta con criterios extraeconómicos: "Cuando un sistema se funda en ideas falsas, el sistema es malo", o "las doctrinas en que se quiere hoy fundar el régimen proteccionista aduanero son anticuadas y anticientíficas" (67). Sin embargo Antonio Cánovas al declararse proteccionista convencido, había rechazado la doctrina de Smith y Bastiat como "completamente inspirada en el espíritu". Los criterios para valorar la oportunidad pragmática de uno u otro supuestos teóricos se asentaban por entonces en premisas filosóficas de muy distinta naturaleza. Sólo quedaba ya avanzar en el camino de la cohesión del nuevo bloque agrario-industrial.

En marzo de 1889 tendría lugar la fusión del Instituto del Fomento del Trabajo Nacional con el Fomento de la Producción Española, quedando de este modo borrada cualquier diferencia, "casi exclusivamente de procedencia, y no de criterio" (68). La septembrina, veinte años atrás, era la culpable de heridas poco profundas y que, por fin, comenzaban a cicatrizar. Pronto tendrá ocasión el unificado Fomento de actuar contra el impuesto sobre la renta que pretendía imponer Venancio González desde Hacienda, Manuel Girona, presidente de la Cámara de Comercio de Barcelona, acaudilla la protesta. Protesta en breve innecesaria, porque la rápida sustitución de Sagasta por Cánovas cambiará pronto la situación. 1890 es aceptado comúnmente como fecha del triunfo del proteccionismo en España, porque el gabinete conservador procede de inmediato a la revisión de los tratados, derogando definitivamente la controvertida base quinta, y elevando los derechos de importación sobre el trigo, harinas, ganados, carnes y arroces. Dimitido Moret, el vizconde de Campo Grande presidirá la Comisión arancelaria, proteccionista en su mayoría, sobre la que el Fomento espera poder actuar. Trece subcomisiones (una para cada clase de arancel) abren consultas de inmediato. Cataluña y Valladolid coinciden en apelar sin paliativos al arancel proteccionista global, que en el fondo oculta y aplaza indefinidamente la urgencia de la reforma agraria. Ya no se trata tanto de ampliar el mercado (en extensión o profundidad, tanto da), como de explotar hasta

el máximo, el ya existente. La ley de 31 de diciembre de 1891, que entra en vigor en febrero siguiente, sucede finalmente a la requisitoria. Conocido como "arancel de guerra", el nuevo arancel de 1892 es justificado por Cánovas ante el país como la única respuesta posible ante la persistente elevación de derechos por parte de otras naciones (69).

Hasta aquí, y todavía por un tiempo, para la burguesía catalana la válvula de escape, la que le posibilitaba una cierta autonomía relativa frente a los cambios de coyuntura, había sido localizada en las colonias americanas, fundamentalmente. Pero la ley de relaciones antillanas, que desde 1882 acá había venido a contrarrestar importantes problemas de distribución de la producción industrial catalana, comenzaba ahora a ser contestada duramente por los elementos cubanos directamente interesados en el comercio con los EE.UU. (70). Como consecuencia de la guerra larga, arrasadas las fuentes de riqueza por la contienda, el capital norteamericano se había precipitado a abonar terreno propicio, y la pérdida de mercados hasta entonces españoles se había hecho notar. Al amparo del arancel del 82 algo se había recuperado, pero el malestar entre los círculos independentistas cubanos era cada vez mayor. Una Liga de importadores de tejidos, constituida en La Habana en julio de 1890, y la Unión de Fabricantes de Tabacos eran los principales detractores de una política arancelaria desigual e injusta. Solicitando la derogación de la ley de relaciones comerciales junto a la fijación inmediata de nuevos aranceles para con EE.UU., la Unión califica de " explotación y negocio particular de cuatro castellanos " la protección dispensada a las harinas de Castilla, arroces de Valencia y pastas peninsulares, a la vez que considera del todo natural proceda de una vez el gobierno al sacrificio de tejidos y conservas peninsulares (71). El Círculo de Hacendados de Cuba, por su parte, había solicitado también la más amplia libertad económica, con transformación subsiguiente de los presupuestos y sin aumento alguno de la deuda pública, con vistas a lograr mejoras en las relaciones comerciales de la Gran Antilla con su poderoso vecino del norte, el cual tenía en su haber la condición de " único mercado que hasta ahora ha absorbido y en lo futuro es capaz de absorber los productos de los ingenios de la isla de Cuba " (72).

El Fomento del Trabajo Nacional reacciona con viveza ante este intento de escapar a su control. Corren peligro - afirma - " el honor y el bienestar de la patria", cuando decide exponer

ante el ministro de Ultramar sus razonadas quejas, no e-
xentas de amenazas futuras para quienes pretendan sustraerse
a aquella privilegiada relación: " Los productores cubanos -
decía el organismo catalán en 1890 - han cometido un error gra-
vísimo, que pagarán duramente. Abandonando la navegación e in-
dustria propias (léase peninsulares), así como los mercados
de Europa y Sur América, han querido hacer de los Estados Uni-
dos su metrópoli comercial. De este modo se han labrado ellos
mismos la cadena de su esclavitud (...) " (73). La conclu-
sión final de aquella larga exposición al ministro, de casi —
cien páginas, es más bien una serie de advertencias hacia los
colonizados que aquella ^{otra} desesperada gestión cerca de los pode-
res públicos de tiempos pasados: " La producción azucarera y—
tabaquera de la isla de Cuba están amenazadas de graves ries-
gos que la Península no puede desgraciadamente remediar como
quisiera. Es preciso que los productores de aquella Isla se con-
centren en sí mismos y mediten bien qué camino conviene adop-
tar. La madre patria no les ha irrogado ni les ha de irrogar
perjuicio ninguno, compensando con creces las dudosas ventajas
que se supone ha obtenido. La ley de relaciones comerciales an-
tes les ha reportado beneficios que daño de ningún género. El
cabotaje, si no fuera un lazo político que sería fatal romper,
puede ser una puerta que convenga más adelante a los cubanos
tener abierta. Los peligros, las amenazas, el malestar, proce-
den pura y exclusivamente del bill Mac-Kinley, del cual no es
responsable sino el paroxismo ultra-proteccionista que se ha a-
poderado de los caudillos del partido republicano (, , ,) Ten-
gan los cubanos un poco de calma, y confiamos que, Dios median-
te, la tempestad se disipará y se irán allanando las dificulta-
des que hoy parecen insuperables " (74). Entre tanto, el pro-
pio Fomento solicitaba de Ultramar, sin pérdida de tiempo, el
cumplimiento exacto de la ley de relaciones de 20 de julio de
1882 y el mantenimiento incólume del " statu-quo " arancelario
hasta conocer qué concesiones los propios Estados Unidos se ha-
llaban dispuestos a hacer en sus relaciones con Cuba. La peti-
ción, fechada en Barcelona a 31 de diciembre de 1890, formaba
parte de un bloque de gestiones cerca del poder central para
presionar a propósito del problema comercial que constituía el
núcleo del asunto.

A pesar de todo, los representantes de la patronal cata-
lana tuvieron siempre presente lo precario de su reserva en las
Antillas. En plena guerra larga se había preguntado Juan Güell
con insistencia: " Si hemos perdido un continente, ¿ es absolu-

-tamente imposible que en una época más o menos remota perdamos lo que nos queda ? " (75). Sólo como solución transitoria resultaban viables, para España a principios de los 90, los mercados reservados extrapeninsulares. Ello no significa, sin embargo, fracaso en sus objetivos para la ley de relaciones comerciales con las Antillas de 1882, aunque sí cierto recelo por parte de los beneficiados, temerosos de mostrarse demasiado optimistas.

La Comisión Arancelaria creada en octubre de 1889 puede servir de indicador parcial, puesto que reunió las respuestas escritas, dándolas a la luz pública. Una de las preguntas contenidas en el cuestionario, la 14ª, rezaba como sigue: " ¿ Qué efecto han producido las leyes de Relaciones Comerciales de 30 de junio y de 20 de julio de 1882, la de Autorizaciones de 22 de julio de 1884, y el artículo 13ª de la de Presupuestos de 29 de junio de 1887 , respecto al comercio de exportación de la Península a las provincias y posesiones españolas de Ultramar, desde 1882 a 1888, comparado con períodos anteriores que el informante determine con precisión ? ¿ Qué efectos han producido estas mismas leyes en el comercio de importación en la Península de los productos de dichas provincias y posesiones en los citados períodos ? ". La mayoría de las corporaciones o particulares encuestados no llegaron a responder dicha pregunta, alegando la carencia de relaciones directas con dichos mercados o la insuficiencia de las estadísticas. Si lo hicieron, lógicamente, la Comisión Provincial de Santander, o la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de Barcelona la primera, para subrayar su espera impaciente de la ampliación del cabotaje prevista para 1892, y solicitando al tiempo mayores facilidades para la elaboración en España de las materias primas. Más explícita y convencida, la Junta barcelonesa responde que " a pesar de la disminución experimentada en la exportación para la isla de Cuba y Puerto Rico de harinas y vinos de la Península, los efectos producidos por las leyes de relaciones comerciales que se refiere la pregunta han sido muy satisfactorios para los demás artículos de nuestra producción nacional, que ha aumentado notablemente " (76). No obstante, las informaciones más completas al respecto no procederán de los interesados más directos, sino de los agentes de la función pública, que, sin embargo, se ven obligados a recurrir a la estadística oficial para apoyar sus afirmaciones (77).

Como señalaba la respuesta ofrecida por la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de Barcelona, la industria harinera ha

-bía sufrido una cierta discriminación, respecto a otras, en la formulación arancelaria del 82. Pero no tanta como para no alentar a sus promotores a invertir determinadas sumas en la modernización técnica de sus empresas. Cuando empezaban a disfrutar de los beneficios de una siempre limitada tecnología (a menudo aún en proceso de amortización), el tratado con los Estados Unidos amenaza de nuevo la precaria relación de fuerzas. A la altura de 1891 Pedro Rahola, en nombre de las harinas de Cataluña, alerta a la opinión pública del peligro que se avecinaba (78). La explotación al máximo del mercado interior vuelve a imponerse como exigencia inmediata, exigencia en la que - y ahí radica la novedad del planteamiento - el Estado puede (y debe) actuar como eficaz interventor, regulando intereses, y equilibrando las fuerzas de la producción. Algunos teóricos del proteccionismo - fueron, desde muy pronto, conscientes de esta nueva dimensión.

Mucho antes de que Cánovas articulase políticamente las insistentes requisitorias de la nueva burguesía nacional, mucho antes de que otorgase carta de naturaleza a la instancia política como armonizadora de las discrepancias entre unos y otros ámbitos de interés, en Cataluña se había esbozado ya, por parte de uno de los introductores del positivismo en España, esa intervención es total que después vendría incluso propiciada por el cambio de circunstancias a nivel mundial.

3. " Economía nacional " e industrialización en la España de finales del siglo XIX.

"Cuando las naciones están en desigualdad de condiciones de producción, riqueza, etc. - y lo cierto es que todas se encuentran en esta situación de desigualdad -, tanto más perjudicadas se en encuentran las que tenían peor administración pública, falta de capitales, menos instrucción, menos grado de adelanto científico, transportes más difíciles y caros, menos industrias, etc., cuanto más libertad haya en el comercio internacional " (79). Así se expresaba Pedro Estasén, economista e introductor del positivismo jurídico en España, a la altura de 1880. La conciencia del desarrollo desigual, del "desequilibrio de la producción", es patente en Estasén, como lo era en Ferrer y Vidal, cuando analiza el conflicto arancelario que divide a los grupos burgueses en la España de la segunda mitad de siglo. Aquel "desequilibrio", que se halla en el origen de la crisis económica general que atraviesa Europa (80), exige duras medidas de corrección. La salida de la crisis alejará años luz a unas naciones de otras, de modo que .

"las naciones que se encuentren en más ventajosa posición mejorarán más y más su suerte, pero las naciones que ya entren en la lucha con desventaja se perjudicarán más y más, dependerán en mayor grado de las más adelantadas en la producción, y más difícil les será organizarse: se harán más y más dependientes del extranjero, tendrán que vencer mayores obstáculos, para equilibrar sus elementos de trabajo y hallar, en una palabra, el conveniente equilibrio económico " .

Dependencia, desarrollo desigual, no son - pues - conceptos anacrónicos en la formulación teórica de estos propagandistas del proteccionismo industrial en la colonizada España del XIX. El laissez-faire se dibuja . . . como una imposición británica para proseguir imparable su propio camino hacia la hegemonía mundial, y los defensores del librecurso en las otras naciones pasan a ser agentes del subarriendo y obstaculizadores del desarrollo armónico de cualquier país. La crisis, en definitiva, (y por crisis se entiende fundamentalmente la quiebra en el crecimiento satisfactorio de las diversas ramas de la producción), ha venido propiciada por la implantación a nivel mundial de aquella política económica que hoy comienza a ser combatida en los ámbitos de la industrialización europea. " Indefectiblemente, el librecurso - eran palabras de Estasén - aplicado tal como hasta el presente ha venido aplicándose, con las grandes rebajas de las tarifas aduaneras en las naciones europeas y la abolición de monopolios y derechos conocidos con el nombre de diferenciales, al tiempo que se concedían subvenciones a líneas de vapores, grandes franquicias a las Compañías de ferrocarriles y la facultad de disponer del tráfico interior de una nación, pudiendo establecer las tarifas a voluntad, concediéndoles en muchos casos crecidísimas primas y el apoyo material y moral de los Gobiernos, así como beneficios parciales que, al parecer insignificantes, son importantes en general, por el gran número de ellos; tales son , entre otros, exención de derechos de importación del material fijo y móvil; todo ello junto con la organización que al consumo ha sabido dar todo el pequeño comercio, el aumento extraordinario del lujo, la difusión de los objetos útiles y bellos que han creado grandes necesidades en todas las clases sociales, y sobre todo, el esfuerzo de Inglaterra y otras naciones en difundir el librecurso, atacar la producción de otros países y monopolizar los grandes negocios de las naciones menos expertas en materias económicas; todo ello, en una palabra ha de haber influido necesariamente en la crisis " .

Pero, de inmediato, la corrección política a estas cuestio

-nes esencialmente económicas se impone por sí misma: " Así han de haberlo comprendido los hombres de Estado, los publicistas y los hombres de negocios cuando, por todas partes, vemos asomar la reacción proteccionista, que quiere la organización económica de cada nacionalidad, no el prohibicionismo ni el monopolio. Descuidando algunos Gobiernos que una de las bases de la independencia de los pueblos, cuyos intereses les estaban confiados, era la independencia económica, no han tenido grandes reparos en permitir que los extranjeros interesaran en las grandes especulaciones financieras, que disputaran a los mismos nacionales el trabajo en el territorio de su nación, y que se apoderaran hasta de sus ferrocarriles y de sus más importantes minas y otras fuentes de riqueza. De ahí han surgido grandes dificultades y embarazos para los mismos Gobiernos, verdaderos conflictos de derecho internacional y grandes crisis y apuros para las industrias y agricultura de los diversos países. No hablemos de los tratados de comercio, por medio de los cuales algunas naciones abdicaban de su libertad en materia arancelaria, muchas veces con el beneplácito de los libre cambistas, lo cual parece imposible en ellos, que tan ardientes partidarios son de la libertad" (81). Queda así planteada, resumida pero complejamente, la oposición creciente entre los partidarios de una y otra opción económica: Consideraciones generales sobre la organización económica de las nacionalidades, subtitulaba P. Estasén su documento estudio sobre La protección y el libre cambio. En él vamos a basarnos, fundamentalmente, para trazar las coordenadas de este despuntar nacionalista (quede bien claro que por mucho tiempo todavía no separatista) de la concepción global del proyecto económico del desarrollo del capital en la España de finales del siglo XIX.

Es la de Pedro Estasén, en 1880, una formulación clara y precisa de las premisas del nacionalismo económico que, junto al intervencionismo estatal creciente, no lograrán, sin embargo, verse plasmados en nuestro país hasta que las condiciones especiales que rodean a la Primera Guerra Mundial vengán a facilitarlo (82). Ello supone, contundentemente, el recurso a la protección arancelaria como instrumento, primero y prevalente en el conjunto de medidas benefactoras de las burguesías nacionales frente a los intereses hegemónicos del capital extranjero. Habría de suceder así en España, hasta entrado el siglo XX. Y sin embargo, la argumentación de Estasén se adelanta en más de treinta años a las peticiones de los propios industriales en este senti-

do y a las formulaciones globales de presupuestos consiguientes. Ello me parece digno de prestarle atención.

Sin duda alguna, podemos advertir en su extenso folleto La protección y el libre-cambio rasgos precisos de la condición de Estasén como intelectual, como estudioso de la economía. Es precisamente la ventana teórica que le proporciona Europa la que posibilita este carácter de precursor. Ya para Güell y Ferrer, en pleno triunfo político del liberalismo (83), la misión del Estado consistía en armonizar las discrepancias entre diferentes sectores de la producción, discrepancias sólo en apariencia relevantes, puesto que una planificación - por modesta que fuera - acabaría poniendo de relieve la perfecta compatibilidad (y aun ventajas recíprocas) de unos sectores sobre otros. La nación, los intereses nacionales y la protección al trabajo nacional son entonces poco más que recursos verbales para ofrecer a sus reivindicaciones concretas esa dimensión netamente burguesa que hace extensivos a la totalidad de una comunidad histórica los intereses de una minoría social. Pero cuando Pedro Estasén, en el inicio de una importante producción publicística en materias de economía (84), escribe en 1880 acerca de "la organización económica de las nacionalidades", se está preguntando ya, tras reflexionar sobre el modelo alemán, por el lugar específico que ocupa España en el total de la red de intercambios. Partiendo de sus preocupaciones científicas, y siguiendo de cerca a Spencer ("el más grande de los pensadores de la época moderna") (85) elabora un proyecto de organización económica a nivel nacional que él mismo rubrica como "oportunismo", siendo éste "el arte de apropiarse las leyes económicas y las leyes políticas a las condiciones presentes" (86).

Aproximadamente un año atrás alguien, que firmaba N.S., había publicado en un diario barcelonés, bajo el epígrafe de Economía Nacional "un artículo que apelaba sin paliativos a la intervención reguladora del Estado en materia de economía" (87). Estasén va a desarrollar la idea integrándola en un amplio cuerpo de doctrina. "¿De qué le sirve la libertad omnímoda al incapaz, al impotente, al débil? - se preguntaba el catalán entusiasta de Spencer. - La libertad sin medios - respondía en seguida - es como la fé sin obras: mortua est... " Es más, "¿qué objeto tendría proclamar la libertad de cambios en una nación que nada

podría cambiar con las demás ? " (88). Es, por tanto, - argumen-
ta Estasén - imprescindible una ubicación concreta sobre la que
situar cualquier teoría: " Al aplicar este sistema (el libre -
cambio) en un estado cualquiera, ténganse en cuenta las condi-
ciones de los seres llamados a disfrutarla y el estado de estos
seres en relación con el estado de otros análogos: de estas con-
diciones dependerá la ventaja o desventaja de la libertad, la
que no es buena o mala por naturaleza propia, sino según los ca-
sos y las circunstancias ". Y así, pronto empieza el autor a a-
nalizar la situación española, sirviéndose de los trabajos del
católico príncipe de Lichtenstein como modelo y guía.

La hegemonía del capital extranjero en nuestro país es, sin
duda alguna, la circunstancia dominante. P. de Estasén se adelan-
ta en veinte años a la urgente denuncia de un Sánchez de Toca
(89), visceralmente implicado en la maniobra de sustitución. La
denuncia hecha aquí, respecto a la detección y control por extran-
jeros de minas y ferrocarriles (90), de sociedades de crédito
y la mayor parte de la marina mercante, no se autolimita a la ho-
ra de sacar conclusiones: " Ahora bien, si los ferrocarriles son
extranjeros, y los banqueros que prestan sus capitales y la clien-
tela de estos banqueros también, ¿ no es casi seguro que las
Compañías de caminos de hierro, pudiendo disponer sus tarifas co-
mo mejor les plazca, han de abogar por intereses extranjeros?, y
pudiendo, tanto como pueden, favorecer los ferrocarriles la pro-
ducción de aquella nacionalidad, cuyos intereses, cuyos capita-
les, son los que han servido y sirven para la construcción y ex-
plotación de las vías férreas ? Indudablemente, y por estas razo-
nes, en España todas las tarifas de ferrocarriles favorecen la
importación de artículos extranjeros a los grandes centros de po-
blación y de consumo, al mismo tiempo que parecen hechas adrede
para perjudicar el tráfico y la producción nacional entre puntos
españoles ". Pero los peligros no se reducen a la esfera económi-
ca; la dependencia cobra una dimensión política, - viene a decir
Estasén - , cuya inconsciente asunción entraña evidentes limita-
ciones para la soberanía nacional de los más débiles: " En las
relaciones entre una nación fuerte en producción y otra débil, siem-
pre se nota dominio y exigencias por parte de la primera, y gran-
des condescendencias por parte de la segunda. Por esta razón, el
aumento de relaciones mercantiles por medio del planteamiento--
del sistema del libre cambio, como priva de defensa a la más dé-
bil, la hace en un todo más y más dependiente de la más fuerte.
Inglaterra por su parte siempre se ha inmiscuído en los negocios

interiores de España, como en los de todas las naciones poco celosas de su independencia económica ". (91).

Sería de este modo un fuerte componente político el que obligara en primera instancia a poner coto a las complicadas injerencias foráneas en la producción de un país determinado (92). Los partidarios de la protección no son, pues, en definitiva, sino quienes han tomado clara conciencia "no de que nadie esté — vendido al oro inglés, sino de que la influencia inglesa y extranjera, en general, es en materias económicas muy decisiva, y harto peligrosa para la patria ". La Administración española tampoco ignora las dimensiones reales del proceso, pero prefiere hacer caso omiso de las amenazas que sobre el país se ciernen. Contra los argumentos usualmente esgrimidos, opone Estasén su concepto de los perjuicios causados por la colonización sobre la economía en su conjunto:

" Diráse que en España falta capital y que es preciso buscarlo donde lo haya y acudir al extranjero si es preciso . ¿ Acaso no lo hay en España ? Las especulaciones de Bolsa y otras de igual índole nos demuestran que mientras el capital de la nación se emplea en operaciones desorganizadoras del trabajo y de la prosperidad patrios, los extranjeros prestan sus capitales con hipotecas de obras de grande utilidad, de fábricas y buques y otros medios de verdadera riqueza, y que mientras el capital nacional está distraído en operaciones peligrosas para la vida económica del país, el capital extranjero , cada día más imperioso y exigente, se aprovecha de nuestras riquezas naturales y nos impide regenerar nuestras fuerzas productoras. He aquí un efecto de la influencia que los capitales extranjeros ejercen en una nación; he aquí uno de los efectos de la influencia de las naciones poderosas y ricas sobre las naciones débiles y pobres; he aquí una de las causas de la crisis..." (93).

Frente a ello, " ha de venir la organización económica de las nacionalidades, la adopción de un sistema económico nacional." Porque, " económicamente hablando, nuestra patria está desorganizada, y sólo puede reorganizarla un régimen protector, cuyas consecuencias no pueden ser perjudiciales en manera alguna, ni aun en el caso de grandes represalias del extranjero, desde luego que la Península, las Antillas y las posesiones asiáticas y africanas, bastan para mantener un activo comercio y dar salida a los productos de nuestra industria. El aislamiento económico no nos importaría tan gran perjuicio como la libertad de cambios con naciones poderosas " (94). Ello obliga a reconsiderar herencias

de escuela y promesas teóricas: "Quien de español se precie y no sea indiferente al movimiento de reconstrucción económica que las naciones europeas en estos momentos verifican, ha de abandonar toda preocupación libre-cambista, dejar a un lado las doctrinas económicas, muchas veces falseadas por sus divulgadores españoles, y atender al principio proteccionista, a quien los hechos dan la razón después que la pluma de Carey la sentó firme en indestructibles bases". Y ello le lleva también a reclamar la exclusividad del mercado interior para los intereses de la producción nacional: "Antes de pensar en abrirnos nuevos mercados en el extranjero, recobremos el mercado nacional que los extranjeros han arrebatado." (95)

La argumentación de Estasén se produce en unos momentos en que empiezan a sentirse los efectos de las crisis de inversiones en Europa. El descenso de las entradas de capital extranjero en España hace tiempo que fue puesto de relieve por Sardá (96), y después ha sido tenido en cuenta sólo en limitadas ocasiones (97), restando todavía por evaluar las repercusiones de dicho momentáneo retroceso en la coyuntura específica de aquella década. Estasén, en la vanguardia de la recepción europea y al lado de los sensibles perceptores de la recesión desde la frontera catalana, intenta adelantarse a la necesidad del impulso: "Fomentando la industria de máquinas, fomentaremos a su vez la extracción de los minerales; protegiendo la industria lanera protegeremos la ganadería; alentando la manufactura en sus variadas manifestaciones, alentamos a la agricultura, a quien facilitamos máquinas y convenientes capitales; y no se olvide un momento que la agricultura, muy lejos de ser una rama de la producción con autonomía, con vida independiente, es una industria como cualquier otra, pero mal digo, no como cualquier otra, sino industria subsidiaria y relativa, cuya existencia, progreso y desarrollo dependen de las demás industrias, que transforman la materia en útiles y el trabajo en oro amonedado. Una nación exclusivamente agrícola no puede ser verdaderamente agrícola sin ser una nación atrasada, pobre, subsidiaria y comercialmente esclava de las naciones ricas en producción de otra índole" (98).

Un rudimentario esbozo de sustitución de importaciones deja paso inmediatamente a la argumentación precisa para enfrentarse al poder agrícola, volcado hacia fuera en su crecimiento y

por ello sustentador tenaz de los presupuestos del librecombio. Pero éste - viene a convenir - fomenta exclusivamente beneficios aislados y sectoriales, en tanto que la protección posibilita un desarrollo orgánico: " Considero que el resultado más fecundo en consecuencias de la reacción proteccionista de Alemania, Francia y otras naciones es la reorganización económica de las nacionalidades que entran en la nueva senda. Protegida la industria, la agricultura, las artes, las ciencias, toda la nación experimentará el influjo benéfico del sistema protector. Todas las fuerzas sociales obran y reobran unas sobre otras, las funciones de cada actividad social afectan a la totalidad del cuerpo y a cada uno de sus miembros, aparatos y órganos, y esta ley la hemos visto comprobada en los Estados - Unidos de la América del Norte. Es más, el cuerpo social, fortalecido, será así capaz de hacer frente victorioso a los males que le amenazan (99). Es una guerra universal en la que los vencedores serán los ricos, y los que sufran todos los efectos de la derrota perderán muchos elementos de civilización y ostentarán en su organismo enfermedades de raquitismo y anemia, como las crisis y el hambre, o enfermedades de descomposición social, como el nihilismo. El desarrollo tecnológico (100), la articulación nacional a través del mercado y no de las demarcaciones administrativas (101), constituyen para el autor las coordenadas inmediatas en las que inscribir el desarrollo capitalista español.

Pero ante todo procura Estasen evitar distorsiones o desacuerdos entre sectores interesados en la protección: " Solidemos nuestra organización económica y ayudémonos mutuamente, ya que el peligro exterior arrecia. Seamos libre-cambistas en el comercio de Andalucía con Cataluña, de las Baleares con la Península, de nuestras posesiones de Africa con el resto de España (....); los perjuicios no superarán a las ventajas, ya que pagamos contribución a un mismo Gobierno y estamos sujetos a la responsabilidad de una misma deuda. De nación a nación se establece una corriente económica que se salda con dinero. De provincia a provincia puede establecer el equilibrio entre las encontradas o desviadas corrientes económicas la suprema acción del Estado, que apoya con fondos del mismo o protege de una u otra manera la rama de la producción que decae, o la provincia y municipio a quien diezma el hambre o empobrece una mala cosecha.

Ello exige del Estado una atención previsora que no se detiene, por supuesto, en las fronteras de la salvaguardia arancelaria. El arancel protector no deja por ello de ocupar un lugar primero

entre los medios propuestos (102), pero el conjunto es más amplio y ambicioso: " Al proteger, no sólo ha de proteger el Estado la mayor suma de fuerzas productoras, sino que ha de hacer converger estas fuerzas a un fin, para que no se neutralicen, ha de procurar el equilibrio. Como ideal, aspiramos a la mayor diferencia ción de estas fuerzas, y como procedimiento protector, el que proporcione en mayor grado la más activa circulación de las riquezas en el seno de una nacionalidad. El Estado debe proteger ante todo el elemento histórico, las instituciones en que se encarna la tradición, los intereses morales, limitándose aquí la protección a prestar recursos y a procurar la defensa contra todo ataque externo e interno; debe fomentar el elemento científico, así personal como material, pues vale más a una nación un genio que se llame Edison o Newton, Fortuny o Cellini que todas las fábricas reunidas. Después ha de proteger el Estado las grandes industrias, el gran comercio, ha de proceder de mayor a menor, encontrándose en último término el consumidor que no produce, cuyas voces no debieran llegar casi nunca a oídos del hombre de Estado. A la sombra de la gran de industria vive la pequeña, como al amparo de las leyes naturales que tienden a perpetuar la especie queda protegida la existencia del individuo " (103).

Acerca del comercio (104), acerca del consumidor (105), objetivos o pretextos preferidos por el librecambio, ofrece aquí Estasén en esta confrontación de posibilidades, soluciones alternativas.

* La ventaja de la protección - viene a concluir - estriba en la facultad de organizar económicamente la institución, sociedad o Estado que adopta este sistema. Por medio de tal régimen se crea un todo con unidad de acción y de intereses. Se establece el equilibrio entre los intereses encontrados que puedan existir en el seno de la misma ". Por el contrario - y ello es la moraleja nacional del folleto -, el librecambio " coloca a la sociedad moderna en una posición difícil; la conduce a la desorganización económica o al pan britanismo " (106).

No obstante, los azares de la conjunción de fuerzas tardarían todavía un tiempo en acercar y conciliar a esos diversos sectores que Estasén sabía opuestos. La crisis agraria jugaría sin duda un papel determinante, pero la crisis alcanzaría a España con un relativo desfase temporal. En ello está la clave de muchos títulos y acciones discordantes ; en ello reside también la posibilidad final para ese (relativamente) dilatado margen de actuación para los proyectos alternativos que esbozaron los africanistas.

4. De cara al nuevo siglo: pérdida de los mercados reservados y triunfo de la protección global.

El arancel de 1892 supone un importante tanto ganado para los intereses de la producción nacional. A pesar de ello - lo subraya Benito de Alzola dos años después - hay sectores todavía no suficientemente cubiertos por la protección arancelaria: la industria de construcciones navales es quizá la que más dispuesta se halla a recordar este olvido. La comisión arancelaria - sobre cuyos informes se elaboró el nuevo arancel - había descuidado, según el marino vasco a "las máquinas, motores, calderas y aparatos auxiliares de a bordo", que aparecían así en el dictamen sujetos a las mínimas tarifas de introducción que conservaron durante un tiempo (107). De este modo, las construcciones navales atravesaban una honda crisis de la que sólo venía a sacarlas, periódicamente, la iniciativa del ministerio de Marina. Pero las exigencias ahora son más amplias: sin una acción coordinada de "todos los ramos de la Administración del Estado", poco sería capaz de conseguir - se dice - incluso la genérica protección arancelaria.

Con el apoyo del Partido canovista (108) va perfilándose de esta manera, y desde diversos ángulos, la pertinaz requisitoria a la intervención estatal como reguladora de la organización del mercado y su control. El Fomento barcelonés sin olvidar en absoluto su plataforma antillana (109), se compromete con decisión en el seno de la Liga Nacional de Productores. Al frente de ella Pablo de Alzola, ex-alcalde de Bilbao, ingeniero y capitalista, no sólo advierte al Estado del papel que le cumple desempeñar, sino que intenta alertarlo a propósito de una necesaria interpenetración creciente con las unidades de producción: "La producción moderna, que se realiza en un medio deincesante competencia con los artículos similares extranjeros, y que representa uno de los más esenciales elementos de los Estados, necesita y requiere, para su normal viabilidad y desarrollo, una solicitud extremada y la protección constante por parte del poder nacional; el cual, para mejor realizar su misión, debe hallarse en íntimo contacto con los organismos que representan a las diversas actividades económicas, de quienes debe recibir datos técnicos e indicaciones precisas" (110).

La campaña proteccionista va a encontrar nuevo acicate en

los intentos repetidos del ministerio de Hacienda (Concha Castañeda primero, y después Gamazo) por fijar nuevos cánones para la contribución industrial. Guillermo Graell, elegido en representación del Fomento, participa en una comisión que trataba de apaciguar a la agitada opinión pública: " Hasta entonces - recuerda-se habían hecho las reformas de la contribución industrial sin otro plan que el fiscal. Yo ví algo de mucho mayor trascendencia: el porvenir de la industria y, sobre todo, el de la exportación". La situación se vive hasta tal punto difícil (y al tiempo tan transformable) que no importa ya asumir incluso sobre sus hombros los cargos hasta poco antes rechazados. Si era costumbre generalizada entre los defensores de la protección sacudirse apasionada e ingenuamente la imputación de monopolio que sobre sus gestiones lanzaban los adeptos al libre cambio, (111) , ahora ya no importa aceptar en su totalidad el término, cualquiera que sea la carga valorativa que se le quiera dar. Graell lo explica en pocas palabras : " No quedaba otro camino que el monopolio. Se clamará contra ellos y clamamos todos; pero los países más civilizados les deben los principios de lo que son, y en España las industrias más poderosas " (112). La específica trayectoria del negocio y subvención oficial que protagoniza la Compañía Trasatlántica no puede estar ausente de estos planteamientos: " No cabe negar que (del monopolio) surgieron casas potentes que activaron la exportación, adormecida con los solos esfuerzos individuales de los fabricantes. A estas casas debemos la rápida entrada en nuestros mercados coloniales, dominados por los extranjeros, especialmente el filipino, totalmente sometido a una gran masa de créditos pendientes."

Para la década de los 90 la relación de fuerzas existente entre los intereses globales de la protección y el bloque de poder ha comenzado a modificarse. Un papel importante ha de jugar en este proceso la inusitadamente rápida e intensa (en el contexto español) acumulación capitalista en el País Vasco, entre la década de los 70 y ésta que nos ocupa. Minería y siderurgia conservan un lugar preeminente junto a la marina mercante y los negocios de banca, que pronto comenzarán a estrechar lazos. La apelación al Estado desde unos presupuestos de modernidad capitalista inicia una andadura en la que la nueva marina mercante resulta perdedora: dados los compromisos entre el Estado y la compañía subvencionada, en el conflicto entre constructores y navieros llevaban éstos últimos las de perder. Pero el impulso de siderúrgicos y metalúrgicos se evidencia con tal fuerza que, en el otoño de 1873, atenazados por la inminencia del proyectado tratado de comercio con Alemania, se

colocan a la vanguardia del movimiento proteccionista para actuar con decisión sobre el gobierno (113).

El 9 de diciembre de 1893 iba así a tener lugar, en Bilbao, un gran mítin proteccionista, con Federico Echevarría y Francisco Goitia, y la representación de los textiles catalanes por Juan — Puig y Saldrigas. José Zulueta, así mismo, defendía en Bilbao la protección agraria; junto a ellos, el marqués de Casa-Torre, diputado por Durango, y el proteccionista afincado en Madrid J. Clot. Manejando un buen puñado de cifras, Pablo de Alzola, vocal del Consejo de Administración de la Sociedad Altos Hornos de Bilbao, trata de demostrar a su auditorio que " el conjunto de nuestro arancel resulta inspirado en resabios librecambistas, tan perjudiciales como trasnochados " (114), asumiendo así un comportamiento más radical que el de sus compañeros catalanes. Goitia insistirá, más específicamente, en demostrar " la necesidad de que se desarrollen las industrias metalúrgicas derivadas ", volviendo a aludir a " la desdichada suerte de la construcción de máquinas en — tierra española, a causa del error fundamental en que han estado sobre tan importante materia los hombres políticos " (115). Para el textil catalán, por el contrario, no se trata ya de exigir mayor protección, sino solamente de conservar las ventajas tan penosamente obtenidas. Dos modelos de industrialización se perfilan y entrecrocán en este acto solidario: uno, moderno, en expansión y a la búsqueda de un mercado que sustituya a los que acaba de perder, se revuelve con fuerza contra unos moldes inflexibles; el otro, adaptado tras una vieja trayectoria a las fluctuaciones de la coyuntura, modestamente expansivo, lleva en sí mismo los linderos de su limitación. Pero también juega en ello un papel determinante el relativo contento proporcionado a Cataluña por el arancel anti-llano : Juan Sallarés, así, había aplazado para un futuro más o menos próximo las veleidades expansionistas, en tanto que Puig y Saladrigas se contentaba con cantar las excelencias del preferente trato arancelario que contenía el arancel de 1892. A sus ojos, realiza de este modo España la emancipación " de la servidumbre extranjera ", permitiendo tanto la ampliación de negocios como la modernización y reestructuración de los mismos. Incluso ha dado acogida al sector textil — comenta, paradójicamente enorgullecido — a un respetable volumen de capital extranjero (116).

Son quizá los agrarios, representados ahora por Zulueta, los intereses que se dicen aquí en mayor peligro. El Instituto Agrícola Catalán de San Isidro expresaba así su descontento respecto a la pasada legislación arancelaria, vigente aún en demasía, a su en-

-tender, y de previsible acción funesta, conforme se acrecienta la producción agraria en " las dilatadas y vírgenes regiones de la joven América " (117). Ello se sitúa en un momento de fisuras entre los intereses trigueros, en general, y la industria de transformación : a partir de la consolidación y suficiente entidad de una industria harinera en las costas del Principado, parece que la reivindicación ocasional de las admisiones temporales por parte de aquélla no debía contentar demasiado a los productores agrarios (118). No obstante, constituida ya la Liga Nacional de Productores, en la Información Parlamentaria que se abrió para discutir los tratados de comercio, vuelve a expresar Alzola - en la primavera de 1894 - su actitud favorable al proteccionismo agrario : " La agricultura no puede vivir sin la protección ". Por ello, los industriales - prosigue - " no han pronunciado una sola palabra contra la protección a la agricultura ", e incluso a pesar de los elevados derechos que gravan a determinados productos agrícolas, " no ha habido una sola protesta contra ésto; antes al contrario, deseamos que la agricultura viva, porque no queremos el emprobecimiento de nadie, y la única manera de que la industria florezca consiste en contar con muchos consumidores, muchos agricultores en estado próspero, porque de ese modo también prosperará el país " (119). La política de los gobiernos - concluye Alzola - ha carecido de coherencia al respecto, puesto que " se ha querido establecer un abismo entre los industriales y los consumidores; y yo pregunto : ¿ Quiénes son los consumidores ? Pues son casi todos los españoles (....) ¿ Sería justo, señores, que cuando el trigo, el alcohol, el ganado están protegidos, no se hiciera lo mismo con los productos de la industria nacional ?.

En la misma línea acude el Fomento del Trabajo Nacional, a lo largo de 1894, " por deber y egoísmo ", a emprender una resuelta campaña en favor de la agricultura, que " tan grave crisis atraviesa ", oponiéndose al tiempo al proyecto de revisión arancelaria, " si no se realizaba de conformidad con los productores y dentro de los límites por ellos fijados " (120).

Para entonces, unos meses después del mítin de Bilbao, la sensibilidad ante las cuestiones de la protección va cambiando indudablemente. El propio Alzola afirmaba resultante que aquél había provocado, únicamente, las críticas de " los comerciantes acostumbrados a surtirnos de toda clase de géneros extranjeros y de los contrabandistas que aún quedan en tierra española como vestigios de las acreditadas teorías del cosmopolitismo utópico " (121). Y, en efecto, la opinión pública comenzaba a aceptar con mayor natura

lidad los presupuestos de los industriales catalanes. Incluso el publicista Reparaz, librecambista en su medio, escribía: "Una política exageradamente proteccionista paréceme que no traería a España nuevos capitales, ni produciría otro resultado que disminuir el tráfico, ya harto escaso, que hacemos. Pero peor sería quizá arrojarnos en lirismos mercantiles ahora que, con o sin razón, toda Europa es proteccionista. El movimiento contrario a los tratados que ha surgido en Bilbao explícate precisamente por la influencia del ejemplo y por esa irresistible corriente de egoísmos con que pretende enmendar el siglo XIX en los últimos años de su vida aquellos delirios humanitarios y cosmopolitas con que la inauguró" (122). Por supuesto, los hombres más conspicuos del liberalismo económico seguían defendiendo sus presupuestos teóricos en la esfera jurídica y de la sociología. Azcárate había vuelto a proclamar una vez más, en el Círculo, en diciembre de 1891, que "el derecho y la libertad de cambiar son tan sagrados y tan dignos de ser garantidos por el Estado como todos los derechos y todas las libertades, y es una inconsecuencia llamarse liberal y demócrata y, por tanto, defender la libertad religiosa, la de imprenta, la de asociaciones, etc., y negar la de comercio". Avanzando más, se arriesga hasta aseverar que "están en contradicción con las leyes más fundamentales, con las leyes divinas que rigen la sociedad, esas barreras artificiales y absurdas que hacen imposible el cumplimiento de dos de aquellas: la de la unidad y la de la variedad, mediante las cuales coexisten el carácter peculiar de cada pueblo, su propia vida económica y la unión de todos" (123).

Poco después del encuentro de Bilbao en diciembre de 1893, comienza a funcionar, con sede oficial en Madrid y presidencia catalana, la Liga Nacional de Productores, organismo interlocutor con el gobierno. "No quedaba otro recurso - estima Graell, elegido secretario de la asociación - que organizarse en Sociedad nacional de resistencia para impedir a todo trance la aprobación del tratado (con Alemania) por las Cortes" (124). Despertaba por entonces la industria madrileña a los intereses de la protección, aglutinados por el Círculo de la Unión Industrial, al que recomienda Alzola no dejarse perder por los senderos de la teoría y emprender cometidos precisos, porque "en esta clase de círculos se deben perseguir fines concretos" (125). Pero pronto la cuestión de los tratados (Italia, Austria o Bélgica) iba a dar paso a un problema más acuciante: el partido li

-ral en el poder amenazaba con modificar la legislación vigente respecto a transacciones con el mercado cubano. Cataluña era la principal afectada.

" La cuestión antillana - se decía en el Fomento poco antes de ver encendido un nuevo conflicto -, desde el primer momento nos llenó de zozobra, por el convencimiento de que sus consecuencias podían ser tanto o más temibles que las de la revisión arancelaria en la península. Puede asegurarse - prosigue - que nuestra exportación tiene hoy su principal salida en los mercados de Ultramar, sin los cuales padecería honda crisis la industria manufacturera de la península. Los elevados cambios nos cierran el mercado de Filipinas y los propósitos del Gobierno se inclinan a privarnos del mercado de las Antillas, derogando la ley de relaciones comerciales y creando un arancel especial para los productos de la península con un margen protector insuficiente (...) Si por desgracia prosperase por un lado la revisión arancelaria en nuestro país, aumentando considerablemente nuestra importación, y por otro se levantara esa barrera en las Antillas contra la producción peninsular, destruyendo nuestra principal exportación, cualquiera adivinará el brusco -desequilibrio que sacudiría nuestro mercado interior, perturbando las fuentes de la producción patria, elevando los cambios, agravando la pobreza del país y las angustias del Tesoro " (126). Atemorizados por los proyectos reformistas (frustrados de inmediato) de Antonio Maura (127), los capitales catalanes disponen sus baterías para hacer frente a la creciente contradicción entre sus intereses y los de la burguesía comercial de las Antillas. Si, como recuerda Nadal, ya a fines de 1881 (es decir, con aranceles más favorables para la burguesía local) José Martí había lanzado su terrible anatema contra Santander , " que vive de las harinas que embarca a Cuba, forzada a recibirlas " (128), las circunstancias eran ahora infinitamente más desfavorables para la colonia. La política arancelaria metropolitana constreñía la entrada de azúcares y otros productos cubanos, en tanto que diversificaba y aumentaba los envíos desde la península. Los primeros noventa contemplan la agudización de esta tendencia, cuantificada por J. Maluquer (129). La desigualdad, progresiva y constante, en los intercambios volcaba cada vez más a la producción antillana hacia el potente mercado norteamericano; poco a poco, pero con firmeza, los capitales estadounidenses se arraigaban en la isla, colaborando a la industrialización básica organizada en torno del azúcar, el tabaco y el ferrocarril. Pronto fué el mercado yanqui el regulador de los precios del azúcar cubano, como principal comprador (130). El viraje hacia su poderoso y dinámico vecino continental llegaba a ser la

única opción posible para las burguesías criollas: la ruptura con la administración española, a comienzos del año 1895, se impone como necesidad. Era colofón previsible - comenta Maluquer- de " la disolución, muy poco antes, de los vínculos de intereses de los hacendados esclavistas con el gobierno español, tras la supresión de la esclavitud de los negros...." (131).

De entonces acá apenas habían pasado diez años. En ellos la situación se ha hecho insostenible para los intereses antillanos, en la misma proporción en que grupos burgueses peninsulares encuentran de este modo salida para su producción, industrial o agraria, escasa o nulamente competitiva en los mercados mundiales, y sólo parcial y desigualmente favorecida a escala interior. Los temores a las reformas liberalizadoras que, sólo excepcionalmente, proponen los gobiernos de Madrid, contribuyen a apretar hasta el fondo las tuercas de la reserva colonial. Volvían a ser de actualidad, en el comienzo de la crisis, palabras sin veladura pronunciadas por Gull y Ferrer a propósito de la insurrección inacabable que se extendiera, agotadora, durante buena parte de los setenta: "Las posesiones de Ultramar son un grande elemento de nuestra vida política y económica; ellas facilitan el desagüe de nuestros productos agrícolas que, cambiados con los suyos, dan lugar a un vasto comercio, doblemente lucrativo, porque todo es activo: ellas son la base de nuestras relaciones comerciales con otros pueblos, y contribuyen a mantener y acrecer nuestra importancia política entre las demás naciones, importancia que perderíamos el día que, de grado o por fuerza, nos despojáramos de ellas. El español, pues, que a ello contribuya, directa o indirectamente, debe ser execrado de todos los españoles que estimen en algo la gloria y la honra de su patria. La compacta respuesta de clase a la alarma antillana, en el 95 como en el 69, se vertebra en torno a consideraciones como las siguientes : " Y como la isla de Cuba, española y rica, es el principal mercado exterior de nuestros productos agrícolas y tal vez industriales, y como ella es el centro de donde radia todo nuestro comercio marítimo, sirviendo de base al que tenemos con Montevideo, Buenos Aires, Nueva Orleans y Méjico, resulta con toda seguridad que la pérdida de la isla de Cuba arrastraría no sólo la de los grandes capitales españoles que radican en la propiedad urbana y rural de la misma, los comprometidos en caminos de hierro y los invertidos en buques nacionales, sino lo mucho que se resentirían los capitales peninsulares con la falta del principal mercado par sus productos y el insoportable aumento de nuestro presupuesto de gastos con la multitud de empleados que vendrían de Ultramar " (132).

Pero, ¿quién hablaba de perder Cuba, a comienzos de 1895? Los naturales resquemores a medio plazo pasarán pronto a segundo plano, para buena parte de los interesados en las islas: recuperación de las exportaciones agrarias para abastecimiento de las tropas, traslado de éstas en masa, préstamos al Estado y participación en las operaciones destinadas a recabar fondos..., todo un abanico de nuevas oportunidades para la reproducción del capital en ámbitos no predominantemente (o en absoluto) vinculados a la industria. La guerra modifica así subitamente la reciente situación. Catalanes y vascos proseguirán en tanto la lucha arancelaria. En marzo de 1895 la Liga Nacional de Productores trataba de negociar directamente con intereses antillanos (133); unos meses después, Alzola subrayaba públicamente la nefasta influencia del libre cambio en el "inconcebible" régimen colonial implantado por España (134), y, poco más tarde, en julio, trataba aquel mismo desesperadamente de impedir el retroceso en los caminos de la protección que proponía la Comisión de Reforma Arancelaria de Cuba y Puerto Rico, constituida en enero de aquel mismo año. Rodríguez San Pedro, como miembro de aquella, había defendido la obligatoriedad de plantearse a la liberalización prevista, en virtud de las circunstancias excepcionales que atravesaba la isla (ya en el verano de 1895). Alzola no vacila en oponerse, invocando la solidaridad nacional como sustitutivo: "Decía el Sr. Rodríguez San Pedro que, dadas las circunstancias anómalas de Cuba, era hasta cuestión de patriotismo el no regatear en esta materia y obrar con desprendimiento. Yo entiendo que ésta no es una cuestión de patriotismo, porque las cuestiones de esta índole deben juzgarse de otra manera muy distinta. Si la Nación necesita hacer sacrificios para pacificar la isla de Cuba, todo español debe estar dispuesto a concurrir a los esfuerzos que le exija el Estado, bien sea con empréstitos voluntarios, con empréstitos forzosos o con otra clase de sacrificios; pero es necesario, al invocar el patriotismo, invocarlo para todos los españoles sin excepción; que no se sacrifique únicamente a determinadas industrias, y que no se obtengan los recursos tan sólo de regiones determinadas" (135).

Se crispaban desde la Península, de esta manera, los capitalistas vascos, todavía relativamente insatisfechos a pesar de las mejoras legislativas que, desde 1888, suspendían la franquicia de material importado para las construcciones ferroviarias que se iniciasen en lo sucesivo. Por fin, 1896 verá la anulación de todas las tarifas anteriores para las aduanas peninsulares (136). Pero la cuestión cubana (y de inmediato la filipina) cercenan las posibilidades de expansión futura. El propio Alzola recordará más

tarde (una vez desvanecidas por completo) aquellas "falsas esperanzas" que hizo concebir la guerra, provocando un superávit ficticio en la balanza comercial, posibilitado en parte por la salida de numerario y el incremento coyuntural de productos alimenticios y bienes de consumo que exigía la contienda (137). Tras

tres años de zozobra, las burguesías industriales peninsulares observan con la natural preocupación la sustracción definitiva de sus mercados de reserva: la reforma arancelaria en un radical sentido proteccionista, la petición exclusiva de mercado reservado para la península se impone a partir de ahora (138).

Por una real orden de Hacienda de 24 de marzo de 1904 se promovía de nuevo una amplia información a propósito de los aranceles. Casi todos los centros encuestados se manifiestan a favor de una mayor imposición arancelaria para los productos de importación (incluso la Económica Matritense), pero no el Círculo de la Unión Mercantil, que se limita a solicitar el restablecimiento del arancel de 1882. "La evolución universal contra la doctrina del libre-cambio - se alegra Pablo de Alzola - ha cristalizado en España, donde se desea que, conservando el carácter y tendencia del arancel vigente, se corrija, extienda y perfeccione, para que España llegue a ser un centro productor importante, que desenvuelva y acreciente la riqueza nacional" (139). En efecto, el librecambio había sido vencido casi por completo: al discutirse en Cortes lo que luego habría de convertirse en el arancel fuertemente proteccionista de 1906, Gumersindo de Azcárate (actuando como "último abencerraje del librecambio") defiende las propuestas del Círculo Mercantil, que no promovió la agitación pública de años atrás. Es más, constituida en 1904 en el seno de la Junta de Aranceles, aquella comisión de bases presidida por Alzola, y puesto que formaba parte de ella Constantino Rodríguez, manifestó éste al inicio su deseo de retirarse, vencido sin remisión "en vista de las tendencias imperantes".

En la consecución del nuevo arancel jugaba un papel de primer orden la pujante gran burguesía vasca. Frente a los catalanes, sus aliados en esta tarea de la protección, conciben los vascos escasas esperanzas (durante las guerras de emancipación colonial) acerca de la posibilidad de conservar, incluso parcialmente, el control de aquellos mercados. En tanto que el textil catalán lucha

y defiende Filipinas de la inevitable caída, la siderurgia vasca no abriga ya esperanzas en la capacidad sustitutiva de las (también en peligro) colonias asiáticas respecto a las antillas. Ello no quiere decir que no las tuviera en un principio, pero una vez adentrados en la guerra, el rechazo del mermado imperio residual se impone (140). En contrapartida, y sobre todo cuando los designios de la política internacional han confirmado la validez de sus líneas de actuación, los vascos tratan fundamentalmente de explotar los mercados peninsulares: " La cuestión de los vinos - defendía Francisco Goitia contra quienes venían sosteniendo lo contrario para mantener todavía la necesidad de concertar tratados de comercio a toda costa - es, pues, interior como que una sola provincia industrial, Vizcaya, consume más vino que naciones enteras, más que toda Alemania, lo cual equivale a demostrar prácticamente que, convirtiendo en industriales a otras provincias, el vino hallará más mercado dentro de España que en el mundo entero " (141).

Precisamente eran voces representantes de la agricultura las que volvían ahora, en la bisagra del nuevo siglo, a clamar por la concertación de tratados. Sin querer aceptar una nueva subordinación al exterior antes de concertar la suficiente protección arancelaria, los defensores de los intereses industriales se erigen una vez más principales apóstoles de la protección agraria con vistas a su modernización y mayor productividad: " Estamos convencidos de que España necesita desarrollar, y hasta transformar radicalmente, nuestros productos de cultivo - escribía el Fomento del Trabajo Nacional al ministro de Instrucción Pública en 1900 -, y que con ello fomentará de una manera prodigiosa su riqueza, pero precisamente para efectuar esta transformación necesita indispensablemente del concurso de las industrias patrias, cuya perfección y desarrollo ha de ser anterior a la modernización de los procedimientos agrícolas; la agricultura aparece en las Naciones antes que la industria, pero se estanca y languidece si éste no la empuja por la senda del progreso " (142). Volvía a expresarse así esa consciencia de la subordinación de los intereses agrarios a los industriales que inspiraba al movimiento en su conjunto. Sin embargo, hay un momento en el que la heterogeneidad de intereses en juego no dificulta la consumación de su pacto de alianza para la explotación del mercado existente : buena parte de los componentes de la Junta de Aranceles que había de confeccionar la nueva legislación de 1906, confesaba su vinculación al sector agrario. Así, por ejemplo, José del Prado

(director general de Agricultura, ingeniero agrónomo, propietario), el marqués de Camps (gran propietario rural y ex-presidente del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro), el marqués de Viesca de la Sierra (" labrador de primera fuerza " y gran propietario en varias provincias españolas), Eduardo de Ibarra y Francisco Sert y Badía (que además de industriales, son terratenientes a vasta escala), Rafael Prieto y Caules y Juan Maissonave (agricultores), el marqués de Beremati (vinatorio de Jerez), Luis García Alonso (diputado por Jumilla), el marqués de Mochales (labrador y ganadero), o los marqueses de Urquijo y Casa Torre, Faustino Rodríguez San Pedro o Rómulo Bosch y Alsina, todos ellos interesados, más o menos directamente, en la "prosperidad de la agricultura " (143).

Queda ya apuntada, en esta nueva dimensión que cristaliza en los primeros años del siglo, la apelación a la adecuada formación tecnológica que convierta en algo más que un deseo las ansias concurrenciales de la producción nacional. Ya en 1892 había publicado el mismo Pablo de Alzola El arte industrial en España (144), donde - recuerda años más tarde - " me propuse cooperar con mi modesto consejo al progreso artístico en su aplicación a las manufacturas, a fin de emanciparlo paulatinamente de la vergonzosa tutela de los países extranjeros en la multitud de artículos que contribuyen al ornato de las viviendas, y de encausar los talentos de una parte siquiera de esa pléyade de pintores que inundan de cuadros las Exposiciones anuales hacia otros rumbos más fecundos y provechosos." (145). Recién promulgado el arancel de 1892, y con la colaboración de la subida de los cambios, " es la ocasión propicia para sacudir el profundo letargo " (146). Pero ello se inscribe en " el cuadro desconsolador de la clausura que durante los últimos treinta años han sufrido en España varias escuelas de ingenieros industriales y de arquitectos, todas las que había de maestros de obras y aparejadores, la práctica de telégrafos, la de ayudantes de obras públicas, sobrestantes y de industrias artísticas de Toledo, es decir, que a medida que ha progresado la industria del país, se han puesto todos los medios para cercenar el personal facultativo de los ramos fabriles y de construcción, siguiendo, como en otras muchas cosas, el movimiento inverso de las naciones adelantadas " (147).

La reacción tecnológicamente proteccionista es matizada aún por los defensores de la producción catalana. Años después el Fomento del Trabajo Nacional, en el contexto de una serie de reformas estructurales capaces de contrarrestar la pérdida de los mer-

-cados ultramarinos, proponía sus coordenadas: " No aspi-
ramos a crear cátedras por el estilo de muchas que se usan. No
necesitamos enciclopedistas, ni literatos de ingeniería o de
artes y oficios. Tampoco bastan los empíricos o practicones, y
menos donde, por nuestro atraso, los empíricos son rutinarios,
y no tienen donde aprender para adelantar. Nada de esto. Si pa-
ra ello hace falta traer especialistas extranjeros, como de se-
guro hará, acudiremos a sus luces y a su experiencia. Necesita-
mos introducir muchas industrias que hoy no hay quien las co-
nozca sino por los libros. Es indispensable formar contramaes-
tres, directores e ingenieros que, al saber, reúnan la experien-
cia de los trabajos técnicos; más claro, que sepan hacer las
cosas, y no meros eruditos, o sin instrucción ninguna, que son
los dos escollos en que nos estrellamos " (148). Una real or-
den de 1º de junio de 1900, expedida por el flamante ministe-
rio de Instrucción Pública, solicitaba la opinión de los indus-
triales respecto al problema de la enseñanza técnica en el pa-
norama educativo español. El propio Fomento responde primando
la urgencia de la formación orientada a la industria sobre la
agrícola, pero, en conjunto, afrontando la formación profesio-
nal como alternativa a una educación estérilmente dominada por
las facultades teóricas y las carreras literarias.

Solo quedaba, por último, rizar el rizo de la pretendida
comunidad de intereses entre patronos y obreros, nunca descui-
dada en la práctica por los grandes hombres de empresa. Reto-
mando viejos presupuestos de la patronal catalana, proclama Pa-
blo de Alzola desde la tribuna municipal bilbaína, en 1907, un
esbozo de teoría de la rentabilización de la mano de obra in-
dustrial: " Para realizar el plan de convertir a Bilbao en un
gran emporio industrial, es menester no escatimar los recursos
destinados a perfeccionar la educación técnica del personal o-
brero que ha demostrado ya sus aptitudes en las manufacturas e-
xistentes. Además, es necesario fiar más en los resultados fa-
vorables de la concordia entre el capital y el trabajo que en
los infecundos antagonismos, procurando buscar en la armonía
y en el reconocimiento de la alta misión de las clases laborio-
sas para el progreso moderno su activa cooperación en el pro-
greso industrial. Los directores de las empresas y los opera-
rios son tripulantes de un mismo buque, que si llega a zozo-
brar, por chocar en el escollo, sepultará en el abismo al capi-
tán, a los oficiales y a los marineros " (149).

Pero este rápido repaso a las condiciones en que se pro

-duce el triunfo de la protección nos ha llevado demasiado lejos. Las páginas que vienen a continuación pretenden únicamente destacar un episodio de la batalla económica y social que precedió a dicho triunfo; aquél, precisamente, en que las plataformas coloniales (las nuevas como antiproyecto de las viejas y con intereses antagónicos) juegan un papel de primer orden. Pero esbozar el conocido fin de trayecto tampoco estaba de más, en nuestra opinión, como corroboración de las hipótesis de trabajo aquí defendidas.

Notas al capítulo I.

- (1) Sobre ello vid. el breve resumen de R. Schnerb, Libre-échange et protectionnisme, Paris, PUF, " Col. Que sais-je?", 1965.
- (2) Un buen avance al estado de estos problemas lo proporcionó, no hace mucho, la publicación en 3 volúmenes de una serie de estudios importantes y una selección de textos bajo el denominador común de "La vía nacionalista del capitalismo español", en Cuadernos Económicos de ICE, nº 5, 6 y 7-8 (1978). Con mucho, destaca el profundo trabajo de J. Muñoz, S. Roldán y A. Serrano, en el tomo I (nº 5). Además, puede verse A. Elorza, "Sobre el proteccionismo catalán", Anuario de Historia Económica y Social, I, Madrid, 1968, pp. 523-566, más centrado en los orígenes que en el período que nos ocupa. Datos y sugerencias aprovechables en J.M. Tallada, "La política comercial y arancelaria española en el siglo XIX", Anales de Economía, 1943, pp. 47-71; Plaza Prieto, "El desarrollo del comercio exterior español desde principios del siglo XIX a la actualidad", Revista de Economía Política, 1955, pp. 26-65. También, J.A. Castedo, Referencias históricas y comentarios sobre la economía arancelaria española, Madrid, Imp. Saez, 1958.
Respecto a la imposición del proteccionismo en la trayectoria arancelaria de nuestro país, sigue siendo obligada la referencia a J. Fabón, Cambó, Barcelona, Alpha, 1952, vid. también, F. Estapé, Ensayos sobre economía española, Barcelona, 1972; "El arancel en la economía española", Información Comercial Española, nº 322, junio 1960, pp. 29 ss; A. Gwinner, La política comercial de España en los últimos decenios, (en F. Estapé, Textos olvidados, pp. 255ss.).
- (3) Cfr. M. Pugés, Cómo triunfó el proteccionismo en España (La formación de la política arancelaria española), Barcelona, Juventud, 1931, p. 100.
- (4) Sobre las burguesías catalanas se han escrito, desde Vicens a acá, muchas buenas páginas. Recientemente, Miquel Izard, centrado sobre la evolución de los grupos burgueses industriales en el período de 1868/75, han venido a matizar conclusiones hasta aquí repetidas una y otra vez. Primero, en cuanto a que el antagonismo no se produce solamente entre burguesía industrial catalana y burguesía mercantil del resto de España, sino que también se enfrentaban, en el área geográfica del Principado, comerciantes contra industriales. Además, insistiendo en una relativa debilidad del conjunto industrial (que ya pone de relieve J. Maluquer, El socialismo..., cit. más abajo) se explica el carácter de frustración constante y parcial de las presiones del proteccionismo catalán, durante las décadas que preceden a su éxito. Su conclusión principal es que "la interacción entre el limitado crecimiento económico español y el fracaso del proceso industrializador incidió sobre la burguesía catalana (de manera que) siguieron pesando desmesuradamente las fracciones vinculadas a actividades financieras, las más de las veces subordinadas al capital extranjero (banca, sociedades de crédito, seguros, ferrocarriles), y tu o poca relevancia la burguesía industrial propiamente dicha". (M. Izard, Manufactureros, industriales y revolucionarios, Barcelona, Crítica, 1979, p. 13).

- (5) M. Espadas Burgos , (Alfonso XIII y los orígenes de la Restauración, Madrid, Rialp, 1975, pp. 271 ss : " El trasfondo cubano de la Restauración "), puso de relieve penetrantemente la relación existente entre nombres como los de Güell y Ferrer, el conde de Foxá, Antonio López, Ferrer y Vidal, Amell y Bou, Zulueta y Pastor, entre otros, con el advenimiento borbónico a finales de 1874, Vid. también a propósito M. Fernández Almagro, Cánovas, pp. 260 - 61, y J. Varela Ortega, Los amigos cit. más abajo, pp32 y 76 - 77
- (6) No obstante, gracias al bloque compacto de los diputados catalanes y a través de Prim, la industria catalana había conseguido una serie de excepciones en el arancel Figuerola que, sin embargo, dejaba desamparadas a las industrias de consumo y a ciertos agricultores cerealistas. En este sentido (y refiriéndose a la deseada suspensión de la base 5ª), afirma Izard, que, cuando por fin las dos asociaciones patronales barcelonesas consiguen aquélla, ello se debía más bien a la presión ejercida por la oligarquía terrateniente que al peso real de los fabricantes (Manufactureros, pp.217).
- (7) Es evidente que ya no puede seguir sosteniéndose, mecánicamente, aquella representación, de clara raíz gramsciana, del pacto triangular del proteccionismo entre cerealistas castellanos, textiles catalanes y siderúrgicos vascos, pero ello no quiere decir en absoluto que sea desechable de un plumazo, sin aprovechar lo mucho de cierto que hay en su base. En todo caso, el esquema sustitutivo que aporta uno de sus principales críticos, J. Varela Ortega, no mejora en absoluto las posibilidades de comprensión de esa real alianza entre burgueses de distinta dedicación, como él mismo subraya. Reducir esa realidad a " la coincidencia discontinua de intereses individuales - y con frecuencia contradictorios - en una suerte de proteccionismo integral ", supone por cierto abandonar el problema, tras haber hecho sus descripciones, a las puertas del diagnóstico (Vid. J. Varela Ortega, Los amigos políticos - Partidos, elecciones y caciquismo en la Restauración. (1875 - 1900), Madrid, Alianza Universidad, 1977, pp. 204 - 205), el resumen " El proteccionismo integral de los trigueros castellanos y la naturaleza del poder político en la Restauración ", Cuadernos Económicos de ICE, nº 6, 1978, pp.7 ss.).
- (8) G. de Azcárate, Necrología del Excmo. Sr. D. Laureano Figuerola, presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, leída ante la misma en su sesión del día 18 de enero de 1910, por el Ilmo. Sr. D. _____, Madrid, Est. Tip. de Jaime Ratés, 1910, p. 9.
- (9) Para la corriente filosófica, vid. J. J. Gil Cremades, Krausismo, Escuela histórica, Neotomismo, Barcelona, Ariel, 1970. De la segunda, sólo Pi y Margall ha recibido atención suficiente en los trabajos de Hennessy, Termes o Jutglar. Respecto a la corriente económica, extraña no ver citados como fuente a Adam Smith o Stuart

Mill, que, sin embargo, son los más atacados por un enemigo del libre cambio como será después el vasco Pablo de Alzola.

Gumersindo de Azcárate (Necrología..., p.14) atribuye a Figuerola la síntesis de esas tres diversas y complementarias maneras de ser liberal, hasta el punto de que resultará Figuerola ser "el enemigo más temido que ha tenido en España el proteccionismo."

- (10) Sobre éstas y otras cuestiones, A. Bahamonde y J. Toro Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 71 ss. Para una etapa anterior, de los mismos autores, "Los orígenes de la Sociedad Mercantil Matritense: estudio de un grupo de presión librecambista (1842 - 1846)", Anales del Instituto de Estudios Madrileños, XII, 1976, pp. 239-153. También P. Schwartz, "De la libertad de Comercio, por José Joaquín de Mora. Una defensa del libre cambio a mediados del siglo XIX", Anales de Economía 1970, pp. 187 - 224.
- Respecto a la protección, E. Lluch, El pensament econòmic a Catalunya 1760 - 1840. Els orígens ideològics del proteccionisme i la presa de consciència de la burgesia catalana, Barcelona, 1973.
- (11) J. Maluquer de Motes, "La burgesia catalana i l'esclavitud colonial: modes de producció i pràctica política", Recerques, 3, 1974, pp. 83 - 136, y "El problema de la esclavitud y la revolución de 1868", Hispania, XXXI, 1971, pp. 55- 76.
- (12) En el Ateneo habló G. Rodríguez durante tres cursos consecutivos (1856-1849) sobre problemas económicos para dedicarse después a la enseñanza privada y volver a la calle del Prado, tras una intensa labor a favor del libre cambio, en los años de 1884-1884 y 1890, con temas muy distintos ahora, pero que igualmente dominaba (Vid. Ateneo de Madrid -, Velada en honor de D. Gabriel Rodríguez y Benedicto, celebrada el día 24 de mayo de 1903, bajo la presidencia del Excmo Sr.D. Segismundo Morat, Madrid, Est. Tip.J. Ratés, 1903, pp.8-9. A propósito R. M^a de Labra, El Ateneo de Madrid. Sus orígenes, desenvolvimiento, representación y porvenir, Madrid, 1878, y El Ateneo de Madrid. Notas históricas 1835 - 1905), 1906, así como la excelente síntesis de F. Villacorta Baños, Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal (1808 - 1931) Madrid, Siglo XXI, 1980.
- (13) G.de Azcárate, "La crisis económica y la reacción proteccionista en Europa", conf. pronunciada el 8 de febrero de 1879, en Conferencias celebradas por el Ateneo Mercantil de Madrid en el curso de 1878 a 1879, Madrid, La Universal, 1879, p.6.
- (14) M. Pugés, Cómo triunfó..., p.116
- (15) G. Graell, Historia del Fomento del Trabajo Nacional, Barcelona, s. f. (1911). Fundamentalmente de la mano de Guell y Ferrer, el Instituto habría logrado su mayor tanto con la adscripción oficiosa al moderantismo conservador y, una vez éste en el poder, sus buenas

relaciones. Siempre según Graell, la gran obra del Instituto Industrial consistiría en la formulación de una política colonial aceptada por los gobiernos, a raíz de la guerra de secesión americana - que dificultaba la llegada del algodón importado de EE.UU.-. Sus gestiones cerca del gabinete iban a dar por resultado la creación de un ministerio Ultramar, entregado a José de la Concha, muy cercano al propio Instituto (p. 278).

- (16) Insiste en ello G. Graell, op.cit., pp. 294-95. Izard ha puesto de relieve cómo esta "alianza con el proletariado industrial, al que se quería arrastrar al bando ultraproteccionista afirmando que la rebaja arancelaria significaría la ruina fabril y la desaparición o disminución de los lugares de trabajo, duró bien poco ". En abril del 69 los once representantes del Centro Federal de las Sociedades Obreras que daron retirados del Fomento por decisión propia, como represalia a la falta de colaboración recíproca de los comerciantes socios de aquél con la organización proletaria . (M. Izard, Manufactureros....., p. 224- 225).
- (17) Instituto Industrial de Cataluña , Copiadores de Correspondencia, II, p-345 - 6 (12 de julio de 1869) cit. por Izard.
- (18) La distorsión a que ha sido sometida esta tarea por los biógrafos del proteccionismo, Graell y Pugés, queda reparada en un sector de su cronología por M. Izard (op.cit., fundamentalmente apéndice I, con una minuciosa y bien trabada historia del Fomento de la Producción Nacional).
- (19) Madoz llevaba tiempo también subvencionado por la patronal del textil, y además, era miembro del Consejo de Administración de " La España Industrial ". Respecto a Balaguer, en 1871 ofrecerá a Bosch y Labrás su periódico La Nación para defensa de los intereses proteccionistas (en julio del 69, El Popular le había tomado ya la delantera). Pero, sobre todo, sus ideas coordinarán con Cuba Española (Vid. M. Izard op. cit. pp 232-33).
- (20) M. Izard, op. cit. p. 245. La explicación del propio autor es que " la burguesía industrial catalana enfrentaba con un excesivo lastre la posibilidad de dirigir el proceso de modernización económica de España, de encabezar la lucha para cruzar el umbral de la definitiva implantación del modo de producción capitalista, y ello porque era, además de excesivamente débil, quíntuplemente dependiente: frente al capital extranjero ; que se beneficiaba de los intercambios con un país subdesarrollado; frente a la oligarquía agraria, enemiga de las imprescindibles transformaciones que habrían significado la ampliación del mercado consumidor y la liberación de un proletariado agrícola susceptible de convertirse en industrial; frente a la burguesía comercial, buena parte de la cual estaba vitalmente interesada en exportar productos primarios y en importar , como contrapartida, de terminados bienes de países más industrializados; fren

-te a los representantes de algunos sectores de las actividades capitalistas alternativas : (financiera, inmobiliaria, etc,) con intereses antagónicos a los de los fabricantes en relación con la política social o económica " (Ibid., 217).

- (21) J. Maluquer , " La estructura del sector algodonero.. cit. más adelante, p. 148.
- (22) J. Güell y Ferrer, La Hacienda de España dirigida por los libremercantilistas ! pobre España !, Barcelona, Est. Tip. de Narciso Ramírez, 1869, pp. 26- 27. Comenzaba Güell invocando las siguientes palabras del " Proyecto Económico de Bernardo Ward (1762) : " La Aduana es árbitra del comercio activo: éste es el que alimenta las artes, las fábricas y el comercio, y las fábricas son el único indispensable fomento de la agricultura, y todos tres la materia y fundamento de la marina mercantil, madre de la militar; y así considérese con seriedad cuánto importa arreglar las Aduanas de modo que correspondan a todos estos fines...."
- (23) Cit. en G. Graell, op. cit., p. 322.
- (24) J. Maluquer. " La burguesía catalana e l'esclavitut.." cit. pp 115 - 17.
- (25) J. Güell y Ferrer, Escritos Económicos , Barcelona , 1880; prólogo de Adolfo Blanch.
- (26) " El crédito abatido; las obras públicas no ya paralizadas, sino en gran parte destruidas por la piqueta o la tea; el incendio, la desolación y la ruína por doquiera; las comunicaciones frecuentísima y casi constantemente interrumpidas; los impuestos, nuevos y extraordinarios, y las exacciones ilegales de las bandadas armadas agotando el esquilado peculio de los particulares; la perturbación en las fábricas, en los talleres, en el campo y en los ánimos de la honrada clase obrera ; tales son, a grandes rasgos indicadas, las circunstancias tristísimas en que la producción española , el comercio, la agricultura y la industria han vivido durante este plazo que va a expirar, y en el que debían prepararse a sostener una lucha desigual con todo el mundo ". (Instituto Industrial de Cataluña, Copiador de Correspondencia , III, s.n. (29-1-75) cit., en M. Izard , op. cit....p. 124)
- (27) Del propio Güell : " La Escuela individualista rechaza la protección al trabajo nacional porque es socialismo, por más que otra cosa digan todos los gobiernos ilustrados de acuerdo con el buen sentido; pero es individualista " sui generis ". Mientras en aras de este absurdo principio inmola las fortunas y el trabajo de todas las clases productoras, en nombre también del individuo las obliga a pagar en dinero las pérdidas que han tenido empresas desgraciadas o mal combinadas, dinero cuya mayor parte irá a los extrajeros que hacen años nos explotan, aprovechándose de nuestra torpe ciencia ". (Dos palabras al Sr. Moret, como apéndice al opúsculo Observaciones a la exposición que precede al decreto sobre supresión del derecho diferencial de bandera, Barcelona, Est. Tipog. de M. Ramírez, 1869, p.

p. 7 .

- (28) La Producción Española, 7 de julio 1877, Vid. también Bosch y Labrás, Discursos y escritos, Barcelona, Edit. Ibérica, 1929. Sobre el paso atrás representando por el arancel de julio de 1877, vid A. Gwinner, op.cit., pp. 268 ss.
- (29) Información oral sobre las clasificaciones y las valoraciones de los tejidos de lana. Informe por D. Gabriel Rodríguez, presidente de la Asociación para la reforma de los Aranceles de Aduanas, Madrid, Est. Tipog, P. Montoya y Cia, 1879, p. 5.
- (30) Fomento de la Producción Española. Exposición al Excmo. Sr. Ministro del Estado, encareciendo y demostrando la conveniencia de proceder a la denuncia de los tratados de comercio y reformar la legislación arancelaria, Barcelona, Est. tip. de Leopoldo Domenech, 1877, p. 4.
- (31) Vid. por ejemplo, La Epoca, 5.8.1877, 2ª pág., " La reforma arancelaria " ; 23. 8 . 77 , 2ª pág. " Parte política ", y 26. 8 . 77, 2ª pág. " Parte política ". En este último, puede leerse: " (Que los tratados de comercio entrañan un adelanto) es evidente, pero como en ellos no pueden preverse hechos y acontecimientos que están por venir, por eso debemos, sí buscar y aceptar y proponer el trato de nación más favorecida, sin necesidad de consignar tarifas y aranceles.
- (32) La Junta de Aranceles y Valoraciones, presidida por G. Rodríguez, había rechazado por quince votos contra cinco una proposición del naviero barcelonés Tintoré solicitando el establecimiento de derechos diferenciales para determinados artículos, la concertación de tratados de comercio con las repúblicas hispanoamericanas, y el establecimiento del cabotaje con las Antillas. Al ser derrotada esta propuesta, los catalanes se retiraron de la Junta, redoblando sus esfuerzos de cara a la Asamblea de delegados de las Ligas de Contribuyentes (Madrid, octubre de 1879). En ésta, las cuestiones de la lana y naviera, concentrarán un total de 101 informes escritos y 64 discursos (G. Graell, op.cit.p.338) Vid. también G. Rodríguez, Información...., passim, y M. Pugas, Cómo triunfó...., p. 209.
- Por su parte, el librecambio consolidaba igualmente sus argumentos, multiplicando las ocasiones de darlos a conocer: " El librecambio no pretende resolver la crisis ; pues la libertad en el orden económico no puede hacer más que lo que cabe dentro de su propia naturaleza. La libertad no es más que una condición;pero condición necesaria y precisa para que sea posible esa solución. En primer lugar, el librecambio lleva consigo la estabilidad; en segundo, la libre comunicación de productos hace más solidarios los pueblos y prescribe que el resultado de las crisis sea menos funesto, porque se distribuye entre todos; y en tercero, como con él sólo se desarrollan las industrias naturales, no las artificiales, aquéllas resisten más que éstas la crisis, al modo que una tempestad arrolla los árboles de raíces someras y no hace efecto en los que las tienen profundas " (G. de Azcarate, La crisis económica y la reacción....,p.24).

El comercio como instrumento civilizador, matriz y engranaje de las modernas relaciones internacionales aparece también con frecuencia en los discursos de G. Rodríguez (Vid., ej. El Comercio internacional antes y después de la Liga inglesa. Conferencia explicada en el Círculo de la Unión Mercantil de Madrid el día 27 de febrero de 1880, Madrid, Montoya y Cía...1880, pp. 21-22.).

- (33) G. Rodríguez, Información, p. 11
- (34) El primer número del semanario aparecía en Madrid el 2 de agosto de 1884, convocando para llenar sus páginas tanto a librecambistas como proteccionistas de renombre, quenunca llegarán a firmar en él. Se o frece desde ahora La Unión Comercial a proveer de materias primas a los pequeños industriales del área centro, así como a entablar cualquier tipo de recla maciones legales, en beneficio del comercio, ante las empresas de ferrocarriles, bancos, asociaciones de crédito, etc. (pág. 13 del nº 1).
- (35) F. Camacho, Memoria sobre la Hacienda Pública Española, Madrid, 1883.
- (36) Instituto del Fomento del Trabajo Nacional. Manifes-tación proteccionista celebrada el día 4 de abril de 1881 en el teatro Principal de Barcelona, por inicia tiva del Instituto del Fomento del Trabajo Nacional, Barcelona, 1881.
- (37) En este carácter de sentimiento nacional español, pa- ra el período que nos ocupa, ya insistió en su momen to P. Vilar (Cataluña en la España moderna, versión castellana, abreviada, Barcelona, Crítica, 1978, p.79) Respecto al poeta y político leridano Víctor Balaguer la cuestión se hace más compleja, por los aparentes titubeos de su discurso: " Luego part el señor Bala- guer - no tardará en criticarle su oponente Gabriel Rodríguez - el proteccionismo y la libertad de comer cio no son sistemas científicos , y su bondad y pre- ferencia depende de circunstancias puramente locales. Según el señor Balaguer, no hay en el orden económi- co verdades generales; no hay leyes inmutables y eter nas; puede para los ingleses ser excelente la liber- tad de comerdio, y perjudicialísima para los españo- les. Pero, ¿ por qué hoy el librecambio es preferi- ble a la protección en Inglaterra y en España suce- de lo contrario ? Esto e lo que no nos dijo el Sr. Balaguer, y creo que se habría de ver muy apurado si le obligaran a explicarlo ". (G. Rodríguez, La cues tión arancelaria . Conferencia pronunciada en el Cír- culo de la Unión Mercantil de Madrid el 30 de abril de 1881 por, Madrid, 1881, p. 9)
 " Años más tarde, el convencido proteccionista vasco P. de Alzola, repetirá argumentos semejantes a los del moderado proteccionista Balaguer, unos quin- ce años atrás : " Yo , en este punto, no profeso i- deas absolutas, creo que el ser proteccionista o li- brecombista es una cuestión accidental, que depende únicamente de las circunstancias y de la nación donde se vive. Yo sería librecambista en Inglaterra, y en España soy proteccionista ". Y explica : " No veían

los apóstoles de Adán (sic) Smith en el extraordinario tráfico del Reino Unido las causas que contri-
buyeron a su desarrollo, sino los efectos, haciéndose
se la ilusión de que bastaría trasplantar a España
el nuevo régimen para cambiar radicalmente nuestros
medios de producción. Olvidaban los siglos de siste-
ma prohibicionista y protector, aprovechados con
gran sentido de la realidad por los gobernantes in-
gleses para acumular el capital, fomentar el ahorro
y crear el espíritu de asociación, estimular los re-
sortes de la iniciativa privada, despertar la emula-
ción de los inventores de máquinas y crear una orga-
nización industrial formidable, dispuesta a luchar
con ventajas harto ostensibles en la concurrencia
con los países atrasados y débilmente constituidos".
(Conferencia dada por el Excmo. Sr. D. Pablo de Al-
zola....22 de junio de 1895, Madrid, 1895, pp.21-22)

- (38) IFTN; Manifestación proteccionista,pp. 5 - 6.
- (39) Ibid....p.12
- (40) Ibid....p . 15 - 16.
- (41) Ibid....p. 20
- (42) Ibid....p. 32
- (42Bis) Cfr. la novela de N.Olker y Moragas, Febre d'or, Bar-
celona, 3 tomos, 1890, (para el 1º).
- (43) J. Ferrer y Vidal, Consideraciones sobre la crisis
económica europea, Barcelona, Est. Tip. de Espasa —
Hnos. y Salvat, 1879, p. 45. Con fecha similar y pos-
tura opuesta, puede verse G. de Azcárate, La crisis
y la reacción.....cit.
- (44) Vid. capítulo IV, apartado 2.
- (45) G. Rodríguez, La cuestión....pp:7 y 18. Entre las
variadas manifestaciones de la agitación librecambis-
ta en aquellos momentos, puede verse: Meeting libre-
cambista sobre la urgencia de la reforma arancelaria,
Madrid, 1881, y Sociedad Económica de Amigos del País,
Meeting de la Asociación para la reforma liberal de
los aranceles de Aduanas celebrado el día 13 de marzo
de 1881, Madrid, 1881.
- (46) Gran manifestación proteccionista celebrada el día
26 de junio de 1881 en el circo ecuestre y en los
teatros de Novedades, Español, Buen Retiro y Tivo-
li, bajo la iniciativa del Fomento de la Producción
Española con el concurso y apoyo de gran número de
asociaciones y corporaciones científicas, literarias,
artísticas, económicas, de artes y oficios, obreras
y periodísticas de Barcelona, Barcelona, 1881, p.148
- (47) Vid.J. Pérez de Guzmán, La discusión parlamentaria
del tratado de comercio con Francia bajo el punto
de vista del trabajo y de la riqueza nacional, Madrid
1882. Entre las enmiendas al tratado puede verse la
de Fernando Puig y Llagostera (DSC, 3 ,nº 85, 26.4.
. 1882 , apéndice 1º). También M. Puges, Cómo triun-
fó,...p. 241, y Sociedad Económica Onubense de Amigos

del País, Informes emitidos por la sección de comercio, Huelva, 1882.

- (48) Discurso de D. José Ferrer y Vidal pronunciado en el Senado los días 27 y 28 de abril con motivo de la discusión del tratado de comercio entre España y Francia firmado en París el 6 de febrero de 1882, Madrid, Imp. Viuda e Hijos de J.A. García, 1882, p. 14.
- No obstante, estoy de acuerdo con los autores de " La involución nacionalista y la vertebración del capital español " (Cuadernos Económicos de ICE - nº 5, 1978, pp: 15 ss.), en concluir que lo tardío de la crisis agraria en España obstaculiza, demora y fracciona los acuerdos globales entre agrarios e industriales de cara a la protección. Sobre sus repercusiones en la actitud ambigua y vacilante de los partidos políticos, cfr. J. Muñoz, S. Roldán y A. Serrano, loc. cit., p. 43, especialmente nota 84
- (48Bis) A. Gwinner, op. cit. p. 269 ss
- (49) G. Graell, Historia del Fomento....p. 348.
- (50) El tratado de comercio. Conferencia pronunciada el día 8 de abril de 1882 en el Círculo de la Unión Mercantil, por D. Gabriel Rodríguez, Madrid, Imp. de G. Pedraza, 1882, p. 16: Un año más tarde, desde el órgano oficioso de la diplomacia española (fundado por Luis Fernández de Córdova), el tratado era duramente criticado desde el punto de vista de " nuestros intereses políticos más trascendentales ". El país, afirma el Archivo Diplomático - Político de España (nº 2, 22. 4. 83, pp. 17 - 18) debería haber orientado sus relaciones hacia América, " a tenor de lo que unánimemente la opinión viene demandando desde hace muchos años ".
- (51) G. Graell, Historia del Fomento...., p. 349. Opinión compartida, en general, por Nadal, Tortellá, Maluquer, etc..
- (52) Documentos remitidos por el Ministerio de Estado al Congreso de los Diputados con motivo del proyecto de ley presentado el 3 de febrero de 1885 autorizando al Gobierno para llevar a efecto las declaraciones convenidas con la Gran Bretaña en 21 de diciembre de 1884, Madrid, Imp. de los Hijos de J.A. García 1885, pp. 1 - 47).
- (53) Suscribían el voto particular los consejeros Tomás Retortillo, Miguel de los Santos Alvarez, Esteban Martínez, Pedro de Madrazo, Dámaso de Acha, Emilio Murnaga, José Creagh y Juan Surrá, y se adhieren después José Magaz, Isidro Aguado y Mora, el marqués de Ulágares, el marqués de Santa Cruz y Eugenio Montero Ríos, que opinan que, " no sufriendo con ello menoscabo la dignidad nacional ", puede procederse a la ratificación solicitada.
- (54) Hay que señalar, por su amplitud de convocatoria, el que se llamó " banquete de la Alhambra ", ofrecido por el CUM, con más de 300 comensales, en honor de

Servando Ruiz Gómez, Moret, Gallostra y Suárez Inclán (Ministros de Estado , Hacienda, Gobernación y Ultramar, respectivamente, aunque ya por poco tiempo), así como del veterano Figuerola, Sin que faltaran a la convocatoria Echegaray, G. Rodríguez Pedregal y Sanromá, asomaron por allí " dignos representantes de la banca " como Muniesa y Gregorio Ruiz Gómez; comerciantes como Prast, Federico Ortiz Ruete, Arena, Ruiz de Velasco, Hilario González o Villasante, y hasta industriales como Aramburo o Simón. La Época iba representada, de alguna manera, por Maldonado Macanáz. En un palco, el ministro plenipotenciario de S.M. británica en Madrid brindaba por el pronto y feliz " enterramiento completo de los proteccionistas ", y sus palabras eran calurosamente ovacionadas. Como serán también las que pronuncie Moret al repetir una vez más, que " la libertad de comercio es la libertad: ni más ni menos ". El Gobernador de Madrid, Aguilera, el alcalde, el capitán general y una amplia representación de la prensa estarán invitados a oír de labios de Figuerola, entre otras cosas, una trabada identificación entre libertad de conciencia, libertad de enseñanza y libertad de comercio (Archivo Diplomático de España, nº 37, 14. 1. 84, pp. 10 - 11).

- (55) Reproducido en La Unión Comercial, II, nº 26, 25.1. 85, pp. 4-9, " El modus vivendi ". Como conclusión de su escrito advertía el Fomento al gobierno y al Parlamento de que " para luchar con Inglaterra en el terreno económico industrial es preciso que antes baje considerablemente en España el precio del dinero; que, como en la Gran Bretaña sucede, la industria y el comercio no satisfagan más que un 2% de sus beneficios efectivos; que las necesidades del Estado no exijan a la propiedad inmueble el 25 % de sus utilidades supuestas; que no pesen gravámenes enormes sobre todos los artículos de consumo de primera necesidad, con lo que forzosamente se encarecen la vida y la producción, y, por último, que en virtud de un considerable desarrollo industrial, pueda organizarse el personal obrero de las fábricas de modo que, ganando cada operario más que ahora, no resulte el coste de la mano de obra doble o triplemente más elevado que en Inglaterra ". (p. 8, sub. en el original).
- (56) Exposición - Memoria que eleva a las Cortes el Fomento de la Producción Española con motivo de la autorización pedida por el Gobierno español para ajustar un modus vivendi comercial, un arreglo subsiguiente y un tratado definitivo con Inglaterra, Barcelona, 1885, p. 7.
- (57) DSG, S, 21. 3 . 1885, nº 92, pp. 1.827 ss. Como en 1879, Ferrer vuelve a reflexionar ahora sobre las que consideran causas de la crisis que atraviesa Europa, incorporando a su argumentación elementos novedosos: " Estoy intimamente persuadido de que la causa de esta guerra de la paz (" crisis de la baratura ", " Miseria de la abundancia ", " exceso de subsistencia ".....) no es otra que el auxilio que han venido a dar a la industria y a la agricultura los progresos de la ciencia, la ayuda de la fi

-sica, de la química y de la mecánica. Estas ciencias, hace poco más de un siglo, han originado un cambio completo en el modo de producción, y por consiguiente, en el modo de ser de las Naciones. Hace poco más de un siglo, ninguna Nación tenía que temer la competencia de ninguna otra (....) Si esa facilidad de producir se hubiera repartido entre todas las Naciones, y no se hubiera quedado condensar en una sola, no se hubieran sufrido las consecuencias que ahora se tocan " (pág. 1.828).

- (58) G. Graell. op. cit., p. 352
- (59) J. de Camps i Arboiz, El memorial de greuges, Barcelona, Dalmau, 1968. Texto fragmentario en A. Balcells, Cataluña Contemporánea, I (siglo XIX), Madrid, Siglo XXI, 1977, pp. 214 - 19
- (60) FTN, Velada necrológica en honor de D. Ramón Torrelló y Borrás, celebrada el día 17 de diciembre de 1898, Barcelona, 1899. Discurso del marqués de Villanueva y Geltrú, pp. 26 - 27. Para el tratado con Francia, pp. 54 ss.
- (61) La Reforma Arancelaria y los Tratados de Comercio. Información escrita de la Comisión creada por R.D. de 10 de octubre de 1889, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 5 tomos, 1890. También, a propósito, puede verse P. de Alzola, Instancia e informe de la Liga Vizcaína de Productores acerca de los nuevos tratados de comercio, Bilbao, 1903, p. 12
- (62) S. Moret, Voto particular al dictamen de la Comisión Arancelaria, Madrid, 1890, y Círculo de la Unión de la Unión Mercantil. Conferencias pronunciadas por (....) (Moret, Canalejas y Azcárate en diciembre de 1891) Madrid, Tip. de T. Minuesa 1892.
- (63) M. Zapatero y García, Congreso Nacional Mercantil celebrado en Madrid en mayo de 1886, Madrid, Imp. de " El Liberal ", 1887.
- (64) Diario de Sesiones del Congreso Económico Nacional celebrado en Barcelona en 1888, Madrid, Imp. de los Hijos de J.A. García, 1889 (Editado también por M. Zapatero).
- (65) M. Zapatero, Diario de Sesiones...., pp VII - VIII
- (66) " Ahora la preocupación es - volvía a expresar Azcárate poco después en el Círculo procurar abrir fuera mercados para la venta de nuestros productos no viendo el interés que tiene una nación en abrir los suyos para comprar en ellos los productos extranjeros. Así, cuando se negocia un tratado, se considera que cada país ha de procurar obtener rebaja en los aranceles del otro, para que sus productos tengan mercados donde se vendan caros, pero ni remotamente se sospecha que al hacer él concesiones, también gana, porque así sus súbditos comprarán en los mercados nacionales baratos los productos extranjeros; en una palabra, que como

se gana comprando y se gana vendiendo, interesa vender lo más caro que se pueda y comprar lo más barato que sea posible " (CUM , Comferencia pronunciada por el Sr. D. Gumersindo de Azcárate el día 18 de diciembre de 1891, pp. 13- 14.)

- (67) G. Rodríguez, La reacción proteccionista en España. Conferencia explicada en el Ateneo Científico y literario de Madrid el día 21 de mayo de 1888, Madrid, Imp. y Lit. de " El Correo ", p. 7.
- (68) G. Graell, Historia del Fomento, p. 355.
- (69) A. Cánovas, De cómo he venido yo a ser doctrinalmente proteccionista, Madrid, Fortanet, 1891, recogido también en Problemas Contemporáneos, III, vol. 81 de la col. " Escritores Castellanos ". La Liga Agraria de trigueros castellanos, crada en Valladolid a 6 de diciembre de 1887, había sido la directa inspiradora de la " Contestación dada por la Diputación provincial de Valladolid al interrogatorio de la Comisión para el estudio de la reforma arancelaria y los tratados de comercio " (Vid. La Reforma Arancelaria...cit. nota 61) . Para el F.N., vid. Contestación del Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona al interrogatorio formulado por la comisión para el estudio de la reforma arancelaria y los tratados de comercio vigentes, Barcelona, A. López Robert , 1890.
- (70) M. Savage, Manual de las relaciones industriales y comerciales entre los Estados Unidos y la América Española ... --, San Francisco , 1890. Vid. también el capítulo I, apartado 2 de este trabajo.

- (71) La Cuestión Cubana. Contestación a las exposiciones que han elevado diversas corporaciones de la Isla de Cuba al Excmo. Sr. Ministro de Ultramar, por la Comisión de Propaganda del Fomento del Trabajo Nacional, Barcelona, Tip. Hispano-Americana, 1890 (Supl. al nº 6 de El Economista Español).
- (72) Solicitaba la Cámara de Comercio de La Habana completa franquicia de derechos para la entrada en el mercado norteamericano de los azúcares y mieles cubanos, desde 1º de enero de 1892. (Cfr. La cuestión ..., pp. 13-14).
- (73) La cuestión cubana ..., p. 19 "Lo que más nos ha sorprendido -escribe más adelante el Fomento- es que aquellos hacendados intentaran una especie de proceso contra la metrópoli. Jamás podríamos imaginar que tuvieran hacia la Península aquel cariño intenso que debe tener toda persona agradecida a su bienhechor" (p. 21).
- (74) La cuestión ..., pp. 94-95.
- (75) J. Góell y Ferrer, La rebelión cubana, Barcelona, 1871, p. 5. Inscrito en aquel contexto de oposición política que acompañaba a la redacción de estas palabras, podía Góell manifestar su desconfianza en la gestión de los intereses nacionales desde el centro: "Se ha dicho que Madrid perdió las Américas, y tenemos mucho que Madrid pierda lo que nos queda" (ibid. p. 15).
- (76) La Reforma Arancelaria ... cit., p. 193 (para Santander) y 513 ss. (para Barcelona).
- (77) Así por ejemplo E. Domingo Furundarena, administrador de la Aduana Principal de Cartagena: "Es opinión unánime que sus efectos han producido bastante aumento en la riqueza pública, y que aún cuando la enorme diferencia en los giros (...) dificulte bastante las transacciones, su planteamiento ha sido beneficioso al país, que ha exportado en el período de 1882 a 1888 un promedio anual para Cuba y Puerto Rico de 78.000.000 de pesetas, habiendo aumentado también para Filipinas, dando un promedio anual de cerca de seis millones. Respecto a la importación, ha aumentado en término medio anual de nueve millones" (La Reforma Arancelaria ... cit., vol. I, p. 154). En el mismo sentido M. López Romo, de la Aduana de Gijón (pp. 170 ss.).
- (78) Reunión magna celebrada por iniciativa del Fomento del Trabajo Nacional el 13 de septiembre de 1891 en el teatro Principal de esta ciudad, con objeto de hacer patentes los perjuicios irrogados por el convenio con los Estados Unidos a la agricultura, la industria y comercio de la Península, Barcelona, A. López Robert, 1891, pp. 21 ss.
- (79) P. Estasén, La protección y el librecambio. Consideraciones generales sobre la organización económica de las nacionalidades y la libertad de comercio, Barcelona, Est. Tip. Sucesores de Ramírez, 1880, p. 50.
- (80) P. Estasén, "Consideraciones sobre la crisis económica en general", Revista Contemporánea, XIV, 1878, pp. 475 ss.
- (81) P. Estasén, La protección ..., pp. 51-2.
- (82) Vid. J. Muñoz, S. Roldán y J. Serrano, "La involución nacionalista ..." cit. p. 59 ss., que remite a su vez al trabajo más amplio La formación del capi-

- (83) J. Güell, Polémica sobre cuestiones económicas entre don Luis M^a Pastor y don Juan Güell, Barcelona, 1869, p. 45.
- (84) Entre otras, La marina mercante y el comercio (1880), La cuestión lanera (1881), La riqueza de Cataluña (1888), Historia de los tratados de comercio entre España e Inglaterra (1890), Los nuevos horizontes de la economía política, Cataluña (1900), Proyecto económico para España. Conferencia en el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro (1899), Proposición acerca de la reforma del impuesto de consumos en España (1901), y Tratado de las sociedades mercantiles y demás entidades de carácter comercial (1906). Desde 1900, era director del Diario del Comercio.
- (85) P. Estasén, La protección ..., p. 140. Cfr. el tratamiento completo otorgado a este autor como positivista por D. Núñez, La mentalidad positiva en España, cit. más adelante.
- (86) Ibid., p. 96
- (87) Estasén reproduce un amplio párrafo del artículo del Diario de Barcelona, - sin dar más precisiones sobre la fecha de su aparición que "a finales de - 1878 o principios de 1879": "Es indudable que al Estado debe intervenir en los asuntos económicos, en cuanto que los individuos que viven en sociedad viven vida económica, tienen instituciones económicas, las que producen diversas relaciones sociales que el Estado debe regular. Decir que el Estado ha de intervenir en materias económicas no es decir que el Estado deba ni - pueda ser industrial, agricultor y comerciante. La función del Estado es esencialmente directiva, reguladora y armónica, protege los intereses de los individuos que viven en estado o situación de derecho; y el Gobierno, a la vez que protege las vidas y haciendas, busca nuevos límites a la actividad individual, y con los estímulos que la realización de los grandes principios del orden social le ofrecen, provoca el verdadero progreso" (pág. 196). También forma parte de los fragmentos reproducidos en La vía nacionalista del capitalismo español, vol. III, pp. 18 ss.
- (88) P. Estasén, op. cit., pp. 40-41.
- (89) J. Sánchez de Toca, Reconstrucción de España en vida de Economía Política - actual, Madrid, 1911.
- (90) Vid. J. Muñoz, S. Roldán y A. Serrano, "Minería y capital extranjero en la articulación del modelo de desarrollo subordinado y dependiente de la economía española en la segunda mitad del siglo XIX y primeros años del XX", Información Comercial Española, nº 514, pp. 59 ss., y M. González Portillo, "El Mineral de Hierro español (1870-1914): su contribución al crecimiento económico inglés y a la formación del capitalismo vasco", Estudios de historia social, nº 1, abril-junio 1977, pp. 55-113. Entre las fuentes, Félix de Bona, "El capital español y los caminos de hierro en 1879", Gaceta de los Caminos de Hierro, 11.1.1880.
- (91) P. Estasén, op. cit., pp. 53-55.
- (92) "Se comprende que la experiencia haya mostrado a los gobernantes la necesidad de organizar el trabajo y la producción; esto explica la reacción proteccionista que se nota, aún cuando por virtud de los tratados de comercio y de la inmixción de intereses extranjeros en cada nacionalidad, se comprende cuán difícil ha de ser el planteamiento de un régimen organizador proteccionista" (Ibid. p. 52).

(93) Ibid. pp. 58-59.

(94) Ibid. pp. 85-86. Más adelante explicita: "Mientras la Gran Bretaña posea -cuerenta millones de husos de algodón y España sólo millón y medio; mientras el Tesoro esté exhausto y con deudas; mientras haya falta de capital y esté baratísimo el interés en Inglaterra; mientras el oro de los propietarios rurales duerma tranquilamente en el fondo de sus arcas y no circule por las vías que el comercio abre; mientras no tengan los hijos de este suelo el espíritu mercantil que en otras naciones es notorio; mientras la iniciativa para la conquista colonizadora sea exigua en los particulares y casi al poco menos que perseguida en el Gobierno; mientras la usura sea la pesadilla del agricultor, falta de Bancos agrícolas; mientras haya tantas dificultades en el comercio interior, y casi demasiadas facilidades en el exterior, particularmente el de importación lícito e ilícito; mientras haya carestías, porque tenemos restricciones en el comercio de provincia a provincia, y poco menos que libre-cambio de nación a nación; mientras la ciencia sea pobre y la ignorancia rica; mientras nuestro disparatado arancel eleve sus tarifas cuando no protegen -cuando por ejemplo en el bacalao, etc- o -cuando perjudican la producción de una provincia para crear un monopolio a favor de otra -como en los azúcares-, y dejan en relativa libertad a la maquinaria, dejando salir los minerales que alimentan extranjeras industrias; mientras no tengamos una marina, tal como corresponde a nuestras relaciones mercantiles, tal como reclama nuestra posición geográfica y la defensa de nuestras codiciadas colonias, y mientras nuestra Administración, en vez de velar por los intereses patrios, haya merecido de la prensa la acusación de que protegía los intereses extranjeros, y no haya hecho nada que lo contradiga; mientras tengamos las Islas Filipinas y Antillas, cuyo exclusivo comercio sería de mayor consideración y más ventajoso que el que pueden proporcionar todos los tratados con las naciones extranjeras, como no sea -con las repúblicas de Centro y Sud-América, que etnológicamente hablando, -son nuestras hermanas; mientras España no sea dueña de Marruecos; Mientras no nos lancemos con ímpetu y medios suficientes a la conquista comercial de Africa, a que aparecemos llamados por las aptitudes de raza, es indispensable, es principio de conservación de la nacionalidad española, un régimen de protección, único que puede reconstituir las fuerzas económicas de nuestra patria". (pp. 86-87).

(95) Ibid., pp. 88 y 86 respectivamente.

(96) J. Sardá, La política monetaria y las fluctuaciones de la economía española, Barcelona 1949, pp. 126 ss.

(97) J. Muñoz, S. Roldán y A. Serrano, "La involución nacionalista ..." cit., pp. 36-37 y apartado 8.1.1.

(98) P. Estasén, op. cit., pp. 89-90.

(99) Modelo a imitar, para Estasén es el estadounidense: "Nutrido perfectamente el organismo, sólidamente apoyado en el régimen económico, la actividad política, científica, artística de los Estados de la Unión ha tenido una base fuerte; ha tenido medios para desarrollarse. He aquí el resultado de la protección armónica; la organización económica de las nacionalidades; y a esta idea obedece el movimiento de reconcentración que, con un plan protector, inician las naciones europeas que no quieren sucumbir a los embates externos -lucha económica que solicitan los Estados Unidos- y a los enemigos internos -e o

y demás medios de desorganización social-. Los gobiernos alemán y francés y otros se han apresurado a dar el impulso, y nosotros, que debemos entrar en el concierto general de las naciones civilizadas, no debiéramos quedarnos rezagados, mayormente cuando un régimen protector nos sería altamente provechoso. (*Ibid.* pp. 91-92; Subr. en el original).

- (100) "Los adelantos de la ciencia, especialmente de la ciencia aplicada a la industria, dan poder inmenso, así a las naciones como a los individuos; y España, que cuenta con grandes elementos naturales de riqueza, puede, explotándolos, llegar a ser rica para ser sabia e instruida, y ha de procurar sostener a gran altura su instrucción, para llegar a ser más rica; lo que no alcanzará por el medio ilusorio del crédito y la usura, sino por medio del trabajo, más productivo cuanto más inteligente, cuanto más superior en categoría". (*Ibid.* pp. 93-94).
- (101) "La verdadera unión de España no es la unión política; que ésta no es más que la compacta corteza que se quiebra, fracciona y resquebraja a cualquier accidente del terreno, el primer movimiento brusco que se verifica en las capas que, en el orden social, como en el mundo que la geología estudia, contienen el fuego interno, las corrientes de agua y de aire, las causas de los hervideros y de las erupciones de los volcanes. La manera de que España sea una e indivisible, es unir el vínculo económico al vínculo político, de lengua, de costumbres, de religión y tradiciones, que en mayor o menor escala ya existe". (*Ibid.* pp. 89).
- (102) "Entre las varias medidas económicas, encaminadas a proteger y fomentar la actividad de un país, indudablemente que el derecho arancelario tiene ventaja sobre muchos medios protectores. No crea monopolio, no exige sacrificios del Estado como la subvención o prima, ni intercepta la corriente de las riquezas en el seno de un pueblo, como las aduanas interiores; sólo defiende el trabajo nacional contra la competencia extranjera ..." (*Ibid.* pp. 138-139).
- (103) P. Estasén, op. cit., pp. 95 y 94 respectivamente.
- (104) Al margen de las medidas directas de protección a la industria, recalca Estasén detenidamente sobre las posibilidades que el Estado puede ofrecer al comercio: fomento de la propia industria, naturalmente; libre cambio a nivel interno absoluto; prohibicionismo de las importaciones extranjeras para las colonias; - escasas gabelas para los artículos necesarios al país, y no producidos en él; no aceptar géneros procedentes de depósitos comerciales; agilizar la administración y suprimir impuestos al consumo; fomentar y exigir la labor de consules y representantes exteriores; persecución implacable del contrabando; negociaciones de cara a la obtención de ventajas recíprocas en los tratados de comercio ... (*Ibid.*, pp. 120 ss.)
- (105) Problema relativo éste del consumidor para el proteccionismo porque "... todas las mercancías, tanto las que se destinan a un consumo reproductivo como las que se destinan a un consumo directo, serán tanto más baratas cuanto mayor sea la riqueza del que haya de comprarlas. Los pueblos ricos son los pueblos donde el consumo toma proporciones de mayor consideración; no los pueblos donde los productos están más baratos". Opina así Estasén que: "Si el dinero abundara en España y la corriente del capital no se distrajera de sus cauces nacionales - con operaciones de bolsa y con negociaciones financieras y con la continua san-

gría del extranjero que salda en oro los tejidos, trigos, máquinas, etc. que nos envía, en verdad que no repararía el consumidor castellano en el pequeño sobre-precio de la tela fabricada en Cataluña comparada con la inglesa, y gustoso pagaría a buen precio la pieza de algodón, con tal de que a buen precio le pagaran también las uvas y los trigos; y el propietario y comerciante de la Isla de Cuba o Puerto Rico gustoso admitiría el recargo de la harina de Castilla con tal que le paguen a buen precio también sus azúcares y sus cafés en el que un tiempo fué mercado seguro de la Península". (*Ibid.* p. 56). Vid. también pp. 201 ss..

- (106) P. Estasén, *op. cit.*, p. 305. Afirma que el término procede de Th. Brassey.
- (107) B. de Alzola, Las primas a la construcción naval y a la navegación. Datos y noticias que conviene tener presente para hacer una ley sobre la materia, por el inspector de ingenieros de la Armada, Bilbao, Imp. de la Casa de la Misericordia, 1894 (p. 7).
- (108) Sobre el papel de Cánovas y su profesión de fé proteccionista, *vid.* J. Muñoz, S. Roldán y A. Serrano, *loc. cit.*, pp. 25 ss., así como C. Velasco, "Cánovas del Castillo y la articulación del Estado Nacional", Cuadernos Económicos de I.C.E., nº 6 (1978). pp. 61 ss.
- (109) Cfr. su campaña de apoyo a los representantes antillanos, en la protesta contra la elevación del impuesto de consumo para los azúcares, alcoholes y aguardientes de caña (Fomento del Trabajo Nacional, Memoria leída en la Junta General de Socios celebrada el día 29 de enero de 1893, Barcelona, 1893, p. 9).
- (110) P. de Alzola, Instancia e informe ... cit., pág. 7.
- (111) Así, por ejemplo, Ferrer y Vidal unos diez años atrás: "Monopolio! Monopolio! (...), me escuece, me escuece, porque monopolio está mal empleado aquí. - No solamente los españoles, sino también los extranjeros tienen derecho de venir aquí a ejercer sus industrias; y no sólo tienen ese derecho, sino que las estén ejerciendo; y en cambio, un abogado extranjero no puede venir a ejercer aquí su profesión, ni ningún extranjero puede venir a ser ministro; luego hay muchas cosas que se monopolizan más que aquellas" (Discurso pronunciado en el Senado los días 27 y 28 de abril con motivo de la discusión del tratado de comercio entre España y Francia, Madrid, 1882, p. 16).
- (112) G. Graell, *op. cit.*, pp. 360-62
- (113) A propósito de la industrialización vasca, *vid.* también M. González Portilla, "El desarrollo industrial de Vizcaya y la acumulación de capital en el último tercio del siglo XIX", Anales de Economía, octubre-diciembre 1974, pp. 43-83; V. Shaw, "Exportaciones y despague económico: el mineral de hierro de Vizcaya, la región de la ría de Bilbao y algunas de sus aplicaciones para España", Monedas y Crédito, 1975, nº 142, pp. 87 ss.; J. Harrison, "Los orígenes del industrialismo moderno en el País Vasco", Hacienda Pública Española, 1978, nº 55, pp. 209-22.
- (114) "Discurso pronunciado por D. Pablo de Alzola y Minondo en el meeting-protesta contra los tratados de comercio, celebrado en Bilbao el día 9 de diciembre de 1893", en Colectión de discursos y artículos sueltos sobre tratados de comer-

cio y aranceles, Bilbao 1896, p. 35. Y en general, Meeting-protesta contra los Tratados de comercio, celebrado en Bilbao, Bilbao, Casa de la Misericordia, 1894, 279 pp.

- (115) Recogido en P. de Alzola, "Discursos ...", cit. en nota anterior, pp. 19 y 23-24.
- (116) Ibid., p. 25
- (117) Ibid., p. 27. Sobre la relativa subordinación del sector agrario en el conjunto de la protección, vid. J. Muñoz, ... loc. cit., p. 27 ss.
- (118) Vid. el "Memorandum de los fabricantes de harina de la provincia de Barcelona" procedente de los Archivos del ministerio de Agricultura que cita J. Varela Ortega, Los amigos políticos ..., p. 249, nota 10.
- (119) "Información parlamentaria sobre los tratados de comercio. Discurso pronunciado ante la Comisión de Tratados del Senado el día 30 de abril de 1894", en P. Alzola, Colección de discursos ... cit., pp. 51-76.
- (120) Fomento del Trabajo Nacional, Memoria leída en la Junta General Ordinaria de Socios celebrada el día 27 de enero de 1895, Barcelona, Tipografía Española, - 1895, p. 16.
Hay que subrayar también el apoyo al proteccionismo cereal, de una manera genérica, por parte de órganos de expresión conservadores y/o ultra-conservadores, aunque sus intereses primeros no sean puramente materiales, con una fuerte carga ideológica. Así, por ejemplo, el católico confesional La Lectura Dominical, de 2.2.1895, nº 37, p. 1ª: "Los males de la política liberal han vuelto a encresparse con la cuestión de los trigos y los trigueros (...) El Gobierno desea proteger a la agricultura nacional, así lo dice él; pero sin elevar los aranceles ni acabar con el contrabando, de modo que todo se le vuelve concertar fórmulas a cual más disparatadas, para tratar de convencer a los agricultores españoles de que entre las libertades modernas está la de morir de hambre, y de que ellos deben resignarse a ejercer este derecho antes que provocar otra crisis ministerial."
- (121) P. de Alzola, artículo publicado en el Diario Mercantil de Barcelona en enero de 1894, recogido después en Colección de discursos ..., p. 45).
- (122) G. de Reparaz, "Revista de Geografía Comercial", en Revista de Navegación y Comercio, V, nº 124, 15.12.1893, pp. 558-59.
- (123) G. Azcárate, Teoría y práctica de la represalia arancelaria, Conferencia en el Círculo de la Unión Mercantil ... 18 de diciembre de 1891, pp. 22-23. Sobre el giro proteccionista adoptado por Azcárate, vid. J. Velarde, "El nacionalismo económico español y la Institución libre de Enseñanza", Información Comercial Española, nº 517, pp. 96 ss.
- (124) Los representantes del Fomento que fueron a Bilbao, obteniendo allí la dirección teórica del movimiento, convocaron a su vuelta a las diversas corporaciones adscritas para elegir presidentes. Tras varias entrevistas, los votos quedaron distribuidos entre el propio Fomento, el Gremio de Fabricantes de Sabadell y el Instituto Industrial de Terrasa, en proporción a las cuotas con las que contri-

buían. Estas dos últimas agrupaciones delegaron en el Fomento, que asumió así la defensa íntegra de los intereses catalanes en la Liga. Vid. FTN, Memoria ... (1895), p. 17: "Conviene aunar todos nuestros esfuerzos, evitar discusiones, dejar a un lado cuestiones personales y puntos de vista limitados, para ocupar en la próxima campaña, seguros de nuestra fuerza, el sitio de honor que nos corresponde". La cita de G. Graell, - Historia del Fomento ..., en págs. 366-67. También M. Pugás, Cómo triunfó..., pp. 289 ss.

- (125) P. de Alzola, Conferencia dada ... en el Círculo de la Unión Industrial de Madrid en la noche del 22 de junio de 1895, Madrid, Romero Impresor, 1895, p. 29. Para lo que Alzola estima causas de la tardía industrialización madrileña, pp. 8-21.
- (126) FTN, Memoria ... (1895), pp. 16-17. El asunto del mercado colonial, sorprendentemente, recibe escasa atención en el excelente análisis de los Cuadernos Económicos de I.C.E., tantas veces citado. Sin embargo, las fuentes de la época le concedieron un primer plano (Cfr. G. Graell, op. cit., pp. 376-55).
- (127) Proyecto de ley reformando el gobierno y administración civil de las islas de Cuba y Puerto Rico presentado al Congreso de los Diputados el 5 de junio de 1893 por ... D. Antonio Maura, Madrid, Imp. Vda. de Minuesa, 1893.
- (128) J. Martín, Sobre España, Madrid, 1967, p. 132, cit. en J. Nadal, El fracaso de la industrialización en España, 1814-1913, Barcelona, Ariel, 1975, p. 217.
- (129) J. Maluquer, "El mercado colonial antillano en el siglo XIX", en VV. AA., Agricultura, Comercio colonial y crecimiento en España, pp. 322 ss., en especial, 337-46.
- (130) Brevemente, en J. Pérez de la Riva, "Cuba y el imperialismo yanqui", Revista bimestre cubana, XXXIII, nº 1, 1934, pp. 374 ss. Datos en M. Savage, Manual de las relaciones industriales y comerciales entre los Estados Unidos y la América española, San Francisco, 1890.
- (131) J. Maluquer, loc. cit., p. 352.
- (132) J. Góelly Ferrer, Rebelión cubana, Barcelona, Imp. Narciso Ramírez, 1871, pp. 5 y 36.
- (133) F. Goitia, Conferencias celebradas en Marzo de 1895 entre la representación cubana y la Liga Nacional de Productores, Madrid, 1895, y P. de Alzola, Relaciones comerciales entre la Península y las Antillas, Madrid, - Minuesa, 1895, especialmente pp. 287 ss.: "Conferencias entre los Diputados y delegados de las Corporaciones de la Gran Antilla con una Comisión de la Liga Nacional de Productores de España".
- (134) P. de Alzola, "Conferencia ... en el Círculo de la Unión Industrial de Madrid en la noche del 22 de junio de 1895", cit. p. 30.

- (135) Comisión de Reforma Arancelaria de Cuba y Puerto Rico. Discursos pronunciados por el Excmo. Sr. D. Pablo de Alzola, representante de la Liga Nacional de Productores de España, Bilbao, Imp. de la Casa de Misericordia, 1896, pp. 39-40 (sub. en el original). El tono de la disputa antillana - comienza a elevarse. Así, ante la comisión, opina Alzola que el proyecto "no significa sino el rompimiento del sistema de relaciones comerciales con las Antillas establecido en 1882. Aprobar este dictamen sería abrir un abismo (...), crear una situación comercial (...) tan desventajosa como jamás ha existido, ni aún con el arancel de 1870 (...)" (Ibid., p. 93). Y con honda desilusión concluía el mismo Alzola la redacción de su trabajo de propaganda Relaciones comerciales ..., más arriba citado: "Al llegar el término de nuestra tarea, sentimos la satisfacción que produce el cumplimiento del deber, pero al mismo tiempo, el profundo descontento de contemplar la ofuscación de inteligentes representantes del florón de las Antillas" (p. 324).
- (136) Vid. F. Sánchez Ramos, Economía y política del transporte, Madrid, CSIC, 1946, y A. Guinier, "La política comercial de España en los últimos decenios", en F. Estapé, editor, Textos olvidados, Madrid, IEF, 1973, pp. 253 ss.
- (137) P. de Alzola, Las impugnaciones del nuevo arancel, Bilbao, 1906, p. 7.
- (138) "La solución proteccionista se inserta, pues, en unas determinadas circunstancias tácticas que limitan considerablemente la opción por otras alternativas de las que entonces pudieran arbitrarse". (J. Muñoz ..., op. cit. - pp. 84-85).
- (139) P. de Alzola, La política económica mundial y nuestra reforma arancelaria, Bilbao, 1906, p. 277.
- (140) La actitud de la industria vasca frente a las circunstancias que rodean a la firma del Tratado de París va a distar radicalmente de las palabras siguientes, escritas en 1892: "Cuba, como toda colonia, necesita lazos de - sangre y lazos económicos para conservarse unida a la madre patria. El cabotaje, el activo tráfico de productos peninsulares e insulares, la protección mutua de las industrias nacionales y coloniales, ése y sólo ése es - el sistema salvador de Cuba, como de Filipinas, porque cuanto hemos dicho de Cuba es aplicable a aquel vasto archipiélago, que no nos consume nada ni le tomamos nada, porque un 8 ó 9 % de su comercio exterior que nos corresponde, es una sangrienta burla contra el dominio de España. La conducta económica de nuestros gobiernos en el archipiélago filipino ha sido la propia justamente para perderlo". (Cuestión arancelaria. Consideraciones acerca - del voto particular del Excmo. Sr. D. Segismundo Moret, por F. Gaitie, G. - Pradera y J. Angoloti, de la industria siderúrgica, Madrid, Fortanet, 1892).
- (141) F. Gaitie, Los tratados de comercio, Bilbao, Imp. Casa de Misericordia, - 1905, p. 23.
- (142) Fomento del Trabajo Nacional, Proyecto de escuelas industriales elevado al Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, Barcelona, 1900 p. 5.

En el mismo sentido, vid. G. Graell, El arancel, los tratados y la protección, Barcelona, 1905, p. 23, 29, etc. Sobre las fisuras en el cuestionado bloque agrario-industrial, de 1904 en adelante, los documentos - publicados por J. Muñoz, S. Roldán y A. Serrano en el vol. III, de la vía nacionalista del capitalismo español, cit., apartado VI, pp. 147 ss.

- (143) Los datos proceden de P. de Alzola, La política económica ... cit., pp. 365-66.
- (144) P. de Alzola, El arte industrial en España, Bilbao 1892, demuestra un conocimiento suficiente de la evolución de los países más avanzados en la carrera del crecimiento capitalista, al tiempo que una sensibilidad burguesa plenamente "fin de siècle".
- (145) P. de Alzola, Colección de discursos y artículos sueltos sobre tratados de comercio y aranceles, Bilbao, 1896, p. III).
- (146) P. de Alzola, El arte industrial ... cit., p. 29.
- (147) Ibid., p. 380.
- (148) FTN, Proyecto de escuelas industriales ... cit. También en G. Graell, Historia del Fomento ..., p. 388.
- (149) P. de Alzola, Certamen del trabajo organizado por el Excmo. Ayuntamiento de Bilbao. Discurso pronunciado en el acto de la inauguración verificada en 15 de agosto de 1907, Bilbao, 1907.

CAPITULO II

**LA GEOGRAFIA AL SERVICIO DEL COLONIALISMO
(1876-1883)**

CAPITULO II.

LA GEOGRAFIA AL SERVICIO DEL COLONIALISMO (1871-1895)

En los últimos años de la década de los 70, los nuevos imperios coloniales comienzan a configurarse ya claramente en virtud de factores que caracterizan el despuntar del capital monopolista. Junto a ellos, los restos mutilados de la colonización europea del capitalismo preindustrial y concurrencial, suponen la pervivencia de viejos esquemas, en pugna por adaptarse a las nuevas condiciones económicas (sin lograr, en el caso de los países ibéricos, más que conductas de carácter subordinado, impuestas por las transformaciones de la acumulación capitalista a escala mundial) (1). Es por ello por lo que el caso español ofrece un campo de análisis interesante en lo que al estudio "superestructural" del imperialismo se refiere, de sus fenómenos políticos e ideológicos, ya que el peculiar desarrollo de las contradicciones internas de la formación social española conduce a una estricta delimitación del asunto a ámbitos, grupos de presión o de intereses, reducidos y reiteradamente recurrentes a la esfera de lo estatal.

Por otra parte, la materialización y legitimación de las constantes depredatorias del imperialismo corren a cargo, desde mediados del XIX, de una serie de ciencias de reciente constitución como tales (la antropología o la etnología, por ejemplo) (2), o bien de revitalización y reestructuración espontáneas (la geografía (3) o el derecho internacional), así como de determinadas instituciones científico-benéfico-propagandis-

tas, de carácter tanto laico como religioso que, casi a un tiempo, cobran decisiva importancia, influyendo o reflejando el -- proceso de transformación que en las relaciones de producción estaba operándose. En este contexto se inserta la floración de las Sociedades Geográficas, fundadas o reanimadas, y casi constituidas de nuevo, en la década de los 70. Partiendo de una -- tradición científica que hunde sus bases en el siglo de las luces, va a ser París, en 1821, la primera capital europea que -- dé aliento a la creación de una Société Geographique, única de este tipo en Francia hasta 1873 (en que aparece la agrupación homónima de Lyon). Poco después Berlín y Londres (1828 y 1830 respectivamente) contaban con sociedades de índole similar: la Gesellschaft für Erdkunde y la Royal Geographical Society (4). Apenas nada más, a un lado y otro del Atlántico (5), hasta la década de los 70. Y a partir de aquí, la marcha acelerada de -- la ciencia y la tecnología al servicio de un proceso económico de crecimiento, cuya legitimidad y bondad trata de demostrarse -- ante la opinión pública. Instrumentos y vehículos de dicha legitimación serán todo tipo de publicaciones periódicas (boletines, revistas, literatura de viajes...), congresos científicos de temática y contenido diversos (pero siempre orientados hacia un fin convergente) (6), tanto como el fomento de las expediciones de reconocimiento y exploración de territorios desconocidos. El gusto popular se inclinará pronto con entusiasmo -- hacia todo un conglomerado de componentes ideológicos, vertebra-- brados en torno al afán de aventura, que enmascaran bajo un há-- lito de idealismo el expolio de otras culturas por la civiliza--

ción occidental, técnicamente más avanzada. Militares y profesores, eruditos y humanistas, van a constituir en buena medida - el plantel de socios de estas agrupaciones.

Pero la entidad real de las Sociedades Geográficas no -- llega a delimitarse con precisión si no es por contraste con - lo que ha venido denominándose Asociaciones Coloniales, instituciones de carácter privado, constituidas no antes de los últimos años 70, y con más frecuencia en la década siguiente. En buen número de casos, las Asociaciones Coloniales contaban con un contingente, relativamente importante, de miembros comunes a las Sociedades Geográficas, pero junto a ellos -y aquí reside la clave diferenciadora- se alinean representantes de la -- burguesía financiera, comercial e industrial condensando y materializando toda una serie de aspiraciones económicas propias de su clase. Las Asociaciones cuentan así con un carácter pragmático y político que las Sociedades, herederas de buena parte del impulso y curiosidad científicos del XVIII, se hallaban lejos de poseer o sólo poseían en grado incipiente. Su tarea fundamental viene dada por la obligación de atraer a la opinión pública, en capas lo más amplias posible, en favor de una intervención activa en materias de política colonial, de modo -- que los centros decisorios de poder se viesen constreñidos a - actuar rigurosa e implacablemente en este sentido. Precisar lo más exactamente posible el papel desempeñado por ambos tipos - de instituciones en el período inicial de su existencia española constituye unos de los objetos de este trabajo, con la obvia advertencia previa, rayana en lo innecesario, de que al --

abordar el estudio de la década 1876-1885 vamos a topar de - -
frente con una realidad científica endeble y volcada hacia Europa, tanto como precario y dependiente era el crecimiento capitalista que la enmarcaba en un contexto social determinado.

Intento por ello rastrear aquí mínimamente la función ideológica que desempeña la nueva ciencia geográfica en la justificación de una práctica política concreta. Si es fácil concluir con Ives Lacoste en que la geografía sirve, fundamentalmente, "para hacer la guerra", (7), lo cierto es que la pobreza del estrecho modelo de España de la Restauración no resta - por ello interés a la pugna trabajosa y gris de quienes pretendieron imponer nuevas formas de enseñanza para un saber epistemológico apasionante que abría las puertas tanto a la precisión cartesiana como a la imaginación vertida sobre lo desconocido. Hemos de movernos, pues, en este declinar del XIX español, entre lo que el propio Lacoste ha denominado la geografía de los militares -presentes con pujanza y decisión en nuestra Sociedad Geográfica- y el recién aparecido discurso escolar y universitario -la geografía de los profesores-, plena de poder estratégico igualmente, y que sin embargo la clase dirigente española tardaría en asimilar, incapaz de abandonar la rancia vertebración tradicional de su formación académica, ocupada -- en todo caso- en polémicas que sólo dejan traslucir la debilidad estructural del conjunto.

Se trata, por tanto, de que este discurso ideológico, - una de cuyas funciones inconscientes habrá de ser la de enmascarar el reparto del espacio (8), demora incluso en España en

ser aceptado oficialmente como disciplina exclusivamente escolar, preñada de la inutilidad que se atribuye usualmente a las materias académicas sin inmediata proyección práctica. Y es -- por ello por lo que el esfuerzo español para imponerla en un contexto docente de corte europeo supondrá aún mayores dificultades, tanto de plasmación real como de análisis histórico-, -- porque el puñado de hombres que lo abordan chocaron, una vez -- tras otra, contra el muro de las pervivencias ideológicas pre o anticapitalistas -por preindustriales- que los bandeaba intermitentemente entre la impotencia y el mimetismo eufórico, inspirado por el vertiginoso florecer del capitalismo occidental. De sus frustraciones y breves respiros, de su marcha convergente o distanciada con las fracciones de poder económico a las -- que, en definitiva, servía su preocupación científica, de su -- recepción o rechazo por el bloque de poder y las elites de gobierno, es de lo que me propongo hablar aquí.

Parece ocioso insistir una vez más en que los años 70 -- constituyen un momento de ruptura en la transformación del capitalismo europeo, y que España no se mantiene ajena al mismo, a pesar de que la peculiar configuración del capitalismo español, y el arcaico tradicionalismo imperante en las instituciones españolas exijan una búsqueda minuciosa y cuidada hasta hacer perceptibles aquellas notas de modernidad.

La Restauración borbónica se impone sobre una España replegada sobre sí misma, dislocada por los apretados cambios -- que diera a luz la Gloriosa, y volcada, por obra y gracia del conservadurismo triunfante (9), en un proceso introspectivo de

regeneración y conciliación que, a nivel de política expansionista, se detiene en el Tratado de Paz con Marruecos concluido dieciséis años atrás. Africa, no obstante, continúa viva en la conciencia nacional, no tanto ahora en la burguesía catalana, fugaz y frustradamente interesada en los mercados costeros occidentales, como en la mente de militares y pequeños círculos de intelectuales, para quienes la recuperación del honroso pasado español no habría de conocer más camino que el eje africano. Así por ejemplo N. Cheli, coronel de ingenieros, quien había presentado en 1873 un moderno proyecto de colonización, cuya concreción práctica debería llevar a cabo el Centro Hispano Africano que aconseja crear (10). La sociedad habría de constituirse -insiste en ello- "de muy distinto modo de lo que generalmente se acostumbra: no nombrando a los jefes de los partidos políticos, ni a la aristocracia, ni a los grandes propietarios, ni a los poseedores de mucho dinero, sino a personas modestas y sin vanagloria y que sirvan muy útilmente para el caso". La pequeña burguesía reclama así, de alguna manera, su derecho a ejercer una función socioeconómica relevante: "Necesitamos hombres honrados, inteligentes, muy aplicados y firmemente decididos a sacrificarse completamente y con sublime abnegación en pro de su Patria, no nos fijemos en la cantidad ni en el oropel, sino en la buena calidad, pero reclútense de todas las clases de la nación, cualesquiera que sea su posición, sus riquezas y sus ideas políticas" (11).

No bastando empero el esfuerzo de unos pocos, sería de -desear una mentalización general al respecto, mentalización en

caminada primordialmente a variar de raíz el concepto tradicional de la colonización española: "En vez de empuñar la espada para abrirnos paso en Marruecos, presentémonos con el arado; - la agricultura, el comercio y la industria deben ser nuestros únicos móviles en Africa, en lugar de guerrillas, enviemos como exploradores a médicos, cazadores, viajeros, ingenieros y comerciantes; la ciencia y la sabiduría deben guiarnos en nuestra empresa, oponiéndonos con gran firmeza a los retrógrados y fatales efectos producidos por la ignorancia y la desmoralización". Pronto habría de ser frecuente este género de argumentaciones.

1.- Una Sociedad geográfica para un puñado de impacientes

En vísperas del cambio económico a nivel mundial, ligado casi unánimemente a lo que se conoce como Gran Depresión, la infraestructura española poseía unas características específicas que han sido apuntadas en otros lugares suficientemente. - Su correspondencia estrecha con unas formas políticas e ideológicas determinadas es algo que tampoco ha sido puesto en duda, por más que (en el caso concreto de la geografía como ciencia, aquí) no resulte sencillo su reconocimiento histórico la mayor parte de las veces.

Vinculada en profundidad a la marina, la ingeniería militar y a las ciencias físicas que estudiaban la constitución de la tierra, la geografía trasciende el siglo XVIII firmemente - aferrada a las matemáticas, la topografía y la astronomía (12). La geología o la náutica, por otra parte, polarizan buena parte de las inquietudes científicas en este sentido, marchitas - poco a poco en la pobreza creativa del paréntesis depresivo -- que acompaña a la guerra de 1808. Traducciones y rei presiones se siguen una a otra sin demasiada profusión pero con continuidad hasta mediados del siglo XIX, en que la revitalización de la producción teórica comienza a dejarse sentir. Sin duda alguna, el establecimiento de la red geodésica española, (en la -- que el general Carlos Ibáñez desempeña un papel de primer orden, a partir de 1859), marca un punto de inflexión importante (13). Los trabajos para la elaboración del mapa geológico, las mediciones para el catastro, los recuentos estadísticos -- censales..., enlazan con la creación, a comienzos de la década

de los 70, del Instituto Geográfico que Jerónimo Döker, también historiador de los estudios geográficos en España, señala como notable acontecimiento (14).

Es éste el contexto específico en el que se funda, a comienzos de 1876, la Sociedad Geográfica madrileña. Francisco Coello de Portugal y Quesada (1822-1898), coronel de ingenieros aristócrata, de personalidad científica acusada y reconocida dentro y fuera de España, fué su principal promotor y sostenedor constante durante toda su vida (15). Conocía Coello a -- profundidad la técnica cartográfica, a la que había dedicado -- varios años de su actividad profesional (16); la convivencia -- con las tropas francesas en Argelia le había dado una particular vocación geográfica y renovadoramente colonial (17), su acercamiento a Fernández Duro en la empresa de constitución del Atlas de España reforzó su inquietud geográfica e histórica, -- plasmada en la preocupación por la red viaria de la España romana que vertebraría, a finales de 1874, su discurso de entrada en la Academia de la Historia (18). Joaquín Maldonado Macanaz, director general de Instrucción Pública y autor de los -- Principios Generales del arte de la Colonización, muestra su -- preocupación colonial también desde los primeros momentos del ejercicio de su alto cargo, y así, en 18 de febrero de 1875, -- sometía al Consejo de Instrucción Pública para su aprobación -- (que nadie obstaculizaría) la propuesta de sustituir la asignatura de Historia de la civilización y usos de las posesiones -- inglesas y holandesas en Asia y Oceanía por otra, más apropiada a las cambiantes necesidades del país, que proponía como --

Administración española en nuestras provincias ultramarinas -

(19). Por último, Eduardo Saavedra Fajardo, ingeniero de caminos y arquitecto, matemático y arqueólogo de relieve, además - de militar con representación política y social prolongada, se volcaría en diversos momentos de su vida hacia vertientes marí-
neras, diplomáticas y africanistas estrechamente conectadas a las preocupaciones geográficas (20).

Estos son los tres nombres que, con fecha de 26 de enero de 1876, se dirigían por circular "a todas las corporaciones - oficiales y a muchos particulares de esta capital" invitándolos a tomar parte, el 2 de febrero siguiente, en una magna reunión a celebrar en los locales de la Academia de la Historia. El Conde de Toreno, ministro de Fomento, se dignaría presidir el acto solemne de constitución de una novedosa asociación - científica, articulada en sus objetivos y programas en torno - al proyecto geográfico.

De amplia repercusión social y política, la Sociedad Geográfica madrileña ha llegado hasta nuestros días agraciada, -- desde principios del siglo XX, de la distinción del epíteto de Real y con una atención historiográfica por el contrario, que no hace justicia estricta a lo relevante de su papel, significativo incluso a partir de sus oscilaciones y decadencias. Presente con continuidad en la publicística contemporánea a las - primeras etapas de su existencia, tratada casi sin excepción - con respeto y alabanzas, no ha conseguido sin embargo todavía, ni entre los historiadores más recientes, ni entre los geógrafos, el seguimiento puntual y explicativo de su complejo fun-

cionamiento en una coyuntura histórica determinada. Los trabajos de José Gómez Pérez citados más arriba, centrados fundamentalmente en la actividad cartográfica de Coello, reflejan sólo de una manera marginal lo que, sin embargo, el geógrafo Vilá - Valentí y el militar Alonso Baquer han detectado con mayor certeza: el primero, preocupado esencialmente por lo que entiende como falta de altura científica de la mayor parte de sus componentes (no obstáculo, sin embargo, para la complejidad divulgadora por excelencia que caracteriza a la sociedad), el segundo que con gran sensibilidad y finura capta a la perfección el -- contenido sociológico militar del conjunto, aunque algo menos el proceso transformacional de su función política (21). Las páginas que siguen pretenden ser una contribución --nunca exhaustiva-- al relleno de esta laguna.

En efecto, abría Toreno la sesión el 2 de febrero de --- 1876, congratulándose de la plasmación del intento, sólo posible --había que insistir en ello-- bajo la dinastía restaurada -- en la persona de un "joven monarca entusiasta por los adelantos de la ciencia". Quedó prometido allí el respaldo oficial a la empresa recién abordada, pero también, quedó suficientemente justificada una asumida voluntad de constituirse en actividad "libre", que diera amplio campo a la iniciativa individual. Inmediatamente después tenía Coello la oportunidad de exponer en público la génesis de la idea convertida ahora en realidad: de entrada, su vinculación antigua a sociedades parecidas desarrolladas en el extranjero; como desencadenante inmediato, la excelente acogida dispensada a España en la Exposición y Con--

greso Geográfico celebrados en París el otoño anterior, a pesar de haberse presentado "modestamente" España, "enviando sólo pequeña parte de lo que pudo y debió remitirse". Se avecinaba gozosamente un periodo de estabilidad política; así al menos lo sentían gran parte de los convocados aquel día en la Academia, era el momento de regularizar -en éste como en tantos otros campos- la incorporación de España al contexto europeo. El honor, para aquel puñado de hombres, justificaba sobradamente la denuncia de los rezagados. Casi lo más doloroso del relativo vacío sentido en París, en el otoño de 1875, -recuerda ahora Coello-, fué el no haber oído allí "la majestuosa lengua castellana en medio de los idiomas más vagos del Norte", por lo que "el sonido de la italiana casi amargaba más el espíritu de los españoles presentes".

Sin embargo, las gestiones realizadas por Coello, a su inmediata vuelta a Madrid, cerca de Fomento (y más en concreto, - Instrucción Pública) garantizaban ahora la viabilidad del proyecto. Se imponía por fin la tarea grata de "recuperar el tiempo perdido", tarea sorprendentemente velada de desentanto -o de moderación- cuando el propio Coello afirma que es ya "tarde para que España, a quien tantos servicios debe el mundo por -- sus descubrimientos, tome parte en lo poco que resta por explorar". Expediciones pacíficas y de reconocimiento como las de Stanley o Livingstone, artículo de Lujo para la deprimida España, quedan vedadas por el momento: la iniciativa privada no se prevé espléndida en nuestro país, y ni siquiera se sugiere -- aquí esta característica como deficiencia deseablemente supera

ble. Quedan no obstante derroteros adecuados por donde orientar la vocación geográfica ahora renovada, "quedan todavía a los españoles grandes misiones que cumplir: dar a conocer sus trabajos y estudiar detalladamente el propio territorio, difundiendo también su conocimiento entre todas las clases".

Había sido precisamente en París donde La Roncière de Moury, al abrir las sesiones, proclamara contundentemente: "La geografía, ciencia que inspiró tanta abnegación (...), se ha convertido en la filosofía de la tierra (21 bis). Nuevas exigencias científicas, por tanto, para un conjunto social en profunda transformación. Tratando de explicarlas de algún modo, - insiste ahora Coello en que "no se trata ya sólo como antes de conocer una nomenclatura más o menos torpemente traducida, y en inventar, para explicarla, el mejor sistema de cordilleras, tan convencionales como su nombre", sino que es preciso "dar a conocer la población, la riqueza, la producción y la industria de cada comarca". Este género de estudio, es evidente, no podía hacerse "de una vez sola, sino que había de ser constante y progresivo". Y esto, que de otro modo se haría difícil y costoso, solamente sería dado alcanzarlo a través de las sociedades geográficas que, "por medio de sus conferencias y publicaciones debían poner de manifiesto constantemente los adelantos de la ciencia y los datos estadísticos".

Pero aquí incidía ya el peso de la historia, con la tradicional ignorancia geográfica de un país que conservaba todavía a Cuba y Filipinas como perfectas desconocidas. La historia pasada, gloriosa como pocas, se hallaba en profunda contra

dicción con este olvido proverbial, y por ello, la más alta misión a realizar por la Sociedad Geográfica, en este momento -- crucial, era --según su fundador-- la de "reivindicar para España glorias olvidadas o disputadas, dando cuenta de muchos trabajos inéditos que existen en nuestros archivos, no pocos completamente desconocidos", para evitar en definitiva que --como ocurría con frecuencia-- "otros utilizasen nuestros trabajos y los presentasen como originales". Ello interesaba a España e --interesaba a la erudición internacional. Coello sabía mucho de ello, pero también sentía como inaplazable la proyección geográfica con una nueva dimensión social. Y así, si hay que suscribir necesariamente que "la peculiar visión geopolítica de --Coello está basada en los antecedentes históricos y en el formalismo jurídico que se asocia a los primeros contactos de los viajeros y exploradores hispanos y portugueses con los pueblos más retrasados del globo" (Alonso Baquer) --pronto tendremos --oportunidad de comprobarlo--, y que, en definitiva, viene a prolongar "la mente benefactora y cultural de Alejandro Humboldt, de Montesquieu y de Jovellanos" (22), lo cierto es que una nueva funcionalidad social pretende esgrimirse aquí como punto de --ruptura con el letargo anterior.

La geografía --proclama Coello desde la autorizada tribuna de la Academia-- "ya no es de mera curiosidad, sino de interés general para todas las clases sociales, desde el hombre de gobierno hasta el comerciante o industrial más humilde". Es éste, por lo tanto, un proyecto de afirmación burguesa en su definición específica, proyecto que no excluye por supuesto los

componentes aristocráticos que le proporcionaba el mismo marco social y profesional en el que se inscribe, y que -ocioso resulta indicarlo-, excluye implícitamente a las clases populares. La clase política en su conjunto, la pequeña burguesía -- propietaria y las profesiones liberales, son mencionadas significativamente como elementos precisos para la articulación del proyecto. Todos juntos, posibilitarían que la naciente sociedad "fuese libre, y se admitiesen en ella los más altos como - los más humildes". Los unos "darían cuenta de sus trabajos y - descubrimientos", los otros "servirían para difundirlos y enseñar" y muchos, por fin, "vendrían solamente a aprender". Pero, detalle de importancia, el concurso de estos últimos -"tal vez los más numerosos", se especula- se sitúa en un primer plano - del interés, puesto que con sus cuotas serían los que, en definitiva, hicieran posible la existencia y publicaciones de la - sociedad.

En su aspecto técnico, el proyecto aparece revestido de la necesaria modernidad y altura. La divulgación del conocimiento geográfico, máximo objetivo a considerar, se ligaría -- desde un principio al desarrollo de la estadística, mágica fórmula explicativa que interesaba por igual a los diversos grupos sociales interesados materialmente en el campo geográfico.

Pero la perfecta consciencia de las coordenadas internacionales en que aparecía ahora este intento de recuperar el -- tiempo perdido atenazan con fuerza las conclusiones finales de esta declaración de intenciones. No hay agresividad ni fuerza competitiva en las palabras de Coello; no podía quizá haberlas.

Se trata, en última instancia, de una recuperación retrospectiva y levemente nostálgica, que no se resigna al olvido de un pasado mejor. Tampoco se comulga de pleno con el avatar materialista de la industriosa Europa. En este sentido, la vuelta hacia el pasado nacional, tendiendo un puente hacia los desaparecidos momentos de esplendor, aparece como el recurso más seguro para aparecer con dignidad en el concierto europeo. Con dignidad, y con personalidad propia: "Ya que nos ha tocado nacer en época angustiosa y en que nos falta tranquilidad y recursos para dedicarnos a buscar nuevas glorias por estos caminos, y en la que tenemos que contentarnos con vivir de recuerdos, contamos en cambio con la ventaja de poder explotar la riquísima mina de las glorias que atesoraron nuestros antepasados en sus atrevidas exploraciones" (23).

Tres años después, en el marco de esta sociedad que se constituía precisamente ahora, expresará Cánovas del Castillo sentimientos parecidos, hilo conductor de una política colonial no sin altibajos ni sorpresas (24), que sin embargo se muestra resueltamente partidario de utilizar como uno de los peones de la inserción internacional de España: "No es dado a las naciones que se han quedado atrás salvar de un golpe la enorme distancia que suele ya separarlas de otras, y solo el trabajo asiduo, entusasta, puede ir paso a paso acortándola y borrando lentamente los límites que de sus más felices compañeras las alejan".

De este modo, con carácter esencialmente erudito e idealista, y-casi ocioso resulta señalarlo- siguiendo muy de cerca

modelos foráneos, nacerá la Sociedad Geográfica de Madrid, en la primavera de 1876, un año después que vieran la luz las de Lisboa y Bruselas (25). Para entonces, algo más de 30 sociedades repartidas por el mundo occidental venían siendo subvencionadas por los gobiernos y los monarcas -en mayor o menor medida- pero, sobre todo, por las cuotas de los afiliados, así como por las más o menos copiosas donaciones de los entusiastas del progreso científico, destinadas especialmente a "establecer premios y auxiliar los viajes de exploración" (26). Sobre un bastidor de proyectos semejantes principia a trabajar la comisión encargada de forjar la sociedad geográfica española designada al término de la brillante sesión oficial que albergó la Academia. Junto a los tres organizadores del acto (Coello, Saavedra y Maldonado Macanaz) integran dicha comisión Antonio Aguilar, director del Observatorio Astronómico, Salvador de Albacete, fiscal de lo Contencioso, Angel Alvarez de Araujo, Jefe del Depósito de la Guerra, Fermín Caballero, ex-ministro y miembro de las Reales Academias de la Historia y Ciencias Morales y Políticas, Carlos Campuzano, director interino de la Escuela de Caminos, Manuel Fernández de Castro, director del mapa geológico de España, Carlos Ibáñez, director del Instituto Geográfico, Manuel Merele, vocal de la Junta Consultiva de Estadística, Claudio Montero, director del Depósito Hidrográfico, Agustín Pascual, presidente de la Junta Consultiva de Montes, Tomás de Reyna, brigadier de artillería y Manuel María del Valle, catedrático de Geografía Histórica. De entre todos ellos, saldrá elegido presidente Fermín Caballero, quien, como

tal, encabezará todos los trabajos preparatorios que preceden a la constitución formal de la sociedad.

Nombrada principalmente para elaborar el reglamento, la comisión celebra la primera de sus sesiones el 7 de febrero - de 1876, con otras dos los días 9 y 14 siguientes. Bajo la -- presidencia de Caballero comienza a discutirse detenidamente el proyecto de reglamento que habían redactado Coello y Saavedra "para facilitar y acelerar la discusión". Seguía el mismo (27) de cerca los estatutos de instituciones extranjeras con - objetivos comunes -especialmente las de París, Londres, Berlín y Roma-, ligeramente modificados en virtud de la práctica concreta -en ocasiones ya larga- de la mayoría de ellas. Quedaría allí desechada la idea de denominar a la sociedad Española, -- "no solo para seguir el sistema adoptado por la casi totalidad de las instituciones análogas, sino porque la práctica había - demostrado después, a las que se habían apartado, que al crear se otras sociedades en capitales secundarias de la misma na- - ción, las primeras perdían en cierto modo el carácter que les daba su título". Son no obstante otros dos los aspectos que -- centran la discusión en este primer día de trabajo: de un lado, la delimitación lógica del "objeto de la sociedad y los lí- mites en que habían de encerrarse sus estudios"; de otro, el número, frecuencia y características de sus publicaciones periódicas, así como la conveniencia de emprender además, cuando los recursos lo permitieran, la edición de una Colección Geográfica dedicada principalmente a dar a conocer los trabajos - de geógrafos o viajeros españoles,"que tanto contribuyeron al

conocimiento de la tierra, y que en gran parte permanecen inéditos y hasta olvidados en nuestros archivos" (22). Va a decirlo igualmente la publicación inmediata de un Boletín mensual, con la misma caja de impresión que la Colección Geográfica por tomos, y que constaría aproximadamente de unas 96 páginas.

En este sentido, resulta interesante el esfuerzo clarificador de la nomenclatura geográfica de raíz extranjera que, -- con vistas a la publicación del Boletín va a llevar a cabo la sociedad, unificando y fijando grafías, hasta "quitarles la vestimenta extranjera para mudarla en otra que nos recuerde en algo la propia y nacional" (29). El propio Coello, llevaba años interesado por esta cuestión, y su discurso de entrada en la Academia de la HA lo demuestra palmariamente.

Tras discutir una serie de cuestiones previas (cuantía de las cuotas (30); condiciones para la admisión de socios; -- nombramiento de socios honorarios; organización y atribuciones de la Junta Directiva; modos de dar a conocer la sociedad y -- propagar sus metas (31), etc.), se aprueban por unanimidad, el 28 de febrero, las pruebas impresas del proyecto de reglamento. Repartidas entre los socios, quedan éstos convocados para la Junta General que había de celebrarse el 5 de marzo siguiente, y del desarrollo de la cual nos interesa resaltar aquí dos aspectos fundamentales: Si bien la comisión organizadora, en esa presentación oficial, no pasa mucho más allá de una declaración de intenciones o, todo lo más, de un débil compromiso de acción, quedan ya patentes desde el principio, en el ánimo de

algunos de los socios, ciertos rasgos de modernidad,--si por modernidad entendemos un comportamiento similar al de los grupos de presión colonial en otros países; aunque aquí tímida y continuamente enfrentados a posiciones conservadoras. Así, por -- una parte, y a petición del socio Sr. Sánchez, la comisión se ve en la necesidad de aclarar que "la clase de relaciones a -- que se refiere el artículo 3º no comprende sólo a las científicas, sino las comerciales y de todo género" (32). Ambigüedad, por tanto, en la respuesta, mera declaración de intenciones -- que a nada compromete.

Por otra parte, la cuestión de la enseñanza: José Pilar Morales solicita el establecimiento de cátedras de Geografía -- por parte de la sociedad, propuesta arriesgada que se apresu-- ran a atajar Fermín Caballero, Saavedra y Coello, alegando -- "las razones que se oponían a contraer compromisos", no obstan-- te hacer patente su deseo de que "las tareas de esta sociedad tendiesen en lo posible a propagar el estudio de la ciencia" (33). En lo posible significa, sin duda, escasa acometividad -- en una sociedad científica que nace precisamente en un momento crucial. Este mismo lastre timorato, respetuoso de lo instituído, informará en adelante y por siempre las tareas del puñado de profesionales de las armas y la cátedra que componen en su mayor parte la sociedad.

Las relaciones científicas quedan, así pues, establecidas, en el proyecto de reglamento, con función esencialmente -- aglutinante, "para todas las clases sociales" de que hablara -- Coello en su discurso de la Academia (34). Pero es evidente --

que, ni el espectro social aludido es completo, ni sería fácil atraer la atención de amplios sectores de la propia burguesía española hacia objetivos como los propuestos. Jerónimo Eécker se quejará años después de la falta de apoyo de la opinión pública, de su respuesta negativa, "especialmente de las llamadas clases altas" (35). El análisis socioprofesional de la primera lista de socios fundadores que se hizo pública, -análisis que abordamos más adelante-, nos permitirá una primera aproximación a la extracción social de sus miembros y los verosímiles intereses profesionales, y de clase, de los mismos. De momento, examinemos la constitución de la Junta Directiva que, junto con la aprobación del Reglamento, fue sometida a votación - en Junta General el 24 de marzo de 1876.

Participando en total 120 socios como electores, la Directiva había de quedar formada como sigue:

Presidente: Fermin Caballero, ex-ministro e individuo de las Reales Academias de la Historia y de Ciencias Morales y Políticas.

Vicepresidentes: Francisco Coello, coronel de ingenieros retirado e iniciador de la sociedad. Carlos Ibáñez, director del Instituto Geográfico. Claudio Montero, director del Depósito Hidrográfico. Aureliano Fernández-Guerra, de las Academias Española y de la Historia.

Secretarios: Martín Ferreiro, constructor de cartas en el Depósito Hidrográfico. Juan Facundo Riaño, oficial del Cuerpo de Archiveros Bibliotecarios. Manuel María -

del Valle, catedrático de Geografía Histórica y -
Francisco de Paula Arrillaga, ingeniero de Montes.

Vocales: Antonio Aguilar, director del Observatorio Astronómico.

Carlos Campuzano, director interino de la Escuela de Caminos.

José Gómez de Arteche, de la Real Academia de la --
 Historia.

Hilario Nava, Inspector general de ingenieros de la Armada.

Miguel Merino, astrónomo.

Angel Alvarez de Araujo, jefe del Depósito de la -
 Guerra.

Manuel Fernández de Castro, director del mapa geológico de España.

Eduardo Saavedra, ingeniero de Caminos y Arquitecto

Luis de Castro y Díaz, jefe del Depósito Topográfico de Ingenieros militares.

Marceliano de Abella, intérprete del Ministerio de Estado.

Cándido Barrios, brigadier de Artillería de la Armada.

Fernando Monet, coronel del Estado Mayor.

José de Acebo, jefe del Cuerpo de Topógrafos.

Carlos María de Castro, presidente de la Junta Consultiva de Caminos.

Cayetano Rosell, director de la Biblioteca Nacional.

Angel Rodriguez Arroquina, brigadier de ingenieros.



Pedro de la Llave, de la Academia de Ciencias Exactas.

Joaquín Maldonado Macanaz, director general de Instrucción Pública.

José Mac-Pherson, geólogo.

Marcos Jiménez de la Espada, viajero y escritor .

Tomás de Reyna, brigadier de ingenieros.

Federico de Botella, ingeniero de minas.

Lino Peñuelas, vocal del Consejo de Agricultura, Industria y Comercio, y

Francisco Javier de Salas, oficial del ministerio de Marina. (36).

Entre los miembros de la Junta Directiva, ni un solo industrial o comerciante puede señalarse. Tampoco la primera lista general de socios (37) -626 en total, en mayo del 76-, ofrece sino mínimos, casi accidentales, datos en este sentido. Del conjunto se destacan claramente dos profesiones: ingenieros -144 miembros- y militares -142-, algunos de los cuales son ambas cosas a un tiempo (38). Junto a ellos, 30 marinos, 31 topógrafos (también militares en buen número de casos), 15 miembros del Cuerpo de Telégrafos, y 10 médicos militares. Entre las -- profesiones liberales -- en un sentido amplio--, 11 médicos civiles, 2 farmacéuticos, 22 diplomáticos, 28 abogados, 19 escritores (uno de ellos, Marcos Jiménez de la Espada, se autodenomina, además, "viajero" (39), 8 arquitectos, un pintor de Historia (Luis Madrazo) y un escultor. Aparte reseñamos el ámbito -- oficial de la enseñanza y de la ciencia: 54 catedráticos (sólo

uno de ellos especifica "de instituto", y otro "de Geografía y Matemáticas"), 4 profesores de primera enseñanza, 58 académicos (40), 8 archiveros y bibliotecarios, 4 astrónomos, 2 miembros del Instituto Geográfico y 2 doctores en Filosofía y Letras. La administración del Estado, en su funcionariado de más alta cualificación y responsabilidad, también hará acto de presencia, mediante un total de 43 afiliados a la Sociedad, entre ellos 4 pertenecientes a la Dirección General de Hidrografía. Por último, con un mínimo porcentaje en el total, hay que señalar la afiliación de 13 "propietarios" (uno de ellos naviero, Carlos de Eizaguirre, y otro terrateniente), 4 comerciantes, 3 banqueros (entre ellos el Marqués de Campo), y 9 miembros del alto clero (como los obispos de Mondoñedo, Badajoz, Pamplona y Santiago). Claro -y lógico- predominio, pues, de militares e ingenieros en una agrupación que se orientaba predominantemente hacia materias de su competencia (41).

Para completar de algún modo este rápido análisis, puede perseguirse una localización geográfica de los afiliados. De ello resulta lo siguiente:

1.- A la cabeza, indiscutiblemente, se halla Madrid con 375 socios, (un 59,9 % del total) de los 626 que componen la primera lista completa aparecida en el Boletín. Ellos ostentan la mayor diversidad profesional de todo el conjunto, pero también, como en el resto, un neto predominio de los altos cargos militares y navales, los ingenieros, profesores y académicos y burocracia estatal de alto nivel, todo ello, con frecuencia, inseparable (42). Y también Madrid, más por la circunstan-

cia de ser la sede de la sociedad que por sus características socioeconómicas propias, nos ofrece también (dentro del reducido porcentaje de participación de la burguesía industrial y comercial, así como del sector encabezado por el ambiguo título de "propietario"), el mayor peso de todo el conjunto. Barcelona y el resto de los puertos peninsulares permanecen prácticamente ajenos. La circunstancia no es ajena al predominio de la ideología librecambista en parte significativa de sus afiliados, cuya afiliación o dedicación profesional ofrecen ya rasgos claramente definitorios de cuál será la orientación económico-política de la sociedad.

2.- El resto de los inscritos -hasta el total de 626 indicado- presentan una amplia dispersión geográfica. Así, las provincias de Ultramar cuentan con un número relativamente considerable de afiliados (17 en la Habana, 1 en San Juan de los Remedios, 2 en Santiago de Cuba y 1 en Ciego de Avila, 5 en Puerto Rico, más 5 en Manila y 1 en Cavite). Entre ellos predominan los médicos (2 civiles y un médico militar), ingenieros (10 en total, más 1 de telégrafos), altos empleados de la administración civil y militar (5 y 3 respectivamente, y entre ellos el teniente general Jovellar), junto a algún clérigo (como el cura párroco de la iglesia de Regla) y algún intelectual. Podemos señalar en este grupo por último la presencia de Jerónimo de la Pezuela, coronel retirado y académico de la Historia, así como la mención en la lista de un "comerciante".

Las provincias africanas y Canarias, con mínima recepción cuentan únicamente con un afiliado en Melilla (comandante de -

ingenieros) y dos en Canarias (un ingeniero jefe de Caminos en las Palmas y un ingeniero militar en Santa Cruz).

3.- El escaso porcentaje de diplomáticos afiliados a la sociedad -por más que ello sea en realidad intrascendente para el funcionamiento de aquella-, se localizan (dejando aparte los destinos en Madrid) entre: San Petersburgo (Marqués de Casafuerte -Pedro Alvarez de Toledo-, encargado de negocios interino), Bruselas (Enrique Dupuy de Lôme, ex-secretario de legación), París (Vizconde de la Vega, primer secretario de embajada), Berlín (secretario de legación), Londres (Manuel Ranc-és, ministro plenipotenciario de SN), Nueva Orleans, Argel, Río Janeiro, Key West, Civita Vecchia, Liverpool, Quebec (cónsules todos ellos), Oloron y Barca de Alba (Portugal) (vicecónsules) y Tanger (un "joven de lenguas" de la legación).

4.- Aunque ello viene en buena medida determinado por su vocación profesional, puede revestir, sin embargo, cierto interés el señalar la amplia distribución por zonas de los profesionales inscritos, en coherente correspondencia en ocasiones, con las características socioeconómicas de las ciudades españolas. Partiendo siempre del predominio de las profesiones militares y de la ingeniería y exceptuando Madrid capital, encontramos:

- Ingenieros de montes en El Escorial, San Ildefonso, -- Cuenca, Pontevedra, Valladolid, Teruel y, en menor medida, Oviedo, San Sebastián, Huesca, Castellón, Pamplona, Lugo, Santander, Guadalajara, Tarragona, Cádiz y Murcia.

- Ingenieros de caminos en Palencia, León, Granada, Barcelona, Jaén, Málaga y Zamora, principalmente, seguidas de Almería, Oviedo, Toledo, Lugo y Cáceres, y por último, Teruel, Valladolid, Badajoz, Orense, Linares, Bilbao, Tánger, Soria, Cádiz, Cartagena, Zaragoza, Sevilla, Salamanca y Coruña.
- Ingenieros industriales en Huelva, Ocaña y sobre todo Barcelona.
- Ingenieros telegrafistas en Barcelona, Badajoz, Pontevedra, Salamanca, Albacete, Valencia, Soria y Tarragona.
- Ingenieros de la Armada en El Ferrol.
- Ingenieros de minas en Almería y Santander.
- Ingenieros militares en Badajoz, Granada, Guadalajara y Aranjuez principalmente, además de Coruña, Valencia, Mahón, Zaragoza, Algeciras, Burgos, Logroño, Jaca y Ciudad Rodrigo.
- Militares de todas las gradaciones en Segovia, principalmente, y La Coruña, Bilbao, Toledo, Oviedo, Granada, Murcia, Zaragoza, Sevilla y Valladolid.
- Marinos y médicos de la Armada sobre todo en San Fernando, seguido El Ferrol, y, en menor medida Cartagena. Algo también en Vigo y Barcelona.
- Topógrafos especialmente en Alcalá de Henares, además de Málaga, Jaén, Miraflores de la Sierra, Guadalajara

- oficiales del cuerpo de Aduanas en Gerona.
- Altos cargos de la Administración civil en Valencia, - Logroño y Toledo.
- Catedráticos en Barcelona y Murcia, principalmente, y también en Vitoria, Huelva, Valencia, Asturias, Granada, Lugo, Málaga y Toledo.
- El mundo de los negocios y de la tierra aparece escasamente representado: propietarios y agricultores en Salamanca, un propietario en Badajoz y otro en Murcia, un propietario y naviero (Eizaguirre) en San Sebastián, un banquero (López Dóriga) en Santander, así como el director de la sucursal del Banco de España en Vitoria.

5.- Por último, he aquí una rápida clasificación de los afiliados según su origen geográfico, de mayor a menor, y sin tener en cuenta a los socios de Madrid, Ultramar, y plazas y provincias africanas:

- . Barcelona, Granada y Asturias, 8 afiliados cada una.
- . Toledo y Murcia, 7.
- . San Fernando, Salamanca, Málaga, Guadalajara y Lugo, 6.
- . El Ferrol, Valencia, Burgos, Jaén, Badajoz y Pontevedra, 5.
- . León, Coruña, Valladolid, Zaragoza, Tarragona y Palencia, 4.
- . Teruel, Cuenca, Cargagena, Vitoria, Zamora, Segovia, - San Ildefonso, Santander, Soria, El Escorial, Almería

y Alcalá de Henares, 3.

- San Sebastián, Huesca, Bilbao, Alicante, Cáceres, Cádiz, Córdoba, Sevilla, Logroño, Aranjuez y Pamplona, 2
- Castellón, Huelva, Jerez, Gerona, Algeciras, Albacete, Orense, Mahón, Huelva, Ocaña, Miraflores, Jaca y Ciudad Rodrigo, 1 cada una.

Sea como fuere, el hecho fundamental es que contamos, de partida (43), con un conjunto predominantemente moderado, en términos políticos y sociológicos amplios, que sólo más tarde -a partir de los años 80- evolucionará -y no en su totalidad-, hacia una participación activa y limitadamente progresista en el contexto sociopolítico del país. De momento, la timidez informará las gestiones de la Sociedad, incluso con respecto a lo -que quedara establecido en su día como objetivo primordial de sus tareas: "la propagación del estudio de la ciencia". Titubeos y temores impiden llegar a un acuerdo, y -aún más- establecer compromiso alguno. Ya en las juntas generales preparatorias para la constitución de la Sociedad varias voces habían solicitado el establecimiento de cátedras para la enseñanza de la Geografía (44), siendo sus razones mal acogidas por el presidente de la comisión organizadora, Fermín Caballero, y por sus segundos de a bordo, Saavedra y Coello, que se negaron a suscribir nada más allá del "deseo de que las tareas de esta Sociedad tendieran en lo posible a propagar el estudio de la ciencia" (45). Y así, sin embargo, el proyecto de reglamento citado más arriba, redactaba así el art. 3º: "La Sociedad dedicará con --

preferencia sus estudios al territorio de España, y de sus provincias, y posesiones de Ultramar, sin dejar de atender las correspondientes a aquellos países con los cuales existen ya relaciones importantes o convenga formentarlas, a los hechos culminantes de la Geografía General y a cuanto se refiere a la enseñanza de esta ciencia" (46). El artículo correspondiente del reglamento, aprobado en 24 marzo 76 por la Junta General, suprime precisamente estos párrafos (47). Y así, meses después de su constitución formal, deslumbrado el vicepresidente Coello ante los progresos del exterior, expone ante la Junta General reunida el 14 de mayo "los ejemplos que debemos imitar", ejemplos que reduce sin embargo a la subvención de exploraciones científicas, ampliamente recompensadas a su entender por el alto sentido universal de la misión que entraña: "Yo espero que alcanzaremos todavía la gloria de que ondee nuestra bandera al frente de una de esas expediciones pacíficas, cuyo objeto no es sólo el de los descubrimientos geográficos, sino el más alto de propagar la civilización y regenerar a los pueblos que viven en la abyección y el fanatismo" (48). Pero en tanto llega esa hora, la Sociedad Geográfica de Madrid se ve obligada ya a informar ampliamente sobre "El estado actual de los trabajos geográficos" (49), especialmente sobre los adelantos logrados en 1875 y primeros meses de 1876, si bien -en lo que se refiere a España- se airean igualmente progresos cronológicamente anteriores. Por ejemplo, el Instituto Geográfico y Estadístico, dedicado preferentemente a estudios geodésicos, astronómicos y metrológicos, es objeto de una atención especial. Pero sobre todo, se insiste detalladamente en los trabajos hidrográ-

ficos referentes a Filipinas, ejecutados en su mayor parte por Claudio Montero, de la Dirección de Hidrografía, a quien sólo resta por reconocer una parte de las costas orientales de las islas de Luzón, Sámbar y Mindanao. Aquella Dirección, igualmente, acababa de corregir las cartas y planos vigentes de todas las costas del mundo, rehaciendo gran parte de los mismos a base de los nuevos datos suministrados por otras naciones. Al mismo tiempo, había publicado nuevos derroteros de las costas de la Península y sus islas, de las Antillas, Marianas y otros puntos. A los avances científicos realizados en el seno de la Dirección de Hidrografía, hechos públicos en su Anuario -ya en su XIV año de vida- habría de unirse el índice general en proyecto de todos los manuscritos contenidos en sus archivos.

La marina, por su parte, se ocupaba del observatorio de San Fernando, en el que tenía lugar la publicación de unos Anales y un Almanaque Náutico ya veteranos.

El panorama se presenta, por tanto, relativamente favorable a un florecimiento de la ciencia geográfica española, inserta en el proceso general de legitimación ideológica de la burguesía en el poder (50). Con gran optimismo va a expresarse Coello al comparar con otras sociedades del mundo el crecido número de socios de la madrileña, ya en este primer momento: "Ninguna sociedad de Europa ha empezado de igual manera. De 600 miembros constaba la de París en 1871, a los 50 años de su fundación..." (51). Sin embargo, su entusiasmo no llega a obviar la necesidad de "que todos contribuyamos en la medida de nuestras fuerzas", con lo que "unos podrán ofrecer trabajos u

observaciones propias, otros darán conocimientos de los que -
lleguen a su noticia de los muchos datos y documentos importan-
tísimos que existen olvidados y menospreciados en los archivos
públicos o particulares, y nuestros compañeros de Ultramar de-
ben facilitarnos el estudio de aquellas provincias importantí-
simas". El interés por la cuestión colonial es aquí patente, -
de modo indirecto pero claramente definido, y, por otra parte,
el relativamente numeroso contingente de socios residentes en
las colonias -producto a su vez de su predominante condición -
militar-, permite suponer un cierto esfuerzo de propaganda en-
tre los círculos de la administración colonial que, era de espe-
rar, mejor podían responder a la llamada.

Claudio Montero y Gay, por su parte, evidencia igualmen-
te este interés -si bien reducido a un ámbito de escasa reper-
cusión en la opinión pública- por las posesiones españolas en
Ultramar: los días 3 de junio y 7 de octubre pronuncia en la -
sede de la sociedad dos conferencias sobre las Islas Filipinas
en las que, en base a experiencias personales intenta alertar
a sus oyentes acerca de los peligros que encierra la errónea -
administración española del archipiélago. Así se ha podido pa-
liar el enorme sacrificio del erario de Mindanao desde 1855 --
hasta la fecha (52).

Pero antes de abordar actividad política o propagandísti-
ca alguna, en amplia escala, la Geográfica se centra en sus oc-
tividades universalmente codificadas como científicas. Y, así,
recibiendo una especie de reconocimiento internacional y repre-
sentada por Carlos Ibáñez, la sociedad madrileña hace acto de

presencia en un puñado de Congresos científicos: Clermont-Ferrand (convocado por la Asociación Francesa para el Progreso de las Ciencias), Budapest (de Estadística y Antropología) y San Petersburgo y Marsella (ambos de orientalistas). Junto a los Congresos, las Exposiciones: en la de Filadelfia (53) España desempeñó un digno papel, al parecer "sobre todo en el ramo de Ciencias", debiéndose en gran parte este éxito "al dignísimo jefe de la Comisión, D. Francisco López Fabra". También la exposición de aparatos científicos del museo londinense de South Kensington recibió una delegación española encabezada por Juan Facundo Riaño, enviándose entonces "aunque pocas, algunas muestras importantes..." (54).

Añorando el modelo inglés, que establece entre los geógrafos concursos y oposiciones, así como la concesión de premios, la sociedad se preocupa cada vez más intensamente de la cuestión de la enseñanza. En la reunión de 18 de noviembre de 1876, se da lectura a una proposición de García Martín "pidiendo que se estudiara el medio de propagar los conocimientos geográficos en España. Coello aceptará de buen grado la consideración del asunto, opinando convencidamente que ésta debía ser la función "preferente" de la sociedad, capaz y obligada a un tiempo a seguir lo más cerca posible el patrón inglés. Una semana más tarde, en la reunión del día 25, se acordaba el nombramiento de una comisión -formada por García Martín, Merelo y del Valle-, que habría de emitir dictamen sobre el estado de la ciencia Geográfica en España (55).

Hasta aquí, escasa o prácticamente nula atención a las cuestiones de índole mercantil se había dejado traslucir en las sesiones y tareas de la sociedad. Bien es verdad que en artículo 3º del Reglamento quedaban implícitamente comprendidas las relaciones comerciales, y que Coello afirmara en público, en mayo, que "los estudios geográficos pueden contribuir grandemente a desarrollar nuestro comercio", (por lo -- que parecía conveniente, como en otras naciones, crear asociaciones especiales "para propagar la enseñanza de esta - - ciencia y estudiarla más exclusivamente bajo este punto de - vista")(56), pero de esto a cualquier actividad práctica mediaba un abismo.

2.- ¿Sucursalismo colonialista o humanismo científico?

La Asociación Española para la Exploración del Africa.

De un Congreso a otro alcanza a la sociedad la Conferencia de Bruselas (57), convocada por Leopoldo II en el mes de julio con el objeto de reunir en septiembre a "los más ilustres representantes de la ciencia geográfica en Europa", a los que pretendía embarcar conjuntamente en una "cruzada moderna" que vendría a unificar los esfuerzos civilizadores, caritativos, filantrópicos y científicos en el continente africano (58). A la altura de 1876 nadie en España se expresaba en términos parecidos, y la Sociedad Geográfica madrileña se sintió altamente honrada por ser invitada a participar en tal elevada misión. El 12 de septiembre quedaba abierta en Bruselas la Conferencia, con la presencia de delegados alemanes, austrohúngaros, belgas, franceses, ingleses, italianos y rusos. Entre ellos Rechthofen, Nachtigal, Schweinfurth, Hofman, Cameron y Semenov. Las palabras del rey de los belgas son un modelo, preciso y precioso, de la vertebración del discurso imperialista. Leopoldo II habla de "hombres distinguidos (...), amigos de la humanidad", cuyo *sumo* objetivo es "abrir a la civilización la sola parte del mundo donde no ha penetrado todavía, romper las tinieblas que rodean a poblaciones enteras", en "una cruzada digna de este siglo de progresos". Cruzada que espera ha de ser alentada con entusiasmo por la opinión pública, llevándolo a afirmar sin vacilaciones: "La corriente está con nosotros" (59).

Centrada en tres puntos principales, la acción propuesta por el rey de los belgas se concreta en:

12.- "Designación precisa de las bases de operaciones, que habrían de adquirirse, entre otros puntos, sobre la costa de Zanzíbar y la embocadura del Congo, ya sea por convenios con los jefes, ya por compras o arriendos que se arreglaran con los particulares".

22.- "Designación de los caminos que sucesivamente se abrirían hacia el interior y de las estaciones hospitalarias, científicas y pacificadoras que deberían organizarse como medio de abolir la esclavitud y establecer la concordia entre los jefes, proporcionándoles árbitros justos, desinteresados, etc.".

32.- "Creación, cuando la empresa estuviera bien definida, de una Comisión internacional y central, y de Comisiones nacionales para proseguir su ejecución, cada cual en lo que le concierne, exponiendo el objeto al público de todos los países, y haciendo un llamamiento a los sentimientos caritativos, que jamás le han dirigido en vano las buenas causas".

En otras palabras: principios de reparto, penetración pacífica y establecimiento de instituciones propagandísticas constituyen las ideas fundamentales del proyecto (60). Todo ello, partiendo de premisas que comienzan a cuajar: "la superioridad del hombre blanco, que hace de él un poder, un centro de civilización" (61).

Y sobre ello empieza a discutirse por los representantes de las principales potencias. Unicamente surgirán discrepancias en la reunión del 13 de septiembre, cuando los dos grupos formados para la discusión (alemanes, austriacos y el representante ruso, por un lado; ingleses, franceses y el -- también solo italiano, por otro) se inclinan, respectivamente por criterios "exclusivamente" científicos, el primero; -- frente a intereses económicos y prácticos, el segundo. El -- grupo anglo-francés-italiano de-muestra así una actitud activa (creación de estaciones navales y vías de comunicación regulares y permanentes, con intervención de los respectivos -- gobiernos y apoyo de la prensa con vistas a crear una opi- -- nión pública favorable), que en absoluto es compartida por -- los representantes de los intereses germanos, como el viajero Nachtigal, que opina abiertamente que "es menester fiar a la acción del tiempo el progreso natural de esta obra", y -- que "las estaciones científicas no deben preceder a la exploración, sino seguirla", constituyendo de este modo para los viajeros "puntos de apoyo y de refugio que puedan buscar en ocasiones, no puntos determinados que tengan que alcanzar". (62).

Para el coronel y geógrafo español Coello, atento observador en la Conferencia, el rey de los belgas parecía ahora capas de arrastrar de un tirón, -- también a sus compatriotas; en la carrera hacia el campanario. Y así, secundando la iniciativa de Bruselas, y encuadrada entre las comisiones -- que aquella pensara crear, aparecerá inmediatamente en Na- --

drid la Asociación Española para la Exploración del Africa.

A mediados de febrero de 1877 tenía lugar en Palacio, convocada por Alfonso XII, una reunión para "promover las exploraciones del Africa", en el curso de la cual el monarca designó a algunos de los allí presentes para formar parte de la Junta Directiva que se encargaría, en principio, de redactar el Reglamento de la Asociación. Entre ellos aparece un buen número de afiliados a la Sociedad Geográfica madrileña, lo que -en opinión de Coello, invitado a título individual al acto- posibilita un amplio espectro social en la naciente asociación, ya que "todas las clases están representadas, -- sin las exclusiones comunes en otros casos " (63). Al darse cuenta de la nueva constitución, no todos los miembros de la Sociedad Geográfica se congratulan de igual modo ante la situación creada, como es el caso de Tomás Aguilar, quien expresa su deseo de que "en vista de haberse constituido una Asociación especial para uno de los fines propios de nuestro instituto, sin tener la Sociedad Geográfica participación activa ni directa en ello, procure ésta hacer algo independientemente en beneficio de las exploraciones africanas". Poco más que una leve polvareda levantan estas apreciaciones, -- puesto que bastará con las explicaciones de Coello para convencer al auditorio de que "la Sociedad Geográfica y su Junta Directiva tienen vasto campo en el terreno de la ciencia donde ejercitar su acción, discutiendo itinerarios, proyectando la manera de llevar a cabo las expediciones, y distinguiendo entre ellas las que más puedan afectar a nuestros in

tereses (64). Es más, Coello exhortará vehementemente, en conferencia pronunciada entre las paredes de la sociedad, a que España se adhiriera "al pensamiento de la sociedad internacional organizada en Bruselas (...), no sólo por haber sido especialmente invitada para ello y por secundar el humanitario proyecto de las otras naciones de Europa, sino principalmente por ser una de las que más pueden ganar cuando se logren aquellos resultados ...".

Por primera vez aparece aquí, -hay que señalarlo con atención- el gusanillo de la conquista de mercados: "Si, como es de esperar, se da ahora gran impulso a las exploraciones, puede considerarse próximo el día en que se abran al comercio extensas y ricas regiones, y es necesario no descuidarse y acudir antes de que otros países las monopolicen completamente" (65). De este modo, en tanto que se aborda la discusión acerca de cuáles serán los puntos del continente africano más susceptibles de exploración, así como los españoles -idóneos para llevarla a cabo, va a quedar constituida, a finales de mayo de 1877, -y bajo la presidencia de Alfonso XII - (66), según el modelo belga-, la Asociación Española para la Exploración del Africa (67). En la Sociedad Geográfica, a lo largo de estos meses, se había barajado con frecuencia la posibilidad de llevar a cabo exploraciones en la zona africana más próxima a las Canarias, lo cual sería -se afirmaba- de gran conveniencia para la nación española. Y lo mismo por lo que respecta a otros terrenos del centro de Africa, "en las zonas en que hay más carencia de datos geográficos, o aquellas en que se ofrecen ventajas más próximas o más importantes

tes para el comercio" (68). Por supuesto no es olvidado Marruecos, especialmente su zona septentrional. En la reunión ordinaria de 17 de abril mencionada más arriba, tras escuchar las palabras de Coello, los socios Fernández Duro y Turbino mantienen un animado debate sobre el tema, en el que se aprecian elogiosamente la valía de los viajeros Butler, Gattell y Puyana, haciendo hincapié en la prioridad de Marruecos sobre todo otro hipotético interés colonial, y al dramático descuido en que se hallan sumidas las Canarias, problemas todos ellos acerca de los cuales -se opina- el Ministerio de Marina debería expresarse ante la opinión pública, dando a la luz alguno de los "documentos esclarecedores" que sin duda posee (69).

Ahora, de manera súbita, la naciente Sociedad Española para la Exploración del Africa iba a proporcionar un marco adecuado para la prosecución de estas inquietudes. En la segunda de sus sesiones, igualmente presidida por el rey Alfonso, Coello e Ibáñez presentarán un informe "Sobre la conveniencia de explorar la parte NW de la costa occidental de Africa", en el que proponen que "tan luego como se alleguen suficientes recursos (...), debiera emprenderse la exploración rápida y concreta a los puntos marcados" (70. Muy posiblemente, los recursos hubieran podido encontrarse de inmediato: entre los componentes de la asociación, la nobleza y la alta burguesía de negocios (muchos de ellos ambas cosas a la vez) constituían mayoría. Junto a ellos, hombres públicos en ese momento en el poder o, al menos, con posibilidad de -

acceso al mismo, como los condes de Morphy (secretario real), Toreno, Iranzo, Bernar y Villapaterna...; los marqueses de - Bedmar, Urquijo, Casa Loring, Campo, Alcañices, Montoliu, Pa- zo de la Merced, Orovio, Pidal, San Carlos, Santa Cruz, Vega de Armijo, Torrecilla...; y los duques de Bailén, Fernán Nú- ñez, Medina Sidonia y Santoña; el banquero Ignacio Bauer y - Antonio Cánovas del Castillo, aparte de otros más, se alis- tan al lado de militares, intelectuales y publicistas de - cierto prestigio: Francisco Coello, José Gómez de Arteche, - Aureliano Fernández Guerra, Hilario Nava, Pedro Antonio de - Alarcón, Francisco Codera, Manuel Colmeiro, Juan Ignacio Es- cobar, Carlos Ibáñez, Francisco María Tubino, Marcos Jiménez de la Espada o Eduardo Saavedra... Elites aristocráticas su- bordinadas a la monarquía, que conforman aquí una composi- ción sociológica notablemente diferente de la de la Sociedad Geográfica (71), y que sin embargo decían procurar "una cor- poración completamente privada y ajena a la política, a fin de que todos los partidos y todas las inteligencias pudie- ran cooperar a tan patriótico objeto" (72).

Para la segunda sesión (30 de mayo) la comisión organi- zadora había dado ya los últimos toques a su proyecto de es- tatutos, que fué aprobado sin retoque alguno, al tiempo que otro "Proyecto de exploración científica en la costa N.O. de Africa". Siguiendo de cerca el modelo propuesto por los bel- gas, Coello sugiere que todos los individuos de la asocia- ción, distribuidos en secciones, se ocupen tanto de la recau- dación de recursos como de elaborar un orden de preferencia

de las expediciones a realizar. En la total argumentación - del orador destaca sin duda la repetida insistencia en la necesidad de "reunir suscripciones por sumas pequeñas (...), - creando comités en todas las poblaciones y entre todas las - clases de la sociedad".

En cuanto a las expediciones previstas, la costa occidental africana se presenta, ya desde este momento, como objetivo inmediato e inaplazable. Por doble motivo: recuperar en el futuro un lugar decoroso entre las naciones avanzadas, y no olvidar el encargo del célebre testamento de Isabel la Católica, -"aunque sólo se trate ahora de las conquistas de la ciencia, de la civilización y del comercio". Resulta superfluo, por lo evidente, insistir en el valor de estas palabras, exactamente en un momento en que "las conquistas de la ciencia, de la civilización y del comercio" van a ser precisamente las esgrimidas como legitimadoras de la expansión territorial y la depredación.

En los meses siguientes, la atención se centra en concretar la acción a seguir. Por una parte, la emigración hacia Argelia de buen número de braceros levantinos, expulsados por la sequía (73) obligaría, en puridad, a procurar el establecimiento de los mismos en colonias españolas. Y de aquí las discusiones interminables sobre reconocimiento del terreno, establecimiento de factorías y puntos hipotéticamente -- más favorables para llevar a cabo una penetración pacífica, coronadas con un debate ambiguamente erudito acerca de las -

posibles ubicaciones del enclave de Santa Cruz de Mar Pequeña, derecho adquirido en Mad-Nas por España pero no ejercitado hasta la fecha.

Entre tanto la Sociedad geográfica se replegaba sobre problemas teóricos y de divulgación (74), al tiempo que hacía también suyos los postulados de la Asociación Internacional Africana, concretados en buena parte por el mismo Coello. A principios de junio del 77, esta última había formulado ya un proyecto de exploración, aprobado por la junta, para cuya ejecución hablaba el rey entusiásticamente de solicitar recursos varios. Coello, depositando grandes esperanzas en el éxito de la Asociación, e intentando desvanecer recelos, excitaba a los socios de la Geográfica a contribuir en cualquier modo posible a los objetivos de aquélla, "una vez que la Sociedad y la Asociación tienen fines comunes, proceden libremente y son gemelas por todos conceptos". Sin embargo las propuestas de Bruselas no acaban de convencer a los incipientes africanistas españoles y desde los primeros contactos se delimitan netamente dos posturas. Una, más masiva, -defendida en principio por Fernández Duro-, que apela a argumentaciones de toda índole para potenciar la acción española en el norte de África y que se sitúa en el contexto teórico oficial de atención a Marruecos, en competencia y emulación de Francia (75). Y otra, más tímida, difundida principalmente por Francisco M^a Tubino, que defiende la conveniencia de centrar los esfuerzos en Canarias y en la costa africana corres

pondiente, "por creer que hay allí (-se refiere al norte de Africa-) algún elemento histórico que impide el desarrollo - de la influencia española", y cuya actividad juzga tan poderosa que le atribuye gran parte de la prosperidad francesa - en territorio argelino (76).

En un futuro inmediato, Tubino no ocultará su orgullo y satisfacción por el hecho de que la Asociación para la Exploración del Africa haya adoptado, por fin, sus propias opiniones científicas respecto al carácter de la exploración y el punto por donde debían principiarse. Según esto, "la base deberán ser las islas Canarias y dirigirse al territorio comprendido entre los cabos Juby y Bojador, encaminándose a estudiar la costa bajo la relación de la hidrografía y también en cuanto convenga a la geología, a la historia natural, a la etnografía y a la arqueología". Un buque del Estado haría el reconocimiento, hallándose junto a su dotación un geólogo, un naturalista y un anticuario. "Es cuanto podíamos apetecer", -se dá por contento Tubino; sin ocultar en absoluto el interés pesquero que guía su propuesta: "Por último, trátase seriamente de establecer, no lejos de Santa Cruz del Mar Pequeño (sic), las pesquerías que ha tiempo fueron concedidas por el emperador de Marruecos" (77). La polémica en torno a la ubicación de Santa Cruz, en la que la Geográfica de Madrid juega como tribuna privilegiada, trasciende sin embargo el reducido marco de la misma para convertirse en decisión crucial de la política africana de España, a punto de rever-

decer.

Por otra parte, a finales de junio tenían lugar en Bruselas las segundas conferencias de la Asociación Internacional para la Exploración del Africa, en las que se hallan representados diez países de los doce que hasta la fecha habían organizado sucursales a nivel nacional. A la vuelta, -- confiesa Coello, ingenua y confiadamente: "procuramos allí -- abstenernos (los delegados españoles) de defender todas las cuestiones en las que pudiera parecer que nos guiaba un interés exclusivamente español, y hemos sostenido, por el contrario, los intereses generales, prescindiendo, a veces con sentimiento, de apoyar los nuestros, aunque ciertamente no nos faltaban razones para hacerlo. Así, a pesar de haberse consignado en el proyecto del Comité ejecutivo que, más adelante, podría estudiarse el plan de una expedición que partiese de la costa occidental, y sabiendo que se había hablado de apoyarse en nuestra isla de Fernando Poo, hemos prescindido de hacer valer las numerosas razones que podían presentarse en defensa de esta dirección".

Era difícil observar conductas semejantes en cualquier otro de los países representados en la Conferencia. Y probablemente considerarían aquellos con estupor las razones que alega Coello para justificar ante sus compatriotas tan tímida conducta: "Tal vez alguno tache esta conducta de poco patriótica, pero nosotros hemos creído que antes que el interés está la dignidad, y que España nos exigiría, más bien, -

que atendiésemos a dejar la misma muy alta" (78). Este era - el tipo de acción colonial que la Sociedad Geográfica de Madrid, o la Asociación Española para la Exploración del África, tanto da, se sentían impelidos a afrontar, mientras se -- procedía al reparto de los últimos territorios coloniales li bres. Conducta totalmente opuesta, como es sabido, era la de la Real Sociedad Geográfica de Londres, y por más que "se -- comprendan las razones" que forzaban a Inglaterra a tomar la delantera en la apropiación del suelo africano, los miembros de la sociedad madrileña se sentían en realidad incapaces de comportarse de otro modo. Por su parte, el Consejo de la sociedad londinense había dispuesto en marzo, a tenor de lo -- que ocurría en Bruselas, no regatear consideraciones hacia - los propósitos del rey Leopoldo, "empleando amistosos cam- - bios de información y auxilios, a fin de combinar la energía y simpatías de todas las naciones civilizadas del globo", si bien ahí iba a detenerse esta incipiente colaboración internacional. A partir de aquí, porque mirando este asunto desde el punto de vista práctico", el Consejo era de opinión que - "Inglaterra continuará con más eficacia las exploraciones -- africanas, y reunirá más prontamente los fondos necesarios - por medio de una empresa nacional que por asociación interna cional...". En resumidas cuentas, servir a los propósitos -- conquistadores del rey de los belgas no parece a los británi cos el modo más apropiado para fomentar sus respectivos con- curren tes intereses. De este modo se aprobará la creación - de un fondo económico (African Exploration Fund) destinado -

al "estudio científico del Africa, especialmente en la parte central, de una manera organizada y sistemática, con la mira de explorar las regiones todavía desconocidas a la Europa civilizada, y alcanzar informes exactos de su clima, accidentes físicos y recursos de las comarcas, carácter de los habitantes, vías más accesibles y todos los otros datos que puedan ser esenciales a la preparación del camino para abrir el Africa por medios pacíficos". El Fondo contaría también con un comité ejecutivo especial cuya misión iba a ser "vigilar si las exploraciones que se ejecuten son conducidas de una manera sistemática para evitar gastos excesivos o esfuerzos en repetir las investigaciones en sitios o asuntos que hayan sido ya suficientemente estudiados por exploradores británicos o extranjeros, e impedir que se emprendan expediciones que otras sociedades puedan haber proyectado y estén preparadas a llevar a cabo de un modo satisfactorio" (79). Dos meses más tarde, la propia Real Sociedad Geográfica londinense busca dinero por otro conducto.

De hecho, con un líquido inicial de 500 libras (unas doce mil quinientas pesetas del momento), se creará en mayo del 77 un nuevo organismo, una especie de comité "para iniciar la empresa nacional de la exploración continua y sistemática del Africa". Las clases medias y la aristocracia británicas van a responder con generosidad a una llamada que se cobija bajo la promesa de "economizar grandes pérdidas de esfuerzos, vidas y dinero en la prosecución de las operaciones

filantrópicas y comerciales en Africa", males aquellos que - habrían de quedar subsanados el día en que "se hayan fijado con claridad las mejores direcciones (...), estableciéndose caminos para carruajes, ferrocarriles y líneas telegráficas" y, sobre todo, "tendiendo gradualmente a la extinción del -- tráfico de esclavos que hoy despuebla algunos de los territo- rios más ricos y productivos que pueden hallarse en cual- - quier parte del mundo".

Por su parte, y mientras tanto, un buque de la marina de guerra española, el Blasco de Garay, al mando de Cesáreo Fernández Duro, "ejercitaba cronómetros, sextantes y sondalezas en el reconocimiento de las costas del noroeste de Africa", como primera contribución del país al proyecto civilizador y científico concebido en Bruselas (80). Su objetivo inmediato: averiguar datos precisos acerca de la controvertida ubicación de Santa Cruz de Mar Pequeña, pesquería de imprecisa localización otorgada a España por el artículo 82 del Tra- tado de Paz y Amistad firmado en Tetuán el 26 de abril de -- 1860. A raíz de la firma del tratado habían comenzado las negociaciones para la determinación precisa del lugar, si bien el sultán la había dificultado durante muchos años alegando que el territorio de que se trataba, situado frente a las Canarias, pertenecía o se hallaba ocupado por tribus que no reconocían su autoridad. Por el momento, el Blasco de Garay -- conseguiría, en 21 de enero de 1879, que los jefes de las -- tribus que ocupaban la embocadura del río Ifni, señalado co-

mo lugar exacto, aceptasen levantar acta a bordo reconociendo el establecimiento de la factoría en dichos terrenos, -acta de todo punto inválida, no obstante, sin el ulterior reconocimiento del sultán de Marruecos. Al notificarlo al Congreso, el ministro de Estado -Silvela- no muestra, sin embargo, demasiado entusiasmo: "El señor Romea recibirá instrucciones del Gobierno para negociar la cesión definitiva del terreno, y una vez obtenida ésta, el Gobierno verá el medio de tomar posesión de ese terreno, teniendo muy en cuenta que en todos estos asuntos es preciso caminar con mucha prudencia, porque estos establecimientos irrogan gastos de consideración y pueden traer en lo sucesivo complicaciones" (31).

3.- Enseñanza de la Geografía y burguesía profesional

Ya mencionamos antes que, paralelamente a aquellas iniciativas de establecimiento -escasamente amparadas por las esferas oficiales- la Sociedad Geográfica de Madrid se entregaba al estudio de problemas teóricos y de divulgación científica (82). Pero también hay algo más: el interés por la extensión y renovación de la enseñanza de la geografía constituye lógicamente -como vía de materialización de la ideología colonial, profundamente burguesa- preocupación esencial de las sociedades geográficas. También en España esto es evidente, como lo es igualmente lo dificultoso y dispar del proceso de afirmación de las relaciones sociales capitalistas -que hay en su base. Desde los primeros momentos de su existencia, la Sociedad Geográfica madrileña dice procurar y perseguir medios de propagar los conocimientos geográficos que, no obstante ser "lo más efectivos posible" -según opinión de los miembros más cualificados- no llegan sin embargo a ejercer presión efectiva alguna sobre el poder constituido. A la altura de 1878, el interés por una amplia enseñanza de la geografía -junto con el análisis de problemas de geopolítica-, constituye la preocupación esencial de los debates habidos en reuniones y juntas, así como de los trabajos publicados en las páginas del Boletín: "Su estudio forma parte de todos los programas de enseñanza oficial y particular, se exige para todas las carreras del Estado y particulares, pero sin duda por mera fórmula, y relegada en general a lo que

se llaman clases accesorias" (83). De aquí que se propugne - el más severo expurgo de manuales, compendios y tratados sobre la materia, su deseable sustitución por obras expresamente escritas para este fin por miembros de la Sociedad, a -- quienes acredita y avala la novedad científica de sus planteamientos, y, por último, -si nada de lo que antecede fuera posible-, al menos habría que tender -se opina- hacia una -- clasificación práctica del conjunto de estudiantes de Geografía, en base a la función profesional que desempeñarían en el futuro, adecuando los conocimientos impartidos a las necesidades varias de cada grupo de alumnos (84). Comisiones y subcomisiones se entregan a partir de aquí al estudio de proyectos diversos, todos orientados en este sentido.

Para Cánovas del Castillo, un año más tarde, a mediados de 1879, las tareas de la Sociedad son meritorias, porque "si bien no es dado a las naciones que se han quedado -- atrás salvar de un golpe la enorme distancia que suele ya separarlas de otras (...), sólo el trabajo asiduo, multiplicado y entusiasta puede ir paso a paso acortándola". Y, por -- tanto, "nada huelga, por modesto que sea aparentemente, en -- tal empresa, y mucho menos el cultivo de la ciencia especial que es objeto de nuestro instituto, tan relacionado con la -- cultura y prosperidad de los hombres" (85). De hecho, la utilidad de los conocimientos geográficos para la vida práctica constituye con frecuencia punto obligado en las conferencias pronunciadas en el seno de la sociedad. Así en la de Manuel

María del Valle, catedrático de la Central, que versaba sobre "La guerra en sus relaciones con el comercio y con los problemas económicos", en donde se afirma a modo de conclusión que "consultando desapasionadamente los datos que la Geografía suministra, no puede menos de reconocerse que son útiles e importantes para las varias profesiones de la vida" (86).

Lenta y vacilantemente se avanza así hacia una plasma-
ción coherente de los objetivos perseguidos. De todo el conjunto posterior interesa destacar aquí la proposición hecha conjuntamente por los socios Sánchez Massif y Puig, en enero de 1880, solicitando "el nombramiento de una comisión que gestione acerca del Consejo de Instrucción Pública y del Ministerio de Fomento, con el fin de lograr reformas en la enseñanza que contribuyan al mayor adelanto y difusión de los conocimientos geográficos en España" (87). A partir de aquí va a enzarzarse una agria polémica en torno a la conveniencia o inconveniencia de presionar sobre los poderes públicos, en la que cualquier posible extremismo en pro será reprimido por los principales responsables de la Sociedad. No era esta la primera vez que la Sociedad había sido aconsejada sobre la conveniencia de actuar fuertemente. El socio García Martín, así como José Pilar Norales, que en ese mismo año presenta al consejo de Instrucción Pública un "globo geográfico" que éste estima de utilidad para la enseñanza primaria) (88), habían invocado en ocasiones la urgencia de los esfuer-

zos propagandistas respaldados por el Gobierno, si bien no puede seguirse con precisión cuáles eran -si es que existían- las concretas medidas propuestas para exigir del poder una especial atención. Ahora que la cuestión se halla de nuevo sobre el tapete, y para hacer frente a las ambigüedades -que ya vienen siendo usuales, Manuel M. del Valle, que también había participado activamente en favor de las reformas, se apresura sin embargo a advertir que "a juzgar por los términos en que se hallaba redactada la proposición de los Sres Sánchez Massiá y Puig, éstos pedían una intervención directa de la Sociedad en las decisiones del Consejo de Instrucción Pública", cuestión cuyos pros y contras habría que examinar con calma y detenimiento, sobre todo teniendo en cuenta que "los centros oficiales no se hallaban muy dispuestos a favorecer la enseñanza de la Geografía, pues antes al contrario, se había tratado de suprimir la única asignatura de esta ciencia que se estudia en la Facultad, la Geografía Histórica", asignatura -por cierto- de la que era titular en la Universidad madrileña el propio Valle.

Distinguiendo, por tanto, entre programa de reformas (sobre cuya conveniencia, e incluso necesidad -si se quiere- todos se hallan de acuerdo), y procedimiento de llevarlo a la práctica, se pronuncian en contra de que se formen comisiones encargadas de presionar sobre el ministerio de Fomento, los miembros de la directiva Rosell, Abella, Foronda y el propio Valle. El presidente, Nava, que por un momento se sin-

tiera espoleado por la desidia administrativa, en la que había creído ver "un nuevo motivo para insistir con más empeño en las reformas", acabará por ceder ante sus compañeros, aceptando sea remitida a Manuel Merelo, redactor electo del informe proyectado, la nueva propuesta ya discutida, únicamente para que aquél "la examinara y la tuviera en cuenta".

Tampoco Merelo parece muy entusiasmado con la labor - que se le confiara en su día: invitado a la reunión siguiente (9 de marzo), se presenta ante la junta con las manos vacías y demandando se le excuse la demora en la redacción del programa de reformas. Su argumentación resulta escasamente convincente y viene a ser un síntoma más de la debilidad de la Sociedad Geográfica madrileña como grupo de presión. De un lado, vacilaciones internas, de otro, escamoteo constante de la responsabilidad directa. "Se trataba no de formular un mero programa -disculpa Merelo su negligencia-, especie de índice de materias, sino de un verdadero proyecto de reformas en la enseñanza de la Geografía, que debía ir precedido de una extensa y razonada exposición de las causas que impulsaban a nuestra sociedad a dirigirse al Gobierno". Escéptico ante los resultados probables de la gestión cerca del equipo conservador e Fomento, reacio a las reformas parciales ("en cualquier ramo de la enseñanza"), acaba el republicano Merelo por concluir apresuradamente que "mientras la enseñanza esté monopolizada por el Estado, es imposible que ningún plan ni sistema de enseñanza dé resultados favorables" (89).

Un animado debate seguirá a su exposición: vuelven sobre la mesa las propuestas a favor de la creación de una comisión que, a nivel oficioso, conferencie con el ministro de Fomento o el Director General de Instrucción Pública, quienes probablemente solicitarían entonces, obligados por las circunstancias, el amplio informe que la Sociedad patrocina en ese momento -opina Rafael Torres Campos-. Pero también entonces aflorará de nuevo el color predominantemente moderado de la mayor parte de los componentes de la sociedad y su temor a enfrentarse con el estado de cosas vigente, incluso en parcela que se supone de su interés y competencia. Rosell, -director de la Biblioteca Nacional, por ejemplo, argumentará con gravedad que "no debemos aspirar a una completa e inmediata reforma, sino tan solo a mostrar los defectos actuales procurando que se introduzcan en un nuevo plan las modificaciones posibles". Por otra parte, al señalar Villaamil la --conveniencia de tratar este tipo de asuntos en reuniones ordinarias de la Sociedad, y no únicamente en las de la junta directiva, se producirá un prolongado alboroto, resuelto finalmente tras la confirmación de la competencia exclusiva de la directiva para tratar semejantes cuestiones, ya que parece evidente que "en reuniones numerosas siempre es difícil -obtener acuerdo que a todos satisfaga, máxime cuando (...) -el mayor número de votos no convence a los que se hallan en minoría" (90). Es fácil ver tras estas palabras el miedo a un desbordamiento que obligue sin dilaciones a tener que verse-las con la administración. Durante cierto tiempo, nada o po-

co más al respecto.

Era la primavera de 1890. Unos meses más tarde, en julio, -y en el marco global de la reforma de la enseñanza acometida por el Consejo de Instrucción Pública-, quedará suprimida la asignatura de Geografía Histórica para los estudios de Filosofía y Letras (90). En la Geográfica, entre tanto, -el fervor inicial había decrecido en estos cuatro años, y la Sociedad atravesaba así serios problemas financieros, tanto por retraso en el pago de las cuotas como por un fuerte descenso en el número de socios. El Secretario Torres Campos -- (91), un año más tarde haciéndose eco de una circunstancia -que comienza ya a ser preocupante, insiste en ello en sus periódicas Reseñas sobre las tareas y estado de la Sociedad -- Geográfica de Madrid que inserta el Boletín: "En el último semestre (1891) han ocurrido ocho (bajas)... Esta falta de interés obliga a la Sociedad, en mi opinión, a redoblar sus esfuerzos, trabajando cesantemente por la propagación de los estudios geográficos... Los esfuerzos aislados de un grupo de personas, por mucho que valgan, no bastan para promover importantes viajes ni para decidir a los gobiernos a gastos de consideración. Exige esto atmósfera creada por la opinión pública, y para que la Geografía llegue a ser un interés nacional precisa organizar cuidadosamente la enseñanza, con --tendencia a hacer desaparecer el desnivel que en este ramo --de la cultura existe hoy entre España y los pueblos adelantados de Europa... Cuando el estudio fundamental de la Geografía se extiende en el extranjero, desaparece entre nosotros

la Geografía de los programas de la enseñanza superior, y tenemos centenares de escuelas sin una mala carta. Mientras sigamos así, España no entrará ciertamente en el movimiento de exploraciones geográficas" (92). Evidentemente, había quien parecía haber olvidado -o no haberse dado cuenta- de que, en primera instancia de esto se trataba. Y, en tanto, la necesidad de abordar las cuestiones coloniales desde un ángulo - ideológico y profesional estaba sin duda ahí, tratando de imponer su presencia, a pesar de un contexto sociopolítico y administrativo hostil, expresión inevitable de una conformación estructural de compleja etiología.

Para los apuros económicos de la Sociedad sólo Torres Campos parece proponer remedio: ponerse a tono con los tiempos, abriendo de par en par las puertas de la institución al comercio y a la industria exportadora. Pero no consigue con ello sino que la mayoría de los afiliados, especialmente -- aquéllos a quienes su carrera profesional los ha llevado más alto, rechacen pudorosamente propuestas tan poco acordes con el desinteresado móvil de su quehacer teórico. Coello, sin ir más lejos, saldrá de inmediato al paso de veleidades tan arriesgadas, que le infunden series temores al confrontar el proyecto con otros similares habidos en el extranjero, donde la creación de secciones que den cobijo a las necesidades señaladas por Torres Campos ha supuesto "la división de las -- fuerzas y recursos de la Sociedad". Si cree Coello viable, - en cambio, la formación dentro de la misma sociedad -o mejor aún, dentro de la junta directiva- de una comisión "encarga-

da de examinar, escoger y publicar en nuestro Boletín artículos y datos oficiales que hoy apenas se conocen, y que son - de gran interés para el comercio" (93). Con poco más quedará zanjada la cuestión, y sin que la propuesta de Torres Campos se encamine a la mejor marcha de la sociedad. Fernández-Duro, entonces presidente, cortará la discusión en torno a una "mera opinión particular" de uno de los socios.

Significativamente, pues, a la altura de los últimos meses de 1879, además de la ya mencionada propagación de los conocimientos geográficos en España -apoyada ahora principalmente por Sánchez Massiá-, retenía la atención de la Geográfica con mayor entusiasmo la organización del IV Congreso de Americanistas, a celebrarse en Madrid dos años después, y para la que el gobierno había solicitado colaboración, tanto - de la Sociedad Geográfica como de la Academia de la Historia. En aquel momento constituían la junta directiva de la Sociedad Fernández Duro, Nava, Saavedra, Abella, Rodríguez-Arroquia, Valle, Pedrayo, Rada, Foronda, Pirala, Botella, Fernández de Haro, Ferreiro, Domec y Villaamil; en buena parte, socios no fundadores.

No por ello, evidentemente, desaparece la cuestión de - la enseñanza, máxime cuando los recelos que el controvertido programa de reformas despertaba hallan su máximo exponente en el propio encargado de redactarlo, Merelo. Así, cuando -- por fin el 9 de marzo de 1880 "se digna favorecer a la junta con su asistencia", invitado especialmente para hablar del -

asunto, se excusa de nuevo por no haber cumplido aquella - - obligación con un argumento doble: "ocupaciones numerosas y graves disgustos", unido a algo más problemático para quienes depositaron en él su confianza: "la índole de la difícil misión que había aceptado, tal vez sin meditar bien su alcance y magnitud". Y explanando la disculpa añade: "se trataba no de formular un nuevo programa, especie de índice de materias, sino de un verdadero proyecto de reformas en la enseñanza de la Geografía, que debía ir precedido de una extensa y razonada exposición de las causas que impulsaban a nuestra Sociedad a dirigirse al Gobierno". Va a llegar así Merelo a la poco resignada conclusión de que un programa de reformas, cualquiera que fuese, "no habría de hallar favorable acogida en los centros oficiales, porque la reforma en cualquier ramo de la enseñanza entraña gravísimas dificultades". Su rechazo global del plan Moyano y la deriva adoptada por la enseñanza desde 1845, se potencia con la creencia profunda en que la enseñanza estatal produce, inevitablemente, resultados nefastos, y que sólo la libre iniciativa es capaz de obtener el gruto deseado. No se trata ya de reformas, sino de planteamientos radicalmente nuevos, según Merelo, lo que habría que exigir. Por ejemplo, es claramente comprensible que la enseñanza de que se trata "es imposible en clases públicas - numerosas, porque el alumno no puede aprender Geografía Universal en un curso alterno sin nociones preparatorias y suficientes de nuestro idioma y de las ciencias auxiliares" (94).

Y así dispuesto, en suma, a escamotear responsabilidades sugiere Merelo a la junta si, en verdad, no fuera más conveniente "tomaran la iniciativa en este asunto dignísimos individuos de la misma" vinculados a Instrucción Pública, que hallándose al tanto del "pensamiento del Gobierno", realizarían su trabajo "con mayor garantía de aceptación". Del debate que siguió destacan dos aspectos: por una parte, la insistencia de R. Torres Campos en presionar sobre el gobierno de un modo u otro, con vistas a lograr del mismo el encargo de un informe, lo que zanjaría ya de entrada la posibilidad de herir susceptibilidades. Por otra, la clara y esperada aparición - de dos posturas, polémicas y escasamente conciliables, por el momento, en torno a la enseñanza: Villaamil, entre otros, defenderá que "el atraso de la Geografía en nuestro país no se debe exclusivamente al carácter y condiciones especiales de la enseñanza oficial, como lo prueba el hecho de existir instituciones particulares de enseñanza en las cuales se prescinde del estudio de aquella ciencia", en tanto que el propio Merelo -apoyado fundamentalmente por Rodríguez-Arroquia- insisten en sostener que "sólo la práctica del principio de iniciativa individual puede conducirnos al fin que apetece--mos".

Según pasa el tiempo, aumenta la alarma por el debilitamiento numérico de la, antes más próspera, Sociedad Geográfica. En el segundo semestre de 1891 causan baja ocho personas -"algunas por fallecimiento, la mayoría por propia voluntad". "Esta falta de interés -insistirá Torres Campos- obliga

a la sociedad, en mi opinión, a redoblar sus esfuerzos, trabajando incesantemente, como capital objetivo, por la propagación de los estudios geográficos" (95). Entre tanto, en -- los cinco años de vida de la Sociedad Geográfica, Europa ha puesto ya los medios necesarios para proceder a la inmediata desmembración de las culturas extraeuropeas. Más de 30.000 -- personas en toda Europa (96) pertenecían a esos cenáculos de propaganda e impulso que eran las sociedades de geografía, y si no alertando a la opinión pública sobre la "obligación -- moral" de conquistar imperios, su papel es ya destacable en cuanto a la sensibilización progresiva de ciertas capas y -- grupos sociales hacia la problemática colonial, que ahora -- despierta con toda su fuerza.

4.- España y Africa, de nuevo: la andadura paralela de la ciencia y el comercio.

En contrapartida, la Asociación Española para la Exploración del Africa había ido declinando lentamente, estrangulada en su dependencia sucursalista del colonialismo extranjero y el escaso interés de sus componentes en promover un intervencionismo directo en los asuntos africanos, todavía en ciernes, o mínimamente reanudados por los más audaces. Si perviven, en cambio, gestos de alcance romántico o misional, como la acción de Lerchundi en Marruecos, o los repetidos viajes de Murga, Gatell o Benítez al Africa del Norte. Empresa en esta línea es la del vasco Manuel Iradier, creador ya en 1868 de una "sociedad viajera", después La Exploradora, -- (97), y más tarde Asociación Euskara para la exploración y civilización del Africa Central.

En 1878 regresaba Iradier de las costas de Africa Ecuatorial, después de un viaje de reconocimiento. Volvía en busca de dinero, según sus palabras, arrastrado por la creencia de que "si prestaba algún servicio al país, encontraría en los hombres científicos y filántropicos de España la protección necesaria para emprender de nuevo exploraciones de mayor importancia". Y si bien es cierto que la Sociedad Geográfica madrileña y la Asociación española para la exploración del Africa le prestaron discreto apoyo (la primera, publicando en su Boletín fragmentos de los diarios del viajero, la segunda, dando el visto bueno a sus trabajos, calificados de "bien estudiados y combinados"), también es verdad que poco

significaba esto desde un punto de vista práctico, e Iradier terminaría por convencerse de que "estas sociedades, animadas siempre de los mejores deseos, y dispuestas a patrocinar toda empresa filantrópica y civilizadora, tropiezan con grandes dificultades al allegar los recursos necesarios para sufragar los gastos de viaje" (93). Por ello, en octubre de -- 1879, Iradier recurre a la iniciativa privada y solicita el apoyo de sus paisanos, sometiendo previamente su proyecto de exploración de la zona del golfo de Guinea (99) a la consideración de una "comisión ejecutiva", cuyo veredicto no se hace esperar.

Manifiesta Iradier en la exposición su asombro de que España no se apresure a competir con las demás naciones, que continuamente se adelantan unas a otras, en la exploración del Africa. Y tanto más extraño resulta esto si es cierto -- que España siente como un deber "el sembrar las máximas de la religión cristiana en los pueblos indígenas, perfeccionar sus conocimientos, animarlos al comercio y a la agricultura...". La Comisión Ejecutiva responde con premura, y su dictamen es francamente favorable; queda patente allí el deber colonizador del hombre blanco (ciencia, religión, industria, y comercio), así como las ventajas --todavía indeterminadas-- que la exploración de territorios cercanos a Guinea reportaría a nuestro país. Sólo una duda por demás importante: -- "¿Comprenderá España estas ventajas?" o, por el contrario, -- "¿permanecerá en actitud pasiva soñando con sus antiguos lag

reles para muy pronto tener que sufrir las tristes consecuencias de su poca actividad?". Al menos, que el pueblo vasco --prosigue el informe-- sea capaz de arrastrar con generosidad el empeño, demostrando al resto del país sus energías y re--portando el respeto y la admiración para "nuestra querida --tierra" (100).

La empresa, nostálgicamente reiterada en los años siguientes, conservó vigencia como símbolo, mucho tiempo después (101), aunque lo localizado del intento haga mover dubitativamente la cabeza a quienes se proponían la política de exploraciones en un contexto más amplio y de más directas implicaciones entre el poder político y el económico: "Los esfuerzos aislados de un grupo de personas -incide de nuevo --Torres Campos a finales de 1881- no bastan para promover importantes viajes, ni para decidir a los gobiernos a gastos -de consideración". Para este militar de profunda impostación vocacional pedagógica, solo hay un medio preciso de conseguir esa "atmósfera creada por la opinión pública", que reconoce imprescindible para arrancar al equipo gobernante medidas de protección: "Para que la Geografía llegue a ser un interés nacional precisa organizar cuidadosamente la enseñanza, con tendencia a hacer desaparecer el desnivel que en este ramo de la cultura existe hoy entre España y los pueblos adelantados de Europa" (102). Pocos meses antes, Ricardo Beltrán y Rozpide, otra de las contadas voces del africanismo -español de primera hora, aprovechaba las páginas de la Revista Ilustrada para dilucidar los cambios profundos habidos en

la ciencia que nos ocupa. Se avanzaba paso a paso hacia lo - que después se llamaría "Geografía humana": "La Geografía, - considerada hasta mediados de este siglo como fría nomenclatura de voces técnicas, reducida en las escuelas y en los libros a enumeración de lugares y datos estadísticos, confiada a la memoria más que a ninguna otra facultad del espíritu, - se transforma en los presentes días, y siguiendo el impulso que le dieron Humboldt y Ritter, estudia la Naturaleza y sus leyes en relación con el lugar o espacio en que el hombre vive" (103). Si ello es una realidad a nivel europeo, por la - constante interacción entre la teoría y la observación sobre el terreno, España no puede vanagloriarse -se lamenta Torres Campos- de haber entrado de pleno en el movimiento geográfico: "Mientras que el estudio fundamental de la Geografía se extiende en el extranjero a todas las carreras", y en tanto que "se multiplican los Museos geográficos comerciales, tratando por todos los medios de despertar interés por el conocimiento de la tierra", el hecho real es que "desaparece entre nosotros la Geografía de los programas de la enseñanza superior y tenemos centenares de escuelas sin una mala carta". De seguir así, es la conclusión previsible, no entrará España jamás en "el movimiento de exploraciones geográficas".

La idea colonial es, por tanto, constante en la mente de un puñado de españoles, aunque no fuera más que por el -- irresuelto problema de la ubicación de Santa Cruz de Mar Pe-

queña, todavía en 1882. Es, precisamente, la discusión teórica de derechos y pistas geográficas remotas, escenario de -- primer orden para el desarrollo y exploración concreta de di versas opciones frente a la acción colonial. Dominante común de las mismas: la tibieza académica. Por ejemplo, Cesáreo - Fernández Duro no dejará de hacer hincapié en el abandono de Canarias, desde donde sería fácil "alimentar el comercio y - la navegación, dar movimiento a la industria y ocupación a - los brazos", incluso con vistas a la acción marroquí (104). Pero -y ello es sin duda fundamental- la actitud uniformemente culpable de los gobiernos ha de quedar a sus ojos justifica da por doble motivo: la necesidad de atender, en tiempos - recientes, "lo que por dentro exigía atención preferente", - debiéndose evitar, -y evitándose en efecto- complicaciones, a más de profundas razones de raigambre insinternacionalista occidental: "Si al otro lado del estrecho de Gibraltar poblara un Estado como los que avecinan al nuestro por los demás puntos cardinales del horizonte (...), por medio de tratados de amistad y comercio se establecería una corriente continua de comunicaciones y cambios: nuestros buques irían allí sin obstáculo y encontrarían casas de consignación y de banco -- que auxiliaran sus operaciones". Pero está claro que no es - éste el caso, sino que, por el contrario, "nos hallamos a la inmediatez de un pueblo excepcional, al que no son aplicables las reglas que ordenan el concierto de los europeos". Y siendo así que, "desde el momento en que se abriera comunicación con dichas regiones, desaparecería la ficticia sobera--

nía del sultán, y las rentas que percibe tendrían considerable menoscabo", resulta claramente comprensible que el sultán dificulte hasta el máximo el cumplimiento del tratado -- con España, puesto que "sus intereses están en completa oposición con los nuestros".

La culpa no es, por tanto, de la tan traída y llevada inacción de la clase política española, defiende Fernández Duro, sino de razones más hondas y de difícil sistematización, aunque de evidencia aplastante: "En otras naciones de Europa --y hemos llegado así al encuadre global del problema-- no puede ser tampoco indiferente que España se abra paso hacia esos mercados que con más habilidad y perseverancia que nosotros están explotando, pues aunque nuestra industria no alcance en muchos géneros el desarrollo de la suya, la menor distancia favorece la colocación de los de la fábrica nacional, y había de establecerse una competencia que no es de --despreciar". Por esto estorban nuestros proyectos --prosigue-- y contribuyen a mantener el statu quo. Se impone, pues, --concluye el orador--, un estudio detenido "de las cuestiones de derecho, de procedimiento y de aplicación", que "por secuela se extenderá a otras íntimamente enlazadas con ellas, cumpliendo el deseo aquí alguna vez manifestado de dedicar una parte de las tareas, hasta ahora especulativas, de nuestra sociedad, a problemas de utilidad práctica, como son las relaciones con la Geografía comercial...". Palabras autorizadas, en principio, las de Fernández Duro, dada su condición

asesora en el viaje, para determinar la ubicación de Santa Cruz de Mar Pequeña.

García Martín, en respuesta inmediata, opinará que ya no es tiempo de perderse en discusiones arqueológicas: "Poco importa que no se conozca con toda exactitud la situación de Santa Cruz de Mar Pequeña, el hecho evidente es que España - desde 1860 tiene derecho a un territorio, sea cual sea, en - frente de las Canarias, y podemos elegir el que más nos convenga". Y que, ya que comisionados mixtos de España y Marruecos designaron a Ifni -cuya situación parece ventajosa-, "la Sociedad Geográfica debe limitarse a consignar la conveniencia de tomar posesión de ese puerto y territorio inmediato, y fomentar por su medio los intereses comunes de España y -- tribus que allí viven" (105). Solución que constriñe a la actividad sin demoras ésta de García Martín, que no vacila en aprovechar la ocasión para acusar sin paliativos a la que se suponía principal responsable de la inactividad: la Asociación Española para la Exploración del Africa, que "hasta el presente", no había puesto los medios "para el cumplimiento del fin que se propone". En defensa de la sociedad y réplica a las críticas de García Martín, aduce Coello sin vacilar la labor de un organismo que, también, le era muy cercano: "aquel plan de exploración geográfica y arqueológica de las regiones fronterizas a Canarias, los viajes de Gatell y la expedición del Blasco de Garay".

Pero la respuesta no satisface a Fernández Duro, uno -

vez más, quien, sin empacho alguno, al hablar de la "sucursal" de Bruselas, dice claramente que "lo que principalmente se pretendía de ella es que recaudara fondos y los remitiera ...". Sin embargo, se queja también de que "el pensamiento no ha encontrado aquí grande acogida: son muy pocas las personas que se han suscrito en la lista". Excepción notable y conocida era el marqués de Urquijo, quien -dando una vez más "pruebas de generoso desprendimiento"- quiso que "independientemente de las comisiones acogidas bajo la enseña internacional, hubiera otra que desplegara la bandera española ante esas gentes que no la conocen, y costeó el envío". Este "envío" a que se refiere Fernández Duro no es otro que la exploración realizada en Abisinia, bajo el patrocinio oficial de la Sociedad Española para la Exploración del Africa y el mecenazgo efectivo del marqués, por el viajero Victor Abarques de Sostén, quien daría cuenta de los resultados de la misma en los propios salones de la Sociedad Geográfica madrileña, los días 20 de febrero y 3 de abril de 1883. Como principal logro, "el fin práctico e inmediatamente realizable, de entablar relaciones con los puertos de Africa en el mar Rojo". Para Coello, parte interesada en el asunto -hay que repetirlo- la defensa de la sucursal se reduce a manifestar que "a la Asociación española para la Exploración de Africa se debe el conocimiento de los territorios que más pueden interesar a España", gracias a la preferente atención prestada a las posesiones españolas en el golfo de Guinea.

El ambiente, sin embargo, comenzaba a caldearse, arruñ

bando momentáneamente a las corrientes moderadas en un soplo de entusiasmo colonial que ahora comienza a formarse. Torres Campos, en la primavera del 83, afirmará con plena convicción: "En virtud de acontecimientos recientes, podemos considerar cerrado el período de las discusiones: ha llegado el tiempo de obrar". En el poder los liberales, por primera vez los miembros más progresistas de la Geográfica llevan meses confiados en una mejor acogida de sus propuestas. Pero es -- más, ahora, "miembros de esta sociedad que han abogado calurosamente por la política comercial y de amplios horizontes, ocupan hoy en las regiones oficiales puestos desde los cuales influyen en la distribución de los recursos del país. De su representación puede prometerse la Sociedad eficaz apoyo para hacer algo en el sentido que las circunstancias exigen". No era, evidentemente, del -nombrado en enero- ministro de Fomento Germán Gamezo, de quién más podían esperar los africanistas. Y el siempre inquieto Vega de Armijo hacía pensar -- continuase una política exterior semejante a la conocida, cada vez más cuestionada desde la oposición "del recogimiento". De las palabras de Torres Campos se infiere con toda probabilidad que considera fundamental el nombramiento de Manuel Negro, el maximalista de las reformas, como vocal del Consejo de Instrucción Pública, pieza clave en la organización global de la enseñanza (106).

Cuestiones de transmisión ideológica y razones de índole comercial van a marchar desde ahora de la mano porque, --

por otra parte, es momento de indicar que habían ingresado - en la Sociedad, no mucho antes, "el joven geógrafo D. Gonzalo de Reparaz", entusiásticamente atraído por las exploraciones, y "D. Joaquín Costa, conocido por sus trabajos sobre -- Africa"... Iban a iniciarse así los mejores tiempos del pensamiento colonial español, frustrado ya antes del 90 y definitivamente volcado a partir de ahí en tierras africanas, en acompasado vaivén con los intereses económicos y políticos - del imperialismo europeo. 1883 significa, pues, el cambio de signo -fugaz y modesto, bien es verdad- en el esfuerzo español por incorporarse al contexto capitalista occidental y su proyección africana. Incluso la Sociedad Geográfica experimenta una franca mejoría económica: su biblioteca consta ya de 1.542 volúmenes, 34 atlas y 664 hojas de cartas y planos, en tanto que su revisión de cuentas arroja saldos favorables por primera vez en mucho tiempo. Al hacer balance de la situación, el Secretario establece los límites de una acción - comercial inmediata, aunque no brillante: "Podemos contentarnos con una obra modesta, pero, de ningún modo es lícito permanecer inactivos". Y hasta presenta ya esbozado un plan a - seguir: "Precisa entablar relaciones efectivas con las tribus de la costa occidental de Berbería, llevarlas nuestros - productos y traer a los mercados españoles los que conducen las caravanas, que la ocupación militar sirva para amparar - algo que a su sombra se creen intereses por una y otra parte". Consciente sin embargo de la debilidad intrínseca del - capital español, hay que suponer que la empresa no se presen

taría fácil: ¿Tomará el comercio la iniciativa para esto? - Es dudoso. Abrirle caminos, mostrarle los resultados que el tráfico en Africa puede producir es obra verdaderamente práctica, de utilidad suma, que está estrechamente obligada a -- realizar la Sociedad". Bien es verdad que le faltan medios - para ello, pero también lo es que el gobierno subvenciona de terminadas sociedades privadas, como la Academia de Jurisprudencia, el Instituto Homeopático y el Fomento de las Artes, por lo cual Torres Campos se muestra decidido partidario de exigir del gobierno sin tardanza la concesión de una suma para, "bajo la dirección de la Sociedad Geográfica", llevar a cabo "una empresa comercial de ensayo, cuyos resultados, hechos públicos, sirvieran de estímulo a los particulares" - - (107).

Hasta ese momento, con postulados casi invariablemente libre-cambistas, la Sociedad va dando acogida en sus locales a conferenciantes que disertan sobre la geografía y el comercio, sobre los diversos pueblos europeos y cuál de ellos - - ofrece a España el modelo idóneo. Respecto a los intereses - hispanos, Marruecos y la política comercial en la zona -vieja vinculación mediterránea- retienen más la atención que -- otros temas. Pero todavía no puede hablarse de nada parecido al movimiento que despierta la organización del Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil, que abriría una brecha polémica en el seno de la Geográfica -en gran parte debido a la vehemencia con que lo conduce e impulsa Joaquín Costa- marca el punto de partida hacia unas efímeras e inconsis-

tentes metas.

Más arriba rastreamos ya inquietudes de tipo comercial en la sesión de la junta directiva de la Sociedad Geográfica de 22 de mayo de 1882. Lo mismo puede decirse respecto a la de 5 de junio, en donde la cuestión se plantea de forma más radical y clara. Al intentar fijar una serie de temas de discusión para el curso próximo, alguien propuso el estudio -- del "Meridiano Universal", siendo en seguida desbordado por quien solicitara el análisis de "temas de carácter más general y teórico", como podían ser, por ejemplo, "la Geografía en sí y en sus relaciones con la Etnografía, la Historia, la Astronomía, etc", con vistas a la redacción definitiva de un programa de enseñanza de dicha ciencia, renovador y a la altura europea. El orador, a su vez, quedaría inmediatamente arrollado por las palabras de Joaquín Costa, quien, sin menospreciar el valor y la necesidad de dicho estudio, señala el grave peligro que correría el país en caso de entretenerse ahora en tales disquisiciones, pues bien podría sucedernos --dice-- lo que a Alfonso el Sabio, "que por estarse sabiamente contemplando los cielos, perdió el imperio de la tierra".

Para Costa y quienes apoyaron sus palabras (Fernández Duro, Martín Ferreiro (103) y Rafael Torres Campos), la Sociedad Geográfica debe dar por terminado ya, tras siete años de existencia, "su período de iniciación y de propaganda teórica, y entrar en un período de vida menos especulativo y -- más en armonía con las exigencias de la opinión". A su enten

der, la opinión pública se hallaba "despierta ya, por fortuna, para los problemas de exploración y de colonización en el vecino continente", siendo para España "necesidad apremiantísima el que nos asociemos al espíritu civilizador que agita a todas las naciones europeas y las mueve a hacer participes de su cultura a los pueblos que todavía se mantienen en la barbarie". Matizando lo expuesto por Torres Campos poco tiempo atrás, la iniciativa individual salta a primer plano: No sería prudente ni patriótico aguardar a que los gobiernos se muevan a satisfacer esa necesidad, pues siendo ellos expresión sintética y unitaria de la opinión social, sólo cuando la opinión se pronuncie decidida y unánime, y se arroje a la acción por medio de órganos espontáneos, demostrando por hechos que tiene conciencia clara de lo que quiere y voluntad para quererlo (...), se verán arrastrados (los gobiernos) a dibujar en sus programas nuevos derroteros para la política exterior y colonial de España, y alentarán en ellos otra vez los mismos ideales que en la nación" (109). Por primera vez queda así reclamado en este contexto el derecho, y la responsabilidad, de otras capas burguesas que las que detentan el poder, en ^{la burguesía de} mercados, propugnando una acción que, sólo una vez fraguada y consistente, arrastra consigo la protección del aparato estatal para los intereses que representa. Elegido el modelo inglés, "no hay minuto que perder, atravesamos un período en que se deciden los destinos de la raza española, y ese período está a punto de consumirse. Que la nación se duerma en esta hora crítica, y cuando sus go-

biernos la despierten se encontrará con la obra hecha y cerradas para ella las puertas del continente africano".

De este modo, para lo que se estima una nación "ya persuadida", en la que un sector de la sociedad, al menos, se cree capaz y con derecho de actuar a la europea, busca Costa con urgencia "un órgano de su voluntad y de su acción", suplente de otras iniciativas; la Geográfica está allí: "Puesto que quien debiera no lo hace, a la Sociedad Geográfica toca ponerse a la cabeza del pueblo español, prestarle su brazo y su inteligencia, y suplir la falta de iniciativa de las asociaciones mercantiles y de los poderes oficiales". Tdo lo demás lo ha previsto Costa: un vasto plan de colonización en puntos determinados, exploraciones diversas, medios para obtener recursos económicos, reclutamiento de los colonos en las zonas más deprimidas del país e, incluso reformas administrativas coadyuvantes... Entre el asombro y la alarma, -- desbordada la junta directiva por la vehemencia del aragonés, le invita cautelosamente a concretar su pensamiento "en forma de conclusiones", antes de decidirse a adoptar decisión alguna al respecto. Con su apasionamiento proverbial, no vacila Joaquín Costa --buscando el pláceme de un auditorio predominantemente militar y, por otra parte, sin hacer violencia a sus más sinceras convicciones--, en acudir a la tradición de España "como nación exploradora y civilizadora por excelencia", vocación hacia la que hoy no solo la impulsa -- "el ejemplo tentador" de la mayoría de las naciones europeas, sino que incluso la aguijonea "la prisa que algunas de ellas

se dan en implantar su bandera y asentar para siempre su dominación en las últimas porciones del planeta todavía desconocidas o inocupadas". Y es por ello por lo que la Sociedad Geográfica, para la que cree llegado el momento de "emprender una campaña activa y de hechos", consciente de la triste esterilidad de aquélla "si no predicase con el ejemplo; si, por no tener el valor de sus convicciones, dejara a otros la responsabilidad de la iniciativa, o si, por el contrario, no buscase consejo y ayuda (...) en aquellas personalidades y corporaciones que asumen la alta representación del país en el orden del comercio, de la industria, de la administración y de la ciencia".

Poco más podía añadir a lo ya dicho, y así prefiere someter a la junta para su estudio inmediato un completo programa de acción:

12.- Publicar en el mes de septiembre (es decir, en -- brevísimo plazo, puesto que por entonces corría el mes de junio) una Biblioteca Geográfica Popular, compuesta de breves folletos de propaganda y divulgación sobre Cochinchina, Borneo y Joló, Pacífico, Golfo de Méjico y canal de Panamá, Berbería, Canarias, Marruecos, Argelia, golfo de Guinea, colonias portuguesas, Mar Rojo, Zanguebar, y demás puntos "de interés mediano o inmediato para España o para la raza española". Los propuestos eran entonces temas de plena actualidad.

22.- Celebrar inmediatamente también (en octubre) un - Congreso Nacional de Geografía con un objetivo preciso: estu

diar y definir los derechos o los intereses de España en dichos territorios, así como "el modo de hacerlos efectivos o de asegurarlos y desarrollarlos". Al Congreso, ya como organizadores o como participantes activos, serían invitados - - "las asociaciones y círculos geográficos, mercantiles o de - cualquier otra índole que representen fuerzas vivas de la nación".

32.- Empezar en la primavera siguiente uno o dos viajes de exploración en la costa e interior de Guinea, en donde se establecerían paralelamente "estaciones civilizadoras y comerciales", en cinco puntos aún sin concretar. Los fondos para llevar a cabo las exploraciones provendrían de una compañía por acciones que se proyectaba constituir, y al mismo tiempo -o en su lugar-, de suscripciones y mítines a celebrar durante el invierno en Madrid, Barcelona, Bilbao y Sevilla.

42.- Gestionar el establecimiento, por parte del gobierno, de estaciones militares en una serie de puntos aún no especificados.

52.- Solicitar igualmente del gobierno, que destinara, -con carácter permanente-, a las exploraciones y misiones civilizadoras en Africa, así como al establecimiento de estaciones, factorías y colonias, los fondos de la Obra Pía de Jerusalén y de las Fundaciones para la Redención de Cautivos que habían sido declaradas "de objeto caducado".

Por más que haya que suponer un acuerdo tácito con los

miembros más arriesgados de la Geográfica, y sin duda alguna largas y entusiastas conversaciones en torno, entre las paredes de la Institución Libre de Enseñanza, con su compañero - Torres Campos, lo cierto es que, por el momento, al pie de - todo ello aparecía la sola firma de Joaquín Costa.

NOTAS al capítulo II.

- (1) Se acude con frecuencia a la ejemplificación en los modelos portugueses e italiano, apodado el primero en ocasiones como "imperialismo 'reflejo'" (P.Anderson, Le Portugal et la fin de l'ultra-colonialisme, París, 1963), en tanto que el segundo fué reducido durante un tiempo a las coordenadas de lo político e ideológico.

Para Portugal, principalmente, G.Papagno, Colonialismo e feudalismo. A questão dos prazos da coroa em Moçambique nos finais do século XIX, Lisboa, A regra do jogo, 1980 (trad. de la edic. italiana, Torino, Einaudi, 1972); y J.Capela, A burguesia mercantil do Porto e as colónias (1834-1900), Porto, Afrontamento, 1975, y O imposto de palhota e a introdução do modo de produção capitalista nas colónias, Porto, Afrontamento, 1977, rectificandos todos ellos, en parte, por V.Alexandre, Origens do colonialismo português moderno, Lisboa, Sá da Costa, 1979.

Para Italia, resulta cómodo acudir a J.L.Miège, L'imperialismo colonial italiano de 1870 a nos jours, Paris, SEDES, 1968 (hay traducción al italiano en Rizzoli, Milano, 1976), que conserva las nociones tradicionales. Estas han sido seriamente cuestionadas por buena parte de la historiografía italiana. Vid. G.Rochat, Il colonialismo italiano, Torino, Loescher Editore, 1973, resumiendo interpretaciones flexibles que sitúan el caso italiano dentro del marco de su específica inserción en el contexto del capitalismo mundial. Una amplia selección de textos y documentos en A.A.Mola, L'imperialismo italiano, Roma, Editori Riuniti, 1980, más atento sin embargo a la dinámica de la política exterior italiana, de la Unidad al fascismo.

- (2) G.Leclercq, Antropología y colonialismo, Madrid, Comunicación, 1973, tratando de "poner en evidencia la relación de la ideología imperialista, de la que la antropología no es sino uno de sus elementos, con la ideología colonial, y las razones por las cuales una investigación 'sobre el terreno' se hacía necesaria y posible por la colonización de tipo imperialista" (p.15).

Para la introducción de la antropología positivista en España, E.Núñez, La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis, Madrid, Túcar, 1975, así como la antología El darwinismo en España, Madrid, Castalia, 1977. Es crucial, para esta cuestión, la figura de Francisco María Tubino, poco estudiada hasta el momento.

En el primer número de la Revista de Antropología, creada por Tubino en 1874, esboza éste un intento de definición de la nueva ciencia, evolucionista y en constitución, prácticamente desconocida en España (RA, I, 1874-75, pp.39-52 y 110-124). Un intento de presentación de la mitología comparada, por el mismo Tubino, en "El martillo de Thor", en el nº 3 de la revista, pp.204-215, y sobre el darwinismo, n.º 4, 5, 6 y 7 (pp. 238-56, 356-85, 401-428, y 481-96). J.Vernet, limitándose a citar a Menéndez Pelayo (Heterodoxos, 2, p.1170, nota, que sitúa a Tubino junto a Serrano Fatigati), trae una breve mención en su Historia de la Ciencia Española, Madrid, 1975, p.265). Los materiales fundacionales de la Sociedad de Antropología madrileña pueden consultarse en AGA, Educación, leg.6.961.

- (3) Por lo que hace a la geografía como ciencia sectorialmente "humana", G. Dalmasso, El lugar de la ideología, Madrid, Zero-ZVX, 1978, pp.163 ss.

Para el caso francés, V. Berdoulay, La formation de l'école française de géographie (1870-1914), Paris, Bibliothèque Nationale, 1981, y Comité des Travaux Historiques et Scientifiques. Bibliographie sur l'histoire de la géographie et géographie historique, (1978) Paris, 1980.

El encuadramiento institucional de la geografía científica en España, a lo largo del siglo XIX, puede seguirse a partir del AGA, Educación, caja 6.947: sobre la Sociedad Numismática, constituida en abril de 1837, llamada después de Arqueología y Geografía, y que reclama en dos ocasiones al menos (1844 y - 1865) subvenciones oficiales en compensación de la negativa de la Administración a convertirla en Real Academia, por oposición de la de la Historia. La resistencia de la ciencia estratificada se deja ver en seguida: "Las cinco grandes academias existentes -informa el negociado correspondiente, en Fomento-, son cinco grupos lógicos que abarcan y sintetizan la serie completa de los conocimientos humanos. El lenguaje con todas sus manifestaciones literarias, el arte en todas sus esferas, la historia con sus numerosos estudios auxiliares, entre los cuales forman la Arqueología y la Geografía histórico-política, la ciencia cosmológica en sus tres fases natural, físico-química y exacta, a cuyas dos últimas corresponden la Geografía astronómica, geológica y física, la ciencia psicológica, por último, con todos sus desenvolvimientos. Para formar un nuevo grupo -concluye- habría que disgregar, en parte más o menos considerable, elementos correspondientes y propios de algunos de aquellos grupos esenciales: éstos quedarían mutilados y rota su armonía, y aquél sólo sería un engendro monstruoso".

- (4) Según la "Estadística de las Sociedades Geográficas" que publicó la Revista de Geografía Comercial (en adelante RGC), el 30.I.1886, n.º 12-15, pp.226-28.
- (5) La continuidad es evidente, por ejemplo, para Alemania: 1836 ("Verein für Geographie und Statistik"), Frankfurt; 1845 ("Verein für Erdkunde und verwandte Wissenschaften"), Darmstadt; 1861 y 1863 ("Verein für Erdkunde"), Leipzig y Dresde; 1869 y 1870 ("Geographische Gesellschaft"), Munich y Bremen; 1873 -- ("Sächsisch-Thüringischer Verein für Erdkunde"), Halle; 1877 -- ("Geographischer Verein"), Friburgo; 1878 ("Verein für Erdkunde"), Metz y, también en 1878, la asociación que marca el paso hacia el nuevo tipo de agrupaciones del imperialismo: la "Afrikanische Gesellschaft in Deutschland", de Berlín, junto al "Zentralverein für Handelsgeographie". Más detalles en E. Hernández Sandoica, "La ciencia geográfica y el colonialismo español en torno a 1880", Revista de la Universidad Complutense, vol. -- XXVIII, n.º 116 (Estudios de historia moderna y contemporánea. Homenaje a D. Jesús Pabón III), 1979, pp.183 ss.

- (6) Brevemente, sobre estas cuestiones, J.L.Miège, Expansión europea y descolonización de 1870 a nuestros días, Barcelona, Labor, 1975, pp.17 ss.
 Sobre el fenómeno congreso, en particular, C.Tapia y E.Taieb, "Conférences et Congrès Internationaux de 1815 à 1913", en Relations internationales, 1976, nº 5, pp.11-35, destacando "la diffusion assez large dans les opinions publiques nationales de valeurs ou de croyances dont les principales sont:
 -la croyance... en l'efficacité, mesurable en termes politiques, de la richesse et de la fécondité du débat idéologique et de la contestation des minorités intellectuelles ou scientifique
 -la croyance en la valeur absolue du progrès scientifique et technique, débouchant nécessairement sur le progrès social;
 -la croyance en la supériorité des structures sociales et des structures de gestion de la société occidentales, qualifiée déjà de démocratique" (p.33).
- (7) I.Lacoste, La géographie, ça sert, d'abord, à faire la guerre, Paris, Maspero, 1976 (Hay trad.castellana, La geografía, un arma para la guerra, Barcelona, Anagrama, 1977).
- (8) Partimos del supuesto de que "la ciencia no es un saber puro, neutro, válido siempre y de todos modos". Sobre sus "rupturas" -en terminología althusseriana- o "revoluciones" (Kuhn), vid.G. Dalmasso, El lugar... cit., así como T.Kuhn, La estructura de la revoluciones científicas, México, PCE, 1971.
 Si para Kuhn "una vez que ha alcanzado el status de paradigma una teoría científica se declara inválida sólo cuando se dispone de un candidato alternativo para que ocupe su lugar" (p.128), parece claro también que "el surgir de una nueva ciencia desenmascara como ideología la ciencia precedente, La relación entre ciencia e ideología no es, por tanto, relación entre dos elementos autónomos de derecho, aunque de hecho mezclados, con un poco del otro elemento, sino que, por el contrario, es el campo de problema mismo en que se constituye el discurso científico". De este modo, "el criterio de discriminación entre lo verdadero y lo falso está confiado a una cronología del saber en la que el después -un necesario retraso-, es lo que pudo desenmascarar la ideología" (G.Dalmasso, p.24).
 O, directamente con palabras de Althusser, "Si Marx puede ver lo que escapa a la mirada de Smith es porque él ha ocupado ya ese espacio que la antigua problemática había producido, sin darse cuenta, en lo que había de respuesta nueva" (L.Althusser y E.Balibar, Para leer El Capital, México, Siglo XXI, 2ª ed, 1969, p.33).
- (9) Cfr. más abajo sobre el pensamiento político de Cánovas. Para este máximo representante del conservadurismo español avisado, el repliegue venía exigido por el ascenso a la hegemonía mundial de las razas germánicas, aparejado al descenso de las latinas, con la caída inexorable de los ideales revolucionarios gestados en su seno. Ejemplo temprano es su Discurso de 26.XI.1870 en el

Ateneo madrileño (Problemas Contemporáneos, I, pp.5 ss.)

- (10) N.Cheli, Engrandecimiento de Ceuta, decadencia de Gibraltar, Cádiz, 1873, cit.en T.García Figueras, La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912), Madrid, CSIC, 1966, tomo I, pp.60 ss.
- (11) N.Cheli, op.cit., p.62. Y más adelante: "Todas las personas deberían auxiliar muy eficazmente a esa sociedad, prodigarla el metálico, los libros, vapores a su disposición, y cuantos auxilios son necesarios para conseguir un buen resultado" (p.63).
- (12) J.Vernet, op.cit., pp.153 ss. En ocasiones, la altura científica de las observaciones astronómicas alcanzaría la categoría de las practicadas por Alejandro Malaspina en 1789 al observar el paso de Mercurio ante el Sol en Montevideo (Vid. P.de Novo y Colson, en su edición y estudio introductorio a la edición del viaje: Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas "Descubierta" y "Atrevida", al mando de los capitanes de navío D.Alejandro Malaspina y D.José de Bustamante, desde 1789 a 1794, Madrid, Imp. de la Vda. e Hijos de Abianzo, 1885, así como A.J.Barreiro, La expedición de D.Alejandro Malaspina, cit. en Vernet, op.cit., p.165, n.50).
- (13) C.Ibáñez, Base central de la triangulación geodésica de España, Madrid, 1865; Marqués de Mulhacén, "La obra científica del general Marqués de Mulhacén, y la Unión Geodésica y Astronómica de España y África", Archivos del Instituto de Estudios Africanos, 1956, nº9, pp.57-75, y R.Alvarez Sereix y J.Bellón de Arcos, Aparato de Ibáñez para medir las bases geodésicas, Madrid, 1889.
En 1879 lograba Ibáñez, junto con el francés Perrier, enlazar la red española con la argelina: C.Ibáñez, Enlace geodésico y astronómico de Europa y África, Madrid, 1880, así como C.Ibáñez - F.Perrier Jonction géodésique et astronomique de l'Algérie avec l'Espagne, París, 1886.
- (14) J.Bécker, Los estudios geográficos en España (Ensayo de una historia de la geografía), Madrid, Est.tip. de Jaime Ratés, 1917, 366 pp "Hasta entonces -escribe Bécker- todo cuanto se había hecho no pasaba de la categoría de tanteos más o menos felices, y sólo cuando ese centro comenzó a funcionar se inició una obra seria y verdaderamente científica, obteniéndose extensos estudios altimétricos y metrológicos, dando gran desarrollo a las operaciones topográficas, y comenzando a tramarse el mapa de España, cuyas primeras hojas estaban ya en disposición de ver la luz pública a fines de 1874" (p.280)
- (15) Para la historia de la Sociedad Geográfica puede verse el propio Bécker, op.cit., pp.284-87, T.García Figueras, La acción... cit. I, 99 ss, y breves menciones en E.Fernández Clemente, Joaquín Costa y el africanismo español, Zaragoza, 1977, pp.22-23, y 26-27. Todos ellos se basan en los datos ofrecidos por el Boletín de la Sociedad Geográfica, (BSG, 1876 y sigs.), y, en ocasiones de los que proporciona la Revista de Geografía Comercial (RGC).

También así L.Palomo, "Los fundadores de la Sociedad Geográfica, centros e institutos geográficos", BRSBG, tomo LXVI, 1926, pp.177 ss

Entre los historiadores más recientes de la Sociedad Geográfica, únicamente dos, a mi entender, han logrado captar gran parte de su hondo significado histórico: el geógrafo Vilá Valentí, que sin dejar de reconocer el papel difusor de los conocimientos geográficos que desempeña la sociedad se lamenta, sin embargo, de la falta de altura científica de sus componentes (J.Vilá Valentí, "Origen y significado de la Sociedad Geográfica de Madrid", BRSBG, CXIII, 1977, pp 217-249 (diez de ellas con bibliografía y apéndices sobre Coello y el resto de los fundadores).

Con gran penetración y finura, el militar M.Alonso Baquer, que capta a la perfección el contenido sociológico militar del conjunto, aunque algo menos el proceso transformacional de su función política (M.Alonso Baquer, "La geografía militar en la hora del regeneracionismo", BRSBG, CXIII, pp.251-77. Tanto este trabajo como el anterior formaban parte de un ciclo de conferencias organizado por la propia SG, en 1976, con motivo del centenario.

Menor interés revisten los trabajos siguientes: J.Gavira, "La Real Sociedad Geográfica", Cuadernos Hispanoamericanos, 1952, nº 27, pp.390 ss.; J.Gómez Pérez, "La Sociedad Geográfica madrileña", Anuario del Instituto de Estudios Madrileños, VII, 1972, pp.355-70 y "D.Francisco Coello en la Sociedad Geográfica de Madrid", ibid., IX, 1973, pp.437-48, así como R.Enquerria Abadía, "La Real Sociedad Geográfica", Madrid, 1973.

- (16) Vid. la Velada necrológica en memoria del Excmo. Sr. D. Francisco Coello y Quesada, celebrada en la SGM la noche del 29 de noviembre de 1898, Madrid, Fortanet, 1898, destacando por su interés J.de la Llave: "Coello como ingeniero militar", pp.13 ss., R.Alvarez Seoix: "La obra geográfica de Coello", pp.23 ss., y R.Torres Campos "Coello en las Sociedades Geográficas Españolas", pp.33 ss.

Resulta cómodo el acercarse a la biografía de Francisco Coello en el Diccionario de Historia de España, dirigido por G.Bleiberg, Madrid, Revistade Occidente, I, pp.861-62 de la 2ª ed.(1970).

- (17) El aspecto cartográfico de la actividad profesional de Coello ha sido pormenorizadamente analizado por J.Gómez Pérez, "El geógrafo D.Francisco Coello de Portugal y Quesada", Madrid, extracto de tesis doctoral, Fac.de Filosofía y Letras, 1964; Catálogo de los mapas y planos originales y grabados de Francisco Coello, Madrid, Gráficas Clavileño, 1970; El Atlas de España y sus talleres de grabado, Madrid, Imp.Raycar, 1971, y otros artículos citados en nota 15 de este mismo capítulo.

También, M.Alonso Baquer, Aportación militar a la cartografía española en la historia contemporánea, siglo XIX, Madrid, CSIC, 1972.

Documentos inéditos a propósito del Atlas de España y de las provincias de Ultramar, en AHN, Hacienda, legs. 3.461 y 5.800 B). Con tiene el primero "recibos justificando su entrega a los suscriptores de provincias, y estado de entregas en el Archivo", y el segundo Estados de mapas depositados en el Archivo del Ministerio de Hacienda por no haberlos recogido los suscriptores. Descuentos para la suscripción al Atlas del Sr.Coello".

- (18) Entregado a los trabajos de campo en el norte de Africa, entre 1844 y 45, se había entregado después al Atlas, hasta 1860. A partir de entonces tendría tiempo, junto a Fernández Duro, de dedicarse al estudio de la geografía romana. Su discurso de entrada en la Academia de la Historia, para la que fué elegido en 20 de febrero de 1874, versaría sobre este aspecto de sus estudios. Vid. su reproducción en la Gaceta de Madrid, 2.I.1875, pp.14-16, así como, después, en la Revista de Antropología que dirigía Tubino.

Su preocupación por las vías de comunicación de la Antigüedad le llevaría también a traer hacia el presente estudios paralelos: puede verse al respecto su Proyecto de las líneas generales de navegación y de ferrocarriles, Madrid, 1955, escrito en los momentos decisivos de la formulación de una política y una legislación que dieran abrigo a la entrada del capital extranjero. El proyecto es comentado por T.M.Hernández Sempere en su tesis sobre Ferrocarriles y capitalismo en el país valenciano: José Campo y la Sociedad de los ferrocarriles de A.V.T.(1852-1872), Valencia, 1980, pp.303 sigs.

- (19) Será a lo largo de su vida Saavedra, entre otras cosas, académico de la Española, de la Historia, de Ciencias, senador, coronel de artillería, consejero de Instrucción Pública, matemático y arqueólogo de relieve, vocal de la Junta Consultiva de Marina, y de la Comisión Consultiva internacional del Canal de Suez, además de presidente del Segundo Congreso Africanista de 1908. (Velada necrológica celebrada en el Centro de Defensa Social de Madrid el día 12 de abril de 1912, como homenaje a la memoria del Excmo. Sr. D. Eduardo Saavedra y Moragas, Madrid, 1912, pp.29-33).

- (20) AGA, Educación, "Actas de las sesiones del Consejo de Instrucción Pública", 1875.

- (21) M.Alonso Baquer, "La geografía militar..."cit., p.258. Para las palabras de Coello, BSG, I, pp.9 ss.

- (21 bis) Cit. en J.L.Miège, Expansión europea... cit., p.17. A propósito, hay reedición del texto de la Conference de Géographie de 1876, junto con un Récueil d'études conmemorativo, Bruselas, 1976. Habría que señalar, desde ahora, la pertenencia a sociedades geográficas o similares, extranjeras, de conspicuos librecambistas como Figuerola, miembro de la de Geografía y Estadística de Berlín (En G.de Ascarate, Necrología del Excmo. Sr. D.Laureano Figuerola..., Madrid, 1910, p.7).

- (22) "Si se ofrece (Coello), en un primer momento, a los hombres del ejército y la marina, no es porque se busque la guerra, sino porque en ellos se ha reflejado el afán humanitario y misionero mejor que en los hombres de otras profesiones menos idealistas. Coello es un hombre de la Ilustración -concluye- en el que se ha injertado un espíritu nacional romántico" (M.Alonso Baquer, "La geografía..." cit., pp.258-59.

- (23) Discurso inaugural, en BSG, I, 1976, p.11.
- (24) A propósito del africanismo canovista, que arrancaría doctrinalmente de sus apuntes para la historia de Marruecos, Madrid, 1860 (reedit. en 1913), puede verse J.B.Vilar, "Cánovas africanista", cit. más abajo. Por otra parte, es éste quizá uno de los tópicos más socorridos del pensamiento conservador español (D.Sevilla Andres, Africa en la política española del siglo - XIX, Madrid, 1960, o A.Flores Morales, Africa a través del pensamiento español (De Isabel la Católica a Francisco Franco), Madrid, CSIC, 1949, son un exponente incuestionable).
Las palabras de Cánovas, en BSG, VI, 1879, p.384: "Sesión en honor de Elcano".
- (25) Cfr. Boletim da Sociedade de Geographia de Lisboa, 1877 ss. (Hay bastantes números en la Hemeroteca Municipal de Madrid), a falta de una historia de conjunto sobre las actividades de la sociedad portuguesa. Sin embargo, su papel en el delicado litigio que envolvió a la formulación del proyecto de expansión conocido como "mapa cor de rosa", sí ha sido destacado con frecuencia por los historiadores. Vid. Diccionario de História de Portugal, dir. por J.Serrão, vol.IV, pp.221 ss: "Ultimatum" así como V.Alexandre, Origens... cit., textos recogidos en el cap.7 ("O ultimato inglês", pp.189 ss.)
La Geográfica madrileña nacía así en un contexto científico pobre, que el catalán Almirall, diez años después, no vacilará en calificar de mero "reflejo" de los de Italia y Francia (V.Almirall, España tal cual es (La España de la Restauración), trad.castellana, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1972, pp.172-74.
- (26) BSG, I, 1876, p.11.
- (27) Sociedad Geográfica. Proyecto de reglamento para la SG, formulado por la Comisión organizadora, s.l., s.f. (Madrid, y - 1976).
- (28) BSG, I, 1876, p.16: "Sesiones de la comisión organizadora".
- (29) Ibid., p.88 ("Publicaciones de la SG de Madrid").
- (30) El art.19º del reglamento establecía la cuota de 25 ptas. como tasa de entrada, más otras 30 al año, repartidas en trimestres. O bien, 250 pesetas de una vez. Ello daba derecho a recibir diploma, reglamento, y un boletín mensual.
- (31) Para estos aspectos, BSG, I, p.16.

- (32) El art.3º decía textualmente: "La Sociedad dedicará con preferencia sus estudios al territorio de España y de sus provincias o posesiones de Ultramar, como también a aquellos países con los cuales existan ya relaciones importantes, o parezca oportuno fomentarlas" (Ibid., pp. 17 y 45).
- (33) BSG, I, 1876, p.17.
- (34) Ibid., pp.9 y 45. Vid. la redacción final del art.2º.
- (35) J.Bécker, Los estudios geográficos..., cit., p.287, sobre todo en n.1 ("Es verdaderamente lamentable que en la lista de socios no figure sino reducidísimo número de personas de la aristocracia y de las planas mayores de los partidos").
- (36) BSG, I, 1876, pp.20-23.
- (37) Ibid., pp.55-87.
- (38) Pueden contabilizarse 61 ingenieros militares, 34 militares de alta graduación, y 17 miembros del Estado Mayor, por una parte; por otra, 84 ingenieros de caminos, 36 de montes, 21 de minas, y 3 industriales.
- (39) Sobre Jiménez de la Espada, J.U.Martínez Carreras, "Bibliografía de D.Marcos Jiménez de la Espada", Revista de Indias, 25, 1965, pp.221-31.
- (40) 25 son Académicos de la Historia, 14 de la de Ciencias, 8 de la de Morales y Políticas, 5 de la de Bellas Artes, 4 de la Española, 1 de la de Medicina, y 1 de la de Ciencias.
- (41) Reparando en este fuerte componente militar, dice Alonso Baquer: "De los 550 socios registrados en 1877, más de ciento cincuenta acreditan su vinculación profesional con el Ejército y la Marina. Esta proporción de ninguna manera pueden hacerla suya los archivos del Ateneo de Madrid, profundamente expresivos en toda la historia decimonónica de una simbiosis cívico-militar, ni los datos de la Institución Libre de Enseñanza, - también significados por un apreciable grado de participación militar".
Y, por otra parte, caracterizándolos según ideas ya apuntadas, añade: "Los militares de la Geografía están orientados hacia el conocimiento objetivo de la realidad, a los datos men-

surables más que a las ideas. Son herederos directos del espíritu de Jovellanos y de Canga Argüelles" (M.Alonso Baquer, "La geografía militar...", cit., pp.254 y 257).

- (42) Vid. el apéndice correspondiente a la lista de socios.
- (43) La lista de "Socios admitidos durante el año 1879" demuestra que, en estos primeros tiempos, había varía (BSG, diciembre 1879 pp.432 ss., también reproducido aquí en apéndice).
- (44) La geografía se hallaba, evidentemente, relegada en los planes de estudios del XIX. Sin perjuicio de insistir en ello más adelante, J.Bécker, op.cit., pp.331 ss.
- (45) BSG, I, 1876, p.17 (sub. mío, E.H.)
- (46) Sociedad Geográfica. Proyecto... cit., p.2.
- (47) Reglamento de la Sociedad Geográfica de Madrid, aprobado..., Madrid, Fortanet, 1876, sin paginar.
- (48) BSG, I, 1876, p.168.
- (49) "Memoria sobre el estado actual de los trabajos geográficos leída en la Junta General de 14 de mayo de 1876 por el vicepresidente D.Francisco Coello", BSG, nº 2, agosto de 1876, pp.113-ss.
- (50) D.Núñez Ruiz, La mentalidad positiva... cit., passim.
- (51) BSG, nº 2, agosto 1876, pp.167-69.
- (52) "El sistema que tradicionalmente se viene siguiendo en el archipiélago, de favorecer la disolución de aquella organización social en la sultanía de Cota-Bató, única en la que estamos establecidos, sólo conduce a la anarquía, puesto que priva al Gobierno de la ventaja de utilizar la autoridad de los jefes, sin conseguir sustituirla con la suya, que sólo es posible sobre la colectividad organizada, y no sobre los individuos aislados, -- mientras sigan siendo mahometanos" (BSG, nº 4, octubre 1876, pp 737 ss: "Conferencias...").

- (53) Revista General de Marina, vol.I, 1877, pp.3-51, 177-201, y 281-298: "Memoria sobre la exposición de Filadelfia en el año 1876".
- (54) BSG, nº 5, noviembre 1876, pp.442-44.
- (55) Ibid. pp. 484 y 487.
- (56) BSG, nº 2, agosto 1876, p.169: "Memoria sobre el estado actual..."
- (57) BSG, nº 6, diciembre 1876, pp.501 ss: "Asociación internacional para la exploración y civilización del Africa central". Referencia en Les Congrès internationaux (lista completa), vol.I, (1861-1899), Bruselas, 1960. (Hay un segundo volumen (1900-1919) publicado en 1964).
- (58) "En casi todos los países -escribía Leopoldo II- se miran con vivo interés los descubrimientos geográficos recientemente hechos en el Africa central... Se han ejecutado, y se ejecutan todavía en Africa muchas expediciones alimentadas por suscripciones particulares, y que prueban el deseo que se siente de llegar a un resultado importante. Ingleses, americanos, alemanes, italianos y franceses han tomado parte, con más o menos ahínco, en este movimiento general. Sus expediciones responden a una idea eminentemente civilizadora y cristiana: abolir la esclavitud en el Africa, romper las tinieblas que envuelven todavía esta parte del mundo, conocer sus recursos, que aparecen inmensos..., en una palabra, verter allí los tesoros de la civilización -Tal es el objeto de esta cruzada moderna, bien digna de nuestra época-.
Hasta aquí -proseguía- los esfuerzos intentados se han hecho sin ponerse de acuerdo: así ha ido formándose la opinión, especialmente en Inglaterra, de que todos los que buscan un fin común conferencien acerca de él, para arreglar su marcha, para colocar algunos jalones, y deslindar las regiones que deben explorarse, evitando empresas duplicadas... He tenido ocasión reciente de convencerme en Inglaterra de que los principales miembros de la Sociedad Geográfica de Londres se hallan muy dispuestos a reunirse en Bruselas con los presidentes de las grandes Sociedades de Geografía del continente, y con las personas que por sus viajes, sus estudios, sus sentimientos filantrópicos y su espíritu de caridad se hallan más identificados con las tentativas de introducir la civilización en el Africa...
Si se admitiese la idea de una Conferencia, propondría -concluye- que tuviese lugar en el mes de septiembre y en Bruselas, ciudad central, capital de un país neutro, que parece convenir para una reunión fraternal y humanitaria como la de que se trata... Insisto, al terminar, en el objeto completamente científico, caritativo y filantrópico que se busca; no se trata de un

negocio, sino de una alianza, bien espontánea, entre todos aquellos que quieran ocuparse para introducir la civilización en el Africa".

Sobre aspectos relacionados con los planteados por el rey de los belgas, E.Williams, Capitalisme et esclavage, Paris, - 1968, (trad.del inglés, 1944 (1ª ed.)).

- (59) BSG, nº 6, diciembre 1876, pp.503-504. El caso del "Imperialismo del rey Leopoldo" ha merecido con frecuencia la atención de los historiadores, deslumbrados por sus fuertes connotaciones personalistas. En castellano, vid. el trabajo que, bajo aquel título, publica J.Stengers en R.Owen y B.Suttcliffe, Estudios sobre la teoría del Imperialismo, México, Era, 1978, pp. 259 ss.
- En otras lenguas, R.Slade, King Leopold's Kongo, Londres, - 1960, y J.Willequet, "Die Geschichte des Belgisch-Kongo, 1876-1960", Jahresbuchbibliographie der Bibliothek für Zeitgeschichte - 32, 1960, pp.357-83.
- En cualquier caso, el historiador nacional entregado por excelencia al análisis del colonialismo belga es A.Roeykens: Les débuts de l'oeuvre africaine de Léopold II, 1875-1879, Bruselas, Académie Royale des Sciences coloniales, 1955; Le dessein africain de Léopold II. Nouvelles recherches sur sa genèse et sa nature (1875-76), Bruselas, 1956; La période initiale de l'oeuvre africaine de Léopold II. Nouvelles recherches et documents inédits (1875-1883), Bruselas, 1957, y Léopold II et l'Afrique (1875-1880); essai de synthèse et de mise au point, Bruselas, 1958.
- (60) La cuestión de la recaudación de fondos ocupa un lugar esencial en las preocupaciones de la obra propuesta, tratando de incorporar los capitales privados a la empresa: "... lo que habría que hacer para interesar al público, y para atraerlo a depositar su óbolo" (p.504).
- (61) Tomado del discurso de Sir Bartle Free (Ibid., p.610).
- (62) BSG, ibid., p.515.
- (63) BSG, II, febrero 1877, nº 8, pp.181 ss. ("Reunión extraordinaria de la Sociedad, celebrada el 20 de febrero de 1877").
- (64) BSG, Ibid., p.183 ("Sesión del 27 de febrero. Junta Directiva").
- (65) BSG, II, nº 10, abril de 1877, pp.315 ss. ("España y la Exploración del Africa").

- (66) R. Esquerro insiste en la presencia del rey como elemento destacable de la gestión colonial en este momento: "Es de advertir que en la Sociedad de Africanistas uno de sus miembros directivos era el conde de Morphy, secretario de Alfonso XII, lo que permite suponer que el rey estaba interesado en sus objetivos, aunque no pudiese explicarlo públicamente" (*Op.cit.*, p.20).
- Por nuestra parte, hemos tratado de localizar alguna pista que confirmase estas muy posibles realidades, en el Archivo General del Palacio Real de Madrid, con resultado totalmente negativo. Al menos las entradas de la Sección de Mayordomía Mayor y Secretaría que nos parecía podían contener algún indicio, se hallaban vacías, en su mayor parte, de documentos, a pesar de seguir insertándose en el fichero bajo el mismo rótulo que debió encabezar un día su contenido.
- Por otra parte, no cabe duda de que el ejemplo belga fué fructífero en otras monarquías europeas. También el Príncipe de Piemonte presidirá ostentoso la Associazione Internazionale Africana, sucursal italiana de la central de Bruselas, que -sin grandes diferencias con su homónima española- reúne en su seno a senadores, diputados, profesores y nobles, buena parte de ellos militares, en primer lugar (*Vid. Archivio per l'Antropologia e la Etnologia*, vol.7, 1877, "Notizie", pp.409-419).
- (67) La junta directiva establecida en febrero la formaban: el rey, como presidente; Coello y el duque de Bailén como vicepresidentes; Fernández Guerra, Carlos Ibáñez, el marqués de Monistrol y Eduardo Saavedra como consiliarios; el marqués de Urquijo como tesorero, y el conde de Morphy y Juan Facundo Riaño, como secretarios.
- (68) BSG, II, abril de 1877, nº 10, pp.324-25.
- (69) BSG, *ibid.*, pp.354-55. Sobre la influencia residual de militares, misioneros, emigrantes, etc., establecidos en Africa, en el contexto de la política colonial española, y a raíz de 1860, *vid.* Lécuyer y Serrano, *op.cit.*, pp.229 ss.
- Sobre los proyectos de Butler y Puyana para restablecer el tráfico con las Canarias, durante los primeros años del Sexenio, así como el conglomerado de problemas con los gobiernos españoles, *vid.* T.García Figueras, La acción..., cit., vol.I, pp.175 ss., y, sobre todo, la bibliografía citada en p.179, nota 1.
- (70) BSG, II, mayo 1877, nº 11, p.440.
- (71) La fundación de la Asociación Española halló un amplio eco en La Academia, periódico dirigido por el propio Tubino, que en su número de 11 de febrero de 1877, p.99, reseñaba el acontecimiento, destacando la participación en el empeño de los profesionales de la cultura.
- (72) Palabras del rey Alfonso en la primera sesión (16 de febrero

de 1877), en BSG, mayo 1877, nº 11, pp.430 ss. El caso italiano es, aquí también, paralelo al español en muchos aspectos. Desde su primera llamada, la Associazione Internazionale se dirigía a aquellos ricos lectores que, sólo por 300 liras, quisieran erigirse en benefactores de la ciencia y la humanidad, pero no por ello despreciaban a todos aquellos sectores que fueran capaces de aportar al año la módica cantidad de 10 liras (Vid. Archivo ..., cit., p.409).

- (73) Los datos manejados por la Geográfica, lógicamente, son imprecisos y poco fiables. En la sesión ordinaria de 5 de junio se habló de 36.000 jornaleros emigrados, sólo de Menorca, "en estos últimos tiempos" (BSG, II, julio 1877, p.520).

El problema de la emigración española a Argelia, agravado en años anteriores (vid., por ejemplo, Revista de Antropología, I, abril 1874, pp.278 ss.), acabaría por dar un tinte racial a las relaciones entre colonos franceses y colonos españoles, además de complicar un tanto las relaciones internacionales entre las potencias metropolitanas respectivas. Cfr. J.B.Vilar, Emigración española a Argelia (1830-1900): Colonización hispánica de la Argelia francesa, Madrid, CSIC, 1975, y "Emigración almeriense a Argelia en el siglo XIX: sus repercusiones políticas, sociales y económicas sobre la provincia origen", Actas del Ier. Congreso de Historia de Andalucía, 1976, Córdoba, Caja de Ahorros, pp. -241-254.

- (74) Pueden verse, por ejemplo, "Geografía Astronómica. Método para determinar la latitud en el primer vertical" (BSG, I, pp.444 ss.), "Apuntes paleogeográficos. España y sus antiguos mares" (BSG, II, pp.143 ss.) 211 ss., 277 ss., y 461 ss., por F.Bote --lla), "Tablas de coordenadas rectangulares para construir el canevas de la proyección geográfica de Bonne" (ibid., 443 ss., --por F.Monet).

Entre el segundo tipo de trabajos, "Conferencia sobre las expediciones al Polo Norte, pronunciada por E.Saavedra el día 6 de febrero de 1877" (BSG, II, pp.167 ss.), "Noticias sobre la exploración del 'Challenger' en las cercanías de los territorios pertenecientes a España", por J.Mac-Pherson (pp.327 ss.), o "El libro del conocimiento de todos los reinos, tierras y señoríos que son por el mundo, que escribió un franciscano español a mediados del siglo XVI y ahora se publica por primera vez con notas de Marcos Jiménez de la Espada" (BSG, II, pp.7 ss., 97 ss., y 185 ss.).

- (75) BSG,II, julio 1877, p.520, insistiendo Fernández Duro en la falta de recursos. Sobre la necesidad de estrechar lazos con Marruecos, en el mismo nº, el cónsul de España en Mogador, escribe sobre "Marruecos" (pp.499 ss.)

- (76) BSG,ibid., p.521. Ya en 1863, al publicar su obra Gibraltar ante la historia, la diplomacia y la política (Sevilla, 1863), había insistido Tubino en que "España en África representa la santa causa del progreso, pronta a defender los intereses de la humanidad" (p.250).

Merecería una mayor atención la vertiente colonialista -con

trada siempre en Canarias- que desarrolla Tubino en la revista semanal, de su fundación, La Academia. En enero de 1877 aparecía el primer número de la misma, prometiendo colaboraciones de Juan Valera, Luciano Cordeiro, Francisco Coello, Teófilo Braga, etc., colaboraciones que se cumplieron en la mayor parte de los casos, demostrando un entronque político y cultural con la vieja idea de la unión ibérica.

Junto a temas de literatura y arte, la revista aborda con preferencia temas relacionados con la expansión colonial: "La civilización del Africa", por L. Cordeiro, (21.1.77, pp.39-40), "Viajeros célebres", sin firma (11.3.77, pp.158-59), "La expedición de Mackenzie y las Canarias", sin firma (18.3.77, pp.171-72), "España y la exploración del Africa", por F. Coello, (22.4.77, pp.253-55, y 29.4.77, pp.264-65), "Asociación para la exploración del Africa", sin firma, (3.6.77, pp.348 ss), -- etc.

Las ideas de F.M. Tubino acerca de "El centro de Africa y las Canarias", habían quedado expuestas, por primera vez, en su revista, en el primero de los números aparecidos (3.1.77, v pp. 5-7). Avisaba al gobierno español de los peligros de la exploración protagonizada por Mackenzie en el verano de 1876, a lo largo de Cabo Juby y hasta Bojador. En marzo volverá de nuevo a repetir que "ni el Gobierno ni las corporaciones científicas deberán mirar con indiferencia un pensamiento que tanto puede afectar al porvenir de las Canarias" (p.172).

Sobre muchos de estos aspectos, vid. más adelante, capítulo IX, apartado 3.

- (77) La Academia, I, 3.6.1877, p.348. Vid. a propósito J.B. Vilar España en Argelia... cit. más adelante, pp.55 ss., así como T. García Figueras, Santa Cruz de Mar Pequeña... cit. passim.

El problema de las pesquerías remite al más profundo de las transformaciones socioeconómicas de Canarias, en función de las nuevas orientaciones de la economía mundial y la entrada masiva de capital inglés en el Archipiélago. Vid. los artículos de V. Morales Lascano citados más adelante, así como J. Nadal Pareras, "Dependencia y subdesarrollo: el caso canario. Nota sobre las relaciones comerciales entre Gran Bretaña y las Islas Canarias", Hacienda Pública Española, 38, 1976, pp.157-70 (Con estadísticas para el período 1808-1914).

- (78) BSG, III, agosto de 1877, pp.115-16.

- (79) Ibid., pp.149-50. La circular, con fecha 16 de mayo, en pp. 151-53. Sobre éstas y otras cuestiones del campo del pensamiento y la conducta social, puede verse G. Kiernan, The Lords of Humankind: European Attitudes to the Outside World in the Age of Imperialism, Londres, 1969.

- (80) BSG, III, marzo 1878, pp.157 ss. (con la conferencia pronunciada por Cesáreo Fernández Duro, publicada después como opúsculo). También, "Nota sobre los resultados geográficos de esta exploración", por F. Coello (ibid., pp.242 ss., y julio 1878, pp.17 ss).

- (81) Diario de las Sesiones de Cortes, 7 de mayo de 1878. Remito -para todo lo que sigue-a la confrontación con el capítulo IX de este trabajo.
- (82) Entre las conferencias de interés histórico, vid. la pronunciada el 16 de octubre de 1877 por E. Dupuy de Lôme, sobre "La cuestión de Oriente", en la que el autor juega constantemente con los conceptos de "razas superiores e inferiores" y "usurpación del derecho establecido" (BSG, II, nº 10, octubre de -- 1877, p.305).
- (83) Para estos años, cfr. las reseñas de las discusiones en juntas en BSG, I (484-87), III (503), IV (248, 250-51, 349, 354 y 375 ss.) Estas últimas páginas contienen la "Memoria presentada por D. Luis García Martín relativa a la proposición sobre - los medios de propagar el estudio de la Geografía en España".
- (84) "Memoria...", citas en pp. 375 y 383.
- (85) Discurso pronunciado en la sesión en honor de Elcano (BSG, - VII, junio 1879, nº 6, pp.373-85.
- (86) BSG, VIII, septiembre 1879, nº 9, pp.186 ss.
- (87) BSG, VIII, enero 1880, p.189 (subr.mio, E.H.), además de -- 190-91, 287, 360-66, y 445.
- (88) AGA, Educación, Actas del Consejo de Instrucción Pública, - legajo 8.636, sesión de 26 de febrero de 1880.
- (89) Seis años después seguía opinando Merelo de una manera seme - jante, pues al comenzar a discutirse en el Consejo de Instruc - ción Pública -del que formaba parte- el reglamento de las es - cuelas de Comercio, se opone el republicano, radicalmente, a - la injerencia del Estado en este ramo de la enseñanza, que el considera debe vedarse a la influencia oficial, para deposi - - tarlo en manos de la iniciativa privada, y tachando a las nue - vas tendencias en pro de la intervención estatal de "socialis - tas" (AGA, ibid., sesión de 7 de junio de 1886).
- (90) BSG, sesión de 9 de marzo de 1880, pp.360-66.
- (91) Rafael Torres Campos, hermano del iusinternacionalista Ma - nuel, pertenece también al conjunto de aquéllos que, en el seno de la Geográfica, se significan como activos militares-pedago - gos. Quizá él más que ningún otro. Perteneciente al cuerpo de Administración militar, vinculado estrechamente a la ILE, de - la que fué profesor y en la que enlazaría con Posada una amis - tad duradera, era Torres un hombre que -según el sociólogo- "sentía la Etica" (Discurso de Adolfo Posada en el Centro del Ejército y la Armada. Velada necrológica en honor de D. Rafael Torres Campos, Madrid, 1904, p.12).

Y fué esa impostación krausista, precisamente, la que trasladó a la enseñanza de la geografía, que orientaría predominantemente hacia aspectos comerciales y políticos, en su labor en la Normal de Maestras, la Asociación para la Enseñanza de la Mujer, la propia ILE y, por supuesto, la Sociedad Geográfica.

Desde su Conferencia sobre viajes escolares pronunciada en la SGM (Madrid, Fortanet, 1882), hasta sus memorias anuales sobre el estado de La Geografía (en 1895, 96, 97, 1900, 1901, y 1902-3) o los Estudios Geográficos que prologó Coello (Madrid, Fortanet, -- 1895), pasando por la colección de "mapas murales", o sus "cartas mudas de España", se entregó Rafael Torres Campos, por completo, a la divulgación de los conocimientos geográficos, a muy diferentes niveles.

Su especial intuición, por otra parte, unida a la modernidad de su campo de estudio, lo sitúan en el centro de los problemas geopolíticos del momento: La cuestión de los ríos africanos y la Conferencia de Berlín (Madrid, 1885), Los problemas del Mediterráneo (Madrid, 1892), La cuestión de Melilla (Madrid, 1894), ...

Por último, su talante y educación lo llevaban a buscar la reforma social por la vía pedagógica: Las profesiones de la mujer (Madrid, Fortanet, 1895), La mujer en el servicio de correos y telégrafos, La reforma en la enseñanza de la mujer y la reorganización de la Escuela Central de Maestras... Y, conectando con sus constantes preocupaciones pedagógicas y de investigación, Fin y organización de las Universidades (Madrid, Imp.de la Rev.de Legislación, 1903), que por otra parte viene a insertarse en la interesante aportación del institucionismo al debate sobre la autonomía universitaria.

- (92) BSG, XI, 1882, pp.10 ss. Anteriores reflejos de dificultades económicas en BSG, mayo 78, p.374 (quejándose de un déficit en la percepción de cuotas por valor de 4.462,50 pesetas); BSG,III, p. 493: (renunciando a la adquisición de libros -entre ellos manuscritos que pertenecieron al geógrafo Tomás López-, por escasez de fondos); BSG IV, p.276 (en que R.Torres Campos propone por primera vez abrirse hacia sectores sociales interesados en el comercio para atraer nuevos canales de financiación). Se oyó allí la formulación por el ponente de que, por los senderos experimentados poco quedaba ya que hacer, pues no sería "mucho mayor el número de las personas a quienes interese la Geografía teórica en España" (p.275).
- (93) BSG, VII, diciembre 1879, p.128, (Sesión de 18 de noviembre).
- (94) BSG, VIII, abril de 1880, nº 4, pp.360 ss.
- (95) BSG, X, enero de 1882, nº 1, "Reseña de las tareas y estado de la Sociedad Geográfica de Madrid, leída en la Junta General de 6 de diciembre de 1881", p.10.
- (96) J.L.Miège, La expansión europea...cit., p.18.
- (97) Por la Revista Geográfica. Apéndice a la Biblioteca de Viajes (enero 1881, nº 9, p.144) sabemos que La Exploradora percibía en 1881 cuotas de afiliación de 10 pesetas anuales, con derecho a la

recepción de un boletín mensual de 64 páginas, láminas, mapas, y otras publicaciones.

Había nacido La Exploradora a finales de 1868 en Vitoria, a raíz de una conferencia de Manuel Iradier ante un auditorio - que escuchó complacido su proyecto de viajar de inmediato a - Africa. Al parecer, las comisiones científicas en que quedó - dividida la nueva sociedad funcionaron ya antes del 69. Un año más tarde tenía el explorador a punto su itinerario, traza do entre el Cabo de Buena Esperanza y Trípoli, con más de doce mil quinientos kilómetros de recorrido. La Junta General - iba a aprobarlo en 24 de abril de 1870, junto a un reglamento de 12 epígrafes que un año después serían reducidos a 8.

También en 1871 (junta de 26 de febrero) volvieron a reorganizarse las comisiones: Manuel Iradier, Esteban Urquiola, - Enrique Irábien, y Jorge Crespo constituían la de Geografía; Ramón López de Vicuña, Mariano Orcajo, Cesáreo Martínez, E - duardo Ureta y Manuel Arana, la de Historia Natural; Darío - Ruiz se ocupaba de la de Medicina. Eran secretarios Cesáreo - Sáez y Eduardo de Velasco, y ayudante Francisco de Zubillaga.

El 10 de marzo siguiente se aprobaba el "método de exploración que presentaba Iradier, con sólo una enmienda de Ureta, y se decide la celebración de una junta cada quince días, para dar a los reuniones mayor fluidez y oportunidad. En una de - aquéllas, quedaría aprobado el presupuesto de equipaje para - la exploración de Iradier (23.500 ptas.), sin que aquélla fue - ra acometida inmediatamente.

En 1872 se elegirá nueva junta directiva, de la que Iradie sigue siendo Presidente. Es también el año de la formación de una biblioteca en la sociedad euskera de exploraciones, consti - tuida fundamentalmente con las donaciones de su fundador.

Los proyectos (cruzar el Africa de Norte a Sur) son de una vez para otra más ambiciosos: 20.000 duros y tres o cuatro años se necesitarían (según informan los vascos en la exposición de Viena, a finales de año), para darle forma a la idea. Entre tanto, las páginas de la revista dan acogida preferente a trabajos de carácter práctico, aplicados al continente desconocido: "Hidrografía del Africa central", "Notas sobre curiosidades africanas", etc.

Durante mucho tiempo, el puñado de colonialistas vascos había buscado en Stanley su apoyo "moral y material", pero ahora, "en vista del resultado de las gestiones hechas por los - comisionados", La Exploradora aplaza su plan primitivo, aprobando una proposición que restringía el área de exploración a la parte central de Africa, partiendo de las costas españolas del golfo de Guinea.

El 14 de octubre de 1874 Iradier vuelve a anunciarse dispuesto a poner en práctica su proyecto de viaje por las costas septentrionales en descenso hacia la zona ecuatorial del Africa occidental, realizando en efecto sus exploraciones entre - 1875 y 77 por Corisco y Fernando Poo.

Los problemas de la guerra carlista, sin embargo, arrastraron de vuelta a Vitoria a Iradier, preocupado esencialmente - por la recaudación de fondos para nuevas exploraciones. Un - nuevo proyecto de exploración era aprobado en el curso 78/79, al tiempo que se decidía ofrecer a la editorial Muntaner y Simón, de Barcelona, los originales de los Diarios de Iradier - en sus exploraciones anteriores.

El 19 de octubre se recomponía La Exploradora, que pasaba a exponer puntualmente sus trabajos en un Boletín mensual. Desde aquel momento, también, la "parte militante" del conjunto pasaban a constituir la entusiasta agrupación de excursionistas: La Joven Exploradora y La Exploradora de la Academia Alavesa de Ciencias de Observación.

En aquel otoño del año 79, eran 83 los socios de la sociedad euskera, más 14 suscriptores a su revista. De entre aquellos destacan netamente 14 propietarios y 11 militares, vinie do después, en número, 7 catedráticos, 5 abogados, 4 médicos y 4 farmacéuticos, más 3 ingenieros, 3 comerciantes, 3 industriales y 2 corredores. En individualidades, figuran maestros empleados, arquitectos, fotógrafos, marinos, viajeros y presbíteros. Solamente 54 de estos miembros residen en Vitoria. Con un afiliado cuentan Rentería, Bilbao, San Sebastián, Elorrio... Repartidos por la geografía española y extranjera el resto de los miembros, 4 de ellos están localizados en Madrid. Montevideo, con 7 afiliados, revela una conexión estrecha a través de la emigración costera peninsular. (Para la reconstrucción anterior, Boletín de La Exploradora, año I, tomo II, 1880-81, pp.204-265; "Reseña de las tareas y estado de La Exploradora". La lista de socios, en pág.266.

Más datos, en Africa. Viajes y trabajos de la Asociación Euskara La Exploradora, por Manuel Iradier, Vitoria, Vda. e Hijos de Iturbe, 1887, 2 vols. (Hay reedición, también en Vitoria, de 1958).

- (98) BSG, VIII, febrero de 1880, nº 2, pp.137 ss.
- (99) El recorrido se establecía entre 2.700 y 3.600 millas, desde de la bahía de Corisco como punto de partida, y a lo largo de unos catorce meses, desde mayo o junio, con una velocidad media de 8 ó 9 millas por día. Entre los objetivos de la exploración se hallaban las mediciones astronómicas, las meteorológicas, la colección de muestras botánicas, zoológicas y geológicas, el trazado de mapas, la redacción de vocabularios y gramáticas indígenas, observaciones etnológicas, toma de fotografías, etc., acompañado todo ello de la redacción de un diario.
- (100) Revista de las Provincias Euskaras, de donde lo reproduce el BSG, ibid., pp.141 ss.
- (101) Sobre la instrumentalización nacionalsindicalista de la figura de Iradier, vid. las palabras de T.García Figueras, La acción... cit., vol.II.
- (102) BSG, X, enero de 1882, nº 1, "Reseña de las tareas y estado de la SGM, leída en Junta General el 6 de diciembre de 1881", p.11.
- (103) Revista Ilustrada, 23 de mayo de 1881.

- (104) BSG, X, nº 6, pp.456 ss/ ("Extracto de las Actas", sesión de 21 de noviembre). Sobre los debates académicos, dentro y fuera de la Geográfica, cfr. capítulo IX.
- También La Exploradora se había ocupado, lógicamente de ello, bien apoyando la colonización africana a raíz de Canarias, bien comentando a favor o en contra las cosas que en Madrid se decían a propósito de la idea colonial. Por ejemplo, Boletín de la Exploradora, II, pp.45 ss. ("Santa Cruz de Mar Pequeña. Apuntes sobre los derechos de España en la Costa Occidental de Africa", por Gaspar J. Fernández); ibid., pp.59 ss. ("La cuestión de Marruecos en la Económica Matritense"), y ibid., pp.63 ss. ("Una observación importante", - en donde polemiza con el castelano El Globo, negando las supuestamente malsanas condiciones higiénicas de Fernando -- Poo).
- (105) BSG, ibid., p.458. Hay sin embargo quien se atreve a ir más allá. Carrere, sin embargo, en la misma sesión, habla de la necesidad de establecer factorías en la costa occidental de Berbería, junto con depósitos de carbón para la navegación ultramarina.
- (106) AGA, Educación, Actas del Consejo de Instrucción Pública, legajo 8.636, sesión de 1ª de febrero de 1883.
- (107) BSG, XIV, mayo 1883, nº 5, pp.325-26: "Reseña de las tareas y estado de la SGM".
- (108) Martín Ferreiro (1830-1896) había trabajado con Coello en la empresa del Atlas de España, para entrar en la Dirección General de Hidrografía en 1856, emprendiendo entre otras cosas la edición oficial española del Código de Señales Marítimas. En 1864 publicaba su Diccionario Marítimo Español (Madrid, Fortanet) y, desde su fundación, perteneció a la SGM. En la Academia de la Historia desde 1872, pasó a constituir en el 79 la "Sociedad española para el salvamento de naufragos". (Vid. Revista de Navegación y Comercio, 15.4.1896, nº 179, pp.215-16).
- (109) BSG, junio 1883, nº 5, pp.464-67: "Congreso Español de Geografía Colonial Y Mercantil. Circular".

CAPITULO III

**JOAQUIN COSTA Y EL AFRICANISMO ESPAÑOL
DE LOS OCHENTA**

C A P I T U L O I I I .JOAQUÍN COSTA Y EL AFRICANISMO ESPAÑOL DE LOS CCMENTA1.- El irrumpir de la actividad costiana

Llegados a este punto, vale la pena preguntarse una vez más (1) acerca de la vehemente y episódica actividad africanista de Joaquín Costa, no ignorada pero sí descontextualizada por la mayor parte de quienes se han dejado llevar por la atracción ambigua del polémico aragonés (2). Desde los primeros escarceos colonialistas de Joaquín Costa, a mediados de la década de los 70, hasta la amarga condena de cualquier veleidad expansionista, a caballo ya del siglo XX, media toda una cadena de circunstancias que sólo aquilatadas con la mayor precisión posible pueden llegar a arrojar luz sobre esa diametral oposición en las declamaciones costianas, peligrosamente frivolidada con demasiada ligereza. En otras palabras, la pasión que puso Costa en el desarrollo frenético de una expansión territorial que -a posteriori- resulta cómodo calificar de "imposible", no puede ser explicada simplificadamente como uno más de los canales de afirmación personal elegidos para el logro del reconocimiento social y el ascenso hacia élites admiradas, por más que pueda tener (y así lo creo) mucho de ello; y así mismo, la gestación y formulación del tan aireado "Con un escrúpulo de colonia no se es potencia colonial", no puede corresponder únicamente al desencanto-fulminante y por sorpresa que colorea con distintos tintes de una misma gama al puñado de sen-

tenciadores nacidos de las cenizas del desastre. Por el contrario, hay -a mi entender- en esta faceta del pensamiento de Costa una profunda y entrañable coherencia ideológica con lo que, según Alfonso Ortí (3), constituye el núcleo fundamental del -- proyecto costista en los años 80: la cuestión agraria en torno a la polémica del cereal. De este modo, la política africanista de este compañero de viaje temporal de la burguesía profesional madrileña, de origen y resabios campesinos, se inserta perfectamente en el proyecto político total que informó permanentemente la vida de agitador de Costa: la rectificación inaplazable de la vía adoptada por la burguesía liberal española para su afianzamiento histórico, sustituyendo el modelo agrario latifundista y oligárquico por la hegemonía alternativa de una agricultura intensiva y modernizada, en manos del pequeño y medio campesinos, -incuestionablemente propietarios y democratas:

Y son precisamente los rasgos definitorios del desarrollo evolutivo del pensamiento y la praxis costiana a este respecto, a lo largo de su estancia madrileña y en contacto con - la intelligentsia institucionista -en los últimos setenta y -- buena parte de los ochenta-, (rasgos que magistralmente ha sabido delinear Ortí, por quien van influidas decisivamente estas páginas), los que permiten reconocer una identidad profunda en las (aparentemente) diversas facetas de la profusa y febril actividad estratégico-propagandista del Costa rampante y liberal, institucionista y colonista, de la primera etapa.

Es por eso por lo que el efímero esfuerzo expansionista

protagonizado por Costa con la ayuda de un puñado más de activistas, -ligados al librecambio y a la Institución-, va a diferenciarse casi radicalmente de la revitalización africanista - que sigue a la pérdida de las viejas colonias americanas y asiáticas: porque el intento de los años 80 corresponde al proyecto sustitutivo de un modelo de crecimiento capitalista, oligárquico y expoliador, por otro desarrollista y socialmente armónico, en tanto que la marcha progresiva hacia lo que Morales Lezcano ha denominado "marroquismo" (5) se sitúa ya en las coordenadas, perfectamente delimitadas, del ostensible afianzamiento de un sistema económico y político mundial, en que el capital financiero triunfante exige por doquier de los grupos dominantes (también de los de las potencias rezagadas) una respuesta inmediata a sus exigencias imperialistas. Para entonces, -- unas dos décadas después, los años no habrán pasado en balde, permitiendo en España la afirmación de núcleos monopolistas - de inevitable vocación hacia afuera y que -por causa precisamente de la propia evolución general del sistema- no cuentan ya en nuestro suelo con las viejas plataformas coloniales de a acumulación. Africa ejercerá, entonces, casi inevitablemente, - un influjo de atracción -ideológica y material- que no es sólo producto de circunstancias reflejadas, sino de la propia persecución de márgenes de ganancia más amplios para capitales en - búsqueda de colocación. Ese papel, en el contexto global de -- los años ochenta españoles, no podía desempeñarlo de hecho el mito africano, pero sí aquel otro que los propulsores de la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas, a raíz de 1883, pretendían otorgarle.

2.- Liberalismo reformista y colonial

Cuando a partir de 1869, Costa se aproxima a las elites Krausistas, en el Madrid universitario de un Sexenio efervescente, asume, medular y turbulentamente, los presupuestos armónicos - de conciliación social que, a nivel personal, venían a alimentar en él la esperanza de una integración brillante (aunque - Costa la sienta ya como tardía biográficamente) en el seno de esa aristocracia intelectual y urbana que tanto deseaba le diese acogida (5 bis). Al abandonar el ámbito rural que lo ha visto nacer y le ha ofrecido ese símbolo sagrado que es la propia tierra para que la labre con sus manos, el joven Costa -cargado de inquietudes e impaciencias intelectuales y, por tanto, urbanas- no dejará sin embargo jamás de ser y sentirse (mal - que le pese, a veces) un campesino. La cultura oficial, las -- profesiones liberales, la Universidad, en suma, deslumbran y espolean las contradictorias aspiraciones de un hombre que no tardará en comenzar a fraguar su propia leyenda -persistente y amorosamente cultivada- de personalidad inadaptada, marginada en buena parte hasta por quienes en principio le ofrecieran -- una acogida (más o menos cálida o recelosa) en su sancta sanc-torum de la intelligentsia madrileña. Un tradicionalismo patriarcal y religioso, junto a la vivencia ancestral de la "democracia rural consuetudinaria" del Alto Aragón (6), se enfrentan reiterada y tenazmente a las ambiciones liberales de un -- hombre ansioso por insertarse, conciliadoramente con su pasado campesino, en el seno de la corriente ascensionista hacia el - prestigio social, que sólo la capital de la nación permite. Po-

co a poco, de la cadena de frustraciones resultante, llegará a tomar cuerpo esa imagen masoquistamente cultivada por el -- propio Costa de una fuerte (impotente e impenitente) personalidad incomprendida que, por lo elevado y dramático de su trayectoria vital, tantas y tan precipitadas lecturas ("simpáticas" o no), acrónicas la mayor parte de las veces ha logrado atraer del mundo de la historiografía y el ensayo.

Y es así como el momento biográfico que sustenta la actividad africanista de Costa reviste, a mi juicio, un interés -- central en la génesis de sus ambigüedades futuras, por enfocar de lleno hacia la pantalla de ese intento desesperado de inserción triunfante personal (y social, como grupo), en una estructura socioeconómica diferente de la que polarizara la España -- de la Restauración; en otras palabras, por ser momento decisivo en la composición fragmentaria de ese collage ideológico -- que acabará decantándose, muchos años después y tras varios ensayos diversificados, en el agudo y doloroso grito regeneracionista que la política hidráulica consiguió encarnar.

El joven Costa, recién venido del París de la Exposición Universal, podía haberse sentido impresionado por el reverdecer de los estudios geográficos en la capital de Europa. Pocos -- años después, en 1872, comienza de hecho a publicarse la Revue de Geographie, y dos años después el economista y publicista -- Leroy Beaulieu saca a la calle su primera edición del sorprendente De la colonisation chez les peuples modernes. O quizá -- fuera el contacto ^{con el} (viajero español Gatell; lo cierto es que, ya antes de 1876 (7), Costa se halla impresionado por la aventura

de Lesseps, -que intenta restablecer artificialmente el perdido mar del Sáhara. Eran los días en que la Universidad madrileña le otorgaba el premio Maranges por su Memoria sobre "La costumbre como fuente de derecho...", -tras el descubrimiento y afiliación metódica a los postulados krausistas, que daría paso a una intensa actividad teórica, pronto poliforme: Tres años - más tarde, sus lamentos por la España rezagada se apoyan sobre la probada impotencia del país para llevar a cabo una intervención en el Africa negra: "Adiós generosos proyectos de civilización, de colonias, de estudiantes negros en Madrid, dominación universal de islas, costas...", exclama grandilocuente al saber de las hazañas de otros europeos (8).

Para entonces, su proceso de integración en los esquemas universitarios y profesionales madrileños ha sufrido ya algunos sinsabores; la Institución Libre de Enseñanza va a servirle de marco relativamente prolongado de refugio, prestándole - desde su aparición el Boletín, que unos años más tarde dirigiría el propio Costa (1880-83). Pero es preciso recordar que en ese mismo año de 1876 se fundaba en Madrid la Sociedad Geográfica. Costa entra en seguida en contacto con ella para hacerle saber de un futuro proyecto de exploración que podría llevar a cabo el español Joaquín Gatell, quien hace ya diez años se - arriesgó a la aventura. En efecto, en 1877 patrocinó la Geográfica un nuevo viaje protagonizado por Gatell, de resultados del cual, tras espectaculares detenciones y fugas, murió el viajero catalán en Cádiz en 1879. Inmediatamente acudiría la Sociedad madrileña a la divulgación de la memoria de Gatell, pero -

el hecho es que había dejado la empresa inconclusa (9). Bien fuera por ésta o por otras razones, el hecho es que Joaquín - Costa tardó todavía unos años en acercarse a la Geográfica como plataforma de acción.

Entre tanto, el BILE se muestra pródigo en colaboraciones costistas, orientadas ya hacia metas plurales: como en sus anteriores trabajos en la Revista Europea, desde 1877 una inspiración al menos triple (historia, derecho y agricultura) va a guiar la pluma del febril institucionista (10), en los primeros momentos; y por más que un silencio prolongado siga a esta nueva manifestación, parece significativa la publicación en el Boletín del artículo "Otro viajero español en África" (11), - que se refería a Gatell en su última exploración. Era septiembre de 1877, y, al parecer, la flamante Asociación española para la Exploración del África se había puesto también en contacto con Costa, como posible conocedor del paradero de Gatell - (12). Nada más, sin embargo, logramos saber sobre estos temas en los años inmediatos. Costa, director del Boletín desde 1880, se entrega apasionadamente al cultivo del derecho -preferentemente consuetudinario-, de la mitología hispana y de la literatura antigua (13), pero lo más importante de cara al futuro político es ^mdedicación perseverante y entrañable, patente al menos desde 1876 y no abandonada en mucho tiempo, a los temas de agricultura: la renovación o sustitución de cultivos, la introducción de técnicas más apropiadas, la elección cuidadosa de - un modelo jurídico de propiedad de la tierra, conforman ya desde 1880 un proyecto alternativo para el campo español, en el -

marco teórico del liberalismo económico que ha heredado de los hombres del Sexenio (14).

De este modo, y al mismo tiempo que acude Costa (1880) - al Congreso de Jurisconsultos Aragoneses, requiere su atención el de Agricultura y Ganadería que se celebra en Madrid en el mismo año. A éste, y al del mismo nombre y objetivo que se reunirá al año siguiente, presenta lo que Alfonso Ortí ha definido como "el primer y coherente programa nacional costiano", -- orientado "hacia la sustitución de una agricultura extensiva - basada en el cereal y fundamento de la estructura latifundista por otra más intensiva, apoyada sobre el binomio ganadería-regadía, conciliando los intereses del pequeño campesinado parcelario con los de las clases medias mercantiles y profesionales, partidarias del librecurso frente a los intereses proteccionistas de la propiedad agraria estancada" (15). Su militancia docente junto a lo más progresista de la burguesía profesional y mercantil madrileña, su convivencia en el marco de la ILE -- con estos grupos de intereses que tienen en el librecurso -- su opción económica e ideológica, casi le obligan a realizar -- este esfuerzo de síntesis conciliadora, de armonía social, en donde la plataforma hegemónica había de ser distinta a la que, de hecho, poseía las riendas del poder.

Por el momento, no obstante, escaso dramatismo encierra el proyecto: el marco político plural que el, todavía naciente, estado de la Restauración parecía ofrecer, hace concebir a Costa esperanzas de mutaciones no violentas. Contra el proteccionismo cereal, palmaria expresión de la oligarquía gobernante, tra

dicionalmente acusado por sus detractores de provocar con su actitud un recrudecimiento de las duras condiciones de vida de las clases populares (16), reivindicará Costa el viejo leit-motiv sociopolítico del pan barato a cualquier precio, pero ahora no ya encerrado en los estrechos límites de una etérea y omnímoda libertad de comercio, sino con la decisiva aportación de integrar a esta última en un proyecto conjunto que involucraba a las clases medias rurales con las urbanas, en una rueda ideal de producción-distribución (intensiva una, abierta la otra) en la que todos los engranajes se deslizaban suavemente, impelidos sin cesar por esa conciliación de intereses que Costa -quizá ante todo a nivel personal- necesitaba entonces pergeñar.

En la afirmación progresiva del proyecto populista (17) que se afianza en la mente del Joaquín Costa de los primeros ochenta, en la delimitación y plasmación precisa de unos contornos firmes para esa "alianza antioligárquica y desarrollista de las clases medias mercantiles y profesionales de la ciudad con el pequeño campesinado parcelario" (18) es donde únicamente -así al menos lo creo- cobrará una nueva luz lo que después se conocerá como la "etapa africanista" del controvertido aragonés. Buscándole horizontes al comercio español, pensando quizá en la rentable potencialidad de nuevas colonias como fuente de productos necesarios al consumo urbano e intercambios, de experimentación agrícola o de absorción de excedentes de la población campesina (puesto que la baza de la industrialización juega un papel ^{apenas} perceptible en el proyecto) y, sin duda,

fundamentalmente atraído por el modelo de desarrollo inglés - del ochocientos y sus teorías, la política colonial se ofrece a Costa como valioso coadyuvante al éxito global de su programa. Antes de que fuera demasiado tarde, antes de que la incipiente crisis triguera española (y europea) forzase a consolidar la vía gran-capitalista aceptada de buen grado por la clase política, Costa trata (con el voluntarismo típico del pequeño burgués que asume como supraclasistas los intereses de su grupo, identificándolos con los del conjunto de la nación) de desviar el curso emprendido, presionando sobre los gobiernos (que todavía cree permeables), pulsando a la opinión pública, a la que -quizá como Azcárate- considera depositaria de los verdaderos intereses del país, pero a la que no es consciente quizá de hasta qué punto manipula y arrastra (recibiendo así de su actuación una impresión falsa, cantera posterior de desencantos)...

Sin duda, cree Costa más fácil, en un principio, exigir del poder político la inserción activa de España en la gran corriente modernizadora de las relaciones con la periferia del sistema, que se perfila por aquellos días en Europa: confesada política de prestigio, atracción por la dilatación del dominio político, territorial y económico, posible desahogo para la presión demográfica que una deficiente distribución de la riqueza polariza progresivamente en el 'crescendo' de los movimientos sociales... Cualquier razón va a ser válida para otros, y hay que dar por seguro que en la cabeza de Costa son grandes las esperanzas de que el bloque de poder llegue a interesarse

por esta válvula de escape, tan codiciada por las grandes potencias, y tanto más cuanto que razones dispersas son aducidas desde otros puntos de reclamo (valga recordar una vez más la actividad ponderada, pero continua, de militares y científicos en el seno de la Geográfica (19); y, sobre todo, teniendo en cuenta que el partido liberal, todavía cercano al círculo institucionista, acaba de estrenarse en el poder. Será así como, a lo largo de 1882, antesala de su inserción en el cenáculo -- geográfico, vaya madurando Costa esta faceta de lo que entiendo como plan conjunto, cimentando sobre aquella admiración novelesca y romántica que deja traslucir su temprano interés por las exploraciones africanas la trama coherente de un proyecto de ampliación de las relaciones comerciales que, a su vez, es solo la vertiente más próxima, --la que piensa de más probable realización inmediata--, de toda una interpretación alternativa para el curso futuro de la revolución burguesa en España. Las clases mercantiles, urbanas y cosmopolitas, tenían ahora la palabra frente a la oligarquía dominante. Y Costa se apresura a informarles de qué es lo que han de decir.

La recontextualización de la "intervención ideológica" global de Joaquín Costa en los Congresos agrícolas madrileños de 1880 y 1881, que con tan grande penetración ha realizado Alfonso Ortí, ilumina de lleno el telón de fondo para esta aparición repentina de Costa en la Geográfica. Lógicamente, el texto de 1881 presenta una mayor coherencia, aunque ya en el discurso de 1880 la matriz hidráulica vertebraba limpiamente esa intención de "armonizar los intereses de la ganadería con los de

la agricultura" que explícitamente se sitúa en primer plano. - La agricultura española y la libertad de comercio, -que así tituló Costa su intervención pública de 18 de mayo de 1881-, (20) se abre precisamente con la constatación dolorosa de la exigüidad del comercio exterior español, interpretada en un contexto de suproducción total que Costa enfila, en principio, sin vacilar contra el proteccionismo industrial textil, y -sólo a continuación- contra la incipiente protección agraria. Lo elevado del gasto público, no obstante, y la consiguiente presión fiscal, ya casi insoportable, hacen caer por su peso "la urgente, la apremiante necesidad de acrecentar nuestro comercio exterior, y no así como quiera, poco a poco y en proporción aritmética, sino rápidamente y por masas, si no hemos de quedarnos -tan atrás de los demás países que nos sea ya después de todo -punto imposible el alcanzarlos".

Por supuesto que el sustrato económico es el librecambista de Bastiat, acostumbrado en los círculos intelectuales y profesionales madrileños, y con el que Joaquín Costa no podía tampoco vacilar en entroncarse: "No es menester que yo os diga -- que el comercio exterior principia por la exportación, porque sin ello no hay importación: y hemos de acrecentar la exportación, y por consiguiente, la producción de objetos exportables abriendo mercados que hoy tenemos cerrados, o poco menos, ofreciendo ventajas a cambio de ventajas, con reciprocidad arancelaria". Sin embargo, el contexto económico mundial, perfectamente comprendido ya como un sistema, confirma al Costa agrarista en las líneas fundamentales de su "solución" para el fu-

turo del desarrollo capitalista peninsular: "¿Y qué es, de lo que las extranjeras necesitan y solicitan de nosotros, lo que nosotros podemos producir en grandes cantidades y en poco tiempo?. ¿Quién tiene la posibilidad y sobre quién pesa, por tanto la responsabilidad y el compromiso de acrecentar rápidamente - el comercio de exportación y de sentar sólidamente las bases - de nuestra regeneración y de nuestro porvenir?. ¿Será la industria fabril y manufacturera?. Ya lo habéis contestado vosotros, no: es la agricultura; a ella se debe que nuestro comercio exterior haya crecido, en sólo diez años, desde 3.000 a 4.000 millones, a pesar de haberse suspendido los efectos de la reforma arancelaria de 1869, y de no haberse celebrado tratados de comercio: a ella hemos de deber que en otros diez años ascienda desde 4.000 a 10.000 y después en una progresión mayor; a ella, que no a protecciones fundadas en privilegios odiosos, ha de deber también la industria nacional su prosperidad y florecimiento, porque, si es verdad que todo producto se compra con producto, si el comercio se reduce en último análisis a -- una simple permuta de géneros --no siendo el dinero sino un medio de hacer más fáciles y rápidos esos cambios de productos--, constituyendo como constituímos mayoría en España los labradores y minoría los industriales, es claro como la luz del día -- que el modo más eficaz de fomentar la industria es hacer que -- los labradores tengan muchos productos agrícolas que ofrecer a cambio de productos industriales, no siendo verdadera la reciproca, porque sobre ser minoría los industriales, todavía lo -- que producen, lo producen a expensas de la protección forzosa

que les dispensan los más, o sea, los labradores, ni tampoco la protección de unos y de otros, porque en el fondo viene a reducirse a una expoliación mutua, antes rémora que incentivo y estímulo para el trabajador".

Aumento de las exportaciones sobre las importaciones, intercambio basado en la oferta agrícola contra la demanda industrial, en definitiva, todo un corpus económico original articu lado en este esbozo de modelo de desarrollo antiproteccionista y agrario, susceptible de ser suscrito en efecto en el devenir histórico posterior, que se adelantará, sin embargo, por aque llos derroteros(diametralmente opuestos) que Costa trataba de -obturar. Exportación fundamentalmente agraria, pues, junto a -una ampliación en profundidad y extensión (plataforma portuque sa) del mercado interior para la -escasamente competitiva a ni vel europeo- industria nacional, se presentan ya aquí como los pilares básicos de ese desarrollo armónico de las clases me -dias en los 80, postulado por Costa.

Meses más tarde, y siempre bajo el protector caparazón -de la Institución Libre de Enseñanza -donde hay que imaginarlo en estrecho contacto con Rafael Torres Campos y Gonzalo de Re paraz, miembros activos de la Sociedad Geográfica- (21), con cebiría Costa buena parte de sus proyectos coloniales, tras --una etapa de concreción teórica que, poco a poco, se perfila con nitidez.

Sabemos por el barómetro de precisión que (respecto a las preocupaciones costianas) constituye para estos años el BILE - (22), que -ya en enero de 1882- Costa se había abierto hacia -

la amplia problemática específica del comercio exterior español, decantándola preferentemente hacia esos puntos de atracción política y mercantil que conforman las colonias de emigrantes españoles en Sudamérica (23), aunque no se halle por cierto ausente la atención al Africa más cercana (24), y por más que su creciente interés por el comercio con estas áreas se camufle en ocasiones, -entre la erudición y la propaganda solapada-, con los velos de la historia antigua (25). Gonzalo de Reparaz, colaborador entusiasta en estos primeros pasos, --firmará junto a Costa algunos de los artículos más impulsivos. Pero para entonces (noviembre del 82), ya hace meses que Costa -abogado y profesor auxiliar en la Universidad de Madrid- ha -logrado retener la atención de un puñado de atentos a su esbozo de programa: el 11 de marzo los salones del Círculo de la -Unión Mercantil e Industrial madrileña le habían dado acogida para oírle propugnar una amplia intervención comercial -que no sólo afectaría a Marruecos, como había sido tradicional-, sino que abarcaría otras zonas del territorio africano, como Guinea, Sáhara, y -nqtan sorprendentemente- las posesiones portuguesas (26). Con gran coherencia se revuelve Costa, al mismo tiempo -contra el modelo colonial, deficiente y arcaizante, que España ofrece a sus ojos, cobrando su pensamiento esa vertiente abolicionista que no es sino uno más de los retazos que forman el -telón de fondo de estos años.

La participación de Costa en los mítines anuales de la -Sociedad Abolicionista Española, así como en los de la Asocia-ción para la Reforma Liberal de los Aranceles de Aduanas, es -

datable, al parecer, desde 1882, prolongándose por lo general - hasta 1887; es decir, durante el período aproximado que abarca su vocación y entrega a la idea colonial. Entiendo estos datos como nuevas piezas para la composición final del rompecabezas costiano en ésta su etapa liberal y africanista, tendente en - suma a la reforma global de la sociedad española. A comienzos de enero de 1882, con un discurso cuyo texto es hoy conocido - lo que no ocurre con la mayoría de los textos esencialmente - librecambistas (27), exponía Costa por primera vez como un todo coherente, en el seno de la Sociedad para la Reforma de - - Aranceles, su proyecto económico fundamental, basado esencialmente en la tolerancia aduanera hacia Portugal e Hispanoamérica con vistas a la imprescindible ampliación de mercados, premisa sine qua non del desarrollo capitalista. Pero la poliforme - - preocupación intelectual costiana iba a centrarse en los meses siguientes en una vertiente paralela de la formulación total - de su planteamiento reformista: entre septiembre y diciembre - de 1882 escribe Costa en el BILE el 50% de los escasos artículos que Cheyne sitúa bajo el epígrafe generalizador de "Town Planning", impregnados sin duda de un reformismo social que no es fácil volver a encontrar en Joaquín Costa en los años si- - guientes. El peso del indudablemente peculiar socialismo británico se deja sentir con fuerza sobre aquellos trabajos de política social urbana ("Las habitaciones insalubres en Inglaterra y Francia: viviendas para obreros", "Mortalidad de Madrid: causas y remedios", "Intervención del Estado en la construcción - de casas para obreros"... (28), tanto como en su reacción violenta contra el latifundio, origen del problema social por el

vicio nefando del monopolio de la propiedad territorial por -- parte de unos pocos (29).

Pero para entonces el interés despertado en Costa por el sinfín de lecturas a que se entregaba, adopta también una dimensión hacia afuera en su incipiente proyecto de reorganización nacional: "El ministro de Marina ¿debe ser marino?" (30) se preguntaba Costa a propósito de la reciente atención prestada por la prensa española a la marina militar, siguiendo de cerca importantes debates habidos igualmente en Francia o Italia. Parte de la opinión - y parte numéricamente importante - había abogado por la entrega a manos civiles del ministerio de Marina. Pero ello no es suficiente, opina Costa, esbozando todo un programa de sustitución de unos intereses burgueses por otros: "Acaso, al pedir la desmilitarización del Ministerio de Marina se quedan a la mitad del camino: entiendo que el ideal está en suprimirlo. Las funciones que desempeña, unas son de Fomento, otras de Guerra, y hay que reintegrar en ellas a estos dos departamentos ministeriales. Ejército y Armada deben hallarse bajo una sola dirección, bajo la dirección de un estadista (industrial, abogado, médico, ingeniero, marino, militar, catedrático, publicista, importa poco), que a su celo, rectitud y laboriosidad, una la condición de ser inteligente y experto en - ese ramo especial de la administración pública" (31). Pronto - habría de hallar Costa ocasión propicia para explanarse sobre estos temas. Su intervención en el Congreso de Geografía, centrada esencialmente sobre la cuestión de la marina española, - salpica aquí y allá en diversos momentos de la publicística costiana, en este bienio crucial de 1882-83. El problema del te

mido acercamiento a las potencias centrales, reputado como contra natura por el liberalismo más puro, planea sobre el fondo internacional de este asunto a resolver: la reorganización inmediata de la marina española (32).

3.- Sobre razones probables para un "desencanto"

Pero para entonces, se había producido ya el acercamiento y la inserción en los cauces institucionales -si bien privados y en consolidación- que más cerca se hallaban de los presupuestos costianos. En el otoño de 1882 Joaquín Costa, propagandista y profesor, entra en la Sociedad Geográfica, siendo elegido vocal unos meses más tarde. Sin abandonar sus actividades en la ILE, Costa espera quizá que esta nueva maquinaria de impulsión sea capaz de llevarlo más lejos. En pocos meses va a tener ocasión de comprobar las primeras limitaciones fácticas de sus proyectos, origen de controversias ideológicas y malentendidos, débil fuente de esperanza para quienes pretendieron desviar a tiempo el torrente avasallador de la alianza oligárquica. Así, -y aunque esto nos embarque ya en un salto en el vacío- guarda una perfecta correlación su entrega pasional a la política africana (entre 1883 y 1887) con los últimos coletazos de su fase liberal y conciliadora, partidaria de la armonía entre las clases (33), diseñadora de un modelo de recambio para el crecimiento capitalista español.

En pocos años, se ofrecerán a Costa serias y fundadas dudas de que el marco jurídico y económico vigente sea todavía capaz de amparar dichas transformaciones: la agudización del problema cereal -y los virajes económicos e ideológicos que genera (34)-; el afianzamiento político del bloque oligárquico -al hilo de la consolidación progresiva de los moldes económicos dominantes; el triunfo incipiente, en definitiva, de la ultraprotección que Costa adivina ya desde el principio, vienen a incidir de modo directo y definitivo en el espectro ideológico

co de este representante, tanto de la pequeña burguesía ilustrada como del campesinado parcelario, cuya conjunción, por -- otra parte, se revela imposible (35). Al desencanto sociológico no le iría en zaga, en este caso, el peso creciente de una humanidad enferma y -relativamente- inadaptada. De 1888 a 1890 Costa ejerce como notario en Granada y en Jaén. Cuando vuelva a la lucha política, poco tiempo después, ni el Estado, ni los gobiernos, ni el propio marco urbano tendrán mucho que ofrecer a quien -en un esfuerzo organicista de altos vuelos- ha tratado de obtener todo de ellos. La gran burguesía se reafirma en su control de los resortes económicos del país, y la sensación de impotencia que embarga a la España rural va a cobrar la nueva forma aliancista, agraria básicamente y por definición, que caracteriza al Costa de los años 90, con plataforma casi definitiva en el Alto Aragón.

Por eso no es casual que el desvanecimiento definitivo e de sus sueños de expansión, tras la cadena de frustraciones su fridas, una tras otra, por las iniciativas de esos años de fe- - bril actividad coincida con la formulación de un nuevo modelo de desarrollo económico y social: el que también fracasará con su rechazo por las urnas -en 1896-, dando al traste con sus ensayos interclasistas de amplio espectro rural. A partir de entonces, su radicalización republicana se asienta sobre una nueva estrategia, furiosa y necesariamente antioligárquica y anti parlamentaria, como si el doble desastre -personal y nacional- le urgieran a convocar frente al bloque de poder a todas aquellas fracciones o sectores al borde del desclasamiento o impacientes por las dificultades de acceso al aparato político e -

ideológico del Estado.

Pero tanto en un proyecto como en el otro, la política colonial no jugaba ya prácticamente ningún papel: las circunstancias, los intereses, los problemas más acuciantes eran - - otros, y la explosividad potencial de los antagonismos sociales (en alza) impulsa a Costa, en la onda del grito regeneracionista pequeño-burgués (36), a agitar furiosamente la campanilla para convocar con urgencia a las fuerzas en presencia. Poco le va a importar entonces, en buena comprensión del momento histórico que se le ofrecía, la reactivación de la política colonial expansionista (al revés que al puñado de compatriotas - que -en función de intereses materiales o morales- se sumergen en ella de un modo o de otro), porque aquel intento desesperado de forzar el pacto colonial -en 1885 y siguientes- con vistas a la angustiosa colocación de excedentes que acompaña a la generalización y ahondamiento del problema triguero, venía propugnado precisamente por aquella oligarquía que Costa, en nombre de las clases medias del campo y de la ciudad, había tratado en vano si no de sustituir (en un primer momento), sí al menos de agujerear, de desplazar parcial y progresivamente. Y de ahí también el rotundo rechazo de la expansión e (incluso) mera conservación colonial en la potente voz del Joaquín Costa - posterior al 98, que emprende ahora la construcción de un nuevo modelo alternativo, esta vez definitivamente inaplazable, - sobre la ramificada y flexible trama ideológica que había experimentado por vez primera su concreción práctica en el proyecto hidráulico del Costa de los años 80 (37).

Nada tiene de extraño, pues, la rotunda negatividad con que Costa, en octubre del 99, -cuando aparece en La Publicidad su después tan traído y llevado programa de "escuela y despen-sa"-, viste a su propia representación de la imagen de Africa, en absoluto ya fuente de regeneraciones y vía común de acerca-miento a Europa, sino -todo lo contrario- rémora espiritual que ha impregnado hasta la médula la capacidad in-dividual y social de los españoles para integrarse en la carre-ra del progreso (38).

Pero aquí no vamos a tratar de ese declive, que queda pa-otra ocasión, sino del proceso ascendente y su brusca interrup-ción en el momento en que se producen importantes transforma-ciones en los derroteros económicos y sociales de la historia de la España liberal y burguesa. Es decir, de la inflexión sen-sible a lo largo de la década de los ochenta. Circunstancias -externas, múltiples en su interrelación fundamental, confluyen sobre la actividad de unos hombres y unas instituciones (y Cog-ta asumirá un papel central en ellas) que se adentran por la -vía colonial como cauce de inserción europea para un país en -proceso de transformación y cambio. Cada uno lo hará a su mane-ra, según una peculiar trama ideológica no exenta de contactos con el resto de sus compañeros (frecuencia, librecambista) pero en definitiva, propia y particular. Entre ellos, la actividad -intensiva de un Joaquín Costa destaca inevitablemente, no sólo por lo abundante de su participación, sino por la complejidad y hondura del proyecto global que la informa. El campo, sufri-da y sufriente plataforma de reacomodación entre las clases, -

se halla sin dudarle en el centro de la problemática costiana, aunque por un momento quede velada su función de espina dorsal. Y precisamente el campo español era escenario -aproximadamente en los inicios de la teorización colonial costiana- de las más tempranas manifestaciones de un fenómeno inusitado: la primera crisis triguera de superproducción en España.

Ramón Garrabou y Ricardo Robledo han descrito con agilidad la modalidad española de una crisis de alcance europeo. Todos los sectores sociales con vinculación más o menos directa a la agricultura van a sentirse seriamente afectados por la irrupción en masa de los trigos más baratos producidos en los países nuevos. En consecuencia, toda Europa es escenario de cambios en las estructuras agrarias, si bien en España no siempre se llegue a ellos, al adoptarse la conocida política de transferir los costes diferenciales al elemento más débil (39). La confluencia de una serie de factores -escribe González Portilla- (crisis agraria de fines de siglo, malas cosechas, baja de precios, etc.) hacen que la contribución territorial sea "un gravamen excesivo que muchos campesinos no podrán satisfacer, adquiriendo deudas", y cayendo así en un círculo interminable de endeudamiento y empobrecimiento progresivos: "Para los seis años que van de 1880 a 1886 la Hacienda embargará casi dos mil fincas" (40). La manera inmediata de paliar la coyuntura deflacionista para los precios agrícolas, coyuntura impuesta en definitiva desde el exterior, será -se ha dicho muchas veces (41)- la protección arancelaria. El arancel sube artificialmente los precios, produciendo una escalada inflacio-

nista en el interior, que repercute con acritud y rapidez sobre las clases desposeídas, materiales pagadoras de los costos de la crisis. Se obtiene así una doble dimensión de opresión y expolio, tanto para el pequeño campesinado, que se endeuda y emigra, como para el proletariado (en sus dos medios ambientales, rural y urbano): el primero, sobreexplotado ante la abundancia de mano de obra desocupada, el segundo, fundamentalmente a través del mantenimiento de altos precios para el pan y los demás productos de la tierra.

Pero hay todavía algo más, a la larga de mayor gravedad incluso, y que J. Maurice ha puesto de relieve recientemente: la reafirmación, inamovible y trágica a medio plazo, del monopolio de la tierra. Reafirmación que va a llevarse a la práctica a través de múltiples medios (en el caso andaluz, más que - por medio de la protección arancelaria, por la estrecha alian-za entre burguesías propietaria y arrendataria, así como por - el eficaz concurso de la burguesía comercial, que no vacila en reconvertirse a la producción agraria) (42). Un largo proceso de interpenetración capitalista (43) entre negocios urbanos y rurales va a alcanzar el siglo XX con unas dimensiones de conflicto insoluble dentro de los cauces formales (44). Y era el enfrentamiento sangriento, ^{de aquí} que desencadenó, lo que Joaquín Costa, cincuenta años atrás, pretendió prevenir mediante un modelo de desarrollo armónico de la sociedad, presentado como alternativo al que en aquellos mismos momentos consagraba legalmente el prepotente Parlamento largo (1885-1890). En ese proyecto refor-mista y, todavía sólo en ciernes, populista del Joaquín Costa de

los primeros ochenta la vertiente colonial jugaba el papel -de innegable autonomía relativa, por otra parte- de válvula de escape y solución probable para unos problemas internos: cuestiones como la emigración creciente (45), la distribución de la producción agraria y la ampliación de los mercados peninsulares, constituyen líneas vertebradoras del proyecto colonial de Costa. Su concreción específica, en el contexto institucional de las sociedades de Geografía, es el objetivo central de los próximos capítulos.

NOTAS AL CAPITULO III.

- (1) Exceptuando el breve artículo de L. Aguirre Prado ("Joaquín Costa, africanista", Africa 328, abril 1969, pp. 127 sigs.), hasta 1977, en que E. Fernández Clemente da a la luz pública su Joaquín Costa y el africanismo español (Zaragoza, Porviviir independiente), -ampliación de una - anterior comunicación presentada al VIII Congreso de Historia de España Contemporánea, en Pau- es "extrañamente" (dice Fernández Clemente, p. 9) marginada por biógrafos ensayistas y muchos de los que, de una u otra manera, se han ocupado de Costa, esta faceta de la publicística y - la práctica costianas, aunque, por supuesto, todos ellos sepan -y mencionen- sus actividades en este sentido. A - mi entender, esta desatención se debe fundamentalmente - al desconocimiento todavía profundo que afecta a la figura del joven Costa, liberal y a la búsqueda de una integración en la escala de valores de la burguesía intelectual madrileña. Solo en un contexto pluridimensional de reinterpretación de esta etapa (para el que los trabajos de Alfonso Ortí citados más abajo proporcionan coordenadas valiosísimas) puede integrarse en un todo coherente la aparente fractura ideológica que la acción africanista de Costa ha revertido para la mayoría de los observadores, despiatados por la consideración epidérmica de un aspecto fundamental de su evolución biográfica e intelectual.
- (2) No es este lugar idóneo para pretender una exhaustividad - en la bibliografía costiana. Remito a la muy autorizada obra de G. J. CHEYNE, Joaquín Costa, el gran desconocido Barcelona, Ariel, 1972, y A Bibliographical Study of the writings of Joaquín Costa (1846-1911), Londres, Thamesis Book Ltd., 1972, recientemente vertida al castellano por la editorial Guara, de Zaragoza, (con la advertencia de que citará siempre por el original inglés), así como a - los reveladores trabajos de Pérez de la Dehesa y Tuñón -

de Lara citados más abajo. He prestado especial atención al resumen de la tesis doctoral de A. Pina González, "El pensamiento de Joaquín Costa y el costismo como doctrina económico-social", Revista de la Fac. de Derecho de la Universidad de Madrid, XIV, nº 38-39 (1970), págs.

- (3) Cfr. fundamentalmente su "Infortunio de Costa y ambigüedad del costismo: una reedición acritica de 'Política Hidráulica'" (Agricultura y Sociedad, 1 (octubre-diciembre -- 1976), pp. 179-190) y, más ampliamente, "Orígenes de la política hidráulica: la polémica del cereal español en la crisis agraria de los años 1880" (ibid., pp. 209-285). -- También, por supuesto la profunda introducción a la reedición de Oligarquía y Caciquismo que, poco antes, había publicado la Revista de Trabajo (Madrid, 2 vols., -- 1975-76).
- (4) La puesta a punto historiográfico de la defensa de una u otra vía de inserción en el engranaje capitalista ha sido realizada recientemente por J.S. Pérez Garzón, "La revolución burguesa en España: los inicios de un debate -- científico, 1966-1979", en M. Tuñón y otros, Historiografía española contemporánea, Madrid, Siglo XXI, pp.º 91 ss.
- (5) V. Morales Lezcano, El colonialismo hispano-francés en Marruecos.
- (5 bis) Sobre la base filosófica de este pensamiento, J. J. -- Gil Cremades, Krausistas y Liberales, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1975, y E. Díaz, La filosofía social del Krausismo español, Madrid, Edicusa, 1973.
- (6) El componente tradicional y religioso de dicha "democracia" fué subrayado ya con intensidad, en 1917, por L. Antón del Olmet (Los grandes españoles: Costa, Barcelona, pp. 224), siendo --a mi entender-- Rafael Pérez de la Dehe-

sa (El pensamiento de Costa y su influencia en el 90, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966) quien, en las interpretaciones más recientes del pensamiento -- costiano concede a aquel factor mayor importancia.

- (7) La referencia procede de su biógrafo M. Ciges Aparicio, - Joaquín Costa, el gran fracasado, Madrid, España Calpe, 1930, pp. 52 ss., y es recogida por E. Fernández Clemente, op. cit., p. 25. Sobre Joaquín Gatell, que a su vuelta de las exploraciones africanas en 1865 procura junto con Merry y Colom (Jefe de la sección política del Ministerio de Estado) que los Gobiernos de O'Donnell, Narváez y González Bravo se interesen por la empresa de exploración, vid. J. B. Vilar, España en Argelia, Túnez, Ifni y Sáhara durante el siglo XIX, Madrid, IEA, 1970, pag. 66 ss., que a su vez sigue a J. Gavira, El viajero español por Marruecos Don Joaquín Gatell -Kaid Ismail-, Madrid, 1949. La Sociedad Geográfica parisina publicó sus trabajos a Gatell, por lo que es posible que esto fuera eslabón de enlace con Costa (vid. R. Ricard, "Contribution à l'étude du mouvement africaniste en Espagne de 1860 à -- 1912", Bulletin Hispanique, t. XLVIII, nº 3, 1946). Por otra parte, Cheyne (Joaquín Costa ... cit. p. 56-58) - - aporta nuevos datos biográficos para la comprensión del proceso. Recién llegado a Madrid, no siendo todavía bachiller en Artes, consigue un trabajo como profesor del Colegio Hispano-Americano de Santa Isabel. Ha de dar Geografía a los alumnos, y escribe en su Diario: "Tengo que emplear la noche en estudiar, porque estoy enseñando clases, como la de Geografía e Historia, que no sé si he -- aprendido bastante, especialmente Geografía, que tantos deseos tenía de aprender" (p.56). Cuando, después de una breve ausencia, vuelve a Madrid en el otoño del 69, solicita de Cardenera una plaza del Ministerio de Ultramar - para Fernando Poo o Filipinas, que no consigue. (p. 58).

- (8) La carrera colonial -especialmente los progresos en este -

sentido de ingleses (siempre admirados, por profundas y coherentes razones de tipo ideológico) e italianos (símbolo del desperezamiento posible para naciones de economías arcaizantes- es seguida con especial interés por el Costa de todos estos años, cubriendo en su publicística posterior -como hemos de ver más abajo- un lugar no despreciable.

- (9) J. Gatell, Viajes por Marruecos (El Sus, Vad Nun y Tekna), apéndice al BSG, Madrid, 1879. Sobre Gatell y su aventurada vuelta a España, J. B. Vilar, España en Argelia ... cit. p. 68, según un despacho del Ministro en Tánger a la Corte, de 1878, en ADGPS, nº 122).

- (10) La dedicación al cultivo de la historia antigua y medieval y las mitologías peninsulares, junto a una atención también cuidada a la filología informarán buena parte de estos primeros trabajos del Costa universitario (Vid., p. ej., "La religión de los celtas españoles" (BILE, -- 1877, pp. 9 y 17): "Los dialectos de transición en general y los celtibérico-latinos en particular" (BILE, 1878 pp. 81, 114, 131, 150 y 159), "Las juglaresas gaditanas en el Imperio Romano" (BILE, p. 17), "Representación política del Cid en la epopeya española (BILE, 1878, pp. 155 y 163), "Los dialectos de transición" (BILE, 1879, - pp. 2, 18, 33, 41, 58, 67, 89, 99, 106, 113, 129, 149, - 156, 162 y 186), etc.. Gran parte de su erudición al respecto se volverá poco después en su Introd. a un Tratado de política, sacado textualmente de los refraneros, romances y gestas de la Península por---, M. Imp. Rev. - Legisl., 1881, así como Cuestiones celtíberas: religión, Huesca, 1877).

Su vinculación profesional al campo de los estudios jurídicos aparece patente, lógicamente, en sus primeras publicaciones de entidad: La vida del derecho, Madrid, - 1876, El derecho en la letra y en la vida. Estudio DEL DERECHO consuetudinario. La vida del derecho, teorías de

hechos jurídicos, Madrid, 1876, y Derecho consuetudinario del Alto Aragón, Madrid, 1877-1880. Por último, se percibe con claridad un interés cuidadoso por las técnicas agrícolas de mejora, orientadas netamente hacia el campesinado parcelario y la explotación pequeña e intensiva: A lo largo de 1879, y en el BILE, solamente "La fermentación como medio de mejorar y conservar el forraje verde" (p. 113), pero ya tres años atrás, en la Revista Europea, había apreciado "El suelo de la patria y la redención del agricultor" (año VI, nº 111, 9 abril 1876, pp. 201-209), y, por otra parte, su intervención en el Congreso de Agricultores de 1880 (cuyo texto publicará después en el mismo Boletín) revela una construcción ideológica bastante apoyada ya en un andamiaje técnico elaborado.

- (11) BILE, 1877, p. 33-34.
- (12) Información procedente del Diario de Huesca, a mediados de septiembre, citada por E. Fernández Clemente, op. cit pp. 27-28.
- (13) Cfr. la relación que ofrece R. Pérez de la Dehesa, op. cit., pp. 236 ss.
- (14) Además de la reproducción de sus intervenciones en los congresos agrícolas de 1880 y 1881 ("Si debe limitarse el cultivo de cereales en España" (BILE, 84, 16.8.80, pp. 113-14, 85, 31.8.80, pp. 122-25, 86, 16.9.80, pp. 131-33, y 88, 16.10.80, pp. 145-47, "Importancia social de los alumbramientos de aguas", BILE, 96, 20.2.81, pp. 18-20, 97, 8.3.81, pp. 29-31, 98, 25.3.81, pp. 35-38, ambos en el Congreso del 80) y "La agricultura española y libertad de comercio", BILE, 108, 16.8.81, pp. 116-18, 109, 6.9.81, pp. 122-24, (en el congreso del 81), habría que señalar -solo para el 1881-83- los siguientes traba-

jos: "Arrendamientos agrícolas", BILE, 93, 4.1.81, pp. 3-5, "Condiciones económicas para el cultivo de la encina", BILE, 112, 31.10.81, pp. 153-54, "Leguminosas de secano para prados", BILE, 118, 16.1.82, pp. 11-12, "Almidón de helecho", BILE, 118, 16.1.82, p. 12, "La ganadería de los pobres", BILE, 120, 16.2.82, pp. 38-39, "Condiciones económicas del cultivo del naranjo" BILE, 123, 1.4.82, pp. 71-73, "Condiciones económicas del cultivo del almendro", BILE, 135, 30.9.82, pp. 211-214, 138, 15.11.82, pp. 247-49, "Eficacia de la enseñanza agrícola". BILE, 136, 15.10.82, p. 229, "Nuevas aplicaciones de la electricidad a la industria agrícola y al transporte. La fuerza de las mareas", BILE, 140, 15.12.82, pp. 242-44, "El seguro obligatorio para la agricultura", BILE, 141, 31.12.82, p. 187, "La agricultura práctica en la escuela de primera enseñanza", BILE, 145, 28.2.83, pp. 63-4, -- "Crédito agrícola: registro de la propiedad por el sistema de Australia", BILE, 148, 15.4.83, pp. 103-6. Lentamente la proyección a primer plano del esbozo colonial -desplaza, momentánea y subsidiariamente, el eje técnico-reformista del pensamiento agrario de Costa, al menos en lo que a su producción bibliográfica se refiere, llevándolo a enlazar -años después- con lo que habrá de convertirse en la política hidráulica. Por otra parte, Cheyne informa (Joaquín Costa ... cit. p. 48) de que ya en la exposición de París, centró Costa su preocupación en el estudio de semillas y mejoras.

- (15) A. Ortí, "Infortunio..." cit., p. 126.
- (16) Cfr. por ejemplo, N. Sánchez Albornoz, La crisis de subsistencias de 1857, p. 97.
- (17) J. Maurice y C. Serrano (Joaquín Costa; Crisis de la Restauración y populismo, Madrid, Siglo XXI, 1976), han bosquejado con gran acierto la concepción social de la actividad costiana en torno al 'desastre'.

- (18) A. Orti, "Orígenes..." cit., p. 217.
- (19) Creo que es precisamente esta andadura paralela de Costa junto a los militares de la Sociedad Geográfica madrileña, -no exenta sin embargo de enfrentamientos diferencia- dores-, la que impide a M. Alonso Baquer ("La geografía ..." cit.) enfocar la figura de Costa con la misma certe- ra precisión con que había apuntado hacia Francisco Coe- llo. "La irrupción de don Joaquín Costa en la Geográfica escribía Alonso Baquer- no debe interpretarse como un sa- rampión militarista, pero sí como una aproximación ardo- rosa al estilo militar de vida, a la preferencia por la acción y la decisión sobre la reflexión y el comedimien- to" (pag. 270). No obstante, reconoce más adelante que - "hay en Costa un pacifismo integral que le hace absoluta- mente incapaz de mirar al espacio continental o marítimo como teatro de operaciones militares", y que "lo que tra- ta de determinar Costa es la mejor forma de defender y - hacer progresar los intereses españoles en el mundo" -- p. 271).
- (20) Cito por la reedición de Orti, Agríc. y Sdad, nº 1, pp. - 327 ss. (agric. p. 329).
- (21) G. de Reparaz (Política de España en Africa, Barcelona, Imprenta Barcelonesa, 1907, pp. 261-62) lo relata así mu- chos años después: "Una tarde de julio o agosto de 1882 conversábamos en la biblioteca de la Institución Libre - de Enseñanza de Madrid varios aficionados a los estudios geográficos, entre ellos los señores D. Rafael Torres -- Campos y D. Joaquín Costa, sobre la inutilidad de cuan- tos esfuerzos se habían hecho para fijar la posición de Santa Cruz de Mar Pequeña, y para tomar posesión de ella Conveníamos en lo tocante a las ventajas que para España tendría el establecimiento de una o varias factorías en la costa del Sur, y lamentábamos la completa indiferen-

cia con que la mayoría del país miraba el asunto. Ocurrióme la idea de organizar un mitin, para ver si lográbamos interesar a la gente política y al público en favor de una acción enérgica e inmediata, cuyo resultado fuese el término de las vacilaciones y dilaciones del Sultán, pero Costa opinó que un mitin era un esfuerzo momentáneo, limitado e insuficiente, que había llegado el momento de que España pensase en Africa, y se decidiese a intervenir en ella, y que, para obtener algún resultado, había que empezar por reunir un Congreso de Geografía, en el que se planteasen todas las cuestiones geográficas que interesaban a la nación, y se propusieran las soluciones más adecuadas para iniciar lo que en nuestra patria no existía aún: opinión colonial y africanista.

- (22) Cfr., como primera aproximación, L. Esteban Mateo, Boletín de la Institución Libre de Enseñanza. Nómina bibliográfica (1877-1936), Universidad de Valencia, 1978.

- (23) Así en "Los españoles en el Uruguay", BILE, VI, 119, 31. 1.82, p. 26, "Estadística de la América Latina, los españoles en la América del Sur, la industria en Méjico", BILE, VII, 137, 30.10.82, pp. 240-42, "España en América: República Argentina, Uruguay, Honduras, Venezuela", BILE 138, 15.XI.82, (en colaboración con Reparaz), "El valor de los emigrantes", BILE, 144, 15.2.83, pp. 44-47. Este último, sin embargo, se refiere fundamentalmente al controvertido asunto de la emigración española en la Argelia francesa: "Cuando España reivindique para sí la Argelia, no se podrá decir que no les ha costado a los españoles su colonización más sudor y más sangre que les costó a los franceses su conquista. El valor de los emigrantes es más válido y tiene derechos más preferentes que el valor de los soldados". (pág. 47). Como coautor del artículo aparece F. Gillman.

- (24) La ubicación y ventajas de Santa Cruz de Mar Pequeña, de

cara a las pesquerías canarias, así como el comercio con Marruecos, polarizan su atención: "Santa Cruz de Mar Pequeña y la prensa española", BILE, VI, 31.7.1882, pp. 168-69, "El comercio de España con el Riff", 31.8.82. - pp. 195-96, "Comercio entre España y Marruecos", 15.XI. 82, pp. 253-54 (firmado también por G. de Reparaz lo mismo que "España en Africa" y "Las Canarias y Santa Cruz de Mar Pequeña", pp. 254-56), "Exploraciones del Sr. Bonelli en Marruecos", pp. 253-54, "Chafarinas y Gibraltar", p. 254, y, por supuesto, el texto extractado de la conferencia de marzo en el Círculo de la Unión Mercantil "El comercio español y la cuestión de Africa", BILE, 134 15.9.82, pp. 206-7 y 136, 15.10.82, pp. 225-27. El texto completo lo publicó la Revista de Legislación y Jurisprudencia, LX, 1882, pp. 277-319, también como separata.

(25) Así por ejemplo, "El comercio de Roma en el Sáhara y el Imperio de los Guramantes", BILE, 122, 16.3.82, pp. 56-57 y 125, 30.4.82, pp. 92-94, o "Antiguas civilizaciones en el Sáhara", 130, 16.7.82, pp. 157-58.

(26) El avance expansivo de franceses o ingleses por las tierras de conquista es examinado, con frecuencia, por Costa y sus colaboradores en relación -inevitable, por otra parte- con el caso portugués, agotado irremisiblemente en su actividad colonizadora y anclado en debilidades estructurales que -paradójicamente- estiman nuestros autores de insuperable salvación. En este estado de cosas sería España, pues la llamada a disfrutar del potencial -campo de operaciones que el país hermano desperdiciaba en provecho de los más grandes. Cfr. el propio texto de la conferencia y, también, "Los portugueses en Africa", BILE, VI, pp. 25-26 (en colaboración con Angel Storr), - "Los ingleses en Borneo", ibid., pp. 193-94 (en colaboración con Reparaz), "La Guinea portuguesa", p. 244 (también con Reparaz), y "Los franceses en el Zaire y las reclamaciones de Portugal", pp. 252-53.

- (27) Vid. J. Costa, Estudios jurídicos y políticos, Madrid, -- Imp. de la Rev. de Legislación, 1884, cap. IV: "Política exterior y colonial de España", en donde se reúnen un -- conjunto de artículos y discursos, muchas veces publicados parcial o totalmente con anterioridad. El texto que nos ocupa, en art. III: "Los aranceles de aduanas y la política con Portugal y América". El discurso tuvo lugar en 9.1.82, con referencia en El Liberal de 9.1.82: "El Meeting de ayer". Cheyne (A bibliographical ..., ficha 30, pág. 39) basándose en AMN, Diversos: Títulos y Familias, cajas 102-115, opina que pronunció Costa cinco discursos consecutivos, de los que solo se conservó el texto de éste, precisamente (caja 112). Vid. ficha 531, p. 111.
- (28) Publicados todos ellos en BILE, VI (n. 134, 15.9.82, pp. 202-203 y pp. 203-204 para los dos primeros -el segundo, en colaboración con A. Martínez-, y n. 141, 31.12.82, -- pp. 286-87 para el tercero). En el tomo VII, un año más tarde, cfr. "Descentralización de las ciudades" (n. 156, 15.8.83, pp. 225-26).
- (29) J. Costa, "La nacionalización de la tierra", BILE, VI -- 1882, n. 141, p. 286, dando cuenta de la creación y mitines de una sociedad británica constituida con aquel objetivo: "No cabe más solución -se había dicho en aquel marco socialista en el otoño anterior- que la nacionalización de la tierra, esto es, la expropiación universal de la misma por el Estado".
- (30) BILE, VI, ibidem, dentro del conjunto "Revista de política y economía", y como reseña de Opinión de la prensa -- respecto de la marina militar de España, Madrid, 1882. -- Se concluía allí que "las épocas de relativa prosperidad de la marina militar española coinciden también con el --

tiempo en que ha sido administrada por personas civiles" (p. 285).

- (31) Ibid., p. 286. Los subrayados, que intentan destacar la - primacía de protagonismo reclamado para las burguesías - no oligárquicas, son míos (E.H.S.). Obsérvese igualmente el papel otorgado a virtudes esencialmente atribuidas a las burguesías media y pequeña.
- (32) J. Costa, "Las alianzas de España", BILE, VII, 30.9.83, - n. 159, pp. 281-83, con la reproducción de un artículo - aparecido en la prensa británica dos años antes, pero -- que vuelve a cobrar ahora visos de actualidad, cuando -- "sin ejército de mar, con sólo ejército de tierra -y éste escaso y desorganizado-, España únicamente puede hacer la guerra al único país con quien no debe combatir, y eso, aliándose con el único país con quien no debe con traer alianza" (p. 281).
- (33) Cfr. su Teoría del hecho individual y social, Madrid, - - 1880, donde explicita con claridad la función primordial de este proyecto conciliatorio, de cara a la absorción - de alteraciones en el orden social, producto de una conflictividad creciente. Sobre todo ello, A. Gil Novales, Derecho y Revolución en el pensamiento de Joaquín Costa, Barcelona, Península, 1965.
- (34) Vid. el trabajo pionero de J. Fontana, "Transformaciones agrarias y crecimiento económico en la España Contemporánea", en Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX, Barcelona, Ariel, 1973, pp. 147 ss. y antes, "La gran crisis bladera del siglo XIX", Serra - d'Or, 2a época, II, nº 11, noviembre 1960. Es fundamental la obra de R. Garrabou, La depresión de la agricultura española en el último tercio del siglo XIX: la crisis triguera, tesis doctoral leída en la Universidad Autóno-

ma de Barcelona en 1973, de la que existe un avance ("La crisis agraria espanyola de finals del segle XIX: una etapa del desenvolupament del capitalisme") en Recerques, - 5, 1975, pp. 163-216. Así mismo, M. González Portilla, - "Acumulación de capital y crisis en el sector agrícola", en J. L. García Delgado (ed.), La cuestión agraria en la España contemporánea, Madrid, Edicusa, 1976, pp. 31-98, y las comunicaciones presentadas al Seminario de Historia Agraria celebrado por la Fundación March los días 9, 10 y 11 de marzo de 1977, bajo la dirección de M. Artola y publicado como La Economía agraria en la Historia de España. Propiedad, explotación, comercialización y rentas, Madrid, Alfaguara, 1979. Interesan especialmente al respecto, J. Sanz Fernández ("Agricultura y desarrollo económico durante la Restauración (1874-1913): algunos problemas", pp. 65-73) y R. Garrabou y R. Robledo ("La crisis agraria de finales del siglo XIX", pp. 75-82). In corporando otro factor a la crisis total del campo español, recientemente, Teresa Carnero, Expansión vinícola y atraso agrario (1870-1980), Madrid, Ministerio de Agricultura, 1980.

- (35) Es lo que Guadalupe Gómez Ferrer ha denominado "el difícil acuerdo entre burguesía urbana y burguesía rural", - en "Apoliticismo y fisiocracia entre las clases medias españolas de comienzos del siglo XX" (Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, I, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Geografía e Historia, 1980, pp. - 107 ss.).
- (36) No es éste momento ni lugar para un repaso bibliográfico completo del tratamiento generoso, y con frecuencia ligero, otorgado a la "regeneración". Remito, como referencia inicial, a M. Tuñón de Lara, Medio siglo de cultura española (1885-1936), Tecnos, Madrid, 1970, y Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo, Madrid, Edicusa, -

1974, así como J. S. Pérez Garzón, Luis Morote, La problemática de un republicano, Madrid, Castalia, 1976, y - J. C. Mainer, "La redención de los paraninfos: asambleas y regeneracionismo universitario", en La crisis del Estado español, 1898-1936, Madrid, Edicusa, 1978, pp. 213 - ss.

(37) Por supuesto que esta interpretación, basada en la consulta de la abundante -pero no exhaustiva- publicación de - los escritos costistas, queda pendiente de las matizaciones o rectificaciones que pudieran aportar la consulta - de los inéditos de Joaquín Costa, cuya relación publicara Marcelino Gambón en el segundo aniversario de la muerte de Costa y recoge, entre otros, R. Pérez de la Dehesa op. cit. pp. 248-254.

(38) "La escuela y la despensa, la despensa y la escuela, no - hay otras llaves capaces de abrir el camino a la regeneración española, son la nueva Covadonga y el nuevo San - Juan de la Peña para esta segunda Reconquista que se nos impone, harto más dura y de menos seguro desenlace que - la primera, porque el africa que nos ha invadido ahora y que hay que expulsar no es ya exterior, sino que reside dentro, en nosotros mismos y en nuestras instituciones, en nuestro ambiente y modo de ser y vivir" ("El Problema Nacional y la Liga", reproducido después en multitud de órganos de prensa y en buena parte de los estudios sobre Costa. Lo tomo aquí de G. Azcárate, Necrología del Sr. - D. Joaquín Costa Martínez escrita por encargo de la - - RACMP por el Sr. D. ----- y leída por el Sr. D. Adolfo Posada en las sesiones de 9 y 16 de abril y 7 y 21 de mayo de 1918, Madrid, Establecimiento tipográfico de Jaime Ratés, 1919, p. 40).

(39) R. Garrabou y R. Robledo, "La crisis agraria..." cit. - - passim.

- (40) M. González Portilla, "Acumulación..." cit., págs. 73 y - 78 para las citas. Y también: "No es de extrañar que las clases sominantes de cada provincia y comunidad, que con trolan las distintas escalas de gobierno, trasladen el - peso de la contribución a las clases sociales no dominan tes -pequeño y mediano campesinado, arrendatarios, etc. en general-, a los productores agrícolas directos (media nos y pequeños)". (pág. 61).
- (41) Así, por ejemplo, J. Sanz Fernández, "Agricultura y desa rrollo económico..." cit., p. 66, y J. Fontana, "Trans formaciones...", p. 185: "La magnitud de la catástrofe - sacudió profundamente al país. En 1887 el gobierno creó una comisión para estudia el problema, que publicó una - información munumental (La crisis agrícola y pecuaria, - Madrid, 1887-89, 8 vols.). Las vacilaciones que hasta en tonces había experimentado la política arancelaria se - desvanecieron de súbito. La sólida alianza de los indus triales catalanes y vascos con los productores trigueros castellanos dió un firme respaldo a la política protec cionista del partido conservador. Para Cánovas, la situa ción no ofrecía dudas. ¿Qué medidas podían paliar la cri sis en que se debatía la agricultura española? Nada ca bía esperar del Ministerio de Hacienda ni de la rebaja - de los tributos, la instrucción agrícola, remedio prefe rido de reformistas más o menos ilustrados, no servía - (...), no se podía confiar en el crédito, porque no ha bía capitales, los regadíos habían arruinado a las empre sas que se atrevieron a emprenderlos...". Sobre la expli cación canovista a su decisión final de adoptar inequív o camente el método proteccionista, A. Cánovas del Casti llo, "La producción de cereales en España y los actuales derechos arancelarios", en Problemas contemporáneos, III Madrid, 1890, pp. 335-49.

Sobre el proteccionismo triguero en Castilla, vid. especialmente J. Varela Ortega, Los amigos políticos de

la Restauración, Madrid, Alianza, 1977, y "El proteccionismo de los trigueros castellanos y la naturaleza del poder político en la Restauración", Cuadernos Económicos de I.C.E., 6, Madrid, 1978, quien sin embargo niega la alianza de bloques admitida por los anteriores. No así el italiano E. Sereni, que profundiza en la honda significación del fenómeno, estableciendo sus vinculaciones estructurales con los cambios de la relación de fuerzas políticas y económicas de la Italia de los ochenta (Capitalismo y mercado nacional, Barcelona, Crítica, 1980, especialmente el capítulo 3. "El nudo de la política tripartita", pp. 120 ss.).

- (42) J. Maurice, "Lucha de clases, movimientos campesinos y reforma agraria en la España contemporánea", Estudios sobre Historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara), t.2, - pp. 113 ss., y A. M. Bernal-M. Drain, Les campagnes sévillanes aux XIX-XX^e. siècles. Révolution ou stagnation, - París, 1975. Sobre las repercusiones en la estructura social del campesinado son clásicas las páginas de E. Sereni, Il capitalismo nelle campagne, Roma, Einaudi, 1947, especialmente el cap. "La formazione di un proletariato agricolo di massa", pp. 132 ss. de la 3ª ed. (1977). Para el caso español, pueden verse, entre otros, A. Balcells, El problema agrario a Catalunya, 1890-1936. La -- questió rabassaire, Barcelona, Nova Terra, 1968, con extracto en "La conflictividad social agraria en Cataluña y la Unió de Rabassaires hasta 1939", Agricultura y Sociedad, 2, enero-marzo (1977), J. A. Durán, Agrarismo y movilización campesina en el país gallego (1875-1912), - Madrid, Siglo XXI, 1977, y A. M. Calero, Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936), Madrid, Siglo XXI, -- 1976.

- (43) Aspecto todavía poco estudiado en su conjunto, pero puesto de relieve ya por J. Vicens y M. Llorens, Industrials y politics, Barcelona, Teide, 1958, y M. Izard, Manufactureros, Industriales y Revolucionarios, Barcelona, Crí-

tica, 1979.

- (44) E. Malefakis, Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX, Barcelona, Ariel, 1971, A. M. -- Bernal, "Persistencia de la problemática agraria andaluza durante la 2ª República", en La propiedad de la tierra y las luchas agrarias andaluzas, Barcelona, Ariel, 1974, y J. J. Castillo, Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesino en España, Ministerio de Agricultura, 1979.

- (45) R. Robledo, "Emigración a Ultramar: aspectos socio-económicos durante la Restauración", Anales de Economía, 23, julio-septiembre 1974. Se echa de menos, sin embargo, un estudio detallado como el de L. Cinffoletti, L'Emigrazione nella Storia d'Italia. Roma, Saggi Vallecchi, 1978, 2 vols.

221

CAPITULO IV

**REVITALIZACION EXPANSIONISTA Y CAMBIO DE
COTUNTURA EN ESPAÑA (1880/85)**

CAPITULO IV

REVITALIZACION EXPANSIONISTA Y CAMBIO DE CCYUNTURA EN ESPAÑA

(1880-1885)

1.- Balance de una producción teórica y de una frustrada práctica. Sobre literatura de viajes y escritos de política y economía.

Pero es hora de volver a nuestros hombres de la Sociedad Geográfica madrileña, profundamente conmovidos y en guardia ante las propuestas de Costa, formal y simplemente uno más de -- sus socios en la primavera del 83. Tras la lectura, éste y un puñado más arrancaron de la Junta acuerdos que se situaban en el umbral máximo de permisibilidad e iniciativa para aquel momento; en suma, se decidía proceder a la apertura de una amplia encuesta entre el mayor número posible de sociedades científicas, comerciales e industriales, requiriendo su opinión -- acerca de una política colonial globalmente estructurada. Cesáreo Fernández Duro, Martín Ferreiro, Rafael Torres Campos y el propio Costa, como elementos más dinámicos de este empuje hacia el exterior, quedaron entonces encargados de redactar una circular de convocatoria. Bien fuera, sin embargo, por una mayor cautela de estos otros componentes de la comisión, o quizá por una imposición condicionante de los principales responsables del conjunto, el hecho es que, ciertamente, el escrito -- que se envió a cuarenta y nueve entidades de diversa índole -- refleja un talante mucho más prudente que el del impaciente aragonés.

Quedaba allí fijada la apertura de un magno congreso de

de Geografía para el otoño. Sobre su conveniencia, -casi sobre su urgencia inmediata-, se trataba de sondear a la opinión pública (1). Los móviles -por más que resultaran ya difíciles de ignorar- son recogidos, múltiple y cuidadosamente, en la primera parte del documento: imperativas premisas de política interior y exterior cierran un bucle con la tradición hispana. Las - - "fuerzas vivas de la nación" debían sentirse inquietas y no de morar un solo día más la exigencia inmediata de que sus legítimas aspiraciones recibiesen un primer plano en la escena política. Los temas más queridos de Costa: emigración, marina mercante, situación portuguesa, relegación del comercio y de la - raza española... van a hallar amplio eco en el escrito (2). - El plazo de respuesta a la convocatoria (quince días), trataría tanto de crear un clima favorable a la adhesión afirmativa y entusiasta, cuanto -como se afirma en el escrito- de conseguir que una comisión trabajase activamente en los preparativos durante el verano que se avecinaba (3).

Van a ser treinta y cuatro las asociaciones que envíen - dentro o fuera de plazo- la contestación que la Geográfica requería (4). Del conjunto merece la pena destacar:

a) La correcta pero fría acogida de los centros oficiales generadores de "ciencia pura": el Instituto Geográfico y Estadístico, por ejemplo, que, por boca de Carlos Ibáñez, promotor primero de la Geográfica (no es ocioso recordarlo), no encuentra reparo en considerar "conveniente, oportuna y hacedera la celebración de la Asamblea pública proyectada"; o la propia Asociación Española para la Exploración del Africa (nomi--

nalmente aún vigente), con Francisco Coello a la cabeza, que - dice hallarse dispuesta a prestar su "apoyo moral", pero dejando bien claro el margen de limitación que "las circunstancias especiales de su constitución y el círculo particular en que - tiene que ejecutar sus movimientos" le imponen. Desde ahora, - afirma ya en definitiva su imposibilidad práctica de tomar parte activa en el Congreso.

b) Todo lo contrario cabe decir de asociaciones privadas que se orientan hacia la exploración geográfica local, como la Associació d'Excursions Catalana, -para la que el programa de la Geográfica queda corto-, o más aún, la Associació Catalana de Ta d'Excursions Científicas, -que se atreve a proponer expediciones "al centro del Asia y al Japón", y que dicese dispuesta a redondear "un plan completo y acabado" capaz de levantar el prestigio español hasta colocarlo a la altura de las demás naciones.

Pero aquí acabarán, que yo sepa, los contactos entre este tipo de entidades y la Geográfica madrileña. Evidente interés -y más prolongadas y hondas relaciones- guardan, por el -- contrario, para con el proyecto colonial incipiente, agrupaciones de carácter político, económico, social y cultural (todo a la vez, por más que el predominio de uno u otra instancia sirva para caracterizarlas con mayor comodidad) como son la Institución Libre de Enseñanza, la Sociedad Abolicionista Española, o la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas. - El amplio (estrictamente débil a un tiempo) frente ideológico librecambista, aglutinante de componentes sensiblemente parale

los, a pesar de matices teóricos y funcionales no siempre idénticos, otorga ahora un sí rotundo al programa elaborado por individualidades que, al menos en parte, le son próximas por intereses y por militancia ideológica. Valga recordar aquí de -- nuevo que Rafael Torres Campos y Joaquín Costa habían vertido en las páginas del BILE buena parte de las aspiraciones que -- ahora trataban de convertir en un programa político, que entendían como de renovación nacional; y precisamente por ello, por encarnar, en principio, una alternativa --todavía no tácticamente definida por completo, bien es verdad-- para la sustitución hegemónica de los intereses de unos grupos sociales por los de otros, es por lo que la adhesión de la burguesía pequeña y media, profesional y mercantil, parece ahora afirmarse con rotundidad.

El Círculo de la Unión Mercantil es sólo el paradigma -- central de esa serie de entidades de denominación y objetivos similares que, en las diversas capitales españolas, representaban intereses convergentes (5). Lazos de vinculación personal estrechaban evidentemente las afinidades ideológicas: Joaquín Costa, en sus primeros tiempos de estancia madrileña, trabajó como pasante en el bufete de uno de los prohombres del libre--cambio, Gabriel Rodríguez (5 bis).

c) Aparentemente paradójicas son, por el contrario, las respuestas tíbiamente entusiastas de aquéllos, que en principio, deberían abrirse ampliamente a la iniciativa de expansión colonial. La Sociedad Anónima de Pesquerías Canario-Africana, por ejemplo, con un ámbito de acción ascendente en aquel

momento, se limita a felicitar a la Geográfica por su iniciativa; la Compañía Transatlántica, por su parte, poseedora de su propio y exclusivo mecanismo de influencia sobre las esferas oficiales, manifiesta sencillamente que considera la idea "muy oportuna y altamente conveniente". Sólo la Compañía Hispano-Africana se muestra francamente entusiasmada, pero previendo posibles desvíos hacia la especulación teórica en lo que se presenta como una empresa peligrosamente intelectual, apunta desconfiada: "Hoy nuestro orgullo debemos cifrarlo no en averiguar la situación de tal o cual tribu, o de las fuentes y curso de un río más o menos importante, sino en establecer en las costas entendida representación española y abrir mercados a donde vaya a parar el exceso productivo de nuestra patria". Prácticas observaciones proporciona también el director de El Fomento de la Marina desde Barcelona, José Ricart Giralt, siempre en un contexto general altamente favorable para el proyecto gestado en el círculo madrileño (6).

d) Por último, y en bien trabada relación con todo lo anterior, tropezamos de lleno con la reticencia proteccionista (7), débilmente formulada ahora tanto desde el frente industrial (catalán fundamentalmente), como por parte del proteccionismo agrícola. Así, el Instituto del Fomento del Trabajo Nacional, a pesar de estimar "altamente plausible" el proyecto de la Geográfica, no acepta "desde ahora" el compromiso de concurrir al Congreso, sino que madurará -advierte- su decisión, sopesando pros y contras de la convocatoria. El

Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, cuyo presidente -el marqués de Camps- encarna durante mucho tiempo la personificación precisa del terrateniente catalán, llega sin esfuerzo a conocer "lo levantado y patriótico de la idea", pero desconfiaba convencidamente de la eficacia de la misma, si es que sólo se pretende contar con los recursos que el Estado facilitaba.

Un beneplácito neutral, sin compromisos, llega también ahora desde la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de Valladolid o desde la Asociación de Agricultores de España -- (habrá que esperar todavía un año para que manifiesten claro temor dichas asociaciones, sin duda en estrecha relación con la profundización en el problema del cereal peninsular) (8). -- Por su parte, el Directorio de la Liga Nacional de Contribuyentes admite que el pensamiento inicial es "grande, oportuno y patriótico", y que "acertadamente desenvuelto y realizado, proporcionaría sin duda al país días de gloria y cuantiosos beneficios", pero cree su deber señalar que, en este momento "debe huirse de todo aquello que tienda a favorecer y fomentar nuestro espíritu aventurero, o a exaltar la imaginación del pueblo con esperanzas que resultaran ilusorias", lo que en definitiva desembocaría en el peligro real de que "convirtamos demasiadamente nuestra atención a lo exterior, poniendo tal vez en olvido cuánto reclama la escasa densidad de población de la Península, el atraso en que aquí dentro nos hallamos, y la perentoria urgencia de reformar nuestra legislación y prácticas económicas y administrativas para levantar relati

vamente nuestro nivel a la altura de otros países más adelantados" (9).

El balance global de los resultados obtenidos (10) viene a quedar perfilado por los voluntaristas promotores de la idea como "explosión de entusiastas felicitaciones y ofrecimientos" (11), ante los que -valoran- "no era posible vacilar". Quedaba de este modo acordada, en junta de 26 de junio, la celebración de una magna "asamblea científica nacional" para el próximo otoño, aguardando un par de años más para repetir la experiencia con la incorporación, entonces, del ámbito iberoamericano. Con alguna modificación de orden práctico, recogida de las diversas apreciaciones de los encuestados, la comisión encargada de los preparativos del congreso tenía elaborado ya, antes de las vacaciones de verano, el programa detallado a que se sometería aquél (12).

Desde la primera ojeada salta a la vista lo innovador de sus presupuestos respecto a la esfera de lo oficial: lo económico -que viene a vertebrar el conjunto. Una precisión mayor, no obstante, en la naturaleza de los intereses suyacentes ofrece la clave, a mi entender, del éxito fugaz y de la posterior decadencia del proyecto en cuestión: se trata -y así se explicita reiteradamente- de dar salida a preocupaciones mercantiles, poco o nada industriales. (13). La filiación librecambista de quienes dieron a luz la idea condenaba ya -- desde su nacimiento la potencialidad fáctica de la misma: poco a poco, el triunfo de la alianza proteccionista iría dejando fuera de juego a este reducto mixto de ideólogos desborda-

des por coordenadas antagónicas y de grupos de intereses materiales no menos opuestos a aquéllos otros que imponían con -- fuerza su línea dominante. Pero de esto hablamos ya más arriba y, en definitiva, habrá de desprenderse del devenir de los acontecimientos. De momento, valga señalar este carácter novedoso que aportan a nivel teórico respecto a la atonía que siguió al hundimiento del imperio español en América y, tanto más, al turbulento paso militar (varias décadas después), del ejército español por suelo africano.

A la vez, y precisamente en relación con esta sustitución de la espada por la mercancía, resulta relevante la elección del norte y costas occidentales de Africa como objetivo primero. El nacimiento de lo que ha dado en llamarse el africanismo español, preñado de contradicción y por ello sujeto a lecturas distintas, se revela también como elemento nuevo respecto a aquéllos que (como el pertinaz Labra) habían centrado su vida y su actividad teórica en la incorporación de los mínimos restos coloniales a un devenir político-administrativo acorde con la evolución del contexto de dominación colonial -- en Europa. Y así, la consagración de las dos primeras sesiones del Congreso al ámbito africano, símbolo quizá de una impaciencia deliberadamente incontenida, viene a otorgar posiciones de prioridad a dichas cuestiones, máxime si tenemos en cuenta que la sesión sexta (encargada de la fundación de factorías y la preparación de expediciones) y, algo menos, la -- quinta (centrada en el análisis teórico de los modos de colonizar) venían a incidir de manera directa sobre la cuestión --

africana. En medio de todo ello, paradójica y subordinadamente los resquebrajados vínculos que unían a la metrópoli con - sus posesiones de Asia y América. De éstas sobre todo, los ex portadores catalanes no tenían quejas por el momento: la ley de relaciones comerciales de 1882, arma de doble filo, los ha bía puesto a cubierto temporalmente.

En 4 de noviembre de 1883 iba a abrirse por fin, como - estaba previsto, en el Paraninfo de la Universidad madrileña de la calle de San Bernardo, el Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil. La comisión organizadora (14) había pre visto una magna convocatoria de individualidades interesadas, con una nutrida mesa (15), en la que no faltaban altas perso nalidades de la administración, proteccionistas de intereses supuestamente convergentes con la idea gestada en el cenáculo madrileño, representantes de la colonización religiosa, ni, - por supuesto los seguidores intelectuales de siempre. El pro- pio presidente del partido conservador, Cánovas del Castillo, (temporalmente alejado del poder), recibía la presidencia del congreso.

Pero antes de adentrarnos en lo que el congreso supuso frente a la opinión pública y en el contexto de las directri- ces políticas hispanas, merece la pena dar un breve repaso a lo que la iniciativa colonial había conseguido hasta el momen- to en nuestro país, y que, en un haz de esfuerzos divergentes e incompletos, servirá para valorar con mayor precisión la in- cidencia real del proyecto africanista en un campo débilmente abonado. Dos coordenadas bastarán para agrupar dichos esfuer-

zos: de un lado, lo que podríamos denominar la intencionalidad científico-divulgatoria, de otro, lo que viene a insertarse en una tradición bien antigua, si bien intermitente y dependiente, de necesario aprovechamiento de los espacios extra peninsulares para el crecimiento económico efectivo.

En el primero de los dos aspectos, es preciso señalar la breve existencia de una Revista Geográfica y Estadística - aparecida en Barcelona entre 1878 y 1880 (16), bajo la dirección de E. Berrocal y D. Casañal, con periodicidad quincenal. Centrada en aspectos predominantemente físicos de los saberes geográficos, así como matemáticos y geométricos, cercana a -- otras publicaciones foráneas de índole similar, la revista -- si bien se precia con justicia de ser la única de este tipo que aparece en España- puede enlazar sin dificultad con tradiciones ilustradas, precedentes incluso de un siglo atrás y perpetuadas sin graves oscilaciones en la primera mitad de nuestro XIX. (17).

Carácter eminentemente novedoso tiene, por el contrario la publicación madrileña denominada Revista Geográfica y que ostenta el subtítulo Apéndice a la Biblioteca de Viajes. Su primer número salía a la calle en mayo de 1880, y sólo he podido constatar su existencia hasta abril de un año más tarde (18). Considero de importancia la noticia de la misma porque, a mi entender, resulta uno de los ejemplos más tempranos y -- completos de esa amplia literatura de viajes (siempre compañera de la expansión exterior), y ahora miméticamente importada desde puntos de creación literaria más profundamente impregna

dos de la ideología imperialista (19). Así, desfilan por las páginas de esta Revista Geográfica, siempre con un elemento -narrativo y ficticio que alcanza un grado de fantasía no comparable con el de otras publicaciones más o menos exóticas, -desde crónicas noveladas de las expediciones al Polo (20) hasta gozosas soflamas en pro de la liberación de las razas inferiores por el hombre blanco (casi sobreentendidamente nórdico ...) (21), pasando -no había de faltar- por la no contenida -admiración por casos excepcionales, como el de "la intrépida viajera" vienesa, Ida Reyer Pfeiffer que, venciendo la edad y las circunstancias familiares y sociales pudo al fin cumplir el sueño dorado de una infancia entregada a la ensoñación literaria y aventurera (22).

Pocas referencias contiene, sin embargo, respecto a la realidad española, si bien van a aparecer ceñidas de lamentos por la esterilidad del alma hispana frente a este tipo de esfuerzos y, cuando la ocasión lo permite, con grandes alabanzas para la iniciativa y el riesgo (23). Todo ello apenas podría depararnos sorpresa alguna, dado ese carácter deliberadamente inspirado en otras fuentes, más ricas y abundantes, que ya hemos señalado antes. Carácter algo más culturalista tiene la publicación barcelonesa, -un par de años anterior (1878) y de mayor duración (al menos existe en 1882)-, El viajero Ilustrado Hispanoamericano, centrada sin embargo preferentemente -en los ámbitos clásicos de la acción colonial española. Valga pues, la constatación apresurada de una rápida y temprana expansión del gusto -siempre fácil- por la literatura de viajes

y por, la difusión -más o menos científica- de los avances -- multidisciplinares conseguidos por la ciencia, a raíz de las - aportaciones novedosas de los arriesgados cómplices del capital con vocación periférica. (23 bis).

Por otra parte, y en el tercero de los núcleos geográficos de propaganda activa del pensamiento colonial -Granada-, hay que señalar la existencia, desde 1879, de La Estrella de Occidente, en estrecho correlato con la defensa de intereses peninsulares que llevaban a cabo, ya en territorio africano, publicaciones como el Eco de Ceuta o Al Maghreb al-Aksa, de - Tánger (24). No obstante, habría que subrayar aquí que en estos años que preceden al congreso geográfico del 83, el interés de la publicación y de quienes le dieron vida, arabistas predominantemente, se centra en la recuperación científica de una lengua y unos rasgos culturales que, para la capital andaluza y su elite intelectual, se percibían enormemente próximos por evidentes razones de afectividad histórica. Otro es - el papel de la ideología religiosa: la Cruzada por la enseñanza volvía ahora a primer plano.

En un orden de cosas más pragmático, y referido a la política mediterránea que, en un contexto amplio, anhelaban algunos particulares para España, parece oportuno destacar acciones como el espontáneo apoyo financiero que el banquero valenciano Marqués de Campo, -propietario de la flota de Filipinas y en momento álgido de su pugna con el que habría de resultar vencedor,- su oponente Marqués de Comillas-, presta al publicista José Navarrete, autor de unos artículos en el dia-

rio republicano El Globo, que se centraban en la problemática gibraltareña, para que edite los tales artículos en forma de folleto; folleto que sería después repetidas veces impreso en el breve plazo de unos pocos años (25). Sobre el impase de las actividades catalanas en el ámbito africano, relatado por García Figueras siguiendo puntualmente las informaciones que publicara la Revista de Geografía Comercial a partir de 1885 (26), no es preciso entrar aquí; simplemente, -- eso sí, constatar esta atonía que se prolonga ya bastante -- más de una década y que deja, en principio, el campo libre a grupos de intereses establecidos en otras partes del país. -- La potencialidad lucrativa de las pesquerías canario-africanas se hallaba en el centro de la cuestión, y un reflejo de ello habría alcanzado a la Geografía en sus primeros momentos, como vimos más arriba. La ubicación incierta de Santa Cruz de Mar Pequeña, polémico y prolongado litigio sobre el que hemos de volver, había servido de pretexto para traer sobre el tapete toda una serie de conflictos de intereses (27).

En el centro de todo ello se hallaba la cuestión crucial de la crisis económica y social que atravesaba Canarias. Capitales arraigados en las islas --de procedencia nacional o extranjera-- luchaban por controlar las industrias de pesca que hallaban su base material en las costas africanas -- fronterizas. Los intentos de compra extranjera de determinadas plataformas --la isla de la Graciosa es un ejemplo-- exacerbaban el sentimiento nacional pero no solían ser suficientes para impulsar un despegue capitalista de éxito. Poco a po

co, las primeras concesiones oficiales para proceder a la -- pesca en la zona (1861, 1868, 1876 y 1879), se convierten en una realidad palpable: la Sociedad de Pesquerías Canario-Africanas, desde 1880, inicia una andadura prontamente tron-- chada (28).

Una intensa publicística acompaña desde su creación a la actividad que se propone desplegar la Sociedad de Pesquerías. Pérez del Toro y Pedro de la Puente lograron llamar la atención de un sector de la opinión pública, sensibilizando incluso momentáneamente al gobierno, y abriendo así las puer-- tas a una guadianización de los problemas político-económi-- cos de Canarias constante en la historia reciente española, (29). Por otra parte, --y como ocurriría con el resto de las iniciativas africanistas--, sabido es el impulso que el Con-- greso del 83 iba a proporcionar también a este asunto de las pesquerías: Pedro de la Puente tuvo ocasión allí de explicar y discutir sus propósitos ampliamente (30). Las realizacio-- nes prácticas anteriores al 83, sin embargo, no pueden eva-- luarse precisamente de impresionantes, dificultadas por el -- desinterés de la clase en el poder, al tiempo que directamen-- te espoleadas por el progreso codicioso y concurrente de los avances ingleses en la zona. Para frenarlo precisamente se -- procedía, entre marzo y septiembre de 1881, a la construc-- ción de un pontón en la península de Río de Oro, en tanto -- que se procuraba la cesión por parte de las tribus indígenas del territorio; todo ello, al parecer, con fuertes desembol-- sos y alambicadas gestiones (31). Más adelante volveremos so

bre ello.

El norte de Africa, Marruecos, constituía por tradición el otro eje de las aspiraciones expansionistas del comercio español vertido sobre Africa. Las memorias comerciales remitidas por los cónsules españoles en la zona, son un buen indicador temporal -no siempre aprovechado- del estado de la cuestión (32), perennemente mediatizado por la persistente intervención francesa en el territorio (33). La debilidad de su concreción fáctica permite que no insistamos de momento más en ello, a la espera del lugar oportuno para valorar en conjunto lo conseguido desde un punto de partida -muy débil.

Coordenada de encuadre imprescindible es la mención -de toda esa literatura, más o menos científica, que busca -poner al día los conocimientos generalizados sobre el territorio africano que se trata de incorporar a la nación española, o bien de propugnar directamente su ocupación. Reducida a un puñado de nombres y ámbitos de publicación, los escritos de aquellas características se distancian y diferencian claramente de los que siguen teniendo por objeto la modernización del dominio español en las posesiones americanas y asiáticas: excepto por lo que hace a la Sociedad Geográfica (y lo que pudiéramos llamar sus epígonos), se trata prácticamente casi de dos campos distintos abonados por distintos cultivadores (34).

Hasta tal punto es así que la intervención cobrará en ocasiones visos de disyuntiva (35), -por más que el enfoque

apunte generalmente todavía durante un tiempo en torno a la vieja política de presidios (36). Respecto a las viejas colonias, habían sido los pertinaces defensores de la liberalización del sistema colonial español quienes se habían ocupado con mayor interés del análisis teórico de otras posibles formas de explotación, que en definitiva -se suponían- más rentables para la metrópoli (37), al contrario que la mayoría de los propulsores de la acción en Africa, en su mayoría inclinados hacia un tradicionalismo de rancio entronque con el pasado (38).

Por eso reviste el mayor interés, a mi entender, prestar una atención preferente a este período inicial del despertar africanista en España, momentos en que las tendencias no se han perfilado aún con claridad y precisamente -- por eso los esfuerzos son más dignos de aquilatarse al máximo: 1881, por ejemplo, es escenario de la publicación de un folleto de Ricardo Beltrán y Rózpide, de dimensión eminentemente divulgatoria, y que trata de poner al día brevemente los conocimientos sobre Africa en 1881 (39), cuando ya -- cuenta el país sobradamente con algún explorador propio que mostrar con orgullo ante Europa. Pero también es el año en que Federico Rahola, representante notorio de la industria catalana, publica un trabajo sobre la colonización africana (40); ambos propugnaban claramente la intervención española con anterioridad al famoso discurso de Costa en la Unión Mercantil madrileña, un año posterior. El ambiente comienza a caldearse y las fuentes de inspiración son varias. Sobre

Beltrán y sobre Rahola volveremos al final de este apartado.

Conforme vaya delimitándose el perfil futuro del pensamiento africano, ganará en riqueza paralela la iniciativa expansionista hacia nuevas metas. Así, y a lo largo de 1882, Rafael Torres Campos utiliza un vehículo tan significativo como el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza para exponer sus impresiones "Sobre un posible comercio con Japón" (41), en tanto que Costa y Reparaz propugnan el acercamiento a Hispanoamérica junto a la política africana, como coadyuvante fructífero al despertar de la nación (42). Por otra parte, y ahora que el canal de Suez se halla sobre el tapete de la actualidad mundial, los "Intereses de España en las costas del mar Rojo" (43) vienen a retener de algún modo la atención inmediata de un puñado de propagandistas, así como el viejo litigio con Inglaterra a propósito de Borneo y Joló (44), intermitentemente abordado tanto en la publicística especializada como en la prensa general o en el Parlamento (45).

La coordenada de referencia hispanoamericana recoge ya, en los momentos iniciales de la década, un cúmulo de intereses varios, dispuestos a desplegarse en abanico en años sucesivos. El común pasado histórico sirve de pretexto y --acicate, a un tiempo, a un acercamiento progresivo, en el que el IV Congreso Internacional de Americanistas, celebrado en Madrid en septiembre de 1881 marca un punto de inflexión suficientemente interesante como para consignarlo aquí. Preparado con antelación y esperado con ilusión (46), el Congre-

so de Americanistas desplaza en última instancia su fecha - de convocatoria unos días (25-28 septiembre) para permitir a los interesados la asistencia a sendos congresos de "Ciencias Geográficas" (Venecia) y "Orientalistas" (Berlín) que coincidían con el momento previsto para la magna reunión en Madrid. Dos años antes había tenido lugar el precedente en Bruselas, aquella vez escenario brillante para los especialistas de lengua francesa en estudios "etnográficos, lingüísticos e históricos" de la América precolombina. Con estos mismos objetivos un conjunto amplio de estudiosos hispanos y (en menor medida) extranjeros se dan cita en la capital de España, perdidos, como de costumbre, entre un marasmo de prohombres de la política, de la administración, del ejército y las letras (47), que presenta con frecuencia con comitancias precisas con los nombres familiares a la Sociedad Geográfica; además del papel de privilegio desempeñado por Fernández Duro, ostentan vocalías, entre otros, José María Escudero de la Peña (fundamentalmente, director del Archivo General Central y profesor de la Escuela de Diplomática), Martín Ferreiro, Marcos Jiménez de la Espada, Justo Zaragoza, Federico Botella, Pedro de Novo y Colson, Eduardo Saavedra, Manuel M^a del Valle, etc. (48).

Por último, en este rápido repaso, queda aún por consignar la polémica y continuada labor de las órdenes religiosas en zonas de ocupación colonial, especialmente delicada de abordar por lo profundo de sus connotaciones ideológicas y culturales. A la espera de trabajos monográficos (49)

que vengan a iluminar una oscura trama, apenas velada por - la apología y las barreras defensivas (50), valga aquí la - noticia escueta de la inserción ocasional en los contextos propagandistas de agitación colonial -ya desde sus comien- - zos- de representantes de la "propagación de la fé". Ya an- tes de que la encíclica papal de 3 de diciembre de 1880 pro- pulsara firmemente la difusión de la semilla religiosa, res- paldándola con fondos universalmente recaudados (51), la So- ciedad Geográfica madrileña había dado acogida, como confe- renciante a uno de sus socios, el presbítero Joaquín Rodrí- guez, que disertó ampliamente sobre lo que -no improbable- - mente- entendía como un reto ("¿Qué debe la Geografía a los misioneros españoles?"), planteado hasta sus últimas conse- cuencias en el contexto eminentemente laico y profesional - de la agrupación madrileña: "Pues bien, señores -había co- - menzado el misionero-, si la marina, si el ejército, si la ciencia, si los viajeros han contribuido a los progresos de la Geografía y de la civilización, si han tenido entre noso- tros ilustres cantores sus magníficos hechos, bien puede, - sin que os cause sorpresa, el humilde fraile que tiene la - honra de hablaros, presentar a vuestra consideración los -- grandes trabajos que han hecho los misioneros españoles en pro de la ciencia geográfica, con tanta honra de España, -- con tanto lustre para la civilización y con tanta gloria pa- ra la Iglesia". El penoso silencio respecto a aquéllos ha- - bía obligado al espontáneo orador a salir al quite de lo -- que no puede por menos que estimar involuntario olvido en -

el balance primero de una multidisciplinar aportación al desarrollo científico: "Todos sabéis que a los progresos de la Geografía todas las clases de la sociedad han contribuido con sus trabajos, todos habéis oído esta misma verdad encomiada y ensalzada desde este mismo sitio, citando e ilustrando nombres que todos veneramos, y todos habréis notado como yo excluída de este palenque una clase tan respetable como los misioneros. ¿Es que la Geografía no tiene que agradecer nada a los claustros?. ¿Es que los estudios, los trabajos, los sacrificios hechos por los frailes en pro de las ciencias y de la civilización están condenados por la generación presente al olvido y tal vez al desprecio?". Sin embargo, una doble legitimidad avala sus palabras según se adentra el conferenciante en la enumeración de títulos: es la colonización misionera -así lo defiende- la más eficaz -defensora del amenazado dominio español en Filipinas, donde son los frailes "el elemento que más sostiene nuestro prestigio, el elemento que más trabajos geográficos presta, el único que aún se interna en los bosques y en las montañas y conoce y estudia el carácter de los naturales que aún viven la vida del bosque, y los reduce a poblado y a la vida social...".

La política oficial respecto a los muy dispersos núcleos de colonización religiosa, que está reclamando un análisis detenido, trató por lo general, de mostrar un talante complaciente más propio de la inercia que de la voluntad. Así, y por dictámen previo del Consejo de Estado, accedía -

Ultramar a conceder una subvención anual de 2.000 pesos a - la misión filipina de Sabuan, "pero sin carácter político, sino solo por vía de limosna a consejada por los intereses generales de la civilización y de la religión católica", en tendiéndose aquella cantidad como "limosna o donativo revo- cable siempre a la voluntad del Gobierno total o parcialmen- te y del modo y forma que su prudente arbitrio le sugiera" (53).

Tras este breve repaso a la publicística colonial y - sus problemas, repaso del que hemos alejado conscientemente el examen -siquiera sea somero- de la hagiografía nostálgi- ca o la crítica ácida al viejo imperio español en América y los procedimientos colonizadores de la España moderna (54), merece la pena volver un momento sobre la producción teóri- ca de mayor relevancia para el objetivo central de este tra- bajo: destacar las profundas relaciones entre ideología e - intereses (materiales o morales) que subyacen en el fondo - de la empresa africanista en su aparición renovada al borde de los ochenta.

"De las cinco partes del mundo es Africa, en los pre- sentes días, la que más interés excita y más atrae la curio- sidad general" (55). Así comenzaba Ricardo Beltrán y Róspi- de su temprana síntesis de la geografía africana a que die- ra cabida una colección popular, la "Biblioteca del Pueblo" de la Librería Universal madrileña. La vocación de geógrafo avant la lettre de Beltrán le lleva a rastrear con cuidado la sedimentación lenta y continua del conocimiento históri-

co sobre geografía de las costas africanas. Del siglo XV al XIX, rectificaciones y juicios erróneos trababan un haz con tradictorio de datos respecto al continente desconocido. En 1808, la voz autorizada de la Asociación Africana de Londres había convencido al mundo de que Africa no era "más -- que un vasto continente, donde sólo se encontraban animales salvajes". Afortunadamente para los amantes de la geografía las últimas exploraciones recorren a pasos agigantados esta distancia de malentendidos, retrocesos e incógnitas, y tal parece --se alegra Beltrán-- como si Africa "se acercara a Europa y le ofreciera nuevo campo de actividad".

Pero es que, con enorme fuerza esta vez, "no es sólo el geógrafo el que sigue paso a paso la conquista del continente africano, el política y el economista muestran no menor interés, y estimulan y protegen al explorador, porque -- saben que el comercio y la industria necesitan expansión, -- presumen con acierto que Africa está destinada a proveer a Europa de lo que ya no dan sus exhaustas tierras, comprenden todo el provecho que pueden obtener de aquellas vastas regiones que nadie explota, y aunándose la ciencia con los intereses económicos y con las aspiraciones de engrandecimiento colonial, pretenden los pueblos de Europa a un tiempo completar la ciencia, satisfacer aquellos intereses y estas aspiraciones, propagar la civilización entre pueblos -- que no la conocen, y perseguir sobre todo la vergonzosa trata de esclavos, vilipendio de la Humanidad". Presente la -- formulación de objetivos, clara y concisa, se corresponde --

netamente con explicaciones paralelas nacidas en los focos principales de la nueva expansión.

Con pragmatismo de nuevo cuño se alinean aquí postulados científicos, intereses económicos y un humanismo genérico de vieja implantación sobre raíces renacentistas: "Se aspira más que al mero conocimiento exacto de los lugares. A las investigaciones geográficas siguen trabajos que tienden a facilitar el comercio y a propagar la civilización (...). Mas como para realizar tales proyectos es ante todo indispensable exacto conocimiento y seguro dominio del país, los exploradores se agrupan, forman expediciones numerosas, bien provistas del material necesario, y organizan estaciones, unas situadas en las costas, accesibles por mar, que sirvan de campo de reserva a los exploradores y de base de operaciones, y establecidas otras en el interior con misión científica y hospitalaria (...). Estudios y exploraciones serán tanto más fáciles si la nación o naciones europeas en cuyo nombre y bajo cuyo patrocinio se hagan, procuran estimular la colonización y consiguen que los primeros colonos, atraídos por la riqueza y fertilidad del suelo, procedan con exquisito tacto, para no malquistarse la voluntad de los indígenas, pues en estas empresas debemos tener muy en cuenta las enseñanzas del pasado, y aún las del presente, que sólo obrando con la mayor prudencia podrán traerse a vida culta las poblaciones salvajes, y evitar sangrientas luchas, en las que siempre éstas quedan vencidas por la superioridad en fuerza moral y material del hombre blanco". Sin citarlo expresamente, la sombra del acusador Las Casas pla-

nea en lejanía sobre este puente tendido entre distintos - momentos del largo proceso de expoliación colonial a manos de los europeos.

La superioridad del hombre blanco -elevada ahora a la categoría de concepto legitimador por los constantes protagonistas del expolio-, tampoco se cuestiona en este escrito de Beltrán, como no podía menos de ocurrir. Pero sí hay un fuerte alegato en contra de la discriminación racial, anclado en presupuestos asimiladores y eurocéntricos, bien es -- verdad, pero que -si no es en absoluto excepción entre el - pensamiento colonial español de raigambre progresista- se sitúa a años luz de buena parte de las formulaciones occidentales contemporáneas a propósito de las razas no blancas (56): "Varios son los hechos que pudieran citarse en demostración de que las razas y los hombres de color tienen aptitudes morales y sociales idénticas a las que se estiman como privilegio exclusivo del blanco". Liberia, modelo de - - aculturación, o incluso la Angola portuguesa -donde, según el marqués de Sá da Bandeira, en 1868 un 20% de los negros de Ambaza "sabían leer y escribir"-, hacen concebir esperanzas de integración conjunta sobre los patrones de desarrollo occidentalizante: "Es indudable que estas razas, contradiciendo los asertos de etnólogos si no pedantes, que la palabra es algo dura, soberbios y péciales en sus juicios, -- progresan individual y socialmente, y están llamadas, si -- nuestro orgullo de raza lo permite, a tomar parte activa en la historia y futuros destinos de la Humanidad. Si este pro

greso es lento, si parece nulo en algunos pueblos, nuestra es la culpa, porque hemos hecho esclavo al negro, hemos traficado con él, negándole la personalidad, nos hemos propuesto ante todo y sobre todo explotar a la tierra y al hombres".

Contra la trata, de pervivencia clandestina tanto más lacerante cuanto que se ignora hipócritamente por los go- -biernos que la mediatizan, van las palabras más duras de esta presentación: "A los pueblos civilizados cumple oponer - el principio de la responsabilidad cristiana al fatalismo y la indolencia orientales, combatir la ignorancia y la barbarie del negro, e iniciándole en nuestra cultura, instruyéndole y moralizándole, es como podrá conseguirse la ruina -- completa de la esclavitud". La función civilizadora de la - religión y el comercio se reviste así de dimensiones tras--cendentales: la urgencia de poner término a la manipulación y tráfico de esta mercancía humana legítima, en definitiva; - la pronta intervención junto a los países afectados.

Por eso no es justificable la demora, en esta interconexión de intereses nacionales y universales que subyace en la argumentación del incipiente geógrafo Beltrán y Rózpide. Y de ahí la crítica directa -con esperanzas de alentar a la superación para con la extraña inacción de los gobernantes españoles: "Los Estados que tienen dominios en Africa procuran acrecentarlos, exceptuando por supuesto a España, donde si bien la opinión en estos últimos tiempos se muestra casi unánime en reconocer las ventajas políticas y comerciales - que podríamos obtener aumentando nuestra influencia en Ma--

rruecos y en las costas de Guinea, los Gobiernos, principalmente el llamado conservador-liberal, que es el que en mejores condiciones se encontró para dar satisfacción a las ideas y aspiraciones generales, y tomar parte activa, en las obras de civilización que inicia y prosigue Europa, miran con glacial indiferencia estas cuestiones, y aún parece que eluden toda ocasión propicia que, por ventura, se presenta, de afianzar nuestro predominio en los territorios que ya poseemos".

Pero la empresa africana se impone como gran tarea de los europeos a finales del XIX. "Comprendiéndolo así --se -- cierra esta introducción al tema--, y procurando ser fiel reflejo de las ideas y aficiones dominantes, la Biblioteca -- del Pueblo dedica uno de sus tomos a dar noticia sucinta de las varias regiones del Continente africano tal como hoy se conocen, así como también, al tratar de aquellas que por especiales motivos lo exijan, de los intereses de las naciones europeas que a las mismas se refieran, y de los trabajos realizados o en proyecto que tiendan a facilitar el decisivo triunfo de la civilización en aquel país". Esta era la intencionalidad del folleto desplegada en poco más de sesenta apretadas páginas. La geografía del continente africano, precisamente en momento crucial para su transformación a manos de los viajeros y comerciantes que Europa enviaba, había hallado su divulgador para el público español de 1880.

Por su parte, el industrial catalán Federico Rahola - (57) presenta puntos de contacto y divergencias con Beltrán

en su planteamiento del tema africano. Tienen en común estos dos admiradores del continente negro la obsesión producida por la cartografía: "Recuerdo aún -comienza Rahola su artículo-, que cuando estudiaba geografía elemental producía en mi ánimo un extraño efecto la vista del mapa de Africa. El aspecto del interior de aquel continente, ostentando un color uniforme, sin aquellas líneas tortuosas que nos indican el curso de los ríos, sin los puntos negros que señalan la existencia de las ciudades, sin aquellas grandes manchas que nos dan a conocer la situación de los lagos, sin aquellos pintados surcos que marcan la dirección de las cordilleras, ofreciendo, en fin, una enojosa uniformidad quebrantada solamente por unas cuantas letras que decían "países desconocidos", producía en mi vista el cansancio y atormentaba mi insaciable curiosidad". Los modernos descubrimientos, las arriesgadas exploraciones, cambian vertiginosamente la naturaleza de los viejos mapas de Africa, actuando como preámbulo y señal segura de que la colonización se avecina.

"La cultura de nuestro siglo -advierte y se congratula el autor- ha llegado ya al grado supremo de desarrollo - que hace indispensable la colonización. Cuando una civilización llega a su apogeo, manifestando conclusiones sintéticas, es cuando su exteriorización y difusión es más posible, cuando todo favorece al espíritu colonizador (...) Europa - había llegado a un verdadero período sintético en el siglo XV, y por esto pudo ser el siglo XVI destinado a la coloni-

zación de América, nuestro siglo, por idénticas causas, hace presagiar un siglo XX eminentemente colonizador, ésta será al Africa lo que el XV a la América, caracterizado principalmente por sus descubrimientos y conquistas". Pero lo que más preocupa a Rahola es quiénes habrán de erigirse -- aquí con el protagonismo de la empresa. La actuación política y administrativa de las potencias coloniales de primera fila (Inglaterra, Portugal y Francia) son repasadas así en una visión sincrética muy peculiar.

Pero, ¿y España?. ¿Habría todavía opción para incorporarse al reparto?: "La naturaleza nos había favorecido --se lamenta Rahola--, colocándonos en una situación especial para tomar parte en tan maravillosa obra, más nosotros, como ya en otros muchos casos, hemos sido sobradamente ingratos con la naturaleza". Sin embargo, "el español es el colono --nato del Africa", acuerda el autor con un buen puñado de especialistas recientes. Con ellos también --y Quatrefages juega aquí un papel importante-- se alinea para enfrentarse a -- los pueblos no occidentales; el recuerdo (todavía fresco) -- de la guerra de Africa, no es para el catalán Rahola especialmente grato: "Todos somos testigos de los escasísimos -- resultados obtenidos (...), cuya gloria ha sido completamente improductiva, pero con la cual se ha dado por más que satisfecho el amor patrio nacional. Ya en las Cortes decía -- O'Donnell: "No vamos a civilizar a los moros, ni siquiera a asimilárnoslos, vamos a reparar sólo agravios recibidos, -- etc. etc.", cuando todos comprenderán que, dadas las causas

de la guerra, no podíamos reducirnos simplemente a satisfacer la dignidad nacional, sino que debíamos imponernos a -- aquellas tribus bárbaras por medio de la fuerza, para que -- bajo nuestra influencia recibiesen el influjo de la civilización europea, que hubiese evitado en el porvenir actos y desmanes como los que habían motivado la guerra".

La crítica a la actuación política del sultán marroquí y a las contemplaciones españolas no es casual. En seguida viene reforzada: "Francia llevó sus ejércitos a la Argelia por idéntico motivo que nosotros a Marruecos, mas no hubo de contentarse con vencer en algunas batallas a los -- árabes, sino que se estableció en su territorio, y luchando con innumerables dificultades, logró imponer la civilización que desde las costas argelinas comienza a filtrarse a través del temible continente. De esta manera, y aplicando a las colectividades que causan daño la misma teoría aplicable a los criminales, que, según hoy filosóficamente se dice, tienen derecho a la pena, esto es, no diezmándolos en batallas simplemente, para castigar el ultraje recibido, si no imponiéndose a ellos y civilizándolos para evitar el peligro de futuros ultrajes, colocándolos en situación de comprender el mutuo respeto y consideración que se deben todas las nacionalidades, coexistentes en el seno de la humanidad".

Así, apelando a justificaciones basadas en la nueva ciencia (58), reclama Federico Rahola, en el contexto apropiado de la Revista Científico-Militar barcelonesa, una ac-

ción sobre Marruecos mucho más enérgica que la que propugnaba por entonces el núcleo de geógrafos y militares apiñados en torno a Coello. Su propio talante, es cierto, impondría buena parte de aquella moderación. Pero Rahola no quiere -- tampoco que nadie se llame a engaño: "Y no se nos venga diciendo que no estamos para pensar en conquistas, y que no debemos fijar en locas aventuras el pensamiento, porque no se trata de conquistas, ni de aventuras, sino de seguir el movimiento iniciado en toda Europa, de seguir el ejemplo de Francia e Italia, de no dejarnos arrebatar nuestra influencia por Inglaterra, de abrir un territorio a nuestra emigración y un mercado a nuestro comercio, y de tomar, por fin, en la obra civilizadora que en el Africa se realiza, la parte importante que de derecho nos corresponde".

La emigración, "elemento que se desprende ahora completamente" del tronco nacional, es reclamo importante para justificar esta elección urgente. No es preciso en un principio realizar una política de altos vuelos como es la francesa, con ocupar la zona ribereña de Marruecos con establecimientos comerciales, penetrando poco a poco previa asimilación de los naturales; con tomar posesión de Santa Cruz de Mar Pequeña estableciendo allí una factoría, y proteger las pesquerías españolas y canarias, quedarían puestas las bases para proceder, en una segunda etapa, a la colonización agrícola que protagonizarían emigrados españoles. Pero todo ello ha de ser puesto en práctica de inmediato, sin dilación; "de lo contrario, podríamos llegar tarde".

No obstante, entre crítico y decepcionado, no espera demasiado Rahola de la acción política: "Si dada la ocasión no sacudimos nuestra inercia, muy fácil es que cuando queramos más adelante intentarlo, topemos con una Inglaterra que sin los costes de una lucha, haya alcanzado en Marruecos la influencia que nos correspondía de derecho. Por desgracia - nuestro temperamento indolente y nuestra falta de iniciativa nacional, han de impedir que España realice nada en este punto, siendo sólo el Moisés que ve el primero la tierra -- prometida y que muere sin alcanzarla". Veinte años después, luchaba Rahola, en el seno de la patronal catalana, por compensar de alguna manera esa falta de previsión de los gobiernos, en salvaguarda de intereses ya largamente en precario, como eran los de la industria y el comercio catalanes en las Antillas (59).

Hasta aquí, he tratado de poner de relieve, en el seno de un amplio contexto de publicística relacionada con los aspectos centrales de este trabajo, la especificidad o relevancia de unos cuantos trabajos, los que he creído más significativos. En este clima de despertar intelectual hacia Africa, articulado sobre presupuestos de pleno correlato con la evolución general europea, tiene lugar la concreción formal de intereses coloniales en gestación, dos años después. Pero antes de prestar una atención especial a lo que se discutió en el Congreso Geográfico organizado en Madrid, en 1883, proporciona coordenadas valiosas la integración de aquél en la floración de reuniones, congresos y -

asambleas que acompañan a este período del XIX. Entre todos ellos (los de Agricultura de 1880 y 81 han sido destacados por A. Ortí (60)), ha llamado mi atención uno que hoy pasa casi desapercibido: el Congreso Nacional Mercantil que, por iniciativa de M. Carreras y González y el también librecambista Sanromá, tiene lugar en Madrid en diciembre de 1881 - (61).

2.- El gozne de la transición: el Congreso Geográfico de 1883 y los orígenes del africanismo organizado.

La reunión preparatoria del Congreso Nacional Mercantil, habida en el Círculo de la Unión el 30 de noviembre de 1881, reúne a la plana mayor del librecombio propagandista madrileño, bajo la tutela de los convocantes, y junto a - - Luis Silvela y Bonifacio Ruiz de Velasco. Días más tarde, - el 11 de diciembre, el paraninfo de la Universidad Central prestaba su acogida a la apertura solemne de las sesiones, abiertas por el propio ministro de Fomento. Como explicita el secretario del Congreso, Ramón Sáinz, en la mente de los organizadores perduraba la grata imagen del (poco tiempo - - atrás conmemorado) Centenario de Calderón, que había despertado "entusiasmo entre todas las clases sociales".

El comercio y sus representantes, con plena conciencia de su actividad en el engranaje social, tienden un lazo ahora hacia las instituciones culturales -y la Universidad está en la cúspide; involucrándolas en su proyecto de desarrollo del capital y, en consecuencia, de evolución progresiva en el contexto mundial. El propio Sáinz lo pone de relieve al principio de su discurso, como pone de relieve también la respuesta, eminentemente positiva, que acaba de recibir: "¿No os llama la atención un hecho bien sencillo?. - Estamos en el año de gracia de 1881, si en el de 1781 algún Colegio de mercaderes hubiese pretendido abrir polémicas en el recinto de una Universidad, ¿qué le hubieran contestado

los graves doctores del gremio y claustro?. Acaso hubieran dicho: "Comerciantes, id a vuestras utilidades y dejadnos - a nosotros la majestad de las cátedras". ¿Se parece esto a lo de hoy?. Hoy ha bastado una simple indicación mía para - que el dignísimo Rector de la Universidad Central nos haya abierto las puertas de este Paraninfo. ¿Qué significa ésto? Que la solidaridad de los intereses está hoy en la conciencia de todos, y que el comercio, representado por vosotros, y la ciencia, representada más o menos oficialmente por la Universidad, son dos hijos de un mismo padre, son dos hermanos gemelos que, atentos al bien de la patria, empuñan sus respectivas armas para pelear juntos al calor del mismo sol y con idénticos fines." (62).

Cohherentemente, la cuestión de la instrucción comercial alcanza un lugar de privilegio en el desarrollo de los temas propuestos para las sesiones, tanto por lo apasionado de las discusiones como por la cantidad de proyectos y sugerencias que se publicaron después en los apéndices. La reforma inaplazable de la carrera mercantil había sido, incluso, móvil de primera magnitud para los impulsores de la convocatoria. José María Cañizares, tras hacer un balance somero del estado de la cuestión, resume: "Esta es, señores, la situación de la enseñanza comercial en un país (...) tan extenso en costas, y con una posición topográfica tan privilegiada, que le pone en relaciones con todos los países; ésta es, señores, la enseñanza comercial en un país que en el golfo mejicano tiene esa joya de inapreciable valor que se

llama Cuba, manchada tan solo por la negra historia de la - esclavitud, y avergonzada hoy por la aplicación del vil ce- po y el repugnante grillete, ésta es, señores, la enseñanza comercial en un país poseedor de ese rico archipiélago que se llama Filipinas, y cuyo seno encierra tanta riqueza vir- gen". Sin olvidar tampoco a Marruecos ni a la América del - Sur, insiste Cañizares en la amplitud social de las enseñan- zas de que trata: "Estos estudios, señores, deben ponerse - en tales condiciones que a ellos puedan concurrir todos - - aquellos individuos que al comercio piensan dedicar su exis- tencia, desde el más humilde dependiente, hasta el hijo del más acaudalado banquero" (63).

Pero más que cualquiera de estos aspectos, interesan- tes en sí mismos, vamos a centrarnos aquí sobre la problemá- tica que gira en torno a la sesión celebrada el 14 de di- - ciembre: "Medios para abrir nuevos mercados a la producción nacional, tanto peninsular como ultramarina, y extender los que ya existen. ¿Pueden contribuir a estos fines los trata- dos de comercio?". Participaron en la discusión, como pre- - viamente inscritos, J. Gamiz Soldado, C. Martín Rey, A. Ro- dó y Casanova, E. García Marcos, N. Benítez de Lugo, M. Ca- rreras y González, y G. Rodríguez.

El tema, uno de los más importantes del Congreso como plataforma de inevitable enfrentamiento entre librecambis- - tas y proteccionistas, revestía aún mayor actualidad en - - aquel momento preciso en que se hallaban pendientes de apro- bación en las Cortes sendos proyectos de relaciones comer- -

ciales con el extranjero y con las provincias ultramarinas. Sin embargo, no acude a la palestra del librecambio en esta ocasión sino un tímido "proteccionista dentro de los principlos de la ciencia económica, proteccionista dentro de los adelantos de los tiempos modernos", como él mismo se defi--ne: se trataba del abogado A. Rodó y Casanova. En torno a --su intervención va a girar lo más interesante de la discu--sión global, pues contra él arremete Gabriel Rodríguez, eficaz puntualizador de diferencias, a su entender insalvables. Pero antes de que ocupara Rodó la Tribuna de los oradores, habían hecho uso de la palabra conocedores directos del "fenómeno Comercio" (que así serían denominados por Rodó), como Gamiz Soldado, preocupado directamente por las vías de --comunicación marítima y partidario de la abolición total de las aduanas (64), detractor de List y sus seguidores, cuyas doctrinas representan --afirma sin novedad-- "mezquinos intereses enfrente de los intereses generales del país", o como Martín Rey, feroz detractor de los tratados de comercio, --que le cuesta admitir incluso como mal menor, y por ello --partidario completo de la libertad de comercio sin matices, (el papel del Estado, fundamental, se reduciría aquí a la --potenciación al máximo de la red de comunicaciones, prefe--rentemente a nivel interior, viniendo todo lo demás por añadidura); o, por último, como Emilio García Marcos, librecam--bista con resabios y vacilaciones rayanas en la protección más templada, y denunciador de la nula entidad de las vías de comunicación fluvial en nuestro país, siendo así que de-

berían coadyuvar con eficacia a la red tejida por carreteras y ferrocarriles (65)...

Entre estos dos oradores, Martín Rey y García Marcos, la distinción quizá fundamental se polariza en torno a los ámbitos coloniales de Ultramar. Abogando el primero por la igualdad de trato más completa (en su caso, el liberalismo absoluto), alega García Marcos que "no es posible aplicar las mismas leyes, el mismo derecho, en unos puntos que en otros", igual que reconoce la imposibilidad material por parte de España de abordar con éxito la apertura de mercados coloniales nuevos entre las posesiones ultramarinas pertenecientes a otras potencias más avanzadas: "Para invadir sus mercados, tendríamos nosotros que hacerles una competencia perfecta en calidad y precio en los géneros". Por el contrario, sigue opinando el mismo orador- sí es posible - aún "explotar el comercio de las Repúblicas hispano-americanas" por medio del establecimiento de líneas regulares de vapores con bajas tarifas.

La intervención de Rodó y Gasanova, más extensa que las de los anteriores, dista mucho de revestir tintes polémicos. Pero Gabriel Rodríguez le responderá lo mismo que si así hubiera sido. Y en ello radica el interés central de esta puesta a punto, en el seno de los hombres de la Reforma de Aranceles, de los cruciales temas de la navegación y la búsqueda de mercados exteriores, punto central de partida para la reestructuración colonial de los años ochenta en Europa.

Había empezado Rodó calificando a los tratados de comercio como "precisamente una teoría proteccionista", en un intento de conciliar en el fondo términos que -afirmaba- sólo en la forma se oponían. Sólo había que mirar a quién se otorgaban los tratados, sopesando los pros y los contras, y había -eso sí- que reservar celosamente los mercados nacionales para "el productor español", incluyendo en aquéllos -cita expresamente así el orador- el cabotaje con las Antillas (66). Pero G. Rodríguez no acepta la conciliación y -- descubre el reto.

Reto que, sin embargo, había resultado más débil de - lo que él pensara al pedir la palabra la tarde anterior. La agitación catalana frente a los tratados de comercio, eleva da hasta el parlamento y extendida por los ámbitos de opi-- nión, le hicieron temerlo así en un principio. Pero ahora, y sólo arañada por Rodó, la idea librecambista se ofrecía - incólume. Había que desempeñar no obstante posibles malen- tendidos: Rodó había sido aplaudido en varias ocasiones, -- dando así la sensación de que su intento de armonización de intereses opuestos era bien acogido. Y Rodríguez, por el -- contrario, no encuentra modo de aceptar tales premisas: "Pa ra el Sr. Rodó este tema no tiene importancia, ni puede dar lugar a verdadero debate, porque sobre su solución han de - estar de acuerdo los proteccionistas y los librecambistas. Yo no creo eso. En mi sentir, este tema plantea de una mane ra radical la cuestión del libre-cambio y de la protección, y no es posible discutirlo sin que aparezca la contradic- -

ción entre las dos escuelas. Para que la contradicción no surja, es preciso que el orador se limite a lo que el Sr. - Rodó ha hecho esta noche, o sea dar vueltas sobre el tema - sin decidirse a abordarle de frente". ¿En dónde radica esa oposición inconciliable? Para G. Rodríguez, como hombre de ciencia económica, en presupuestos eminentemente teóricos: "... diferencias que principalmente se manifiestan en el -- concepto que esas escuelas tienen respectivamente de lo que se llama mercado".

"¿Qué es para nosotros un mercado?" -pregunta el orador a su auditorio, en su mayoría liberal en materia económica. Y responde él mismo: "Para los libre-cambistas el mercado es el conjunto de las relaciones posibles entre los -- centros económicos. Todo centro económico hace tres operaciones: 1ª, adquirir los elementos que necesita para producir, 2ª, producir, y 3ª, vender lo producido. La segunda es operación interior del centro económico, la primera y la -- tercera constituyen relaciones entre cada centro y los demás. La relación económica total comprende, pues, la compra y la venta, y la ampliación del mercado implica aumento de facilidad para las dos operaciones a la vez. No es posible vender más sin comprar más, y recíprocamente". Esta era, según uno de los maestros del librecambio español, la coordinada teórica que alentaba una práctica política que, con mayor o menor fortuna, trataba de imponerse al país desde el año 59. Pero, ¿y los proteccionistas?, ¿en qué premisas económicas fundamentaban su lucha política?.

"El proteccionismo no ve el mercado de esta manera -proseguía G. Rodríguez-. Partiendo del antiguo error de la balanza mercantil, separa la venta de la compra, y sólo considera como beneficiosa la extensión del mercado respecto de la primera operación. De aquí la pretensión absurda del proteccionismo, de favorecer a cada industria, proporcionándole nuevos puntos de venta en el exterior del país, y restringiendo la libertad de los consumidores para comprar fuera del país los productos similares". Y resumiendo y comparando: "Bien se ve con esto la diferencia entre libre-cambistas y proteccionistas sobre el concepto del mercado, y lo que se ha de entender por ampliación o apertura de mercados nuevos. Nosotros pensamos, al hablar de esta cuestión, en la relación económica total, que comprende la compra y la venta: los proteccionistas toman esa relación mutilada y sólo piensan en la venta" (67). Como ejemplo práctico, el de las harinas españolas en Cuba frente al rechazo de la libertad de introducción de azúcares antillanos, explica Rodríguez para concluir, al tiempo que desvela con sus palabras el giro previsible de la plataforma colonial: "Se habla mucho de asimilación y de cabotaje de Cuba, Puerto Rico y Filipinas con la Península, y yo, sin oponerme a que se supriman las trabas que dificultan nuestro comercio colonial ultramarino, debo consignar que hoy el proteccionismo se propone, bajo pretexto de asimilación y cabotaje, crear un nuevo monopolio, el monopolio de la bandera nacional, -- que sólo podría favorecer a los navieros de cierta región -

de la Península, y a los navieros de Cuba, perjudicando gravemente los intereses generales del país" (68).

Poco más cabía añadir entonces al debate. La intervención de Carreras, meramente anecdótica sobre lo dicho -- por Rodó, incapaz de alcanzar la contundencia de las palabras de Gabriel Rodríguez, se pierde en un puñado de puntualizaciones de entidad mínima. Dispuesto a defenderse, Rodó y Casanova no añade en su rectificación sino quejas de carácter personal.

A grandes rasgos, éste era el estado de la cuestión a finales de 1881; el resto de los temas tratados en este Congreso Nacional Mercantil suscriben la línea dominante en este asunto nodal de la expansión de mercados. Dos años después, exactamente, muchas de las tendencias y principios expresados en él tienen oportunidad de volver a la actualidad, entonces en el marco más amplio que les ofrecía el despertar de las nuevas inquietudes coloniales.

El Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil, profusamente anunciado y convocado con tiempo, abrió sus sesiones en Madrid, a principios de noviembre de 1883, para inaugurar "nuevos procedimientos" en la búsqueda de soluciones para toda una serie de problemas de raigambre eminentemente económico-social (69). La Academia de la Historia albergaría una sesión preparatoria, la víspera, en la que presentaron sus poderes una larga relación de "representantes de las Sociedades y Corporaciones científicas, Industriales y Mercantiles". Eran aquéllos:

- . Manuel Iradier, Julián Apraiz, Eduardo de Velasco y Cristóbal Vidal, por la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de Alava,
- . Marqués de Riscal, por la Unión Comercial de Vitoria,
- . A. Martín Toro, S. Pérez García y A. Ledesma Hernández, - por la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de Almería,
- . Blas Balero, Benito de Angel, Plácido Bernaldo de Quirós, P. Ma Jiménez, L. Castillo y Soriano y S. Palacios, por - la Junta... de Avila,
- . Antonio Machado y Alvarez y Joaquín Costa, por el Folk-lore Frexinense de Badajoz,
- . L. Sánchez Arjona y Velasco y Rafael Sánchez Arjona, por la sociedad Ciudad de Fregenal,
- . Alejandro Roselló, por la Escuela Mercantil de Mallorca y el Banco mallorquín,
- . Víctor Balaguer, por la Associació d'excursions catalana y el Círculo de la Juventud mercantil de Barcelona,
- . Manuel Feliú y Coma y Federico Nicolau, por la Junta de - Agricultura, Industria y Comercio de Barcelona,
- . Mariano de la Paz Graells, por la Sociedad Económica barcelonesa,
- . Luis Barnoya, por la Asociación de ingenieros industriales, Joaquín Riera, por la Academia científico-mercantil, José Emilio de Santos y Esteban Amengual, por el Fomento

- de la Producción Española, Enrique de Orozco, por el Instituto del Fomento de la Producción Nacional, José Elías de Molins, por Crédito y Docks, y el propio Joaquín Riera, también en representación del Colegio de Corredores intérpretes reales de navíos, sociedades todas ellas de Barcelona,
- . Félix Márquez y López, por la Junta de Agricultura... de Cádiz,
 - . Fernando de León y Castillo, P. Bravo de Laguna, Cesáreo Fernández Duro, Juan Alvarado y Felipe Pérez del Toro, -- por la Sociedad Económica de Las Palmas,
 - . J. Pelayo Cuesta, el Conde de Pardo Bazán y Celestino Vidal, por la Junta de Agricultura... de La Coruña, Abel Romero y Félix Banet, por la Asociación de Peritos mercantiles, y Manuel Batanero, Aquilino Herce, Domingo Carames, y Alejandro Moroda, en representación del Centro Mercantil e Industrial de la misma,
 - . Marqués del Pazo de la Merced, por el Círculo de Hacendados de Cuba,
 - . Arturo Vinar y, de nuevo, Mariano de la Paz Graells, por la Sociedad Económica de Gerona,
 - . Conde de las Almenas, por la Sociedad Científica Flammarrion, de Jaén, Angel Rodríguez Arroquia, R. Martínez Molins, Juan Francisco Mesa y Arroquia, y José Foladre, por la Junta de Agricultura, Industria y Comercio, y el Conde de Toreno y Antonio de Gregorio, en nombre de la Sociedad

- Económica de Jaén,
- . G. de Azcárate, S. González Encinas, Policarpo Mingote y Martín Muñoz, por la Junta... de León,
 - . José Hilario Sánchez y Manuel Sanz y Benito, por el Fomento de las Artes de Madrid, el padre Fidel Fita, por la -- Academia de la Historia, el marqués de Barzanallana, Francisco Cárdenas, el marqués de Molins, Melchor Salvá y Fernando Alvarez, por la Academia de Ciencias Morales y Políticas, Juan Uña, José Macpherson, Joaquín Costa y R. Torres Campos, por la Institución Libre de Enseñanza, Juan José Jiménez Delgado, en nombre del Ayuntamiento madrileño, A. García Cano, F. Martínez de Miguel y G. de la Torre de Trassierra, por la Academia de la Juventud Católica, el duque de Veragua, Zoilo Espejo y F. López y Gómez, por la Asociación de Agricultores de España, José del Castillo y Soriano, por la Asociación de Escritores y Artistas, y Matías López, E. Maissonnave, Juan Ruiz de Castañeda e Ignacio Hidalgo, por la Liga Nacional de Contribuyentes,
 - . Antonio Cánovas del Castillo, Vicente Gomis, Cristino Martos, Luis de Molins, José Maycas, Francisco Corona y J. F. Pérez Bernardo, representaban a la Compañía de los ferrocarriles de Almansa a Valencia y Tarragona,
 - . José de Carvajal, por la Liga de contribuyentes de Málaga,
 - . Salvador de Albacete, Miguel Guirao, José Calvo, Esteban Mínguez y Francisco Martínez, por la Junta de Agricultura

- ... de Murcia,
- . R. Becerro, E. Rodríguez Tabares, A. Herrero, J. A. López I. Chamorro y Demetrio Ortega, por la Junta... de Palencia,
 - . Jacinto Orellana y Joaquín Pastor, por la Junta... de Salamanca, Tomás Rodríguez Pinilla, por la Liga de Contribuyentes, y F. León Iglesias, por la Escuela de Nobles y Bellas Artes de San Eloy salmantina,
 - . Francisco Martínez Pacheco, por la Junta de Agricultura ... de Santander,
 - . A. Machado y Alvarez, también por el Folk-lore andaluz, - de Sevilla,
 - . Juan Canellas, el barón de las Cuatro Torres, y Eduardo - Torroja, por la Junta... de Tarragona,
 - . José M^a Pérez Caballero, por la Junta... de Toledo,
 - . Marqués de Jura Real, José Cristóbal Sorní, Rafael Atard y Juan Vilanova y Piera, por la Junta... de Valencia, E. García Monfort, Salvador Roig, F. de P. Formosa, José Buchón, M. González de la Fuente, y P. Esparducel, por el - Ateneo Mercantil, el Conde de Morphi, Juan Navarro Reverter y Manuel Reig, por la Sociedad Económica valenciana,
 - . Germán Gamazo, José Muro, P. A. Pimentel, P. Figueira, -- Narciso de la Cuesta y Cándido Sanz, por la Junta... de - Valladolid,
 - . Florencio Schmidt, por el Club Náutico, Cándido Villavaso

Natalio Alonso y E. Aznar, por la Junta... de Bilbao,
 . Marceliano Isábal, M. Torres, Juan Minuesa y José Baena,
 por la Junta... de Zaragoza, el marqués de Arlanza, por -
 el Fomento de la Producción nacional, Mariano Durán, Desi-
 derio de la Escosura, y propio M. Torres, por la Sociedad
Económica Aragonesa.

Con un total de 684 congresistas inscritos (a los --
 que se anunciaba la exención del pago de la cuota correspon-
 diente en caso de afiliación a la Geográfica), comenzaban -
 las sesiones poco después de la una y media de la tarde del
 domingo 4 de noviembre de 1883. Los participante iban a su-
 jetarse a las condiciones fijadas previamente: emitir bre-
 ves dictámenes, no superiores a los quince minutos, en los
 que se recomendaba- "conviene condensar mucha doctrina, in-
 dicando con la posible concisión todos los aspectos del pro-
 blema que han de desenvolverse en el curso del debate". - -
 Cualquiera de las ponencias había de contener al final un -
 breve resumen en forma de conclusiones, con las cuales se -
 construyó el cuestionario que se sometería a las sucesivas
 votaciones de los congresistas. Antes del 1º de noviembre,
 dichos resúmenes debían obrar en poder del secretario del -
 Congreso, para su publicación.

Este mismo, Martín Ferreiro, leyó la memoria inicial
 en la sesión de apertura. Europa avanzaba a ritmo acelerado
 hacia las fuentes del progreso y del bienestar, pero España
 había visto "luengos años su estrella oscurecida, porque, -

exhausta de fuerzas, prodigadas quizá con impremeditado ardor, y decadente por otras causas que no han de examinarse en este momento, durmió en prolongado letargo, despierta ya a la luz de la moderna civilización, y, como todas las naciones cultas, sometida a la misma suprema ley, siente vagos, pero irresistibles impulsos, que la arrastran hacia la corriente general; quiere algo, y necesita saber lo que -- quiere" (70. Para dar forma concreta a esas aspiraciones, a estos ideales que la Geográfica identifica con los suyos -- propios, se habían reunido aquella tarde, y lo habrían de -- hacer en los días siguientes, los respetables representantes allí convocados. Había que imprimir al conjunto un "más exacto conocimiento", para el que la sociedad madrileña, -- tras siete años de existencia, se consideraba maestra autorizada y entusiasta.

Era preciso a un tiempo adentrarse sin vacilaciones --como se había acordado desde la primavera anterior-- por -- "una senda menos especulativa y más en opinión con las exigencias de la época y los anhelos de la opinión". Las ideas de Costa encontraban ahora su terreno abonado, porque la divisa inicial proclama que no hay que esperar a que los gobiernos pongan mano a la empresa; hay, por el contrario, -- que empujarlos. Y allí estaba patente, en el concurrido paraninfo universitario, "el apoyo de todas las clases" a la idea feliz. Colaboraban eficazmente a posibilitar esa recepción positiva de la llamada madrileña las compañías de ferrocarriles, que rebajaron sus tarifas para los congresos--

sistas, y hasta el propio gobierno liberal respaldó modestamente la convocatoria. Todo hacía presagiar -y así lo expresa Ferreiro ante el conjunto de los presentes- un considerable éxito.

Sin embargo, leves contratiempos empañan una presentación que se quería arrolladora. Antonio Cánovas, presidente de la Geográfica a la sazón, y considerado óptimo respaldo para infundir seguridad a los atraídos, deja de presidir inauguralmente este Congreso que tanto esperaba de él. Por "violenta" enfermedad ha de sustituir a Cánovas Eduardo Saaavedra, quien inmediatamente llama a la tribuna a Joaquín -- Costa, artífice principal del proyecto, que pronunció un -- largo discurso de apertura, cuya publicación vetaría él mismo inicialmente "por razones especiales".

En lo que se trasluce de su intervención, puede matizarse sin dificultad la contrariedad que experimenta Costa porque ni el ministro de Gobernación, Moret, ni "otras personas", han llegado a acceder a la sustitución momentánea -- de Cánovas en la presidencia. Razones de salud en el caso -- de Moret lo impedían, al parecer. Pero como el tiempo apremia, y la magnitud de la empresa crece con aquél, vale más abordarla de frente: la salida hacia el exterior, la empresa africana en concreto, da la tónica de la contemporaneidad más absoluta (71); y participar en ella es integrarse -- de lleno en la onda más reciente. Pero, al contrario que se proclama con frecuencia desde las tribunas públicas, no se habla aquí con conciencia de un imposible. España, para Cos

ta y quienes lo siguen o acompañan, se halla dispuesta a integrarse en la carrera colonial; nada lo impide. "La otra - razón a que hemos obedecido es de carácter social, más bien que científica. El país se iba desentumeciendo, sentía despertarse sus aptitudes coloniales, aletargadas durante tanto tiempo...".

Un breve resumen de la argumentación empleada: la necesidad de que la raza latina se halle representada ampliamente en la gran empresa contemporánea que deslumbra al mundo (72), basta para situar las coordenadas inmediatas de la propuesta exteriorizadora que patrocina la Sociedad Geográfica madrileña:

"España debe volver desde luego a dar testimonio vivo de sus facultades colonizadoras, exteriorizar algo sus - fuerzas y tomar posiciones en el planeta, no fiando el porvenir entero de la raza latina a lo que Francia haya conseguido ocupar en estos últimos cincuenta años de conquistas ultramarinas, y a lo que Portugal logre salvar de sus antes vastísimos, y hoy amenazados, dominios africanos; -asimismo debe secundar, aunque sea moralmente, la acción de Portugal en el imperio del Congo, de Italia en Trípoli y de Francia en Oriente; -España debe sufrir una transformación radical desde el punto de vista militar, dejando de ser lo que ha - sido hasta hoy, potencia continental, y viniendo a ser lo - que es Inglaterra, potencia principalmente marítima, o más claro, constituyendo en base a su política exterior y de su futuro engrandecimiento la marina militar, no el ejército -

de tierra, el cual sólo puede hacer la guerra al único país a quien España no la debe hacer" (73).

Quedaba así brevemente justificada la dimensión geopolítica de la iniciativa, esgrimida tradicionalmente para justificar una intervención recurrente en el norte del continente africano, y que vuelve ahora a un primer plano, libre ya de las trabas retóricas y esterilizantes con que la idea africana se insertaba en un contexto romántico: España "carece de sentido práctico, se fatiga a la primera hora, y todo ese ardor y toda esa vehemencia que demuestra al solo anuncio de la realización de lo que ha dado en llamar sus ideales en Africa, son lo que podría ser un romance épico - compuesto por Góngora, y no producirán sino espuma y retórica y arrebatos de lirismo que durarán minutos".

En realidad, la presentación oficial del proyecto colonial de nuevo cuño que aquí se pergeña, no es más que un aldobonazo a las conciencias progresistas del país, que Costa amortigua ahora con el ropaje histórico de una de sus obsesiones ya comprobadas y de fértil futuro: la tecnificación agrícola y la política de riegos. "Desde el siglo X al XV -recuerda el orador- enseñamos a Europa el arte de apresar y canalizar las aguas para riego, y desde entonces, en vez de adelantar, hemos retrocedido, y cuando ya toda Europa está surcada de un sistema arterial hidráulico, España sigue siendo un desierto donde alternan las sequías y las inundaciones para esterilizarlo".

Pero -y esto es lo que importa- el rumbo puede ser aún --

rectificado. La modernización se impone para aspectos complejos y variados de la vida de los españoles, y la oportunidad se ofrece ahora en coyuntura óptima: "Hemos nacido en un tiempo de reconstrucción y de combate, en el que hasta la ley de nuestro pasado se vuelve contra nosotros, y en -- que nuestro mayor enemigo es el carácter nacional que hemos recibido en herencia, menos acerado de lo que quieren las -- contiendas del siglo (...). El español de ayer, imperfecto y todo por su carácter, ha poblado medio continente, dando el ser en él a diez y seis naciones: el español de hoy se -- halla en condiciones infinitamente mejores que entonces para repetir ese mismo esfuerzo, porque puede rectificar, y -- de hecho va rectificando, su carácter, gracias al contacto en que se ha puesto con las demás razas, de las cuales recibe estímulos, ejemplos, consejo y ayuda, con las cuales hace comercio de facultades, de aptitudes y de sentimientos, tanto como de productos materiales (74).

El público no tardó en hacer dos objeciones al orador. Las dos acostumbradas y comprensibles para economistas y políticos. Una de ellas, si era oportuna esa osada aparición española ante el mundo exterior que aquí se patrocinaba; la otra, si podría España contar con suficiente capital monetario y humano para llevar adelante cualquier empresa colonial, por pequeña que ésta fuera. En el fondo, los dos contraargumentos convergían en una sola línea directriz: la convicción imperante, impuesta por la clase dirigente, de -- que las escasas energías del país habían de ser dirigidas --

concéntricamente hacia el territorio nacional, de que cualquier fuga material repercutiría indefectiblemente en la debilidad del conjunto, de que la dispersión humana, económica o política impediría, obstaculizándola, la pronta cicatriz de las heridas nacionales.

Joaquín Costa se halla preparado para responder con agilidad que la población es proporcional a la productividad del suelo, y que, "en tal concepto, no puede negarse -- que España tiene hoy exceso de población", exceso que a sus ojos adquiere proporciones alarmantes: "Las tres cuartas -- del territorio de la Península, para el efecto de sustentar vida, es como si no existieran". La emigración es, así, mal relativo y necesario, mal menor y derecho indudable, "pues por gusto no emigra nadie". Nunca considerada como sangría lamentable para la patria, los hombres de la emigración colaboran con eficacia al mantenimiento estable de lazos complejos con la patria de la que un día salieron. Sin embargo, una nueva orientación de ese -siempre relativo- derroche de fuerza humana, vendría a multiplicar satisfactoriamente para el país los efectos positivos de su desarraigo: "Económicamente considerada -se afirma-, representa (la emigración) un capital efectivo de diez a doce mil millones de reales", capital empleado hasta aquí en colonizar a la sombra del pabellón español. Pues bien, la canalización de esa fuerza potencial hacia nuevos veneros de riqueza, permitiría la asimilación completa por el país de esos beneficios: "En cuestiones de población -viene Costa a cerrar su argumento-, el

camino más corto no siempre es la línea recta, que también les es aplicable la inmortal paradoja de Colón "buscar el - levante por el poniente", y, por esto, uno de los medios -- más seguros para colonizar el interior de la Península es - colonizar el litoral de Africa". Aunque discrepantes con to da probabilidad en los procedimientos, nadie podía entonces acusar a Joaquín Costa de tener en la cabeza proyectos aje- nos a la problemática central que vertebraba la marcha del país en los años 80.

La objeción de la falta de capitales era muy otra. Preciso era el reconocimiento objetivo de que no sobraban - al país volúmenes monetarios en oferta de colocación. Pero, contesta Costa sin dudarle un segundo, en veinticinco años ha dilapidado España en Fernando Poo ciento cincuenta millo nes de reales, "para no conseguir absolutamente ningún re-- sultado". Con mucho menos podría el país sentar las bases - de un futuro imperio: "¿Qué hay que hacer para colonizar?. Lo primero, comprar productos africanos, vender productos - europeos, cortar árboles y criar ganados. Pues bien, los ca pitales invertidos en estas operaciones son reproductivos - desde el primer momento, y más reproductivos, y más efica-- ces y poderosos para desarrollar el bienestar y la prosperi dad de España que empleados en la Península y comprometidos en ciegas competencias".

Era preciso no demorar más la incorporación efectiva a esta dinámica del bienestar que Costa veía al alcance de la mano. Sólo era preciso convencer al capital de las venta

jas de la orientación propuesta. Por ello, como "doctrina puramente individual" se vé Costa obligado a avalar muchos de sus asertos. Sabía de lo escasamente respaldadas que nacían sus palabras más comprometedoras. Sólo una fracción de la propia Sociedad Geográfica, y fracción mínima al fin y al cabo, no vacilaría en suscribir sus propuestas con integridad, y aún así, nunca tan acuciantemente.

La primera sesión del Congreso, con la discusión de la primera de las ponencias, tendría lugar efectivamente el lunes, 5 de noviembre. Víctor Balaguer presidía la mesa. Había de hablarse allí del conjunto de posibilidades que ofrecían las costas septentrional y occidental de Marruecos; -- junto a ello, del atrayente y esencial asunto de las pesquerías canario-africanas. De estas últimas hablaremos con detenimiento más adelante, por lo que pasaremos rápidamente sobre su tratamiento, fundamental, en el Congreso.

Marruecos recibía honores de primer orden en aquél. El militar Castor Amí había aceptado el encargo de redactar la ponencia correspondiente, y en ella reciben cumplido examen los aspectos comerciales. La necesidad de liberar ampliamente de trabas las transacciones con el imperio limítrofe constituye el eje de sus planteamientos. Un intercambio ágil y abundante vendría a solucionar problemas económicos a ambos países. En el ámbito de la importación, y respecto al imperio de Marruecos, España está autorizada a importar al año 6.000 cabezas de ganado, pero "es tal nuestra desidia que, a pesar de ser un problema económico difícil -

el abastecimiento de carnes en muchas capitales de España, entre ellas Madrid, donde podría llegar por mitad de precio, este año último, y como caso excepcional, hemos exportado (sic) en bandera española tres mil reses solamente, -- con destino a los puertos de Málaga, Cádiz y Barcelona". -- Ello constituye prácticamente todo el intercambio (75), tanto más irritante cuanto que otros países europeos sí son -- sensibles a las ventajas del mercado marroquí, y las aprovechan.

Una política comercial liberalizada permitiría hallar en Marruecos salida oportuna y cómoda para buena parte de la producción española, y así, "llevaríamos el arroz, -- los azúcares, el café, nuestros carbones, muertos a tradición, nuestros aceites, los ácidos, sustancias químicas y medicamentos, las harinas de nuestras Castillas, los hierros y aceros del Norte y demás metales elaborados, los jabones, la cerámica ordinaria, las maderas labradas y los -- muebles, los materiales de construcción, las industrias del papel y sus afines, los géneros llamados ultramarinos, los tejidos de algodón, de lana y de seda, riquezas de Cataluña y Valencia, las armas de nuestras fábricas y los productos de la industria española dedicados al lujo y al regalo; pudiendo, en cambio, extraer de aquel territorio aceites sucios para refinar, toda clase de cereales, cera, coral, corcho, crin, esparto, frutas verdes, ganado caballar, que por inteligentes cruces, regeneraría nuestra abatida ganadería, dando al ejército buenas y económicas remontas, ga

nado lanar y vacuno, grasas y sebos, hortalizas, lana en vellón, cueros inimitables, minas de cobre, hierro, plomo, y otros ricos metales en cantidades fabulosas, tabaco, sedas, en bruto de todas clases y, en compensación de los nuestros los fantásticos y caprichosos objetos y armas de sus pequeñas industrias".

Coordenadas internacionales matizan la intervención de Castor Amí, porque Argelia está, sin dudarlo, en el centro del problema. Con una producción semejante a la marroquí, es en cambio relativamente importante el volumen de intercambios entre España y Argelia, a la que también entrega España parte importante de su pérdida emigratoria. Es preciso poner un remedio inmediato a una situación absurda que sólo a las arcas francesas beneficia, y por ello traza aquí el orador "el cuadro de las necesidades urgentes para lograr en ese territorio nuestros fines por medio de las artes de la paz, sin que por eso desatendamos, aprovechando oportunas ocasiones, los medios que las artes de la guerra puedan poner en juego con habilidad y decisión para abreviar esa obra patriótica y civilizadora".

Los patrones económicos que hay en el fondo de todo ello son explicitados sin ambages, pues insiste Amí en "solicitar por todos los medios posibles la disminución de trabas al comercio marroquí, y emprender con energía, ensanchándolo poco a poco, la explotación del territorio". En su suma, se trata para el ponente de "seguir un plan de invasión comercial y de colonización que sea profundamente meditado

y que participe, sin exclusivismos, de algo de las escuelas inglesas, bastante de nuestras leyes de Indias y no poco de la colonización argelina".

Abierto a continuación debate sobre las conclusiones de la ponencia sobre el norte de Marruecos, Emilio Bonelli es el primero en advertir que no es posible el establecimiento de nuevas factorías españolas sobre la costa septentrional del imperio del sultán sin riesgo de provocar conflictos internacionales. La solución a estas limitaciones de expansión radica, a su entender, en el fomento de las posesiones antiguas, Ceuta, Melilla, Chafarinas y Alhucemas, divulgando sobre todo en las capitales españolas datos abundantes sobre la geografía, vida y costumbres de los marroquies (76). El médico militar Felipe Ovilo y Canales, conocedor directo de la problemática del imperio, centra sin embargo sus palabras en cuestiones de otro cariz: "El gobierno, en representación del Estado no puede tener otro deber ni aspirar a otra cosa que a dirigir las fuerzas del país, encauzando su curso", pero "por lo mismo que en nuestro carácter domina en alto grado la indolencia, necesitamos más que otros pueblos que el Gobierno estimule nuestro trabajo ...".

Complementaria al respecto resulta la ponencia de Cesáreo Fernández Duro, encargado por la comisión organizadora del Congreso de hablar sobre la costa occidental de Marruecos por su especial conocimiento del espinoso y dilatado asunto de Santa Cruz de Mar Pequeña. Estaba aún fresca -

su polémica con P. Alcalá Galiano a propósito de la ubicación posible de Santa Cruz que tantas energías malgastara, a juicio de temperamentos menos especulativos. Pero ahora, centrado ya el asunto con más precisión, el telón de fondo de los intereses canarios aparece en toda su dimensión. La pesca en aguas africanas era el móvil principal de tensiones elevadas a las esferas de la diplomacia. De una gestión no excesivamente brillante se defiende Fernández Duro desplazando las responsabilidades a ámbitos alejados: "La verdad es que al país se debe declarar que los laudables esfuerzos de la iniciativa privada no han sido todo lo insistentes y eficaces que la empresa requiere. Lo primero que a las relaciones de vecindad interesa es entenderse, y eso no se conseguirá en tanto que los puertos de las Canarias, como algunos del Mediterráneo, no establezcan enseñanza del árabe, y hagan el sacrificio de una publicación en este idioma destinada a repartirse gratuitamente entre las tribus..."

Nadie responde u objeta las tesis defendidas en la ponencia. Enseguida habría ocasión de prolongar las reflexiones que el tema podía suscitar: Pedro de la Puente, teniente de navío, hablaba a continuación de algo que calificaba como "materia poco amena y atractiva", importante como pocas a pesar de ello. En efecto, las pesquerías "de los canarios en los bancos de Africa", motivo directo de reivindicaciones diplomáticas frente al sultán de Marruecos, causa de agitación de la opinión y dinamizadoras de capitales sin

demasiada atención a su procedencia, habían de constituir, según el ponente, "el núcleo, el fundamento de la pesca de altura en nuestra patria, que hoy no existe". En atención a sus dimensiones como actividad económica de trascendencia considerable, le dedicamos más abajo un espacio propio. Pero vaya por delante desde ahora su incompatibilidad momentánea con las débiles conquistas de la diplomacia española en Marruecos: "La verdadera pesca de altura de los canarios -- -indica-Puente- se verifica, pues, entre Río Oro y Cabo -- Blanco, esto es, a una distancia de 300 y 500 millas respectivamente de las Canarias, y algo mayor aún de la definitiva Santa Cruz de Mar Pequeña, lo que, entre paréntesis, indica de un modo claro lo estéril que debe ser, bajo el punto de vista de la pesca, la futura factoría de Santa Cruz, donde, por desgracia, sobre no haber puerto ni acaso verdadero abrigo, no existe tampoco pescado" (77).

El asunto de las pesquerías iba a ser nodal en el -- Congreso, pero una serie de elementos ajenos a los organizadores iba a desplazarlo relativamente hacia un segundo plano. Sin embargo ahora, tras su inmediata exposición, el catalán José Ricart Giralt presenta en Madrid una alternativa comercial a aquella otra de la industria pesquera. La atracción hacia la costa occidental africana del comercio sudanés, previa atracción de los jefes indígenas que poblaban -- la zona norte, habría de ofrecer enormes posibilidades al establecimiento en aquélla de un puerto español, mucho más -- rentable y cómodo que si se sitúa en el despótico reino de

Marruecos. Establecer comercio regular con Tombuctú, afirma Ricart, "ofrecería más porvenir que todas las expediciones al interior del Africa meridional en donde Stanley y Brazza parece que disputan la soberanía".

Las pesquerías, sin embargo, a su entender, no ofrecen un panorama realmente tan optimista como el que acababa de pintar Pedro de la Puente. Años después, sus palabras hubieran debido ser tenidas en cuenta. Pero, por el momento, lo más relevante de su intervención consistía en la alternativa razonada que ofrecía Ricart al Congreso de Geografía - madrileño. Sus conclusiones, bien acogidas entre los asis--tentes, decían así:

"1ª Que una factoría al N. de Cabo Bojador no será - de ningún provecho, por no poder explotar el comercio con - Marruecos y estar muy cerca de este imperio y de la sultaa--nía de Sidi Hexam, moviendo la avaricia de ambos soberanos, que pondría trabas a que las caravanas del Sudán se escapa--ran por sus mismas fronteras, privándoles de los beneficios que hoy reportan. Además, los pescadores canarios no tienen ninguna relación con esta costa africana, al N. del Cabo -- Nun.

2ª Que para poder explotar el comercio del Sudán, estando lejos de la rapacidad de Marruecos y Sidi Hexam, y tener las caravanas un camino más poblado y por lo tanto fér--til en agua y vegetación, establecería una factoría mercan--til y militar en una de las penínsulas de Río Ouro, Cintra o Cabo Blanco, atrayendo la amistad de los xerifs del país,

y estableciendo factorías nacionales en Tombuctú y Attan de Adrar. Esta factoría, estando situada en el mismo centro de las pesquerías canarias y teniendo un buen puerto, sería para ellas punto de depósito y salazón y refugio y habitación para los buques.

3ª Como problema posterior o corolario, procuraría -- que una comisión de marinos e ingenieros estudiaran todo el Sahara occidental, desde el mar hasta el Yuf o depresión salina, para saber la verdadera nivelación y ver si era posible llenar los xots y formar una serie de lagos unidos y navegables, cuyo presupuesto no excediera a los beneficios -- que pudiera reportarse de esta obra.

4ª Pedir al Gobierno que sin demora de tiempo esta--blezca la estación militar en uno de los puntos citados de Ouro, Cintra o Cabo Blanco. Y para la factoría comercial -- abrir una suscripción entre todas las sociedades y clases -- productoras del país, a fin de costear los gastos de una Comisión, compuesta de un piloto o naviero, un fabricante de ropas de algodón y lana, un agricultor, un ingeniero de minas y un médico-botánico, con el correspondiente acompaña--miento, que pasara a estudiar los mercados de Attan y Tom--buctu, para que nuestros comerciantes pudieran con pleno conocimiento enviar los géneros más adecuados en cambio de -- los productos del país" (78).

Pérez del Toro volverá en seguida sobre el asunto de las pesquerías, en defensa de los intereses no debidamente valorados, a su entender, por el catalán Ricart. Pero, por

el momento, vamos a centrar la atención sobre otros dos de los socios del Congreso que se levantaron para hablar a propósito de los temas en discusión aquella tarde. García Martín, en primer lugar, se lanzó a hacer puntualizaciones sobre la ponencia de Amí acerca de los intereses españoles en las costas marroquíes, cuyos presupuestos estima demasiado optimistas. Sin embargo, está de acuerdo García Martín en potenciar la acción española al máximo, proponiendo en -- aquél momento la creación de una Asociación de españoles -- africanistas, asociación -afirma- "en la que hace tiempo -- sueño". Su objeto, delimitado en términos amplios, consistiría en "velar por nuestros intereses en Africa, mejorar -- nuestros establecimientos, fomentar nuestro comercio, establecer industrias, y hacerse eco en todo caso de las quejas fundadas, exhaladas allende el estrecho, y que sin duda al pasarlo se disipan, puesto que no las oyen o no las atienden los Gobiernos de la nación" (79).

Pérez del Toro viene a exponer con mayor amplitud -- sus ideales respecto a Marruecos. La transformación de las plazas africanas en puertos comerciales, y no en factorías -nunca-, es su principal preocupación, "en la inteligencia -subraya- de que éstos han de ser francos". Por el momento, dos obstáculos de gran magnitud dificultan los intercambios con Marruecos: "Hay, por regla general, en España, pocos capitales que puedan abarcar grandes empresas, y como los que hay no se emplean en Marruecos, nuestro comercio con aquel país no se hace como el de Inglaterra y Francia por casas -

poderosas y en gran escala, siendo nuestros comerciantes -- por lo común gente de escasos recursos, que cuentan con pocas relaciones y que se limitan a producir para vender, y -- como la colonia española establecida en Marruecos es por sí sola tan numerosa como las de las demás naciones reunidas, a pesar de su pobreza relativa, daría origen a un tráfico -- importante y susceptible de aumento si no se lo impidieran sistemáticamente las mismas autoridades que deberían alentarlos".

La anticuada política de presidios se halla así mismo en la raíz del problema, en los orígenes de esa impenetrabilidad que tanto se lamenta aquí: "El actual modo de -- ser del presidio es también una gran rémora para el desarrollo del comercio y la industria de aquella plaza, pues los presidiarios que andan sueltos por las calles acaparan todos los servicios domésticos, entran como jornaleros en todas las obras públicas y particulares, se dedican a todas -- las industrias, tienen tiendas abiertas al público, viven -- en sus casas como si fueran ciudadanos honrados; y como algunos militares y funcionarios públicos utilizan gratis los servicios domésticos de los penados, como los que no gozan de este privilegio le dan un salario insignificante, como -- insignificante es el jornal que en las obras ganan, resulta que el criado, el jornalero, el industrial honrado y libre, no puede competir con los que la ley ha querido condenar, y a nadie le es ni será posible establecerse en Ceuta mientras el presidio conserve su actual organización (...)" (80)

La segunda sesión, dedicada a Guinea y el mar Rojo, es presidida por Hilario Nava el martes 6 de noviembre. Montes de Oca leyó entonces su ponencia sobre el "Comercio de España en sus posesiones del Golfo de Guinea". Como habría de oírse a partir de aquí con intensidad y reiteración, hay un grave inconveniente de orden internacional que se opone a que España pueda ejercer el lógico y natural comercio con sus posesiones de Africa occidental, tanto más enervante -- cuanto que de allí podría obtener el país el aceite de palma cada vez máspreciado. Se trata, obvia es la mención de algo que está en la mente de casi todos, del "tristísimo" -- tratado con Inglaterra que firmara Martínez de la Rosa en -- 1835.

No obstante, la inactividad no es en absoluto aconsejable para alguien que ya ha iniciado con éxito suficiente experimentos de tipo agrícola en la isla de Fernando Poo. Y así, aconseja el orador la pronta colonización por medio de la agricultura, protagonizada por canarios y deportados cubanos (lo que provocará réplicas en mayor medida que adhesiones), y encabezada por la mano ya acostumbrada de misi-- neros, naturalmente españoles y católicos. De la mayor im-- portancia es, en este contexto, lo contenido bajo el rótulo de "conclusión 6ª", llamado a atraer la protección oficial sobre los últimos progresos realizados en la agricultura de la isla: "Que las plantaciones de estos últimos tiempos, -- que alcanzan próximamente a millón y medio de plantas de ca

cao, sesenta mil de café, sesenta árboles de quina, y otros tantos plantones de vainillas y algunas plantaciones de caña de azúcar, aseguran que en muy breve reportarán grandes beneficios, y por lo tanto, es indispensable que el Gobierno mire con la mayor atención por el desarrollo de la agricultura en esta isla" (81).

Unicamente después de que el viajero Abargues de Sozén desarrolle su trabajo sobre las costas del mar Rojo y - su propia experiencia como explorador, cumpliendo la tarea que le encomendó en 1879 la Asociación Española para la Exploración del Africa (82), relato que sólo en parte interesa al público (83), tiene lugar la discusión conjunta de ambas ponencias.

Las dimensiones otorgadas por Montes de Oca a su proyecto guineano polarizan sin dilación a parte del auditorio, y a partir de este momento comienzan a pesar sobre la dinámica renovadora del Congreso viejos lastres del sustrato colonial sobre el que se levantaba ahora de nueva planta un ambicioso proyecto. El misionero José de Mata, de la orden del Inmaculado Corazón de María, solicita de la mesa permiso para pronunciarse a propósito de Guinea y sus problemas; en seguida, va a limitarse a la presentación hagiográfica de la labor misional en las colonias. El 5 de octubre del año anterior, el gobierno de Sagasta había enviado a doce de sus compañeros a Fernando Poo, renovando con ello la tradición interrumpida en momentos de agitación política. También Joaquín Navarro vendrá en apoyo de la colonización mi-

sionera en la isla guineana, rechazando por el contrario la colonización agrícola a base de naturales de Canarias. En su opinión, sólo la raza negra (admite la posibilidad de un trasplante antillano) es capaz de colonizar con eficacia en las condiciones sanitarias y climatológicas de la zona.

Escaso éxito tiene pues, esta propuesta canaria que defendió Montes de Oca en su ponencia, y que ahora rechaza también Luis Molero de Levenfeld, preocupado esencialmente por las modalidades de la colonización y su capacidad de retener a los colonizados junto a la metrópoli. En este orden de cosas, rechaza con energía Molero la otra propuesta de Montes de Oca, la que hablaba de deportados cubanos, que no vacilarían en ese caso en segregarse de una potencia que de tal modo los castiga (84).

Pero quien reacciona con más fuerza contra opiniones allí vertidas es el propio Joaquín Costa, reservado en el uso de la palabra para cuando se pone fin a las votaciones del tema 12. Comienza Costa su réplica manifestando su desacuerdo respecto a la revisión del tratado de 1835. Una "pequeña dificultad" lo estorba, a su entender: "Para acceder definitivamente abolida la esclavitud en Cuba". Con fuerza argumenta sobre los pros y los contras de remover asunto tan conflictivo: "Acaso se le replicará (a Inglaterra) que la emancipación gradual está ya en vigor desde hace tres años y medio, y que el gobierno inglés, en pleno Parlamento, se ha manifestado satisfecho de la conducta observada por las autoridades españolas en la gran Antilla y del modo

como se cumple la llamada ley del patronato de 1880, a consecuencia de la información secreta llevada a cabo por los cónsules británicos en la Isla de Cuba, y publicada en el Diario de Sesiones de la Cámara de los Comunes. Pero aquel Gobierno, previsor y desconfiado cual ninguno, dirá que tam bién el partido constitucional había ofrecido solemnemente, en plenas Cortes, un año antes de subir al poder, decretar la abolición inmediata y simultánea de la esclavitud en Cuba, en la misma forma en que se había hecho en Puerto Rico, y que sin embargo, una vez conseguido el codiciado poder, - no sólo mantuvo en pie el régimen del patronato sino lo que más grave, los castigos corporales del cepo y del grillete, tan rudamente combatidos en 1880 por el Sr. León y Castillo, diputado de oposición, como tenazmente respetados meses des pués por el Sr. León y Castillo, ministro, y respetados con tra el parecer del Consejo de Estado, que en tres dictáme-- nes consecutivos había declarado tales castigos contrarios a la ley promulgada en aquel año. Ante esta falta de honra- dez política, el Gobierno inglés dirá que no está seguro de que los sucesores de aquel Gobierno no retrocederán también en el camino de la emancipación gradual, y no restablecerán de algún modo indirecto la esclavitud absoluta. Se hace una ilusión quien crea que Inglaterra se va a desprender de la garantía que el tratado de 1835 le dá contra las inconstan- cias de nuestros partidos y la falta de escrúpulos de nues- tros partidos y la falta de escrúpulos de nuestros partidos políticos. Yo, inglés, no lo concedería; yo, español, no de

bo solicitarlo".

Debatíéndose sin duda entre la atracción utópica de un modelo de desarrollo a imitar y el enfrentamiento nacionalista con una potencia tradicional usurpadora de parcelas de libertad y soberanía patrias, Costa sigue argumentando - en contra de cualquier alteración en el estado de cosas - existente al respecto. Y así, prosigue afirmando que "las negociaciones despertarían la ambición de Inglaterra, quien vendería su asentimiento como favor y lo haría pagar con alguna compensación en cualquiera de las varias reclamaciones que la diplomacia inglesa tiene siempre pendientes en todos los países" (231). Lo mejor es considerar el tratado en desuso, caducado, porque "el Gobierno inglés sabe mejor que no nosotros que ya no hay barcos españoles que exporten negros - de Africa, y no se atrevería a visitarlos, mucho menos a detenerlos". Si lo hiciera así, y como el derecho es recíproco, un barco español de guerra "debería detener como sospechosos a uno o varios de los numerosos buques mercantes de Inglaterra que surcan aquellos mares". ¿Y qué alegar entonces?. Pues como hacen el comercio del aceite de palma, y -- llevan la bodega llena de barriles, "puede decirse que tal vez se destinan a la aguada para los negros cautivos", como llevan tablones sueltos, "puede decirse que esos tablones se destinan tal vez a formar una segunda cubierta o entrepuente para esclavos". Los propios mercantes ingleses serían de este modo los primeros interesados en hacer cesar la vigencia del añejo tratado (85).

Segundo reparo a lo allí propuesto: la colonización. Enemigo acérrimo de la gastada acción de los religiosos, - aboga Costa sin dificultad por la colonización penitencia--ria, eso sí tamizada con precaución, como núcleo original y de arrastre, hasta que la colonización libre acudiera por - sí sola al área del golfo guineano: "Inmediatamente que se haya determinado este movimiento de emigración, la colonia penitenciaria debe desaparecer: España habrá creado rápida--mente una provincia ultramarina, y por tanto, un mercado pa--ra sus manufacturas; habrá disminuído su presupuesto de ma--nutención de los penados; habrá hecho cambiar de medio a un cierto número de éstos, convirtiéndolos en trabajadores hon--rados y padres de familia; pero debe saber detenerse a tiem--po, que el exceso de avaricia rompe el saco, y lo que en un principio hubiera sido fuerza impulsiva, vendría a conver--tirse en fuerza repulsiva y de retroceso".

Pero, si bien esto no representaba graves dificulta--des de admisión para la mayor parte de los allí reunidos, - la enemiga de Costa contra la colonización religiosa, espe--cialmente contra los jesuitas, restará fuerza de persuasión a sus, sin embargo, razonados argumentos. La respuesta vio--lenta a la intervención del Padre Mata (quien es aplaudido y secundado por algunos de los congresistas) acaba de vol--ver en su contra la pasión puesta por Costa en el asunto. Pocas intervenciones en aquel congreso se cerraron con el - más absoluto de los silencios. La de Costa en este momento, al parecer, fué una de esas pocas.

Había supuesto el misionero congresista que la revolución septembrina fué la causante del fracaso de los jesuitas en las misiones de Fernando Poo. Para Costa, los once años previos al estallido de aquélla, transcurridos para la misión jesuítica en la más completa inactividad, son prueba contundente de la inexactitud de este aserto. Las razones son de muy diversa naturaleza, según el orador, quien esboza sobre la marcha todo un esquema de sociología de las religiones: "Como el espíritu es inaccesible a todo intento de coerción, cuando se da al negro la doctrina cristiana, la reduce a las condiciones de su espíritu, la transforma a su imagen y semejanza, se la transubstancia no tal como ella es, sino tal como es él, en suma, hace de ella un fetichismo nuevo, que se subroga en lugar del viejo, y más frecuentemente, que se suma con él".

Es manifiesta, por tanto, la incompetencia de las religiones para superar obstáculos que radican en las amplias diferencias culturales. Por ello, "nace el error, señores, de entender que los africanos están tan degradados porque profesan el fetichismo; y es al revés, profesan el fetichismo porque viven en esa primera edad del espíritu que no puede crear ni comprender nada más alto. El fetichismo es una de tantas manifestaciones de un estado general, y no son -- las manifestaciones lo que hay que atacar, sino el estado general mismo...".

No obstante, y descendiendo al terreno de lo concreto y palpable, admite Costa que quizá la orden benedictina

hubiera sido más apropiada que los jesuitas para realizar - ese esfuerzo colonizador en Guinea, por la probada dedica-- ción de aquélla a las labores de tipo económico. Explica -- más adelante así su idea: "Lo primero que hace falta es en-- contrar un medio de comunicación intelectual entre la raza civilizada y la raza salvaje, pues sólo de este modo nos se-- rá dado influir sobre ella y despertar su espíritu a la vi-- da de la civilización. Ese medio no puede ser la religión, porque no existe punto de contacto entre la de una raza y - la de otra; tampoco puede ser la fuerza que si alcanza a se-- ñorear los cuerpos, no así a sujetar, y menos a elevar las inteligencias; sí pueden serlo el comercio, la agricultura, el trabajo, porque entre los del africano y los del europeo existe identidad de sustancia, y si la religión más perfec-- ta no puede transigir ni entenderse con las menos perfectas de las razas inferiores, el conercio de los europeos se aco-- moda perfectamente a los procedimientos primitivos del co-- mercio de los "africanos". Por ello es fácil prever nuevos fracasos con los últimos intentos de colonización religiosa erróneamente enfocada hacia la sustitución de mistemas cuya superior eficacia hace largo tiempo que vienen comprobando otros: "Los misioneros de Loyola salieron de Fernando Poo - al cabo de doce o trece años, como creo que saldrán los mi-- sioneros del Corazón de María, sin dejar otro rastro de su paso que las firmas puestas en las nóminas del Estado, don-- de figuraban como empleados públicos; y fundado en esta ex-- periencia (...) puedo adelantar, sin que crea por esto pe--

car de irreverente, que los 10.000 duros anuales que el pre supuesto de Fernando Poo consigna para personal y material de las nuevas misiones, contribuirían a la civilización de los indígenas y al progreso general del país mucho más si - se consagraran a descuajar montes, a abrir caminos carrete-ros, a construir muelles, a edificar viviendas para colonos de Cuba y de Canarias, a fundar algunas factorías, a subvencionar alguna línea de vapores, hasta a crear granjas y centros de población por benedictinos".

Frente a ello, tiene Joaquín Costa pensado algo más ambicioso: "Creo yo que la colonización debe principiar por una doble explotación, la de la madera y la de la hierba, - valiéndose de un doble instrumento, el ganado y el hacha: o más claro, debe acometerse la isla simultáneamente por el - centro, en dirección descendente hacia el mar, y por el mar, en dirección ascente hacia las mesetas centrales, hasta en-contrarse en la región intermedia; por el centro, estable--ciendo la cría de ganados en grande, como en Australia, co--mo en el Cabo (...)" (86).

La votación de las conclusiones de esta segunda se--sión, que no será abordada hasta un día después, va a ser - un tanto accidentada. El marqués de Zafra se opone terminar temente a la primera de aquellas, que -siguiendo a Costa- - proponía hacer caso omiso del tratado de 1835 y considerar--lo caído en desuso. Sugirió el marqués con energía las defi--ciencias jurídicas del procedimiento en cuestión, que no --contaba en absoluto con la otra parte contratante. La presi

dencia le objetó que no era ya momento de pasar a discutir tales términos, cosa que logró Zafra al fin gracias a la intervención de Costa. Retirada por éste, como individuo de la comisión de conclusiones, para volver a redactarla con más cuidado, se anima Zafra a proseguir en su empeño legalista. La tercera conclusión, por su parte solicitaba la verdadera abolición de la esclavitud en Cuba; el marqués la consideró también inexacta, apurando la paciencia del ponente, que accede al fin visiblemente molesto a sustituir la palabra "esclavitud" por la más precisa y ajustada a la realidad legal de "patronato". Pero, antes de pasar a la siguiente conclusión, Foronda interrumpe la lectura y objeta que no se ha votado la aceptación de tal término, y que es preciso definir con precisión el margen de tiempo en que habrá de procederse a dicha abolición del patronato. Joaquín Costa no vacila en responder que dicha exigencia será "inmediata", a lo que Foronda (también sin la menor duda) opone la conveniencia de que se proceda de una manera "razonada y progresiva". El presidente, José Oria de Rueda, no ve el momento de poner término a una agitada sesión que, excepcionalmente, había comenzado a las 4,45 de la tarde: "No se puede discutir -interrumpe Oria al Improvisado orador-, hay que votar...", porque "si hubiéramos de discutir todos los trabajos que propone la Comisión, entonces esto sería interminable".

Foronda, no obstante, dista mucho de darse por satisfecho con tan expeditivo procedimiento, y alega razones de

importancia: "No es que la conclusión sea mala; es que tal como está redactada no satisface a la generalidad del Congreso; es que se pide que haya un término medio para complacer a los de la izquierda y a los de la derecha, y que, unánimemente, en nuestra condición de españoles, votaríamos todos". La agitación es evidente entre el público, porque el congresista López Martínez acude en ayuda de Foronda y, aunque el presidente no le concede la palabra, habla aquél en contra de la comisión, que acepta modificar unas conclusiones en tanto que se niega totalmente a proceder de tal modo con otras: "Yo creo que también debe retirar ésta, y que -- los señores que no estén enteramente conformes con los términos en que ahora está redactada, se acequen a la Comisión para que pueda haber esta discusión (...), con lo cual el Congreso podrá votar después con más acierto, y su decisión será más autorizada" (87). En estas circunstancias, es preciso interrumpir la votación hasta el día siguiente, 8 de noviembre. En realidad, no llegarán a aprobarse aquéllas -- conclusiones hasta el día 9, después de que el Congreso haya adoptado posturas encontradas en áreas distintas. Tal como se aprobaron, las conclusiones del tema 2º, referente a la colonización del golfo de Guinea, eran las siguientes:

1ª Atendidos los objetos naturales e industriales -- que se producen y que se consumen en la Península y en las posesiones españolas del Golfo de Guinea, existe base natural para sostener entre estas y aquellas un comercio de importación y de exportación por valor de algunos centenares

de millones de reales al año.

2ª Para que ese comercio pueda iniciarse y desenvolverse, es indispensable que se dé a los navieros la seguridad de haber quedado sin efecto el tratado celebrado en - - 1835 entre España e Inglaterra para la represión del tráfico negrero, sea porque el Gobierno lo considere caído en de uso, por falta de objeto, a consecuencia de la ley de 13 - de Febrero de 1880, sea porque lo denuncie al Gobierno inglés, si viere necesaria la revisión, tan pronto como quede extinguido en Cuba el estado de patronato.

3ª La colonización de estas posesiones conviene que sea blanca, de canarios y azorianos principalmente; mas para prepararla, debe fomentarse la emigración de cubanos negros, labradores y artesanos, a Fernando Poo y Cabo San - - Juan, y a los que se hallan actualmente deportados en aquella isla, unirles sus familias, trasportándolas por cuenta del Estado.

4ª La explotación de Fernando Poo y posesiones anejas debe abarcar tres períodos: 1ª cría de ganados en las praderías elevadas y corta de maderas en la región marítima; 2ª agricultura extensiva, cultivando principalmente cereales en las zonas altas; 3ª agricultura inensiva, para la producción de café, cacao, azúcar, algodón, tabaco y demás géneros ultramarinos en la región marítima y en la intermedia.

5ª Para hacer posible esta explotación, es urgente - construir muelles y abrir caminos carreteros, que atravie-

sen la isla de Fernando Poo, y que en el continente pongan en comunicación la costa con las sierras más inmediatas del interior.

6ª Para iniciar en poco tiempo una corriente comercial entre España y el Golfo de Guinea, debe establecerse una línea de vapores con subvención del Estado.

7ª En el caso de que el Gobierno crea deber seguir subvencionando misiones religiosas en las posesiones españolas del Golfo de Guinea, conviene que se instalen inmediatamente en la frontera del Gabón y Cabo San Juan, y que atiendan por lo pronto a las del continente más que a las de las islas de Fernando Poo y anejas; y en todo caso, debe imponerles como condición que obren por modo de colonización agrícola, al igual de las misiones españolas de Australia, sin perjuicio de que empleen además los medios auxiliares de la predicación y la enseñanza de las primeras letras.

8ª Es indispensable mantener en Fernando Poo un caño nero del tipo Salamandra, o en su defecto, una goleta de 80 caballos, disminuida su tripulación en un tercio, y además, un crucero de 250 a 300 caballos que proteja la navegación en aquellos mares.

9ª Conviene establecer en Annobón una penitenciaría con penados que han dado señales ciertas de arrepentimiento y enmienda, y dedicarlos, según sistema, a desarrollar las obras públicas y auxiliar la colonización libre en las demás posesiones españolas del Golfo de Guinea.

10ª Es urgente instalar destacamentos militares en uno de los islotes Elobey, y en los límites extremos de la parte de tierra firme que en dicho Golfo corresponde a España.

11ª Para propagar el conocimiento de las condiciones sanitarias, comerciales, agrícolas y demás de aquellas posesiones, conviene que se dé inmediato cumplimiento a la real orden que dispuso la impresión de la gran obra inédita de D. Julián Pellón y Rodríguez, existente en el Ministerio de Ultramar.

12ª Por este mismo Ministerio debe resolverse favorablemente y con urgencia el proyecto de exploración presentado por el viajero D. Manuel Iradier y recomendado por la Sociedad Geográfica.

13ª Los gastos de administración, gobierno y fomento oficial de Fernando Poo y posesiones anejas, deben incluirse en el mismo presupuesto y en el mismo capítulo que los de las posesiones españolas del Norte de Marruecos.

14ª Conviene que España posea factorías comerciales en las costas del mar Rojo, africana y árabe, y que su Gobierno establezca representantes consulares en varios puntos de ella, a fin de que protejan nuestros intereses y sirvan de punto de apoyo en nuestra ruta con las Filipinas y el extremo Oriente.

15ª Conviene que el Gobierno preste su apoyo moral a la Sociedad hispano-árabe-africana, y cualquier otra análoga que, como ésta, se proponga entablar relaciones mercan-

tiles en las costas del mar Rojo (88).

Pero volvamos a la marcha progresiva del congreso, y al tratamiento sucesivo que los temas propuestos siguieron un día tras otro. El 7 de noviembre, fecha de la tercera se si ón, estaba previsto tratar de las colonias españolas en América, punto de referencia inevitable para cualquier proyecto de reforma o para la defensa cerrada de posiciones ya adquiridas. Por imposibilidad de desarrollar el tema los po ne ntes previstos (los diputados antillanos Vizcarrondo y -- Portuondo), se ocupa de las provincias ultramarinas Balbín de Unquera. La importancia creciente de las posesiones espa ñolas tras la apertura del canal de Panamá, con cuyas conse cuencias se especula ya con esperanza más que con temor, -- constituye el centro de la argumentación de Balbín. Pero -- apenas se trasluce en sus palabras el profundo malestar que atravesaban las islas españolas del Caribe. En todo caso, -- las soluciones propuestas, se insertan en una línea acostum brada y polémica: "Un puerto franco en las Antillas, rela cionado con otros en esta inmensa línea de comunicación, no sólo entre Europa y América, sino entre ambas, el Asia y la Oceanía, es de absoluta necesidad y de indudable convenien cia" (69).

Quienes hicieron observaciones a la ponencia apenas discreparon de este punto espinoso del puerto franco: Justo Zaragoza, inclusive, se levantó casi exclusivamente para fi jar la conveniencia de establecerlo en Santiago de Cuba, si

posible fuera. Y ello, con argumentos de modernidad en sus planteamientos (90). Sólo Joaquín Oliván, preocupado por el comercio con Hispanoamérica -Perú, fundamentalmente-, y vinculado al transporte naval, proclama sin ambages un credo -económico incompatible con el de los demás oradores: "Pro--tección y tratados de comercio; he aquí la sola manera de -hacer la fraternidad por unos y otros apetecida: conocimiento respectivo de ambos países, por lo que son y lo que va--len; he aquí el modo de hacer la mutua prosperidad" (91). Y, por cierto, cosechó del auditorio aplausos nutridos y pro--longados.

Pero la tónica del encuentro era otra. Así al menos lo habían previsto sus organizadores, y con esas miras ha--bían encargado las ponencias, no siempre tan libremercistas, en definitiva, como se pudiera prever en un principio. Pero para reforzar posturas se hallaban allí presentes viejos lu--chadores del liberalismo económico. Manuel Pedregal y Cañe--do, por ejemplo, consume un turno inevitable, que aborda en profundidad el malestar antillano. Sin paliativos, las razo--nes económicas de dicho malestar son más importantes que --las políticas, tantas veces esgrimidas como nefastas. Y son aquéllas sin embargo las mismas por las que un día "perdi--mos nuestro gran imperio en América", la tenaza arancelaria en una palabra: "El mayor de los obstáculos en las islas de Cuba y Puerto Rico procede de la subsistencia de los aranceles, que constituyen un verdadero cuadrilátero con sus cua--tro columnas". Y por ello tiene miedo Pedregal de la induda

ble competencia de otros azúcares no gravados, de los tabacos de producción más barata. Sólo la primera calidad de -- Vuelta Abajo tiene garantías de seguridad en el mercado, pero, ¿y la amenaza de cultivos incipientes hoy en Africa, -- por ejemplo?. En este sentido, antes que dispersar esfuerzos en áreas diversas, conviene poner término a la situación angustiosa que atraviesan nuestras provincias ultramarinas (92). La inmigración rural, destinada a la revitalización agrícola de las Antillas (93), el comercio de tránsito, la mejora de los puertos y las facilidades para la colonización interior en base a la iniciativa particular, son los remedios propuestos por Pedregal como inmediata cura de urgencia. Pero todo ello --hay que insistir una vez más-- supone como premisa indispensable la mutación definitiva de las normas arancelarias: "Desaparezca esa muralla y se alcanzará pronto lo que consiguió el pueblo inglés: enriquecerse con el comercio universal. Engrandecido el comercio con la isla de Cuba, entonces vendrá por sí misma, sin grandes esfuerzos, con una legislación prudente, ya que no muy sabia, la inmigración, que es lo que se necesita para el desarrollo de la producción en Cuba".

Apolinar Rato también había incidido con agudeza, minutos antes, en el problema central de la crisis de distribución azucarera: "Llama la atención que todavía sostengamos en el mercado algún privilegio por el azúcar de caña -- que producimos; pero, es el caso que Cuba, (cuyo engrandecimiento ha sido tan pasmoso que se ha efectuado en el espacio de sesenta años) necesita remedio; remedio que, más que

al aumento de producción azucarera, tienda a proporcionar a ésta fáciles salidas. España debe procurar por todos los medios posibles el consumo de esa producción, y hay quien opina que favoreciendo, como ha dicho el ponente, con ciertos privilegios, el cultivo de otras producciones, podremos colocarnos en el caso de soportar o hacer frente a las pérdidas que el día terrible que se acerca van a sobrevenir. Yo, sin desechar el texto del ponente, creo que eso no es más -- que un paliativo, y que lo que Cuba necesita, diciéndolo -- con franqueza y con ingenuidad, son medidas radicales. Es preciso que el Gobierno obre con energía, y separándose de antiguas tradiciones y del camino trillado que hasta ahora ha seguido y que nos ha costado nada menos que la pérdida -- del imperio de toda América, proporcione la manera de allanar el camino a fin de que las provincias ultramarinas, lleguen a hacer el tráfico interior con la Península".

La petición del cabotaje absoluto, aquí reclamada, -- recogía sin duda aspiraciones comunes a buena parte del auditorio. Pero no puede afirmarse fuera tan ampliamente popular entre la generalidad de los que escuchaban los remedios propuestos para la comercialización sin problemas del azúcar cubano. Y por supuesto, lo era aún mucho menos de puertas afuera. En detrimento de los harineros castellanos y catalanes propone Apolinar Rato al congreso "proporcionar pan a las Antillas con harinas de los Estados Unidos, en cambio de los azúcares, ajustando buenos tratados comerciales. -- Cuando estemos en vísperas del gran acontecimiento, de --

abrir el canal de Panamá, cuando lleguen las harinas de California, que son dos veces más baratas que las nuestras, y no de mala calidad, y nos encontremos con el derecho de protección, las naves volverán atrás, los puertos se nos cerrarán, nuestros azúcares quedarán en los ingenios, y entonces, ¿qué hacer?. ¿Esperar a que se busquen otros mercados?".

Porque es claro para el orador que la reconversión - de cultivos que será propuesta más tarde por otros de los - participantes, no puede jugar el papel de panacea universal. Cambios en la orientación del mercado triguero son los únicos capaces de distender la tensa relación entonces existente entre el triángulo formado por la Península, las Anti- - llas y el principal consumidor de éstas, los Estados Unidos: "No hay que hacerse ilusiones: ni el arroz, ni el café, ni el cacao, son producciones que por de pronto puedan detener nuestra caída. Y en cambio, señores, ¿qué se pide?. Que no se exporten, con privilegio, de la Península, unos cuantos barriles de harina, que se necesitan para que los peninsulares coman, porque éste es el pueblo del mundo donde está -- más caro el pan (...). Si nosotros no tenemos aquí trigo suficiente para mantenernos, ¿por qué esa competencia que - - allá cierra los puertos a nuestros azúcares?" (94).

Sólo Beltrán y Rózpide, entre los oradores que intervinieron aquel día, enlaza con la preocupación esencial de los organizadores del Congreso: la apertura de nuevos mercados, contando para ello con una ampliación de la plataforma colonial sobre todo en sentido geográfico. Oceanía preocupa

sobremanera a Beltrán, que sugiere incluso la ocupación de nuevas islas en manos de "Compañías o Sociedades mercantiles-colonizadoras", porque "aunque las cosas siguieran tal como hoy se hallan (...), no habría de ser empresa difícil, ni estéril, ni ruinoso para el país la ocupación de Vavao y de otras islas que formaran línea, serie continua de puntos de escala para nuestro comercio y navegación intercoloniales" (95). Un proyecto común le unía a Costa, pero su opinión no es en absoluto mayoritaria en aquel momento.

Rafael María de Labra, con su autorizada opinión en materias coloniales, acabará de virar en contra del peligroso giro allí propuesto. Las Antillas son más importantes -- que cualquier otra preocupación, y -- en opinión de Labra -- no se ha puesto por completo el dedo en la llaga en la ponencia sometida a la atención del Congreso. Había olvidado Balbín, y Labra no podía olvidarlo, un problema de primera magnitud: "la abolición radical del patronato, o la abolición de la esclavitud, que subsiste en esta forma hipócrita y -- vergonzante del patronato". Tampoco se había hablado allí -- y contra los temores que lo habían impedido apunta ahora Rafael M^a de Labra -- de la necesaria e inaplazable "avivación del espíritu local", antes proporcionadora de lazos insolubles que de separatismos infundados. Y tranquiliza a la sala: "No os apuren todos esos rumores de perturbaciones políticas, de insurrecciones, de adversarios, de enemigos de la patria, no; por ahí no viene la muerte; lo serio, lo trascendental, es que aquella sociedad se desploma, y se --

desploma por falta de elementos eficaces que la sostengan, mejor dicho, por falta de garantías y elementos para las -- condiciones fundamentales de la riqueza del país, puedan tomar el desarrollo y la amplitud necesaria" (96).

Interrumpida la discusión con la intención de votar las conclusiones de la sesión 2ª, cuya dilación ya mencionamos más arriba, vuélvese sobre el asunto el día 2 de noviembre, cuarto de los ya transcurridos. Cesáreo Fernández Duro, que ocupaba en aquella ocasión la presidencia, concedió la palabra en primer lugar a José Ricart, por cuyo discurso -- desfilaron los canales de Suez y Panamá, el fomento del comercio marítimo y las comunicaciones. Próximos cambios geoestratégicos podrá alterar en breve la situación actual de nuestras provincias ultramarinas, su peso específico en el contexto del poder mundial. Y ello conllevaría reajustes de tipo económico de trascendencia y dimensiones considerables: "España quizá saldrá perjudicada en la abertura del canal -- que nos ocupa (Panamá) si con tiempo no busca otras compensaciones. Los Estados occidentales de la gran República Americana son esencialmente agrícolas, produciéndose en cantidades fabulosas no tan sólo los cereales, si que también la cepa (...).

Nuestras Antillas están, podemos decir, a las puertas de los Estados Unidos, y el canal de Panamá será un grifo o chorro de continua salida de los productos agrícolas -- de los Estados occidentales California, Oregon y Washington que proveerán a todas las Antillas y América Central, a no

ser que muy elevados derechos de entrada les cierren los -- puertos; medio éste bueno hasta cierto punto, pero que tiene que ceder al cabo de más o menos tiempo a la producción del más fuerte".

Como remedio a estos cambios de previsible inmenencia propone Ricart una serie de puntos por los que venía batallando desde años atrás: el fomento de la marina mercante y las relaciones comerciales con las repúblicas hispanoamericanas, el establecimiento de un puerto franco en San Juan de Puerto Rico, y la atención urgente a la banda oceánica -- del imperio español (97) en la que, considera, sería de gran utilidad el establecimiento de colonias militares y agrícolas en Carolinas y Marianas.

Otro librecambista de renombre, Félix de Bona, se -- apresura a intervenir a propósito de este tema referente a las provincias americanas que todavía posee España, "uno de los más complejos --afirma-- que se pueden presentar, yo ya a una sociedad de ciencias geográficas, sino a una Academia -- de ciencias morales y políticas y aún a una Asamblea, a un cuerpo deliberante, eminentemente político, que dirija la -- gobernación de un Estado". Su perorata se decanta en una línea de antemano previsible: panegirista de la colonización británica (si bien nunca detractor acérrimo de la asimilación española (98), defensor de la mayor productividad del trabajo libre frente al estancamiento del trabajo esclavo, denunciador público de las enormes desproporciones fiscales que pesaban sobre la isla de Cuba, y, en suma, del excesivo

volumen alcanzado por la circulación fiduciaria, perturbado ra en definitiva de las transacciones mercantiles... De la reforma radical de los aranceles, en sentido liberalizador, naturalmente, depende la prosperidad o decadencia futura -- del archipiélago.

Al fin y al cabo, el nudo antillano concitaba interses distintos, largo tiempo sedimentados, y sobre los que -- venían estableciéndose interrupción pactos y reajustes de -- equilibrios diversos. Por ello no va a resultar aparentemente novedoso el tratamiento otorgado al tema en el Congreso. Tampoco era la intención de los organizadores, casi sin du-- da alguna, el otorgárselo. Pero siempre estará ahí como pun-- to de referencia inevitable, como contrastador inmediato de otras posibles áreas de extracción colonial, como venero de tensiones entre las burguesías peninsulares con vinculación colonial. Camilo Villavaso, en nombre de sus "amigos de Viz-- caya", reclama una vez más la urgencia de concertar trata-- dos de comercio con los Estados Unidos, porque --argumenta brevemente-- "debemos girar en la órbita de atracción de -- aquel gran pueblo, que ha de ser el que realice la hegemo-- nía del derecho y de la libertad en el continente descubier-- to por Colón" (99).

Por fin podrá darse paso a la discusión del cuarto -- de los temas, centrado monográficamente en las posesiones -- españolas de Asia y Oceanía, Borneo y Joló y, con especial atención, los archipiélagos de Marianas y Carolinas. Cristó-- bal Cabello, uno de quienes se sintieron llamados a decir --

algo al respecto, se asombrará después de la escasa incidencia que el área filipina y sus alrededores había tenido en los discursos de los congresistas en días anteriores (100).

El dictamen sobre el tema, que circulaba impreso en el momento de su defensa no era sino un artículo de Victor M^a Concas, publicado en noviembre anterior, por haberse visto el autor obligado a sustituir de improviso al orador designado en un principio, Francisco Cañamaque. Trataba el -- trabajo sobre Borneo, fundamentalmente, y venía a negar -- cualquier conveniencia española en ejercer soberanía alguna sobre el territorio: "¿Conviene a España la posesión de la costa de Borneo?. No, y mil veces no. Largo sería el entrar a ocuparnos de esta cuestión, colocada en el verdadero y -- descarnado terreno en que debe tratarse (...) (101).

Concas, con tan radical negación de la pertinencia -- del despliegue de fuerzas por mínimas que éstas fueran, en territorios no tradicionalmente incorporados a los circuitos españoles de producción y distribución, arranca parabienes de un buen puñado de congresistas y provoca un efecto -- de arrastre sobre los más radicales, que se alinean junto a sus presupuestos. Eduardo Saavedra será el primero en plantear la disyuntiva, teniendo --según sus propias palabras--, "arraigadas ideas que contradicen en mucho la mayor parte -- de lo que en esta discusión hemos presenciado". Había que -- cortar de alguna manera veleidades temerarias, y las palabras del marino Concas le daban pie de intentarlo. Su parlamento es largo y en absoluto retórico y carente de fuerza;

merece la pena reproducir aquí ampliamente las razones de índole económica con que, recogiendo explicaciones corrientes y extensamente difundidas, trata Saavedra de guiar tras el hilo de la emigración (siempre conductor) la marcha de las discusiones: "¿Hay en España capital y trabajo que puedan llevarse a otra parte?. ¿Hay suficiente exceso de capital y trabajo para dedicar una parte al trabajo útil y otra al muerto?. Creo que no. En España hay falta de capital y sobra de trabajo; es decir, que dentro de nuestro país hay desequilibrio entre ambos. La prueba es que siempre que se acometen grandes empresas, a las cuales estamos perfectamente dispuestos por las condiciones singulares que disfrutamos, el capital viene de fuera, hay importación, inmigración de capital. Díganlo si no los caminos de hierro, las minas y otros cuantos negocios e industrias que no hay para qué citar aquí. Y ¿qué sucede entonces?. Que cada vez que viene de fuera el capital para naturalizarse en España, se restablece en cierto modo el equilibrio entre el capital y el trabajo. Nunca viene de fuera el trabajo, viene sólo el capital a remunerar el trabajo nacional.

Pero todavía esto no es bastante; hay trabajo sobrante en ciertas regiones de España, trabajo que no encuentra aplicación o no la encuentra constante como la necesita, si no con variabilidad, y ese trabajo tiene que ir fuera. Eso es lo único que podemos enviar para colonizar. En este caso es evidente que lo que conviene a España es buscar un punto donde habiendo capital extraño, defensa, seguridad y gobier

no extraños, el trabajador español, que no lleva más que su trabajo personal y necesita aplicarlo como trabajo útil, en en cuentre todo lo demás para poder completar una nueva entidad social.

Es claro que no es éste el único medio de colonizar. Cuando Inglaterra encuentra en su país a un mismo tiempo ex ceso de capital y de trabajo, envía los dos juntos, como su cede, por ejemplo, en las modernas colonias de la Australia. Sucede otras veces que en determinadas regiones no sobra -- más que capital, y entonces se va el capital sólo, como ha ocurrido con la expedición de Mackenzie, de la que tanto se ha hablado estos días. Mackenzie llevó el capital y ha busca do el trabajo. Pero lo más frecuente es que sobre solamente el trabajo, y este caso se presenta en todas las naciones -- de la Europa moderna. El inglés, el holandés y el alemán -- van a los Estados Unidos a llevar trabajo, porque allí hay hay capital; el canario y el gallego que van a Cuba, llevan trabajo donde hay capital; y por último, el vascongado que va a Chile o Buenos Aires, lleva también trabajo donde hay capital".

Defensor de la inevitabilidad de la emigración, de -- la entrada en cambio del capital foráneo, Saavedra se atreve a proponer al congreso la más amplia libertad de penetra ción de capitales (al margen de su procedencia) en las á- -- reas coloniales ya consolidadas, para conservarlas en poder de España, afirma. La consecuencia se desprende sola del -- análisis que acaba de hacer: "Pues si tenemos este exceso --

de trabajo, claro está que la consecuencia inmediata es que, por regla general, no debemos nunca empeñar al país, ni mucho menos al Gobierno que lo representa, a que intente nuevas colonizaciones y establecimientos por su propia cuenta, porque no teniendo capital que llevar allí, podrá tomar nominalmente posesión de aquellos países, podrá levantar la bandera, podrá establecer factorías, pero ésto no llevará nunca el capital; y como quiera que tenemos bastantes colonias donde podemos llamar al capital extranjero, debemos -- primero atender a que esas grandes extensiones de terreno -- de Filipinas, por ejemplo en Mindanao, que están sin civilizar, se civilicen con el concurso del capital extranjero y el trabajo nacional. ¿Temeríais que la visita del capital extranjero a nuestras colonias fuese a cambiar el color de nuestra bandera y arrebatarlos nuestros dominios? No lo -- creáis. El capital necesita que haya un gobierno fuerte, regular y ordenado, sin importarle cómo se llame, porque no -- busca nunca más que el producto, la aplicación inmediata, -- sin complicación de ninguna especie".

Pero España es más débil en su rigidez política y administrativa para conservar el viejo patrimonio que, paradójicamente en apariencia, todo el cuerpo de libertades otorgado por otros sistemas de colonización: "Si mantenemos las colonias y nuestros intereses en ellas simplemente con las declaraciones oficiales, esas colonias se perderán al fin y al cabo, más bien que por la injerencia de potencias extranjeras, por el crecimiento propio de aquella vida colonial,

que no tendrá medios de desarrollarse y levantarse a la altura que debe estar".

Es por ello por lo que Eduardo Saavedra se apresta a desvanecer malentendidos superables: Borneo debe quedar, -- sin duda, para los ingleses que, con especial dominio de la situación, obtienen un resultado que España difícilmente podría obtener. El progreso y la civilización exigen esta delegación en manos del más apto de las tareas colonizadoras. Con su largo y vibrante alegato, Saavedra arrancará del salón fuertes y prolongados aplausos! "Es menester que empecemos a comprender que nuestros vecinos no han de ser nuestros enemigos, que en lugar de buscar antagonismos entre la raza española y la inglesa, las dos entren en la gran familia humana, y cese esa oposición que artificialmente se busca. En los mares lejanos esa distinción no ha de ser entre naciones cultas, sino entre pueblos civilizados y pueblos salvajes, entre los pueblos que han recibido la luz de la razón y los que están sumidos todavía en las tinieblas; y donde quiera que haya un palmo de tierra en que exista una tribu sin civilizar, sin colonizar y sin recibir las ventajas de la educación, cualquiera nación que vaya allí sea -- protegida y respetada por todas las demás. Vengan Inglaterra, Holanda y Alemania a civilizar a Borneo y a todos los puntos de Oceanía que están sirviendo de nido para la piratería, de morada para el comercio de esclavos. Es menester que hoy día las conquistas del arrojo, de la audacia de los aventureros, las que la necesidad de capitalistas y de los

trabajadores hayan llegado a obtener, sean más respetadas todavía, más enaltecidas, que las alcanzadas en otros tiempos por la fuerza de las armas. ¿Qué de cosas poco gratas - nos dirían los ingleses si quisiéramos oponernos al progreso de su sistema colonial?... " (102).

Nuevas intervenciones abundan en los razonamientos - de Concas y Saavedra. Zoilo Espejo es quien con más fuerza apoya a los oradores que lo precedieron: "Afortunadamente - (y digo afortunadamente porque nos ha de evitar muchos desengaños si no prevalece la idea opuesta) la opinión que se ha significado en este Congreso a propósito de extender - - nuestra colonización, es contraria a que nos establezcamos en Jol6 y a que nos establezcamos en Borneo; porque, señores, es preciso decirlo, cuantas tentativas de colonización se hicieron en ambas islas tuvieron infausto resultado, y - muchas veces nos encontramos comprometidos al frente de - - aquellas hordas salvajes, que tienen ímpetu y valor para -- llegar hasta morder las mismas bayonetas.

Yo creo, señores, que lejos de extender nuestra dominación allí donde no podemos llevar nuestro capital y nuestro trabajo, debemos reducirnos a las posesiones que hoy tenemos, y hacer que produzcan los resultados que podemos obtener de ellas" (103).

Marcelliano de Abella, que había solicitado la pala--bra, renuncia a ella por hallarse totalmente de acuerdo con el discurso de Eduardo Saavedra, pero un día después, pro--nunciándose conforme con las conclusiones de la ponencia, -

aboga tímidamente por la creación de una factoría en Borneo (104). Y hasta el padre Martínez Vigil, animado con un contexto tan favorable, propone la colonización de Filipinas - con annamitas, amén de sugerir, naturalmente, una mayor protección estatal para las actividades misionales (105). En la sesión siguiente tendrá ocasión de escuchar palabras sumamente agradables.

Pero todavía aquel día un joven filipino nativo, Graciano López de Jaena, atrae la atención de los asistentes - por medio de un discurso vehemente y pasional. Manifiesta - el orador su extrañeza por la búsqueda afanosa de nuevos territorios, cuando las Filipinas son, todavía, un reducto de abandonos y fracasos. En lugar de preguntarse por las causas y remedios a los mismos, España medita ahora sobre proyectos que, invariablemente, alejarán aún más al archipiélago de una metrópoli descuidada. Pero lo que más llamó la atención de una parte del auditorio, la que otros habían denominado "de izquierdas", sin duda alguna, fué su atrevida crítica a la colonización misional (106) y a la incompetencia política de la metrópoli española. De seguir así las cosas, vaticina sin el menor atisbo de entusiasmo un sincero españolista, para dentro de cuarenta años (y en esto todavía fué optimista por demás el orador), la separación completa de Filipinas del contexto peninsular. El auge de las civilizaciones extranjeras es, en su opinión, la causa de este mal en ciernes. Contra los deslumbramientos foráneos - que la civilización anglosajona ampara en el archipiélago,

sólo un remedio inmediato encuentra López de Jaena: la libertad de enseñanza, si bien "no en toda su extensión como en 1868 -advierte moderado-, sino libertad gradual bajo la iniciativa del Gobierno, y, por supuesto, la propagación general de la "enseñanza del español en toda la extensión de Filipinas...".

La ausencia circunstancial de algunos que habían pedido la palabra, como el republicano José Muro, altera la relación de fuerzas en el paraninfo universitario un día -- después, cuando Víctor M^a Concas resume y puntualiza el debate de la cuarta ponencia, presentada por él mismo. López Jaena, el nativo de Filipinas que nunca alardeó de otros intereses que los de la metrópoli que lo amparaba, concita todos los reproches del marino español: ni la influencia extranjera es tan grande en Filipinas -afirma sorprendentemente un conocedor directo de la situación-, ni la enseñanza ha sido descuidada jamás en las islas (107), ni -y en ello radica buena parte de la agresividad desplegada- el sistema de colonización español en Filipinas es inferior a ningún otro: "Si nosotros no somos fariseos, si nuestra colonización es otra, ¿por qué hemos de imitar a esa gente?. No tengáis miedo, señores, no vamos mal; los viajeros serios y extranjeros reconocen que tenemos Filipinas y las tendremos - cuando habrán desaparecido toda la Europa de Oriente y la Oceanía (...). Protesto con todas mis fuerzas de la apolo-- gía continuada que se hace aquí del sistema de colonias inglesas. Es preciso haberlo visto de cerca".

La apelación al honor ofendido y la imagen de la patria en trance de ser mancillada sirve aquí a Concas para - ganar en hostilidad progresiva contra unos planteamientos - que no son los suyos. Y, con riesgo infinito de rozar las - fibras más sensibles de la impaciencia y el malestar popula- res (no convocados al acto, ello es evidente), se atreve -- Concas a preguntar a los presentes: "Pues qué, señores; ¿no hay en nuestras colonias ni un solo magistrado, ni un gober- nante, ni un empleado digno de respeto?. Señores, ¿es que - hemos sacrificado 200.000 hombres en los campos de Cuba pa- ra sostener, según algunos señores, el desorden? (...). Cal- culad, señores, el efecto que han de hacer algunas palabras aquí pronunciadas a tanto hombre honrado, a tanta madre, a tanto huérfano infeliz para conservar a España la perla de las Antillas...". Contra la aseveración marmórea del ponen- te- en todas partes hay desórdenes administrativos, cual- - quier colonia arrastra problemas de envergadura, sea cual - sea el régimen que se le imponga..., sólo un argumento es- - grime el contradicho filipino, al consumir su turno de ré- - plica: "Si me llevan al Calvario o a la roca Tarpeya, segui- ré defendiendo que los indios deben ser iguales a sus herma- nos de la Península". También sus palabras (y ello supone - una incómoda división entre los sistemas de valores o ideo- lógicas de los allí reunidos), fueron muy aplaudidos por un grupo de congresistas (108).

Y sólo después de votar unas conclusiones de difícil conciliación, aquellas que correspondían a la sesión segun-

da, pasa a discutirse el contenido del tema propuesto para la correspondiente al día que corría. Sobre emigración y - medios más adecuados de colonización comienza, por fin, a disertar Laureano Figuerola.

Pero, sin embargo, los ases del librecambio van a - venir, ahora como siempre, a dar una de cal y otra de arena a los proyectos fraguados en la mente de los organizadores del congreso. Más cerca de aquellos que de los defensores del monopolio y la protección, -en virtud de viejas o nuevas necesidades, eso no hace aquí al caso-, Costa y sus compañeros sufren evidentemente desajustes desesperanzadores con los ideólogos del Sexenio, constante e inflexiblemente opuestos a la potenciación nacional de los modelos - anglosajones y francófonos. Figuerola, como lo fué Labra, o como lo fueron tantos otros, es aquí exponente de esa diferenciación clara entre la adopción de patrones intocables y mitificados (a los que el destino subordinaba indefectiblemente la marcha de los asuntos internos del país), y la elección sopesada de unos cauces de desarrollo capitalista semejantes a los de los países más avanzados, en un intento de consolidar moldes y estructuras similares para fundir en ellos los patrones de una nueva sociedad. Pero - oigamos ya a Figuerola a propósito de la colonización con emigrantes forzosos y el papel del Estado en el proceso: "¿Debe el Gobierno dirigir la emigración a donde favorezca los intereses de España?. ¿Qué ventajas o inconvenientes - ofrece la emigración española?.

No es atribución de los gobiernos dirigir los pasos de los hombres, sino garantizarles el libre uso de su derecho de locomoción (...). Dos categorías de infelices tiene todo Gobierno bajo su dirección: los expósitos y los penados.

Respecto a los expósitos que vegetan y mueren en -- los asilos de Beneficiencia, la emigración puede dignificarlos, darles nombre, crear familia, propiedad, salud, y poblar nuevas regiones con gente agradecida que bendiga la patria que les dió una existencia oscura y los eleva a la condición de ciudadanos útiles y respetados. Cuanto se haga en este sentido, trasplantando jóvenes de ambos sexos a las posesiones ultramarinas, será un bien inmenso para la metrópoli y para los territorios donde tomen asiento.

La emigración de penados o formación de colonias penitenciarias está definitivamente condenada por la ciencia y la experiencia (...).

Resumiendo brevemente, "no hay que blasfemar ni maldecir las emigraciones o colonizaciones, y los hechos parciales que de cuando en cuando son la expresión del quejido de emigrantes engañados o comarcas despobladas no deben confundirse nunca con el principio general a que la emigración obedece. Los abusos que se cometan en el enganche, -- transporte o llegada de emigrados, prueban únicamente que las condiciones de un contrato han sido mal planteadas o -- violadas, y que el derecho o la equidad deben suplir los -- defectos de la contratación: sólo sirve para probar el per

fecto derecho que tiene el que se resuelve a emigrar para verificarlo, sin que un tercero, sea el Estado o un particular, pueda anular o destruir semejante derecho". Con - - ello cierra Figuerola el bucle de razonamientos propio de la ideología que profesa: "Los Gobiernos no deben atribuirse el derecho de dirigir las emigraciones; sólo pueden estimular el espíritu público con la difusión y propagación de noticias que procuren sus agentes en territorios extraños y hacer respetar el derecho de los nacionales que en - otras naciones funden factorías, establecimientos comerciales o colonias". (109).

Rafael María de Labra, encargado de la segunda ponencia del tema sobre colonización, es menos radical que Figuerola y concilia con mayor soltura (producto quizá de su honda preocupación por el asunto) los dos términos distantes que podían aparecer aquí enfrentados. Para Labra, - pues, el papel de la iniciativa privada comienza a revestirse de unas peculiaridades propias en el seno de un poder político cada vez más involucrado en la acción económica de los ciudadanos: "La colonización ¿es un fin del Estado, o por el contrario, es una determinación libre de la actividad social?. Hoy, los problemas sociales y políticos o económicos no se plantean ya partiendo de ese dualismo o antagonismo absoluto, porque sólo en los libros viejos pueden hallarse los problemas del socialismo y del individualismo y la especulación de Gobiernos, y no pueden estar -- nunca inspirados en el exclusivismo de escuela. Así es, --

que si puede afirmarse que no es fin del Estado la colonización, y es por tanto necesario combatir todo empeño de colonización dirigida, excitada, provocada o planteada por el Estado, por el Gobierno; de la propia manera tiene que aceptarse, que cuando los particulares realizan esta obra de exteriorización, cuando se crean colonias o compañías de carácter puramente mercantil, o aun de propaganda, y se hace bajo la bandera de la patria reclamando su protección y su soberanía, desde ese instante, entra la intervención directa del Estado, ¿para qué?, para asegurar en aquellos países todos los principios del orden puramente jurídico, dejando campo para el desarrollo completo de la vida interior, en el punto de vista mercantil y social, a los intereses y principios de las sociedades que la formaron (110).

Pero lo más interesante de toda la disertación de Labra, en este momento, es su interpretación dualista de la colonización como sistema económico y político a lo largo de la historia, y los cambios profundos que experimenta el fenómeno ante los ojos de los contemporáneos. Sensible profundamente a mutaciones cuyo sentido y finalidad futuros todavía no puede alcanzar, Labra se aferra sin embargo a la utopía idealista del iusinternacionalismo español de la conquista y administración americanas, vigente todavía en la generalidad del pensamiento político internacional de la Restauración y en gran parte alimentado por el talante ético de los hombres que hicieron el sexenio. Sus propias palabras explican mejor que nada esta tensión vital -

entre modelos ideales, artificialmente creados para sustituir a realidades imperfectas, y la constatación palmaria de la presencia, constante y amenazadoramente progresiva, de los hilos de la explotación y el espolio.

Móviles económicos, demográficos y, en inmediata -- instancia, políticos --reconoce Labra-- han aparecido siempre a lo largo de la historia de la expansión de un pueblo más allá de sus fronteras: "cuando los pueblos han necesitado dar salida y empleo al exceso de población; cuando -- por encontrarse repletos sus mercados han necesitado buscar otros nuevos para colocar sus productos y, con este -- apoyo y auxilio, procurar nuevo desarrollo a la industria; y cuando, a las veces, las revueltas, las agitaciones de -- los tiempos, sobre todo en estos en que las ideas políticas vienen verificando una transformación grande, tienen -- inquietos a los Gobiernos y es tremenda también la intranquilidad en la sociedad, en estos casos, los Gobiernos -- creen importante llamar la atención de sus súbditos por medio de empresas comerciales, y sobre todo, por medio de empresas guerreras, y lleva a esas gentes al son de trompetas y clarines a descubrir nuevos pueblos y las hace entrar por una bandera de compromisos que las mantienen lejos de la patria: en la inteligencia de que los que sostienen esos compromisos, no van por su empeño, sino que el núcleo lo constituyen las clases más desheredadas o los que tienen la gloria de las armas, que siempre en algunos países es gloria por todos conceptos". Pero para un hombre --

que lleva toda una vida dedicada a la moralización sobre un ámbito plagado de corrupciones críticas recurrentes, defender en última instancia la bondad -real o factible- del proceso, forma parte del camino seguido: "De manera que sobre los intereses comerciales, sobre los intereses económicos o industriales, ved siempre -en la historia se demuestra y aún en la de nuestros mismos tiempos se patentiza- ved siempre - en este empeño de la colonización, una verdadera tendencia humanitaria respondiendo de manera distinta, pues conforme - en los tiempos novísimos este empeño de exteriorización se desarrolla, al propio tiempo que se equilibra el derecho, se forma la conquista religiosa". Y así, ocupan un lugar preferente en la formulación de conclusiones las que atañen a la labor civilizadora del hombre blanco (111). Bien entendido - que, -y ello imprime matices indudable y excepcionalmente -- progresistas a su discurso-, "es de rigor en esta colonización consagrar desde luego los derechos de la persona humana, fundamentar la libertad civil, y por medio de graduales y sucesivas reformas, hacer entrar a las gentes incultas en el gobierno de la colonia, disminuyendo la metrópoli su acción sobre ésta, a medida que la colonia se educa y prospera".

Pero (y ello va a incidir de una manera determinante sobre la marcha del congreso y sobre el producto final de -- sus deliberaciones y resultados), Labra se opone enérgicamente a lo que -los más cercanos de entre los congresistas lo - saben ya-, constituye la intencionalidad última de los promotores de esta concentración de profesionales en Madrid: la -

no tan secreta idea de Costa de proceder a la constitución - de una compañía comercial, construida sobre modelos del mercantilismo norteeuropeo, pero dotada ya de notas de modernidad monopolista. Y se apresura a alertar al Congreso sobre - el asunto: "Es necesario no confundirse, cuando uno oye que tal o cual entidad o compañía mercantil se registra en Inglaterra, creyendo que vuelven a revivir a aquellas antiguas -- compañías de odiosa memoria. No; créanse las compañías con - un carácter puramente particular; van a establecerse a otros países, donde tropiezan con salvajes o pueblos incultos, y - llevan a ellos la necesidad y el organismo de sus relaciones puramente económicas y mercantiles. Pero en el punto y hora en que se crea una entidad jurídica, allí brota necesariamen- te la autoridad de la metrópoli. Y ¿para qué?. Para imponer los principios generales del derecho y no consentir de modo alguno que sean éstos traspasados por la codicia o por el in- terés mercantil; para velar por que las instituciones de ca- rácter jurídico estén siempre inspiradas en principios pro-- gresivos, que caractericen la colonización, y por último, pa- ra determinar una línea de conducta en el orden político, en cuya virtud se vean aquellos pueblos educados o traídos a la civilización; primero por medio del ahorro del tiempo y de - los ensayos que tanto han costado en épocas antiguas, para - gozar de la civilización, y segundo, para entrar en la vida puramente nacional, que lleva el espíritu práctico, el carác- ter propio de la madre patria".

Vuelve con ello el orador al tema central del papel -

debido por el Estado a los particulares, tema recogido en las conclusiones con especial insistencia: "El Estado no tiene como fin propio el de la colonización; pero le corresponde una gran vigilancia respecto a la corriente emigrante y colonizadora, y una vez establecida la colonia e izada la bandera nacional, le cumple el deber de asegurar su soberanía, mantener su jurisdicción y velar porque las instituciones coloniales - de carácter público respondan al fin educador y progresivo -- que supone toda colonización.

Por tanto el Congreso debe rechazar, a juicio del ponente que suscribe, la idea de las antiguas compañías mercantiles con carácter oficial o con alcance jurídico, incompatible con la idea del Estado; de modo que estas compañías, lo mismo que los individuos que por su cuenta toman el empeño de colonizar, no pueden dar a su acción otro carácter que el de una empresa mercantil o de pura propaganda".

La piedra estaba lanzada y pronto iba a alcanzar su objetivo. De indudable repercusión sobre el auditorio -por la respetabilidad y nombre de su autor-, el discurso de Rafael - Ma de Labra iba a desviar de su objetivo central al Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil. Como alternativa a la idea que tan manifiestamente rechazaba, proponía el publicista antillano, también para las nuevas colonias que se crearan, el encuadramiento legal bajo las leyes de Indias (112).

Para evitar malentendidos, no demora una explicación, síntesis precisa de sus principios y creencias, y crítica - - acerba a quienes se oponían a ellos bajo la bandera del espa-

ñolismo integral:

"Tengo por cierto que a una buena parte de las personas que me prestan atención en este momento, conociendo mi representación política y los compromisos que me caracterizan en la vida general de la política, les extrañará grandemente que yo, tozudo autonomista, insistente en esta solución salvadora, me encuentre como desvanecido por todos los esplendores del régimen canadiense o de la Australia en sus últimos destellos históricos, y sin embargo venga aquí a sostener el espíritu de estas leyes que generalmente se tienen como representación perfecta de los que opinan de una manera radicalmente opuesta a la mía; y es que ésto no se medita bien, y por el cambio de las palabras y de las ideas de la política, se toman generalmente los nombres encontrados y lo que cada cual representa, resultando de aquí que se tiene por asimilistas a los que no son partidarios de la asimilación, y aparecen un poco autonomistas los que por muchos puntos rechazan la autonomía en el sentido de un verdadero quebrantamiento y disolución de los vínculos que une a las colonias con la madre patria" (113).

Flotaba todavía en el aire la advertencia negativa del orador contra las compañías coloniales, -rémora de un pasado de difícil aceptación a sus ojos, manipuladoras de un tráfico de hombres contra cuya permanencia onerosa llevaba años luchando (114), acaparadoras únicas de los bienes de intercambio y obstaculizadoras máximas del trabajo libre-, cuando el presidente de la mesa, interrumpiendo la marcha de

la sesión, advierte al auditorio de que "la reunión que debía celebrarse esta noche en los salones del Círculo de la Unión Mercantil" quedaba aplazada para el día siguiente a la misma hora. Los organizadores del congreso necesitaban más tiempo para hacer evaluación de lo ocurrido y prever sus consecuencias posibles. Sobre ello volveremos en el capítulo -- próximo.

Entre tanto, continuó en la Central el desarrollo de las sesiones, polémicas y encontradas por momentos. Joaquín Maldonado Macanaz, experto acreditado en sistemas de colonización, tiene aspectos que puntualizar al ponente. Le reprocha ante todo su confusión -consciente o inconsciente- entre los conceptos de "civilización" y "colonización", concediendo a esta última un carácter esencialmente económico. Contrario también a la revitalización y extensión del derecho de gentes condensado en las Leyes de Indias, encauza Maldonado la mayor parte de su parlamento a justificar la pertinencia de la colonización penal, puesta en solfa al unísono por los dos ponentes, Figuerola y Labra. Por otra parte, advierte -- con razón al Congreso de la contradicción latente entre la -- aprobación, ya conseguida, para la colonización penal en Fernando Poo, poco antes y el rechazo general ahora propuesto. Fundamenta el orador su defensa en el argumento de que "la ciencia del derecho penal aún no ha pronunciado la última palabra", opinando que "la deportación penal, si no como sistema de colonización, como trabajo preparatorio (...) ha sido y es en extremo útil" (115).

Pero es en ese mismo día 9, el último de los oradores

-el marqués de Zafra-, quien más se separa de los plantea-
 mientos generales de los promotores del congreso. Su oposi-
 ción a las bases, mejor dicho, es diametral: "La emigración
 suele ser uno de los peligros más grandes que puede tener la
 población de un país: la emigración puede ser causa de enor-
 mes desdichas para el pueblo más poderoso de la tierra. Es -
 preciso que exista necesidad de la emigración, es necesario
 que la emigración sea precisa y proporcionada, para que la -
 emigración produzca resultados beneficiosos para el pueblo -
 que se desangra, que se queda sin una población cuya falta -
 puede producir consecuencias desfavorabilísimas". Por sus -
 intereses agrarios queda justificado, a priori, este radical
 rechazo del marqués de Zafra a la emigración, "hoy". Un res-
 paldo populacionista conforma su postura: la abundante pobla-
 ción es la riqueza de los pueblos, su fuerza y su poderío en
 el contexto de las naciones; por consiguiente, la existente
 despoblación de zonas de la península es la raíz profunda de
 la decadencia española. La escasez de la mano de obra agríco-
 la, fuente de reajustes en la incipientemente maltrecha ren-
 ta de la tierra, puede hallarse como velado temor en el fon-
 do de estas exhortaciones: "Seamos, pues, muchos, los españo-
 les; que cuando, por haber llegado nuestra población a tener
 la densidad que tienen las naciones pobladas, nos veamos pre-
cisados para vivir, a emplear todo nuestro genio en adelanta-
 miento de las ciencias, en el perfeccionamiento de la agri-
 cultura y de la industria, y en la generalización del comer-
 cio, no sólo seremos más en número, sino, en general, más --
 ilustrados y más ricos: que este aumento del nivel general -

de la ilustración y de la riqueza es un hecho constantemente observado".

La riada de hombres que absorbió la conquista americana -argumenta Zafra como concienzudo historiador- fué en definitiva la causante principal de la actual decadencia. Absurdo sería repetir de buen grado la experiencia. Invirtamos en cambio los hombres y el dinero en la construcción de ferrocarriles, canales navegables y carreteras ...Todo ello -- irá en beneficio de la productividad total del país, pero ante todo de la productividad agraria: "¡No tenemos nada de lo que es necesario para dar seguridad a los campos, para hacerlos habitables, para que resulte la colonización en España, que es lo primero que tenemos que colonizar!".

Con Zafra, que consumirá un nuevo turno para apoyar sus proyectos alternativos a la salida emigratoria (larga y entusiastamente aplaudidos, por cierto) (117), se alinea Carlos María Perier, preocupado esencialmente por la sangría levantina hacia Argelia, y que propone igualmente la política de obras públicas para detener el flujo debilitador: "Se debe evitar la emigración al extranjero, promoviendo en las -- provincias de Almería, Murcia y Alicante, por una o varias -- leyes especiales, el urgente desarrollo de caminos, canales y pantanos, que neutralicen el efecto de las sequías; y preparar sesudos proyectos de población y de ensanche de nuestras posesiones del norte y occidente de Africa, para recibir y atraer a los emigrantes españoles, que hoy van a beneficiar con daño nuestro la colonia extranjera de Argel..." (118).

Pero en general, la tónica de este sexto día de discusiones es favorable a la válvula de escape para el país que, tradicionalmente, viene constituyendo la emigración. Aquel 10 de noviembre, en que presidía el congreso Francisco Coello, defendió Blas Cobeño un planteamiento propio de los cauces emigratorios que en ningún momento cuestionaba: "La emigración es conveniente, y es conveniente, y es conveniente porque lo general es que emigren los individuos de las clases inferiores de la sociedad, y estos, al emigrar, adquieren una dosis de conocimientos, un grado tal de instrucción práctica que, por regla general, están imposibilitados para obtenerla en los países de que emigran". Pero, tras este (en el fondo deprimente) análisis de la estructura sociológica del fenómeno migratorio y sus consecuencias culturales, la palabra de Cobeño enfila derecha hacia unos objetivos precisos: ni nuevas colonias (como el congreso trataba de imponer al país y a quienes lo conducían) ni derrame español sobre las Antillas, innecesario en la mente del orador, sino potenciación de las relaciones demográficas entre España y sus ex colonias americanas. Veamos sus razonamientos: "Estoy plenamente persuadido de que pensar en colonizar hoy es pensar en una tontería; y si aplicamos esto a las costas del Norte de Africa todavía lo creo una tontería mayor. Hoy no tenemos necesidad de ir a colonizar el Africa. ¿A asunto de qué?. ¿Y para qué?. Nosotros lo que debemos hacer es introducir la civilización por medio del comercio en Africa, tomando por base los puntos que en el día poseemos allí. Esta es nuestra misión".

Sobre la cuestión antillana: "Si a Cuba le damos lo - que le hace falta para su desarrollo, que es la libertad, aumentará su industria, su agricultura y su comercio, y no ne-cesitaremos entonces dirigir allí nuevas emigraciones". En - consecuencia, y como conclusión, "A España no incumbe diri--gir las emigraciones a ningún lado, y puesto que ella tiene corrientes naturales, y una de estas corrientes es a la Amé-rica del Sur, le conviene, por todos los medios posibles, ha-cer conocer allí los productos españoles, para que por el -- consumo de éstos, por el acrecentamiento de nuestro comercio con las antiguas colonias, venga la nación a resarcirse en - parte de los perjuicios que ha sufrido con el descubrimiento de aquel continente" (119). Quedaba de esta manera cuestiona-da, por primera vez en el congreso, la conveniencia absoluta de proceder a nuevos establecimientos de población en terri-torios por incorporar a la soberanía española. Un paso más - lo dará Laureano Figuerola, al rebatir al viajero Abargues - de Sostén su petición vehemente de presionar sobre el gobier-no para obtener una financiación generosa de los viajes de - reconocimiento e instalación: "Venir a pedir exploraciones - científicas con dinero del Gobierno español creo que sería - un dinero mal gastado; lo que importa a España es concentrar todo su trabajo y acción en el propio país, que no estamos - en época de expansión".

Ello no significa, entiéndase bien, la negativa rotun-da al probable interés de las exploraciones, pero sí su con-sideración inequívoca como un lujo privado para burguesías - pudientes. Un respeto casi religioso por las obligaciones --

presupuestarias le lleva incluso a comparaciones apresuradas:

"Yo no aconsejaría nunca las exploraciones científicas por cuenta del gobierno. Que asociaciones particulares, que este mismo Congreso busque y procure auxilios para las exploraciones científicas, perfectamente; yo lo aplaudo; pero no aconsejaré -repito- que vayamos a recargar el presupuesto del Estado con estos gastos; que harto trabajosa es la vida del Estado y esos fondos debe destinarlos a otras materias más importantes; no he de aconsejar que se grave el presupuesto, cuando condeno que en él se abran partidas, por ejemplo, para carreras de caballos. No; el presupuesto debe gastarse cicateramente, por céntimos, en aquello que sea indispensable, en provecho de la seguridad individual y prosperidad de los españoles. Exploraciones científicas, háganlas los países ricos, y cuando nosotros lo seamos, también sabremos hacerlas, como las hemos hecho en los pasados siglos" -- (120). Por este celo fiscal fué Figuerola efusivamente felicitado tras su intervención.

Llegamos poco a poco, y tras los escollos relatados, a la culminación del Congreso. Para aquella sesión había reservado Joaquín Costa su largo y denso trabajo sobre el "Estado de la marina española y medios de fomentarla" (121). Vamos, pues, a analizar con cierto detenimiento el dictamen.

Comienza Costa poniendo de relieve la interpenetración profunda entre colonias y marina mercante, el papel determinante que una marina próspera ejerce junto a la floración y desarrollo coloniales (122). En el centro de sus preo-

cupaciones, por tanto, la tan traída y llevada crisis de la marina mercante, ahora que se trataba de poner a punto un -- proyecto de revitalización ultramarina. Sobre la naturaleza de la misma explica Costa largamente a sus oyentes, insertán dola en el contexto de crecimiento capitalista que, induda-- blemente, arrastra a la nación: "El progreso general del - - país en todos los órdenes de la actividad humana; el impulso considerable que han recibido las vías interiores de comuni-- cación, carreteras y ferrocarriles; el mejoramiento de los - puertos comerciales y del alumbrado marítimo; las reformas - arancelarias y los tratados de comercio, que han acrecentado el consumo interior, base del tráfico, y con el consumo la - producción; el desarrollo de la industria minera; la trans-- formación de la agricultura con el cultivo arbustivo y arbó-- reo; la supresión del derecho diferencial de bandera; el des-- pertamiento, siquiera incipiente, del crédito; el relativo - desahogo de la Hacienda pública y la proscripción de los em-- préstamos, ha debido comunicar por necesidad su impulso crea-- dor a la marina mercante, contener la decadencia que denun-- ciaban las estadísticas anteriores a 1868, e iniciar un movi-- miento de progreso en relación con el que iba realizando el país en los demás ramos de la producción".

Sin embargo, ¿por qué muchos en España niegan este mo-- vimiento ascendente de la producción y el capital en el sec-- tor marítimo? La respuesta viene dada por el enorme peso, - perturbador y necesario a la vez, de las innovaciones y rea-- justes tecnológicos en el área de que se trata: "Al mismo --

tiempo que se operaba aquella transformación lenta en las -- condiciones sociales y económicas del país, con influjo paulatino en el desenvolvimiento de la marina mercante, se operaba en el seno de ésta, e independientemente de aquellas -- condiciones, otra transformación de carácter técnico, casi -- repentina, introduciendo la confusión entre los armadores, -- constructores y navieros: a los buques de pequeña capacidad, sustituía el gran tonelaje; a los cascos de roble, los de -- hierro; a la vela, la hélice; a la fuerza impulsiva del viento, la fuerza impulsiva del vapor. Dos marinas se han encontrado frente a frente: una, vieja, que muere, y otra nueva, que surge de entre sus ruinas. Y, como en todo crepúsculo, -- como en toda transición repentina, hay confusión y crisis, -- convulsiones de agonía, dolores de alumbramiento, intereses creados que se defienden heroicamente contra el nuevo orden, clases enteras sorprendidas en su reposo y turbadas en sus medios de subsistencia; capitales medrosos, desacostumbrados -- de la lucha, teniendo que aventurarse por nuevos rumbos; tradiciones y rutinas heridas de improviso, lanzando imprecaciones y gritos de socorro, y desesperados mentís a la ley del progreso".

En 1878 había en España 2.010 buques de vela y 330 de vapor. En 1882, eran 1.670 de los primeros y 394 vapores. -- "Estos nuevos buques -explica Costa- suelen ser de hierro y se traen del extranjero, con lo cual han quedado casi del todo paralizados los trabajos en los numerosos astilleros que poblaban nuestras costas, y de donde salían las embarcacio--

nes de madera que ahora se van arruinando. Esto significa -- tripulaciones a cientos sin empleo, haciendo coro con las -- maestranzas sin jornal; los antiguos capitanes, pilotos, con tramaestres y marineros, encallados en los puertos con los -- cascos de sus viejos bergantines de vela; millares de fami-- lias sin pan; honrados trabajadores que sufren y maldicen -- las reformas de la ley y las de la ciencia (...) como maldi-- jeron en otro tiempo los tejedores el telar mecánico y ape-- drearon a su inventor". Pero el progreso está ahí, es innega-- ble: "Por el número de vapores mercantes y su porte, somos -- en el comercio del mundo la cuarta potencia naval, no tenien-- do delante sino a Inglaterra, los Estados Unidos y Francia. Pero considerándola en relación al número de habitantes, so-- mos la tercera, aventajamos a Francia...".

Sin embargo, acepta enseguida que hay un grave proble-- ma de fondo: en qué medida participa esa marina del creci-- miento reciente de las exportaciones españolas (e importa-- ciones). Desde 1968, el volumen del comercio exterior espa-- ñol ha aumentado en un 500 por 100. Sólo 1/5 de ese aumento se ha realizado bajo pabellón español; las otras 4/5 partes lo han hecho bajo pabellón extranjero. Ello se debe a que -- "España es una casa de mucho fondo (...) y había más capita-- les en tierra que en el mar", capitales que se han ido po-- niendo en movimiento hasta convertirse en producción. En -- esas circunstancias, "ha sido una fortuna para nosotros que otras naciones hayan tenido marina sobrante para ayudar a la nuestra en la obra de regeneración económica en que estamos

empeñados, como han ayudado con otro género de elementos a la construcción de las vías férreas, al desarrollo de la explotación minera, a la exportación en grande de nuestros -- caldos".

Base libremercantilista, por tanto, para una situación -- real de desigualdad: "Los marinos españoles transportan, -- principalmente, aquellos géneros que, como los granos, la -- harina, el azúcar, el café, el cacao, el jabón, los tejidos, la seda, el algodón, las frutas, el ganado, etc., concen- -- tran un gran valor en poco peso o en poco volumen; el paso -- que los navieros extranjeros se dedican, sobre todo, al -- transporte de mercancías de gran volumen y poco valor, como los minerales, las maderas toscas, carbón de piedra, cok, -- esparto, etc." (299-300) (...). El resultado de esto es más bien fácil de adivinar: los buques españoles tardan más en encontrar carga que los extranjeros, porque el café y la se- da abundan menos que el esparto y el hierro; hacen, por con- siguiente, menos viajes, cargan menos el buque con relación a su cabida; gastan más por tonelada de arqueo, y aun cuando el flete sea más subido, difícilmente compensa el supe- rior coste de tripulación, impuestos, interés del capital -- del buque, etc."

Errores de política comercial e industrial halla el ponente en la base del proceso que considera; errores, en -- suma, que repercuten negativamente en la rentabilidad de -- los capitales puestos en juego: "La transformación casi re- pentina que ha sufrido el buque, haciéndose más rápido y --

más capaz, ha debido desorientar a los navieros, que no estaban preparados, y trastornar todos sus cálculos; era difícil, con efecto, acertar de buenas a primeras con la relación en que debían estar la cabida y el costo del buque, el número de viajes que podían hacer, el peso y el volumen de las mercancías que tenían costumbre de transportar, con las condiciones de los mercados que frecuentaban o que surtían. Tal vez, en la duda, se han decidido por las grandes cabidas, prefiriendo pecar por carta de más (...) (pero) hay -- que adaptar el buque al mercado, que el mercado al buque no puede ser. Pero esa adaptación que, por punto general, es -- difícil en todo tiempo, es imposible en períodos de transición, en que los mercados tradicionales se pierden, algunos nuevos se crean y los demás se transforman, y en que las -- condiciones del buque se alteran y no se tiene de ellas suficiente experiencia. No sería de extrañar que se hubiese -- padecido en el mar el mismo error que se ha padecido y se -- sigue padeciendo en tierra. A nuestra vista se está produciendo un fenómeno digno por todo extremo de llamar la atención".

El fenómeno no es otro sino la imponente canalización de la burguesía especuladora hacia el ámbito urbanístico, compartiendo con las negociaciones con el Tesoro sus terrenos de inversión (123). Pero, --y ello entronca con preocupaciones sociales siempre presentes en el ánimo de Costa--, "al proceder a la realización de este pensamiento han invertido los términos del problema, han sido víctimas de un es-

espejismo; han creído que las habitaciones lujosas y de pre
ció para las clases acomodadas rentarían más que las modes-
tas y baratas para las clases menesterosas, y en tal equivoca
da creencia, se han dado a levantar casas monumentales y
 barrios opulentos, estrechando cada vez más a las familias
 pobres en sus infectas zahurdas de los suburbios, provocan
do una crisis dolorosa de que son víctimas todas las clases
 de la población. Tal se me antoja que ha sucedido también -
 en la construcción naval" (124).

Remedios a esta situación encuentra Costa desde di--
 versos ángulos: atención mercantil al Moghreb, tan cerca y
 tan alejado a un tiempo (y que debiera ser -afirma- "monopo
lio natural" para nuestros navieros); potenciación de las -
 pesquerías canarias en la costa de Africa (cantera de trans
portes de alimento hacia la península, con el consiguiente
 abaratamiento del coste de la vida, y la preservación para
 España de zonas marítimas de pesca en posible litigio en un
 futuro próximo) (125), y -evidentemente para los promotores
 del Congreso de Geografía, que habían reclamado a figuras -
 de la política para su gestión-, la intervención del Estado
 en sentido positivo. Aunque vencida en su raíz la crisis de
 la marina mercante, opina Costa, siguen todavía actuando al
gunos de sus efectos, y por ello, "es obligación de los po-
 deres públicos adoptar cuantas medidas sean conducentes a -
 facilitar la transición y apresurarla, e imprimir a esta in
dustria un impulso vigoroso que la haga adelantar desde hoy
 en progresión geométrica, a ser posible, y no aritmética, -

como hasta aquí".

A la acción del Estado venían reclamando en realidad, al menos desde 1876, los navieros catalanes; pero sus procedimientos, anclados en la protección y el privilegio, no -- son --no podían serlo-- del agrado de Costa, que tacha a aquellos de inadecuados o incluso faltos de actualidad: "Nada -- de memoriales implorando gracia (...). Nada de derecho diferencial de bandera (...). Nada de primas a la navegación ni a la construcción (...). La asistencia del Estado debe revestir formas diferentes, relegando esas al panteón de las instituciones muertas (...)".

¿Cuáles son, pues, aquellos medios de fomentar la marina, que Costa iba a desarrollar con interés especial en -- su ponencia?. De dos tipos, fundamentalmente, agrupados los unos bajo el epígrafe de "indirectos" y llamados los otros "medidas especiales", vamos a mencionar de pasada los primeros para insistir después en los remedios directos en manos del Estado. En el primer sentido, apunta Costa la multiplicación de las vías interiores de comunicación, la rebaja y unificación de las tarifas de ferrocarriles (concurrentes -- ambas en un aumento --enormemente necesario al comercio español-- del volumen de fletes), y, con gran insistencia, el fomento de los riegos, que --según sus palabras en aquel momento-- "aminoran la proporción de cosechas perdidas", aumentan los rendimientos y, en conjunto, procuran el mayor bienestar (y consiguiente crecimiento) de la población. Costa se extiende levemente ahora sobre su nunca empañada preocupa--

ción central: con la multiplicación y progreso del regadío, "se transforma el cultivo cereal en cultivo pratense y arbóreo, y como consecuencia, la producción de frutas y de carne para la exportación". El aumento de las transacciones -- mercantiles juega de esta manera como engranaje central de potenciación agraria que desembocaría inexorablemente en un enriquecimiento del país, preferentemente en virtud del desarrollo de la agricultura comercial. La exportación se halla así -prosigue Costa- "llamada a un desarrollo diez o doce veces mayor para el día en que una política hidráulica, verdaderamente nacional, haya emancipado de la sequía a -- nuestros labradores" (126).

Otras mejoras generales de repercusión indudable sobre la navegación en España serían, a su juicio, la reducción impositiva (fuente de ahorro y agilizadora de los movimientos de capitales), y dos importantes reformas vertebradas sobre el eje de la enseñanza: el amplio desenvolvimiento de la educación popular (entendiendo por ello el desarrollo y cuidado de la instrucción técnica en las escuelas de artes y oficios y similares), y, más concretamente, la precisa puesta al día de la instrucción naval.

Más estrictas y referentes a la marina mercante son las medidas siguientes: la discutida y precisa "hipoteca naval", en primer lugar defendida en aquel mismo congreso por escrito por Gumersindo de Azcárate, vinculado a intereses -- marineros en su tierra gallega (127). Congrecuencia se quejan los navieros --comienza Joaquín Costa su reclamo de la --

necesidad del crédito naval- de la reticencia del capital a acudir en su ayuda. La acusación es injusta en estos términos, por más que cierta, viene a decir, porque "no estaba - España tan sobrada de capitales que, de repente, en un mismo día, pudiera acudir a la regeneración de su marina mercante, y a la construcción de sus vías férreas y carreteras, y al afianzamiento de su régimen parlamentario, sosteniendo costosísimas guerras civiles, y a la transformación de la - maquinaria de sus fábricas, y a la sustitución de sus cultivos, y al desarrollo de la explotación minera. En todo ha - sido posible debutar con capitales extranjeros, y no había de eximirse de esta necesidad la marina mercante. El mal es tá en que el legislador ha hecho mucho por ahuyentarlos y - nada para atraerlos".

Es evidente, recuerda Costa al congreso, que se echa enormemente en falta en España un régimen hipotecario "que descansa sobre la garantía real de las naves". Y por ello - acude en apoyo de recientes demandas presentadas por los navieros al gobierno, como la urgente mejora de los puertos - existentes (todavía más urgente que la construcción de - - otros nuevos, también por aquéllos reclamada); o como la -- consideración de una política arancelaria expansiva (que -- Costa orienta indefectiblemente en sentido paralelo a los - hombres de la "Reforma de los Aranceles de Aduanas"), por-- que medidas de esta índole -afirma- "abaratán los artículos extranjeros, desarrollan las importaciones, activan la producción nacional, y, como efecto, y al propio tiempo como -

condición, robustecen y acrecientan el comercio de exportación, y encuentra la marina fletes abundantes tanto a la ida como al retorno".

Las admisiones temporales, otra de las más frecuentes reivindicaciones del comercio y la industria de determinadas áreas geográficas y de la producción, es destacada -- aquí también por Costa. El comercio de tránsito, de necesaria legalización para los partidarios del librecambio, proporciona fletes abundantes a la marina (el puerto de Marsella se halla en la mente del orador) y da vida a una serie de industrias intermedias. La denuncia es implacable: "Ahora bien: ese régimen de admisión temporal, aunque vulgar y corriente en algunos municipios de la Península para los efectos del impuesto de consumos, se ha resistido el Gobierno a admitirlo en la nación para los efectos del impuesto de aduanas, porque, considerando a los funcionarios que él mismo nombra más inmorales que a todos los demás de Europa, teme que sirva de pretexto al contrabando y sea defraudado el Tesoro. Y cuando se ha visto en la necesidad de abordar la cuestión, envuelta en un caso particular y discutida en el expediente, sea por debilidad de carácter, por influencias extra-parlamentarias, o por conveniencias de partido, en vez de acometerla de frente, la ha sorteado declarándose incompetente y remitiendo la resolución al poder legislativo, o lo que es igual, ad kalendas graecas. Esto hace doblemente preciso que el Congreso de Geografía levante su voz en defensa de los navieros, y llame la atención del país y

de las Cortes hacia este importante problema de administración, hasta lograr que sea resuelto como reclaman de consumo los intereses de nuestra marina mercante, de nuestro comercio exterior, de nuestras provincias ultramarinas y del Tesoro nacional" (129).

Es cadena de razonamientos que sigue impone necesariamente la colonización como puerta abierta para un futuro de crecimiento capitalista: "Establecida la admisión temporal, Cuba, Filipinas, Guinea, la India y mar Rojo nos brindarán masas de primeras materias, de semillas oleaginosas, de fibras textiles, de cacao, de azúcares bajos, de arroz brutos, etc.; restablecidas nuestras relaciones con la América del Centro y del Sur, las Antillas, Méjico, Venezuela, Chile, Perú y la Plata nos ofrecerán vastos mercados de esos mismos productos ya manipulados, y se habrán abierto nuevos horizontes a nuestra producción y a nuestra marina. Pero si esto puede servir para vencer la dificultad del momento, tenemos que adelantarnos a las dificultades del porvenir; pues al punto que hayamos alcanzado la cifra de - - quince millones de toneladas, se presentará la necesidad de aspirar a la de treinta millones, y así subsiguientemente. ¿Por dónde debemos encaminar nuestras previsiones?".

Las colonias, con su papel constante de plataformas para nuevos mercados, revelan como protagonistas el deslumbramiento ejercido sobre la mente del Costa de los primeros 80: "Sabidas son las inmensas ventajas que resultan para -- una nación adelantada, que posee los gustos y siente las ne

cesidades de una civilización refinada, y tiene una gran industria, en ponerse en relación con un país agrícola, fértil y nuevo, aunque necesite enviar a él, para beneficiarlo, una parte de sus hijos. Las primeras materias de una se abaratan y permiten a la otra ensanchar su fabricación: las manufacturas de ésta permiten a aquella extender sus explotaciones y sus cultivos. Al calor de la acción histórica, nuevas sociedades se forman, con una gran fuerza de expansión y de productividad; cada una de ellas es un nuevo mercado para la metrópoli, porque aunque el comercio sea, como debe ser, libre y accesible a las demás naciones, la comunidad de origen, de educación, de idiomas, de instituciones, de costumbres, de necesidades y de gustos, constituye un monopolio natural a favor de la madre patria, tan fuerte, que el vínculo comercial subsiste aún después de haberse disuelto el vínculo político. La población se multiplica más aprisa; el territorio que ocupa es más variado en climas y en producciones; las razas extrañas con quienes está en contacto, más numerosas; la división del trabajo enriquece sus formas y cobra más virtud; la producción se hace más intensa; el consumo se abarata y crece con rapidez, y en igual proporción que el consumo, el trueque y el transporte. El capital encuentra un campo de acción mucho más vasto para fecundar el trabajo, y el genio mercantil ve abrirse delante de sí horizontes más dilatados para imprimir mayor vuelo al juego de sus combinaciones".

Bien es verdad que España no experimenta todavía la necesidad acuciante de iniciar con fuerza la expansión colonial, y que los modelos europeos quedan aún a distancia respetable de la evolución del capital en nuestro suelo, pero si de momento no puede fundar grandes sociedades, cuando menos deba sembrarlas, o renunciar a vivir en la posteridad. Y a esto sí que alcanzan sus fuerzas. Debe establecer ora estaciones militares en Borneo, en Joló, en el Mar Rojo, en las islas del Pacífico, en el Golfo de Guinea, en la costa de los Esclavos, en las de Berbería y del Sahara, en el Rif, ora factorías comerciales, ora pequeños núcleos de población agrícola, para que, desarrollándose ahora lentamente, sirvan de reserva y preparen la solución del problema tal como volveremos a plantearlo dentro de pocos años. (130). No de otra manera actuaron, y pensaron muchos de los principales actores del drama de la ocupación y división de las áreas extraeuropeas en aquellos años. Y siempre insistieron ante sus detractores en aquel carácter apla-
zado de la rentabilidad colonial, que, en suma, suponía por el momento menores desembolsos para la nación. Costa tranquiliza a su auditorio librecombista a propósito de ello: "No es el Estado quien

ha de llevar a cabo esta obra; debe, sí, favorecerlo, tal vez iniciarla " .

Por ejemplo, subvenciones a las líneas de vapores es cosa acostumbrada en todos los países, siempre y cuando las cantidades otorgadas sean " moderadas ". Pero la subvención comporta superación, y por ello solicita Costa un mayor número de escalas obligatorias para la línea postal con Filipinas: " De este modo, la marina española podrá hacer frente a la competencia de las líneas subvencionadas italianas, inglesas y francesas, y se iniciarán corrientes comerciales hacia países que conviene sean frecuentados por nuestros comerciantes. Sin eso, dado el estado de atraso en que nos encontramos, esas corrientes tardarán en iniciarse espontáneamente más tiempo del que la prudencia política permite aguardar para ver desarrollados los intereses de la nación española en el exterior.

Más inclusiones acepta el ponente en este capítulo de la subvención estatal y, así, no olvida la conveniencia de subvencionar una o varias escuadrillas para la pesca en Canarias y el transporte de pescado a Europa, hasta que se hubiese logrado fijar la atención de los navieros españoles en esa industria, llamada a prestar grandes servicios a nuestro país. Su ejercicio puede ocupar una flota numerosa de barcos de cabotaje, y dar colocación a una gran parte del personal que la transformación de nuestra marina mercante va dejando sin trabajo.

Todo ello, antes de rozar la estructura política y administrativa del asunto, que guarda para el final, y en la que acabará sumergiéndose con fuerte empuje. La petición de que los puertos y su control administrativo sean abandonados por la marina militar, para dejarlos en manos civiles, lleva al orador a pergeñar con destreza su modelo ideal de relaciones entre ambas marinas, la de guerra y la mercante, ahogada esta última en los estrechos moldes que le imponía su encuadramiento militar. ¿Cuál es el papel de la marina de guerra en la dimensión colonial procurada por Costa? El mismo responde de inmediato: prestar protección a la marina mercante y seguridad a los territorios coloniales es la doble misión de la marina militar, que estrecha así sus lazos con aquélla. Es claro, por otra parte, que uno de los medios de fomentar la marina mercante es fomentar la marina militar: primero, porque le garantice el respeto y la seguridad que ha menester, así en tiempos de paz como de guerra; segundo, porque le conserve los ricos mercados de nuestras provincias ultramarinas, que son más de la mitad de su vida, y le procure otros nuevos en nuevas colo-

-nias. (131)

La marina española, motor de progreso e innovación en el siglo XVIII, ha venido a reducir sus horizontes. España, en conjunto, ha retrocedido mucho desde Trafalgar hasta la fecha, y sin embargo, Cost opina que en " la armada y los marinos (...) tienen la mitad de su clave los problemas a cuya discusión está consagrado este Congreso". La reorganización de hombres y material, las reformas educativas y la puesta a punto tecnológica son exigencias del progreso universal, y no es momento de desaprovechar la oportunidad brindada por la coyuntura internacional: " España se halla tal vez destinada a ser el reductor común de las naciones latinas; debe aspirar cuando menos y por lo pronto a mantener el predominio de esta raza en los mares enfrente de la raza sajona, a lo cual le obliga, entre otros, el hecho de existir diez y ocho naciones que hablan su lengua (...) España tendrá, pues, que seguir construyendo, construyendo siempre, y pasar de cuarta potencia naval a tercera, y después a segunda, y en una palabra, ponerse en condiciones de contrastar, sea por sí sola, sea con su aliada natural de América, la República Argentina, sea con su aliada natural del Mediterráneo, Italia, el formidable poder naval de la Gran Bretaña. Es un plan para mucho tiempo, pero que se realizará indefectiblemente, o dejaría de ser España; y conviene que la joven generación se acostumbre a mirarlo de frente, y a pensar en la segunda etapa del camino que nosotros vamos a iniciarle".

Ello exige transformaciones inmediatas en el armamento y Costa se atreve aquí a proporcionar a la Marina - a los marinos - una lista detallada del material aprovechable y de las nuevas construcciones precisas. Para esos 119 buques que asegura imprescindible ¿ de dónde obtener el dinero?. Responde a su propia pregunta, el diligente Costa, con algo más que un reproche: con una lección de moralización administrativa no se dejaría de ofender e irritar a aquellos muchos contra quienes iba dirigida. El presupuesto efectivo y existente, advierte al auditorio, es incluso demasiado alto para lo que un país de la categoría de España puede (y debe) permitirse; el remedio no está en aumentar las partidas, sin lugar a dudas malgastadas: " Nuestra marina es un cuerpo de estómago gigantesco, de manos liliputienses, de cabeza nula. Víctima de la burocracia, y por tanto, del covachuelismo; gasta en tinta y en papel más que en corazas y cañones", sino en redistribuirlas, de un modo más apropiado. El remedio está - prosigue - en conseguir que los 60 millones de pesetas que

formaban los últimos presupuestos de Marina (incluyendo los créditos supletorios) quedasen libres unos 25 millones para la adquisición de material nuevo, teniendo valor suficiente para atreverse a desechar lo viejo e inservible, y no manteniendo una flota ficticia y de dudosa eficacia real. Podría procederse al mismo tiempo a la reducción de los (relativamente) numerosos arsenales a uno solo, - dos a lo sumo, en poder del Estado - (uno para construcciones y otro para carenas y armamentos), entregando el resto a la iniciativa privada, que se ocuparía sin duda de mantenerlos en acción.

Las partidas de personal serían, como mal mayor, las más afectadas por las dolorosas economías que proponía Costa. Empecemos por los propios arsenales: "Debe reducirse en ellos el número de empleados a la proporción de los que mantiene la Compañía Transatlántica, que con menos personal que los arsenales de la nación, produce más; introducir el sistema de trabajo a destajo; suprimir trámites y expedientes, haciendo girar la administración entre estos dos polos: confianza y responsabilidad personal" .

Más drástico es aún su pensamiento respecto al personal de carrera: unificación de cuerpos e inmediata reducción de efectivos, fusión de los Ministerios de Guerra y Marina , supresión de los cuerpos facultativos auxiliares de ingenieros y artillería de la Armada, que, " después de haber adquirido un desarrollo pleotórico y desproporcionado con las necesidades del país, todavía siguen desarrollándose y absorbiendo partidas respetables del presupuesto ", supresión igualmente de la infantería de Marina, " superviviente del antiguo régimen naval " y, en definitiva, supresión de escala de reserva, reducción del cuerpo administrativo de la Armada, y estricta promulgación de una ley de reemplazos y reservas para el servicio de mar (132).

Por si los protagonistas del intento habían resistido hasta este momento impasibles tan atentatorios proyectos (las economías nunca son bien recibidas, y ahí está el rechazo interclasista de las ténidas reformas de Villaverde para probarlo), este regenerador nato que siempre fué Costa se atreve todavía poner en solfa el más preciado galón de cualquier profesional, máxime si como en los cuerpos del ejército, la cualificación profesional reviste inseparable una graduación implacable en el concepto del honor. Problema español todavía vigente, pero de larga tradición, el de la impericia naval - afirma el ponente -. De la Invencible a Trafalgar, y de Trafalgar hasta la fecha (con mayor motivo), la instrucción exclusivamente teórica - tan poco exigente además,

en su planteamiento - de la marina de guerra española es, ha sido y será, (de no ponerle término) garantía segura de fracaso en el mar. La medida precisa del desfase existente puede tomarse a partir de las mayores potencias navales; a ellas es preciso acercarse para romper de una vez los moldes inservibles: Hay que mejorar los estudios de la escuela naval, modernizándolos y haciéndolos más prácticos; hay que refundir en una sola de simplificación las diferentes escuelas de estudios mayores, artillería e ingenieros, aumentando las condiciones exigidas para el ingreso; hay que trasladar desde la covachuela al puente a tantos y tantos jóvenes cuyas brillantes cualidades se oscurecen y atrofian en el far niente del expediente, la comisión y la tertulia cortesana; hay que enviar a los más sobresalientes a que estudien y practiquen en el extranjero, principalmente en Inglaterra(...). Después de todo, no hay en esto ningún privilegio: otro tanto habrá que hacer con los fisiólogos, naturalistas, químicos, historiadores, mitógrafos, jurisconsultos, etc." La impronta de la Institución Libre de Enseñanza se dejaba ver con claridad sobre esta advertencia final de Joaquín Costa.

Y así llega, tras tan completo repaso, a la formulación de la larga lista de conclusiones que somete a votación el ponente. Merece la pena recogerlas íntegras:

- 1ª Conviene que la marina de altura y de gran cabotaje acentúe el movimiento iniciado en los últimos dos ó tres años, en el sentido de admitir a flete carbones, maderas, minerales y demás mercancías de mucho volumen y poco valor, de cuyo transporte ejerce el monopolio la bandera extranjera por dejación de la nacional.
- 2ª Conviene que la marina de cabotaje emprenda un comercio activo con el Rif por Melilla y Alhucemas, y con los puertos de Marruecos, Argel, y Orán, y regenere la industria de la pesca, desarrollando la explotación de las pesquerías canario-africanas y el transporte de pescado salado y fresco a Europa.
- 3ª Deben fomentarse los transportes marítimos, reduciendo los derechos de introducción de las sustancias y productos que sirven de primera materia ó de auxiliar a la agricultura y a la industria.
- 4ª Debe lamentarse que el Gobierno no haya resuelto hace muchos años el problema del comercio de tránsito, y urge sobremanera que se levante el entredicho que pesa sobre él, principalmente, otorgando franquicia temporal de derechos a todos los artículos que se introduzcan para la elaboración de productos destinados a la reexportación.

5ª Deben favorecerse, por medio de tratados de comercio, las relaciones mercantiles de España, principalmente con las repúblicas hispano - americanas, con los Estados - Unidos del Norte y con Inglaterra.

6ª Debe evitarse cuidadosamente el provocar represalias arancelarias, como la reciente de Venezuela contra los vinos españoles y los recargos a la introducción, como el imprudentismo y todavía reciente impuesto a nuestros vinos en Cuba.

7ª Conviene abrir al comercio español nuevos mercados e iniciar nuevas corrientes comerciales, fomentando el establecimiento de factorías, y aun de pequeños núcleos de población agrícola, principalmente en Africa; instalando consulados en los puertos del Mar Rojo y estaciones navales en las islas del Pacífico; creando depósitos comerciales ó puertos francos en las Antillas menores y en el Rif; suprimiendo trabas como la del derecho de visita en Guinea; y subvencionando temporalmente líneas de vapores a Venezuela, Brasil y la Plata, a las repúblicas del Pacífico, al Golfo de Guinea y Angola, al mar Rojo, a Marruecos y Canarias, y a Manila al Japón, y escuadrillas de pesca en Africa y de transporte de pescado a Europa.

8ª Es urgente ampliar la capacidad y mejorar las condiciones comerciales de los puertos, imprimiendo a las obras de estos un gran impulso, y a este efecto, reforzar el capítulo consagrado a ellas en el presupuesto de Fomento, y consagrar en la ley el principio de descentralización absoluta, dejando a las Juntas de Puertos, a las Diputaciones y a los Ayuntamientos en completa libertad para establecer arbitrios y recargos con destino a dichas obras.

9ª Es preciso unificar los servicios marítimos de los puertos comerciales, y confiarlos por entero a corporaciones civiles, locales bajo el gobierno y suprema inspección de una " Dirección general de la Marina mercante ", dependiente de Fomento, librando de ellos a la Marina de Guerra.

10ª Debe reformarse la instrucción naval, haciéndola más práctica y ampliando sus enseñanzas.

11ª Es indispensable y urgente restaurar la marina militar, como medio y condición esencial de progreso para la marina mercante.

12ª En el estado actual de las relaciones internacionales, España debe organizarse como nación casi exclusivamente marítima, y fijar su defensa y su acción en el exterior a la armada más que al ejército, y por tanto, poner término al desequilibrio existente entre sus fuerzas militares, dando en el presupuesto más im-

-portancia a las navales y menos a las terrestres.

Las dos últimas conclusiones, sin embargo, no son consideradas de conveniente lectura para algunos de los componentes de la mesa. El presidente Coello solicita del autor la retirada de esos puntos de fricción que tocan de lleno a la marina militar por estimar " que pudieran suscitar discusiones acaloradas o desapacibles " (133) . De mejor o peor grado, el caso es que Costa las retira, y que Coello se lo agradece sinceramente.

José Ricart Giralt, piloto mercante, tiene también su propia visión de la crisis de la marina española, y viene en seguida a desplegarla ante el Congreso de Geografía que se celebra en Madrid. De primera mano es su conocimiento directo de las mutaciones experimentadas por la industria y el comercio navales en los años inmediatamente anteriores, mutaciones que han dado paso a la concentración de capitales en unas pocas manos y a la ruina de buena parte de los pequeños propietarios que en las décadas anteriores mantuvieron una prosperidad floreciente en torno a la mavegación a vela.(134). Ahora en pleno centro de la transformación," las antiguas flotas de Cádiz, Málaga, Alicante, Coruña, Bilbao y San Sebastian ya no existen, se han retirado a Barcelona, puerto de refugio de nuestra pasada marina de vela, quedando solo un resto de vida en Canarias y Mallorca."

Pero saliendo al paso de interpretaciones ambiguas o decepcionantes, se apresura Ricart a puntualizar: " No se crea por esto que el espíritu marítimo de nuestro comercio se haya dado por vencido en tan desigual lucha. A imitación del extranjero se han unido los capitales para comprar vapores, que van llenando los vacíos que dejan nuestros pequeños veleros a medida que van al desguace. Hay pruebas contundentes de la germinación de una nueva semilla: "Al frente de esta joven Flota, esperanza nuestra, se halla la Compañía Trasatlántica, fundada por el inolvidable D. Antonio López y López, que cuenta hoy más de 40.000 toneladas y 6.500 caballos de fuerza, y la escuadra del activo señor marqués de Campo, genio especial, con más de 55.000 toneladas y 8.000 caballos de fuerza".(135).

La dimensión nacionalista, por ende casi invariablemente proteccionista, del catalán Ricart (o viceversa, en términos absolutos), le lleva a matizar aquella galana afirmación de Costa sobre el cuarto lugar ocupado por España - sorprendentemente - en el escalafón de la potencia naval, desvelando el (para sí mismo ominoso) secreto de tal posición: muchos de los buques españoles son correos subvencionados, lo que altera por com-

-pleto la situación real , y - lo que más deplora - muchos otros son , en realidad, propiedad extranjera, por más que la bandera y la tripulación sean españolas. Y por ello proclama ante la sala: " Beneficio grande es que los capitales extranjeros vengán a dar vida a nuestra marina, pero también es deber del Gobierno que los capitales españoles puedan ventajosamente colocarse en ella" . Es ésta la razón de que Ricart pida al gobierno (" ya que se titula padre "), protección para la marina mercante, reconociendo, bien es verdad, su tibia y conciliadora postura al respecto. Su opinión es, pues, que no hay que ser en materia económica " ni completamente proteccionista ni libre - cambiista ", reservando el libre comercio para " todos aquellos productos de difícil fabricación o producción en el país, y que siendo de necesidad directa para él, sea imposible la competencia con la producción extranjera " (136).

Coincide Ricart con el ponente Costa en una petición fundamental, por la que luchará aquél durante buena parte de su vida: la separación de ambas marinas, la militar y la mercante: " la marina mercante es hoy tan civil, que parece increíble que aún los militares intervengan en ella, perjudicándola en su actual e innecesaria organización de comandancias y sumarias por siniestros ". Junto a ella, el cabotaje con las provincias ultramarinas, la reducción de impuestos de tráfico, las primas a la construcción y navegación, la colonización, la apertura de nuevos mercados, constituyen el corpus de reivindicaciones de Ricart Giralt (entonces segundo piloto graduado de alférez de navío), a título personal y en nombre de buena parte de sus compañeros.

Tras su intervención, y antes de pasar a votar las conclusiones de la sesión tercera (; todavía !), recuerda Coello a quienes le escuchan que " esta noche a las nueve se celebra en el CUM la reunión de los individuos de la mesa y de los delegados de provincias, para tratar de si deben seguir adelante o suspenderse por ahora las gestiones relativas a las exploraciones ". Significativamente, y una vez aprobadas aquellas conclusiones en una solución de compromiso, insistía Coello en justificar una premura desacostumbrada en la marcha del Congreso: " Antes de levantar la sesión debí suplicar a los distinguidos oradores a quienes he tenido la desgracia de interrumpir, que me dispensen si no he sido tan tolerante con ellos como otros que han ocupado este sitio; pero circunstancias especialísimas me obligaban a desear que terminase la

sesión leyéndose y aprobándose algunas conclusiones ". Eran solamente las cinco de la tarde.

Y es que aquella noche del sábado 10 de noviembre de 1883, tenía lugar en los salones del Círculo de la Unión Mercantil, una sesión extraordinaria, para, en definitiva, acordar públicamente el aplazamiento (que ya se consideraba inevitable) del proyecto de colonización previsto en un principio para someter a la aprobación de los congresistas.

Ahora estaba ya claro que el rumbo a seguir había de ser infinitamente más prudente. Bajo la presidencia de Gabriel Rodríguez y un lleno completo del Círculo, Costa comunica a sus oyentes que: " desgraciadamente, durante la celebración del Congreso habían ocurrido algunos hechos que no pudieron preverse, por los cuales era más que problemático el éxito del plan proyectado por el ponente y adoptado por la Comisión y desde el momento en que el éxito de ese pensamiento no era seguro, sería una imprudencia lanzarlo a la publicidad ". (137)

Se relega entonces la realización del proyecto primitivo hasta la celebración, entonces no puesta en duda, de un nuevo congreso de geografía en el año 85. Pero por entonces, y de ello tratamos con cuidado en los próximos capítulos, la situación (general y particular) había experimentado evidentes alteraciones. Suspendida esta sesión del domingo, los reunidos en el sancta sanctorum del librecambio madrileño deciden guardarlo como festivo. El lunes día 12 Antonio Cánovas del Castillo, restablecido, clausura las sesiones. Pero todavía quedaba por cerrar la discusión pendiente sobre el " estado de la marina española ". Cánovas no experimentará dificultad alguna en someterla a las más estrictas e inflexibles normas del reglamento (138). Con una sola excepción: la del almirante de marina Beránger.

Retirado el dictamen sobre la marina de guerra, resultaba ociosa en verdad la intervención de José M. Beránger. Pero por voluntad expresa de Cánovas, que decide incluso de antemano la impresión de su discurso, rebate el marino ampliamente a Costa, civil entrometido en asuntos que no eran de su incumbencia. Las causas de los problemas- reales - de la marina, viene a decir Beránger, no radican en su administración sino en la escasez de presupuesto, al que libera de cualquier tipo de recortes o economías. Para proceder a una renovación técnica inaplazable (en la que, naturalmente, coincide con el ponente), calcula el orador necesarios unos diez millones de pesetas más, al año, sobre el presupuesto vigen-

- te: " velocidad, invulnerabilidad y fuerza " piensa Beránger poder conseguir con ello.

Pero las críticas a la administración militar de los asuntos mercantiles, a las trabas y cortapisas que las limitaciones reglamentarias imponían al desarrollo libre de la iniciativa privada (con o sin el amparo de los aparatos de poder, ello no es aquí lo esencial), continuaban todavía en las voces que siguieron a la intervención del almirante Beránger. Natalio Alonso, en nombre del comercio de Bilbao, delegado por la junta cantábrica, se queja una vez más de la dispersión de competencias en torno a la marina mercante, de que dispongan prácticamente todos los ministerios españoles de capacidad legal para intervenir en la materia, correspondiendo a cada uno por separado aspectos en la práctica coherentemente trabados. Apoya así al ponente Joaquín Costa en su propuesta de unificar dichas competencias en una sola Dirección de la Marina Mercante dependiente de Fomento, al tiempo que solicita el restablecimiento oficial de las desaparecidas Juntas de Comercio y la instauración de algún tipo de crédito naval acorde con el resto de las formas de protección al capital.

En conjunto - insiste Alonso - la marina mercante del litoral cantábrico no viene a pedir del Estado grandes sacrificios, ni al Tesoro grandes desembolsos; no viene a sostener aquí teorías que pudieran afectar a tal o cual escuela económica; lo que la marina viene a pedir solamente son reformas de detalles que en nada afectan a la marcha de los partidos políticos, que no pueden de ninguna manera traer un peligro para éste ni para otro Gobierno, cualquiera que sea el criterio por el que se rija". (139). Poco después, también Camilo Villavaso, en nombre de los " intereses navieros y mercantiles del litoral cantábrico " , se pronunciaba igualmente a favor de las juntas de marina mercante, descentralizadoras y agilizadoras de los trámites de la transacción, cuyo papel en el fomento de la marina debería ser inestable. (140) El naviero cántabro Federico Nicolau, enfermo, es uno de las notables ausencias que decepcionaron a los organizadores del congreso. No obstante, envía Nicolau una memoria que Beltrán y Róspide procura leer, haciendo frente a la guirreda implacable del presidente de la mesa. Las subvenciones se hallan en el centro de la problemática planteada por el autor del escrito : desde 1876, el estado de la marina mercante española ha basado su curva de salud en el diferente tratamiento otorgado por la protección oficial: " La marina

directamente auxiliada ha prosperado, el cabotaje ha conservado la que ha vivido de ese tráfico, a pesar de la concurrencia que le están haciendo los ferrocarriles, y la restante (....) decae real y positivamente ". Con mayor precisión " el derecho diferencial en Cuba y Puerto Rico mantiene , y ha fomentado, la transformación en una parte de dicha marina de altura, pero la concurrencia extranjera ha avasallado y destruido la dedicada al tráfico con el Río de la Plata y navegaciones de Asia y América extranjeras ".

Es de este modo como Nicolau reclama primas a la navegación de altura, exención de gabelas y ventajas exclusivas para las mercancías transportadas bajo bandera nacional, fomento del comercio de tránsito, reforma de la legislación arancelaria en nuestras posesiones de Oceanía, promoción de nuevas corrientes de tráfico, etc, (141)

Alejandro Roselló, en defensa de intereses mallorquines, se muestra por el contrario radicalmente a favor de la declaración de puerto franco para Mallorca, apoyándose en otro precedente isleño: " No hay justicia en negar a Mallorca lo que hace más de treinta años se concedió a las Canarias, y que fué para ellas señal de resurrección y de vida, tanto más cuanto que la experiencia ha demostrado que las Canarias han obtenido magníficos resultados de la franquicia de sus puertos sin perjuicio del Tesoro ni de las demás provincias". El balance de la persistente actividad mercantil de las Baleares en el norte de Africa (142) lleva a Roselló a afirmar con optimismo emprendedor: " Que se nos conceda la franquicia de puertos y veréis surgir como por conjuro una gran compañía para la explotación de los productos filipinos y antillanos y que acaparará en breve gran parte del comercio de Africa ; en nuestros astilleros, hoy desolados y desiertos, el martillo del calafate y el canto del industrial asordarán los aires; del fondo de nuestro puerto, convertido actualmente en cementerio donde apenas las vistas como osamentas de animales gigantescos los esqueletos de aquellos buques que fueron gloria de la marina española, volverán a salir las naves audaces ... " . Contra el exclusivismo de la protección, la súplica de Roselló aparece doblemente modesta, y hasta considerable en justicia: " Para todo eso no pedimos ni una subvención, ni un privilegio, ni una ayuda; pedimos que se nos conceda lo que hace más de treinta años se concedió a Canarias en compensación a su aislamiento, que es igual a nuestro aislamiento ".

Sorprendentemente, no fué más aplaudido que sus oponentes proteccionistas. Dos intervenciones más, la del catalán Elías de Molins y la del militar Castor Amí, colaboran a reforzar esta última postura.

José Elías de Molins, representante de Crédito y Docks, de Barcelona, se queja sobre todo de la desigualdad patente entre el volumen de intercambios que ampara la bandera española frente a otras extranjeras. De hecho - afirma - en 1881 la importación bajo bandera española había alcanzado solamente 296.278 toneladas, frente a 1.597.783 bajo bandera extranjera. Las cifras de exportación eran todavía, si cabe, más alarmantes: 650.112 toneladas y 4.476.013, respectivamente (143).

Preocupado esencialmente por el tráfico antillano y filipino reclama Molins dos tipos de conductas: el exacto cumplimiento de la ley de relaciones comerciales con las Antillas, con la conservación del derecho diferencial de bandera, y el sistema de primas a la navegación de altura (excluyendo a la navegación antillana, ya protegida de hecho por aquel privilegio) aplicable sobre todo al área filipina.

Castor Amí es, por último, quien más violentamente se enfrenta con el ponente Costa: pedir la intervención del Estado cuando se le está negando a éste - son sus palabras - " la unidad ", es absolutamente indigno y falto de coherencia profunda; potenciar la alianza con otras naciones latinas, co-sa difícil y peligrosa... Pero es sobre todo el librecambio moderado que subyace en la disertación costiana el objetivo central de las críticas del militar Amí, tocado de un espíritu nacionalista que no era sencillo rebatir: " Persista el señor ponente en sus ideas: combata además la consignación de primas a la marina mercante, y así, sujetos al yugo político y comercial de un extraño por causa de nuestra constante debilidad, no pudiendo tampoco competir con su marina, a la que convenientes subvenciones permiten reducir sus fletes, vería aniquilarse nuestra preponderancia en el continente y en los mares, salir de nuestros mercados solamente aquellos productos que convinieran, que no serían muchos, pues la semejanza en la raza trae la similitud en las producciones, origen de frecuentes conflictos (...)" (144).

Una de cal y otra de arena. Gabriel Rodríguez, que acude tar

-de a cubrir su turno de intervención, logra poner el broche del librecambio a la discusión en torno a la marina mercante. Destaca G. Rodríguez la necesidad de desmilitarizarla (subrayado por él mismo y preferido a otro término posiblemente interpretado como hiriente: el de civilizarla), clave principal de su reorganización precisa. Sin más preámbulos alcanza el orador el nudo de su pensamiento: " Las ordenanzas de aduanas son un código verdaderamente monstruoso. No se había hecho cosa peor con el deliberado propósito de impedir la navegación y el comercio". Por ello su palabra es concisa e inequívoca: " Voy a consignar el criterio con que hemos de votar mis amigos y yo las conclusiones presentadas en este Congreso, en lo que se refiere a la marina. Nuestro criterio es el de la libertad, el de la igualdad de la acción del Estado respecto a todas las industrias, sin hacer excepción, sin conceder privilegio ninguno: es un criterio contrario, por tanto, a la llamada protección económica, a las primas, al antiguo derecho diferencial de bandera, a todo monopolio, a toda desigualdad, a toda injusticia ". Y por ello también habían de sonar desesperadamente firmes en el congreso las conocidas formulaciones ideológicas de esta opción económica tiempo atrás abrazada por Gabriel Rodríguez: " El proteccionismo podrá favorecer a algunos industriales influyentes y poderosos, pero perjudica siempre a la riqueza general, impulsando a los capitales por vías artificiales e inconvenientes, y privando de elementos y de fuerza a las industrias no protegidas ". (145)

La política de pasillos y la prensa, tras seis días de reuniones, habían esparcido quizá el desánimo entre algunos de los asistentes. Para reafirmar la validez de la gestión, termina Rodríguez su parlamento con una entusiasta profesión de fé liberal que le valió el calor de la sala: " ...aunque se diga (y hoy mismo lo he oído) que estos Congresos no sirven para nada, yo entiendo que sirven para mucho. Que nada resuelven por el momento, es evidente; lo que aquí votamos hoy no será ley mañana; pero estos Congresos renuevan las ideas, las sacan de las inteligencias en que están como guardadas y escondidas, y las ponen a disposición de todo el mundo; las difunden, y difundíéndolas aumentan la instrucción y preparan la opinión pública. De la instrucción puede decirse para las reformas sociales lo que del dinero decía cierto famoso militar para la guerra (...), para conseguir las

reformas útiles en los pueblos, y acabar con la arbitrariedad, con el absurdo, con el desorden, se necesita instrucción, instrucción, instrucción, fórmula que en la práctica puede traducirse por libertad, libertad, libertad."

Joaquín Costa ya había anunciado previamente ante el congreso su decisión de no volver a tomar la palabra para resumir o rectificar, y sólo José Ricart insiste en su oposición al último de los oradores en lo que a las primas afectaba. También, contra Roselló; denuncia los inconvenientes inmediatos de la creación de un puerto franco en la isla de Mallorca. Ninguno de los oradores quiso demorar más la votación de conclusiones de los tres últimos temas. Se leyeron, pues seguidas, las conclusiones de los temas 4^o, 5^o, 6^o, pero el —marqués de Zafra interrumpió la lectura protestando de que determinadas observaciones suyas no se habían recogido (aunque afirmó no importarle demasiado, por estar dispuesto a entregarlas en breve a la imprenta). Víctor María Concas se opuso también a la votación sobre el comercio con Japón y Filipinas, alegando que no se habían tratado esos puntos : con la debida atención en el congreso. Por fortuna para todos, contaba la mesa aquel día con un temperamento de excepción a la cabeza: el enérgico Cánovas cortó en seco cualquier posible interferencia. Se había votado por mayoría — objetó — y eso era ya suficiente; en todo caso, invitó a los disidentes a acercarse a la mesa para hacer constar su discrepancia, y que ésta fuera incluida en actas.

Intervino a continuación Costa, para dar breve cuenta de por qué se había suprimido " la parte que figuraba en el orden del día para la sesión de hoy ", reconociendo que la Sociedad Geográfica no se hallaba satisfecha con el resultado final, porque según él mismo explica, recela si no habrá contraído alguna responsabilidad moral a los ojos de su propia conciencia, "metiendo tanto ruido y poniendo a contribución las inteligencias más robustas del país, para no dar al país sino un doctrinal de conclusiones en donde se condensan en forma teorematizada los debates de un Congreso."

El discurso de clausura de Antonio Cánovas no debió animar demasiado a los espíritus compungidos de la Geográfica. Sin embargo, su comienzo es hábilmente conciliador y tranquilizante: " Debates de la naturaleza de los que han tenido aquí lugar, hacen surgir, naturalmente, contradicción de intereses, más o menos latente, diversidad de ideas, no tan latente como la de intereses (...) De tales intereses e

ideas, hoy disconformes, ha de nacer necesariamente, sin embargo, algún día, si no la armonía, - que la armonía es difícil en la humanidad en general (....) - cuando menos la coordinación; coordinación de intereses y de ideas que lleve a producir en las naciones, como suele en los individuos sistemas de conducta sin los cuales toda acción es ineficaz". Pero en seguida pasa a diferenciar situaciones y necesidades de cara a la expansión exterior: " ... Si lo que busca Francia sobre todo, si lo que busca Inglaterra y otras naciones buscan en esas regiones incultas son elementos y productos naturales para su excesiva cantidad de trabajo, ¿ cuál es respecto a este punto nuestra situación ? ¿ Qué es lo que nosotros podemos hacer de una manera fundada y eficaz en ese movimiento? ¿ Adónde iríamos a para si, antes de buscar en otras partes productos naturales para acrecentar nuestro trabajo nacional, no nos apresuráramos a usar, aprovechar o empliar siquiera nuestros propios y naturales productos ? ". Ante un auditorio que, en principio, debiera mostrarse cuando menos escéptico a sus principios de recogimiento político y reconversión interior, no vacila Cánovas en reiterar su postura, acentuada si cabe: " ¿ No se vé clara la diferencia que en realidad existe entre las necesidades de esas naciones que sobre sus fuerzas propias y naturales han acumulado la de un inmenso trabajo industrial, producto de muchos factores diferentes, y las que a nosotros nos toca -- por de pronto sentir y proferir, cuando nuestras propias fuerzas naturales en tan gran parte están aún por descubrir por desenvolver, por explotar y - lo que es más triste todavía - en gran parte a merced de la industria extranjera ?. Pensad así, señores, que es dentro de nuestro seno, que es dentro del país mismo, donde hay que buscar primero las fuentes de riqueza, las verdaderas fuentes del comercio, de que ha de brotar luego nuestro desenvolvimiento mercantil, y que han de hacer provechoso y legítimo más tarde nuestro engrandecimiento nacional ".

Todo ello visa a un objetivo primordial: evitar al Estado la responsabilidad directa que los promotores de la idea colonial exigen. Solamente tras una andadura de progreso podría plantearse la cuestión en los términos que hoy lo hacen los impacientes geógrafos, viene a decir Cánovas: " Pensar que el Estado en España pueda, en el entretanto, ni en las actuales circunstancias, ni en bastante tiempo, hacer otra

cosa que levantar trabas, quitar dificultades, facilitar los movimientos de acción individual por medio de disposiciones legislativas, cuando estas disposiciones legislativas bien depuradas en el crisol de la experiencia y de la ciencia estén ya aceptadas, si no por todos, siquiera sí por el mayor número (....) sería una ilusión (....) Lo más que hay que hacer en España es facilitar el movimiento que, por medio de estos Congresos y de estas discusiones, y de la imprenta periódica, se siente ya en la nación entera, despertando su atención hacia un género de asuntos tan importantes bajo el punto de vista material (....) Y claro está, por supuesto, aún dejando aparte quiméricos planes de conquistas, y aunque sólo se piense por lo general en crear hoy factorías leganas; que si se trata de enriquecer nuestro tráfico con los antiguos y nuevos países coloniales, para eso, lo primero es que haya aquí una industria, es que haya aquí medios con que satisfacer las necesidades de otros pueblos, es que haya aquí elementos propios de comercio que nunca crea el Estado, que siempre toca crear a la actividad espontánea de las naciones, y en particular de los individuos ".

Poco más cabía decir, sino palabras de recapitulación: "Así como la nación española debe despertar su actividad al calor de los sentimientos y de las grandes ideas de que aquí estamos tratando, para hacer luego poco a poco lo demás, el Estado español es preciso que ante todo se organice, que ante todo se refuerce, que ante todo se vigorice, con aquella vitalidad y aquel robusto poder que se necesita para dar firme y positiva base en las naciones a las empresas mercantiles y coloniales, y mucho más a las conquistas militares".

Pero Cánovas sabe contagiar al auditorio, en definitiva, al razonar profundamente los móviles de su prudencia, prudencia fácilmente explicable en el contexto internacional que la provocaba, y cuya oportunidad histórica han venido a subrayar desde entonces los analistas de la política. Refiriéndose al auge colonial recién inaugurado, aclara Cánovas a quienes le escuchan: " Este no es movimiento desinteresado y pacífico entre pueblos cristianos contra un enemigo común es un movimiento en el cual han de chocar y entrechocar terriblemente los intereses (...); sobrarán motivos siempre para disputarse los intereses lejanos, en las regiones que se pretende adquirir sólo para la civilización. Por lo mismo que sean mejor gustados y conocidos serán más ambicionados; y al fin, la última palabra del derecho en el comercio y en las

colonias, como en todas las cosas (...) la pronunciará, como la ha pronunciado siempre, la espada ". (146).

Una cuestión de mero trámite habla de poner fin a las sesiones. En los primeros días de aquéllas Francisco Rey había presentado a la consideración del congreso una proposición, para conseguir pronunciar éste a favor del principio de libertad de navegación para el río Congo, y con el objetivo de que " todas las naciones tomen acuerdo sobre las medidas necesarias para evitar conflictos entre naciones civilizadas e ilustradas en el territorio africano ecuatorial". Apoyaba en realidad la proposición una idea del francés M. Moynier, aprobada ya a 7 de septiembre de aquel mismo año por el Instituto de Derecho Internacional. Al parecer no hubo dificultad alguna para que el proyecto fuese votado afirmativamente también en Madrid (147).

3. Las " Pesquerías Canario - Africanas " y su evolución

En los orígenes de la intervención española en la costa del Sahara se hallan, patentes e inequívocos, intereses procedentes del archipiélago canario. Las Islas Afortunadas, dejadas como otras tantas áreas geográficas de la economía del país (pero en grado superlativo) en manos foráneas , son progresivamente permeables a los influjos del capital inglés. En la vida insular, las actividades maríneas y mercantiles actúan como motor primero de la acumulación capitalista, máxime cuando la agricultura atraviesa un profundo cambio de reconversión productiva y comercializadora (148)

En este sentido, la penetración de capitales británicos en el sector transportista marítimo va a provocar reajustes y desequilibrios de inmediata trascendencia en la vida de las islas y sus relaciones entre sí y con los mercados peninsulares y antillanos (149).

Pero, por el momento, es de intereses pesqueros de lo que nos interesa hablar aquí, como móvil concierne de una carrera nacionalista contra el capital inglés, dispuesto a incorporar a su lista de beneficios el monopolio real de la pesca en las costas africanas. En 1876 se datan, en efecto, los serios proyectos de Mackenzie, desde Lanzarote y en dirección al desierto del Sahara, cuyo trazado de drenaje a través de un canal marítimo pública aquél un año más tarde (150). Ello provocaría la inmediata respuesta española, con la -- reactivación de las negociaciones con Marruecos para la entrega primordial y demorada de la posesión incierta de San-

-ta Cruz de Mar Pequeña (151). Fernández - Duro, al frente de la expedición en el Blasco de Garay que avalara la - Sociedad Geográfica (152), tropieza en seguida en su localización geográfica con las discrepancias públicas de P. Alcalá Galiano (153), el propio Francisco Coello, y alguno más (154).

Al abrirse la década de los ochenta, el asunto se perfilaba netamente en sus aspectos económicos. El 22 de agosto de 1880 la Sociedad Económica de Las Palmas enviaba a la de Madrid, rogándole prestara todo su apoyo, una exposición dirigida a la corona en relación con la cuestión pesquera en la costa occidental africana. Se quejaban los firmantes de los repetidos actos de piratería cometidos con los pescadores canarios por las kábilas del Sahara, y reclamaban como de la mayor urgencia la ocupación efectiva, " en beneficio de los intereses nacionales ", del territorio de Santa Cruz de Mar Pequeña. La continua agresión de los piratas berberiscos ocupaba un lugar central en la súplica, amparando con datos la aseveración razonada sobre la consiguiente disminución del comercio del comercio de cabotaje canario... " tan extendido y tan importante en aquellas costas ". Se recordaba de paso la calidad inmejorable del bacalao pescado en aquellas aguas, " mucho mejor que el tan conocido del banco de Terranova ", con la ventaja de poderlo capturar a lo largo de todo el año en razón de las temperaturas. La Económica matritense, que años después califica el asunto como uno de los de " mayor importancia y mayor trascendencia en que ha intervenido " (155), remitió en seguida el informe a su " Sección de intereses materiales ", que encomendó la redacción de una ponencia a Fermín Hernández Iglesias.

El 28 de octubre presentaba éste un extenso y documentado estudio. Se remontaba Hernández Iglesias a comienzos del siglo XV en su trabajo, para seguir el hilo discontinuo de la historia hasta las más recientes exploraciones de Badía, Murgategui, Catell, Puyana y Butler, e incluso Donald Mackenzie y Fernández Duro. Acompañaba a esta historia de las exploraciones una relación sucinta, pero bastante completa, de los tratados habidos con el reino de Marruecos. Con todo ello trataba Iglesias de iluminar el problema, llegando -en apoyo de la Económica de Las Palmas - a las conclusiones siguientes :

" 1.º.- Cumplimiento estricto e inmediato de los tratados y convenios celebrados con Marruecos (...), ante todo y so-

- bre todo en lo que podían afectar a la seguridad de nuestras pesquerías y de nuestras relaciones comerciales en el Imperio.

2ª.- Inmediata ocupación de la extensión de terreno que adquirimos para pesquerías por el tratado de 1860.

3ª.- Envío de un vapor de nuestra marina de guerra que recorra las aguas en que pescan los españoles y proteger a éstos".

Como ampliación de las anteriores, y encaminadas a su mayor y más rápido éxito, se proponían las siguientes:

4ª.- Procurar el establecimiento de factorías españolas en el continente africano frente a Canarias y en relación con las que se organizaran por nuestra iniciativa en aquellas provincias españolas.

5ª.- Mejorar y desarrollar los servicios públicos que en Marruecos sostenemos y procurar la organización de otros.

6ª.- Disminuir el rigorismo de las disposiciones sanitarias que afectan a nuestras relaciones con el Imperio (156).

7ª.- Adherirnos de una manera práctica y eficaz al pensamiento iniciado por la Asociación Internacional de Bruselas para explorar y civilizar el Africa.

8ª.- Aprovechar los medios pacíficos que nos suministran nuestra posición y nuestras relaciones con aquel Imperio para el triunfo de los proyectos apuntados, y

9ª.- Reformar los convenios y tratados citados en el concepto defendido y para los fines explicados" (157).

A dicho informe opuso Francisco Cañama-que otro más específico, menos centrado en la acción política y diplomática, que entendía como esencial y prioritario la protección a la pesca de los habitantes de Canarias en la costa N.O. de Africa, y puesto que con los planteamientos más arriba expuestos no era posible, a su entender, conseguir dicha protección: " Sabido es que la soberanía del sultán acaba en Santa Cruz de Agadir, último pueblo al sur de las costas de Marruecos. Desde Santa Cruz de Agadir hasta la isla de Arguin, que se halla situada muy al Sur, la soberanía del sultán no existe ni ha existido nunca. La que pueden reconocerle hasta el Draa es muy moral y discutible. Es así que los pescadores canarios ejercen su industria entre cabo Bojador y cabo Blanco singularmente; luego no es posible exigir al sultán una protección que no está en su mano conceder y a la que no aparece formalmente obligado, interponer su influencia con las tribus más inmediatas, o sea las de

Vad-Nun, para salvar la vida de los tripulantes de los barcos que fueran aprisionados por los moros que no reconocen su soberanía".

En base a dichas circunstancias se oponía Cañamaque al establecimiento de Pesquerías en Santa Cruz de Mar Pequeña, y proponía reclamar del sultán a cambio de aquella un territorio en Cabo del Agua, en las inmediaciones de Chafarinas y por tanto en el Mediterráneo, que vendría a ser - recalca - " como un límite español a la ambición francesa en Argelia ". En todo caso, indicaba la conveniencia de establecerse en la isla de Arguin, con buenas condiciones para la navegación. Y por ello presentaba conclusiones alternativas a las del ponente Hernández Iglesias (158). También el socio Rebolledo objetó por medio de una enmienda algún otro aspecto, siempre en el sentido de exigir una mayor energía al gobierno en sus negociaciones con Marruecos al tiempo que pedía facilidades para establecer una factoría comercial o industrial en la costa comprendida entre el Cabo Draa y Cabo Jubi, con subvención, al menos durante cuatro años, de 100,000 pesetas anuales.

El 30 de octubre comenzaba la discusión del dictamen en la Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid. Iba a prolongarse mucho: los días 3,5,6,8,10,12,13,17,20,24,y 27 de noviembre, y aún el 1º de diciembre de aquel 1880, trató la Matritense con calor el asunto. Tomaron parte destacada en los debates los socios Cañamaque, Llano y Persi, Mijares, Sorní, Rebolledo, Díaz Pérez, Foronda, Brunet, Fernández Bethencourt, Gutierrez Salazar y , naturalmente, Hernández Iglesias, el conde de Torrependo, Gravina, Cubas, Alvarado y Baeza. Para dar total legalidad a su plena intervención, el 12 de noviembre la Matritense aprobaba una adición al párrafo 1º del artículo 7º de sus estatutos, por la cual " los individuos de diputación permanente de una o varias Económicas de provincias que fueran convocadas por la Matritense para tratar de asuntos que afecten a los intereses de aquellas, tendrán voz y voto en la discusión, en todas las sesiones a que personalmente concurren ".

Unicamente en la sesión final, la de 1º de diciembre, accedió Cañamaque a retirar su amplia enmienda, aprobándose por fin las nueve conclusiones del proyecto de Hernández Iglesias, con ligeras modificaciones a la primera y la tercera. El conde de Torrependo ofreció financiar la publicación del estudio, con las discusiones extractadas. La Matritense, tras

agradecer la oferta, decidió publicarlo por su cuenta, dada la magnitud que había alcanzado en su seno (159).

Con fecha 26 de enero de 1881, el ministro de Marina acusaba recibo de la exposición y ofrecía ocuparse de ella con todo interés en todo lo que hiciera a su ministerio. Era el asunto más importante que tratara la Matritense en mucho tiempo, y lo había orientado fundamentalmente hacia una dimensión diplomática y política más que estrictamente económica.

Poco tiempo después veía la luz un ambicioso librito de Felipe Pérez del Toro (160), alegato crítico contra la penuria de capitales en el contexto nacional. Centrándose en el tabaco y las pesquerías canarias, extiende no obstante Pérez del Toro su argumentación a otros ámbitos de la economía nacional: " El argumento de la falta de capitales corre parejas con el de la proverbial holgazanería de los españoles debido al sol, el aire y no sé si dicen también que a la música. Lo que aquí sucede es que como no hay garantías legales, huye el capital y escasea el trabajo. Desaparecieran los obstáculos y se vería el país cruzado de buenas vías de comunicación, único medio de que prospere la agricultura " (161). Pinta a continuación al autor con rápidas y enérgicas pinceladas la riqueza potencial de las islas Canarias, para denunciar a la luz pública " el abandono de los españoles, que se dejan morir de sed por no bajar se a beber el agua que límpida y pura corre a sus pies " (162). Pero, y en ello cifraba Pérez del Toro sus expectativas, era de esperar una pronta puesta en explotación y aprovechamiento de estas abandonadas fuentes de riqueza. Respecto a las pesquerías canarias, en realidad, fundamento tenía para hacerlo, porque acababa de constituirse en Madrid (6 de diciembre de 1880) la compañía Pesquerías Canario - Africanas, S.A., con objeto de explotar la concesión en la Graciosa obtenida por Ramón Silva Ferro para establecer una factoría de salazón y beneficio del pescado (163). Contaba con un capital de dos millones y medio de pesetas, repartido en acciones de 500 pesetas, y eran sus principales tenedores Pedro de la Pezuela y Puente, Domingo Pérez Gallego, José Finat y Albert, José Morcillo y García, y Federico Rubio y Galí (164)

" Tras la sociedad que acaba de constituirse en Madrid -escribe satisfecho Pérez del Toro -, para la explotación de

de esa industria en las islas (...), es seguro que otras se formarán también con igual e idéntico propósito, o tomará aquella en breve tiempo un incremento de tal naturaleza que - por sí sola baste a cubrir las necesidades más apremiantes - que por ahora se sienten con grande intensidad " (165). Sin embargo, no era la isla Graciosa para el que escribe "la más a propósito par erigir edificios industriales para la manipulación del pescado, opinando en cambio que " en todas las islas existen lugares con inmejorables condiciones para el indicado objeto, mayormente en la Gran Canaria " (166). Y así advierte: " En nuestro concepto, la sociedad recientemente formada, y cuyo director industrial es asaz entendido en el negocio, debiera meditar con calma antes de decidirse a situar el centro de sus operaciones en la Graciosa, y no deslumbrarse - con la concesión de terrenos hecha por el señor ministro de Marina, pues sin necesidad de expedientes ni peticiones oficiales es fácil los encuentre en Gran Canaria sin duda en mejor lugar que en la desierta y apartada Graciosa " (167)..

No varió sin embargo la sociedad de Pesquerías su primitiva de cisión, y tomando, pues, las ideas y proyectos de Silva (Estudios económicos, industriales y científicos para servir de precedentes al proyecto de establecer una factoría de pesca y preparación de pescado en la isla Graciosa), que acudió a Londres como director facultativo, comenzó a funcionar la empresa a principios de 1881. En la capital británica adquirió Ramón Silva material abundante, encargando vapores y lanchas suficientes a una casa naviera escocesa (168), e invirtiendo en total unos 80.000 duros.

Es de suponer que la sociedad anónima radicada en Madrid (con domicilio social en Bordadores 3, en 1881, para pasar a Góngora 6 poco después), tuviera en cuenta suficientemente los cálculos previos realizados por una compañía anglo - americana que ofreciera en tiempos veinte millones de reales por el arriendo de la isla para el establecimiento de pesquerías (169) Lo que sí es seguro es que consultaron, para informarse sobre tipos de pescado y medios de captura, las obras clásicas de Glass y Berthelot, que destacaban la importancia del bacalao en aquellas aguas. Como, por otra parte, las estadísticas de importación llevaban años subrayando el peso específico de las partidas de bacalao introducidas (en 1881, en concreto, por valor de 68.961.436 reales), surgió en la mente de un puñado de " amigos " (así se califican ellos mismos) la idea de aprovechar estas circunstancias para, beneficiando al país en

sus intereses fiscales- al reducirle esa importante partida - abordar la magna empresa de abastecer mercados más amplios, descendiendo en la escala social, y poner al alcance de muchos - pescado mejor y más barato.

El caso es que se lanzaron a la idea con fuerza. En 30 de enero de 1882 el capital aparece doblado, elevándose ya a un millón de pesos fuertes, más otros 2.292 pesos que se confiesan en el pasivo de su balance como adeudados a " acreedores varios" (170). Los plazos en que se abonaban las acciones de la nueva emisión - cinco de cien pesetas cada uno - comenzaron a realizarse en 14 de julio de 1881, concluyendo en diciembre de 1882 (171) . Pero para aquel momento, la sociedad se había tropezado ya con los primeros problemas en la explotación industrial a que se entregaba. En seguida entraremos a considerarlos. Mientras tanto, la dimensión política de la empresa pesquera a perfilarse con gran nitidez (171 bis). La publicística, al menos, apuntaba a ello más que a cualquier otro objetivo de tipo económico. Quien escribe bajo las siglas G.M. es exponente claro de esta canalización político-internacional de aquella vertiente de explotación pesquera que, a los ojos de los primeros concesionarios, había resultado marginal. " El establecimiento de pesquerías - es la pregunta clave con que abre G. M. su folleto Pesquerías de Canarias - en grande escala en las islas Canarias y costa occidental de Marruecos, ¿ puede considerarse como un negocio comercial que interesa solamente a la empresa particular que lo emprenda, o tiene importancia bastante para fijar la atención del Gobierno español como base y auxiliar poderoso de nuestra política en Marruecos ? " (172). A partir de aquí, la pesca canaria en aguas africanas va a resultar estrechamente vinculada a la intervención española en las costas africanas, y viciversa. Con los ojos puestos en Marruecos escribía G.M.: " Urge adoptar una marcha prudente, pero activa, y previsora, para no exponernos a que mientras nosotros aguardamos oportunidad, aprovechen otros la que les ofrezcan nuestra debilidad o nuestra indolencia; y cuando presentemos nuestras reclamaciones, los hechos consumados no nos dejen más consuelo que voluminosos protocolos o elocuentes, pero inútiles, discursos. En el terreno de la política y de las negociaciones diplomáticas, (...) no tenemos por ahora medios de obtener grandes resultados, y no hay que pensar en lanzarse a peligrosas aventuras llevando la cuestión al terreno de la fuerza. Es necesario, pues, encontrar la solución práctica estudiando los medios morales y materiales de que podemos disponer.

Este es el camino seguido por los ingleses, y que ha de darnos grandes resultados. La inacción o la excesiva prudencia, en estos momentos, pudieran aparecer ante la opinión pública como resultado de aquel egoísmo indiferente, o de aquella nulidad apática, que no ambiciona gloria, ni contrae responsabilidades, ni atiende a los verdaderos intereses de la patria ". (173)

Entre aquellos medios materiales, y subrayando siempre el valor potencial de las misiones como coadyuvantes del comercio (174), las pesquerías situadas en la costa occidental africana, " fuera de los dominios del sultán ", cobraban un valor de primera magnitud. Contrario por definición a la emigración incontrolada y a la exportación masiva de materias primas, se expresa G.M. como sigue: " Las empresas fundadas en la emigración o en la exportación de materias primas, importadas después en España bajo la forma de producto industrial extranjero, aunque por el momento produzcan cuantiosos beneficios, a la larga serían ruinosas para el país, porque destruirían los elementos de su prosperidad. Por el contrario las que se funden en el aumento del trabajo y de la producción, valiéndose de los propios recursos, producirán pingües y seguros beneficios para los particulares y para el Estado, porque el trabajo humano es tanto más reproductivo cuanto la necesidad que viene a satisfacer es más universal, imprescindible y constante, y ninguna reúne estas condiciones como la de la alimentación ". Dado el aumento reciente de consumo de pescado, y concretamente de pescado salado, las perspectivas son inmejorables: " El beneficio está asegurado en Canarias desde el primer año - afirma el autor del folleto -, sin subvención alguna del Gobierno español; mientras que los armadores de Terranova, teniéndola, no obtienen producto hasta el tercer año. " Además, " sobre el gran banco y en Terranova no se coge más que bacalao, salmón y arenque, y aún en la pesca de estas dos últimas especies está casi abandonado por los franceses. A lo largo de la costa africana pescan los canarios ocho o diez clases de pescados, todos igualmente propios para ser curados o salados, y que, habiendo sido preparados por operarios escoceses, se han vendido en los mercados españoles a precios bastante elevados; siendo considerados por los inteligentes como muy superiores en calidad al bacalao que se consume generalmente en España." (175).

Pero este exorbitado entusiasmo respecto a la calidad y abundancia del pescado se halla en el origen de aquel primer es-

-collo a que nos referíamos más arriba. La sorpresa inicial de los explotadores técnicamente dirigidos por Silva y Ferro, consistió en no encontrarse con aquella especie de panacea populista que significaba el bacalao. Los pescadores canarios hablaban de cierta clase de abadejo, que solían capturar desde Cabo Blanco a Río de Oro, pero sólo en determinadas épocas del año y no como la más abundante de las especies. No obstante, cuando Pedro de la Puente lleva al Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil, en noviembre de 1883, su informe sobre las pesquerías canarias en la costa de África, todavía seguía la sociedad pendiente de la sustanciosa búsqueda y explotación del bacalao, de su preparación con vistas a inundar el mercado español.

Tras realizar allí un detenido análisis de los procedimientos de pesca en Río de Oro (176), pasó Puente a dibujar la desaprovechada riqueza del banco sahariano: " Este banco es, el que, no obstante ser la única esperanza para el establecimiento de la pesca de altura en nuestra patria, y a pesar de ser su posesión cuestión de vida o muerte para los hijos de una hermosa provincia española, yace abandonado por España hasta un punto inconcebible, hasta el extremo de que no haya habido no un solo buque de guerra a quien se le haya dado la misión de reconocerlo y visitarlo.

Si no fuera esto una verdad que puede comprobarse, no nos atreveríamos a creerla, pero es un hecho. Se tienen en completo abandono a esas pesquerías, que no obstante ese desamparo producen anualmente 2.400.000 pesetas; mantienen en el mar 31 buques, todos ellos a propósito para la navegación de altura con 1.000 toneladas y cerca de 1.000 tripulantes, y sostienen con su poderío a 2.000 familias canarias. Con una sombra siquiera de protección, ¿ cuál no llegaría a ser la riqueza que en esa industria se desarrollaría ?."

Orientado hacia la exigencia del auxilio oficial, no aparta el orador su vista de las (tradicionalmente) consideradas como especies a capturar en la zona: algunas de la familia de los tiburones, destinadas al aprovechamiento industrial; otras, solo de paso, como " la anjova y la caballa "; pero - sobre todo - las especies apropiadas para la preparación de bacalao, así como la sardina y el arenque, que permanecen largo tiempo estacionados en el banco. " ¿ Y de toda esta inmensa riqueza-se pregunta Puente ante quienes lo escuchan - que es lo que hoy se explota ? Únicamente (la respuesta no es difícil no complicada), únicamente la canti-

-dad precisa para la alimentación de las islas Canarias ". Recabando, en suma, la protección estatal, nadie pone al orador queja ni protesta alguna respecto a ello. Y solamente Ricart, escéptico relativo ante el panorama de abundancia y calidad de la pesca que allí se ha trazado (177), se atreve a contradecir a Puente en lo que hace a las especies existentes en Río de Oro: " Por mi parte diré que he visitado cuatro veces las Canarias, he visto los almacenes de pescado, el cual me ha parecido muy diferente del bacalao, tanto en tamaño como en gusto, sin querer por esto desmerecerlo en lo más mínimo ". Pero tal parece que este tipo de advertencias técnicas pasaban desapercibidas para los promotores de la sociedad de Pesquerías Canario-Africanas, inexplicablemente ajenos a los detalles materiales de la explotación y obsesionados en su intento por los presupuestos teóricos (la pesca africana como elemento de mejora y abaratamiento en el consumo alimenticio de las clases populares) muy dignos de atención. Antes de pasar adelante, vamos a preséntársela a las palabras de Pedro de la Puente.

En su intervención en el congreso, insistió aquel repetidas veces en " la relación que la pesca de altura tiene con el desarrollo de la pública riqueza; pero llegado un momento, afirma sin paliativos que " todavía se relaciona más directamente con lo que podríamos llamar la pública pobreza, esto es con la alimentación y bienestar de las clases pobres ". (178)

Se explica más detenidamente: " El problema de la alimentación barata de esas clases es de importancia tal, que admira como su estudio no preocupa más eficazmente la atención de los hombres que en nuestro país están en aptitud de conocer y dominar esta clase de investigaciones. Acaso la cuestión alimenticia tiene más intervención de lo que generalmente se cree en la manifestación de pavorosas asociaciones, cuya existencia creímos casi incompatible con el modo de ser noble y generoso de nuestro pueblo". La idea cobra así en la mente de estos hombres una dimensión ampliamente económica que trasciende sin vacilar al campo de lo político, y social, como paliativo que puede ser para el enfrentamiento de clases:

" ¿ Y es indiferente, puede ser neutro para las clases menesterosas de nuestro país el que esta sustancia alimenticia (bacalao) se logre a la mitad del precio que hoy obtiene ? Pues en esa cifra se podría probablemente rebajar el precio de ese artículo, si la pesca de altura de estos bancos se estableciera ampliamente".

No queda aquí, bien es verdad, la modesta utopía de conciliar

-ción armónica que comienza a esbozarse bajo este proyecto, aparentemente mercantil e industrial. Un resabio ilustrado impregna la intencionalidad de estos hombres, algunas de ellos republicanos más o menos incorporados al sistema político vigente. Hay todavía más: la significación profesional de varios de los fundadores (Federico Rubio y Domingo Pérez Gallego) con especial relevancia, proporciona otra coordenada no menos importante a estos negocios pesqueros; para uno de estos dos médicos, " no es solo la baratura de estos artículos - se refiere también a escabeches, pescados en aceite y salmueras, además del bacalao preparado -, sino que también el desarrollo de estas pescas intervendría ventajosamente en las condiciones sanitarias de la alimentación de estas clases pobres. Hay un dato triste en nuestra patria, cual es la existencia de una enfermedad que ha desaparecido de la culta Europa: la lepra. En alguna provincia de España existe un número dado de individuos víctimas de ese horrible padecimiento, y si no nos equivocamos coincide este hecho con ser esta provincia la que más consumo hace de las salmueras fabricadas con pescados azules. El día en que las pesquerías de Canarias se desarrollen oportunamente podrán ponerse en estas localidades salmueras procedentes de pescados blancos, sanos y alimenticios, a precios más bajos de los que hoy se pagan por esos pescados azules, cuyo abuso es tan fatal al hombre. Y si de la alimentación de estas clases desvalidas pasamos a la agricultura, que tanto se relaciona también con la suerte y el bienestar de esas clases, no es menor la influencia que la pesca de altura pueda ejercer en su adelanto. En efecto, según la opinión de los que conocen esos bancos de África, la cantidad de guano de pescado que pudiera fabricarse en Río de Oro, si se contara con alguna protección en ese puerto, podría ser inmensa, y el precio a que resultara eminentemente reducido. Que se medite en la trascendencia que tendría para nuestro país, aun hoy mismo, pero sobre todo el día que los riegos se ampliaran suficientemente, el poder contar con abonos de esta naturaleza, abonos que siendo sobradamente ricos en fosfatos solubles, lo son también en materias azoadas, a un precio que quizás no llegue a la mitad del que alcanza en otras naciones donde hoy, como es sabido, el abono de pescado se prefiere a todos los otros. Tal vez la solución de parte del problema agrícola - concluye - y aun del social en nuestra Andalucía, está íntimamente relacionado con la cuestión de los riegos y abonos baratos. Único modo eficaz de que la propiedad rural en aquella región pudie

-ra sufrir la transformación que según muchos pensadores necesita, subdividiéndose en cierta escala, con ventaja y beneficio para todos". (179)

El largo texto que precede, que no he querido fragmentar en su plenitud, encierra la clave de muchas cosas: de la vinculación entre los promotores de las pesquerías y los hombres de la Geográfica más conscientes de su reclamo colonial; de su proyecto común de mejora de vida para las clases medias y populares, acercando a las primeras a la posesión compartida de los medios de producción; de la intencionalidad convenida de adentrar al país por la vía de desarrollo europeo y de puesta en explotación de las mismas fuentes de riqueza; en definitiva, de la inserción de un proyecto nacional (porque españoles eran los capitales que lo avalaban) en la órbita de un liberalismo económico nunca genéricamente cuestionado. Como revestido de aquel carácter, se reclamaba con energía el apoyo del Estado, involucrando a la instancia política hasta la medida de lo posible. No es demasiado arriesgado sospechar, por otra parte, largas y esperanzadas conversaciones entre el marino Puente (consciente de que " la Marina tiene en nuestra patria, como en otras naciones, además de su principal misión militar, otra muy importante, cual es la de cooperar al desarrollo de las industrias que con la explotación del mar se relacionan ") y el abogado y profesor Costa, preocupado éste con el problema agrario hasta tal punto que llega a inflamar como en ningún momento las palabras de Pedro de la Puente, al referirse a la futura aprovechabilidad del guano de pescado fabricado en las costas de Sahara.

Y lo hace hasta el punto de convencerlo, incondicionalmente, de la idea de reconversión guineana, en la que - ello se desprende fácilmente - jugaba un papel determinado el establecimiento de estaciones intermedias: " No creo, señores, que bajo el punto de vista de los intereses materiales, haya región alguna que más directamente deba ocupar nuestra atención ni solicitar nuestras miradas". La explicación viene de seguido: " Los últimos datos sobre estas posesiones del golfo de Guinea van demostrando de una manera terminante que su producción en artículos valiosísimos, como lo son el cacao, el café, la quina, la vainilla y el tabaco, alcanzará bien en breve una cifra importante; siendo de notar la circunstancia ventajosa de que la mayor parte de esos cultivos no exigen gran número de brazos; circunstancia esencialísima en esa zona, y que promete gran porvenir a esas colonias en plazo no remoto. Se a-

-cerca, pues, el momento en que esas islas serán codiciadas por otras naciones; ¿ y no se cree procedentes asegurar en lo posible la derrota a las mismas y la facilidad de sus comuni-
ca-ciones con la madre patria, que se estrecharía extraordina-
riamente si hubiera puntos de escala intermedios semejante impre-
visión, hoy que de un modo tan determinado se están ha-
ciendo visibles los esfuerzos de todas las naciones en pro-
curarse en las Colonias una salida que hace necesaria el ex-
ceso que en la industria moderna de Europa ofrece siempre la
producción respecto a la demanda; siendo por lo demás super-
fluo que yo trate de demostraros que esas regiones del Africa
occidental no son en nuestros días las menos solicitadas por
la actividad europea ".

Con la disculpa por tratar en extensión temas como el prece-
dente, " materias áridas y de poco atractivo para nuestra ra-
za ", vuelve a recordar el orador, para concluir, ejemplos
en absoluto gratuitos, como trasfondo histórico que son, de
una opción ideológica de desarrollo capitalista en toda su ex-
tensión: Inglaterra, Holanda, Suecia, y Noruega forman una es-
cala descendente y complementaria, a la vez, de patrones o mo-
delos, La vía para comenzar a diseñarlos quedaba trazada aquí
a grandes rasgos.

También Felipe Pérez del Toro interviene en el congreso para
hacer fuerza a favor de la supuesta magnífica calidad del pes-
cado canario, enfrentándose levemente con Ricart Giralt, que
la pusiera en duda. De " anticuado " califica Pérez del Toro
a Giralt, a quien acusa de fundarse en una " remota suposición
científica (...) suficientemente rebatida hoy ". Con la mente
puesta en las especies y métodos de explotación de Terranova
tampoco Pérez del Toro se detiene a considerar posibles erro-
res en el planteamiento de la explotación. La situación geo-
gráfica (180) y la abundancia de mano de obra, barata y con-
formista (181) garantizan suficientemente a sus ojos el é-
xito de la empresa. Pero es que, además, otra feliz circuns-
tancia viene a justificar - si todavía hiciera falta justifi-
cación alguna - la empresa acometida, para la que se solici-
ta insistentemente el respaldo de los gobiernos: " La palabra
Africa encierra la mágica virtud de tocar y conmover las más
delicadas fibras del sentimiento, de ese sentimiento que ex-
tingue las discordias interiores y funde en una todas las as-
piraciones y desde donde se descubre en toda su pureza la ben-
dita e inmaculada imagen de la patria ".

Pero el caso es que el bacalao no abundaba en aguas fronteri-

-zas a Canarias, y ello se vió a lo largo de los primeros meses de explotación. " Fue una contrariedad - recuerda Federico Rubio - que vino a dar en tierra con el espíritu de los socios, siendo ya muy difícil realizar los dividendos necesarios para continuar la explotación " (182). Poco después se comprobó que el arenque era la especie más frecuente, y que - se advierte tranquilizadamente - " en los mercados extranjeros tiene más consumo aún que el bacalao ". Al parecer, pensaba buscársele a la preparación del arenque una plataforma mercantil americana, escasamente concretada aún. Ocurrió sin embargo un nuevo contratiempo: " Respecto al arenque (sigo en esta narración retrospectiva al médico Federico Rubio, una vez más), existen reglamentos en los mercados a los que es preciso atenerse, so pena de no encontrar colocación. El envase, su magnitud, la clase de maderas, el número de arcos de los barriles, el peso bruto y neto, el grado de la salmuera, su proporción con el pescado, la marca, la letra de clasificación: todas estas particularidades están reglamentadas y su desconocimiento e inobservancia dan lugar a depredación y aun a la inadmisión del género ". Ello fué en suma lo que ocurrió a los primeros productos de la factoría, y por ignorancia de aquellas normas, dos cargamentos - el trabajo de todo un mes - hubo de ser arrojado al mar. " Último desastre ante el cual se rindió la Sociedad, teniendo que declararse en liquidación ".

Pero para aquel momento ya se sabía, precisamente a costa de la experiencia negativa, cómo preparar el pescado para su venta y consumo. Y, en todo caso, era dominio de los mercados lo que todavía podía faltar, pero no ya conocimientos técnicos a propósito de la salmuera y otros modos de conserva. " Debía nos declararnos vencidos ", escribe Rubio, al evocar aquellas circunstancias. " Por otra parte, causábanos gran dolor, más que las pérdidas sufridas, la consideración de dejar estéril un asunto que tanto podía contribuir al bienestar del país. España se encuentra en una gravísima crisis (corría el año de 1886), procedente de la falta de trabajo, y no penosa solo para las clases obreras, sino quizás más para la clase media. Rudimentaria la agricultura, en embrión la industria y el comercio, es cosa difícil encontrar ocupación productiva y honrada (...)".

Fue así como Galfí, por una parte, y Viluma, por otra, decidieron emprender, por separado, " una campaña de estudio para procurar resolver los dos puntos pendientes: preparación y co-

-locación de los productos ". Al mismo tiempo, el ministerio de Marina comisionó para hacer estudios paralelos a Pedro de la Puente, otro de los conocedores del banco. Los resultados obtenidos por cualquiera de ellos no diferían sensiblemente. Sin embargo, los dos primeros distanciaron sus objetivos en los estudios de mercado que llevaron a cabo, orientando Viluma sus previsiones hacia el mercado interior, en tanto que Galf tendía hacia los extranjeros. De los resultados obtenidos por este último nada hemos podido detectar. En cambio, sí sabemos que el marqués de Viluma preparó en salmuera atún, ta sarte y caballa, logrando su aceptación a precios remunerativos en varias plazas del Mediterráneo. Sin embargo, el problema seguía ahí: la comercialización aparecía como el verdadero fantasma de una producción rentable. Los últimos datos a propósito proceden igualmente de Federico Rubio, quien refiriéndose a los negocios de Viluma dice: " Pero tanto en aquellos géneros como el verdadero fantasma de una producción rentable. Los últimos datos a propósito proceden igualmente de Federico Rubio, quien, refiriéndose a los negocios de Viluma dice: " Pero tanto en aquellos géneros como en las de más preparaciones tocó un inconveniente que ya se podía prever; consiste en la verdadera falta de comercio serio, dedicado a tal clase de especulación. No hay mercados allí donde no exista una cotización semi-oficial a que atenerse, donde todo depende de la fé mejor o peor de una o más personas oscuras que deciden de la suerte de la mercancía, quedando a su exclusivo arbitrio acogerla o despreciarla, y después pagar su importe o diferirlo a medida de su antojo o de su codicia ". Por otra parte, el problema de los derechos de introducción actuaba como eficaz coadyuvante de la escasa viabilidad de la empresa. El fisco exigía a los arrendatarios de la concesión " unos derechos tan enormes que, a no remediarse el abuso, ha de hacer imposible volver a pensar en el asunto " (183).

Pero para entonces, mediados de 1886, se poseía ya un buen acopio de conocimientos técnicos a propósito del banco pesquero sahariano. El adquirirlos había costado a la Sociedad de Pesquías Canario - Africanas 150.000 duros; 40.000 más al marqués de Viluma, y otros 40.000 a Galf y Cía . Ramón Silva Ferro, concesionario inicial, había incluso perdido la vida al ser abordado el bergantín " Pelayo " por un barco norteamericano. Más adelante volveremos sobre la quiebra de las factorías pesqueras en la costa africana occidental (184).

4.- Colonias y Abolición en Joaquín Costa

La historia del abolicionismo de nuestros más profundos liberales ha sido puesta repetidas veces sobre el tapete de la investigación histórica, siempre en torno a la bisagra de su definitivo triunfo en 1886 (185). Tras la ley de abolición para Puerto Rico, en 1873, las actividades de la Sociedad Abolicionista Española quedaron prohibidas entre 1875 y 1879 en un paréntesis de silencio conservador impuesto a los mítines y conferencias. En 1880 el gabinete de Martínez Campos (Salvador Albacete en la cartera de Ultramar) sacaba adelante un proyecto de abolición para Cuba que, en definitiva, se redujo al (aceptado a regañadientes) patronato, que tardaría seis años más, todavía, en desaparecer definitivamente. Dos años después se autodisolvió la Sociedad Abolicionista; no sin que un colaborador entusiasta, Joaquín Costa, le increpara un año atrás porque hacía otros dos que no daba señal alguna de vida, en tanto que todavía quedaban esclavos en Mindanao y seguían siendo un hecho las " cacerías de hombres " (186).

Y es que Costa había prestado, al menos desde su incorporación a la vida pública, en 1882, un eficaz apoyo a la causa emancipadora de la abolición. El año de 1882, al igual que marca el punto culminante en su actividad de iniciativa colonial (de amplias repercusiones en el Boletín de la Institución libre de Enseñanza, generoso hésped de sus críticas a la desgracia oficial y a las disputas eruditas (187), significa también para Joaquín Costa el momento de máxima difusión de su lucha antiesclavista, precisamente por obra y gracia del propio BILE (188).

Por qué subsiste en Cuba la esclavitud era el título con el que la revista recogía el texto más fidedigno de la intervención de Costa en el mitin abolicionista de 7 de diciembre .

" Dos problemas jurídicos - comenzaba el discurso - , relacionados con el derecho de la personalidad, reclaman actualmente en nuestra patria urgente solución: el uno civil, el problema del llamado patronato; el otro político, el problema de la revisión constitucional ". En dicho discurso se libera Costa de todo tipo de temores, para revelarse desacomunadamente radical en política, para esta etapa de su liberalismo integrador: " ¿ Quién retiene a aquellos 100.00 individuos su libertad y su derecho, - pregunta a propósito de los emancipados -, manteniéndolos en un estado de verdadera

muerte civil ? La nación, abusando de su fuerza. ¿ Quién retiene a la nación una parte de su soberanía ? La monarquía doctrinaria, a virtud de la idolatría que todavía inspira a ciertos grupos de pensadores y de políticos que acandillan a las clases directoras del país ". No obstante, una gradación diferencial establecía amplia separación entre los dos aspectos del problema. Y ello se queja Costa de que " la nación, que tanto se preocupa por rescatar la parte de soberanía que le falta, llegando para ello hasta a amenazar a los poderes inamovibles, no se cuida poco ni mucho de restituir a los negros, pobres víctimas de su indiferencia y de su tiranía, el todo de su libertad natural que inicuasmente les retiene. No ya sólo el partido gobernante: Hasta los partidos revolucionarios cifran toda la esencia de su credo reformista en estos dos artículos: 1º, reforma constitucional; 2º, sufragio universal, juzgando todo lo demás mero accidente, susceptible de transacciones y de componendas; cuando lo justo y lo lógico, y lo obligado para todo político de conciencia, sería este otro programa: 1º, abolición del estado de esclavitud o de patronato; 2º revisión constitucional, que, al fin y al cabo, sin reforma constitucional está demostrado que pueden vivir los pueblos (...)" .

Pero tanta animadversión contra la esclavitud antillana tiene en Costa unos móviles primeros que no pretende ocultar: " De cuatro modos influye perniciosamente la esclavitud antillana sobre la vida, la tranquilidad, el bienestar y la riqueza del pueblo peninsular:

1º . Influjo político. Las provincias ultramarinas, sometidas al régimen de la esclavitud, son un criadero y escuela especial de elementos anti-liberales, cuya acción necesariamente se hace sentir en la metrópoli; y no hay sino estudiar v.gr., los grandes movimientos reaccionarios de los últimos sesenta años, para descubrir al punto el influjo que en ellos han ejercido las ideas y las prácticas aprendidas por los hombres políticos en los gobiernos de Ultramar (...)".

2º . Influjo militar. (...) la continuación de la esclavitud envuelve el peligro de que se reproduzca aquella guerra civil sangrienta, obra en su mitad del régimen esclavista, que costó a la nación 100.000 soldados y 10.000 millones de reales; pues mientras el estado de servidumbre no cese de verdad, podrá decirse que la guerra civil se ha suspendido, en manera alguna que haya terminado. Testigo, la historia de todas las colonias modernas.

3º . Influjo sobre la emigración. (...) la esclavitud de los negros en Cuba viene a traducirse en esclavitud - no figurada, sino real y efectiva, - de los emigrantes peninsulares, porque cierra la isla al trabajo libre y honrado, y les obliga a dirigirse a países extraños en calidad de contratados; y sabido es que las contratas de emigración son el último disfraz que ha tomado la servidumbre en nuestro tiempo.

4º . Influjo sobre la marina mercante, y por consiguiente, sobre la industria y el comercio. Esta relación, con ser tan positiva, había permanecido ignorada hasta que hace un mes la puso de relieve el Congreso Geográfico (....) "

El breve resumen de la trayectoria seguida durante el Congreso por la última de estas relaciones vuelve a hilvanar cuidadosamente los elementos de la explotación: " Llegado el momento crítico de la transformación de la marina, los navieros quebraron algunas de sus carreras tradicionales, no pudieron competir con los navieros extranjeros, que nos traen de su país mercancías que los nuestros debieran traer de las colonias españolas, y se fueron desprendiendo del mayor número de sus buques y despidiendo a las tripulaciones, que hoy vagan inútilmente por los muelles de todo el litoral en busca de un jornal con el que sustentar a sus familias. La transición habría sido menos dolorosa si hubiesen sustituido los mercados perdidos con otros nuevos, si, por ejemplo, hubieran podido explotar la más cercana y la más inexplorada de nuestras colonias, la colonia de Fernando Poo y posesiones anejas. Existe base natural para sostener entre ella y la metrópoli un comercio por algunos centenares de millones de reales al año, y comercio de cabotaje, con ventaja notable a favor del pabellón nacional. De los objetos que se producen y adquieren en el golfo de Guinea, España importa los valores siguientes: maderas para la ebanistería, tonelería, carpintería, y construcción naval, 143 millones de reales; aceite de palma y de otras semillas oleaginosas, cera parafina, etc, 20 millones; goma elástica, 10 millones; fibras textiles, 18 millones; sustancias y extractos tintóreos, 17 millones; lanas, cueros y ganados, 127 millones; café y cacao, 74 millones; sin contar el marfil, del que se consume en Europa cerca de un millón de kilogramos; los cocos, naranjas, piñas aguacates, etc, a cambio de estas mercancías, los negros de Guinea reciben pañuelos y piezas de algodón, sombreros, fusiles cuchillería, ron y aguardiente, loza, cristalería, jabón, sal, arroz, tabaco...es decir, manufacturas y productos propios de nuestra península o de nuestras provincias de Asia y América.

¿ Por qué no emprenden ese comercio? El Sr. Montes de Oca, gobernador que era hace unos meses de Fernando Poo, y el Rev. P. Mata, procurador en Madrid de las misiones españolas de a que el golfo, decían en el Congreso Geográfico que ese comercio es imposible, e imposible el fomento de los intereses de a- quella colonia, mientras subsista el tratado celebrado en 1835 entre Inglaterra y España para la represión del tráfico de ne- gros en la costa occidental de Africa, al N. del Ecuador, per que el derecho de visita y detención que por él se confiere a los cruceros ingleses sobre las naves mercantes españolas, re trae a éstas de aquella derrota. Y mientras la esclavitud subsista en Cuba, la denuncia de aquel tratado sería inútil, por que Inglaterra necesita esa garantía contra la eventualidad de un posible recrudescimiento de la trata, atenuada o embozada en contratas de africanos, de lo cual hay precedentes "(189).

Lugar de preferencia en la concatenación de elementos halla la cuestión del golfo de Guinea, y a ella consagrará Costa bue na parte de su actividad posterior, siempre teniendo en cuenta aquella relación mercantil descuidada (190), sin duda modificadora potencial de la balanza comercial española. Pero mayor importancia tiene en el discurso abolicionista la mora- leja social y económica que, para amplias capas de la pobla- ción española, extrae Costa de sus propios planteamientos: " Como se ve, la esclavitud de Cuba no la padecen tan sólo sus inmediatas víctimas, los negros, sino que hiere juntamente a sus verdugos, los peninsulares; el mal que padecen los sier- vos no es mal ajeno para nosotros. Por tanto, la indiferencia del país no puede dimanar de ese egoísmo materialista que sue le achacarse a las muchedumbres."

" Lo que hay - ataja Costa en un rápido giro que presagia tiempos posteriores de su actividad de agitador de masas -, es que España lleva en sus entrañas la esclavitud como un cuerpo inerte y pasivo, no como un producto orgánico, sin querer la, tal vez repugnándola, acaso sin saber que la lleva y que la padece. La opinión pública se halla en su período inicial y de formación, y como tal, es débil y no pesa casi nada en la marcha de los sucesos y en la gobernación del país. La vida pública se halla confiada casi por entero a cierto número de individualidades, agrupadas en forma de partidos; y en ellas es donde debe buscarse la raíz del mal. Por causa suya, no por culpa del país, subsiste en la gran Antilla esa institución que afrenta a la nación española y ultraja a la humanidad ". (191). El ataque directo contra la clase gobernante y sus

procedimientos, contra la identidad de posturas - inmovilidad e incumplimiento de promesas una vez en el poder -, queda aquí profusamente explicitado. En el marco institucional de su iniciativa colonizadora, en el contexto de los actos públicos y movimientos africanistas, Costa fué siempre más moderado en sus alusiones al poder y sus representantes. Pero aquí se enfrentaba con un ámbito de reforma en el que, tras dos años de estancia en los supremos controles de la vida de la nación, ^{se} habían descuidado también los hombres de la izquierda liberal. Hasta que ^{Costa} dejó de confiar totalmente en ellos como gestores de las reformas, y por el momento, todo un amplio horizonte de metas a cubrir se abría ante este grupo de intelectuales radicados en Madrid.

NOTAS al Cap. IV.

- (1) Se envió la circular a los siguientes centros de la capital: Instituto Geográfico y Estadístico, Asociación Española para la Exploración del Africa, Sección de Excursiones de la ILE, Sociedad de pesquería canario-africanas, Sociedad Abolicionista Española, Banco de España, Círculo de la Unión Mercantil, Sociedad Económica Matritense, Asociación de Agricultores de España, Liga Nacional de Contribuyentes, Asociación para la reforma de los Aranceles de Aduanas, Centro del Ejército y de la Armada, Compañías de Ferrocarriles MZA y del Norte, y periódicos "El Día" y "La Epoca". En Barcelona, debieron recibirla la Associació d'Excursions catalana y la Associació catalana d'excursions científicas, la Sociedad Hispano-Africana, el Instituto del Fomento de la Producción Nacional, el Fomento de la Producción Española, el Círculo Mercantil, el Instituto Industrial, el Centro Industrial de Cataluña, el Banco Hispano-Colonial, el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, la Sociedad Naviera, la Compañía General de Tabacos de Filipinas, la Compañía Transatlántica y el semanario "El Fomento de la Marina", que dirigía Ricart Giralt. Además, se envió la convocatoria a la Asociación Euskara para la Exploración y Civilización del Africa Central, la Sociedad del Folk-lore frexnense, la delegación de la Associació d'Excursions en Villanueva y Geltrú, el Ateneo Mercantil de Valencia, el Casino Industrial de Cádiz, los Círculos mercantiles de Sevilla, Huelva y Málaga, los Centros mercantiles de Coruña y Sevilla, la Comisión Auxiliar del Servicio de Muelles de Sevilla, la Junta de Comercio de Valladolid, las Sociedades Económicas de Santiago y Las Palmas, el Círculo de Hacendados de La Habana, la Escuela Mercantil de Mallorca, el Ateneo Científico y Literario de Zaragoza, el Club Náutico de Bilbao, y la Compañía del cable entre Cádiz, Canarias y Senegal (BSG, junio 1883, nº 5, pp. 470-71).
- (2) "Los tropiezos que en estos últimos años ha sufrido la política colonial de España -comenzaba el escrito-, debidos, no tanto a la debilidad y pobreza del país cuanto al desconocimiento general de las bases en que dicha política debía fundarse, el abandono en que se han dejado nuestros territorios de las costas de Berbería y del golfo de Guinea, a costa de tanta sangre adquiridos, la ruina de nuestra influencia en Marruecos, la pérdida dolorosa de nuestros derechos seculares en la costa septentrional de Borneo, el litigio suscitado por gobiernos extranjeros acerca de la posesión del archipiélago de las Carolinas, el estado poco lisonjero, y tal vez decadente, de nuestra marina mercante, la torcida direc

ción adoptada por nuestros emigrantes, cuyo trabajo, capitalizado en miles de millones, va a enriquecer a naciones y colonias extranjeras, la crisis que en estos momentos están atravesando las vastas posesiones de una nación hermana, y el funesto desenlace que puede preverse, la ausencia de nuestro comercio y el eclipse de nuestra diplomacia en las costas del mar Rojo y en los vicariatos de Tonkín, cristianizados por nuestros misioneros, la rapidez con que la raza sajona se dilata por el planeta, ocupando a toda prisa o preparando la ocupación inmediata de los últimos territorios que todavía quedan libres en África, en Asia y en Oceanía, y comprometiendo el porvenir y hasta la existencia de la raza española, la noble emulación con que todas las naciones europeas (incluso aquellas que, como Portugal, no disponen de las fuerzas de que nosotros disponemos, o que, como Italia, no tienen, cual tenemos nosotros, tradiciones coloniales y extensos territorios en todas las partes del mundo, y aptitudes colonizadoras, demostradas por una experiencia de siglos) atacan el continente africano con las armas civilizadoras del comercio, de la religión y de la ciencia, haciéndolo entrar en el concierto de la humanidad, y la indiferencia de los partidos políticos ante estos sucesos, cuya gravedad principia a alarmar con sobrado motivo a la opinión pública, han hecho pensar a la Sociedad Geográfica si no sería preciso, y aún urgente, celebrar una reunión de todas las asociaciones que representan fuerzas vivas de la nación, a fin de comunicarse sus impresiones acerca de los problemas trascendentalísimos de geografía política y comercial puestos a la orden del día, y llegar a un acuerdo común que sirva de base para emprender una campaña activa de carácter práctico, hasta conseguir que España reanude las gloriosas tradiciones de sus antiguos navegantes y exploradores, dando término a la triste situación actual, mas que de atraso y estacionamiento, de bochornosa decadencia". "No segura del todo, sin embargo, la Sociedad Geográfica en esas convicciones, no ha querido aventurarse a una resolución sin tomar antes el pulso a la opinión pública, y asegurarse el concurso de las principales asociaciones y empresas españolas que, como ese (Círculo, Asociación, etc), representan centros dinámicos robustos y agrupaciones de intereses nacionales de gran valía, y que, por lo mismo, tienen derecho a ser oídas y consultadas, y obligación moral de cooperar activamente a cuanto tienda al fomento de la riqueza del país o al lustre y grandeza de su nombre". (Ibid., pp. 468-69).

- (3) Fechada en 11 de junio de 1883, la circular demandaba contestación antes del día 26 de los corrientes. Este apresuramiento y no otra circunstancia cualquiera sería la razón última -como se afirma explícitamente, de que

la circular quedase sin enviar a centros o corporaciones como las siguientes (todos ellos sin embargo en la mente de los convocantes): el Ateneo madrileño, la Asociación de Ingenieros Industriales, el Fomento de las Artes, el colegio de Misioneros de Ocaña, la Sociedad Española de Salvamento de Náufragos, el Círculo de Almería, el Círculo Mercantil de Gijón, así como los de Logroño y Oviedo, el Círculo Productor de Palencia, del Fomento del Trabajo Nacional de Zaragoza, la Sociedad Valenciana de Agricultura, la Asociación de Labradores de Sevilla, el de la Unión de Cáceres, el Casino Industrial de Valencia, el Centro Industrial de Sabadell, el Centro Industrial de Cataluña, el Centro Barcelonés, el Instituto Industrial catalán, y "otra multitud de importantes sociedades análogas". Hubieran deseado igualmente los encargados de proceder a este sondeo de opinión, conocimiento del parecer de "las revistas y periódicos científicos, políticos y de intereses", además del de las muy abundantes Sociedades Económicas de Amigos del País, Juntas de Puertos, Ligas de Contribuyentes, Sindicatos de Gremios y Juntas de Agricultura, Industria y Comercio. Aparecen también expresamente citadas, por último, la Sociedad Anónima Aragonesa "y otras compañías de ferrocarriles", el Banco Hipotecario, el de Castilla, el Crédito Mobiliario español, el Banco de Mallorca, "y demás instituciones de crédito", así como las líneas de vapores de Roca y Cía., Olano, Larrinaga y Cía., Oleaga y Cía., Ibañeta y Cía., la Cía Bilbaína de Navegación, la Cía. de Transportes Marítimos, y los vapores-correos -- del marqués de Campos (sic). A pesar de no haber sido -- apeladas directamente estas asociaciones, la Geográfica lanza desde las páginas del Boletín una llamada para -- que presten a sus proyectos "el mismo desinteresado con curso" que muchas de las arriba mencionadas no habían -- vacilado en brindar (Ibid., pp. 471-72).

- (4) Las respuestas, publicadas en su momento con rapidez -- por la Sociedad madrileña en sus órganos de prensa (BSQ, junio de 1883, pp. 472-488), han sido analizadas con fina penetración por Lécuyer y Serrano, op. cit., cap. IV: "Les repercussions du mouvement africaniste", pp. 261 ss.). No obstante, los autores parecen hablar inicialmente de una opinión pública en conjunto más permeable a la propaganda colonial de lo que a mí me da la impresión debió ser en efecto.
- (5) Vid. Lécuyer y Serrano: "Le programme colonial des Africanistes semble répondre, à première vue, aux aspirations de ce groupe social, libre-échangiste par excellence, méfiant donc, sinon, hostile, au gouvernement -- qu'ils accusent de favoriser les intérêts protectionnistes" (Op. cit., p. 263). La respuesta favorable de la --

burguesía financiera, encarnada en el Banco de España, que también destacan dichos autores, yo la interpretaría más bien como un asentimiento meramente cortés y -- sin mayor trascendencia, dada la índole de la entidad -- que la protagoniza. En realidad, la respuesta se limita a considerar "muy dignos de aplauso los nobles propósitos".

La ILE, por su parte, había aludido prioritariamente a "los intereses comerciales en juego", en tanto que Laureano Figuerola, en nombre del liberalismo económico, "aplau (ía) el patriótico y levantado pensamiento de la Sociedad", considerando su inmediata puesta en -- práctica "más que oportuna, urgente, y de resultados positivos para la reconstitución de nuestra decaída política colonial y el desarrollo de nuestro comercio exterior". Mitines y actos públicos de seguro impacto, a la manera usual para reclamar la atención del poder, son -- recomendados, por último, por la Asociación para la reforma de los Aranceles de Aduanas como medio seguro para atraer una multitudinaria atención. Incluso Rafael -- María de Labra, en nombre de su incansable Sociedad Abolicionista Española, ofrece un concurso sin condiciones que después se reveló leve.

(5 bis) M. Cigés, Joaquín Costa... cit., p. 82.

- (6) Opina el director del periódico barcelonés que la Geográfica madrileña debiera elaborar un "programa o interrogatorio muy concreto, a fin de que se estudiaran antes todos los temas y no se perdiera el tiempo en digresiones, como generalmente sucede en los Congresos". Sin embargo, allí donde se establece la discrepancia, el objetivo es importante, sin vacilar rechaza Ricar la conveniencia de entrar a fondo en las exploraciones africanas, dispensando en cambio atención a Borneo y Filipinas.
- (7) Vid. también Lécuyer y Serrano, op. cit., pp. 261-63.
- (8) Vid. Alfonso Orti, "Orígenes..." cit., y cronológicamente anteriores, J. Nadal, El fracaso..., p. 72, y R. Garrabou, "la crisi ..." cit.
- (9) Es evidentemente que el Marqués de Riscal, presidente -- de la asociación dicha, estaba poniendo el dedo en la llaga con estas advertencias. Lo que resulta ya más difícil de explicar a simple vista es la dualidad de posturas (tibia la una, persistentemente punzante la otra) que el propio Marqués de Riscal hace públicas en su doble condición de presidente del Directorio de la Liga y de propietario del periódico El Día, (desde algún tiem-

po atrás, activo promotor de una expedición al Africa). La paradoja se desvanece sin embargo si analizamos con cuidado la respuesta (eminentemente práctica que se -- ofrece a la Geográfica por parte del diario madrileño: "Nada más oportuno que la idea de semejante Congreso en el país que ha dado en otros tiempos ejemplo prodigioso de vitalidad colonizadora, y que hoy se deja arrebatar, sin protesta oficial, ricas posesiones. El Congreso recordará lo que fuimos, y en triste evidencia pondrá el contraste de lo que somos hoy y de lo que son nuestros contemporáneos de otras naciones. De ahí nacerá una emulación saludable: con tal, sin embargo, que en los cursos domine el sentido práctico. España ha perdido -- sus colonias por haber colonizado oficial y no comercialmente, y porque su vida interior ha sido, desde que se extinguieron nuestras antiguas libertades, una vida de desorganización administrativa y de indolencia universal. Desarrolléase en ciudadanos y gobiernos el espíritu mercantil, vuélvase moral, capaz y económica nuestra administración, y entonces volverá España a ser -- grande. De otro modo, es en vano esperarlo..." (BSG, junio 1883, pp. 473-74, sub. míos, E.H.).

- (10) En el momento de imprimirse el boletín correspondiente al mes de junio de 1883, la SGM había recibido respuesta de los siguientes organismos: Instituto Geográfico y Estadístico (BSG, junio 83, pp. 472-73, con la firma de Carlos Ibáñez), Asociación Española para la Exploración del Africa, con Francisco Coello (ibid., p. 473), Asociación Euskara para la Exploración y Civilización del Africa Central, con Manuel Iradier (p. 473), Propietario y redacción de "El Día", promovedores de una exploración en Africa, con el marqués de Riscal (pp. 473-74), Associació d'excursions catalana, con Ramón Arabia y Solanas y J. Bru (p. 474), Associació catalanista d'excursions científicas, con A. Rubio y Lluch y Luis María Soler (pp. 474-75, y una segunda respuesta, inmediata y más activa, firmada por el segundo y Joaquín Riera, insistiendo también en Borneo y Filipinas, en las pp. 475-76), Institución Libre de Enseñanza, con Juan Uña (pp. 476-77), Folk-lore Freixense, de Freixes, con Luis Romero y Espinosa y Sixto Bengoechea (pp. 477), Delegación de la Associació d'excursions catalana en Vilanova y Geltrú, con Eduardo Llanas y J. Oliva Milá (p. 477), Sociedad Abolicionista Española, con Rafael Ma de Labra (pp. 477-78), Sociedad anónima de Pesquerías Canario-Africanas, con el conde de Casa Puente (p. 478), Compañía Hispano-Africana, con Cristino Riera (pp. 478-79), Compañía Transatlántica, con Claudio López (p. 479), Banco de España, con Antonio Romero Ortiz (p. 479), Instituto del Fomento del Trabajo Nacional, con Manuel Feliú Orellana (pp. 479-80), Ateneo Mercantil de Valencia, con S. Roig (p. 480), Círculo de la Ju

ventud Mercantil de Barcelona, con Pablo Campreciós (p. 480), Ateneo Científico, Literario y Artístico de Zaragoza, con Marceliano Isábal y Tomás Pelayo (pp. 480-81), Círculo de la Unión Mercantil de Madrid, con José Oria y Rafael de Angulo (p. 481), Comisión Auxiliar del Servicio de Muelles, de Sevilla, con el conde de Casa Segovia y José D. Conradi (p. 481), Centro Mercantil de Sevilla, con Manuel Torres (pp. 481-482), Centro Industrial de Córdoba, con Alejandro del Castillo y G. de León (p. 482), Centro Mercantil e Industrial de la Coruña, con José M. Abella (p. 482), Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas, con Laureano Figueroa e Ildefonso Trompeta (pp. 482-83), Escuela Mercantil de Mallorca, con Alejandro Roselló (p. 483), Junta de Agricultura, Industria y Comercio de Valladolid, con Tomás Risueño (p. 484), Asociación de Agricultores de España, con José de Cárdenas (p. 484), Centro del Ejército y la Armada, con Enrique Llorente (p. 484), Sociedad Económica Matritense de Amigos del País, con Alberto Bosch (pp. 484-85), Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, con el marqués de Camps y Andrés de Ferrán (p. 485), Directorio de la Liga Nacional de Contribuyentes, con el marqués de Riscal (pp. 485-86), Club Náutico de Bilbao, con Florencio Schmidt (p. 486), "El Fomento de la Marina", con José Ricart Giralt (pp. 486-87) y "La Epoca", con el marqués de Valdeiglesias (pp. 487-88).

- (11) No podría afirmarse lo mismo, sin embargo, de rastrear en adelante con cuidado buena parte de la prensa, incluso madrileña, en los momentos que rondan a la gestación del proyecto. Así, por ejemplo, El Liberal, al conocer el propósito de la Geográfica de enviar a Guinea una expedición que se adentre en tierra firme y aborde la exploración del territorio, manifiesta sin ambages su desacuerdo: "¿Qué motivos puede haber para esto? No se comprendería más que por alguna empresa particular que tuviese interés en establecerse en la costa del Golfo de Guinea. No diremos que esto sea, porque no se comprendería que la Sociedad de Africanistas se hubiera creado para funcionar una empresa particular, o que se pusiera al servicio de ésta, lo cual vendría a ser lo mismo". En resumen, viene a destacar el diario la inquestionable intencionalidad no crematística de quienes ingresaron en la Sociedad Geográfica en un principio, al menos en su mayoría, así como la falta de apoyo de la opinión pública en general hacia proyectos de aquel calibre (Vid., 12 de mayo de 1883, la pág.). Su óptica se hallaba sin duda determinada por el rechazo visceral del expansionismo francés en Africa, inconcebible para un admirador sincero de la democracia vecina unos años atrás.

Sin embargo, en 3.9.1879 escribía El Liberal a propósito de los expedicionarios portugueses, cuyo res-

paldo estatal aplaudía: "Duélenos el considerar que nuestra patria (...) permanezca inactiva, cuando tantos beneficios puede alcanzar de las exploraciones del continente africano". Así como, "España debería interesarse grandemente en extender sus relaciones por aquel continente, tanto como medio eficaz de extender su decaído comercio, anteponiéndose así a la tendencia monopolizadora de Inglaterra, como también para sacar el mayor partido posible de aquellas islas que son terrenos de riquezas incalculables".

- (12) Dividida en seis sesiones, la temática a desarrollar se agrupaba como sigue:

Sesión 1ª.- Costas septentrionales de Africa.- Comercio de España en ellas.- Posesiones españolas.- Lugares que pudieran colonizarse: puntos a propósito para establecer factorías, y tal vez puertos francos.- Costa occidental de Marruecos.- Derechos de España en ella.- Importancia mercantil de la costa que corre más al sur, independiente del imperio marroquí.- Comunicaciones con el interior.- Tratados con España, y tentativas de instalación hechas por españoles.- Pesquerías canario-africanas.

Sesión 2ª.- Golfo de Guinea.- Posesiones españolas.- Comercio de España con ellas.- Ensayos de colonización en Fernando Poo hechos hasta hoy.- Reformas administrativas que son indispensables.- Lugares más convenientes para la creación de factorías y estaciones civilizadoras o misiones. Intereses comerciales de España en el mar Rojo: necesidad de consulados y factorías para el desarrollo de nuestro comercio, y como apoyo de nuestras comunicaciones con Filipinas.

Sesión 3ª.- Provincias españolas de América.- Medios de fomentar su producción, su población y su comercio.- Importancia de nuestras Antillas, y en particular de las menores, con respecto al canal de Panamá.- Necesidad de fundar en estas últimas un puerto franco.

Sesión 4ª.- Posesiones españolas de Asia y Oceanía.- Necesidad de extender la colonización en la isla de Mindanao y en el archipiélago de Joló.- Misiones españolas en Asia.- Isla de Borneo.- Su importancia mercantil y estratégica.- Derechos de España en su parte nordeste.- Conveniencia de fundar en ella factorías mercantiles y estaciones militares.- Necesidad de establecer un puerto franco en las Marianas y estaciones navales en las Carolinas, como puntos de escala en el Pacífico.

Sesión 5ª.- Ventajas o inconvenientes de la emigración española: medios de dirigirla a donde favorezca los intereses de España.- Sistemas usuales de colonización, etc., en países salvajes: colonización oficial, colonización por compañías, etc.- Estado de la marina española y medios de fomentarla.

Sesión 62.- Adopción de un plan para proceder inmediatamente a la fundación de factorías mercantiles y estaciones civilizadoras en las regiones del planeta -- más favorables al desarrollo de los intereses de nuestra nación, y emprender exploraciones científicas en algunas de ellas. (BSG, junio 1883, pp. 488-90).

- (13) Vid. Lécuyer y Serrano, op. cit., p. 236. Se refieren - los autores, en realidad a la concreción de objetivos - que sólo se produce un año más tarde, en el 84, al elevar a las Cortes un programa detallado, producto de las reuniones del año anterior. Sin embargo, esto no invalida la voluntaria limitación de dichos intereses al ámbito de lo comercial y sus conexiones inmediatas, por más que en algún caso -y sólo entonces- se aluda claramente a la industria nacional. (Cfr. el propio bastión del librecambismo G. Rodríguez, en Intereses..., p. 39-40). - Insistimos en esta precisión porque parece importante plantearse, al menos teóricamente, la consideración del carácter cualitativamente distinto que el fenómeno colonial africanista en España hubiera podido revestir de - contar con la incorporación de unos excedentes industriales a la red de intercambios. Al no darse de hecho esta circunstancia, el fenómeno viene a reducirse en última instancia a un intento desesperado de ampliar las relaciones exteriores para un comercio pequeño y medio en crisis, nutrido preferentemente de la savia europea y en crecientes apuros, antes de iniciar una fase de re conversión interna.
- (14) Se componía de los socios Fernández-Duro, Ferreiro, Novo, Torres Campos, Mallada, García Martín, Sebastián, Cañamaque, de Abella, Foronda, García Herreros, de Motta, Lasso de la Vega, Ramos Beltrán y Rózpide y, naturalmente, Costa.
- (15) Eran presidentes honorarios Segismundo Moret (ex-ministro de Ultramar), Angel Rodríguez Arroquia (presidente de la propia Sociedad Geográfica), Eduardo Saavedra y - Francisco Coello (ex-presidentes de la misma), y Carlos Ibáñez (director general del Instituto Geográfico y Estadístico). La presidencia había sido otorgada a Antonio Cánovas del Castillo, que fuera poco tiempo atrás - también presidente de la Sociedad Geográfica. Como vice presidentes aparecían Hilario Nava (Inspector General de Ingenieros de la Armada y vicepresidente de la Geográfica, en representación de las sociedades exploradoras y de excursiones), el marqués de Riscal (como fundador del periódico El Día, el marqués de Urquijo (alcalde de Madrid, en representación de "la prensa especial y de los viajeros españoles en Africa"), Manuel Feliú, (presidente del Instituto del Fomento de la Producción

Nacional, de Barcelona), y José Oria de Rueda (presidente del Círculo de La Unión Mercantil de Madrid, "en representación de las juntas y asociaciones económicas, - industriales, mercantiles, navieras y de crédito"). Por último, una variada serie de vocales venía a redondear el conjunto: Ramón Rodríguez Correa (Subsecretario del Ministerio de Ultramar), Pedro de Acuña (Director General de Agricultura, Industria y Comercio), Aureliano -- Fernández Guerra (Vicepresidente de la SGM), Conde de -- Morphi (secretario de la Asociación española para la Exploración del África), Manuel Iradier (explorador, presidente de la Asociación Euskara para la Exploración y Civilización del África Central), Ramón Arabia (presidente de la Associació d'Excursions catalana), Joaquín Riera (presidente de la Associació catalanista d'Excursions científicas), Manuel Pedregal (rector de la Institución Libre de Enseñanza), Luis Romero (presidente del Folk-lore frexnense), Eduardo Llanas (presidente de la delegación de la Associació d'excursions en Villanueva y Geltrú), Rafael María de Labra (colonista, presidente de la Sociedad Abolicionista Española), el conde de Casa-Puente (presidente de la Sociedad anónima de Pesquerías canario-africanas), Cristino Riera (presidente de la Compañía Hispano-Africana), Claudio López (presidente de la Compañía Transatlántica), Claudio Montero (ex-jefe de la Comisión Hidrográfica de Filipinas), Antonio Romero Ortiz (gobernador del Banco de España), Pedro -- Bosch (presidente del Fomento de la Producción Española), S. Roig (presidente del Ateneo Mercantil de Valencia), Pablo Campreciós (presidente del Círculo de la Juventud Mercantil de Barcelona), Marcellano Isábal (presidente del Ateneo de Zaragoza), Federico Nicolau (presidente de la Asociación de Navieros y Consignatarios de Barcelona), el conde de Casa-Segovia (presidente de la Comisión auxiliar del servicio de muelles de Sevilla), Manuel Torres (presidente del centro mercantil de Sevilla), Alejandro del Castillo (presidente del Centro Industrial de Córdoba), José María Abella (presidente del Centro Mercantil e Industrial de la Coruña), Laureano Figuerola (presidente de la Asociación para la reforma de Aranceles), Salvador Albacete (presidente de la Junta de Aranceles y Valoraciones), Juan Blas Sitges -- (secretario de la misma), Alejandro Roselló (director de la Escuela Mercantil de Mallorca), el gobernador civil de Valladolid (a la vez presidente de la Junta de Agricultura, Industria y Comercio), José de Cárdenas -- (presidente de la Asociación de Agricultores de España), Ignacio del Castillo (presidente del Centro del Ejército y la Armada), Alberto Bosch (presidente de la Sociedad Económica Matritense), el marqués de Camps (presidente del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro), -- Florencio Schmidt (presidente del Club Náutico de Bilbao), José Gómez de San Juan (oficial del Consejo de Estado), José Mañé y Flaquer (director de el Diario de --

Barcelona), José Ricart Giralt (director de El Fomento de la Marina), el marqués de Valdeiglesias (director de La Epoca), Ramón Martínez (director de la Revista General de Marina), Juan Favundo Riaño (Director general de Instrucción Pública), Manuel Díez (procurador general de los Agustinos de Manila), Ramón Martínez Vigil (procurador general de los Dominicos de Manila), José Lerchundi (superior de las Misiones de Marruecos), Víctor Balaguer (ex-ministro de Ultramar), Francisco Cañamaque, José Navarrete y Víctor Concas (publicistas), Emilio -- Castelar (ex-ministro de Estado), Francisco Pi y Margall (publicista), Víctor Abargues (explorador en África), José Gómez de Arteche (publicista), José Montes de Oca (ex-gobernador de Fernando Poo), José de Carvajal (ex-ministro de Estado), Tomás Ibarrola (director de los Ferrocarriles del Norte), Emilio Bonelli y Saturnino Jiménez (viajeros en Marruecos), Jacinto Salcedo (jefe de la Sección de Estadística Comercial de la Dirección de Aduanas), Duque de Fernán Núñez (embajador de España en París), Tiburcio Rodríguez (ministro plenipotenciario de España en China), Cipriano Segundo Montesinos (director de los Ferrocarriles de Madrid a Zaragoza y Alicante), Antonio María Fabié, el Conde de Toreno, Joaquín Navarro y Carlos Perier (publicistas), Justo Zaragoza y Marcos Jiménez de la Espada (americanistas), el marqués de Campo (director de la Compañía de vapores de Filipinas), Fernando Alvarez (presidente de la Academia de Ciencias Morales y Políticas), José Alvarez Pérez y Francisco Lozano (publicistas y cónsules de España en Mogador), Cristóbal Colón, duque de Veragua (presidente del Congreso de Americanistas de Madrid), J. -- Ovilo y Antonio Manrique (viajeros en Marruecos). De secretario general actuaba Martín Ferreiro. Como secretarios adjuntos Rafael Torres Campos y Ricardo Beltrán y Rózpide.

- (16) En la Casa de Arcediano de Barcelona (AHM), único lugar donde he sabido de la publicación, sólo he podido localizar los números de enero a septiembre de 1880, no obstante hallarse registrada la revista desde su fundación en 1878. Cada número consta de unas 16 páginas únicamente.
- (17) Revista Geográfica y Estadística, año III, nº 1, 15 enero 1880, editorial: "La Revista Geográfica y Estadística". En este sentido, puede consultarse los Principios de Geografía Astronómica, Física y Política de F. Verdejo Pérez, Madrid, Imp. de López, que en 1865 editaba su 25ª edición, acogida con éxito en centros no oficiales incluso ultramarinos, y de reiterada recomendación por el Consejo de Instrucción Pública.

(18) En la Hemeroteca Municipal de Madrid se encuentran los números que van de mayo de 1880 hasta abril de 1881. El editor es Juan Vidal, y las firmas no son las que usualmente se prodigan en estos ámbitos de compromiso geográfico: J. Zahonero, Mariano de Cárcer, M. de Alcano, R. Portas, el conde de Ursel, el marqués de Alhama, Enrique Bolán, T. Tárrago, M. Tridace, A. Fernández Merino y M. de Toro Gómez. De todas formas, resulta lícito dudar -como ocurre en tantas otras ocasiones de la dedicación real de los citados a la revista en cuestión, pues muchas veces da la impresión el número de ser un calco fiel de alguna publicación inglesa. En general, presta una atención preferente a la sección de noticias y a la relación entre fenómenos geográficos excepcionales con la historia y las curiosidades artísticas de países lejanos.

(19) Sin duda alguna, los títulos más conocidos pertenecen a un período más tardío, como la muy popular Por esos mundos (dirigida por José del Perojo), o la publicación barcelonesa de vida más corta, El Mundo de las aventuras, cuyo primer nº se publicaba el 8 de octubre de 1892 por el Establ. Tipográfico de la Ilustración Ibérica, y que se halla completa (hasta 1896) en el Archivo Municipal de Barcelona. Gorilas, osos blancos, elefantes, salvamentos de naufragos, peregrinaciones a la Meca, y buques de vapor desfilan por sus páginas alternativamente. Las ilustraciones van firmadas casi invariablemente por nombres de clara resonancia británica. Debe consignarse aquí muy brevemente, la colección de narraciones de tipo colonial publicadas a finales de la década de los 80 por Espasa Calpe. P. ej. las traducciones de Africa. Viajes de Exploración al Kassai y su cuenca inferior (por Wissmann, Wolf, François y Müller) o El Congo y la Fundación del Estado Independiente de este nombre (por Stanley), ambas de 1888, al igual que V. Giraud, Africa Pintoresca, publicada en ese mismo año en Barcelona por Montaner y Simón. También Serpa Pinto verá vertidas al castellano sus proezas: Viaje a través del Africa ... desde el Atlántico hasta el Océano Indico, Barcelona, 1890.

Aunque pueda hallarse superado por estudios posteriores, conviene recordar aquí las valiosas sugerencias aportadas en este orden de cosas por el trabajo de Susanne Howe, Novels of Empire, Nª York, Columbia U.P., 1949, especialmente su capítulo I, "The novel follows the Flag". Igualmente, la Mémoire I.E.P. de Hélène Fagot, L'idée coloniale dans la littérature enfantine - (1870-1914), París, 1967.

(20) Revista Geográfica. Apéndice a la Biblioteca de viajes, año I, nº 1 - junto al interés por viajes a Oriente, etc.

En el mismo número pueden verse también artículos bajo los siguientes epígrafes: "Actualidad científica: el ciclón de Nueva Caledonia" (pp. 28-29) y "Un volcán nuevo" (pp. 29-30).

- (21) Cabría apreciar quizá una gradación ascendente en la -- justificación ideológica del discurso, a tono con el -- crescendo de la concurrencia y el reparto. Así por ejemplo, en noviembre de 1880 (nº 7, p. 97), puede leerse -- en sus páginas lo que simplemente es un canto jubiloso a la abnegada figura del explorador: "Verdaderamente es un espectáculo que deleita el espíritu y condena las -- teorías pesimistas el que ofrecen, en medio de este siglo y de esta sociedad que llevan marcados como sello -- el utilitarismo y el indiferentismo, esos hombres heróicos, de todas las razas y de todos los pueblos, que sacrificando sus comodidades, y muchos hasta su fortuna, se consagran a peligrosas exploraciones, en beneficio -- de la ciencia unos, e impulsados otros por el sentimiento de la fraternidad universal". Unos meses más tarde, en enero del 81 (nº 9, p. 129), el tema es el mismo si bien el tono es un grado más alto y el eje de la argumentación parece desplazarse desde el ámbito de las individualidades, heróicas o pintorescas -- hasta el de las profundas fuerzas del progreso histórico que avanzan imparables y optimistas: "Es prodigioso el espectáculo -- que ofrece el mundo civilizado, a medida que el progreso extiende sus leyes bienhechoras y a medida que se -- agrandan los horizontes de la cultura humana. Por todas partes surgen atrevidos exploradores, entusiastas viajeros, misioneros heróicos que, lejos de acobardarse y -- perder los ánimos ante los terribles fracasos de los -- que les precedieron en sus arriesgadas empresas, parece que cobran nuevos bríos y nuevo ánimo para arrostrar todo género de peligros. La religión y la ciencia parece como que coinciden en una misma y levantada aspiración, impulsando a sus apóstoles más ardientes a emprender la senda de las exploraciones, tan llena de dificultades y peligros". Por último, y solo un mes más tarde (febrero de 1881, nº 10, p. 145) el discurso va teñido de dominantes racistas, por mas que la elección de la figura -- del misionero como héroe esta vez, pueda engañar inicialmente acerca de la radicalidad de los planteamientos: "La vida humana es una lucha titánica y continua -- que el hombre sostiene contra la naturaleza (...). A pesar de lo grande que es la energía de la inteligencia y voluntad, la humanidad caería anonadada bajo el peso de esa robusta y fatal naturaleza, si hombres extraordinarios, dotados de fuerzas sobrenaturales, no imprimieran enérgico impulso a la actividad humana, llevándola al -- través de inmensas resistencias para vencer y dominar -- los elementos opuestos a su desenvolvimiento progresivo. Entre aquellos merecen honor especial los insignes misioneros de la civilización, que en alas del entusiasmo --

vuelan por las ásperas regiones que un espíritu vulgar llamaría de lo imposible. Estos ilustres propagadores - no tienen que luchar solo con los escollos y tropiezos de la fatalidad cosmológica y la fiereza de sus principios destructores, sino que han de pelear brazo a brazo con el monstruo de la brutalidad, engendrado por la - - unión de la ignorancia y la natural malicia de los hombres. La contienda es desigual y penosa, pero la fuerza del entusiasmo y las grandes ideas es tanta que, al fin, aparece triunfador el campeón de la civilización, que - levanta su bandera teñida de sangre y sudores sobre las inevitables montañas de hielo o los pelados y abrasados desiertos, solo cruzados por fieras y salvajes (...)"

(Los subrayados son míos, E.H.S.).

- (22) El cronista que se esconde bajo el pseudónimo de Omiren no puede ocultar su maravilla ante el hecho que la austriaca, casada, con hijos y a la edad de cuarenta y cinco años, haya emprendido con éxito viajes de exploración. "La debilidad propia de su sexo -comenta-, las -- mil contingencias que consigo lleva, y las mayores necesidades y cuidados que exigen, son razones que, teniendo las presentes, hacen comprender cuán pronto tendría - que desistir una mujer de cualquier expedición que intentara a los cálidos países que se encuentran bajo la acción abrasadora del sol de los trópicos, o bajo la de los eternos hielos de los polos, mas como caso excepcional y raro la historia moderna nos señala el nombre de una intrépida viajera que, olvidando su sexo y no recordando para nada los trabajos y fatigas que habría de sufrir antes de llegar a la realización del fin que se había propuesto, lanzóse a remotos países para comunicarnos luego, no solo sus impresiones, sino la observación detenida y el concienzudo estudio que había hecho de -- los países que recorriera". (Revista Geográfica, nº 7, noviembre 1880, pp. 103 ss.).
- (23) Después de haberse lamentado, en diciembre del 80 (nº 8, p. 114) de que "el movimiento geográfico en nuestra patria (...) es bastante escaso", la Revista prorrumpe, - un mes más tarde (enero 1881, nº 9, p. 130) en encendiéndolos elogios para con el vasco Iradier y su sociedad - - La Exploradora, calificando a esta última de "patriótica y humanitaria" y mostrándola como modelo de "lo que puede la iniciativa particular, aun en un país tan acotumbrado a la tutela y a la protección del gobierno como el nuestro".
- (23 bis) Vid., por ejemplo, la Academia, I, 11.3.1877, pp. - 158-59: "Viajes Célebres", en donde se califica a Stanley y Nordenskiöld de "notabilidades de la Geografía". Algo más de difusión tendría quizá -entre un sector - -

siempre restringido, por supuesto- la Historia de las exploraciones árticas hechas en busca del paso del Nordeste, del teniente de navío y académico de la Historia Pedro de Novo y Colson, publicada en Madrid, Fortanet, 1880. La obra revisa las exploraciones más recientes -- (Ner denskiöld, 1878-80) en función de los precedentes renacentistas y bajo-medievales, aunque --según afirma-- con materiales directamente proporcionados por el más reciente protagonista desde Estocolmo, a mas de las -- "lettres" publicadas en París por aquél. Cesáreo Fernández Duro, que le escribe el prólogo, saluda con calor la aparición de este género de narraciones, precisamente porque "esa región es menos conocida todavía de nosotros los españoles, colocados por la Providencia muy lejos de ella, en un país donde las pieles son superfluas, donde el sol casi deja congelar el agua precisa para hacer sorbetes, y donde apenas se ha publicado en extracto alguna relación de semejantes viajes" (p. XI). A mayor abundamiento, Pedro de Novo había sido el autor de una novela (Un marino del siglo XIX, o paseo científico por el océano, Madrid, 1871), que en 1882 alcanzaba su tercera edición con éxito de crítica y, al parecer, de ventas (Reseña de Eusebio Blasco en La Epoca). Resulta significativo, a mi entender, que el autor --en la tercera edición-- se defiende de asimilaciones y comparanzas con el fulgurante Julio Verne con esta curiosa justificación: "Cuando imaginé el plan del libro ya había publicado Verne tres o cuatro de sus admirables novelas, pero lejos de procurar imitarle (...), traté de señalar un género muy distinto: Primero, evitando la lucha dramática como resultado del choque de caracteres, por eso mis personajes son todos excelentes sujetos, Segundo, desterrando a la mujer, cuya influencia pudiera originar disgustos aún entre arcángeles y querubines, Tercero, haciendo que todo el interés se encerrase en la parte científica, y que los personajes fueran un medio para administrarla suave e insensiblemente" (pp. 31 ss.).

Por último, en línea semejante puede insertarse la disertación leída por el autor en la SGM, de la que era miembro, el 15 de abril de 1879: "Ultima teoría sobre la Atlántida", publicada también en P. de Novo y -- Colson, IV Congreso Internacional de Americanistas (...) pp. 193 ss. El cañamazo ideológico sobre el que traba -- el marino su vertebración científica no es en absoluto desdeñable: negando la hipótesis de que la Atlántida -- fuera un todo continuo, apuesta más bien por su conexión a la costa africana (siendo las Canarias el reducto último de aquella), y posibilitando así la arribada a Europa de pobladores --únicos en principio-- desde el continente americano. Y aunque considerar la dimensión política no sea mi objetivo aquí, no puede dejar de señalarse la aparición, en 1877, de La Atlántida, de Jacinto Verdaguer.

- (24) Voy a dejar deliberadamente al margen de mi trabajo la consideración detenida del núcleo andaluz, por considerarlo predominantemente culturalista en la década de los 80 y sin demasiada incidencia sobre las efectivas relaciones económicas con el ámbito de expansión colonial norteafricano. Por lo tanto, solo me referiré a él en la medida en que pueda verse arrastrado por el impulso colonial que viene de Madrid (Almagro Cárdenas es el eslabón) y sus concomitancias con este esfuerzo llamado a tener un eco relativamente amplio. Por otra parte, el caso granadino tiene ya su historiador en la persona de B. López García, Contribución a la historia del arabismo español (1840-1917), tesis doctoral inédita, leída en la Universidad de Granada en 1973. Si existe un resumen de la misma (1974). Convendrá también la consulta del breve análisis de F. Gutiérrez Contreras, "Notas sobre el africanismo a fines del XIX", en Anuario de Historia Moderna y Contemporánea, Universidad de Granada, números 4 y 5, 1977-1978, pp. 325-46, que proporciona además la ficha técnica hemerográfica y los índices completos de la serie de La Estrella de Occidente que se conserva en la hemeroteca de la Casa de los Tiros, de Granada. En un contexto más amplio, vid. M. Manzanares del Cirre, Los arabistas españoles del siglo XIX, Madrid, 1972.
- (25) Cit. por T. García Figueras, La acción africana ..., vol. I, pp. 65-66. El folleto recibió el título de Las llaves del Estrecho. Estudio sobre la reconquista de Gibraltar. Según Figueras, el Marqués de Campo costearía la 3ª y 5ª ediciones, aparecidas respectivamente en 1882 y 1883. No es ocioso reproducir aquí uno de los párrafos que transcribe aquí, de la respuesta que Navarrete dió a la misiva de Campo (fecha 10 de junio de 1882), en que le ofrece su ayuda económica: "Ya conocía yo hechos notables del marqués de Campo -le responde agradecido-, el dueño de la soberbia flota de correos de Filipinas, el que ha propuesto en estos días armar otra con igual destino entre España y la isla de Cuba, sin subvención del Estado, el que ofreció meses atrás veinte millones de reales, en oro contante, para contribuir a la compra al inglés del Puerto de Gibraltar, rasgo sin ejemplo, que si el Gobierno ha mirado con desdén, impórtale a Vd. poco, que los Gobiernos son mudables, pero no lo es el sentido patrio, y éste acoge con gratitud inmensa cuanto conduce a arriar para siempre la bandera con que lo hiere en lo más hondo el orgullo y el negocio de la Gran Bretaña". Este mecenazgo editorial de Campo tendría cumplida correlación en actos similares de su contrincante, como la subvención al padre Lerchundi, en 1888, para el establecimiento de una imprenta hispanoárabe, por más que uno y otro acto correspondan a momentos cronológicos relativamente distantes y,

en buena parte por ello, de no exacta significación histórica. (Cfr. el propio García Figueras, op. cit., ibid. p. 156).

- (26) Especialmente T. García Figueras, op. cit., pp. 197 ss., y, fundamentalmente, RGC, año I, nº 1 y 2, 30 junio - - 1885, sobre el que volveremos más adelante. Valga por el momento la transcripción de un documento significativo como puede ser una carta emitida desde el Fomento del Trabajo Nacional a unos corresponsales dedicados a la actividad industrial: "No hay actualmente ninguna expedición entre Barcelona y los puntos del cabo de Buena Esperanza (...) La casa de ésta Vidal y Ribas y D. Carlos Montagut, que se dedica ahora exclusivamente a ejercer la facultad médica, intentaron establecer factorías en la costa de Guinea, pero el tratado que celebró España con Inglaterra en tiempo de Martínez de la Rosa, encaminado mas que a destruir la trata a alejar nuestro comercio de aquellas regiones, frustró sus propósitos con grave perjuicio de sus intereses" (FTN, Copiador de correspondencia, III, pp. 15-16 (20 abril de 1871), carta a los sres. Piñeiro y Fraynor, citada por M. Izard, Manufactureros, industriales y revolucionarios).
- (27) Una buena fuente para la precisión de estos problemas, resulta la Revista de Canarias, publicada en Santa Cruz a partir de 1879. También, C. Fernández Duro, Exploración de una parte de la costa NW. de Africa, en busca de Santa Cruz de Mar Pequeña, (originariamente conferencia en la SGM), Madrid, 1878.
- (28) En 1861 se había constituido La Oriental, siendo uno de los socios fundadores Agustín Gómez de la Mata, y sin que la sociedad llegara a realizar negocio alguno. En 1868 había recibido autorización de pesca Francisco Garcés, y en 23 de abril de 1876 se otorgaba a Ramón Silva Ferro, quien vería revisado el permiso en 2 de agosto de 1879. De éste pasaría ya a la Sociedad de pesquerías canario-africanas, constituida en 6 de diciembre de 1880, siendo aprobada la transmisión por R. O. de 18 de diciembre del mismo año. El 14 de febrero de 1881, tomaba posesión la sociedad de la isla de la Graciosa (Vid. T. García Figueras, La acción..., vol. I, pp. 184-85). Por otra parte, en 1878 se había creado también la Atlas Compañía, con capitales madrileños y canarios, y uno de cuyos promotores era F. Pérez del Toro. Al parecer, tampoco la acompañó el éxito (Vid. Miége, J. L., Le Maroc..., t. IV, p. 338, y Lécuyer y Serrano, op. cit., pp. 268-69).

Habría que traer aquí también a colación el desgraciado, aunque pintoresco, intento frustrado de esta-

blecer el tráfico con Canarias desde los puertos de Uad Nun y que protagonizaron a partir de 1866 los intrépidos Puyana y Butler, perennemente enfrentados con la desgana de los gobiernos españoles, preocupados fundamentalmente por no entrar en conflictos con el sultán de Marruecos. (Puede verse al respecto: Colección de documentos relativos al cautiverio de los españoles don Jacobo Butler y Don Francisco Puyana..., Cádiz, Imp. de la Revista Médica, 1870, A. López Botas, Los españoles cautivos en Marruecos desde 1867. Resumen de los expedientes..., 1870, y un Escrito de D. Guillermo Butler - (14 de marzo de 1870) a D. Práxedes Mateo Sagasta, ministro de Estado, que cita G. Figueras, op. cit., nota 1 de la pág. 178).

Respecto al proyecto privado de un súbdito norteamericano, E. Beknap, apoyado por la legación de su país en Madrid, de lograr en arrendamiento por un plazo de cien años de la isla Graciosa, por un millón de duros, con el objetivo de establecer en ella una pesquería y pretendiendo además una demarcación de aguas jurisdiccionales, -intento abordado en dos ocasiones (1871 y 1879), bajo dos situaciones políticas radicalmente diversas, vid. La Epoca, 12 agosto 1898, 2ª pág: "¿Europa para los norteamericanos?", en donde el Vizconde de Camipo Grande, -en un contexto de temor por la futura integridad nacional -problema de Canarias-, recuerda también su propia intervención en el Congreso años atrás - (14.12.1872) felicitando al ministro de Estado, Martos, por su rotunda negativa a acceder a las propuestas yanquis.

- (29) F. Pérez del Toro, El tabaco canario y las pesquerías de Africa (1881); GM., Pesquerías de Canarias (1882), - P. de la Puente, Informe sobre las pesquerías de Canarias en la costa de Africa (1882), que elevado al ministro de Marina, mereció la atención de que éste ordenara publicarlo "para conocimiento de los navieros españoles" (Cit. en García Figueras, op. cit., p. 186). Sobre todo ello vid. más abajo, cap. V, apartado 3.
- (30) Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil. Actas, vol. I, pp. 112-32.
- (31) Cfr. García Figueras, op. cit., pp. 178-79.
- (32) Hasta 1891, en que comienza a publicarse el Boletín del Ministerio de Estado (nº 1, enero) no aparecen dichos informes recogidos de una manera sistemática en ninguna publicación oficial. Anteriormente a esta fecha, en ocasiones recibían los auspicios de la Dirección General de Aduanas, si bien en otras es frecuente su apa-

rición en los Boletines de las Cámaras de Comercio (a partir de mediados de los 80) o incluso, debido a su relación con la curiosidad científica, de la Sociedad Española de Historia Natural, como los Apuntes sobre el Argan de Mogador de José Álvarez Pérez (1877). Hay una referencia incompleta de dicho tipo de fuentes en García Figueras, op. cit., pp. 193-95.

- (33) Desde la óptica conservadora española -y por lo tanto - la más cercana a la realidad oficial durante la mayor parte de la Restauración-, puede leerse todavía con provecho J. Bécker, Relaciones Comerciales entre España y Francia durante el siglo XIX, Madrid, 1910. El statu quo que servirá de base durante los primeros años de la década de los 80 a los insistentes escarceos de ocupación tiene su base jurídica en Documents diplomatiques. Conférences de Madrid, 1880 (Droit de Protection au Maroc), Madrid, 2 vols., 1880-81. El gran trabajo de síntesis actualizadora sobre todos estos y buen número de otros problemas sigue siendo el de J. L. Miège, Le Maroc et l'Europe, París, PUF, 4 tomos, 1961-1963.

Respecto al impacto que estos asuntos provocaron sobre la opinión pública carecemos de estudios sistemáticos de importancia para las cámaras y la prensa española, por mas que aspectos fraccionados aparezcan intermitentemente en buen número de la dispersa bibliografía sobre el tema. No puede decirse lo mismo en el caso de la vecina investigación francesa: un repaso rápido al Repertoire des Mémoires et thèses consacrés au Maghreb, que publicó el "Centre de la Méditerranée Moderne et Contemporaine" de Niza en 1979, arroja un saldo francamente satisfactorio para las universidades francófonas, que redoblaron su atención sobre estas cuestiones en clara correspondencia con los últimos problemas del dominio francés en Argelia, en la década de los 60.

- (34) Caso sintomático podría ser sin duda el de Rafael María de Labra, convencido autonomista e incansable luchador con la pluma y la palabra por el triunfo de sus ideas, quien, con más de 80 trabajos aparecidos hasta 1896, sólo en aquel momento publica su primer trabajo (previo discurso) sobre Las posesiones españolas en el golfo de Guinea (Madrid, Est. Tipográfico de Alfredo Alonso, - 1896). Vid. también Nuestras Colonias en Africa... Discurso parlamentario por D. ----, Madrid, 1898, 65 págs.
- (35) P. Armengol Cornet, ¿A las islas Marianas o al Golfo de Guinea?, Madrid, 1878.
- (36) F. Lastre, La colonización penitenciaria de las Marianas y Fernando Poo, 1878. Sobre presidios norteafrica-

nos, R. Rezette, los enclaves españoles en Marruecos, París, Nouvelles Editions Latines, 1977, pp. 39 ss.

- (37) Cfr., por ejemplo, Manuel Azcárraga, La Libertad de Comercio en las islas Filipinas, Madrid, 1871 y de nuevo 1872, J. Maldonado y Macanaz, Principios generales del arte de la colonización, Madrid, 1873, o Servando Ruiz Gómez, "Las colonias francesas", en la Rev. de España, 1880, pp. 481 ss. En vísperas de la fecha que me he impuesto aquí como tope -la de noviembre del 83 y el Congreso geográfico-, la propia Revista de España concluyó a la publicación de una larga serie de artículos de F. J. de Moya y Jiménez que, repartidos a lo largo de todo el año, exigían sin demora cambios en la legislación filipina. De ellos pueden interesar especialmente dos, siempre bajo el título general de "Las Islas Filipinas. Estudios descriptivos" (Revista de España, XCI, marzo-abril 1883, pp. 56 ss., con grandes laudos para el servicio de vapores del Marqués de Campo, y XCIV, -septiembre-octubre 1883, pp. 121 ss., propugnando la prioridad de Filipinas sobre los territorios norteafricanos de cara a una política emigratoria más o menos organizada).
- (38) No puede dejar de consignarse aquí la continuidad - - prácticamente sin rupturas- de la literatura de viajes concerniente a Marruecos, del 60 acá. Cfr. Lécuyer y Serrano, op. cit., pp. 368-69: Annexe II (Tableau chronologique du mouvement africaniste en Espagne).
- (39) R. Beltrán y Rózpide, Africa en 1881, Madrid, Librería Universal (Biblioteca del Pueblo), 1881, 64 pp.
- (40) F. Rahola, "La colonización de Africa", en Revista Científico-Militar, año IV, 2ª ép., I, 1881, pp. 3-12.
- (41) BILE, nº 123, 1 abril 1882, pp. 73-4.
- (42) BILE, nº 137, 30 octubre 1882, pp. 240 ss.
- (43) BILE, 28 febrero 1883, pp. 49 ss., firmado por Juan Víctor Abarguez, director de una expedición en Abisinia. La expedición estaba directamente inspirada por el - - ejemplo de la instalación italiana, ya en 1876, en la Bahía de Assab y por cuenta de la Rubattino. Por otra parte, habría que destacar también el renovado interés por áreas geográficas de ocupación europea, rayanas en la leyenda por su carácter de cuna de la civilización, y directamente potenciado ahora por la fricción creciente. Hay que señalar trabajos como el de Périer, - -

"La cuestión de Egipto..." 1882-83. Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, tomo V. Vid. a propósito J. B. Vilar, "España en Suez, Mar Rojo y Adén durante el siglo XIX", en La Judería de Tetuán y otros ensayos, Murcia, 1969, pp. 161-196.

- (44) Cfr. J. Bécker, España e Inglaterra. Sus relaciones diplomáticas desde las paces de Utrecht, Madrid, 1906, para el priodo que se abre entre la firma de los dos protocolos: el de 11 de marzo de 1877. que reconocía la libertad de comercio y navegación en Jolá, y el de 7 de marzo de 1885, suscrito también por Alemania y -- que admitía la soberanía española en el Archipiélago. En el BILE aparecen, en este lapso de tiempo, artículos como los de G. de Reparaz (31 agosto 1882, nº 133, p. 193) o Víctor Ma Concas (15 marzo 1884, nº 170, p. 67).
- (45) Sobre estos particulares, vid. capítulo VII de este -- mismo trabajo, así como L. Pastor, Opinión pública y política exterior de la Restauración (1875-1885), memoria de licenciatura inédita, Valencia, 1961.
- (46) Vid. BSG, VII, febrero 1880, nº 2, pp. 135-6, con los primeros pasos de la organización.
- (47) Bajo el patronazgo del ayuntamiento madrileño y la protección real, ostentaban la presidencia y vicepresidencia honorarias, respectivamente, Antonio Cánovas del Castillo (ex-presidente entonces del Consejo de Ministros), y Cristóbal Colón de la Cerda (duque de Veragua) Antonio Marcilla de Teruel (duque de Moctezuma y patrono del Colegio de San Ildefonso de Alcalá de Henares), J. Russell (embajador de los Estados Unidos) y Fermín Lasala y Collado (ex-ministro de Fomento y entonces senador), la presidencia efectiva la ostentaba el conde de Toreno, presidente del Congreso de los Diputados y del Consejo Superior de Agricultura, Insutria y Comercio, en premio a su actuación generosa respecto al congreso celebrado en Bruselas tres años atrás (BSG, cit. p. 135). Las vicepresidencias se hallaban en manos del director general de Instrucción Pública, de José de -- Cárdenas (que había desempeñado también aquel cargo), del embajador español en Bélgica (Rafael Merry del Val) y de los directores respectivos de los Museos Naval y Arqueológico (Javier de Salas y A. García Gutiérrez). La tesorería, como en proyectos de índole semejante, se depositó en el Marqués de Urquijo. La Secretaría General quedó confiada a Cesáreo Fernández Duro, entonces vicepresidente de la Geográfica y miembro del Consejo Superior de Agricultura, figurando como secreta--

rios adjuntos Andrés Domec, archivero y miembro de varias sociedades, y los periodistas Alfredo Escobar - - (La Epoca), Manuel González Llana (La Iberia), José Gutiérrez Abascal (El Imparcial), Juan Catalina (El Fénix), José Fernández Bremón (La Ilustración Española y Americana) y Eugenio de Olavarria (La América).

- (48) Otros vocales delegados eran Vicente Barrantes (Inspector General de Instrucción Pública), el diputado Castejar, Francisco Coello, Miguel Colmeiro (decano de Ciencias en la Central y director del Jardín Botánico), -- Fernando Corrádi (ateneísta y propietario), A. M^a Fabiá (Consejero de Estado y diputado), F. González de la Vera (ex-archivero del Ministerio de la Guerra y actual director de la sección de Archivos y del Histórico Nacional), Pedro González Velasco (director del Museo Antropológico), Jacobo de la Pezuela (académico de la Historia y coronel retirado), F. Pi y Margall ("abogado"), Emilio Ruiz de Salazar (catedrático en la Facultad de Ciencias de Madrid y director-propietario de El Magisterio Español) y Vicente Vázquez Queipo (de -- las Reales Academias de Ciencias e Historia), Juan Vilanova y Piera (profesor de Paleontología). Como vocales figuran, --entre una relación más amplia-- Marceliano de Abella, Eduardo Aguirre, Eugenio Alonso Sanjurjo, Andrés Borrego, Cancio Villaamil, Francisco Cañamarque el marqués de Cerralbo, Manuel Foronda, el marqués de la Puensanta del Valle, Manuel María José de Galdó, -- Santiago González Encinas, Vicente González Sierra, R. M^a de Labra, Maldonado Macanaz, J. Pérez de Guzmán, A. Pirala, Juan de Dios Rada y Delgado, Cayetano Rosell, Serafín Uragón, Caledonio del Val, Vicente de Vera, y Manuel Zarco del Valle. Entre los extranjeros, merece consignarse la adscripción --al menos apuntada-- del famoso Virchow. Por último, como "delegados en provincias" aparecen, entre otros: Becerro de Bengoa (en Palencia), Leopoldo Bremón --de El Viajero Ilustrado-- (en Barcelona), Fermín Canella (Oviedo), Julián Casaña -- (Barcelona), Víctor María Concas (Manila), Agustín Domec (Luzón), José M^a Quadrado (Mallorca), Antonio Sánchez Moguel (Zaragoza), Marcelino Saenz de Santuola -- (Santander), M. Scheidnager (Manila) y José Vilanova -- (Valencia). Para una información completa, vid. Congreso Internacional de Americanistas. Cuarta reunión en -- Madrid, del 18 al 22 de septiembre de 1881, bajo la -- protección de S.M. el rey D. Alfonso XII y el patronato del Excmo. Ayuntamiento de la capital de España, Madrid, Imp. de M.G. Hernández, 1881. (El congreso sería retrasado, sin embargo, hasta los días 25-28 del mismo mes).

- (49) Han sido los alemanes, quizá, quienes mayor atención -- reciente han dispensado a estos aspectos. Vid., por --

ejemplo, F. Blanke, "Mission und Kolonialpolitik", en Europa Und der Kolonialismus (Ringvorlesung an der Universität Zürich), 1962, H. Berger, Mission und Kolonialpolitik. Die katholische Mission in Kamerun während der deutschen Kolonialzeit, Friburgo, 1978, y H. Loth, Die Christliche Mission in Südwestafrika, Berlín, 1963 (Del mismo autor: Kolonialismus und Humanitätsintervention, Berlín, 1966). También, R.L. Delaunette, Christianisme et colonialisme, París, 1960.

- (50) Paradigma de posturas evangelizadoras es la obra de C. Bayle, S. J., Expansión misional de España, Barcelona, Labor, 1946 (2ª edición, la primera, en 1936), donde se glosan opiniones ajenas -pero coincidentes- en los siguientes términos: "Cuando los gobiernos liberales, ateos o masones, renunciaron al programa católico: no conquistar, sino evangelizar, invirtiendo los valores, el desorden cundió en las playas magallánicas, se originó el desafecto de los indígenas a la metrópoli y, finalmente, la codicia perdió la más brillante perla de España que la abnegación de sus frailes había ganado" (p. 215).
- (51) Como consecuencia de la encíclica de León XIII el Obispo de Barcelona, con fecha 25 de mayo de 1881, ordenaría la implantación de la Obra de la Propagación de la Fé en todas las parroquias de la diócesis (Cfr. Las Misiones Católicas (Barcelona), I, nº 35, 15.6.81, pp. 1 ss.). Un año de vida llevaba entonces, no obstante, la mencionada revista quincenal, "ilustrada (...), de la Obra de la Propagación de la Fé", que en su nº 25 (II, 15.1.81, p. 1) recapitulaba objetivos: "Cada siglo tiene su fisonomía particular: el presente, que lo es de grandes contrastes, la tiene muy especial y digna de estudio. Por una parte, los pueblos que se llaman civilizados arrojando a Dios y a su Iglesia, a quien todo lo deben, de sus estados, por otra, pueblos bárbaros -recibiendo a ese Dios y a esa Iglesia como un don del cielo. Esta gran lucha se lleva a cabo en todas partes a fuerza de sangre inocente: sangre de creyentes en los pueblos titulados cultos, que no quieren apostatar de su fé, sangre de apóstoles y de confesores en los bárbaros, a donde van a predicar la buena nueva con sus palabras y sus obras (...). Si hasta ahora los españoles hemos figurado casi en último lugar en el número de los pueblos que con noble desinterés contribuyen al fomento y sostén de las misiones católicas, no ha de ser ni será así en lo sucesivo. Tras muchos esfuerzos hemos logrado proporcionar un medio, abrir un camino a la caridad, emprendiendo la publicación de esta revista, y abriendo una suscripción de manera que en ella pueda formar parte así el acaudalado capitalista como el humilde obrero, de tal suerte que al lado de -

los guarismos que representa una cantidad importante - tenga cabida la simple unidad que equivalga a una pequeña cantidad". A finales del primer año -1880-, la suscripción arrojaba un total de 13.024,25 pesetas.

Un índice parcial y relativo, aunque indicativo, de la evangelización en Oriente puede obtenerse de los cuadros estadísticos de administración de sacramentos que publica El Correo Sino-Anamita, o correspondencia de las Misiones del Orden de predicadores en Formosa, China, Tung-King y Filipinas, Manila, 1867 ss. (periodicidad anual).

- (52) BSG, IV, diciembre 1879, nº 12, pp. 361 ss. la contestación -a veces incluso violenta, como en el caso Nozal de este "sistema de colonización, por sectores sociales o individualidades determinadas (y que lógicamente funciona aquí más en virtud de coordenadas ideológicas que económicas), se prolonga con altibajos a lo largo del período de decadencia del dominio español en Filipinas para alcanzar su última y crispada explosión en el 98. Poco antes de la pérdida definitiva, -- criticaba Juan Serrano y Gómez la actitud de las órdenes misioneras durante el conflicto que estaba desarrollándose entonces, tras haber pedido reiteradamente, -- no la "expulsión de los frailes, sino su secularización". "Por nuestra ignorancia y apatía -acusa- cundió la creencia de que los frailes han conquistado aquel archipiélago y que por los frailes se conserva; aceptado esto sin discusión por gobernantes y gobernados, es natural que se siga creyendo que nadie mejor que los frailes podrá concluir y afianzar la conquista". ("Política de España en Mindanao y Joló", en La Administración, febrero-marzo 1898, pp. 569-600). Años antes y -- por el contrario la pluma de la Pardo Bazán había escrito lo siguiente: "Deseosa de que España conserve lo que le resta de su magnífico patrimonio colonial, me inclino bastante a lo que Blumentritt llama "instituciones frailerías", porque me consta que Dominicos y -- Franciscanos mantienen muy encendido en sus corazones aquel fuego patriótico de que dieron tan gallardo muestra cuando los franceses nos invadieron a principios de siglo (...). Si los frailes en Filipinas son, como creo, utilísimos para nuestra patria, vayan allí en -- cantidad, y que se les proteja, y que no se les escatime ni el dinero ni la sanción oficial". ("La España Remota", Nuevo Teatro Crítico, 3, marzo 1891, pp. 77-78). Cfr. También el artículo "Los Dominicos españoles en el Tonkin", en RGC, nº 1 y 2, 30.6.85, pp. 8-10, recogiendo problemas planteados en el Congreso de Geografía analizado más abajo.

- (53) AHN, Ultramar, leg. 5480, Comunicación al Director Ge-

neral de Hacienda del Ministerio de Ultramar (3.3.1876).

- (54) Así por ejemplo M. Becerra, El Imperio Ibérico. Sus grandezas y decadencias, Madrid, A. de San Martín, 1882-83, 3 vols.
- (55) R. Beltrán y Rózpide, Africa en 1881, cit. más arriba. - Para las citas, pp. 3 a 11.
- (56) Vid., para las raíces inmediatas del racismo anglosajón en las esferas científicas, J. L. Peset, Ciencia y marginación (en prensa).
- (57) Cfr. nota 40 de este mismo capítulo.
- (58) J. L. Peset y M. Peset, Lombroso y la escuela positivista italiana, Madrid, CSIC, 1975.
- (59) F. Rahola, Sangre nueva: impresiones de un viaje a América del Sud, Barcelona, 1905, y "Nuestro viaje a América del Sud", Mercurio, 1.2.1901, cit. por R. J. Harrison, - "Catalan bussiness and the Loss of Cuba", 1898-1914, p. 438.
- (60) A. Ortí, "Dictámenes y discursos..." cit.
- (61) Congreso Nacional Mercantil. Noviembre-Diciembre 1881. - Actas, Madrid, Est. Tip. "El porvenir literario", 1882. El ejemplar que hemos manejado, en la Biblioteca Nacional, tenía las páginas sin cortar.
- (62) Ibid., pp. 32-33 (subrayado mío, E.H.S.)
- (63) Ibid., pp. 75-76.
- (64) "Poned, pues, en frente de las vías de comunicación las aduanas, y os parecerá contemplar la luz y la sombra, la verdad y el error. Aquéllas son la voz del progreso, éstas el acento de la reacción, las unas son la actividad y representan la vida, las otras son la quietud y simbolizan la muerte, las primeras rompen las cadenas de la naturaleza para unir a todos los pueblos en el seno de la fraternidad universal, y las segundas abren abismos con el fin de aislar a las naciones: pretensión tan estéril en nuestros días como la del hombre que intentase recoger en su retina, sin deslumbrarse, los rayos de fuego con que baña el astro rey el Universo..." (ibid., p. - - 147).

- (65) " Y si no, - apunta - como motores de las fábricas cuando menos" (p. 153). Sobre los canales de navegación interior como vía articuladora entre la producción de cereales y su exportación al mercado colonial, y su decadencia al socaire de la baja competitividad del cereal castellano, hacia 1870, junto a la competencia del ferrocarril, vid. J. del Moral Ruiz, "Mercado, transportes y gasto público en la España interior : el canal de Castilla, 1759 - 1919", Hacienda Pública Española, 1981, nº 69, pp. 125 ss. Pocos años después de esta fecha que consideramos, en 1885 surgirá en Bruselas, de fuentes esencialmente privadas y de carácter mercantil, la idea de reunirse en Congresos de Navegación internacionales. España no acudirá hasta 1907 (Vid. Souvenirs de Neuf Congrès de Navigation, par F. B. de Mas, (1885 - 1902), Bruselas (1907).)
- (66) " Yo no comprendo por qué - había dicho -, al llevar los productos de España a Cuba o al traer los de Cuba a España haya que pagar derechos arancelarios. Todas las razones que hay en pro del arancel se fundan en la necesidad de defender en ciertos casos y de cierto modo la industria española; y para mí, tan industria española es la que hay en los campos y en las ciudades de Cuba y de las demás provincias ultramarinas, como la que hay en las demás provincias de la Península" (Congreso pp. 160 - 61)
- (67) Ibid ., p. 163.
- (68) Y continuaba: " Hágase, pues, la reforma mercantil con Ultramar, y recíbanse en la Península los productos coloniales, y en las provincias de Ultramar los peninsulares sin pagar derechos, como entiendo que desea el Sr. Rodó, no muy conforme en esto, por cierto, con los proteccionistas azucareros; pero que no se cree un privilegio que hoy no existe; que se conserve la libertad de emplear la bandera de cualquier nación en el comercio entre España y sus provincias ultramarinas " (Ibid ., p. 168)
- (69) Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil celebrado en Madrid los días 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 12 de noviembre de 1883. Actas, tomos I y II, Madrid, Fontanet, 1884. (En adelante, CEGCM; la cita, en t. I, p.5)
- (70) Ibid., p. 44
- (71) " El problema de Africa es el problema por excelencia de nuestro siglo: trabajar en él, es contribuir a la formación de la historia contemporánea " (Ibid, p.52)
- (72) " La doctrina del Sr. Costa, explanada con mucho pormenor y apoyada en gran número de hechos, puede condensarse en estas dos conclusiones: 1ª La raza sajona y la raza española son complementarias: cada una de ellas tiene defectos que encuentran en la otra el necesario correctivo; de las dos necesita la humanidad; y por esto, no ya por impulsos de vanagloria, no ya por sugerencias del patriotismo, - por altos deberes de la humanidad, estamos obligados a fomentar el crecimiento y el desarrollo de nuestra raza. 2ª Por sus excepcionales aptitudes colonizadoras y por la vitalidad de los Estados que ha fundado en América, la raza española (hispanolusitana) está destinada a llevar en lo futuro la alta representación de las familias latinas enfrente de la raza sajona, y tal vez a ser la redentora común de todas ellas." (Ibid, p. 57)
- (73) Ibid , pp. 58 - 59
- (74) Para el discurso de Costa, vid. pág. 65 inclusive.

- (75) En el año de 1881 el comercio de España con Marruecos ha
bía sido como sigue:

<u>Importación</u>	<u>Unidad</u>	<u>Cantidad</u>	<u>Valor</u> (Pts)
Ganado vacuno.....	1	1.727	172.700
Cueros y pieles sin curtir.	Kg.	22.836	38.822
Cereales	Kg.	279.875	55.975
Huevos	12	50.766	25.383
Otros artículos	-	-	43.823
Suma.....			336.703

Exportación

Artículos varios.....	-	-	68.007
-----------------------	---	---	--------

(Los datos son los presentados por Amí, p. 74).

- (76) ACGCM, t. I. p. 97

- (77) CEGCM, I, pp. 115 - 16. Para las negociaciones ^{de} Santa Cruz
vid. cap. II, y apartado 3 de este mismo capítulo, donde
se indica la bibliografía oportuna.

- (78) Ibid. pp. 149 - 150

- (79) Ibid. pp. 139.

- (80) Ibid. pp. 152 - 159 .Hasta el día siguiente no pasarán a v-
tarse las conclusiones de esta primera sesión. De la 1ª a
la 16ª, el acuerdo es unánime. Pero la 17ª (el fomento de
cátedras y publicaciones en lengua árabe, financiadas desde
Canarias), viene a sufrir una puntualización: Felipe Pérez
del Toro solicita que se amplíe dicha condición, haciendo
obligatoria la enseñanza del árabe en las escuelas de comer-
cio. Balbín de Unquera solicita la extensión de dicha len-
gua a las academias militares. Así lo aprobará el Congreso
sin dificultad (pp. 224 - 8).

- (81) Ibid., pp. 186

- (82) Explica Víctor Abargues:

" Yo no hice la expedición con el fin de descubrir nuevas
tierras, ni lagos inmensos, ni tampoco fui con el pretencio
so nombre de civilizador, que en verdad es bastante equív-
co, pues se ha tomado casi siempre para encubrir el verda-
dero propósito del viajero. Mi misión era, según la indica-
ción que la Junta Directiva de aquella me hizo, estudiar ;
quelloos países bajo el punto de vista comercial, conocer
sus productos, la calidad, cantidad y el precio y los medios
de comunicación más fáciles; qué relaciones España podría
trabrar sin excitar el recelo de otras naciones, y qué prove-
cho obtendría nuestra industria y comercio; misión que no
me ha sido tan difícil como podéis creer, conociendo ya a-
gunos de los países...." (Ibid. , p.187)

- (83) Ello a pesar de hacer pública la constitución en curso de
una Agencia Hispano - Árábica - Africana, con capital cati-

- lán, destinada a emplearse a fondo en el tráfico entre España y Egipto, tráfico que hasta ahora se halla por completo en mares extranjeros. Los vapores españoles a Filipinas que, casi sin excep-
ción, hacen escala en Suez, resultan así desprovechados. (pp.189 - 191).

- (84) Vid. pp. 202 - 221. Entre las intervenciones mencionadas, se intercala una línea de exaltación y defensa de viajeros y exploradores escasamente mencionados en los discursos, o incluso ignorados. Así, Mariano de la Paz Graells, quien da cuenta de las observaciones, inéditas, del médico ya fa-
-llecido Marcelino Andrés; o Guillermo Rieman y el propio Molero, que hacen mención separada del vasco Iradier, ausen-
te del Congreso por enfermedad. Recuerda también el viajero alemán unos aplazados proyectos conjuntos con Fernández Du-
ro y M. Osorio, que habían sido expuestos a León y Castillo a su paso por el ministerio de Ultramar, y en los que pare-
ció aquél interesarse por su condición de canario. Ello es destacado aquí para " recordar y probar a Sus Señorías que en España existen personas que darían su sangre para reali-
zar este proyecto, cual es el de que vaya expedición al A-
frica " (pp. 222)
- (85) CEGCM, I, pp. 230- 232
- (86) Ibid. pp. 246 - 250
- (87) Ibid. pp. 334 - 339
- (88) CEGCM, II, pp. 42 - 43
- (89) CEGCM, I, pp. 275 - 276
- (90) " No historias viejas, que nos han mostrado errores y desas-
tres; no cánticos a los héroes, ni censuras a los poderosos intransigentes, escatimadores de libertades humanas, son las que han de resolver el gran problema de las sociedades presentes, sino hechos tan prácticos como práctica es la vi-
da, soluciones tan lógicas como lógico es pedir el bienes-
tar para la humanidad" (Ibid., pp. 315 - 316)
- (91) Ibid., pp. 308 - 313
- (92) Por esto es hoy tan crítica la situación en que se encuen-
tran las islas de Cuba y Puerto Rico, principalmente la pri-
mera. No es lo más temible que allí estén siempre pendientes amenazas en orden político: lo más grave y trascendental es que hay allí una perturbación honda, profunda, que arranca de las entrañas mismas del pueblo productor cubano y puertorri-
queño (.....) Lo que se necesita allí, como en otras partes es rebajar muchísimo los derechos de aduanas para facilitar el comercio, y desde el punto de vista tributario, rebajar-
los hasta el punto de que se llegue al máximo de rendimien-
to, combinado con el máximo de consumo, porque cuando se li-
mita el consumo por la exageración de los derechos que ele-
van los precios, lo que se hace es reducir el merc do, limi-
tar, la esfera de acción de los consumidores, y cuando se li-
mita la esfera de acción de los consumidores, entonces lo que se hace es perjudicar la misma renta que se trata de fa-
vorecer contra la elevación de los derechos " (Ibid., pp. 293 -94).
- (93) " En Cuba, no hay inmigración; y la que se procura es una inmigración poco conveniente a la civilización y porvenir de la raza española en aquellas islas, lá de las razas asiáticas y africana, cuando Cuba necesita una gran inmigra-
ción de raza blanca de todas las naciones de Europa, espe-
cialmente, si esto fuera posible, de España y Portugal. Pero, ¿ qué inmigración de España es la que acude, si las

costas de Cuba y Puerto Rico están sobradamente pobladas? Pues acude una inmigración pasajera, temporera, si así puede decirse, que se dedica principalmente al comercio, que trabaja indudablemente y obtiene grandes resultados, porque la raza española es raza que sabe colonizar cuando se propone colonizar, es raza que sabe trabajar cuando se dedica con fé al trabajo, y en la isla de Cuba se dedica con fé al trabajo y obtiene grandes resultados. Pero no es el trabajo agrícola aquél a que ordinariamente se dedican los inmigrantes españoles, es el trabajo industrial, es el comercio, por mejor decir, y lo que necesita la isla de Cuba son inmigrantes labradores que se dediquen al cultivo de los campos " (295 - 96).

(94) pp. 276 - 280. Ibid.

(95) Ibid.,. p. 290.

(Cont.).....

- (96) Ibid., p. 333. Y concluye: "¡Ah señores! Fatales son - las leyes de la historia, pero sobre la fatalidad de - la historia hay algo: la voluntad y la energía de los hombres. Las leyes están ahí claras, pero sobre esas - leyes está nuestro esfuerzo; y como que todas las mal- dades y errores pueden aún corregirse con lo que salga de este Congreso que es un cuerpo científico, ruego a los poderes públicos que amparen con sus leyes, con su prestigio y resoluciones, a aquellas Antillas, gloria de nuestro pasado, y que pueden constituir para España el fundamento de un más glorioso porvenir", (p.334).
- (97) Ibid., p. 346: "España en este asunto duerme el sueño de los justos. Consta en las geografías que nos perte- necen las Marianas y Carolinas, pero se pasan años y - más años sin que la Gaceta ni la prensa nos acuse la - vida activa o social de aquellos abandonados isleños, cuyo estado es a corta diferencia el mismo que cuando eran visitados por las ricas carabelas de Acapulco".
- (98) Ibid. p. 353: "He aquí quizás la razón poderosa de por qué conservamos con tan pocas fuerzas y con tan pocos elementos, y a pesar de los abusos de nuestra adminis- tración las islas Filipinas".
- (99) Ibid., p. 364.
- (100) CEGCM, II, p. 24.
- (101) CEGCM, I, pp. 389-391.
- (102) Ibid., p. 401.
- (103) Ibid., p. 408.
- (104) CEGCM, II, p. 14.
- (105) CEGCM, I, p. 405.
- (106) "Señores, las misiones tienen que cumplir su cometido, cual es el de seguir la doctrina de su divino maestro, cuyo reino dice que no es de este mundo. De esta suer- te, las misiones catequizan, conquistan almas para el cielo, pero no se cuidan del progreso material que es el espíritu, que es el alma de los pueblos en el con- cierto de la civilización. Esto es lo que sucede en el archipiélago filipino, y ésta es la causa del atraso - en que hoy por hoy se encuentra". (Ibid. p. 414).
- (107) "¡Qué faltan escuelas en Filipinas!. Pues ¿y la Univer- sidad de Santo Tomás, y la de medicina y la de matro- nas, que se abrió recientemente, y la Escuela normal - de maestros?. ¿Qué falta allí?. Una Escuela de Artes y Oficios como aquí; y después de todo, no es posible -- que pidan más de lo que tenemos en la metrópoli". (CEG CM, II, p. 29).
- (108) Ibid., pp. 29-38.
- (109) Ibid., pp. 50-52.

- (110) Ibid., pp. 55-56.
- (111) "Los fines de la colonización son: 1º Hacer partícipes a los pueblos incultos o salvajes de los beneficios de la civilización, ahorrándoles el tiempo y los ensayos que han costado a los pueblos directores. 2º Hacer entrar a esos pueblos atrasados, sin quitarles su toque original, en el concierto de las gentes que constituyen el mundo culto y que representa todo pueblo colonizador". (Ibid., p. 63).
- (112) "En estos instantes... hay como un avivamiento en todo el mundo antiguo o culto respecto a las ideas de la colonización. Ellas son ahora la materia de casi todas las conversaciones (...), y aquí, en nuestra misma patria, por este amor que toma viveza en este instante - respecto al litoral de Africa, vuelve a plantearse el problema de la colonización, no de la manera especialísima, bajo el punto de vista del sentido histórico, en que se planteó la de nuestras posesiones de las provincias de Ultramar, sino de una manera análoga a como podría presentarse cuando se tratara de colonizar pueblos verdaderamente nuevos o salvajes. Si yo hubiera de dar alguna fórmula (...) me permitiría recordar - nuestras Leyes de Indias". (Ibid., pp. 57-58).
- (113) Ibid., p. 63.
- (114) Vid. A. Gil Novales, "Abolicionismo y librecambio. (La bra y la política colonial española en la segunda mitad del siglo XIX)", Revista de Occidente, febrero - 1968, VI, nº 59, pp. 154-181.
- (115) CEGCM, II, p. 68.
- (116) "Por este procedimiento (...) no solamente obtendremos el aumento de la riqueza nacido de la facilidad en las comunicaciones, del riego de los terrenos, la multiplicación de los productos, etc., sino que lograremos que la población, que está agrupada en las poblaciones grandes, se extienda por España entera, formando la población rural tan deseada; y que esa población se multiplique de una manera incomparable...". (Ibid. pp. 82-83).
- (117) Ibid., p. 128.
- (118) Ibid., pp. 115 y 132.
- (119) Ibid., pp. 102-109. En apoyo de la libertad de emigración puede verse también la intervención de M. Sanz y Benito. (pp. 115-121).
- (120) Ibid. pp. 126-27. Para el discurso de Abarques que provocara tan rotunda respuesta, ibid. pp. 94 ss.
- (121) CEGCM, II, pp. 139 ss. para las conclusiones. El discurso íntegro fué publicado entonces en el mismo tomo como apéndice III (pp. 292 ss.), y tiempo después -por

Tomás Costa- como La marina española y la cuestión de la escuadra, Obras Completas (Biblioteca Costa), tomo V, Madrid, 1913.

- (122) "Las colonias constituyen una de tantas condiciones favorables al progreso de la marina; pero la marina constituye una condición esencial para la existencia de -- las colonias". (CEGCM, II, p. 292).
- (123) Vid. a propósito, siempre limitados al área madrileña, A. Bahamonde y J. Toro, Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX, Madrid, Siglo XXI, 1979; J. Toro, "Burguesía y propiedad inmobiliaria en la Restauración", Estudios sobre Historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara), vol. I, pp. 191 ss. (1981), y A. Bahamonde, "Tipología del burgués de negocios en el Madrid de mediados del siglo XIX", ibid., - pp. 179 ss.
- (124) CEGCM, II, pp. 302-303.
- (125) "Poniendo en explotación las pesquerías canarias que - España posee como quien dice a las puertas de su casa, podrían ocuparse algunos centenares de buques de 40 a 50 toneladas en la recolección, y muchísimos otros en el transporte, cuyo monopolio ejercerían en España, como comercio de cabotaje, desenvolviendo en gran escala el comercio de pescado, así fresco como salado, ofreciéndolo de mejor calidad y un 50 por 100 más barato - que el extranjero, prestando un servicio eminentísimo a la población española, doliente de anemia por la carestía de los alimentos, y abasteciendo abundantemente y con gran provecho suyo, los mercados de Portugal, -- Italia, Francia, Senegal y Argelia. Ya que los vascongados no supieron buscar en ese mar de Berbería una -- compensación a la pérdida de Terranova, los catalanes, andaluces y levantinos debieron haberla buscado ahora a la pérdida de otras carreras por las cuales suspiran todavía, pero que no volverán más. Lejos de eso, han - preferido construir grandes embarcaciones para que hicieran oficio de pequeñas en las carreras y transportes consuetudinarios, dejando en punible abandono dichas pesquerías y creándonos el peligro de que un día nos sorprenda la noticia de que las han tomado en usufructo por propia autoridad, como bienes nullius e inocupados, los ingleses, los franceses o los americanos, cansados de sufrir las nieblas y las borrascas de Terranova". (Ibid., p. 304).
- (126) Ibid. p. 308).
- (127) CEGCM, II, apéndice V: "La hipoteca naval", pp. 365-68.
- (128) Y, así, continúa, "se ha visto a los navieros y consignatarios instar la celebración de tratados de comercio con diversas naciones, y reclamar el establecimiento - del cabotaje entre las Antillas españolas y su metrópo

li, no solo para los buques, sino también para los cargamentos, reduciendo gradualmente, hasta desaparecer - del todo, los derechos arancelarios que pesan sobre el café de Puerto-Rico y sobre el aguardiente y azúcar de Cuba, a fin de no tener que retornar en lastre o a media carga". (CEGM, II, p. 316).

(Cont.)

- (129) Ibid . pp. 323 - 24
- (130) Ibid . pp. 324 - 326 (Los subrayados son mós: E.H.S)
- (131) Ibid . pp. 330
- (132) Ibid . pp. 345 - 46
- (133) Ibid . pp. 141
- (134) Puede verse a propósito J. Ricart Giralt, El siglo de oro de la marina velera catalana, Barcelona, 1924, y. E. Roig, La marina catalana del Vuitcent, Barcelona, 1929, además de F. Barreda, La flota comercial santanderina desde 1800 a 1870, Santander, 1932. También , capítulo XI 2, de este trabajo.
- (135) Una nota al pie de página advierte al lector: " Al imprimirse este tomo, la flota del señor marqués de Cam po pasa a ser propiedad de la Compañía Trasatlántica, la cual aumenta además la suya con otros dos vapores (." Cataluña " y " Ciudad de Santander ") de 3.700 toneladas y 800 caballos de fuerza " (CEGCM, II; 1884, p. 144)
- (136) Ibid . pp. 149
- (137) Ibid . pp. 160
- (138) Joaquín Oliván, por ejemplo, presentó una proposición incidental acerca de los españoles en América del Sur que es interrumpida por el presidente.
- (139) CEGCM, II, pp. 184
- (140) Ibid . pp. 198
- (141) Por último, " La marina de guerra y la mercante tienen idénticos intereses que fomentar, y en vez de divorciar se, unos y otros se completan. (...) Pero es justo que llegue al día en que la marina mercante sea consultada; que si lo hubiese sido, quizás no habría llegado al estado de decadencia en que hoy se encuentra (...) Será una grave falta nacional si no se levantan y si no se evita que la una caiga a ser una marina de cañoneros y no recobre el rango y la importancia que los intereses de la patria y su abolengo reclaman, y que la otra se convierta en marina de pescadores en vez de serlo de navegantes " (Ibid . pp. 192 - 3)
- (142) " En Argel hay pueblos enteros de mallorquines y menor quines que representan allí la parte más sana y más inteligente del elemento español; casi todo el comercio de España con Argel lo hacen las Baleares; en Marruecos las únicas casas de comercio que preponderan sobre las extranjeras son las mallorquinas, y de Mallorca son las

naves que con más frecuencia visitan los puertos del imperio marroquí " (Ibid . pp. 205)

- (143) Ibid . pp. 211
- (144) Ibid . pp. 225 - 26
- (145) Ibid . pp. 233
- (146) Ibid . pp. 246 - 254. Las correcciones posteriores al discurso , en Problemas contemporáneos, II, pp. 459ss. Pueden verse también los comentarios de Reparez, pág.103.
- (147) CEGCM, I, pp.223, para la propuesta, y II, pp.255 para la votación.
- (148) Vid. especialmente Memoria sobre las causas de la actual decadencia de la provincia de Canarias y medios para evitar su ruina, La Laguna, 1880; Informe a la muy ilustre Sociedad de Amigos del País de Las Palmas y a los propietarios de la ciudad de Guía en Gran Canaria. El cultivo de la caña dulce y la industria azucarera. Las Palmas, 1881, y L. Lapuyade, Informe sobre el estado de la agricultura en la provincia de Canarias Santa Cruz de Tenerife, 1882.
Tiene gran valor, en este sentido, las palabras del canario Juan Alvarado en el Congreso de Geografía de 1883 " Hasta hace poco, la industria pesquera, en medio del atra o en que se encontraba por falta de recursos y de inteligencias que supieran colocarla a la altura de los adelantos modernos, atravesaba una situación próspera y desahogada, participando de la riqueza de que disfrutaban las Canarias, merced al cultivo de la grana: daba este cultivo ocupación durante todo el año a gran número de trabajadores que consumían grandes cantidades de pescado. Hoy, menospreciada la grana en los mercados de Europa, la industria pesquera se encuentra en crítica situación. Los trabajadores de Canarias han abandonado aquellas tierras en masas considerables, y la industria pesquera, falta de consumidores, tiene muchas veces que arrojar al agua el pescado casi en completa putrefacción" (CEGCM, Actas ,I, p. 173).
- (149) V. Morales Llexcano, " Inversiones inglesas en Canarias durante el siglo XIX ", Moneda y Crédito, 118, septiembre 1971, pp. 101 ss. (especialmente, pp. 112-13).
Vid. además, Exposición al Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros elevada por los vecinos de Santa Cruz de Tenerife, capital de la provincia de Canarias, reclamando contra el R. D. de 26 de agosto último relativo

a la escala en esta provincia de los correos de Ultramar, Santa Cruz, 1881; Exposición (....) de Las Palmas, en apoyo del R.D. de 26 de agosto (....), Las Palmas, 1881; Exposición - que el comercio establecido en esta capital tiene dirigida al Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros reclamando contra el R.D. de 26 de agosto de 1881 y pidiendo para el puerto de Santa Cruz de Tenerife la escala de los vapores correos de las Antillas, Santa Cruz, 1881; P. Ramírez, La escala de los vapores correos de las Antillas en las Islas Canarias. Defensa de la exposición de los vapores de Santa Cruz de Tenerife, capital de la provincia, pidiendo que se establezca en su puerto, Santa Cruz, 1882, y Recopilación de los diferentes artículos publicados en pro y en contra del proyecto de una línea de vapores entre las islas Canarias y ésta, hecha por varios isleños, como interesados en su realización, La Habana, 1885.

- (150) The flooding of the Sahara, Londres, 1877. A propósito, J. L. Miège, Le Maroc et l'Europe, III, pp.299ss
- (151) J. Bécker, España y Marruecos. Sus relaciones diplomáticas durante el siglo XIX, Madrid, Portanet, 1982, pp. 155 ss.
- (152) C. Fernández Duro, Exploración de una parte de la costa N.O. de Africa en busca de Santa Cruz de Mar Pequeña, conferencia en la SCM (separata), Madrid, 1878, y sobre ello, E. Barbudo, " El capitán de navío Fernández Duro, explorador de la costa N.O. de Africa " Archivos del Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1947, I, pp. 67-81. Cesáreo Fernández Duro, que fuera durante un tiempo vocal secretario de la comisión permanente de pesca, era también experto en estos temas; vid. acerca de ello Estudios sobre la pesca con el arte denominado parejas del bou y reglamento para su régimen, presentados a la comisión permanente de pesca por (....) Aprobado por R. O. de 9 de diciembre de 1865, Madrid, 1866; Exposiciones internacionales de pesca y agricultura de Arcachon y Boulogne - sur-Mer (....) Memoria presentada al Excmo. Sr. Ministro de Marina por los vocales de la comisión permanente de pesca D. Mariano de la Paz Graells y D. Cesáreo Fernández, Madrid, 1867. Posterior es su trabajo Informe acerca del arte llamado Encesa. Memoria sobre la industria y legislación de pesca que comprende desde el año 1879 al 1884, Madrid, 1885.

- (153) P. Alcalá Galiano, Memoria sobre la situación de Santa Cruz de Mar Pequeña en la costa N.O. de Africa, Maárid, 1878.
- (154) Vid. J.B. Vilar, España en Argelia ... cit. pp:81 ss y las críticas al enfrentamiento que hiciera José Ricart en 1883 (CEGCM, I, pp. 139 - 40)
- (155) J. Ubeda y Correal, Memoria de la Sociedad Económica matritense desde 1876 a 1912, Madrid, R. Velasco Impresor, 1914, pp. 32 ss.
- (156) Sobre relaciones entre liberalismo, en un sentido amplio, y anticontagionismo, vid . las hipótesis de J.L. y M. Peset en " Epidemias y Sociedad en la España del Antiguo Régimen ", Estudios de Historia Social, 4, 1987 (enero - marzo), pp. 7 ss.
- (157) J. Ubeda, Memoriacit., p. 34
- (158) " 1ª En cuanto a la protección que para los pescadores canarios piden las Sociedades Económicas de aquellas islas, España debe exigirla al Sultán de Marruecos dentro de la costa comprendida hasta Cabo Nun ó mejor hasta el río Dráa.No así, por desgracia, desde este punto hasta Cabo Blanco ó Arguin, donde no tiene soberanía el Sultán, por lo que corresponde mandar inmediatamente un crucero de guerra que proteja los intereses españoles en aquellos sitios que designen personas competentes.
- 2ª. El Gobierno debe reclamar enérgicamente, y desde luego, el cumplimiento del tratado de 1860; pero si , por altas razones este cumplimiento no fuera posible importaría permutar el derecho a una pesquería en Santa Cruz de Mar Pequeña por la equivalencia que a España conviniere, bien en Cabo del Agua, bien en territorio inmediato a Santa Cruz de Agadir, ya de otra suerte que deje a salvo la dignidad y los intereses nacionales.
- 3ª . Sería muy útil establecer en Arguin, en Puerto Camacho, ó donde más convenga, una pesquería y aún una factoría que diese facilidades del comercio que se dirige hoy á Mogador.
- 4ª El Gobierno debe subvencionar durante cuatro años con 100.000 pesetas anuales a la empresa que se proponga realizar tan ventajoso establecimiento.
- 5ª. Sería altamente eficaz, para el mayor desarrollo del comercio en las costas fronteras al Archipiélago

canario, un lazareto en las islas que evite las trabas que en torpecen ahora dichas relaciones comerciales " (Ibid p. 35)

(159)

(160) El tabaco canario y las pesquerías en Africa. Apuntes acerca de la Geografía, Historia, Agricultura, Industria, Comercio, Estadística, y Administración de la provincia de Canarias, por Felipe Pérez del Toro, Madrid Imp. y Lit. de la Guirnalda, 1881.

(161) F. Pérez del Toro, Ibid . p.14 (nota 1). Insiste en ello varias veces, p. ejemplo en la p. 175: " Entre nosotros no ha privado hasta hoy más que el negocio rápido y sin riesgos, de inmediata y exorbitante ganancia, de esos, en suma, que enriquecen de la noche a la mañana ". La crítica a la especulación, siempre en términos abstractos, subyace a lo largo de todo el trabajo.

(162) Ibid . p. 175

(163) F. Rubio, " Pesquerías Canario-Africanas ", RGC, II, n. 25 - 30, julio- septiembre 1886, pp. 49 ss.

(164) Agradezco a Julián Toro la comprobación de estos datos en el Registro general de escrituras de comercio. Gob. prov. de Madrid. Sección de Comercio, libro IV, 1881.

(165) F. Pérez del Toro, El tabaco..... cit...p. 176

(166) Lo explicaba así : " La cualidad de hallarse la Graciosa más próxima que ninguna otra isla a la costa de Africa, resulta ilusoria si se tiene en cuenta que las pesquerías se extienden hasta Cabo Blanco y aún más al sur, como que haya que remontarlo para llegar al banco de Arguin, que también frecuentan los barquitos canarios. De modo que desde este punto de vista no hay más que echar una rápida ojeada sobre la carta para comprender que mejor situadas que la Graciosa están Lanzarote, Fuerteventura y Gran Canaria que ocupa el centro del Archipiélago; y como de entre éstas la que verdaderamente tiene importancia de agua es Gran Canaria, creemos que más que otra alguna reúne condiciones para el planteamiento en grande escala de edificios industriales" (Ibid. p. 178).

(167) Concluye, sin embargo, dándose por contento con el despertar del letargo que la iniciativa supone: " Al fin lo importante es que despierte la iniciativa particular respecto de esa riquísima industria de gran porve-

-nir para todas las islas Canarias. Que las pesquerías (...) pueden igualar y aún exceder a las más ricas y renombradas del globo, es materia que no ofrece duda alguna; y ya sea la asociación libre y activa en busca de seguros rendimientos para el capital y el trabajo, ya por medio de decidida y eficaz protección de los gobiernos de la metrópoli, aquella fuente de riqueza adquirirá tarde o temprano el fabuloso desarrollo de que es capaz " (Ibid . pp. 183 - 84)

(168) En concreto, según relató Federico Rubio años después encargó Silva 2 vapores, 3 dandis, 1 bergantin y 11 lanchas pescadoras. (" Pesquerías ... cit. p. 49).

(169) Vid . La Copia del cálculo formado por la Compañía Anglo-Americana que ofreció 20 millones de reales por el usufructo de la isla Graciosa para el establecimiento de pesquerías, (s.f.) que reproduce G.M. en Pesquerías de Canarias, y que reproducimos aquí como apéndice nº 9.

(170) El activo se distribuye como sigue:

. Accionistas	344.800 pesos fuertes
. Caja	90.241,77
. Concesión	100.000
. Fianza Gubernativa	2.000
. Material de explotación.....	40.193,67
. Edificios	14.082,59
. Provisiones de factoría.....	4.619,24
. Elementos de preparación.....	11.736,34
. Mobiliario	2.269
. Material flotante.....	246.929,88
. Deudores varios	58.871,24
. Combustible	5.548,44
. Entretenimiento de la flota...	25.209,90
. Gastos Diversos.....	<u>55.790,05</u>
	1.002.292,12 pesos fuertes

El balance aparece firmado por el tesorero, Vicente Sánchez Comendador; el contador, Hipólito Finat, y el tenedor de libros, J.Castafios. (Gaceta de Madrid, 11 febrero 1882, nº 42, p. 563).

(171) Para el tercer plazo, cfr. Gaceta de 12 de mayo de 1882 nº 132, pp 441 - 42, con el aviso suscrito por el secretario Barón del Castillo. Para el quinto, Gaceta de 12 de diciembre 1882, nº 346, p. 681; era entonces secretario Antonio Martínez Villino.

- (171 bis) VID . a propósito la discusión en la Sociedad Económica Matritense de la petición que le remitió la de Las Palmas, para que apoyase la exposición elevada por ésta al gobierno respecto al territorio de la costa africana que correspondía a España por el tratado de Wad - Ras (J. Ubeda, Memoria de la Sociedad Económica cit ..p.47).
- (172) G. M., Pesquerías de Canarias, Madrid, Imprenta M. Tello, 1882. La cita en pág.5 .
- (173) Ibid., p. 9
- (174) " Hay que tener en cuenta - opina - que la influencia constante de las misiones, hábilmente dirigida, puede canbiar con el tiempo este orden de cosas, sobre todo, si contando con los recursos necesarios, llegan a establecer los hospitales, escuelas elementales de agricultura o de mecánica, etc. etc. donde, tranquila la conciencia del moro, respecto a la cuestión religiosa, vaya recibiendo lentamente las ideas, los beneficios y hasta las máximas de la civilización cristiana que , inculcadas en la infancia han de establecer forzosamente gran diferencia de costumbres en cada generación sucesiva. La multiplicación de estas misiones y el aumento de sus relaciones con los ma-roquíes, pueden constituir el medio más seguro para el establecimiento de nuestras relaciones comerciales. Los cerales, comestibles, talas o utensilios, que el marroquí rechaza del comerciante desconocido que llega a sus costas, y a quien considera como un enemigo que su ley le autoriza a despojar, los aceptaría con gusto y hasta con gratitud, del misionero ya establecido en su país, y de quien no desconfía, porque de él ha recibido numerosos beneficios. Si nuestros presidios de Africa tuviesen grandes almacenes y depósitos, que los misioneros no pueden tratar de establecer sin gravísimo peligro, fácil sería a éstos mantener la corriente comercial, según las exigencias del consumo, sin excitar la desconfianza de los moros, y sin llamar la atención de los europeos, que aspiran a conseguir el mismo resultado que nosotros. Si los fabricantes cata-lanes no pueden competir hoy con los ingleses en los teji-dos de algodón, que forman la base de la exportación británica en Marruecos, es posible que, establecidas las pesquerías y la línea de vapores, encontrando giro, crédito y facilidades para su comercio, se resolviera por este medio una de las más importantes de la industria española "
- (Ibid ., pp. 11 - 12)

- (175) Ibid., pp. 16 - 17.
- (176) "....la pesca en estos bancos exteriores de la zona de Río de Oro tiene, en general, que verificarse al cordel, no siendo la mayoría de las redes a propósito para pescar con ellas en esos fondos de mariscos donde se inutilizan y desgarran. Pero conviene advertir, por el contrario que , en el interior de este puerto, en el ancha abra de su boca y en los alrededores de la Península que constituye este mismo puerto, ocurre exactamente lo contrario, abundando extraordinariamente el pescado en sus fondos, y siendo éstos eminentemente a propósito para el empleo de redes fijas y otras de las que se emplean en las rías ". (CEGCM, I, pp. 117 - 118).
- (177) " Si tanta fuera la abundancia y buena calidad de la pesca, me parece que los mismos ingleses que han establecido una factoría en cabo Yuby, trabando relaciones comerciales con los indígenas, también hubieran establecido pesquerías, pues sabido tenemos que ellos no gastan nuestros escrúpulos en pedir permisos, cuando buenamente pueden tomarlos " (Ibid , p.147)
- (178) Ibid p. 126
- (179) Ibid p. 127 - 128
- (180) " Situados nuestros bancos a las puertas de Europa, en lugares de donde puede venir y viene en efecto hasta fresco hasta el pescado, gracias a los progresos científicos que la industria utiliza, el bacalao canario monopolizará, andando los años, los mercados de Portugal, España e Italia, que son precisamente las naciones que más consumo hacen de este artículo, porque a los económicos gastos de conducción se agrega la baratura en la mano de obra, que tanto importa en ésta como en toda las industrias, y que en el presente caso influirá notablemente en muchísimos ramos de los productos de la pesca..." (CEGCM, I , p. 164)
- (181) " El jornal de uno de estos braceros fluctúa entre 3 y 5 reales y con él se mantiene una familia entera, por punto general bien numerosa (....) Entre aquellos proletarios resplandece la dulzura, la pureza de costumbres, profundo respeto al principio de autoridad, completa ausencia de la taberna, de la prostitución y del juego, horror a los motines y sublevaciones que son en Canarias fruta desconocida, como desconocidas son también esas corrientes socialistas que acá por el continente traen agitados los espíritus, y que si Dios y la cordura de los hombres no lo remedian, volverán a dar días de luto y desolación a los pueblos europeos." (Ibid.p,165)

- (182) F. Rubio, " Pesquerías " cit,.... p. 50
- (183) Ibid ... p.51
- (184) Vid ... capítulo IX , apartado 3
- (185) Vid entre otros G. Rodríguez, " La idea y el movimiento antiesclavista en España durante el siglo XIX ", en La España del siglo XIX, conferencias pronunciadas en el Ateneo de Madrid, 1886 - 87, pp. , y A. Gil Novales, " Abolicionismo y librecambio", Revista de Occidente, febrero 1968, pp. 154 ss.
- (186) RGC,II, 15.4.87,nº 35, p. 226: " Crónica. Excitación a la Sociedad Abolicionista Española " por J.C.
- (187) En " El puerto de Ifní " (BILE, VII,nº 143 , 1883 , pp.26-27) se pronuncia Costa con claridad e ira contra las disputas habidas en el seno de la Geográfica madrileña, demorada en disputas entre " ifnístas " y " xibiquistas ", en tanto que Inglaterra, " que se paga poco de problemas como éste, de interés puramente académico ", no se descuida un segundo en la ocupación de territorios. La conclusión es muy propia del Costa de 1883 : " Es una cuestión en la que tienen razón todos: así los que optan por Ifní como los que prefieren a Puerto Cansado, Xibica o Draa. El gobierno debiera ocupar todos esos puntos y demás ocupables de aquella costa: el primero, oficial y militarmente; los demás, por los métodos indirectos de Inglaterra..." (p, 27)
- Contra la inactividad y el desánimo de los gobiernos españoles se congratula, en cambio, de la persistencia portuguesa en sus posiciones y proyectos: " Menos mal que no prosperan los proyectos de abandono total - escribe a propósito de la factoría de Ajudá - que algunos pesimistas han aventurado, (....) Hoy que las naciones europeas se apresuran a ocupar las naciones todavía no ocupadas del planeta, a punto de que no es difícil prever que, antes de una generación no quedará ya parte alguna donde no ondee una u otra de las banderas civilizadas, debemos felicitarnos los españoles de esa heroica obstinación con que Portugal procura conservar esos últimos girones de su antiguo imperio colonial, que serán las puertas por donde ha de penetrar hasta el corazón de África y asegurar su futura preponderancia, enfrente de las razas sajona y eslava, la raza española " (BILE, VII,1.2.83 nº 143, pp. 27 - 28).
- (188) Cheyne cita su discurso en el Meeting abolicionista celebrado en el teatro de la Alhambra la noche del 4 de junio de

1882, del que existe un ejemplar en la caja 104 del AHN (Diversos). También se conserva el manuscrito, en la carpeta titulada "El patronato de Cuba (La emigración, la guerra, la indemnización)", de la misma caja (A bibliographical....ficha 534, p.111). El propio Costa, en una relación de su puño y letra que se conserva en la caja 112, cita otros dos discursos, para los años de 1884 y 85, que Cheyne (fichas 542 y 548), no ha sido capaz de localizar. Sin embargo, el discurso más conocido es el de 1883, publicado en extracto por El Abolicionista y más ampliamente en BILE, VII, 15.12.1883, nº164, pp.362 - 64, dentro de la sección " Política Colonial ", y tras un artículo de J.R. de Betancourt, " Orígenes españoles del régimen autonómico ". El discurso había sido pronunciado el 7 de diciembre anterior.

(189) BILE, loc. cit., pp. 362 - 63

(190) Vid., p.e. BILE, VIII, 15.6.1884, nº176, pp. 165 - 68, " España en el Golfo de Guinea ".

(191) BILE, VII, cit. nota 188, p. 364.

129

(2ª parte)

CAPITULO V

PLASMACION DE UN PROYECTO: ESPAÑA
EN AFRICA

CAPITULO V.

LA PLASMACION DE UN PROYECTO: ESPAÑA EN AFRICA

Si no una "honda impresión", como pretendiera meses más tarde Rafael Torres Campos ante sus consocios de la Geográfica madrileña, bien es verdad que las repercusiones del Congreso español en la epidermis social española se dejaron sentir, con alboroto y sin tardanza. El Archive Diplomático y El Liberal, entre la prensa madrileña, van a dar cuenta cumplida con especial fervor del desarrollo de las sesiones que se estaban celebrando en la Universidad Central (1), por considerar que responde a "un programa bastante preciso de las aspiraciones coloniales de la opinión pública en España". El cotidiano demócrata, sin embargo, se había mostrado un tanto escéptico, un mes atrás, ante la imposibilidad material de tratar en profundidad temas tan amplios y tan diversos, en tan corto espacio de tiempo, y volviera a insistir en sus apreciaciones cuando, pasada la brillante intervención de Costa, se convirtiera el Congreso en escenario de opiniones antagónicas y de opciones ideológicas encontradas.

Su trascendencia a medio plazo quedó plasmada en el puñado de asociaciones (producto del ejemplo del núcleo madrileño) que en breve compás siembran la geografía española: Granada, Barcelona y Sevilla -esta última dos años más tarde- contarán con sus círculos de activistas organizados. La Unión Hispano-Mauritana, granadina, potenciaba y reconstruía de nuevo el decaído grupo de "La Estrella de Occidente", manteniendo desde el principio una estrecha conexión con la Sociedad de Africanistas madrileña, si bien bajo la primacía en aquélla de objetivos culturales: la "fraternal amistad" entre los pueblos y un buen acopio bibliográfico sobre relaciones hispano-marroquíes. Los terremotos de finales de 1.884 harían cesar una actividad sólo reemprendida en 1.890, cuando el soplo africanista había ya dejado de actuar con pujanza sobre los hombres de Madrid (2).

Carácter eminentemente mercantil tenía por el contrario

la Sociedad de Geografía Comercial de Barcelona, fundada "con el patriótico fin de propagar los acontecimientos de la geografía comercial, publicando las estadísticas de producción, exportación e importación de todos los países del globo, de estudiar el estado actual de nuestras colonias, su fomento y la conveniencia y medios prácticos para fundar otras nuevas, y de estimular a los exploradores que emprendan viajes con objeto de abrir nuevos mercados de comercio" (3). Sin embargo, la asociación catalana -presidida por Jacobo Mac-Mahón y con José Ricart Giralt como secretario, y que, al parecer, había logrado aglutinar a "pilotos, navieros, banqueros y comerciantes de general reputación en aquella opulenta plaza y el resto de Cataluña"-, se vino abajo también en poco tiempo, habiendo de esperar el propio Ricart, hombre siempre celoso de los intereses de la marina mercante, hasta comienzos de 1.896 para poder dar vida a una nueva "Sociedad Geográfica" (4).

Por otra parte, no parece haber guardado dicha sociedad de Geografía Comercial -en su impreciso, pero sin duda corto, tiempo de vida- relaciones estrechas con la Geográfica madrileña. Por último, la sevillana Sociedad de Africanistas, parcialmente homónima del potente grupo de acción, desgajado del diversificado conjunto madrileño, viene a reproducir, en efecto, la composición socioprofesional que caracteriza a su modelo: "comerciantes acaudalados, militares de gran prestigio, e inteligentes catedráticos" (5). De la mano de la Sociedad de Amigos del País sevillana aparecía aquélla en 1.885, sin que sea fácil tampoco seguir sus pasos en los años inmediatos. El divorcio entre la teoría y la práctica -intermitente, débil y desacorde- se halla en el origen de esta efímera presencia.

Pero en Madrid, para entonces, la Sociedad española de Africanistas y Colonistas, especie de elite de lo más inquieto de la Geográfica, había actuado "con un brío y una decisión verdaderamente inusitados para mantener vivo y alentar el movimiento pro ducto del Congreso". Llevaba así a cabo la nueva agrupación "lo que a la Sociedad Geográfica no le es dado por su organización especial realizar: ponerse en contacto con la opinión del país, agi

tarla para que se forme sentido y se determinen aspiraciones que sirvan para apoyar al Gobierno, o imponerse a él, si fuera preciso, y con el fin de que cuestiones de tanta trascendencia para el presente y para el porvenir de España como nuestra acción en Africa, la conducta de nuestros diplomáticos, los actos de nuestros jefes de fuerzas navales, y la situación de nuestras colonias preocupen tanto, por lo menos, como las disoluciones de ayuntamientos, la reforma constitucional o la extensión del sufragio" (6). Decidida y resuelta -una vez más- esta declaración de intenciones, donde aparece débilmente velado el temor de que la caída de Sagasta pueda suponer un retroceso en el camino hasta ahora andado, precisamente cuando el mitin de marzo, inicio de la andadura marroquí, presentaba ya unas condiciones de madurez que no iban a progresar en mucho tiempo.

Entre tanto, la Sociedad Geográfica, más tranquila ahora en su recuperada naturaleza de afanosa cultivadora de la ciencia pura, se entregaba con atención al examen de temas de actualidad: en tres ocasiones (29 de mayo de 1.883 y 15 de enero y 12 de abril de 1.884) había disertado Vilanova y Piera, por ejemplo, sobre asuntos recientemente tratados en congresos y conferencias internacionales, con especial intensidad sobre "la importancia que los estudios geográficos y geológicos tienen en relación con la historia, como medio de esclarecer los problemas relativos al origen y dispersión de la especie humana".

1. El horizonte marroquí y la cuestión triguera

Por aquella primavera de 1.884 podían, en efecto, vanagloriarse sus promotores de la múltiple actividad desplegada por la asociación de africanistas: "con ser tan joven en días, diríase ya vieja -opinaba Martín Ferreiro- si sólo se juzgara por el cúmulo de ideas que ha vertido y de asuntos interesantes que gestiona. Discusiones sobre memorias y noticias recibidas de Marruecos, de Argelia, del Cabo de Agua y del mar Rojo; proyectos de colonización en Melilla y de cable telegráfico entre las dos orillas del Estrecho; juicios sobre la representación diplomática en Tánger; comunicaciones al Gobierno sobre el servicio postal y telegráfico de España con Marruecos, sobre el comercio de la costa fronteriza a Canarias, sobre ocupación de cierta parte de la costa occidental de Africa; excitación hecha a varias corporaciones y sociedades del archipiélago canario respecto al problema relacionado con las pesquerías canario-africanas; celebración de un meeting que ha obtenido gran resonancia en el país, acerca de la política y el comercio hispano-marroquí y que inaugura un nuevo criterio en el modo de concebir nuestras relaciones con el Mogreb, nuestra misión en aquél imperio; impresión de los discursos y su traducción al árabe; representación dirigida a las Cortes, en el sentido del meeting, acerca de las medidas que se consideran urgentes para que España realice su misión civilizadora y tutelar en Marruecos; agitación de la opinión pública en provincias, con motivo de dicha instancia, a fin de convertir el pensamiento de la Sociedad en esa idea nacional; y, por último, proyecto de expedición científica y comercial al Africa interior, que se propone llevar a cabo el mes próximo" (7). Era éste, bien es verdad, un "vigor desusado en España", que combatía con entusiasmo una carencia que el núcleo africanista consideraba causa (y no consecuencia) de un comportamiento anómalo y reprobable; "la falta de cultura geográfica de que se resienten todas las clases" aparece así como desencadenante, en última instancia, de esta falta de interés -común a todos los grupos sociales- en los problemas teóricos de una expansión más allá de las fronteras nacionales (8).

Unos meses atrás, en enero, había solicitado la flamante Sociedad la ocupación oficial de Río de Oro, ansiado contrapunto a la -así se estimaba- poco productiva costa de Ifni, y que en aquel momento -tras improbables esfuerzos por parte de los interesados en los negocios pesqueros- contaba en sus terrenos con la presencia estable de la Sociedad de Pesquerías Canario-Africanas, medianamente próspera (y por ello aún más temerosa de conflictos con súbditos de otras potencias y ansiosa de la protección jurídica correspondiente) (9). El gobierno de Posada Herrera, con Ruiz Gómez en Estado, había declinado la comprometedora invitación de los africanistas, limitándose a acceder a la protección de intereses españoles allí establecidos o por establecer. Insuficiente habría de parecer dicha protección al círculo madrileño, consciente del peligro que acechaba a la hipotética expansión futura.

En efecto, Francia se apresuraba a asegurar sus posiciones en Marruecos y Guinea, haciendo ver con diáfana transparencia el enfado e inquietud que le producían las recientes e inesperadas veleidades por parte de un activo grupo de españoles. Y estos mismos, en impotente contrapartida, recibían como un dardo a su orgullo nacional la publicitística francesa sobre las costas africanas, haciéndola objeto de sus reuniones, y reproduciendo en las páginas del BSG lo más crudo de sus argumentos, por ver si así se alarmaban la opinión y el gobierno (10). Es la gravedad de la situación en Guinea la que mueve a Coello a proclamar, en 17 de junio, que "era más necesario ilustrar la opinión pública con la verdad de los hechos que dirigirse al Gobierno, que ya está en posesión de elementos suficientes para saberla, que es antigua costumbre en España es perarlo todo de los Gobiernos y de todo echarles la culpa, cuando en realidad la tiene el país, que no procura estudiar lo que más conviene a sus intereses" (11). Pero también pueden rastrearse en sus palabras indicios de una espera confiada y tácitamente acorde con el (de nuevo) presidente del gobierno y ex-presidente de la Geográfica madrileña, Antonio Cánovas del Castillo, que -ya en el marco del congreso geográfico del año anterior- había sabido, en el plazo de breves días, dotar de cierta "modernidad" a su precaria aquiescencia a la expansión colonial.

Pero pronto el golfo de Guinea será desplazado a un relativo segundo plano ante el malestar provocado respecto a Marruecos. La Sociedad española de Africanistas y Colonistas, aunque no se asombre ante la efervescencia francesa y la pasividad hispana, insta entonces con fuerza a los poderes públicos a desarrollar, sin dilación, "una política activa y de intervención en las costas de Marruecos", bien entendido que sin connotaciones militaristas y con un fuerte componente de eticismo y argumentación moral, tras¹⁹ que es fácil adivinar la casi solitaria mano del secretario Joaquín Costa; por más que Coello, como presidente, encabece el escrito (12). Dirige a las Cortes como cauce más adecuado y como caja de resonancia mayor, la petición se encamina a lograr a ultranza, frente a las pretensiones francesas, el mantenimiento del statu-quo "por todos los medios diplomáticos y militares de que la nación pueda disponer". Se trataba así de ganar tiempo para el desarrollo de la iniciativa privada "removiendo los obstáculos que les imposibilitan o entorpecen de presente, e iniciando aún artificialmente, si preciso fuere, corrientes mercantiles y vínculos sociales y de cultura entre una y otra orilla del Estrecho, hasta que fortalecida con el ejemplo y con el hábito la voluntad de la nación, se mueve espontáneamente a obrar con entera independencia de la acción oficial". Y, en un gesto de mayor alcance, existe aquí el reclamo para España del papel tutelar que, según la reciente práctica, concernía a las zonas de protectorado.

Osadamente liberales en materia económica, peticiones reunidas en el escrito afectaban de lleno a la problemática central -todavía latente, pero ya real- de los intereses oligárquicos del bloque de poder, y por ello no era fácil que, con la marcha que siguieron los acontecimientos, la acción colonial propuesta por un puñado de (en esencia) librecambistas madrileños y otros correligionarios, cuajara en algo más que proyectos individuales o restringidos. Junto a las cuestiones de primer orden, un abanico múltiple de ideas para la reforma social y administrativa del vecino imperio de Marruecos que, de cumplirse, habrían de situarlo decididamente (así se espera) en la órbita española. Brevemente extractadas, abordaban los puntos y exigencias siguientes:

1) Negociar la libre exportación de cereales, ganados, y demás productos marroquíes, "sin traba ni limitación alguna y con carácter de permanente, mediante el pago de un derecho uniforme de 10 % sobre avalúo, si no es posible obtener la supresión o rebaja de este adeudo". (Con la amenaza incipiente de unos excedentes agrícolas sin salida, mal podía tolerar la clase terrateniente en apuros condiciones de esta índole, planteadas -por otra parte- como exigencia prioritaria).

2) Conceder el carácter de comercio de cabotaje al realizado entre las posesiones españolas del norte de Marruecos y los puertos de la Península, al igual que existía para Fernando Poo.

3) Subvención temporal de una línea de vapores, con carácter regular, entre la Península, Marruecos y Canarias, haciendo escala en Berbería.

4) Gestión inmediata para el establecimiento de una aduana en la línea fronteriza del campo de Ceuta, "a fin de poder hacer el comercio por esta plaza en las mismas condiciones en que se hace por Tánger, Mogador y demás puertos de la costa occidental de Marruecos, y atraerlo a ella por medio de ferias periódicas".

5) Hacer cumplir el tratado de 31 de julio de 1.886, que en su artículo 12 estipulaba el establecimiento por parte del sultán de una aduana en la frontera de Melilla.

6) Mejorar el servicio postal entre España y Marruecos, tal como lo habían solicitado en otras ocasiones la Unión Hispano-Mauritana de Granada y la propia sociedad de Africanistas madrileña.

7) Convertir la ensenada de Melilla en un puerto verdadero y completar las obras del puerto de Ceuta.

8) Establecimiento de un gran puerto de refugio militar y comercial en las islas Chafarinas.

9) Construcción de carreteras entre Ceuta y Tetuán, y Ceuta y Tánger.

10) Colonización con emigrantes españoles de los campos limítrofes de Ceuta y Melilla, "con el máximo de densidad posible, a

fin de convertir las que ahora son sólo plazas fuertes en poblaciones agrícolas, con un vecindario numeroso, cuya base sea la población rural".

11) Retirar de Ceuta y Melilla los presidios, trasladándolos a la Península.

12) Reestructuración administrativa de todas las posesiones españolas del norte de Marruecos, "sobre la base de una completa separación de poderes..., pasando a los distintos Ministerios civiles todos los servicios que no sean la fortificación y la defensa, constituyendo una provincia civil, dependiente directamente de Gobernación, y una capitania, dependiente directamente de Guerra, con las modificaciones que, por la situación especial de aquellas plazas, haya que introducir en las leyes provincial y municipal, orden público, administración judicial, registro de la propiedad, beneficencia, sanidad, régimen arancelario, etc., vigentes en la Península".

13) Obtener del sultán una serie de mejoras en el derecho internacional privado, para sus súbditos extranjeros (13).

14) Ampliación del tratado de comercio de 20 de noviembre de 1.861.

15) Fundar escuelas superiores e institutos, así como hospitales, dirigidos por seculares o misioneros (a quienes se exigirá, en este caso, título universitario), con remuneraciones similares a las recibidas por los catedráticos y médicos militares en la Península.

16) Establecimiento de un ejército colonial con compañías indígenas.

17) Fundación, en Ceuta y Melilla, de escuelas primarias, superiores e institutos bilingües, y de una facultad de Medicina en Fez, con enseñanza en lengua árabe. A ello habrían de añadirse escuelas especiales (militar y de ingenieros civiles), también con aquellas condiciones.

18) Creación en Ceuta -"o en otra ciudad"- de una imprenta árabe, "para imprimir manuales de ciencias y artes y un periódico de intereses materiales y de cultura popular" (máxime teniendo

en cuenta que publicaciones en castellano, como La Estrella de Occidente o El Eco de Ceuta, habían dejado de publicar la hoja en árabe que durante un tiempo destinaron al lector marroquí).

19) Llevar el límite efectivo de la jurisdicción española hasta las cumbres de Sierra Bullones, como estipulaba el artículo 3º del tratado de Wad-Ras.

20) Tomar posesión definitiva de la ensenada de Ifni y del territorio concedido en ella por el sultán, realizando inmediatamente las obras imprescindibles para su utilización.

21) Trasladar la legación española de Tánger a Fez, y -recogiendo críticas anteriores respecto al cónsul en aquella ciudad -"teniéndola siempre confiada a un diplomático dotado de convicciones y de aptitudes en armonía con la peligrosa situación política del Imperio y con el interés que España tiene en su adelantamiento y en su independencia".

22) Establecer agentes consulares en las poblaciones principales del interior -como Marruecos, Mequinez y otras- "tan pronto como cesen los efectos de la renuncia que en 1.879 se hizo de ese derecho por ocho años, y colocar todos los del Imperio, para lo referente a asuntos comerciales, bajo la dirección inmediata de un Cónsul general, residente en Tánger".

Eran, por tanto, éstas -eminentemente encaminadas al beneficio directo del pequeño y medio comerciante- las sistemáticas y razonadas reivindicaciones que, con fecha de 8 de junio de 1.884, se hacían llegar ante el legislativo español, suplicándole encarecidamente se dignase "consagrar especial atención a la política exterior de España en sus relaciones con el Imperio de Marruecos, traduciendo en leyes las reformas y medidas administrativas" que acabamos de exponer, o bien "encomendando su realización al Gobierno". Para reforzar esta presión se había dirigido la Sociedad de Africanistas, el 31 de mayo anterior, a unas ciento cincuenta sociedades y corporaciones repartidas por todo el país, solicitando de ellas elevaran a su vez peticiones a las Cortes, tras reflexionar sobre el folleto que se les adjuntaba -y que no era otro sino el texto del mítin de marzo, publicado ya como Intereses de España en Marruecos-, y con la

promesa de editar en breve (en el mes de julio) la recopilación completa de las exhortaciones recibidas. De ello habría de obtenerse -se asegura- una representación "fiel" de la opinión nacional. Al frente de la comunicación, nombres tan conspicuos para el liberalismo español además de Coello- como los de el marqués de la Vega de Armijo, José de Carvajal, el duque de Veragua, Cesáreo Fernandez Duro, Rafael M^a de Labra, Fernando León y Castillo, y Gabriel Rodríguez, todos ellos vicepresidentes de la sociedad (14). Entre las respuestas recibidas (15), especial interés revisten, lógicamente, la de la Sociedad Geográfica madrileña y, tanto o más, la de la Asociación para la Reforma de los Aranceles de aduanas, publicada en lugar preferente junto a aquella otra.

Recuerda aquí la Geográfica su ya antigua preocupación por el "arduo problema de la política hispano-marroquí" en lo que entiende sus tres facetas fundamentales: "el aspecto diplomático, o más propiamente dicho, político, el económico o comercial y el de la educación". Es, no obstante, el primero de dichos aspectos el que más atención -y extensión- merece del largo escrito presentado a las Cortes y que encabeza el general Rodríguez Arroquia, entonces presidente de la sociedad. La peligrosa conducta de Francia con respecto a Marruecos, desde la base de operaciones de Argelia, obliga a la adopción inmediata de una acción diplomática que -según se expresa allí- podría resumirse en la fórmula: Ni Pirineos ni Estrecho. Es decir, "España debe ser amiga de Francia, pero también debe ser amiga de Marruecos, y caso de conflicto entre esos dos deberes, no cabría vacilar".

Neta intencionalidad, pues, de llevar a cabo una política de control en Marruecos, -en el fondo, dique de contención para las ambiciones francesas, otra vez desbordadas desde 1.880, y que tanto molestaban al gobierno de Londres-. Para un puñado de (predominante mente) anglófilos, marinos, librecambistas, europeístas..., liberales, en suma, la opción no podía revestir demasiada ambigüedad. Esa función represora del expansionismo francés mal podría desempeñarse, sin embargo, en el estado de penuria y deterioro en que se encontraban las posesiones españolas en Africa, por demás exiguas; en conse

cuencia se imponía la reclamación inmediata, y efectiva ocupación, de los territorios de iure otorgados venticuatro años atrás.

Pero es más, "no basta poseer: hay que beneficiar lo poseído, que sólo así estará justificada la posesión a los ojos de la economía", y -con el horizonte optimista del liberalismo económico por guía- así "serán aquellas tierras hispanomarroquíes como escuelas prácticas de industria y como grandes mercados neutrales a donde acudan a comunicarse los dos pueblos los frutos de su trabajo y a doblar por el trueque, sin mayor esfuerzo, su riqueza". Lógico y privilegiado lugar habría de ocupar en la exposición, -en estas coordenadas- la petición esencial de liberalizar la importación triquera proveniente de Marruecos, tras la que se adivina, de nuevo, -esa esencial preocupación costiana de potenciar otro modelo de desarrollo agrario, en el que la irrigación y la técnica habrían de dar paso a una agricultura diversificada, capaz de sustentar una potente cabaña nacional, y sólo en parte de orientación cerealista. En este sentido, la posibilidad real de abaratar el consumo popular de pan (aquella otra constante en el pensamiento económico y social del liberalismo democrático), por medio de la incorporación al mercado del excedente cerealícola marroquí, jugaba un papel de primer orden en lo que a la construcción material de una nueva vía de inserción capitalista se refiere.

Y sería también en este sentido cómo cobraría carácter de extrema urgencia la incorporación de pleno derecho de la producción agropecuaria marroquí al circuito de distribución europeo, bajo condiciones especialmente favorables para España, condiciones a las que sólo una acción tutelar política lo más amplia posible daría acceso. Eran éstos, en resumen, los "deberes del Gobierno para con el comercio hispano-marroquí" a que se refieren los firmantes de la Geografía, deberes subsumidos, por supuesto, en la exposición, a razones de alta política, capaces de conmover más intensa y eficazmente el sentir de la opinión pública y de los prohombres de gobierno; y así, califican de "peligroso" para el porvenir de España y "atentatorio a su independencia" el que, al otro lado del Estrecho, "se establezca sólidamente Francia u otra cualquiera nación europea". Era

de ese modo tarea eminentemente hispana la incorporación inmediata de Marruecos -tan cerca y tan lejos a la vez- a la civilización occidental, tarea para la que acreditaba, al tiempo que impelía, razón tan laudable y meritoria como el desagravio debido a los pueblos árabes por las ignominias de una historia, en tiempos convergente: "España no puede abandonar por más tiempo a Marruecos en el abismo de infelicidad en que ha caído, ni dejar que otros pueblos se adelanten a obrar esa redención espiritual de un semejante suyo y le tiendan generosos la mano que España le hubiese negado", porque -he aquí la otra cara de la moneda- "no conviene más a su dignidad, ni a su prestigio, ni a sus intereses materiales, ni al deber moral que su pasado le impone, el que al lado suyo, fronteriza con su territorio, en uno de los países más hermosos de la tierra, poblado por una de las razas más inteligentes de la humanidad, se perpetúe la barbarie, clavada la rueda del tiempo y desmentida la ley del progreso, precisamente en el siglo que ha tenido la gloria de descubrirla y de demostrarla". Poco más podía añadirse, a no ser la insistencia reiterada en la absoluta confianza de que el representante español junto al sultán debería gozar. Tampoco es demasiado aventurado suponer aquí, -en este paralelismo de hombres e intenciones que caracterizó hasta este momento ^a las Sociedades Geográficas, de Africanistas-, la influencia decisiva del marqués de la Vega de Armijo (si no miembro de la primera, sí vicepresidente de la segunda), que nunca llegó a coincidir con su subordinado en Tánger a la hora de gestionar los objetivos africanos con que Antonio Aguilar y Correa, a su paso por el ministerio de Estado durante el período 1861-83, pretendió hacer frente a la penetración francesa..

Por su parte, la Asociación para la reforma de los Aranceles de Aduanas, bastión incansable del librecomercio organizado, reclama -desde el primer párrafo de sus quejas y exhortaciones al Parlamento- la urgente revisión del tratado de comercio suscrito entre Marruecos y España en 20 de noviembre de 1861, ya que -de entonces acá- "la industria española no se ha abierto todavía en aquel país un mercado para sus productos, parte por desidia y falta de espíritu emprendedor en los fabricantes, parte por vicios de la legislación". Entre esos vicios, como era de esperar, se sitúa en lugar

de honor la protección aduanera, "porque es claro que mientras los productores de estos artículos (tejidos, hierros y azúcares) disfruten la exclusiva en el mercado de la Península y tengan asegurado el despacho de cuanto producen con un exagerado sobreprecio y a puerta de fábrica, no han de cuidarse de buscar salida a sus productos en Marruecos ni en ninguna otra parte, y España ha de verse privada de ese medio poderoso de enriquecimiento y de ese instrumento eficazísimo de prestigio y de influencia que se llama el comercio".

Y, también aquí, destaca la muy concreta petición de autorizar al vecino imperio marroquí a intercambiar trigos y ganado por productos elaborados (agrarios o industriales) procedentes del ámbito español, productos que -evidentemente- se encargarían de proporcionar las clases mercantiles para ^{las} que Laureano Figuerola o Gumerindo de Azcárate, ambos firmantes del escrito, llevaban años no sólo teorizando, sino luchando en la escena política por consolidar. El mecanismo ágil del liberalismo económico, impulsor constante de la rueda de los intercambios cada vez con un radio mayor, encuentra en el creciente mercado de importación marroquí terreno propicio para la expansión: algodones, sedas, azúcares, jabón, bujías, aceros, cristal... son proporcionados a Marruecos con asombrosa progresión por ingleses (principalmente), franceses y alemanes. Desviar hacia España esa corriente exigiría una rápida y laboriosa maniobra que -a la altura de 1884- no admitía dilaciones, y que -por supuesto- exigía como contraprestación obligada la aceptación incuestionable de los principales productos marroquíes. Vehículo imprescindible para convertir en realidad este proyecto de reciprocidad mercantil, el transporte marítimo. A su lado puertos suficientemente cómodos, aduanas en las fronteras españolas, cable telegráfico entre las posesiones y la Península, carreteras hacia el interior... en suma, el complejo infraestructural preciso para echar a andar un engranaje en su totalidad conformado.

A mayor unidad de posturas, (en este reconstruir los intereses-, materiales o ideales- de sectores de la burguesía no monopolista, ideológicamente afines), valga por último la indicación -meramente anecdótica en sí misma- de la coincidencia última que revelan

ambos escritos: tanto la exposición de la Geográfica como la de los librecambistas de Figuerola aparecen fechadas a 28 de junio, doce días más tarde, por otra parte, de que se redactara la más temprana de todas ellas, la del (también directamente interesado en el proyecto) Círculo de la Unión Mercantil madrileño.

Con entusiasmo respondía el Círculo, en efecto, al requerimiento de los laboriosos africanistas: "Las clases que este Círculo representa consideran indispensable que la acción exterior de España se ensanche y fortalezca en la misma proporción en que van desenvolviéndose sus energías productivas, y en tal persuasión, no puede serles indiferente la conducta que los Gobiernos españoles observen en sus relaciones con los países vecinos cuya suerte se halla más íntimamente ligada con la de España". La historia y la vecindad son aquí de nuevo las justificaciones expresamente aducidas para legalizar, ante la nación y ante el mundo, el latente proyecto de incremento y ampliación de las relaciones comerciales: "Es preciso que al paso que aumentan las fuerzas productoras y consumidoras de nuestra patria, aumenten las fuerzas consumidoras y productoras del pueblo marroquí, y para esto, que Marruecos se regenere y venga a ser una nación digna y poderosa". De ahí la negativa rotunda a la ráfaga militarista, porque la guerra destruye, ahogando las fuentes de la riqueza y entorpeciendo el tráfico mercantil: "La política de España en aquel Imperio debe ser, por tanto, política de paz y política de civilización. Todo lo que hagamos por defender a aquel pueblo y por levantarlo y educarlo, redundará en provecho de nuestra industria y de nuestro comercio". Las razones de seguridad y prestigio se subordinan aquí sin matices a un proyecto eminentemente económico, en el que el fomento de la capacidad de absorción del mercado marroquí prima en objetivos sobre la tendencia de expansión hacia afuera de la producción española. De ahí el papel de relieve que desempeña directamente la labor cultural, en un sentido amplio, como sustrato imprescindible para la ampliación del mercado. (.. "Desarrollar indirectamente la riqueza del pueblo marroquí, y por tanto su capacidad comercial, promoviendo su cultura intelectual y la mejora de su territorio por medio de escuelas, publicaciones científicas, carreteras, correos y telégrafos") (16).

En coordenadas paralelas, por más que específicamente propias, se sitúa la calurosa adhesión de Rafael M^a de Labra en nombre de la Sociedad Abolicionista Española. Con miras de largo alcance, confesadamente humanitarias y fraternales, se plantea la sociedad la urgencia inmediata de "abrir las puertas de Marruecos a la civilización moderna", porque no otra es la manera de "dar el golpe de gracia al comercio de negros que hoy se verifica públicamente, con ciertas solemnidades, mediante la intervención de funcionarios públicos". Y, en lógica correlación con presupuestos de matiz predominantemente idealista, el orden de factores aparece aquí alterado en su incidencia relativa: "Y es esto de tal entidad e importancia que si no reportase beneficios positivos para nuestros intereses comerciales el pensamiento de aquella Sociedad (la de Africanistas), como indudablemente los reporta, la extinción de la esclavitud en Marruecos constituye por sí sola motivo suficiente para que los españoles respondan unánimes a esta patriótica excitación, porque es un deber de conciencia contribuir a romper las cadenas del esclavo africano que ayudamos a forjar antes del descubrimiento y conquista de América, a la par que una reparación legítima por los muchos agravios que inferimos al Africa, estableciendo por espacio de tres siglos, próximamente, el comercio de esclavos con nuestras colonias antillanas" (17).

Eminentemente retórica será por el contrario, la respuesta de adhesión del Ateneo científico, literario y artístico de Zaragoza, con el más tarde (en la bisagra del regeneracionismo) activo Marceliano Isábal a la cabeza, y no aporta nada nuevo la breve exposición -temprana y firme, por otra parte- de la Sociedad Económica de las Palmas. Mayor interés encierra, sin duda alguna, la enérgica requisitoria de Bartolomé Ruiz de Loysaga, en nombre de los intereses mercantiles y marineros que hallan en esta ocasión un respaldo institucional público: los ayuntamientos de la capital, de San Fernando, del Puerto de Santa María, y la siempre diligente en estas cuestiones Diputación provincial, solicitan unánimemente el establecimiento de una línea marítima en condiciones, que una Cádiz con Tánger, alegando en principio la urgencia de mejoras que exige el "actual y pésimo servicio postal", y -sólo en un segundo plano- los

perjuicios que esta deficiencia ocasiona al comercio local. La gradación de intereses y prioridades -y no es ello casual- será la misma, dos años más tarde, cuando los fuertes defensores de la Compañía Transatlántica consigan precisamente (si bien en un marco infinitamente más amplio) esas mejoras para el transporte y el comercio marítimos que ahora imploraban los gaditanos. Prestigio, preponderancia, amor patrio, sagrados fueros de la sangre, tutela, regeneración, historia, civilización, horrible ingratitude, universal conciencia, orden moral, integridad de la patria, hidalguía, abnegación y heroísmo, son sólo algunos de los abundantes términos de fuerte carga emocional vertidos en el escrito para adornar petición tan concreta como la más arriba apuntada.

Enormemente escueta y simple es en contrapartida la correcta exhortación del Círculo Vitoriano, en tanto que el Ayuntamiento de Ceuta dota de un aliento patriótico, propio de la población que le imprimía carácter, a un escrito razonado sobre una multiplicidad de peticiones, coincidentes en su mayor parte con la vertebación que hiciera la Sociedad de Africanistas. "De importancia nacional" eran, así, los problemas que aquejaban a la población ceutí, y en beneficio del "porvenir y grandeza" de la patria repercutiría su pronta solución. Mejora en las comunicaciones, tanto marítimas como terrestres, liberalización del comercio, fomento de la colonización y atención sanitaria confluían aquí desde horizontes diversos en un solo corpus reivindicativo.

Neutramente complacientes se muestran también el Ateneo Mercantil de Valencia y el Centro Mercantil de Sevilla, si bien es verdad que este último recalca la necesidad -patente entonces más que nunca- de "extender nuestras relaciones comerciales y encontrar nuevos mercados que conozcan y consuman nuestros productos, tanto fabriles y manufactureros como agrícolas", en tanto que el primero reitera en doble comunicación a la Sociedad de Africanistas un completo acuerdo con lo elevado de sus propósitos. Otras adhesiones son las del Consejo Provincial de Agricultura, Industria y Comercio de Cáceres, la Junta Provincial de Huelva, la Sociedad Económica de Amigos del País de Sevilla, la Económica Matritense, y -con mayor

énfasis- el Folklore Frexnense, que encuentra "imposible hallar soluciones más acertadas que las que allí se proponen al grave problema de nuestra política exterior en su relación con el Imperio marroquí". En la línea librecambista, tal vez sea después (en una segunda hornada de inquietudes) la respuesta de la Sociedad Económica de Amigos del País de Segovia, -que no sólo respalda el proyecto, sino que también dirige su propia exposición a las Cortes-, la que mayor atención merezca. Crítica global la de la agrupación segoviana a los gobiernos de la Restauración, incapaces de traspasar los estrechos límites del contorno nacional: "No sirva de excusa la necesidad de acudir a nuestra regeneración interior, pues ninguna incompatibilidad existe, el ejemplo francés estaría ahí para demostrarlo y por otra parte, "no es esto decir que la Sociedad Económica Segoviana aconseje una política aventurera, ni menos que se piense en guerras ni en conquistas, pero sí que se concierte y desarrolle un plan hábil y desinteresado que nos granjee la voluntad marroquí y estreche los lazos de unión y amistad, no sólo entre los dos gobiernos, sino también entre los dos pueblos, haciendo comprender a los mogrebíes que en España encontrarán hermanos, pero en Inglaterra y Francia expoliadores y tiranos, o cuando más, fríos e interesados consejeros".

En este sentido, y con suma preferencia dentro de un contexto de mejoras occidentalizadoras, el papel del comercio es destacado por los expositores segovianos: "Si los Gobiernos hubiesen consagrado a este menester la atención que han puesto en conquistar y defender sus credenciales de ministros, otro sería el semblante que presentara la cultura en Marruecos, y no tan desairada la posición de nuestra diplomacia en aquel Imperio. Y no se culpe de todo a los industriales y comerciantes, no se diga que el poder público nada pudo hacer en eso, y que por lo tanto no le alcanza ninguna responsabilidad; le alcanza, porque ha matado en ellos todo estímulo a la exteriorización, con las tarifas protectoras en la Península, porque no ha procurado levantar en Marruecos la prohibición de exportar ciertos artículos, porque no ha desarrollado las libertades pactadas en el tratado de 1861, porque no ha cuidado de proveer a Ceuta, Melilla y Chafarinas de puertos comerciales, ni ha tomado pose-

si3n de Santa Cruz de Mar Pequeña, ni ha transformado aquellas plazas en poblaciones civiles, ni ha atraído a ellas, con instituciones comerciales bien conocidas, a los marroquies, ni ha iniciado corrientes mercantiles en aquella direcci3n, subvencionando líneas regulares de vapores, ni ha aprovechado las buenas disposiciones de rifeños y de susies, porque ha dejado esterilizarse para españoles y marroquies la guerra de 1860". Ante esta exhuberancia mercantilista, enormemente circunspecta, forma claroscuro la adhesi3n de la Instituci3n Libre de Enseñanza, que -a pesar de aplaudir "sin reserva" los proyectos africanistas- se retrae tímida y prudentemente, alegando su "carácter peculiar como establecimiento docente, y la necesidad en que está, para llevar a cabo su propia obra, de mantenerse neutral ante problemas que puedan dividir las opiniones", y negarse en definitiva a "influir como elemento activo en la vida pública" (18).

La vehemencia proverbial de Costa vuelve a aparecer en el escrito firmado por éste, -junto al marqués de Santa Cruz, Lorenzo Pérez Garchitorena y Miguel Fau de Casa-Juana, como vicepresidentes (bajo la presidencia del Marqués de Casa-Jiménez), en nombre del Círculo Aragonés de Madrid, y fechado ya a 10 de enero de 1885. "España atraviesa en estos momentos una de las mayores crisis que jamás hayan amenazado su existencia como naci3n o sus destinos como raza", se expresa apocalípticamente ese amplio conjunto de "naturales de Aragón que en Madrid ejercen la industria, las artes y el comercio, o profesan la abogacía, la medicina, las letras, la enseñanza o la milicia". Retraso secular el de la naci3n española -prosiguen-, que hoy amenaza con perder su última oportunidad de mutaci3n, porque "el problema de Africa, a mediados de siglo, era cuesti3n de años; hace poco, era cuesti3n de meses; hoy es cuesti3n de horas. Y el problema de Africa envuelve en estos instantes el problema del mundo". Pero con óptica diferente a la de aquellos segovianos que acabamos de mencionar, este puñado de hombres -más o menos cercanos o aspirantes al poder-, no piensa "incurrir en la vulgar manía de culpar a los gobernantes, como si los gobernantes fuesen cosa distinta de la naci3n". Para entonces, la Compañía Comercial Hispano-Africana había logrado la ocupaci3n de una zona costera del Sahara,

"revelación inesperada -pues- de lo que España habría podido conseguir desde 1860, en que anunciaron su despertar los ideales exteriores de la nación". En una puntual y rica información -en la que, - hay que insistir de nuevo, -es Costa alma y voz- se perfilan seis - zonas de inmediata atención (19), sin perjuicio, claro está, de que en un mañana no muy lejano -una vez logrado el imprescindible requisito previo de contar con una marina militar reconstituida, reformada y fuerte- no sólo pueda, sino que deba España "extender su acción a otros lugares del continente africano".

El "desarrollo inmediato de nuestra marina de guerra" es también la (en este caso única) petición elevada a las Cortes por el periódico El Eco de Ceuta, por considerar que "éste es el medio más ejecutivo de que nuestra influencia en Africa pueda luchar dignamente contra injerencias extrañas". En última instancia, es ésta la política que -desde año y medio atrás- venía desarrollando aquel órgano de prensa, encaminada al acercamiento con el Magreb a través de los "vínculos del comercio y de la simpatía, mas nunca por los lazos, siempre odiosos, de la conquista o de la fuerza".

Razones específicamente diversas para entregar la firme - promesa de un apoyo incondicional tienen la (también adscrita al liberalismo económico) Sociedad colombina onubense, el Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid ("como católicos (...), como españoles (...), hasta como miembros de la ilustre corporación agustiniana"), y la Asociación Española para la exploración del Africa, - del viajero vasco Manuel Iradier, en estrecho contacto con los activistas de Madrid. Partidaria "La Exploradora" de la tendencia de interpretación histórica por la cual España habría equivocado su camino al volcarse sobre América y olvidar su honroso pasado "de antemural de Europa"(cuando peleaba sin tregua "con el absorbente y despótico Islam"), halla también en aquella tremenda decisión la razón - última de que España "haya llegado desangrada y débil a nuestro tiempo, e imposibilitada para competir con las demás naciones europeas en la ingente obra de civilizar a los pueblos africanos, asiáticos y oceánicos". Por otra parte, Cádiz y su entorno ofrecen también serias y coincidentes razones en apoyo de la intervención en

Marruecos, y por ello muestran su complacencia la Sociedad Económica de Amigos del País, el Círculo Literario de Cádiz, y la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de la ciudad, velando así por -- "los intereses comerciales de la provincia que representa".

Pero no todo habían de ser parabienes, en este momento -- crucial para la iniciativa africana. Significativa es la ausencia -- de respuesta por parte de los círculos aglutinantes del capitalismo catalán (patente ya un año atrás), pero no menos significativa va a ser la crítica presencia de tres núcleos de proteccionistas, presurosos a hacer frente, con el ceño fruncido, a un intento de amplios horizontes que exige --bien claro quedaba-- la remoción de unas trabas legales que los defensores de la protección no podían dejar pasar sin mostrar su alarma ante un peligro inminente. La incipiente crisis triguera ofrece la clave para rastrear el origen geográfico de las voces discrepantes: así, no es casual que sea Valladolid (su Liga de Contribuyentes y su Junta de Agricultura, Industria y Comercio) la que por diversos cauces se apresure a manifestar su -- cautela ante un proyecto que, indefectiblemente, ponía en peligro -- sus propios intereses. La Junta, por su parte, más rápida en la respuesta, no tenía inconveniente en significar "su completa adhesión -- al pensamiento iniciado por tan patriótica asociación, --pero, precisaba-- en cuanto no se oponga a los intereses esencialmente agrícolas de esta provincia". La Liga de Contribuyentes era aún más terminante, ofreciendo adherirse a "todas las referidas conclusiones, excepto a aquéllas que puedan perjudicar los intereses de Castilla". Preciso es consignar, sin embargo, en la misma capital, la completa identificación de pareceres con los Africanistas que mostraba el -- Centro Mercantil e Industrial, prolongación de una opción económica e ideológica distinta a la de sus conciudadanos terratenientes. La Liga de Contribuyentes de Sevilla, también reticente, avanzaba no obstante por un camino más tibio, "reconociendo que entre los planes y proyectos de la Africanista se comprende algunos de índole -- muy compleja y de singular trascendencia", por lo que se disponía sin apresuramiento a "estudiar maduramente cada uno de los puntos -- que se significan". Pero será el Fomento de la Producción Nacional de Zaragoza, notable barricada del proteccionismo rampante, quien --

confiese paladinamente "no poder adherirse" al primero de los puntos de la exposición, por entender sin la menor vacilación que la admisión del trigo marroquí "sería la completa ruina de la agricultura". Claras y terminantes razones avalan su negativa (20).

La Económica matritense, entre tanto, había decidido concederle al asunto honores de amplia discusión. Nombró para ello una comisión -ya en 28 de junio de 1884- que, seis meses después (en 31 de enero de 1885), tenía preparado un dictamen que fue aprobado inmediatamente por el conjunto de los afiliados (21). "Armonizándose con el espíritu y tradiciones" de su historia, los Amigos del País madrileños ponían buen cuidado en su informe "de prescindir de cuanto tienda a darle color de política internacional, a despertar deseos de conquista, y hasta de todo aquello que bajo las suaves formas de la diplomacia se encamine directa o indirectamente a la consecución de fines de esta índole". Eran, por tanto, "asuntos enteramente pacíficos" los que pasaban a considerar, proponiendo a los mismos "soluciones de índole práctica" claramente diferenciadas para los diversos objetivos a considerar. Distinta naturaleza poseían en efecto, "las posesiones que desde tiempos históricos poseemos" (las situadas al norte de Africa, específicamente), y "las nuevas posesiones que oficial u oficiosamente han sido ocupadas con fecha recentísima en la costa occidental africana" (el binomio Sahara-Guinea). Respecto a estas últimas, las relaciones mercantiles (tras la oportuna toma de posesión y comunicación a las potencias) se presentaban como el único camino a seguir, entendiéndose a propósito -que se hallaba "muy lejos de nuestro ánimo el recomendar ningún propósito de conquista, ni de monopolio para nuestro comercio". Es más -insiste el escrito- "nunca creeremos haber dicho con sobrada claridad y energía hasta qué punto merece ser respetado el carácter comercial con que estas fundaciones se han establecido, y aún sin estudiar profundamente el asunto, es fácil darse cuenta de los inconvenientes que resultarían si el reconocimiento oficial de estas posesiones fuera seguido de una ocupación militar, inconvenientes de tal gravedad que acaso pusieran en grave riesgo los resultados de todo ese esfuerzo colonizador" (22).

Centrábase la comisión, por tanto, en "la vida económica de las nuevas fundaciones", y -en este contexto-, en "el carácter comercial", por considerarlo sin vacilar como "el más práctico y -- viable". En este sentido, "ya que su origen modesto y de libre iniciativa no ha creado intereses que a ello se opongan", proponía la Matritense "que no se establezca derecho arancelario alguno para la importación y exportación en su comercio con toda posesión española; esto es, libre cambio franco y sin limitación de ninguna especie para toda relación comercial con la metrópoli y sus posesiones, incluso Canarias, las Antillas y las islas del golfo de Guinea". La agricultura habría de seguir casi indefectiblemente al comercio; para ello, el fomento oficial de la emigración peninsular y canaria, otorgando lotes de terreno que fijaran a la tierra a las familias -llegadas; debía ser objeto de la mayor atención por parte de los gobiernos, que facilitarían además aperos y semillas. A su lado, "la concesión de grandes lotes a compañías que emprendieran cultivos -- científicos, subvencionándolas con alguna cantidad, desde la tercera o cuarta cosecha, daría aquí tan buenos resultados como viene -- dando en Australia y otros países".

En realidad, el programa de actuación propuesto aquí por la Economía madrileña se ajustaba con precisión a conclusiones anteriores dictaminadas a propósito de Fernando Poo, por la cual había demostrado la Matritense desde tiempo atrás tal interés, que llegaría a premiar estudios y memorias, resultando de aquéllas que no -- otro obstáculo, sino unas condiciones sanitarias susceptibles de mejora, se oponía a la explotación rentable de la isla.

Radicalmente diferente era el problema de las posesiones norteafricanas; es evidente. Una larga situación de hecho obligaba a poner inmediato remedio a una sangría de hombres y dinero no justificada por beneficio alguno: "Estas posesiones no han sido hasta hoy de utilidad para el país, y sin embargo, han costado y cuestan muchas vidas y sumas respetables a nuestro no desahogado erario". Lejos de propugnar, no obstante, el abandono fácil de aquéllas, opina la Matritense que "es preciso transformar esas posesiones militares, tan inútiles hasta hoy y tan costosas, en colonias que merez--

can este nombre, y no impongan a la metrópoli dolorosos sacrificios". Pueden convertirse -asegura- en "centros comerciales importantísimos", para los que su "excelente situación geográfica" los privilegia; para ello, la remoción de las trabas legales, aducidas en general por los partidarios del libre-cambio, se presenta como condición sine qua non. Colonización, urbanización y reformas administrativas serían los imprescindibles coadyuvantes a las también consabidas reformas en el sistema de comunicaciones, y fomento de la enseñanza del árabe, instrumento precioso para el tráfico comercial (23).

Hasta aquí (23 bis) la elaboración teórica que (a los -- principales centros interesados) sugieren los albores de una práctica africanista restringida, pero de clara y decidida iniciativa.

2. Primeros frutos de la acción privada: las expediciones a la costa occidental africana y su costo.

En la práctica, los esfuerzos del Congreso de Geografía de 1883 comenzaban ahora a dar sus frutos por lo que a la costa del Sahara y al golfo de Guinea se refería. Conviene recordar aquí que sobre el primero de dichos puntos hablaron en la sesión primera del Congreso Pedro de la Puente, José Ricart Giralt, Felipe Pérez del Toro y Juan Alvarado; sus objetivos (la pesca y el comercio) habían sido recogidos por la comisión de conclusiones (compuesta por Azcárate, Costa e Isábal) bajo la forma siguiente, por unanimidad aprobada: "Urge sobremanera la fundación de uno o dos establecimientos nacionales en la costa de las pesquerías españolas canario-africanas, como elemento esencial e indispensable para el desarrollo de la industria pesquera, y el envío de un buque de guerra que reconozca los bancos de pesca y proteja a los pescadores". Respecto al segundo de los objetivos, el golfo de Guinea, había recibido incluso mayor atención en el seno de las preocupaciones de un puñado de congresistas que, sin embargo, y por razones de confesada prudencia, habían tratado el asunto en una sesión reservada, de la que se daría entonces noticia ambigua y, sólo dos años después, una vez logrados los objetivos de ocupación territorial, no habría inconveniente alguno en hacer pública para mayor gloria de sus promotores (24).

Reunidos en el Círculo de la Unión Mercantil, en la noche de 10 de noviembre de 1883, para preparar la sesión de clausura (que versaba sobre "Adopción de un plan para proceder inmediatamente a la fundación de factorías mercantiles y estaciones civilizadoras en las regiones del planeta más favorables al desarrollo de los intereses de nuestra nación y emprender exploraciones científicas en algunas de ellas"), congresistas y público interesado reflexionan -guiados de la mano de Costa, Gabriel Rodríguez y Gonzalo de Reparaz-, sobre las posibilidades que ofrecía el asunto, en función de lo ocurrido a lo largo del Congreso. Había previsto la Sociedad Geográfica sobre todo, y con especial emoción, la llegada de este momento; en la mente de Costa y sus compañeros había tomado forma precisa el --

proyecto de constitución de una compañía mercantil (25), capaz de conseguir que el revuelo de esos días no quedase limitado a "un mereo Congreso de carácter científico". Un proyecto de estatutos, "borroneado la noche anterior", para la non-nata y ya bautizada Compañía Española del Golfo de Guinea, venía a resumir todas las aspiraciones prácticas de los ideólogos de la expansión (26); y este proyecto era el que la Geográfica pensaba presentar a la aprobación general en la sesión de clausura. Pero la acogida social de la idea -a lo largo de esos días- no había sido tan calurosa como aquellos hubiesen deseado: "España se halla en un estado de despertamiento -tenía que reconocer Joaquín Costa en uno de sus altibajos de frustración; no tiene aún conciencia clara de estos problemas, y por lo tanto, no siente calor ni entusiasmo hacia ellos. En tales condiciones, la misión del individuo es insustituible: la colectividad no se halla en condiciones de obrar, y tienen que obrar por ella las -contadas individualidades que existan en su seno con suficiente conocimiento y convicción para adelantarse a la acción social, como -órganos voluntarios del todo: si esos individuos se ausentan de la obra, la obra queda sin ejecutar, porque la colectividad no se mueve".

Y, en efecto, aquellos a quienes se refería Costa se habían ausentado en mayor medida de lo que podía esperarse; el proyecto de aglutinamiento, en el seno del congreso, de fuerzas políticas y económicas potentes, se había venido así parcialmente abajo: "El jefe del Estado y el Gobierno debían asistir al Congreso, a fin de llamar hacia él más vivamente la atención pública; el Sr. Cánovas debía presidir el discurso inaugural, para granjearle las simpatías de las clases conservadoras, que lo son generalmente las clases ricas; el señor Marqués de Urquijo y el Sr. Marqués de Riscal, que han costado de su peculio propio expediciones a Africa, debían presidirlo, con la mira de que se interesaran en él y pudieran ser centro de atención para los capitalistas, sirviéndoles con su nombre de garantía respecto a la seriedad del proyecto; el Sr. Iradier, indicado in petto para Gerente de la Compañía del Golfo de Guinea, debía venir a hablar al Congreso de sus viajes en aquella región y de la importancia comercial de ella; el Sr. Moret debía resumir las

discusiones del Congreso, a seguida de la exposición del plan de la Compañía; a fin de que lo recomendase al público y le prestara su gran autoridad bancaria y financiera, y fuese inmediatamente aprobado por una gran concurrencia de gentes escogidas, habíamos invitado, y habían prometido venir, a los Sres. Nicolau y Feliú, presidentes de la Asociación de Navieros y Consignatarios y del Instituto del Fomento de la Producción Nacional de Barcelona; a fin de -- que pudiesen prestar al pensamiento el apoyo de estas importantes Sociedades el día que fuéramos a aquella plaza a celebrar meetings para iniciar con gran vigor la suscripción de acciones. Pues bien, todos esos elementos han faltado, y la trabajosa combinación puede darse por fracasada. El Jefe del Estado se puso enfermo, el Sr. Cánovas se puso enfermo, el Sr. Iradier se puso enfermo, el Sr. Moret se ha puesto enfermo, los Sres. Riscal y Urquijo se han puesto enfermos, los Sres. Nicolau y Feliú se han puesto enfermos..."

En tales circunstancias, Costa se desanima y da marcha atrás, a la espera de un momento más oportuno. Porque si bien es verdad que podía asegurarse que el Congreso en pleno apoyaría el proyecto de creación de la compañía mercantil, --opina Costa-- "nacerá sin autoridad, muerto", despertando en cambio los recelos de -- otras potencias, que sin duda con mayores recursos tomarían la delantera a nuestra nación (27).

Se trataba de ganar tiempo, a todo trance, pues el interés por el golfo de Guinea no era patrimonio único de españoles y británicos; añejos eran los intentos franceses y, peligrosos y recientes, los de los alemanes. La precipitación hubiera sido entonces incluso contraproducente, alertando a los competidores sobre los inicios de una ambición colonial con la que no contaban. Propone en consecuencia Joaquín Costa, como más oportuno, el aplazamiento de la constitución de la compañía hasta dos años después --1885--, en que la Sociedad Geográfica había prometido convocar un nuevo Congreso, esta vez con honores de "Ibero-americano". En el paréntesis, habría de formarse una comisión o sociedad capaz de llevar adelante la llama recién encendida, arbitrando los medios para proceder a la ocupación de la costa guineana y gestionando cerca del

ministerio de Ultramar el envío de una expedición científica al -
Africa ecuatorial que dirigiría Iradier.

Francisco Coello, Cesáreo Fernandez Duro, Joaquín Oliván, José Montes de Oca, José Ricart, Saturnino Jiménez y Alejandro Roselló, por este orden, van a hacer uso de la palabra. Coello, como de costumbre, recomendando la diligencia a la par que la discreción; el resto, en definitiva, para mostrarse de acuerdo con la decisión costiana de suspender momentáneamente la creación de la compañía. Especialmente Alejandro Roselló se mostrará aliviado, aprovechando el momento para calificar de "funesta" la precipitación con que habría podido actuarse, puesto que "en el estado actual de nuestra patria, su éxito sería más que problemático". Con la conclusión unánime de suprimir esta decisión y, en consecuencia, la sesión final de la que habría de salir, pasa a discutirse ya en manos de quién se depositaría la tarea de gestión directa de los poderes públicos que, con carácter sustitutivo, se había concertado ahora. Fernández Duro y Ricart, respectivamente, apostarán por la moribunda Asociación Española para la Exploración del Africa y -- por la Geográfica madrileña. Costa y Coello, por el contrario, --- esencialmente partidarios ambos --pero por distintas razones-- de la creación de un cauce nuevo, defienden con sentidos argumentos la necesidad de constituir lo que ya denominan Sociedad de Africanistas. Y éste será el efectivo rumbo que tomarán los acontecimientos. En la base de la nueva institución, como móvil y origen específico, el proyecto guineano.

No obstante, desde los primeros días de vida, la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas se dirige con atención -- de primordial urgencia al gobierno de Cánovas para abogar en pro -- de las pesquerías saharianas. La protección oficial se aparecía a los firmantes como instrumento imprescindible de prosperidad para la iniciativa privada, parca en posibilidades de conflicto diplomático; la ocupación efectiva de un puñado de senos de la costa (principalmente en las bahías del Río de Oro, Cintra, del Oeste y del Galgo) facultaría "a los pescadores para establecer en tierra las industrias anejas a la de la pesca y esenciales para su beneficio

y desenvolvimiento, tales como secadores de pescado y fábricas de salazón y conservas, laboratorios de grasa, aceites, guano, cola, etc". Era esta falta de colaboración oficial y no otra-según la exposición de los africanistas- la razón de que no se constituyeran grandes sociedades capitalistas, en tanto que "la nación sigue tributando a los países del Norte con una cifra anual de 80 a 100 -- millones de reales por importación de bacalao, pez palo, arenque y sardina, alimentando de un modo insuficiente a las clases menesterosas, a las cuales podría suministrarse aquella sustancia a la mi tad del precio actual, y perdiendo cada año miles y miles de emi--grantes canarios por falta de trabajo". Se solicitaba en consecuencia, a 31 de enero de 1884, 19) el establecimiento inmediato de - tres o cuatro pontones en puntos apropiados de la costa, dotados de las suficientes fuerzas de Marina como para defender -si preciso fuere- la vinculación de los territorios fronterizos a España, 20) la construcción de un fortín de madera donde enarbolar la bandera española, por lo menos en dos puntos de la costa: Rio de Oro y Cabo Blanco.

La petición, entregada en mano a Cánovas y a su ministro de Estado, el fiel Elduayen, fue un rotundo fracaso. Las buenas palabras de quien, tres meses atrás y vacante en el poder, se había apresurado a dejar contentos a los partidarios de esta aventurera forma de crear complicaciones, se convierten ahora -recién instalado de nuevo en la presidencia- en la más rotunda negativa: créense primero intereses particulares, vino a responder Cánovas, y entonces -y no antes- irá el Estado a respaldarlos. Desde aquel punto y hora decidieron los africanistas llevar a cabo por su propia cuenta lo que ahora reclamaban sin éxito de los dirigentes del país. - Pero había que esperar: los asuntos de la ensenada de Biafra se presentaban con carácter de mayor urgencia.

Sabiendo ya con certeza que escasa o nula atención iba a otorgar el poder a la ocupación de aquélla, sólo en 29 de junio de 1884, a punto ya de partir Iradier y Osorio hacia sus objetivos, - se dirigen los africanistas al gobierno para llamarle la atención sobre las constantes, y cada vez más peligrosas, injerencias fran-

cesas en territorio de iure perteneciente a España, y reclamar la - incorporación de fuerzas militares capaces de rechazar potenciales agresiones. El 10 de julio respondía Cánovas, tratando de minimizar lo que, efectivamente, la prensa y la realidad no desmentían.- El gobierno, por el contrario, dice Cánovas "no ha recibido ningún documento oficial ni espera ni puede suponer que la República francesa ni otro Estado atenten a los territorios de propietario conocido, como los que desde el 15 de marzo de 1843 se comprenden entre los de España, en virtud de la aceptada formal sumisión de las tribus que ocupaban". En conclusión, tanto Francia como Alemania hallaron oportuna ocasión de campar por sus respetos en la zona en cuestión.

La iniciativa privada era, entonces, la única puerta --- abierta para "el problema de la exteriorización colonial de España" y la Sociedad de Africanistas no demoró un instante. Había que -- "acalorar" a la opinión pública y ello se realizó con el instrumento marroquí, puesto que -en virtud de razones de sentimentalismo histórico-, opinan los colonistas que "era la única (aquella política) que podía despertar algún eco vigoroso en el corazón de nuestro pueblo". Pocos días antes de que se celebrara este mitin de -- marzo -referido más arriba- se había redactado una carta-circular que sólo se pondría en el correo un día después de aquél, (cuando - sus ecos triunfalistas todavía resonaran en los oídos del país), - con puntos de mira concretos y precisos: la obtención de fondos para llevar a cabo la política de exploraciones y ocupación. La circular de invitación, firmada por los máximos responsables de la -- gestación del proyecto (Costa y Coello), cuenta con el respaldo y - el prestigio de un puñado de amigos, liberales y progresistas en - el más amplio sentido de los términos: León y Castillo, Labra, G. Rodríguez, J. Carvajal, y B. Ruiz de Velasco. Aludían éstos a la - necesidad que "principia ya a sentirse, de buscar nuevos mercados a la producción nacional" y concretaban sus preocupaciones en las pesquerías costeras y en la penetración hacia el interior en torno al golfo de Guinea, marco propicio a la vez para entregarse intensamente a la tarea civilizadora de la exploración científica. Ambos fines unidos, "el mercantil y colonial, por una parte, el cien

tífico y geográfico por otra" habían sido encomendados a Manuel -- Iradier, como director de la expedición que, para el mes de mayo (la carta iba fechada a 23 de marzo), se proyectaba enviar al Africa -- ecuatorial. Para financiarla, estimaba más conveniente la sociedad de africanistas, por el momento, desistir de la llamada a la sus-- cripción nacional, por mor de discreción, hasta alcanzar la ocupa-- ción territorial efectiva; por eso acudía en cambio "particularmen-- te, al pequeño número de personas que por su notoriedad y posición social, medios de fortuna, ilustración, espíritu de empresa y amor a la patria pueden, a juicio suyo, asistirle en la realización de esta obra eminentemente nacional".

Ese pequeño grupo de personas a que se referían los --- africanistas se movía en las coordenadas precisas de las grandes - burguesías peninsulares, distintas en sus bases de acumulación y . su ubicación geográfica, pero, en definitiva, ajenas todas ellas - -en esta coyuntura de 1884- al proyecto de ampliación colonial. El rey (de quien no es arriesgado pensar contemplara con agrado ges-- tos que lo acercaban a su homónimo el rey de los belgas) también - es requerido para esta contribución económica, y su generosa apor-- tación sería, sin duda, objeto de orgullo para su secretario, el con-- de de Morphy, miembro fundador de la Geográfica y gustoso partici-- pante en el nuevo empeño colonial de los Africanistas. En definiti-- va, 138 personalidades o potentes instituciones son requeridas pa-- ra colaborar. Sus decepcionantes respuestas, finamente evaluadas - por Lécuyer y Serrano, no dejan lugar a dudas sobre el inmediato - porvenir de la empresa, si es que de las arcas del gran capital se trataba (28). Únicamente un 25 %, aproximadamente, de los invita-- dos, respondía afirmativamente a la requisitoria; otros, respondie-- ron negativamente (29), y muchos ni siquiera lo hicieron. El repar-- to regional de participaciones que hacen Lécuyer y Serrano ilustra con mayor facilidad que cualquier otra información el resultado de la cuestación y sus fuentes:

Regiones	% D	% R	% $\frac{R}{D}$	% S
Madrid	41,3	38,2	22,8	35,2
Barcelona	12,3	14,7	29,4	13,2
Antillas	13,7	14,7	26,3	9,4
País Vasco	10,8	23,5	53	37,8
Andalucía	10	2,9	7	1,8
Levante	6,5	-	-	-
Diversas	5	5,8	28,5	2,3

% D = Porcentaje regional de peticiones enviadas por los africanistas.

% R = Porcentaje regional de respuestas favorables obtenidas.

% R/D = Porcentaje regional de número de respuestas en relación al número de peticiones.

% S = Porcentaje regional de cantidades recibidas por los africanistas.

FUENTE: M. C. LECUYER Y C. SERRANO, La guerre d'Afrique ... cit., pag. 265.

Las cantidades van goteando lentamente sobre la Sociedad de Africanistas. De nuevo se plantea ahora la posibilidad de dirigirse al gobierno, -ya no privada, sino institucionalmente- en 10 - de octubre, cuando ya se ha recaudado lo suficiente para una expedición, pero las arcas continúan vacías para el segundo de los objetivos previstos. Y así se hará, recordando al presidente del Consejo de Ministros la tentativa fallida realizada junto a él unos meses atrás, en enero; e incidiendo en lo progresivamente grave de la situación de entonces acá. En suma: o el gobierno se decidía a realizar la ocupación militar de forma inmediata, o bien entregaba a la Sociedad Geográfica, o a la de Africanistas, o a la de Pesque

rias, o a un particular" un tanto alzado (que se evaluaba aproximadamente en 7.500 pesetas) para que aquéllas, en nombre del país, pero sin comprometer gravemente al gobierno, sembrasen signos materiales de ocupación que enarbolasen bandera española en la costa del Sahara. En clara correspondencia con su proceder habitual, el gobierno conservador elige este segundo procedimiento: "la forma comercial, semi-privada, semi-pública, puesta en práctica por otras naciones -tranquilizaban Coello y Costa a su jefe de gobierno- y admitida ya consuetudinariamente por el novísimo derecho -internacional". En consecuencia, con poco más de 37.000 pesetas, se acordaba inicialmente el doble proyecto africanista de expansión en Africa occidental. La lista de suscriptores es la siguiente:

S. M. el Rey	3.000 Ptas.
Gabriel de Ibarra (Bilbao).....	1.000 Ptas.
Fernando de Ibarra (Bilbao).....	500 Ptas.
Jacinto M. Ruiz (Madrid).....	1.500 Ptas.
Bruno Zaldo (M.).....	500 Ptas.
Fernando Puig (M.).....	2.500 Ptas.
Conde de Santurce (Puerto Rico).....	500 Ptas.
Amado Osorio (Oviedo).....	5.000 Ptas.
Banco de Bilbao.....	1.000 Ptas.
Banco de España.....	1.000 Ptas.
Antonio M. Pinillos (Cádiz).....	500 Ptas.
José Simón y Radó (M.).....	250 Ptas.
Marqués de Urquijo (M.).....	1.000 Ptas.
Duque de Vergara (M.).....	500 Ptas.
Antonio Juncadella (Barcelona).....	1.000 Ptas.
Evaristo Arnús (Barcelona).....	500 Ptas.
Luis Bravo (Puerto Rico).....	500 Ptas.
Carlos Prast (M.).....	1.000 Ptas.
Alfonso Gourié (Las Palmas).....	125 Ptas.
Claudio López (Barcelona).....	500 Ptas.
Conde de Vega Grande (Las Palmas).....	500 Ptas.
Sert <u>Hog.</u> y Solá (Barcelona).....	500 Ptas.

Hijos de José Vidal y Ribas (B.)	1.000 Ptas.
Francisco Bastón (Puerto Rico).....	500 Ptas.
Marqués de Cayo del Rey (M.).....	100 Ptas.
Juan Serrallés (Ponce).....	500 Ptas.
Adolfo Calzado (M.)	1.000 Ptas.
Círculo Vitoriano.....	500 Ptas.
Federico Rubio (M.).....	500 Ptas.
Joaquín M. Borjes (Habana).....	500 Ptas.
Sres. Anitúa y Charola (Vitoria).....	200 Ptas.
Plácido Zuloaga (V.)	90 Ptas.
Varias personas de Vitoria	377,50 (30)
Ministerio de Estado	7.500 Ptas.
Cuotas de socios vitalicios.....	875 Ptas. (31)
<hr/>	
TOTAL.....	37.017,50 Ptas.

Además de estas cantidades en metálico, contaba la asociación de africanistas con una caseta de madera, aportada por la Sociedad de Pesquerías Canario-Africanas, y donaciones diversas - de dependencias oficiales: los ministerios de la Guerra y Ultramar proporcionaron tiendas, armas, trajes y botiquín; el de Fomento, instrumentos meteorológicos del Observatorio; la Dirección de Hidrografía, planos; el Museo de Historia Natural, cepos, martillos, etc., y el ministerio de Marina ofreció el concurso de la goleta "Ceres". Es así como con un tibio -pero existente- respaldo oficial, se lanzan a la empresa unos hombres en quienes -también con reservas- determinados sectores de la burguesía española han depositado su confianza y una pequeña parte de su dinero. ¿Cuáles eran aquellos sectores? Al margen de la representación vasca, -- (más importante por la atracción ejercida sobre sus compatriotas por el viajero principal Iradier, que como indicador de un positivo interés de los núcleos capitalistas en despegue) y de los grandes focos bancarios, cuya aportación se tiñe casi con irisaciones de pública beneficencia, dos conclusiones generales pueden obte--

nerse del examen detenido de la relación incluida más arriba: por una parte, es el transporte por mar el claro vertebrador de buena parte de las aportaciones más grandes: los Ibarra, Pinillos, o -- Claudio López (con quien está estrechamente unido, en el consejo de administración de la "Compañía Trasatlántica", un hermano de -- Evaristo Arnús, representante a su vez de la burguesía industrial textil y financiera). En estrecha conexión con este sector, los -- exportadores-importadores a las colonias antillano-filipinas, -- (bien domiciliados en ellas o en la metrópoli), o los específicamente ligados a negocios en la costa africana, como Federico Rubio, promotor de las pesquerías canario-africanas. A poco más que a un puñado de intereses orientados en la dirección global que se proponía en el proyecto, había logrado atraer el formidable es-- fuerzo de organización, presión y puesta en práctica del proyecto africano de un puñado de intelectuales deslumbrados por la marcha de los acontecimientos en el continente. Tímida y cauta, casi recelosa participación, por otra parte, sin por ello dejar de lado --ni mucho menos-- la profundización constante por la vía de la protección oficial de unos intereses sectoriales, cuyo desarrollo -- posterior enlaza ya con otra problemática: la de la conservación, cada vez más difícil, de las viejas posesiones ultramarinas.

Momento álgido éste del otoño de 1884: reunidas en Berlín las grandes potencias se disponían a sentar, en breve, las bases jurídicas del reparto "de los territorios sobrantes". La canalización del acontecer de la Conferencia, en un claro reparto de papeles, es encomendada por el propio Coello a la Sociedad Geográfica madrileña, como idóneo receptáculo --atento y tembloroso-- de las impacencias de los más fuertes. El 21 de octubre de 1884, -- Francisco Coello alertaba a sus compañeros, reunidos en sesión ordinaria, sobre "un asunto de grave interés y urgencia para el -- país". Mientras los viajeros españoles apresurados y con escasez de medios, trataban de poner coto momentáneo al despliegue realizado por otros tanto más ávidos cuanto más eficaces -- en el reparto del espacio (y la Sociedad de Africanistas y Colonistas, como hemos visto, era ya la delegada frente al poder y la opinión, de

esta aventura geográfica), la Sociedad de Geografía madrileña, - vuelta hacia asuntos en teoría menos comprometedores, se erige -- ahora sin embargo, con una clara intencionalidad política, en defensora apasionada de "los intereses de España en la costa occidental de Africa" (32), intereses que se sabían cuestionados por quienes acudían a Berlín. Pero de esto trataremos más adelante. - De momento, los pasos iniciales de la ocupación costera van a requerir nuestra atención, como retuvieron la de los africanistas españoles a lo largo del verano del 84.

A 17 de julio de 1884 celebraba sesión la junta directiva de la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas, con el casi exclusivo objeto de sacar adelante el presupuesto de exploraciones para el golfe de Guinea. Asistieron también a la reunión - Fernando Puig, Jacinto María Ruiz y Carlos Prast, representantes los tres de la burguesía comercial madrileña y elegidos por la sociedad, como tres de los mayores donantes, para intervenir en la inversión de las aportaciones económicas. Para entonces, el total de lo recaudado ascendía a 27.750 pesetas. Con ellas se pretendía llevar a cabo la proyectada "expedición al Africa Ecuatorial con fines científicos, mercantiles y territoriales" que, de momento, iba a verse reducida a la fundación de una "estación comercial y de estudio", para invertir el resto del dinero en "promover seguidamente en España, señaladamente en Barcelona, una agitación que dé por resultado difundir el conocimiento de las ventajas que -- ofrecen al comercio español aquellas regiones, y como consecuencia, sugerir a los fabricantes la inmediata fundación de factorías en los territorios adquiridos; y cuando no, obtener al menos de ellos recursos para que las funde y sostenga la Sociedad de - - Africanistas hasta que se determinen corrientes comerciales en -- aquella dirección y se consolide la ocupación de aquellas costas y el reconocimiento del dominio español en ellas". Evidentemente, el desaire catalán había sido recibido con sorpresa por los activos promotores de la colonización y como materia de reflexión, se halla presente en los inmediatos replanteamientos que preceden a estos primeros pasos.

El presupuesto de gastos que, al igual que la propuesta de distribución del tanto alzado, fueron aprobados sin graves reparos por los presentes (33), era el siguiente:

Preparativos personales de viaje y transporte

Pesetas

Gastos de vestuario especial, impermeables	1.200
Instrumentos varios, medicinas, efectos de campamento	1.000
Seguro para el Sr. Iradier: pago de una cantidad a prima fija	500
Coste de billetes a Barcelona y pasajes a Cádiz, Canarias y Fernando Poo (1.100 cada uno)	2.200
Gastos por 15 días de estancia en Barcelona, Cádiz y Canarias (200 c/u.)	400
	<u>5.300</u>

Mercancías

Armas compradas en Vitoria	600
Compra de telas y otros efectos en Barcelona	4.000
Id. de telas especiales, ron, pólvora y tabaco en Fernando Poo	3.000
Transporte de efectos a Barcelona y fletes	<u>1.000</u>
	<u>8.600</u>

Gastos de la expedición

Coste de tres burros encargados a Canarias	300
Flete y alimentación de los mismos a bordo	200
Sueldos y manutención de 30 cargueros en el Golfo de Guinea, por dos meses	2.500
Manutención de los dos viajeros en igual tiempo ...	<u>600</u>
	<u>3.600</u>

Estación

Construcción de una casa	600
Manutención de un viajero en cuatro meses	600

Sueldos y manutención de seis hombres, medicinas	800	
		2.000

Reserva para viaje de regreso

Coste de billetes y gastos de estancia	2.600	
		2.600
		=====

Total	22.100 (34)	
		=====

(Quedaba así un sobrante, de las 27.000 ptas. reunidas entonces, de 4.900 ptas., que se destinaban a "surtir de géneros comerciales la estación y para imprevistos").

Para la segunda de las dos expediciones, la de la costa sahariana, había presupuestado la comisión ejecutiva -Costa como "director de Exploraciones"- un total de 7.500 pesetas, sin detallar partidas. Al gobierno va a recurrirse en su demanda.

Pero el proyecto guineano encerraba ahora las máximas -esperanzas de sus promotores. Manuel Iradier y Amado Osorio iban a adentrarse en una apasionante aventura para la que contaban con un precedente, sólo en parte modélico: la exploración llevada a cabo en 1882, a lo largo de la cuenca del río Muni, por el entonces gobernador de Fernando Poo, José Montes de Oca. Pero ahora se trataba de algo diferente: de adquirir para España territorios aún sin dueño, para ampliar las posesiones jurídicamente pertenecientes a la nación española. Por eso, por lo delicado y urgente de la misión, porque en ello se jugaba una de las últimas oportunidades de insertar a la burguesía española en la corriente del reparto, se apresuran Costa y Coello, cada uno en conceptos distintos (el uno como máximo responsable de la organización teórica del plan, el otro como buen conocedor de la geografía local -también sobre el papel-), a perfilar al máximo las instrucciones que habrán de seguir sus viajeros: "La misión que llevan ustedes al Golfo de Guinea -les escribía el "director de Exploraciones" a Oso--

rio e Iradier- consiste: 1º) En ensanchar los dominios continentales del Golfo de Guinea, desde el río del Campo a donde alcanzan en la actualidad, hasta el río Viejo-Calabar, cuando menos, y si los recursos asisten, hasta el calabar Nuevo, o hasta el brazo principal del Níger. 2º) Fundar una estación-factoría que inicie el comercio español en los territorios que se adquirieran, estudie las condiciones agrícolas y demás del país, sirva de signo material de ocupación, y nos comprometa a llevar a cabo personalmente la agitación proyectada entre los navieros, industriales y comerciantes de Barcelona, Sevilla y Bilbao, a fin de que la tomen por cuenta propia y establezcan otras, tanto en dichos territorios como en los que España posee y no ocupa entre el río del Campo y el cabo de Santa Clara".

Pero este amplio reconocimiento y esta patente instalación, por pequeña que fuera, habría probablemente de despertar sospechas entre la competencia internacional, y nada podía esperarse como antídoto de una acción lenta y hasta mortecina (como la ejercida usualmente por la diplomacia española), para salir al paso. La cautela y discreción son las recomendaciones previas a la salida: "El procedimiento, por punto general, y salvo las modificaciones que exijan o aconsejen las circunstancias, deberá ajustarse a las indicaciones siguientes. El viaje por la costa será doble: 1º) Se reconocerá el país con pretexto de estudiarlo en su aspecto científico y mercantil, y de reunir colecciones de historia natural y de primeras materias exportables, a fin de no alarmar o poner sobre aviso a los factores y misioneros extranjeros; durante él, registrarán los lugares más a propósito para servir de asiento a futuras poblaciones marítimas, y siempre que pueda hacerse sin correr aquel riesgo, tantearán las disposiciones de los jefes indígenas y aún los inducirán a otorgar tratados de cesión con toda la reserva que sea necesaria, no perdiendo nunca de vista que están acabando de madurar las ambiciones de Inglaterra, Francia y Alemania sobre aquel país, y que la menor imprudencia pudiera hacer fracasar la expedición. 2º) Orientados ya con esta primera inspección, recorrerán nuevamente la costa a fin de celebrar los tratados o formalizar los ya celebrados, pero no como la

primera vez, principiando por un extremo y acabando en el otro, -- sino dirigiéndose (por mar), primeramente, al lugar de condiciones estratégicas, higiénicas, comerciales, etc., más excelentes; después, al que le siga en orden de importancia, y así sucesivamente (bahías, desembocaduras de ríos, y en general cabezas de líneas comerciales). Los tratados se extenderán siempre, en lo posible, a trayectos de costa, no a puntos de ella, y se enlazarán -- unos con otros de manera que no quede en la totalidad de lo adquirido solución de continuidad. Si se encontrasen con que en algún punto de la costa (v.gr., la bahía de Panavia, quizá) ondeaba ya el pabellón de alguna potencia europea, procurarán someter la zona de atrás, a fin de asegurar en todo evento el enlace de las posesiones españolas y el dominio del interior, no menos valioso -- allí que la zona litoral. No solemnizar con fiestas ningún contrato sino después de que estén celebrados todos, o siquiera los -- principales, que puede suceder precipitarse algunos extranjeros a cubrir con la bandera de su país los mejores sitios, no bien se perciban de la intención de ustedes: la historia de la geografía recuerda muchos casos de éstos (...)" (35)-

La larga cita que antecede --pero que creo justificada -- por lo que de revelador tiene, sobre las condiciones materiales y psicológicas de estos primeros pasos de la expansión africana española en la bisagra del imperialismo-- nos sitúa en el punto de partida para lo que puede llamarse ya una historia de realidades y no un mero acuerdo de voluntades y nostalgias. Pero el respaldo oficial no iba a ser fácil de obtener para estas primeras incursiones.

3. España en el Sahara occidental.

Bueno será recordar una vez más que en enero de 1884 la Sociedad española de Africanistas y Colonistas había solicitado -- del gobierno la ocupación oficial de las bahías de Río de Oro, -- Cintra y Santa María, señalando la posesión --aunque no fuera más-- por medio de pontones o blocaos. La negativa que siguió enlaza inmediatamente con la actividad creciente de los ingleses en Cabo

Jubi, que llegan a adentrarse desde aquel punto por la bahía de Río de Oro en el mes de octubre; al mismo tiempo, corría en la prensa madrileña el rumor de que "una compañía mercantil", establecida en Madrid, trataría de ocuparse de los negocios de Río de Oro bajo pabellón inglés. Fue entonces cuando Costa, sin reunir siquiera a la directiva completa, recaba el auxilio de Coello para dirigirse juntos al presidente del Consejo de Ministros, y conseguir en efecto aquellas 7.500 pesetas del presupuesto del ministerio de Estado que se destinaron íntegras a financiar la expedición -con eficacia y rapidez organizada- de Emilio Bonelli hacia las costas fronterizas a Canarias. Fácil fue, al parecer, la tarea de Bonelli (36) entre los indígenas, porque en poco tiempo, "recabó de ellos sin dificultad la cesión del territorio y su sumisión al protectorado de España", y logró la firma de tres tratados ya en el mes de noviembre. Al tiempo, instalaba dos casetas con guarnición en Cabo Blanco y Río de Oro, y otra más en Cintra, aunque sin protección suficiente, que habrían de servir de signo material de ocupación del territorio. Por su parte, la Compañía Hispano-Africana, que llevaba actuando en la zona desde febrero del 84, instalaba dos pontones: la goleta "Inés" en Río de Oro y la polacra "Libertad" en la bahía del Oeste. En Canarias, testigo de los preparativos de la expedición y tradicional interesada en las costas africanas, la noticia de la ocupación fue recibida con alborozo. En Madrid también: la comisión ejecutiva de la Sociedad de Africanistas y Colonistas se apresuró a bautizar los puntos de ocupación con nombres de profunda resonancia afectiva; Villa Cisneros, Puerto Badía y Medina Gatell, fueron a partir de aquí los topónimos de las flamantes conquistas en las bahías de Río de Oro, Cintra y Cabo Blanco.

De cara al exterior, las potencias extranjeras fueron sondeadas previamente por un comunicado de la agencia Fabra: se aludía en él a los añejos intereses canarios en la zona y a las tradicionales relaciones de amistad y buena vecindad entre aquellos isleños y sus fronteras continentales; un hilo sutil hilvanaba la historia -al mismo tiempo- de un viejo deseo de protección

española por parte de los indígenas, en justa correspondencia, "en consideración a haberse establecido varias factorías por la Sociedad de Africanistas, y en vista de los deseos reiterados de los indígenas, corroborados por los despachos oficiales recientemente recibidos por las autoridades de Canarias (...), el Gobierno ha resuelto acordar la protección que ha tiempo se venía solicitando" (37). Inmediatamente después, accediendo a los reiterados empujes del núcleo africanista madrileño, el gobierno de Cádiz dirigía a las potencias extranjeras la confirmación oficial: una circular (26.12.1884) comunicaba la toma bajo protectorado de la costa occidental africana comprendida entre el Cabo Bojador y la bahía del Oeste (26-20º latitud norte, y 8-10º longitud oeste).

Poco después principiaba la Hispano-Africana unas entusiastas relaciones comerciales con los naturales del Sahara; febrero de 1885 fué testigo de cómo 16 paquebotes canarios, con una tripulación de 800 hombres, pescaban en la costa sahariana mientras la goleta de guerra "Caridad" vigilaba la faena. Poco a poco, el edificio de madera primitivo iba a verse sustituido por una construcción en piedra (junto a la cual seguía en pie la caseta de la Sociedad de Africanistas) sede del pabellón español que custodiaban cuatro infantes de marina). Ganado, lana y pieles, salían de allí con rumbo a Sevilla en el vapor "Río de Oro", en intercambio con "mercancías europeas, que recibían gozosos los moros". La Hispano-Africana proyectaba, en vista de ello, ampliaciones de capital con destino a la compra de un nuevo vapor en los puertos ingleses. Entretanto, la Sociedad de Africanistas servía de centro de distribución de informes y orientación a los potenciales exportadores o importadores con las nuevas posesiones. Pero un imprevisto desagradable vino a turbar estos prometedores comienzos: el 7 de marzo de 1885 llegaban varias caravanas de moros armados -- ("en número de 50 ó 60", se dijo después), con la visible intención de comerciar con la factoría: llevaban carneros, cabras, camellos cargados de lana, y un caballo; el intercambio -- a la altura del día 9 -- iba realizándose a base de muselinas, mantas de lana, telas de colores, babuchas, peines, tijeras, etc. De repente,

y sin que jamás llegara a saberse con certeza el motivo inmediato, "los moros acometieron a los españoles, matando a seis de ellos, secuestrando a los otros dieciséis, y exigiendo por ellos un rescate en géneros cuyo valor se calculaba en 7.000 pesetas" (37 bis) Por entonces, la goleta de guerra "Caridad" había salido para Canarias; tampoco estaba la "Ceres" y no volvieron hasta el día 21 de aquel mes de marzo. El edificio de madera de la Sociedad de -- Africanistas quedó destruido por un incendio, y el de mampostería --en construcción-- de la Hispano-Africana, también fué afectado --parcialmente.

La opinión pública interesada iba a reaccionar con presteza: "Sensible es --decía La Unión Comercial, portavoz de intereses catalanes en Madrid-- que un inconveniente, más que un fracaso, haya venido a turbar (...) los planes especulativos de los que --veían gozosos un inmenso venero de riqueza que explotar y un no --despreciable predominio español en el establecimiento de nuevas --factorías en la costa occidental de Africa". Pero contra el fácil desánimo, la perseverancia ha sido siempre eficaz vencedora: "En modo alguno debe lo ocurrido retraer los capitales, para alentar así a los que, sacrificando caras afecciones, van en busca de nuevos horizontes al esplendor moral y material de España...", y, --por otra parte, resulta "casi imposible el establecimiento de ninguna factoría en las regiones salvajes sin que reciba su bautismo de sangres". Es más, puesto que "ya se cuenta con lo que no se --contaba" --es decir, con el apoyo oficial a una empresa eminente--mente privada (38)--, sería incluso --prosigue el periódico madrileño-- "punible presenciar impasibles el predominio europeo sobre el tráfico indígena sin intentar nuestra acción en esa conquista pacífica de las razas civilizadas sobre las razas salvajes que se está operando" (39).

En el Parlamento se exigió --y se obtuvo-- del gobierno --de Cánovas, sin aparentes dificultades (39 bis), una protección militar suficiente: el 8 de junio, por fin, salía de Las Palmas un destacamento de la guarnición de Canarias dispuesto a vigilar

los trabajos de construcción proseguidos por la Hispano-Africana en Río de Oro , destinándose al mismo tiempo una goleta de guerra con carácter permanente a aquella bahía. Pocos días antes, al parecer, se habían reanudado con fortuna las actividades de intercambio con los nativos, quienes aseguraron haber castigado "severamente" a los atacantes de unos meses atrás, y estar deseosos de someterse al protectorado español. El 18 de junio volvía el vapor "Río de Oro" a Canarias, trayendo pieles y lana; las obras de construcción proseguían entre tanto, y en Madrid, la junta general de accionistas de la Compañía Hispano-Africana, presidida por el general Cassola, se disponía a hacer un nuevo desembolso de capital para afrontar la catástrofe. Por unanimidad, decidió la junta proceder a una nueva emisión de 1.400 nuevas acciones de a 500 pesetas, iguales a las 600 que ya tenía en circulación, y destinadas a la reconstrucción de lo derruido y a la adquisición de un nuevo vapor. Las acciones serían pagaderas en tres plazos (de 100, 200 y otras 200 pesetas), a lo largo de los meses de junio y julio de 1885 (40).

4. La actuación en Guinea: surgen los problemas

El ensayo de anexión protagonizado por los viajeros Iradier y Osorio había dado por resultado, en aquel otoño de 1884, el reconocimiento y sumisión de una buena franja de terreno: entre 12 y 15000 km². de territorio, en torno a la cuenta del Muni y sus afluentes. Hasta el 13 de febrero de 1885, sin embargo no recibe la junta directiva de la Sociedad de Africanistas comunicación oficial del resultado global de la expedición. Presidía en aquella ocasión el republicano José de Carvajal a un conjunto de notables de la geografía y el librecomercio, de la política exterior y los intereses africanos: Moret, Vega de Armijo, León y Castillo, Pedregal, Gabriel Rodríguez, el conde de Morphy, Azcárate, el general Cassola, Jacinto M^a Ruiz, Carlos Prast, Martín Ferreiro, Rafael Torres Campos, García Martín, Ovilo, Chacón, Alvarez Pérez, Iradier, Toro y algunos más (40 bis). La exposición de la fausta noticia correspondió (como no podía por menos de ser) a Joaquín Costa, como "director de Exploraciones".

Alternativamente, se ocupó Costa del golfo de Guinea y de la costa del Sahara, pero pronto la mayor atención recayó sobre el primero de aquellos territorios, destinados a compensar, de alguna manera, los 250 km², aproximadamente, que franceses y alemanes habían usurpado a España de territorios guineanos nominalmente españoles, en virtud de viejos títulos de propiedad. Se piensa razonablemente que estas nuevas adquisiciones realizadas privadamente por la sociedad madrileña (con unos noventa tratados suscritos entre jefes indígenas y los viajeros españoles), han de ser un elemento de peso en las negociaciones diplomáticas que por entonces se seguían con vistas a la rectificación de fronteras. Los frutos obtenidos justifican los fondos empleados y obligan a la profundización en la tarea, en opinión del "director de Exploraciones": una tercera expedición a la costa occidental de África comienza así a perfilarse en su cabeza. La junta accede de inmediato, pasando a considerar sin dilación los medios de obtener -

las cantidades necesarias en concepto de anticipo sobre la partida que la Comisión de Presupuestos de las Cortes pensaba incluir en su proyecto de subvención de expediciones geográficas.

Carvajal y Pérez del Toro proponen el nombramiento de una comisión que se ocupe exclusivamente de ello; Costa, más impaciente, confía en obtener de los capitalistas que lo rodean los fondos necesarios, y así declara que "si a la Junta directiva, - asistida como estaba esta noche de personas extrañas a ella y peritísimas en cuestiones financieras, no se le ocurría manera de - obtener un préstamo de cantidad tan insignificante como la que se pedía, consideraba más franco declarar desde luego que la expedición cuya necesidad acababa de reconocer unánimamente, no podía llevarse a cabo por no tener España 30.000 reales para ello". Al parecer, no todos los miembros de la directiva eran tan desconfiados respecto a la potencial laboriosidad de una comisión, porque, declarándose el punto suficientemente discutido, quedaron nombrados Carvajal, Cassola y Prast para que, en unión de la ejecutiva (Coello y Costa), estudiaran los modos de arbitrar recursos. Era aquel un momento de esplendor y euforia inicial que llevó a la -- junta a acordar, por unanimidad, conceder un voto de gracias a Antonio Cánovas, presidente del gobierno, por la diligencia con que había actuado en el asunto del Sahara; a Osorio, Bonelli, Puente, Iradier y Barrasa, por ser la mano ejecutora de los proyectos; a Coello, "por el tesón y la fortuna" con que, por entonces, defendía en Berlín los intereses españoles en el golfo de Guinea. Testimonio de aprecio y agradecimiento recibió también el marqués de la Vega de Armijo, por conseguir después de tantos esfuerzos, la cesión final del territorio de Santa Cruz de Mar Pequeña, así como Morat, esta vez por "gestiones de gran trascendencia que, espontáneamente, ofreció iniciar para que España deje de ser una bochornosa excepción en la historia de la geografía contemporánea". Se trataba (se supo después, al concretarse con éxito la idea) de conseguir presupuesto oficial para exploraciones.

Pero pronto iban a comenzar los problemas, en absoluto

nuevos -por otra parte- y tampoco imprevisibles. Alemania y Francia -como venían demostrando con insistencia- no cesaron de ambicionar la prosecución de su propia dilatación a costa de territorios en manos débiles. La primera, rondaba desde atrás en torno a Fernando Poo; la segunda, pronto invadirá la zona recientemente ocupada, a título privado, por la Sociedad de Africanistas madrileña. En previsión de esto último, se había dirigido aquélla de nuevo al gobierno español, con fecha 10 de abril de 1885, para solicitar de éste la oportuna notificación oficial a las potencias extranjeras. La más rotunda negativa fue esta vez la respuesta, alegando "no haber recibido aviso de la autoridad superior de Fernando Poo y sus dependencias". Sin embargo, y al decir de los africanistas, el escribano de Fernando Poo había testificado la firma de los acuerdos entre los jefes indígenas y los delegados de la sociedad privada española, refrendados inmediatamente por el gobernador, quien, además, había suscrito personalmente otros treinta más, solicitados motu proprio por un puñado de jefes indígenas.

A principios de mayo, un fuerte alboroto se produce entre la prensa gustosa de los temas africanos, o de la expansión española en general. Una carta de Osorio, fechada en Elobey Grande precisamente también en 10 de abril, ha hecho cundir la alarma. Según informaba Osorio, que había permanecido en el golfo de Guinea para asegurar la posesión y procurar nuevos contactos, el 23 de marzo un vapor francés, el "Basilic", se había adentrado por la cuenca del Muni, teniendo lugar entonces algún incidente con la representación española, que lo siguió río arriba. En su recordado, tiene ocasión Osorio de comprobar cómo la bandera española ha sido arriada para dejar paso a la tricolor en la mayoría de los poblados que se creían sometidos. El "Basilic" llevaba orden oficial de reafirmar una supuesta soberanía francesa en la zona. Cartas de anexión con fechas falsificadas- al decir de los delegados españoles- habían sido distribuidas entre los jefes indígenas. "Los franceses se han propuesto suplantarnos en torno a este país -concluía tristemente el representante en Guinea de la Sociedad de Africanistas-, incluso en las islas; y no reparando, como no -

reparan, en los medios, pronto se les logrará el intento si nuestro Gobierno no acaba de decidirse por tomar la cosa muy en serio, o de lo contrario, tener valor para abandonar de una vez todas estas posesiones, en las cuales estamos siendo blanco de chanzonetas y objeto de irrisión por parte de los extranjeros". Un cruce-ro de guerra permanentemente instalado allí, y "mucha firmeza y energía" en las reclamaciones a Francia, eran pues, petición y re-comendación últimas de Amado Osorio, al comunicar tan deprimentes noticias a Madrid. Brevemente, la prensa madrileña recoge rumores en torno hacia el 10 de mayo. Dos días más tarde, la Sociedad Geográfica de Madrid, reunida en sesión ordinaria, escucha de boca del socio Sergio Suárez la expresión de estas preocupaciones; un día antes, el senador Alfonso, también miembro de aquella sociedad, había lanzado al gobierno una pregunta al respecto. El Congreso sería, en breve, escenario de actitudes semejantes, en tanto que la prensa oficiosa no vacilaba en suponer las reclamaciones de rigor. El 24 de mayo, una comisión de la Geográfica (Rodríguez Arroquia, Bonelli, Ami, Torres Campos y Ferreiro) tienen listo el informe específico que se les había encargado (41). No era momento, sin embargo, de deleitarse en cumplidas informaciones, y así lo afirma la comisión, preocupada fundamentalmente por presionar sobre el gobierno para que ponga inmediato remedio a esta situación incómoda. Ferreiro y Torres Campos quedaban encargados de redactar una instancia de cara al poder, instancia que se hundiría después en el marasmo de asuntos pendientes en el ministerio de Ultramar (42).

En conjunto, podía afirmar Torres Campos con justicia -a las puertas del verano de 1885- que "a la indiferencia de otras veces, ha reemplazado interés en la opinión, atención en los hombres políticos de verdadera altura y entusiasmo en la prensa por cuanto a las cuestiones geográficas y coloniales se refiere", llevándolo así a magnificar una presunta "generalización de los ideales" de la Geográfica madrileña (43). Como siempre, Joaquín Costa había puesto entusiasmo y dedicación preferente a esta tarea: como conferenciante, en la Sociedad Geográfica y en el Ateneo madri-

leño, Costa había ido marcando la pauta de actuación parlamentaria de quienes en las Cámaras abogaron por una revitalización de la política exterior o, más en concreto, por la reinserción española en el proceso de distribución de los últimos territorios en Africa. Pero también movía, en sus discursos, los hilos ya gastados de una vieja relación colonial: la de España con el archipiélago filipino, en cuyo proceso de rejuvenecimiento la posesión - puntual de una escala marítima y de aprovisionamiento para las líneas de vapores jugaba un papel de primer orden. Éste es el sentido de un episodio ocurrido, a partir del mes de mayo, en el parlamento y protagonizado por Antonio Aguilar y Correa, marqués de la Vega de Armijo. En otro capítulo lo examinamos con detenimiento; valga de momento la escueta información de que un mes antes, en el Ateneo madrileño, el incoansable Costa trataba -entre otras cosas- de las tentativas españolas para establecerse en algún punto del territorio costero del Mar Rojo (44).

El Imparcial, La Época, El Progreso y El Popular, a pesar de lo alejado de sus planteamientos políticos, se sienten contagiados al unísono de esta fiebre colonial que, también de refilón, arrebató en escasos momentos al gobierno. El caso del golfo de Guinea, sin embargo, presentaba tantas dificultades diplomáticas que, ni por asomo, obtendría del poder un tratamiento semejante al (sorprendente osado) que se otorgó a la costa del Sahara. Como Amado Osorio informaba a sus patronos, los progresos franceses a costa de España en Africa eran constantes y sin respiro, corriéndose el peligro de una consolución definitiva de los mismos: "cuando nuestro Gobierno -se lamenta la sociedad de Africanistas- se decide a formalizar las negociaciones sobre la costa del Golfo de Guinea, usurpada por Francia, el Gobierno de la República consigue que se tramiten juntas y bajo una misma cuerda las dos reclamaciones de España contra Francia y de Francia contra España, con la idea de ver así sancionadas sus usurpaciones por vía de arreglo y de compensación; y nuestra diplomacia cae en el lazo y acepta, siendo de temer, dada la escasa cultura geográfica de nuestros políticos que Francia consiga quedar en pacífica posesión de

parte de los territorios que nos detenta en el Golfo de Guinea, - fingiendo ceder en lo del cabo Blanco, que sería tanto como dar - el cuerpo por la sombra y legitimar una de dos posesiones detentadas en pago de restituir la otra" (45).

No obstante, casi exclusivamente en manos de la diplomacia podía refugiarse ahora el asunto, porque no se trataba ya, para las instalaciones de los africanistas en Guinea, de afrontar - la rivalidad de otras compañías privadas, sino que, por el contrario, se había tropezado ya de lleno con las más amplias ambiciones de franceses y alemanes, respaldados ambos por sus marinas de -- guerra respectivas (46). "Por esto es indispensable- se repetía ahora una vez más, pero con mayor desgarró- el concurso de la acción oficial directa y pronta, diríamos simultánea...". Las Cortes acababan de votar un crédito de cien mil pesetas con destino a exploraciones geográficas (47). Buenas eran, -se oye decir a -- Costa-, pero nada produciría este dinero "si no le secundan la diplomacia y la marina". En el presidente del partido conservador - se deposita todavía la confianza menguada de una pronta colaboración de Estado en la empresa colonial.

NOTAS AL CAPITULO V

- (1) El ADPE, desde el 7 de noviembre mismo, insertará regularmente extractos de los discursos que entroncan mejor con su problemática preferida: Marruecos, cfr., p.e., 7.9.83 nº 28, con la intervención de Cástor Amí (pp. 444 ss.), y 29.12.83, nº 35, pp. 562-63, con palabras de Fernández Duro. Por su parte, el cotidiano El Liberal, ofrece largas reseñas un día tras otro: 5,7,10,11 y 12 de noviembre, especialmente. El Día y El Correo se interesan también con intensidad por el acontecimiento.
- (2) F. Gutiérrez Contreras, "Notas..." cit., p.330. Encabezaba al grupo de estudiosos granadino, de implantación radicalmente universitaria, el arabista A. Almagro Cárdenas.
- (3) M. Ferreiro, "Memoria sobre el progreso de los trabajos geográficos", leída en junta general el 6.5.84, publicada en el BSG, y cit. en T. García Figueras, La acción..., I, p.108.
- (4) Vid. Boletín de la Sociedad Geográfica de Barcelona, nº 1, marzo de 1896, pp. 4 ss, donde afirma Ricart no ser ésta la primera vez que, sin arraigo, ha intentado dotar a Barcelona de un organismo de esa índole.
- (5) RGC, I, nº 3, 31.7.85. p. 47.
- (6) Rafael Torres Campos, "Reseña de las tareas y estado de la sociedad", BSG, Mayo 1884, nº 5, pp. 298-299.
- (7) M. Ferreiro, "Memoria"... cit. en García Figueras, pp. 108-109.
- (8) Más de diez años después estimaba José Ricart Giralt como causa más importante del fracaso ésta misma razón, (subordinando a ella otras de tipo económico), al referirse a la ya --- apuntada dificultad de arraigo en la capital del Principado de cualquier sociedad geográfica: "Pero en Barcelona el terreno no estaba abonado para realizar una idea semejante, quizá por llevar una vida desahogada al comercio y la industria y quizá también, y entiendo que es el motivo principal, por no estudiarse la Geografía en nuestra patria..." (BSGB, loc. cit., p.4). Por otra parte, la idea de que el desarrollo capitalista de un país guarda estrecha relación con su grado de cultura geográfica, era ya puesta de relieve -en 1879- por Pedro de Novo y Colson. Más o menos por los mismos días en que Cesáreo Fernández Duro, también marino como aquél, se -- quejaba de que "sólo España, en medio de las naciones, guarda su actitud pasiva, sin interesarse siquiera en saber lo -- que otras hacen" (Memoria sobre el progreso de los trabajos geográficos, cit. por García Figueras, La acción..., I, p. 111), se asombraba Novo "ante las conquistas que en muy bre-

ve período ha realizado la ciencia geográfica" merced a la meritoria labor de exploradores y científicos abnegados, estando fuera de duda que "igualmente las naciones ponen el sello a su cultura fomentando esta ciencia, y las sociedades geográficas revelan con arreglo a su esplendor y grandeza -- propias, el grado de ilustración y progreso de que gozan sus patrias respectivas". (Disertación leída en reunión de la SGM el 15 de abril de 1879, reproducida años después en Cuarto Congreso Internacional de Americanistas. Ramo de Historia tema VI. Sobre los viajes apócrifos de Juan de Fuca y de Lorenzo Ferrer Maldonado, Madrid, Fortanet, 1881, p. 193).

- (9) V. más abajo, apartado 3 de este mismo capítulo.
- (10) Por ejemplo, un artículo publicado en el "Boletín" de la Sociedad de Geografía Comercial de Burdeos, reproducido en BSG, mayo 1884, nº 5, pp. 388 ss., bajo el título de "Los españoles en Africa". Se aludía allí al peligro de "hispanización" para el territorio argelino que suponía de hecho la numerosa emigración española, proponiendo el autor -con vistas a remediarlo- una especie de adscripción forzosa del colono a la tierra ("las tierras de que no se ha podido hasta ahora sacar partido"), posibilitando su compra quince años más tarde y siempre y cuando el colono "se hubiese neutralizado y cumplido sus compromisos" (p. 395). Para el golfo de Guinea, cfr. "Ingleses, franceses y alemanes en el golfo de Guinea", por el visconde Ch. de Bouthillier, repr. en BSG, julio 1884 nº 7, pp. 7ss. Vid. también "Marruecos", por M. Castonnet des Fosses, artículo publicado en L'Exploration y reproducido en BSG, ibid., pp. 20 ss.
- (11) BSG, julio 1884, nº 7, p. 63: Reunión de 17 de junio.
- (12) La Política hispano-marroquí y la opinión pública en España. Peticiones elevadas a las Cortes en 1884 y 1885 sobre la política de España en Africa, Madrid, 1885, 98 pp., publicado también previamente en BSG, julio 1884, nº 7, pp. 36-44: "Sociedad Española de Africanistas y Colonistas. Petición a las Cortes". El objetivo a seguir, según se afirma en el documento, es la regeneración de Marruecos y su unión fraternal a España, en virtud de razones como las siguientes: "De un lado, altos deberes de reciprocidad y de agradecimiento por el beneficio que en pasadas centurias dispensaron a España las diversas razas que componen ahora el Imperio de Marruecos, de otro, el imperativo moral, que así rige para las naciones como para los individuos, de reparar los males que causamos a aquel pueblo, restituyéndolo a la barbarie (...)" Vid., igualmente, BSG, septiembre 1884, pp. 161 ss. diciembre 1884 pp. 321 ss, y enero 1885, pp. 91 ss.
- (13) Se mencionaba, concretamente: a) adquisición de inmuebles o terrenos sin necesidad de obtener un permiso especial, b) formación de tribunales mixtos que habrían de entender en liti-

gios comerciales, c) derecho a presentar testigos de religión no musulmana cuyo testimonio fuese plenamente válido en los pleitos civiles seguidos ante tribunales marroquíes.

- (14) El resto de la junta directiva se hallaba compuesto por Víctor Abargues de Sostén, Antonio Almagro Cárdenas, Francisco de Paula Arrillaga, José Alvarez Pérez, Joaquín Angolotti, Juan Alvarado, Julián Apraiz, Gumersindo de Azcárate, Antonio Balbín de Unquera, Ricardo Beltrán y Rózpide, Ignacio Bolívar, Pascual de Bonanza, José Ramón Betancourt, José de -- Cárdenas, Mariano Cancio Villaamil, Blas Cobeño, Joaquín Costa, Luis García Martín, Andrés Mellado, José Gómez Arteché, José Gómez de San Juan, Jacinto Hermúa, Manuel Iradier, Fernando Lozano, Francisco Lozano Muñoz, Jacobo Mac-Mahón, Lucas Mallada, Joaquín Maldonado Macañaz, F. de P. Maspons y Labrós, Gabriel Millet, Conde de Morphi, José Montes de Oca, Ricardo Monner Sans, Joaquín Oliván, Amado Osorio, Manuel Pedregal, Felipe Pérez del Toro, Bernardo Portuondo, Pedro de la Puente, Gonzalo Reparaz, Eduardo Saavedra, Agustín Sardá, Francisco Javier Simonet, José Cristóbal Sorní, Rafael Torres Campos, Marqués de Urquijo, Arturo Zancada, vocales.-- Martín Ferreiro, secretario general.-- Emilio Bonelli, Joaquín Gámiz-Soldado, Federico Ovilo, Guillermo Rieman, secretarios.-- Bonifacio Ruiz de Velasco, tesorero. (BSG, julio 1884, p. 46)
- (15) Con ligeras variantes, se trata de las mismas asociaciones o personalidades a que se dirigiera un año atrás la Geográfica en busca de adhesiones para la convocatoria del Congreso de Geografía. Vid. la relación en BSG, julio 84, pp. 46-49. También analizadas en Lécuyer y Serrano, op. cit., pp. 261 ss. (cap. IV)
- (16) Suscribían el documento del Círculo enviado a las Cortes Carlos Prast, Pascual Torras, Hilario González, Emeterio Romillo, Miguel de Arregui, Venancio Vázquez, Antonio Hernández, Eusebio de Guinea, Francisco Labrador, Antonio Alonso, José García Zaldo, Clemente Aramburo, y Rafael Angulo.
- (17) En coherente alineamiento con su práctica propagandista, -- ya larga, no ocultaba aquí la Abolicionista las lacras del -- pasado; así, el comercio colonial --afirma-- "no sólo ha costado la libertad y la vida a millones de seres, sino que ha -- producido la devastación de la costa occidental del continente, contribuyendo además a las sangrientas guerras que los habitantes del litoral han venido sosteniendo con los del interior desde el instante en que, por huir del hombre blanco que tales estragos llevaba a sus hogares, trataron de establecerse en comarcas más seguras que otras tribus ocupaban". Desda tal perspectiva, escasa podía ser la complacencia ante las nuevas incursiones por el litoral que mostrara la sociedad alentada por Labra, siendo más bien un temor expectante la actitud generalizada ante el fenómeno (y pudiendo interpretarse así la peculiar y tardía vocación africana del pro-

pio Labra). Pero la tarea española en Marruecos, abordada como obra eminentemente normalizadora y de incorporación al derecho de gentes occidental de áreas marginales, no podía --es evidente-- situarse en las mismas coordenadas. Esta es la razón, a mi entender, del apoyo sin condiciones ofrecido --aquí: Marruecos no podía seguir siendo por más tiempo símbolo vivo de algo que se trataba de erradicar.

- (18) El art. 15 de los estatutos de la ILE, reproducido al frente de cada Boletín, decía así: "La Institución Libre de Enseñanza es completamente ajena a todo espíritu o interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político. Proclama tan sólo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia, y la consiguiente independencia de su indagación y exposición, respecto de cualquier otra autoridad que la de la propia conciencia del profesor, único responsable de sus doctrinas". (BILE, 1877, p.42 sub. mío).
- (19) Cada una de esas zonas reclamaba, es evidente, una conducta particular: el mar Rojo, por ejemplo, era pieza fundamental en la ruta filipina, y sólo una decisiva y enérgica actuación diplomática sería bastante a conseguir alguno de los retos olvidados "por pueblos más previsores y no tan mal regidos". Las posesiones africano-portuguesas debían ser supervisadas por España ante el incipiente proceso de expolio a que se veía sometido el país hermano, ya que era "de temer --que el día en que termine la reconstitución de la nacionalidad española no pueda traer Portugal al común acervo sino --una parte insignificante de sus actuales provincias de Angola y Mozambique, como no le acuda España con sus fuerzas". --Marruecos y la costa del Sus y Uad-Num, cada uno por razones históricas convergentes, debían recibir atención cuidadosa e inminente siempre de acuerdo con lo ya expuesto por el núcleo principal de acción. Pero --también de acuerdo con éste-- la --concentración mayor de fuerzas debía dirigirse hacia el golfo de Guinea y la costa del Sahara, el primero, por la buena disposición para la incorporación efectiva a España que muestran hasta aquí sus habitantes, y por lo ventajoso del territorio: "Acaso ninguna otra región de Africa era más abonada que ésta para imprimir un impulso rápido y vigoroso al comercio y a la marina mercante de la Península", y todo ello ---"sin necesidad de más presupuesto que el que las Cortes votan cada año para sostener misiones católicas en la liliputiense isla fernandiana", la costa del Sahara, por su parte, acababa de ser escenario de una ocupación fomentada por la --Sociedad de Africanistas: continuar la exploración, iniciar la colonización y procurar la canalización del comercio interior, eran ahora los objetivos a seguir, según la agrupación aragonesa. En el fondo, era Costa quien hablaba.
- (20) "Hoy los trigos y cereales del país --se lamentaba el Fomento de Zaragoza-- y sus harinas no pueden sostener, especialmente en las provincias del litoral, la cruda guerra y tenaz compe

tencia que le hacen sus similares extranjeros, y eso que satisfacen a su entrada en España los derechos fiscales, o sea el 15 por 100 ad valorem del que aquí tienen. ¿Qué acontecería, pues, de abrir nuestros mercados a los cereales marroquíes, con solo el pago de un derecho de 10 por 100 sobre --avalúo, o tal vez otra menor? Por otra parte, este año, en -- que por fortuna o excepción, el estado de los campos nos promete una abundante cosecha, es natural que los precios sean aún más inferiores, y esa Junta Directiva, tan conocedora de todas estas cuestiones, por las que demuestra, a la par que su ilustración, un interés nunca bastante agradecido, comprenderá el daño mayor todavía que acarrearía a la agricultura el abrir en tan críticos momentos nuestros mercados a los trigos de Marruecos, libres, o poco menos, de derechos de entrada."

- (21) La comisión elegida para el caso estaba compuesta por Gregorio de Mijares (presidente), Blas Lázaro e Ibiza (secretario-ponente), Bernabé Dorronsoro, José Ubeda y José R. Jamarillo. La discusión del asunto no debió trascender a las sesiones generales de la Matritense, o al menos no merecieron la atención de ser recogidas en J. Ubeda y Correal, Memoria de la Sociedad Económica Matritense desde 1876 a 1912, Madrid, R. Velasco impresor, 1914.
- (22) "El rigorismo ordenancista --ampliaba la Económica--, con las consecuencias que de él se derivan y el carácter y condiciones de los naturales del país impedirían que estas colonias fuesen otra cosa que meras posesiones militares, costosamente mantenidas con sangre de nuestros soldados y recursos carísimos de nuestro Erario. La misión del ejército, que siempre la tiene donde flota la bandera española, debiera limitarse, en nuestro concepto, a restablecer el dominio español allí donde dolorosamente fuera preciso acudir a los procedimientos de fuerza. El establecimiento de un depósito militar en Canarias y la presencia en estas islas y las posesiones --españolas oeste-africanas de tres o cuatro pequeños barcos de nuestra Armada, serían suficientes para asegurar la rapidez y eficacia de esta acción en caso preciso. Este depósito militar podría ser al propio tiempo una estación de aclimatación para el ejército destinado a las Antillas, con lo cual se llenaría al propio tiempo una necesidad por tanto tiempo sentida y tan dolorosamente demostrada.

El ejército no debe establecerse permanentemente en las condiciones normales --advierde-- sino en aquellas colonias -- que lleguen a adquirir el desarrollo suficiente para exigirlo y aun en este caso, jamás debe incurrirse en la acumulación de autoridades que tan malos resultados ha dado para el desarrollo colonial de nuestras posesiones del Norte de África. Conviene, por el contrario, para huir de este gravísimo defecto, que a medida que el incremento de las nuevas pobla-

ciones lo exija, vayan estableciéndose en ellas funcionarios representantes de los diversos géneros de autoridad, o sea, de los poderes civil y militar, seglar y eclesiástico, judicial y administrativo".

(23) Las Conclusiones referentes a las colonias del occidente de Africa eran las siguientes:

- 1ª.- Proceder a la toma de posesión de Santa Cruz de Mar Pequeña, aceptando para ello la posición asignada al antiguo establecimiento de este nombre por los señores Coello y Ferreiro en la desembocadura del río Draa.
- 2ª.- Reconocer oficialmente como posesiones españolas las -- ocupadas últimamente por la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas, notificando su toma de posesión -- por parte de España a los Gabinetes extranjeros.
- 3ª.- Favorecer cuanto sea posible la instalación de nuevas -- posesiones españolas en la costa occidental de Africa y principalmente en los trayectos desde el río Draa al Cabo Blanco, y en las costas del Golfo de Guinea.
- 4ª.- Investir de representación oficial y atribuciones consulares a uno de los residentes de cada estación española en aquellas donde normalmente no resida ninguna autoridad de la metrópoli.
- 5ª.- Respetar el carácter comercial de las estaciones nuevamente fundadas, y recomendarlo para las que se funden -- como el más acertado para la colonización.
- 6ª.- Enviar una comisión que estudie la posibilidad de inaugurar una vía comercial que, partiendo de las posesiones españolas de Cabo Blanco o de Cintra, se dirija a Timbuctú.
- 7ª.- Llevar a cabo inmediatamente las obras necesarias para habilitar para la carga y descarga los puertos naturales de los puntos recientemente ocupados.
- 8ª.- Subvencionar una línea de vapores que, partiendo de Cádiz y haciendo escala en Gran Canaria, establezca comunicación periódica con las posesiones españolas de Bojador, Cintra, Cabo Blanco y Golfo de Guinea.
- 9ª.- Mantener en la Gran Canaria fuerzas militares suficientes para acudir, si preciso fuese, a cualquiera de las posesiones del occidente africano.
- 10ª.- Tener constantemente distribuidos en los puertos de estas posesiones dos o tres goletas de nuestra armada.

- 11ª.- No cumular nunca autoridades de diverso género en la misma persona, a fin de mantener siempre la conveniente separación entre los poderes civil y militar, seglar y eclesiástico, jurídico y administrativo.
- 12ª.- Declarar libre el comercio entre estas colonias y todos los territorios españoles.
- 13ª.- Favorecer la inmigración de familias peninsulares y canarias por medio de transportes gratuitos y lotes de terreno entregados para el cultivo, y cuya propiedad se les reconociera cuando los hubiesen cultivado cinco años consecutivos.
- 14ª.- Entregar grandes lotes a compañías agrícolas, sin cesión de la propiedad y concediendo una subvención proporcionada desde la tercera cosecha.
- 15ª.- Empezar sin pérdida de tiempo la ejecución de cuantas obras puedan conducir al saneamiento de la isla de Fernando Poo.

Poco tenían que ver, en consecuencia, las medidas propuestas para la serie de enclaves norteafricanos. Las Conclusiones referentes a las colonias del Norte de Africa a que había llegado la sociedad se concretaban así:

- 1ª.- Trasladar a la Península los presidios de Ceuta y Melilla, dejando en cada uno de dichos puntos una cárcel de partido.
- 2ª.- Reclamar el cumplimiento del artículo 3º del tratado de 1860, llevando los límites del campo de Ceuta hasta las cumbres de Sierra Bullones.
- 3ª.- Exigir el cumplimiento del art. 1º del tratado de 1866, estableciendo la aduana marroquí en el límite del campo de Melilla.
- 4ª.- Proceder a la inmediata colonización de los campos de Ceuta y Melilla, poblándolos con familias españolas, y respetando todas aquellas concesiones territoriales cuyo plazo no hubiese transcurrido o cuyas condiciones hubiesen sido cumplidas.
- 5ª.- Reducción de la guarnición de estas plazas a los estrictamente necesarios para su servicio.
- 6ª.- Separación completa de los poderes civil y militar seglar y eclesiástico, jurídico y administrativo en todas las posesiones españolas del Norte de Marruecos, aplicando todas las leyes vigentes en la Península.

- 7a.- Comenzar inmediatamente las obras necesarias para dotar a los puertos de Ceuta y Melilla de buenas condiciones para la carga y descarga en gran escala.
- 8a.- Aprovechar las condiciones naturales favorables -- que presentan las islas Chafarinas para la creación de un puerto de refugio.
- 9a.- Gestionar del gobierno marroquí la construcción de dos carreteras, desde Ceuta a Tánger y Tetuán, respectivamente, y de otra desde Melilla a Fez.
- 10a.- Declarar completamente libre la exportación de géneros a españoles desde nuestras posesiones del -- Norte de Africa con destino al imperio marroquí.
- 11a.- Gestionar la exportación ilimitada, con destino a España y sus posesiones, de los productos de la agricultura y de la ganadería marroquíes, y si esto no fuera posible, la limitación de un 10 por 100 -- sobre avalúo como máximo de dichos derechos.
- 12a.- Declarar de cabotaje el comercio entre España y -- sus posesiones norteafricanas.
- 13a.- Gestionar el establecimiento de una aduana marro-- quí en la frontera de Ceuta, y la habilitación de este puerto en las mismas condiciones que los de -- Tánger y Mogador para la exportación de los produc-- tos de aquel imperio.
- 14a.- Subvencionar temporalmente una línea de vapores -- que establezca comunicación diaria entre Cádiz y -- Tánger, y semanal entre estas plazas y las de Ceuta, Melilla y Algeciras.
- 15a.- Fundar en Ceuta, Tetuán y Tánger escuelas donde se dé la enseñanza primaria, incluyendo los idiomas -- castellano y marroquí.

(BSG, enero 1885, nº1, pp.104-106).

(23 bis) Por no haber llegado a tiempo, no se incluían en el volumen la política hispano-marroquí y la opinión pública -- en España (Madrid, 1885), las exposiciones de la Unión -- hispano-mauritana de Granada, la liga de Contribuyentes de Málaga o la Sociedad Económica Murciana. Para esta -- última, vid. RGC, nº 1 y 2, 30.6.85, p. 29, donde -- si no el plan completo de la Sociedad de Africanistas, por causa de la penuria del erario público-- si llega a sus-- cribir la Económica Murciana parte del proyecto, sobre todo en lo que se refiere a que "nuestras posesiones en Africa dejen de ser fortalezas y presidios y se trans--

formen en centros activos de comercio y de civilización".

(24) Vid. BSG, mayo 1885, nº 5, pp. 361-372. El acta es reproducida también en E. Fernández Clemente, *op. cit.*, pp. 40-47, - quien por haber hallado el borrador de la misma entre los papeles de Costa, en Graus, la considera inédita. También, en G. Reparaz, *Política de España en Africa*, pp. 266 ss.

(25) La esterilidad de la acción oficial, pasmosamente demostrada en el caso de Fernando Poo -al que en 1872 se consideraba el gobierno impotente para colonizar, tras varios intentos anteriores, a cual más estéril-, y la debilidad estructural del comercio y la producción españoles obligan a Costa a considerar como fórmula más apropiada aquella que caracterizó a la plenitud del capitalismo mercantil: las compañías de colonización. "Encuétrase España hoy -explica Joaquín Costa a quienes le escuchan- en condiciones análogas a aquellas en las que se encontraba Europa en los siglos XVII y XVIII, y que dieron nacimiento a tantas compañías mercantiles como se fundaron en Inglaterra, Holanda, Francia, España y Portugal, instituciones emi-privadas, semi-públicas, con todas las ventajas de la acción oficial y sin ninguno de sus inconvenientes, creadas en virtud de pacto, y, sin embargo, con atributos de soberanía, que concentran en sí una masa de medios a que no podría llegar ningún particular, y que, aun en el caso de fracasar, producen este doble resultado: no arruinar a los fundadores, por haberse repartido entre muchos las responsabilidades, haciendo los riesgos infinitesimales, y dejar a su patria en herencia un imperio colonial, como lo dejaron a Holanda e Inglaterra sus respectivas Compañías de Indias al tiempo de extinguirse, y como es posible que haga la Compañía de Borneo, constituida en nuestros días" (BSG, - *loc. cit.*, p. 363).

(26) El Reglamento previsto, completo, era como sigue:

Art. 1º.- Se constituye una Sociedad mercantil anónima, con el título de Compañía Española del Golfo de Guinea, con el objeto de comerciar principalmente en aquella región y de colonizar los territorios que en la misma posee España o que la Sociedad adquiriera.

Art. 2º.- Para el cumplimiento de los fines de su instituto, la CEGG podrá:

1.- Solicitar del Gobierno español la concesión de terrenos en las posesiones españolas del mencionado Golfo principalmente, o en cualquiera otra región que la Junta facultativa estime conveniente.

2.- Adquirir por vía de compra, cesión u otro medio legal, territorios, propiedades, minas, aguas y puertos -

en aquellas mismas regiones.

3.- Ceder y conceder a terceras personas porciones de esos territorios, minas, etc. en venta, censo, arrendamiento o cualquiera otra forma autorizada en derecho, para explotaciones agrícolas, mineras, industriales o mercantiles.

4.- Desmontar, descuajar y parcelar tierras y beneficiarlas por el cultivo o la ganadería.

5.- Explotar minas.

6.- Construir caminos, carreteras, muelles, canales, tranvías, ferrocarriles, telégrafos y cualquiera otra clase de obras públicas que interesen a la Sociedad.

7.- Construir los edificios y adquirir las máquinas, ganados, semillas y demás que sea necesario para el ejercicio de estas industrias.

8.- Establecer factorías comerciales y comprar y vender ellas productos africanos y europeos.

9.- Fundar estaciones civilizadoras.

10.- Llevar a cabo exploraciones en la costa o en interior del continente.

11.- Adquirir, arrendar y fletar vapores y cualesquiera otra clase de naves.

12.- Fomentar la inmigración y establecimiento de españoles y portugueses y de negros cubanos y africanos en sus posesiones.

13.- Establecer agencias y consignaciones en los lugares donde parezca conveniente para los fines de la Compañía

14.- Aceptar en los territorios donde se halle instalada o tenga algún agente, la representación de cualquier otra persona, Compañía o Corporación.

Art. 32.- La Compañía tendrá su domicilio legal en Madrid, con las sucursales que se crean necesarias en provincias, en Ultramar, o en el extranjero. Habrá, además, una Dirección en Santa Isabel de Fernando Poo, y otras en otras regiones si la Compañía llegase a afincar y funcionar fuera del Golfo de Guinea.

Art. 42.- El capital social se constituirá:

1.- Por acciones, cuyo importe será de 25 pesetas cada una, en número ilimitado, pagaderas en dos plazos o de una vez, a voluntad de los suscritores.

2.- Por donativos que hagan personas o instituciones que quieran contribuir a los fines de la Sociedad sin figurar en ella como accionista.

3.- Por empréstitos que se levanten con garantía de las propiedades de toda clase que posea la Compañía.

Art. 52.- También podrá recibir subvenciones del Gobierno para fines determinados, tales como transporte de la correspondencia, militares y empleados, fundación y conservación de estaciones civilizadoras, exploraciones en el interior, y construcción de carreteras y puertos, etc.

Art. 62.- En las Juntas generales tendrán voz todos los accionistas, y, además de voz, un voto los suscritores que posean 5 a 20 acciones, dos votos los suscritores de 20 a 100 acciones, tres los de 100 a 200, y cuatro los que hayan suscrito o adquirido mayor número.

Art. 72.- La CEGG estará regida por un consejo de administración y por una junta facultativa.

Art. 82.- El Consejo de Administración estará compuesto de 15 individuos, nombrados: diez por la Junta general y cinco por la Junta facultativa. Los primeros se renovarán - - anualmente por mitad, y los segundos serán nombrados cada año.

Art. 92.- La Junta facultativa se compondrá de 15 individuos, designados la primera vez por la Junta general. De las vacantes que ocurran en lo sucesivo, proveerá la mitad el Consejo de Administración y la otra mitad la Junta facultativa misma.

Art. 102.- Corresponde al Consejo de Administración:

- 1.- La representación legal de la Compañía.
- 2.- La formación y aprobación del presupuesto.
- 3.- La revisión de cuentas y su presentación a la Junta General.
- 4.- La distribución de fondos y todo lo concerniente a los medios económicos de la Compañía.
- 5.- La convocatoria de las Juntas Generales.
- 6.- La elección de tesorero y secretario de la Cia.
- 7.- El nombramiento del personal subalterno administrativo.

Art. 112.- Corresponde a la Junta facultativa:

- 1.- Acordar los lugares donde deban establecerse factorías, majadas, cortijos, fábricas y explotaciones mineras.
- 2.- Aprobar las obras que deban llevarse a cabo, caminos, telégrafos, y demás.
- 3.- Ordenar las estaciones que hayan de fundarse y las exploraciones que hayan de emprenderse, y designar el personal a que haya de dirigirlas.
- 4.- Ordenar los desmontes y descuajes de tierras para el cultivo o para la venta.
- 5.- Proponer al Consejo las concesiones y ventas de terrenos o someter a su aprobación las reglas para -- efectuarlas.
- 6.- Proponer asimismo la adquisición o arriendo y -- equipo de naves para el transporte de mercancías y -- personas a los lugares que hayan de explotarse.
- 7.- Nombrar un Secretario y un Vicesecretario, así como el personal técnico, facultativo y auxiliar para los transportes, cultivos y demás explotaciones de la Compañía.
- 8.- Dictar los Reglamentos necesarios para la ejecución de sus acuerdos y los de la Junta General y del Consejo de Administración.

Art. 122.- El Director General y el Vicedirector de la Compañía serán Presidente y Vicepresidente del Consejo de -- Admón. y de la Junta facultativa, y les corresponderá llevar la firma de la Compañía. Serán nombrados anualmente -- por los individuos del Consejo y de la Junta mencionados, reunidos al efecto. Las personas que desempeñen uno y otro cargo son reelegibles indefinidamente.

Art. 132.- La Compañía estará representada en Santa Isabel de Fernando Poo por un Director Gerente, nombrado por el -- Consejo de Admón. y la Junta facultativa, quienes podrán removerlo libremente en todo tiempo. En igual forma serán designados los demás gerentes que fuese necesario acreditar en otros mares o en otros territorios.

Art. 142.- La Compañía será siempre española, y no podrán formar parte de su Consejo de Admón. ni de su Junta facultativa ni de ningún otro cuerpo directivo que se constituya, los accionistas que sean súbditos de otra potencia.

Art. transitorio.- Estos estatutos regirán con carácter de

provisionales hasta que se reúna la Junta general. (BSG, --
 ibid., pp. 364-66).

- (27) El procedimiento para evitar funestas anticipaciones de más celosos buscadores de colonias era el siguiente, encaminado a proceder prácticamente por sorpresa: "Aprobado el domingo 12 el proyecto, pensábamos proponer a continuación - el nombramiento del Consejo de Administración y de la Junta facultativa, a cuyo efecto estaban preparadas las candidaturas, se trataba de convocar a uno y otra el lunes, hacer que el Sr. Moret, v. gr., llamara a las puertas de su patriotismo, a fin de lograr de los consejeros que suscribieran un cierto número de acciones y las pagasen en el acto, o bien que anticiparan cinco o seis mil duros a cuenta de la suscripción nacional, al día siguiente, martes, debía salir el Sr. Iradier para Barcelona, comprar los efectos necesarios, dirigirse a todo vapor al golfo de Guinea sin anunciarlo al público, con el objeto de adquirir de -- los régulos indígenas la costa continental desde Camarones al río Campo o al Benito, mientras nosotros aquí, libres de esa zozobra y del riesgo que ahora estamos corriendo, - desarrollábamos paulatinamente la suscripción y formalizábamos la constitución de la Compañía".
- (28) La invitación fue dirigida a : S.M. el Rey, Adolfo Bayo (Madrid), Adolfo Calzado (Madrid), Alberto Faura (Barcelona), Alfonso Gourié (Las Palmas), Antonio Escubós (Barcelona), Antonio Debesa (Valencia), Antonio Duarte (Málaga), Antonio Millán (Sevilla), Antonio Martínez Pinillos (Cádiz), - Antonio Soler (Humacao), Antonio González de Mendoza (Habana), Arturo Mañez (Valencia), Banco de España, Banco Hispano-Colonial (Barcelona), Banco de Bilbao, Banco de Santander, Bonifacio Ruiz de Velasco (Madrid), Bruno Zaldo (Madrid), Carlos Cañal (Sevilla), Carlos Prast (Madrid), Carbajosa y Cía. (Valencia), Claudio López (Barcelona), Conde de Almaraz (Madrid), Conde de Bell-lloch (Barcelona), Conde de Casa-Moré (Habana), Conde de Santurce (Puerto Rico), Conde de Vega Grande (Las Palmas), Conde de Linares (Madrid), Conde de Cañongo (Habana), Conde de Casa Ibáñez (Habana), Conde de Rius (Madrid), Conde de Santiago (Madrid), Conde de la Mortera (Habana), Domingo Sert (Barcelona), Domingo Peña (Madrid), Duque de Fernán Núñez (Madrid), Duque de Veraguara (Madrid), Enriqueta López Arjona (Sevilla), - Enrique Ziburo (Madrid), Eduardo Gasset y Artime (Madrid), Eduardo Aznar (Bilbao), Emilio Vidal (Barcelona), Emeterio Romillo (Madrid), Esteban Martín (Madrid), Eusebio Guinea (Madrid), Evaristo Arnús (Barcelona), F. Silva y Soler - - (Puerto Rico), Federico Marcet (Barcelona), Federico Rubio (Madrid), Felipe Tutau (Madrid), Fermín Lasala (Madrid), - Fernando Illás (Habana), Fernando Puig (Madrid), Fernando de Ibarra (Bilbao), Francisco Cano (Madrid), Francisco de P. Jiménez (Madrid), Francisco de P. Retortillo (Madrid), Amado Osorio (Vega de Rivadeo), Antonio Juncadella (Barcelona)

Francisco Bastón (Puerto Rico), Francisco Rodríguez Avial (Madrid), Francisco Romero Robledo (Madrid), Gabriel de Ibarra (Bilbao), Gonzalo Jorrín (Habana), Hijos de Salvador Vidal (Barcelona), Hijos de J. Larios (Málaga), Ibáñez hermanos (Valencia), Ibo Bosch (París), Ignacio Mercader (San Sebastián), Ignacio Bauer (Madrid), Jacinto Anglada (Madrid), Jacinto Ruiz (Madrid), Joaquín de la Gándara (Madrid), Joaquín María Borjes (Habana), Joaquín Dóriga (Madrid), José Sister (Valencia), José Silverio Jorrín (Habana), José de Carvajal (Madrid), José Genaro Villanova (Madrid), José de Navarrete (Valencia), José Tutón (San Sebastián), José de la Gándara (Madrid), José Simón y Radó (Madrid), José Ramón López Dóriga (Santander), Jover y Cía (Barcelona), Juan Anglada (Madrid), Juan Barrié (Coruña), Juan F. Tabernilla (Habana), Juan Mañé y Flaquer (Barcelona), Juan Serrallés (Ponce), Juan Cumella (Santa Cruz de Tenerife), Luis Pérez (Valencia), Luis Brabo (Mayagüez), Luis Ruiz de Velasco (Madrid), Manuel Aguria (Habana), Manuel Calvo (Habana), Manuel Eguilior (Madrid), Manuel Ma Santa Ana (Madrid), Manuel Girona (Barcelona), Manuel del Corral (Santander), Manuel Fernández Gutiérrez (Santander), Manuel Ruiz de Velasco (Madrid), Marqués de Almanzora (Madrid), Marqués de Caracena (Puerto Rico), Marqués de Casa Riera (París), Marqués de Ciutadilla (Barcelona), Marqués de Vallejo (París), Marqués de Casa Jiménez (Madrid), Marqués de Campo (Madrid), Marqués de Linares (Madrid), Marqués de Casa Pombo (Santander), Marqués de Urquijo (Madrid), Marqués de Riscal (Madrid), Marqués de Cayo del Rey (Madrid), Marqués de Mudela (Madrid), Marqués de Casa Loring (Málaga), Mariano S. Minuesa (Madrid), Martín Esteban (Madrid), Matías López (Madrid), Miguel Saenz (Sevilla), Miqueletorena hijos (Madrid), Morán y Cía. (Valencia), Nemesio Aurrecoechea (San Sebastián), Pascual Torras (Madrid), Patricio de Pareda (Madrid), Rafael Prieto y Caules (Madrid), Ramón Brunet (San Sebastián), Sert y Solá (Barcelona), Segovia y Cuadra (Sevilla), Teodoro Llorente (Valencia), Tomás Terré (Habana), Tomás Haynes (Cádiz), Tomás Heredia (Málaga), Tomás de la Calzada (Sevilla), Valentín Morales (Madrid), Vidal Quadras (Barcelona), Vicente Ruiz de Velasco (Madrid), y Vinuesa y Cía. (Sevilla). (BSG, mayo - 1885, nº 5, pp. 385-87.).

- (29) Entre las negativas, el duque de Fernán Núñez, Manuel Larios, J. Cumella, M. S. Muniesa y Felipe Tutau (entre otros muchos), aquellos dos últimos por situar a Marruecos como objetivo preferencial ante cualquier acción exterior. El círculo de la Unión Mercantil, en la persona de su presidente Carlos Prast, se muestra ahora retraído y desconfiado, en radicalmente opuesta actitud a la que manifestara aquella institución respecto a la intervención en Marrueco, a pesar de ello, contribuirá Prast con 1.000 pesetas. Es significativa la satisfactoria respuesta de algunos de los capitalistas cubanos (cfr. Lécuyer y Serrano, op. cit., p. 266, nota 21) que dejan traslucir sin embargo

una profunda crisis en la rentabilidad de sus negocios. Ello ofrece a Costa materia de reflexión y corrobora sus previsoras inquietudes: "Exhalan otras (respuestas) el -- grito de Cuba agonizante, fiscal severo de nuestra desastrosa política colonial y consejero mudo y experimentado que augura la ruina de nuestras creaciones y la esterilidad de nuestros esfuerzos si no los encaminamos por rumbos opuestos a los que España ha seguido y sigue todavía, agra vándolos, en el Nuevo Mundo" (BSG, ibid., p. 395).

- (30) Concretamente: Federico Zabala (25), Abdón Goiti (25), -- Eduardo Echavarría (20), Félix Eseverri (10), Juan Iba -- rondo (5), Pedro Ordoño (5), José Roure (5), Nicasio Lacalle (10), Ramón Apraiz (10), Víctor Velasco (25), Nicolás Becerro (10), Julián Apraiz (20), Ramón Lanz (10), -- Martín Tosantos (10), Simón López (7,50), Bernardo Acha (10), Teodoro Iradier (10), Ladislao Velasco (25), Ricardo Arellano (5), Juan José Herrán (10), Joaquín Herrán (25), Fermín Herrán (10), Tomás Arroyabe (25), Ateneo de Vitoria (50).
- (31) Marqués de Vallejo, Eusebio Guinea, Ignacio Mercader, José Totón, Ramón de Brunet, Bruno Zaldo, y Marqués de Riscal (cada uno, 125 pesetas). Vid. igualmente, al respecto, -- ADE, II, nº 57, 14.6.84, p. 170, con relación y noticias de suscriptores.
- (32) BSG, octubre-noviembre 1884, nº 4 y 5, p. 311.
- (33) Confiando en la pronta y satisfactoria respuesta del país -- "dentro de unos meses, cuando se hagan públicos los resultados de esta primera expedición", manifestaron los interventores sin embargo "que encontraban muy bajas algunas -- partidas, p. e., la manutención de los dos viajeros, el -- coste de construcción de la casa-estación y el seguro sobre la vida del Sr. Iradier", que propusieron ampliar hasta 1.000 pesetas, "para asegurar a la familia de dicho señor de ocho a diez mil duros" (Osorio, militar (?), había renunciado generosamente al seguro). (BSG, agosto 1885, p. 122.
- (34) BSG, ibid., pp. 121-22: "Territorios adquiridos para España por la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas en -- la costa occidental de Africa" (cont.).
- (35) "Criterio para apreciar la importancia relativa de los lugares: --prosigue el escrito-- fondeadero, agua potable, materiales de construcción, altitud y salubridad (situación -- con respecto a las charcas y ríos), tierras cultivables, -- aptitud para la defensa. En igualdad de las demás circunstancias, se preferirá, para instalar la estación, un punto abundante en palmeras, pues el año que viene se procurará enviar una prensa hidráulica pequeña para la extracción de

aceite, con la mira de apresurar la transformación de la estación-factoría en aldea, y subsiguientemente, en pueblo industrial y agrícola. Pero, por el momento, lo que importa y urge más que nada es la toma de posesión y la ocupación efectiva de la costa, y de no poderse conciliar todo, sacrificarán a esta necesidad toda otra consideración incluso la existencia de agua potable. Quizá sería conveniente, además de esa instalación-matriz dirigida por Osorio ⁴ 6 6 negros, instalar con carácter de provisionales otra u otras, aunque sean de ramas y tierra, con un par de negros cada una, que mantengan enarbolada nuestra bandera y sean señal de toma de posesión. En tal caso, Osorio deberá visitarlas periódicamente con la embarcación que tenga a su servicio, o con la lancha de vapor de Fernando Poo, cuando el gobernador quiera prestar en servicio patifístico para el cual está autorizado. Ocupaciones en la estación: traficar, como las demás factorías del Golfo de Guinea, estudiar los recursos del país, hacer colecciones de historia natural y de artículos comerciales, practicar ensayos de cultivos de plantas europeas, con semillas llevadas de Tardienta y Barcelona (trigo, cebada, habas, judías, guisantes, patatas, lino, cáñamo, arroz, lechuga, maíz, tabaco, algodón, café, etc.), a registrar minuciosamente cuanto se observe en su desarrollo, a fin de apreciar los efectos de la latitud, recoger observaciones meteorológicas, visitar los alrededores y trazar su plano y relieve, estudiar las aptitudes, aficiones, inteligencia y sentimientos morales de los indígenas, fijar su Diccionario y su Gramática, trabar relaciones con las tribus del interior, y proponer a la Junta de la Sociedad cuanto, a su juicio y por consecuencia de todos esos estudios, se deba hacer para consolidar la posesión, extenderla y hacerla provechosa para España". (Reprod. en BSG, agosto 1885, pp. 123-126, para las noticias geográficas sobre la zona suministradas por Coello, *ibid.*, pp. 126-128).

- (36) Vid. su conferencia, a la vuelta de la expedición, en la SGM (7.IV.85), en BSG, mayo 1885, nº 5, pp. 333 ss. ("Nuevos territorios españoles de la costa del Sahara...").
- (37) Mejor que a través de García Figueras, tomo los datos para esta construcción directamente de la Revista de Geografía Comercial, 30 junio 1885, nº 1 y 2, pp. 10 ss. Sub. mío (E.H.), así como de la copia de la circular existente en AHN, Gobernación, leg. 1708, "Relaciones con el Ministerio de Estado (1884-1886)". Se afirma allí haberse procedido queriendo dar una prueba de la solicitud con que piensa fomentar (el Gobierno) los intereses de la industria y el comercio en España".
- (37 bis) El Día, 10.4.85, evalúa las pérdidas en 30.000 reales.

(38) A este respecto, resulta significativo el esfuerzo del libre cambio organizado, por aquellos días para hacer cobrar fuerza jurídica a la fórmula de colonización por compañías privadas, dotándolas -también para el caso español- de potencialidad soberana para entrar en contacto con las naciones extranjeras. Así, el 15.1.84, publicaba el RILE (VIII, nº 166, pp. 7-9), la traducción de un trabajo de Sir Travers Twiss sobre "Política colonial. Ejercicio de la soberanía -- por compañías comerciales". En realidad, se centraba el artículo sobre el carácter periclitado de los derechos aducidos por estados como los Países Bajos o España (caso de Pongne), derechos previos -pero no desplegados en una organización del territorio y explotación efectivas- a la actividad protagonizada, en este último caso, por la "British North Borneo Co".

(39) La Unión Comercial, nº 36, 5.4.85, pp. 5-7: "España en Africa". En su segundo año de vida, el periódico mercantil presta -- esencial atención a la marcha de los intereses nacionales -- en Africa. Así con el hilo conductor común de los alborotos surgidos en torno a escaramuzas diversas con los indígenas (en los casos respectivos de Alhucemas, golfo de Guinea y - Costa del Sahara), vid. los artículos "Africa" (año II, nº 34, 22.3.85, pp. 5-6), "Variedades. Noticias del Golfo de Guinea" (ibid., pp. 6-7), y el ya citado "España en Africa". La opción africana está firmemente asumida por estos comerciantes asentados en Madrid: "La falta de elementos de vitalidad dentro de nuestra península, reconocida por todos los economistas, quizá encontraría pródiga compensación en la tierra africana, y puesto que otras posesiones españolas, -- un tiempo sostén de nuestros pasados esplendores, hoy carga siquiera sea honrosa, de nuestro tesoro, están en visible decadencia, nada más lógico y más natural, que buscar en -- Africa lo que América nos niega". Existe, pues, la convicción profunda de que "la colonización de aquellas tierras, el trabajo de aquellas minas, serían fecundo campo a las actividades de nuestro comercio y de nuestra industria, y millares de obreros podrían ir a explotar con el sudor de su frente las comarcas que hemos regado ya con sangre española asegurando la posesión de unos territorios cuyo derecho a -- adquirir, iniciado por la fuerza, se robustecería por la acción diplomática" (Ambas citas en Africa cit., p. 5).

(39 bis) En cuanto que se supo en Madrid el asalto a la factoría de Villa-Cisneros el senador Alau y el diputado Azcárraga se apresuraron a plantear la cuestión ante los respectivos cuerpos colegisladores. Alau, tras solicitar del gobierno el castigo del atentado, provocó la rápida reacción del ministro de Estado Elduayen, quien se excusó de ofrecer pormenores a la cámara alta, por tratarse de un territorio en el que el gobierno español se había comprometido meramente

a proteger los intereses nacionales que allí parecían iniciarse. Pero a juicio del ministro lo ocurrido tenía una explicación: se había fundado un establecimiento en territorio donde no había seguridad, por la situación de las tribus, ni soberanía reconocida.

En el Congreso, Azcárraga preguntó qué medidas efectivas había tomado el gobierno, tanto antes como después del hecho, cuando concedió la protección oficial a los establecimientos en cuestión, autorizándolos para enarbolar la bandera nacional. Cánovas vió ya el momento de intervenir, atajando a tiempo lo que, en manos de su ministro de Estado, corría el riesgo de tomar vuelos de escándalo. Su discurso fué acogido favorablemente por la prensa y el parlamento, y hasta la Revista de Geografía Comercial no halla empacho en calificarlo de "reflejo de la opinión general", así como de "fórmula de las comunes aspiraciones". Minimizando lo ocurrido, desplaza el presidente sin esfuerzo alguno la responsabilidad desde la esfera de lo oficial (a donde quería haberla llevado los interpelantes) hasta la de lo meramente privado: "Libreme Dios de dirigir ni a la Empresa que tal obra había cometido, sabiendo que la acometía bajo su responsabilidad, ni mucho menos a las personas que han sido objeto de ese ataque (...) ningún cargo severo, libreme Dios de querer causar a los que sobreviven ninguna amargura con lo que digo, pero, ¿cómo ocultar que, -- aun cuando nacida de los móviles más generosos, fueron una confianza y una imprevisión las suyas que no podían por menos de conducir a tales resultados? (...) Servirá esto de lección, si es que se necesitaba, de que no hay factoría -- ni puede haberla, que no empiece por estar armada, y después de tener armas, por tenerlas siempre en disposición de usarlas, porque, de otra suerte, es imposible toda factoría, ni inglesa, ni francesa, ni rusa, ni de ningún país, a no ser que en lugar de factorías comerciales se decidan los Estados a ir creando plazas fuertes donde quiera que una compañía diga que puede establecer una factoría, sistema no adoptado por ninguna nación comercial, y que de seguro yo no aconsejaría a S.M. el Rey ni a las Cámaras que -- adoptaran. No siendo esto así, lo que en todas partes se ha hecho hasta ahora, lo que hay que hacer en el porvenir, es tener y reputar a la par a toda factoría o empresa comercial entre esos bárbaros, por un establecimiento militar y por un establecimiento de naturaleza mixta en que el comerciante esté dispuesto a toda hora a defender su vida y su fortuna con las armas en la mano. Estos son los hechos.

Naturalmente, el Gobierno no puede pedir reparación a esas docenas de moros del Sahara, que se han vuelto a interrumpir después de su robo, y Dios sabe a cuántas leguas estarán de los puntos en que cometieron su alevosa hazaña. Toda demostración militar sobre el caso en la costa misma -

-prosigue Cánovas- podía llegar hasta a ser ridícula, y un barco de guerra podía estar allí esperando a esos moros mucho tiempo, meses y años, sin que volvieran. A un destacamiento militar, si era bastante fuerte para intimidar a los moros, le pasaría otro tanto, no se pondrían a tiro, porque a ellos ¿qué les importa, ni qué territorios defienden -- ellos, ni qué nacionalidad, ni qué nada? (...) Pero, ¿qué va a suceder ahora? Esto no depende principal ni esencialmente del Gobierno de S.M., esto depende, ante todo, de -- las mismas empresas, de los propios capitalistas. Verdaderamente, no se puede negar que es éste un fracaso bajo el punto de vista mercantil, porque, buenos o malos los habitantes de aquella costa (...) la Empresa mercantil tiene -- necesariamente que contar con ellos, y ha de dejar pasar -- el tiempo natural para que se olvide un poco lo sucedido y sirva sólo para mayor precaución en el porvenir y para volver otra vez a reanudar los tratos que por ese motivo quedan interrumpidos.

Pero, en fin -concluye el jefe del gabinete- yo lo de claro francamente, sentiría muchísimo que, por este fracaso, en que rarísima vez han dejado todas las Empresas de -- incurrir (...), Empresas de porvenir y Empresas que habían dado ya pasos importantes en el camino de establecer factorías nacionales en aquellos territorios, abandonaran su propósito (...) Yo estoy dispuesto (...) a redoblar la protección, si es posible, en los límites de la protección misma. Y si la Compañía está dispuesta a reparar allí lo que se ha destruido, a llevar allí nuevos capitales y a -- continuar sus obras (...) el Gobierno está dispuesto también hasta asegurarles el territorio que necesiten por la fuerza, mientras ellos establecen sus factorías".

Grandes aplausos remataron el discurso de Cánovas, de de "todos los lados de la Cámara" (Vid. su intervención recogida casi por completo, en RGC, 31.7.85, nº 3. pp. 38-40).

(40) RGC, nº 1 y 2, 30.6.85, p. 29.

(40 bis) RGC, 30.6.85, nº 1 y 2, p. 23 ("Movimiento geográfico y económico de España. Sociedad Española de Africanistas. Actas").

(41) BSG, julio 1885, "Comisión para informar a la junta directiva acerca de los derechos adquiridos por la Sociedad de -- Africanistas en territorios del valle del Río Muni", sesión del 24 de mayo de 1885 (p. 41).

(42) BSG, *ibid.*, p. 42, sesión de la junta directiva de 16 de -- junio de 1885, con la lectura de una comunicación del presidente del Consejo de Ministros dando noticia del traspaso a Ultramar de la petición de la Sociedad.

(43) BSG, mayo 1885, nº 5, pp. 280 ss. ("Reseña de las tareas y estado de la Sociedad").

- (44) Vid. noticia en BSG, ibid., p. 280, y RGC, 30.6.85, pp. 28-29. Sobre el Sahara, también en el Ateneo, RGC, ibid., pp. 10 ss. Adujo entonces cuatro razones fundamentales para la presencia española en aquella zona: la "conveniencia" política, la comercial, y la industrial o pesquera, y la agrícola. En resumen, pensaba Costa en aquel momento que "España puede crear en el Sahara occidental una colonia cuyo valor se gradúe por una mitad de lo que vale la colonia de Argelia bajo el punto de vista agrícola, superior a la Argelia en el aspecto comercial, y única y excepcional en -- África bajo el punto de vista de las pesquerías" (p.11).
- (45) RGC, 30.6.85, p. 13.
- (46) Pueden verse los folletos del teniente de infantería de marina Luis Sorela, de vocación cosmopolita y viajera, y que -- además de pertenecer a la Sociedad Geográfica madrileña era miembro de la de Berlín y de la Africanista alemana. Especialmente, Les possessions espagnoles du Golfe de Guinée. Leur présent et leur avenir, Paris, A. Jahure, 1884, y Ale en Africa, Berlín, H.s. Hermann, 1884, interesante sobre todo el segundo por la neta vinculación que establece el fomento de la marina alemana y el "renacimiento presente del espíritu colonial alemán".
- (47) Se incluyen en el capítulo 11, artículo 8º del presupuesto del Ministerio de Estado. Moret, a la sazón presidente de la Geográfica, y principal inductor de la idea, felicita -- con este motivo a la comisión de presupuestos y al gobierno, recordando al presidente del gabinete que un crédito similar, recientemente otorgado por el Reichstag, ha sido reclamado precisamente por el propio Bismarck (Reprod. en RCG, 31.7.85, nº 3, pp. 45-46).

C A P I T U L O V I

REMODELACION Y EVOLUCION DE LAS SOCIEDADES

DE GEOGRAFIA

500

- 1) DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE AFRICANISTAS Y COLONISTAS
A LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE GEOGRAFIA COMERCIAL

La Sociedad Geográfica, entre tanto, va tomando un cariz momentáneamente comprometido con una práctica política concreta y definida. Torres Campos había hablado de la necesidad de realizar "actos (...) que nos sirvan para adquirir algún mérito bajo el punto de vista de la propagación de la cultura y de la extensión de las relaciones mercantiles, transformando a la Sociedad de academia científica en entidad activa, comercial y exploradora" (1). Era ésta, en efecto necesidad sentida por los más conscientes y emprendedores de sus miembros, pero existía el problema de la enseñanza, la otra gran vertiente de la empresa, naturalmente concebida también como pieza clave de una labor propagandista en términos amplios.

Por otra parte, la función agitadora concreta para la que había nacido la Sociedad de Africanistas y Colonistas se resentía ya -a pesar de un mantenido éxito- de la opresión y recortes a que la sometían unos objetivos que, afortunadamente para los colonistas, parecían haber llegado a quedarse estrechos. En realidad, la ejecutiva (Coello y Costa, Costa y Coello, cada uno con la movilidad propia que les daban unos medios y una formación que, en definitiva, se habían volcado hacia objetivos comunes) había manipulado con habilidad las palancas de unos intereses, materiales o ideales, que hallaban su encarnación en políticos, comerciantes o pensadores de cierto renombre. Rozando siempre los contactos semiprivados con peldaños intermedios del poder, la Sociedad de Africanistas no atendía, bien es verdad, a un continuo deber informativo con quienes componían su junta general. Misiones de "alto nivel" mantenían ocupados a sus prohombres y, por otra parte, también es cierto -que el estrecho contacto con la Geográfica y la doble militancia de muchos de sus afiliados obviaba las imprescindibles rendiciones de cuentas.

Es más, la repercusión periodística y parlamentaria de la actuación de los Africanistas iba a ser sin duda bastante para hallarse al corriente sin grandes esfuerzos. Y así sucede que, de hecho, transcurre casi exactamente un año entre la primera junta general (en julio de 1884) y la segunda y última (en junio del 85). Pero para entonces se ha decidido abordar una importante reforma, que dará nuevo impulso al intento.

El conglomerado de circunstancias anteriores va a decantarse, a la vuelta de Coello de la Conferencia de Berlín, en una mutación estructural - que, por el momento, iba a poner punto final a esa doble exigencia de ampliar, a un tiempo, la acción económica y la educativa. La división de papeles, ahora todavía con carácter más nítido, será el instrumento elegido. Mucho ha aprendido siempre la 'intelligentsia' hispana tras viajar al extranjero, y esta vez traía Coello del magno encuentro imperialista la panacea : a partir del verano, con notable amplitud de objetivos (la incorporación del - viejo imperio ultramarino a la problemática inserta en el activismo colonial es, en este sentido, fundamental), la Sociedad de Africanistas se convierte - en la llamada de Geografía Comercial, sociedad proyectada como "del género de las que existen en todas las naciones de Europa, menos en España".

Pero el afán de involucrar, cada vez con mayor intensidad, a las burguesías mercantil e industrial, exige una materialización y difusión periódica de las conquistas prácticas. Nace así, y con una intencionalidad claramente explícita, la Revista de Geografía Comercial, concebida con el doble carácter de "geográfico-mercantil". El experimento nacido al calor de la euforia colonial (breve y voluntarista, inesperada y pintoresca a un tiempo) cobraba - ahora visos de consolidación institucional; nacía la nueva sociedad con la herencia y el prestigio de su antecesora; poco después de aparecer, problemas de - notable gravedad para el país iban a incidir de lleno sobre ella.

Cuando se produce la transferencia de funciones entre las dos sociedades, el proyecto colonial gana en riqueza y complejidad. La aparición de una - revista propia, constantemente atenta al pasado y al porvenir, proporciona al historiador un número mayor de elementos de juicio para el contraste y la reconstrucción. De la mano de Costa, a cuya pluma infatigable se debe buena parte del contenido total de los números que aparecen en los dos primeros años, vamos a tratar de seguir la evolución de la idea colonial en el circuito madrileño y su proyección funcional en relación al poder político.

De nuevo el ejemplo inglés, como era de esperar, en la declaración de principios que informa la aparición del número primero de la nueva Revista de Geografía Comercial, el 30 de junio de 1885. "La Geografía y el Comercio" es el subtítulo explicativo de una "Introducción" encaminada a poner de relieve la directa relación existente entre nivel de desarrollo del capital y cultivo científico de la geografía: Inglaterra, "la nación práctica por excelencia (...), es también la que más dinero, más tiempo y más atención consagra a las cuestiones geográficas entre todas las de Europa".

Pero no se trata allí, es evidente, de un cultivo acotado en los resortes más o menos accesibles de las elites del saber: muy al contrario, en los mítines en favor de la constitución de nuevas sociedades geográficas (Manchester, Edimburgo, ...), encabezados "por el propio alcalde", hallaban cumplida representación "todas las grandes fábricas (...) y todas las casas de comercio". Por el contrario, los centros productores españoles -- Barcelona con lugar destacado en ejemplificación -- parecen dormir un letargo que emboza antiguas y lícitas reivindicaciones: el fomento de la marina mercante, la búsqueda de nuevos mercados, aquella colonización mercantil montada en alas del florecimiento catalán que arranca de los cuarenta, se han ido agostando lentamente tras una incipiente floración (2).

En la mente de quien escribe se halla ahora, sin lugar a dudas, la "Exposición" aquella, elevada por la Sociedad de Amigos del País de Barcelona a la reina, en 1858, y que no tardará en publicar la propia RGC (3). La Exposición, no demasiado conocida, decía así: "Dominando Fernando Poo y Annobón el Golfo de Guinea, y siendo el país más sano de aquel mortífero clima, sea que bajo el punto de vista político se considere la importancia que esa posesión tendría para sentar la planta en el Africa y enseñorearse, como otras naciones, de los territorios que puedan colonizarse; sea que, bajo el punto de vista simplemente naval, se atienda a la conveniencia de tener en aquellos mares puerto seguro donde guarecerse las naves y hacer sus reparos, habilitaciones, carenas, provisiones y despachos, sea en fin que, bajo el pun-

to de vista económico, se pesen en la balanza de nuestros intereses las ventajas que para el comercio nos reportaría la habilitación de aquellas islas, las condiciones favorables que para el comercio de Africa su colonización nos daría están fuera de todo encarecimiento.

Conocidos los productos que de ellas, así como de la costa de Africa, podríamos extraer, es fácil observar que las maderas de construcción, siendo allí excelentes y pudiendo cortarse en gran cantidad en aquellos bosques seculares, abrirían un inmenso y venturoso porvenir a nuestra marina de guerra, en la cual tanto se hace sentir su falta. Los palos tintóreos, que producen brillantísimos y permanentes colores, podrían ser para nuestra reciente industria una causa de progreso y desarrollo, tanto mayor cuanto que es extraordinaria la baratura de aquella clase de productos. Las gomas, cuyos usos empiezan a ser conocidos en España para las importantes fabricaciones de pinturas, barnices y charoles, las comunicarían una vida de que hasta ahora no han gozado. Y, por último, las semillas oleaginosas y el aceite de palma permitirían desarrollar en nuestro suelo y en grande escala la industria hoy naciente de la fabricación de velas esteáricas, y la no menos importante de jabones de todas calidades, producto de general consumo para todas las clases de la sociedad.

En cambio de esos productos, que tantos y tan provechosos rendimientos nos proporcionarían, ofrecería a los africanos la España sus vinos y aguardientes, muy codiciados en aquellas costas; el aceite común, que tiene en ella siempre fácil salida; las telas, acomodadas al gusto especial de aquellos consumidores; y, finalmente, cuanto el común trato y la civilización, cada día mayor, de los naturales, hiciera conocer con el tiempo y las continuas relaciones que habría de ser apetecido para el cambio.

Nuestra marina mercante hallaría en ese comercio recíproco un natural desahogo a la superabundancia de sus buques; la gente de mar, un trabajo lucrativo; colocación y porvenir, la población excedente de algunas de

nuestras provincias, la agricultura e industria, salida a sus productos y artefactos; y el comercio, en fin, nuevas vías fuera de las muy comunes, de que no le es dado apartarse.

Y para que V. M. en su alta penetración pueda medir los benéficos resultados que, en último lugar, reportaría a España ese nuevo comercio, bastará decir que la nación inglesa extrae todos los años de las playas africanas, tan solo en aceite de palma, por valor de seis millones de duros, que es aproximadamente el de treinta mil toneladas de aquella sustancia, que suple hoy a la esperma de ballena con tan felices resultados, que ya los balleneros van abandonando sus peligrosas y cada día más escasas pesquerías; de manera que bien se puede conjeturar que ese nuevo producto, importado a Europa, constituirá un manantial de riqueza más fecundo, si cabe, y duradero que lo fué la pesca de los cetáceos algún día para muchas de las naciones orientales.

Francia, en semillas oleaginosas, como el sésamo, el pistacho y otras, hace un comercio tan activo que en uno de estos últimos años, solo con destino al Senegal, salieron del Havre 17 buques, 13 de Rouen, 32 de Burdeos y 57 de Marsella, sin contar los que así para el grande como para el pequeño Bassam partieron también de los mismos puertos y de los de Dunkerque, Nantes, la Rochelle, Toulon y Calais.

Pues si ahora se considera el porvenir inmenso de los mercados de Africa, el día en que los ingleses logren establecer en aquellas regiones el cultivo del algodón en gran escala, de lo cual, al parecer, se ocupa Lord Clarendon; si obtienen, conforme lo solicita el Gobierno, la libertad de navegación del río Zambesi, en cuya desembocadura tienen los portugueses sus posesiones; si, después de esto, logra colonizar el interior de aquel vasto territorio; y si las aspiraciones del célebre doctor Livingstone, cuyos trabajos en aquel país acaba de premiar el Parlamento inglés, concediéndole una pensión de 30.000 duros al año, y las de las Juntas de comercio de Leeds

y Bradford llegan a realizarse, las africanas costas ofrecerán al comercio un mercado sin rival en el mundo conocido. ¡ Tan cierto es, señora, que pocas relaciones interesan más a los españoles que las que podrían contraer todavía en aquellos países favorecidos por la posición de Fernando Poo, Corisco y Annobón, y por la simpatía instintiva con que nos distinguen particularmente sus naturales ! y sin embargo de ser tantas y tan crecidas las ventajas de semejante comercio, rara vez el pabellón español ondea en aquellos mares, y fuera de los laudables esfuerzos hechos por el Gobierno de V. M. de pocos años a esta parte para la colonización de Fernando Poo y Annobón, el interés privado, que es el alma de esas grandes empresas, sin el cual siempre fracasan, ni ha establecido factorías, ni ha emprendido grandes operaciones, ni apenas ha despachado buques para aquellos remotos lugares.

Tan solo dos respetables casas de comercio de esta ciudad, la de Vidal y Ribas, y Montagú y Compañía, con aquel ojo certero que para las empresas mercantiles distingue a los hijos de este antiguo principado, con aquella famosa osadía y prudente previsión por la cual tanto renombre alcanzó el comercio de Cataluña en las costas de Levante, han hecho algunos viajes de exploración que, con ser los primeros, hubieran servido de guía y ejemplo a los que otros españoles intentaran, si obstáculos creados por los hombres, que no por la naturaleza, no lo hubieran impedido.

¿ Cuáles han sido las causas de la nulidad y el abatimiento del comercio de España en Africa ? ¿ Cuáles los obstáculos que han atajado el paso de los primeros exploradores de aquellas apartadas regiones ? ¿ Esos obstáculos son de tal naturaleza que puedan impedir en adelante que el interés privado establezca factorías y contribuya a la colonización de Africa ? He aquí, señora, tres cuestiones cuya dilucidación, en sentir de esta Sociedad Económica, es de la mayor importancia".

Razones políticas y motivos originados en la reconversión de las - empresas navieras, unos años después, se hallaban en la raíz de la frustración de estos intentos (4). Pero la expansión marítima del comercio catalán, en los tiempos gloriosos de la navegación a vela, había puesto de relieve la voluntad africana de un sector de estos negocios. Las peticiones al poder estaban ahí para dar testimonio preciso de quienes pensaron orientar la producción o el transporte, contando con las costas africanas.

Y precisamente aquéllas habían desvelado, también en nuestra patria, "relaciones íntimas de parentesco y auxilio recíproco entre la Geografía y el Comercio". Y ésta es exactamente la medida del concepto de ciencia geográfica que se trata de difundir aquí: "La Geografía, repárese bien, no es una geodesia abstracta, atenta sólo al estudio de los elementos astronómicos y geométricos del planeta; registra también los seres que pueblan cada latitud, cada isla, cada continente, y, por lo tanto, sus producciones; observa el carácter y el modo de vivir de razas y pueblos, y, por tanto, sus necesidades y el grado y forma en que pueden ser satisfechas, su capacidad para el consumo, sus mercados y las relaciones de equivalencia de unos productos con otros, los medios de comunicación y de transporte, etc." Vieja es esta relación entre la actividad mercantil y la ciencia geográfica; de la comprobación de este hecho a la conclusión idealista que se sigue, no hay más que un fácil paso: "Por esto, en todos los siglos de la historia (...), los pueblos que han tenido más geógrafos son también los que han tenido más comercio". Y es así, en este orden de cosas, como Inglaterra logra los sorprendentes volúmenes de su comercio exterior "por la cultura general geográfica adquirida, que orienta a sus comerciantes, haciéndoles saber donde pueden obtener provechos" (viniendo así a actuar como eficaz coadyuvante de una acción estatal de constante preocupación por los mercados). Y es también así, en dramático contraste o reverso, como "el comercio español ha tenido abandonadas las costas del mar Rojo, del Golfo de Guinea, de la isla de Borneo, porque no le habían aleccionado los geógrafos; y porque el comercio ha tenido abandonados aquellos territorios, los hemos perdido políticamente ". (5)

Para que las cosas cambien, para enderezar un rumbo que todavía - puede orientarse hacia el gran objetivo de la incorporación efectiva al devenir capitalista, ha nacido recientemente un instrumento de propulsión : las Sociedades de Geografía Comercial -puede leerse aún en esta presentación costiana-, sociedades con una función específica doblemente orientadora y de agitación, centros de estudios que, en suma, procuran que "el comercio de un país, en vez de ocuparse en pequeñas trasacciones y aceptar los productos en los sitios mismos desde donde opera, tome vuelos". Estas van a ser las premisas programáticas del compacto núcleo de africanistas en su segunda fase de institucionalización; siempre estuvieron presentes en sus planteamientos las inquietudes mercantiles (eso es obvio y ha sido reiteradamente expuesto en las páginas que anteceden), pero ahora, tras la breve experiencia anterior, es aún más patente la clara voluntad de proceder sin demora a zarandear a la opinión pública hasta que despierte de su letargo.

Y bien entendido que, aquí, la incómoda vaguedad del término "opinión pública" queda extremadamente depurada al canalizarse hacia un objetivo socioeconómico bastante preciso: la naciente Sociedad de Geografía Comercial se proponía "seguir los caminos" de sus homónimas foráneas, "contribuir a la cultura geográfica, mover la opinión que se preocupa en las cuestiones exteriores y coloniales . . . , promover exploraciones" y, en general, "auxiliar especialmente al comercio, ofreciéndole el resultado de estudios e indagaciones de carácter práctico, para los cuales no deja tiempo la fiebre de los negocios y la labor ímproba a que aquél se consagra". Por si todavía existe la duda : es al comercio, "a las clases mercantiles . . . , a quienes de un modo más directo afecta la obra" emprendida por un puñado de intelectuales madrileños, por otra parte -como se ha repetido aquí tantas veces- en continua y afieja imbricación ideológica, profesional y hasta de extracción social con esa burguesía mercantil que siente cada vez más hondamente su desplazamiento y progresiva relegación en las instancias de poder.

2) DIVULGACION CIENTIFICA Y REPLIEGE SOCIAL EN LA
SOCIEDAD GEOGRAFICA MADRILEÑA.

Por su parte, la Sociedad Geográfica madrileña, iba a ser el espejo múltiple de inquietudes de diversa orientación, siempre con un carácter más matizado, más propenso a la confrontación y cruce de impresiones. Dos líneas de conducta práctica informarán, no obstante, con preferencia lo que ha de ser su posterior actuación: de un lado, la profunda convicción por parte de la Geográfica sobre la necesidad de asesoramiento que el gobierno y la diplomacia hispanas evidenciaban, de consuno y sin visible deseo de reforma por su parte; de otro, el lógico correlato al deseo de subsanar aquel déficit: la atención preferente a problemas de recepción e implantación en España de los adelantos de la ciencia geográfica que tanto prosperaba por aquellos días en el continente europeo. En consecuencia, el análisis pormenorizado y erudito de todos y cada uno de los problemas de esta índole, para su posterior elevación a las esferas de poder, con sus correspondientes informes o propuestas de solución, constituye cada vez con mayor nitidez la tónica general de unas actividades sostenidas ahora sin aparente decadencia.

Se trata, por tanto, no ya de proponer y abrir camino en una senda colonial activa (para eso estaban ya las otras sociedades que se desprendieron de ella, y ahora con más motivo), sino de orientar a la opinión y al gobierno acerca del desarrollo de unos y otros acontecimientos, tanto los que las coordenadas internacionales imponían al modesto despegue español, como los propios de ese mismo levar anclas que el despertar geográfico español estaba generando. Gonzalo de Reparaz es más crudo al definir la naturaleza del fenómeno: "No pudiendo cultivar la geografía viva, dinámica, se refugiaban en la geografía erudita" (5 bis).

La cuestión de la enseñanza va a retener nuestra atención una vez más. El 16 de junio de 1885, en un contexto de preferente atención a las conquistas africanas, recientes y ya en peligro de desaparición parcial, recuerda García Martín en la Sociedad Geográfica algo que parecía entre tanta novedad jubilosa y el temor que la acompañaba momentáneamente relegado a un

plano inferior: aquel informe sobre reformas y novedades en la enseñanza de la Geografía que, tiempo atrás, había encargado la sociedad al catedrático del instituto de San Isidro y miembro del Consejo de Instrucción Pública, Manuel Merelo (6). La asistencia de Merelo a las juntas de la Sociedad Geográfica se había visto espaciada en los últimos tiempos, y por ello será necesario incluso aplazar la discusión de "esta cuestión que tan directamente se relaciona con la índole y aspiraciones de la Sociedad Geográfica".

Una semana después, citado Merelo para tratar el particular, se abre el debate, marcado por el profundo desánimo que (para un partidario de soluciones ^{radicales} como es él) supone el hecho de alentar personalmente unas gestiones que, a más de considerar moderadas, sabe -o cree- condenadas al fracaso desde un primer momento (7). Sólo Manuel María del Valle, catedrático en la Universidad Central, se atreve a salir del paso de lo que -al menos así lo parece- puede amenazar de estrangulamiento a una iniciativa fundamental. Pensaba Valle, por su parte, que "aun reconociendo las dificultades que habrían de surgir para lograr las reformas necesarias, debía redactar y elevar al Gobierno un informe en que constara su natural deseo de procurar los medios conducentes a la difusión y perfeccionamiento de la enseñanza de la Geografía".

Todavía una semana más tarde, el día 30 de junio, colabora Segismundo Moret al debate abierto en torno a la enseñanza de la geografía con el envío a la sesión semanal de la directiva de una amplia nota que trataba el problema "en las principales naciones de Europa". A ello añadiría Coello algunos datos más, verbalmente en su caso, acerca de los casos francés y alemán. Como réplica conjunta, Merelo insistirá una vez más en su argumentación preferida: solo la privatización total de la enseñanza, con la consiguiente inhibición del Estado, abocaría en última instancia a la consecución de las medidas propuestas.

Torres Campos y Suárez Inclán, por su parte, eligen por el contrario el camino de la reforma paulatina y por sectores. Como conocedores directos de algunos problemas técnicos, abordaron en principio la crítica del sistema de enseñanza de la geografía en institutos y escuelas especiales, tanto civiles como militares. Lamentaba Suárez Inclán, especialmente, la ausencia de la asignatura en los programas de estudio de Ingeniería Civil, así como la endeblez de la enseñanza geográfica exigida en las academias militares. Por su parte, Rafael Torres Campos "hizo observar que la Geografía se estudia en segunda enseñanza, cuando los alumnos no tienen la edad ni los conocimientos previos indispensables para comprender esta ciencia; que en la enseñanza superior no hay asignatura alguna de Geografía; que son muy elementales las nociones que de dicha ciencia se enseñan en las escuelas normales y en las de comercio, reducidas las de estas últimas a serie de cifras y datos estadísticos, y que es indispensable variar por completo el plan según el que se han escrito hasta hoy los libros de texto" (8).

El problema de la adecuación o inadecuación de los libros de texto al objeto de la enseñanza había sido también el que, en virtud de una experiencia anterior de la Geografía de Londres, había dado pie al liberal Moret, presidente de la Geográfica Madrileña, para plantearse las reflexiones que leyó ante aquella con el ánimo de que le sirvieran de estímulo y orientación. Y es que, en este proceso de revisión del conocimiento científico de una parcela en profunda transformación, se hace evidente a quienes lo encarnan que "la Geografía ha dejado de ser un estudio seco, árido y, por decirlo así, mecánico. Es hoy por el contrario como el resumen, el punto de convergencia de todas las ciencias modernas. "Es este carácter enciclopédico, esta naturaleza última que la ciencia geográfica posee como "filosofía de la historia de la tierra", la que obliga en buena lógica a practicar "una división proporcional en su enseñanza". No entra sin embargo Moret a considerar en detalle la aplicación superior de los estudios geográficos, y se limita en realidad a recomendar a la sociedad el conocimiento directo de lo que, a niveles primario y medio, se está realizando en Inglaterra. Al mismo tiempo, podría prepararse -opina- ese tra

bajo que desde tiempo atrás proyecta la Geográfica madrileña. Mucho más optimista que Merelo, piensa Moret que el intento "aun cuando exija esfuerzos, no es quizás imposible de conseguir", porque "en ésta, como en otras materias, pienso yo que la falta de iniciativa y de dirección, más que la de voluntad, es causa de nuestro atraso" (9).

De este modo, la atención preferente hacia las reformas en la enseñanza de la geografía otorgada por los miembros de la Geográfica, en sus preocupaciones y debates -y por ende, el lugar de honor que en el volumen XIX del Boletín (el correspondiente a 1885) ocupan estos asuntos (10), viene a marcar un jalón de importancia respecto a los nueve años anteriores (11). La Sociedad Geográfica madrileña encontraba así un camino propio por el que cumplir con la misión científica y social que se propusiera desde un comienzo. La compulsiva actividad de Joaquín Costa, concentrado ahora en la gestión directa de la Comercial, algo más autónoma que la de Africanistas -respecto a la sociedad matriz, dejaba paso ahora a una casi perfecta división de funciones.

Pero en el fondo de todo ello, tanto o más que razones de tipo externo, como pudiera ser ese imponente arrastre costiano, para dejar paso a la distensión inmediata, se hallan motivaciones de raigambre sociológica. Jerónimo Bécker habla con pena del "retramiento de las clases altas", de su falta de apoyo cuando debían haber sido las primeras en acudir a la llamada de los promotores de una empresa tan elevada. El mismo autor incide en el descenso del número de socios que ya subrayamos más arriba : 350, según Bécker (12), integraban las filas de la Sociedad Geográfica de Madrid en 1882. La "Lista general de Socios en fin de 1884" (13) arroja un saldo imperceptiblemente mayor. Pero el balance que de allí se desprende es revelador : reducido el número en su conjunto casi en un 45%, un total de 201 socios (57,2%) figuran en la lista -con el carácter de fundadores, lo que permite suponer una gran desertión entre aquéllos -no compensada por un aporte comparable de nuevas adhesiones-. Además, los nombres "nuevos" se revisten en ocasiones significativas del ca-

rácter de honorarios, vitalicios (como el rey o la infanta Isabel), honorarios correspondientes o corresponsales, con el agravante de que estos dos últimos, residentes con frecuencia en el extranjero, mantenían con la Geográfica una comunicación cuando más epistolar, y de que los socios vitalicios habían merecido esa calificación en virtud, generalmente, de alguna aportación económica notable que los eximía normalmente de cualquier otra actividad.

Hay que señalar también, al acometer el balance de los nuevos adscritos, la persistente importancia de militares de tierra y mar, especialmente estos últimos. El almirante Pavía, Gómez Imaz, Pedro de Novo, Juan Pástorín, Luis Sorela, Víctor María Concas, o el propio gobernador de Fernando Poo, Montes de Oca, tienen todos ellos una entidad propia que avala su dedicación respectiva a temas entroncados con el quehacer de la Geográfica. Pero también participan ingenieros (aunque en menor medida que en el momento fundacional), entre los que destaca el nombre de Lucas Mallada; fundadores de la administración del Estado, casi siempre de alto nivel y con frecuencia destacados en las posesiones ultramarinas; algún médico (no siempre militar), y en mayor medida, profesores y abogados. A veces las dos cosas a un tiempo, como en el caso de Joaquín Costa -pronto embarcado en su empresa particular- o como en el de Rafael Torres Campos. El arabista catedrático Codera también se ha inscrito, y algún profesor más, como Reparaz o el enseñante de geografía en una institución privada barcelonesa, José María Riquau. Entre los abogados, Serrano Fatigati es sin duda el más conocido.

Pasaban también entonces a encuadrarse dentro de este cauce de acción, nombres ya probados en las lides coloniales, como Cañamaque o Beltrán y Rózpide, ninguno de los cuales figuraba en las listas primeras. Pero también se había captado para la Sociedad a Antonio Cánovas -entonces presidente de la Academia de la Historia- o a Fernando Primo de Rivera. Por último, tímidamente, aparecen rastros como los de Eduardo Aznar, de Bilbao, suscrito al Boletín bajo el concepto de "corredor marítimo", junto a otras tres

personas (ninguna residente en Madrid, y ello es significativo) que comparten la definición de "comerciantes": Jerónimo Martorell, de Barcelona; José de Soto, de un pequeño pueblo de Orense, y Enrique del Toro, de Cádiz (14). Y ahí cesaba toda la labor de arrastre hacia los problemas geográficos y coloniales conseguida a lo largo de ocho años, recién ultimado el proceso de agitación sobre la opinión pública que abriera el Congreso del - 83.

NOTAS AL CAPITULO VI

- (1) BSG, mayo 1885, p. 283.
- (2) J. Vicens Vives y M. Llorens, Industrials y políticos (segle XIX), Barcelona, 1958, pp. 80 ss. (de la 3a. ed., 1980).
- (3) RGC, I, nº 3, 31.7.85, pp. 37-38, "Proyectos de la SEAPB".
- (4) Cfr. M.C. Lécuyer - C. Serrano, op. cit., pp. 104 ss.
- (5) RGC, I, n. 1-2, 30.6.85, pp. 1-4.
- (5 bis) Política de España en Africa, p. 261
- (6) Manuel Merelo y Calvo, (1829-1901), madrileño, cuenta con una vida enormemente interesante. Condiscípulo de Sagasta en los estudios de ingeniería, fué catedrático de matemáticas en el instituto de Jaén a los diez y siete años. Enseñó matemáticas también en Teruel, Lérida y Ciudad Real, para pasar después a Málaga, donde se ocupó de física, química e historia natural. De allí pasó a Zaragoza, viniendo después a Madrid, al Cardenal Cisneros. Licenciado en Derecho, y doctor en Ciencias, entre tanto fué nombrado en 1851 director de caminos vecinales de la provincia de Teruel. Su diputación lo delegó para que la representara en la exposición de Paris. Liberal convencido, desde 1854 intervino en política activamente, lo que provocó su detención en Teruel, donde al parecer fué libertado por el pueblo, que lo nombró por aclamación vocal y secretario de su Junta de gobierno (Enciclopedia Universal Ilustrada ESPASA, tomo 34, p. 882). Pasó después a Madrid, ingresando en la milicia nacional y sublevándose contra O'Donnell, por lo que volvió a la cárcel después del golpe de estado de julio de 1856. Una vez en libertad, fué activo colaborador de "La Democracia" y "La Discusión", y dirigió algún otro periódico madrileño, en los que se acreditó como un buen profesional. Fué de los primeros en alinearse junto a Nicolás Ma. Rivero militando después junto a Martos. La revolución triunfante en 1868 fué rechazada por Merelo como plataforma de ascenso político, y por ello no aceptó ningún cargo de los que se le ofrecieron. Sí fué en cambio diputado electo a las Cortes Constituyentes del 69, en donde presentó una importante enmienda al proyecto sobre libertad de cultos. Por fin, aceptó el cargo de Director General de Instrucción Pública, que lo vinculaba de nuevo a su vocación docente. Llegada la Restauración, abandonó por fuerza el congreso, para entregarse de lleno a la enseñanza y a la publicación de textos, hasta que en 1877 fué denunciada una de las ediciones de su Historia de España, por lo que Merelo fué separado de su cátedra. Transcurrido el proceso subsiguiente, quedó en definitiva absuelto, pero hasta 1881 no se reintegró a su puesto, en el que ejerció desde entonces gratuitamente. Ese

mismo año, con los liberales, formó parte del Senado, y también en 1883, adquiriendo el carácter de vitalicio desde 1886. También en 1881 se integró Merelo en el Consejo de Instrucción Pública (AGA, Actas del Consejo de Instrucción Pública, 1874-1888, leg. 8636). En 1885 propuso la creación de un ministerio de Instrucción Pública. Entre su producción bibliográfica se hallan: Lecciones elementales de la Historia Universal (6 ediciones hasta 1893), Nociones de Geografía descriptiva, Lecciones elementales de Historia de España, Atlas Elemental de Geografía histórica, Nociones elementales de Cronología para auxiliar el estudio de la historia, y Las Reformas de la Segunda Enseñanza: cartas que deben perderse.

En febrero de 1895, Manuel Merelo protestaba en el Senado contra el restablecimiento de la cátedra de Religión y Moral en los institutos, que había propiciado el propio partido liberal. El Globo aplaudió a Merelo, en tanto que La Lectura Dominical, por ejemplo, atacaba con fuerza esta intervención (vid. 17.2.95, nº 59, p. 10: "Polémica religiosa").

- (7) BSG, julio 1885, sesión del 16 de junio de 1885 (pp. 44-45) y sesión de 23 de junio de 1885 (p. 47). En esta última declaró Merelo "que desde hace tiempo tenía empezado este trabajo, pero no puso gran empeño en terminarlo porque creía que había de ser ineficaz, puesto que son tantas y tan radicales las reformas que exige el actual plan de enseñanza, que consideraba punto menos que imposible conseguir que ningún Gobierno aceptase las que propusiera la Sociedad. Hizo observar que en la enseñanza oficial no hay más estudio de la Geografía que el muy elemental que se hace de esta asignatura en la segunda enseñanza, en unión con los de Historia Universal e Historia de España, encomendadas las tres a un solo catedrático; que sin otro estudio superior los licenciados en Filosofía y Letras quedan habilitados para optar a las cátedras de Geografía e Historia; que, además, como la citada asignatura de Geografía se estudia en los primeros cursos de la segunda enseñanza, los jóvenes carecen de los conocimientos indispensables para comprender bien lo que el maestro debe enseñarles según prescripción de la ley; que como las clases son muy numerosas y los cursos de lección alterna, faltan el tiempo y las condiciones necesarias para dar a la enseñanza de la Geografía el carácter práctico que requiere; y, por último, que ni aún en la enseñanza privada se puede obviar estos inconvenientes, puesto que los examinados deben someterse a las ideas del catedrático oficial".
- (8) BSG, julio de 1885, sesión del 30 de junio de 1885, p. 49.
- (9) BSG, agosto de 1885, pp. 65-70: "Sobre la enseñanza de la Geografía en Europa". Fundamentaba así sus esperanzas Segismundo Moret: "Hay profesores llenos de celo, hay un Consejo de Instrucción Pública que acoge siempre estas indicaciones, y a nosotros toca, por consecuencia, preparar aquellos estímulos y dar aquellos impulsos que nuestra misión especial y nuestro fin nos facilitan y nos dan autoridad para recomendar. La misma cuestión del material para la enseñanza, no será tan difícil de resolver

cuando la Sociedad, preparando los mapas y modelos, facilite el que - con alguna subvención del Gobierno se creen medios baratos de educación, sin los cuales no puede despertarse el interés de la generalidad. Ya en este sentido ha resuelto la Sociedad algo muy práctico respecto de los mapas de Africa, y bastará quizás extender el ejemplo a otros puntos para hacerlo completamente fructífero" (p. 69). Vid. también reseñada en RGC, nº 3, p. 45.

- (10) BSG, XIX (1885), "Reformas en la enseñanza de la geografía" (pp. 45, 47, 49, 50 y 408), y XX (p. 62).
- (11) Vid. por ejemplo : I (1876), pp. 484-87; III (1877), p. 503; IV (1877), pp. 248, 250-51, 349, 354, 375; VI (1879), p. 63; VII (1879), p. 430; VIII (1880), pp. 189, 287, 360, 366 y 445; XVII (1884), p. 362.
- (12) J. Bécker, Los estudios geográficos... cit., pp. 286-87.
- (13) Sociedad Geográfica. Lista general... (es separata del BSG).
- (14) Vid. apéndice nº , con la relación completa, y comparar con el nº (lista fundacional).

C A P I T U L O VII

COLONIAS Y DIPLOMACIA ANTE EL PARLAMENTO

Y LA OPINION PUBLICA (1875 - 1885)

520

- 1) DE LA POLITICA DE RECOGIMIENTO AL "ENSAYO"
VEGA DE ARMIJO

La reinstauración del sistema monárquico en la España del último cuarto del XIX va a producirse de una manera gradual y sin sorpresas, permitiendo así al que habría de erigirse en bloque de poder la preparación de una estrategia, anclada a menudo en fricciones entre grupos de intereses, pero a la larga profundamente coherente. Recien instalada en los controles, la clase dominante que ha elegido como camino de consolidación la vía alfonsina, en absoluto ve aún la necesidad de renunciar -ni siquiera a medio plazo- a la presencia española en el concierto internacional, por supuesto aunque ello suponga la superación de los requisitos previos de legitimación por las grandes potencias. Se ha hablado reiteradamente de la política de retraimiento, de repliegue sobre los problemas internos, de la prudencia del principal artífice de la política de la Restauración o de la neutralidad necesaria (1).

Todo ello es incuestionable, pero también es cierto que un haz de circunstancias y momentos específicos permiten una serie de puntualizaciones o gradaciones cronológicas. La preocupación mercantil, la imperiosa necesidad de contrabalancear las voluminosas importaciones que el librecurso reinante incluso fomentaba, obligan a prestar cuidada atención, ya desde esta andadura inicial, a los problemas del comercio exterior y a sus justificaciones políticas o ideológicas.

En este sentido, me parece importante mencionar aquí el preámbulo del real decreto del -por otras razones denostado- ministro Orovio que, en agosto de 1875, propugna desde el aparato estatal una amplia participación española en la Exposición Universal de Filadelfia (2), porque "la (política) del retraimiento hoy nos hubiera arrebatado el prestigio industrial e intelectual, fuerzas dominantes de esta época, y elementos poderosos de influencia". Corto alcance el de su intento, sin embargo, porque-aunque ello sirva ante todo para curarse en salud de un muy probable papel deslucido-, tiene el ministro que reconocer cuáles son en efecto las potencialidades del país para la concurrencia: "España, cuyo interés estriba en la exhibición de los productos agrícolas, no puede temer la competencia ni resultar perjudicada; no va a luchar realmente,

sino a hacer ostentación de lo que en su privilegiado suelo se produce". La convocatoria, inspirada directamente por la visible decadencia del mercado agrícola de exportación (3), no deja de revestir -ciertamente- el carácter de un mero gesto de afirmación ante el exterior, tratando de ofrecer imagen de cohesión a pesar de las guerras; pues el enfocar hacia América -sin mayor precisión- las esperanzas futuras, deja mucho que desear respecto a una certera comprensión de la evolución económica internacional, máxime cuando se habla genéricamente de colocar en aquellos mercados, en primer lugar, los cereales peninsulares (4). No obstante, si aparece dotado ya de una cierta corporeidad el proyecto de establecimiento de unas relaciones comerciales menos mediatizadas que, poco a poco, irá determinando precisamente una de las bases más potentes de acumulación para un sector de las burguesías alfonquinas: "Es necesario, además -prosigue el decreto-, que tratemos de eludir un gran tributo, entablando relaciones mercantiles directas con muchos países americanos, a cuyos puertos llegan nuestras mercancías y productos bajo un pabellón extranjero, en vez de ostentar nuestra bandera". No se trata aquí tanto de ahorrarle al país esta gravosa dependencia económica cuanto de potenciar un sector de la industria y el transporte marítimos: "Las onerosas comisiones de este transporte sostienen una parte no despreciable de la marina mercante inglesa, en vez de influir en la prosperidad de nuestros armadores y hacer de la marina española una de las más privilegiadas". Los proyectos de subvenciones oficiales con carácter postal volverán a traer a la actualidad cuestiones como ésta (5).

Por el momento, la insubordinación cubana preocupa hondamente a los detentadores del poder, sin que -paradójicamente en apariencia- sean capaces de flexibilizar posturas. A este respecto, va a ser precisamente La Epoca, en seguida órgano paraoficial del partido conservador, quien dé la voz de alarma frente al peligroso y reiterado domesticismo de la clase política española que es a la vez una censura áspera a las discordias interiores: "Los hombres públicos y los partidos suelen preocuparse de pequeñas cuestiones interiores, que a las veces sólo afectan a determinadas personas o parcialidades, más que

de otros asuntos de carácter internacional que se hallan estrechamente ligados con los intereses y el porvenir de nuestras provincias ultramarinas"(6). En efecto, la cuestión de Egipto (en torno al Canal) se halla aún sobre el tapete (7), ya la usual perspicacia analítica del periódico conservador no se le escapa la inminencia trascendente de grandes cambios en el juego de fuerzas, por más que todavía no acierte lógicamente a diseñar un diagnóstico valedero. De cualquier modo, la amenaza británica a los intereses coloniales de España en Asia, tan mal guardados por otra parte, obliga al menos a manifestar un interés vigilante por el desarrollo del proyecto (8), tanto como por la incorporación efectiva de las Filipinas a la gestión metropolitana a través de un reformismo administrativo y social (9), que, de momento, no comportaría transformaciones en el modelo de explotación económica.

Meses después, cancelada ya la guerra carlista, pasa a generalizarse ya lo que sus propios creadores dieron en llamar "política de recogimiento". El partido conservador aprovecha naturalmente su prensa para divulgar el concepto : "es necesario que comencemos a tener plan y criterio propios acerca de nuestras relaciones con el exterior; (...) pero nuestra política es la paz, que ha de permitirnos nuestra necesaria, nuestra urgentemente necesaria reconstrucción nacional" (10). De aquí que (con el lastre de las guerras civiles a la espalda) se lance fulminante anatema contra cualquier veleidad expansionista, producto de ambiciones erróneas y que a la Hacienda española, sumergida en profundo déficit, le están consecuentemente vedadas. Es más, el fantasma de las -más o menos fundadas- pretensiones intervencionistas foráneas sobre los destinos nacionales (el ejemplo de Turquía viene una y otra vez sobre el papel) proporcionan a la fracción gobernante un -al parecer eficaz- elemento de cohesión política y social (11) : "La cuestión exige más prudencia que arrebatos -sentencia y amenaza La Epoca a comienzos de julio del 76-, y nosotros, previniendo todos los eventos del porvenir y angustiados por el espectáculo de lo presente, principalmente en aquella parte que se refiere a la falta absoluta de patrióticas resoluciones que caracteriza a los partidos fanáticos o díscolos, pedantes o intransigentes, desde ahora declinamos la

responsabilidad estrecha de la historia sobre los que pudieran hacerse voluntarios cómplices de cualquier género de peligrosos acontecimientos". De unas y otras coordenadas resulta, pues, para el partido conservador la inexcusable concentración de "todas nuestras fuerzas vitales" desde el punto y hora en que "esta neutralidad no nos está impuesta solo por nuestro deseo y conveniencia del país, sino por la necesidad" (12).

Marruecos, no obstante, es otra cosa. En su proyección internacional, Marruecos es una larga herencia y ha de llegar a ser, -"sino se trunca el orden natural de la historia"-, provincia española "en los tiempos venideros". El componente militarista conservador propugna, consecuente con su pasado e ideología, una estrategia de tipo tradicional, en la que el elemento mercantil juega un papel únicamente subsidiario: "Ni debemos descuidar las guarniciones y buen acondicionamiento de los fuertes, ni dejar de fijar la atención en los sucesos del Imperio, que nos importan más que a ningún otro país". No se trata, sin embargo de acordar con las potencias europeas interesadas principios de reparto o de control sino de, -en una línea concurrencial clara (si bien momentáneamente pacífica por falta de elementos suficientes)-, adelantarse a aquellas en el dominio del territorio, consiguiendo a un tiempo desalojar de las costas africanas al intruso europeo y preparar al súbdito árabe para una más tardía "dilatación territorial" por parte de España. "No queremos -explica- política francesa ni inglesa en nuestras relaciones con Marruecos, sino política española. Para ello conviene que no economicemos gastos para la defensa y sostenimiento de las posesiones adquiridas; que no perdamos de vista los sucesos de Marruecos por si conviniese tomar medidas rápidas; que procuremos aumentar nuestras relaciones mercantiles e impidamos la intrusión de pueblos extraños en aquellas costas, en la medida de nuestros recursos, y que teniendo en cuenta que éstos son escasos, hagamos lentamente y durante muchos años lo que una nación fuerte y con población de habitantes haría en pocos meses".

La intención imperialista, latamente considerada, está por lo tanto patente en la argumentación de La Epoca, por más que -hay que repetirlo-el entronque

con la intermitente tradición marroquí del expansionismo hispano le reste elementos de novedad, y aunque su materialización plena quede hipotecada voluntariamente a la consecución previa de la reorganización y el crecimiento capitalista internos : "Aún no necesitamos de esa parte de Africa - que haría nuestra población más diseminada y débil. Para que mañana pueda ser objeto de nuestra dilatación territorial es preciso primero que nos sepamos vencer a nosotros mismos; que conservemos por mucho tiempo - nuestro temperamento pacífico regenerador; que nos hagamos amables en - aquellas costas más por nuestra política pacífica que por nuestra disposición violenta. Esto hemos dicho ya y esto repetimos hoy. España por ahora no puede pensar más que en su presente, y su presente esto la impone" (13). Esta era la impresión autorizada de la política oficial respecto al Norte de - Africa en agosto del 76 pero como es sabido, -y en flagrante contraste con - sus predecesores del Sexenio- (14), la aparición en el escenario internacional produce evidente horror al gabinete Cánovas, que utiliza sin cesar el parlamento y la prensa para argumentar en favor de la "reconstrucción" nacional y en contra de las raras voluntades -en su mayoría de origen republicano-, que propugnan una mayor presencia activa en el concierto de las naciones. En el fondo, el descubrimiento de las líneas maestras y naturaleza de la evolución histórica que se está produciendo ante sus ojos, decide a los conservadores a mantenerse reservadamente a un lado hasta contar con elementos específicos que autoricen a entrar en la campaña : "La verdadera guerra que sostienen - los pueblos entre sí - escribe La Época un año más tarde (15)- es una lucha de actividad y de influencia industrial y mercantil", siendo lo más notable que - "en esta competencia del trabajo no se juega únicamente el amor propio de los pueblos, ni los mayores goces materiales, sino la supremacía moral de unas - naciones sobre otras".

Sin embargo, llama también la atención del editorialista la no despreciable circunstancia relativamente novedosa de que "las naciones cultas se están repartiendo el mundo, no con la materialidad de dividirse el territorio, sino tomando puntos estratégicos mercantiles, sosteniéndolos con marinas poder-

sas, y dando a sus productos base de esa fuerza marítima mercados productivos, ya imponiendo a los pueblos contratos leoninos, ya ejerciendo presiones o protectorados". Y es precisamente esa característica básica la que sirve a La Época para negar cualquier hipotético papel a la España de 1877 en el reparto colonial que comienza a perfilarse; antes bien, el liberalismo económico (16) y, sobre todo, la devastadora guerra civil (17), han reducido a tal estado al país que, más bien, es preciso temer por la integridad nacional, porque si bien es cierto que "somos un pueblo militar", no lo es menos que "hoy la guerra ha variado: se hace primero con la azada, el martillo y la máquina de vapor". La moraleja, en consecuencia, viene a desprenderse por sí misma del manojito de temores y aprehensiones: si no hemos de ser "uno de esos pueblos decadentes que, de postración en postración, concluyen al fin por anularse y vivir de la magnanimidad de las otras naciones (...), ahora nos corresponde ser obreros y vivir en buena inteligencia".

Pero no siempre es éste el hilo sutil de la conducción de masas. Más frecuente -y más ceñido al contexto político internacional- es el doloroso reconocimiento de la exigüidad del peso específico de la nación española en el panorama europeo: "Es un sentimiento unánime -reconoce el periódico conservador- el deseo de que España tenga autoridad y fuerza en los destinos del mundo e intervenga con su voto en las grandes cuestiones europeas. Pero esa autoridad -se atreve a preguntar-, ¿la da el simple deseo? No, sino la fuerza y la razón". No ambas, sin embargo, en igual medida, y siendo más eficaz la primera que la segunda, "es preciso crear fuerza para tener autoridad" (18). Las modernas teorías del derecho internacional, en gestación, van calando persuasiva y progresivamente el permeable pensamiento conservador en materia política internacional, apartándolo así años luz de las idealizadas concreciones y nostálgicas utopías que, en buena parte, siguen impregnando el pensamiento republicano, a caballo entre un más o menos asumido corpus liberal-demócrata y la absorción mitificadora de estructuras ideológicas sobrevivientes al arrastre burgués sobre el Antiguo Régimen.

Es por ello por lo que, desde estos momentos, se inclina El Imparcial por la búsqueda de "alianzas provechosas". "Nosotros, sin desechar éstas -le responden los conservadores- en los casos en que pudieran sernos útiles, quisiéramos que la representación a que aspiramos todos se efectuase por nuestros propios recursos y trabajos, para que, en lugar de ser una llamarada fugitiva de fuerza aparente, fuese un sólido renacimiento nacional" (19). Es una respuesta coherente con el juego de fuerzas en presencia en la escena nacional, fuerzas orientadas ante todo hacia la defensa oligárquica de reducidos grupos de intereses: "Ante todo, la conservación de nuestras posesiones de Ultramar y la seguridad de nuestros puertos y de nuestro territorio", clama la gran burguesía en el poder, con su trasfondo cerealícola y su pacto textil, llegando así a formular -retórica y voluntariosamente- imposibles veleidades autárquicas: "Es preciso no ser tributarios de los demás pueblos en aquellos productos necesarios para la vida actual".

La ininterrumpida batalla de los aranceles reviste ahora carácter nodal respecto a la proyección internacional de España vislumbrada por los conservadores, en tanto que -en sentido divergente- alimenta y vitaliza propuestas librecambistas como la de la unión ibérica, siempre vigente en el pensamiento de unos pocos. Manuel Pedregal y Caffedo, institucionista y avezado en las lides de la lucha arancelaria, aprovecha la palestra del Círculo de la Unión Mercantil, para -a lo largo del curso 1879-80- señalar las ventajas que una extensión del mercado supondría frente a la acostumbrada protección. La Alemania del Zollverein, donde "la facilidad del consumo favoreció la producción", proporciona los moldes aproximados para una vinculación aduanera con Portugal, que sufre como España el atraso económico a que los condenan la estrechez y superficialidad de sus respectivos mercados(20).

En el mismo lugar, y poco antes, José Ma. Sanromá -que desde la cátedra de la Escuela de Comercio profesaba y enseñaba el librecambio de Bastiat y Cobden-había caracterizado el "fenómeno de la colonización" como exponente de la "potencia moral de las clases comerciales" (21), recalcando el hecho de que, "de todas las colonias debidas a diversos móviles, las únicas -

que realmente han prosperado han sido las fundadas por los pueblos mercantiles". La supremacía del modelo de colonización anglosajón -Java frente a Cuba- se concluye fácilmente para Sanromá del contraste establecido con el desorganizado esquema hispano de administración y aculturación que esboza en su discurso (22). El choque frontal entre los dos modelos acababa de recibir una solución jurídica, precisamente, en lo que atañía al conflicto de Joló. Dos años después de la declaración protocolaria de 1877, quienes propugnaban a posteriori la defensa a ultranza de los bastiones españoles en Oriente exigían, en la prensa y las Cámaras, la revisión inmediata del Protocolo (23). Sin embargo, y sobre todo por lo que hace a uno de los focos de mayor alcance, las críticas que propaga a los cuatro vientos el madrileño El Liberal, por ejemplo, apuntan más hacia un ajuste de responsabilidades ministeriales -y más ampliamente, de partido- que hacia la plasma-ción de un plan alternativo de política colonial (24).

1880, por su parte, será escenario privilegiado del despertar de la rivalidad franco-inglesa en Marruecos, alcanzando de lleno en su forcejeo a las esperanzas españolas puestas en la zona, largamente receptora de emigrantes mediterráneos. Con frecuencia no es ésta, sin embargo, la causa inmediatamente aducida por quienes -otra vez El Liberal- desearían el paso sin transición hacia una política de intervención activa en Marruecos, y que propugnan más bien la oportunidad de seguir ahora el modelo francés en su proyección exterior argelina (25). Alíneada junto a Inglaterra, España verá por el contrario el triunfo de las tesis francesas sobre el derecho de protección y el debilitamiento de su protegido el sultán, todo ello en su propio suelo (26).

También demócratas -como El Liberal- eran los impulsos vehementes del senador castelarino Carvajal, ex-ministro de Estado bajo la República, que, en el período preparatorio de la Conferencia de Madrid, en el mes de febrero, había exigido del gobierno -en la Cámara alta- el pronto apoyo oficial del gabinete de Cánovas para las tribus rebeldes contra el sultán, en la línea francesa de protección lo más amplia posible. La reacción de Cánovas

vas, en el palacio parlamentario, y la del portavoz La Época, al día siguiente son terminantemente negativas y disuasorias, sin que ello signifique -según expresión propia- "cerrar las puertas a los deberes de la hospitalidad merecida", pero sí "negarse abiertamente a proteger la sedición y el bandolerismo, con grave perjuicio de la moral y el derecho de gentes (27). Resulta así mismo inexplicable, en la reelaboración conservadora del asunto, que "un partido de tan reciente fecha como el democrático, que apenas cuenta entre nosotros unos treinta años de existencia, siendo hijo de las ideas modernas que rechazan la anexión, la intervención y la conquista, dé un salto atrás tan considerable y se plante en plena Edad Media en materia de relaciones internacionales". No tan inexplicable podría resultar si se tiene en cuenta que, en ese momento J. de Carvajal se halla ligado a la Atlas Compañía, quejosa reiteradamente del perjuicio que sobre sus intereses mercantiles irrogaba la continua belicoidad de las tribus indígenas no sometidas al poder marroquí.

Lo que es evidente, en términos generales, es que la reunión internacional habida en Madrid conecta en España con inquietudes e intereses temporalmente aletargados, desde los meramente relacionados con el mundo de la diplomacia, hasta los que se sustentan en una base más económica. Así, por ejemplo, hay que citar la reclamación del conjunto de los documentos diplomáticos referentes a la Conferencia de la primavera pasada, que realiza en el Senado -al punto de abrirse las sesiones, en enero del 81- el marqués de Bedmar (28); o las instancias para que el gobierno de Cánovas se decida de una vez a publicar anualmente un Libro diplomático, protagonizadas por el marqués de Seoane (29), sin que -por otra parte- la respuesta del ministro de Estado, Elduayen, llegue a satisfacer jamás a los interesados (30). Marruecos es por entonces motivo de replanteamiento continuo de las relaciones franco-españolas. Los sucesos de Saida -y enseguida Sfax- enturbiaban aquéllas (31) y provocan frecuentes nerviosismos entre los representantes de la nación. Si el catalán Güell y Renté, senador por la universidad de La Habana, escucha atentamen-

te las voces de discordia que se producen más allá de los Pirineos, —en las entrañas de la política francesa—, para interrogarse e interrogar al gobierno acerca del peligroso porvenir de las colonias hispanas (32), y venir a concluir poco tiempo después la necesidad inaplazable de hacerse de nuevo con Gibraltar, estratégica y económicamente ligado al N. Africa (33), el vizconde de Campogrande va a colocar el acento, predominante, en el aspecto militar de los problemas fronterizos y estratégicos, habidos y —por haber, con la nación francesa en territorio norteafricano (34).

El gabinete liberal que sucede en febrero de 1881 al replegado equipo canovista, imprime evidentemente un giro de apertura y moderado atrevimiento a la política exterior española; Vega de Armijo es el encargado de ello (35). Un aire de optimismo —también moderado y reducido sociológicamente— parece extenderse entre la ahora mayoría parlamentaria, trayendo a un primer plano cuestiones de política internacional y, muy ligados a ella, problemas de fricción colonial. El nuevo ministro de Estado —responde con mayor presteza que su predecesor a los requerimientos de —ambas Cámaras para que explane proyectos y negociaciones, a despecho —de que un (más que) prudente aire de reserva siga impregnando la mayor —parte de su actuación (36). La oposición conservadora, por su parte, apenas puede resistir las oportunidades que su nueva condición le ofrece para atacar duramente este nuevo estio, que considera peligroso y al que se —opone por todo un conglomerado de razones (37). El marqués de Alhama, quizá más radicalmente que otros representantes del partido conservador, es buen exponente de ello en el Senado (38), como ha de serlo Silvela en el Congreso (39).

En la Cámara baja, la tensión política asciende a partir de octubre del 81, en relación directa con el torpe y magnificado accidente de Saida y el —contencioso que le siguió. De nuevo va a ser aquí el republicano Carvajal —quien ponga primero y más hondo el dedo en la llaga. Con actitud radical—mente hostil a la concesión por parte de Francia de las indemnizaciones —

solicitadas por la nación española (40), Carvajal -diputado electo por un distrito malagueño- aprovecha para reclamar de nuevo documentación referente a Gibraltar (41) y a la Conferencia sobre Marruecos del año anterior, abordando poco después el examen conjunto de la laxa política africana de España: "España ha dejado de lado sus intereses en Marruecos, haciendo vanas palabras y descuidando los intereses comerciales en la zona, siendo así que nadie tiene derechos ni condiciones para ejercer como España influencia en Marruecos, y esa influencia se encuentra hoy desprestigiada de tal manera que yo temo que pronto falten los medios de restaurarla" (42). En realidad, las ambigüas respuestas emitidas desde el poder difícilmente llegarían a satisfacer los anhelos de este africanismo de primera hora (43).

Ni siquiera satisfacerían las preocupaciones de quienes ostentaban, más o menos directamente, vinculaciones antillanas o filipinas. El asunto de Borneo y Joló vuelve sobre el tapete en este año de 1881, en un intento parcial de modificar el protocolo concertado por los conservadores en 1877 (44), intento mal acogido sin embargo por el gabinete liberal, que en absoluto se halló jamás dispuesto a enturbiar sus relaciones con Gran Bretaña (45). El 11 de noviembre Francisco Cañamaque solicitaba del ministro de Estado, en el Congreso, los documentos diplomáticos mediados entre España y el sultanato de Joló desde la paz de 1851. Proyectaba Cañamaque efectuar en breve una interpelación que "necesariamente habría de ser enérgica y aún dura" para con el proceder diplomático español. Silvela, por causa de su directa gestión en la nota de 15 de abril de 1876, se apresura igualmente a solicitar la presencia de documentos que puedan exculparlo ante el Parlamento (46). El 21 de diciembre, tras un margen de demora impuesto por Vega de Armijo, comienza la discusión. El diputado portorriqueño Cañamaque ataca entonces severamente la debilidad del pacto colonial español: "¿Tenéis conocimiento de alguna nación civilizada que deje sus puertas abiertas al contrabando, a la libertad, a la arbitrariedad de sus rivales, como vosotros habéis dejado la de nuestras codiciadas posesiones?" (47).

siones de Joló a enemigos terribles como Inglaterra y Alemania ?" (47). Pero, paradójicamente, las justificaciones del férreo monopolio que propugna se desprende de una concepción, ya en declive, sobre las bases jurídicas del derecho de ocupación y conquista : "A pesar de que autores - muy ilustres y periódicos muy importantes de Europa y América entienden que esa nota (15. 4. 76) y ese protocolo (11. 3. 77) significan la renuncia de España a Joló y a Borneo, yo protesto en esta Cámara que Joló y Borneo - son de la Nación española. ¿Por qué? Por un derecho superior a todas las notas y a todos los protocolos (...), por el derecho de conquista de nuestros heroicos soldados, por el derecho y la sanción de la historia, por el - derecho de nuestros misioneros, navegantes y conquistadores" (48).

La intervención de Francisco Silvela, en estas circunstancias, cobra sin dificultad carácter más admonitorio que justificativo de su acción política : "Sobre lo que puedo menos de llamar la atención de la Cámara es sobre la exactitud de ciertas ideas respecto a Derecho internacional, en las - cuales es muy importante rectificar poco a poco, al menos en la opinión, ciertas ideas antiguas que van desapareciendo del mundo moderno, y que a mí me duele en extremo verlas salir de lo que antes eran izquierda de la - Cámara", y es que, en los tiempos que corren, "aquellas tomas de posesión, aquel ejercicio que la soberanía territorial (...) que consistía en - plantar una cruz en una playa abandonada y dejarla allí (...); aquellas adquisiciones de la soberanía por Bulas Pontificias (...), todo eso desgraciadamente ha pasado, y el derecho de la soberanía territorial en los tiempos progresivos y prácticos en que vivimos se ejerce, desgraciadamente, por la posesión efectiva (...), por medio de la facilidad de llevar la administración a aquellos países lejanos, de civilizarlos, de cultivarlos, de organizarlos". De perseverar en tan rancia idealización -amenaza Silvela-, "nosotros nos quedaremos con las teorías de los Reyes Católicos y los ingleses se quedarán con las posesiones" (49).

El posibilismo canovista va a zanzar por el momento ambiciones y querellas, volviendo al plano de la más cruda realidad a quienes allí se enzarzaban en inútiles disquisiciones: "Delante de una coalición de Inglaterra y Alemania -advierte el presidente del partido conservador- para sostener, con razón o sin ella, la libertad de comercio en los mares de Joló, no ya la España del siglo XIX, con siglos ya de larga decadencia, sino la más fuerte Nación de Europa se hubiera prestado a una transacción, y habría agradecido al cielo que hubiera sido tan ventajosa como la nuestra" (50).

Cuestiones arancelarias polarizan en buena medida el conjunto de la práctica parlamentaria durante el año 1882. La batalla contra el librecambio, penosamente difícil, comenzaba a cambiar de signo, y ello merced a la acción constante de unos grupos de presión en permanente y estrecha formación. El tratado de comercio con Francia es piedra de toque y agravio que verá su compensación en la ley de aranceles antillanos de aquel año 1882, puesta a punto renovada del pacto colonial. Entre las voces más hostiles al tratado con la nación vecina, naturalmente las de la industria y el comercio catalanes (51), que enunciamos en otra parte. Valga aquí solamente la indicación de que -en este esfuerzo de redondear el mercado hispano con sus viejas posesiones ultramarinas- Güell y Renté, senador antillano y empresario catalán insiste en la reivindicación de Gibraltar en términos tales que provoca el escándalo en la Cámara alta (52). En su argumentación, un fuerte matiz anglófobo (53) y la clara transparencia del incómodo y concurrente contrabando inglés por el estrecho, causa de perturbaciones para buena parte de los intereses de la Cataluña industrial y mercantil. Pero ello no le resta elementos de sorpresa a su espectacular petición al Gobierno, expuesta con vehemencia en el Senado, para que se procediera sin tardanza al canje inmediato del Peñón por Ibiza, "o por las islas que tenemos en el golfo de Guinea (...), o por cualquiera de los pedazos del archipiélago filipino" (54).

Entre tanto, en el Congreso se ocupaba Cañamaque, diputado por Guayama (Puerto Rico) e interesado en la pesca canaria al menos desde dos años -

atrás, de cuestiones africanas. Partiendo del reciente convenio franco-marroquí que autorizaba a Francia a ejercer, dentro del territorio del sultán, represalias contra las tribus rebeldes que invadían Argelia, e inquieto por la lectura en la prensa británica de que una compañía inglesa había adquirido el territorio de Santa Cruz de Mar Pequeña, ("que es de España"), solicita Francisco Cañamaque del ministro de Estado "una copia exacta de todas las notas y comunicaciones que hubieran mediado a propósito de aquel territorio entre Marruecos y España" desde 1860 hasta la fecha (55). La reticente actitud del ministro Vega de Armijo primero, su negativa rotunda más tarde, no convence a Cañamaque para retirar su petición - referente al asunto -relativamente movido por aquellos días- de las pesquerías canario-africanas, en el que se hallaba embarcado (56).

Los primeros meses de 1883 son escenario de la discusión, en el Parlamento, del proyecto de ley para indemnizar a los súbditos franceses afectados por las insurrecciones carlistas y cantonal, proyecto al que Romero Robledo -de la comisión- presenta un voto particular, apoyado por parte de la Cámara baja. El partido republicano "histórico" de Castelar en su asumido posibilismo, decide abstenerse; uno de sus miembros, el diputado Celleruelo, explica ante el hemiciclo las razones de su decisión: "Es verdad que la prensa, por unanimidad, lanzó un grito de indignación (...) Pero esa indignación manifestada por la prensa no era motivo suficiente para que un Gobierno tomase medidas un poco delicadas, y tanto más cuanto que si bien en el primer momento la opinión fue unánime, cuando fueron cesando los entusiasmos, cuando se cobró la calma, la opinión verdadera y justa que ha expuesto el Sr. Romero Robledo al sostener su voto particular se hizo oír con toda claridad" (57). Carvajal, poco antes, se había opuesto también a la procedencia de las indemnizaciones (58), y, al parecer, la "izquierda liberal" de Manuel Becerra tenía igualmente intención de abstenerse.

En el Senado, el tratamiento concedido al proyecto es aún más conflictivo y polémico. El gobierno liberal se ve obligado a defender algo poco grati-

ficante y es, prácticamente, boicoteado precisamente desde la presidencia de la comisión, ocupada por el anterior ministro de Estado, el conservador Elduayen -marqués del Pazo de la Merced-. Hasta finales de marzo no sale el asunto a la superficie. En los meses anteriores nada, excepto las más o menos rutinarias preguntas de los senadores que, habitualmente, se interesaban por las cuestiones de orden exterior: Así, una del conde de Casa Valencia a propósito del canal de Suez y la actitud española ante el posible intento de monopolio por parte de Gran Bretaña (59); o la inquietud molesta del marqués de Casa Jiménez por los rumores de asentamiento de colonos alemanes en Fernando Poo y el golfo de Guinea (60)... Pero a finales de marzo, el marqués de la Fuente Santa rompe el silencio en torno al tema de las indemnizaciones a súbditos franceses, contrapartida inevitable a las exigencias del gobierno español por causa de lo acontecido en Saida (61). Dirigiéndose a la comisión que había de dar dictamen sobre el proyecto, pregunta el marqués cuáles son las razones de que todavía no hayan emitido aquél, siendo así que quedo reunida "hace ya bastante tiempo". El marqués de Pazo de la Merced -respaldado por otro compañero de Comisión, Alba y Munguira- se apresura a alegar la insuficiencia de documentos aportados por el gobierno, insuficiencia negada inmediatamente por el ministro de Estado, el liberal Vega de Armijo. La áspera discusión que, sobre organización y funcionamiento de la comisión encargada de entender en el proyecto se origina ahora, pasa a convertirse sin dilación en ocasión propicia para que Elduayen ataque violentamente la política exterior -poco clara y ambivalente, a su entender- del gabinete liberal (62). Poco después renunciaba Elduayen a la presidencia de la comisión (alegando no haber sido acogidas sus peticiones de una documentación más amplia), y pasando a desempeñar el cargo, por elección, el senador Hernández de la Rúa (63). En realidad, tanto las discusiones anteriormente citadas como las que se producirán después, cuando Elduayen presente un voto particular al dictamen (64), destacan no tanto por el pretexto circunstancial que las motiva cuanto por lo que de crítica global a la política exterior -constantemente motejada de "imprudente"- de los liberales encierran (65). En poco más de doce días, y tras -

diversas vicisitudes (66), quedará aprobado el proyecto el 25 de abril de 1883 en el Senado. Sagasta, como presidente del Consejo de Ministros, debe apresurarse a tranquilizar al siempre vigilante Güell y Renté, inquieto por las reclamaciones francesas respecto a Cuba y sus guerras (67), para protestar finalmente ante la Cámara de "la exageración con que se ha llevado y la importancia que se ha dado al asunto" (68).

La Cámara baja, por su parte, venía ocupándose desde finales del mes de marzo del asunto de Santa Cruz de Mar Pequeña. Miguel Villalba Hervás y el republicano Carvajal, como otras veces, son los primeros en pronunciarse, haciéndose eco de los problemas planteados en la prensa canaria y parte de la madrileña, suspicaces ambas frente a las dificultosas gestiones diplomáticas con el gobierno de Marruecos que visaban a la ocupación del terreno asignado a España por el Tratado de Wad-Ras. A ello añadían los diputados Villalba y Carvajal los insistentes rumores de ocupación inglesa y fundación de factoría precisamente en el territorio que, de derecho, se consideraba español (69). Un mes más tarde, en punto muerto, vuelve a mostrarse inquieto Carvajal (70). Los rumores han arreciado y los grupúsculos de intereses parecen hallarse dispuestos a exigir una acción rápida y eficaz. El partido en el poder utiliza tanto su órgano de expresión (El Correo, sagastino fiel) como el reciente, pero ya reputado, Archivo Diplomático-Político de España, para tranquilizarlos y dar impresión de eficacia y capacidad de actuación, haciendo públicos partes de los documentos cruzados a propósito del asunto (71).

No obstante, a mediados de mayo Carvajal y Cañamaque, impacientes, volvían a llamar la atención del ministro de Estado para que ofreciese en el Parlamento una explicación convincente a las dudas que las negociaciones respecto a Santa Cruz suscitaban en ellos. Porque si bien parecía evidente la ausencia de soberanía marroquí sobre el territorio, confusamente delimitado ("¿cómo va a dar el sultán lo que no tiene?"), también era cierto que aquél podía "darnos en equivalencia un pedazo de tierra africana que nos -

convenga más "(72). Los días corren, sin embargo, sin que la situación se altere en absoluto. Al borde de las vacaciones parlamentarias, dos meses más tarde, Carvajal vuelve a insistir -en el mismo lugar- sobre el mismo asunto. Los miembros del Congreso -en su opinión- no debían separarse sin saber "algo concreto y definitivo" al respecto, aunque no fuera más que si el sultán se halla dispuesto a ofrecer a cambio otro terreno equivalente, "porque otra cosa sería burlar el derecho que nos concede el artículo 8º del Tratado" (73).

Para entonces las gestiones de la Geográfica en pro de una actuación africana han tomado forma; el Congreso de Geografía que se prepara para el otoño será vehículo inmediato de aquellas aspiraciones, como hemos visto más arriba. Sin embargo, no todas las voces que se pronuncian sobre el tema incitan a la adopción de rápidas y brillantes medidas. El propio Archivo Diplomático acoge sin reparo opiniones contrarias al bullicio originado en Madrid por un grupito de intelectuales, librecambistas y filobritánicos - en su mayoría, desconocedores en suma de que sólo con la espada ha sabido colonizar España. Así se expresa en sus páginas C. A. y A., desde Melilla, que -sin cuestionar la presencia española en Africa- opina por el momento que "más valiera no haber tocado los despojos de nuestra gloriosa guerra ..." y señala críticamente los móviles económicos de la penetración que se solicita, calificando al español de incapaz para llevar a cabo la colonización "a la inglesa"; y censura, por último, con graves argumentos, la permuta del territorio originalmente concedido por el de Ifní (74).

En el fondo de todo ello va la convicción profunda de la inadaptabilidad hispana a los modelos standard de crecimiento capitalista, descubriendo de soslayo ese carácter semicolonial propio del desarrollo peninsular: "Si nuestra patria no es más que un inmenso almacén edificado sobre un vasto solar de indolencia y haraganería, tras de cuyo mostrador, construido con la lucha del trabajo, franceses, alemanes, ingleses e italianos nos llevan el dinero lindamente, ¿qué hemos de hacer en Marruecos sino convertirlo en -

trastienda de ese gran almacén, donde idénticos personajes, nacionales y extranjeros, se dedique a idénticas operaciones ? ¿Qué le importa, pues, a los ingleses y a los franceses que Marruecos sea nuestro, cuando, por el contrario, sacaremos las castañas del fuego para que ellos se las coman?" (75).

Y, sin embargo, parte de la opinión pública se ha dejado sensibilizar ya a favor de la participación española -moderada y prudente, eso sí- en la "fiebre colonial" (76): "Pues qué -se preguntaba El Liberal en la primavera del 83- ¿las razones que impulsan a los demás estados europeos a buscar mercados para sus productos, no las tenemos también nosotros para ser admitidos a éste que llamaremos concurso ... ? ¿ O es que los mejor intencionados piensan que estas adquisiciones se hacen mediante las armas solamente?". Meses después, sin duda influido por el carácter pacífico de las decisiones africanistas adoptadas en el Congreso de Geografía de Madrid, El Liberal reafirma su voluntad de penetración comercial y no por las armas, en armonía interna con el rechazo de cualquier alianza beligerante con las potencias centrales (77). Como es sabido, el viaje de Alfonso en el mes de septiembre por la Europa Central hace concebir - más temores que esperanzas (78). Por eso no es frecuente encontrarse con defensas tan claras de una política de alianzas sólida y estable -hacia la que parecía encaminarse el gabinete-, como la que expone Agustín Fernando de la Serna, desde las páginas del Archivo Diplomático, a finales de ese mismo septiembre. Aúna el autor en su razonamiento las diversas ventajas -de orden tanto interno como externo- que el alineamiento junto a los fuertes encierra; de una parte, la cohesión social que un proyecto político de alto alcance posibilita: contra "las asonadas, las turbulencias, la agitación, el tumulto, lo caótico, lo inestable ..." nada mejor que la participación activa "en el concierto del mundo civilizado", porque solo entonces "vibra el patriotismo" y "se levanta grande y prepotente", y solo entonces tienen las naciones "en las evoluciones de ese mundo algo que les interese y les importe (...) y nadie es tan vil que piense en desgarrar y debilitar a la patria" (79).

Pero no se trata unicamente de frenar el avance de la confrontación social (80), sino -con la misma claridad- de concertar la defensa a nivel mundial del reducto colonial hispano (81), ampliando incluso las posibilidades de expansión (82); todo ello sin demoras, en ese mismo momento, sin aguardar a la tan cacareada reconstrucción nacional.

Pero el deterioro múltiple del partido en el poder, -producido precisamente en buena parte por esas tensiones sociales para las que, a ojos de unos pocos, constituía una panacea la apertura hacia el exterior-, obliga a un relevo presidencial a principios de octubre. El "gobierno-puente" de Posada Herrera, constituido el 13 de octubre de 1883, y que solo tendrá de vida tres meses, comienza sin embargo con soluciones distintas para los nuevos problemas: Moret, en Gobernación, concibe la Comisión de Reformas Sociales, cuya presidencia entrega a Cánovas; Servando Ruiz Gómez, en Estado, reconduce la política exterior por "los senderos de la más exquisita prudencia". Nuestro país -afirma en su obligada declaración de principio- "debe recoger todas sus fuerzas, su voluntad y su energía para la resolución de los problemas sociales y políticos pendientes, y penetrar luego en una larga etapa de vasta organización administrativa que desarrolle en todas las esferas su bienestar, su riqueza y su poderío" (83)

Vacilantes auspicios, por tanto, para los africanistas reunidos en Madrid un mes más tarde, pues el nuevo gobierno creía firmemente que la consecución de los objetivos antedichos jamás debía supeditarse a "una participación inoportuna e inútil en la política de Europa, con la que no tenemos intereses políticos que ventilar, reivindicaciones que exigir en plazo inmediato, ni protectorados que admitir..." La lección aprendida del desaire francés al rey Alfonso, con la negativa bismarckiana a secundar el honor nacional ultrajado, hace variar de rumbo los designios inmediatos del poder, que ahora propugna sin vacilar "una conducta de sincera neutralidad con todos los Gabinetes amigos, cultivando constantemente las buenas relaciones que con todos mantenemos, y aprovechándolas en beneficio de los inte--

reses comerciales del país, harto olvidados y decaídos". Este va a ser sin duda el punto más alto de esperanza para los congresistas y sus seguidores, pero con vistas a la plasmación de este proyecto de reconversión resultaba imprescindible, por otra parte, disponer de una puntual información sobre la marcha y exigencias de los mercados; a los cónsules quedaba encomendada desde ahora la elaboración detallada de resúmenes informativos referentes a los "asuntos comerciales, industriales y de derecho internacional privado y marítimo", que proporcionen los datos necesarios para la entrada en esa "guerra sin cuartel" (84), en que la protección oficial había de jugar un papel de primer orden.

- 2) EL CONTRABALANCEO DE LA ACCIÓN EXTERIOR
ESPAÑOLA : LA VERTIENTE COLONIAL.

Así, cuando a finales de 1883 pronuncia el rey su discurso de apertura de las sesiones parlamentarias, un aire de conclusión, por el momento, impregna sus indicaciones respecto a los proyectos en que ^{se} embarcara el anterior ministro de Estado : se ha cumplido ya, efectivamente, el artículo 82 del tratado de Wad-Ras, con la cesión de Ifní para establecer allí una pesquería, y "teniendo en cuenta "el excelente estado de nuestras relaciones con todas las Potencias"-, viene a decidirse ahora con firmeza "volver con todo ahínco la atención a los asuntos interiores"(85). Es ya la antesala de la vuelta al poder, en breve, del partido canovista, de nuevo con Elduayen - en el Ministerio de Estado.

Mayo del 84 será en efecto escenario de nueva apertura del Parlamento, con la reciente mayoría conservadora y un flamante gabinete en el banco azul. Entonces comunica el rey ante el país que "ya depende sólo de nuestras propias resoluciones, teniendo en cuenta la conveniencia nacional, el que ocupemos terrenos suficientes para establecer una pesquería en la costa de Ifní, con lo cual no tan sólo quedan al pie de la letra cumplidas las estipulaciones de Guadras (sic), sino libres de toda mira encontrada nuestras relaciones con el imperio jerifiano, al que tan previsor y desinteresado apoyo prestamos en las Conferencias de Madrid, y cuyo porvenir, por muchas razones, nos debe siempre interesar y aún preocupar " (86). El mantenimiento del statu quo, de nuevo, mediatiza por el momento la puesta en práctica real de algunos de los proyectos de actuación marroquí, sumiendo a un tiempo en una crítica multilateral al arriesgado y mal acogido ensayo de protección internacional encabezado por Vega de Armijo. Es preciso " fijar un poco el sentido de la opinión pública -se había pronunciado cautelosamente el ya por poco tiempo ministro de Gobernación, Segismundo Moret -, porque el pueblo no puede analizar las grandes corrientes, y es preciso que tenga un norte en la difícil cuestión de la política internacional". Pero las prudentes enseñanzas del Conde de Aranda llevan a Moret, por añadidura miembro conspicuo de la Sociedad Geográfica madrileña, a una conclusión morosa y alejada de planteamientos aventureros : " Yo creo

que lo que debe hacer España es desarrollar los gérmenes de prosperidad interior; ¿para qué? Para obtener lo que convenga a nuestros intereses en el momento en que los de otros nos den margen, campo y ocasión para ello" (87). Lo que, por otra parte, coincidía cada vez más con buena parte del pensamiento expansionista moderado que hallaba acogida en el seno de aquella sociedad.

Relevo conservador, por tanto, y giro a la derecha -con la incorporación de la Unión Católica al gabinete- en este nuevo gobierno de Cánovas, -constituido en enero de 1884 y esencialmente preocupado por el afianzamiento del sistema frente a cualquier conato de alteración. Es éste el contexto en que, a finales de marzo, iba a tener lugar el denominado mitin del Alhambra, aproximadamente a un mes de distancia de las elecciones parlamentarias. Cuando las Cámaras se abran, en mayo, se ocuparan sin embargo de otros problemas más acuciantes; entre tanto, la prensa no deja de publicar noticias, más o menos alarmantes, sobre la intervención francesa en el norte de África, recrudecida con la vuelta de Ferry al poder - (87 bis). Las negociaciones españolas sobre Marruecos, por otra parte, permanece en la más estricta reserva en el ministerio de Estado, y ni siquiera a petición de Vega de Armijo accede Elduayen a la publicación oficial de las negociaciones en curso, publicación que sólo concierne -a su entender- a aquellas potencias que "pueden permitirse tener una política exterior propia" (88). A pesar de ello, el discurso de contestación a la Corona da pie, en los meses de junio y julio, para una nueva y, por supuesto, antagónica exposición de las concepciones respectivas de Vega de Armijo y Elduayen en materia exterior, reacios ambos a una reducción de sus posturas (89). León y Castillo (90) viene en auxilio del primero para recordar - ante el país lo inevitable de la adopción de unas medidas concretas, aunque no sea más que en orden a la preservación de añejos y consolidados intereses coloniales, hoy en constante amenaza; pero lo más inmediato de la discusión va a girar, evidentemente, en torno a Marruecos.

Y es que 1884 señala un punto de inflexión importante en la iniciativa africanista; la política de propaganda del círculo madrileño iba prosperando con más o menos fortuna por diferentes enclaves de la geografía española, elevando voces concordantes hacia los máximos detentadores del poder civil. Desde la palestra parlamentaria, a la que se hará llegar un corpus de peticiones (90 bis), toda ocasión es buena para reafirmar la prudente conveniencia de no alterar demasiado la marcha de las cosas. Y así, la actitud oficial respecto al imperio del sultán, con quien proseguían las sempiternas negociaciones residuales desde Wad-Ras, se resume en una tímida declaración de buenos auspicios y tembloroso respaldo para la iniciativa individual y crematística en la zona, frente a la más rotunda negativa para las intervenciones diplomática y militar tendente a la alteración del "statu-quo" (91). En este orden de cosas, es tanta la prudencia por parte de España, que a finales de año aún no se había tomado posesión efectiva -a pesar de las nuevas negociaciones abiertas- del territorio correspondiente a Santa Cruz. La debilidad de las presiones de Madrid han posibilitado al sultán el constante regateo de la entrega prometida, amparándose en la ambivalencia de su cuasi "imaginaria" soberanía sobre las tribus inquietas. Entendiéndose directamente con las kabilas, los ingleses han sabido sacar partido de la situación y, para entonces, -como se comenta con amargura desde fuentes de prensa (92)-, territorios muy cercanos al que habría de ser posesión española albergan una próspera factoría inglesa, que drena lógicamente hacia la costa la mayor parte del comercio interior cercano.

La responsabilidad del gobierno y, más concretamente, de la representación diplomática cerca del sultán es criticada sin paliativos por quienes propugnan una mayor actividad expansionista, reconviniendo la tolerancia extrema del gobierno de Madrid respecto a las esporádicas y estériles embajadas marroquíes a la Península (93), encubridoras -en última instancia- de los positivos avances de otras naciones, no tan miradas para con la legalidad vigente en el decrepito imperio. El 27 de diciembre de

1884, el marqués de la Vega de Armijo, una vez más, solicita se informe ampliamente al Parlamento del estado de tan dificultosas y estériles negociaciones (94).

En la espera, se había abierto una pugna de intereses en forcejeo constante por lograr que la imprecisa localización de la, aún sólo de derecho, posesión española llegara a plasmarse en provecho propio. El Eco de Ceuta, señaladamente, dedica una larga serie de artículos a la cuestión pendiente. Era septiembre de 1884 cuando el periódico, insistiendo en planteamientos anteriores, defiende como "preferible" la ubicación final del territorio en los límites de Ceuta, por considerarla "más beneficiosa a los intereses nacionales en el orden político, económico y militar"; llegando incluso a afirmar que se trata de "la única solución viable y práctica, si es que de buena fé se quiere llegar a un acuerdo con Marruecos". Frente a la simple pesquería reivindicada desde Canarias y el suroeste andaluz, susceptible de localización en Cabo del Agua o, con mayor probabilidad, en Ifní, El Eco de Ceuta aboga en cambio por una extensión territorial y administrativa con refuerzo del aparato militar. "La falta del espíritu de asociación que entre nosotros existe", junto a "las dificultades insuperables que el mismo Estado y sus delegados habrían de oponer al desarrollo de esa supuesta posesión, dificultades basadas en el sistema colonial que sigue España y la severidad del régimen que se observa en las plazas fortificadas", son aducidas por el articulista como obstáculos poco menos que insuperables para llevar a buen fin el proyecto que se trata de hacer viable. Contrario totalmente a la utilización de fondos públicos para el amparo de intereses meramente privados, alerta el periódico ceutí a la opinión sobre una realidad inquietante: no existe; en efecto, "esos centros emprendedores que algunos esperan ver surgir en cuanto el pabellón español ondee en un nuevo punto del litoral africano", porque "si los hubiera, años hace se hallarían establecidos en las ciudades del imperio con factorías importantes y respetadas como lo son las francesas, inglesas e italianas que allí existen". Y por otra parte, "si realmente

su objeto era sólo emplear el capital en la industria pesquera, costas poseemos muy ricas en cria y paso en la Península; o váyase a las mismas de Africa, donde el artículo 45 de nuestro tratado de comercio con Marruecos nos concede el derecho de pescar". Por el contrario, la ampliación territorial de Ceuta, a más de la función receptora de emigrantes que sin duda desempeñaría con eficacia, reuniría la ventaja de una penetración hacia el interior del continente africano, con las grandes posibilidades de todo orden consiguientes (95). Su propuesta, como la elección de Ifni demostraría no mucho después, cayó en saco roto.

Mientras tanto, como reconocía Gonzalo de Reparaz (96), se había -expandido esa "ligerísima tendencia a ocuparse de la cuestión africana" que, bien es verdad, seguía siendo obra de "un escaso número de individualidades". Hasta qué punto respondía a voluntades decididas pero poco frecuentes, puede sin duda expresarlo con mayor concreción el hecho de -que los fondos recaudados para la expedición proyectada por la Sociedad de Africanistas se habían detenido en un tope máximo de 27.000 pesetas, a pesar de la concurrencia decisiva del banquero Urquijo: "La Nación -prosigue el propio Reparaz- apenas se ha apercibido de estos primeros síntomas ... ". De hecho, en el otoño de 1884, y a pesar del tímido despertar, también en nuestro suelo, de la ráfaga colonial, "sólo España permanece indiferente a esa fuerza misteriosa que arrastra hacia Africa a todas las Naciones europeas". Y eran precisamente esas naciones las que se disponían a asistir, en Berlín, a la mayor y más decisiva batalla jurídica del reparto colonial, sin que el gabinete canovista pareciera decididamente interesado en ella. A llamar su atención va encaminado en última instancia el artículo de Reparaz : "España tiene su papel señalado de -antemano en la conferencia : defender sus posesiones actuales, reivindicar los dos puntos (...), y no perder de vista que Portugal es actualmente el -único, aunque débil obstáculo, que impide a Inglaterra apoderarse de todo el continente". En consecuencia, "tanto por espíritu de raza como por egoísmo, España debe apoyar los indiscutibles derechos históricos de Portugal. De lo contrario, la raza ibera desaparecerá de Africa ante la raza angloajona " (97).

En apoyo de Portugal se desbordará la retórica propagandista : Castor Amí, por ejemplo, militar y miembro conspicuo de la Sociedad Geográfica madrileña, defiende los derechos de la nación hermana en virtud de argumentos de débil contundencia : "Portugal, no por pequeña menos noble e hidalga nación (...), posee, es dueña indiscutible", es una de las más significativas expresiones de esta concepción añeja que fundamenta la propiedad colonial en derechos de adquisición cuanto más antiguos más legítimos (98). La alarma cunde entre los hispanos defensores de esta justificación ideológica, en claro proceso de puesta en duda y sustitución por otra más acorde con la evolución histórica : "Ese Congreso, formado no de obreros de blusa y chaqueta, sino de distinguidos diplomáticos, va a poner en tela de juicio la propiedad adquirida o hereditaria de las naciones, la legal, la que viene de largo tiempo sancionada y reconocida, y va a establecer como jurisprudencia en las relaciones internacionales lo que, más tarde, quizás, persiga en las calles y campos de sus respectivos países, el uso de la fuerza para aquello que no puede estar custodiado por quien no tiene medios para ello". En vísperas de la conferencia es evidente para Amí -como poco antes para Reparaz- que "las únicas víctimas propiciatorias del congreso de Berlín serán las naciones ibéricas", lo que en el caso español -opina- débese en gran parte al "haber manifestado tanta antipatía a las cuestiones exteriores y tanto descuido en el patrio porvenir".

Queda apuntada ya en otra parte (99) la tenue realidad de la presencia española en Berlín a lo largo de la conferencia. El medido comportamiento de sus representantes, la pasividad (en buena parte forzosa) a que se vieron obligados, encuentra su correspondiente justificación paraoficial en el propio órgano de prensa que había acogido los anteriores trabajos. El Archivo Diplomático de España, dirigido a la sazón por Luis Fernández de Córdova, inserta en sus páginas -tras incorporar un artículo de The Economist a propósito de la cuestión del Congo- una nota sin firma que asegura : "Como España no posee territorios ni establecimientos importantes en el Congo ni en el Níger, que son los territorios sobre los que versa el Congreso, nuestra actitud en este asunto es desinteresada, y por lo tanto, de mayor peso en el sentido de la conciliación nacional" (100)

En general, el impacto de lo acontecido en Berlín se deja sentir poco a poco en la prensa y en las cámaras españolas, produciendo la mayor parte de las veces un neto rechazo de los principios jurídicos que acabarán con sagrándose. Entre quienes acogen este desarrollo con mayor tibieza se halla, quizá, El Liberal, que sólo a propósito de los roces fronterizos entre España y Francia en el Golfo de Guinea acaba por mostrar un interés más directo (101). La Revista Contemporánea, en cambio, a pesar de ese aire de novedad europea que deliberadamente colorea sus páginas, no deja de lamentar -tras haberse asombrado ante ese "sorprendente desarrollo del espíritu colonizador, que como una fiebre repentina apasiona a los Gobiernos y a las gentes" (102)- lo que, según avanzan las sesiones, cobra visos de revelarse como el hilo conductor de la actuación de las grandes potencias: el uso de la fuerza para servir a ambiciones concurrentes. "Es hoy más difícil, más difícil que nunca -escribía Carlos Soler en febrero del 85- cierta acción común y pacífica con miras desinteresadas y exclusivamente civilizadoras" (103). Unos meses más tarde, y desde las páginas de la propia revista, Rafael Álvarez -Sereix constataba tristemente cómo "la política colonial de nuestros días, realizada con la fuerza de las bayonetas y de los cañones, va dando en todas partes sus desastrosos frutos" (104).

Sin embargo, era España en aquellos momentos una de las potencias que más atentamente debía mirar hacia Berlín: no era todavía su viejo imperio residual el que corría peligro, pero sí sus inconsistentes títulos de propiedad sobre el continente africano que ahora se trataba de hacer revivir, ampliándolos incluso. La incorporación a España de un fragmento de la costa del Sahara, por ley de 26 de diciembre de 1884, insertaba legalmente a nuestro país en la carrera hacia el campanario, por más que la timidez y el temor -subordinados ambos a las potenciales complicaciones de una política exterior enormemente condicionada- limitaran desde las esferas oficiales las ansias expansionistas del africanismo en Guinea.

De esta débil incorporación las Cámaras, lógicamente, se hacen eco. A principios de enero de 1885, con insistencia, lleva a cabo Azcárraga en el

Congreso una contundente defensa de las compañías mercantiles y su papel colonizador, que estima digno de aplauso (105). Sólo diez días después se digna el ministro de Estado, Elduayen, puntualizar acerca de aquella desmedida euforia : "El Gobierno ... ha creído llegado el caso de que adquisiciones hechas por particulares y por sociedades en ese territorio enfrente de las islas Canarias, y que interesa mucho a la industria pesquera", reciban la protección oficial, lo cual -insiste de nuevo el portavoz más autorizado -- de esta política- "es una cosa distinta de la adquisición de terrenos allí". En resumidas cuentas, y según el ministro de Estado, no se ha hecho otra cosa sino aprovechar la reunión de las potencias en Berlín para notificar-- les el hecho, limitándose España "en la forma a emplear los mismos términos que las Naciones que parece que inician este movimiento ... , haciendo la salvedad justa y conveniente de respetar los derechos de terceros debidamente justificados" (106)

Más contundencia hubiera querido Vega de Armijo, que constantemente arremete ahora desde la oposición, en su doble condición de promotor de una política exterior más activa y de necesario defensor de la misma (hacia atrás y hacia adelante), en este sistema de alternancia en el poder. Precisamente con ocasión de la respuesta del marqués del Pazo de la Merced a Azcárraga, manifiesta Vega de Armijo su satisfacción ante la ocupación de Río de Oro, solo comparable en dimensiones al estupor que ha provocado en el ex-ministro de Estado la ya incomprensible demora en la toma de posesión de Líní. Su planteamiento de fondo es conocido en la Cámara, pero ello no obsta para que -una vez más- sea desplegado en su intencionalidad última : "Yo pregunto, señores : en estos momentos en que la Europa entera se preocupa de la cuestión de Africa hasta el punto de que causa extrañeza el ver cómo se arrebatan territorios los unos a los otros, antes de que se señalen las condiciones especiales que han de servir de hoy en adelante para tomar posesión de aquellos que no estén bajo dominio de nación alguna, ¿ es posible seguir esa política de no hacer nada en lo relativo a cuestiones exteriores ?". La propia dinámica de la evolución mundial ofrece la respuesta para el liberal Vega

de Armijo : "Yo creo que no, porque si llega un día en que desenvolvamos nuestra riqueza interior; si llega un día en que seamos fuertes, si llega un día en que nos crezcan las alas, ese día no tendremos donde poner el pie". (107). Otro tanto podría decirse respecto a Marruecos, y si en este caso no es el ex-ministro liberal quien asume el recordatorio periódico de este objetivo, puede ser -entre otros- el militar Castor Amí, quien en febrero de 1885, insiste en la necesidad de fijar respecto al imperio "una política definida, estudiada con prudencia, sí, pero con resolución, entereza y perseverancia, a fin de que sólo a nosotros conviniera, sin cuidarnos de alianzas que siempre son capital saneado para el más fuerte" (108).

Pero así como el relevo ministerial no ha modificado en sustancia las convicciones de Aguilar en materia de política exterior, el férreo Elduayen también permanece irreductible en unas posiciones directamente inspiradas por su jefe de partido : "Jamás se había encontrado España, hace aproximadamente un año, en situación más delicada respectivamente a sus relaciones con varias Potencias, y bien puede añadirse que esa situación nació sola y exclusivamente de esa febril iniciativa que había distinguido al señor Marqués de la Vega de Armijo como Ministro de Estado, queriendo intervenir en todas las cuestiones de que se ha ocupado Europa, y terminando sin embargo su misión sin haber concluido absolutamente ni una sola de aquellas que inició y siguió durante el curso de las negociaciones" (109). Doble y cerrado bloque, por tanto, en la Cámara baja, y ni siquiera compacto por lo que hace al partido liberal. Tras varios días de discusión, reiterativa y hueca, la intervención del diputado republicano Rafael María de Labra viene a centrar un conglomerado disperso de débiles argumentos en pro y en contra: "Lo primero que he encontrado en todo este debate, señores Diputados, -principia el autonomista antillano-, es una carencia absoluta de datos y de elementos de discusión; de tal suerte que, si no se diera el caso de que el Señor Marqués del Pazo de la Merced fuera en la actualidad ministro de Estado, y por tanto tuviera sobre su pupitre todos los negocios de que se trata y el Señor Marqués de la Vega de Armijo no hubiera sido uno de los inmedia-

tos antecesores de S. S. en el Ministerio de Estado, y no fuera, por consiguiente, conocedor de los secretos de aquellas cuestiones que están dentro del Gabinete, sería absolutamente imposible que por los datos aquí traídos, ni por ningunos otros antecedentes, el común de los mortales, los Diputados y Senadores y la opinión pública, pudieran formar idea exacta ni concepto acertado de la marcha de los asuntos internacionales y de los compromisos contraídos por nuestra Patria" (110). El escamoteo consciente de la actuación internacional por parte de sus protagonistas -constante más acentuada en el caso del parlamentarismo español que en otros más genuinos- sólo halla su correlato (doblemente culpabilizada así) en la pasividad de la prensa ante este tipo de problemas. En efecto -prosigue Labra- los órganos de opinión española son con frecuencia mero calco distorsionado de los que sus colegas extranjeros publican acerca de materia internacional (11), y ello suponiendo que no se entreguen con fruición a la tarea de propagar -"reminiscencias, alusiones más o menos veladas o elásticas, y equivocadas indicaciones". La mayor responsabilidad, no obstante y lógicamente, corresponde a los gobiernos, encubridores a sabiendas de las gestiones ministeriales y diplomáticas, desconocedores en suma "de los deberes que obligan a los Gabinetes frente al Parlamento y a la opinión pública".

Por el contrario, como sensible prueba de la incorporación de un país a la vanguardia del desarrollo, alude Labra a la actitud opuesta, y por ello -opina-, de no corregir este "defecto positivo", será España incapaz de "entrar en el cauce de los pueblos cultos y de las Naciones que viven dentro del régimen representativo". La conclusión se impone: "Ya es tiempo de salir ... de este absoluto apartamiento, de esta reserva exagerada que mantenemos respecto de lo que corre fuera de nuestro país", porque "por nuestras relaciones mercantiles, por la división del trabajo que se va estableciendo entre los pueblos, por la facilidad con que se comunican los últimos adelantos de la industria y de las ciencias económicas, por la intimidad de la vida política, puede decirse que es absolutamente imposible que un pueblo pueda vivir, por sí y ante sí, en absoluta disidencia o en oposición directa -

con los medios dentro de los cuales se desenvuelve". Pero no es ésta la única advertencia de Labra al poder constituido. Por una parte, la mención ligera, pero incisiva, respecto a los errores repetidos de una colonización centralizadora y monopolista (modelo antibritánico por excelencia, sin que sea preciso insistir más en ello); por otra, la admonición preñada de temores sobre los peligros de un acercamiento -demasiado comprometedor- a una Alemania "saturada de proteccionismo aun irritante para nuestros proteccionistas de la costa mediterránea". Es así cómo "saltar por encima de Francia, abandonar a Portugal y desdeñar a Italia para ir a Alemania, es herir toda clase de sentimientos y afrontar toda clase de peligros". Toda esta apretada síntesis, hija de unas convicciones republicanas años atrás derrotadas, basta para advertir a los gobiernos de la monarquía de que "sobre el Rey, y sobre la dinastía, y sobre los intereses del partido monárquico, está el interés general de la Patria, y es necesario evitar todo compromiso con aquellos que pueden favorecer a la dinastía pero perjudicar a los intereses de la Nación, que es la base y el objetivo de todos nuestros deseos y nuestros sacrificios".

Y, centrando ya el problema colonial, específicamente básico en estos momentos, la actitud de Rafael María de Labra, máximo representante del reformismo y la modernización de las viejas posesiones, es especialmente reveladora de las posibilidades reales de inserción en el contexto europeo. "Falta grave, muy grave, en todos nuestros partidos políticos" ha sido y es, según Labra, la desatención permanente hacia el ámbito colonial, siendo sin embargo así que "las colonias son quizá lo único que nos contiene en un nuevo descenso ante Europa". Pero, ¿era, también para España, éste el momento de lanzarse con desenfreno a tomar parte en el despiece africano? Tiempo tardará el abolicionista Labra en aceptar -por muchas razones- lo que, para entonces, se impone ya como la única puerta abierta a la presencia de España -mínimamente honrosa- en el panorama internacional. Ahora, decíidamente, no: "En esta fiebre que agita a toda Europa vemos que hay un movimiento favorable a las grandes empresas coloniales, y bueno es llamar si-

bre ello vuestra atención. Para mí tengo que la situación de nuestra Patria no es parecida a la de las Naciones que se lanzan hoy por ese camino; no es parecida, por ejemplo, a la de Francia y Alemania. Notadlo bien: Alemania tiene una superabundancia, un exagerado exceso de producción que la abruma . . . ; Francia persigue otros ideales; quizá su objetivo principal sea buscar nuevos mercados para sus productos en vista de la competencia que le hace Alemania en los lugares donde antes tenía su monopolio comercial; tal vez busca una distracción de la opinión pública y de las fuerzas políticas interiores".

Hay, por tanto, una detección sensible de factores indiscutibles en la explosión imperialista de los años 80, pero hay aún más: por ejemplo, la nunca puesta en duda clara conciencia del carácter depredador y moralmente condenatorio de la vieja acción europea en las costas africanas; el recuerdo imborrable de la trata de negros, factor principal en la expansión ibérica de la edad moderna, y argumento ético de primer orden en la esencial preocupación de Labra -el abolicionismo-; todo ello, paradójicamente, abre las puertas de la esperanza de una hipotética -aunque verbalmente proclamada- acción reparadora de las potencias occidentales en Africa. Así, llega nuestro republicano a confiar en que, al tiempo que buscan aquéllas -en el infeliz continente "lo que no tienen", ofrezcan en cambio, y por iniciativa del estado, "una misión sin duda regeneradora para la pobre Africa, a cuya ruina todos hemos contribuido desde el siglo XV". Pero, "¿y nosotros, qué vamos a hacer? -se pregunta- ¿Vamos a entrar también por ese camino? ¿Va a seguirlo con nosotros el Estado? ¿Va el Estado español a explorar nuevas regiones y a prestar su apoyo directo a estas empresas? ¿Vamos a engolfarnos también en el empeño de expediciones lejanas? ¿Lo permite nuestra población? ¿Lo consiente nuestro orden económico y financiero? ¿Lo requiere nuestra vida social? ¿Lo pide también nuestras fuerzas, nuestras condiciones geográficas y políticas y nuestros compromisos?". Ni la menor vacilación entorpece una respuesta firme: "Nosotros no necesitamos nuevas colonias, porque no estamos en el caso de Francia ni de Alemania"; nuestro

pasado nos ha legado en herencia Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Canarias y Fernando Poo, triste y erróneamente descuidadas por la metrópoli: "pues bien..., no entremos en grandes compromisos, no desviemos nuestras fuerzas naturales; ... esa isla de Cuba y esa isla de Puerto Rico pueden ser, mediante una civilización fecunda, mediante grandes libertades, mediante un régimen administrativo-económico inspirado en principios descentralizadores y contenido por una unidad potente en la madre Patria, pueden ser un foco del cual irradian todas las esperanzas que vengan a contribuir a la reconquista moral y política del continente sud-americano. A las islas Canarias y a Fernando Poo podemos hacerles entrar en el nuevo movimiento como base de nueva acción; pero no pasemos a esa base".

Es ésta la que el propio Labra define como "política de conservación y de desarrollo", única por ahora a la que sería "prudente y patriótico consagrar nuestros esfuerzos", siendo así "firmes" pero nunca "imprudentes", evitando -en suma- "las aventuras en que nada habríamos de ganar, a la vez que arriesgamos mucho".

Quizá pueda parecer sorprendente, esta articulada proclamación de oposición a las nuevas inquietudes africanistas, a quienes recuerden a un Labra miembro temprano de la Sociedad Geográfica Madrileña; puntual acompañante de los primeros voceros teóricos de un colonialismo mercantil al borde los 80; firmante, en fin, de los reclamos al gobierno para proceder a una acción protectora en Marruecos. Pero -y sin poder dejar de lado algo tan difícilmente mensurable (con la información que poseo) cómo podría ser hasta qué punto razones de amistad, de compañerismo y de militancia docente e ideológica conjunta en el seno de la ILE, arrastraron a Labra al lado de los feroces defensores de la incorporación de nuevos territorios costeros en Africa-; sin olvidar factor tan importante -vuelvo a insistir-, hay que tener siempre en cuenta las muy probables esperanzas concebidas por el más notorio de los autonomistas cubanos respecto al papel que podrían jugar los nuevos grupos de presión intelectual cerca de la clase política; concretamente -

en lo que hacía al mundo antillano. Con el tiempo -ya pesar de la rectificación del rumbo marcado y casi exclusivamente africano que se encarga de emprender la nueva Revista de Geografía Comercial, a partir de mediados de 1885-, Labra ha ido sin duda abandonando estas primeras expectativas -de coincidencia de intereses con el núcleo más activo de la nueva expansión colonial (a pesar de seguir figurando en la directiva de las sociedades), para entregarse de lleno, como siempre había hecho, a la actividad eminentemente propagandista centrada en las Antillas. Habría de pasar el tiempo para que Rafael María de Labra aceptase, ya como un legado histórico -susceptible también de conservación-, las nuevas posesiones africanas; pero ello -ya encontraría a nuestro hombre inmerso en la vorágine de la independencia cubana. A lo largo de estas páginas insisto varias veces en esta circunstancia que, en ningún momento, considero casual (112).

En fin, con todo lo antedicho no puede extrañar ya esta radical repulsión de Labra -justificada por otra parte por el modelo idealizado y britanizante que tiene en mente- hacia la incorporación oficial de nuevos territorios a la nación española : "Yo me opongo resueltamente a una política de inacción; pero me opongo también a una política de desordenado movimiento que comprometa al Estado o desaliente la iniciativa particular".

¿Qué más podía desear Antonio Cánovas, hábil y sutil manipulador de los polivalentes recursos de la política ? Con un ponderado discurso que merece aprobación en todos los lados de la Cámara, Rafael María de Labra ha hecho, en conclusión, un flaco servicio a sus compañeros de la antigua Sociedad de Africanistas, tramoyistas invisibles de esta repercusión parlamentaria. Y es un flaco servicio porque ha dado así pie a que la voz siempre autorizada de Cánovas se apresure aquí a poner punto final a esta revisión de conductas: "Lo que se necesita no es solicitar el papel de gran Potencia -repite una vez más el principal autor de la política de recogimiento-; lo que se necesita es serlo ...". Dados los indiscutibles supuestos de que ni España es una gran potencia ni hace falta expansión alguna exterior en el caso de no ser-

lo, vuelve Cánovas sin dificultad a argumentar como hiciera casi dos años antes, en la clausura del Congreso Geográfico de noviembre de 1883 :

"Hace ya bastante tiempo ... dije que el mundo civilizado, en medio del - desarrollo enorme de sus instrumentos de producción y de trabajo ..., buscaba mercados que dieran desarrollo a esa potencia creadora que supe- ra con mucho en Europa al poder del consumo; dije que en este desequili- brio, que esta desigualdad de la producción, adelantando todos los días en sus medios de creación sin poder aumentar los de consumo, estaba el prin- cipio, estaba la ley histórica que llevaba a las Naciones civilizadas a tomar posesión del mundo inculto hasta ahora. Y después de decir esto -continúa- añadí que, desgraciadamente, España no sentía ni sentiría todavía por mu- cho tiempo este desequilibrio entre la producción y el consumo, sino que an- tes bien, gran parte de nuestro consumo se hace con la producción extranje- ra". Sin embargo, y en hábil previsión que también en 1883 hizo Cánovas - notar, la incipiente incorporación al contexto de la lucha colonial es aquí - defendida por Cánovas: "Tampoco podíamos prescindir de todo punto de - nuestro porvenir; ... de que quizá en días mejores, pasado más o menos espacio de tiempo, necesitaríamos más terreno en que dar expansión al exci- so de nuestra producción nacional"; obrando siempre, bien entendido, con "prudencia infinita" (113).

Pero los debates en torno a la cuestión colonial, a los que el presidente del gobierno ponía de este modo punto final, no habían girado exclusivamente en torno al más o menos descarnado eje de las ideologías, como pudiera - sospecharse. Poco antes de la intervención de Labra, el liberal Manuel Azá- rraga, también miembro de la Sociedad Geográfica, había arremetido contra la política exterior del gobierno conservador, acusándola de "conculcadora - de los principios que rigen el progreso y el desenvolvimiento de los pueblos modernos", y reclamando para "los fabricantes de Cataluña (...) el derecho de esperar que ese Gobierno facilite su comercio en unas partes y abra nue- vos mercados en otras". Con las viejas instrucciones de Floridablanca como norte, aconseja Azcárraga la inmediata incorporación de puntos de la costa -

africana, el acercamiento a Portugal y la reivindicación gibraltareña; todo ello porque "con la política de las debilidades no se va a ninguna parte, no se satisfacen las necesidades del país, no se realizan sus ideales, y - por el contrario, esa política puede ser origen de grandes desastres..."

(114). Pocos meses más tarde, volvía Manuel Azcárraga a llamar la atención del gobierno y de la Cámara baja acerca de la presunta remonta del río Muni por un vapor de guerra francés, empeñado en la sustitución de los símbolos de soberanía española en la costa guineana por otros de su propia nacionalidad; la prensa madrileña había publicado y comentado ampliamente esta noticia, sabida por una alarmada carta del explorador Oso-rio.

En realidad, se limita el diputado Azcárraga esta vez a preguntar al ministro de Estado "si el Gobierno tiene conocimiento de este hecho", y si -en este caso- "ha dado lugar a reclamaciones diplomáticas" (en el supuesto, claro está, de que el territorio en cuestión dependa de alguna manera del gobernador de Fernando Poo). La respuesta de Elduayen es, como siempre y cuando menos, decepcionante: en el ministerio de su competencia "no existe noticia alguna de tales sucesos", lo mismo que - afirma - tampoco existe "ningún documento, exposición ni reclamaciones de ninguna sociedad que haya tomado posesión en Africa de ninguna clase de territorio". Sin embargo, la vacilación impregna las palabras del ministro de Estado - cuando intenta ofrecer una explicación convincente a lo que en los círculos coloniales madrileños sabía inaceptable: tras admitir la posibilidad de malentendidos en el dominio y adscripción del territorio, debido a la dilatada de finición precisa de las condiciones jurídicas estipuladas en Berlín, afirma que únicamente la prensa ha situado las primeras ocupaciones españolas en el mes de noviembre de 1884. "No sería, pues, extraño -dice para concluir- que allí en donde se dice que ha estado izado el pabellón español, sin que de ello haya tenido noticia alguna el ministro de Estado, algunas autoridades francesas hubiesen creído que aquel territorio les pertenecía, o bien por lo menos que estaban en posesión de él, y que pudieran, sin embargo, haber -

ocurrido algunas dificultades ..." (115). Esta era, por consiguiente, la repuesta oficial de cara a los representantes de la nación. Pero las cosas no habían sucedido -como hemos visto más arriba- exactamente así.

Un objetivo económico muy concreto habían tenido también, casi un mes antes de la segunda intervención de Azcárraga, las preocupaciones expuestas por el senador Félix Alfonzo, presidente de la Real Sociedad de Farmacia de Puerto Rico y también incorporado como socio de número a la Geográfica, en la Cámara alta el día 25 de abril de 1885. Comenzaba Alfonzo informando previamente sobre la Sociedad comercial hispano-Africana de Águilas (Murcia) (116), "que no sólo es comercial, sino que se dedica también a la colonización, al estudio de las cuestiones de Africa y a sacar de aquel comercio todo el partido posible". Según el senador, poseía la sociedad dos factorías en Kiss y en las costas de Argelia, siendo su participación importante "en las expediciones científicas". La pregunta a la que conduce este preámbulo va a revestir un interés de primer orden, pues apunta al problema central del nuevo colonialismo español, al hilo de la eclosión europea: las relaciones entre la esfera de lo privado y el poder estatal. En efecto, quería Alfonzo saber, únicamente, "si el Gobierno de S. M. está dispuesto a apoyarla y ampararla si llegara el caso de necesitarlo", por más que "hoy por hoy no siente esa necesidad, porque se cree bien garantida".

Afortunadamente para la "curiosidad" del senador inquieto, el ministro de Estado no se hallaba en aquel momento en el banco azul; acude entonces a responderle el de Gracia y Justicia, Francisco Silvela, un hombre con una capacidad infinitamente mayor de incorporación al ritmo de los tiempos. Silvela comienza, no obstante, por advertir a la Cámara de lo delicado de la cuestión, por tratarse de territorios tan próximos a Marruecos, participándole igualmente de su desconocimiento completo de la existencia de la sociedad. Sin embargo, opina que "España no puede menos de entrar en las corrientes generales que se van marcando con manifestaciones importantes; no puede menos de entrar en la tendencia del derecho internacional europeo

a extender la protección allí donde las explotaciones industriales, agrícolas o de cualquier género, hechas por nacionales, adquieran verdadera importancia". Ante tan buena disposición, Alfonso se atreve a más, y continúa: "Creo también de interés general (...) favorecer, proteger y amparar las colonias españolas que se formen en la costa Norte del imperio marroquí" para hacer frente a la Francia que se expansiona por la orilla derecha del Muluya; la fundación de una colonia española en la orilla izquierda del río sería sin duda "un impedimento para que la Francia pudiera introducirse en el imperio marroquí -y quizás privarnos de aquellos derechos que hoy no tenemos, pero que acaso se pudieran adquirir si se llega a formar una colonia española en aquel país" (117).

En dos ocasiones inmediatamente posteriores, diez y quince días más tarde, vuelve Alfonso a presionar al gobierno para que tome medidas conducentes a la ocupación de la orilla izquierda del Muluya, repitiendo con convencimiento que "en África está el porvenir de España". La prensa, entre tanto, iba dando cuenta alarmante de los progresos franceses, y -por otra parte- no parecía la sorprendente tozudez del senador tan fuera de lugar cuando la comisión de presupuestos acababa de introducir en las partidas un tanto destinado a colonización y exploraciones geográficas. Ello probaba, para Alfonso, que "la Nación española se inspira en el deseo de ser la exploradora del África". Siendo así, convendría que la colonización "tenga lugar lo más rápidamente que pueda ser, para impedir que Francia se introduzca en aquel vasto Imperio", y convendría también la creación de comisiones que se atraigan la simpatía del sultán y sus súbditos "aprovechando también la bondad o benevolencia que tienen aquellas tribus para con nosotros, y que no debemos despreciar", puesto que sólo de esta manera "conseguiremos que los cañones que regala la Nación francesa al Imperio marroquí no vengán nunca a dispararse contra la Nación española". Pero entonces sí se hallaba el marqués de Pazo de la Merced presente en la sala, y su reacción no ofrece la menor sorpresa a quienes le escuchan. Como primera medida, se niega el ministro de Estado "a hablar en público" de las

intenciones del gobierno respecto al continente africano, cuyo territorio -dice- "ha despertado hace corto tiempo un furor y unas aficiones (...) - que no parece sino que aquel territorio no pertenece a nadie". Como segundo estadio de la negativa, afirma el ministro "desconocer los medios que un Gobierno puede emplear para llevar a la colonización a un punto dado". Y, más concretamente, respecto a la cuestión de las fronteras del Muluya, "creo por el contrario que será siempre una condición ventajosa para mantener las buenas relaciones entre Francia y España en aquella parte de Africa, que naturales y tribus de aquel país se encuentren entre ambas fronteras en territorio neutral, de modo que todo lo que pueda ocurrir en aquella frontera no dé por resultado cuestiones ni debates entre Francia y España, sino que en todo caso sean cuestiones a resolver entre Francia o España con esas tribus de naturales del país".

Los planteamientos del ministro de Estado resultan tan anacrónicos, a los ojos de los nuevos africanistas, que Alfonso no puede por menos de replicar a Elduayen, objetándole que estima que el ministro, "a pesar de su gran ilustración, no ha comprendido el objeto", de la excitación que ha provocado este debate. Distingue claramente, y de nuevo, el senador Alfonso, entre los incipientes escarceos de Río de Oro y la costa norte de Marruecos, "que está muy cerca, frente a nuestras islas Chafarinas", y que por ello, cobra para España -además del valor sentimental ampliamente reconocido- un valor estratégico cada día mayor. Elduayen no se ablanda por ello : "Cuando las colonias se formen, cuando se conozca su importancia, el arraigo que allí tengan y los medios de que dispongan, el Gobierno de Su Majestad examinará si merecen o no que se consagren a ellas los esfuerzos y recursos que las Cortes concedan para ese objetivo" (118).

Pocos días más tarde, el Congreso de los Diputados iba a ser escenario de una interpelación, esta vez provocada por el ex-ministro de Estado Vega de Armijo, y centrada en uno más de los potenciales puntos de ocupación colonial para la burguesía española en 1885: el mar Rojo. El tema ha-

bía sido tratado recientemente por Joaquín Costa en el Ateneo madrileño, en el marco de una serie de tres conferencias que, a lo largo de la primavera, habían dado un completo repaso al estado de la cuestión bajo el denominador común de "España en África de 1884" (119). Ahora, a mediados de mayo de 1885, Vega de Armijo explana una interpelación sobre asunto que, por haber pasado poco tiempo atrás por sus propias manos, conoce bien. Como "uno - de los verdaderos gallos tapados" había definido El Imparcial, en diciembre de 1884 (120) esta cuestión de la incorporación a España de una base territorial en el mar Rojo, producto de viejas preocupaciones mercantiles y marinerías en la ruta hacia el archipiélago filipino, y que, por circunstancias voluntariamente oscurecidas por la diplomacia y la administración españolas, nunca iba a cuajar (121). Comenzó Vega de Armijo preguntando a Elduayen sobre el resultado final de la misión encomendada al diplomático Pedro Carrere en el golfo arábigo, cuando -en 1883- se hallaba todavía el partido liberal en el poder. Se trataba, en resumen, de "buscar en el mar Rojo un punto que sirviera de refugio a nuestros buques con rumbo a Filipinas, y en el que pudieran independientemente de otras Naciones extranjeras servirse de carbón". En efecto, la comunicación directa -con líneas marítimas subvencionadas por el Estado, compradas un año atrás al marqués de Campo - por el de Comillas- con Filipinas se hallaba en proceso de ampliación: a la mera exigencia económica de reducir gastos por la compra de carbón en bases extranjeras se unía sin duda la exigencia estratégica de no depender hasta esos extremos de quienes precisamente venían rodando sin veladuras las posesiones en cuestión. Viejos proyectos del sexenio en este sentido habían quedado arrumbados en los primeros años de la Restauración, hasta que por iniciativa del legado español en Constantinopla, conde de Rascón, pusiera Vega de Armijo el asunto en manos de Pedro Carrere, encargándole de la tarea de "investigar, a título de viajero explorador, el mejor punto para el establecimiento de un puerto español en el mar Rojo".

Al parecer, los resultados de su gestión fueron buenos, pero los cambios ministeriales dejaron en letra muerta lo efectivamente conseguido (122). La -

crítica de Vega de Armijo afecta de pleno al ministerio conservador, y en especial al responsable de Estado : " No es así como proceden otras naciones, sino que lo que hacen es dar alientos a los exploradores para obtener nuevos mercados; y bien los necesitamos nosotros, si hemos de desenvolver nuestra industria de Cataluña y otras provincias, completamente estancada en los mercados conocidos de todo el mundo " (123).

Por supuesto, que no se le ocultan al ex-ministro las dificultades diplomáticas que sin duda hubiera entrañado la operación, pero "para vencer las -advierte- existe precisamente el Ministerio de Estado". El asunto es ahora "tanto más grave cuanto que, por desgracia, es de temer que perdida esta coyuntura de adquirir tan conveniente posición, no se encuentre ninguna otra en que pueden realizarse las aspiraciones de cuantos se interesan por el desenvolvimiento del comercio, de la industria y de la marina, y tienen de estas cuestiones conocimiento profundo". Unicamente en ese punto están de acuerdo ambos expertos en materia internacional: en que ya es demasiado tarde para acudir al mar Rojo; sólo que a uno de ellos le hubiera gustado apresurarse a intentarlo, en tanto que el otro se pregunta en voz alta "si eso no conduce a cuestiones más graves, muchísimo más graves", puesto que el proyecto de que se trata aparece a sus ojos como "un verdadero sueño" susceptible de tornarse en pesadilla al involucrar a España "allí donde están hirviendo las cuestiones y las dificultades, allí donde están naciendo todas las guerras". El argumento matriz, por otra parte, siempre será el mismo : "Si no tenemos los medios de sostener nuestro derecho, seamos prudentes y reservados, y llevemos nuestra debilidad y nuestra falta de fuerzas con dignidad (. . .) Nosotros no aspiramos ciertamente a querer intervenir en todas las cuestiones de Europa, de las cuales aun sabiendo bien, no reportaremos en el momento actual, en la confusión que existe en nuestro país, más que desdichas y complicaciones". (124)

Cuando el incidente de las Carolinas tenga lugar, las Cortes se hallarán cerradas. La opinión pública se canaliza así exclusivamente a través de la

prensa y de las manifestaciones populares. De ello hablamos en el capítulo próximo. A comienzos de enero, el republicano Muro aprovecha una de las primeras sesiones para realizar una crítica total a la política reciente del partido conservador, sobre todo respecto a esa "segunda etapa" de la actitud canovista en el conflicto de las Carolinas, que tan mal sabor de boca dejó en buena parte de los componentes de las propias Cámaras. Como "débil" y "apática" se caracterizaba ahora por José Muro la actuación diplomática frente a Alemania. Es más, "en este desdichado asunto de las Carolinas no hemos hecho una política nacional española, sino extranjera, y funesta para el presente y el porvenir de nuestras colonias, y contraria a la honra de la Patria".

El conservador Francisco Silvela, al responderle, califica por contra la negociación como "uno de los grandes éxitos diplomáticos que registrará nuestra historia, quizá el más grande desde varios siglos acá" (125). En la sesión siguiente, el liberal Vega de Armijo va a solicitar a su compañero de partido, el ministro de Estado Moret, la remisión a la Cámara de todos los documentos relativos al caso (126). Quedaba abierto así el proceso a la gestión internacional del gobierno conservador, pronto diluído en la atonía que siguió a la pacífica resolución del asunto, y envuelto sobre todo en los problemas de la política interior.

NOTAS AL CAPITULO VII

- (1) A la espera de un análisis en intensidad (Esperanza Yllán trabaja en la actualidad sobre el pensamiento político de Cánovas), sigue siendo obligada la consulta de L. Meléndez Almagro, Cánovas, Madrid, 1951, y, en menor medida, E. González Blanco, Ideario de Cánovas, Madrid, 1931. La interacción entre teoría y práctica, para los diez primeros años de implantación del sistema, resulta plenamente lograda en J. Salom, op. cit. Parcialmente válidos siguen siendo, a este respecto, A. Mousset, La política exterior de España (1873 - 1918), Madrid, 1918, y A. Goicoechea, La política internacional de España en noventa años (1814 - 1904), Madrid, 1922.
- (2) Vid. La Epoca, 14.8.1875, con reproducción íntegra del prólogo y comentarios laudatorios. Y, a posteriori, la Revista General de Marina, 1877, vol. I, "Memoria sobre la exposición de Filadelfia en el año 1876", pp. 3-51; 177-201 y 281-298.
- (3) En los diez primeros meses de 1874 el comercio de exportación sufrió, respecto al año anterior, un descenso de 126,28 millones de pesetas, descenso que aumentaba progresivamente, pues sólo en octubre revestía una importancia de 26,19 millones. Los datos proceden de El Imparcial, 31 enero 1875, que comenta: "Es preciso que se adopten las medidas que el Gobierno puede y debe tomar para que nuestra producción nacional no se vea alejada por cuestiones arancelarias de los mercados extranjeros". Por su parte, La Epoca de 17 de abril culpabiliza clara y rotundamente de este descenso en la balanza a la reforma aduanera de 1869.
- (4) "América es un gran mercado; un país consumidor que paga espléndidamente lo que gasta. Sean conocidos allí nuestros cereales, nuestros aceites, nuestros vinos, todos nuestros ricos frutos, algunos de los cuales, no los más selectos, invaden desde hace siglos aquellos territorios y se han hecho indispensables al consumo" (Preámbulo... cit.). Por supuesto que los intereses agrarios que aquí se hacen patentes remiten sin vacilar a los sectores oligárquicos y terratenientes.
- (5) Vid. capítulos III y XI de este mismo trabajo.
- (6) La Epoca, 19 diciembre 1875, "Parte política". En el mismo sentido, puede verse, por ejemplo, el editorial de 30 de noviembre del mismo año: "Por mucha que sea la importancia de nuestros asuntos interiores sobre todo en épocas de guerra intestina y de reorganización social como la presente, conviene dirigir de vez en cuando una mirada a las potencias europeas..."

- (7) Abierto al tráfico desde 1869, el canal de Suez había contado con un - aporte de capitales multinacional en el que los ingleses habían llevado el mayor peso, comprando incluso las 176.000 acciones correspondientes al jédivé. La circunstancia no será hecha pública, sin embargo, hasta ese año de 1875, en que la alarma cunde entre las potencias mediterráneas y llegan a tambalearse sin demasiada gravedad los cimientos del acuerdo internacional acerca de los derechos de navegación en el canal ultimado en 1873, y en el que como en 1877- participaría España. Sobre estas cuestiones, F. Ponteil, La Méditerranée et les puissances depuis l'ouverture jusqu'à la nationalisation du Canal de Suez, París, Payot, 1964.
- (8) Frente a la atención mundial, centrada en la amenazante compra de acciones por parte de Inglaterra, "en nuestra patria, sin embargo - prosigue La Epoca -, acaso hay políticos y diarios que se ocupan más que de este transcendental asunto de si tales o cuales personas almorzaron juntas". Y más adelante, centrando el problema firmemente : " Quién puede olvidar un solo instante que tenemos en la parte oriental de Asia el archipiélago filipino, y que el canal de Suez es el camino por donde vamos a aquellas posesiones ? Quién no comprende a primera vista que España está grandemente interesada en que el canal no sea objeto de monopolio (...) y, por consiguiente, que nunca el Egipto sea teatro de una guerra que, por cierto espacio de tiempo incomunicase el Asia con la Europa, y que pudiese terminar con una ocupación solo ventajosa al Estado que la verificase ? ". De hecho la "monopolización" del canal de Suez será evitada con reiterada frecuencia por las conferencias internacionales desde 1873 a 1888, que salen al paso de momentos de especial fricción, no llegando a interrumpirse en efecto la libre navegación por el canal. España (en marzo de 1885 en París; en 1888 en Constantinopla), no dejará de acudir. Y, por otra parte, la literatura de viajes sí - había prestado atención a tan novedoso filón de imaginarias aventuras. Vid. José de Castro y Serrano, La novela del Egipto: viaje imaginativo a la apertura del canal de Suez en seis jornadas, Madrid, 1870.
- (9) "Nuestro gobierno no debe olvidar la conveniencia de hacer a los indígenas filipinos españoles por su idioma, por su religión, por sus intereses y costumbres, como único medio de futuras insurrecciones con tendencias separatistas. No debe olvidar tampoco que el Asia camina a impulsos de la influencia inglesa principalmente, hacia un grado de civilización en el cual forman vergonzoso contraste las islas Filipinas (...), y no menos aún debe olvidar nuestra patria, puesto que no es un secreto para nadie, que si nuestra Gran Antilla tiene algún vecino peligroso, también hay quien codicia el vasto archipiélago de que hablamos, siendo indudable que los extranjeros que lo visitan se asombran de que España sólo tenga allí unas fuerzas insignificantes para custodiarlo" (La Epoca).
- (10) La Epoca, 9 julio 76, 2a. pág. O también, por ejemplo, 2 agosto, 2a. p. :

"... debe ser una política de recogimiento, modesta, de reconcentración de todas nuestras fuerzas vitales".

- (11) "No siendo, como no somos, bastante fuertes para acabar de vencer-nos a nosotros mismos, todo plan de conquistas es un desdichado desvarío. El temor de que otras naciones se adelanten a conquistar lo que para nosotros reserva el porvenir, es un pueril temor. Los pueblos sensatos, que se ayudan en sus empresas providenciales, logran el éxito afortunado para ellas. Los pueblos dementes, entregados en su extravío a devorarse a sí propios en medio de sus fieras disensiones exteriores, esos no deben abrigar esperanzas de prosperidad y de grandeza: esos deben temer por su suerte, porque están al borde del abismo. (...) Lo hemos dicho y no nos cansaremos de repetirlo. Estamos muy en peligro de ser en Europa la Turquía de Occidente ... " (9 julio 76).
- (12) La Epoca, 2 agosto 76, 2a. pág. (En adelante, LE). A propósito, J. B. Vilar, "Cánovas, africanista", África, febrero 1972, pp. 15-18. Las raíces marroquíes del presunto africanismo canovista, en A. Cánovas del Castillo, Apuntes para la historia de Marruecos, Madrid, 1860.
- (13) LE, 5 agosto 76, 2a. pág.
- (14) Vid. J. M. Jover, "Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX" (1961) y en Política, Diplomacia y Humanismo Popular, Madrid, Turner, 1976, y M. V. López Cerdón, El pensamiento político internacional del federalismo español, Barcelona, Planeta, passim.
- (15) LE, 24.8.77, 2a. pág.
- (16) Especialmente graves le parecen al periódico conservador las repercusiones no meramente económicas de la fiebre librecambista (por otra parte, largo tiempo amparada sin graves modificaciones por el propio partido conservador, en lo que a política arancelaria se refiere): "Es indudable que ideas de falso cosmopolitismo, contra las cuales protesta la realidad al ver cómo procura ensancharse y fortalecerse cada nacionalidad, han debilitado entre nosotros el amor sagrado a la patria, signo funesto de decadencia".
- (17) "Esa guerra sin término visible" es, en rigor, la causante amnifiesta del "desamparo de los campos, de los talleres y de las fábricas", la más directa culpable de "la insignificancia de nuestras escuadras y el atraso relativo que nos coloca a gran distancia de los pueblos fuertes y temidos". La presión catalana se deja notar sin duda de una manera perceptible en la larga cadena de razonamientos que acompaña a la exposición. No en vano grupos de intereses determinados habían apostado fuerte por la carta canovista. El poder naval, por otra parte, rec

bra ahora, con la tecnificación, elevándolas hasta cotas muy altas, las capacidades determinantes de que gozara en momentos precedentes del desarrollo del capital, siempre en conexión con las plataformas ultramarinas. "Nos falta una marina fuerte", -se lamenta La Epoca - y, hasta conseguirla, sólo la imitación consciente de la Francia vencida en Sedán cobra visos de conducta "racional y prudente".

(18) LE, 13.9.77, 2a. pág.

(19) LE, 19.9.77, 2a. pág.

(20) M. Pedregal y Cañedo, La unión aduanera entre España y Portugal. Conferencias pronunciadas en el Círculo de la Unión Mercantil en el curso 1879 - 1880, Madrid, 1881. El francés Leroy-Beaulieu acababa de dudar seriamente de la capacidad española para tomar parte en una hipotética "unión aduanera de la raza latina". Pedregal alerta a "la - clase productora": "Si hay quien nos considera no dignos de entrar en esa unión aduanera, tengámoslo en cuenta para que todos despertemos los sentidos, y pongamos la vista donde debemos ponerla. Es necesario que dirijamos nuestros esfuerzos a levantarnos por el desarrollo - de nuestros elementos de producción, y por el acrecentamiento de - nuestras fuerzas intelectuales: en una palabra, que podamos comparecer ante la Europa dignos" (p. 14). El presupuesto librecambista se halla en el eje de la argumentación: "Los pueblos que se aíslan, que se encierran dentro de estrecho círculo y cortan sus comunicaciones con los demás pueblos que les rodean, no aciertan a explicarse de qué manera se apaga su vigor y se extinguen todos los elementos de vida, al revés de lo que sucede cuando se rompen esas vallas: entonces, al ponerse en contacto la colectividad de intereses con el cambio de ideas, se aviva la energía moral, regularizándose y multiplicándose las fuerzas todas por medio de la concurrencia universal" (p. 44). Es así como la Alemania de la unión aduanera, en la que "aumentó la riqueza y prosperaron todas las industrias" se erige en un punto de comparación para el abatido panorama peninsular, recuperable sin graves obstáculos -en opinión de Pedregal- dada la naturaleza de lo que él considera - las razones del cambio: "Del contacto de intereses, de la comunicación de ideas, de las relaciones diarias que se establecieron entre unos y - otros pueblos..." nacería la reciente prosperidad alemana, y así, - "basta que los intereses se pongan en contacto para que la actividad se despierte, se redoble y adquiera mayor eficacia, y esto se explica perfectamente. La principal palanca, el poder de mayor influencia está - siempre en las energías morales; y estas energías se desarrollan y centuplican a medida que se cruzan las ideas y se chocan los intereses" (p. 43). Su defensa de ampliación y estructuración del mercado nacional se sitúa en una línea clásica y sencilla del pensamiento económico: "Los pueblos que sienten necesidad de consumir, y producen para consumir, entran en vías de progreso; mientras los sobrios por necesidad, los que no consumen ni tienen apenas necesidades, yacen postrados en -

un atraso lamentable. Algo de esto -advierte- sucede en España y Portugal, y es necesario que salgamos de esta situación, agitando fuertemente esta masa social para crear nuevos motivos de estímulo, para que España y Portugal se levanten del estado de letargo en que se encuentran ..." (p. 44). Y, con toda claridad, como había comenzado -sus conferencias : "El día que nosotros podamos remover esa traba - (el Duero) y llegar hasta el Atlántico; el día en que los portugueses - puedan ensanchar los límites de su mercado y llegar hasta la frontera de Francia, habrán mejorado las condiciones : porque nosotros tendremos un mercado mayor, ellos lo tendrán también, y las ventajas que trae consigo un gran mercado son inapreciables " (pág. 17). Sobre la "obsesión portuguesa" de J. Costa, *vid.* cap. III, y, en conjunto, T. Martín Martín, "El iberismo: una herencia de la izquierda decimonónica" en Cuatro ensayos de historia de España, Madrid, Edicusa, 1975, pp. 45 ss.

- (21) Conferencia pronunciada en el círculo de la Unión Mercantil durante el curso 1879 - 80, Madrid, 1881, p. 30.
- (22) "Nosotros, en la obra de colonización, no fuimos más que exploradores otros fueron los creadores ..." Ello se desprende sólo con comparar - "dos islas desiguales en superficie, pero análogas en clima, en productos y hasta en configuración geográfica : Java, que pertenece a una nación mercantil; Cuba, que es sangre de nuestra propia sangre; Java, con una población de doce millones de habitantes; Cuba, con sólo millón y medio; Cuba, con una riqueza brillante, pero sujeta a los vaivenes de la Administración y a los azares de la política; Java, gobernada por un magistrado de frac negro; Cuba, sometida perpetuamente a la ley del sable, trabajada por incesantes agitaciones; Java, sosegada y pacífica, o en todo caso sin más alteraciones que aquellas por las cuales suelen pasar a veces en cuando hasta los pueblos más patriarcales ..." (*ibid.*, p. 31).
- (23) Cfr. El Liberal, nº 48, 17 julio 1879, 1ª. pág. "La cuestión de Joló", y 20 julio, 1ª. pág. "Joló".
- (24) Contra Silvela, ministro de Estado, se dirige, en buena parte, la animada versión del periódico demócrata, al manifestar aquél una torpe y recelosa conducta hacia el Parlamento, de modo que, "interpretando el gobierno de una manera abusiva el párrafo quinto del artículo 54 de la Constitución, logra sustraerse a las responsabilidades de sus actos en materia diplomática; porque no hay posibilidad de exigirla, aun cuando incurra en ella, desde el momento en que niega los medios indispensables para juzgar su conducta" (EL, 15.8.79, pág. 1ª. : "Relaciones exteriores. Silencio del gobierno").
- (25) A estas alturas, en el impasse expansionista que terminará en 1881 con la iniciativa Ferry, la colonización francesa reviste para la redacción -

de El Liberal un carácter modélico por excelencia, no tanto por particularidades específicas de su proceso cuanto por los principios democráticos que informan desde finales del siglo XVIII las líneas maestras de la política francesa. Así, resulta difícil calibrar la potencialidad civilizadora del vecino régimen republicano en los territorios sujetos al nuevo proceso expansionista, al confundirla sistemáticamente con la comunicación al resto de los pueblos de las libertades firmemente conquistadas en 1789: "Como la primera república llevó el progreso político por toda Europa, la actual se propone inundar el Africa con los progresos de la sociedad moderna" (EL, 13.1.80, 2a. pág.). Razones de humanidad y progreso son igualmente las aducidas, en vísperas de la Conferencia de Madrid, para justificar las tesis francesas y tratar de forzar un alineamiento paralelo del gobierno de Cánovas: "El país, o una parte considerable de él, que por su comunicación con los pueblos europeos empieza a conocer las ventajas de la vida civilizada y sabe que hay formas de gobernar a las naciones fundadas en un principio de justicia más favorable a su bienestar, vé con disgusto ese gobierno y se inclina a pedir a los de Europa protección contra sus designios" (EL, 9.5.80, 1a. pág.) Sin embargo, la Conferencia de Madrid, en la que se verían obligados a batirse en retirada los oponentes a la postura sostenida por París, había puesto al descubierto contradicciones tan flagrantes como que España, que se había adherido a las demás potencias "para conservar en toda su fuerza y vigor el derecho de protección y hacer respetar las capitulaciones" en Turquía, manifieste ahora incomprensiblemente su voluntad de "restringir el derecho de protección (...); sin duda comenta sarcásticamente el periódico porque nos es más necesario aumentar nuestra influencia en Marruecos que en Turquía" (EL, 22.5.80, 1a. pág.).

- (26) La cuestión de Marruecos se crispa en 1880, revelándose como uno de los puntos neurálgicos de mayor potencialidad explosiva hasta 1912. Debilitada progresivamente la soberanía del sultán, únicamente las rivalidades existentes entre los aspirantes al reparto salvaguardaban en precario la continuidad de su existencia. Si bien Francia aducía la proximidad argelina en favor de unas pretensiones de prioridad, Inglaterra sabía sacar partido de las ventajas que el tratado comercial de 1856 y la posesión de Gibraltar le conferían: el té y los algodones de Lancashire llegaban a los puertos marroquíes prácticamente en régimen de monopolio. España, la tercera en escena, no podía alegar más que sus presidios y la aureola militar de Castillejos; sin embargo, a partir de la década de los 70, la fuerte emigración levantina y andaluza expulsa hacia el otro lado del Estrecho a lo que en 1880 forma aproximadamente un 65-70% de la colonia extranjera en tierras marroquíes. Este es precisamente el momento en que las tensiones entre las potencias europeas respecto a Marruecos cobran una aspereza y tirantez hasta entonces inusitada. La conferencia internacional reunida en Madrid en mayo de dicho año trata de fijar pautas para una conducta internacional a propósi

to del derecho de protección a los naturales acogidos a la protección consular europea. El proyecto marroquí de reforma de la situación vigente, apoyado por Inglaterra y España, debió hacer frente a una viva resistencia francesa e italiana, que contó con la adhesión de Alemania y Austria-Hungría, acabando por ser recusado y sin dar como fruto - reforma alguna. La internacionalización del problema marroquí comenzaba. (Cfr. J. L. Miège, La Maroc et l'Europe, cit., y P. Guillen, L'Allemagne et le Maroc de 1870 à 1905, París, 1967).

- (27) La respuesta de Cánovas se movía dentro de los estrechos márgenes - del formalismo más estricto : "No tenemos inconveniente en declarar que en el texto expreso de los tratados vigentes deben encerrarse nuestras pretensiones sobre el derecho de protección , porque no hay mejor influencia que la de la justicia y del derecho, que la del respeto a principios internacionales, y seremos tanto más estimados por nuestros vecinos de Africa cuanto más propicios nos hallen a abogar por lo eternamente justo y legal" (LE, 14. 2. 80, 2a. pág.) Para la protección consular que aquí se debilitaba, vid. J. B. Vilar, "Ayuda española a Marruecos en la crisis de las protecciones consulares (1878 - 1879)", Africa, septiembre 1973, pp. 6-10.
- (28) Bedmar solicita juntamente cualquier nota o documento intercambiado a propósito de Gibraltar, considerando "un hecho sin precedentes, (el) que habiéndose celebrado en una capital una conferencia diplomática, no figuren (los documentos) antes de abrirse las Cámaras en el Parlamento" (DSC, Senado, 3 enero 81, nº 4, p. 22). Los documentos impresos quedarían sobre la mesa unos días más tarde, sin que presente - Elduayen papel alguno relativo a Gibraltar, ya que -según afirma- no había mediado comunicación alguna durante el año de 1880 (DSC, S, 15. 1. 81, 5, p. 33).
- (29) Ibid., p. 35. Considera el marqués llegado ya el momento de situarse al nivel de otras naciones, por haber rozado ya la política española asuntos elevados en el orden internacional.
- (30) La ausencia de la Cámara, las respuestas evasivas, la demora o la negativa más rotunda son sólo algunas de las posibilidades de toda una gama de respuestas insatisfactorias por parte del ministro de Estado, en estrecha correspondencia con el concepto restringido y excluyente de los asuntos de estado que los gobiernos de la Restauración conservaron siempre, bien es verdad que con una mejor disponibilidad -por lo general- por parte de los liberales. En el caso de Elduayen y Vega de Armijo la contraposición es evidente; no obstante, es frecuente también que éste último encubra la negativa a la información bajo la muletilla tranquilizadora de que "en los asuntos de relaciones exteriores no debe haber (...) más que un solo criterio en España" (DSC, S, 26. 11. 81, 44, p.

650). En ocasiones, no hay disfraz alguno: "No se puede decir todo a la faz de la Nación cuando se trata de cuestiones de esta importancia" (DSC, S, 14.12.81, 56, p. 972). Sobre Elduayen, N. Taboada, Estudio biográfico-político del Sr. D. José Elduayen, Vigo, 1896.

- (31) Cfr. la interpelación del Marqués de Molins y la respuesta de Vega de Armijo en DSC, S, 18.10.81, 23, pp. 326-27; así como la recopilación de negociaciones en Documentos diplomáticos presentados a las Cortes en la legislatura de 1881 por el ministro de Estado, Marqués de la Vega de Armijo. Madrid, Imp. Ministerio de Estado, 1881. (Existe otro volumen correspondiente para 1882). Una narración bastante detallada de los hechos en M. Fernández de Almagro, Historia Política de la España Contemporánea, vol. I, Madrid, Alianza, 1968, pp. 389 ss. Utilizando aquellos documentos publicados, J. B. Vilar, España en Argelia ... cit. pp. 33. ss, así como Emigración española ..., esp. pp. 229 ss.
- (32) Había llegado Güell hasta el punto de solicitar documentos de carácter puramente interno, referentes a la política francesa del momento, al tiempo que exigía del gabinete una definición lo más precisa posible de cuáles eran sus ideas en política exterior y, más concretamente, respecto a los enclaves coloniales y sus posibilidades de defensa (DSC, S, 20.1.81, 7, pp. 60-61).
- (33) Para noviembre del 81, en que Güell y Renté plantea el asunto, la fulminante actividad colonial del no hace mucho convertido a ella primer ministro Ferry, comienza a dar sus frutos en el norte de Africa. Los intereses catalanes en la zona, si bien debilitados largamente, no quieren sin embargo dejar pasar la oportunidad de afianzar posiciones, o -al menos- no perder las ya conseguidas. Gibraltar juega en ello un papel de primer orden en cuanto a control mercantil y naviero del Estrecho. Con la sensación de solidez relativa que infunden cinco años de monarquía restaurada. Gibraltar deja ya de jugar el papel aglutinador-nacionalista que sirviera en los primeros tiempos del alfonsismo (Cfr., por ejemplo LE, 25.8.78, 2a. pág.) para ser esgrimido como reivindicación, más o menos inmediata, de capital importancia para la consecución de una soberanía completa. Sin embargo, el extremado tiento para no herir la susceptibilidad inglesa provoca un claro rechazo oficial de las iniciativas particulares en este sentido. (Para Güell, vid. DSC, S, 26.11.81, 44, pp. 648-49. Por otra parte, esta "cuestión siempre viva en España", vuelve a ocupar un lugar preeminente en la prensa de opinión: "Nuestro porvenir en Africa, todo, hasta el ser y haber sido el Peñón un nido de contrabandistas, todo hace que la cuestión de Gibraltar sea siempre importante, y que no haya un solo español que la mire ni pueda mirarla con indiferencia" (EL, 15.6.81, 1a. pág.: "La cuestión de Gibraltar").
- (34) La interpelación de Campogrande se sitúa ya en el centro del mismo del controvertido afán expansionista del gabinete francés: "Se sabe cómo -

empiezan estas cosas -advierde el vizconde-, pero no cómo acaban; pudiera extenderse esta invasión, a pesar de que aquel punto se halla muy al interior, cincuenta millas de la costa, hasta la costa misma, y colocarse en el cabo de las Aguas, a la vista de nuestras Chafarinas y muy cerca de las codiciadas salinas que hay próximas a Melilla". La vigilancia militar de la zona por parte española se impone, pues, con urgencia (DSC, S, 24.11.81, 43, p. 644). Dos días más tarde, Vega de Armijo se apresuraba a tranquilizarlo (DSC, S. 26.11.81, 44, p. 650). Preocupaciones similares manifiesta también - desde la primavera, a propósito de la expedición a Tunicia, El Liberal que, modificando su imagen de la Francia republicana, teme ya exista "un deseo y acaso un pensamiento de conquista en el ánimo - del pueblo francés, que al cabo de tanto hablar de paz no se puede - dominar, porque está en su temperamento " (EL, 11.4.81, 1a. pág.: "Francia y Túnez"). Por supuesto que un año más tarde, la decepción será completa: "Francia, que se ha recogido en materia de política exterior hasta el punto de no influir en los asuntos europeos, despliega en cambio una actividad absorbente en las cuestiones coloniales, creyendo en buena fé que todo le es permitido y que cualquier obstáculo puesto a sus pasos es un atentado que merece protestas y - execración universal" (EL, 20.11.82, 1a. pág.: "Francia colonial".)

- (35) Sobre la significación del relevo, T. Cepeda Adán, La figura de Sagasta en la Restauración, Madrid, CSIC (separata). Como señaló mucho después el Conde de Romanones, "no era muy diferente el criterio internacional de Sagasta del que tuvo (...) Cánovas. Sin embargo, menos absorbente aquél que éste, y dejando más iniciativas a sus ministros de Estado, éstos tuvieron diferentes criterios y en ocasiones mostraron mayor actividad diplomática". El propio Figueroa tendría ocasión de comprobarlo en 1902. (Las responsabilidades políticas del Antiguo Régimen de 1875 a 1923, Madrid, Renacimiento, (1924) La cita, en págs. 9-10). A falta de estudios suficientes sobre la actividad concreta como ministros de Estado de Vega de Armijo o Moret, vid. A. Elorza, "Los temas políticos de la Restauración a través de un pensamiento liberal", Cuadernos Hispanoamericanos nº 197 (1966), pp. 1-39.
- (36) Resulta claramente perceptible la matizada diferenciación bicameral con que las interpelaciones a propósito de política internacional -y por ende, de actuación colonial- son encaradas por parte del gobierno, incluso en el caso de aquella mayor accesibilidad y buena disposición del partido liberal que comentamos más arriba. De hecho, las intervenciones en la alta Cámara, reciben un trato más complaciente y vesallesco por parte del ministro de Estado, aunque se perciba claramen-

te -o quizá por eso- que se trata casi en exclusiva de la consabida oposición parlamentaria. Por el contrario, y especialmente en lo que se refiere a la insistencia de algunos republicanos (después lo veremos), Vega de Armijo suele mostrarse más displicente y, en ocasiones incluso acre, al hacerse cargo de las peticiones. Excepción en la alta Cámara la constituyen (no siempre) los senadores catalanes, que parecen entorpecer con sus romas solicitudes los altos vuelos de la pretenciosa diplomacia española, y que por ello son tratados con frecuencia con el mismo rasero que los incómodos ideólogos del Sexenio, recuperados ahora parcialmente para la monarquía.

(37) Vid. J. Salom y J. Bécker.

(38) La intervención del marqués de Alhama que tiene lugar a principios de diciembre de 1881 se inscribe en el marco de la discusión global del presupuesto para el ministerio de Estado. Comienza Alhama combatiendo la adscripción de una partida para el restablecimiento de una legación española en Grecia y defendiendo -en contra de la mayoría- el mantenimiento del statu-quo en el imperio turco "en beneficio de la paz del mundo (...) y del equilibrio europeo", para pasar inmediatamente a fustigar la pretenciosidad del nuevo gabinete: "Como veo cierta tendencia a encaminar la opinión pública de nuestro país por senderos equivocados, diciendo en todas ocasiones: "España tiene un interés capital en Marruecos; España tiene un interés capital en el golfo de Méjico, no hay que desatenderlos; España tiene un interés especial en Portugal ..."; estimo necesario exponer que España, señores, tiene interés en todas partes donde tiene intereses (...) pero sin atacar a nadie, sin desconocer ni menos atacar los derechos de los demás. Y no nos hagamos lisonjeras ni engañosas ilusiones: no somos buscados, no somos solicitados, no somos una gran potencia como lo decimos a cada momento, invocando siempre los precedentes de nuestra historia. Nosotros seremos todo eso, podemos serlo, pero para ello es preciso, ante todo, que seamos fuertes: es preciso que pensemos en reconstituírnos dentro de nosotros mismos, manteniendo francas y amistosas relaciones con todas las Naciones sin comprometer nuestra libertad de acción con ninguna ...". Se trata, por tanto, para los conservadores, de llevar adelante la denominada "indebida y erróneamente" política de aislamiento, y que -según Alhama, es más bien "política de reserva, de circunspección, de moderación ..." (DSC, S. 14.12.81, 56, pp. 965-67).

(39) La presentación del Libro encarnado a la Cámara baja dará pie a Silvela para atacar, de manera total aunque protocolaria, la política internacional del gobierno, afirmando no existe en ella sino una "ligérisima y casi imperceptible cascarilla y superficie de buen deseo y propósitos elevados, pero contrariada enseguida por una falta de principios, de ideas fijas y de finidas, que no resisten ningún desarrollo verdaderamente" (DSC, C, 31.10.81, 35, pp. 739 ss. y 2.11.81, 36, pp. 749 ss.). Paradójicamente,

la existencia de novedades en el comportamiento político internacional del gobierno y la diplomacia hispanos, son negados reiteradamente por el máximo representante de aquellos: "La política exterior de un país -viene a decir con frecuencia Vega de Armijo- tiene que ser siempre la misma, sean los que fueren los hombres que ocupen este banco, por que responden a grandes necesidades que no se cambian por el cambio natural de los partidos" (DSC, S, 56, 14.12.81, p. 972). En este sentido, la respuesta a Silvela a propósito de su interpelación no ofrece grandes variantes (DSC, C, 2.11.81, 36, p. 767).

- (40) Vid. DSC, C, 21.10.81, 27, pp. 629 ss., solicitando datos sobre las reclamaciones entabladas por Francia por daños y perjuicios causados a sus naturales durante las guerras civiles en la Península, así como en los "acontecimientos de Cartagena" y la guerra cubana. Días más tarde (DSC, C, 3.11.81, 37, pp. 786 ss.) vuelve J. de Carvajal, -esta vez discutiendo el proyecto del discurso de contestación a la Corona-, a incitar al gobierno a llevar a cabo "una política nacional" superior a los partidos y -quiere darse por sobreentendido- a las clases sociales y sus intereses. La cuestión de las relaciones con el exterior se hallaba por entonces fuertemente propiciada por causa de la presentación, hacía menos de un mes, ante las Cámaras de 450 ejemplares del Libro rojo (DSC, C, 13.10.81, p. 417).
- (41) Gibraltar es, como en tantas otras ocasiones, tema tabú y marco de contradicciones. En este caso, Carvajal había solicitado nada menos -que "los antecedentes relativos a esa invasión mansa y lenta de Inglaterra hacia el interior de la Península", a lo que responderá Vega de Armijo con una total incomprensión hacia la perentoriedad de requisito tan amplia, a más de señalar profusamente "la gravedad de traer documentos de esa importancia en estos momentos, cuando las negociaciones están pendientes" (DSC, C, 21.10.81, pp. 631 y 634, respectivamente).
- (42) DSC, C, 3.11.81, p. 792.
- (43) El ministro de Estado, en la otra Cámara, explanará en estos términos su pensamiento respecto a Marruecos poco más de un mes más tarde: "Lo que ha de hacer el gobierno español (...) es ver los acontecimientos, prever los sucesos, y ante ellos prepararse para responder a las necesidades a que verdaderamente tiene que responder un país que representa lo que representa España en el Mediterráneo" (DSC, S, 56, 14.12.81, p. 971). Por su parte la cuestión de Saida, como es sabido, va a colear todavía largo tiempo, siendo empleada en el Parlamento como -apoyatura a intervenciones de mediano alcance. Así la más arriba mencionada de Carvajal, a 3 de noviembre del 81, y que recibe respuesta de Bernabé Dávila, encargado por su partido de la defensa a ultranza del derecho a percibir indemnización, por dos razones fundamentales: "las

ideas de humanidad que se imponen hoy con decisiva influencia en las relaciones de todos los pueblos cultos" y "la inviolabilidad de la propiedad privada" (DSC, C, 4.11.81, 38, pp. 798 ss). A finales de diciembre, en el Senado, respondía Vega de Armijo a una pregunta del marqués de San Carlos respecto a la marcha de las negociaciones, que entendía interrumpidas por dificultades imprevistas. El ministro afirma, por el contrario, que aquellas se hallan prácticamente terminadas y a la espera de que el gobierno francés determine exactamente cuáles son las cantidades a convenir (DSC, S, 26.12.81, 66, pp. 1340-41); los conservadores, en la oposición, centraban todo su interés en demostrar la novedad de las negociaciones para proceder a la indemnización, en tanto que el gabinete liberal se esfuerza en hacer ver la procedencia anterior a su acceso al poder de aquéllas. Seis meses más tarde, todavía sostenía J. de Carvajal un breve debate con Vega de Armijo a propósito de la marcha de las negociaciones (DSC, C, 10.6.82, 148, p. 4166 y 12.6.82, 149, pp. 4194 ss.). En el Senado, el ministro de Estado se ve obligado a responder a las preguntas que le dirige el marqués de Villamejor (DSC, S, 16.6.82, 118, p. 2420) y, con más extensión, a las intervenciones del marqués de Alhama (DSC, S, 24.6.82, 125, pp. 2596 ss. y 8.7.82, 136, pp. 2977 ss.), que no se atiene en sus planteamientos a las acostumbradas reconvenções de prudencia y discrección en materia de política internacional. Por otra parte, en el Congreso había tenido lugar, a finales de febrero y principios de marzo de 1883, la discusión del Proyecto de ley sobre concesión de un crédito extraordinario para indemnizar a los súbditos franceses residentes en España por los perjuicios ocasionados en las insurrecciones cantonal y carlista, que no es sino la compensación obligada al proyecto francés de indemnización a los súbditos españoles afectados por los ataques de Saida. Merece la pena señalarse en aquella la oposición formal de Alberto Bosch, Alvarez Bugallal y Romero Robledo (DSC, C, 27.2.83, 53, apéndice 4º; 5.3.83, 58, pp. 1248 ss.; 6.3.83, 59, p. 1271; 8.3.83, 61, pp. 1376 ss. y 10.3.83, 63, p. 1393).

- (44) Cfr, por ejemplo, solicitando la derogación del protocolo y el cambio de status "en provecho de nuestros intereses comerciales y políticos", EL, 21.4.81. 1a. pág.: "La cuestión de Joló".
- (45) Vega de Armijo se identificará públicamente con las medidas adoptadas por los gabinetes precedentes, afirmando repetidas veces que "el Gobierno español había hecho lo único que podía hacer un Gobierno en semejantes circunstancias" (DSC, S., 14.12.81, 56, p. 972).
- (46) Para Cañamaque, vid. DSC, C, 11.11.81, 44, pp. 934-35. Los documentos son entregados por el ministro el 30 de noviembre (DSC, C, 59, p. 1392). El 9 de diciembre solicitaba Silvela se añadieran a este expediente una serie de documentos más relativos a la presa de un buque inglés en 1872 en aguas de Joló y de varios buques alemanes e ingleses en los

años 1873 y 74. Los mismos son remitidos al Congreso el 15 del mismo mes (DSC, C, 71, p. 1858). La discusión se pospondrá una semana más, hasta la total aprobación de los presupuestos.

(47) DSC, C, 21.12.81, 76, pp. 2007-10.

(48) *Ibid.*, p. 2011, insistiendo en ello reiteradamente : "No hay derecho superior a nuestro derecho" (p. 2012).

(49) *Ibid.*, pp. 2015 ss. Las citas corresponden a las págs. 2017-18 y 2023. Se jacta Silvela de la "modernidad" de los planteamientos internacionales del partido conservador : "En ésta, como en otras ocasiones, vienen a invertirse los papeles, dando una representación progresiva a los conservadores, frente a frente de doctrinas rancias (...) que un día tras otro vemos salir de esos bancos". O, "Que si queremos ser una nación moderna, podamos ser muy conservadores, y yo quiero que lo seamos en todo, pero no en conservar las teorías diplomáticas de los Reyes Católicos; hasta aquí no llego yo".

(50) *Ibid.*, pp. 2027 ss. La cita corresponde a la pág. 2030.

(51) *Ibid.*, por ejemplo, la intervención de Enrique de Orozco, diputado electo por Arenys de Mar, que en nombre de la Diputación Provincial de Barcelona solicita no llegue a ratificarse el tratado de comercio con Francia (DSC, C, 10.4.82, 99, p. 2614). Desde algún tiempo atrás, como es sabido, el Fomento de Producción Nacional capitaneaba un fuerte movimiento de protesta contra la aprobación del tratado en las cámaras y a favor de la apertura de una información pública. Solamente la suspensión decenal de la base quinta del arancel del 69 lograrían los catalanes como compensación. Cfr. Juan Pérez de Guzmán y Gallo, Discusión parlamentaria desde el punto de vista del trabajo y de la riqueza nacional, Madrid, 1882.

(52) El 24 de abril Güell solicitaba en el Senado (DSC, S, 83, p. 1604) la permuta de Gibraltar sobre la isla de Ibiza, o por cualquiera otra posesión ultramarina, no antillana naturalmente. Tras la explosión de "fuertes rimbombantes" en sala, le contestó Cipriano Garijo, diputado electo por la isla de Mallorca, que -dejando siempre claro el deseo más ferviente de los diputados mallorquines por la pronta recuperación de Gibraltar para la soberanía hispana- protesta ácidamente de que "el agravio hecho un día a nuestra bandera se intente reparar infiriéndole otra injuria que no sería ni menos grande ni menos inicua" (DSC, C, 26.4.82, 113, pp. 3081 ss., con puntualizaciones de Vega Armijo a continuación). El trasfondo económico-diplomático de la intervención habría que referirlo a la suspensión de negociaciones (emprendidas por Cánovas en 1877) para la delimitación de jurisdicciones respectivas en el Peñón, así como a la laboriosa revisión del convenio con Inglaterra.

- (53) En realidad, la intervención de Güell respecto a Gibraltar había venido propiciada por su interés cerca del gabinete a propósito de la suer^{te} del vapor de la Compañía Trasatlántica "León XIII" (entonces, más propiamente de la Cía. de Tabacos ?), de la línea de Filipinas, y cuyo capitán seguía en manos de los ingleses, que habían capturado el vapor. Güell exige todo tipo de satisfacciones al atropello, pues "no porque sea fuerte esa Nación hemos de consentir que se nos humille" (DSC, S, 24.4.82, 83, p. 1601). Por cierto que, diez días después, planteaba peticiones similares en la otra Cámara el diputado sevillano Federico Sánchez Bedoya (DSC, C, 5.5.82, 120, pp. 3311), no recibiendo Vega de Armijo sino una respuesta evasiva (DSC, C, 9.5.82, 123, pp. 3378 ss.)
- (54) Ante el alboroto de sus compañeros, responde Güell: "Señores, más patria, más pedazo del corazón de España, más cabeza de nuestra nacionalidad es Gibraltar que una isla de siete leguas de largo por cuatro de ancho, que es fértil, es verdad, interesante por sus dos puertos, pero que no representa ni es tan necesaria a nuestra honra, a nuestra defensa y a la utilidad de nuestro comercio". Rebatido por el ministro de Estado, Güell no se dá por vencido, y vuelve sobre el tema pocos días más tarde, a propósito de un artículo publicado en La Propaganda Liberal sobre el mismo tema, para demostrar que "no es sólo mío este pensamiento de recuperar Gibraltar, sino que hay un gran partido que lo tiene como parte de su credo político" (DSC, S, 29.4.82, 88, p. 1703).
- (55) DSC, C, 3.5.82, 118, p. 3252. Su paralelo en el Senado lo constituye, un día más tarde, el Conde de Casa Valencia, al que tranquiliza Vega de Armijo con la afirmación de que las negociaciones en curso nunca tendrán por objeto "el hacer cosa alguna que no estuviese en perfecta consonancia con los tratados anteriores" (DSC, S, 4.5.82, 91, p. 1784). La respuesta, más desabrida, a Cañamaque en DSC, C, 9.5.82, 123, pp. 3380 ss. Vid. también el capítulo IV de este trabajo.
- (56) El 6 de junio quedaban los documentos solicitados sobre la mesa (DSC, C, 145, p. 4067).
- (57) DSC, C, 8.3.83, 61, pp. 1327 ss.
- (58) Había concluído -y así lo reproduce Celleruelo- que "no había derecho alguno a reclamar de la Francia indemnización por lo de Saida, porque los que se marchan a suelo extranjero, eludiendo todas las cargas que aquí pesan sobre el derecho de ciudadanía, eludiendo el servicio militar y no contribuyendo en nada a los servicios del Estado y olvidando hasta el idioma, no pueden tener más derecho que los nacionales que sufren todas estas cargas".
- (59) DSC, S, 8.2.83, 35, p. 594. La voluntad española de contar con voz y voto en los asuntos del canal, como se apuntó ya, revestía una larga tra

dición : La hegemonía británica en la zona de Egipto hacía temer por las posesiones filipinas.

(60) DSC, S, 26.2.83, 50, pp. 932-33.

(61) DSC, S, 26.3.83, 70, pp. 1284 ss.

(62) "Su Señoría -increpa el marqués a Vega de Armijo- ha provocado esta cuestión con la nota dirigida al Gobierno francés sobre las reclamaciones de Saida, nota que por haber sido presentada ha dado lugar a que a estas horas no estén indemnizados, no solamente los españoles, sino tampoco los franceses, los cuales culpan a S. S. del retraso que advierten en percibir lo que les es debido después de la ley votada". (DSC, S, 29.3.83, 70, pp. 1284 ss.; la cita corresponde a la pág. 1299).

(63) DSC, S, 3.4.83, 74 y 7.4.83, 78; explicaciones de todo ello en DSC, C 20.6.84, 26, pp. 674-75.

(64) DSC, S, 13.4.83, 83, pp. 1563 ss.

(65) Incluso la política exterior del Sexenio es considerada de menor riesgo por el anterior ministro de Estado: "Desde el año 1866, que fué el último en que presidió los Consejos de la Corona el ilustre Duque de Tetuán, han pasado por ese banco muchísimos gobiernos, todos dignos, dignísimos, con el máximo patriotismo, con los mismos deseos de cambiar el estado de ser del país, y sin embargo, todos ellos han obrado en este punto con una prudencia y una cautela que yo quisiera fuese la norma de S. S. (...)" (*Ibid.*, p. 1565).

(66) La propuesta hecha por Elduayen de suspensión de las negociaciones y renuncia por parte del gobierno español de todo tipo de reclamaciones (*ibid.*, p. 1575), va a ser derrotada en pública votación por cuarenta votos a favor ante ciento uno en contra (DSC, S, 14.4.83, 84, p. 1600). No obstante, la oposición al proyecto continúa. El marqués de San Carlos (16.4.83, 85, pp. 1622 ss.) y Fermín Lasala (19.4.83, 88, pp. 167 ss.) lo hacen con mayor fuerza: "No es siempre lo más patriótico -re- crimina este último al ministro- ceder a la presión de la opinión pública, como a mi juicio ha cedido el Sr. Marqués de la Vega de Armijo - desde el primer momento de esta negociación; (...) y una de las impugnaciones que he de dirigirle es la de haber cedido demasiado a la presión de una opinión ligera, y que cuando esa opinión varió, no variara - Su Señoría, en vez de persistir como, a mi juicio con daño de los intereses del país, persistió en la primera senda emprendida". Un día después de que Sagasta pusiera fin al debate, el marqués de Villamejor presentaba una enmienda solicitando que el crédito de 300.000 pesetas se ampliase hasta 600.000, para repartir a partes iguales entre los súbditos franceses y los españoles afectados por las alteraciones carlista y

cantonal (DSC, S, 21.4.83, 90, pp. 1719 ss.), advirtiéndole que "si no hubiera dado paso alguno por el Gobierno, por el Señor Ministro de Estado, los franceses hubieran dado en Saida la misma indemnización a los españoles que a los demás (pues) por interés mismo de los franceses habrían querido conservar allí a los españoles, porque eran los únicos que podían explotar esa industria (la del esparto), que es la principal (...)". Desechada la enmienda por noventa votos contra treinta y cinco (predominantemente conservadores éstos), el proyecto de ley quedaría aprobado definitivamente en el Senado el 25 de abril (DSC, S, 25.4.83, 93, pp. 1783 ss.).

- (67) El 11 de abril se había levantado Güell para preguntar al ministro "si es cierto que el Gobierno ha mandado alguna nota al de Francia en la cual haya dicho que la Hacienda de Cuba es independiente de la Hacienda de la Península, y que el Tesoro de Cuba es el que ha de satisfacer las indemnizaciones susodichas" (DSC, S, 81, p. 1514). En los días sucesivos no hay el menor rastro de respuesta parlamentaria a estas inquietudes financieras del catalán diputado por las Antillas. Solamente en el marco del discurso presidencial previo a la votación del proyecto, afirma Sagasta que el país vecino ha demorado sus aspiraciones respecto a los daños sufridos por sus súbditos en Cuba para "cuando la Hacienda de Cuba esté próspera" (DSC, S, 20.4.83, 89, pp. 1711 ss.).
- (68) La salida de honor que halla Sagasta para poner punto final a la discusión no deja de resultar curiosa: Si Francia encuentra dificultades para abonar a los españoles lo que ha acordado, "¡qué nos importa!", ya que "si nosotros hemos también adquirido el compromiso de pagar, la Nación que antes pague, esa debe estar más satisfecha".
- (69) DSC, C, 30.3.83, 75, pp. 1686-88. El 18 de enero (DSC, C, 25, p. 517) ya había anunciado Carvajal al ministro de Estado la explicación futura de una interpelación acerca de política exterior que, al parecer, no llegó a realizarse como tal. El día 2 de abril responde Vega de Armijo a las preguntas de 30 de marzo (DSC, C, 2.4.83, 77, pp. 1733 ss), afirmando no existe dificultad alguna para la toma de posesión, y que el gobierno se halla a la espera de que la comisión marroquí se reúna con la española para proceder sin más demora a la entrega del punto convenido. El encuentro debería realizarse en Mogador, desde donde los representantes de ambos países serían conducidos en barco al punto de destino. Por parte española acudieron Pedro del Castillo, comandante de Marina de Gran Canaria, en representación de su ministerio; el ingeniero de caminos y canales Juan de León y Castillo, en representación del de Fomento; Ramón Jaúdenes, comandante de Estado Mayor, y Salvador de Bethencourt, capitán de ingenieros, todos ellos bajo la presidencia del consúl de España en Mogador, Francisco Lozano (Archivo Diplomático-Político de España (en adelante ADPE), 5, 14.5.83, p. 77: "Noticias diplomáticas").

- (70) DSC; C, 18.5.83, 112, pp. 2523 ss. Alarmado por el retraso en las negociaciones, Carvajal se dispone a no cejar en lo que él mismo califica de lucha "con la inercia, con el abandono con la falsa promesa, con el olvido calculado".
- (71) La decisión se adopta a raíz de los avatares parlamentarios. Cfr. ADPE, 6, 21.5.83, p. 95: "Miscelánea" y, a continuación la reproducción íntegra (pp. 98-101), como "Documento parlamentario" del discurso pronunciado en el Congreso por Vega de Armijo el 18 de mayo en respuesta a Carvajal. A partir de aquí, se insertarán regularmente documentos diplomáticos sobre las negociaciones de Santa Cruz, que arrancan de la primavera de 1881. De todos ellos se desprende la clara voluntad expansionista de Vega de Armijo, causante quizá de subordinaciones al parecer innecesarias ante las grandes potencias, voluntad que contrasta en ocasiones con la excesiva querencia ante lo establecido que demuestran cónsules y embajadores. En este sentido -y de entre los documentos aparecidos en la prensa- merece destacarse una carta enviada por el ministro plenipotenciario en Tánger, José Diosdado y Castillo, con fecha 16.3.81, en la que da cuenta al Estado de dos intentos frustrados de compra, - por parte de un rico comerciante en nombre del sultán (una vez bajo gabinete conservador y otra, ahora, bajo el primero de Sagasta) - de los derechos otorgados a España por el tratado de 1860. En razón a estos intentos, y avalado por la perspectiva que la vecindad le otorga, destaca Diosdado las dificultades que presenta la negociación "así por lo mal recibida que necesariamente había de ser en Marruecos, como porque siendo las provincias del Sur y del Norte territorios en los cuales la autoridad del sultán es meramente nominal, ni siquiera puede asegurarse que se prestarían a hacer la entrega ...". Sin embargo, la rápida respuesta de Vega de Armijo insiste en las órdenes de negociación inmediata: "La obligación de un Gobierno -explica el ministro- no se limita a satisfacer las necesidades presentes, sino que tiene también que atender con solicitud a cuantas eventualidades son de prever para más adelante, y entre éstas, ninguna hay tan importante como las que se refieren a la seguridad del Estado y al desenvolvimiento de su comercio". Y si bien es evidente que "no tuvo entonces (1860), como tampoco lo tiene ahora (1881), el Gobierno de Su Majestad el propósito ambicioso de establecer su denominación en la vecina costa de África", ya podía preverse en tonces -y ahora flota en el ambiente- que las potencias comerciales con intereses mediterráneos acechaban la disolución del imperio. Fue por ello por lo que España solicitó la cesión de Santa Cruz, para hallarse también junto a los beneficiarios potenciales del reparto. Un punto estratégico frente a Canarias, por otra parte, venía a salvaguardar la integridad nacional, evitando -al menos en parte- hipotéticos choques frontizos. Por último -según afirma claramente Vega de Armijo- un neto móvil económico: el establecimiento de una factoría comercial o una pesquería había impulsado esta decisión. Decisión solo a medio plazo -

convertible, sin embargo, en una toma de postura activa en los litigios coloniales: "Es indudable que hoy por hoy cualquiera establecimiento - que España pudiera intentar en las costas del Guad-Nun, exigiendo del Sultán el cumplimiento inmediato de las estipulaciones del Tratado de 1860, ocasionaría dispendios y gastos positivos e inmediatos, a cambio de ventajas lejanas y problemáticas. Pero ésta no es razón suficiente - para dejar abandonado un interés político importante y para no encaminar nuestra conducta de tal manera que permita a otro Gobierno, encontrando a la Nación en circunstancias más desahogadas, realizar lo que por ahora solo puede prepararse" (Ministro de Estado a Ministro plenipotenciario de S. M. en Tánger, 30.3.81, reproducido en ADPE, 6, 21.5.83, pp. 102-103). También enérgica y claramente decidida es la respuesta al propio Diosdado, poco más tarde, una vez que éste ha dado instrucciones al cónsul en Mogador y participa al ministro de Estado - sus temores a entrar en conflicto con otras potencias europeas, cuya intervención se rumorea: "No ha de dejarse llevar el actual Gobierno de S. M. del irreflexivo afán de realizar lo que algunos llaman nuestros destinos en Africa; pero esto no obsta para que viva apercibido a sucesos que, por una u otra causa (...), pudieran llegar fatalmente a realizarse (...). Urge, pues, a mi juicio -continúa Vega de Armijo- procurar ante todo mantener incólume nuestra legítima y tradicional influencia en ese Imperio y hacer estimar en lo que vale el peso de nuestro concurso, si no para inclinar decididamente la balanza al lado de los intereses españoles, para equilibrarla al menos con las aspiraciones que pudieran tener otras potencias a quienes no hemos de pretender sobreponernos, pero que no debemos consentir que predominen, relegándonos a un lugar secundario" (Ministro plenipotenciario de S. M. en Tánger a Ministro de Estado, 11.4.81, y Ministro de Estado a Ministro plenipotenciario, 1.6.81, ambas en ADPE, 7, 28.5.83, pp. 108-109). A la espera de una decisión por parte del sultán salta a primera página de los periódicos españoles en septiembre de 1882, la noticia de que una compañía inglesa, la "Sud and North African Trading Co. Ltd.", actúa decididamente en Mogador y cerca del sultán, para tratar de atraer a la aquiescencia de éste. Las notas cruzadas entre Vega de Armijo y sus representantes en Marruecos que recoge el Archivo Diplomático - son las siguientes: MP a ME, 8.6.81, MP a ME, 8.6.81 (ADPE, 8, 76.83, pp. 135-136); ME a MP, 14.7.81, MP a ME, 12.11.81, ME a MP, 21.3.82, telegrama del MP al ME, 24.5.82, y Encargado de Negocios interno en Tánger a ME, 18.6.82 (ADPE, 9, 14.6.83, pp. 150-52); Encargado a ME, 1.8.82, MP a ME, 3.9.82, y MP a ME, 16.9.82 (ADPE, 10, 22.6.83, pp. 165-68); aquí mismo, como anejo, se incluye carta del cónsul de España en Mogador, Francisco Lozano, al ministro plenipotenciario de S. M. en Tánger, relatando el viaje del sultán entre las kabilas (10.9.82). Por último, otra serie de documentos complementarios - pueden verse en ADPE, 11, 28.6.83, pp. 181-84). Respecto al impacto marroquí de la intervención comercial británica, vid. ADPE, 10, 21.6.83, p. 167, documento nº 13 (Carta del ministro plenipotenciario de S. M. en Tánger -José Diosdado- al Ministro de Estado, fechada en Tánger el 16.9.82).

- (72) Para Carvajal, DSC, C, 18.5.83, 112, pp. 2527 ss. (la cita en pág. 2528). Para Caffamaque, que por fin cree posible explicar la interpe-
lación anunciada la legislatura anterior, DSC, C, 21.5.83, 114, pp.
2581 ss.
- (73) DSC, C, 21.7.83, 162, pp. 4302 ss., reproducido también en ADPE,
7 y 14 agosto de 1883, núm. 16 y 17.
- (74) Parte C. A. y A. de la base de que la política española respecto a -
Marruecos seguida hasta la fecha -y que, al parecer, no ha de variar
en un futuro próximo- es totalmente errónea e inconveniente para la
nación. Como lo son los últimos acontecimientos, desde el punto y ho-
ra en que "aquel derecho, arrancado por la fuerza de las armas por -
nuestra gran figura contemporánea", que había permanecido en letar-
go, durante veinte años, "despertó al fin, y en vez de apoderarse de
él el interés nacional, en sus dos aspectos, comercial y militar, ca-
yó como cae toda idea práctica y grande en España, en manos del in-
terés estéril del escalpelo polemista, del interés bibliográfico e his-
tórico. Nube de indumentarios y buscadores de infolios, sirviendo de
escudo inconsciente a intereses particulares, se arrojaron sobre la
presa, con gran contento de los extraños, y dejaron la cuestión tan -
intrincada y oscura, como sencilla y clara la hubiera encontrado un
hijo de la nebulosa Albión. Ninguna ocasión mejor para fijar el punto
convenido allí donde más nos hubiera acomodado". Pero el caso es
-prosigue C. A. - que "pusié ronse de una parte los canarios a piar -
por sus intereses cifrados en la posesión de territorios meridionales
al Cabo Nun, por las cercanías del Dra o Chibika ..."; sin embargo,
"la oscuridad en que se envolvía el asunto por las estériles polémicas
geográficas o por poderosas influencias (...), hacía inclinar el -
ánimo del gobierno hacia la opinión de los que, por vivir más cerca
de los lugares, parecía debían tener más razón, y descartando re-
sueltamente la solución que colocaba a la colonia española en territo-
rios del dominio del sultán (...), aceptaba el acuerdo que colocaba -
nuestro nuevo territorio en regiones sobre las que la autoridad del -
sultán es tan discutible como la del vecino en mi propia casa.". Así
fue como España se decidió por Ifní, más al sur de lo previsto en un
principio, dejando descontentos a los canarios que, "con fundamen-
tos más sólidos, suspiraban por las márgenes del Chibika, donde -
van a parar algunas caravanas del Tombuctú". Y en estas circuns-
tancias, "¿qué representa Ifní? ¿Qué vías espontáneas acuden a él
como salidas comerciales, ni sobre qué línea militar está situado, -
ni qué posición importante ocupa en la costa? ¿Se ha escogido sola-
mente para calmar los pujos independentistas de las tribus de Ait-
Boausara y comprar su sumisión al sultán acosta de dar a España lo
que no le sirve? ¿Qué papel representó España en la determinación
de ese territorio? Lo que allí pacto el sultán, ¿sabemos nosotros si
es lo que nos conviene o lo que a él le convino en las circunstancias
del caso en que se encontraba, nada halagüeñas, por cierto?".

Y, es más, en última instancia, Ifní no es sino "un río con honores de arroyo, cuyas fuentes no deben distar arriba de una jornada; una costa delineada por abruptas montañas que lo cubren y dominan completamente, con picos cuya altitud llega a más de mil metros, en lugar aislado que no se comunica con parte importante alguna, a no ser con las tribus que lo vadean, que son las que nos hemos hecho enemigas con nuestra política . . . " Un grave error de localización, pues, y una oportunidad desaprovechada, porque "el comercio, que intuitivamente sabe más que todos los diplomáticos y científicos del mundo en eso de buscarse lo más cómodo y lo más lucrativo (. . .), se dirige con preferencia y por mayoría a desembarcar en Agadir, en las desembocaduras del Sus, porque allí, según manifiestan, tienen más seguridad para sus barcos y seguramente también más demanda para sus productos ". Es, por tanto, evidente que no es el procedimiento inglés de colonización el que, por instinto y condiciones, puede seguir con éxito - España, ya que: " ¿ Qué fuentes de riqueza explota el español ? ¿ Cuáles ? El papel del Estado ; la usura, más o menos elegantizada ; la política interior ; desde el amplio circo de la corte al mezquino escenario de la aldea ; el juego en sus diversas formas ; el cargo público, con las infinitas encrucijadas del expedienteo ; la profesión científica, a la espera del tortuoso negocio en el que la bandera de la ciencia cubre errores mil y mil horrores ; el arte y la agricultura, tal como lo recibimos de nuestros abuelos ; el comercio, con la ocultación, el contrabando y el 30% de ganancia y, por último, la mendicidad, en sus variadas categorías ". Siendo esto así, " si esto sucede en España, donde apenas una mina se explota . . . por españoles ; donde en caminos y canales no se ha empleado la iniciativa nuestra, ni apenas nuestro dinero, sino después de asegurada la ganancia ; donde no se sanean los terrenos, donde no se repueblan montes ni se conservan ; donde no se navega sino mirando a la costa ; donde no se establecen esas grandes colonias agrícolas ; donde no se montan esas grandes industrias ; si todo esto pasa . . . " está claro para el autor del artículo que no es éste - el camino a seguir por España en Marruecos. La vía militar de penetración, por el contrario, aparece como idónea para un proceso paulatino de conquista, porque, una vez concluida la misión militar se abriría paso, " por la savia del comercio " lo que no vacila en denominar " obra civilizadora " o, más adelante, " nueva cruzada ", porque - como ha advertido primero - " yo quisiera que me respondieran algunos qué es lo que quedaría de adelanto moral y material en la humanidad si descartáramos de su historia todo lo que es producto de la fuerza, para quedarnos solo con lo producido por la razón ". (C. A. y A., " España en África ", en ADPE, 14, 21. 7. 83, pp. 219-225 ; 15, 28. 7. 83, pp. 235-239, y 16, 7. 8. 83, pp. 253-257).

(75) *Ibid.*, p. 221. Es más, se corre el peligro de proporcionar al capital extranjero una prolongación, jurídica y administrativamente a cubierto.

de su campo de acción: "Ellos llegarían al Mogreb como han llegado a todas partes, como han llegado a España, ellos y otros harían brotar de su suelo las riquezas, y nosotros (...), salvo honrosas excepciones cobraríamos los impuestos y fiscalizaríamos en las aduanas".

- (76) Este es precisamente el título de EL, 19. 4. 83, que se apresura a inferir de la inmediata conclusión del proceso de reparto, sin que España posea otra cosa que "grandezas coloniales", con "los restos magníficos de un imperio colosal, pero restos al fin, no un imperio". Y aunque "tenemos un hermoso objetivo", bien es verdad que "tan platónicamente que no parece pertenecemos a este mundo europeo en que predomina la política colonial".
- (77) EL, 17. 11. 83, la. pág.: "Opinión unánime" ("Importa altamente que el país entero se persuada de que su prosperidad y su grandeza más sólidas dependen del pacífico desarrollo de todos sus elementos de riqueza y de sus condiciones morales. Olvido de los antiguos sueños de engrandecimiento territorial. Corrección prudente de aquel exagerado amor propio que engendraron los pasados tiempos de nuestra supremacía europea. Esto es lo que hoy vemos expresado en la opinión unánime que se declara contra toda idea de que nuestro país se comprometa de modo alguno, ni por ninguna eventualidad de ganancia, en la política de otras naciones...") Puede verse también, en el mismo sentido, los números de 9. 12. 83 ("¿Por qué suena el río?") y 22. 12. 83 ("Alemania y las Baleares").
- (78) Sobre las famosas maniobras militares germano-austriacas y el brindis del rey de España en París, puntales básicos de los episodios que siguieron, vid. A. Escobar, El viaje de D. Afonso XII a Francia, Alemania, Austria y Bélgica. Notas de un testigo, Madrid, 1883. Cfr. también las explicaciones parlamentarias de Vega de Armijo, meses después en el Congreso, recogidas por M. Fernández Almagro, op. cit. pp. 400-401. Había sido Castelar el provocador primero de estas explicaciones, al lamentarse en la cámara baja de las vinculaciones que hacían traición a Francia, "el nervio de nuestra industria, el canal de nuestro comercio, el mercado de nuestros vinos, la Bolsa de nuestros valores, la colocación de nuestras obligaciones de ferrocarriles..." Vega de Armijo se defiende manteniendo que "sin entrar en el terreno de las aventuras," es necesario que lleguemos a ostentar ante el mundo un "sentimiento nacional", preparando poco a poco "los jalones que han de servir para marchar por el camino del porvenir". Respecto al viaje en cuestión, se trataba únicamente -afirma su promotor- de propiciar "la inteligencia del rey D. Alfonso XII con la Europa moderna" (DSC, C, 15. 1. 84, 17, pp. 279-289).
- (79) A. Fernando de la Serna, "la política internacional", en ADPE, 23, 28. 9. 83, pp. 363 ss. "Permítase decir algo -comenzaba el autor- que,

lo confieso, no estará de acuerdo con lo que la mayoría de los periódicos sostienen y, a lo que parece, sostienen también eminentes nombres políticos". Y más adelante: "Esperemos para tomar parte activa en la política internacional, dicen los partidarios de la abstención, a que el país se halle reorganizado; tomemos parte activa y con arreglo a nuestros medios en la política internacional, decimos otros, creyendo como creemos que es la única manera de fortalecernos y reorganizarnos; de extirpar para siempre estas luchas intestinas, pequeñas, mezquinas, empeñadas, ora en el campo de batalla, ora en el campo de las ideas: ensanchemos el horizonte; a los miserables objetivos que hoy nos guían opongamos otros más levantados, más nobles, más dignos".

- (80) Por más que la intencionalidad de "armonizar" los conflictos de clase o las discrepancias políticas permanezca latente en buena parte del pensamiento internacional y colonial de la España alfonsina, pocas veces hay una expresión palmaria como la presente de esta virtud aglutinadora y disuasora del proyecto común abocado hacia afuera. Señalado con frecuencia para el caso alemán con la, no muy afortunada, expresión de "imperialismo social" (Cfr. El resumen de H. U. Wehler, "El crecimiento industrial y el imperialismo alemán temprano", en R. Owen y B. Sutcliffe, Estudios sobre la teoría del imperialismo, México, Era, 1978 pp. 83 ss.) el carácter antirrevolucionario de la política colonial, -tanto para el desarrollo objetivo de los conflictos sociales como para la propia evolución de la conciencia de clase- puede rastrearse sin duda en diversos momentos álgidos del proceso histórico español. Y no es en modo alguno casual que el bienio 82-83 sea escenario en España de fuertes alteraciones y de un aumento considerable de la tensión social: la incorporación del proletariado a la agitación catalana contra el tratado de comercio con Francia y la huelga de cajistas madrileña, -que se prolongan a lo largo de buena parte de 1882-; la explosión del campo andaluz y su feroz represión, junto a los conatos de rebelión republicana en que -según Pí y Margall- "se malbarató el caudal de la Revolución" y que se hallan en la raíz del inmediato derrumbamiento sagastino, -a principios de octubre del 83-, no pueden desvincularse en absoluto del intento de abrirse un hueco en el panorama internacional que, a distintos niveles, caracteriza este primer período de gobierno de los liberales.

- (81) "Pocas naciones tienen más altos y más sagrados intereses que guardar. Nuestras posesiones, aun cuando reducidas a tristes restos de grandezas pasadas son importantes y valiosas allende los mares... Yo no sé que nación alguna importante haya acrecentado esta importancia y asegurado su reposo encerrándose en sí misma" (A. Fernando de la Serna, loc. cit., p. 364). Por otra parte, la necesidad de un sistema de alianzas poderoso y eficaz para la conservación del ámbito colonial español, amenazado desde diversos ángulos, ha sido puesto

también de relieve por la historiografía contemporánea; cfr. José Ma. Jover, "Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX", en *Política, Diplomacia y Humanismo popular en la España del siglo XIX*, Madrid, Turner, 1976, p. 125.

- (82) "Lo peligroso es permanecer aislados (...) Ejemplo bien reciente - tenemos entre nosotros : la guerra de Africa fué gloriosa, sí; pero la más inútil, más estéril que ha sostenido jamás nación alguna. ¿Qué - resultados prácticos ha producido ? Hoy somos tan desdeñados en Ma- rruecos como hace treinta años. ¡Ah! si no hubiéramos vivido, en lo que va de siglo, apartados de todo el mundo, la guerra de Africa hu- biera sido provechosa, y hace mucho tiempo que no tremolaría sobre los muros de Gibraltar el pabellón inglés" (*Ibid.*, p. 365).
- (83) ADPE, 27, 28. 10. 83, pp. 427-29 : " Los primeros proyectos del se- ñor ministro de Estado ". Al abrirse las Cortes, en enero de 1884, el presidente del consejo de ministros, Posada Herrera, afirmará táxativamente : "En materia de relaciones políticas con los pueblos - extranjeros mantengo el principio que he sostenido toda mi vida, de - que la Nación española debe tener amistad con todas las Naciones, pe- ro intimidad con ninguna, que debe procurar el desarrollo de sus rela- ciones mercantiles para estimular la producción interior, para multi- plicar la riqueza pública, y el día que la Nación española, en lugar - de los millones de pesetas que importaba y exportaba estos años lle- gue a tener un balance de cuatro o seis mil millones de pesetas, ese día tendrá la Nación, sin necesidad de esfuerzos ni de cábalas ni de - humillaciones, el puesto que le corresponde entre los demás pueblos de Europa"(DSC, C, 14. 1. 84, 16, pp. 267 ss.) El nuevo ministro de Estado, Ruiz Gómez, pertenecía a la estirpe librecambista moderada - partidaria de la extensión de los tratados de comercio a la mayor par- te de los países (...).
- (84) " ¿Qué de extraño tiene, pues, que constantemente agobiados (el comer- cio y la industria) por los crecientes sacrificios que les impone el nue- vo modo de ser de los negocios mercantiles en los tiempos modernos (...) reclamen de sus respectivos gobiernos la ayuda y protección a que les dá incontestable derecho su importante representación en la pro- piedad y engrandecimiento patrio ?" (M. B. T, "A Dios rogando", en - ADPE, 32, 7. 12. 83, pp. 508-12).
- (85) DSC, C, 15. 12. 83, 1, pp. 2 ss : "Sesión regia de apertura de las Cor- tes".
- (86) DSC, C, 20. 5. 84, 1, p. 3. Sin embargo el ADPE, de clara impostación liberal, no era tan optimista en la evaluación de las gestiones oficiales cerca del gobierno de Marruecos : "Los esfuerzos intentados hasta aho- ra para conseguir del gobierno sheriffiano el cumplimiento del artículo VIII han sido y serán, para desventura nuestra, de todo punto estériles,

si el Gobierno, adoptando otra línea de conducta, no se resuelve a tomar posesión bajo su exclusiva responsabilidad de lo que por justo título nos pertenece (...), porque eso de imaginarse que el sultán se mostrará propicio en otorgarnos la posesión del mencionado puerto, nos parece creencia un tanto absurda que no arraigará de fijo en aquellos que conozcan someramente los asuntos del país" (P. de Vargas, "España y Marruecos", ADPE 42, 21.2.84, p. 52).

- (87) Las declaraciones de Moret se insertan en el marco genérico de explicación global de actitudes y principios que, provocada por Castelar, tiene lugar en los últimos días del gabinete Posada Herrera (DSC, C, 15.1.84, 17, pp. 295 ss.).
- (87) Desde 1881, en que el avance italiano en el norte de África actúa como desencadenante inmediato de la política francesa de intervención en Marruecos, la Francia colonialista es de nuevo una realidad. Ordega, embajador en Tánger desde aquel año, juega un papel de primer orden como promotor. A la altura de 1884 la fricción es clara, hasta el punto de que Bismarck llega a proponer a Francia el reparto de Marruecos - bajo la figura eufemista de las "esferas de acción". Requerida por asuntos más urgentes en Indochina, la república francesa se desentiende del proyecto momentáneamente, apaciguando su fogosa actividad norte africana. Para evitar gestiones demasiado celosas, Ordega es trasladado a Bucarest en diciembre de 1884 (Cfr. J. Ganiage, L'expansion coloniale de la France, Paris, Payot, 1968, pp. 110-11). Por otra parte, ni el establecimiento del protectorado tunecino, en 1881, ni la nueva política expansionista del segundo gabinete Ferry, a partir de febrero del 83, recibirán explicación global en la Cámara hasta la conocida exposición de julio de 1885 (J. Ganiage, Les origines du protectorat français en Tunisie (1861-1881), Paris, 1959 y E. Serra, La questione tunisina da Crispi a Rudini, Milán, 1967; sobre Ferry, J. Ganiage, L'Expansion coloniale et les rivalités internationales, Paris, CDU, tomo I, pp. 28-40).
- (88) El 19 de junio solicitaba Vega de Armijo información sobre Marruecos, insistiendo en la conveniencia de dar a la publicidad la documentación diplomática pertinente (DSC, C, 19.6.84, 25, p. 645). Un día más tarde (DSC, C, 20.6.84, 26, pp. 672 ss.) le respondía el ministro con la más rotunda de las negativas a su doble requisitoria, acusando a un tiempo al liberal de "haber provocado -a su paso por el ministerio- cuestiones - que pudieran afectar hondamente a los grandes intereses de la Nación española" (p. 674).
- (89) "Yo creo exactamente -se dirigía el Marqués de Vega de Armijo al de Pazo de la Merced- todo lo contrario de lo que cree su señoría: creo - que las naciones de segundo orden, por las circunstancias excepcionales

en que se encuentran, tienen que emplear una hábil e inteligente política exterior para ser respetadas y consideradas ..." (*Ibid.*, pp. 674-75). Y días más tarde: "Ningún país puede permanecer aislado: esa política de concentración sostenida por algunos sería muy buena si los demás países la siguieran; pero como cada cual busca en la realización de su política soluciones, a veces de política interior, a veces de ideales para el porvenir, el permanecer aislado, el no estar en relación inmediata y perfecta con Naciones que un día pueden ayudar de común acuerdo a realizar pensamientos convenientes a los intereses y a los ideales de nuestra patria sería, a mi juicio, un grandísimo error" (DSC, C, 3.7.84, 37, pp. 943 ss.).

- (90) "El Gobierno... -acusa León y Castillo al partido gobernante- ni tiene política colonial, ni tiene política extranjera; se condena a una gran pasividad y se encierra en España para resolver las cuestiones de índole interior". Sin embargo, "han surgido grandes, inmensas complicaciones. En Marruecos ocurre algo que es funesto para nosotros; en Filipinas ha ocurrido algo verdaderamente lamentable; Cuba se arruina, y el Gobierno hace frente a todas esas complicaciones encongiéndose de hombros" (DSC, C, 25.6.84, 30, p. 798). Con mayor precisión, Vega de Armijo en 3 de julio: "Un país como España, que tiene la posibilidad, ya demostrada, de terminar -como hemos terminado- con nuestras propias fuerzas, sin recursos exteriores de ninguna clase y en medio de convulsiones terribles, una guerra como la de las Antillas (...), no puede permanecer aislada" (p. 946). Y es que, como responderá después a los conservadores, "nosotros no somos una Nación que tiene colonias que guardar" (pp. 951-952).
- (90) El 8 de julio el propio marqués de Vega de Armijo presentaba ante la mesa del Congreso una exposición de la Sociedad de Africanistas "en la que se indican, a su juicio, los medios que debe poner España en práctica para consolidar su misión civilizadora y económica en Marruecos". Su discusión queda aplazada para cuando quede ultimado el proyecto de contestación a la Corona (DSC, C, 8.7.84, 41, pp. 1037-38). V. Intereses de España en Marruecos, reeditado en 1907 por la revista España en Africa, con la recopilación de estas peticiones, con las que -según Fernández Almagro, "adquirieron estado público por primera vez las aspiraciones de nuestra patria a hacer saber sus derechos en el norte de Africa" (Historia política de la España Contemporánea, vol. I, p. 424).
- (91) Así lo expresa una vez más el portavoz conservador Pérez Hernández, aquel mismo 3 de julio de 1884: "Lo único que hoy podemos hacer es atender a la esfera comercial e industrial, a los intereses privados, dándoles aliento, bríos y protección, pero de ninguna manera una directa intervención diplomática contraria al mantenimiento del "statu-quo" en el imperio jerifiano" (DSC, C, 3.7.84, 37, p. 950). En refuerzo de sus afirmaciones, replicadas en uso de su derecho parlamentario por

Vega de Armijo, interviene ya el ministro de Estado Elduayen, que reafirma naturalmente los principios de recogimiento de los gabinetes conservadores (*Ibid.*, pp. 953 ss.)

- (92) P. de Vargas, "España y Marruecos", en Archivo Diplomático de España (en adelante ADE), 21.2.84, 42, p. 52. La proximidad británica es la razón, según el autor, de por qué las expediciones españolas que, periódicamente, intentan la toma de posesión del territorio asignado a España, regresan a la Península sin conseguirlo, "a semejanza de aquellos ilusos que se embarcaban en busca del vellocino de oro".
- (93) EL, 1.2.84, 1a. pág.: "Francia en Marruecos", se queja de la "condescendencia y conducta indiferente" del gobierno español, asegurando que "por el camino emprendido es puro sueño y pretensión insensata cuanto aspiración pongamos en las cosas de Marruecos". Poco a poco, la actitud el El Liberal va haciéndose más crítica respecto al expansionismo galo en Africa, revistiendo sin embargo un claro matiz de emulación -- esa firme decisión colonial en la que "no hay territorio que no codicie, ni negociación que no entable, ni empresa que no acometa" (EL, 23.6.84, 1a. pág.: "El nuevo dominio de Francia").
- (94) DSC, C, 27.12.84, 52, p. 1422.
- (95) Reproducidos íntegramente en el Archivo Diplomático de España. Vid. especialmente nº 71, 28.9.84, pp. 281-83. Merece la pena subrayar se el intento de destacar la política de derroche que, para el descuido del patrimonio colonial en Africa, suponía la sangría emigratoria hacia la Argelia francesa, sin que ello reportara al menos mejoras considerables sobre el modo de vida de los emigrantes: "Los emigrantes españoles no pueden encontrar en Argelia una base de esperanzas tan lisonjera como la que se le ofrecería en este país, donde la feracidad del suelo, la abundancia de aguas y los ricos productos minerales les brindarían de continuo a la fundación y desarrollo de productivas industrias". (p. 282).
- (96) "La cuestión africana" en ADE, 14.9.84, 69, pp. 265-67. Para Reparaz, como para Costa, Torres Campos o unos pocos más, "es cuestión de vida o muerte establecerse sólidamente en Africa mientras es tiempo", solucionando definitivamente estados de dependencia o subsidiariedad poco convenientes en el proceso que estaba desarrollándose: "Nuestra colonia de Fernando Poo -se queja- es bajo todos los aspectos una dependencia de Camarones; por el contrario fuertemente vinculada a la metrópoli alemana por una línea de vapores hamburguesa, la Wörman, que canalizaba el tráfico de unas veinte factorías.

- (97) Ibid., p. 267

- (98) "La Península en Berlín", en ADE, 21.10.84, 74, pp. 305-308. El - subrayado en el original. Abundando en el mismo razonamiento: "No se comprende que no pueda dejarse un islote abandonado en medio de los - mares, cuando por ellos surcan solamente las naves de las naciones - civilizadas, porque, de ser así, se establecería que sólo las naciones fuertes y ricas, por el solo hecho de serlo, no sólo se hacían dueñas - del mundo entero, sino que consumirían impunemente, y con todas las apariencias del derecho, el despojo del más débil" (p. 306).
- (99) Vid. cap. VIII (3a. parte)
- (100) ADE, 21.11.84, 77, pp. 332. El recorte del periódico inglés en pp. 331-32. Opinaba The Economist, como nota más sobresaliente de la conferencia: "Lo importante sobre todo es que por primera vez la Europa, en calidad de conferencia libre, ha tomado abiertamente en sus manos una especie de autoridad sobre el mundo no civilizado, y se ha arrogado (sic) el derecho de disponer, en el interés general de la humanidad, de Estados y territorios no habitados por naciones europeas. El bienestar, la seguridad, aparte de la futura historia de millones de negros que no han oído nunca - hablar de Berlín resultarán modificados por la Conferencia del Congo - (...) sin enviar un solo soldado".
- Otros artículos sobre el mismo tema pueden verse en números sucesivos 28.11.84, 79, pp. 343-44: "La Conferencia de Berlín", con buen número de recortes de prensa extranjera; y 15.11.84, 81, pp. 363, 64: "La Conferencia africana" y "Política colonial de Alemania", donde subraya la directa intervención del comercio de Bremen y Hamburgo en la expansión colonial bismarckiana.
- (101) Vid. EL, 15.11.84, 1a. pág.: "La costa de Guinea"; 24.11.84, 1a. pág.: "La Conferencia de Berlín"; 23.1.85, 1a. pág.: "Inglaterra y la Conferencia", y 5.2.85, 1a. pág.: "La cuestión africana", con las conclusiones de la conferencia.
- (102) Revista Contemporánea (en adelante RC), tomo I, 15.1.85, pp. 115 ss: "Revista extranjera", por S.
- (103) RC, I, 28.2.85, pp. 449 ss. Acepta sin embargo el autor la idea de que "si la política colonial no fuese una obra exclusiva del egoísmo o del interés privado, serían laudables todos los grandes esfuerzos combinados de la civilización de Occidente para extender por todas partes su benéfica influencia" (Ibid., pp. 506-507). También en rechazo del imperialismo de la espada, esta vez motivado directamente por la acción francesa en Extremo Oriente, pueden verse: I, 15.3.85, pp. 17 ss; 30.3.85, pp. 145 ss. y 15.4.85, pp. 298 ss.
- (104) RC, I, 15.6.85, pp. 370-76: "Revista Extranjera"

- (105) DSC, C, 7.1.85, nº 59, p. 1586.
- (106) DSC, C, 16.1.85, nº 67, pp. 1683-84. Al agradecer al ministro su respuesta, insiste Azcárraga en el núcleo central de sus palabras unos días atrás, reafirmando su "elogio a esas Compañías que parece que vienen como a abrir una nueva era en este sistema comercial y de colonización de la Nación española, porque precisamente si algo nos falta en este sistema es iniciativa particular, la iniciativa individual de las Compañías mercantiles en este género de negocios" (p. 1684)
- (107) DSC, ibid., pp. 1688, ss. La cita corresponde a la p. 1693. A este respecto, merece la pena consignar la tensión creciente, en los medios político-internacionales y diplomáticos, respecto a las veleidades "aventureras de Vega de Armijo. Incluso el ADE (que oscila en sus planteamientos genéricos, suavemente, al ritmo de los gabinetes), opina que la política colonial española, "sin ser una negación de los ideales modernos y de las necesidades actuales, debe estar muy lejos de ser aventurera y belicosa", porque "existe aún mucho que hacer dentro de nuestra propia casa para - que pensemos en la ajena", porque hay que esperar que "la paz que felizmente disfrutamos (y que) ha desarrollado de visible manera la industria y el comercio, quizá dentro de algunos años (permita) intentar lo que hoy sería insigne locura ..." A "conservar lo que poseemos", pues, debería reducirse en aquel momento, a juicio del órgano de prensa de la diplomacia española, la preocupación y el quehacer colonial hispano a la altura de 1885 (ADE, 14.2.85, nº 89, pp. 425-26: "Política colonial de España", editorial).
- (108) C. Amí, "La herencia de nuestra generación", en ADE, nº 90, 21.2.85, pp. 435-36.
- (109) DSC, C, 16.1.85, nº 67, pp. 1696 ss.
- (110) DSC, C, 19.1.85, nº 69, pp. 1733 ss.
- (111) Era, sin duda alguna, el conservador La Epoca el que más fina y penetrantemente abordaba las cuestiones internacionales. Ello estribaba seguramente en un mejor dominio y más fácil y abundante manejo de la prensa extranjera. A este respecto, resulta aleccionador leer en L. Araujo Costa, buen conocedor directo de la redacción del periódico lo siguiente: "Los ajenos - a la profesión periodística oyen hablar de la sección extranjera en la Redacción. El oficio y el menester son mucho menores de lo que se imaginan. En la sección extranjera no se cultiva la política internacional con el "Op-penheim" a la vista, los "Tratados" del Marqués de Olivart y los documentos de Cancillería en los Ministerios de Asuntos Exteriores (antes Estado) y las Embajadas. En "La Epoca", la sección extranjera consistía en extractar periódicos franceses(...). Un empleado de los coches-camas - nos traía todos los días, sobre las dos de la tarde, antes de que llegasen

a Madrid por correo, el "Figaro", el "Gaulois" y el "Temps". De allí se sacan en forma de telegramas algunas noticias que se dan la misma noche; se comentan los editoriales, se copian algunas notas de sociedad, se fabrica algún suelto interesante. Los redactores jefes, los editorialistas, tienen buen cuidado de leer con calma los periódicos franceses, tanto los que trae el empleado de los coche-camas como los que llegan al día siguiente, cuando viene el chico con las cartas del apartado de Correos. No faltan en "La Epoca" -prosigue Araujo- fuentes de buena información. El contacto diario con los políticos de altura; los telegramas de agencias que no se "inflan" (...), se resumen; las revistas de toda índole y en diversos idiomas que regularmente se reciben; la colección de Guías de viaje; el "Baedeker", la "Guías azules", el "Johannes"; los Atlas, como el "Justus Perthes" del "Anuario Gotha", el "Vidal-Lablache"; el socorrido "Gran Larousse" en muchos tomos, que Valdeiglesias compró en París siendo muy joven (...), hacen que, con inteligencia y hábito en el manejo de libros y papeles, se consiga el mejor tono en la información, el comentario, el análisis, la noticia, la política extranjera ...".

Las fuentes de información -en ello se insiste reiteradamente, y por otra parte se evidencia con claridad por la criba de noticias y la óptica que las tamiza- eran, por tanto, predominantemente francesas, por lo que a la política exterior se refiere. Sin embargo, sigue narrando Araujo Costa, "Valdeiglesias quería que se cultivase el inglés en la sección-extranjera. Para ello nos llegaban algunos periódicos de la Gran Bretaña y de Norteamérica, y a decir verdad, eran en todo muy inferiores a los franceses. Sin embargo, hubo siempre en "La Epoca" un especialista en inglés, un conocedor perfecto del idioma de Shakespeare". En contrapartida, "jamás he conocido a nadie en "La Epoca" que supiera alemán, y por consiguiente, no había en la Redacción ningún periódico de aquel idioma. (...) Una prueba de que el alemán no se necesita, al menos para redactar un buen periódico, que señale huella en la cultura de un país, está en la Biografía de "La Epoca", donde jamás nadie supo alemán". (Biografía de La Epoca, Madrid, 1946; las citas corresponden a las pp. 130-131, 136 y 137. Hay más información sobre las fuentes francesas más comúnmente utilizadas en la pág. 135).

- (112) El propio Labra ofrece aquí la clave de su vinculación a la Sociedad de Africanistas, entonces a punto de convertirse en Sociedad de Geografía Comercial: "Formo parte de una sociedad (y tengo en ella un puesto muy superior a mis méritos) que tiene por objeto el fomento de todos los intereses morales y materiales de la costa africana, y por eso quiero que estos intereses se desarrollen. Pero en su medida y por cuenta de la acción individual, como obra meritoria de redención y cultura de aquellas comarcas que tanto perjudicamos con nuestras correrías y con la trata" (DSC, C, 19. I. 85, cit., p. 1746; sub. mío, E. H.).
- (113) Ibid., p. 1747. Por su parte, el órgano de prensa vinculado al general López Domínguez, El Resumen, no hallaba precisamente coherencia en

cuanto a los planteamientos coloniales canovistas con el correr del tiempo. Y así, unos meses más tarde, puede leerse: "Unas veces es el señor Cánovas a modo de profeta Jeremías, prediciendo la desaparición de la nacionalidad española. "quizás para no resucitar nunca", si volvemos los ojos a otra parte, faltos de valor e inteligencia para resolver un problema del que otros se encargarán de muy buena gana; otras veces, por el contrario, nos advierte que no debemos dar un paso más en el país tantas veces regado con nuestra sangre, llevando su arrepentimiento hasta el extremo de no ocupar lo que de derecho nos pertenece" (ER, 14.4.85, p. 1a.: "La vida política. Africanismo con--servador"). En otro orden de cosas, quizá valga la pena señalar la formulación, simple y poco elaborada bien es verdad, de la llamada teoría del subconsumo en este breve párrafo de Cánovas, sin duda lector aprovechado de numerosos y diversificados puntos de información foránea.

Me atrevo por mi parte a dudar seriamente de la vocación africana de Cánovas a mediados de la década de los ochenta que mantiene, por ejemplo J. B. Vilar: "Frente a lo que se ha afirmado, no fué la suya una actitud negativa, ni suicida el aislamiento que propugnaba, sino una y otro positivos, constructivos y expectativos de coyunturas favorables". Sería Cánovas africanista "desde su juventud", en espera anhelante de ocasión propicia. Pero también fué Cánovas librecambista hasta finales de los 80. La coyuntura política cambiaba sensiblemente; es mi opinión. (La cita en J. B. Vilar, España en Argelia ..., p. 20)

(114) DSC, C, 19.1.85, nº 69, pp. 1730 ss.

(115) DSC, C, 20.5.85, nº 152, pp. 4323 ss.

(116) La Compañía se había constituido, al parecer, como Sociedad Anónima en la propia localidad de Aguilas. A finales de 1884 su director, R. C. Barberán, dió a conocer en una circular los fines y propósitos que guiaban a la nueva sociedad en su camino hacia el norte de Africa. Su objeto principal, según afirmaba, era el comercio de exportación e importación, llevando a territorio africano, "artículos europeos, especialmente españoles, que sean corrientes en Africa". Afirmaba también haber celebrado contratos con jefes indígenas, con vistas a "dar mayor extensión al comercio del esparto, la palma, cortezas, gomas, corcho, cereales, etc.", así como hallarse en posesión de vastos espartales en la cuenca del Mulu ya. Tenía decidido implantar, igualmente, algunas industrias en el propio país, "a fin de utilizar las primeras materias que ofrece con tanta abundancia". La colonización se hallaba también entre sus objetivos, sin descuidar tampoco "el punto de vista científico, proponiéndose crear varias estaciones geográficas y meteorológicas y organizar expediciones para la exploración del interior", consolidando así "la vida de sus establecimientos industriales y factorías", al tiempo que estudiaba la manera de

"abrir nuevos mercados". La base de sus operaciones con el sur de Marruecos habría de ser Tremecén, desde donde se transmitirían fácilmente sus órdenes al Riff y a las mesetas de Atlas.

Prácticamente por entonces, daba cuenta también el cotidiano El Día de que la Compañía en cuestión necesitaba "individuos jóvenes versados en algún idioma extranjero, especialmente el inglés, y dotados de cierta instrucción, para formar parte del personal de factorías comerciales y estaciones científicas".

Hasta el 23 de abril de 1885 no vuelve a saberse nada concreto de la sociedad murciana. En esa fecha, la Gazette Géographique de París, publicaba una reseña de una conferencia reciente del viajero Saturnino Jiménez en el Ateneo de Barcelona. Daba cuenta allí el explorador de sus viajes por el NO. de África, principalmente por la cuenca del Muluya, llegando a Melilla por tierra "con gran sorpresa de todos, pues era la primera vez que un cristiano llegaba a aquella plaza por la vía de la tierra", y regresando desde allí a Argelia por el camino de la costa. Había invertido Jiménez cerca de un año en la expedición, adquiriendo en ese tiempo "vastos terrenos cubiertos de espartales que se extienden desde el Cabo del Agua hasta la desembocadura del Muluya", y estableciendo una estación geográfica en los límites del desierto, enfrente de Figuíz, en donde se hallaba instalado su compañero de exploraciones, García Miranda. También había logrado, al parecer, la instalación de varias factorías mercantiles, que continuaban sus operaciones "por cuenta de la Compañía Comercial Hispano-Africana de Águilas".

Dos días más tarde se produce la presente interpelación de Alfonso al Senado, afirmando aquél haber visto personalmente las escrituras de cesión otorgadas por los jefes indígenas ante el escribano de guerra de las islas Chafarinas. (Vid. RGC, 30.6.85, nos. 1 y 2, pp. 30-31).

(117) DSC, S, 25.4.85, nº 109, pp. 2247 ss.

(118) DSC, S, 5.5.85 y 9.5.85, nos. 116 y 120 pp. 2373 y 2420 ss., respectivamente.

(119) Vid. reseña amplia en RGC, 30.6.85, pp. 28-29.

(120) EI, 21.12.84, "Cuestión del Mar Rojo". Corresponía este suelto a una serie de ellos, insertos a lo largo de varios días, en constante polémica con el ministerial La Epoca, que el 16 de diciembre anunciaba la venta a Alemania, por su supuesto propietario francés, del territorio de Cheik-Said. Un día después, replicaba El Imparcial a su colega conservador, con la indicación precisa de quién fué el verdadero adquirente de ese territorio, el marino mercante español Mas, fallecido en Girona en 1883, quien "dió la cantidad, a buena cuenta, de su bolsillo particular y en nombre de España". Poco tardó La Epoca en apelar al patriotismo del periódico liberal para forzarlo al silencio sobre este punto.

- (121) Al parecer, Sinibaldo de Mas fue, en 1864, quien primero tuvo contacto, en nombre de España, aunque oficiosamente, con el sultán, llegando a concertar una compra que ofreció a España por un tanto alzado. Mientras el gobierno examinaba el asunto, por medio de una comisión falleció, el sultán que había concertado el asunto (unas 28 millas por valor de 80.000 duros). El nuevo sultán no aceptó aquellas condiciones. El comisionado español, entretanto, -Rafael Aragón y Rodríguez- insistió en "la conveniencia de buscar a todo trance en aquellos mares un puerto, prefiriendo siempre la costa de África a la de Arabia, por la posibilidad que aquella ofrecía de hacer el comercio con el interior africano". De nuevo Mas intenta la operación, entendiéndose en 1869 con Zarco del Valle, legado en Constantinopla, por cuya iniciativa había vuelto el gobierno a ocuparse de estos asuntos. Problemas de política interior española impiden la realización del proyecto, una vez más. En este tiempo (Costa dixit) se inscriben también las expediciones e intentos del teniente España y del explorador Abargues de Sostén. Por último, bajo Vega de Armijo, Pedro Carrere realizó un viaje acompañado de intérprete, del que pasó el tiempo sin dar cuenta a quienes le comisionaron. Creyéndosele muerto, se suspendieron en Madrid "los efectos de la expedición y el suministro de recursos". Era por entonces diciembre de 1883. Poco después, recibía Vega de Armijo carta y telegrama de Carrere, quien -enterado del cambio ministerial- suplicaba al ex-ministro transmitiese al nuevo encargado de los asuntos -exteriores los resultados de su gestión. Poco después llegaba a Madrid Carrere, trayendo escritura de un territorio cedido a España por el precio de 10.000 táleros austríacos, hallándose la escritura legalizada por el consulado de Austria-Hungría, por no existir cercano un consulado español. El ministro de Estado conservador -entonces ya Elduayen- no se preocupó lo más mínimo por verificar la autenticidad del documento, eludiendo las gestiones precisas para proceder, en su caso, a la ocupación pertinente. (La información procede de la conferencia antes citada de Costa en el Ateneo madrileño (abril 1885) y, con mayor precisión, de la interpelación de Vega de Armijo en el Congreso, en mayo del mismo año, recogida en RGC, 30.6.85, pp. 15-17).
- (122) Afirma Elduayen que el expediente había sido trasladado desde el Ministerio de Estado al de Ultramar, excitándolo a seguir el ejemplo de Italia, "invitando a alguna de las empresas trasatlánticas, cuyos buques cruzan el mar Rojo, a que hiciesen por sí la adquisición de que se trata para que luego, tomada posesión y vencidas las dificultades que en todo proyecto de esta naturaleza se encuentran, pudiera el Gobierno prestar a la empresa todo el apoyo y toda la cooperación necesaria para su éxito". (*Ibid.*, p. 17)
- (123) DSC, 16.5.85, nº149, pp. 4239 ss. Vega de Armijo opinaba así que "la cuestión tenía, y tiene, una importancia grandísima", porque "aun cuando real y positivamente no hubiera sido más que uno de esos ensa-

yos que se emprenden sin saber los resultados que pueden dar, aun - así el Gobierno tenía el deber ineludible de darle una gran importancia, y de animar y ayudar a los que lo llevan a cabo, porque solo por ese camino es como otras Naciones han realizado el pensamiento que nosotros perseguimos". Y abundando en ello : "No es fácil, cuando se emprende una expedición de esa especie sin contar con grandes medios para realizarla y aceptando por completo las responsabilidades que puedan venir, que se anime nadie a seguir ese laudabilísimo ejemplo, haciendo lo que el Señor Ministro ha hecho, que ha sido poner en tela de juicio no solamente la seriedad de la persona que había emprendido la expedición, sino la autenticidad de los documentos o la importancia de las gestiones". Por otra parte, "cuando naciones que no habían pensado jamás en ser colonizadoras buscan en otros mercados el medio de desarrollar su riqueza, natural era que nosotros que tan atrasados estamos, buscáramos la manera de hacer lo que otras Naciones han realizado, dándonos un ejemplo digno de imitar" : la reiterada y creciente expansión italiana, a impulsos de la gran marina mercante, está presente sin duda en esta argumentación. (Las citas todas ellas, en p. 4243).

(124) Ibid., p. 4252

(125) DSC, C, legislatura 1885-86, tomo único, 2. I. 86, nº 5, pp. 52 ss.
La respuesta de Silvela en pág. 58.

114

CAPITULO VIII

EN LA CÚSPIDE DE LA AGITACIÓN COLONIAL:

EL AÑO DE 1.885.

598

(1) PRÁCTICA COLONIAL ESPAÑOLA TRAS
LA CONFERENCIA DE BERLIN.

No es sorprendente, en los albores de 1885, leer en la prensa de vocación económica (reducida pero inequívoca) declaraciones como la - que tomamos de la revista madrileña La Unión Comercial, vinculada personalmente al comercio catalán: "Es indudable que hoy se nota en todas las potencias europeas marcada tendencia a la colonización de determinadas regiones del globo, que han de ser en un porvenir no muy remoto mercados de gran entidad para los productos europeos. Y en esto se -- distinguen precisamente las colonizaciones modernas de las antiguas. Estas tendían únicamente a extraer al país colonizado jugo para nutrir a la metrópoli. Aquéllas realizan un cambio mutuo de productos entre la colonia y la metrópoli, que resulta en beneficio de ambas.

España que, de haber tenido intuición del moderno sistema de colonización, cuando los grandes descubrimientos de los primeros años de la Edad Moderna, habría podido ser la primera nación colonial y mercantil de Europa, quedóse atrasada en esta vía por los errores que cometió en su sistema colonial; y hoy tiene que hacer apresuradamente - un camino que otras naciones han recorrido con calma y ve con dolor - lo mucho que otras han adelantado y las inmensas pérdidas que ella ha sufrido". Sin embargo, todavía quedan restos sobre los que incorporar un nuevo edificio, opina la revista.

La guerra de Africa sólo tuvo un aspecto positivo; la posibilidad de establecer factorías y puntos de intercambio en terrenos cedidos - por Marruecos: "Empiécese por establecer en esos territorios buenas - factorías que estén en continua relación con nuestros centros industriales y comerciales; constrúyanse en aquellas costas algunos puertos seguros y de comodidad relativa; fórmense en España compañías de nave-

gación hacia aquellos rumbos y de explotación de aquel comercio, y ofrezca el Gobierno español facilidades para realizar todos esos fines, y el primer paso estará dado, los sucesivos, del éxito primero dependen.

Solo debemos hacer notar que, a nuestro modo de ver y entender, la actividad particular debe ser preferida en empresas de esta índole a la actividad gubernamental. El Gobierno debe limitar su acción a facilitar el hecho y prestarle todo su valioso apoyo, pero no realizarlo por sí.

Un texto como el precedente, hecho público a 4 de enero de 1885, - resume de manera global las coordenadas generales del desarrollo temporal de la idea africana. Todo parecía estar a punto para una verdadera eclosión. Pero, antes de apresurar conclusiones demasiado rápidas, conviene acotar algo más el horizonte inmediato.

Avanzado el año de 1885, España se ha adentrado de nuevo por la senda colonial. La debilidad estructural de aquellos grupos sociales interesados en ser motor de la conquista imprime particularidades específicas al proceso histórico que habría de abocar el nuevo impulso. Pero sobre todo, van a ser los problemas derivados de las relaciones mercantiles entre la Península y el reducto antillano, los que impongan su carácter dominante en la expansión hacia afuera de la economía hispana a mediados de los 80.

Jordi Nadal puso de relieve hace un tiempo (1) cómo: "A partir de los años 1880 el desarrollo fabril -en Cataluña- se desacelera" al compás de la crisis agraria que, en nuestro país, como en general en toda el área mediterránea, revela más unos defectos estructurales que un acontecer coyuntural y episódico. Se trataba, en todo caso, de una cri-

sis agraria "de sobreproducción, o de alta de ventas", que se halla al borde de provocar la crisis algodonera. En este sentido, "el reforzamiento del pacto colonial, dispuesto en 1882 y en plena vigencia a partir de 1886, ha sido un paliativo eficaz frente a las estrecheces del mercado interior" (2); y por ello es inevitable el acuerdo pleno con J. Maluquer en señalar como infinita desatención historiográfica -tanto más culpable cuanto más se intenta asumir una visión totalizadora del acontecer histórico-, la frecuente relegación a un plano subordinado -de la problemática colonial antillana.

No se trata ni mucho menos, como es obvio, de un problema interno de la historia peninsular; el carácter plenamente "internacional" de la cuestión cubana -como diría Labra poco después- (3) no ha sido satisfactoriamente evaluado por los estudiosos de la historia contemporánea de España, con breves excepciones pioneras (4), y sólo la ponderación cuidadosa de su peso relativo en el desarrollo del capital en España, puede arrojar luz sobre la naturaleza de esa residual relación colonial entre España como metrópoli en decadencia, y la principal productora mundial de azúcar de caña (5).

De momento, valga la convicción -aquí y ahora- de que es precisamente ese volcarse hacia el reducto colonial antillano, en busca de una protección y un mercado reservados, momentáneamente eficaces, el principal causante de la absorción sectorial de unas fuerzas productivas que encaminaban sus pasos hacia el objetivo más fácil. El Estado jugó en el proceso un papel determinante, es evidente, tratando de contentar de algún modo a esa fracción subordinada en el bloque de poder que era la burguesía industrial catalana. Pero el proyecto africano que se le ---

servía en bandeja desde Madrid, --mínimamente aprovechado por aquélla en su itinerario de adaptación a las nuevas y dificultosas condiciones impuestas por los reajustes de la economía mundial (6)--, se vertebraba --por el contrario sobre unos presupuestos económico-ideológicos en retirada, presupuestos radicalmente proclamados ahora, desde unas elites --residuales, si bien llevados a la práctica tradicionalmente por el --- bloque de poder agrario-financiero español. (abocado hacia el exterior y por ende libremercantilista), pero al que las cambiantes condiciones y formulaciones económicas de la evolución mundial, iban a permitir en adelante dar satisfacción creciente a los intereses de la gran industria nacional; y que --hay que insistir una vez más en ello-- halla buena parte de su especificidad propia en ese carácter subordinado al bloque de poder que le confería una fuerte agresividad.

Esta incompatibilidad desde su origen, esta individualidad pintoresca que el proyecto africanista propulsado por el libremercantilismo madrileño y, más en concreto (es inevitable de nuevo la personalización) por Joaquín Costa y un grupo, no excesivamente amplio, de militares aficionados a las letras y profesores de inquietudes europeizantes, es la que --a la altura de 1885, en el contexto de la dependencia española respecto a los centros de acumulación capitalista--, impregnaba de futura esterilidad al proyecto. De no haber contado con una rápida potenciación a base de fuertes capitales (7), de no haber sabido insuflar el oxígeno --de la explotación efectiva a las riquezas que se ofrecían, el proyecto de dominio político estaba llamado al fracaso o al menos a la paralización.

Sin embargo, el azar de la historia habría de ofrecer una segunda oportunidad a la voluntad africana: La (nunca por sorpresa) pérdida de

las colonias antillanas y filipinas pone de nuevo sobre el tapete (esta vez con menos desgana asumida) la tarea de "España en Africa". Al socaite del capital extranjero, en un proceso cada vez más estrecho de andadura subordinada, el gran capital español atiende a principios del siglo XX a la llamada del continente vecino, de donde ha de obtener sensibles ganancias, alentadoras en suma de un reverdecer ideológico en el que la imagen de Africa consigue una mayor penetración en la conciencia social de la población española. Pero, también entonces, el rechazo parcial de esa aventura espoliadora arraiga con mayor intensidad en la garganta de sus denunciadores. Para aquel momento, la denominada idea colonial se hallaba ya en distintas manos de aquéllas que habían llamado a la puerta de la opinión pública en la década de los 80, tratando de arrastrarla hacia las costas africanas.

En aquel momento, la vía propugnada por los librecambistas de radical implantación madrileña había fracasado en sus procedimientos y objetivos, y sin embargo a mediados de 1885, la "misión civilizadora" de España se había presentado ya como tarea imperiosa para determinados sectores de la sociedad española: "Nuestra historia y nuestros intereses nos empujan a ella en cumplimiento de sagrados deberes nacionales; se expresaba el Archivo Diplomático sin vacilar (...); pensar que nuestra misión es solo de reconstitución interna es un absurdo antipatriótico y antinacional; los acontecimientos se imponen y no es posible contener su marcha; intentar hacerlo es exponerse a que pasen por encima del obstáculo dejándolo olvidado". La iniciativa colonial se reviste pues, casi invariablemente, de esta muselina del quehacer civilizador, capaz de convertirla en aceptable hasta para quienes se resisten a ella en principio, para que el anticolonialismo fuese tachado abiertamente

de antipatriótico (8); sin embargo, la progresiva absorción por capas cada vez más amplias del nuevo fenómeno colonial como ideología, ó — mejor, la muesca que en la conciencia colectiva acaba de producirse, ofrece ya señal manifiesta de que el proceso ha ganado un punto de — madurez.

Seguir paso a paso esa evolución me parece el modo más seguro para detectar el porqué de una frustración que detalle alguno hacía pre-sagiar cuando, un mes más tarde, la nación española (al parecer al — unísono) vibra y se conmueve con fuerza, ante la agresión alemana sobre una parte de su viejo patrimonio colonial. La oportunidad de aglutinar, en torno a los grupos de presión coloniales, a buena parte de — la sociedad y la clase política españolas, oportunidad ofrecida por — el humillante asunto de Las Carolinas, va a desvanecerse como por encanto una vez desaparece el peligro. Sin embargo, la enseña africana seguirá siendo enarbolada con mayor o menor efectividad como meta y desagravio a un tiempo, entre España y las regiones del Sur: "Convertir los tortuosos caminos de la barbarie en vías de progreso — sigue proclamando el Archivo Diplomático—, llevar la luz de la cultura y de la libertad a una región de tinieblas y despotismo, aprovecharse del derecho escrito para una intervención legítima, tener funcionarios que se inspiren sólo en los intereses de España, dar señal de que somos — una nación culta junto a un territorio salvaje...", esa era la "inmediata tarea histórica" a la que el devenir universal llamaba a España (9).

Y puesto que este verano de 1885 reviste una significación especial en el desarrollo del colonialismo hispano —por otra parte en per

fecta correspondencia con su contexto europeo-, bueno será recapitular de nuevo sobre lo hasta entonces conseguido. La propia Revista de Geografía Comercial, en su primer número doble, saluda a sus lectores - por medio de un completo "Balance primero de las factorías españolas" (10) Según el mismo:

a) Entre el río Congo y el Gabón existían diez años atrás cinco factorías españolas, entre un total de ciento veintiséis de diversas nacionalidades (11).

b) En el Golfo de Guinea no existía factoría alguna española, -- aunque sí las había habido antes de 1843, en que "fueron destruídas - por los cruceros ingleses encargados de perseguir la trata" (12). Sin embargo, en 1853, poco después de la toma de posesión de Fernando Poo por España, dos navieros catalanes ("Vidal y Ribas" y "Montagut y Cía") emprendieron un viaje de exploración por el Golfo de Guinea, a resultas del cual establecieron factorías y correspondientes, y llevaron a -- Barcelona aceite de palma, marfil y otros productos africanos. Un año más tarde solicitaban del gobierno la creación de un consulado y varios viceconsulados en los puntos más frecuentados de la costa. A -- pesar de las dificultades opuestas por Inglaterra, quedó nombrado un cónsul en Sierra Leona y se incluyó un representante español en el -- tribunal mixto de presas. Tras cuatro o cinco viajes, la corbeta "Fernando Poo", de la casa "José Vidal y Ribas", a pesar de navegar con -- todos los papeles en regla, fué apresada por los ingleses, sufriendo sus tripulantes y el propio barco daños "irreparables" que se evaluaron después en 80.000 duros. Era el año de 1885.

A pesar de ello, el propio Vidal y Ribas fletó al año siguiente la "Conchita", con vista a "cargar aceite de palma en las factorías — que aquella casa tenía en la Ginea superior". De allí fué la "Conchita", al parecer al Brasil, donde cargó aguardiente y tabaco, regresando a Africa y vendiendo su cargamento "por contrato público" a José — Carlos de Souza, de quien recibió a cambio aceite de palma. Aún no — había terminado de descargar, cuando dos cruceros ingleses, que ya la habían visitado antes, la apresaron. El cónsul español no se hallaba entonces en Sierra Leona, por lo que un tribunal compuesto solamente de representación británica dió en breve por buena la presa realizada y su cargamento. Al saberse la noticia en Barcelona, sufrieron fuerte impacto los medios interesados. El Diario de Barcelona diagnosticaba que, con estas actuaciones, "la política inglesa logra su objeto, — — — pues el comercio español en aquellos mares, quedará herido de muerte". De hecho, así fué: "Los armadores arrumbaron sus buques y buscaron — — otras carreras en sustitución de aquellas que principiaban a frecuentar". De todas formas, guardaron aquéllos, durante un tiempo la esperanza de que surtiera efecto la petición elevada a la reina en 1858, por la Sociedad Económica barcelonesa de Amigos del País (13). La prensa de Madrid y Barcelona, en general, parece que prestó un respaldo amplio al asunto, pero la inactividad oficial — como señala acuseadoramente — Costa — hizo que los "comerciantes borrarán de su derrota el Golfo de Guinea". El tratado de comercio de 1835, siguió siendo piedra de toque de la cuestión, y por ello vuelve aquí una y otra vez sobre el — tapete, en este nuevo intento de rectificación histórica.

Ahora, el 12 de mayo de este año de 1885, el marqués de Casa Jimenez acababa de preguntar al ministro del ramo, en el Senado, acerca

de la marcha de las negociaciones con Inglaterra para la supresión del derecho de visita. El ministro de Estado José Elduayen, no tuvo el menor empacho en responder que no se había demostrado todavía que desde 1865 "hayan sufrido perjuicios nuestro comercio y navegación por consecuencia del tratado de 1835" (14). Por otra parte:

c) En la costa del Sáhara no existía colonia alguna española, - entre un total aproximado de veinte o treinta. Y sin embargo, la R. O. de 27 de junio de 1863, autorizaba el comercio de súbditos españoles en las costas africanas, desde el cabo Nun, hasta el cabo Blanco, y - el 6 de noviembre de 1877 se accedía a otorgar protección al comerciante Antonio Baeza y Nieto para establecer factorías flotantes en dicha costa; fuera de los límites del imperio de Marruecos y "con la condición de hacer partícipe al Erario Público en el producto de las Aduanas". A pesar de ello, en los primeros meses de 1885, no existía factoría en funcionamiento en la costa sahariana, aunque se había --- realizado "algún comercio eventual e insignificante entre los pescadores canarios y los naturales del Gran Desierto".

Pero por entonces instalada ya la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas en las bahías de Río de Oro, Cintra y del Oeste, aquellos "pequeños establecimientos con honores de factorías, no --- para dedicarlos al tráfico, sino para que sirvieran provisionalmente de signo material de ocupación". Además, como se indicó antes, construía entre tanto la Hispano-Africana, aquella vasta factoría, apoyada por efectivos militares, que tanto hacía esperar del tráfico futuro. Por último, en Cabo Blanco, trataba al parecer de instalar otra factoría un tal José F. de Lara.

d) En el Uad-Nun y Marruecos, había que señalar a estas alturas la incomprensible circunstancia de no haberse procedido aún a la incorporación efectiva de Ifni. Viejas empresas en esta zona habían sido las abordadas en 1860 y años sucesivos por el español Puyana, - que llegó incluso a ofrecer el protectorado español a las tribus amigas, siendo desautorizado sin embargo por su gobierno (1869), que consideró estos planes como "contrarios a los intereses políticos y comerciales de España". Para el momento en que se establecía este balance, precisamente en uno de los puntos que Puyana pensaba ocupar, se había establecido, en cambio, una factoría inglesa abierta desde 1877. Por otra parte, en el puerto de Masagán el que podían contarse tres casas españolas, concretamente mallorquinas; dos de ellas eran comerciantes y navieras a un tiempo, y absorbían casi todo el volumen de importación-exportación entre España y Marruecos.

En este marco de insuficiencia neocolonial objetiva, los recortes de soberanía extra-peninsular que en los tiempos más recientes - había sufrido España, revisten para el pensamiento colonial de los 80, un carácter tanto más grave y definitivo. El contencioso sobre Borneo, de más amplia eco, hallaba su correlato africano en los desajustes territoriales perpetrados por Alemania y Francia en la costa guineana (15). En conjunto se trata de un proceso intermitente, pero progresivo, en el que la otra cara de la moneda, la ofrecen los proyectos de compra -también reiterados y diversos- dirigidos al gobierno español por súbditos de varias nacionalidades y que enlazan con intentos antiguos. "No existe territorio español en el planeta -se lamentaba la RGC.-, fuera de sus viejas provincias de la metrópoli, que no haya sido objeto de algún proyecto de compra en estos últimos

tiempos". Santa Cruz de Mar Pequeña (16), Fernando Poo (17), Filipinas y Joló (18) y hasta la propia Cuba (19), como es sabido, protagonizan rumores que, aunque se valoran generalmente de "inexactos", -- son, para el africanismo incipiente "el resultado lógico del voluntario aislamiento en que hemos vivido en estos últimos tiempos, rehu-- yendo las responsabilidades y las glorias de la Geografía militante de nuestro siglo".

Para colmo de males, una noticia irritante e incomprensible -- viene a exaltar aún más los ánimos de las vocaciones geográficas en España. Según publica la "Deutsche Kolonial Zeitung" y recoge "La - Epoca", un socio correspondiente de la Geográfica madrileña, el viajero Saturnino Jimenez, se hallaba a principios de junio en Berlín, alentando al gobierno y la opinión pública alemana^a proceder de inmediato a la captación de Chafarinas para su órbita geopolítica. La - verificación dolorosa de la noticia supone para Jiménez su expulsión de la Geográfica (20). Para Costa, algo más grave: El recuerdo tembloroso^{de} que "hace tres años, hubo otro español que propuso dar a Inglaterra las Chafarinas y Formentera a cambio de Gibraltar". Ese español, precisamente, era uno de los mayores representantes de la industria y las finanzas cubanas, y su vinculación a los negocios de explotación colonial antillana le habían valido un escaño en el Congreso (21).

Son amenazas crecientes, venidas desde distintos ángulos, pero originadas todas ellas en los focos centrales del desarrollo del -- capital. Sólo incorporando sus procedimientos de explotación, sólo imitando lo más de cerca posible sus conductas -- es la conclusión --

práctica de la continua reflexión de nuestros hombres sobre este --
 proceso de desplazamiento de los territorios de explotación colonial
 de unas manos a otras--, sólo forzando la marcha del tiempo hasta ga-
 nar a zancadas los (ya demasiado largos) tramos sin cubrir, podría -
 el Estado Español recuperar un dominio efectivo terriblemente cues-
 tionado a setas alturas. Es por ello por lo que la primera entrega -
 exclusiva hacia el porven-ir africano se equilibra ahora (siempre --
 con las matizaciones que imprimen los vicios de una ya larga prácti-
 ca administrativa y económica, estéril y malformadora) con la orien-
 tación paralela hacia las viejas colonias, como si una intuición --
 alarmante hubiera descubierto de nuevo, los peligros de acechaban a
 las más débiles tramas del tejido nacional.

Las islas Marianas, visitadas una o dos veces al año desde 1863,
 por un buque del apostadero de Filipinas, van a contar desde 1885 con
 un servicio trimestral de vapores-correos, desde Manila, otorgado en -
 pública subasta por 25.000 duros de subvención. Sin embargo, y a pesar
 de unos intentos --al parecer no fallidos-- de colonización a base de -
 deportados cantonales (en 1874), el archipiélago había sufrido de --
 tal incuria por parte de la metrópoli que, repetidas veces, los pre--
 pios indígenas habían cuestionado la soberanía española, reclamando -
 por contra la protección inglesa. El 12 de mayo de 1885, en el Senado,
 el general Pavía felicitaba al gobierno por la, al fin adoptada, de--
 cisión de establecer comunicaciones periódicas: "Era esto, tanto más
 necesario --opina-- cuanto que así las Marianas como las Carolinas son
 un magnífico pesquero de ballenas, que de muchos años a esta parte --
 vienen explotando los ingleses y norteamericanos, cuyo roce y contacto
 continúe con los indígenas es causa de que muchos de estos, más ha--

blan el inglés que el español". En aquella misma sesión parlamentaria el Marqués de Casa Jiménez pedía al gobierno, el establecimiento de -- una estación naval en las Marianas, "compuesto de uno de tantos buques condenados a la quema o desguace y utilizables como pontones, más una goleta o un cañonero en buen estado". Con la estación naval, --afirmaba-- "encontrarían prestigio y fuerza las autoridades, y protección -- los españoles que residen actualmente en aquellas islas, y los que en lo sucesivo se decidan a fundar allí colonias o factorías de comercio" (22).

Por lo que respecta a las Carolinas y Palaos, en 1881-82, habían solicitado parte de sus habitantes el establecimiento de alguna autoridad, civil o militar, suficiente a mantener la soberanía española en el archipiélago. Sin resultados visibles, petición similar vuelve a -- cursarse a comienzos de 1885, hallando esta vez un eco más favorable. Las autoridades filipinas y las Cortes españolas, parecen entonces -- hallarse de acuerdo en establecer en la isla de Yap, --intermedia entre las Carolinas y las Palaos--, un gobierno político-militar, para que -- el presupuesto de 1885-86, ya prevé fondos, y que será reforzado por unos cuantos misioneros (23).

De otro lado, para las largas polémicas sobre Borneo y Joló, también 1885 es una fecha clave. El 7 de marzo se firmaba en Madrid un nuevo protocolo (24) entre Alemania y España, que ponía término a "la embrollada cuestión". En realidad, se trataba de una derrota española, más fuente de nuevas cargas y --dadas las condiciones existentes--, -- poco susceptible de aprovechamiento económico para España.

Por último, -en este breve repaso oceánico-, las Filipinas eran, como se sabe bien, feudo del comercio anglosajón. De un total aproximado de 47,6 millones de pesos para 1883, (21,3 de importación y el resto de exportación), 29 millones correspondían a intercambios con Inglaterra y 13 a Estados Unidos (25). Al margen de esto, la producción había experimentado en 1884, sensibles alteraciones como consecuencia de la disminución de ventas -sobre todo en el artículo principal, el azúcar-, resultante de las discriminatorias condiciones, en que la ley de relaciones comerciales había situado a la producción filipina (26). Por otra parte, imperdonables descuidos -como la falta de alumbrado en las costas isleñas-, trabajaban en contra del desarrollo del tráfico mercantil. Por fin, un R. D. de 18 de diciembre de 1884 trataba de poner fin a aquella situación anómala. Un complejo plan -ya diseñado desde 1875- iba a intentar convertirse en realidad, por medio de un impuesto del 2% sobre la importación, y un 1% sobre la exportación que, como derechos de puerto, afectaban a Manila desde el R. D. de 2 de enero de 1880.

Las Antillas, entretanto, atravesaban una problemática propia. La isla de Cuba, desgarrada por dentro y por fuera, se revolvía en torno a los problemas del patronato, rechazado en buena medida por quienes se resentían ahora de una carga jurídica de claras repercusiones económicas (27). Puerto Rico, por su parte, hacía temer -siempre el problema mundial de la depreciación del azúcar- (28) un giro peligroso en su tradicionalmente pácifico comportamiento hacia su metrópoli; el ejemplo cubano estaba demasiado cerca, y la centralización es contemplada, cada vez, con mayor intensidad como potencial cantera de disturbios y alteraciones del orden portorriqueño.

Tampoco las Canarias hacían concebir mejores esperanzas. El declive de las viejas industrias rurales de la cochinilla y el nopal había tratado de compensarse por medio de la aclimatación del tabaco y el azúcar. El primero de dichos productos, vencía poco a poco las trabas impuestas por el estanco; en cambio, el azúcar tropezaba con la franquicia concedida a los azúcares antillanos y filipinos. El librecambismo peninsular, por su parte, no deja de clamar en contra de estas manifiestas desigualdades en el sistema impositivo (28), al -- tiempo que (le arrastra aquí la pasión colonial), como empresa eminentemente Unacional", el círculo de geógrafos madrileños protesta -- ante la opinión pública española de la presencia, cada vez más arraigada del transporte marítimo y el comercio británicos orientados hacia Africa en nuestras islas Afortunadas (30),

Al nivel de las nuevas colonias, a mediados de 1885, iba a quedar definitivamente establecida la autoridad española en la costa -- occidental de Africa, entre Cabo Bojador y Cabo Blanco. El R. D. de 10 de julio de Presidencia del Consejo de Ministros, completando la R. O. de 26 de diciembre de 1884, decidía el nombramiento de un comisario regio, como delegado del gobierno, en aquella costa. Se había -- inclinado a ello el gabinete, --según se dice en la exposición previa-- "después del bárbaro atropello consumado por los indígenas en la factoría de Río de Oro". Pero la creación de aquella figura institucional continúa, "no sería suficiente si no se acompañase del envío de las -- fuerzas de mar y tierra, indispensables a hacer respetar su autoridad de propios y extraños, levantando así el prestigio de España en la -- imaginación de aquellos naturales y fijando, en previsión de fines -- ulteriores, las señales de una posesión efectiva sobre la costa indi-

cada". Fué así cómo, bajo la competencia del Ministerio de Ultramar, quedó encargado de la ejecución práctica de los deberes y tareas del protectorado un ~~sele~~funcionario omnipotente, con jurisdicción civil y militar. Como primer comisario, pasó a ser nombrado inmediatamente Emilio Bonelli (31).

2. EL FENOMENO COLONIAL COMO IDEOLOGÍA:
EL ASUNTO DE LAS CAROLINAS.

En este contexto de incorporación y de puesta al día colonial, — viene a sorprender a los entusiastas del rumbo imperialista, y en — este caso también a la nación entera, la voluntad alemana de oponerse a una revitalización del dominio español en sus viejos territorios ex trapeninsulares. Era todavía reciente la creación de un gobierno polí tico-militar en la isla de Yap, para las Carolinas y Palaos, cuando — Alemania anunciaba por telégrafo haber ocupado ya dichos territorios; tratando de contener así la expedición marítima, que con el futuro — gobernador a bordo, ^{se} encaminaba apresuradamente a poner en funciona- miento la institución recién creada. En contrapartida, la sorprenden- te noticia provocó la salida desde Manila de un tercer crucero con — rumbo a Yap. La prensa española reaccionó vivamente, comparando la si tuación presente a los épicos momentos de 1808 y 1859, en que el fran- cés y el moro servían a la xenofobia nacional como eficaz elemento de aglutinación interna. (32)

El 25 de agosto, — fecha de la ocupación efectiva por parte de — españa- había sido precedido dos días antes, por una multitudinaria — manifestación en Madrid, — en la que se dijo tomaron parte 60.000 per- sonas, en tanto que otras 100.000 presenciaban el desfile—, convocada y encabezada por instituciones de toda índole: "En ella estaban repre- sentadas — se escribía poco después— asociaciones científicas como el Ateneo; comerciales, como el Círculo de la Unión Mercantil; regionales como el Centro Aragonés; políticas, como el Centro Demócrata-monárqui- co; militares, como el Centro del Ejército y la Armada; periódicos de todos los matices, desde El Progreso hasta La Fé; diputados de todos los partidos; las clases medias y las artesanas; literatos, periodis- tas, estudiantes y empleados; muchos oficiales y comerciantes; colga-

duras en los balcones; banderas en la manifestación; ningún desmán; -- ningún grito agresivo o menos decoroso contra Alemania ni contra el -- Gobierno: únicos vivas de los manifestantes, "viva España, viva la integridad del territorio nacional" (33).

Y en verdad que fué amplia y vehemente la rápida respuesta de la sociedad española, en un extenso conjunto, al gesto alemán: militares , geógrafos e intelectuales, los primeros. Pero con ellos, volúmenes considerables de trabajadores o propietarios que salieron a la calle en la mayoría de las provincias españolas, desde Barcelona a Cádiz, -- desde Valencia a Sevilla, o desde Soria a Ciudad Real, poblaciones -- todas ellas más o menos atacadas por el cólera (34) y la incipiente -- crisis de comercialización triguera. El campo, la industria y el comercio, en sensible y excepcional acuerdo en el que las emociones se yuxtaponen a los intereses hasta cubrirlos del todo, provocan las demostraciones públicas o, al menos, las sirven con su presencia y cauces de actuación: "Los marinos de Laredo y de Valencia --publicó la -- Revista de Geografía Comercial en plástica descripción-- se brindan -- como voluntarios para servir en la Armada o para el corso; los sargentos retirados, para organizar las guerrillas; los oficiales piden puestos de preferencia en los cuerpos expedicionarios, si se organizan; los comerciantes, retiran los pedidos de géneros hechos a Alemania; -- los socios del Centro Militar ofrecen un día de haber, para adquirir un crucero; los estudiantes de Sevilla piden al Capitán general que -- les enseñe la instrucción militar para servir como voluntarios; el -- Ayuntamiento de Oviedo acuerda dimitir si el Gobierno prohíbe las manifestación; algunos patriotas ofrecen sus personas y sus haciendas..." (35)

Prueba de fuego para Cánovas este desbordamiento general, como - recordaría elogiosamente -casi cuarenta años después- el conde de --- Bugallal, porque "las multitudes se arrebataron hasta el extremo de - provocar incidentes enojosos" en las Embajada y los Consulados alemanes, (36), conducta infinitamente peligrosa y más allá de lo esperado. Pero de todo ello sabría sacarse partido, por el contrario

La Sociedad Geográfica madrileña se considera llamada a actuar - en cabeza del movimiento: El 25 de agosto mismo, ya había elevado al gobierno un manifiesto, producto de las amplias discusiones habidas - en los días precedentes. El día 20 se convocó con urgencia a sesión - extraordinaria, que se prolongaría también el 21; los telegramas procedentes de Alemania hacían temer serios e inminentes acontecimientos. José de Carvajal, republicano conocido, fué el primero en recordar las funestas enseñanzas recién aprendidas en el Congreso de Berlín, negándose en absoluto a conceder a lo allí acordado carácter retroactivo: "España no habría firmado aquel convenio -afirma- si hubiera podido - suponerse que el primer efecto de la doctrina admitida iba a ser despejarle de las Carolinas. Ni cómo podía exigirse que inmediatamente de cerrada la Conferencia, en obra de días, cumplierse las obligaciones impuestas por ella, que requieren larga preparación?". Y a esa -- inclinación hacia Alemania, "contra toda razón y toda ley", que los - responsables de la política exterior española vienen propiciando, --- culpa Carvajal en última instancia de las actuales bravatas del Canciller.

Tras este rastreo sobre los orígenes de lo imprevisto, la receta o el consejo no se hace esperar: "Agruparnos todos en derredor del --- Gobierno" es la fórmula mágica que, esta vez como tantas otras, sirv

para acallar discrepancias interiores frente al enemigo externo. A -- continuación, hace uso de la palabra el coronel Coello, conocedor directo y puntilloso de los acuerdos de Berlín, que rectifica y puntualiza la naturaleza jurídica de la agresión: no afectando aquéllos, en realidad, más que a las costas africanas, la actitud de Alemania respecto a las islas oceánicas es un verdadero "atentado contra el derecho de gentes", expone Coello ante la Geográfica. Pero la legitimación propuesta en aquel mismo momento, parece haber olvidado, de hecho, los principios generales sentados en Berlín: Es, a su entender, "la unidad geográfica de toda la Micronesia española" suficiente razón para determinar la más estricta pertenencia de Las Carolinas al Estado Español. El descubrimiento y la integración en una sola provincia (junto con las Marianas y las Palaos) del archipiélago en litigio, eran razones suficientemente alegables, para Francisco Coello, en pro de una titularidad injustamente cuestionada.

Joaquín Costa, desviado por un momento, y sin duda contra su voluntad-, de sus preocupaciones africanas, se dispone también aquí a reforzar la trama de los razonamientos, y sobre la argumentación diplomática de Carvajal y la fundamentalmente histórica de Coello, construye la baza cultural de una acción misional "civilizadora", no abandonada en momento alguno, además de la reciente -pero efectiva- incorporación a la vida administrativa del país merced al gobierno establecido en Yap, y -sobre todo- por medio del servicio postal a vapor -- "que le cuesta al Estado 25.000 pesos". A ello, habría que unir la -- voluntad expresa del gobierno español de seguir en posesión de las islas, voluntad no contradicha por los propios indígenas -prosigue Costa- ni (hasta el momento) por los gobiernos europeos, que así lo reco-

nocen en tratados internacionales, mapas, almanaques de Gotha... Frente a todo esto, solamente un título ostenta Alemania: El de sus fábricas y su comercio, "y todavía éste -va a concluir el orador- lo comparte con Inglaterra y América."

Lo que se impone ahora, -y así lo entiende la propia Geográfica en su conjunto-, es la adopción inmediata de medidas eficaces contra el expolio en trámites. Costa el primero, abogará por la publicación urgente, "en un periódico de gran circulación", de la serie completa de títulos que los allí presentes se crean capaces de aducir, "a fin de que la opinión del país se oriente y encauce y pese con mayor eficacia sobre los poderes públicos". Poco después, en efecto, El Liberal exponía ampliamente "Los derechos de España" en su primera página (37). El otro cauce de agitación comúnmente utilizado, las exposiciones al gobierno, también es propuesto, naturalmente, en estos primeros instantes de crispación. Pero la solicitud de envío de fuerzas militares suficientes, desde Filipinas, queda subsumida en los razonamientos costianos a otro argumento -con mayor amplitud expuesto-, incapaz de concertar las opiniones en una sola dirección y, una vez más, de neta estirpe librecambista. Así como principal antídoto a las ambiciones alemanas propone Costa se conceda a Inglaterra, "siquiera sea provisionalmente, mientras se reanudan y terminan las negociaciones, la segunda columna del arancel de aduanas, visto que el establecimiento de la primera no favorece en nada a nuestros fabricantes y -representa en cambio un monopolio indirecto a favor de Alemania. Con esto -presigue- castigaré (el gobierno español) a Alemania, que nos vende mucho más que nos compra; hará justicia a Inglaterra, que nos compra mucho más que nos vende; impondrá respeto a la primera para lo

sucesivo; se granjeará el apoyo de la segunda, en esa misma cuestión de las Carolinas; y, por añadidura, hará más activo el comercio de exportación a la Gran Bretaña y fomentará la riqueza del país, cuyo desenvolvimiento tan necesario nos es para adquirir la fortaleza que nos falta y el poder de prevenir o de castigar con la fuerza a tentados de esta naturaleza".

Es precisamente esta profunda coherencia con planteamientos -- largamente madurados la que --creo-- hacen que no sea Costa, ni mucho menos, la voz más potente y desgarrada en este asunto de Las Carolinas. Sorní, por ejemplo, se lamenta con mucha más fuerza del estado de decadencia en que España se ha precipitado, "cuando de tales agresiones se la puede hacer víctima". Merelo, por su parte, insiste en la urgencia de activar la protesta, con el objeto principal de "galvanizar la opinión, la cual se muestra unánime, sí, pero apática, falta de fé, y necesitada de acicate". Republicano progresista, no vacila Merelo en aconsejar la ruptura formal de relaciones con Alemania, sin esperar al mencionado envío de fuerzas filipinas a las pequeñas islas, fuerzas que --afirma-- "no existen" (38).

Interrumpida la discusión hasta un día más tarde, comienza entonces Federico Rubio (39) alertando a sus compañeros sobre una sospecha que no sólo él alberga: El objetivo final de Alemania --explica-- no --son Las Carolinas, sino Las Filipinas, lo que lleva también a Rubio a aconsejar la guerra --cuanto antes-- con la nación centroeuropea, "porque tenemos menos que perder; porque podemos practicar el corso; porque el imperio tiene dentro de su propia casa las complicaciones de --Francia y de Austria; porque le llevamos ventaja de ser una raza ---

compuesta de muchas..." Además, -y continúa así esa formulación orientada hacia la conciliación social en que no es descabellado percibir resabios nostálgicos de la épica africana de 1860-, hay que ir a la guerra con Alemania "porque España carece de ideales, y para acabar - su regeneración necesita uno, que sólo la guerra puede darle."

Ante el peligro de que la discusión se interne por derroteros poco controlables, el presidente de la Sociedad de Geografía Comercial, Francisco Coello, intenta canalizar las intervenciones, apoyando a -- Federico Rubio en su sospecha acerca del objetivo último perseguido -- por la Alemania bismarckiana, pero desautorizando su proposición de -- dirigirse al gobierno con aires beligerantes, aunque (y ello es enormemente significativo) sí está de acuerdo en emplear tintas bálicas para dirigirse al público, "en donde son de más seguro efecto". ---- Siempre de acuerdo con esta convocatoria popular, por ninguno de los presentes discutida, consideran sin embargo inútil la apelación a los poderes públicos dos de los convocados: Los republicanos Mera y Carvajal que, en una demostración práctica de su anclaje idealista, afirman: "Esos españoles (refiriéndose al Gobierno), ya saben lo que han de hacer para resolver el conflicto y sacar incólume la honra y el -- territorio de la nación; no hace falta que nosotros le tracemos líneas de conducta". Por diversas razones, Joaquín Costa opinará lo contrario: 1º) porque ha sido costumbre de la Sociedad dirigirse a los poderes públicos en forma de peticiones "definidas" y "concretas"; 2º) -- porque el gobierno necesita conocer "del modo más claro posible los -- puntos de vista parciales de todas las asociaciones y clases del país, a fin de poder concentrarlos en una resultante, y obrar de acuerdo -- con la opinión"; y 3º) porque es obligación "especialísima" de un --

centro dedicado específicamente "al estudio de las cuestiones geográfico-mercantiles y político-mercantiles", el asesorar al gobierno en dichas materias. Tras un puñado más de intervenciones, va a acordarse por fin una doble línea a seguir, aceptándose tanto la exposición al gobierno (de la que, significativamente, se encarga Carvajal, y que se proyecta lo más aséptica posible, "sin concretar peticiones") como el manifiesto dirigido a la opinión pública, que redactará el propio Costa (40).

La primera, respetuosa para con el gobierno y de aliento beligerante, a un tiempo, alude ante todo a la conculcación del derecho de gentes que se acaba de producir, vertebrándose en torno a formulaciones de una ética especial, en el fondo voluntariosamente optimista: - "A pesar del imperio que se ha arrogado la fuerza en los últimos tiempos, la Sociedad cree que contendrá su soberbia y moderará su engrandecimiento, y que, en esta ocasión, el derecho se abrirá paso por los caminos del derecho". La tónica general es muy distinta de aquellas --- otras exhortaciones vehemente; que ya conocemos: Hasta aquí, "La Sociedad -prosigue el escrito- ha callado por respeto a los fueros del Gobierno", pero ahora, "cuando las primeras gestiones del Gobierno han desvanecido estos honrados y patrióticos escrúpulos, acude presurosamente a decirle que mientras más resuelta y decidida sea su actitud, mejor responderá a lo que pide y espera la opinión pública". La retórica aquí esgrimida recuerda -y apenas es sorprendente- a aquella --- otra, huera y altisonante, que acompañó a la pérdida colonial trece años después (41): "A toda costa necesita España una reparación. El Gobierno cumplirá con su deber, exigiéndola sin dilaciones que nos --- irriten, sin miramientos que nos avergüencen, sin transacciones..."

El eclecticismo previsto en un principio se convierte aquí, por abundancia de sugerencias, en una amplísima libertad de acción otorgada al gobierno para lavar la mancha, siempre a través de procedimientos capaces de satisfacer el orgullo nacional: Ruptura diplomática, -cerse marítimo, interrupción de relaciones comerciales, y -con énfasis especial- "el arrojé de nuestros soldados, la pericia de nuestros marinos, la abnegación de nuestro pueblo, que entero sabe pelear y vencer porque sabe morir".

El "Manifiesto al País" redactado por Costa, es largo y convincente. También aquí la razón y la fuerza del derecho, lógicamente, son -conceptos ampliamente manejados y que comienzan enhebrando la exposición, porque estima el autor que "será tanto más viva la irritación -que cause en nuestro pueblo, y tanto mayor su ardimiento y el empeño que ponga en rechazarlo (el despojo), cuanto más cierto esté del derecho que le asiste, y más clara resulte la temeridad, el dolor o la mala fe del agresor". Además, importa que "Europa se coloque de parte nuestra", y es preciso que lo haga con la plena convicción de que se alinea al lado de la justicia, y hasta a la propia Alemania es preciso razonarle los motivos alegados, "a fin de abrirle camino decoroso para la reparación que pedimos". Un amplio abanico de razones, se explana así a lo largo de muchos párrafos, pero entre todas destaca ---por el interés que pone Costa en que así sea- la visceral "necesidad" para España de seguir siendo una potencia colonial: "No se obstina -en retenerlas -explica- por avaricia, no por antojo de hidalgo linaje, sino porque las considera como una condición necesaria de su existencia en lo futuro".

Y de este modo, el discurso se sitúa al mismo nivel del contenido germánico: "Si Alemania necesita colonias --y así lo había expresado como razón de peso sumo--, España las necesita también, y las necesitará más aún dentro de un plazo breve". El voluntarismo de Costa, dispuesto a arrastrar a la opinión hacia sus propias representaciones sobre lo que él desearía deviniese ya el porvenir nacional, --juega (quizá inconscientemente) con planos distintos de realidades -- cuando profusamente utiliza los términos "necesidad" y "necesitar". Y hasta se atreve a fabular sobre lo improbable: "Planteada la cuestión en el terreno de la lucha zoológica por la existencia, franqueados los linderos del derecho, no le conviene a España quedar en situación de tener que quitarle a Alemania, el día en que disponga de una escuadra fuerte, sus posesiones de Camarones, Nueva Guinea, Zanzíbar, u -- otras, autorizada por la teoría hobbesiana y darwinista del canciller alemán. Para no verse en la precisión de tomar a Alemania el día de mañana Las Carolinas, España opta porque Alemania no se las tome hoy a ella". Pero de esta firme decisión de no dejar de ser, es más, de -- ir increscendo como potencia colonial, unida --también para Costa-- a -- la profunda convicción de que el objetivo final es el archipiélago -- filipino, obliga a mirar resueltamente hacia adelante: "Si Bismarck -- tiene un plan preconcebido y se obstina en ir hasta el fin, no tendremos otro remedio que tomar las cosas como vengan", siempre en defensa de la razón y el derecho (42).

Pero todo ello --advierte Costa más de una vez--, dicho "fríamente y sin jactancia, sin sentir ningún desbordamiento de entusiasmo, casi casi sin mirar a la patria, más bien mirando sólo al derecho". Por --

elle se niega a propugnar "provocaciones por parte de España, ni directas ni indirectas; porque será, tanto más sostenida y eficaz, la simpatía con que apoyen nuestro derecho las potencias neutrales, cuanto -- más seria y decorosa sea nuestra actitud. No sustituyamos a las complacencias de ayer las arrogancias de ahora. Nada de exageraciones ni hervores chauvinistas; nada de expedir pasaportes, expulsar socios de -- las Academias, devolver cruces ni coronelías; déjense en su funda empolvadas las grandes frases del repertorio antiguo. La seriedad de la nación no consiente tales puerilidades y retóricas. Cuando se haya -- dado satisfacción al derecho hollado vendrá la hora de devolver el -- medallón de pelo y los retratos, afin de sellar el rompimiento. Por -- el momento, la actitud de España debe ser resuelta, sí, pero por le -- mismo severa; consistir en hechos y no en ruido, que es ruido lo que hacen los niños para divertir el miedo y los grandes para dar suelta a su desprecio. La raza alemana es raza intelectual por excelencia: -- Para dar a entender a Bismarck que España no es la sultanía de Zanzíbar ni el reino de Camarones; no precisar fiestas de pólvora ni actitudes trágico-románticas ni gritos tumultuarios".

Tampoco procede --en la formulación costiana-- la (desde varios -- ángulos) solicitada ruptura de relaciones comerciales con Alemania, -- porque -- argumenta-- "las represalias aduaneras tienen doble filo y -- hieren a quien las esgrime tanto como aquel a quien quiere castigarse con ellas"; muy por el contrario, vuelve a abogar Costa desde aquí -- por la mejora aduanera hacia Gran Bretaña, "modo y manera mucho más -- ventajoso", insiste, para castigar a Alemania, utilizando además -- "los mismos procedimientos que nos ha enseñado el canciller, cuando -- hace pocos meses haría por tabla a la agricultura austriaca, haciendo

nosotros de comparsas". Es importante, pues, dirigirse a Alemania -- "en forma de derecho y por el juego de las leyes naturales del comercio, no en forma airada y violenta, imposible de sostenerse mucho -- tiempo". Por último, y como conclusión formal del escrito, puede --- leerse allí: "España no tiene motivos para dolerse, sino para felicitarse de lo sucedido, porque merced a ese golpe, ha recobrado la conciencia perdida de la realidad. He aquí cómo España debe guardar relaciones cordiales con Alemania, pero nada más; amistad o enemistad no tienen nada que hacer entre dos potencias tan heterogéneas y tan apartadas una de otra. Su alianza no estaba abonada por la historia, ni por la geografía, ni por las atracciones de raza, ni por las sugerencias de interés". Por el momento, para quienes veían con horror aquel deslizamiento hacia las potencias centrales que, a pesar de -- todo, no tardará en consumarse, el peligro se hallaba temporalmente -- conjurado. La impopularidad de un país que hacía caso omiso de las -- especialmente duras condiciones históricas que atravesaba una potencia más débil (cólera, terremotos, inundaciones, incipiente crisis -- industrial, descenso de la renta de la tierra...), es más, que --al -- parecer-- confiaba en ellas para proceder a un expolio más rápido, -- alejaba por el momento el fantasma de una vinculación cuando menos -- sorprendente.

Pero la cohesión política y social que propiciaba la amenaza -- externa, aleja también, por el momento, temores de una múltiple explosión. Paradójicamente (al menos en apariencia), el republicano -- Carvajal, que tan respetuosamente se dirigiera al gobierno en su --- exposición, respira aliviado al depositar en sus manos la plena confianza de una salida airoso: "El Gobierno simboliza la patria --termi

naba su escrito-. Recoja del suelo la bandera nacional, clandestinamente ultrajada, y a su alrededor todos los españoles nos agruparemos sin distinción de motes políticos y alentados del amor que por igual nos enciende: El amor de la patria" (43). Fiero argumento éste, con tanta más justeza esgrimido cuando, dos días después, tiene lugar en Madrid la magna manifestación que sorprendió a propios y extraños. - El Liberal, cuyo aliento belicista había rebasado con mucho la tónica de lo discutido en la Geografía (44), prodiga comentarios entusiasmados: "Admirable, admirable, admirable", porque la manifestación a su entender, ha conseguido superar las barreras de clase y las ideologías políticas para aunar en un solo grito al país. El enemigo externo ha logrado despertar un nacionalismo adormilado, alineado "junto al brigadier del ejército, al obrero con su blusa azul; junto al título de Castilla al modesto tendero; junto al senador y el diputado, al estudiante y el dependiente de comercio; junto al rico industrial, al activo periodista; junto al anciano venerable, al fogoso adolescente; junto al literato, al terero; junto al achacoso inválido de las guerras civiles, al sacerdote que pronuncia patrióticas frases entre cortadas por la emoción".

También los partidismos políticos se han esfumado como por encanto ante la inminencia del peligro: "Los federales mezclados con los carlistas, los conservadores con los demócratas, los monárquicos con los republicanos, rivalizando todos en entusiasmo y dignidad" (45). Este ruidoso despertar del ya prolongado bostezo colectivo que la prensa había denostado con gusto en repetidas ocasiones, encierra en sí mismo el germen del apaciguamiento posterior. El periódico demócrata, en los días que siguen, vá siempre por delante de las exigencias

bélicas de la Geográfica. El Liberal ha caído también en la cuenta -- del carácter de tanteo que encierra la agresión presente, mínima porción visible de este intento alemán por "adquirir colonias para tener en ellas un mercado seguro y exclusivo que dé vida a su comercio y -- salida a su producción" (46). Y por ello impregna de maximalismo su -- opinión: Contra los rumores de arbitraje, la negativa más rotunda, -- porque el mero hecho de aceptarlo --publica el 26 de agosto-- supondría un cuestionamiento de la soberanía española sobre el territorio carolino "imposible de aceptar como punto de partida". De pronto lo que -- el diario considerara resuelta actitud inicial del gobierno de Cánovas, parece virar en el breve plazo de unos días hacia la "tregua" y la "prudencia", recomendadas en virtud de una hipotética "confianza -- hacia la amistad de Alemania" (47), de cuya viabilidad no es el único en desconfiar el periódico madrileño.

También la Geográfica, se alarma ante la posibilidad, que hará -- pública ese mismo día el ministerial La Epoca, de concertar un pacto con Alemania, semejante al protocolo firmado para Joló en 1877 (48). Y por ello, coincidiendo con la sesión ordinaria fijada para el día 27, pronuncia Francisco Coello, bajo la presidencia del general Rodríguez Arroquia, un amplio discurso que trata de atar cabos y puntualizar al máximo (49). Por entonces estaban siendo ampliamente difundidos en la prensa de talante liberal, los trabajos de Vicente Romero Girón, inicialmente publicados en la Revista de los Tribunales sobre "La colonización alemana", (50) en donde al autor clamaba también en contra de esos vínculos de amistad y acercamiento a una potencia, por muchas razones alejadas, que se iban imponiendo a la nación más o menos sensiblemente. Si Romero Girón va a preocuparse esencialmente de las

razones de índole interna que impelen a Alemania a volcarse hacia el exterior, Coello valora más bien los aspectos ético-jurídicos de este despertar colonial en relación con el momento concreto y los títulos de España sobre Las Carolinas.

Algo le hacía temer —relata ahora a sus compañeros de la Geográfica— actitudes como ésta: "No he sido ciertamente de los entusiastas por los resultados de la Conferencia de Berlín, y me parece que lo —dí a conocer bastante en todo lo que aquí dije hace dos meses y medio. Cubriendolos con el manto de algunas ideas de civilización, de progreso y de libertad de comercio, se cometieron entonces no pocos atentados a los derechos de los indígenas y de las naciones menos fuertes respetando bien poco a la misma Geografía y estableciendo un estado —de cosas, muy utópico a mi juicio y de inseguro porvenir". Y por eso ahora, en que "ha querido excusarse es acto de las Carolinas fundándose en los acuerdos de la Conferencia de Berlín (...) es este un error que no puede sostenerse, (porque) las decisiones de aquella se refieren exclusivamente al continente africano, y en realidad, sólo —deberían tener valor para las costas occidentales de Africa, porque —los representantes de las diversas naciones llevaron poderes ilimitados para tratar de dichas costas y de la libertad de comercio y navegación en las cuencas del Congo y del Níger (...) De modo que España, dueña desde la época del descubrimiento de las islas Carolinas, ni —aún tiene necesidad de establecerse en ellas para sostener su dominación".

Por otra parte, si bien es verdad que "España no ha ocupado en —los primeros tiempos ni cobrado tributos en todo el vasto archipiélago

filipino, y solamente en los últimos años ha extendido su ocupación a varias islas o trozos importantes de otras en la parte del Sur (...), nadie ha dudado por ello de nuestro derecho a esos territorios". Y el derecho surge -afirma Coello- incontrastable de toda la documentación original que paciente y prolongadamente lleva examinando al respecto el coronel de ingenieros, desde que en 1852 publicara su mapa de las Carolinas. "Ante la Alemania -pues- debemos exponer solamente nuestra inquebrantable resolución de conservar lo que poseemos, ya que ella -no puede presentar más razón que la de la fuerza. Sin embargo, bueno es que las demás naciones conozcan los hechos en que nos fundamos, y que los conozcamos nosotros mismos". Y sobre todo, que sea capaz el -país de imprimir un giro radical a su tradicional apatía respecto a -las cuestiones exteriores; a pesar de una continua gestión en este --sentido, se lamenta Coello, "muy poco hemos conseguido", y sin embargo "cuántos males se hubieran evitado de habernos atendido".

Pero como no es hora de lamentaciones y sí de una acción lo más profunda y coordinada posible -se reconoce-, un nuevo escrito dirigido al presidente del consejo de ministros, y suscrito por Fernandez Duro y Martín Ferreiro (como principales responsables, en aquel momento, -de la Sociedad), recuerda al gabinete (a 2 de septiembre) los viejos títulos de propiedad que España debe ostentar frente a la agresión --alemana. Pero también le alerta sobre los nuevos peligros: "La Sociedad Geográfica de Madrid, que sigue atentamente los pasos del extranjero y observa sus exploraciones, a las veces más preñadas de miras -políticas que guiadas por el amor a las ciencias naturales, a de prevenir a V.E. en esta ocasión, recordándole que pudo el alemán asestar el arma, dirigiendo la puntería a las Carolinas, para dar luego en el

blanco de Fernando Poo y, lo que es más peligroso, de Mindanao, a través de premeditadas y sucesivas complicaciones; que ya se perciben, ha tiempo, susurros de ciertas dudas que aparentan abrigar sobre la completa ocupación de esta isla importantísima por fuerzas españolas, dudas que gráficamente estampan los mapas alemanes modernos, dejando sin cubrir con el color de España ciertas porciones de sus costas, cometiendo con ello insigne falsedad y notoria injusticia; que es absolutamente indispensable multiplicar allí los puestos militares y extender nuestra vigilancia al Mediodía y al Oriente, para no dar el más ligero pretexto a la ambición del poderoso, ni dejar el más leve resquicio a la hipócrita duda del artero diplomático"... (51)

En el centro de toda argumentación de estos días, el recuerdo deleroso de un Portugal hermano y también acechado, y hasta la nostalgia librecambista de unas más fluidas relaciones comerciales con Inglaterra: la nefasta aproximación a Alemania —insiste El Liberal una vez tras otra— ha sido en definitiva la causa de la suspensión de negociaciones sobre el tan debatido modus-vivendi, "atrayéndonos, cuando no el menosprecio, la indiferencia de esa nación" (52). O también la presencia renovada del molesto resultado de aquel viaje del rey a Alemania, dos años atrás (53). Todo son crispaciones y temores ante una actuación diplomática cuyo pragmatismo se atreven algunos a calificar de "desengaño" (54). Poco a poco, la imagen ante el mundo de un gobierno "totalmente sumergido bajo la corriente incontrastable de la voluntad nacional" (55), es empañada violentamente por la recién decretada censura de prensa, a principios de septiembre, bajo pretexto de que —órganos de expresión demasiado belicistas —como el ligado a López — Domínguez El Resumen—habían pulsado con demasiada fuerza las cuerdas

del sentimiento nacional (56).

En lo que él denominaba "la hora solemne de las grandes resoluciones", se pronunciaba El Resumen, a cinco de septiembre, incondicionalmente a favor del conflicto armado: "No hay español -había dicho-, no merece serlo, el que con el rostro abofeteado por extranjeras manos, se detenga a pesar y medir en su ánimo la diversidad de las fuerzas y las ventajas del que le ofende. Excusas son esas de la cobardía, y ya no estamos en hora de seguir ni oír a los cobardes". Por ello, prosigue, si hasta ayer mismo se clamaba "Las Carolinas o la guerra", hoy debe ser el grito de "La guerra, con las Carolinas o sin ellas" el que pronuncie el pueblo español. "La guerra -es su argumentación final- no como una esperanza, sino como un sacrificio impuesto peligrosamente por aquellos sentimientos que no razonan ni discuten, pero a cuyos mandatos está subordinada la vida en los hombres y en los pueblos. La guerra, no por el triunfo, sino por el honor. Aunque signifique una gran locura, aunque represente para nosotros el suicidio. No nos queda otro partido y hay que tomarlo como quiera que sea: como locos o como mártires". De nuevo, en el fondo de toda esta defensa a ultranza de intereses sectoriales, campea el aglutinador antirrevolucionario de la manida "unidad nacional": Ante la imagen de la patria ultrajada no puede haber en España más que Españoles", de modo que -- "monarquía, república, rivalidades dinásticas, competencias de partido, que en los días de calma parecieron intereses legítimos, y como -- legítimos crearon líneas divisorias entre nosotros, no son más que -- pequeñeces y miserias que deben aguardar escondidas la vuelta de otros tiempos, para que ahora no anublen con sus nombres nuestro espíritu, ni debiliten con su peso nuestros brazos" (57).

El ejército, su respuesta a la coyuntura del 85, merece un papel mucho más importante en la historiografía de los años ochenta del que se le ha otorgado hasta hoy. No hay que olvidar que, dos años atrás, la Acción Republicana Militar había dado serios quebraderos de cabeza a los gobiernos, y que la amenaza del pronunciamiento planeaba constantemente sobre los detentadores inmediatos del poder (58). Pero no se trata sólo de esto: quedan por articular suficientemente los movimientos sociales, las tensiones a diferentes niveles de la estratificación española que caracterizan el reconocido recrudecimiento de la lucha de clases en torno a los ochenta. No es casual la proximidad cronológica (no por supuesto del suceso diplomático en sí, sino del giro propagandístico y belicista que se le imprimió) entre Las Carolinas y la agitación campesina revolucionaria que acompaña a una crisis de subsistencia anterior, en algunas zonas (59); como no puede serlo tampoco la casi coincidencia con el malestar burgués que cristaliza en el "Memorial de greuges" (60), o con las hipostasias rebeldías estudiantiles en apoyo del rector republicano Merayta (61)... La sociedad española se debatía en una lucha de reajustes económicos y sociales que, inevitablemente, incidía con fuerza sobre la instancia política. Es aquí donde la relación es más evidente, más palpable, y no vamos a ser los primeros en subrayarla.

El gobierno de Cánovas llega al agosto de Las Carolinas visiblemente gastado por las repercusiones sociopolíticas de la crisis epidémica que abate al país. Determinados sectores sociales ligados al comercio y al librecambio en la capital madrileña, se oponen firmemente a la declaración oficial de la epidemia de cólera (62), y Sagasta y -

el partido liberal hacen suya esta postura. El Parlamento vá a ser -- escenario de enfrentamientos de dimensiones y agresividad no frecuentes, de los que salió muy mermado el inconcebible prestigio político de un Romero Robledo, y que acabarían por provocar un motín popular -- el 20 de junio. El comportamiento real, tendente al acercamiento a -- los afectados, trae consigo amenazas de dimisión por parte del reticente presidente del gobierno, quien saldrá triunfante a pesar de --- todo el forcejeo. Crisis política, problemas económicos y sociales de envergadura en los que el cólera es sólo un agravante; deterioro, en fin, del gabinete que cumple sus labores en el turno pacífico. Sin -- embargo, sólo Romero Robledo habrá de abandonarlo, en definitiva, y -- la tensión, aunque relajada, prosigue a lo largo de todo el verano de 1885. Cuando tiene lugar la sorpresa diplomática propiciada por el -- canciller alemán, es seguro que el jefe del partido conservador pudo respirar aliviado: Nunca estaría seguramente entre sus planes llevar a España a una guerra con Alemania, y así lo demostró después contra la corriente belicista que se desbordó en el país, pero sí sabía bien --y quizá no fuera sólo una intuición-- de ese papel fundamental que -- cualquier acción exterior juega en el telar de Penélope de la armonía social.

Enseguida comenzaría a ver la luz pública parte de la correspondencia diplomática cruzada entre el príncipe de Bismarck y el ministro de Estado Elduayen (66), reproducciones y glosas de lo publicado -- en la prensa europea (The Times, Le Figaro, Le Siècle...), (67) con -- otros más o menos ingeniosos argumentos, que recogían "nuevos títulos de derecho" (fundamentalmente, la acreditación histórica del protecto rado y la efectiva jurisdicción de marina) (68). Pero ya, a principios

de septiembre, y en virtud de los antecedentes conocidos hasta aquí, no todos los españoles opinan lo mismo.

Por ejemplo, Segismundo Moret, presidente a la sazón de la Sociedad Geográfica, se pronuncia —en los salones del Círculo Demócrata-Monárquico— en desacuerdo "con la mayoría", tras lo "visto, leído y juzgado (fuera de España) con una porción de datos que aquí no son conocidos, y que dan a la cuestión otro aspecto". Resumiendo, esos datos revelan una vieja y constante insistencia diplomática por parte de —Alemania junto a los gobiernos españoles acerca de una manifiesta voluntad de instalarse en Las Carolinas, por no estimar a aquellas ocupadas, y sin que España levantara jamás la menor protesta. El propio parlamento alemán había desarrollado el asunto el invierno pasado, —dando amplia publicidad —más allá de sus fronteras— a aquellas intenciones. Por último, y también a lo largo del invierno, Alemania e Inglaterra firmaban un protocolo en el que se enumeraban las islas del Pacífico desocupadas: Entre ellas, se encontraban las Carolinas, Palao y Marshall. Sabedora de todo ello, Europa entera había enfecado ahora la cuestión como materia de arbitraje.

Y únicamente también por vía diplomática piensa Moret (69) que —debe solucionarse el litigio, apostando por la mayor flexibilidad que proporcionaría —opina rutinariamente— un cambio reglamentario de gabinete, y por supuesto, salvando a toda costa la tutela monárquica, ——"única fuerza en estos momentos que puede mantener íntegro nuestro —territorio, porque Alemania, que representa el elemento monárquico, —no puede atacarnos". Entretanto, y en los ya mencionados artículos de Romero Girón, comienza a defenderse la intervención pontificia en el

reparto de las tierras no ocupadas (recuerdo de tiempos gloriosos en la memoria española) "como un hecho respetado, del que arrancaron es tados posesorios, y del cual se originaron derechos".

A nivel de la acción de masas, la orientación seguía siendo, por el contrario, fundamentalmente belicosa. El 16 de septiembre, por --- ejemplo, la guerra es reclamada "por la indignación popular", ante la embajada de Alemania en Madrid (70); en tanto que, en provincias, y a lo largo de todo el mes, continúan con fuerza las manifestaciones popu lares iniciadas a finales de agosto: "Concurrídisimas y solemnes -pue de leerse en la Revista de Geografía Comercial- en Valladolid, Badajoz, Alicante, Vitoria, Santiago, Burgos, Orihuela, Talavera, Santo Domin- go de la Calzada, Linares, Villafranca del Bierzo, Gijón, Tarragona, Lorca, Alcira, Manresa, La Unión, Daimiel, Granada, Zamora, Figueras, Vendrell, Puigcerdá, Calatayud, Vivero, Trujillo, Montoro, Ronda, Al- bacete, Gandía, Játiva, Mondoñedo, Alumbres, Alcampiel, Rosales, Alma- gro, Pontevedra, Palencia, Laredo, Pamplona, Huelva, Alcoy, Elche, -- Lérida, Manzanares, Don Benito, Ciudad Rodrigo, Alcalá la Real, Mála- ga, Almería, Almadén, Las Palmas, Cuenca, Toro, Oña, Santander, Torre- lavega, Vega de Ribadeo, La Habana, Huesca, Monzón, Barbaastro, etc." (71).

Corre de boca en boca que buen número de emigrados políticos an- da por esos días presentándose en los consulados españoles y ofrecién- dose para el caso de que la guerra estalle. Y de todos es conocido -- que la Compañía Trasatlántica, el marqués de Campo y la naviera Hay- nes e Hijos, de Cádiz, ponían a disposición del gobierno sus escua- dras de vapores mercantes (72), en tanto que la Asociación de la Ma-

rina Marcante de Barcelona se ofrecía también para armar buques en -- corso o vigilar las costas de los dominios españoles. De cualquier -- punto de la península, por vía de ayuntamientos, diputaciones, sociedades económicas o cualquier otra, llegaban constantes ofrecimientos de hombres y dinero para la guerra... Sin embargo, el nutrido sector de estos voluntariosos patriotas que contaban con el conflicto en las colonias como fuente de enriquecimiento privado (caso claro en las -- navieras y organizadores de la redención de quintas (73), iba a verse obligado a aguardar pacientemente --diez años todavía-- a que otro de -- los focos del capital en expansión decidiera por fin dar el zarpazo -- sobre las Antillas.

Mientras tanto, Madrid, Zaragoza, Barcelona, Valencia y Sevilla eran escenario de unánimes y ruidosas protestas, abocadas en ocasiones hasta el límite de las fricciones diplomáticas (74). Un triunfalista aire épico, fomentado por la prensa exaltada, soplaban hacia Europa como testimonio del despertar nacional, hasta el punto de que el inglés Daily News recurre una vez más a los tópicos románticos de cuño anglosajón para informar a sus lectores sobre el estado de la opinión en España: "Haciendo justicia a los españoles --escribe a principios -- de septiembre-- preciso es confesar que jamás se han detenido a calcular los riesgos cuando han creído que tenían una ofensa que vengar. -- Tal vez parezca el colmo del absurdo que una nación tan débil, desorganizada y dividida como España, piense en medir sus armas con el --- victorioso César, con la imperial Alemania. Pero los españoles no se amedrantaron ante Napoleón el Grande ni pudieron ser subyugados por sus legiones; y el temple nacional parece haber perdido en lo más mí-

nimo su carácter valeroso desde los días de la defensa de Zaragoza. - Por lo que puede juzgarse, parece en realidad que la gran mayoría de los españoles están completamente dispuestos a arrostrar los azares - de la guerra con Alemania, antes que tolerar que sus reivindicaciones sobre las Carolinas sean atropelladas por los hombres de Estado alemanes. Una política guerrera, resuelta o aun provocativa, sería probablemente popular todavía en España. Hay algo digno de admiración en - el espíritu con que el pueblo español ha contestado a lo que cree ser un insulto intencionado de parte de Alemania. No es un espíritu sabio ni juicioso: puede conducir a resultados lamentables para España; pero hay algo que evoca memorias caballerescas de la antigua Castilla. Es admirable el valor que arrostra cualquier peligro y que desafía la desgracia antes que someterse a lo que cree ser una humillación nacional. Ese es indudablemente el espíritu que más de una vez sostuvo a - España en desastres que parecían irremediables" (75). El texto traído a colación en su momento oportuno, y elegido entre otros muchos, venía a reforzar las líneas generales de la propaganda colonial orquestada en torno al problema.

A nivel económico, las repercusiones incidentales del asunto --- apuntan hacia una mayor orientación momentánea del comercio exterior en dirección a Francia e Inglaterra, en detrimento del imperio alemán con el cual había propuesto el Círculo de la Unión Mercantil madrileña una ruptura total, que fué bien acogida en principio por una parte de los exportadores (76). Ello suponía una cierta alarma para el futuro de las transacciones, recibida con recelo en los círculos alemanes interesados: la leve polvareda que se levantó, basta al pensamiento -

colonial de nuevo cuño para expresar satisfecho: "El comercio español se ha revelado por primera vez como un factor de excepcional importancia en el juego de la política exterior de España; y la consecuencia inmediata de su valiosa y espontánea intervención en el conflicto presente habrá de ser, por necesidad, un cambio profundo en nuestra política comercial" (77).

Por otra parte, el momento crítico de las Carolinas sirve de catalizador coyuntural para el leve movimiento en favor de una ampliación de las fuerzas navales que venía produciéndose desde unos pocos años atrás. Sin embargo, lo espontáneo de su concreción determina en última instancia --y ante la urgencia que imponía el caso--, la elección de iniciativa privada por encima de la gestión oficial: en --- cualquier puerto quedaron abiertas listas de suscriptores, bajo el --- patrocinio de asociaciones diversas y destinadas en suma a la adquisición o construcción de vapores de guerra, bautizados ya en ocasiones antes de convertirse en realidad. Así, la Sociedad Económica de Sevilla había propiciado la adquisición de uno nominado "Andalucía", en tanto que el Centro Mercantil e Industrial de Valladolid pensaba ya en el "Castilla"; ayuntamiento, cabildo, comercio y contribuyentes de Burgo de Osma se inclinaban por el "Soria", y Lo Rat Penat se dirigía a círculos de su incumbencia (políticos, periodísticos, artísticos y mercantiles) para atraerlos a la financiación del "Valencia"; Santander hablaba de "El Montañés", Zaragoza del "Aragón", un grupo de militares madrileños (los agrupados en el Centro del Ejército y la Armada), de un torpedero bautizado "Ejército", en tanto que el periódico madrileño El Liberal encabezaba con 2.500 pesetas una suscripción con destino al apodado "Patria"... Dispersión de esfuer-

zos y objetivos que, a pesar de proceder de focos múltiples, no iban a llegar sin duda a iluminar el conjunto: la Liga de Contribuyentes de Málaga fué una de las más activas convocantes en un primer momento, si bien Sevilla contó al parecer con una participación económica y social más amplia (el Círculo de Labradores había aportado -a media dos de septiembre; unas 7.500 pesetas, el Círculo Mercantil, 2.500, el Casino Militar 5.000.

Desde la organización del mítin, como en Ciudad Rodrigo, hasta la más frecuente fórmula de la junta patriótica que controle los fondos, como en Córdoba y Orán, toda una gama de acciones en torno a la recaudación se diseminan por la geografía española. La suscripción - promovida por El Liberal -no tan famosa como la organizada años después para la guerra cubana por su colega El Imparcial- recoge jubilosamente las aportaciones de "muchos particulares, pintores, industriales, militares, empleados en líneas férreas, operarios de fábricas, dependientes de comercio, etc., además de empresarios de teatro, actores y aficionados de Madrid y provincias, con el producto de conciertos, funciones dramáticas; etc., y de músicos, publicistas y fabricantes, con cuadros, libros, composiciones musicales, productos escutóricos, artículos de comercio, etc., que han de ser realizados por rifa o de otro modo" (78). Otros periódicos de provincias deciden seguir su ejemplo, en tanto que la industria y el comercio barceloneses se aprestan a costear un sistema de defensa eficaz para el puerto de Barcelona. El capital valenciano, generosamente, ofrece al gobierno el adelanto de un año de contribución con destino al aumento de la marina de guerra, siendo así casi el único que estimó más - conveniente colaborar con el Estado que fiarse a la dispersa acción

de los particulares. Estos, por su parte, no acababan de conseguir -- volúmenes aplastantes de capital: se hablaba, eso sí, de que un tal Marañón, capitalista sevillano, se había ofrecido para costear un -- crucero de primera clase, valorado en 50 millones de reales, o de que "un comerciante de la Habana" había puesto a disposición del gobierno en nombre de sus compañeros del Casino Español, la suma de 10 millones de reales para gastos de marina militar. Pero todo ello hubiera quedado a nivel de meros proyectos, a no ser porque la lista de los militares, la destinada al cañonero "Ejército", alcanzaba ya los --- 35.000 duros. "Fuera de esto --se contenta la Revista Geográfica Comercial con comentar-- (el resto de las suscripciones) tienen importancia como síntoma, como revelación de un estado de la opinión pública, más que por las cantidades pecuniarias que puedan producir, -- las cuales no han de llegar a cubrir, ni con mucho, el presupuesto -- necesario para los buques proyectados" (79).

Evidentemente, también el propio gobierno había pensado en la -- puesta al día (siquiera mínima) de sus fuerzas de marina, en tanto -- tenía lugar la debatida reorganización de la potencia naval española que, precisamente, ese mismo año había merecido la atención del Parlamento (80). El 18 de septiembre, por fin, acordó adquirir, con --- cargo al presupuesto ordinario, dos acorazados del denominado "tipo Esmeralda" (3.600 toneladas de desplazamiento, 7.500 caballos de vapor, y un andar de 18 millas), que por entonces se hallaban en construcción, todavía, en los astilleros ingleses de la casa Armstrong, además de algún otro buque más pequeño que podría obtenerse de otra casa constructora. Con vistas a su adquisición habían salido de Espa

ña, comisionados, el general de la armada Juan Bautista Topete y el antiguo apoderado del marqués de Campo, Villaamil. Pero según se apacigua la marea, y conforme se disipan las posibilidades de un conflicto abierto, las instrucciones a los encargados de compras destacados en Londres varían de algo, hasta decidir, finalmente, que en su lugar habrían de construirse, en los propios artilleros españoles, y mediante previo concurso, tres cruceros de guerra.

En general, desde la guerra de Africa acá, nada había conmovido hasta tal punto los sentimientos nacionales de los españoles como lo haría la cuestión carolina (81). La terrible guerra larga cubana, no había sido recibida en general (como tampoco lo será más tarde, hasta la concreción formal de la vieja amenaza yanki) conciencia de agresión ni arañazos a la soberanía nacional, sino algo distinto, como una mezcla de insubordinación racial y enfrentamiento de clases, que afectaba al conjunto político del país. Ahora, el enemigo exterior en cerraba momentáneamente en un paréntesis de espera todo tipo de tensiones y conflictos internos, desde los puramente políticos o sobre el ámbito de la gestión estatal, (82) hasta los más ampliamente producidos por una lucha de clases acelerada al paso del crecimiento del capital. En este sentido, la canalización hacia fuera de la ebullición interna, la momentánea paralización del pulso social cotidiano, supone en verdad un respiro de alivio para los conductores de la nación.

Pero ¿en qué medida esta alteración colectiva repercute sobre la opinión del país, predisponiéndolo a favor o en contra de una incorporación más rápida a la carrera colonial? ¿Se produce, o no se produce una especie de puesta a punto de los mecanismos ideológicos del impe-

rialismo todavía chirriantes, capaz en suma de arrastrar hacia una "normalización" inmediata del proceso español junto a los de la mayoría de los países europeos? Tratándose de una actividad todavía reducida a círculos más bien estrechos, ¿cuál es la reacción de los grupos y fracciones sociales, en potencia afectados por una problemática recién eludida (pero recurrente) hacia las atenciones coloniales en un sentido amplio? En las páginas que siguen, voy a tratar de responder a estas preguntas por lo que hace a la realidad más inmediata. De momento, puede servir de indicador parcial el hecho de que Emilio Castelar, al abrir el curso 1885-86 en los salones del Círculo de la Unión Mercantil, en Madrid, se lanzaba decididamente en contra de — "aquellas escuelas que niegan la necesidad de las colonias y que condenan como una utopía el deber de los pueblos superiores de civilizar y educar a los pueblos inferiores". Muy por el contrario, cree Castelar firmemente "que las grandes razas, que las grandes naciones, que las sociedades que han llegado a la cúspide de la civilización y de la cultura, necesitan distribuir estos beneficios entre las sociedades inferiores, y que no hay otro medio de realizarlo que aplicar el régimen colonial". Si embargo, su profundo antigermanismo le hace distinguir entre "razas colonizadoras" y "razas continentales", y entre esas últimas sitúa a Alemania, incapaz de "ser colonizadora" a lo largo de la historia. Por ello concluye: "¿Quién puede competir con nosotros en materia de colonización? (...) Menos que nadie la raza germánica" (83). Por el momento, Castelar no tendría que rectificar su — ideologizado aserto: el protocolo firmado en Roma a 17 de diciembre — de 1885, conservaría aún para España, la titularidad de las islas — Carolinas (84), prolongando así esa agonía sincopada de "la raza española" en la redistribución imperialista de espacio.

(3) COLONIALISMO PORTUGUÉS Y COLONIALISMO ESPAÑOL:

LOS VIAJEROS CAPELO E IVENS EN MADRID.

Al día siguiente del protocolo de las Carolinas, el país puede descansar tranquilo. El peligro de conflicto internacional ha pasado por el momento, y ello enorgullece a los artífices de la paz. Pronto sin embargo, van a desencadenarse las interminables secuelas de una crisis polivalente, momentáneamente congelada, que el fallecimiento de Alfonso XII parece elevar a categorías de duelo, tanto más triste cuanto que viene inmediatamente tras una explosión de entusiasmo. --- Pero para la voluntad colonial española, la cuestión de las Carolinas había sido más un aviso morigerado que una prueba de fuerza satisfactoriamente superada. Por ello, y en lugar de entregarse a alharacas triunfalistas, los órganos pensantes del africanismo incipiente habían procurado proseguir contra viento y marea su dedicación específica a la implantación y consolidación de la presencia española en las áreas recién ocupadas, en tanto que, difusamente, el gusto ambiguo por la empresa colonial comenzaba a perfilarse en el contexto cultural español (85).

Junto al viento africanista, sopla también en España, por aquellos días, la brisa estimulante del ejemplo portugués, capaz de hacer concebir esperanzas por su relativamente airosa salida de la Conferencia de Berlín. La llegada a Madrid, en el mismo otoño de 1885, de los míticos viajeros portugueses Capelo e Ivens, iba a completar esta imagen de optimismo. Examinaremos a continuación y brevemente, las repercusiones inmediatas del acontecer portugués en nuestro suelo, feliz coadyuvante psicológico a la tensión colectiva mantenida durante aquellos meses.

A finales de junio, el ministro de Marina portugués daba cuenta

a la Cámara baja de que, según un telegrama fechado en Mozambique pocos días atrás, aquellos dos viajeros habían concluido felizmente su expedición al centro de Africa, por la región de los grandes Lagos y trazando lo que -se consideraba- habría de devenir el futuro camino comercial entre las provincias portuguesas de Angola y Mozambique (86). La vibrante reacción de la prensa portuguesa halla eco y correspondencia acogedora en su homónima española, en un contexto mixto de renovada apreciación de la evolución histórica del país vecino y de "creciente atención (...) a las cuestiones geográficas" (87). Es evidente el interés, per se, de cualquier modelo colonial en la transición imperialista pero si hubiera que establecer preminencias o gradaciones, también es claro que el caso portugués se sitúa sin dificultad en una posición relevante, por ese carácter de "imperialismo reflejo" con que ha diseñado Perry Anderson su dependencia estricta del imperio inglés (88). En este orden de cosas, cualquier reajuste en los mecanismos de acoplamiento (situación de Portugal tras la Conferencia de Berlín, crisis del Ultimatum, etc.) va a ser recibida por los propagandistas del colonialismo español como ofensa propia y amenaza acechante. Por eso, -y como ocurría a propósito de las recientes adquisiciones territoriales españolas- la incorporación de nuevos terrenos a la ocupación efectiva de otros de dudosa propiedad, es saludada con euforia por africanistas y colonistas en general. A la vuelta de Capello e Ivens a su patria, ---señala El Día-, "añade (Portugal) a sus antiguos derechos el derecho moderno, que da con justicia la supremacía en los territorios no civilizados a quien los descubre, estudia, reconoce, explora y pone en comunicación con la humanidad" (89). Por otra parte, la efusiva acogida popular dispensada a los viajeros al volver a Lisboa, se sitúa a nive

les de tensión semejantes a la actitud manifestada en España ante el -
 affaire carolino. A la Revista de Geografía Comercial le parece fácil -
 hallar "analogía de sustancia entre estos dos sucesos", y se congratula
 reproduciendo ampliamente la crónica de la recepción oficial de los via-
 jeros portugueses (90), por ver a un tiempo si ello crea deseos de emu-
 lación en la clase política española. De hecho el gobierno español con-
 decora con sendas cruces a Hermenegildo Capelo y Roberto Ivens, en tan-
 to que se creaba en Madrid una comisión mixta de representantes del ---
Ateneo, la Geográfica, el Círculo de la Unión Mercantil, el Centro Mili-
tar y la Económica Matritense con el objeto de invitar a los explorade-
 res portugueses a trasladarse a Madrid para ser homenajeados pública y
 solemnemente (91).

El 23 de octubre llegaban a Madrid Capelo e Ivens, en pleno impasse
 de la cuestión de las Carolinas. Torres Campos y Ferreiro se habían en-
 cargado de organizar los preparativos, disponiendo que en Talavera reci-
 bieran a los huéspedes representaciones de ambas sociedades geográficas
 el director de la Compañía de Ferrocarriles de Madrid a Cáceres y Portu-
gal y dos redactores de El Liberal y El Progreso. Todos ello serán ace-
 gidos después, en la estación de Delicias, por Moret, Núñez de Arce, el
 conde de Morphy, Costa, los organizadores de la visita y numeroso públi-
 co. Un día más tarde celebraba la Sociedad Geográfica una sesión extra-
 ordinaria, en la sede de la Academia de la Historia, en honor de los --
 viajeros, con representación oficial y explícito consentimiento del go-
 bierno. Allí fueron relatadas las andanzas y experiencias de los portu-
 gueses en Africa, logrando despertar entre el auditorio un entusiasmo -
 sólo sobrepasado un día después, cuando en el Teatro de la Alhambra ---
 tiene lugar un lucido mitín en su honor, que presidió el propio Moret,

también por entonces presidente del Ateneo. Asistieron al mítin cumplidas representaciones de "todas las corporaciones y sociedades científicas y literarias", sin que faltaran, por supuesto, ni la Institución -- Libre de Enseñanza ni el Ateneo. En las palabras de Moret queda bien -- patente, todavía a finales de 1885, la dificultad intrínseca de la clase política española para hacerse con la visión funcional de la empresa de reparto del territorio que se estaba acometiendo a escala mundial, y -- como corolario-- la justificación a posteriori del nexo (complejo y evolutivo) entre capital y colonias: "La apertura de un mercado tan vasto como éste crea a Portugal, y aun a España, la necesidad de transformarse en centro activo de producción industrial". Ello después de haber afirmado, lleno de una retórica nunca olvidada: "la idea que ha engendrado el viaje de nuestros ilustres huéspedes constituye la aspiración del -- reino de Portugal, a la médula de sus huesos, la vibración de su pensamiento, el átomo que circula por las venas de todo portugués" (92).

El inevitable discurso del Costa africanista, por el contrario, -- aparece lleno de sugerencias. De entrada, coincide con gran parte del -- movimiento colonial español en considerar las "consecuencias prácticas (que) para la política exterior y colonial de España" reviste el hecho que entonces conmemoraban; pero, pronto, toda una línea de interpretación ideológica de la historia de España (de porvenir desigual en el -- futuro, pero siempre presente) articula sus palabras: el destino de la raza española, orientado hacia Africa por composición etnológica y similitud de afanes e intereses, y vislumbrado con claridad por Isabel de Castilla, ha sido desviado radicalmente por sus descendientes, con --- consecuencias hasta el presente drámaticas: "Si España no reacciona ---

inmediatamente contra ese olvido de sus tradiciones y de sus intereses, si no limita a Portugal, nuestra raza no diré que sea absorbida y anulada del todo en lo futuro, porque está América para impedirlo, pero quedará en un estado de inferioridad irremediable respecto a la raza sajona, de la eslava y tal vez de alguna otra". Y, hablando de potencias coloniales, caso anómalo este de España entre las demás, porque sus posesiones miden una vez la extensión de la metrópoli" (93). Por el contrario, el resto de los países coloniales estaba mucho de remitir en sus conquistas o ralentizar su ritmo, sino que seguían sin pausa "con avidez ocupando nuevos territorios; y no porque los necesiten hoy advierte Costa penetrantemente- (94), (...) sino en previsión de los que necesitarán mañana, cuando no queden ya en el planeta tierras libres ocupables". Era ésta una lección --concluye así el orador-- que todavía estaba a tiempo de aprender España, ahora que los dos viajeros portugueses habían venido a "levantar en Madrid cátedra de geografía práctica, de geografía viva, de geografía militante" (95).

Desde el teatro, iban a pasar los agasajados huéspedes al palacio de la Opera, donde tendría lugar una "función en su obsequio", y donde hubo ocasión de charlar con el Ministro de la Guerra, el presidente del Consejo de Ministros y algún otro miembro del gabinete. Incluso teniendo los viajeros que abandonar apresuradamente la representación, sin concluir, porque en el Centro del Ejército y la Armada, a las 11,30 de la noche, se servía un "espléndido buffet", siempre en presencia de Morret. La prensa recogió con generosidad el paso de los portugueses por Madrid, en tanto que, al hilo de su presencia, vuelve a hablarse reiteradamente sobre Portugal y la Conferencia de Berlín, centrándose especialmente en la actitud que, en aquélla, manifestó nuestro país hacia la

víctima central de la magna convocatoria. Todos se hallan de acuerdo en que "España habría de estar al lado de Portugal y ofrecerle el humilde - apoyo que estuviera en su mano", aludiendo unos ² móviles de vecindad y - de raza; otros apuntando a la "conveniencia nacional". Entre ellos se - recuerda ahora la opinión de El Día, casi un año atrás: "A España le -- conviene que haya establecidas en Africa muchas naciones, y de ningún - modo que una o dos se apoderen de todo el continente", porque el reparto equilibrado -prosigue- habría de proporcionar un juego de fuerzas "en - el que podremos fiar nuestra propia seguridad" (96). Ahora sin embargo, y visto desde la perspectiva que dá la relativa distancia de los deba- tes y arreglos de pasillo en la Conferencia, aparece con claridad que - España no pudo hacer en realidad más de lo que hizo por su limítrofe -- Portugal, porque "nuestro voto pesa todavía poco en Europa".

Medio año más tarde, los colonialistas españoles tendrán ocasión - de reproducir estos gratos agasajos con los viajeros españoles. Manuel Iradier, Amado Ossorio y José Montes de Oca, volvían de Africa tras ha- ber realizado una trabajosa y satisfactoria labor. Sin embargo, los pro- blemas habían ido minando entre tanto, el afán del voluntarismo africa- nismo madrileño. Pero antes de entrar en ello, conviene hacer aquí una mínima reseña de la recepción y homenaje a estos viajeros españoles. En sesión de 29 de abril de 1886 la junta directiva de la Sociedad Española de Geografía Comercial, había decidido recibir a los exploradores de Guinea en la estación, celebrar en su honor una solemne sesión pública y obsequiarlos con un banquete. El 10 de mayo siguiente quedaba nombra- da una comisión (Ferreiro, Torres Campos, Constantino Rodríguez, Altda- guirre y Sela), encargada de organizar la conferencia y el convite, ---

eligiéndose para la primera el Ateneo madrileño (97), e invitando a ella a Antonio Cánovas. En realidad, todo se sitúa ya en un plano secundario respecto a la magnífica y entusiasta acogida a sus colegas portugueses, sólo siete meses atrás. Costa ha abandonado la dirección de la Revista desde marzo de ese año, alejándose paulatinamente de sus compañeros y — enfocando su controvertida voluntad hacia las oposiciones a notarías que lo llevarían primero a Granada y después a Jaén (98), y ahora, como un símbolo, la repetición de la solemnidad llevada a cabo con Capelo e — Ivens, va a verse frustrada por un comienzo inesperado: los viajeros Iradier, Ossorio y Montes de Oca llegan a Madrid sin previo aviso, anulando así la posibilidad de una magna recepción. No obstante, el 20 de mayo — rebosaba el Ateneo de invitados y entusiastas de la política colonial.

Los discursos que se pronunciaron allí han perdido —en general— mucho de aquel aire propagandista y mitinero que Costa sabía infundirles como nadie. Coello, siempre prudente, relata las dificultades de organización de todo esfuerzo expansionista en la España en que le tocó vivir; (99) Iradier, viejo luchador contra la celosa impenetrabilidad — de la selva, cuenta sus experiencias como descubridor de territorios — inexplorados y como organizador de un grupo de actuación colonial de — cierta representación local, "La Exploradora" (100); Ossorio y Montes de Oca completan con curiosidades y anécdotas la narración de un duro — viaje... En realidad, la irritante premiosidad con que logró reunirse el dinero para la expedición y, en definitiva, la escasez del mismo, comenzaron dificultando la empresa: "A pesar de todos los esfuerzos, la expedición no pudo salir de la península antes de finales de julio, de — (1884) y el tiempo no había corrido en vano: llegó tarde, como llega —

siempre el socorro de España". En efecto, franceses, alemanes e ingleses se disputaban entre sí los territorios codiciados por España. Al margen de ello, dificultades diplomáticas —como otras tantas veces— habrían de seguir a la expedición (101). Pronto hubo de volver Iradier a España, enfermo de gravedad, en tanto que Coello se hallaba en Berlín —asistiendo a las sesiones de la Conferencia. Costa se había dirigido —mientras al gobierno, en solicitud de auxilio económico suficiente para proseguir las exploraciones. Aquél envió órdenes a Fernando Poo y, "aunque los recursos no se tuvieron tan pronto", el gobernador Montes de Oca reunió 15. 000 pesetas de su bolsillo y otras 10.000 que le entregaron las misiones españolas de Santa Isabel. Con esto y con lo que todavía —tenía Ossorio en su poder, emprendieron ambos una nueva expedición, en la que, uno tras otro, también ellos acabaron por caer enfermos. Ossorio, el primero en recuperarse, se encargó de finalizar la expedición —en solitario. Y ahora estaban por fin todos en Madrid, recibiendo un reconocimiento público de sus servicios a la causa colonial. Sin embargo, algo así como un hálito de desánimo emana de las palabras de aquel puñado de intelectuales y hombres de acción, en el Café Inglés el 24 de mayo, para celebrar con un banquete los progresos en la andadura africana.

Acudió esa noche a sus salones "numerosa representación de ambas —sociedades geográficas, de otras agrupaciones científicas, militares y económicas, de la política, del comercio y de la prensa...". Entre ellos Cánovas (presidente de la Academia de la Historia en aquellos momentos) Oliván, Palacio, Valdés, Canalejas (entonces a la cabeza de la Geografía) y —en recuerdo de su participación económica en el proyecto— comer-

cientos madrileños como Ruiz de Velasco o Carlos Prast, (que ostentaban también la representación cultural del Círculo de la Unión Mercantil). Costa está o se dice enfermo, pero también excusan su presencia, por enfermedad, el ministro de Marina y el de Ultramar (nada menos que Moret, a la sazón). Inevitables los discursos, a los postres, nada más lejos — que la anécdota para caracterizarlos. Se trata, sin duda alguna, de la plasmación —de puertas afuera— de los ya inquietantes síntomas de decadencia que afectaban a un africanismo nacido ha poco con fórceps. El — general Coello, librado por el momento de la presencia impositiva de — Costa y de su actividad agobiante, se siente indudablemente más cómodo en su doble papel de censor de una pretérita actitud oficial de descuido y abandono, que implica —por ende— la alabanza (explícita o implícita) a los recientes intentos de superación de aquel impasse a que han accedido los últimos gobiernos (102): "Hemos descuidado, acaso demasiado, —recuerda Coello una vez más—, el apoderarnos de aquellos territorios que nos eran casi indispensables, como descuidamos también consolidar nuestra soberanía de algunos puntos del Africa, en las pequeñas — Antillas y en parte de los archipiélagos de Asia y Oceanía que nos pertenecían". Para todos los presentes son familiares las razones de dicho descuido: "Nuestros hombres de estado, la mayor parte de los españoles, han profesado por mucho tiempo, y los más profesan todavía, la idea de que España debía desentenderse de las cuestiones exteriores y dedicar — toda su actividad a las interiores"; sin embargo el propio Coello reconoce que, "razón tenían ciertamente para pensar así hace algunos años, aunque se descuidaban un tanto los intereses de la industria y el comercio. Era entonces, sin duda, lo principal atender a la administración, al desarrollo de la población y a la riqueza del país...". Otra razón —

subsidiaria, a juicio de Coello, justificaba también unos años atrás el mantenerse al margen de las costas extrapeninsulares: "Ni en las exploraciones marítimas ni en las africanas aparecía otro interés que el de la ciencia: el cambio ha tenido lugar en estos últimos años..."; años sin duda en que Europa ha asistido al nacimiento de "esa fiebre colonizadora, o más bien anexionista, que ha dado lugar a que algunas naciones se apoderen, en corto plazo, de todas las costas de Africa sin dejar un islote ni un kilómetro de playa".

De impostación no ya desencantada, sino más bien autora material — del desencanto, son en cambio las palabras de Cánovas, siempre posibilista en su actitud hacia la expansión colonial, siempre acertado en el punto exacto que supo dar en cada momento a sus intervenciones en la — materia. Aquí, y todavía no lejanas sus evidentes responsabilidades en el asunto de las Carolinas, recomienda el presidente del partido conservador a su auditorio "seguir la indicación verdaderamente práctica del digno industrial Sr. Arce Mazón", indicación que no era otra sino la — más estricta y pura iniciativa privada. "Mucho pueden y deben hacer los gobiernos —reconoce Cánovas—, pero ¡ay de las empresas de la naturaleza de la que se trata que no son compartidas por el sentimiento de la nación entera! A la industria y al comercio de España es a quienes corresponderá principalmente el buen éxito final de las grandes empresas que los dignos exploradores de Africa han acometido. Estas empresas hay que acometerlas por amor a la nación, con el espíritu patrio, con el alma; pero hay que completarlas y realizarlas por el interés individual..." — (103). Dichas en el contexto que las enmarcaba, más que una exhortación a las burguesías directamente (en principio) interesadas en la aventura —

colonial, se trataba sin lugar a dudas de una nítida reconvención a — unos colegiales demasiado inquietos; y por ello, según avanza en su discurso, se atreve Cánovas de nuevo a desautorizar sin paliativos la veleidades coloniales de ese puñado de impacientes: "Soy yo, quizá, quien en distintas ocasiones, ha levantado más su voz contra el afán de aventuras estériles y desproporcionadas a nuestras fuerzas (...), y no soy yo, por tanto, de los que han de aconsejar en este momento cualquier — género de aventuras que, fuera de la medida de sus fuerzas, hubiesen de perjudicar a la larga a la nación española". La conciencia precisa de las aireadas obligaciones del hombre blanco, quizá, sirve también de — pretexto a Cánovas para advertir a sus compatriotas contra cualquier — frivolidad en la incorporación de territorios: "¿Cómo hemos de negar — (...) que en el fondo de la conciencia europea está ya hoy que todo pueblo que ocupa nuevas tierras tiene la obligación moral de fertilizarlas?". Es más, "cada vez que adquirimos una pulgada de tierra, adquirimos un gran deber; que no se santifica ya la propiedad de la tierra ni siquiera en el derecho privado, para poder dejarla baldía y sin poder servir a las necesidades humanas". En el fondo, y sin duda inconscientemente, estaba Cánovas cuestionando la validez legal de los escasos residuos coloniales que poseía España, en buena parte relegados a un abandono que los hacía aún más justificadamente codiciados. "Preveo que dentro de algún espacio de tiempo —había dicho entonces sagazmente—, los motivos históricos no bastarán por sí solos para poseer dominios territoriales, como no bastan para mantener ningún derecho político o exclusivamente social".

Pero como tampoco se trataba de infundir un desánimo generalizado (precisamente en aquel marco concreto que le estaba dando acogida), a —

aquellos pertinaces promotores de la expansión, sino sólo de templar sus ímpetus, concluye Cánovas con argumentos similares a los que habían hilvanado los primeros párrafos de su discurso: "No lo olvidemos, señores; viajemos, exploremos, descubramos, acrecentemos en buena hora los límites de nuestro dominio nacional; pero que la actividad individual, el comercio, la industria, la civilización, sigan de cerca nuestra bandera". Y así, volviendo a situarse en presupuestos cómodos e inusitadamente liberales, excluyendo la acción del Estado a no ser como vigía tolerante, dando carta blanca a una concurrencia mercantil e industrial ---que sabe débil--- niega Cánovas en realidad la posibilidad fáctica de la expansión española. Costa, por ejemplo, había sabido recurrir a heterodoxias mercantilistas para abrir vías a España en un contexto cambiante de rapiña y protección bajo la acción más o menos directa, pero siempre existente, del Estado. Pero ahora el jefe del partido conservador, que pocos años después habrá abandonado por completo su inicial ---y común--- filiación libremercantilista, se proclama sin rebozo partidario absoluto de la iniciativa privada.

Evidentemente, no eran aquellos los intereses oligárquicos que las élites de poder, sin sensibles diferencias, luchaban y lucharían por --- defender bajo la monarquía restaurada. La prensa, que en general recoge los actos en honor a Iradier, Ossorio y Montes de Oca con generosidad --- (104), apenas es sensible a la nueva inflexión en la coyuntura, que se avecina; únicamente El Correo Español de Urán, advirtiéndolo de que, por pronunciarse como lo hace, "no somos menos patriotas que los demás", se alinea incondicionalmente junto al jefe del partido conservador: "Son, en efecto, el comercio, la industria, las fuerzas vivas de la nación, -

no los gobiernos, las llamadas a coronar el edificio cuyos cimientos -- han levantado nuestros intrépidos viajeros y exploradores". Pero, a -- modo de puntilla sobre lo imposible, "los hechos nos vienen demostrando a diario con qué pasmosa celeridad se apartan esas fuerzas que hemos citado de los empeños que representan trabajo, constancia, sacrificios, en fin..." (105). Se trataba sin duda, decididamente, de descargar sobre los hombros de la industria y el comercio, con sus solas fuerzas, la responsabilidad de cualquier paso en falso en la andadura colonial.

Son de este modo, los que median entre el otoño de 1885 y la primavera siguiente, meses decisivos en la vacilante y fugaz empresa de la reinsertión colonial, española. Problemas y actitudes controvertidas, -- pergeñan a grandes trazos los avatares no demasiados dichosos de una flección de invernadero. A su seguimiento puntual en el tiempo y en el -- espacio conviene dedicar especial atención, como escenario de contradicciones y de esfuerzos en distensión.

NOTAS AL CAPITULO VIII.

- (1) J. Nadal, El fracaso de la Revolución industrial en España, 1814-1913 Barcelona, Ariel, 1977.
- (2) Ibid., pp. 216 ss. Vid También 69 ss.
- (3) R.M. de Labra, Aspecto internacional de la cuestión de Cuba, Madrid, 1900. A este respecto, Vid. J. Pabón, "El 98, acontecimiento internacional", Días de ayer, Barcelona, Alpha, 1963, y J. Ma. Jover, 1898, Teoría y práctica de la redistribución colonial, Madrid, FUE., 1979.
- (4) Obligada está mención a M. Izard, "Dependencia y colonialismo: la Compañía General de Tabacos de Filipinas", Moneda y Crédito 130, septiembre de 1974, pp. 47-89; J. Maluquer, "El mercado colonial antillano - en el siglo XIX", Agricultura, comercio colonial y crecimiento económico en la España contemporánea, Barcelona, Ariel 1974, pp. 322 ss., así como "La burguesía catalana y la esclavitud colonial: modos de producción y práctica política", Recerques, 3, 1974, pp. 83-136, y "El problema de la esclavitud y la revolución de 1868", Hispania XXXI, 4-1971, pp. 55-76; G. Tortella, "El desarrollo de la industria azucarera y la guerra de Cuba", Moneda y Crédito 91, diciembre de 1964, pp. 131-163. En general, buena parte de la información hasta aquí utilizable procede de Maluquer de Motes, que vuelve a quejarse de la desatención hacia el dominio español sobre Cuba en El socialismo en España - 1833-1868, (Barcelona, Críbsa-Grijalbo, 1977, p. 89). Es evidente -- que la dependencia del capital extranjero en el proceso de inserción capitalista acarrea como consecuencia directa en el plano colonial -- una serie de distorsiones propias de esta "transición periférica". -- Así, M. Izard, en su artículo antes citado, ha puesto de manifiesto -- que, hasta 1881, con la creación de la Compañía General de Filipinas, la metrópoli no obtiene ningún beneficio del archipiélago, sino que, -- por el contrario, llega incluso a suponer una carga. Por lo que hace a las Antillas, Maluquer señala que el comercio con aquéllas, ayuda a equilibrar la balanza comercial por su carácter de mercado reservado, monopolizado incluso, en ocasiones y sectores, para los excedentes de la producción nacional. Sin embargo, hay que dejar constancia clara -- de que las exportaciones esenciales, entre 1840 y 1881 son las harinas

y los vinos, y sólo a partir de 1885 cobran importancia los tejidos - de algodón ("El mercado colonial... cit., pp. 340 ss.). Por otra parte, hay que indicar también que las exportaciones de trigo y harina a Cuba se mantienen hasta última hora (1898), pero desde 1892, por lo menos, cada vez se destinan más al abastecimiento del ejército expedicionario, y menos al consumo de la población civil (J. Nadal, El fracaso... cit. p. 70, nota 54).

- (5) Vid., por ejemplo, R.T.Ely, Cuando reinaba Su Majestad el azúcar. --- Estudio histórico-sociológico de una tragedia latinoamericana: el monocultivo en Cuba; origen y evolución del proceso, Buenos Aires, 1963. También G. Tortella, El desarrollo de la industria azucarera y la guerra de Cuba, Madrid, 1964, y M. Tuñón de Lara, "España y Cuba en la primera mitad del siglo XIX", en Estudios sobre historia de España pp. 247 ss.
- (6) Ch.Palloix, L'économie mondiale capitaliste et les firmes multinationales, Paris, Maspero, 2 vols., 1975; S.Amin, El desarrollo desigual, Barcelona, Fontanella, 1974; P.Dockès, L'internationalisation du capital, Paris, PUF, 1975, o M. Aglietta, Régulation et crises du capitalisme: l'expérience des Etats-Unis, Paris, Calmann-Lévy, 1976, aportan hipótesis y sugerencias al respecto.
- (7) Según R. Garrabau, los envíos de barina a Melilla, Ceuta, Peñón de Alhucemas, Chafarinas y Fernando Poo comenzaron a producirse con regularidad a partir de 1889. Sin embargo, se trató siempre de cantidades muy pequeñas, irrelevantes en vistas a resolver los problemas planteados por los excedentes de producción españoles (Toma la cita de J. --- Nadal, El fracaso... cit., p. 70, nota 55).
- (8) Sólo mínimamente, por razones de cronología, vid. la antología de --- M. Merle y R. Mesa, El anticolonialismo europeo. Desde Las Casas a --- Marx, Madrid, Alianza, 1972. Para el caso del socialismo español, B. López García, El socialismo español y el anticolonialismo (1898-1914) Madrid, Cuadernos para el Diálogo (col. Los suplementos, n° 76), 1976 y C. Serrano, "El P.S.O.E. y la guerra de Cuba (1895-1898)", Estudios de Historia Social, n° 8-9, enero-junio 1979, pp. 287 ss. También --- M. Bachoud, "Los intelectuales y las campañas de Marruecos (1909-1913)

en Prensa y Sociedad en España (1920-1963), Madrid, Edicusa, 1975, - pp. 271 ss.

- (9) ADE, 30.7.85, nº 109, pp. 593-94.
- (10) RGC, 30.6.85, nº 1 y 2, pp. 3-5.
- (11) Tomado de Les Missions Catholiques, VII, pp. 116 ss., y cit. en RGC, ibid., p. 3. Según se indica allí, de aquellas factorías procedían - los comerciantes Francisco Vinent y Baltasar Simó, "por cuya gestión solicitaron su anexión a España los naturales de Corisco".
- (12) El tratado hispano-británico de 1835 proporciona la cobertura legal a la conducta inglesa en los años siguientes. Como es sabido, su eficacia respecto a la supresión efectiva del tráfico negrero, no fué -- tanta como respecto al control real de las relaciones comerciales en el área atlántica. Sobre el primero de dichos aspectos, vid. J. Pérez de la Riva, Para la historia de las gentes sin historia, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 175 ss.
- (13) Vid. el capítulo VI de este mismo trabajo. La petición elevada a la reina, en esencia, solicitaba:
 - 1) La reforma del tratado de 1835, o al menos, "que se aplicase con justicia".
 - 2) Establecimiento en Fernando Poo de una estación naval, o bien que se destinase a aquellos mares algún crucero, ordenándole de cuando en cuando, la visita de las naves mercantes inglesas.
 - 3) Nombramiento de varios cónsules y vicecónsules, encargados - de otorgar las licencias y "pasavantes" necesarios, proteger a los - buques en su carga y descarga, y servir al comercio como tutores en los primeros años de su desarrollo.
 - 4) Enviar al tribunal mixto de Sierra Leona un juez y un árbitro españoles, según lo determinaba el tratado en cuestión.
 - 5) Organizar otro tribunal mixto (ya previsto por el tratado) - para Santa Isabel de Fernando Poo, encargado de juzgar a los buques apresados en el golfo de Guinea, lo que ahorraría largos viajes y -

proporcionaría mayores garantías de imparcialidad.

6) Fomentar la colonización de Fernando Poo, Corisco Annobón, -- estableciendo colonias en tierra firme, "especialmente en algunos -- puntos muy importantes de la costa septentrional de Guinea".

7) "Desvanecer la preocupación y contener el pánico que había causado en el ánimo de los comerciantes la noticia de los apresamientos referidos, tomando de su cuenta la indemnización de las corbetas apresadas".

- (14) Comentando las palabras del ministro, escribe Costa con amarga ironía: "Efectivamente, un manco no sufre dolores en el brazo que le falta". Según puede leerse en la RGC (ibid., p. '), las escasas excepciones en que barcos españoles se han aventurado por la costa -- occidental africana, han logrado sus objetivos previa petición de -- permise al gobierno inglés (Así, el laud "Encarnación", de Barcelona, en 1866 para dirigirse a Fernando Poo, y también, en 1855, la -- casa "Montagut y Cía.", a lo cual --dice-- "se atribuye que sufriese menos peregrinaciones que la casa Vidal y Ribas"). A este respecto, vid. más arriba las conclusiones del Congreso de Geografía de 1883, así como J. B. Vilar "España en Guinea Ecuatorial", AUM, XXVII, n° 3-4 (1969-70).

- (15) Vid. J. Ganiage, L'expansion coloniale... cit., pp. 111 ss. En la -- costa sahariana, por el contrario, el peligro provenía principalmente del lado británico. A este respecto, vid. la desesperada convocatoria al establecimiento de una factoría española al sur de cabo Juby que hace, en 1884, J. Ricart Giralt (también autor de un mapa sobre "Marruecos y el Sahara Occidental"): El porvenir de España en el -- Sahara, conferencia... 22 febrero 1884 en el Ateneo Barcelonés. -- Barcelona, 1884) Pocos meses después, la Sociedad Española de Africanistas y Colonistas conseguía este objetivo.

- (16) En 1882, el sultán de Fez --actuando al parecer como agente inglés-- envió a Madrid una embajada, ofreciendo quince millones de pesetas -- por la cesión de los derechos sobre Santa Cruz.

- (17) En 26 de febrero de 1883, Vega de Armijo, como ministro de Estado, desmiente en el Senado el rumor que corría en la prensa berlinesa de que el gobierno alemán había propuesto al español la venta de las posesiones españolas del golfo de Guinea. Un año más tarde, con motivo de — las ocupaciones francesas en dicha costa, volvía a referirse la prensa alemana a las dificultades que hallaría Francia en la organización de sus nuevos territorios, al tropezar con un enclave español intermedio, en la costa de Cabo San Juan; por ello aconsejaba a Francia la compra de dicho territorio. Por otra parte, la sociedad geográfica de Lisboa había propuesto, en abril del 84, la permuta de Fernando Poo por Timor.
- (18) Alemania era aquí el pretendiente más interesado, pero también Inglaterra. Sobre un supuesto epúsculo firmado por Sir James Brooke, y — publicado en Amberes, acerca de El modus vivendi y la anexión de las islas Filipinas a Gran Bretaña, vid. RGC, ibid. p. 18. Respecto a la vieja aspiración germánica al archipiélago filipino, vid. los artículos de la Deutsche Zeitung que reproduce el BSG en diciembre 1882, — n° 6, pp. 413 ss.; denunciando allí las condiciones de práctica abandono en que España mantiene a sus posesiones, formula la revista alemana la hipótesis de que "a cambio de algún servicio o de dinero" podría obtenerse de España algún territorio. Vid. Esperanza Yllán, "Un proyecto de cesión a Francia de las Islas Filipinas (1839)", en J. M. Jover y otros., pp. 235-285: El Siglo XIX en España. Doce estudios, — Barcelona, Planeta, 1974.
- (19) Sobre la venta solicitada ya en 1848, vid. C. de Romanones, las responsabilidades... cit. p. 33. Entre los rumores más recientes, están los nacidos al calor del debate parlamentario en las cámaras estadounidenses sobre el frustrado tratado de comercio con España.
- (20) Vid. BSG, Extracto de las Actas, sesiones de la Junta Directiva de — 16 y 23 de junio de 1885, (julio de 1885, pp. 44-47).
- (21) Cfr. cap. VII, sobre Güell y Renté.

- (22) Apud RGC, I, 30. 6. 85, p. 19.
- (23) Vid. RGC, 30.6.85, p. 19 y 31.7.85, p. 44. También, Gaceta de Madrid, 29 julio 1885.
- (24) Por el protocolo de 7 de marzo de 1885 reconocía España "como válido el tratado de cesión otorgado por el sultán de Brunei (...), renunciando a todas sus pretensiones de soberanía sobre los territorios de Borneo que pertenezcan o hayan pertenecido al sultán de Joló y las --- vecinas islas de Balambangan, Banguey, Malanali y demás comprendidas en una zona marina de tres leguas, contadas desde la costa, comprometiéndose Inglaterra a garantizar la libertad de comercio y navegación para todas las banderas en los territorios administrados por la Compañía inglesa del Norte de Borneo. Inglaterra y Alemania reconocen la soberanía de España sobre el archipiélago de Joló e islas adyacentes, como la de Táui-Táui, ocupada hace dos años. El comercio y la pesca se declaran absolutamente libres en el archipiélago de Joló: España se --- compromete a no exigir a los buques y súbditos de las demás potencias impuestos de ninguna clase, ni permisos de las autoridades, ni reglamentos de sanidad, y a no impedir, bajo ningún pretexto, la libre importación y exportación de toda clase de mercancías. En los puntos --- que España ocupa actualmente o que ocupará en lo sucesivo, podrá esta blecer reglamentos sanitarios e impuestos, pero sin que en ningún --- caso puedan ser éstos mayores que los establecidos en los aranceles --- españoles o en los tratados o convenios celebrados entre España y --- cualquier otra potencia, y a condición de mantener en los puntos ocupados las dependencias y los empleados necesarios para atender a las necesidades generales del comercio" (RGC, 30.6.85, pp. 19-20) También J. Bécker, España e Inglaterra. Sus relaciones diplomáticas desde las paces de Utrecht, Madrid, 1906 (previamente publicado en la revista - Nuestro Tiempo), pp. 119 ss. Pero, sobre todo, conviene la consulta --- directa de los Documentos parlamentarios preparados para ser presentados a las Cortes en la legislatura de 1885. Joló y Borneo, Madrid, --- 1886.

- (25) Los datos proceden de la Estadística General del Comercio Exterior de las islas Filipinas, publicada por el Ministerio de Ultramar, Madrid, 1894. (Hemos podido consultar otros dos años más: 1880 y 1891). A la cabeza de la exportación, para 1883, figuraba el azúcar (más de ---- 196.000 toneladas que suponen poco más de 60 millones de pesetas), -- seguido del abacá --a mucha distancia-- del tabaco y el café. Entre los artículos de importación destacan netamente los tejidos de diversas -- clases, y, solo después, harinas, vinos, aguardientes y licores. En -- conjunto, para este año de 1883, la exportación filipina se hallaba -- por encima de los 130 millones de pesetas. En 1880 había alcanzado -- los 100.
- (26) Desde 1882 venía pagando el azúcar filipino, como derechos de introducción en la península, solamente un quinto de las tasas señaladas a los azúcares filipinos. Por decreto de 5 de octubre de 1884, que concretaba la ley de autorizaciones de 25 de junio, quedaban éstos últimos exentos de todo pago, con lo cual los de procedencia filipina debían enfrentarse a una competencia dura. Una fuerte campaña de agitación, tanto por parte de los productores filipinos como de los industriales peninsulares que se surtían de aquellos, consiguió finalmente por R.D. de 9 de julio de 1885, la extensión de las franquicias de -- introducción también al azúcar filipino. (Publicado el día 10 en la -- Gaceta de Madrid; vid. Colección legislativa... 1885, vol. I, p. 6.)
- (27) Como testimonio directo puede servir una carta, firmada en La Habana a finales de abril de 1885, publicada en la prensa madrileña a mediados de junio, y reproducida en la RGC (30.6.85, p. 21). Su autor, no -- identificado, "una persona de respetabilidad y desinteresada en los -- asuntos de Ultramar": Puede darse por seguro que después de mayo no -- quedarán en Cuba ni 50.000 patrocinados, Noventa y nueve mil había en noviembre de 1883, y pueden calcularse en más de 30.000 los emancipados después por otras causas que el sorteo. Al verificarse éste, no -- deben llegar a 65.000 los que quedan, cuya cuarta parte, que debe -- liberarse ahora, ha de pasar de diez y seis mil. Además, la convicción de que ha terminado la esclavitud y los inconvenientes del patronato mismo, hacen que los patronos se estén decidiendo a no esperar los --

sorteos y estén dando la libertad a todos sus patrocinados. Debe hacerse hoy una campaña ardiente contra el patronato, no ya como cuestión humanitaria, sino como cuestión económica. En medio de todo, es hoy una carga el patronato, pues si bien da derechos, impone deberes muy pesados de llevar. La inmensa mayoría de los patronos se alegrarían hoy de la terminación del patronato. Esta, por otra parte, es indispensable para que se normalice nuestra situación económica y para que se arregle la cuestión de jornales. El patrocinado es un mal trabajador, a quien ni se le puede despedir ni obligar al trabajo. La abolición de los castigos corporales le dió el golpe de muerte. No crea V. en la filantropía de los que hoy libertan a sus patrocinados: le hacen porque realmente son éstos una carga insoportable". A.P. --- Corwin, Spain and the abolition of slavery in Cuba, 1817-1886, Dallas, V. of Texas Press, 1967.

- (28) Cfr. Estadística del comercio exterior de la provincia de Puerto Rico Madrid, Ministerio de Ultramar, 1885. Vid. también las reformas administrativas propuestas en la RGC, 30.6.85, pp. 22-23.
- (29) RGC, 30.6.85, p. 33. Por aquellos días se lamentaba profundamente el Círculo de la Unión Mercantil madrileño de la ruptura de negociaciones entre España e Inglaterra en torno al modus vivendi, ruptura "indudablemente producida por el Gobierno español que, cediendo a las influencias del proteccionismo, ha ofrecido nuevas dificultades para palmar lo ya convenido...". Vid. la RGC, ibid., pp. 27-28, con la relación de las propuestas adoptadas por el Círculo en junta general, así como diversas peticiones al gobierno del proteccionismo catalán (p. 27) y santanderino (pp. 31-32). A propósito, F. Pérez del Toro, Intereses generales de actualidad. El tabaco canario... cit., y V. Morales Llexcano, "Producción, precios y distribución de la cochinilla", - Revista Canaria de Economía, nº 4, 1972.
- (30) Por ejemplo, la reacción provocada por la noticia de que "la factoría inglesa de cabo Yubi ha instalado en Las Palmas su centro de operaciones..." (RGC, ibid., p. 35). Vid. V. Morales Llexcano, "Inversiones inglesas en Canarias..." cit. y Rivalidad anglogermanas en Cana-

rias, 1850-1914, Madrid, 1976.

- (31) Colección legislativa... 1885, vol. I, p. 13. También BSG, septiembre 1885, pp. 191-192, y RGC, 31.7.85, n° 3, p. 40. Acerca de ello, J. B. Vilar, El Sahara: Historia de una aventura colonial, Madrid, Sedmay, 1977.
- (32) La narración de los acontecimientos en M. Fernáñez Almagro, Historia política..., vol. I, pp. 430 ss. Un estudio de prensa en V. Lozano Agudo, El conflicto de las Carolinas y la opinión pública, memoria de licenciatura inédita, Madrid, Univ. Complutense, Fac. Geografía e Historia, 1975.
- (33) RGC, 31.8.85, n° 5 y 6, p. 85.
- (34) Vid. principalmente A. Fernández García, "Repercusiones sociales de las epidemias del cólera", Actas del V Congreso de Historia de la Medicina, Madrid, 1979, pp. 127 ss., y "Cuestiones en torno a la última gran invasión del cólera en España (1885)", RUC, XXVIII, 116, 1980, pp. 201 ss; P. Faus Sevilla, "Epidemia y sociedad en la España del -- siglo XIX. El cólera de 1885 en Valencia y la vacunación Ferrán", en J.M. López Piñero, Medicina y Sociedad en la España del siglo XIX. -- Madrid, sep., 1964. Para una recopilación bibliográfica remito a E. -- Rodríguez Ocaña, "Del método en la historiografía contemporánea sobre cólera asiático", I Simposio sobre Metodología de la Historia de las Ciencias, (SEHC), Madrid, 1-3 octubre 1981, Universidad Complutense -- (ejemplar policopiado), pp. 97 ss.
- (35) RGC vid. Nota 33.
- (36) Conde de Bugallal, Las ideas fundamentales en la política según Cánovas, por el Excmo. Sr.... Conferencia pronunciada en el Ateneo el 26 de abril de 1928 (Conferencias en conmemoración del primer centenario del nacimiento de Cánovas del Castillo, Madrid, 1928, pp. 181 ss. La cita en pág. 185). El autor llega a afirmar que "si Cánovas del Castillo no sucumbe en aquella fecha (antes del desastre del 98, el éxito

de nuestra querella con las colonias americanas hubiese sido tan grande como el conseguido acerca de las Carolinas con Bismarck y con Alemania" (p. 187).

- (37) Así titula el periódico demócrata, en 25 de agosto de 1885, su editorial, que reproduce íntegro el manifiesto elevado al gobierno por la Sociedad Geográfica. Las razones allí aducidas como títulos de propiedad son: 1º.- Prioridad del descubrimiento. 2º.- Toma de posesión. — 3º.- Expediciones geográficas. 4º.- Acción civilizadora sobre los indígenas. 5º.- Establecimiento de autoridades públicas. 6º.- Voluntad de pertenencia por parte de los indígenas. 7º.- Voluntad española de conservar la totalidad de los tres archipiélagos oceánicos que le pertenecen, 8º.- Necesidad para España de seguir conservando las Palaos y las Carolinas como escalas marítimas. 9º.- Conocimiento público de todos estos hechos, con el consiguiente reconocimiento implícito por las potencias europeas de la soberanía que ahora se cuestiona.
- (38) En contra de esta afirmación tajante interviene a continuación el marqués de Campo, que opina por el contrario que España posee fuerzas — "de sobra para echar a Alemania de las Carolinas" (RGC, 31.8.85, p 63)
- (39) No hacía todavía mucho tiempo que el médico sevillano Federico Rubio, en nombre de la Sociedad de Pesquerías Canario-Africanas, había expuesto ampliamente en El Fomento de las Artes de Madrid datos y conclusiones de sus más recientes actividades pesqueras en la costa del — Sahara, en prosecución de los proyectos de Pedro de la Puente, el Marqués de Viluma y la sociedad Galf y Cía. La clase de pescado y las — condiciones de la zona, según explica el republicano Federico Rubio, posibilitan altos rendimientos sin grandes desembolsos de capital ni en material, ni en preparación del pescado para su venta. Solamente — en este último sentido, en el de la comercialización, protesta Federico Rubio de los abusos cometidos por los arrendadores de Consumos en Sevilla. (Reseñado en RGC, 30.6.85, nº 1 y 2, p. 30). Vid. También al respecto, capítulo X, apartado 2.
- (40) Ambos escritos aparecieron en la prensa madrileña durante los días 24

y 25 de agosto (V. nota 37). Después, los reprodujo naturalmente la - RGC, 31.8.85, p. 64 para el primero, y 64-72 para el segundo. También en J. C., El conflicto hispano-alemán sobre la Micronesia, Madrid, -- 1886.

- (41) Puede verse P. de Azcárate, La guerra del 98, Madrid, Alianza, 1970, y J. Cepeda, El 98 en Madrid, Madrid, 1954. Sobre la imagen del enemigo en el conflicto hispano-norteamericano, prepara A. Fernandez Valencia su tesis doctoral. Para la retórica militar de cara al conflicto del 98, vid. la memoria de licenciatura, inédita de R. de la Torre, - Prensa militar en la Restauración española, Madrid, Facultad de Geografía e Historia, 1970.
- (42) Resulta significativo el juicio moral a que queda sometido, en estas mismas páginas, el Canciller de Hierro, que acababa de confesarse discípulo de Röder: "¡Pobre Bismarck! Europa no entrará en tus planes, - "padece el canciller Bismarck como una obsesión de doctrina hegeliana creído de que todo lo real es nacional, cuanta con poder reducir el - derecho a la categoría de un hulano y sujetarlo a las mudables disciplinas de su indisciplinada voluntad; cuando lo cierto es que todo lo racional deviene o se hace real". (RGC, ibid., pp. 71 y 65 respectivamente.) Sobre la importante función que desempeña el derecho en la -- representación ideológica de la sociedad y sus conflictos del propio Costa, vid. A. Gil Novales, Derecho y revolución en el pensamiento de Joaquín Costa, Barcelona, Península, 1965. Un estudio de conjunto es el de N. M. López Calera, Joaquín Costa, filósofo del Derecho, Zaragoza, CSIC, 1965.
- (43) RGC, ibid. p. 64. Sobre la personalidad de Carvajal, ya en 1879 "político de ayer", vid. A. Palacio Valdés, Los oradores del Ateneo, Madrid 1879, pp. 49 ss.
- (44) El 23 de agosto aprovechaba el periódico madrileño para secundar a -- Francia en su interpretación del desafío alemán hacia España, directamente nacido, en su opinión, de la "ceguera de los gobiernos de la - restauración, que tanto se han esforzado por alemanizar a España". --

No se trata tanto -bien entendido- de un fracaso personal del gabinete Cánovas cuanto del "fracaso de la política internacional de todos los gobiernos de la restauración", pues claro que "uno de los periodos en que la influencia alemana ha sido mayor en nuestro país fué -aquel en que nuestra política internacional se hallaba dirigida por Sagasta y Vega de Armijo". Junto a este análisis político, y también en primera página, la exhortación vehemente al pueblo madrileño para que acuda a la manifestación convocada oficialmente en el Salón del Prado: "La manifestación debe ser tal que inspire a Alemania el convencimiento de que conservamos entera nuestra fibra nacional para no detenernos, si es preciso, en pacíficas manifestaciones". Pero al --doblar la hoja, ya en segunda página, los aires belicistas son más --patentes aún: "El espíritu del país era evidentemente antigermánico y ha aprovechado la primera oportunidad para manifestarse, produciendo unánime explosión en todos los individuos como en todas las colectividades", y afirma a continuación que "el señor Cánovas del Castillo si la contestación de Alemania no es categóricamente satisfactoria, --dirigirá al gobierno del emperador un ultimatum, de plazo brevísimo, indicándole a la vez que el gobierno español rechazará todo intento de arbitraje que se trate de proponerle". La satisfacción del órgano de prensa demócrata es evidente, ante esta actitud interpretada como decidida voluntad de "no soportar humillación alguna, venga de donde viniere". Se habla también de la firme resolución de que "el rompimiento de España con Alemania no se limite a una simple ruptura de --relaciones comerciales o suspensión de inteligencias diplomáticas". El panorama se presenta preocupante, pero El Liberal sólo quiere desear que "sea verdad lo que se dice", y que el gabinete se halle en efecto "decidido a sostenerse dentro de los términos de este dilema: O LAS CAROLINAS O LA GUERRA" (EL, 23.8.85, primera pág.: "Carta de --París" y "La manifestación", y segunda pág.: "Lo que se dice. Conflicto hispano-alemán.")

- (45) EL, 24.8.85, primera pág.: "A vuelo pluma". En conjunto, la manifestación satisface todavía más las esperanzas de la nación, opina cuanto que no pudo oírse allí "ni una voz injuriosa para Alemania, ni --para su emperador, ni para su política brutal e insolente", y por --

ello "esta misma severidad con que invocamos nuestro derecho, dará a entender a Bismarck la fuerza que nos proponemos dar a nuestras reivindicaciones", porque "¿para quéé gritar contra los alemanes?", ---- siendo cierto que "hemos de hacer lo que dea menester, y nada más".

- (46) EL, 26.8.85, primera página: "Carta de Berlín".
- (47) EL, 25.8.85, primera página: "Los derechos de España", y 26.8.85, --- primera página: "La nota alemana o el arbitraje".
- (48) EL, 27.8.85, primera página: "La mistificación respecto a las Carolinas". Insiste en ello un día más tarde, también en primera página --- "Las Carolinas y Joló". Contra la noticia aparecida en La Epoca, escribía El Liberal: "Si al Gobierno actual no le importa un ardite la soberanía de España sobre las Carolinas, o le sobrecoge defenderlas con entereza ante el coloso alemán, deje el puesto a otro gobierno más --- patriota y más entero" (27.8.85).
- (49) "Conflicto hispano-alemán. Discurso pronunciado por D. Francisco Coello en la sesión ordinaria del 27 de agosto de 1885", en BSG, septiembre de 1885, pp. 220 ss. El trabajo, al parecer de relativa difusión fué traducido al francés por Arthur willimson Taylor: La question des Carolines, par S.E. le Col. D. Francisco Coello y Quesada, traduit de l'espagnol par ----, París, 1887. A propósito puede verse también la RGC, 15 y 31.1.1889, p. 166.
- (50) A finales de agosto, la serie de artículos de Romero Girón en torno - al tema comprendía los siguiente títulos: "Nuestra posesión de las --- Carolinas", "Los actos de Alemania", "La colonización alemana", y --- "Los procedimientos del príncipe de Bismarck". Una reseña global de - los mismos, puede verse en RGC, 31.8.85, p. 85, que califica a estos trabajos de "importantes" como "estudio del modo cómo se ha ido desen - volviendo la idea colonial en el pensamiento de la nación alemana y - en el cerebro de su ilustre canciller". El artículo sobre "La coloni - zación..." en concreto , es reproducido también en El Liberal, 28.8. 85, pág; primera. Todos ellos junto con "La Conferencia de Berlín", -

"La cuestión de derecho" y "Los resultados probables y el porvenir", fueron publicados en septiembre en forma de folleto: La cuestión de las Carolinas ante el derecho internacional, Madrid, 1885. Para Caello, vid. La Conferencia de Berlín y la cuestión de las Carolinas, - Discursos pronunciados en la Sociedad Geográfica de Madrid, Madrid, 1885. El interés de estos aspectos trasciende las fronteras españolas. Así, L. Selosse, L'affaire des Carolines. Étude de Droit international, París, 1886, y la reseña de este trabajo (por Manuel Torres Campos) en BILE, X, 15.8.86, n° 228, p. 236.

- (51) BSG, X, octubre de 1885, n° 4, pp. 193-195.
- (52) EL, 1.9.85, primera página: "La audacia de Bismarck" ("Un deseo injustificado de proteger la producción alemana ha influido no poco en la ruptura de nuestras relaciones mercantiles con Inglaterra, y en que este país nos trate con desdén que contribuye no poco a la ruina de nuestro comercio").
- (53) EL, 3.9.85, primera página: "1883-1885. Recuerdos", donde se alude a la proverbial oposición, en su tiempo, a aquel viaje real, por parte de "hasta los ministeriales de más talla que no estaban dentro del — ministerio". Recogiendo también los razonamientos que por entonces — predigara el posibilista Castelar: "Alemania es un país dominado por el socialismo y nosotros somos un país en el que impera el individualismo. Alemania es un país donde el cesarismo pesa con todas sus intransigencias, y nosotros un país donde la democracia triunfa. Alemania es un país de raza germánica y nosotros un país de raza latina. — ¿Qué puede significar una alianza entre estos dos pueblos? ¿Qué ventajas habría de traernos?".
- (54) EL, 29.8.85, primera página: "El desengaño".
- (55) EL, 4.9.85, primera página: "Carta de París".
- (56) Las cuarenta y tres denuncias oficiales sobre sendos artículos de periódicos revelan, para El Liberal (10.9.85), que "estamos en tiempos

de Felipe II" y no somos ni mucho menos, "un pueblo moderno". En todo caso -comenta con amargura- "el poder público alcanza su objeto, si se propone que en España no quede rastro de país en el cual se resuelvan - con el concurso de la opinión pública y bajo su inspiración las cuestiones más hondas". Para entonces, cerradas las Cortes y severamente controlada la prensa, "ya no negará nadie que España es un país en el cual -- nada supone la opinión general", y para que de ningún modo "pueda decirse que el poder público se inspira en ella, cierra todos los resquicios por donde pudiera manifestarse".

- (57) ER, 5.9.85, primera página: "La guerra".
- (58) Sobre la superación, en curso, de deficiencias en el estudio del ejército español, F. Fernández Basterreche, "Metodología sobre el estudio - del ejército como grupo social en el siglo XIX", Estudios sobre Historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara), tomo II, 1981, pp. 593 ss. -- donde da cuenta de dos tesis doctorales en elaboración (A. Martínez Trujillo y María G. Mansano) que cubren el período de la Restauración. --- Sobre los pronunciamientos en el XIX español, cfr. la tesis de J. Cepeda Gómez, Morfología del pronunciamiento, Madrid, Universidad Complutense, Fac. de Geografía e Historia, 1978.
- (59) J. A. Lacomba, Málaga del siglo XIX al siglo XX: filoxera, desindustrialización y crisis general, comunicación presentada al IV Congreso de Pau (1973), con quien coincide A. M. Calero, Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936), Madrid, Siglo XXI, 1979 (tercera edad). Para más datos sobre movimientos sociales revolucionarios entre 1878 y la represión que sigue al asunto de "La Mano negra", en 1883, cfr. C. E. Lida, Anarquismo y revolución en la España del XIX, Madrid, Siglo XXI, 1972, y Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1888). Textos y documentos, Madrid, Siglo XXI, 1973; A. M. Bernal, La propiedad de la tierra y las luchas agrarias andaluzas, Barcelona, Ariel, --- 1974, y J. Maurice, L'anarchisme espagnol, París, Bordas, 1973. El retraso relativo de Galicia en J. A. Durán, Agrarismo y movilización campesina en el país gallego (1875-1912), Madrid, Siglo XXI, 1977. Sobre la violenta explosión de las tácticas izquierdistas en el anarquismo a

partir de 1883, especialmente J. Alvarez Junco, La ideología política - del anarquismo español (1868-1910), Madrid, Siglo XXI, 1976, pp. 483 ss. Todavía sigue siendo útil R. Lamberet, Mouvements ouvriers et socialistes (Chronologie et bibliographie), L'Espagne: 1750-1936, París, Les -- édit. ouv., 1953.

- (60) J. de Camps y Arboix, El memorial de greuges, Barcelona, Dalmau, 1968, y J. Trías Vejarano, Almirall y los orígenes del catalanismo, Madrid, Siglo XXI, 1975, pp. 322 ss. La vertiente colonial de este movimiento -- fué destacada ya por P. Vilar, Cataluña en la España moderna, p. 92 de la edición castellana (Barcelona, Crítica, 1978): "¿Y cómo no observar que el problema agudo de la conquista del mercado nacional, y luego del de su excesiva estrechez, se desarrolla entre dos crisis coloniales, la de 1810-1823 y la de 1885-1898?".
- (61) Materiales muy interesantes en el Archivo General del Pabellón de Gobierno (Universidad de Madrid, Central), Rectorado, leg. 44 a y 44 b, que elaboro en la actualidad, en el marco de un estudio de conjunto sobre relaciones entre los poderes públicos y la Universidad madrileña de los -- años 80.
- (62) Tome estos datos de A. Fernández, "Cuestiones en torno..." cit., pp. -- 223 ss.
- (66) Parcialmente, en la prensa cotidiana. Con mayor amplitud, en RGC, 30.- 9.85, n. 7 y 8, pp. 96-98.
- (67) RGC, ibid., pp. 102-103. Destaca el artículo de Le Siècle (19.9.85, reproducido aquí en p. 104) que dice así: "El Gobierno de Berlín da por -- sentado el principio de que en un archipiélago compuesto de más de cien islas, España no podía alegar soberanía sino sobre aquellas en que ondeaba su bandera (...) Es de urgente necesidad que señalemos el peligro -- de semejante doctrina, que impondría a las naciones colonizadoras la -- obligación de mantener autoridades y fuerza pública en todas las islas de un archipiélago, so pena de perder sus derechos sobre aquellas que -- estuviesen desprovistas de todo signo exterior de su nacionalidad (...)

Ne habría nación antigua cuyo dominio colonial dejara de verse amenazado, si prevalecía este principio (...) Es tanto más peligrosa y trascendental la doctrina del gabinete de Berlín cuanto que desde hace unos -- veinte años gran número de comerciantes alemanes se han ido estableciendo en Oceanía y las costas de Africa, escogiendo preferentemente las -- islas donde la ausencia de autoridades locales europeas les proporciona mayor facilidad para el trato y explotación de los naturales de aquellas (...) Si Europa no sostiene con energía las doctrinas del antiguo derecho colonial, y consiente que Bismarck aplique las reglas del Congreso de Berlín a territorios y archipiélagos que por tratados anteriores a -- dicho Congreso estaban sometidos a la soberanía o protectorado de las -- naciones europeas, a cada momento nos veremos amenazados de una serie -- de conflictos peligrosísimos para la paz universal".

(68) Vid., por ejemplo, El Imparcial, 9.9.85, que escribe: "Se se registra -- con cuidado la colección de la Gaceta de Manila, se encontrará gran número de edictos en que se hace pública la subasta de embarcaciones apresadas, edictos que, por el carácter de la publicación, tienen la misma -- fuerza e idéntica solemnidad que se se hubieran insertado en la Gaceta Oficial de Madrid". Y, ampliamente, El Resumen, con información de primera mano proporcionada por el teniente de navío Sr. Romero, (repr. en -- RGC, ibid., pp. 98-100).

(69) Discurso reproducido en RGC, 30.9.85, pp. 105-106. (Subr. mío, E.H.S.).

(70) A pesar de todo El Liberal sabe que "no habrá guerra", y ello -- opina -- "no porque no haya sobrado motivo para que estalle, sino porque bajo un gobierno como el conservador, ya se cuidará él de que España parezca -- una nación cobarde". Demagógicamente continúa: "no habrá guerra porque, si bien la opinión pública dice que España la quiere antes que la deshonra, la opinión pública no es en España la soberanía" (EL, 17.9.85, -- primera página. " Nos conoce ").

(71) RGC, 30.9.85, p. 109, donde se recogen también "manifestaciones, protestas y ofrecimientos patrióticos de la colonia española en Buenos Aires, Panamá, Orán, Burdeos, Bayona, Lyon, Marsella, Narbona, Limoges, Lisboa,

Génova, etc."

- (72) Precisamente la Compañía Trasatlántica aprovechará este suceso para presentar al gobierno diversos proyectos de ampliación de las subvenciones a líneas postales que venía disfrutando (vid. cap. X)
- (73) Hasta el momento, el trabajo más penetrante para las quintas (pero referido en general a un periodo posterior), es el de Nuria Sales, "Servicio Militar y sociedad...", en Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos, Barcelona, Ariel. También, E. Hernández Sandoica y M. F. Mancebo, "Higiene y sociedad en la guerra de Cuba", en Estudios de Historia Social 5-6, 1978, pp. 361 ss.
- (74) Los acontecimientos, narrados tantas veces, son enfocados así desde la Revista de Geografía Comercial: "Para juzgar del extremo adonde llegó — la excitación pública, bastará recordar (...): 1º.— Los ex-ministros — del partido liberal residentes en Madrid, Sres. Martos, Martínez Campos Jovellar, Venancio González, Marqués de la Vega de Armijo y Montejo, — reunidos en casa de su jefe el Sr. Sagasta, estuvieron unánimes en considerar el hecho de Yap como una declaración de guerra, a la que España debía responder inmediatamente, realizando todos aquellos actos que son consecuencia de esta declaración, y en acordar que si dicho partido — fuese llamado al poder adoptaría, en el momento de jurar, los siguientes acuerdos: entregar los pasaportes al representantes de Alemania en Madrid; disponer la retirada de la legación española en Berlín; participar a las potencias el atropello de Alemania, y ordenar al capitán — general de Filipinas que, disponiendo de todos los buques de guerra y — mercantes que estén en aquellas islas, organice con las fuerzas necesarias una expedición para recuperar las ocupadas por los alemanes, empleando las armas hasta donde sea preciso, para restablecer el imperio de nuestro derecho o para sucumbir ante el poder de la fuerza. 2º.— Una — inmensa muchedumbre, de la que llenaba literalmente las calles de Madrid, se dirigió a la embajada de Alemania, arrancó el escudo de ésta — nación, lo llevó arrastrando a la puerta del Sol y le prendió fuego; — otro tanto sucedió en Valencia con el escudo del Consulado alemán (ambos actos han sido objeto de un incidente diplomático, zanjado ya amis-

tesamente por medio de explicaciones satisfactorias dadas por el Gobierno español). 3º.- El Ayuntamiento de Barcelona, reunido en sesión extraordinaria, acordó por unanimidad protestar contra el acto de fuerza -- realizado en Yap por la marina del imperio y contraer el compromiso --- para en caso de que se declarase la guerra- de facilitar recursos materiales y personales para llevarla a feliz remate, armando y equipando -- al efecto "cuerpos de voluntarios catalanes" y proporcionando útiles -- aplicables a la guerra marítima o de cualquier otra clase que requieran las circunstancias; y la Asociación de la Marina mercante se ofreció -- al Ayuntamiento para el caso de que creyera útil su concurso para armar una flota de corsarios. 4º.- Los órganos de la prensa diaria, en su --- mayor parte (La Fés, La Iberia, El Imparcial, El Resumen, El Progreso, -- La Gaceta Universal, La Unión, etc.) juzgaron inevitable la guerra, y -- ofrecieron su apoyo incondicional para sostenerla". (RGC, 30.9.83, p. -- 110).

- (75) Ibid. Allí mismo (en pág. 111) pueden verse textos del Comercio de Portugal, y extractos de La France, Nationale Zeitung, Gazzetta d'Italia, y Revista Militar portuguesa.
- (76) La cuestión se inserta en el problema más amplio de las negociaciones -- con Inglaterra en torno a la cláusula de nación más favorecida, larga -- y polémicamente abordado por la clase política y los grupos de presión económicos. Entre otras cosas, puede verse: Documentos remitidos por -- al Ministerio de Estado al Congreso de los Diputados con motivo del --- proyecto de ley presentado en 3 de febrero de 1885 autorizando al Gobier no ... cit., y la Reforma Arancelaria y los Tratados de Comercio, Madrid, 4 vols., 1889-1890. Según cuenta la RGC (ibid., pp. 111-112), a -- la voz de alarma del libre cambismo madrileño, "se propagó el movimiento a casi toda España, expidiéndose de todas parte telegramas a los fabricantes alemanes mandando suspender el envío de los pedidos hechos. La -- Asociación de la Marina mercante, de Barcelona, acordó en junta general extraordinaria, recomendar a los armadores y consignatarios que mien -- tras no quede honrosamente zanjada la cuestión, se negarán a admitir en sus buques o a su consignación géneros procedentes de Alemania o destinados a comerciantes de aquel país. Y hubo un buque alemán que tuvo que

volverse en lastre desde Valencia, por no haber encontrado quien quisiera proveerle de cargamento de pasa". Al parecer, la "Gaceta de Francfort", dolida, había afirmado que esta disposición negativa del comercio español hacia Alemania "había irrogado a este país en quince perjuicios superiores a cuanto pudiera ganar como dueña de las Carolinas en mucho tiempo".

(77) RGC, ibid.; p. 112.

(78) Datos varios en RGC, ibid.; pp. 112-113. Un precedente de relieve respecto a esta exaltación que, en momentos de catástrofe o guerra, se organizan más o menos espontáneamente, puede hallarse en las actas de -- suscriptores para socorrer a los heridos de la intervención en el norte de Africa, que se abren en la primavera de 1860. Se recauda en dicha ocasión dinero procedente de legaciones, consulados, etc., al margen de la generosa entrega de la Reina Madre (140.000 reales). El consulado que mayor cantidad envíe alcanzará la de 38.097,24 reales; el que -- menos, 184/. Hasta el 5 de noviembre de 1860 habían sido recogidos -- 911.427,93 reales. A ello hay que añadir las sumas procedentes de Montevideo --el 13 del mismo mes--, que alcanzan un valor de 133.247,62 reales, así como 26.400 más, que no llegan a ingresar en las Cajas del -- Tesoro hasta 27 de septiembre de 1861. (AHN, Hacienda, leg. 3.467, -- "Donativos para la guerra de Africa").

(79) Quedan patentes aquí concomitancias con la exaltación futura que habría de fomentar el conflicto hispano-yanki en los momentos finales de la -- crisis de Cuba. José Miró Argenter, lugarteniente de José Martí, se -- admiraba de esta capacidad toxuda de entusiasmo colectivo, difícil de cuajar sin embargo en eficacia y organización (Crónicas de la guerra, La Habana, Instituto del Libro, 1970, 3 vols. Vid. sobre todo I, 330 -- ss. La edición primera es de 1909).

(80) A lo largo de la discusión parlamentaria, interrumpida por las vacaciones veraniegas sin que tuviese lugar la aprobación del proyecto de mejora de la marina de guerra, se había puesto de relieve --tanto en las Cámaras como en la prensa-- esa acostumbrada relación de tirantex y --

conflicto permanente entre la marina militar y la marina mercante. La Unión Comercial, portavoz de intereses catalanes en Madrid, se quejaba de esta oposición: "No comprendemos la indiferencia, o por mejor decir, el encono con que las clases comerciales miran cuanto al engrandecimiento de la Marina Militar se refiere, y es tanto más notable lo que sucede cuanto que ellas son las primeras que recogen el fruto de los sacrificios que con ese objeto hace el país". El barco de guerra habría de servir, en opinión del periódico madrileño, como protector del mercante frente a las agresiones extrañas. "Si nuestra débil voz, concluye, — pudiera llegar a las esferas gubernamentales y a las clases todas de la sociedad, no nos cansaríamos de clamar por el desarrollo de la Marina de guerra si nuestro Comercio ha de ser respetado por los extraños". (LUC, II, 12.7.85, n° 50, pp. 4-5, "Marina de guerra". Vid. también el editorial del día 19 ("Lo sabíamos"), en que muestra su indignación — porque los cuerpos colegisladores han cerrado sus puertas sin dar aún — luz verde al proyecto).

- (81) Sabido es el intenso movimiento literario que provoca la intervención española en Africa en 1859, del que son puntales básicos los Recuerdos de la campaña de Africa, de Núñez de Arce y el muy conocido Diario de un testigo de la guerra de Africa de Alarcón. Desde los nombres más o menos oficiales de la Literatura española del XIX (casi sin excepción presentes en el Romancero de la guerra de Africa) hasta la inserción profunda en todo un contexto de literaturas populares, el tema africano cobra una dimensión especial en una Cataluña hasta ese momento directa (si bien no excesivamente) volcada sobre el tráfico mercantil con el norte de Africa. Rubió y Ors, Balaguer o Ferrer Fernández, por ejemplo, alternan la prosa y el verso, las formas dramáticas o las líricas y narrativas para crear un clima de aliento y disposición favorable a la intervención militar propiciada por O'donnell. Sobre ello, vid. M.C. Lacuyer y C. Serrano, La guerre d'Afrique... cit., II, pp. 119 ss. Una amplia relación de esta producción literaria en T. García Figueras, Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La guerra de Africa de nuestros abuelos (1859-1860), Madrid, 1961. Sobre el carácter —"puramente militar" en su concepto— de la acción concreta y sus motivaciones

además de sobre la relación efectiva entre la producción literaria en torno al 60, y el hecho militar, vid. Cecilio Alonso, Literatura y Poder (La nostalgia imperialista o los románticos domesticados), Comunicación, Madrid, pp. 57 ss.

- (82) Parte de esta circunstancia, siempre con óptica complaciente, es reflejada por la prensa del momento: "Ante la imagen de la patria ultrajada no puede haber en España más que españoles"; de modo que "monarquía, - república, rivalidades dinásticas, competencias de partido, que en los días de calma parecieron intereses legítimos, y como legítimos crearon líneas divisorias entre nosotros, no son ya más que pequeñeces y miserias que deben aguardar escondidas la vuelta de otros tiempos, para que ahora no anublen con sus nombres nuestro espíritu, ni debiliten con su peso nuestros brazos" (EL, 10.9.85, p. primera). No obstante poco después, cuando el arbitraje papal está a punto de solucionar el conflicto (vid. n.º de 18 de noviembre, tercera página.: "Lo que se dice"), - El Liberal se muestra satisfecho de que "al terminar el conflicto internacional surge a su lado (...) el conflicto político interior, har- te tiempo reprimido por el Sr. Cánovas y en condiciones ya de desbordarse" (19.11.85, página primera: Un debate importante").

- (83) Reproducido en EL, 8.11.85. Los presupuestos ideológicos darwinistas - que se hallan en el fondo de esta disputa universal entre las razas -- superiores y las inferiores y, más concretamente, entre la detentación de la hegemonía por la raza germanica frente a la raza latina, abocan a confluir, injertándole savia nueva, con la ya tradicional idea de la ineptitud colonial (o su contrarreplica, según los casos) de la España imperial. Se llega así, como es sabido, a la formulación dicotómica de dos modelos colonizadores a lo largo de la historia: el predominantemente conquistador y territorial, ejercido por mediación de la cruz y de la espada, y protagonizado (todo a nivel de tópicos más o menos fundamentados) por los estados peninsulares; frente a éste, y con carácter sustitutivo y preferente, el modelo de explotación económica y administrativa que hizo la fortuna de las potencias europeas a la vanguardia del desarrollo capitalista. La defensa o la condena de cada uno de estos modelos se halla, implícita o (con más frecuencia) explícitamente

em el fondo de todo el pensamiento colonial español de la segunda mitad del XIX y principios del XX, para prolongar sus ramificaciones hacia -- atrás y hacia adelante en la historiografía nacional. Puede verse por -- ejemplo, J. Bécker, La tradición colonial española. Conferencia pronun-
ciada en la Real Sociedad Geográfica el 19 de noviembre de 1912, Madrid 1913.

Por otra parte, la articulación precisa entre la ideología colonial -- y la absorción en nuestro suelo de esa conciencia de "decadencia de los pueblos latinos" de que el discurso de Cánovas es en Ateneo madrileño (25.11.1871, Problemas Contemporáneos, I, pp. 53 ss) es expresión -- paradigmática, está todavía por hacer. Sin embargo, puede constatarse -- fácilmente el nexo de unión espontáneamente establecido en ocasiones -- entre aquellos aparatos de defensa de las esencias latinas y las fuentes de pensamiento colonial: así, por ejemplo, La Raza Latina se interesa profundamente por entrar en contacto con la Sociedad Geográfica, --- aunque sus derroteros no sean siempre paralelos (vid. BSG, junio 1878, sesión de 18 de junio, p. 493). La reivindicación general de los valores englobados bajo el epígrafe de "Raza Latina" va a ser reclamada --- tanto por el conservadurismo con visos de tradicionalismo (semanario -- La Raza Latina, Madrid, año I, 1874) como por el progresismo liberal -- (La Raza Latina, "periódico bi-semanal en castellano, portugués, francés, italiano y catalán. Científico, literario, artístico, industrial, comercial y financiero", Barcelona, nº 1, septiembre 1880).

- (84) Vid. J. Bécker, Historia política y diplomática desde la independencia de los Estados Unidos hasta nuestros días (1776-1895), Madrid, 1897, -- pp. 579 ss., y M. Fernández Almagro, Historia política... cit., I, pp. 436-37, con los puntos acogidos en el protocolo, cuya base formal se -- ajusta al de Joló, firmado poco antes. Sobre los derechos que se alegaron para justificar la titularidad, vid. J. Costa, Conflicto hispano-alemán sobre la Micronesia, Madrid, 1886; R. de Gracia y Parejo, Consideraciones acerca del derecho de España sobre las islas Carolinas, --- Madrid, 1885; S. Marengo, La ficción y la verdad de lo ocurrido en Yap, Madrid, 1886; E. Taviel de Andrade, Historia del conflicto de las Carolinas, prueba del derecho de soberanía que sobre ellas posee España, y

demostración de la trascendencia que tiene la mediación del Papa, Madrid 1886; Conde de Casa-Valencia, Mediación del Papa León XIII entre España y Alemania sobre las islas Carolinas y Palaos, Madrid, 1886.

Por su parte, la RGC concede una atención central a la publicación periódica de los documentos diplomáticos entregados a la luz pública — por el ministerio de Estado (los oficios de mediación y el texto íntegro del protocolo en números 12 a 15, pp. 206-216). Sobre la conceptualización jurídica de la intervención del pontífice como mediación y no como el denostado arbitraje, vid. La Epoca, 23.9.85. La transición de un estado de ánimo colectivo de dominante bélica a otro más realista y dispuesto a la transacción, es recreada por la RGC de este modo: "El día 23 de agosto, cuando la primera manifestación de Madrid, el pueblo se sintió asistido de la razón; el día 23 de septiembre había venido a comprender que, por lo menos, la mitad de la razón le faltaba, y dejó de ver en el desembarco del "Iltis" un acto de piratería: la publicación de las notas de 1876 y 1877 lo había desarmado, matando en su alma esa energía moral que produjo el temerario levantamiento de días antes" — (30.1.86, n° 12-15, p. 207). La vertiente diplomática del asunto, hecha parcialmente pública, había revelado a la opinión unas coordenadas radicalmente distintas de las que creía enmarcaban la intemperancia alemana. La Epoca (especialmente 22.9.85) había defendido a capa y espada la inocencia total de lo que podía considerarse una descuidada y hasta peligrosa gestión por parte de los gabinetes conservadores, respecto a la soberanía específica de España en las Carolinas. Pero, conocidos los sospechosos antecedentes de la cuestión, "la opinión acabó de entregarse" (RGC, ibid., p. 211), y esto facilitó el camino a la ya propuesta mediación papal. La proposición firmada por el secretario de Estado, — Cardenal Jacobini, a 22 de octubre de 1885, daría paso a la firma definitiva del protocolo de 17 de diciembre, suscrito por Molina y Schlözer ministros plenipotenciarios ante la Santa Sede. Quedaba entonces reconocida la soberanía de España a cambio de un respeto íntegro para los derechos del comercio alemán. Inmediatamente, el gobierno español se apresurará a "ejercer desde luego los actos de dominio que se deducen de aquella", decidiendo en Consejo de Ministros, a 20 de enero de 1886, lo siguiente: 1º) Establecer gobiernos representativos de los derechos

de España en las islas Carolinas y Palaos (en Yap y Bebelduap, respectivamente), con guarnición militar inclusive, sustraída del batallón de infantería de Marina destacado en Filipinas. 2º) Organizar una expedición que recorra las islas en que la cañonera "Albatros" había ejercido actos de soberanía en nombre de Alemania, para asegurar de firme la española. 3º) Aumentar la importancia y categoría del gobierno de las Marianas, reforzando su guarnición. Todo ello implicaba plenamente a cuatro de los ministerios españoles: los de Estado, Marina, Ultramar y --- Hacienda. (Acerca de todo ello, RGC, *ibid.*, pp. 215-16).

- (85) Creo sintomático, a este respecto, la multiplicación rápida de las traducciones y reediciones de un autor como Julio Verne. Consultando el Boletín Oficial de la Propiedad Intelectual e Industrial de Madrid, --- (creado por R.D. de 2 de agosto de 1886), se observa que, entre los --- meses de septiembre y diciembre de dicho año, las traducciones de Verne ocupan un lugar de honor entre lo publicado. Sin pretensiones de exhaustividad, reseño las siguientes: Matías Sandorf, Una ciudad flotante, --- Una invernada entre los hielos, De Glasgow a Charleston, Historia de los grandes viajes y de los grandes viajeros, Un descubrimiento prodigioso. Héctor Servadac, Matías Sandorf, Un capitán de quince años, Alrededor de la luna, Miguel Strogoff, Los grandes navegantes del siglo XVIII, --- El Capitán Cook, La isla misteriosa, La casa de vapor, Veinte mil leguas de viaje submarino, Los hijos del capitán Grant, Aventuras de tres rusos y tres ingleses en el Africa Austral, De la tierra a la luna, El --- Doctor Ox, Maese Zacarías, y Robur el conquistador. La imprenta de ---- Enrique Rubiños es con frecuencia el lugar de impresión. Como traductores aparecen Alberto del Campo y Vicente Guimerá; con menos frecuencia, también S. Sala y N.F. Cuesta (*vid.* BOPII, I, números 1 a 9).

De todas formas, es comúnmente aceptado que la literatura colonial no alcanza su apogeo hasta después de la primera guerra mundial. *Cfr.* a propósito H. Gollwitzer, L'imperialisme de 1880 à 1918, París, Flammarion, 1970, (pp. 141 ss: "L'imperialisme dans l'art et la littérature". (Es traducción francesa de Europe in the Age of Imperialism. 1880-1914 Thames and Hudson, 1969), y también V. Giachant, Etude sur Rudyard ---- Kipling, chanteur de la Grande Guerre, París, Librairie de France, 1922.

Por otra parte, la literatura de viajes, en un sentido amplio, reviste también la forma específica de las memorias o relaciones de viajes marítimos; es significativa así la edición, precisamente en 1885, de la --- circunnavegación dieciochesca de Malaspina, entonces todavía inédita. -- (P. de Novo y Colson, Introducción al Viaje Político-Científico alrededor del mundo por las corbetas "Descubierta" y "Atrevida" al mando de -- los capitanes de navío D. Alejandro Malaspina y D. José de Bustamante y desde 1789 a 1794, Madrid, Imprenta de la Viuda e Hijos de Abienzo, --- 1885. Tampoco es circunstancial, a mi entender, que el editor e introductor de la publicación dedique su trabajo a Juan Bautista de Antequera, ministro de Marina, en mayo de 1885, "por los grandes méritos que con--- trajo como jefe de la fragata "Numancia" en su asombroso viaje de circunnavegación".

- (86) "Un año entero --comentaba el madrileño El Día-- han empleado estos intrépidos viajeros en atravesar el Africa de Occidente a Oriente. Partieron de Mosamedes (15° 10' lat. Sur); subieron a reconocer el territorio situado entre las provincias portuguesas de Angola y de Benguela, casi del todo desconocido; visitaron los lagos en donde el Congo nace, sitiándose de este modo entre las cuencas de los dos grandes ríos, que razonan toda la estructura de esa parte del Africa (el Congo y Zambesi) e interesado como está Portugal en poner en relación sus posesiones del Occidente con las del Oriente, descendieron en altitud y latitud por la cuenca del Zambesi hasta las costas del Oceano Indico" (Reproducido en --- RGC, 31.8.85, n. 5 y 6, p. 87).
- (87) RGC, 31.8.85, n. 5 y 6, p. 86, en un comentario a la inserción de artículos aparecidos en El Día poco antes.
- (88) P. Anderson, Le Portugal et la fin de l'ultracolonialisme, París, Maspéro, 1963. Para la crítica a ésta, como a otras interpretaciones del caso portugués --que recogemos más ampliamente en la introducción-- vid. V. Alexandre, Origens do colonialismo português moderno, Lisboa, Á da Costa, 1979.
- (89) Vid. nota 87 de este capítulo, y a propósito, K. Vignes, "Etudes sur la

rivalité d'influence entre les puissances européennes en Afrique équatoriale et occidentale depuis l'Acte général de Berlin jusqu'au milieu du XX^e siècle", Revue française d'Histoire d'Outremer, 1961, premier trimestre, pp. 5-95; J.D. Hargreaves, Prelude to the partition of west Africa, Londres, 1963, y G. König, Die berliner Kongo-Konferenz (1884-1885). Ein Beitrag Zur Kolonialpolitik Bismarks, Essen, 1938.

- (90) "No se hizo nunca a emperador o general victoriosos recepción más entusiasta, ni tampoco más merecida, que la que Lisboa ha hecho a los dos brillantes oficiales de su marina de guerra. La primera quincena de --- septiembre la ha pasado en preparativos. El rey, el Gobierno, la Asociación Comercial, el Ayuntamiento, la Academia de Ciencias, la Sociedad Geográfica, el Club Militar naval, la Asociación de periodistas y escritores portugueses, la Real Asociación Naval, las Compañías del Gas, de los Ferrocarriles y del Agua, el Banco Nacional Ultramarino, la Sociedad de Artistas Lisbonenses, la de Arquitectos y Arqueólogos, el Cuerpo de policía de Santo Tomé, etc., etc., han rivalizado en la honrosa tarea de agasajar a aquellos dos ilustres hijos que tan alto han puesto el nombre de su patria. Hicieron entrada triunfal en medio de una flota de vapores empavesados, tripulados por comisiones de todas las sociedades y corporaciones de Lisboa. El rey D. Luis, con sus hijos y los ministros, esperaba a los viajeros en el muelle, y les abrazó al desembarcar en medio del más delirante entusiasmo. Los envió además a un banquete en el palacio de Cintra, diciendo en el brindis (...). Las formas en --- que se ha desbordado el entusiasmo del pueblo portugués no tienen número: Te Deum, iluminaciones, cierre de tiendas, serenatas, banquetes, ovaciones públicas, telegramas y mensajes de felicitación, procedentes de provincias y del extranjero, periódico titulado CAPELO-IVENS, nombres antiguos de calles sustituidos por los de estos dos viajeros, condecoraciones, álbum monumental de firmas, con prefacio de Pinheiro --- Chagas, medallas conmemorativas (de la Sociedad Geográfica y de la Asociación Comercial), con la ruta de los viajeros y los nombres de éstos, suscripciones nacionales (una para ofrecerles dos coronas de oro, otra para una espada de honor, otra para una recompensa nacional, otra para costear una edición del viaje), solemne recepción en el Ayuntamiento, para recibir la felicitación de la ciudad, prestando la guardia de honor

los alumnos de las escuelas municipales, festejos nocturnos en el Tajo, festival literario, artístico y musical en el teatro de Doña María, --- gran sesión extraordinaria de la Sociedad Geográfica en el teatro de --- San Carlos, con asistencia de la familia real, cuerpo diplomático y --- autoridades". (RGC, 30.9.85, n. 7 y 8, pp. 113-14).

- (91) La invitación viene reproducida en RGC, 15.11.85, n. 10 y 11, pp. 141 - ss. Iba fechada a 14 de noviembre y suscrita por Coello, Salvador de --- Albacete, Carvajal, Fernández Duro, Merelo, Labra, León y Castillo, --- Gabriel Rodríguez, Eduardo Saavedra, y otros. A continuación se insertan recortes de la prensa portuguesa, elogiosos para la iniciativa española y más adelante (p. 144) el mensaje particular que la Geográfica madrileña envió a los exploradores, firmado por Martín Ferreiro, como secretario.
- (92) La relación del recibimiento y los actos en honor de Capelo e Ivens, en RGC, ibid. pp. 145 ss. Las citas de Moret, respectivamente, en págs. 148 y 147.
- (93) Unos meses después publicaba la RGC (15.2.86, n. 16, p. 234) una estadística de los territorios coloniales pertenecientes a España, según la --- cual, desde 1778 a 1843 había adquirido la metrópoli un total de 6.415 km.2., en tanto que sólo en 1884, y por iniciativa de la SEAC, pasaron a jurisdicción española 13.300 km2., especialmente fértiles --- según aseguraba una "Memoria" inédita del explorador Iradier --- en ébano, caoba --- cedro, palmera, de aceite y planta de goma, aunque también encontraban bien acomodo el café, el cacao, el algodón, el azúcar y las frutas tropicales (ibid., p. 235). Vid. igualmente RGC, 31.5.86, n. 22 y 23, p. --- 330, con la "Superficie y población de las principales potencias coloniales en relación con las de sus colonias", tomado del Boletín de la --- Real Sociedad de Geografía Belga. Según el mismo, y referido siempre a 1881,

SUPERFICIE	% Metrópoli	% Colonias
Inglaterra	1,5	98,5
Portugal	4,7	95,3
Holanda	1,8	98,2

Francia	34,8	65,2
España	53,3	46,2
Dinamarca	13,7	86,3

POBLACION

Inglaterra	14,1	85,9
Portugal	52,8	47,2
Holanda	13,5	86,5
Francia	81,2	18,9
España	66,7	33,3
Dinamarca	91,8	8,2

(94) La reserva para el futuro de los mercados coloniales era, como se sabe, uno de los principales argumentos de los partidarios de la expansión -- contra aquellos que se oponían tajantemente a ello apoyándose en la escasa rentabilidad económica de las mismas para la metrópoli. Un buen -- ejemplo en J. Ferry, Discours et opinions, (ed. P. Roubiquet), París, -- 1896-97, 7 vols. especialmente vol. 5º, pp. 190 ss.

(95) RGC, 15.11.85, pp. 156-57.

(96) ED, 3.11.84. En el mismo sentido, La Epoca, 19.10.84. Una recopilación retrospectiva de textos periodísticos a propósito, en RGC, ibid., pp. 171-173.

(97) Para ambas sociedades, Comercial y Geográfica, vid. RGC, 31.5.86, pp. 337-362. "Todo aparecía --puede leerse allí-- como una señal más del despertar de España a estas empresas y a la realización del ideal que más se ajusta a las condiciones de nuestra raza" (p. 338). En el mismo número, pág. 331 ("Movimiento geográfico y Económico de España") hay más -- información sobre el asunto.

(98) Cheyme, Joaquín Costa... cit., pp. 104.

(99) Para las aportaciones efectivas de los españoles a las observaciones -- etnográficas de primera hora, P. Romero de Tajada, "La antropología --

española y el Museo Nacional de Etnología (1875-1974"), en Rivera Brado, Antropología en España y América, Madrid, 1977, pp. 295 ss.

- (100) En las palabras de Iradier, que confiesa ante todo haberse guiado siempre por un "fin científico", se transparentan toda una serie de representaciones y afanes típicos de la psicología del viajero: "Hay algo, -- no cabe duda, hay algo siniestro, de fatal, en ese continente negro y misterioso, ante cuya influencia es ineficaz el cálculo, estéril la previsión, inútil la perspicacia" (RGC, 31.5.86, p. 340). Sin embargo, en ese intento de someter a la racionalidad occidental y burguesa el misterio del África, había logrado Iradier, tras 1.876 km. recorridos en 834 días, 1º) un plano de las zonas exploradas, que con correcciones de Coello fué publicado después por la Sociedad Geográfica. 2º) gramáticas y vocabularios de los idiomas "venga", "valenque", "vico" y "massang". 3º) series de observaciones meteorológicas, astronómicas, craneoscópicas, espectroscópicas, etc. 4º) colección de datos sobre costumbres, religión, estado político y social de los habitantes, tradiciones y cantos. 5º) Apuntes de comercio, industria, explotación, colonización y organización de viajes. 6º) Colecciones etnológicas, botánicas zoológicas y minerales. 7º) album de dibujos. (Ibid., p. 342).

En los años que median entre 1877 (vuelta de Iradier a Vitoria y 1884 (en que por fin decide ponerse al servicio de su país con carácter todavía no oficial), el viajero vasco, apegado momentáneamente al principio a la Asociación Española para la Exploración del África, se mantiene alejado en cambio de la Sociedad Española de Africanistas y Glonistas, que lo había reclamado, porque --confiesa ahora-- "el fin político de la expedición me preocupó bastante, y a no ver en este proyecto una necesidad imperiosa que España tenía que satisfacer, y una suma de riesgos y responsabilidades que no debía eludir, hubiera señalado para mi sustitución una persona que por sus méritos, por sus condiciones -- por su posición y por su cargo, aportarían a la sociedad mejores y mayores frutos que los que yo recogí" (ibid., p. 342). Cuando, el 18 de octubre de 1884, llegaba por fin la expedición española a organizarse -- en el islote de Elobey (cuatro españoles y ocho africanos), y ante la presión de los viajeros de otros países, "las circunstancias en que--

efectuamos este viaje nos obligaron a obrar en detalle y a pactar con -- cuantos jefes encontramos a lo largo de nuestro itinerario, sin dejar -- ninguna solución de continuidad que pudiera servir de base para una reclamación o una usurpación. El no ir con carácter oficial y el carecer de poderes para extender cartas de nacionalidad, como después se ha --- hecho, nos obligó a contentar y satisfacer las exigencias de las tribus para evitar en lo posible que accedieran a ofertas extrañas que presentadas con malicia, sirvieran de fundamento a reclamaciones y protestas" (p. 343).

- (101) Principal oponente, como es sabido, Alemania, para la que por entonces anexionaba el viajero Nachtigal la zona costera al sur de Camarones, -- provocando así las prisas de ingleses y franceses. "El espectáculo que dieron en el Golfo de Guinea --opina Iradier desde la óptica española--- las tres potencias no fué una lucha por el mercado, como han dicho los ingleses; no fué una ocupación pacífica y franca: fué la cacería de la costa, verificada con sigilo y astucia y revistiendo todos los caracteres de una sorpresa" (RGC, ibid., pp. 342-43), sub. en el original). -- Los conflictos diplomáticos, sin embargo, serían más hondos, con Francia Convenido un statu-que provisional, se decidió la delimitación territorial por medio de Comisionados que se reunieron en París, por primera vez, el 22 de marzo de 1886. No finalizaron hasta 1891, sin que --a pesar del plazo-- se llegara a acuerdo alguno (C. Fernández Duro, El derecho a la ocupación de territorio en la costa occidental de Africa discutido -- en la Conferencia internacional de París en los años 1886 a 1891, Madrid 1900).

- (102) De ahí los reiterados agradecimientos a Cánovas, como presidente de la Geográfica y, tanto más, del Consejo de Ministros en el momento de organizarse la expedición a Guinea; a Moret, como artífice directo de la inclusión en el presupuesto oficial de la partida para exploraciones, o al marqués de la Vega de Armijo, luchador pretérito y constante por la ampliación de los asentamientos ultramarinos de España. (Aquí, RGC, 31.5. 86, p. 358). Vid. también J.A. Moreno, Reseña histórica de la presencia de España en el Golfo de Guinea, Madrid, IEA, 1952, y siguiendo a aquel M. Miranda Díaz, España en el continente africano, Madrid, IEA, 1963.

- (103) RGC, ibid., p. 362. También para los párrafos siguientes. Sobre el — "africanismo" canovista, es de opinión distinta, J.B. Vilar, "Cánovas.. cit. más arriba.
- (104) Ante todo, destaca el madrileño El Progreso, que dedicó a los viajeros casi íntegramente su número de 21.5.86. También La Opinión, ministerial dá cuenta de "este movimiento, al principio débil, que se ha robustecido en todas sus formas, y se han constituido sociedades que envían y — protegen expediciones, y nuestros Gobiernos han comenzado a interesarse por el problema colonial, y la masa antes indiferente principia a acoger con aplauso cuanto por el engrandecimiento de la patria se realiza". Otras reseñas de la velada en El Imparcial, La Correspondencia de España, La Iberia, El Liberal, La Unión, La Epoca, El Diario Español, La Correspondencia Militar, La Ilustración Española y Americana, La Revista de Ultramar, El Archive Diplomático y el sagastiano El Correo.
- (105) Reprod. en RGC, 31.5.86, p. 364.



Elena Hernández Sandoica

TP
1982
178-II



* 5 3 0 9 8 5 9 3 2 3 *
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

X-49-086701-3

PENSAMIENTO BURGUES Y PROBLEMAS COLONIALES EN LA ESPAÑA

DE LA RESTAURACION (1875-1887)

TOMO II



ARCHIVO

Departamento de Historia Contemporánea

Sección de Historia

Facultad de Geografía e Historia

Universidad Complutense de Madrid

1982

Colección Tesis Doctorales. Nº 173/82



BIBLIOTECA

© María Elena Hernández Sandoica
Edita e imprime la Editorial de la Universidad
Complutense de Madrid. Servicio de Reprografía
Noviciado, 3 Madrid-8
Madrid, 1982
Xerox 9200 XB 480
Depósito Legal: M-20169-1982

C A P I T U L O IX

" LA ALTERNATIVA AFRICANA "

- 1) LAS POSESIONES OCEANICAS Y EL PROYECTO DE COLONIZACION
AGRICOLA EN LOS ALREDEDORES DE MELILLA.

No cabe duda de que en ese 1885 de amplias y variadas resonancias, la pugna por la búsqueda de mercados comienza a hacer su aparición en España. El horizonte sudamericano es una de las diversas direcciones a que se orienta la tendencia, y que, por ejemplo, abogará desde las páginas de La Unión Comercial un grupo representativo de los intereses catalanes en Madrid por obtener (1). Aunque tarde años en cuajar como proyecto total, la idea americana, en alas del intercambio comercial con los países de habla hispana, apuntaba ya con claridad.

Pero lo que es ahora perceptible es que el asunto de las Carolinas, en suma felizmente resuelto, sirve para volver, momentánea y no demasiado profundamente, sobre el archipiélago filipino, relegado intemporalmente al control incontrolado de una administración fácilmente corrupta y, en todo caso, renovable y transitoria con demasiada frecuencia, y al predominio prácticamente omnímodo de las órdenes religiosas.

La eficacia o ineficacia de éstas como colonizadoras, o mejor, como el medio más apropiado -aquí y ahora- de llegar a parangonarse a la organización colonial de las más avanzadas potencias, es tema común en disputas y controversias políticas y económicas, en este momento como en otros muchos, antes y después. "La ocupación del norte de Borneo por los ingleses, y las de los alemanes en el Oriente filipino -escribía El Liberal a mediados de diciembre de 1885-, nos imponen el deber de presentar a la consideración de todos el carácter singular de la colonización española en nuestro gran archipiélago", y es que -prosigue- "todos se han habituado a considerar superiores a los bienaventurados sajones y germanos, a quienes el orden colonial mismo de algún tiempo a esta parte viene rindiendo parias. Para acudir al remedio de tan gravísimo mal importa que nuestros gobiernos se persuadan prontamente de que, una colonia es bastante más que un plantel de funcionarios, y que la inmigración procedente de la metrópoli es el más poderoso auxiliar de toda colonización y la más segura garantía del interés nacional" (2).

Sin embargo, y como se quejaba el mismo diario madrileño casi un mes antes, "ante la disparatada idea de que la emigración peninsular que ha enriquecido a Cuba y hecho imposible el triunfo del separatismo antillano es un peligro en Filipinas, se han acumulado dificultades para evitarla", posibilitando de esta manera la colonización mercantil de dichos territorios por parte de súbditos de otras potencias (3). En efecto, la pugna de intereses económicos y políticos en torno a las Antillas guardaba celosamente sus privilegios de viejo monopolio, procurando mantener a las colonias asiáticas parcialmente alejadas del circuito de producción y distribución nacional, y habiendo caído estas últimas, sin dificultad, en la red de relaciones comerciales de hegemonía anglosajona. Por eso, en este momento fugaz y de conciencia limitada en que los móviles económicos impelen buena parte de las argumentaciones a favor de la conservación de la integridad territorial, más o menos ideologizadas, pueden leerse sin dificultad reconvenções al poder como ésta, también procedente del demócrata El Liberal: "Nosotros, establecidos en Filipinas desde el siglo XV y poseedores de la influencia oficial, apenas si hemos logrado que el comercio español figure en las importaciones y exportaciones de aquellas islas por valor de un 5%; y admitidos los extranjeros en las mismas, sólo en la presente centuria han conseguido apoderarse ya del 95% de todo su movimiento mercantil".

El práctico abandono, ahora voceado desde todas partes, en que se lamenta profundamente (seguimos teniendo por horizonte el problema de las Carolinas) haya mantenido España parte importante de sus viejas colonias, incide de rechazo, pero directamente, en el proyecto africano en visos de consolidación, coadyuvando a imprimirle derroteros ligeramente divergentes de los hasta aquí recorridos. Un ejemplo práctico puede sin duda ilustrar mejor este intento de relacionar ambos procesos: el periódico madrileño El Día, a raíz de su eufórico interés por el porvenir colonial de nuestra vecina Portugal, había publicado sin embargo otro artículo, debido esta vez a la pluma de Ruiz de Castañeda, centrado esencialmente en "El comercio (español) y las colonias". Era entonces mediados del mes de agosto de 1885, y los ánimos expansionistas

andaban en general revueltos. El autor venía a censurar allí la reciente ocupación de una pequeña parte de la costa del Sahara y la persistente querencia guineana, "cuando tan exiguo es el comercio que hacemos con Ceuta, Canarias, Filipinas, etc." Tampoco pretendía Ruiz de Castañeda inducir al abandono de lo poseído, "más para ello -receta- hagamos que nos convenga, destruyendo un sistema mercantil que nos impide todo progreso; y cuando lo haya mos sustituido por otro que nos permita alcanzar las ventajas con que se sueña, entonces será ocasión de ir extendiendo nuestras posesiones, a medida que nos tenga cuenta".

Para todos los colonialistas de ambas sociedades geográficas madrileñas que, con toda y evidente razón, se sienten directamente aludidos en el escrito, ninguna otra reivindicación político-económica sino aquélla del librecambio más ortodoxo podía en principio hilvanar intereses propios junto a los de El Día, propiedad del magno vinatero Marqués de Riscal, y por ello situado entre los más favorecidos por las rebajas arancelarias. Pero negar la oportunidad -hic et nunc-, de la ocupación inmediata de nuevos territorios para un mañana que ya se vislumbra clarear, aleja hasta las antípodas a unos y otros en esta teoría apasionante de la expansión: "Sinuestro amigo el Sr. Ruiz de Castañeda -replica la Revista de Geografía Comercial, -todavía espoleada por Costa, no ha descubierto ya o no descubre de aquí a entonces, en los diez o quince años que sean precisos para terminar la reconquista de la libertad mercantil - un sistema de locomoción que permita transportar colonos a Marte o a otro planeta de condiciones habitables e inhabitado, no será posible realizar su hermoso programa de extensión sistemática y gradual de nuestras colonias; porque lo que es en la Tierra, no existirá un palmo libre que ocupar, como que ya hoy está tan espigado el campo que, para improvisar Alemania el imperio colonial con que ha soñado, tiene que hacer presa en el patrimonio territorial de naciones constituidas, como Zanzíbar o España". Y, con mayor intensidad, de nuevo: "Olvidan los autores de estas máximas de prudencia política y de sentido práctico, que el tiempo para colonizar es infinito; pero el espacio, limitado: que la tierra no es cosa de goma o una como pieza de tela que se pueda ir desarrollar

do y extendiendo para cortar vestidos a medida de las necesidades de la familia; y que mientras todos nuestros partidos venían cohonestando su torpe abandono con la doctrina del Sr. Castañeda sustentan en el preciso momento en que ellos, aunque tardiamente, acababan de abandonarla, Inglaterra, Francia y otras naciones acaparaban a toda prisa el planeta, no en vista de sus necesidades presentes (ninguna de esas naciones puede explotar, no ya agrícola pero ni comercialmente siquiera, la cuarta parte de lo que poseen), sino en previsión de sus necesidades futuras"(4). Volvamos una vez más sobre problemas africanos.

En vísperas de los duros momentos de las Carolinas, dos habían sido las principales líneas de atención de la Sociedad de Geografía Comercial madrileña: la cuestión de la colonización agrícola en Marruecos (en torno al sistema de concesiones de tierras en las posesiones españolas de aquel imperio), y el asunto estratégico-diplomático de la frontera argelino marroquí.

En cuanto al primero de dichos aspectos, la idea de encauzar hacia aquellos territorios norteafricanos (y en suelo español, de iure) parte importante del relativo exceso de población que, crónicamente, alimentaba una emigración dolorosa y abundante, no era -es evidente- nueva. Un año atrás, desde la palestra del Archivo Diplomático de España, había recomendado P. de Vargas la canalización hacia California de esa "tristísima necesidad", que así bautizaba resignadamente el autor de ese proceso colectivo y desigual de abandono del suelo natal; pero ello -hay que advertirlo- era una opinión circunstancial y ajustada a un momento político concreto, hallándose bien dispuesto el firmante a "modificarla el día en que se encauce la emigración hacia el vecino Imperio de Marruecos, que es donde debía haberse dirigido ya hace tiempo, si a ello no se hubieran opuesto altos secretos de estado y conveniencias políticas que esperamos hará desaparecer con su consumado tacto ..." el nuevo ministro de turno (5).

También en 1884 había solicitado Salvador Bueno la concesión de una colonia agrícola, de 900 hectáreas, en el campo de Melilla. Pero, según la Ley

de 1881, nadie (individual ni colectivamente) podía recibir más de 300 hectáreas y ésta fué la extensión de lo que se le otorgó. Insatisfecho, acudió Bueno a la colaboración de dos consocios que, a título individual, solicitaron cada uno 300 de las hectáreas restantes. Llevadas estas últimas peticiones al Consejo de Agricultura, opinó éste en su mayoría no hallar inconveniente alguno en la concesión, a no ser que el Ministro de la Guerra tuviera algo que objetar. Sin embargo, una minoría del alto cuerpo consultivo se opuso sin vacilar a las nuevas concesiones. Fundaban su negativa en los siguientes argumentos :

19) La concesión de colonias no puede llevarse a cabo sino en terrenos baldíos, y explícitamente clasificados como tales.

29) El campo de Melilla no puede considerarse como baldío, porque hasta los últimos años han existido en él hermosísimas huertas, con cuyos productos se abastecía la plaza.

39) Aun prescindiendo de esta condición, y suponiendo el terreno baldío, no está clasificado como tal en parte alguna, y faltaría, por lo tanto, para conceder colonias en él, una de las condiciones más terminantes de la ley.

49) Los alumbramientos de aguas que exigen las reformas emprendidas en aquel terreno por el Sr. Bueno, pudieran perjudicar grandemente a los manantiales que existen dentro del terreno fortificado.

59) Dados los nombres de los concesionarios y las relaciones de empresa que han existido entre ellos y el Sr. Bueno se desprende que estas tres condiciones no son, en el fondo, más que una sola, dividida en partes para eludir las condiciones de la ley.

Al parecer, quienes se separaban del dictamen de la mayoría para hacer público este voto particular, habían señalado también la inconveniencia de colonizar el campo de Melilla por una empresa única de cierta entidad, cuando "podían ofrecerse en él ventajas a gran número de colonos de los que llevan una

vida miserable en territorios que no son españoles". Pero el asunto, a finales de junio de 1884, pendía de la resolución gubernamental.

La Sociedad Geográfica Comercial había tratado el problema en la sesión de 25 de junio de aquel año, promoviendo un debate en el que tomaron parte Coello, Gamiz-Soldado, el general Bonanza, Costa, Pérez del Toro, Ovillo y el propio Salvador Bueno. Previamente, la sociedad había consultado el parecer de dos especialistas en cuestiones norteafricanas, el comandante Antonio Santoja, de Pamplona, y Francisco Rojas y Godoy, de Valencia de Alcántara, los cuales enviaron por escrito sus respuestas a la sociedad madrileña. Según parece, ambos se pronunciaban en contra del sistema de colonización de Melilla por una empresa intermediaria, coincidiendo con ello la mayoría de la junta directiva allí reunida. En consecuencia, acordó ésta dirigirse de inmediato al gobierno recomendándole la concesión de aquellos terrenos, en parcelas de dos o tres hectáreas, a colonos españoles de la península o de Argelia, los cuales habrían de obligarse a cultivarlas por sí y avacindarse en Melilla con sus familias. Como guarnición militar sugería también la Comercial la creación de una compañía de tiradores del Rif "como la que está dando tan excelentes resultados en Ceuta" (6).

De manera diametralmente opuesta, la R. O. de 9 de septiembre de 1884 resolvía favorablemente a Salvador Bueno y su proyecto no pequeño-parcelario.

Los fondos del ministerio de Hacienda que se conservan en el Archivo Histórico Nacional arrojan luz relativa, solamente, sobre las circunstancias de la concesión (7). En efecto, con fecha 9 de septiembre de 1884, el ministro de Fomento, Alejandro Pidal y Mon, concedía autorización provisional a Salvador Bueno, vecino de Madrid, para establecer una colonia agrícola en los terrenos que comprende el campo exterior de Melilla, con arreglo a las prescripciones de la ley de 21 de noviembre de 1855 y al pliego de condiciones anejo. Habían informado favorablemente los ministros de la Guerra y Hacienda,

así como el Consejo Superior de Agricultura, Industria y Comercio, acordándose también la concesión en Consejo de Ministros.

Según el pliego de condiciones, la colonia se denominaría "Reina Cristina", y contaría con una superficie total de 300 hectáreas, 2 áreas y 18 centiáreas. Por ella satisfaría Buena al tesoro un canon igual al 3% del valor de los terrenos adjudicados a la colonia previa tasación personal. Quedaba obligado el beneficiario de la concesión a construir dos fuertes provisionales (más los que el ministerio de la Guerra considerara necesarios en el transcurso del tiempo para la seguridad de la colonia), siempre bajo la vigilancia de un funcionario de dicho ministerio. Debería además entregar una fianza de 375 pesetas por cada uno de los treinta y cuatro colonos que habían de poblar la colonia (y que se preferían originarios de la provincia de Málaga, aunque 1/10 de los mismos podían ser marroquíes, previamente avalados por las autoridades de Melilla); a cada uno de los colonos se preveía la entrega de 5 hectáreas de riego. Otras cinco hectáreas deberían reservarse para el cultivo de vides americanas resistentes a la filoxera, no pudiendo dedicarse el suelo al cultivo arbóreo, sino a cereales, legumbres o caña de azúcar. La Sociedad de Crédito y Fomento de Vélez Málaga avalaba a Salvador Bueno en la empresa.

Por su parte, el Estado se comprometía a garantizar dicha propiedad, así como la seguridad de los colonos contra las invasiones de los moros; pero si aquéllos, sus productos o las personas fueren víctimas de algún ataque de las kabilas fronterizas, no podría exigírsele responsabilidad alguna ni reclamar indemnización de ninguna especie. Tampoco tendrían derecho a ella en el caso de que los perjuicios que sufrieran "fuesen ocasionados por función de guerra en que las tropas españolas hayan tomado la ofensiva" (condición 13).

No obstante, y por razones que desconozco, hasta el verano de 1885 no vuelve la Sociedad de Geografía Comercial a dar publicidad al asunto. En definitiva, a 15 de septiembre de 1885, dirige la sociedad una instancia al presi

dente del Consejo de Ministros, así como a los titulares de Guerra y Fomento, en que solicita la concesión en parcelas de dos o tres hectáreas de tierras en el Campo de Melilla para pequeños campesinos peninsulares sin tierras - que lo soliciten o colonos previamente instalados en Argelia, siempre con la obligación de instalación prolongada y en núcleos familiares. Al mismo tiempo, se pretendía también en aquel escrito que el fiscal de Su Majestad entablase contencioso-administrativo contra la susodicha real orden de 9 de septiembre de 1884. Actuaba aquí la sociedad madrileña como representante oficiosa de una de las partes interesadas, es decir, en nombre de las diversas peticiones enviadas por colonos establecidos en Argel y Orán a la propia Sociedad y al Gobierno, en solicitud de que se les facilitase la instalación en tierras africanas bajo soberanía española. La otra parte interesada era, es evidente, la hasta aquel momento más fuerte : se trataba de la agrupación Crédito y Fomento de Vélez Málaga, representada por el marqués de Casa-Loring, o de las propias iniciativas de Salvador Bueno y sus socios, que, en definitiva, -se queja la Comercial- "pretenden la concesión de todo el término jurisdiccional de aquella plaza" (8).

Al dirigirse de nuevo al gobierno, afirma la Sociedad de Geografía Comercial "haber meditado largamente sobre el asunto", tras las reiteradas propuestas de aquellos emigrados españoles al África colonial francesa que deseaba encaminarse ahora a Santa Cruz de Mar Pequeña, Río de Oro, y hasta Filipinas, corriendo el pasaje por cuenta de la Sociedad Geográfica o el Estado. Pero según advierte a continuación, "si se tratara de colonizar intensivamente grandes extensiones de terreno en Filipinas, en el Golfo de Guinea, en Cuba o en el Sahara occidental, la Sociedad no habría vacilado un instante en recomendar una vez más el sistema de grandes compañías territoriales, por el estilo de las creadas en los siglos XVII y XVIII por todas las naciones coloniales de Europa, y en apoyar, por tanto, la solicitud del mencionado Banco o de sus agentes".

Por aquellos días sostenía también la propia sociedad, por medio de su Revista, una incipiente controversia con Valentín Gómez, que en la Gaceta Agrícola del Ministerio de Fomento (9) abogaba a favor de la colonización agrícola para Río de Oro, recriminando a los, hasta aquel momento, promotores de la empresa su exclusivista preocupación mercantil (10). Pero con la Gaceta no se polemizaba aún sobre sistemas de explotación del suelo, sino sobre hegemonías relativas dentro del campo total de lo económico. Por eso la disputa con quienes trataban de abrir una brecha sensiblemente monopolista (ya en el terreno concreto de la explotación agrícola sobre parte de las viejas posesiones españolas), puede arrojar mayor luz sobre planteamientos teóricos y elecciones concretas a la hora de la puesta en práctica de la iniciativa colonial.

En cualquier de los casos más arriba mencionados (viejas colonias y costa occidental africana), -continúa la Sociedad de Geografía Comercial exponiendo ante el gobierno-, "hay que poner en acción una masa de instrumentos, desde la nave al hacha, que ningún particular tiene aptitudes para manejar; hay que hacer una combinación de industrias, que ningún particular tiene poder para ejercer; la importación de manufacturas europeas y la exportación de géneros africanos u oceánicos, por medio de factorías; el aprovechamiento de pastos por la ganadería; el mejoramiento de los procedimientos de extracción de aceite de palma y coco por la maquinaria moderna; el saneamiento de terrenos por el desmonte y la exportación de maderas; el estudio del país por las exploraciones científicas; y todo esto lleva consigo la apertura de caminos, la parcelación de tierras, la edificación de apriscos y viviendas, la construcción de muelles, la plantación de arbolado, la venta de terrenos, la creación de estaciones civilizadoras y comerciales, la contratación de krumanes, indios, chinos o tonkineses, y el transporte de colonos europeos; requiere, tal vez, levantar fortalezas apartadas, tener soldados armados, sostener relaciones con los régulos indígenas, celebrar tratados con ellos, fletar naves, establecer correos y telégrafos, y todo esto, que se halla fuera del alcance de un particular, puede realizarlo una Compañía poderosa, dotada ampliamente de capitales, y que, por la -

combinación y enlace de tantos y tan diversos géneros de producción, compensa las pérdidas sufridas en un ramo con las ganancias dobladas obtenidas en otro". Sin embargo no es éste el caso de Melilla, poco menos de 10 km.², y "tan próximo a la Península, que puede decirse radica dentro de ella misma".

Las razones alegadas en aquel escrito respecto a Melilla, para justificar la alternativa a base de pequeños terrenos entregados a colonos individuales, son las siguientes: "En primer lugar, es urgente acrecentar la población civil española en dicha plaza, dotarla de medios propios de vida y convertirla en centro de influjo civilizador de España sobre aquella parte de Marruecos; y para satisfacer esta necesidad, es indispensable (por ser su campo de tan reducida extensión) colonizarlo del modo más extensivo posible y por trabajadores acostumbrados al género de cultivo propio del caso, y que tengan familia dispuesta a avocindarse en aquella población. Suponiéndole una superficie de 900 a 1.000 hectáreas, aun cuando sólo sean regables la mitad, puede sustentarse una población agrícola de 500 a 600 familias por lo menos, o sea de 2.500 a 3.000 individuos, además de la cifra proporcional de industriales, artesanos, comerciantes y profesores. Ahora bien: no tan sólo en la Península; en la colonia francesa de Argelia, tan cercana a Melilla, existen miles y miles de españoles con familia, hechos al clima de África y al trato con los beréberes, aguerridos y laboriosos, de probada honradez y españolismo, prácticos en el cultivo de huerta y dueños del capital necesario para transformar en regadío la breve parcela de tierra que necesitan para su sustento. Ese capital necesario es muy reducido, y por esto puede alcanzar a mayor número de cultivadores el beneficio de las concesiones de que se trata: con el agua de riego a flor de tierra o muy próxima a la superficie, y la temperatura elevada propia de las vertientes septentrionales del Rif, bastan pocos meses para obtener una primera cosecha de huerta; y una choza adosada al recinto de la plaza es vivienda abonada para albergar provisionalmente a los colonos: con la proximidad a la Argelia y a la Península, uno o más individuos de cada familia -

pueden emigrar temporalmente, para brindar su trabajo en clase de brace--ros, mientras las primeras cosechas vienen a sazón, haciendo esto también veces de capital. A los colonos establecidos en 1859 en Fernando Poo.-prosi- gue- se les facilitó por todo capital 3.000 rs., y puede asegurarse que en - Melilla no importarían, por regla general, más de una tercera parte de esa - suma por cada colono, los gastos de instalación y de sostenimiento en los pri- meros meses. Añádase que muchos de aquellos emigrados españoles compran en Argel y Orán, a precios relativamente elevados, tierras de labor, que el - Gobierno francés concede sólo a súbditos de su nación, y que éstos no aciertan a fertilizar; y sería duro negar a esos mismos españoles concesiones en un te- rritorio que es propiedad de su nación y obligarles a adquirirlas de un particu- lar que las hubiese monopolizado. En todo caso, antes que regalar a un empre- sario forastero todo un distrito municipal (que a regalo equivale la concesión - mediante el pago de un cánón anual de 0,75 pesetas por hectárea o de 25 pese- tas en venta real), procedería repartírselo a los vecinos de Melilla que se pres- taran a colonizarlo directamente por sí o por medio de arrendatarios, conside- rándolo como anejo y dependencia de su hogar: pues sufren los inconvenientes anejos a la residencia en aquella plaza, es justo que disfruten también las ven- tajas que pueda proporcionarles. Fuera de ésto, si es lícito al Estado prodigar en tal forma las tierras que posee, no debe hacerlo sino a cambio de ventajas - positivas por otro lado, tales como el crear un municipio nuevo de alguna consi- deración en punto donde tanto interesa promover la política exterior de España y aumentar con él el censo de su población y los ingresos de su tesoro; y ésto - se consigue atendiendo a las solicitudes de los emigrados hispano-argelinos me- jor que atendiendo a la proposición de la Sociedad de crédito nombrada anterior- mente, o de cualquier otra que se halle en un caso semejante.

Esos capitales cuantiosos -continúa todavía- que podían haber dado un - imperio a España en Camarones o Borneo, si hubieran ido allí a colonizar, y que no han hecho absolutamente nada para que España diese señales de vida co- mercial o agrícola fuera de la Península, y adquiriese, por tanto, títulos sólidos

dos de derecho sobre tantos y tantos territorios como se han ido desprendiendo, durante la última década, del mapa colonial de España, se aplican ahora a apropiarse lo que podría llamarse el pegujar geográfico del pobre y del desheredado, y a estorbar por miras interesadas el desarrollo de la influencia española en esas plazas del norte de África, donde tanto interesa constituir focos densos y activos de población española. En diversas ocasiones se ha intentado la explotación de vastos territorios en las posesiones ultramarinas de España, por empresas comerciales y colonizadoras; sirvan de ejemplo, en el golfo de Guinea, los sres. Jacas y Cuadras, y Cíbut, en 1859; el ingeniero sr. Pardo, en el mismo año; el sr. Porro, en 1865; y otros. A ese precedente deben atender, para desenvolverlo, los grandes capitalistas: esa es la esfera de acción en que deben moverse; porque si ellos no, quién explotará y pondrá en cultivo aquellas posesiones que, por su mucha extensión y larga distancia, se hallan fuera del alcance de los comerciantes y colonos de escasos recursos? Querer asimilar la colonización del pequeño campo de Melilla a las grandes explotaciones coloniales, para aplicar a aquella el criterio legal por que se rigen éstas, es una ficción tan destituida de fundamento, que nadie ha de poder engañarse. Y habría de causar un efecto deplorable en la opinión que a la raíz de sucesos tan dolorosos como los de Saida y Port-Breton y las repetidas inundaciones de Levante, con el problema pavoroso de la emigración sobre el tapete, cuando emigrantes de todas nuestras provincias tienen que dirigirse a países extranjeros, tales como Francia, Argelia o Río de Plata, donde el capital les ofrece segura ocupación, algunos capitalistas españoles, dejando abandonado su campo propio, la explotación por factorías o la colonización de los territorios nacionales de América, Oceanía y Golfo de Guinea, que brindan con grandes extensiones, y aun la colonización misma de la Península, que requiere ser hecha en grande escala, privaban a aquellos emigrantes del pequeño recurso que para ellos puede representar el campo de Melilla o cualquier otro semejante. Ni parecía tampoco conveniente que el Estado cediese a un particular, por poco menos que nada, todo un distrito municipal, cuando, por otra parte, tiene que incautarse cada año de millares de parcelas propias de peque-

ños cultivadores a quienes la mala calidad y escasa fuerza productiva del -
suelo, junto con las sequías, obligan a emigrar.

Y no se diga -concluye- que para cultivar el término jurisdiccional de Melilla hay que fortificarlo, y que una de las condiciones de la concesión es que la empresa concesionaria costee dos fuertes provisionales; porque, en primer lugar, el prestar seguridad a las vidas y haciendas de los españoles que habitan en territorio nacional, es deber y atribución del Estado, que el Estado cumple en todas partes, por ejemplo, en la isla de Corisco o en la - Península de Río de Oro, no obstante ser de mucha menos cuantía los interses españoles a defender en tales territorios. Por otra parte, también los - colonos a quienes se adjudicaran tierras en Melilla aceptarían la obligación de fortificar el término dentro del plazo de dos o tres años, en forma menos costosa quizá, pero más eficaz que aquella : edificándose casetas-fortines as pilleradas. A esto debería añadirse desde luego algunos reductos provisionales en el camino de los camellos y en las cabrerizas, y la creación de una - guardia de rifeños indígenas, cuyas familias vivan permanentemente dentro - de los muros de la plaza y sirvan de fiadores a su lealtad (...)" (11).

Permitásenos, todavía, insistir por un momento sobre el contenido de - la exposición, cuya larga cita justifica probablemente tanto su carácter de - oportunidad en un momento crispado de conflicto social como era el verano de 1885, cuanto lo que de mirada retrospectiva sobre el horizonte colonial y de - premonición inquietante a un tiempo, contiene el documento. Se acusa en él al gran capital de haber descuidado sus obligaciones coloniales, lanzándose ahora como hiena sobre los más pequeños; se defiende en cambio a éstos como - protagonistas de una explotación del suelo directa y parcelaria en las áreas - mínimamente incorporadas al contexto occidental, en coherencia con el modelo global de desarrollo agrario que se venía propugnando para el país. En cambio, y con clara conciencia de su necesidad, insistía aquí Costa en vincular a sus proyectos guineanos a los capitales solidificados, capitales que ya tarda--ban demasiado en acudir. Todavía no se había apagado el eco de su llamada -

hacia la industria y el comercio catalanes, llamada que éstos recibieron ya sin duda debilitada por la tensión antagónica de las divergentes concepciones económicas que mediaba entre ellos. Pero pronto, la orientación decidida de los aparatos de poder hacia las exigencias cada vez más firmes del capital - en proceso de transformación, dificultosa pero bien visible, conformaría con plena claridad ante los ojos del todavía joven africanismo español, cuáles eran los derroteros que habría de seguir en adelante la explotación colonial, nunca válvula de escape para una tensión demográfica y social patente, como deseaba el reformismo de Costa, nunca plataforma de alianza de las clases medias en su avance decisivo por la senda que trazaba la desarrollada Europa, sino - como ésta también enseñaba, aunque Costa procura hacer caso omiso - terrible escenario de confrontaciones sociales, impresionante manantial de sangre y dinero : la primera de quienes en principio nada tenían que ganar en aventuras de guerra y conquista; el segundo, dirigido sin vacilar hacia un reducido grupo de hombres de negocios, osados y de público reconocimiento, que, (por razones que muchos de sus compatriotas trataban de explicarse en tanto que otros protegían bajo el paraguas del honor nacional), competían y se aliaban - intermitente, rápida y desasosegadamente con otras burguesías - no importa ya aquí tanto el color de sus banderas - para ahondar con más fuerza y eficacia en el expolio colonial (12).

Respecto a la colonia de Bueno en Melilla, la documentación oficial permite seguir un mínimo rastreo de su evolución. En este sentido, se apresura a actuar la administración central el 30 de diciembre de 1885, una circular - de la administración de Hacienda de Málaga que comunicaba al Director General de la Propiedad haber procedido "por el pronto a sentar en el respectivo inventario de fincas rústicas del Estado la colonia agrícola denominada "Reina Cristina" (13). Por R. O. de 22 de diciembre de 1888 se ordenaba levantar acta de deslinde y amojonamiento definitivo de la colonia con objeto de conceder la posesión a Salvador Bueno, y una vez otorgada ésta por real decreto, Fomento da cuenta a Hacienda del canon definitivo que debe percibir del concesionario 267, 83 pesetas (desde el 12 de enero de 1889, en que se lo otorgara la -

concesión). La extensión final de la colonia era en aquel momento de 307 - hectáreas y 54 centiáreas.

Tres años después aprobaba el ministerio la transferencia de la colonia a favor de la Sociedad Anónima Norte-Africana, que subrogó todos los derechos, obligaciones y responsabilidades de Bueno. Sin embargo, poco después de los sucesos de Melilla de 1893, la Norte-Africana, encabezada por su director gerente, José Torcida, se dirigía por medio de una instancia al ministro de Fomento, quien -previa consulta al Consejo de Estado- accede a su solicitud. Pedía entonces la sociedad se le concediera la renuncia a todos sus derechos a las colonias "Reina Cristina", "Alfonso XII" e "Infanta Isabel"; fundándose "en la situación especial creada en el campo de Melilla, por consecuencia de los sucesos en él ocurridos durante el pasado año, que además de haber causado la ruína de la empresa, hace imposible la realización de los fines que ésta se proponía y la existencia de los colonos en los terrenos objeto de la concesión, por la falta de seguridad personal".

Consideraba el ministro, Alejandro Groizard, que "es un principio de derecho que cada cual puede renunciar al establecido en su favor, cuando la renuncia no perjudica a tercero, principio perfectamente aplicable al caso de que se trata (...), por más que para su otorgamiento influyeron en el ánimo del Gobierno, consideraciones de orden político y razones de interés general. Y aunque en el pliego de condiciones de 1884 no se prevea concretamente el caso de la renuncia, "no era preciso tampoco consignarlo de un modo expreso, toda vez que teniendo la concesión en su esencia el carácter de un censo reservativo, y siendo una de las reglas que rigen éste que el censuario tiene la facultad de abandonar la finca acensuada al censualista en los casos que el código civil señala, dicha facultad se sobreentiende y deduce de la misma naturaleza e índole de la concesión". Es más, "considerando que la renuncia que la Sociedad Norte-Africana hace de la colonia está perfectamente justificada por los sucesos desarrollados en el Campo de Melilla en el

año último, por la actitud hostil de las kabilas fronterizas al mismo, por las repetidas agresiones de que la colonia y sus moradores han sido objeto, hechos todos notorios que colocan a la sociedad concesionaria en la imposibilidad material de realizar los fines de la concesión". Por último, concedía el escrito a los damnificados derecho a reclamar del sultán indemnización por los daños causados, si bien no lo otorgaba para exigir otro tanto del gobierno español. Todo ello, a 3 de mayo de 1894.

769

2) FRANCIA Y ESPAÑA ANTE EL PROBLEMA MARROQUI

El segundo de los temas abordados por la vertiente práctica del colonialismo geográfico, en aquellos meses anteriores al asunto de las Carolinas, había sido el marroquí, siempre en mente y siempre acariciado por la gama más amplia del africanismo hispano. A comienzos de 1884 habíase iniciado el proyecto de rectificación de fronteras entre Marruecos y Argelia, contra el que la Sociedad de Africanistas, secundada rápidamente por la Geográfica, protestó ante las Cortes españolas. "Sería dañoso a los intereses de España -podía leerse en aquella exposición- el trato franco-marroquí, en los términos en que lo propala la prensa europea y lo recela el instinto certero de nuestro pueblo". La alarma producida por Francia era ahora, en el verano de 1885, más fuerte aún.

Coello había expuesto ya sobradamente -y en los mítines y manifestaciones africanistas habían sido subrayados con insistencia- cuáles eran los intereses españoles a defender en Marruecos, tanto de cara a la propia Península como al Imperio limítrofe. Pero los temores del africanismo español eran, en este momento, aparentemente infundados. Se había producido en la república francesa aquella brusca oposición a la política expansionista, que con tanta fortuna fuera aprovechada sin vacilaciones por la oposición al poder constituido, en nombre de intereses fundamental y específicamente nacionales. Así, el Journal des Débats había anunciado llegada la hora "de descansar de empresas exteriores y de permanecer tranquila dentro de su frontera", tratando de recuperar un prestigio pretendidamente perdido en África, y dedicándose a problemas internos (14). Otros, como el Avenir du Loir-et-Cher, portavoz de intereses esencialmente agrarios, había lanzado al aire esta pregunta inquietante, azuzado por el generalizado descenso en Europa de la renta de la tierra: "¿Y teníamos necesidad de ir a conquistar esos arrozales de Tonkín (...) en los que no hay lugar para europeo alguno, en vez de dedicar a nuestra agricultura, tan agotada y tan suficiente, los millones gastados de manera tan alocada?" (15). La frontera argelina y su problemática queda así momentáneamente abandonada. Sin embargo, en España no se siguen confiadamente los ecos de esa

dudosa, y en todo caso parcial, retirada : antes por el contrario, se sospecha de su potencial fuerza encubridora de un recrudecimiento acechante. Por eso vuelve la Revista de Geografía Comercial sobre ello en varias ocasiones, incorporando rumores y noticias, datos y comentarios procedentes de otros puntos de Europa, capaces de mantener avispada y alerta a la opinión volcada sobre Africa (16).

En contrapartida, los temores que en Francia despertaba su rival germánica incidían también de rechazo sobre España, tercera en discordia, y Francia se cuidaba bien de no ocultarlos de puertas afuera. A principios de enero de 1886, desde las páginas de los Annales Politiques, por ejemplo, se lanzaba un reto a la suspicacia y el recelo hispanos : "Alemania -podía leerse allí- acaricia planes muy serios y graves relacionados con el Mediterráneo", tratando de establecer por fin una estación naval en las costas de Marruecos, proyectada desde 1874. Y alertando a terceros interesados : " España no teme nada de Marruecos, porque esta potencia está llamada a ser amiga suya siempre; pero tiene que temer mucho para su tranquilidad y para su independencia de cualquier otra nación europea que se estableciera al otro lado del Estrecho". La Revista de Geografía Comercial, al hacerse eco obligado de la amenaza alemana, vuelve a advertir a la opinión por boca de Costa: "España tiene el derecho, no solo de garantizar a Marruecos su independencia, sino hasta de imponérsela, guardándolo de sí propio" (17). Pero esta tutela o protectorado que el africanismo madrileño exigía no era, en realidad, la política general desarrollada por los gobiernos.

Entretanto, es Francia la enemiga más próxima. Las cuestiones de Guinea, dirimidas en París a partir de finales de febrero de este año de 1866 por una comisión mixta, en la que Fernández Duro figuraba al frente de la delegación española, abocarían a un fracaso total cinco años después, haber avanzado prácticamente nada en aquel tiempo (18). Pero a la altura del siguiente, Marruecos se haya sin discusión en el primer plano de los conflictos africanos. Arrastrada por El Progreso (que a 14 de abril se declara en



todo partícipe de las viejas reclamaciones de las sociedades madrileñas, por considerar que "en buena parte encierran la clave del porvenir de España, y es preciso que la opinión vigile (...) y declare su voluntad por todos los medios de expresión posibles"), vuelve ahora la Revista de Geografía Comercial a preocuparse preferentemente de la denominada Política Hispanomarroquí" (19). En realidad, según afirma aquélla a finales de abril, desde algún tiempo atrás tenía preparado un artículo (cuyo autor no se especifica) que tituló "Descomposición del Imperio de Marruecos", pero no se había decidido a publicarlo -afirma- llevada de la prudencia, dado el prestigio que la sociedad alcanza en el extranjero, "donde se la considera como eco fiel de la opinión pública de España en el orden de la política exterior". Para evitar el peligro de una precipitación comprometedora, decidió Costa consultar primero a la Junta Directiva, la cual examinó y comentó pacientemente el artículo en cuestión. Podía seguirse allí que Marruecos "es un imperio caduco, que se sostiene artificialmente, gracias a los celos y ambiciones de algunas potencias europeas, de igual manera y por iguales causas que Turquía". La agresividad imperialista había impregnado la pluma del anónimo autor del artículo, dotándolo de argumentos, si bien es verdad que en absoluto novedosos para ciertos españoles interesados por Marruecos, también lo es que -casi con unanimidad- rechazado por ambas sociedades geográficas madrileñas en sus años de actuación. "España y el Gobierno deben impedir -se exigía terminantemente todavía- si, contra nuestro deseo, fuese destruido aquel Imperio, que otros se repartan un territorio sobre el cual tenemos el mejor derecho y en el que estriba nuestro porvenir". En otras palabras se estaba abogando decididamente por la participación inmediata y preferente en lo que -se consideraba- era un hecho de inminente porvenir : el reparto del imperio de Marruecos entre las potencias imperialistas.

Joaquín Costa, bastante mermadas sus fuerzas en la empresa de propaganda colonial, tiene sin embargo todavía ánimos para rebatir argumentos que considera inaceptables, invitando a la sociedad de Geografía Comercial a no -

hacerse eco de ellos o, más bien, "a contradecirlos con resolución para no dar lugar a que tomen cuerpo en el ánimo del Gobierno ni en la opinión de Europa". Advierte a sus consocios de la campaña de confusión y camuflaje emprendida por Francia a propósito de Marruecos, campaña tendente en última instancia a hacerse ella sola con el imperio marroquí, "política maquiavélica" en suma. "Todo lo que sea admitir, aun en hipótesis -insiste-, la posibilidad de una descomposición y del consiguiente reparto, es hacer con la mejor intención del mundo la causa de Francia y Alemania y labrar la ruina de la patria". Ni siquiera Inglaterra podría evitar ese supuesto desmembramiento, continúa, y por ello, una vez más, en 1886 como en 1883 y 84, "la política de España en Marruecos debe cifrarse en esto : ni aventuras ni abdicación; respetar a Marruecos y protegerlo contra el fuerte; prevenir peligros futuros, que han de amenazar a España si el imperio del Mogreb se disuelve o anula. España debe recabar de aquel Gobierno garantías serias y positivas - de que no permitirá en ningún tiempo que en las fronteras del Mogreb, ni sobre todo en sus costas, se establezca sin consentimiento de España factoría, estación depósito, destacamento u otro cualquiera género de puesto naval, comercial, militar, industrial, religioso o científico de una potencia extraña".

También Francisco Coello, terciando en el debate, insiste contra la tentación de tomar parte en el reparto, idea que comienza a propagarse por España y que, "debe ser combatida enérgicamente en los números inmediatos de la Revista de Geografía Comercial , como una de las más funestas y que imprimiría rumbos peligrosísimos a la política exterior de España". Reiterativa, tozuda, impotentemente, se insiste : "Nuestro deber es proteger a Marruecos y favorecer por todos los medios pacíficos y legítimos el desenvolvimiento de su riqueza y de su cultura. Si siguiéramos la conducta a que quieren arrastrarnos vecinos poderosos, nos habríamos hecho merecedores de los males que necesariamente habría de acarrearlos". También el médico y viajero en Marruecos Felipe Ovilo y Canales refuerza estos argumentos, negando todo valor real a los "detalles" de las frecuentes sacudidas insurreccionales en el Mogreb que los franceses transmiten con deleite, porque en este caso -afirma, tanto o más in-

quietamente- "tendríamos que admitir que la isla de Mindanao no es españo--
la".

Este es, pues, el momento en que la junta decide, por unanimidad, rea-
firmar ante la opinión, los postulados lanzados a la opinión pública en la pri-
mavera de 1884, utilizando la revista para desmentir esas nuevas y sospecho-
sas afirmaciones sobre la "existencia de tribus soberanas e independientes de
Marruecos, y por tanto anexionables, entre el Mediterráneo, el Atlántico, el
Asaca y la frontera occidental de Argelia". Pero todo ello iba a ser complemen-
to, una vez más, de las gestiones junto al gobierno, tratando de amoldar a éste
unas pautas de conducta política y diplomática (20) que, en buena medida, su -
subordinación tradicional a la política exterior francesa dificultaba.

En este reverdecir del marroquismo costiano, capaz de arrastrar de mo-
mento a buena parte de los demás miembros de las sociedades madrileñas y -
autoconvencido de que representa con su decidida actitud "el pensamiento de -
toda la nación", tiene una significación especial la especie de cruzada contra ti-
rios y troyanos que este momento supone para el conjunto de la actividad marro-
quí de la Comercial y sus hombres. El 20 de marzo de 1886, por una parte, se
había constituido en Ceuta, con la protección y gufa de su periódico El Eco, el
llamado Centro Hispano-Mauritano, autodefinido como una "sociedad destinada
a trabajar por el desarrollo de la influencia española en Marruecos y el aumento
de relaciones comerciales entre España y el Imperio". Como presidente figura-
ba el doctor en Medicina, Celestino García Fernández; entre los socios honora-
rios, Moret y Coello. Con su constitución, avalada por "acreditados comercian-
tes, abogados, médicos, etc. etc." (21), se pretendía "poner término a la indi-
ferencia con que Ceuta, no por falta de patriotismo, sino por sobra de desenga-
ños y por las extraordinarias proporciones de la empresa, recibiera hasta ahora
los esfuerzos de la opinión pública en pro del desarrollo de los intereses y de la
influencia de España en Marruecos". Pero, he aquí que, al recoger la noticia de
la creación de este nuevo núcleo africanista, la Sociedad de Geografía Comercial

se muestra muy lejos del entusiasmo, no vacilando en motejar públicamente a sus promotores de "idealistas": "Parécenos que la nueva Sociedad -advier- te la Revista al glosar una profesión de fé rezumante en retórica- debería - proponerse objetivos más prácticos y tangibles que aquellos, para que los es- fuerzos de sus iniciadores tuvieran mayor eficacia y contribuyesen, a la par que al progreso de la Geografía, a hacer cada día más intensa la legítima in- fluencia de España en Marruecos". Y es que, aunque se vuelva sobre el pro- grama marroquí de 1884 como sobre un catecismo inalterable, los hombres - del africanismo madrileño saben muy bien del cambio de coyuntura producido en esos dos sobresaltados y repletos años; Costa, en particular, sabe como - nadie de los errores y sinsabores que una entusiasta y de ritmo firmemente - sostenido han sido incapaces de evitar.

Pronto se hará llegar a Madrid la voz potente de la Gaceta de Colonia, que, a raíz del asunto de aquel artículo sobre política marroquí más arriba - comentado, acusa a Francisco Coello y a Joaquín Costa de "llevar la voz de la exageración española" a los ámbitos extrapeninsulares. "Cuando se tiene en - cuenta el estado lastimoso de la hacienda de Marruecos -alecciona Alemania a los hombres de Madrid- la descomposición de su ejército, la flaqueza de su - marina y lo delicado y vidrioso de su situación interior, el quijotismo de nues- tros africanistas exclusivistas no tiene explicación, y prueba la falta de madu- rez y de reflexión de los que llevan la voz de la opinión pública" (22). A la de- fensiva, el marroquismo de las sociedades de geografía madrileñas reclama en su auxilio a la opinión progresista española, alegando que el cotidiano El Pro- greso "ha aceptado y sostiene íntegro el programa de nuestra Sociedad", y con él, naturalmente, los hombres de partido que le dan vida. Y, por si quiere oír lo, le grita a su infinitamente más potente colega alemán: "Nosotros no teme- mos nada de Marruecos, como Marruecos no tiene que temer nada de España; pero Alemania, Francia e Inglaterra fortificados al otro lado del Estrecho, constituirían para nosotros una causa permanente de enflaquecimiento, que - comprometería gravemente el sosiego y la independencia de la Península (...)

Hoy, que todavía es tiempo, nos esforzamos en conjurar esa inmensa complicación, que vendría a nublar por completo los horizontes políticos de nuestro país" (23).

Un año después, en febrero del 87, vuelve a percibirse cierto nerviosismo a propósito de la demorada rectificación de fronteras entre Argelia y Marruecos. Moret declara en el Parlamento que el gobierno "piensa considerar cualquier rectificación de las fronteras de Marruecos y Argelia, lo mismo que toda ocupación de territorios de aquel Imperio, como cuestiones que no pueden resolverse sin conocimiento e intervención de España, y sin que ésta ejercite los derechos que en el particular ha reconocido el Gobierno francés..." (24). Precisamente por entonces se desglosaba el Tratado de la Triple Alianza en otros tres, uno de los cuales, en su artículo 3º, obligaba a Alemania a prestar su ayuda a Italia contra Francia en el caso de "un conflicto provocado por la ocupación, protectorado o establecimiento eventual de soberanía por parte de Francia en Trípoli o en Marruecos". Como complemento, su artículo 4º consentía a Italia, en la eventualidad de una guerra victoriosa, extensiones territoriales a costa de Francia. "Conociendo la extensión de este tercer tratado -opina R. Gay de Montellá muchos años después-, no ha de maravillar que la diplomacia de Crispi y de Moret, con la aquiescencia de Inglaterra, corriese por los mismos carriles" (25), y así fué, en definitiva, cómo España -apenas sin saberlo- se vió ligada a los imperios centrales, vía Italia, a 4 de mayo de 1887 (26).

El problema de Marruecos había desempeñado, al parecer, un papel central en esta sigilosa pero largamente meditada decisión (27). Entretanto, lo que los voceros del marroquismo propugnaban no era tanto la salvaguarda de derechos para el momento del reparto, cuanto -valga insistir en ello por -- última vez- la activa y eficaz acción tutelar y administrativa sobre el desorganizado imperio. De ahí, por ejemplo, las sentidas quejas, en enero pasado, cuando se conoce la noticia de que ha logrado establecerse un cable telegráfico

entre Tánger y Gibraltar, patrocinado, claro está, por una compañía inglesa. Se recuerda ahora que, un año atrás, el vicecónsul de España en Tarifa había tratado de tender uno entre esta localidad y Tánger, sin lograr el apoyo del gobierno y sin que la diplomacia española moviera un dedo por vencer los recelos del sultán. Desde el propio contexto marroquí, volvía a clamarse una vez y otra contra la desidia administrativa: "Ya es hora de que España comprenda que las condiciones históricas y geográficas no bastan ya para mantener la influencia de un país en el extranjero; que la política de sentimiento ha pasado, y que su voz no será escuchada en este Imperio sino a condición de que se creen en él intereses positivos y reales" (28).

Pero si la actitud agazapadamente imperialista que la inminente adscripción a los pactos de la Triple encierra, si la decisión lentamente madurada de suscribir con firmeza el mantenimiento global del statu quo desagradaba profundamente a quienes propugnaban en la aventura colonial procedimientos más propios de una fase histórica ya superada por la mayor parte de los protagonistas de esta nueva expansión, es cierto que en sí misma, la empresa colonial no concita en España los odios o animadversiones de amplios sectores sociales, todavía. En Francia, por el contrario, se había producido la turbulenta oleada anticolonialista que sigue a la caída de Ferry al poder. Para cuando el furor colonial vuelva a apoderarse de nuevo de un grupo de acción potente, cinco años más tarde, la ideología antiexpansionista habrá calado ya con cierta profundidad en el seno de las clases populares organizadas, posibilitando un enfrentamiento polémico que va a tener por escenario la Cámara, sobre todo a partir de 1893. En España, el proceso se desarrolla sin duda alguna con mayor lentitud y debilidad, al margen de que resulta ahora más difícil su reconocimiento, en estos primeros años alrededor del 85.

No obstante, puede afirmarse la escasa atención prestada por el recién nacido órgano de prensa El Socialista, durante 1886 (su primer año de vida), por lo que hace al avance del imperialismo territorial. Sólo cuando la burguesía monopolista española ha dado firmes pruebas de su descarnada pugna por

proteger a ultranza unos intereses, crecientes y en amenaza, tanto más ne-
cesitados por la acción estatal cuanto más prósperos se reproducían, sólo
después de que la renovación del contrato de subvenciones postales con la -
Compañía Trasatlántica supusiera un aldabonazo imprevisto a las adormila-
das conciencias demócratas, afirma El Socialista, ya en la primavera de -
1887: "La burguesía, reconociéndose impotente para salvar el grave peligro
que amenaza su vida con el considerable desnivel que hoy existe entre la pro-
ducción y el consumo, acude al único recurso que le queda, no para salvar-
se, no para librarse de una muerte próxima, sino para alargar un poco más
su existencia. Este recurso a la política colonial, o lo que es lo mismo, la
extensión de su dominio a los países donde no impera el régimen capitalista,
a fin de crear en ellos nuevos mercados y centros productores, donde poder
llevar no sólo una parte de los muchísimos géneros que tiene almacenados en
la metrópoli, sino también la mercancía-trabajo, esto es, los obreros sin -
ocupación que en número cada vez mayor pululan por ellas y pueden de un mo-
mento a otro ser un verdadero peligro para la clase dominante (. . .) La bur-
guesía de nuestro mismo país, hasta aquí tan abandonada en punto a esta polí-
tica, ¿ qué hace? . Pues tomar ejemplo de las demás y disponerse a asegurar
firmemente sus colonias, ensanchar algunas de ellas y aun adquirir otras.

¿ A qué obedece la creación de la escuadra recientemente y por unanimi-
dad acordada en el Parlamento? ¿ A qué la adquisición de un terreno por el Go-
bierno español junto al canal de Suez? ¿ A qué la exposición de productos filipi-
nos de Madrid? ¿ A qué ese constante clamoreo de los periódicos más genui-
namente burgueses solicitando que se estrechen íntimamente las relaciones -
con las repúblicas hispanoamericanas y que la influencia española en Africa -
trate de contrabalancear la que de día en día adquieren allí ingleses y france-
ses ?" (29).

Unos meses más tarde, en noviembre de 1887, volvía El Socialista a
dedicar atención al asunto de la carrera africana, insistiendo en la misma ar-
gumentación capital subconsumista nacida en el seno de las propias burguesías

en expansión e incorporada ahora acriticamente por la prensa y la publicística burguesas para gozar, en fin, de variada fortuna entre los teóricos del imperialismo : "Hasta ahora se produce en Europa mucho más de lo que se consume (...) y por esto mismo se ha despertado esa fiebre colonial que tira buscar mercados en todas partes del mundo, y a vestir a los salvajes a cañonazos, para hacerlos cierto bien desgraciados, pues de fijo que ellos se sienten más libres y felices con sus plumas y consiguientes taparrabos" (30).

Pero, si argumentaciones de este tipo van a tardar todavía un tiempo en producirse, sí es posible en cambio recoger ya, en octubre de 1885, críticas parciales al proceso de incorporación de nuevas colonias, concretamente, las de la costa del Sahara. Si bien es verdad que la teoría moderadamente abandonista respecto a Río de Oro que propugna entonces El Resumen (31), directamente a las órdenes de López Domínguez, se inserta en la dinámica general de un dualismo difícilmente reductible entre La Compañía Mercantil Hispano-Africana, principal explotadora de la colonia y la Sociedad de Geografía Comercial, autora material de toda asunción gubernamental de responsabilidades, siquiera mínimas respecto al territorio. De ello vamos a hablar inmediatamente.

720

3) MONOPOLIO CONTRA LIBRECAMBIO EN RIO DE ORO, Y VICISITUDES DE LA INDUSTRIA PESQUERA EN LA COSTA OCCIDENTAL DEL SAHARA.

Casi diez años atrás el liberalismo demócrata español de más pura cepa había constatado con alarma y desagrado evidentes que "una fracción considerable del partido liberal en Europa empieza a renegar de las libertades individuales, que son las más preciosas de todas, y exagera la acción del Estado, proclamando el gubernamentalismo, que es, dígame lo que se quiera, la fórmula política del socialismo" (32). Y si bien no ha de ser aquel espectro revolucionario que tanto atemorizaba a Sanromá el causante de disgustos y antagonismos entre los librecambistas de la Comercial y sus vecinos de la Hispano-Africana en Río de Oro, sí tiene que ver con las preocupaciones liberales de aquél el origen de las divergencias ancladas en el ámbito de la competencia estatal y el tipo de relación existente entre la esfera de lo privado y aquélla suprema institución.

A finales de octubre de 1885, en efecto, las dos compañías con intereses (diversos, pero en cierto sentido solapados) en la península de Río de Oro, han adoptado caminos divergentes y actitudes claramente enfrentadas. Por primera vez, la Revista de Geografía Comercial se atreve entonces a reproducir artículos, tomados de fuentes ajenas -dice-, en que se critican la improvisación y el apresuramiento, la falta de planificación y de acumulación de medios materiales para el establecimiento de la factoría. Hasta aquel momento, al parecer, la actividad comercial del recién creado enclave se limitaba a la adquisición de carneros procedentes del interior, a bajo precio (6 reales la cabeza), siendo el negocio incluso menor de lo que a primera vista podía suponerse. Los animales llegaban a la costa extenuados de hambre y sed tras un largo viaje; elevando así además los gastos de transporte. Cuando el ganado llegaba a la península, en tan penoso estado, convenía engordarlo algunos meses antes de presentarlo al mercado. En estas condiciones, parecía evidente que habría de importarse muchos carneros "para que su producto pueda compensar los gastos de la Compañía, aun a pesar de la economía con que se hace la instalación y planteamiento del negocio". A lo largo de todo el mes de agosto el vapor "Río de Oro", propiedad de la Compañía, había trasladado a la Península solamente unos ciento

veinte carneros, según se afirma. El panorama se ensombrecía aún más por el hecho de que las tribus limítrofes, que al principio corrían a vender su ganado, habían aprendido ahora que no era precisa tanta disposición : si ellos no lo llevaban, los agentes de la compañía aparecían a buscarlo, con la consiguiente pérdida de beneficios. Ante las crecientes dificultades, la Hispano-Africana exigía a su gobierno, ahora, una protección y apoyo mayores.

De hecho, venía funcionando aquélla en virtud de un sistema mixto, "ni propiamente oficial, ni enteramente privado", por el que "ni el Gobierno se creía obligado a facilitar los recursos necesarios", ni podía la empresa "manejarse por sí sola sin el apoyo efectivo de la acción oficial". Un ejemplo práctico: el destacamento que protegía la colonia, formado de 35 artilleros y dos oficiales, recibía un plus de campaña (de una peseta los oficiales y 25 céntimos la tropa), más otros 25 que se abonaban por cuenta de la compañía. Otro ejemplo más: la máxima autoridad de la colonia, el comisario regio Bonelli, era a la vez representante o factor principal de la compañía en cuestión. "Este dualismo de atribuciones tan heterogéneas -se comentaba- es, en nuestro sentir, perjudicial y afecto a razonamientos que deben de evitarse siempre - en toda naciente colonia". Por su parte, la RGC comenta esperanzada que, si bien es verdad que los resultados hasta entonces obtenidos no podían evaluarse como demasiado prometedores, "más que a condiciones invencibles de localidad, deben atribuirse al olvido de los buenos principios en la dirección" (33). Meses más tarde, la situación financiera de la Hispano-Africana se habrá hecho francamente insostenible, pero para entonces, peticiones como las de los comerciantes españoles en el Congo, Valle, Acevedo y Compañía, pretendían seguir el ejemplo aprendido de la compañía actuante en Río de Oro, y así, solicitaban del gobierno español protección y un buque de guerra para salvaguardar el comercio español en la zona, en evidente inferioridad respecto al de otros países. Al parecer, la compañía española establecida en el Congo se dedicaba también al comercio de base de caucho y aceite de palma.

Por el contrario, ninguna protección oficial había solicitado para una - de sus nuevas empresas coloniales la siempre avisada compañía naviera que dirigía el Marqués de Comillas, profundamente interesada por el mantenimiento de su línea directa de tráfico mercantil entre Filipinas y España, sobre todo a raíz de la constitución de fuertes intereses tabaqueros en Manila controlados por el mismo grupo financiero al que pertenecía la Trasatlántica, y una vez que había logrado poner fin a la competencia que, en el sector del comercio marítimo filipino, venía haciéndole la línea establecida años atrás por el valenciano Marqués de Campo. Así, en el momento álgido del affaire de las Carolinas, enviaría Comillas al vapor "Castellano" a la isla de Yap, conduciendo personal suficiente para el establecimiento de una factoría en la isla. (Llegaba el buque a Yap el día 6 de noviembre, principiando en seguida los trabajos de construcción del edificio sede de la instalación). En aquellos momentos, un sólo comerciante alemán se hallaba establecido en aquel enclave, y ni un solo buque de guerra patrullaba las costas (34). Con oportunidad y solvencia se asistía de este modo a un tipo de acciones no muy frecuente en España.

Frente a esta situación de discreción y autosuficiencia, de Río de Oro - llegaban noticias cada vez más alarmantes : "El capital de la Compañía Mercantil Hispano-Africana no es ya suficiente para adquirir todas las mercancías que llegan del interior a Río de Oro", se lee sorprendentemente en la revista de los africanistas madrileños (35). En realidad se trata de la búsqueda por parte de éstos de una nueva estrategia con respecto a Río de Oro. El 6 de febrero de 1886, entre las siempre complacientes paredes del Círculo de la Unión Mercantil, se reúne la junta directiva de la Comercial "para tomar un acuerdo acerca de la situación del comercio español en la península de Río de Oro y de las pretensiones de monopolio formuladas por la Compañía Mercantil Hispano-Africana" (36). El Imparcial reseña la velada con entusiasmo (37). Se habían reunido en ella buena parte de las caras conocidas en la gestión de propaganda y agitación librecambista de años pasados. Joaquín Costa, actuando como ponente, leyó ante la concurrencia un razonado dictamen. En su parte positiva, proponía éste :

1º) Que la Sociedad promoviese expediente ante los ministerios de Estado y Ultramar a fin de que los territorios del Sahara occidental quedasen sometidos a las leyes generales de colonización de Ultramar.

2º) Que se impugnara en el propio ministerio de Estado aquella solicitud presentada por la Hispano-Africana en pretensión de que le fuera otorgada carta real de concesión y monopolio, antes de que recayera sobre ésta la real orden correspondiente.

3º) Que en el caso extremo de que el Gobierno accediese a este monopolio, "faltando a lo convenido en la Conferencia de Berlín y revocando acuerdos propios", resolviese la Sociedad de Geografía Comercial constituirse en sociedad anónima, "si fuera preciso", para el solo efecto de tener personalidad jurídica con que instar a la vía contenciosa la revocación de la concesión.

4º) Comunicar, a cuantos navieros, industriales y comerciantes se habían mostrado interesados al respecto, que ya era momento de encauzar sus negocios hacia Río de Oro, por ser hecho consumado que la Compañía instalada allí no era capaz de absorber ni siquiera en su mayor parte el tráfico mercantil procedente del interior. A aquéllos, el 20 de junio del año anterior, había dirigido la Comercial una circular, frenando por el momento su potencial atención hacia esa zona, en reserva del inminente despliegue total de las fuerzas de la Hispano-Africana, pero ahora no era tiempo de esperar más, en vista de que ni la corriente comercial ni la pesquera ofrecían hasta aquí los resultados esperados.

5º) Por si esta llamada no lograra su objetivo, se proponía instar al Círculo de la Unión Mercantil a fundar una factoría en la bahía de Río de Oro, "sosteniéndola transitoriamente". En último caso si el Círculo se negara, había de decidir la Sociedad de Geografía Comercial fundarla por sí misma, "con el carácter de complementaria, y no más, de la allí existente".

69) Solicitar de las Cortes la concesión del cabotaje para el comercio realizado entre la Península y las factorías y pesquerías españolas de la costa occidental africana, al igual que se había solicitado en 1884 respecto a Ceuta, Melilla y Chafarinas.

79) Enviar una expedición científica, antes de que llegase el invierno, con el doble carácter de comercial, a los oasis del Adrar, Tixit y demás del Sahara Occidental, con la misión de estudiar los recursos naturales de la región y las condiciones de cultivo.

89) Redactar y publicar en la prensa un trabajo sobre los bancos pesqueros de la costa del Sahara y las fabricaciones realizadas en las pesquerías, así como sobre las condiciones del comercio con la zona y todo lo referente a la colonización futura del territorio.

Una vez más, a 6 de febrero de 1886, firmaba esta especie de manifiesto, a solas, Joaquín Costa. Este fué el texto base para la discusión que siguió, en los salones del Círculo madrileño. En seguida, se apresuró a atajar a Costa el secretario de la Hispano-Africana, Antonio García Alix, sosteniendo que su compañía era la primera y la única que había instalado en aquella costa un establecimiento fijo y un barco permanente, en tanto que la Sociedad de Africanistas "no hizo sino levantar la bandera sobre tres miserables edificios de madera, que han sido destruídos por los moros". E incluso ello se debió -prosigue- a que la propia Hispano-Africana había puesto a su disposición la goleta "Inés", su personal y sus mercancías. Aferrándose, según sus propias palabras, al "moderno derecho colonial", afirma García Alix que "el comercio es lo único que confiere títulos de preferencia", y ya que tiene (la compañía que él defiende) a su favor la prioridad, "sería una expoliación si el Gobierno le negase la carta real de concesión y monopolio en la bahía Río de Oro que tiene solicitada, análoga a la que concedió Inglaterra a la Compañía de Borneo". Por otra parte, añade, ni siquiera esto "constituiría un verdadero monopolio, puesto que el que quiera negociar en dicha península puede tomar acciones de la

Compañía, las cuales le dan derecho a intervenir en la gerencia de la misma". Niega, por otra parte, García Alix que afluya a la factoría más comercio del que ésta puede en efecto canalizar, y afirma que la compañía tiene "capital sobrado para eso y para mucho más, hallándose tan próspera que le acaban de brindar medio millón de reales y un barco que pronto navegará a nombre de la Compañía". Por último, advierte el secretario a la concurrencia que Costa no desea otra cosa sino desacreditar a la Hispano-Africana hasta hundirla, para sustituir entonces su factoría por otra de la Geográfica Comercial, no habiendo demostrado ésta, a lo largo de este tiempo, -y concluye con ello- sino "codicia, egoísmo, miserias ruines, etc."

El aludido Costa no aguardará siquiera la intervención de otros oradores. Reitera una vez más que, desde hacía poco más de seis meses, venía desviando requisitorias como las del naviero Vidal y Sala de Barcelona, o el fabricante Malvey, de la misma ciudad, profundamente interesados ambos - en iniciar el tráfico con Río de Oro. Es más, a finales de 1885 había dirigido Costa una carta al periódico Los Negocios, de Barcelona, para dar a conocer públicamente en los medios industriales y mercantiles de aquella capital que la Hispano-Africana, primera compañía establecida en Río de Oro, ya era suficiente en la zona "para absorber el comercio local posible". Sin embargo, a mediados de enero de 1886 habían llegado a los oídos de Costa noticias procedentes de Canarias, a propósito de que la compañía en cuestión trataba de vender a extraños sus derechos en la zona, por lo que había incitado vehementemente a Coello para que inquirese de Bonelli, como máxima autoridad gubernamental en el territorio, si era aquello verdad. Porque, si como se temía Costa, se trataba únicamente de que la compañía explotadora trataba de retirarse, había a todo trance que procurar evitarlo, gestionando del Estado el compromiso de garantizar al capital en juego un interés del 6 por ciento, en tanto no se consiguiera involucrar a otros comerciantes, "pues por lo menos uno hace allí falta". Era, así, según explica Costa, su única intención el evitar que llegara a paralizarse la "corriente comercial ya iniciada", o conseguir restablecerla, si es que ya se había detenido, así como "consolidar la -

dominación de España en aquella costa e impedir que el Gobierno retire - las fuerzas de mar y tierra con que la guarnece" (38). Por último, puntualiza el orador que, respecto a la goleta "Inés", le fué alquilada ésta por - "más de cuatro mil reales por sueldos de la tripulación y otros cuatro mil próximamente por manutención de la misma en un solo mes", cuyos recibos enseña en aquel momento, y lo que suponía en realidad "tres veces más de lo que habría costado el flete de un paillebot que no hubiera sido cedido por - impulso de generosidad y de patriotismo".

A partir de aquí, la respuesta de Costa se vertebra sobre el cañama--zo del derecho de ocupación : "Las actas de cesión obrantes en el Ministerio de Estado, se hallan otorgadas por los indígenas a favor de la Sociedad Española de Africanistas y del Gobierno Español, sin que en ninguna de ellas se - aluda, directa ni indirectamente, a la Compañía Mercantil". Así constaba - igualmente en la R. O. de 26 de diciembre de 1884, por la que el gobierno tomaba bajo su protección las costas referidas (39). Pero en seguida vuelve a centrarse el orador en su ya inconciliable enfrentamiento con la Hispano-Africana: "Ha llamado al comercio del interior sin ponerle tasa, y ese comercio ha llegado en proporción superior a las facultades de la Compañía, y los indígenas se han vuelto escarmentados; ha adormecido a la Sociedad de Geografía Comercial, ocultándole la situación y comunicando diariamente telegramas excesivamente optimistas a las agencias, y esta Sociedad no ha podido conjurar con tiempo la crisis, como lo habría hecho; ha remitido cartas a la prensa de Barcelona, notificando a la industria de aquella ciudad que no consentiría a nadie que se estableciera en la Península y bahía de Rio de Oro, dándolas como suyas, y los navieros y fabricantes, que la habrían ayudado - en la fácil empresa de crear allí un mercado riquísimo y permanente, se han retraído ante la amenaza, hasta tanto que la situación se aclarare ...".

La rabia y la impotencia que descargan las palabras de Costa se tras--muta en honor y decoro heridos, en boca de Coello, que acude al debate lamentándose de que la Hispano-Africana no ha cesado en este tiempo de motejar de

"miserables" a las casetas establecidas a su llegada, recordando a todos - que "a no ser por estas casetas, a estas horas ondearía el pabellón inglés en la costa del Sahara".

También Federico Rubio, como parte interesada en el asunto, sale en defensa de Costa y Coello, recordando cómo fué la Compañía de Pesquerías Canario-Africanas la primera en establecerse en la zona, dejando después - en herencia a la de Geografía Comercial aquellos primeros y modestos establecimientos, aquellas casetas que acababan de mencionarse. Según el doctor Rubio, que se reclama socio fundador de "una sociedad que ha sepultado en - aquellas aguas una fortuna", cuando la Hispano-Africana llegó por primera - vez a Río de Oro, "hacía un mes que había salido de la bahía un vapor propiedad del orador, cargado de barriles de pescado, con dirección a Europa". Por ello, en tanto que se ha tratado únicamente de reservar para España aquellos territorios, afirma Rubio haberse negado a actuar en contra de la Hispano-Africana, pero hoy que pretende ésta abiertamente la concesión monopolista, se confiesa dispuesto a recurrir, si es preciso, ante el Consejo de Estado.

Por último, viene también Bonelli en contra de la Compañía Hispano-Africana, porque "diga lo que quiera su secretario, no tiene medios suficientes para atender a todo el comercio que puede hacerse allí hoy, y por eso se han retirado expediciones de géneros del interior, que habían llegado al reclamo de promesas que la Compañía no ha podido cumplir". Por ello, afirma como conclusión el explorador Emilio Bonelli que "el remedio no está en lo - que pretende la Compañía Mercantil, sino en lo contrario".

Únicamente Altolaguirre opinó en aquellos momentos que la Sociedad de Geografía Comercial no debía abandonar a la Hispano-Africana, "y menos provocar contra ella una competencia", sin ofrecer más fundamento a su aserto. Pero en seguida salió al quite Gonzalo de Reparaz, recordando varios hechos - "encaminados a probar que la competencia ha sido siempre beneficiosa al desa-

rrollo del comercio en las colonias, y por tanto, de las colonias mismas". Tras una larga explicación entre ambos señores, fueron aprobadas por unanimidad las proposiciones 6^a, 7^a y 8^a del escrito presentado por Costa, y el resto por mayoría, si bien se emitió un voto en contra de la primera, dos en contra de la segunda, y tres en contra de la 3^a, 4^a y 5^a. A propósito de la 6^a, Viluma y Galí, de las Pesquerías Canario-Africanas, dan a conocer un hecho grave (del tipo del cual ya se han quejado públicamente en otras ocasiones): que han traído recientemente a Sevilla bacalao procedente de las costas del Sahara, por el que el arrendatario del impuesto de consumos les ha exigido unos derechos exorbitantes (derechos que, en cambio, no se perciben por el bacalao importado), significando esta circunstancia, en opinión de los perjudicados, que "si tal abuso continuase, se haría imposible el desarrollo de la industria pesquera en las nuevas posesiones". Otro tanto, a mayor abundamiento (pero dentro de la lógica arancelaria del momento), había ocurrido con unas partidas de cebada procedentes de Melilla, precisamente de la producción obtenida por los colonos que había instalado en sus tierras el señor Bueno. Se había percibido un derecho arancelario de tres pesetas por hectólitro, con lo cual -se quejan Viluma y su socio- "no han vuelto a nuestra plaza del Ríf" dichos colonos (40).

Sin embargo, en el mítin del Círculo Mercantil, aquella noche, no se trataron únicamente los recientes problemas de Río de Oro. Trataba de ser aquélla una especie de recapitulación sobre lo conseguido hasta entonces merced a los esfuerzos del círculo de africanistas madrileño. Entre otros, se hallaban presentes para hacer dicho balance Manuel Merelo, Constantino Rodríguez, Carlos Prast, Federico Rubio, Ovilo, Bonelli, Alvarez Pérez, Ferrero, Labra, Pérez del Toro, Fernández Duro, Pedregal, Sela, Arce Mazón, Gamíz, Coello y Costa. Principió Costa, en realidad, dando cuenta de las últimas exploraciones ejecutadas bajo su dirección y planificación. Desde Fernando Poo escribía Montes de Oca, cuya carta sirvió para enhebrar el relato de lo ocurrido en los tres últimos meses. Desde Elobey informaba Osorio -

sobre la "lucha sorda" mantenida por franceses y españoles acerca de la posesión de los territorios del Muni. La carta de Lorenzo Rubio, desde Villa Cisneros, sirvió de pretexto para el debate central que hemos reseñado más arriba. Y una nota del geógrafo francés Duveyrier, que había provocado la respuesta enérgica de Fernández Duro (pues ponía en entredicho los derechos españoles a la península de Cabo Blanco y a la bahía del Galgo) sirvió para depositar, una vez más, enormes esperanzas en la comisión de límites que actuaba en París. También se habló allí de la embajada española que había de visitar la corte de Fez, a la que se intentaría encargar la puesta en práctica de una de las 22 peticiones que incluía el manifiesto sobre política marroquí del año 84. Por último, se informó cumplidamente acerca de la cuarta expedición a África, que habría de salir a la semana siguiente con el objetivo preciso de fundar una factoría. La encabezaban los miembros de la junta Alvarez Pérez y Campos Moles, así como el geólogo institucionista Quiroga (41).

A propósito de esta última cuestión, encerrada en el marco general de la "situación difícil en que pueden encontrarse los intereses mercantiles de España y Río de Oro", se lamentó la junta de su increíble aislamiento: "La Compañía Hispano-Africana de Aguilas no ha hecho sino ruido; la Sociedad de Africanistas de Sevilla no ha pasado de los dos trámites que son indispensables en toda Sociedad española y en los cuales suele agotarse su virtualidad entera : la discusión refida del reglamento y el nombramiento de una comisión; la Sociedad de Geografía Comercial de Barcelona murió en el reglamento; la Unión Hispano-Marítima (sic) de Granada ha sido sólo un nombre, y la diputación catalana se ha desinteresado de estas empresas, que tanto importan al comercio y al porvenir político del país" (42).

Esta última circunstancia, el desentendimiento de la industria y el comercio catalanes era, sin duda alguna, la espina más honda en el corazón del africanismo de última hora. A 28 de diciembre pasado (1885) se había celebrado en el palacio del Congreso, y a solicitud de la comisión ejecutiva de la Sociedad de Geografía Comercial (Coello y Costa, una vez más), una larga entrevista

con los diputados catalanes, a los que se encargó de convocar Víctor Balaguer, eterno mediador. Parece ser que entonces ofrecieron su cooperación sincera en este terreno Durán, Bosch y Labrús, Nicolau y Sert, de reconocidos intereses en la producción catalana todos ellos. "Por desgracia -se recordaba ahora, a principios de febrero del 86- han mudado de propósitos con posterioridad". Al parecer, no había mediado conversación ni disputa en esta última decisión, sino sólomente dejaron aquellos "pasar el plazo fijado de común acuerdo y dos tantos más sin contestar". El intento de conciliación entre fracciones burguesas que, en definitiva, el africanismo costiano encerraba iba a verse frustrado en muy poco tiempo. Su principal impulsor, el por entonces letrado de Hacienda Joaquín Costa, iba a invertir unos cuatro años de su vida, casi a pleno rendimiento, en procurar dar vida al proyecto, pero a la altura de los primeros meses de 1886 serias dificultades estorbaban su comprometido empeño.

Sin embargo, a 15 de febrero de 1886, firmaba José Ricart Giralt, bajo el patrocinio del Centre Català y de su presidente, Eusebio Güell, un folleto - que se ocupa de "Nuestro comercio en la costa de Africa". En realidad, se trata de una exposición sobre las relaciones comerciales entre Cataluña y el continente africano, elevada ahora a la Diputación provincial de Barcelona, y que después enviará su autor a la redacción de la RGC. A lo largo de sus páginas - desfilan aquellas peticiones a la reina de 1858, los perjuicios causados al comercio por el nefasto tratado de 1835, los esfuerzos de las casas catalanas Vidal y Ribas y Montagut y Cia., la pérdida consiguiente de un potencial venero de riqueza ... Contra el tratado de Inglaterra -también fuertemente atacado en el Congreso de 1883- escribe Ricart: "No basta con que el tiempo haya caducado de hecho el tratado de 1835; no basta que todo el mundo esté convencido de que ya no existe ningún negrero español: es preciso que nuestro gobierno consiga del de Inglaterra la verdadera anulación diplomática de dicho tratado, a fin de que nuestros buques no se vean en la vergüenza de tener que mendigar pasaportes en Londres, ni sean víctimas de la mala fé que hace algún tiempo se permiten las naciones fuertes en asuntos marítimos y coloniales, para rectificar -

las fronteras de las naciones débiles" (43). En el caso de que el gobierno - no lograra de Inglaterra la rectificación del tratado, solicitaba el Centre - Catalá se enviase a Guinea cuantos buques de guerra fuesen necesarios para apoyar los derechos de los comerciantes españoles, y ejercer el derecho de visita que le corresponde a España sobre los buques mercantes ingleses.

También en Barcelona, a principios de año, el naviero Federico Nicolau había costado el envío de un "agente especial" a las islas Canarias para estudiar las bases en que debiera cimentarse la creación de un tráfico "algo serio" en combinación con los puertos del Maghreb, Río de Oro y demás factorías que pudieran establecerse en aquellas costas. Como medio de agilizar los transportes por mar, y en momento en que sus propios intereses navieros se hallan sin duda amenazados por la disminución de los fletes, propone Nicolau se reclame del emperador de Marruecos autorización para exportar más fácilmente por los puertos de su imperio tanto trigo o cebada como carneros o vacuno. A un tiempo, debería España sin dilación -sigue opinando Nicolau- asociarse a las gestiones de Inglaterra, Francia e Italia, en pro de la supresión de los derechos de exportación establecidos en el tratado de Uad-Ras para satisfacer a España la indemnización de guerra, derechos que, en definitiva, percibía en aquellos momentos el sultán.

Pero la iniciativa de Nicolau no se detenía aquí: el factor enviado por su cuenta y riesgo a explorar los mercados del occidente africano contaba con - "recursos suficientes para hacer compras y abrir un tráfico importante en los puntos de la costa que parezcan más convenientes". La Revista de Geografía - Comercial, al dar cuenta a sus lectores del proyecto, anima a su promotor: "Este es el camino (...) y el ejemplo que deben seguir nuestros navieros y comerciantes", pero no es excesivamente optimista respecto al ámbito marroquí, y así, aunque opina que las concesiones arancelarias referidas más arriba "ofrecerían un campo de cierta importancia para el retorno de los buques españoles que se dedicasen al tráfico en las costas marroquíes", contempla con

serias dudas, por el contrario, la posibilidad de obtener en breve buenos resultados a través de la importación de productos distribuidos desde los puertos marroquíes. Algo han variado las perspectivas de aquella política entusiasta de España en Marruecos proclamada a los cuatro vientos desde el teatro de la Alhambra en Madrid, en la primavera de 1884, cuando arriba Costa escribe : "Los moros no son grandes consumidores; visten y viven pobre y miserablemente; pagan mal y tarde, y cobran tan al contado, que prefieren siempre al comprador que les entrega más prontamente el dinero " (44).

Pero antes de adentrarnos en empresas de navegación y transporte marítimo, para las que el año de 1886 marca un punto de partida renovador, creo que conviene dar un ligero repaso a lo que, entre tanto, conseguía en Africa la iniciativa de exploración y conquista territorial.

Por ejemplo, a finales de febrero de 1886 veía la luz pública la esperada "Memoria" de Manuel Iradier sobre su "Expedición al Muni en 1884", trasunto fiel de las condiciones de inferioridad (tanto objetivas como subjetivas) en que se encuadraban las osadas iniciativas españolas (45). El explorador del Sahara Lorenzo Rubio, poco antes, había escogido el Círculo de la Unión Mercantil, de nuevo, para dar cuenta del resultado de su viaje en Río de Oro y sus condiciones de habitabilidad, cultivo y explotación. Una vez tras otra, la insistencia reiterada en una libertad de comercio completa, como pauta económica de explotación : "Río de Oro, como toda la costa del Sahara, pertenece a la nación española y no a una compañía ni a un particular (. . .) Las pretensiones de algunos al monopolio del tráfico en aquellas regiones carecen por completo de fundamento y no han sido ni pueden ser reconocidas por el Gobierno ni por nadie " (46).

Y también en la sede del Círculo librecambista madrileño, al parecer - debido al interés que manifestaban por entonces en la política colonial "un público numeroso de socios de éste " (la Unión Mercantil), tiene lugar, el día 8

de abril, la recapitulación global sobre política hispano-marroquí que la Sociedad de Geografía Comercial pretendía en aquellos momentos. Junto a esta materia de examen, se abordó la situación legal de los archipiélagos Marshall y Gilbert (47). Pero lo que más interesó, quizá, al auditorio -curioso e interesado- que abarrotaba los salones del Círculo fueron las noticias sobre las expediciones en curso : Alvarez Pérez, que había salido de la península en marzo, era de suponer que estuviese ya atando los cabos de su misión comercial; Cervera y Quiroga, capitán de ingenieros y profesor de la ILE, respectivamente, llevaban por primera vez en España misiones científicas de alta envergadura. Gustaría sin duda a los librecambistas del Círculo, así mismo, escuchar la noticia de haberse ya impugnado ante el Gobierno las pretensiones de monopolio en Río de Oro que tanto dieran que hablar, impugnación acompañada de una solicitud de cabotaje para las factorías españolas en la costa occidental del Sahara. Por último, se prodigaron votos de agradecimiento para Segismundo Moret, "por el celo extraordinario con que atiende, como ministro de Estado, al fomento de los intereses geográfico-comerciales de España", para Federico Nicolau y el marqués de Comillas, navieros, para los fabricantes Batlló, Sert y Sallarés, así como para el banquero Girona, "por haberse asociado patrióticamente a los propósitos de la Sociedad, coadyuvando con gran eficacia a la más importante de las cinco expediciones emprendidas ahora por ella" (48).

Más de un mes después recibiría la junta noticias de los exploradores en cuestión. El 5 de marzo fechaba Amado Osorio una carta escrita en Fernando Poo, dando cuenta de la tercera expedición guineana, en la que había invertido mes y medio. Rápidamente recibiría copia de la misma el ministro de Estado y el presidente de la comisión de límites en París, Fernández Duro, por tratar directamente de problemas suscitados por las problemáticas ocupaciones francesas, que la nación vecina trataba de anteponer a los derechos de España. Pocos días más tarde, noticias inconexas pero alarmantes acerca de dos nuevas expediciones extranjeras (una francesa y otra alemana) por la cuenca del Sus y del Uad-Nun, obligan a la Sociedad de Geografía Comercial a celebrar sesión

extraordinaria el día 22 de abril por la noche, a pesar de ser festivo. En mayo, por fin, tendría lugar aquel recibimiento y homenaje a Iradier, Osorio y Montes de Oca que evocamos más arriba en contraposición con la euforia imparable de medio año atrás. Después del verano se hará público el relato de la expedición de Cervera Baviera por el Sahara (49), proyectada igualmente por la Sociedad de Geografía Comercial y llevada a cabo con parte de los fondos (100. 000 pesetas) que las Cortes habían incluido por primera vez en el presupuesto con destino a exploraciones geográficas (50).

En las palabras de Cervera, de nuevo el ya insalvable antagonismo que enfrenta a los patrocinados por Costa y los que van de parte de la Compañía Hispano-Africana en Río de Oro: "Los rigores del clima y la barbarie y fanatismo de los naturales han sido nada en comparación de otra dificultad con que hemos tenido que luchar, nacida o inspirada fuera del Desierto; pero esto merece capítulo aparte y ha de aguardar menos solemne ocasión: no quiero amargar esta lectura con relatos de sucesos que parecerán increíbles a los buenos patriotas españoles cuando se sepan". También por ahora da cuenta José Álvarez Pérez de su viaje por el Hamra, parte de cuya zona había reconocido ya en el año 1883 una comisión especial dirigida por el comandante de Estado Mayor - Ramón Jaúdenes (51).

Son éstos, por lo tanto, momentos de amplia atención dedicada al Sahara, objeto de un buen puñado de artículos (en el número de julio-septiembre de la Revista de Geografía Comercial), debidos con toda seguridad a la mano de Costa, pero de los cuales (y ello como novedad respecto a los números anteriores) sólo firma algunos de los más extensos y cuidados, como el erudito estudio histórico sobre los orígenes del Sahara. En otro lugar del mismo número se ocupa Costa de la agricultura en la zona, en conexión con aquella discrepancia sostenida algún tiempo atrás con la Gaceta Agrícola del Ministerio de Fomento : " Para el solo efecto de colonizar, sería una locura pensar en el Sahara Occidental -declara ahora Costa abiertamente-, mientras brinde el planeta y posea España territorios de otras condiciones donde poder emplear su

actividad con provecho grande e inmediato. Algún día se agotarán las tierras fértiles, y entonces será quizá forzoso echar mano de los desiertos, y tendrá cuenta invertir en ellos capitales sobrantes e improductivos" (52). De momento, "todo lo que España puede hacer (pero esto creo que debe hacerlo -subraya-), es crear dos o tres núcleos de población en la costa, que hagan efectiva la ocupación del territorio; protejan la industria de la pesca; sirvan de guía y escala al comercio marítimo universal ...".

Por otra parte, había insistido durante ese verano la sociedad africanista madrileña junto al ministro de Ultramar para recordarle y prevenirle en contra de las pretensiones constantes de la Hispano-Africana, tanto más inatendibles e inoportunas cuanto que continuaban recibéndose, al parecer, noticias de comerciantes canarios que se quejaban de la paralización de los negocios en Río de Oro. El ministerio tranquiliza a la Comercial asegurándole que "el comercio es allí libre para todos, y que en tal sentido ha recibido instrucciones el comisario regio" (53).

Pero Gamazo, ministro de Ultramar, habrá de enfrentarse de nuevo, en la Cámara baja y a principios de julio, con preguntas que reflejaban la amplia inquietud respecto a lo otorgado verdaderamente a la Compañía Mercantil por el gobierno. En realidad, la R. O. de Ultramar dirigida a Marina de 16 de junio de 1886 (54), en respuesta a la instancia elevada a la reina por aquella compañía, con fecha 16 de marzo, -solicitando se le concediera Carta Real de dominio a su favor, sobre los terrenos de la costa occidental de Africa comprendidos entre Punta Elbow y Bahía de Cintra (22º 55' y 24º 10' lat. N.)- decidía finalmente :

1º) "Que desde luego se reconozca en principio el derecho de la Compañía a la propiedad de los terrenos que en la actualidad posee en concepto de primer ocupante; pero que a fin de fijar los límites de los que se reconoce como de su propiedad, ese Ministerio de su digno cargo (el de Marina) se -

sirva ordenar al jefe de la estación naval en Río de Oro que determine lo -
que aquella ocupa en la costa occidental de Africa".

29) "Que dicho jefe informe respecto a los puntos que la Compañía -
ocupó antes de los sangrientos sucesos acaecidos el año de 1885, y que por
consecuencia de los mismos se haya visto obligada a abandonar, y sobre -
aquellos terrenos que, sin poseerlos materialmente, sean indispensables a
la mencionada Compañía para el desarrollo del negocio planteado".

30) "Que asimismo deberá informar acerca de qué terrenos han de que -
dar eliminados de éste y futuros reconocimientos de propiedad particular,
bien por ser de los que las leyes españolas denominan públicos, ya por ser de
los que en un plazo no lejano el Estado deberá utilizar para el planteamiento
de servicios como el de comunicaciones, puertos, etc, etc,".

Al reproducirse esta real orden en la prensa ministerial se levanta una
marejada de rumores y desazones que tomará cuerpo un mes después, en el
Congreso, cuando a 9 de julio el diputado Gorostidi solicita al ministro de -
Ultramar información amplia sobre "las supuestas cesiones de territorio en
Río de Oro" (55). Es más, desea ahora Gorostidi conocer con certeza -como
es su deseo- "que esa Real Orden no coarta ni poco ni mucho el perfecto de-
recho que los particulares y las empresas, así nacionales como extranjeras,
tienen para establecerse en Río de Oro y ejercer libremente su comercio sin
trabas ni cortapisas de ningún género". Al no hallarse en la Cámara Camazo,
hubo de esperar el diputado que hacía la pregunta unos cuantos días. El día 13,
por fin, le contesta el ministro : "No acabo de entender bien, a pesar de que -
he leído atentamente las palabras del Sr. Gorostidi, qué es lo que S. S. me -
pide que yo declare. A mí me parece que la Real Orden está muy terminante;
la R. O. reconoce a la Compañía que primeramente ha ocupado la Península de
Río de Oro el derecho de primer ocupante sobre los terrenos en que está ins-
talada, sobre aquellos de los que la fuerza la despojó y sobre los que sean -

absolutamente necesarios para el desarrollo de su misión, y pone a salvo - los derechos que el Estado salva siempre en estos casos, y no dice nada - que limite la libertad de comercio de la península de Río de Oro con toda la costa occidental de Africa. Yo no sé que esto requiera mayor explicación" (56). Compañero de partido de Cassola, defiende Gamazo aquí sin duda intereses más próximos que los ambiguamente etéreos y -en todo caso- débilmente articulados con las instancias de poder, defendidos por la Sociedad Geográfica Comercial, que había guiado Costa tan pertinazmente.

A finales de octubre, el cotidiano madrileño El Popular (57) aboga en pro del mantenimiento por el gobierno de la protección oficial a Río de Oro, puesta en entredicho en los últimos meses. Se rumoreaba que había llegado el momento de dar marcha atrás, y que el ministerio de Ultramar, conducido ahora por Becerra, afirmaba entonces que "ni por las condiciones de la - localidad, ni por sus elementos comerciales, que son nulos, por no existir - tráfico, por no haber buen fondeadero, ni condiciones de ninguna clase para - el desarrollo de un puerto comercial que ningún porvenir ofrece y que exige su establecimiento grades gastos, resulta altamente beneficioso a los intereses del Estado el abandono de esta región, que sólo produce desencantos, molestias e incomodidades, sin que pueda abrigarse la esperanza de ver compensados algún día los enormes sacrificios que produce su entretenimiento". En realidad, para aquel momento era conocido de todos, como afirma El Popular, que las compañías actuantes en Río de Oro, "que trataban de abrir - horizontes al comercio de esta comarca, lejos de conseguir su laudable propósito, contribuyeron con su dualismo a dificultar el progreso de la factoría".

De todas formas, en enero de 1887 solicita la Hispano-Africana auxilio económico del gobierno, que acabaría concediéndole 15.000 pesetas, insuficientes a todas luces para poner fin a sus problemas económicos. Por añadidura, el 24 de marzo siguiente la factoría fue atacada por los indígenas. Alegando este pretexto como consecuencia directa, el día 6 de abril un decreto -

de la Presidencia del Consejo de Ministros anunciaba la creación de un gobierno político-militar para Río de Oro. Quedaba así encomendado al ministerio de la Guerra el control directo de la zona, noticia sorprendente (téngase en cuenta que el propio Cassola acababa de ser nombrado -el 8 de marzo- ministro de la Guerra) y alarmantes para los hombres de la Sociedad de Geografía Comercial que deciden, a finales de abril (58), dar a la luz pública los turbulentos roces habidos en los últimos meses en la factoría de Villa-Cisneros. Al parecer, a mediados de febrero, llegó a oídos de la Comercial que una reciente compañía canaria, constituida para traficar en la costa española del Sahara, había tropezado violentamente con el jefe de la factoría de la Mercantil en Villa-Cisneros, Fausto Santa Olalla, quien "les había manifestado que se opondría a ello con todas sus fuerzas", convencido todavía del supuesto -ya desmentido oficialmente (pero con timidez) por el gobierno- de que aquella costa "es propiedad de la Compañía Hispano-Africana, y no de la nación española".

Pero hay más aún, porque Cervera y Quiroga, según parece, "por lo que han visto, por lo que han oído y por lo que han tocado, consideran igualmente imposible el establecimiento de ningún comerciante en Río de Oro, y tienen por seguro que los indígenas vivirán cada vez más divorciados de España y más irritados contra nosotros, mientras la Compañía Mercantil tenga representación en aquella bahía o mantenga su singular pretensión de monopolizar un comercio que de hecho no ejerce". Al parecer, Santa Olalla -y según cuentan estos inconcillables antagonistas- obedecía órdenes estrictas del presidente de la Compañía, general Cassola (59).

Sin embargo, y por esas paradojas en apariencia inexplicables de la administración colonial española, una R. O. de 11 de abril de ese mismo 1887 (60) nombraba subgobernador político-militar en Río de Oro al propio defensor de los intereses de la Compañía, a Santa Olalla. Los pescadores canarios se sienten los primeros perjudicados: "Ni siquiera los pequeños cambios que

venían sosteniendo con los indígenas antes ya de la ocupación y desde tiempo inmemorial, serán ahora posibles -opina la RGC, recogiendo sus quejas-, como no sea de contrabando y a espaldas de la fuerza pública que allí mantiene la nación para que proteja a los pescadores y comerciantes. Si tal régimen hubiese de durar, tendríamos motivo para arrepentirnos de haber incorporado a España aquel territorio", es la tremenda conclusión derrotista a que el desaffo de la Hispano-Africana (ahora defendida en el poder por su principal accionista) ha conducido por fin a los, no hace tanto tiempo, entusiastas propagandistas de la ocupación territorial. Para colmo de males, el diario francés Le Matin daba por segura la aportación de capital alemán a la quebrantada empresa.

Un par de meses más tarde, un nuevo contratiempo de origen convergente viene a sobresaltar a los africanistas madrileños. En el Congreso de los Diputados a 24 de junio, se suscita debate a propósito de Río de Oro. El móvil profundo de la interpelación que lo provocó no se le oculta a nadie: se trata de obstruir el proyecto de ley de reformas militares que por aquel momento llevaba entre manos el propio ministro de la Guerra Cassola.

El diputado romerista Montilla se había levantado para "obligar al Gobierno a que declarase que aquella costa se halla todavía libre y en estado de ser ocupada por quien quiera". Tras un breve repaso a las tres empresas establecidas en la zona, la pesquera, la comercial y la propagandista, preguntó Montilla: "¿Considera el Gobierno que el territorio de la costa Sahárica comprendido entre los cabos Blanco y Bojador forma parte del territorio de la nación española?" (...) "¿Qué relaciones existen entre estas factorías, entre esos territorios y la Nación?". La virtual anexión de Río de Oro pasa entonces a ser acusada de anticonstitucional; de una manera indirecta, el anticolonialismo conservador -patente en todas las naciones-, ha hecho su aparición en el parlamento español: "Que no estaban incorporados (los territorios africanos) a España, lo prueba la declaración terminante que en 1885 hizo el Gobierno de entonces por labios de su jefe el Sr. Cánovas del Castillo, según la cual,

aquel territorio no lo consideraba como español. Pero he aquí que en la Gaceta del 6 de abril último aparece un decreto declarando incorporados aquellos territorios a la Capitanía General de Canarias, con lo cual es evidente que se ha infringido la Constitución (art. 55, 2º), y no se me diga que es una infracción patriótica y merecedora de tolerancia y aun de aplauso, que es un acto de patriotismo el callarse ante esas grandes incorporaciones de terreno, porque aparte de que sería muy discutible el que a España le convenga adquirir nuevas colonias, cuando las que hoy poseemos están casi abandonadas, no es justo ni político que distraigamos una parte de la fuerza pública para proteger y sostener factorías y comercios españoles en territorios extraños, para que esos intereses privados prosperen, mientras aquellas fuerzas están haciendo falta en otras colonias nuestras de mayor importancia".

Las palabras de este seguidor de Romero Robledo, no dejan lugar a dudas. El temor de que las nuevas colonias desvíen fondos y atenciones del presupuesto estatal, en un primer momento, y la potencial competencia posterior de estos nuevos territorios de explotación frente a los reductos tradicionales, ocupan lugar destacado en la argumentación del diputado Montilla. La vieja y considerablemente importante vinculación antillana de Francisco Romero Robledo, propietario de ingenios de azúcar en Cuba y accionista de la Compañía Trasatlántica, no puede ser ignorada a mi entender cuando se experimenta indignada sorpresa por esta "salida" parlamentaria, tachada comúnmente (desde varios lados de la Cámara, también) de "antipatriótica" (61). Se trataba, para muchos de los hombres de la restauración de elegir entre una u otra vía, entre Africa o América, entre la protección al capital consolidado y sus focos de acumulación y la puerta abierta para la explotación de nuevos territorios con nuevos (?) capitales... La Cámara baja comenzaba a resentirse de estas tensiones.

Y por ello, desde la oposición romerista, siempre escasamente distanciada de unos intereses inmediatos, se preguntaba ahora al gobierno acerca

de sus intenciones efectivas respecto a la costa del Sahara. Sagasta, a la cabeza del gabinete, responde personalmente y sin vacilaciones que "el territorio es español de pleno derecho", y que ninguna otra potencia extranjera nos lo ha disputado jamás. Pero, por el contrario, mantiene el presidente del Consejo de Ministros el más absoluto silencio acerca de otra cuestión, en ningún aspecto secundaria, que había lanzado Montilla en su interrupción del debate de la ley de reformas militares. Había preguntado aquél si el derecho se había promulgado siendo ya Cassola ministro de la Guerra (62).

Por último, como puntualización final, es preciso volver una vez más sobre la poco afortunada suerte de aquél otro intento de explotación de las riquezas africanas: el ideado por los promotores de la Sociedad de Pesquerías Canario-Africanas. Más arriba expusimos cuantos datos logramos reunir sobre esta empresa. Toca ahora dar noticia en la medida de lo posible del fracaso final de las pesquerías proyectadas en 1881 por los médicos Domingo Pérez Gallejo y Federico Rubio y Galí (63).

El propio Federico Rubio, en el verano de 1886, haciendo balance de los errores técnicos y de las consecuencias de una falta de estudio de los mercados conveniente, -a lo que habría que añadir (como él lo hace) dificultades graves en las tarifas arancelarias-, afirma que el adquirir, por fin, los conocimientos técnicos precisos para la explotación del banco sahariano, "ha costado 150.000 duros a la Sociedad de Pesquerías; 40.000 al marqués de Viluma, y otros 40.000 a Galí y Cía." (todos ellos capitalistas que actuaron en determinados momentos unidos o por separado) (64).

Por entonces, podía leerse en la prensa la noticia de la constitución de una nueva compañía pesquera, la Compañía Industrial de Pesquerías Canario-Barcelonesa, que había empezado sus trabajos en la Gran Canaria (Gandos) en la primavera pasada, al parecer, y con domicilio social en Huelva. Dirigía la empresa, según se afirma, un tal Campillo, que conocía bien la captura y preparación de la sardina fina, y que además -se congratula la RGC- "tiene bien

montado el servicio de corresponsales en los mercados y ha podido realizar fácilmente el producto, de modo que los resultados de la primera campaña han superado sus cálculos" (65).

Pedro de la Puente, accionista de la fracasada Canario-Africana, si--
gue sin embargo defendiendo la importancia del banco pesquero que no supie-
ron explotar por desconocer su naturaleza. Pero ahora, los estudios son su-
ficientes ya para hacer rentable, y mucho, la explotación pesquera en el Sa-
hara. Para la zona entre Río de Oro y Cabo Bojador, es totalmente decisiva
-escribe Puente- la por todos aceptada incorporación de Río de Oro a Espa-
ña. Ello permitirá en un futuro, a su entender, el beneficio industrial de la
sardina, precisamente "de la misma clase que la de la costa de España", y
que hasta entonces -julio de 1886- no había resultado "por falta de redes a
propósito en los buques del país, y porque no podía contarse con un puesto -
abrigado a sotavento donde ejecutar las operaciones convenientes con la se-
guridad de no ser acometido por los moros".

En la zona costera que se extendía entre Río de Oro y Cabo Barbas,
por el contrario, la sardina no abundaba. Sí lo hacían en contrapartida -
-prosigue el entusiasta Pedro de la Puente- el atún y el bonito, con espe--
ranzadoras promesas para la alimentación de las clases populares en Espa-
ña. La argumentación no es nueva, y sin duda éste, como los otros socios -
fundadores de la sociedad, en buena parte republicanos, la habían esgrimi-
do con frecuencia a la hora de ponderar las excelencias de su negocio pes-
quero, tan poco rentable en definitiva, a pesar de lo importante del esfuer-
zo. A pesar de que sean tan succulentos pescados (el atún y el bonito), escri-
be Puente, "se cogen de nuestras almadrabas con gran facilidad y pocos gas-
tos, resultan estos artículos a un precio tal que hace casi inaccesible su con-
sumo a las clases pobres, traduciéndose esto en escasez de alimentación,
sangre empobrecida y falta de aptitud y energía para el trabajo. Ahora bien,
la explotación de estas especies alimenticias en el banco de Africa redundará

en beneficio de las clases desvalidas". Tan laudable empresa, y una vez el negocio en explotación, se supone, debería "ser beneficiosa para los que la verificasen, aun cediendo sus géneros a los precios siguientes :

Salazones (puestos en cualquier punto de España)

. Pipa de atún preparada para la venta	175 ptas.
. Pipa de bonito grande y anjova	150
. Quintal de mojama	25
. Millar de sardinas, precio máximo	12, 50

Escabeches (idem.)

. Latón de una arroba de bonito grande	5, 50
. Idem. idem. de atún	6, 25
. Idem. idem. de sardina	5, 50

En aceite (idem)

. Latones de atún en aceite, la libra	0, 63
. Medias latas de idem.	0, 75
. Cuartos de lata de sardina	0, 28" (66)

Por lo que respecta al bacalao, las perspectivas eran, si cabe, mejores, pues se calculaba ahora a cuatro duros y medio el quintal, "que es casi la mitad del precio que tiene el de Escocia, Noruega e Islandia", bien entendido que estos precios se referían al bacalao canario, puesto que Río de Oro abundaba más bien en otras especies: corvina, cherna, y abad o abadejo. No obstante, la esperanza no decrece en el marino Pedro de la Puente : "Este bacalao africano es una alimentación sanísima: como está bien curado tiene mucha duración; unido esto al tamaño grande del pescado y a la circunstancia de tener mucha carne y poca espina, lo hacen, a mi modo de

ver preciso para las clases pobres. Todo está en lograr vencer la costumbre, hasta sustituir en el consumo del pueblo esos bacalaos extranjeros, algunos de los cuales, según análisis practicados con motivo del cólera, son nocivos en alto grado para la salud " (67).

Este era, pues, el estado de la cuestión a mediados de 1886. Cuál era la pugna de intereses que se debatía entonces en territorio africano, frente a las costas canarias, ya lo hemos reseñado más arriba. Pero no está de más reseñar aquí brevemente el informe que hicieron público los viajeros Cervera y Quiroga tras su visita a los establecimientos de la Hispano-Africana.

Sobre "Comercio, factorías y ferias", escribían los comisionados de la Comercial a finales del verano del 86: "Los géneros de exportación que han ofrecido más comúnmente los indígenas del Sahara occidental han sido: carneros y cabras, algún caballo, pieles de antílope, gacela y leopardo, y plumas de avestruz. Por excepción ha llegado polvo de oro del Sudán y goma (...). Los géneros europeos que piden a cambio son, principalmente: 1º, mahón o tejido de algodón azul ordinario, que llaman junt; 2º, tejido de algodón moreno, sin apresto o aderezo, de varios gruesos, que llaman american; 3º, percal oscuro rameado de colores vivos; 4º, pañuelos ordinarios y de seda; 5º, escopetas de chispa; 6º, pólvora; 7º, alguna bisutería, tijeras, espejos, etc, 8º, algo de azúcar de pilón y bujías; 9º, arroz y harina".

El inventario de productos sujetos a demanda era amplio, pero no se indicaban volúmenes ni porcentajes, ni siquiera aproximados. Por otra parte, lo que España estaba en condiciones de importar sufría problemas específicos de cierta gravedad: "La dificultad principal con que se tropieza en esa parte de la costa para la exportación de ganados es la escasez de agua y la falta de pastos: gran parte de las remesas últimas adquiridas por la Compañía Mercantil han muerto de hambre antes de que llegara el vapor que de--

bía transportarlas. Por esto será preciso recoger, secar y almacenar forraje durante el invierno y primavera; regularizar las compras, limitándolas a los meses lluviosos; menudear las expediciones entre el Archipiélago y Río de Oro, etc".

Pero había otras consideraciones de tipo general, que Quiroga y Cervera no se privan de manifestar a continuación : "Por otra parte, si el comercio ha de tomar algún incremento en la costa, es preciso no fiar exclusivamente en el consumo local (...) : hay que atraer el comercio del Sudán que tiene por centro a Tembuctú, y cuyas salidas al mar son el Senegal, Marruecos, Trípoli y Argelia. Pero el comercio de exportación del Sudán tiene estas dos condiciones : es irregular e intermitente, por la forma del transporte, en caravanas de numerosos camellos, que llegan de tarde en tarde ; y sus artículos son de tal naturaleza que concentran mucho valor en poco peso (polvo de oro, marfil, pluma de avestruz, goma ...) Quiere esto decir que el comercio en esta costa exige medios abundantes de transporte y un gran capital; por consiguiente, que las empresas mercantiles que intenten establecerse en ella, han de organizarse sobre bases muy diferentes de las usuales en Europa, en Marruecos o en el golfo de Guinea .. "(68).

Hasta aquí, el desenvolvimiento precario de las empresas de explotación económica que, desde estos primeros momentos de la incorporación a España, tuvieron que ver con la costa de Río de Oro. No eran demasiado prometedores esos comienzos. Y siempre notaron sobre sí la mirada vigilante de los africanistas que Costa aglutinaba, mirada simpática en el caso de la industria pesquera de Rubio y Galí, con la que se sintieron unidos aquéllos desde un principio por afinidades múltiples; enfrentada sin embargo para con los hombres de la Hispano-Africana, que tras años de malvivir acabaría vendiendo sus instalaciones, en 1892, a la cada vez más poderosa Compañía Transatlántica.

NOTAS AL CAPITULO IX

- (1) LUC, II, nº 23, 4.1.85, pp. 11-12 (J. B. Sendra : "Nuevos Mercados").
- (2) EL, 19.12.85, 1a. pág. "España en Filipinas".
- (3) EL, 21.11.85, 1a. pág. "El extranjerismo en Filipinas".
- (4) Para todo ello, con el artículo aparecido en El Día, 1a RGC, 31.8.85 n. 5 y 6, p. 87.
- (5) "La emigración es una tristísima necesidad en los países en que, como el nuestro, sus habitantes no se dedican a explotar las riquezas naturales de su : suelo, en que la Administración opone sistemáticamente sus prácticas rutinarias, creando insuperables obstáculos a la iniciativa - privada (...) Esa numerosa falange de gallegos, vizcaínos y levantinos que anualmente abandonan sus puertos en dirección a la Argelia y a la América del Sur, quizás para encontrar en premio de sus afanes la - muerte a manos de algún Bu-Amena o de algún indio bravo de las selvas vírgenes del Nuevo Mundo, encontrarían, a no dudarlo, en California más seguridad y el bienestar y riqueza que anhelan, y para lo cual abandonan su patria" (P. de Vargas, "Algunas palabras sobre la emigración", en ADE, II, nº 63, 1884, pp. 222-23). Conviene recordar, por otra parte, que la emigración española a Argelia se había incrementado notablemente desde 1881, en que la Cámara francesa se niega a votar más créditos con destino a fundaciones africanas y comienza el predominio de la iniciativa privada sobre la acción estatal (J. Ganiage, L'Expansion ... cit., p. 140, y sobre todo, J. B. Vilar, La emigración ... cit., passim.)
- (6) El Imparcial, 27.6.84, y RGC, 31.7.85, nº 3, pp. 40-41.
- (7) AHN, Hacienda, leg. 4.075 B), "Colonización agrícola. Proyecto en los alrededores de Melilla (1884)".
- (8) Vid. RGC, 30.9.85, n. 7 y 8, pp. 106 ss. "Movimiento geográfico y económico de España".
- (9) Sobre discrepancias más antiguas entre planteamientos fundamentalmente costianos y las soluciones propuestas por la Gaceta Agrícola del Ministerio de Fomento, y referido entonces a la crisis triguera al borde de los 80, vid. los textos y comentarios recogidos en A. Ortí, Introducción y estudio preliminar a la reedición de "Dictámenes y discursos de Joaquín Costa en los Congresos de Agricultores y Ganaderos de 1880 y 1881", Agricultura y Sociedad 1, 1976, pp. 209 ss., especialmente pág. 266.

- (10) "Ni nuestra España misma -decía V. Gómez refiriéndose al auge imperialista- se ha visto libre de este movimiento general, y ya tenemos - puesto el pie en Río de Oro, con esperanza de fundar allí una factoría que abra a nuestro comercio nuevos horizontes y dé gran impulso a la creciente prosperidad de las islas Canarias. Pareciéndonos muy bien este movimiento, y aprobando sin restricciones la valentía de los españoles que en Río de Oro se proponen fundar un pequeño centro comercial, cuyo desarrollo puede ser de notable provecho para España, hemos de observar, sin embargo, que los colonizadores emplean toda su actividad y su inteligencia en crear factorías, olvidándose por completo de la colonización agrícola, que es incuestionablemente el medio más seguro para civilizar a los pueblos bárbaros y traerlos a las nobles ocupaciones de la paz pública y de la felicidad doméstica ... El problema, a nuestro juicio, no tiene más solución que una : fundar, juntamente con las factorías mercantiles, las colonias agrícolas, porque la historia dice que colonizar mercantilmente es explotar, y colonizar con la agricultura es civilizar". La Revista de Geografía Comercial responde a su colega casi de manera airada : "Permitiéndonos dudar de que la historia diga semejante cosa, haremos observar al ilustrado colega que, antes de colonizar un territorio por medio de la agricultura, es preciso saber si tal territorio es susceptible de cultivo; y todavía se ignora, por no haberse podido explorar aún, si el territorio adyacente a Río de Oro es colonizable en esa forma (...) Otra cosa sería si hubiese recomendado que se tuviera en cuenta en nuestras posesiones del Golfo de Guinea; pero, entonces, el artículo del Sr. Gómez sería una amarga censura de los procedimientos que siguen nuestros misioneros en Fernando Poo y de las doctrinas que sustentaron en el Congreso Español de Geografía de 1883" (RGC, 30.9.85, pp. 114-115).
- (11) RGC, 30.9.85, pp. 106-108. Vid. también, a propósito, el R. D. de Fomento, de 30 de septiembre (Gaceta de Madrid, 4.10.85) autorizando a Don Juan Paseti para establecer una colonia agrícola en los terrenos que comprende el campo exterior de Melilla, con arreglo a la ley de 21 de noviembre de 1855, en Colección legislativa, 1885, I, pp. 1.363-66.
- (12) Sobre la naturaleza de las elites que operan en territorios africanos, y para tiempos posteriores (concretamente Marruecos a principios del siglo XX), vid. la tabulación de V. Morales Lezcano, "Marroquistas españoles : 1884-1912. Un grupo de presión político", en Almenara 10, 1976-77, pp. 83-90 y, también, su libro El colonialismo hispano-francés en Marruecos, pp. 48 ss. ("La empresa neocolonial española (1906-1923)", que trata de "verificar si la oligarquía financiera de la Restauración estuvo o no presente en la zona de influencia española en Marruecos" y de seguir sus canales de actuación). Por otra parte, para las rentas obtenidas a partir de las guerras de emancipación primeras, vid. N. Sales, op. cit., y E. Hernández Sandoica - M. F. Mancebo, "El empréstito de 1896..."

cit., "La burguesía valenciana ..." cit., y "Financiación de una guerra colonial (Cuba, 1895-98 y Opinión pública en la España del siglo - XIX", cit. más abajo.

- (13) AHN, Hacienda, leg. 4.075 B). Incluye el legajo dos planos de la colonia.
- (14) Reproducido en RGC, 31.7.85, pp. 42-43.
- (15) En G. Dupeux, Aspects de l'histoire... du Loir-et-Cher, p. 508, cit. en J. Ganiage, L'expansion... cit., p. 141.
- (16) RGC, I, 30.6.85, pp. 82-83, dando noticia de un artículo de El Imparcial sobre la conferencia de Coello, y 31.7.85, pp. 41-44, con varios fragmentos recogidos bajo el epígrafe "La frontera argelino-marroquí".
- (17) Especialmente, el suelto publicado bajo el epígrafe "El sueño de Bismarck", recogido en RGC, 30.1.86, n. 12 a 15, pp. 205-206. Allí mismo, los comentarios transcritos.
- (18) "Comisión española para el estudio y resolución de las cuestiones pendientes con Francia sobre los territorios del Golfo de Guinea y del Cabo Blanco", RGC, 28.2.86, nº 17, p. 246. También, nota 101 del capítulo VIII.
- (19) Para el art. de El Progreso, tanto como para la actuación al respecto de la Comercial, RGC, 30.4.86, n. 20 y 21, pp. 294-99.
- (20) Ello no es óbice, naturalmente, para que los repetidos contactos mercantiles con los puertos norteafricanos que protagonizan, cada vez con mayor intensidad, súbditos y compañías alemanes, encuentren un eco preocupado en los quehaceres del africanismo madrileño, casi siempre como producto indirecto de lo leído o escuchado en otra parte. Por ejemplo, a finales de abril reproduce la RGC (ibid., p. 299) un artículo de El Eco de Ceuta (de 30 de marzo anterior) y otro de Al-Moghreb-al-Aksa (sin fecha determinada), que advierten de la llegada del vapor alemán "Gottorp", que había salido de Hamburgo el 5 de febrero, fletado conjuntamente por la Sociedad de Geografía Comercial de Berlín y por el Banco de Exportación. Iba cargado con muestras de productos industriales alemanes, como exposición flotante que había iniciado su periplo de propaganda en Lisboa, de donde pasó después a Tánger y otras plazas africanas.
- (21) RGC, II, 15.3.86, nº 18, p. 307. Exponía la nueva agrupación en su declaración de intenciones, su "santo deseo de aumentar la prosperidad y grandeza de la patria", como norma y guía de una "empresa más rica en esfuerzos y sacrificios que en envidiables y preciadas recompensas".

La reproducción del artículo de presentación del Centro en El Eco de Ceuta, puede verse en ADCE, IV, 30.3.86, nº 130, pp. 875-76, que por el contrario, alaba sensiblemente la nueva empresa: "Nos asociamos a la patriótica obra emprendida por el Centro Hispano-Mauritano, y desde este momento le ofrecemos, para hacer su propaganda primero, y después, para cooperar a su realización, no solo nuestro humilde periódico, sino también nuestros servicios personales (...) (p. 875). Si dinero, dinero; si trabajo, trabajo."

- (22) RGC, 31.5.86, nos. 22-23, p. 324. Llegaba incluso el periódico alemán al terreno de lo delicadamente diplomático e internacional: "A los agitadores que hace seis meses expusieron a su país a las burlas de toda Europa con sus necedades, y que luego tuvieron que taparse la boca ellos mismos, no les basta, por lo visto con aquella gran humillación nacional, y quieren arrastrar a su país a nuevas locuras, cuyo resultado habría de ser un ridículo mayor y una humillación más profunda y duradera. Valiérase más que reflexionaran sobre la confusa crisis política que trabaja a su patria: las últimas elecciones han probado que el republicanismo constituye un gran peligro..." Evidentemente, era fácil, en este nivel de la discusión, que el orgullo español herido devolviese la pelota con creces. Así, la RGC les recuerda a su vez "el peligro socialista", "la crisis industrial" y "la cuestión obrera" como problemas específicamente alemanes.
- (23) Ibid., pp. 325-326.
- (24) Reprod. en RGC, II, 28.2.87, nº 32, p. 129: "España y la frontera argelina".
- (25) R. Gay de Montellá, Valoración hispánica en el Mediterráneo. Estudios de política internacional, Madrid, Espasa-Calpe, 1952, p. 144. Sobre los antecedentes, vid. la parte publicada de la tesis de J. Salom, España en la Europa de Bismarck. La política exterior de Cánovas (1871-1881), Madrid, CSIC, 1967.
- (26) Guardado en el más estricto secreto durante años, puede verse el texto en R. Gay de Montellá, Secretos de historia política contemporánea, Madrid, Surco, 1944, con todo el corpus documental anejo reproducido en apéndices.
- (27) Cfr. G. de Reparaz, Política de España en Africa, Barcelona, Imp. barcelonesa, 1907, pp. 245 ss.
- (28) El recorte de prensa aparece firmado por un tal Pimienta, y recogido en la RGC, 28.2.87, p. 130.

- (29) ES, 20.5.87, nº 63, 1a. pág. "El último cartucho". El fragmento puede insertarse sin dificultad en el contexto del relativo desenfoque del pensamiento socialista contemporáneo hacia la problemática renovada del expolio colonial (C. Forcadell, Parlamentarismo y bolchevización, Barcelona, Crítica, 1980), pero también reviste sin duda la dimensión interna que le proporciona su encuadramiento, real y concreto, en el seno del partido de Pablo Iglesias, obsesionado desde 1880 por la inmediata autodestrucción de una burguesía acosada por sus propias contradicciones, sin que -paradójicamente- la clase llamada a sustituirla hubiera de jugar un papel activo. El primer congreso del PSOE, un año posterior a la aparición de las líneas reproducidas aquí, confirmará aquellos postulados básicos. (Vid. A. Elorza, "Los primeros programas - del P. S. O. E. (1879-1888)", Estudios de Historia Social, nº 8-9, enero-junio 1979, pp. 143, ss.).
- (30) ES, 11.11.87, comentando un fragmento del sagastino El Correo sobre presupuestos económicos semejantes. Superproducción o subconsumo, como raíz causal de las transformaciones en la naturaleza del capital que arranca de la denominada Gran Depresión, son adoptadas también - por parte del pensamiento marxista al respecto, como es bien sabido (Vid. a propósito la excelente síntesis de C. Palloix, L'economie mondiale capitaliste et les firmes multinationales, Paris, Maspero, t. II, pp. 9-73, así como el ensayo pionero de J. A. Hobson, Estudio del imperialismo, recientemente vertido al castellano por Alianza Ed., Madrid, 1981).
- (31) ER, 18.10.85, 1a. pág. "Río de Oro", firmado por "Un marino", en forma de carta, y apoyándose en artículos previos de El Memorial, periódico canario que rebate la pretendida importancia comercial de la colonia de Río de Oro. El Resumen comenta muy extensamente, a tres columnas, todo ello: "¿Hay exageración en todo este relato, al parecer tan concienzudamente hecho? No podemos afirmarlo, pero de todos modos bueno será ponerlo enfrente de aquellos otros que nos pintaban a Río de Oro como una tierra de jauja. El asunto es de importancia bastante - para que el ministro de Estado lo estudie detenidamente; no suceda que vengamos a convencernos de la inutilidad del establecimiento cuando estén enterrados en aquella costa unos cuantos españoles y unos cuantos millones. Y no suceda también que sacrifiquemos hombres y dinero en cosas inútiles, cuando se da el caso de que por otros mares nos toman - por abandonadas las que son de utilidad reconocida".
- (32) J. Ma. Sanromá. Conferencia pronunciada en el círculo de la Unión Mercantil durante el curso de 1879 a 1880, Madrid, 1881, pp. 17 ss. La cita en pág. 33.
- (33) Recogido en RGC, I, 31.10.85, nº 9, pp. 123 ss.

- (34) RGC, 1. 2. 86. pp. 215-16, para ambas referencias.
- (35) Ibid., donde se afirma sin embargo también que, a pesar de todo, en los primeros días de febrero se pensaba enviar a nuevos "comisionados" de la Sociedad para fundar otra factoría en la costa del Sahara, apoyándose en la idea central de que "cuantos esfuerzos estén de su parte, los hará, para que no paralice una corriente comercial que con tanto vigor se ha iniciado" (p. 216).
- (36) RGC, 15. 2. 86, nº 16, pp. 235 ss. "España Sahárica. Ocupación y comercio de la costa". También, T. García Figueras, La acción ... cit., vol. I, pp. 180-181.
- (37) EI, 9. 2. 86, ed. ("Cuando a media noche se disolvió la reunión, oímos decir a uno del público que si se hubiese celebrado una sesión de esta importancia y de esta tesitura, siquiera cada dos meses, desde que en 1876 se fundó en Madrid la primera Sociedad Geográfica, no se habría perdido Borneo; sería española la ensenada de Biafra con Camarones; poseeríamos estación en el Mar Rojo; estaría resuelta la cuestión de Mar Pequeña; no habría surgido el conflicto de las Carolinas; no amenazaría Tarfaya a las Canarias, y sería España potencia colonial de primer orden").
- (38) Muy propias del masoquismo costiano son las palabras que vienen a continuación: "Quien así ha procedido, bien puede despreciar las malévolas sugerencias del secretario de la Compañía Mercantil, como viene despreciando las calumnias y ultrajes con que hace tres años le vienen zahiriendo en revistas, folletos y periódicos, todos los intereses egoístas y menos patrióticos, así comerciales como religiosos y políticos, que se sienten heridos por causa de su propaganda geográfica" (RGC, ibid. p. 237).
- (39) Vid. AMAE, Política, "Africa, 1877-1902", leg. 2284.
- (40) RGC, 15. 2. 86, p. 239. Por su parte, el ADCE (IV, 10. 2. 86, nº 24, p. 817, reseña así la discusión: " ... Se indicó que la factoría de Río de Oro está atravesando una grave crisis, por exceso de oferta en cuanto al comercio de exportación. Han principiado los indígenas a enviar más mercancías de las que la Compañía Mercantil Hispano-Africana, no obstante ser su capital tan respetable, pueda absorber; por otra parte, esas mercancías son de tal naturaleza, que requieren un gran capital, o la asociación o el acuerdo de varios; unas (el ganado), porque no pueden retenerse en la factoría muchos días, y requieren, por tanto, medios abundantes de transporte; otras (polvo de oro, marfil, plumas de avestruz), por su mucho coste, que llega hasta las 1.000 pesetas la libra, y tiene su salida en los depósitos de Marsella o Inglaterra. Los del Adrar han dejado ya mercancías a crédito o en depósito en Villa-Cis

neros, que a tanto llega su confianza; pero semejante situación no puede prolongarse, porque se extendería nuestro descrédito por todo el Sahara occidental y se paralizaría por mucho tiempo esa corriente comercial que con tanto vigor se ha iniciado. En atención a esto se propuso hacer por nuestro conducto un llamamiento a los navieros y fabricantes, y comunicarlo particularmente a los que en diversas ocasiones han escrito a la Sociedad pidiendo noticias para fundar establecimientos mercantiles o pesqueros en aquel país: Díaz Verdejo (Almería), Malvey y Vidal Sala (Barcelona), Díaz Bustamante (Sevilla), Serrats Puig (La Escala), Rebagliato y Ortega (Torrevieja), Genís (Valencia), etc., así como también a la revista catalana Los Negocios, que se ocupa con especial predilección y una gran competencia de estos asuntos.

Sobre esto se suscitó una discusión muy acalorada, en que terciaron el Señor García Alix, representante de la Compañía Hispano-Africana, el Señor Federico Rubio, en voz de la Compañía de Pesquerías Canario-Africanas, que tantos sacrificios hizo en aquella costa y los Sres. Coello, Bonelli, y Pérez del Toro, en defensa de la Sociedad de Africanistas. La Compañía Mercantil Hispano-Africana ha solicitado, según parece, una carta real de concesión, posesión y exclusiva en las nuevas posesiones españolas del Sahara occidental, y la Sociedad de Geografía Comercial, que adquirió aquellos territorios en nombre de España, ha decidido oponerse, sosteniendo los fueros del comercio español.

Se designó al Sr. Costa para que dé forma al pensamiento, y la Sociedad volverá a reunirse mañana sábado, a las ocho y media de la noche, para tomar acuerdo definitivo".

- (41) ADCE, cit. n. 142.
- (42) Ibid., p. 818. Debe leerse, lógicamente, Unión Hispano-Mauritana, de Granada, y no Hispano-Marítima.
- (43) Reproducido en RGC, 15. 3. 86, nº 18, pp. 305-306. Al parecer "solamente en 1866 el falucho "Encarnación", de la matrícula de Barcelona, hizo un viaje a Fernando Poo; pero teniendo que proveerse antes de una licencia y salvoconducto de Lord Russell, conseguida por mediación de nuestro embajador en Londres" (p. 306).
- (44) Ibid., pp. 306-307
- (45) RGC, I, 28. 2. 86, nº 17, pp. 241 ss. "Sabía -relata ahora Iradier que las tribus del Río Muni cederían sus territorios sin resistencia, porque están constituidas por pueblos sueltos, pequeños y pobres y sin pretensión alguna. Pero tampoco ignoraba que no sucedería lo mismo con otras tribus extendidas a lo largo de las costas, acostumbradas a ver constante-

mente ingleses, franceses y alemanes, grandes factorías, numerosos barcos mercantes y de guerra, y opulencia y riqueza por todos lados". Hacía falta, por tanto, buena cantidad de dinero, para asignar a los jefes un sueldo anual, "como el que tienen los de Corisco, Eleobey y Cabo San Juan, por cuya circunstancia permanecen fieles a España y rechazan cuantas proposiciones les hacen los extranjeros para que entreguen sus islas". A pesar de una vieja tradición en la zona, dice Iradier, "nosotros, con Fernando Poo y el buque de guerra de su estación, pasamos por liliputienses y pobres a los ojos de los indígenas" (p. 241).

(46) RGC, I, nº 18, pp. 261 ss.

(47) Vid. a propósito, pp. 330 ss. del vol. I de la RGC. La cuestión era - ahora bastante clara; España no podía alegar derecho alguno sobre - aquellas islas. Por el contrario, sobre la ocupación de las posesiones españolas en la Micronesia, hay buenas noticias, referentes todas a - la instalación efectiva de gobiernos político-militares (Vid. RGC, 15. 2. 86, p. 240, y 28. 2. 86, pp. 248-251, con la reproducción del R. D. de 19 de febrero de 1886, suscrito por Camazo, ministro de Ultramar - que decía -en la exposición previa- hallarse dispuesto a establecer las nuevas autoridades en Carolinas y Palaos "no tanto por ceder a la santidad de lo pactado, como porque a ello (le) obligan los antecedentes y - las gloriosas páginas de nuestra historia colonial". Allí mismo puede - el presupuesto acordado para la plantilla de dichos gobiernos :

<u>Personal</u>	<u>Pesos</u>
- Un gobernador de la categoría de teniente coronel, o capitán de fragata, o jefe de Administración Civil de 4a. clase, 1.300 + 1.400	2.700
- Un secretario, oficial 4º de Administración, 400 + 800	1.200
- Un intérprete	600
- Un escribiente	150
<u>Material</u>	4.650
- Para gastos de escritorio	250
 . Importe máximo del presupuesto de cada gobierno	 4.900

- (48) RGC, 15. 4. 86, p. 304
- (49) RGC, II, julio-septiembre 1886, n. 25 a 30, pp. 1-6
- (50) En cap. 10, artº 7º del presupuesto del Ministerio de Estado para - 1886-1887. Comentarios en ADCE, IV, 1886, p. 959.
- (51) RGC, ibid., p. 7.
- (52) RGC, ibid., pp. 38 ss. ("Agricultura. Oasis artificiales") Ambas citas en la pág. 45.
- (53) RGC, ibid., p. 91.
- (54) Gaceta de Madrid, 28. 6. 86, nº 179, p. 901.
- (55) DSC, C, 9. 7. 86, nº 49, pp. 939 ss. La cita en p. 940.
- (56) DSC, C, 13. 7. 86, nº 52, p. 1034.
- (57) EP, 28. 10. 86, 1ª. pág. ("La factoría de Río de Oro"). Para solucionar el estado de la cuestión, recomienda El Popular la consulta previa a "una comisión imparcial y ajena en un todo al elemento oficial para - que estudie sobre el terreno lo que resulte con exactitud en la factoría de Río de Oro ...". Son frecuentes las salidas de El Popular en pro de una política colonial activa. Así, por ejemplo, el 12. 10. 86, en que apoya a El Eco Mauritano en sus reiteradas peticiones de militarización de Marruecos: "¡ Qué perdería el Gobierno enviando a esos sitios numerosas fuerzas del ejército que se ocupasen, aunque no fuera más que en dar paseos militares !". O también, el 19. 10. 86, en editorial, desarrollando todo un proyecto de colonización, obras públicas, servicios postales y comerciales, así como infraestructura cultural adoptando el cual - afirma - "España podría reírse de las pretensiones de Francia, Inglaterra y Alemania ...". Sobre Marruecos, el 3. 11. 86 : "Allende el Estrecho", donde se pregunta por la política colonial de Moret, y opina : " Si no se hubiese despertado ese espíritu de predominio de que hacen gala las naciones más poderosas para dominar, política y mercantilmente - Marruecos, no seríamos tan exigentes, pero conociendo nuestro carácter y tradiciones, que todo se deja para el día de mañana, aunque el agua nos llegue al cuello, de aquí nuestra justificada alarma y nuestra constante inquietud". Y concluye: "Mañana puede ser tarde".
- (58) RGC, 30. 4. 87, nº 36, pp. 250 ss. Las citas en p. 251.
- (59) La Sociedad Mercantil Hispano-Africana, constituida en 1884 con un capital social de 300.000 pesetas bajo la presidencia de Manuel Cassola, teniente general, contaba entre sus accionistas a Francisco Bellver y Pla

(propietario), Antonio García Alix (teniente auditor), Julio Debedat (contratista), Juan María Fernández Arroyo (empleado), A. Fernández Acevedo (ingeniero), Francisco Aragón y Rey (ayudante de obras públicas), Julián García Alcañiz (empleado), Celestino Unamíe Aróstegui (teniente coronel), José Chacón y Lerdo de Tejada (teniente coronel), y Manuel Vizcaíno Villa (propietario). Su objeto declarado era "explotar factoría de Río de Oro (sic), en la costa occidental de África, entre los paralelos 25 y meridianos 15 y 20, junto al trópico de Cáncer; otra en Cabo Blanco, cambiando en ella los productos europeos por otros del continente africano" (Registro General de Escrituras de Comercio. Gob. prov. de Madrid, sección de Comercio, libro IV. Datos proporcionados por Julián Toro Mérida).

- (60) La real orden en cuestión no aparece recogida en Gaceta. Al respecto, vid. RGC, II, 30. 4. 87, nº 36, p. 251, que se refiere también al R. D. de 6 de abril, con el que se relaciona directamente aquélla.
- (61) Da cabida al problema, brevemente, J. B. Vilar, España en Argelia..., cit., pp. 109 ss., que achaca el conflicto a la falta de colaboración entre los partidos políticos. También en este sentido es criticado por Reparaz, Páginas turbias de la historia de España que ahora se ponen en claro, Madrid, (s. a.), p. 336.
- (62) Recogido en RGC, 30. 6. 87, nº 40, pp. 345-47. Las citas, en p. 346.
- (63) Cfr. capítulo IV, apartado 3. Breves referencias en F. Pérez del Toro, España en el Noroeste de África, Madrid, Fortanet, 1892, pp. 89 ss.
- (64) RGC, II, n. 25-30, julio-septiembre 1886, p. 52.
- (65) Noticia, muy breve, ligeramente comentada en RGC, ibid.
- (66) "Pesquerías Canario-Africanas", por Pedro de la Puente, ibid., p. 48
- (67) Precisamente por razones de índole benéfico-sanitaria, y en momento "que afirma" cambio el gusto del consumidor, aboga Puente por la extensión de los pescados en aceite: "La baja de los aceites, que ya se acentúa bastante en estas dos naciones, contribuirá al aumento del consumo de pescado en esas formas, el cual seguramente representa ya un adelanto comparado con el pescado en salmuera, y muy bien pudiera suceder que esas dos preparaciones alcanzarn una baratura tal que se pusieran al alcance de las clases trabajadoras y aun de las pobres, con notable venta para ellas" (ibid., pp. 49 y 48, respectivamente).
- (68) RCG, II, n. 25-30, julio-set. 1886, pp. 36-38.

754

(3ª parte)

CAPITULO X

LA DOBLE VIA REFORMISTA DEL COLONIALISMO ESPAÑOL

1. LA QUIEBRA DE LA ILUSION COLONIAL EN JOAQUIN COSTA Y EL - FRACASO DEL MODELO DE DESARROLLO ARMONICO

A mediados de 1886, la idea colonial (a punto de ser atacada con timidez o asumida con firmeza) ha hecho acto de presencia indudable en la mentalidad colectiva de las burguesías peninsulares. Los ecos de las nuevas incorporaciones territoriales, el feliz escamoteo de la zarpa bismarckiana, la renovada inquietud con que se busca un hueco entre los países en desarrollo, imprimen insistentemente un aire peculiar a las preocupaciones político-internacionales de buena parte de la intelectualidad en unas pocas capitales españolas. La geografía, sin haber logrado aún carta de naturaleza como disciplina autónoma universitaria (habrán de pasar para ello casi otros veinte años), goza sin embargo del prestigio social de las ciencias de moda en Europa. Juan Valera, ministro plenipotenciario en Bélgica, era nombrado (en el verano de 1886 y por el rey Leopoldo) miembro del jurado calificador para los trabajos de geografía presentados a un premio de 25.000 pesetas que ofrecía el soberano belga. Al concurso, según la prensa madrileña, se presentaba también "varios autores españoles" (1). El panorama era variopinto en la producción geográfica española: si continuaban reeditándose obras estimadas como "clásicas" - así el "Curso de Geografía y Estadística Industrial y Comercial" del libre-cambista Mariano Carreras y González (2) - también es cierto que la introducción de métodos innovadores no se hallaba ausente en la intencionalidad científica de ciertos propulsores de la geografía moderna. Rafael Torres Campos, institucionista y pedagogo por excelencia, llevaba algunos años dando a conocer y experimentando con sus discípulos - todavía no universitarios - las ventajas de los mapas mudos en pizarra (3).

Pero la inquieta curiosidad, entre aventurera y científica, de estos descubridores de nuevas maneras de enseñar una ciencia tan vieja como la conciencia histórica, pero injustamente relegada por las disposiciones académicas más -

recientes, aparece claramente ligada en este momento al reverdecer esplendente de las exploraciones africanas. La literatura de viajes, elaboración en segundo grado de ese derrame de lejanías y exotismos que sobre las conciencias populares prodiga generosamente mundos desconocidos, cobra también en España la dimensión precisa al contexto social en que se inscribe.

Todavía la temática colonial resultaba indudablemente tan atractiva que hay quien se ha preguntado incluso cómo no fué aún mayor el hechizo ejercido sobre escritores y artistas plásticos (4). Sin embargo, para los más conscientes instigadores de la puesta en marcha de los mecanismos de acción política y económica en los nuevos territorios africanos, la profusa expansión de esta literatura de cuño romántico (más propensa a la ensoñación y al abandono inmóvil del gabinete de lectura que al pragmatismo de la acotación y expollo efectivos) la difusión indiscriminada de estas fabulosas aventuras -hay que insistir en ello- entraña efectos en definitiva contraproducentes. Por eso se apresura Costa, precisamente en aquel verano del 86, a despertar a la opinión pública con imágenes más contundentes: el vasco Oyanguren y el catalán Gatell vuelven ahora sobre el papel impreso, rescatados de las páginas de la Historia Contemporánea de Pírala el primero, y de los propios recuerdos y correspondencia privada de Joaquín Costa el segundo; y vuelven "para que se miren en ese espejo tantos y tantos geógrafos de aprensión, que sueñan con las glorias de Colón y de Gama y los esplendores de la Compañía de Indias, exaltados por la lectura de los periplos románticos de Julio Verne, y aprendan unos en Oyanguren cómo se adquieren en estilo llano y corriente de "do ut des" privilegios comerciales, y vean otros en Gatell cómo se conquista legítimamente, y no por arte de caballería andante, títulos de explorador y derecho a acusar de ingratitud a la patria. De este lastre naturalista necesitamos mucho los españoles en los presentes momentos, para que aquel Quijano que todavía se aposenta en nuestra fantasía no nos haga confundir a un grumete novato con Livingstone ..." (5). Casi tres años más tarde, y a petición de la Sociedad Geo-

gráfica parisina, Francisco Coello presentaba en París, en el marco del IV Congreso Internacional de Ciencias Geográficas, una relación exhaustiva de los más modernos viajeros españoles (6) : Bonelli, Cervera, Quiroga, Alvarez Pérez, Iradier, Ossorio, Montes de Oca, Badía, Gatell, Murga, Abarques de Sostén, Rivadeneira, Marcos Jiménez de la España (7) ...

Precisamente Julio Cervera y Francisco Quiroga, capitán de ingenieros el uno y naturalista el otro, junto con Felipe Rizzo, intérprete de la comandancia general de Ceuta (8) habían sido objeto, en el otoño de 1886, de calurosas pruebas de reconocimiento público por sus viajes de exploración a través del Sahara. El 7 de octubre eran presentados al Consejo de Ministros y los recibía la reina; el 24, asistían a las sesiones de la Sociedad de Geografía Comercial; el 27, se hallaban en la sede de la Geográfica; el 30, el Ateneo madrileño les abría sus puertas para dar cuenta pública de sus viajes; el 2 de noviembre oía sus relatos la Sociedad Geográfica; el 6, se les obsequiaba con un banquete ampliamente concurrido (9); el 8, disertaba Cervera en el Centro Militar; el 12, por fin, acudieron Cervera y Quiroga a la Institución Libre de Enseñanza, donde les aguardaban reunidos sus profesores

Por último, por R. O. de 16 de diciembre de ese mismo año, y "atendiendo a las recomendaciones oficiales hechas al Ministerio de la Guerra por los presidentes de las Sociedades de Geografía Comercial y la de Madrid", se concedió al capitán Cervera el empleo de comandante del Ejército, a Felipe Rizzo la cruz del Mérito militar, y al tirador del Riff El hach-Abd-el-Kader l'Adjar, que había prestado notables servicios a los viajeros, la cruz pensionada de la propia orden con distintivo blanco (10).

En mayo del 87, algo más de seis meses después, se hace pública la noticia de que nuevos viajeros españoles exploran una zona del Sahara. Se trata esta vez de Odón de Buen, naturalista, y del ingeniero de montes Erice, dispuestos a realizar estudios de "Historia Natural" (11). La inquietud estaba ya fomentada; a partir de aquí, las exploraciones científicas asumirán una cierta auto-

mía, siempre relativa, sobre el proyecto político fundamental: se trata ya de encontrar una fuente de financiación generosa e independiente para la actividad científica de unas individualidades, peculiares y escasas, atentas básicamente al sustrato epistemológico de la ampliación colonial ⁽¹¹⁾ ... (bis). Pero entre tanto, el proyecto costiano de colonización en África empezaba a descomponerse. El propio Costa lo siente así, e inicia su desvinculación del artesanal engranaje que él mismo ha forzado hasta hacer chirriar. Otros van a aprovecharse del movimiento, pero no para mover con él las aspas del molino reformista que Costa había creído ver en la expansión colonial y la incorporación de otras tierras al maltrecho patrimonio imperial de la España en transformación de los años 80. A lo largo de 1887, la actitud de Joaquín Costa respecto a la RGC, -tan suya que él mismo la relacionaba entre sus propias obras, y de la que Cheyne le atribuye un 90% de la redacción total, en estos primeros años (12)-, ha cambiado por completo. No se trata, bien es verdad de una ruptura brusca, pero desde marzo del 86, no es Costa ya el director de la Revista. A finales del mismo año, cuando se reorganiza parcialmente la administración colonial por medio de la creación del nuevo Consejo de Ultramar, (13) (invención de Gamazo para seguir controlando el poder económico de las viejas colonias tras su salida forzosa del ministerio de Ultramar), elogia Costa la distinción de que es objeto la sociedad hechura suya en cuanto a la potencial elección de vocales (14), distinción que después quedará en agua de borrajas, pero que, por el momento, va a saludar con amarga ironía Costa bajo el prisma distanciador de que él "ya no pertenece" a la sociedad (15). Esto ocurría a principios del año 1887; a partir de aquí, es frecuente encontrar -cosa que no ocurría antes- las siglas J. C. o simplemente C. bajo unos cortos artículos que Cheyne no vacila tampoco en atribuir a Costa. Hasta la temática ha cambiado: "Portugal y Zanzíbar en la bahía de Tungue" (16), la "Triple Alianza del Mediodía" (17), "Justicia para las Antillas" (18), "España y el convenio anglo-turco" (19), "Aclaraciones sobre los sucesos de la isla de Ponapé: colonización monacal" (20), son, en verdad, cabos sueltos de la problemática global de Costa en cuestiones coloniales, dispersos más

tarde ante el espejismo africano. Obsesivamente, ha vuelto a ocuparse - ahora de las trabas, los handicaps, los terribles estrangulamientos que - atenazaban al modelo colonial alternativo que había tratado de proponer al capital español en este compás de espera de los primeros ochenta. Volvía ahora sobre el tapete el insoluble problema -símbolo culpable también- de la unión peninsular, volvía de nuevo la impotente "decadencia" histórica y geoestratégica de la raza latina (visceralmente inaceptable para el autor), volvía la lacra antillana con su pecado original de explotación negrera y su arrumbamiento definitivo en la conquista de las libertades, volvían, por último, los anacrónicos y comprometedores lazos entre la Iglesia y el Estado, antepuestos una vez más a esa subida en marcha, inaplazable y salvadora, al deslumbrante tren del desarrollo capitalista ...

Pero no se trata solamente de estas dificultades estructurales. Incluso con los protagonistas carnales de lo que la limitada humanidad enferma de Joaquín Costa no era capaz de llevar a cabo, habían surgido, a lo largo de este año de 1887, los problemas. Cuando, a finales de octubre de 1887, la RGC publica una reseña de la obra reciente de Emilio Bonelli, El Sahara: descripción geográfica, comercial y agrícola desde cabo Bojador a cabo Blanco; viajes al interior; habitantes del desierto y consideraciones generales, (21), es fácil sospechar (si es que ya no era patente) que algo va mal. Para los fieles de la Comercial, Bonelli se ha dejado arrebatarse sin regateo por las prebendas ofrecidas desde el poder central, resistiéndose a profundizar en la labor de exploración de territorios. "¿Qué necesidad tenía el país -se pregunta la RGC- de esa minúscula enciclopedia en que se habla de geología, de zoología, de agricultura, de metalúrgica, de etnografía, de política exterior, sin saber una palabra de razas, ni de química, ni de fisiología, ni de cultivos, ni de colonización, ni de ninguna otra de las materias que en ella se tocan ?" (22). Y sin embargo, la publicación va ornada de la etiqueta de "oficial", sufragada - por cuenta del Estado y a cargo de la Dirección general de Agricultura, Industria y Comercio. La vena agraria de Costa sale aquí de nuevo a la superficie, como hilo conductor invisible entre dos períodos de su actividad: "¡Pesar tan espantosa crisis sobre la agricultura y no saber la Dirección General qué ha-

cer del dinero público, y tirarlo de ese modo y con circunstancias tan agrar vantes!" Pero tampoco cabe depositar grandes esperanzas en un hombre co mo el turtido Iradier. Acababa de aparecer su libro relatando las exploracio nes de varios años en el Africa ecuatorial, que -según afirma irónicamente el cronista- "formará época en la historia de la ciencia por descubrimientos tan sorprendentes como la diferencia, revelada en el espectroscopio, entre la hemoglobina de la sangre de los negros y la de los blancos" (23).

Pronto surgirán los problemas con el propio Iradier, insospechados todavía en el otoño de 1887. En noviembre de dicho año dejaba de publicarse la RGC, por rescisión del contrato editorial solicitado por el propio editor, López - Falcón. Durante unos meses la Sociedad de Geografía Comercial enmudece. A partir de julio de 1888, la propia sociedad decide publicar directamente la revista porque dice contar con recursos para ello. En su segunda época, va a ser obligada¹⁸ a declaración de intenciones que garantice ante la opinión - pública la utilidad pragmática de la geografía y sus propagandistas, como si se tratara de empezar desde cero: "Por medio de la REVISTA procurará la Sociedad contribuir a la cultura general geográfica, mover y encauzar la - opinión en todas aquellas cuestiones que afectan al desarrollo y prosperidad del comercio exterior y colonial de España, y reunir cuantos datos interesen a nuestros productores, señalándoles nuevos rumbos y mercados para la - exportación" (24). Pero estos objetivos, reiterados a la altura de 1888, cuan do las Cámaras de Comercio llevaban funcionando dos años ya, no eran ga-- rantía alguna de vanguardismo desarrollista en materias de política comer- cial. Por su parte, Manuel Iradier había presentado reclamaciones contra - la Sociedad por cuestiones de dinero. El 3 de diciembre, la comisión formada para estudiar el asunto, rinde cuentas ante la directiva, opinando que los gas- tos de la expedición al golfo de Guinea estaban cerrados y aprobados, y que - "nunca se autorizó al Sr. Iradier para gastar más de lo que la Sociedad puso a disposición de los viajeros", por lo que había que concluir negando todo va- lor a la reclamación. El doctor Osorio se atreverá incluso -secundado por el propio Coello- a aprovechar la ocasión para rectificar parte de los conceptos vertidos en la reciente obra de Iradier (25).

Entre tanto, el marco general ha sufrido variaciones. Desde que Costa dejó la dirección de la Revista, en la primavera del 86, la ha asumido Coello. Pero ahora, en la nueva publicación aparecida a mediados de 1888, la pluma de Costa se halla por completo ausente. Desde noviembre de 1887 no aparecerá nada suyo en el cuerpo de esa empresa cultural de propaganda a la que él dió vida. Con su intervención en el mítin abolicionista de 1887 (26), a propósito de las colonias portuguesas, precisamente, se cierra el paréntesis colonial en la actividad propagandista de Joaquín Costa, levemente interrumpido después por la aparición en La Controversia, en 1892, (27), de un trabajo sobre el mar Rojo, y en la propia RGC, un año más tarde, de un artículo sobre Gibraltar (28). En ese mismo año de 1887 había sido nombrado Costa profesor de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación; un año más tarde era notario en Granada, y otros tres después se instalaba en Jaén. Su último esfuerzo por agotar la vía emprendida, involucrando naturalmente al poder político y al capital, parece situarse en la primavera de 1887: "En una carta al ministro de Ultramar -relata G. J. C. Cheyne- de 4 de abril de 1887 había insistido en la necesidad de unir los territorios españoles y portugueses del litoral africano con una serie de puestos establecidos permanentemente, formando así el bloque ibérico capaz de mantener su independencia frente a otros grupos coloniales. Para ello se necesitaba el favor financiero y la colaboración de una naviera que transportara a los exploradores y su impedimento y mantuviera regular contacto con los puestos creados; sólo de esta manera podía prosperar el comercio. En una respuesta oficial se le informaba que ya se había firmado un contrato con la Trasatlántica, y que no se podía modificar lo ya concluido sin recurrir a las Cortes, donde "la opinión estaba fatigada". De haber sido aceptada la propuesta de Costa -concluye su mejor biógrafo-, Giner y Cossío estaban dispuestos a embarcar en una de estas expediciones" (29).

Se cierra así un paréntesis perfectamente delimitado en la historia del africanismo español, paréntesis en el que la vieja idea romántica había sido remozada hasta elevarla a categoría de motor del cambio. "Cambios en la situación

profesional y quebrantos de la salud -dice a propósito Ciges Aparicio, que conoció bien a aquel diseñador del nuevo modelo colonial propuesto-, debilitaron en Costa la actividad colonista", pero también, reconoce aquél enseguida, abandonó Costa la empresa "descorazonado de no ver el logro de su política por apatía de los gobiernos" (30). Lo que podía interpretarse como "apatía" era algo mucho más poderoso: la al parecer inevitable imposición hegemónica de unos intereses económicos arraigados en un plano superior - al que se trataba allí de hipostasiar, la agobiante subordinación del propio gran capital en España a los focos centrales del crecimiento capitalista mundial, la tremenda interrelación entre la esfera de la acumulación privada y la toma política de decisiones a nivel estatal. Y Costa comenzaba a vislumbrarlo, con esa agudeza que no le ahorraba el dolor del desengaño. Por eso abandonará finalmente el proyecto africano como vía muerta, y, tras esa introspección apartada que le proporcionó su entrega profesional a las notas andaluzas, volverá a intentar por otros derroteros la salvación del campo español (por extensión, España) de una manera integral. Pero para entonces buscará tíbicamente el entendimiento con el bloque agrario terrateniente, un nuevo experimento que va a abocar, finalmente, en fracaso repetido. Hasta pasado el desastre, no quiere saber Costa de políticas coloniales, intervenciones en Marruecos o proyectos de expansión, y se niega a manipular en absoluto su producción teórica pasada (31). Pero quienes lo recuerdan, quince años atrás, combatiendo enérgicamente por la modernización del sistema colonial español, van a acudir a su lado a preguntarle por el sentido de esa reconversión africana hacia la que se orienta parte del capital colonial ahora desahuciado.

Debido a su popularidad como activista colonial lo incluye El Español en una encuesta promovida entre supuestos entendidos en la materia que publica el periódico en agosto de 1900, a raíz del tratado de 29 de junio entre Francia y España sobre territorios mutuos en África (32). Junto a Costa, llenaban las columnas de El Español opiniones como las de A. Osorio, Gutierrez Sobral, E. Bonelli, De Francisco y Díaz, Reparaz, Labra ... (33). "El señor Costa -comenzaba la reproducción de la encuesta que trae poco después la Revista de Geografía Colonial y Mercantil- es resueltamente pesimista. Ha perdido -

toda fé en la misión colonizadora de España. "Con un escrúpulo de colonia no se es potencia colonial (...)", advertía ahora Costa a la nación crispada sobre un Africa atlántica que, de hecho, acababa de perder virtualmente: "La batalla de Cavite representa la liquidación de España en Asia; la batalla de Santiago de Cuba, la liquidación de España en América; el convenio Delcas sé-León y Castillo, la liquidación de España en Africa. Hemos salido del continente negro del modo más cursi posible: creando un marquesado de Río Muni que perpetuará la memoria de nuestro fracaso como potencia colonial y civilizadora en el mundo. Nosotros nos hemos quedado con los blasones: Francia, con los territorios. Las gentes lo habrían comprendido mejor si al tiempo se hubiera creado un ducado de Cavite y un principado de Santiago de Cuba".

Pero este sagaz y redondo gesto diplomático, esgrimido por la clase gobernante española como una victoria, se corresponde a la perfección con profundos reajustes en la inserción mundial del país: "Todo nace de que hemos perdido el sentido del espacio, como ya antes habíamos perdido el sentido del tiempo. Para que una nación pueda llamarse potencialmente colonial, para que valga la pena tener un ministerio de Ultramar, y gastar en Marina de guerra, y hablar de una política exterior, es preciso que posea una expansión de colonias, no digo igual a la extensión territorial de la Metrópoli, sino mayor, mucho mayor que ésta, y que sea dueña, además, de los caminos que conducen a ellas. En tal sentido, hacía ya más de setenta y cinco años que España había dejado de ser potencia colonial, aunque todavía se atribuyese, efecto del movimiento adquirido, aquella condición". Y sin embargo, hasta "hace veinticinco años, y aún menos, esas islillas del Golfo de Guinea tenían para nosotros un valor potencial sobre toda ponderación". Una vez tras otra (34) ha dejado España escapar la oportunidad de llevar a la práctica "estos pensamientos (...)" que habrían hecho de Fernando Poo aquello para lo que parecía formada: simiente de un vasto imperio hispano-africano, sede marítima de una nueva España. No es tiempo ya de explicar el por qué de este malogrado perpetuo: "Baste saber que esos sueños de grandeza, para los cuales existía base en la realidad, se han desvanecido para siempre ..."

" 1883 -vuelve Costa sobre su propia biografía, preñada de proyectos nacionales- fué para nosotros el crítico". Un año después, Francia ya había ido más ligera : "Al quedar encerradas, por fuerza mayor, en 1884, nuestras ambiciones territoriales en el corto trayecto del litoral entre Río Muni y el río Campo, al negarnos Francia, en 1900, el paso al hinterland, se le ha acabado de cerrar a España la puerta del continente africano, que es ya tanto como decir del globo terráqueo: el convenio de 29 de junio representa el último trámite o momento de la inconsciente abdicación y criminal abandono de los derechos que su pasado le otorgaba, y de los deberes que le imponía en la santa empresa, que ahora empieza, de educar y desafricanizar a África. A Francia ha correspondido el papel de acompañarnos ante la puerta y despedirnos, con su cortesía de siempre, dejándonos para consuelo un clavo de la casa que no nos sirve para nada".

Paradoja de las trayectorias ideológicas, Labra acaba de tornarse hacia Africa, tras la desaparición real de su plataforma de lucha antillana. Costa, viejo compañero, se atreve aquí a contradecir la afirmación reciente del primero de que "nuestra patria no puede ni debe renunciar a la alta y trascendental misión colonizadora". "Yo digo lo mismo -comienza-, mudando nada más el tiempo gramatical: "no debió". Porque el hecho es que ha renunciado, y que de esa renuncia no puede ya volver ni arrepentirse, porque el planeta se ha acabado" (35). La decepción más completa envuelve aquí al Costa peculiarmente regeneracionista de 1900: "Portugal no es ya para nosotros sino lo que ha sido en recientes días para el Transvaal: un Gibraltar grande que no cife y amenaza por uno de los tres frentes de la Península. Todos los manantiales de poder y de influencia se nos han secado a un mismo tiempo; todas las bases para una política exterior se han desmoronado y subvertido; las puertas del porvenir se nos han cerrado de golpe, como a impulso de un común resorte". Pero el pesimismo respecto a la vertiente exterior (el derrumbamiento de la ilusión portuguesa es aquí decisivo), no comporta mejores perspectivas para la marcha interna de la nación; Costa es consciente de esa doble derrota en el tiempo del reformismo español en la que -siempre él- figura visiblemente entre

los vencidos: "Aquel hermoso movimiento geográfico de 1883-86 y su programa salvador formado en el Congreso de Geografía de Madrid y en los meetings complementarios posteriores, tuvieron en orden a la política exterior de nuestra nación la misma importancia que el movimiento social de 1898-1900 y su programa de gobierno respecto a la política interior. He tomado parte en los dos, y tengo motivos para temer que el segundo correrá, así es que no está ya corriendo! la misma suerte que el primero y por igual causa: la falta de hombres, los mismos errores y vicios que determinaron el fracaso de España en la obra universal y humana de la colonización, actúan ahora en la de su reconstitución interior, torciéndola o estorbándola. Con la misma pasividad y con la misma inconsciencia con que miramos entonces formarse y estallar la nube tempestuosa que nos ha barrido del planeta, confiándonos en nuestro viejo solar mediterráneo, vemos ahora el desenlace de una crisis en que no se juega ya la grandeza de la nación, sino su existencia".

Pero en esa secuencia duplicada de impotencia histórica las circunstancias han variado por completo. La terrible pasividad con que se afrontan los reajustes mundiales en los albores del siglo XX apenas puede ser antepuesta ahora a la ineptia desesperante de una clase gobernante monolítica incapaz de dotar al país de cauces de modernización a nivel europeo. "Supuestos tales antecedentes -apura Costa por fin-, ¿qué es lo que España debería hacer con esas migajas del último festín colonial venidas por accidente a nuestras manos, y de que no hemos sabido sacar el imperio que llevaban latente? Lo mismo que acababa de hacerse con las islas Táui-Táui, escapadas al tratado hispano-yankee de 1898: cederlas a Francia a cambio de alguna ventaja ..." (36). Y es que hay que volver sin duda sobre el peligro nebuloso que "esa sombra de colonia" proyectará sobre la dinámica interna de la nación, produciendo lo que Costa llama un "doble efecto": "Primero, dar condiciones de supervivencia a aquella "leyenda dorada" que nos ha llevado a las vergüenzas de Cavite y Santiago de Cuba, imposibilitando nuestra rehabilitación o retrasándola por más tiempo del necesario para que el territorio de la metrópoli sea mutilado y lo que quede de España independiente en la Península solicite como un favor el protectorado y la -

dirección de Francia o Inglaterra. Segundo, parte y consecuencia de lo anterior, retardar el progreso económico e intelectual de la metrópoli, o como se dice ahora, nuestra europeización, distraendo de Fomento los escasos recursos de que todavía pueda disponer, y aplicándolos a buques de guerra - que en día no lejano vayan a reforzar, como dice Alas, las potentes escuadras de Inglaterra". Nunca la dependencia última de los focos centrales del poderío geopolítico había sido sentida con esta inmediatez.

En el origen de tanto desamparo, como para cualquier buen acusador a la hora regeneracionista, es preciso buscar en conclusión un culpable, incluso remoto. Pero, para Costa ahora, en una superior lección de inculpamiento colectivo en el que no hay excepción posible para el que fracasa, "la culpa es de muchos y viene de muy lejos. Culpa de la esclavitud antillana, que dió causa al tratado de 1835 sobre la represión de la trata en Africa; culpa de la protección aduanera, que ha proporcionado a los industriales en la Península y las Antillas lucros que debieran haber obtenido del tráfico directo con los negros; culpa de los geógrafos y sus sociedades, de los catedráticos y de los llamados exploradores; culpa de los misioneros, así jesuitas como del Corazón de María, empleados del Estado en aquellos parajes; culpa de la prensa diaria; culpa de las Cortes, que no han prestado nunca atención al problema vital de las exploraciones geográficas y de las adquisiciones territoriales, limitándose, como todos, y eso una vez sola, a la colonización de Fernando Poo; culpa de los políticos, especialmente de los que han ocupado el poder en los últimos veinticinco años, y por tanto, también del Sr. Silvela y del Sr. León y Castillo, de este último muy especialmente; y por decirlo de una vez, culpa de las clases directoras, de su falta de patriotismo, de su falta de capacidad, de su atraso casi africano ..." (37).

Nueve años después, cuando al calor de la explotación monopolista del negocio africano ha prosperado de nuevo la iniciativa de ventilación propagandista, Costa es solicitado todavía por los organizadores del Congreso Africanista. "No se han enterado esos infelices -cuenta Cigés que le dijo entonces ai-

radamente Costa-, de que los modernos imperios coloniales tienen territorios diez veces, treinta veces, cincuenta veces más extensos que las metrópolis. Hace veinte años aún era tiempo de pensar en Marruecos, pero me dejaron solo ..." (38). En 1911, dos años después, habiendo combatido hasta el final por la baza reformista burguesa, dentro y al margen de los grupos políticos organizados, desechando una tras otra fórmulas sucesivas de alianza interclasista para dotar a la España liberal de unas bases sociales antioligárquicas (capaces de contener, en suma, la creciente efervescencia conflictiva que desde un momento temprano adivinó como amenaza creciente para sí y para el entorno campesino que siempre lo acogerá, a lo largo de una vida de huidas y reencuentros), muere Costa en Graus. Entre sus papeles, conservados aún en buena parte en su casa natal, quedan inéditos al parecer proyectos tan interesantes como el de un "Partido geográfico" o el de un "Programa para un libro de Geografía", relacionados ambos en la lista bibliográfica que publicó M. Gambón en el Ribagorzano para conmemorar el segundo aniversario de la muerte de Joaquín Costa (39), y que recogen García Mercadal (40) y R. Pérez de la Dehesa (41). Todo lo anterior nos ha llevado demasiado lejos, fuera del marco de cronología estricta que he tenido interés en respetar a lo largo de las páginas que preceden. En el salto, me ha guiado la intención de poner de relieve lo más claramente posible la tremenda importancia sectorial para la trayectoria (no sólo costiana sino, en general, del nuevo colonialismo español en la transformación imperialista) del corte histórico encarnado en estos años inmediatamente posteriores al reajuste legitimado en Berlín a partir de 1885. Concretamente, la desertión de Costa en 1887 simboliza el punto decisivo sobre el que se articulará en el futuro la depredación colonial protagonizada por capitales españoles en los márgenes residuales del reparto de territorios. En la sección IV de este trabajo creo trazar las líneas básicas para fundamentar estas propuestas de análisis, pero de momento creo merece la pena volver, por última vez, sobre la fase final de la propaganda africanista costiana, palpablemente desvanecida en los últimos meses de su vinculación a la Sociedad de Geografía Comercial a través, ya solamente, de su Revista.

Coincide el retiro de Costa con el afianzamiento de la actividad legislativa del denominado "Parlamento Largo" (1885-1890), autor material de la consolidación final de las instituciones jurídicas del liberalismo español, siempre en beneficio de esa oligarquía de la propiedad que filtraba hasta la médula sus escaños. Han bastado siete años para que Costa sienta que brantarse, tras un esfuerzo de gran magnitud la viabilidad de su proyecto armónico de integración social. El enemigo es más fuerte de lo que él pudo creer en un principio y, al contrario de lo que a él mismo le ocurre, se fortalece a ojos vista bajo la protección y ayuda del aparato estatal. En esta hora de las decepciones, la noción de raigambre hegeliana de un Estado como síntesis de los intereses privados comienza a enturbiarse para dejar paso, años después, en su reconversión final, a la clara visión del control ejercido sobre aquél por la oligarquía caciquil (43). En consecuencia, nada será posible a partir de entonces para Costa sin la conquista del aparato de poder; nada, excepto la aniquilación masoquista bajo la doble presión de un bloque de poder asfixiante y de una revolución proletaria insurgente.

En el contexto general en que hemos situado la propaganda colonial de estos primeros años de la segunda mitad de los ochenta, nada más lejos de mi intención primera que hacer bascular sobre la sola figura de Costa la trayectoria total del africanismo español. Pero he podido rastrear hasta aquí que no siga la pista de Joaquín Costa; que no se relacione con él o contra él; que, en definitiva, no se incardine de un modo o de otro en la labor de propaganda cultural, política y económica que protagonizó la Sociedad de Geografía Comercial llevada de su mano: Por todo ello, no me parece de más el detenernos todavía brevemente sobre los últimos escritos africanistas de Joaquín Costa, clave última de su desarraigo final de aquél proyecto liberal que lo había sustentado, vital y políticamente, a su paso por entre las elites institucionistas madrileñas.

Cuando, en marzo de 1887, Costa publica aquel trabajo sobre la "Triple alianza del mediodía", buena parte del voluntarismo que había guiado su conducta desde cuatro años atrás ha desaparecido. Y así, cuando critica a los redivi-

vos promotores de una liga aduanera entre España y Portugal, parece columpiarse en la autocensura, como inconsciente manipulador que ha sido de vagos ideales sin base social suficiente: "A nosotros nos parece perdido el tiempo que se ponga en planear ligas del género de éstas y el dedicado a combatir las, ya sea a orillas del Manzanares o a orillas del Tajo. En economía social, lo mismo que en política, no son los programas lo que importa, no las constituciones ideadas por un individuo o un partido: es la constitución interna, nacida de los hechos, elaborada calladamente en las entrañas de una sociedad. El individuo, en cuanto órgano de las colectividades, no es creador: ordena, informa materia preexistente, pero nada más; si la materia no está dada a priori por la colectividad, el individuo se agitará estérilmente en el vacío, producirá formas sin contenido, novelas didácticas, constituciones a estilo de Platón, Locke o Campanella. Todo lo que no sea condensar estados de opinión, en todo tiempo ha sido, y no hay razón para que deje de ser, álgebra pura..." (44). Sin embargo, hay una ausencia clara de este factor de opinión cuando, a continuación, empuja Costa de nuevo el argumento económico que dió cuerpo a su actividad reciente, y que lo conduce a él mismo a situar en coordenadas esencialmente derrotistas su concepto de la decadencia colonial de países como Portugal y España: "Hemos vivido durante medio siglo abominando de la libertad de comercio (...). No veíamos que la competencia industrial se hallaba entablada entre unidades de naturaleza idéntica y de peso igual, entre el individuo español y el individuo inglés, entre el peso duro de aquí y el dólar de allá; juzgábamos que la lucha era entre naciones, de la nación española enferma, convaleciente apenas, contra todo el poderío de Inglaterra; tomábamos en serio la metáfora, confundiendo el mercado con el campo de batalla, donde triunfa el que mayor número de combatientes logra concentrar; y así como se edifican castillos en la frontera para impedir el acceso a los soldados enemigos, se levantaron aduanas para cortar el paso a los industriales extranjeros". Esta y no otra es la razón decisiva de que España no arrancara definitivamente hacia la vía colonial en 1883, opina Costa, dejando entrever ya nuevos síntomas de cansancio en su perpetua batalla contra el arancel protector: "En buena hora mantenga quien quiera sus industrias en el invernadero, pero renuncie a tener colonias, y a ser potencia industrial, y a ser gran potencia; casi estaba por decir a secas que - hasta a ser potencia, porque los moldes de la antigua política han cambiado mu-

"Habían cambiado" -habría quizá que objetarle al propio Costa, parodiando su crítica a la africana voluntad de Labra trece años después-, y (lo que él todavía no podía percibir), se hallaban precisamente al borde de una mutación general que orientaba la normativa arancelaria en sentido totalmente divergente al que propugnaba Costa. Con mayor presteza o con rezagado apresuramiento, la vieja Europa correrá a resguardarse de la competencia incipiente de la producción capitalista originada en países más jóvenes. Hasta la propia Inglaterra, pasado un tiempo, se alejará del libre-cambio total para correr más desembarazada de obstáculos bajo el techo flexible de la protección. El viejo continente mudaba a ojos vistas sus pautas de conducta arancelaria en tanto que Costa trataba todavía, desesperadamente, de arreglar para los pobres el ropero en desecho de los ricos ...

Contra el proteccionismo triunfante, contra la alianza visible entre los aranceles trigueros e industriales, enfila Costa sin vacilar. Cualquier ocasión es buena para mostrar su enemiga creciente. En febrero de 1887 reproducía en su Crónica un artículo de la revista barcelonesa Los Negocios, que recoge "Una opinión inglesa sobre la industria catalana". Costa lo titulaba "La exportación de manufacturas catalanas y el precio del trigo en España" (46), y apunta hacia el arancel del cereal, próximo a discutirse en Cortes, con el argumento de que no es posible cubrir el mercado nacional en su totalidad si no se detiene el encarecimiento global del coste de la vida, que incide de una manera negativa sobre el poder adquisitivo de unos salarios estancados.

Pero los meses finales del invierno y la primavera de 1887 vienen marcados en el país por un acontecimiento, entonces de indudable repercusión política, aunque oscurecido después por la mirada somera sobre la epidermis de la política y de los partidos. Me refiero al paso por las Cortes españolas del polémico y bien orquestado contrato del servicio de correos extrapeninsular, otorgado a la Compañía Trasatlántica (que ya venía disfrutando una concesión más reducida), en un alarde de maniobras y resistencias de la oposición, subsumibles en última instancia en el resultado (inevitable ?) de aquella larga

discusión: el trasvase generoso de fondos públicos hacia una empresa privada cuya función no se reduce, ni mucho menos, a la mera relación contractual con el Estado. A ello dedicamos atención especial en el capítulo XI de este trabajo, y ello es parte de la clave, a mi entender, de la dinámica interna del juego colonial en los tiempos que siguen. Pero por el momento, lo que me interesa destacar es el carácter nodal y decisivo que el asunto de la discusión parlamentaria, en sí misma, adopta respecto al desarrollo conjuntural de la teorización colonial de los hombres de la Sociedad de Geografía Comercial, de Joaquín Costa con especial significación.

Larga y reiteradamente escribe Costa a propósito de la discusión en el Congreso del polémico contrato de la Trasatlántica. En su momento volveremos sobre las características esenciales de su discurso: ampliación del servicio hasta las posesiones portuguesas, facilidades a los industriales y comerciantes, e igualdad de condiciones con las líneas del Portugal colonial. Pero, cuando a mediados de abril, Costa escribe sin paliativos bajo el rótulo de "Una anomalía en el contrato con la Trasatlántica" (47), es cuando únicamente salen a la superficie reticencias profundas en el africanista empecinado. No es dudoso que, en algún momento, albergara Costa esperanzas en la ambiciosa línea de comunicaciones extrapeninsulares que el nuevo contrato amparaba contra todo riesgo; no hay duda, porque de lo contrario es imposible que no de pusiera de antemano del lado de Gumersindo de Azcárate, amigo y compañero en proyectos sociales y económicos, cuando éste inició su persistente y criticada oposición al monopolio (seriamente gravoso para el tesoro) que suponía el contrato. Costa, sin embargo, oculta sus temores y se limita a aconsejar lo que él estima mejoras, en atención a las facilidades que una línea española, amplia y protegida, se espera haya de ofrecer al desarrollo económico del país. Pero llega un momento en que la situación es insostenible: ¿Por qué se pregunta Costa - la línea de la Compañía Trasatlántica de Manila se vé subvencionada en su ampliación a Zanzíbar y Mozambique, donde no aletea un solo soplo de iniciativa española, y en cambio no existe ampliación alguna hacia Angola y el Congo, donde una política comercial sensata nos llevaría a profundizar? La res--

puesta que el Costa cansado de 1887 se dá a si mismo viene a reducir el problema a aquellos términos de autocastigo que -según pase el tiempo- caracterizarán cada vez más aquellas miradas introspectivas sobre si mismo como individuo y, aún más, sobre su inserción en un grupo social de difícil ascenso a la cúspide de la hegemonía social : "¿ Por qué se ha hecho lo contrario ? -insiste-. A nadie hay que culpar de ello, como no sea a los geógrafos. Planes tan vastos, tan complejos y tan intimamente engranados con todo el sistema de condiciones naturales, sociales y económicas del planeta, no pueden ser fruto de una improvisación : presuponen en el país una cultura geográfico-comercial de quince o veinte años, y solo a este precio podrían no pecar de teóricos y abstractos. Pero nosotros carecíamos de experiencia propia; no nos habíamos cuidado ni siquiera de consultar y discernir la ajena; nos entretuvimos en disputar sobre las estrellas, y lo que ha sucedido debía suceder por ley indeclinable de la lógica". Hay una crítica directa -ello es indudable- a aquella pérdida de tiempo que fué en realidad la bizantina discusión sobre Santa Cruz de Mar Pequeña, pero hay también -y ello es más importante- una tremenda hipóstasis del papel de los intelectuales, (aquí de los abogados a las inquietudes geográficas y coloniales), al distorsionar críticamente su responsabilidad en lo que Costa ya asumía como un fracaso propio. Bien era verdad que ni un solo profesional de la geografía se había pronunciado en contra de la tremenda vinculación entre el Estado y la empresa capitalista del Marqués de Comillas; pero hubiera debido preguntarse primero, antes de acusarlos de pasividad, cuál era el modelo de sociedad que se dibujaba en sus cabezas como más apropiado para impulsar al país por la senda de ese progreso que (y en ello estaban todos de acuerdo) España debía emprender sin demora.

Entre tanto, sí era en cambio el Parlamento español escenario de más o menos veladas oposiciones a la expansión colonial de nuestra patria, por más que -significativamente- aquellas mismas voces no hicieran jamás el menor amago de gritar en contra de la subvención postal, por gravosa que ésta fuera. El caso del mar Rojo es, no cabe duda, el más claro y terminante.

El 15 de mayo de 1887 ofrece la RGC en lugar preferente la noticia - de que España sigue buscando una factoría comercial, "destinada en primer término a depósito de carbón", en las costas del mar Rojo. Al parecer, se había entrado ya en tratos con el jefe indígena correspondiente, al que se - ofrecieron 125.000 pesetas. El oficial de la armada Juan Pastorín había si - do el encargado de hacer las gestiones, gestiones que, según se afirma en los medios de prensa, alarmaron a Italia, convencida de que el puesto en - cuestión se hallaba en la zona que le correspondía, en la costa al Sur de Ma - sagua. Determinada prensa española aprovechó entonces para atribuir a Canó - vas juicios desfavorables a propósito de la empresa. La RGC, todavía dis - puesta a esperar de Canóvas una profundización en su tan alabada iniciativa colonial en la costa africana, se niega a dar crédito a los rumores publicados en los periódicos, porque ello sería -afirma- "condenar su propia política en el golfo de Guinea y en Río de Oro y canonizar la conducta inepta y antiespañó - la del señor Elduayen en el mar Rojo y otras partes"(48).

El 24 de junio se discutía en el Senado precisamente la cuestión del - mar Rojo, suscitada por el conde de Coello de Portugal, ex-ministro de Es - paña en Constantinopla, a propósito del presupuesto de gastos del ministerio de Estado. Sea quien sea quién la promueva, se dice el orador radicalmente en contra de toda veleidad expansionista: "Abrigo tal convicción de lo fatal - que ha sido para mi patria el debilitar su vida propia para dar lo mejor de su sangre a la América, no obstante la gloria que Isabel la Católica y Colón han reflejado sobre España, que en tribuna distinta de ésta fui de los pocos que - desde el primer día se colocaron al lado del general O'Donnell, para sostener - lo en el abandono de Tetuán, me opuse a la expedición de Santo Domingo, y fui enérgicamente contrario a la locura de la guerra del Pacífico. Estos mismos sentimientos inspiran hoy mi aversión a toda aventura en el mar Rojo, sean factorías, sean colonias las que nos propongamos establecer en territorios - habitados por tribus semisalvajes... "(49). La oposición había hecho su apari - ción en la Cámara alta. Se inscribía, como otras tantas cuestiones formuladas como proposiciones incidentales, en el marco preciso de la campaña obstruccio -

nista contra la ley de reformas militares sometida a la aprobación parlamentaria por el general Cassola. En realidad, el complejo proceso de acción y reacción en torno a la ley de reforma del ejército que presentara un ministro liberal, abocaba en definitiva a la relegación a segundo plano de problemas no menos acuciantes que aquél de que se trataba. Y, así, va a ponerse fin a una legislatura de nueve meses sin dar tiempo a tratar, por ejemplo, de los presupuestos ultramarinos. (Tampoco de las admisiones temporales, del crédito agrícola, de las dehesas boyales, de la información sobre el estado de la agricultura, del derecho transitorio sobre la importación de ganado y carnes a la península...., ni del matrimonio civil).

Desde la RGC protesta Costa (50) contra la "pesadilla" de la cuestión antillana: "Si los partidos militantes quieren la asimilación, practiquenla sinceramente, midiendo a todas las provincias por un mismo rasero, repartiendo entre todas el tiempo y la atención, que es decir la justicia, por igual, sin preferencias odiosas, sin desigualdades irritantes; si, por el contrario, el Parlamento no puede legislar, por falta de tiempo, más que para la metrópoli, como dijo el señor Sagasta en el Senado el día 22 de abril último, téngase valor para renunciar a esa entelequia hipócrita de la asimilación y restablecer franca y abiertamente el régimen colonial absoluto o implantar la autonomía. ¡Tanta precipitación para aprobar los presupuestos de la Península, casi sin discutirlos, y tanta indiferencia para los de Ultramar! ¿Qué género de asimilación es ésta?". Era ello tanto más sangrante cuanto que el proyecto presupuestario había llegado a una fórmula, "relativamente satisfactoria", que rebajaba los derechos de exportación e importación, y disminuía el gasto público. "España -era la conclusión- no ha tenido un día para Cuba y Puerto Rico, que se mueren de anemia".

Por último, otro desencanto más que apuntar a la lista de Costa -ya por poco tiempo africanista- de 1887: la vieja cuestión de las misiones en las colonias del occidente africano y el derroche público que representaban. A propósito del fracaso, por razones ideológicas fundamentalmente, de una empresa de

explotación guiada por presupuestos económicos (51), vuelve a atacar Joaquín Costa a los misioneros del Inmaculado Corazón de María, beneficiarios en 1884/85 de una partida de 13.700 duros; en 1885/86, de más del doble, y 1886/87, de 41.500 pesos, "sin contar los gastos de escuelas, construcción de edificios para las misiones, pasajes de ida y vuelta, etc., para los cuales hay otras partidas elevadas". Concretamente, en Elobey Chico, con menos de cien almas, había al parecer dos misioneros (a 800 pesos cada uno), tres coadjutores (a 400), y cinco religiosas (a 400 también). Costa resume así la situación: "En 1859 se dió a cada familia de colonos españoles que quiso establecerse en Fernando Poo 3.000 reales por una sola vez. Ahora se da a cada misionero 16.000 reales cada año", y concluye apasionadamente: "Cómo, pues, no han de ver con repugnancia los aprovechados directores de la Congregación que se establezca allí nadie que no sea de su cuerda y cuya parcialidad no tienen asegurada? Cómo no han de correr igual suerte los señores Lázaro Sanz, Dosdeus Bobé, Ordóñez Masoti, que tienen pedida al ministerio de Ultramar la concesión de 30.000, 20.000, y 50.000 hectáreas de tierra, respectivamente, a menos que no obren de acuerdo con la Congregación?". "¡Con lo que han costado las misiones de la Congregación del Inmaculado Corazón, en los últimos cuatro años, habríamos podido adquirir medio continente!", es el broche hiperbólico de Costa a unos comentarios sobre cuestiones que le afectan profundamente (52).

Aquel mes de octubre de 1887, el postrero de vida para la primera etapa de la Revista de Geografía Comercial, ven la luz las últimas contribuciones sistemáticas de Costa a propósito de la cuestión colonial. Cuando un año más tarde vuelva a iniciarse la publicación continuada, Joaquín Costa ha roto totalmente sus vínculos con el proyecto de reforma social que entrañaba la acción africana. En otras manos quedaba ya definitivamente el sustrato territorial, heterogéneo y disperso, que iba a proporcionar entidad material a la teorización de unos pocos hombres, sólo en escasas ocasiones de tentadores de intereses económicos propios en aquellos lugares objeto de su iniciativa propagandística. Pero el año de 1887 iba a ser todavía escenario de una pu-

blicación -pequeña y no excesivamente conocida- de Joaquín Costa como geógrafo e historiador. Se trata del folleto Islas Lybicas (53), recopilación de tres trabajos publicados anteriormente en la RGC (54), y que recrea para el lector curioso el conocimiento de "Río de Oro en la Antigüedad", cuya exploración arqueológica encarga³ Costa a Teodoro de Cuevas, cónsul en Larache (55). El librito merece, a mi entender, atención más detenida de la - que yo voy a dedicarle, pero no quiero dejar de mencionar aquí su valor como trabajo científico interdisciplinar, a la altura de 1887. Se cita allí a los nuevos geógrafos franceses (56), junto a los clásicos griegos en sus traducciones castellanas más recientes (57) y los últimos datos proporcionados por los exploradores (58), dando por resultado un importante estudio filológico y geográfico comparado (sobre el Mediterráneo y las costas africanas en la Antigüedad), del que no se hayan ausentes ni las últimas teorías aceptadas - entonces acerca del hipotético hundimiento de la Atlántida ni la erudición fonética más exigente. Entre los escasos trabajos de Costa con que cuenta la - biblioteca que fuera de Menéndez y Pelayo, se haya éste que comentamos (59).

2. LA REORDENACION DEL AMBITO ULTRAMARINO EN LOS AÑOS OCHENTA

"Haber acabado las dos guerras, la peninsular y la cubana, fué el primer título que ante la opinión pública pudo ostentar el nuevo gobierno. No quiso saber cómo ni a qué precio. Bastóle advertir que había paz material. ¿Por qué milagro pareció a todos tesoro inestimable la pesada carga ultramarina? Era evidente, aún para la corta perspicacia de estadistas medianos (con tal de que algo supiesen de la trascendental transformación marítima que el mundo estaba sufriendo), el riesgo a que aquellas apartadas, indefensas y codiciadas posesiones nos exponían, y que por eso habíamos de apercibirnos para nuevas y más terribles luchas, si queríamos conservarlas". (60). Cuando Gonzalo de Reparaz escribe estas líneas, en 1907, las áreas coloniales americanas y asiáticas de dominación española han desaparecido ya de la escena, y la alternativa africana, que apenas unos pocos insistían en proponer como contrapartida, va siendo abordada sistemáticamente por los intereses monopolistas y militares de la España que sobrevive a la derrota colonial.

Ello no basta para rehabilitar, a ojos de estos africanistas decepcionados, la imagen de un duradero y compacto sistema político que no supo afrontar con decisión el camino de la alta política mundial: "La Restauración tenía ante sí dos rumos opuestos y absolutamente inconciliables que seguir: o hacer de España una potencia militar, mucho más marítima que terrestre, con política exterior firme y decidida, entrando resueltamente en el camino de las alianzas, o liquidar los restos del imperio colonial para reducir nuestras aspiraciones, por el momento, a una vida modesta de recogimiento y preparación. No tuvimos estadista bastante sagaz para advertir ese dilema, ni opinión pública para presentirle, plantearle o imponerle a los partidos políticos. Y esta deficiencia nacional, no personal, ni de bandería, ni de clase, es la verdadera causa del desastre con que terminó el pasado siglo" (61). Sin embargo, bien es verdad que aunque Reparaz recurra, una vez más, a este símil peque-

ño-burgues de la "impotencia nacional" para denunciar una política de cla--ses, en beneficio de unos pocos y expensas de la gran masa de la población -peninsular y colonial-, lo cierto es que ocultan sus palabras una clara enemiga contra ese puñado de privilegiados de la oligarquía terrateniente y financiera que impusieron sus intereses sobre otros más generales. "La ínfima -minoría que en España parece ocuparse de negocios públicos" -prosigue- actuó así eficazmente al servicio de aquélla, dando prioridad a sus peticiones y exigencias y no dudando en subordinarles las de otras burguesías peninsulares, siempre que no entraran en contradicción con el sistema (62).

Pero, al hilo de la evolución acelerada del reparto de los espacios coloniales, la monolítica estructura de los sectores en ellos interesados se ve forzada al cambio, siquiera sea modesto y retardado. Conatos de reforma colonial salpican la historia de la segunda mitad del XIX español, acercando una y otra vez los sucesivos proyectos al nexo común de la (así considerada) todavía factible evitabilidad de la pérdida colonial. El terrible hundimiento del imperio español en la década de los veinte planea como una sombra por encima de la floración reformista que precede y acompaña al sexenio democrático (63), pero quizá se ha alejado ya lo suficiente en el tiempo como para desvanecer su efecto en los años ochenta. Es entonces, más bien, la necesidad inmediata de reorganizar las fuentes de riqueza ultramarinas (en virtud de reajustes internos o mundiales) la que obliga a disponer en torno a las presiones desde abajo una serie de mejoras de racionalización, otorgadas con distendido esfuerzo desde arriba.

Las reformas ultramarinas corresponden así con bastante exactitud a la relación de fuerzas existente entre los detentadores del poder en las dos primeras décadas de la Restauración y el resto de las fracciones de clase que constituyen, en junto, el contexto de referencia. Presiones liberalizadoras de la administración colonial dotaron a las Antillas, poco a poco, de las leyes de emancipación, abolición de la esclavitud, y -finalmente- supresión del patronato. En 1881 la Constitución del 76 cobraba vigencia en Cuba, y a partir de aquí

las reformas políticas (siempre tímidas y a menudo controvertidas) centrarían con preferencia la actividad de los legisladores, entanto que Filipinas se incorpora con retraso y desigualdad a este proceso de discontinua atención por parte de la administración, no tan ágil y resuelto como muchos hubieran deseado. Rafael María de Labra, eficaz propagandista y tenaz defensor de la equiparación de las conquistas democráticas entre peninsulares y ultramarinos, no es por supuesto una voz excepcional y rara. Muchos otros participan de esa dimensión extraeconómica e idealista que sabe imprimir a su acción política de agitación sobre la opinión pública : "Aquí no debo recordar las obligaciones que España tiene respecto de sus colonias -arengaba en 1869 desde la cátedra del Ateneo madrileño-, dado su carácter de madre patria, porque os hago la justicia de creer que entre vosotros no hay uno solo que crea que Cuba o Filipinas existan en el mundo sólo para proporcionar sobranes a nuestro Tesoro, mujeres ricas a nuestros aventureros y pingües rentas a nuestros empleados" (64).

Profundamente optimista por el triunfo político recién ganado, se atreve Labra en aquel momento, -como volverá a hacer en circunstancias menos favorables para sus ideas-, a reclamar un papel protagonista y moralmente superior para la acción colonial española, preñado su discurso de inspiraciones éticas : la misión "que debe de realizar (España) como nación frente a las demás naciones (...) reclama la cooperación de todos los partidos y es la gran base de una política nacional. Esta misión no puede ser otra que la de representar los grandes intereses de la civilización, impidiendo el desquiciamiento del mundo político, procurando ensanchar el dominio de los intereses generales, a cuyo desarrollo responde la actual y precipitada formación de las grandes nacionalidades consagradas en Solferino y Sadowa y cuyo porvenir está protegido por la extensión y la fuerza que todos los días adquiere el derecho de gentes..." Y, en consecuencia, "dando la mano sin orgullo, sin petulancia, sin egoísmo, sino como quien realiza un deber muy grato, a las sociedades que están en el comienzo de la vida, para que entren lo más pronto posible en el goce de todas las ventajas que al viejo mundo han proporcionado muchos siglos de trabajos,

de ensayos y de catástrofes, y abriendo, en fin, al espíritu de los futuros - tiempos nuevos y dilatados espacios (65).

No correspondía, sin embargo, esta voluntarista y bienintencionada descripción de tareas a realizar, expuesta por Labra, a la realidad sustentante del residual emporio ultramarino, a los tensos lazos de vinculación - americana o asiática con la quebrantada metrópoli mediterránea, entonces a la zaga de las principales potencias. Finalizada la devastadora guerra lar- ga en la Gran Antilla (66), todo obligaba en principio a la clase dominante a replantear en profundidad las razones y medios de su apropiación colonial. No obstante, la inercia o la necesidad siguen informando (hasta la desaparición del dominio) la formación y desarrollo de aquellos poderosos grupos de funcionarios, comerciantes o propietarios del suelo que, estrechamente vin- culados a intereses metropolitanos en un principio, acabarán lógicamente - por diversificarse, complicando el contexto de sus relaciones mutuas. Es un corte sectorial de este proceso lo que trata de abarcarse, aproximativamente, en las páginas que siguen.

Cuando, en las dos primeras décadas del siglo XIX, Cuba resiste, milagrosamente, al hundimiento del imperio español en América, se abren tiempos prósperos para la isla. Entre 1817 y 1824 sitúa el propio Labra su máximo esplendor, plagado de problemas en los años inmediatos. La centralización, a su entender, ha de afrontar la carga culpable de una progresiva decadencia (67). Al retomar este argumento en la Cámara baja, mediado el año de 1886, voces interesadas en la prosecución del statu quo, responderán al propagandista antillano con la contundente réplica de que "no es el sufragio universal lo que necesita Cuba, sino reformas económicas" (68). Quien así se expresaba, el conservador Rodríguez San Pedro, era apenas sospechoso de alardes vanguardistas: "En relación singularmente con el mercado de la isla de Cuba -expone Rodríguez San Pedro-, y en relación también con lo que toca a las islas Filipinas y a Puerto Rico, es necesario que el gobierno, como fabricante de tabacos, no siga ese sistema de prescindir de la producción nacional y de buscar su principal surtido en la producción extranjera, con lo que el dinero arrancado a la tributación de los españoles va aplicándose en beneficio de los productores extranjeros, y se da el triste caso de que, siendo nosotros los principales productores de tabaco en el mundo, lejos de tener como estímulo el surtido de las fábricas nacionales, nos encontramos con que nuestra producción queda completamente desafiada, o por lo menos no empleada en la extensión que debiera (...) Este es un detalle de la funesta política comercial que no quiere hacer distinción entre la riqueza del país y la riqueza exterior". Las palabras del orador conservador, entonces en la oposición, nos dan la medida del cambio que se produce en aquellos momentos, del acoplamiento de intereses y manifestaciones verbales que, avanzada la década de los ochenta, corresponden a un nuevo equilibrio en el bloque dominante y sus orientaciones inmediatas.

Volvamos brevemente atrás, al punto de partido -quebrado y desigual en sus resultados- que ofrece la conclusión del conflicto insurreccional en 1879. Apenas hay triunfalismo en los escritos -por más que su orientación sea diversa- de la inmediata posguerra: todos y cada uno, a su manera, son cons

cientes de que la pervivencia del dominio es inestable, de que los gérmenes de distanciamiento se multiplican y engrosan, y de que ello habrá de conducir forzosamente al establecimiento de unas nuevas relaciones entre las fuerzas en presencia. Desde un Servando Ruiz Gómez, preocupado por la integración definitiva del enclave insular en el contexto político y económico de la nación (librecambio absoluto, "self-government", reformas administrativas y extensión de libertades civiles), y que en absoluto oculta su intención de no abandonar aquella fuente de riqueza (69), hasta un Federico Giraud, obsesionado casi exclusivamente por el problema azucarero (70) que una inconcebible protección minoritaria a los productores peninsulares de remolacha agudiza por momentos, toda una gama de soluciones (inmediatas o a medio plazo) salpica la práctica política de los primeros ochenta. Son diversas modalidades reformistas que tropiezan, casi invariablemente, contra el muro de granito de los más cerrados intereses. "Hay que enterrar la bandera de las reformas -decía Elduayen, entonces ministro de Ultramar, en 1879-. Ya están hechas todas, y no pensamos que vayan mayores libertades a las Antillas" (71).

Viene a desperdiciarse, de esta manera, la magnífica oportunidad de distensión ofrecida por la paz firmada en Zanjón. Pronto, la tolerante conducta de ^{Jr}Martínez Campos de primera hora, sus prudentes recomendaciones, van a quedar en suspenso al ser llamado el "Pacificador" a la península, con su incorporación al sistema político tras ofrecerle la presidencia del consejo de ministros. No es extraño que la democracia cubana sea dura en sus juicios, pocos años más tarde, para con la política del gabinete conservador en aquellos primeros momentos, que debieran haber sido de contento y satisfacción hacia los desanimados y suspicaces: "Suponiendo que no se hubiese querido desde el primer momento llevar a Cuba la organización vigente entonces en Puerto Rico -se lamenta Juan Gualberto Gómez-, lo más correcto era atenerse a las recomendaciones que el Pacificador hacía al señor Cánovas, de plantear por lo pronto las leyes municipal, provincial y de elección para las Cortes, en vigor en la península por aquellos tiempos. No se hizo así, y se confeccionó,

por el contrario, una nueva ley provincial, sin anuencia, ni intervención, ni consulta de los interesados, que rompiendo con todos los principios del liberalismo moderno, dejó sin facultades ni jurisdicción efectiva a las Diputaciones provinciales, y una ley municipal que redujo a los ayuntamientos a la mera categoría de cuerpos encargados de cumplimentar las órdenes del Gobierno" (72).

De este modo, en lugar de ofrecer los instrumentos de la distensión y la confianza, España apretaba las tuercas de su dominio. Las nuevas leyes fueron promulgadas, a la vez, en Cuba y Puerto Rico, en teoría de manera provisional, pero de hecho prolongadas hasta mediados de la década de los ochenta. Puerto Rico empeoraba incluso su situación, perdiendo la escasadescentralización administrativa de que gozaba hasta aquel momento. El descontento había de cundir, inevitablemente, entre hombres con estrecha comunicación con el entonces reputado paraíso de las libertades democráticas, su vecino del norte. El censo electoral se ajustaba a condiciones difíciles, exigiendo ser contribuyente por mucho mayor tipo que en la península; sin embargo, los empleados y funcionarios gozaban del derecho al voto ampliamente. De hecho, las puertas del Parlamento se hallaban cerradas para aquella burguesía criolla que cada día sentía más el peso de la losa colonial que los convertía en ciudadanos de segunda categoría, a pesar de su ilustración creciente. La fuerte censura, aplicada a la prensa, hacía causa común con la dura autoridad de los capitales generales para ofrecer una imagen de España como potencia metropolitana poco deseable, y, sobre todo, poco adaptada a las condiciones imperantes. Para colmo, la válvula de esperanza que diseñara Martínez Campos se desvanecía con ^{su} llamada a la Península...

Los cubanos iban a soportar por poco tiempo la resignación atónita de los primeros días que siguieron a la paz de 1879. "El desencanto había empezado a nacer" -en palabras del demócrata Juan Gualberto Gómez-, y los partidos cubanos se vertebraban en torno a los tres cauces de actuación (en un primer momento tangenciales), que ofrecían la Unión Constitucional, los liberales y los

demócratas. Era, bien entendido, un "desmenuzamiento de las fuerzas locales", pero tampoco las fuerzas peninsulares presentaban una mayor cohesión. Comencemos por las primeras.

De todos es sabido que la ley del patronato dejaba en pie la esclavitud. Las reformas económicas reclamadas desde varios ángulos hallaban serias resistencias en la sede del poder central. Sin embargo, no había vacilado éste en conducir una guerra que no a todos perjudicaba : valga, una vez más, la somera alusión a los casi 200.000 hombres embarcados hacia el Caribe o a la rentable inversión que supuso la creación y préstamos oficiales del Banco Hispano-Colonial, tres años antes de poner fin al conflicto (73). De los veinticinco millones de pesos que la entidad bancaria entregó al gobierno canovista para hacer frente a los gastos bélicos, ya el 13 de octubre de 1876 se decretaba la devolución de cinco millones, y de otros dos y medio el 24 de agosto de 1878 (74). Los enormes gastos de la contienda venían a recaer sobre la propia isla, en una prueba de fuerza que nunca se ocultó conduciría, única y exclusivamente, a la conservación del control político y económico para España. Para los dominados era ya difícil de soportar. Y sin embargo, la moraleja obtenida de la pacificación visaba a la perpetua prolongación de las represalias fiscales : 1860, en un estado de prosperidad mayor para la isla, contribuía Cuba en total con unos quince millones de pesos en concepto de imposiciones; en 1880, seriamente quebrantada su riqueza, "con sus campos talados, sus fincas destruídas, perdidos sus capitales y amenazado su crédito-, Cuba era obligada a verter sobre España cuarenta millones de duros. Y sin embargo, como confesaron (tanto antes como después de sus respectivas gestiones) ministros de Ultramar conservadores o fusionistas, la administración española había sacrificado la liberalización política de su dominio antillano (con la consiguiente demora en la abolición definitiva de la esclavitud) a la prosperidad material y el mejoramiento moral de las islas, no concibiendo ambas sino en su conexión más directa con la madre patria. ¿Cómo habría que interpretar, entonces, aquel progresivo deterioro en la evolución económica de Cuba que, apenas sin vacilaciones, los más directos conocedores de la situación subrayan con unanimidad ?.

Con presupuestos invariablemente elevados, una tributación más - injusta si cabe que la peninsular y una administración plagada de corrupcio- nes y nepotismo, la isla apenas podía abordar la urgencia de su reconstruc- ción material. El capital extranjero, que nunca dejó de acudir abundante- - mente, era absorbido por la monstruosa deuda cubana. Autorizado amplia- mente por el parlamento, el gabinete conservador de los primeros años del régimen alfonsoino, no hizo sino profundizar aquella vía de control y sumi- sión total. Pero incluso los liberales se distanciaron ampliamente de lo -- exigido por una sociedad pujante como la antillana. Las reformas, tímida y políticamente abordadas, fueron concebidas siempre, en realidad, como pábulo al separatismo independentista. Incluso los más osados hicieron -- siempre profesión de fé de españolismo y sentido patriótico para conjurar lo que, en el fondo de sus pensamientos, acabaría en la ruptura del nexo so- berano. León y Castillo, el primero, vino a traspasar a la isla de Cuba, - sin fluidez a pesar de todo, el puñado de franquicias que había de tranquilizar las conciencias liberales de un puñado de peninsulares. Pero sus escrúpulos no eran los mismos que los de los liberales cubanos, es evidente, por no ha- blar del creciente flujo de inspiración demócrata que polarizaba la organiza- ción política en la poco aventurada colonia española.

Los primitivos programas de la Unión Constitucional Cubana y el -- partido liberal de la isla se acercan sensiblemente. Son, ante todo, la expre- sión formal de las aspiraciones de dos oligarquías coloniales; la primera, - escorada ligeramente hacia la izquierda; la segunda, perceptiblemente con- servadora. Ambas formaciones deseaban la inminente aplicación de la Cong- titución española y de las leyes orgánicas de la metrópoli en todo lo que fue- ran cuestiones generales, así como la promulgación de leyes específicas pa- ra la defensa concreta de los intereses particulares de las colectividades lo- cales imperantes en Cuba. Desde lo más hondo de sus ideas y creencias, am- bos partidos dejaban a un lado la consideración real de los derechos políticos de la población de color: la Unión Constitucional abordaba el problema de la esclavitud desde los supuestos de la ley Moret, pero acortando los plazos --

previstos por ésta (en suma, prolongaba la vigencia legal del esclavismo—durante más de cuarenta años todavía), en tanto que el Partido Liberal cubano se plegaba al artículo 21, que exigía la abolición sin dilaciones, si bien acompañada de indemnización a los propietarios. En definitiva, y teniendo en cuenta la resistencia ofrecida hacia esta condición material de la liberación de los esclavos, resultaba que tampoco los liberales antillanos ofrecían soluciones terminantes para esta tremenda circunstancia. Ambos partidos hubieran podido, quizá, observar conductas asimilables a los contextos políticos de la Europa burguesa de aquel momento, de no existir por medio el problema de la abolición. Éste lo distorsionaba todo, crispando a los más favorecidos criollos, que se debatían entre la disyuntiva crucial de una sumisión humillante a la burocracia española (que los volvía impotentes para realizar su propio papel como clase dirigente) y la insurgente amenaza social de una masa de la población constreñida en los moldes estrechos de un sistema político ya periclitado.

De este modo, y en los primeros tiempos de su actuación política, la Unión Constitucional, fundada por profesionales ilustrados y abogados, se ve obligada a defender la esclavitud como institución, como base que era de la fortuna de los grandes hacendados que, en buena parte, eran sus clientes. Pero, junto a ellos, componían el partido "individuos que habían llegado a Cuba en posición inferior"; la guerra los había elevado, enaltecéndolos socialmente y colocándolos en situación de influir en la marcha política de los acontecimientos insulares. "Eran autonomistas y librecambistas decididos, pero querían la autonomía irregular que de hecho venían gozando desde la expulsión del general Dulce. Tenían la fuerza voluntaria a su servicio y era una verdadera oligarquía, formada por la poderosa burocracia ultramarina y el alto comercio, y dirigida por abogados y publicistas de mediana ilustración..." (75). Por su parte, y sociológicamente, el Partido Liberal se componía de aquellos cubanos que no habían tomado parte en la insurrección, absorbiendo incluso algún que otro elemento revolucionario de los que colaboraron en la firma del Zanjón. Era, verdaderamente, espejo fiel de las clases medias cubanas: "abogados distinguidos, sabios médicos, doctos profe-

sores, hacendados de segundo orden, gente de verdadero arraigo en el país, sentían la humillación a que los condenaba el viejo régimen colonial y pugnan por modificarlo" (75).

Poco a poco, dos partidos inicialmente cercanos en cuanto a programas políticos iban a verse distanciados por la antagónica diversidad de intereses que ambos encerraban: para la burocracia peninsular era duro contemplar la probabilidad de perder, en un futuro próximo, esa magnífica posibilidad de ascenso y enriquecimiento rápidos que ofrecía la Gran Antilla; para las burguesías autóctonas, por el contrario, cada vez era más penosa la inevitable obligación de abandonar la isla y arribar a España para hacer carrera política. A la altura de 1884 escribe el cubano J. G. Gómez: "La Unión Constitucional se ha convertido en un partido conservador, en cuyo seno quizás lata cierta tendencia anexionista; y el Partido Liberal, de oligárquico y esclavista vergonzante, ha llegado a constituir una verdadera agrupación democrática y por ende, abolicionista, llamada, por la inevitable fuerza de las cosas a ser el árbitro de los destinos de Cuba" (76). En esta evolución, rápida y contundente, mucho habían tenido que ver los sucesivos capitanes generales llegados a la isla, que, obviando aquel prudente arbitraje de su predecesor Martínez Campos, se inclinaron sin ambages por la Unión Constitucional, que se declaró a su vez, -sorprendentemente-, "ministerial de todos los ministerios". Blanco, Prendergast y Castillo contribuyen así a profundizar la honda herida social cubana. A la Unión Constitucional no le convenían ya las reformas; solo podía aspirar -y así lo hizo- a la salvaguarda de sus privilegios.

Pero entre tanto, la riqueza agraria de la isla entraba en dificultades, producto de la crisis de distribución del azúcar. En España no había dudas sobre la naturaleza y señas particulares del principal comprador del azúcar cubano: Martínez Campos, desde las Cortes, había alertado a sus compatriotas en 1880 (77). La concentración de la propiedad agraria avanzaba irrefrenable en un contexto de profundo descontento para los pequeños y medianos:

"La mitad de los ingenios de Cuba habrán desaparecido dentro de un par de años -escribía Juan Gualberto Gómez en 1884-. Una tercera parte ya ha sucumbido, pues no habrá zafra en el presente. Las haciendas de crianzas - también desaparece. Las pequeñas fincas, los "sitios" de labor, son abandonados por sus dueños al Fisco para que los remate. Y lenta, pero constantemente, se va dirigiendo a las repúblicas sudamericanas y a las otras Antillas una corriente de trabajadores cubanos que emigran hacia aquellas tierras huyendo del hambre que los amenaza en su antes opulento país". En tales circunstancias, no era "un secreto para nadie que en Cuba había muchas personas que consideraban a España incapaz para resolver satisfactoriamente los graves problemas allí planteados, y que se inclinaban, por tanto, a buscar soluciones fuera de su soberanía" (78). La independencia y el anexionismo proyanqui eran las dos únicas alternativas para los más impacientes.

¿Qué respondía a ello la burguesía peninsular de vocación colonialista? ¿Cómo reaccionaron los partidos ante la amenaza creciente cuando, casi sin excepción, no vacilaban en proclamarse partidarios a ultranza de la conservación del dominio? ¿Cuáles fueron los grupos económicos que se alzaron con el protagonismo y los beneficios en esta relación desigual? La respuesta ha sido con frecuencia minimizada hasta convertirla a las dimensiones mezquinas de las consecuencias deplorables de una ciega política trasnochada. Está claro que el asunto es infinitamente más complejo y que requiere un análisis mucho más detenido del que aquí vamos a intentar. Pero vaya por delante ese carácter subordinado de la plataforma colonial que la convierte en cantera de compensaciones para grupos de intereses, sostenidos o en ascenso, en el conjunto de lo político. En tanto no afectara a ese equilibrio de intereses, Cuba queda demasiado lejos de la política de los partidos de la Restauración, y sólo unas pocas voces de talante democrático - arraigadas con frecuencia en el suelo antillano - se arriesgan a salir al paso del peligroso devenir que se aproxima. Por otra parte, lo que desde la Península se llamaron reformas antillanas, no siempre -es obvio- cobraban dimensiones positivas frente a los intereses isleños: "Cuando en las altas esferas oficiales se rendía culto a las ideas proteccionistas

-escribe José Cabezas en 1882-, se arreglaban las cosas de manera tal - que solamente lográbamos proteger intereses extranjeros, y cuando esas mismas esferas predominaban ideas diametralmente opuestas, tampoco lo gramos cambiar de raíz una situación que tantos perjuicios ocasiona a los intereses nacionales"(79).

A pesar de todo, es innegable un general talante reformista -por más que cuidadoso- en los primeros pasos de León y Castillo, ministro de Ultramar. Su compañero de militancia liberal Ruiz Gómez, ex-ministro republicano, había advertido desde la oposición, en los primeros momentos de rodaje del nuevo régimen : "El adelanto mismo de la isla, su millón de población - blanca y los tres mil de color libres imposibilitan de todo punto el sistema - que quiere imponer por los privilegiados. Modificarle, adaptarle a nuevos intereses y nuevas necesidades no es destruirle; sería más bien vivificarle". La advertencia se hace inequívoca según avanza la argumentación: "Precisamente aspiramos a salvar las fortunas de los españoles con la política que - aconsejamos, a restablecer su valor y a duplicar su importancia. Dueños están siendo los peninsulares, después de la guerra de diez años, de una gran - hipoteca que resultaría sin valor y la perderían irremisiblemente si persistiesen en errores e imposibles" (80). Invertiendo los términos de la lucha por la conquista de las libertades democráticas, antepone Ruiz Gómez la Gran Antilla a la metrópoli: "Las reformas en Cuba traerán precisamente tras de sí - las reformas en España. Sino hay valor, ni hay patriotismo, la perderemos y nos perderemos; salvándola, nos salvaremos" (81). De primer orden pasa a ser, de esta manera, su papel en el proceso político que entonces se abría; casi excepcional en sus propuestas, el hacendista Ruiz Gómez tendrá ocasión prolongada de seguir paso a paso un proceso de distinta orientación.

Tras la inicial decisión de mejora que protagoniza León y Castillo, tras el momentáneo reparo a los intereses más perjudicados que encierra la ley de relaciones comerciales de 1882, un relativo apaciguamiento se extiende sobre los grupos que entran en el juego. Pero sólo en parte. El periódico ma-

drileño La Crónica, que se subtitula "órgano defensor de los intereses hispano-americanos", se dirige en enero de 1883 al recién nombrado ministro de Ultramar Núñez de Arce para solicitar aborde resueltamente una política más avanzada que la de su predecesor, otorgando a Cuba "las reformas que su cultura, su riqueza, el hermoso carácter de sus hijos, lo floreciente de su comercio, lo rico de su agricultura y la desgracia que abrumba a sus pobres esclavos, han necesidad de hacer para honra de nuestra bandera". En resumen, las mejoras que, según el semanario, necesita la Gran Antilla son: equiparación real de derechos, sustracción al mando militar del control supremo de la isla, autonomía administrativa, abolición de privilegios mercantiles y supresión de la esclavitud. "No es mucho lo que pedimos -opinaba- en nombre de la justicia, de la moral y de la libertad, por más que no ignoramos que nuestras peticiones, de ser atendidas, habrán de herir a los eternos explotadores de la tierra que media entre la bahía de Guadiana y la meseta de Maísi, privándolos de la reprobada industria que no porque no exista penada en el Código deja de ser la más anatematizada, la explotación de un pueblo" (82).

En una compleja red de intereses materiales y adscripciones ideológicas y económicas, las propuestas de reforma atravesarán tanto los paradigmas de la protección como los del libre cambio absoluto. La polémica mantenida, en 1879, entre los cubanos Zayas y Giraud revela mucho a propósito de la sinuosa trayectoria seguida por las voces en réplica. De cara a un acuerdo con los intereses de la producción industrial peninsular, escribe F. Giraud en el "Diario de la Marina" : " Los proteccionistas peninsulares están trabajando con verdadero fervor en pro de sus ideas; y hace poco que leíamos en los periódicos de allá que se trataba seriamente de denunciar los tratados de comercio existentes como atentatorios a la dignidad y causantes de la actual decadencia de las industrias nacionales". Con evidente optimismo prosigue : "Por el contrario, la abolición de las trabas arancelarias para los frutos y manufacturas que alimentan el comercio entre las Antillas y la metrópoli, ha de tener allá enérgicos y entusiastas defensores. En primer

término, contamos con los navieros, comerciantes e industriales catalanes, que han trabajado, trabajan y trabajarán a nuestro lado, y como un solo hombre, porque ven en el cabotaje con Cuba su salvación de la ruína que los amenaza, y la terminación de su absurdo económico que, hoy por hoy, les causa la muerte a su marina y la paralización a su comercio". Pero no se trata sólo de la estrangulada industria peninsular : "En segundo término continúa Giraud- tenemos a los productores castellanos, que cuentan en la abolición de los derechos a sus harinas el progreso, desarrollo y florecimiento de su comercio y de su industria. En tercer lugar, nos apoyan todos los demás productores peninsulares, cuyos frutos o manufacturas tienen en Cuba riquísimo mercado ". En resumidas cuentas, la implantación del reclamado cabotaje posibilitaría para los españoles todos suprimir sin demoras esa "legislación que les impide comer azúcar y fumar tabaco al mismo precio o con más ventaja que la comen y fuman los extranjeros" (83). Un mercado potencial de diez y siete millones de consumidores les era estorbado, al otro lado del Atlántico, por una legislación inadecuada.

El mercado peninsular resulta tanto más conveniente, para los hacendados cubanos, cuanto que es innegable el comienzo de unos años difíciles para la producción de azúcar de caña : "Hoy se produce el azúcar en todas partes -argumenta en pro del cabotaje- y en todas partes se salvan las trabas que se oponen a su desarrollo, se facilitan los medios de producir, se anima al productor en todas las franquicias imaginables, y se abren las vías del progreso y las puertas de los mercados consumidores con la llave de los tratados internacionales" (84). Confía Giraud en enviar en el futuro a España la mitad de la cosecha azucarera cubana, "para satisfacer el consumo metropolitano y el de todas aquellas naciones de Europa y América del Sur que hoy se surten de Francia. Con esto se notará un desnivel entre el sobrante que aquí nos quede para la exportación al extranjero y lo que necesitan los Estados Unidos para el consumo; y la consecuencia natural la tenemos en el aumento del precio por la mayor demanda que alcanzaremos" (85). Favorecidos mutuamente por el cabotaje, entrarían en estrecha armonía -siempre según Giraud- los productores -

metropolitanos y los insulares : "Las naves españolas, que hoy arrastran - una vida lánguida y penosísima, tendrán entonces otros derroteros que seguir, llevando en su seno el germen de la riqueza nacional. Vendrán a Cuba con vinos, harinas y aceites, y tornarán a aquellos puertos con azúcar y tabaco; cargarán allá ese dulce ya refinado para conducirlo a las márgenes del Plata, y tornarán a Cuba con tasajo".

Peticiones similares eran hechas, al mismo tiempo, desde Cataluña, recibíendose ^{antes} -por parte del librecambismo en pugna- como molestos - resabios de un mercantilismo expliador, residuo del colonialismo de tiempos pasados. Saliendo al paso de las críticas, exponen los hacendados cubanos : "El sistema colonial, cuyo objeto y fin evidentes eran el acaparamiento por la metrópoli del oro y la plata de los países conquistados, consistía en vivir las colonias unidas a la madre patria sólo por el vínculo de un comercio recíproco, derivado del pacto que obligaba a la colonia a consumir los géneros y frutos de su metrópoli mientras que ésta debía dar salida a las producciones de aquélla, abriéndole de par en par las puertas de la nación (...) Es esto lo que nosotros pedimos para Cuba? De ningún modo. Nosotros nos oponemos al monopolio que se ejerce hoy en España por los productores malagueños, y mal podemos desear el monopolio comercial que se nos atribuye" (86). La buena disposición hacia intereses peninsulares compatibles es evidente : "Deseamos lo que en términos jurídicos se llama "contentar" a los productores peninsulares; queremos satisfacerles en lo que de justicia les corresponde, para la completa reparación del agravio que hoy sufren; queremos hacer cesar esa especie de extranjerismo que en asuntos mercantiles existe hoy para los productores de provincias hermanas. Satisfechos aquéllos con este acto de justicia, no pueden oponerse, ni se opondrán, a las medidas que se dicten en pro de los intereses generales, y con los cuales habrán ellos de beneficiarse también. No pedimos tratados internacionales sólo para Cuba. Al defender el cabotaje defendemos la asimilación completa y absoluta, sosteniendo la igualdad de derechos para todas las provincias ante la augusta majestad de la ley" (87).

Pero las voces a favor de una mayor atención hacia la producción cubana proceden de distintos puntos. También José del Perojo, preocupado por aquellos años de las teorías y doctrinas sobre la colonización y los modos de expansión exterior (88), escribe en 1885, tras reclamar una mayor atención por parte de los partidos políticos hacia los problemas ultramarinos (89) : "Este comercio fenece, porque así lo queremos nosotros. Cuba produce intensamente, pero Cuba no puede exportar sus productos porque los derechos de exportación los hacen subir a precios a que nadie quiere comprarlos. Quedan los productos paralizados, confinados en sus almacenes y sin salir en pago de los capitales extranjeros allí en circulación". Azúcar y tabaco (90) ven disminuir peligrosamente su producción por falta de facilidades para su colocación en el mercado; el panorama que se cierne sobre la isla es desolador: "Los bancos extranjeros y capitalistas empiezan a inquietarse y a temer el riesgo que sus fondos corren en país cuya ruína se acelera, y las casas de giro de New York cierran su crédito al comercio cubano. En Londres, en París y en el mismo Madrid, en la madre patria, cierran los banqueros sus cajas a los giros de Cuba. Aquel comercio, antes floreciente, no inspira más que recelos y desconfianzas en las plazas en donde sus productos hallaban antes fácil salida (...). Decae la producción en proporciones extraordinarias; desaparecen de sus frutos tan ricos como el café y el cacao; decrecen en términos que espantan los del azúcar y tabaco, y aglomerados y hacinados los depósitos con los frutos que aún producen los agricultores que han tenido medios de resistir con sus fortunas hasta estos últimos instantes, el comercio se perturba, y las quiebras se suceden sin cesar. Casa por casa de crédito, todas van cayendo poco a poco" (91).

La agudeza del problema, pues, y la naturaleza económica del mismo no escapan a la mayor parte de los observadores: "Pensemos un instante - aconseja el propio Perojo - que brama en Cuba la peor de las revoluciones, la económica, cien veces más terrible que las sociales y políticas" (92). ¿ Soluciones políticas, por tanto, habían de acabar con el problema ? No sólo, pero también. Y, sin embargo, los partidos políticos peninsulares parecían de-

sentenderse peligrosamente del incómodo malestar cubano : las buenas relaciones entre sectores muy delimitados de las oligarquías locales y del bloque de poder en la Península bastaban a capear el temporal. A quienes clamaban, tozudamente, por la incorporación de pleno derecho al conjunto metropolitano, y en tanto hacían alardes de españolismo visceral, responden los instalados en el apartado de Estado con lugares comunes más o menos despectivos o humillantes : de "Casandra ultramarina" calificaba sarcástico Pío Gullón al diputado Labra, a mediados del año 1886, en la Cámara baja (93). El reformismo de talante demócrata distaba mucho de ser aceptado por la clase dominante de la Restauración, ni siquiera por lo que hace a la esfera colonial, en precario equilibrio y tambaleante por momentos.

¿Cuál era, por tanto, la declaración de intenciones genéricas que -- hombres de todo color político lanzaban a los cuatro vientos en la España de 1880? Sin lugar a dudas, la etérea bandera de la "asimilación". Ambiguo e inconcreto, el término encerraba en la mayor parte de los casos la firme voluntad de mantener unas relaciones de dominio y privilegio sobre espacios forzosamente dependientes. Pero poco más. Opuesto de esta manera al de "autonomía", el vocablo "asimilación" viene a definirse así, en boca de la amplia mayoría que lo adoptó como propio, como negación de la libertad para unos pueblos subordinados. Pero revistió sin duda matices diferentes : desde un Ignacio Díaz Caneja, defensor del Partido Español Incondicional (94), a un Miguel Blanco Herrero (95), partidario de que las Antillas ingresaran en efecto en la categoría de provincias españolas, -postura compartida con matices por Perojo en un principio (96)-, media un camino ideológico solo comprensible tras una ponderada valoración de sus palabras y actuaciones. "Insistimos en que la verdadera asimilación está ya hecha -protestaba en un extremo de la cuerda Díaz Caneja-. Ahora, si esa asimilación se traduce por una absurda identidad en todas las esferas, lo cual es muy distinto, en este caso debemos creer, de nuevo, que los partidarios del sistema o no saben lo que piden, o piden lo que no tiene por objeto la realización de la identidad ni de la asimilación ... Los asimilistas que por las Antillas le han salido al Gobierno son casi todos

demócratas enragé, y los demócratas son verdaderos autonomistas.—No lo inventamos nosotros; lo ha dicho el Sr. León y Castillo en su célebre discurso de 29 de octubre de 1881... " (97). No les faltaba a ambos su parte de razón, al reducir a términos radicales el problema. Pero quizá olvidaban que la democracia, como inspiradora de los principios de gobierno en España, había sido vencida mucho antes de diciembre de 1874.

La preocupación por ensalzar el sistema colonial de la España imperial viene así de seguido (98). Orientando los problemas presentes hacia la luz que devuelve el espejo del pasado, es frecuente la sensación profunda de que han sido errores miméticos, intentos frustrados de adaptación de procedimientos extraños, los que han conducido a la situación presente. En pocas palabras : España poseía una tradición colonial moral y culturalmente superior a la de los pueblos anglosajones ; al introducir en ella dimensiones económicas (procedentes de otros moldes), se había desnaturalizado peligrosamente. "Los males que ahora en Cuba y Puerto Rico lamentamos -es ahora José del Perojo quien habla-, vienen justamente del error de implantar en nuestro sistema principios en él exóticos, impelidos por el afán nunca harto censurable de olvidarnos de nosotros mismos y de imitar a la nación vecina. España tiene una gloriosa tradición colonial, tradición que nada tiene que envidiar a la inglesa ni a otra alguna, y es nuestro deber, a la vez que nuestro más grande interés, retrotraer a ella el desencauzado curso por donde hoy camina. No nos será entonces difícil descubrir, que así por lo que las enseñanzas del pasado nos indican, como por lo que en el presente y porvenir más parece convenirnos, que nuestra aspiración en materia colonial y aspiración altamente española, deben cifrarse en llegar a la unidad nacional, dando entrada en nuestra vida política a las colonias, no como tales, sino como partes coactivas del organismo patrio". De ello había de seguirse, al hilo del pretexto nacional que conduce al discurso teórico, que, "por eso no admitimos ni podemos admitir la autonomía propiamente dicha, que nace de la misma colonización inglesa, como no admitimos tampoco la asimilación -asegura Perojo-, que es obra de la francesa, ni la pactista, que lo es de la holandesa" (99).

Debates terminológicos, en suma, oponen y confunden a los que tenían opinión acerca de las islas. Pero la idea de fondo es la misma : "Ciertamente, ni Cuba ni Puerto Rico disfrutaban, ni han disfrutado nunca del despresivo concepto de colonia, y menos del de simples factorías de la metrópoli; pero tampoco podrán ser pueblos que se gobiernen a su antojo, a la usanza de las antiguas behetrías . . . " (100). Pero la autonomía, la voluntad o idea de autogobierno, viene enseguida a convertir en un solo hombre a cuantos dudaban acerca de la solución idónea para el problema antillano : "Una parte del reformismo puertorriqueño -escribe Díaz Caneja en 1887- ha decidido, por fin, precipitarse en el escollo de la autonomía (...) Los momentos no pueden ser más decisivos y solemnes, y debemos aprovechar en ellos la útil enseñanza que contienen. Hora es ya de que la Isla toda, meditando sobre ese movimiento, que se opera actualmente en su seno por unos pocos, sepa a qué atenerse, para conocer quiénes y cuáles son los verdaderos amigos y los sinceros amantes de su bienestar y prosperidad" (101). Contra un programa demasiado avanzado (libre pensamiento, plenitud de derechos civiles, libertad de cultos, autonomía municipal y provincial, república, libre comercio, igualdad de tributos, y -coherentemente- igualdad de prestaciones militares), no era difícil transigir en cuestiones de orden secundario. La posibilidad de la autonomía va a quedar así, durante largo tiempo, relegada al arsenal teórico de la subversión social y política. La década de los noventa será escenario de la descomposición forzada de este muro de resistencia. Pero es que los hombres de la Restauración creían haber apuntalado suficientemente, con los retoques dados al edificio colonial en el segundo quinquenio de los ochenta, la estructura resquebrajada de un dominio seriamente amenazado.

El primer paso fructífero de aquella labor de remozamiento fue, sin duda, la ley de relaciones comerciales de 1882. Sin embargo, la ley iba a contentar a unos pocos, posibilitando la relativa disciplina de la burguesía industrial catalana en el entramado político de la Península y satisfaciendo a un puñado de cubanos. Los intercambios se multiplican, en efecto, y hacen concebir a algunos el espejismo de una armonía en ciernes. A pesar de ello, no

mucho tiempo después de su entrada en vigor, advertía Juan Gualberto Gómez : "Hay que acostumbrarse a la idea de que el régimen de explotación directa ha terminado en Cuba. Esta Isla no puede proporcionar a España, dada la civilización y cultura que posee, más beneficios directos que el prestigio y la importancia que su posesión tranquila y asegurada ofrece a cualquier nación. Pero creer que es posible imponerle el monopolio del mercado peninsular, o dar a la industria metropolitana el privilegio y la exclusiva de aquella Isla, con daño evidente de sus moradores, pensar que se la puede gobernar y administrar en vista más bien de los intereses de la Península que de las necesidades de los cubanos, es una temeridad que envuelve tanta ignorancia como demencia" (102). Y no se trataba ya, para el patriota antillano, de una amenaza vacía, sino de un análisis de la realidad cambiante : en virtud de las nuevas circunstancias no es ya posible, opina, el "identismo", la equiparación plena de derechos que seguía propugnando la democracia cubana. Y sus palabras van cargadas de razón cuando afirma : " El mercado exportador de España está en Francia e Inglaterra por los vinos; en Alemania y Gran Bretaña por el mineral de hierro. El de Cuba se encuentra en los Estados Unidos. La industria española consiste en las pañerías de Cataluña, los calzados de las Baleares. La cubana se concreta a la elaboración del azúcar y del tabaco. No hay la menor comunidad entre sus intereses. No es posible que la misma ley proteja a unos y a otros. Y por eso es por lo que la democracia cubana no trae soluciones de momento a los problemas cubanos, por más que buena parte de su credo -todo lo que se refiere al orden político- sea de aplicación inmediata" (103). Es como si la propia marcha de los nuevos imperios, en alas de la fuerza financiera que les otorga su pujante industrialización, decretara como contrapartida inexcusable la disgregación de los residuos deteriorados de anteriores fases; en otras palabras : es como si España, pendiente ya del hilo y la madeja del capital exterior resultara ya incapaz de conservar por más tiempo los mercados de reserva para su propia producción.

Y, sin embargo, sabemos ahora que aquellos no desempeñaron un papel demasiado prolongado y, por supuesto, que este papel nunca fue homogéneo .

En 1882, el diputado José Cabezas de Herrera, recién hecha la renuncia de su cargo, se dirigía a León y Castillo, a la sazón al frente del ministerio de Ultramar, para llamar su atención acerca de la falta de aprovechamiento de los mercados asiáticos: "Casi todo el comercio de Filipinas, mucha parte del tráfico, y los cuatro quintos, por lo menos, del capital que allí opera en negocios comerciales, son extranjeros, y, en lo posible, deberían convertirse en nacionales" (104). Para entonces, no obstante, producían ya su efecto las reformas de Moret, liberador para las importaciones procedentes de la Península de todo tipo de trabas arancelarias a su entrada en el archipiélago; en cambio, fuertes imposiciones seguían gravando los productos filipinos que llegaban a la Península. En defensa de la producción española sugería el ex-diputado Cabezas al ministro "se establezca la libertad comercial completa y recíproca entre Filipinas y la Península cuando el tráfico de productos españoles se efectúe en bandera nacional, y solo se exija el pago de los derechos arancelarios cuando se efectúe en bandera extranjera". El problema de los mercados articula de principio a fin la buscada relación entre la metrópoli y su abandonada colonia: "Afirmaré, sin temor de equivocarme -sigue leyéndose en la carta a León y Castillo-, que sus productos (de Filipinas), y especialmente sus azúcares, no vendrán en mucho tiempo a la Península por tener bastante mejor mercado en Inglaterra, donde realizan los negociantes mayores beneficios, debido a que muchos de esos productos no pagan allí ninguna clase de derechos, a la economía en los transportes, a la seguridad en hallar fletes de retorno, a la baratura en los seguros, a la conveniencia de no tener necesidad de hacer costosos reembolsos por medio de giro, y a otras muchas circunstancias que omito en interés de la brevedad. Y si los productos de Filipinas, se me dirá quizás, no han de venir a la Península, ¿para qué se ha de conceder la libertad comercial? Precisamente por que es de absoluta y urgentísima necesidad que venga a crear grandes relaciones comerciales y lazos de unión entre aquellas apartadas provincias y la madre patria, y como los derroteros emprendidos por el comercio y las situaciones económicas solo se modifican a fuerza de tiempo, de aquí la conveniencia de plantear esta reforma con la mayor premura posible" (105).

Los consejos liberalizadores ofrecidos, a través de distintos cauces, a la administración central (106) hallaron, como es sabido, la eficaz resistencia de las oligarquías peninsulares, conduciendo hasta bien avanzada la década de los ochenta la cada día más difícil, pero consciente, empresa de la retención de los ámbitos coloniales.

No es casual que fuesen dos ministros proteccionistas -y al tiempo políticamente liberales- los que acometieran, sucesiva y trabadamente, ese complejo proyecto de atar corto a las colonias americanas y asiáticas. Su militancia en el partido de Sagasta (dejando al margen protagonismos y discrepancias) les obligaba en cierta manera a proseguir una relativa política de apertura más allá de los límites peninsulares; su especial adscripción a los intereses de la producción nacional, por otra parte, facilitaba una labor de acercamiento que podía lograr amplio consenso, cuando no obtener, incluso, la entusiasta calificación de patriótica. Victor Balaguer, hombre de la industria catalana en Madrid, recibe por primera vez la cartera de Ultramar en el otoño de 1886, de manos del saliente Germán Gamazo, leve y pasajero tocado por los males de la política. Había puesto especial empeño Gamazo en sacar adelante el magno contrato con la Compañía Trasatlántica, por el que dejaba en manos de ésta muchas de las responsabilidades de los hombres de gobierno respecto al lastre ultramarino, y había puesto ese especial empeño como particular interesado en la exportación cereal que era. No obstante defender sin duda sus propios objetivos como terrateniente castellano, y los de buena parte de los electores que lo aclamaron como diputado por Medina del Campo, recibió Gamazo -según contaban sus detractores y le fué difícil desmentir- el espléndido palacio de la calle Génova, en atención a las duras batallas libradas dentro del gabinete y frente a la opinión pública. Pero hubo de abandonar el cargo. Su sucesor en la cartera de Ultramar, el catalán Balaguer, recibe una gruesa carpeta de proyectos que no vacila en continuar y ampliar, hasta donde se lo permiten sus posibilidades.

Por real decreto de 7 de octubre de 1886 abolía Gamazo el patronato cubano, tras seis años de vida infeliz. Era uno de sus últimos actos como ministro de Ultramar. Dos días antes, el día 5, otro real decreto trataba de iniciar una vía experimental para la reconversión de los cultivos antillanos por medio del establecimiento de estaciones agronómicas en Pinar del Río y Santa Clara. Balaguer no vacilará en aceptar una herencia de ejecución difícil, según afirma él mismo, y controvertida (107). Y así, pocos días después de ocupar su despacho, establece premios para las mejoras en cultivos y trabajos agrícolas de Cuba (108), para aprobar en abril el reglamento de aquellas estaciones agropecuarias creadas por Gamazo (109), y dotar a Manila, en noviembre, de una escuela de Agricultura y ocho estaciones agronómicas (110). Como su predecesor, intenta Balaguer dotar a su paso por el ministerio de un carácter activo y espectacular capaz de salir al paso de las frecuentes y acostumbradas críticas, máxime cuando "pocas veces, y de seguro ninguna con la insistencia de ahora, habían preocupado tanto a la opinión pública y a la prensa periódica las cuestiones de Ultramar" (111). La convocatoria y realización de la Exposición General de Filipinas, cuyo fruto más duradero será la instalación del Museo-Biblioteca de Ultramar, juega así un papel de primer orden en esta tarea de popularizar las reformas ministeriales y de atraer de paso el interés de un mayor número de productores interesados en los intercambios con el archipiélago (112).

El comercio y la agricultura antillanas y filipinas, por su parte, merecen medidas de urgencia adoptadas por el ministerio Balaguer: creación de las Cámaras de Comercio en las islas (Habana, Santiago, San Juan y Manila) (113), y amplias facilidades para la multiplicación de las líneas férreas y su explotación por el capital extranjero (114). Mayor trascendencia inmediata pretenden tener las disposiciones relativas a emigración y colonización (115) y, tienen sin duda, las que disminuyen los derechos arancelarios de exportación de azúcares y tabacos en un 20%. Por la ley de presupuestos de 1886-87 se autoriza al gobierno a proceder a esta reducción, tendente a compensar de algún modo los estragos de la crisis agrícola cubana. Pocos días más tarde, se hacía extensivo a Filipinas el contenido del real decreto aplicable a

Cuba y Puerto Rico (116). No obstante, las Antillas iban pör delante en la atención prestada por el poder metropolitano : el 26 de julio de aquel mismo año de 1887 quedaban suprimidos para las posesiones españolas del Caribe - los derechos de exportación de mieles, aguardientes de caña y azúcares, "medida que se adoptó de conformidad con el dictamen del Consejo de Estado y que se impuso por circunstancias críticas y de suma gravedad, puesto que consignada la supresión de los referidos derechos en el proyecto de presupuestos para 1887-88 que se presentó a las Cortes y se consideraba de inmediata aprobación, se hicieron numerosas transacciones concertadas sobre la base de la supresión expresada, que no llegó a acordarse por haberse cerrado las Cámaras. Su aplazamiento -explica el ministro- hubiera indudablemente traído perturbaciones en los mercados de las Antillas y producido consecuencias muy funestas" (117). Tres meses más tarde, el 17 de octubre, al ver aprobados sus presupuestos para 1888, pasaba a gozar de igual concepción el Archipiélago Filipino.

Pero, ¿qué había de cierto en aquella progresiva mejora de relaciones comerciales que, se decía, encerraba la ley de 1882, con sus complementos - posteriores? Por parte de los interesados peninsulares no hay, en efecto, quejas sobre el particular, a no ser la reclamación esperanzada de acortar los plazos que median entre su puesta en vigor y deseada meta de 1892, puerta abierta para la exención total en cualquier clase de transacciones entre la Península y las Antillas. Por parte de los cubanos, fundamentalmente, los balances y presagios no son tan optimistas : la ley de relaciones comerciales en 1882, en realidad, no era tan favorable en la dirección inversa, es decir: de las islas a la metrópoli. Las disposiciones que sirvieron de base al arancel de 23 de julio de 1882 (leyes de 30 de junio y 20 de julio de 1882) habían sido modificadas hasta conseguir que los impuestos transitorios y municipales, que venían a sustraer a los impuestos arancelarios anteriores, superaran con creces a estos últimos. Y además, no había que olvidar la entidad de los productos sometidos a esta nueva legislación : azúcar, aguardientes, café, cacao y chocolate, de junto a un lado que el tabaco contaba con disposiciones espècíficas respec-

to a su entrada en la península. En junto, se trataba de la práctica totalidad de la producción antillana (118). No hay que olvidar, tampoco, que al mismo tiempo que se producían estos estrangulamientos forzosos en la fluidez de los intercambios, los productores andaluces de azúcar de remolacha lo graban, mediante conciertos individuales con el ministerio de Hacienda, fuertes rebajas impositivas.

Con la contrapartida de fortalecer las trabas arancelarias para las transacciones antillanas con otros países, logró el gobierno español, en cambio, concitar la hostilidad y resquemores de los principales países interesados en el comercio con Cuba. Estados Unidos pronto exigió la concertación de nuevos convenios (1784 y 1891) que acabarían provocando, por parte de algunos otros, la solicitud del trato de "nación más favorecida". Y como riesgo previsible, las exenciones peninsulares y sus secuelas atarrearían quebrantos para el tesoro cubano, directamente afectado por la extraordinaria baja en los derechos de aduanas (que casi representaban el 50% de los ingresos ordinarios del presupuesto cubano). A partir del año económico de 1882-83, la Gran Antilla contó con un déficit constante, con el consiguiente aumento de la deuda flotante, convertida de inmediato en deuda con interés.

Al dificultar la entrada de productos extranjeros en las islas, la legislación basada en las premisas contenidas por la ley de 1882 venía a encarecer, "innecesaria e infructuosamente" -como se quejaría la Cámara de Comercio de Santiago de Cuba en 1890-, el coste de la vida en la isla. Al mismo tiempo el encarecimiento de los fletes dificultaba la exportación de la especializada producción antillana y, lo que venía a ser más grave para el porvenir de la península como incipiente productora industrial, fomentaba de hecho la producción clandestina de artículos genuinamente extranjeros, convirtiéndola en colonia de naciones extrañas" (119). Por último, instituía el monopolio como única salida para la producción escasamente competitiva de determinadas zonas en España; ejemplo difícilmente soportable para quienes vivían tan cerca del cereal norteamericano: las harinas procedentes de las provincias del norte de Castilla. Contra ellas irían los odios de muchos cubanos.

"El cabotaje entre Cuba y la Península --concluye la Cámara de Santiago--, no existiendo entre ambos un solo tesoro y un arancel común, se ha demostrado hasta la saciedad que es imposible sin aniquilar el comercio, que es la vitalidad del país. La Península no puede consumir nuestra producción, ni mucho menos abastecernos de lo que necesitamos, porque no lo produce, y en estas condiciones no puede establecerse ese cabotaje "sui generis" que ordena la entrada libre de las mercancías peninsulares en los puertos de la isla, y no suprime a la vez, como en justicia y razón debiera, los impuestos que gravan la introducción de nuestros frutos en la metrópoli". Los efectos, los nada optimistas resultados del arreglo de 1882, eran previsibles desde el primer momento, pero comenzaban a resultar insoportables con el cambio de década. De aquí al comienzo de la definitiva insurrección antillana, nunca por sorpresa, la historia del dominio colonial español se reduce a un tour de force contra una concatenación causal de impecable coherencia.

Pero si España "no dejaba vivir" a sus colonias, si hacía caso omiso a la necesidad creciente de su burguesía local de abastecerse en el exterior, si llegaba incluso a volver imposible la precaria existencia de pequeñas industrias locales de autoconsumo (jabones y bujías, por ejemplo), lo cierto es que, tras vencer luchas más o menos leales, había permitido a la sociedad antillana una relativa incorporación a los contextos liberales de los pueblos que se autodenominaban civilizados. "Bastante han variado en los últimos años las condiciones de la política ultramarina --reconocía en 1891 R. María de Labra--; pero lejos de rectificar mi deseo, en ese cambio encuentro nueva fuerza..."(120). No otro sino una amplia descentralización administrativa --era el deseo del autonomista Labra, pero ello era totalmente inaceptable para quienes accedieron a remolque a emprender la vía de las reformas políticas. Correspondían, en realidad, tales concesiones políticas a la amplia franquicia que las oligarquías peninsulares disfrutaron para colocar sus productos -- en los mercados antillanos. ¿Cómo no habían de condescender con la normalización constitucional, aunque hubieran de vencer para ello dolorosas resistencias ideológicas, quienes veían prosperar sus negocios a través del cauce --

único (o primordial) de la explotación colonial? Los más inteligentes no vacilaron en acceder al reto, por más que la prudencia guiara sus pasos. Y ello dió por resultado la activa gestión de los ministerios Gamazo-Balaguer, entre otras cosas. No obstante, y en tanto que sus principales defensores en Madrid se empeñaban en mantener que "la autonomía colonial supone la nacionalidad española e implica la unidad del Estado" (121), condensaba Víctor Balaguer sus principios de gestión en la política de atracción y asimilación, que no había de transigir "en manera alguna", con aquéllos que directa o indirectamente atentan a la integridad de la patria" (122).

La reivindicación autonómica era sin embargo algo más que una fórmula pragmática para dos partidos desiguales (el cubano, fundado el 1º de agosto del 78, y el portorriqueño, nacido en marzo del 87). Ambos volvían sus ojos a la generosa equiparación de derechos que las cortes gaditanas otorgaran a todos los españoles en momentos de euforia progresista. Y, cuando miraban al presente, se hallaban con las manos atadas por un pobre gendarme que los extorsionaba. Sin abandonar sus premisas autonómicas, Labra llega incluso a proponer, en el verano de 1886, una solución transitoria para Puerto Rico, que se ve forzado a esperar hasta la segunda parte de la legislatura la elaboración de unos nuevos presupuestos. Sirviéndose del modelo foral vasco, propone el diputado antillano una solución conciliadora (separación de gastos de soberanía y gastos locales, a cubrir, respectivamente, por España y la Pequeña Antilla), que hubiera podido resultar más trascendente, incluso, que lo propuesto por Maura en 1893 (123).

Balaguer responde en cambio con aquellas reducciones presupuestarias que introdujo en las partidas de gastos, tanto para Cuba como para Puerto Rico (124), siempre que pudo. Así como con las modificaciones electorales que rebajaban el tipo impositivo para acceder al derecho al voto (125). La crisis económica habría de subsistir, sin embargo. Con el descenso importante en los ingresos de aduanas va a complicarse al tiempo el panorama administrativo, trayéndose sobre el tapete aquel espinoso asunto de la corrupción burocrática y la consiguiente moralización precisa. Pocos días después de hacerse cargo -

del ministerio, el 8 de noviembre de 1886, escribía Balaguer al general - Calleja, a la sazón al mando de la isla de Cuba : "Hay que procurar a todo trance que los administradores de todas las rentas y de todos los servicios tengan la mayor honradez y la moralidad más perfecta. No hay que tener - consideración de ninguna clase con los empleados, por alta o baja que sea su categoría, ni porque sean recomendados de las personas más distinguidas, si sus procedimientos no se ajustan a la más estricta moralidad y demuestran la mayor honradez acompañada del celo, laboriosidad, lealtad e inteligencia que sus respectivos cargos exijan. Los que no se hallen adornados de estos - requisitos, y no demuestren las condiciones necesarias para la mejor admi-- nistración, no deben seguir : sírvase Vd. proponerme su cesantía (...). Por mis antecedentes, por mis convicciones, por los compromisos de partido y por el deber que tengo de hacer que se cumpla nuestro programa, estoy de-- cidido a sostener las libertades políticas, de que soy entusiasta, y que son, en mi sentir, las que han de asegurar el bien del país y consolidar la monar-- quía constitucional (...) Pero así como he de procurar conciliar las justas - y necesarias exigencias de la libertad y del progreso con la prudente y medi-- tada cautela que reclaman las reformas políticas en esa isla, me considero - también en el deber de exigir el más estricto cumplimiento de la ley. La li-- bertad otorga derechos, pero también otorga deberes (...)" (126). Pero si la cuestión de la moralización burocrática iba a costarle serios disgustos al - ministro de Ultramar (y el affaire del general Salamanca es solo un episodio, si bien el más espectacular), lo cierto es que el principal problema estructu-- ral de estos años giraba en torno a un asunto tan hondo y difícil de abordar - como era el de la emigración.

La España del XIX es, inevitablemente, escenario de ese flujo emigra-- torio que conlleva su deficiente incorporación al proceso industrializador. Cuando la crisis agraria expulsa a las capas más afectadas del subproletaria-- do -agrícola, fundamentalmente-, el Nuevo Mundo está ahí, al otro lado del - Atlántico, para recoger a esos excedentes relativos de población. La rapidez y (relativa) comodidad en el transporte marítimo, la promoción oficial de los viajes, la siempre presente imagen del indiano enriquecido, alimentan las -

esperanzas de unos hombres que, con dolor, abandonan su casa y su país. En torno a su aventura emigratoria escribieron y hablaron con profusión los hombres de la época, dispuestos a insertar sus análisis del proceso en coordenadas económicas o filosóficas más amplias : la libertad de elegir, el derecho a la fortuna personal, o por el contrario, la productividad nacional, la fuerza de trabajo sustraída a la patria para enriquecimiento de otros contextos nacionales..., entrecruzan sus propuestas para conformar un debate - que, en nuestro país, no revistió nunca la acritud de las postrimerías de la Italia liberal. No obstante, y sin olvidar que fué sin duda el primer cuarto - del siglo veinte el escenario propicio para dotar de mayores dimensiones - ideológicas al fenómeno migratorio -también en España-, los años ochenta - del pasado siglo encierran sin duda una de las claves del devenir posterior. La discusión en torno al papel que deberían desempeñar las propias colonias en la absorción del excedente demográfico y -a un tiempo- en la puesta en valor de esos territorios de reserva, se mantenía reducida a ámbitos pequeños, que con frecuencia -como hemos visto- soñaban más en la incorporación de - nuevos nombres a la geografía nacional que en la recuperación para el contexto político de viejas zonas de explotación oligárquica.

Además, era frecuente encontrar, y procedente en principio del pensamiento conservador, la aseveración profunda de que la emigración no era sino sangría para la patria. En 1881 escribía Antonio Conrado al ministro de Fomento, Albareda, a propósito de la conveniencia de llevar los excedentes de población sobre nuestros propios territorios peninsulares, colonizando con aquellos las áreas yermas: "Sólo sabiendo que quizás pasen de medio millón - las almas que perdemos cada diez años, y de veintisiete a treinta millones las fanegas que no se cultivan (...), puédesse formar idea de la riqueza que se podría desarrollar aplicando sobre los terrenos incultos el gran número de brazos que perdemos (...). Contenida por este medio la emigración, y empezando los trabajos de cultivo y el saludable cambio que España necesita, bien pronto las empresas y los colonos, y más que todo el interés individual, harían afluir sobre nuestra tierra la concurrencia extranjera, que no sólo vendría con la -

riqueza en sus brazos, sino con el tesoro de su industria, y el inapreciable valor de sus conocimientos y adelantos agrícolas" (127). En esa misma dirección, y alentado por los desagradables sucesos de Saida ("donde han perdido vidas y haciendas compatriotas nuestros, víctimas de salvajes hordas mahometanas"), tratará Albareda, en el verano de aquel año de 1881, de contener la emigración. El real decreto de 18 de julio (128) creaba una comisión para estudiar los medios precisos, evitando así los "prejuicios" de este derrame "que lleva a las plazas extranjeras precioso contingente de inteligencias, de esfuerzos y de brazos, capaces de abrirse más seguro por venir cultivando el suelo de la patria". La real orden de 16 de agosto siguiente circulaba un interrogatorio a Sociedades Económicas, Diputaciones Provinciales, Juntas de Agricultura, etc., acerca del previsto plan de colonización interior que se advertía "sin menoscabo del derecho individual y de la libertad económica". Con todo ello presentaría el ministro Albareda a las Cortes su proyecto sobre colonias, fomento de la población rural y nuevas roturaciones (129), en aquella misma legislatura; el elemento extranjero así como el repatriado de las colonias ultramarinas, protagonizaba humanamente el nuevo plan, calcado sobre Sierra Morena y su entorno.

La emigración a Ultramar, no obstante, volvía a presentarse como una exigencia tras la abolición de la esclavitud, en Cuba y su sustitución por un perecedero patronato. León y Castillo, ministro de Ultramar, volvía a traer sobre el tapete, en febrero de 1882, las disposiciones legales mínimas para abordar el asunto. La real orden de 30 de enero situaba así las premisas: "Aun cuando España dista mucho del lugar que como potencia colonial ocupó en otros tiempos, el que conserva, colocándola entre las primeras de Europa, le impone el ineludible deber de estudiar con prolija atención cuantos problemas se rozan con las múltiples y complejas cuestiones coloniales. Entre ellos, uno de los que con más urgencia reclama la atención del gobierno de S. M. es la falta de brazos que aqueja a casi todas nuestras provincias de Ultramar, y la necesidad imprescindible e inmediata de prevenir en Cuba la crisis ya iniciada en el trabajo y que llegará a su apogeo cuando el patronato cese y los esclavos entren en el pleno goce de su libertad.

Para resolverlo es necesario remover los obstáculos que se oponen al desarrollo y aumento de la población en nuestras provincias de Ultramar, encaminando hacia ellas la emigración, especialmente de individuos de raza latina, que se dirige hoy a las repúblicas hispano-americanas" (130). La intencionalidad de este primer paso legislativo consistía en crear una comisión que informara sobre el tema, llegando a la formulación de un proyecto de ley general de colonización; la formaban, bajo la presidencia de Pedregal, M. - Fernández de Castro, J.R. Bethencourt, J. Apezteguía, E. García Ceñal, M. Armiñán y Gutiérrez, G. de Cubas, R. María de Labra, M. Villanueva, J. Tuñón, A. Bosch, F. J. Los Arcos, y J. Alvarez Pérez, como secretario. Poco después, la real orden de Gobernación de 28 de febrero de 1882 dictaba disposiciones para evitar las emigraciones clandestinas, a través de Portugal (131), y sendos decretos de 6 de mayo siguiente creaban, respectivamente, un negociado de emigraciones en el Instituto Geográfico y una sección de emigración en la Dirección General de Agricultura, Industria y Comercio del ministerio de Fomento. Reconocía este último que "las disposiciones coercitivas que pudieran adoptarse resultarían estériles; y, empleadas, menoscabarían el respeto que merecen los fueros legítimos de la libertad individual" (132).

Pero si no una labor intervencionista en este sentido, sí acceden poco a poco los gobiernos a regularizar de algún modo los flujos migratorios, a través de una legislación incipiente. El 10 de noviembre de 1883, una real orden de Gobernación dictaba reglas de embarque para América, porque "muchas expediciones se llevan a efecto en condiciones tales que, únicamente, responden al interés de una odiosa especulación, quedando por completo desamparados los que se dejan sorprender con exageradas promesas, sustrayéndose otros con la emigración a la acción de la justicia, eludiendo no pocos, por igual medio, la sagrada obligación de quintas, y desobedeciendo muchos la autoridad paterna a que se hallan sometidos en su menos edad" (133). Menos de un año después, la ley de 25 de julio de 1884 fomentaba la emigración a las Antillas, autorizando al Gobierno a utilizar "cuantos medios sean necesarios y prácticos a realizarla en breve plazo, y para satisfacer los gastos que pueda ocasionar este servicio".

Eran, en realidad, medidas de protección y contenido para los grupos sociales dominantes en las islas (ya radicaran allí o en la península), y en ese sentido hay que interpretar el decreto de 3 de diciembre de 1886 (de Balaguer) citado más arriba que encuadraba en el contexto de las sociedades gestoras de la emigración la protección a los afectados por el patronato cubano. La colaboración entre los ministerios de Ultramar y Gobernación seguía siendo precisa para acotar un asunto en el que muchas de las cuestiones más sobresalientes versaban sobre el orden público y las obligaciones de los ciudadanos: el 19 de enero de 1887, una real orden-circular de León y Castillo, entonces en Gobernación, establecía una serie de "requisitos para cortar abusos y cumplimiento de las disposiciones vigentes" sobre emigración. "Ha llamado la atención de este Ministerio -podía leerse allí- el creciente desarrollo que en la actualidad adquiere la emigración a las Repúblicas americanas y al Imperio del Brasil, muchas de las cuales se efectúan sin los requisitos que están terminantemente prevenidos, eludiéndose por lo tanto las prescripciones de la Ley de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército, así como en otros casos, la acción de los Tribunales de Justicia".

No eran las quintas, sin embargo, lo único que preocupaba a los gobiernos, por más que fuese elemento constante. La lucha que por entonces se hallaba entablada en el Parlamento, a propósito de la subvención oficial para aquellas varias líneas de navegación detentadas en exclusiva por la mayor de las compañías navieras españolas, exigía dotar de contenido real a la frecuencia de los viajes que establecía el nuevo contrato. Absorbiendo para las líneas antillanas de la Compañía Trasatlántica buena parte del tráfico que, con destino a otros puntos del continente, realizaban de preferencia compañías extranjeras, se cumplía a la vez el doble propósito de favorecer a la empresa del bienquisto Comillas y a los compactos intereses (nunca contradictorios a los de este último) que se apiñaban en torno al conglomerado antillano. Hombreres necesitaba la agricultura de las islas, según creían ver los principales afectados, pero -por muchas y distintas circunstancias- el emigrado español a América se adaptó siempre mal a esa colonización agraria que supieron desa-

rollar sus homólogos de otros países. De hecho, no obstante, y coincidiendo con la agudización de los problemas en el campo español, el quinquenio 1885-1890 es escenario de un fuerte incremento en las tasas migratorias españolas (134).

Las Cámaras no dejan de hacerse eco del proceso. La legislatura de 1887-88 es buena prueba de ello : acerca de las disposiciones de enero de 1887, dictadas por el ministro de la Gobernación, interpela Labra al gobierno; pero antes se habían interesado por la emigración, en aquel mismo año, el marqués de Mochales, García de la Riega y Canido, centrados los tres en el epifenómeno más descollante, el caso gallego. Un año más tarde volvía sobre ello Cuesta y Santiago, solicitando no su fomento sino su contención, en el Senado. Entre tanto, sondeaba Pando en la Cámara baja al gobierno a propósito de las medidas que pensaba adoptar para retener al menos parte del flujo emigratorio (135). Aquel mismo año económico, la ley de presupuestos votada en 29 de junio de 1888, consignaba cien mil pesetas para el fomento de la inmigración en Cuba, y el real decreto de 23 de septiembre de 1889 autorizaba su gasto para el transporte y alimentación de familias a las Antillas (136). Visto desde otra óptica, suponía esta legislación en favor de la canalización migratoria hacia las Antillas el trasvase hacia las arcas de la Trsatlántica de una partida más del presupuesto oficial; pero sobre ello habremos de volver más adelante.

Cuando Víctor Balaguer ha de abandonar el ministerio de Ultramar, el 14 de junio de 1888, se vanagloria de la cantidad de asuntos que han pasado por sus manos, debiéndose la apertura de muchos expedientes (137) a su sola iniciativa. Entre ellos ocupa un lugar importante, en la propia estimativa del ministro saliente, el "plan de colonización e inmigración libre de trabajadores en las Antillas" que no es, sin embargo, un proyecto aislado (138). El comercio y el transporte, entre tanto, se cuidaban de ampliar los tradicionales mercados, siempre en órbitas reducidas y cercanas a aquellas otras que les reservaba el poder metropolitano (139). Enseguida vamos a tener ocasión de comprobar el

viraje ideológico impreso a sus acciones por el enfrentamiento global de políticas económicas que se produce en el bienio 1886-88, ya claramente a la defensiva la opción librecambista, y sólo artificialmente potenciada por el impulso que le diera Costa, al conducir a la práctica el proyecto colonial de un reducido puñado de españoles.

3. INICIATIVA COLONIAL Y MERCADO NACIONAL : EN LAS FRONTERAS DEL CAMBIO ARANCELARIO

"Nos dimos tan mala maña antiguamente para crear mercados en nuestras colonias que las sosteníamos en provecho de los extranjeros, y cuando empezó a progresar la producción española, treinta años ha, la gobernaban los ideólogos librecambistas, que mantuvieron unos aranceles muy ventajosos para los ingleses, belgas y alemanes. Si en Cuba se cambió de rumbo, consistió en los gastos derivados de la primera insurrección y la repugnancia de los naturales hacia las contribuciones directas" (140). De este modo recordaba Pablo de Alzola, muchos años después, el punto de partida de la política arancelaria colonial que, a partir de 1882, iba a venir a compensar, para la producción española necesitada de ello, las estrecheces del mercado interno.

Y precisamente los problemas de mercado se hallaban en el centro de esa ácida polémica, ya a punto de inflexión hacia ^{la} vertiente ^{la} proteccionista, que enfrentaba a dos ejércitos desiguales de burgueses en España. Sin caracterizar aquí a ninguno de los contendientes (para lo que remito al cap. I de este trabajo), puede resultar esclarecedor intentar por última vez medir las fuerzas de ambos, sobre todo en lo que a las medidas propuestas para regular las salidas a la producción se refiere. Los ideólogos de ambos sistemas, en el período que se abre entre 1886 y 1888, van a tener ocasión de perfilar sus posturas en dos congresos de talante económico : el Nacional Mercantil, celebrado en Madrid en mayo de 1886, de significación predominantemente librecambista, y el Económico Nacional, proteccionista ya con cierto optimismo, reunido en Barcelona en octubre de 1888.

El primero de los dos encuentros, sin ser promovido por los geógrafos y colonistas españoles, cuenta sin duda con una colaboración importante por parte de aquéllos, en virtud -no es quizá preciso insistir más en ello- de

proximidades personales e ideológicas. Gabriel Rodríguez era secretario del Congreso, y a él llevó la Sociedad Geográfica madrileña una representación oficial : Ovilo, Costa, Coello, Pedregal, Torres Campos, Reparaz, Arce, Salvador Bueno y Aniceto Sela. Del conjunto de las discusiones habidas, en las que se evidenciaron a pesar de la buena disposición de los organizadores, los progresos de la protección incluso en los ámbitos intelectuales de la capital, interesa destacar aquí la trayectoria de la ponencia sexta, discutida el 27 de mayo, y que trataba del fomento del comercio exterior. Aparecía firmada por Francisco Coello, Manuel Pedregal, Joaquín Costa y Rafael Torres Campos (141). En siete puntos breves, se apoyaba en ella la aparición y extensión de las Cámaras de Comercio, la ampliación de la gestión consular, y el establecimiento inmediato de tratados de comercio favorables a la producción peninsular. Como detalles novedosos, hay que señalar los puntos 6º y 7º de las conclusiones, a favor respectivamente, del control de la exportación por sindicatos constituidos a propósito, y del establecimiento de relaciones cordiales con los judíos sefardíes, quienes habían de favorecer la salida de nuestros productos en los mercados orientales.

Pero, al margen del contenido de las conclusiones, poco innovador respecto a lo ya conocido, y desde luego escasamente válido para las concretas exigencias de quienes sufrían estrangulamientos en sus intereses, o los veían venir a corto plazo, vamos a detenernos en el ambiente en que se produjo su votación unánime por el congreso de librecambistas madrileños. El presidente de la mesa había instado a cualquiera de los firmantes a defender su dictamen, por más que nadie había pedido la palabra en contra, dada la circunstancia de que el tema tenía "una importancia capital, quizá superior, bajo el punto de vista de la patria, a todos los demás" que se habían debatido en días anteriores. Coello se apresura a ponderar dicha importancia, temeroso en principio de que no hubiera sido suficientemente bien acogida la propuesta (142). En las nuevas factorías y colonias va a centrar sus no muy extensas palabras; la costa de Guinea, la del Sahara, Río de Oro y algún punto inmediato, son una vez más los objetivos de urgencia. "para el desarrollo de nuestro

comercio, sin contar con el apoyo que pueden prestar a las magníficas pesquerías que están sin explotar, y donde pueden hallar grandes ganancias el comercio y la industria de España, y sobre todo de las islas Canarias". Vuelve a ser su discurso, en este escenario más amplio, una nueva llamada a la inversión africana: "Pero es preciso decirlo: sin que vayan allí capitales, sin que vayan allí comerciantes inteligentes, sin que se desarrolle en grande escala nuestro comercio, es imposible que aquello produzca resultados; no bastaría el apoyo del gobierno, si no le apoyan los intereses particulares". Sin embargo, la idea de la adquisición de nuevos territorios, ya es fijada aquí como "puntos de enlace", como "puntos intermedios", y a los temores del ex-socio de la Geográfica, Alonso de Beraza, responde Coello con la tajante afirmación de que "aun cuando quisiéramos hoy adquirir más colonias en Africa y Oceanía sería muy difícil, porque en estos últimos años las naciones extranjeras han acaparado todo lo que allí quedaba, tanto en las costas de Africa como en los archipiélagos del Pacífico". Y así, tras la conclusión de los propios ponentes de que "España no necesita por hoy más colonias de las que ya tiene, y más que nada debe cuidar de su conservación y de su completo desarrollo", tranquilos los ánimos de aquellos antiexpansionistas natos que, en principio, deberían ser los buenos partidarios del laissez-faire, aprueba el congreso, "por aclamación", las propuestas de los geógrafos madrileños a propósito de la expansión mercantil (143).

Las directrices catalanas, entre tanto, iban ganando adeptos. En 1887 aparecía un nuevo periódico en Barcelona, centrado en la defensa de los intereses de la protección: era el Diario Mercantil. Su primer número, significativamente, llevaba un editorial rotulado "Nuevos Mercados" (144). Sin embargo, los defensores de la producción catalana se negaron a llevar a Madrid, en la primavera del 86, sus teorías y sus hombres, para enfrentarlos con sus oponentes en terreno librecambista. Dos años después, Manuel Zapatero, ex-secretario del Círculo de la Unión Mercantil, recuerda en Barcelona las excusas que entonces respaldaron aquella ausencia: "Por motivos que no he de examinar en el momento, tuvieron a bien contestar que no acudían a nuestro llamamiento

porque sabían que de antemano estaban prejulgadas las cuestiones que allí iban a ventilarse, y que lo estaban de acuerdo con los principios y procedimientos de determinada escuela" (145). En contrapartida, y como medio de presionar sobre los poderes públicos a favor del cabotaje completo para las producciones peninsulares bajo bandera nacional, así como para las materias primas procedentes de las colonias a su entrada en la Península, va a reunirse en Barcelona, dos años después, un nuevo congreso. Estimulante directo de la convocatoria de este primer Congreso Económico Nacional, proteccionista y catalán por excelencia (146), había sido un reciente decreto de Hacienda que, acompañado del artículo 139 de la última ley de presupuestos, desvirtuaba el carácter primitivo de la ley de 20 de junio de 1882, que se refería, como es sabido, a los viajes de ida a las Antillas. Apoyándose en la necesidad de favorecer la salida del azúcar antillano, las últimas disposiciones legales extendían a los buques extranjeros las rebajas graduales de derechos que, en principio, venían exclusivamente otorgadas a la bandera nacional por ley de 1882. En nombre de la marina mercante, la primera afectada, protestará J. de Arana en el Congreso (147).

El dos de octubre de 1888 se había abierto éste en Barcelona. Presidía el naviero Nicolau, y buena parte de los congresistas tenían que ver con la marina mercante: Enrique Vijande, Francisco Gusi de Bofarull, José Ricart Giralta . . . , entre otros. El cabotaje y la reforma arancelaria serán los ejes de las discusiones (148). Pero también se trató allí de agricultura y sus problemas, con una sesión especial para la industria vitícola; de la situación industrial (y atención diferenciada a la minería y sus relaciones con la navegación y obras públicas), centrándose en el aprovechamiento de las materias primas ultramarinas dentro de las ventajas recíprocas que debería ofrecer el pacto colonial; ferrocarriles y su papel como articulador del mercado, -en estrecha conexión con el fomento de la canalización interior-, e impuestos: las dos últimas sesiones (9a. y 10a.) se destinaban al examen de las contribuciones territorial e industrial, respectivamente (148 bis). Del total se desprende una neta intencionalidad política; así, por ejemplo, la sexta ponencia llevaba un encabezado par-

cial como sigue : "Influencia que el desarrollo de las industrias derivadas de la minería puede tener en el de todas las demás, y particularmente en el de las obras públicas, en las construcciones navales y en la fuerza y grandeza del Estado". Salvador Poggio, marino militar y mercante a un tiempo, que participó intensamente en los debates, había puesto de relieve, ya en la primera sesión, lo que los intereses de la producción nacional esperaban del Estado; para ello, establecía una (entonces) no frecuente distinción entre los conceptos nación y estado : " ... porque si bien en teoría el Estado no es otra cosa que el órgano más elevado de la Nación, muchas veces, en la práctica, las necesidades reales o atribuídas al Estado se encuentran en conflicto con las verdaderas y efectivas de la Nación soberana".

Y nada más palpable que aquel congreso, piensa el orador, para respaldar sus palabras, porque allí se habían reunido "los delegados de todas las fuerzas vivas de la Nación, todo cuanto tiene vida propia, siente, piensa, y paga dentro de España". Y ello, "para dar nuestra opinión, emitir nuestros votos, y elevar nuestro respetuoso, pero firme dictamen hacia los actos del Gobierno y las Cortes, hacia el Estado, que tal vez por error, por descuido, y en último término por no hacerse fiel intérprete de las necesidades de la Nación, nos han impuesto leyes y mandatos, cargas y contribuciones que estimamos incompatibles con el estado actual de nuestras riquezas". Quien así hablaba, no obstante, no podía ser considerado como un proteccionista avant la lettre, ni mucho menos (149). Poggio, como otros muchos, siente ya la necesidad urgente de situar a España en el contexto preciso de las naciones subordinadas al desmedido crecimiento de unos pocos países. Inglaterra, favorecida sin comparación por su industrialización creciente, concita rechazos de connotaciones distintas, pero confluyentes : "Roto así el equilibrio, se siente en todas partes malestar comercial; y sólo cuando se halle restablecido el equilibrio podrá renacer el bienestar. España, por desgracia, cuenta con fuerzas poco numerosas para luchar con ventaja en tan difícil situación; pero puede aspirar a conservar y engrandecer su comercio con las provincias ultramarinas, aprovechándose en América de la rivalidad de otros Estados con Inglaterra, y de

las grandes ventajas que le ofrece la proximidad de las Antillas al canal de Panamá". Eran palabras del naviero José de Arana (150).

No es así de extrañar que, a la lectura de telegramas de adhesión de las cámaras de comercio antillanas, respondiera Nicolau, calurosamente, que el Congreso se ocupaba "con preferencia de sus intereses". Ni que el segundo día del mismo, repartido en dos bloques, se estudiaran allí con cuidado los respectivos problemas de las posesiones filipinas y americanas que todavía conservaba España. Elías de Molins, Arana y José Espinós, redactaron las conclusiones sobre ambos apartados. El primero de ellos ("¿Qué medidas convendría adoptar : 1º) para que el comercio, la producción y la marina española adquirieran la importancia y el predominio que les corresponde en las islas Filipinas, y 2º) para lograr que la conservación de las Carolinas y demás islas del Pacífico resulte útil y beneficiosa para los intereses de la Patria?") resumía una crítica inequívoca de la administración colonial española en Asia "El sistema seguido por España en todas sus colonias, y muy especialmente en Filipinas, ha sido de funestísimo abandono, limitándose a considerarlo como un feudo y señorío, gastando para su custodia y conservación de cinco a seis millones de duros anuales en ejército y marina, y dejando tranquilamente el goce y el usufructo a los extranjeros" (151). Sin embargo, era evidente para los allí reunidos que "Si España ha de conservar su rango colonial y figurar como potencia marítima, no resultarán estériles cuantos esfuerzos y sacrificios haga para conservar y civilizar sus posesiones en el Pacífico".

Los remedios propuestos abarcan desde la efectiva puesta en explotación de suelo filipino (medidas legales para la protección de la propiedad, construcción de caminos y canales, supresión de trabas administrativas, fomento de la emigración e impulso al cultivo del algodón y otras materias textiles para facilitar la sustitución de las importaciones estadounidenses), hasta medidas corrientes de aculturación (expansión de la lengua, la religión o la enseñanza), que siempre tratarían de erradicar influencias extrañas : los ingleses y su co-

mercio y sobre todo, la omnipresente inmigración china. A su lado, las - propuestas acostumbradas de quienes reclamaban un estado de cosas diferentes: la derogación de los aranceles de 1870, el inmediato y completo cabotaje, el establecimiento de recargos a las procedencias indirectas, y el im-- pulso a la navegación directa desde los establecimientos coloniales que España poseía en Asia hasta los del Caribe y otros puertos de Hispanoamérica. Todo ello se completaba con la extensión a Carolinas y demás islas del Pacífico de las mismas leyes arancelarias aplicadas a Filipinas, y con el establecimiento en aquéllas de estaciones de depósito.

La segunda parte de las discusiones habidas en este segundo día se - centró en torno a esta pregunta : ¿ Qué medidas convendría adoptar para que los intereses nacionales prosperen en los mercados de América y obtengan - mayores ventajas en el aumento del desarrollo comercial que seguramente - alcanzarán las islas de Cuba y Puerto Rico cuando, por su privilegiada posición geográfica puedan aprovecharse especialmente de las grandes ventajas- del canal de Panamá? ". (152). Buscando sobre todo los mercados de las repúblicas americanas del Sur, para los que pide la ponencia una estricta recíprocidad en el trato comercial (tratados de comercio favorables, fomento de relaciones marítimas, con líneas subvencionadas o libres, pero siempre con apoyo estatal, agencias consulares con amplias atribuciones, exposiciones permanentes y fomento simultáneo del tráfico con Filipinas), se hallaba latente el proyecto ideológico, como telón de fondo, de aglutinar a los pueblos de raza latina frente a los germánicos. Pero esa política comercial de amplio alcance que mira a Hispanoamérica como horizonte cada vez más próximo (153), requiere en principio el aprovechamiento máximo de la plataforma antillana, ya de por sí valiosa para la protección española; y así, junto a medidas relativas al gobierno y administración económica de las islas (unificación legislativa con la Península, diversificación de la producción con avances tecnológicos y política de obras públicas), se ocupa la ponencia de dimensiones especialmente comerciales : completa libertad de exportación, arancel protector análogo al peninsular, establecimiento de depósitos comerciales en los princpales

puertos , y mejoras en estos últimos, para facilitar carenas y reparaciones. Pero sobre todo, el cabotaje.

El asunto colonial iba a despertar sin duda una de las más vivas aptitudes a lo largo de todo el congreso. José Rivas Moreno comienza por Filipinas : facilidades oficiales para el transporte de inmigrantes, regularización administrativa (154), fomento estatal de las grandes empresas de colonización, establecimiento de colonias penitenciarias y, sobre todo, facilitar a los frailes su labor civilizadora, pero impedirles al tiempo que dificulten la acción del Estado. Punto polémico éste de las órdenes religiosas, no hace falta siquiera recordar lo duramente combatido que fuera a partir del Congreso Geográfico de 1883. Aquí, en las conclusiones de la ponencia, se hablaba incluso de lo eficiente de su papel para "reducir" a los indígenas. Manuel Zapatero, libre-cambista a la defensiva en un congreso de proteccionistas, ejemplifica la contradicción profunda en que se debatían ambas posturas generales : negándose a aceptar la supuesta validez del principio colonizador adoptado por los frailes en Filipinas (principio que aceptaba en términos amplios la ponencia), llama la atención sin embargo acerca de los reparos morales y humanistas que, sin duda, pueden oponerse a aquel concepto -preñado de intencionalidad violenta y nunca voluntaria- de "reducir" a los indígenas del archipiélago. Había-recuerda Zapatero-^{3º} atraerlos hacia España "más por la persuasión y el ejemplo que por la imposición y la fuerza". La dimensión ética de su discurso no es laica, como podía serlo buena parte del pensamiento de sus compañeros de escuela; Zapatero diserta largamente acerca de la colonización con la cruz y no con la espada, siguiendo la trayectoria teórica de los mejores ejemplos de la colonización americana. Ello no obsta, sin embargo, para que la gestión concreta de las órdenes asentadas en Filipinas aparezca ante sus ojos como de dudosa eficacia: "No puede ser provechosa una influencia que, como la de los frailes, se limita a lograr el dominio absoluto del indio". Aislándolo del resto del mundo, eludiendo cualquier otro influjo -que consideran injerencias no deseables-, las órdenes filipinas (con el concurso de una administración perezosa y plagada de ambiciones materiales) "trabajan cuanto les es dable por alejar cada vez más,

moralmente hablando, aquel país de la madre Patria, porque no sin motivo se han acostumbrado a creer que aquello no es de España sino su patrimonio exclusivo" (155).

José Elías de Molíns, de inmediato, va a salir al paso de afirmaciones peligrosas, que amenazan con esterilizar los nuevos derroteros adoptados por la opinión frente a la política y cuestiones coloniales, favorablemente acogidas en los últimos tiempos (156). Y por ello se apresura a defender vigorosamente la colaboración entre la Iglesia y las fuerzas del capital nacional - de cara a la instauración de un nuevo modelo de explotación económica en las islas: "La política colonial española no ha sido provechosa y atinada para nuestros intereses, por fundarse en el error capitalísimo de considerar a Filipinas, más como feudo que era forzoso conservar para satisfacer nuestro orgullo nacional que como venero abundantísimo e indispensable a nuestro comercio, industria y navegación" (157).

Carácter más legalista tendrá aquí la intervención de José Ricart, advertidor consciente de las variaciones en curso que la normativa legitimadora atraviesa a nivel mundial: "Este (nuevo) movimiento de colonización o expansión se ha hecho, y se hace aún, a manera de asalto y sorpresa, pasando por cima de los más sagrados principios del derecho internacional seguido hasta hoy, y creando un nuevo derecho basado en la astucia y en la ley del más fuerte" (158). La crítica dolida a los principios consagrados en Berlín precede de esta manera a un largo exordio en solicitud de la abolición formal del tratado -de infausta memoria- concertado entre España e Inglaterra en 1835. Evidentemente, África está detrás de todo ello, y en seguida hace su aparición el porvenir guineano. El naviero Arana, al responder a sus observaciones en nombre de la ponencia, perfila con claridad el orden de prioridades que para el capitalismo español se establece en las esferas coloniales. "No se puede menos que reconocer que las posesiones españolas de África tienen también gran importancia, aunque yo creo que la cuestión trascendental de nuestros intereses en África, fuera del territorio que puede y debe considerarse como parte integrante de

la nación española, es sin embargo de muy distinta naturaleza y alcance -- que las cuestiones relativas a nuestros intereses en América" (159).

Desde el ámbito colonial antillano, sin embargo, -y siempre dando por sentado ese espíritu de vinculación a la metrópoli que ya iba reduciéndose a sectores cada vez más pequeños (160)-, lo cierto es que la relación se contemplaba como peligrosamente desigual. También en el Congreso de Barcelona habrá quien desvele, a la altura de 1888, la hiriente tendencia a la monopolización de los intercambios que las más recientes disposiciones legislativas consagraban en provecho de la metrópoli y en detrimento de las islas. Tanto aquélla como éstas deben luchar por el cabotaje, -concede el portorriqueño Infiesta-, "pero este cabotaje será completamente estéril, o cuando menos no producirá los grandes bienes que está llamado a producir, si al establecerlo viene nueva legislación a poner trabas a la libertad del tráfico. Y digo esto porque hoy tenemos el cabotaje para el azúcar, y si bien es verdad que aumenta el consumo y se desarrolla el comercio, no podemos esperar grandes ni positivos resultados, porque al ir suprimiendo los derechos arancelarios, se han sustituido por otros con el nombre de transitorios, que suman más de 17 ptas. por quintal métrico" (161). Los perjuicios son mutuos, advierte Infiesta, y rebasan la frontera de la balanza comercial: "De esta manera viviremos siempre estacionarios y pobres, y España seguirá encerrada en los antiguos y estrechos moldes, comprando caras las 50.000 toneladas de azúcar que necesita para cubrir sus apremiantes necesidades, cuando tiene al otro lado de los mares dos islas que producen 800.000 toneladas, y que pudiera convertir en rico mercado y vigorizar el comercio y la marina nacional. El coloso del Norte acecha nuestros desaciertos; si dejamos para mañana lo que podemos hacer hoy pagaremos cara nuestra experiencia (...), y habremos contribuido, primero, en el mundo económico y después en la esfera de la política, a realizar aquella conocida frase de Montoe: América para los americanos, es decir, para los yankees"(162). Sin embargo, la concreta petición de un puerto franco para San Juan de Puerto Rico, reducidos sus efectos al ámbito de la capital, no podía ser bien aceptada en aquel marco en que fuera hecha. Sin solución de continuidad, la contradicción entre los intereses más potentes de las islas y los similares de su metrópoli se agudizaba.

Para Cuba, había sabido ponerlo de relieve Manuel Fernández de Castro: "La gran Antilla ha pasado, casi sin transición, desde un estado de prosperidad que no tenía igual en España y que podía rivalizar con el de los países más ricos del mundo, a otro de empobrecimiento y de ruína tan profundo, que parece difícil pueda salir de él, aun aplicando los remedios más eficaces". Los ingenios de azúcar decaían sin remisión, al hilo de las transformaciones seguidas en el comercio mundial, desde el extraordinario alza de 1856 hasta la dura caída en los precios, en 1881, por competencia directa de la remolacha. A ello había que sumar las pérdidas directas por la devastación de la isla a lo largo de diez años de guerra sin tregua, y los perjuicios inmediatos causados por la abolición de la esclavitud y el descenso de la población de color (163). De todos modos, los costos de producción seguían siendo relativamente bajos, pero la celosa política arancelaria de la metrópoli española cegaba poco a poco las vías de distribución, permitiendo su sustitución por productores más atentos a la coyuntura mundial. "Cien kilogramos de azúcar alemán -volvía a clamar Fernández de Castro-, puesto en Nueva York, salen a once pesos; pero reciben una prima de 4,50, y por tanto, queda reducido a 6,50. De azúcar francés, puesto en la misma plaza, salen los cien kilogramos a 9,93 pesos. De azúcar de la Luisiana, a 9,44. De Cuba, a 8,78; pero como éstos tienen que pagar por derechos de exportación, costos de embarque, fletes, etc., 2,60 pesos más, resultan los cien kilogramos en el mercado de Nueva York a 11,38 pesos. Es decir, que siendo Cuba el país que más barato produce, es el que presenta su producción en peores condiciones económicas en el mercado" (164).

Sin embargo, sólo unos pocos clamaron por la caída de dichas trabas arancelarias. La producción catalana, que pudo hacerlo, resultó hallarse más atenta al control inmediato del mercado interior, ya que los ultramarinos le estaban asegurados por el momento. Pronto iniciarían, algunos de sus sectores, la tensa polémica con los cerealistas castellanos, que a principios de 1887, solicitaban recargos para la entrada de cereales en España. La revista Los Negocios advertía así a una Cataluña en principio dispuesta a las alianzas

de la protección : "Cataluña puede llegar sin la menor dificultad a absorber en absoluto el mercado español, pero antes es preciso, absolutamente preciso, que el coste de la alimentación en la zona catalana se encuentre proporcionado al que tiene en los países que pueden producir y producen para exportar" (165). Entretanto, como remedios inmediatos para frenar la caída de la producción, la mayoría de las voces se pronunciaron a favor del fomento de la emigración, ya que parecía imposible, como lamentan algunos, obligar a los libertos a ejercitar el trabajo estipulado por la propia ley de abolición.

La necesaria mano de obra blanca, como indicamos más arriba, vuelve así a orientar hacia la plataforma ultramarina las reflexiones en torno a el asunto de la emigración. A principios de diciembre de 1886 había quedado protegida oficialmente la emigración peninsular a Cuba, disfrutando de pasaje gratuito. Al mismo tiempo, una discreta subvención trataba de equilibrar unos flujos que se temía insatisfactorios, primando la introducción de trabajadores asiáticos y de otras procedencias. Pero eran medidas que exigían un fuerte apoyo particular para resultar suficientes. En cambio, a lo largo de aquel mismo mes de diciembre, la representación brasileña en Madrid difundía entre la población una nota del ministerio de Agricultura, Comercio y Obras Públicas de su país anunciando las ventajas ofrecidas a los inmigrantes: pago íntegro del pasaje para los trabajadores agrícolas por cuenta ajena, pago fraccionario para lo que pretendieran establecerse por su cuenta en tierras del Estado, y ofrecimiento de servicios públicos para los que prefirieran instalarse en los establecimientos coloniales ya existentes, eran las condiciones más atractivas.

La propaganda hizo impacto en la población madrileña, y en los primeros días de enero se agolpaba delante de la oficina de inscripción instalada en Madrid. A mediados de mes, se decía que 8.000 personas habían embarcado ya, aunque el secretario de la legación brasileña reduce las cifras a menos del millar. La crisis de trabajo ofrecía un buen sustrato para campañas de atracción -

demográfica hacia los nuevos países. No tardaría la prensa en denunciar es trepidamente el hecho, oponiéndose a la alegre sangría, y tratando de hacer ver a los protagonistas que "el porvenir que aguarda a los emigrantes es el martirio, la desesperación y la muerte", siendo en realidad el eficaz reclamo "un comercio disfrazado, en el que la personalidad humana hace de mercancía. Es mucho más importante, sin duda, la advertencia de que "el clima es allí cien veces peor que en Cuba", aunque también se censura a los hacendados cubanos el no fomentar ellos mismos la corriente emigratoria, fiándolo todo a la acción de los gobiernos. Rodríguez Seoane, en el Senado, trata de implicar al Estado, no obstante, hasta donde las circunstancias lo permitan, porque las razones de la masiva atracción ultramarina son de honra y extensión: "En todas las comarcas de España se siente un malestar profundo que, en mi concepto, es la causa determinante de esta emigración. Galicia está padeciendo terriblemente con la depreciación que allí sufre la industria pecuaria; Andalucía se está consumiendo constantemente con la filoxera; la Mancha está comida por la langosta; Valencia no encuentra salida a los cereales; las Castillas tampoco saben qué hacer con sus harinas, y ante ese malestar, ante la criminalidad que aumenta, ante el trabajo y el comercio que se quejan, no tiene nada de particular que esta ola invasora de la emigración vaya en aumento" (166).

En estas condiciones debería el Estado -opina Rodríguez Seoane- vigilar los contratos de inmigración a países extraños, fomentar las sociedades de repatriación y las agencias españolas de emigración a nuestras posesiones ultramarinas, "ya que ofrecen condiciones tan desfavorables que cada vez se desvía más la corriente emigratoria hacia otros países", y, sobre todo, adoptar alguna "reforma beneficiosa" que detenga la emigración. El ministro de Estado, Segismundo Moret, que el 24 de enero responde a su interpelación en la Cámara alta, ofrece en sus palabras principios de escuela: "El Gobierno no tiene derecho por la ley ni en nombre de ningún principio para impedir la emigración", o "para prohibir la emigración es preciso mantener al emigrante que no tiene con qué vivir, y el no dejarle ir a donde supone que encontrará me

dios de subsistencia sería una crueldad y una tiranía". Ante las insistencias del senador, Moret es aún más terminante, afirmando "no convendría impedir la emigración aunque se pudiera, (porque) cuando los colonos han arraigado ... son un origen de engrandecimiento y de poder para España". Entonces, "la raza de los desheredados se convierte en raza de gente heredera, vienen capitales de allá para acá, fórmase la corriente comercial, surgen nuevos proyectos gracias a los pobres emigrantes ... Entonces hay algo que se siente, y que permite crear una línea de navegación que abre un mercado de esperanzas para España y un origen de riquezas para los emigrantes" (167). Ciegamente, los intereses de unos pocos atropellaban los de las masas de la población, a un lado y otro del Atlántico. Pero es que en el lado de allá tampoco la mayor parte de los beneficiados lo eran tanto como para no preferir otra opción política. Sólo quedaba probar la salida autonómica, con reiterada profesión expuesta en cualquier plataforma de expresión hablada o escrita (168). El fracaso del reformismo colonial español, en sus distintas ramas y tendencias, iba a tardar unos años en consolidarse, pero se presumía con nitidez incluso en los momentos álgidos de su puesta en rodaje desde la administración peninsular.

Para nadie fue una sorpresa la renovada ruptura de hostilidades, en febrero de 1895, y menos aún, la orquestada intervención norteamericana, tres años después, decidida a poner fin a una situación insostenible (169). Pero, antes de caer desmoronada, la plataforma ultramarina había permitido la formación, en sus últimos años de existencia, de unos pujantes intereses financieros e industriales que mucho tendrían que ver con la marcha inequívoca del capital español hacia los horizontes del estadio monopolista. A realizar una cala en uno de los sectores más desigualmente favorecidos, el del transporte marítimo, se encaminan las páginas que constituyen el capítulo XI; por el momento, sin más pretensión que la de servir como notas para la comprensión global de un proceso en estudio.

- (1) La Opinión, 23.8.86, 1a. pág.
- (2) Vid. la 5a. edición, corregida por A. Alvarez y Molina, Madrid, Hernando, 1886.
- (3) R. Torres Campos, "La enseñanza de la Geografía por el método gráfico" BILE, VII, 30.9.83, nº 159, pp. 283-85, con referencias de las - Cartas mudas de España en tela y cartón apizarrados, por R. Torres Campos, publicadas en Francia por L. Suzanne, editor.
- (4) H. Gollwitzer, L'imperialisme ... cit., p. 146.
- (5) RGC, II, 1886, p. 326. El relato sobre Oyanguren procede, indirectamente, de Agustín Santayana, La isla de Mindanao: su historia y su estado presente, con algunas reflexiones acerca de su porvenir. Sobre Gatell, hay que recordar los primeros contactos de Costa con la Geográfica, interesándola en los proyectos del viajero, figura misteriosa sin duda, pero de cuya existencia real parece difícil dudar, como hace Cigés Aparicio, Joaquín Costa ... cit. p. 96. En la recreación de Costa sobre las andanzas de Gatell, en 1886, dice utilizar fragmentos de su Diario (RGC, ibid., p. 330).
- (6) "Sumaria relación de los viajes y exploraciones hechos por los españoles en el presente siglo (...), por D. Francisco Coello, presidente de las Sociedades Geográfica de Madrid y Española de Geografía Comercial". La ponencia, dividida en cinco partes (Costa Occidental de Africa, Golfo de Guinea, Islas Filipinas, Cuba y Puerto Rico, y países extranjeros) fué - publicada en España dos años más tarde (RGC, VI, abril 1891, nº 92, pp. 115-118).
- (7) Sobre el médico asturiano Amado Osorio y Zabala vid. el Diccionario de Historia de España dirigido por G. Bleiberg, Madrid, Revista de Occidente, 1968 (2a. ed.), tomo III, p. 138. Sobre Abargues de Sostén, tomo I, p. 2. Al parecer, desde que vuelve de Egipto en 1882 o 83 (y el rey costea la impresión de su mapa de Etiopía, nombrándolo a continuación cónsul - honorario de Yedda), se pierde su pista hasta que en 1917 es localizado en Madrid, insistiendo en sus proyectos y sin dinero. Por ello aceptó un empleo en la Compañía Española de Colonización, por cuya cuenta cumplió - una breve misión en Larache. También a propósito de Víctor Abargues de Sostén es significativa la loa de T. García Figueras, La acción africana..., tomo I, p. 206: "En nuestros días (escribe en 1966) se ha exhumado el recuerdo del ilustre viajero como corresponde al deber de la nueva España - de educar a sus juventudes en el culto a sus valores destacados que supieron prestigiarla, pese a la indiferencia suicida de un Estado". Sobre Jiménez de la Espada, A. J. Barreiro, "Diario de la expedición al Pacífico", en BRSG, 1927, pp. 261-304, y J. U. Martínez Carreras, "Bibliografía - de D. Marcos Jiménez de la Espada", Revista de Indias, 1965, pp. 221-251.

- (8) Biografías relativamente detalladas de estos tres viajeros se publicaron oportunamente por R. Torres Campos en ADCE, IV, nº 156, 24.10.86, pp. 1.096-97. Cervera, militar de treinta y dos años, se había sentido desde tiempo atrás atraído por Marruecos, que ya había visitado dos veces. Como resultado de los viajes publicó una Geografía militar de Marruecos, Itinerarios e Hidrografía de Marruecos, y varios artículos en la Revista Científico-Militar de Barcelona. (Vid. especialmente Expedición geográfico-militar al interior y costas de Marruecos, Septiembre-diciembre 1884, publicado por la propia Revista como folleto en 1885). Precisamente a causa de la solvencia de sus publicaciones lo invitaría Coello, en la segunda quincena de marzo del 86, a participar en la expedición que por entonces preparaba la Sociedad de Geografía Comercial, encargo que aceptó sin vacilar abandonando su trabajo en Barcelona. "Encargado de la parte cartográfica -dice Torres Campos en el ADCE- ha hecho un itinerario de 915 km. por territorios desconocidos, fijando astronómicamente las coordenadas geográficas de los puntos importantes, y tomando con toda precisión gran número de altitudes y un mapa de la zona comprendida entre los paralelos 22 y 24 desde Ed-Dajla hasta la frontera del Adrar-et-Tinar, en que figuran los límites de distintas comarcas, acerca de las cuales había noticias muy confusas". Francisco Quiroga, naturalista junto con Linares, Simarro y Calderón en la ILE, fué nombrado más tarde ayudante y después profesor del Museo Universitario. Excursionista, pedagogo, investigador, traía ahora Quiroga del Sahara "datos para la formación de mapas geológicos, considerable caudal de observaciones meteorológicas, y ejemplares de zoología entre los que figuran no pocas especies nuevas. La publicación de estos trabajos -proseguía el ADCE- será un acontecimiento científico". (Vid. a propósito sus artículos "La exploración al Sahara Occidental" y "Estructura del Sahara Occidental", publicados ambos en BILE, pp. 337-42 y 356-57 respectivamente). Por último, Felipe Rizzo fué comisionado en tiempos para reconocer los papeles recogidos en la guerra de Africa, enviado a Tánger para preparar la presentación del ministro de España después de firmada la paz y también acompañó a las embajadas que vinieron a Madrid tras la conclusión del conflicto. Su conocimiento del idioma y las costumbres locales -comenta también el ADCE- "causó entre los moros gran efecto, y ha servido para dar a la comisión científica prestigio".
- (9) Como tantas otras veces, se acudió al "Café Inglés". Estuvieron representadas las sociedades geográficas, la ILE, el Ateneo, el Centro Militar, el Círculo de la Unión Mercantil, el Fomento de las Artes, y la Unión Hispano-Mauritana de Granada. En nombre de estas corporaciones hicieron los brindis Saavedra, Pedregal, Botella, Labra, Vidart, Pastorín, Rodríguez (Gabriel) y Sardá, por la prensa geográfica y política, respectivamente. Ferreiro y Blanco Asenjo. Contestaron Cervera y Quiroga y resumió el conjunto Francisco Coello. Tampoco Costa se hallaba esta vez presente por más que la reseña del acto se deba sin duda a su mano (RGC, julio-septiembre 1886, p. 99, "Crónica")

(10) AGA, Educación, leg. 6961, completando información RGC, ibid.

(11) RGC, 15.5.87, nº 37, pp. 275.

(11)
bis La iniciativa industrial había despertado, entre tanto, En marzo de - 1887 puede leerse en La Opinión, de Madrid, lo siguiente : "Los expedicionarios de colonizadores que dirige el ilustre explorador Sr. Oso-- río, salen hoy de Madrid con dirección a Inglaterra para adquirir todos los instrumentos de trabajo que han de llevar a Africa. Esta expedición la componen 25 españoles y varios extranjeros animados de un gran espíritu industrial y del mayor entusiasmo por el éxito de su arriesgada - empresa. La expedición la organiza la Compañía Catalana "Sabadell", y se dirige a Fernando Poo, donde el ministro de Ultramar ha concedi-- do 10.000 hectáreas de terreno, y al río Muny, donde principalmente - han de hacer el tráfico comercial.

"Honor al Sr. Balaguer, que fomenta la colonización de Africa, y a esos inteligentes y valerosos hijos del trabajo, que arrostran todas - las privaciones y sufrimientos por en engrandecimiento y prosperidad - de España" (LO, 11.3.1887).

El propio Balaguer, en el Senado, aprovecha orgulloso la sesión de 14 de mayo de aquel año para dar a conocer a la Cámara que "una sociedad constituida en Cataluña, apoyada por personas muy conocidas y respetables, y compuesta por jóvenes muy activos, debe hallarse ya a estas horas en Fernando Poo y en las costas de Guinea para empuñar en gran escala la colonización". Sin embargo, en octubre de 1887, sólo unos meses después, la Revista de Geografía Comercial advierte a sus lectores que, para entonces, "la empresa por él aludida había ya desgraciadamente fracasado. Sabadell y Soler, como socios industriales, habían constituido una razón social con Trías y Nohet, a quienes se otorgaron 5.000 hectáreas de terreno en Fernando Poo para dedicarlas al cultivo del cacao, café, quina y caña de azúcar. Debían establecerse varias factorías en - Elobey y en la costa española de tierra firme. En Fernando Poo tenían - prevista la instalación de sierras hidráulicas para madera y prensas para la extracción de aceite de palma. El ministerio de Ultramar había decidido una subvención inicial de 60.000 pesetas, con cargo al presupuesto de Fernando Poo.

Pero las negociaciones se rompieron pronto por "mezquinas consideraciones políticas" -dice la RGC- : "los socios capitalistas (Nohet y - Trías) pertenecen al carlismo militante en Vich, lo mismo que el mediador, canónigo Sr. Vilarrasa, y parece que les remordía la conciencia de entrar en un negocio cuyo iniciador y propulsor profesaba ideas liberales". No obstante, consiguieron reanudarse las negociaciones, pero -entonces- la intervención de los frailes del Corazón de María (desde un principio - opuestos a la empresa), logró desbaratar por completo el proyecto. "Odios

político-religiosos de un lado, y de otro el natural deseo de alejar de sí a todo testigo desprevenido que pudiera denunciar su desastrosa gestión en aquel país y poner en alarma las piadosas rutinas coloniales del Ministerio de Ultramar, que la Congregación explota con tan dichoso éxito, le han inspirado esta conducta, que a nosotros no nos extraña, pues la tenemos anunciada desde 1883". No es difícil adivinar en la explicación que precede la mano inconfesada de Costa (RGC, 31. 10. 87, nº 48, pp. 549-551).

- (12) G. J. C. Cheyne, A bibliographical study... cit., p. 41.
- (13) GM, 15.1. 87, con el R. D. de 31 de diciembre de 1886, fusionado el antiguo Consejo de Filipinas con las posesiones del golfo de Guinea, en un intento de reorganización global del patrimonio colonial y de racionalización administrativa de dudosa eficacia posterior. El consejo constaba de cuatro secciones: Cuba, con ocho vocales; Puerto Rico, con seis; Filipinas, con doce; y las Posesiones españolas de África, con seis.
- (14) Entre las condiciones para ser vocal del Consejo -estipulaba el R. D. en cuestión- había que reunir la de haber sido (o ser en la actualidad) individuo de la directiva de la Sociedad Española de Geografía Comercial, contando como méritos para formar parte de la sección africana el "haber se dedicado a la exploración científica en alguna región del continente, presentando los trabajos a dicha Sociedad" (RGC, 31.1. 87, nº 31, "Crónica", pp. 108-109).
- (15) Probablemente esperó Costa, en algún momento que, por su especial actividad en este tipo de asuntos, se le nombrara desde luego como componente del Consejo de Ultramar, sobre todo teniendo en cuenta que el propio Camazo figuraba como jurisconsulto de la ILE y hay que suponer algún trato entre ambos, por más que el controvertido peso del contrato con la Transatlántica por el parlamento fuera capaz de erosionar lazos más o menos estrechos. Es muy significativo el orgullo que Costa exhibe ahora, cuando al parecer ha abandonado la directiva de la Comercial, por la labor realizada en estos pocos años: "Con tal motivo (la distinción de que ha sido objeto la SGC por el Consejo), se ha notado la preterición de alguna otra Sociedad, y aun de cierta Academia oficial, a quienes, por su título, parecía obligado dar representación en el Consejo; y se ha encontrado muy justificada, porque lo que está muerto, lo que no pasa de ser un nombre, lo que no colabora de un modo positivo en la difícil y trabajosa obra de nuestra regeneración nacional, sólo serviría para estorbar y no debe hacerse cuenta con ello" (RGC, ibid. p. 108).

Sin embargo, ya desde el principio, observa Costa que solamente tres o cuatro de los vocales "pueden considerarse entendidos en materias geográficas y coloniales". Quedaba todavía una esperanza, sin embargo: la de que entrasen a formar parte de una asesoría técnica nombres como

los de Labra, Ruiz Gómez, Carvajal, Pedregal, Ferreiro, Torres Campos, Fernández Duro, Perojo, Merelo, Cañamaque, Muro, etc. "Con esto -concluye-, tal vez la nueva institución no sea un fracaso; por más que la experiencia tiene acreditado que los cuerpos consultivos en general, y particularmente los muy numerosos, aun compuestos de sabios y de patriotas verdaderos, rara vez han servido para otra cosa que para entorpecer lo mismo que estaban llamados a auxiliar". (*Ibid.*, p. 109). Poco a poco, un velo de desconfianza va cubriendo el esfuerzo voluntarista de crédito y esperanza iniciales que caracterizara el nuevo programa de inserción colonial.

(16) RGC, 28. 2. 87, nº 32, pp. 132-33, firmado por J. C.

(17) Una vez más, el liberalismo hace aquí de vertebrador político de un proyecto de matriz indudablemente económica. La abolición de las fronteras aduaneras entre España y Portugal, aquella vieja reivindicación del liberalismo económico triunfante con el sexenio, aparece en realidad cada vez más distante. Su oponente mortal, el proteccionismo ascendente, conlleva por el contrario la solución eminentemente nacionalista que tiende ahora a consolidarse. De ello, opina Costa, provienen gran parte de los males que minan el colonialismo portugués. En perfecta coherencia teórica con su ya incipientemente declinante actividad de agitación colonial, escribe aquí Joaquín Costa: "Pero, cabalmente, colonización y proteccionismo son términos que se excluyen. La industria de Portugal y el Africa portuguesa se hallan tan íntimamente engranadas en el pensamiento, que casi pudiera decirse que se coengendran; las colonias han de dar vida a la industria fabril y manufacturera del reino lusitano; la industria ha de convertir en colonias verdaderamente portuguesas los vastos territorios que posee en Africa y conservarles ese carácter. Pero ni lo uno ni lo otro será hacedero mientras esos dos elementos se hallen divorciados por el abismo infranqueable que abre entre ellos el arancel protector" (RGC, 31. 3. 87, nº 34, pp. 194-200. Cita en pág. 195). Esa reserva de los mercados interiores que legaliza el proteccionismo no genera sino retraso en la carrera del desarrollo competitivo: "Era hacerse demasiada ilusión pensar que los industriales portugueses podían ocuparse de aquellos mercados mientras disfrutaran el monopolio del de la metrópoli, el cual bastaba y sobraba para dar holgada colocación a todos sus productos" (p. 196). En resumidas cuentas, "si Portugal quiere ser potencia colonial de primer orden, necesita mudar su temperamento económico, convertirse en gran potencia manufacturera, y sobre todo, en gran potencia mercantil: Bélgica y Holanda en una pieza. Mientras no atienda más que al propio consumo, mientras sus fábricas se satisfagan con el consumo terrestre y de cabotaje, mientras no acuda al pedido de géneros que hacen los negros de Dahomey, del Congo, de Angola y Mozambique, cada uno de estos territorios reconocerá dos señoríos diferentes: habrá el señor del dominio directo y honorario, Portugal, y el señor del dominio útil, Inglaterra, Alemania, Francia. Para el primero, todas las cargas; para el segundo, todos los requilmos" (*ibid.*)

- (18) Escrito casi cuatro meses más tarde que el artículo anterior, los contratiempos pesan sin duda sobre la atormentada iniciativa colonial de Costa, que aquí firma como C. Tras un año de polémicos debates parlamentarios, en el que logran salir a flote proyectos de ley de carácter económico tan determinantes para la marcha del capital en España como el arrendamiento de la renta de tabacos, y el contrato con la - Trasatlántica, la oposición conservadora a las reformas militares propugnadas por Cassola viene a impedir en definitiva, a la altura de julio del 87, que -junto a otros asuntos de enorme importancia política para la nación- se discutan los presupuestos de Ultramar. Contra ello, y en consonancia con las protestas elevadas en el senado por Fernández de Castro y J. Vida, senadores por Cuba y Puerto Rico respectivamente, se pronuncia aquí Costa con dureza (RGC, 15.7.87, nº 41, pp. 378-81).
- (19) Si no fuera porque esta vez aparece aquí claramente firmado el artículo por Joaquín Costa, se haría difícil de creer la atribución a Costa de párrafos tan novedosamente sorprendentes como el siguiente. "Antes Francia en Marruecos que Inglaterra en Egipto. Profesamos la doctrina de - Monroe aplicada al Mediterráneo. Inglaterra en Egipto significa un eslabón más en esa pesada cadena que hemos recibido la misión de aligerar, para que otra generación pueda acabar de romper. Por el contrario, Francia en Marruecos significaría el Mogreb colonizado por españoles, administrado por franceses, civilizado por dos naciones, y poblado a la larga de una raza mezclada, hispano-francesa, representante de nuestro genio y de nuestra civilización latina" (RGC, 15.7.87, pp. 381-384). Cada vez más a contra-corriente de lo que se gestaba en las esferas de poder, aparece aquí ya ese desgarró típico del Costa más conocido, tantas veces motejado de contradictorio. Precisamente cuando el partido gobernante se acercaba a la Triple con el temor de perder Marruecos a manos de Francia, temor infundido en buena parte por la propia Inglaterra, Costa propugna la amistad de raza que estuvo siempre latente en el fondo de sus planteamientos, pero que en ciertos momentos se había visto debilitada ante la agresiva actitud de conquista demostrada por la Francia republicana. Es precisamente el concepto de unidad de intereses que, cada vez con mayor intensidad, va fraguándose sobre la extendida denominación de raza latina, el que hace a Costa -también aquí y ahora- acusar de traición a la vecina Italia por su dudosa actuación respecto al problema de Egipto: "Jamás podremos aplaudir que en esta hora crítica para las naciones latinas, sacrifique Italia a una impaciencia pueril, impropia de su grande alma, intereses tan vitales y eternos, ajenos y propios, como los que van envueltos en la cuestión egipcia" (p. 384).
- (20) RGC, 31.10.87, nº 48, pp. 547-49. A propósito de las alteraciones del orden público habidas en la isla, el autor de esta Crónica alude sin paliativos a la evidencia de abuso de autoridad como desencadenante del conflicto, además de la muy común "lucha religiosa entre el pastor metodista y los frailes capuchinos". Sus simpatías están, inequívocamente, del

lado del pastor, para el que el gobierno de EE. UU. pide 50.000 pesetas de indemnización. Acusa en cambio a los capuchinos de "fanatismo", llamándolos "vengadores de Dios, dispensadores de la gloria eterna, cuya soberbia no puede medirse sino por su ignorancia". Como única medida, se disponía ahora el gobierno a sustituirlos por agustinos. Hondamente decepcionado, escribe aquí Costa: "¡Puede dar por bien empleadas la nación aquellas viriles cuanto inmotivadas manifestaciones de Agosto y Septiembre de 1885! (p. 549). Habían pasado poco más de dos años. Sobre Filipinas puede verse también RGC, 15.7.87, nº 41, pp. 385 ss. ("Enseñanza superior y técnica en Filipinas"), referida naturalmente a la impartida por las órdenes religiosas y al problema de las vocaciones indígenas.

- (21) RGC, 31.10.87, nº 48, pp. 578-82, para la reseña. El libro había sido publicado en Madrid en ese mismo año. Al parecer, y según el resumen crítico, el libro de Bonelli narraba los resultados obtenidos de un viaje de exploración hacia el interior hecho por un soldado moro, al que el propio Bonelli envió a recoger informes de los indígenas, habiéndose negado en redondo el delegado regio a "ir al interior del desierto". De Emilio Bonelli pueden verse también El Imperio de Marruecos y su constitución, Madrid, Imp. y lit del Depósito de la Guerra, 1882, y Nuevos territorios de la costa del Sahara. Conferencia pronunciada en la SGM el 7 de abril de 1885, Madrid, Fortanet, 1885.
- (22) RGC, 31.10.87, p. 579.
- (23) Ibid., p. 582. Cfr. M. Iradier, Africa. Viajes y trabajos de la Asociación Euskara "La Exploradora", Vitoria, Imp. Vda. e hijos de Iturbe, 1887. (Hay reedición en Vitoria de 1958, en 2 vols.)
- (24) RGC, III, 15.7.88, nº 49, p. 1, con el mismo formato y tipografía que antes.
- (25) RGC, ibid. "Extracto de las actas de las sesiones".
- (26) Referencia en ficha 551 de Cheyne, A bibliographical..., quien tampoco ha encontrado el texto del discurso. Sin embargo, lo incluye por ser citado en una relación de sus propias obras que escribió Costa de su puño y letra y que se halla en el AHN, Diversos. Títulos y familias, caja 112.
- (27) Reproducido parcialmente en la RGC, VII, 1892, n. 104-105-106, pp. 288-299.
- (28) RGC, VIII, 1893 (junio, julio y agosto), n. 118-119-120, pp. 453 ss.
- (29) Cheyne, Joaquín Costa, cit. más arriba, p. 107
- (30) M. Cigés Aparicio, Joaquín Costa, el gran fracasado, cit. más arriba, p. 98.

- (31) Así parece ser durante todo el período que abarca su estancia andaluza y su posterior traslado a Graus. E. Fernández Clemente (Joaquín Costa..., p. 70) cita una carta de Coello, con membrete de la Geográfica, (de la que no indica fecha precisa, pero que creo podría datarse en 1895) aléutando a Costa a asistir a la sesión constitucional del Instituto Colonial para el que había sido nombrado, entre otros. "No hay datos sobre su asistencia al acto, -dice F. Clemente- y es más que posible su ausencia".
- (32) Profusamente reproducida la intervención de Costa, puede verse con mayores garantías en E. Fernández Clemente, Joaquín Costa... cit., pp. 70 ss., en donde rectifica parcialmente a Cheyne, A bibliographi-cal... cit., ficha 225, p. 89. Aquí hemos utilizado el texto reproducido en la Revista de Geografía Colonial y Mercantil, t. I, nº 30, 1900, nº 5, pp. 541 ss. y nº 6, pp. 561 ss., cuya recopilación e introducción crítica firma R. B. (probablemente, Ricardo Beltrán y Rózpide).
- (33) Amado Osorio deplora que con el tratado "hayamos perdido la esperanza de toda expansión colonial por el interior de África; nos han encerrado en la costa, y nos han marcado ya los límites definitivos de nuestra soberanía". Sin embargo, reconoce que "los territorios que nos quedan tienen, además de su valor mercantil, gran importancia estratégica, puesto que los dos Elobays son la llave del Muni, y Fernando Poo lo es del Níger, Calabar y Camarones". Para Gutiérrez Sobral "las tierras enclavadas entre los ríos Muni y Campo (...) no están en condiciones de poder servir para la creación de una colonia de emigración (...) Que toda esa costa es muy malsana está fuera de duda (...) Creo que en dicha costa, la única clase de colonia que cabe es la de explotación, o sea aquella en que escaso número de europeos dirijan los trabajos que han de ser ejecutados por los naturales del país". (RGCM, cit. en nota 29, p. 547). Por su parte, E. Bonelli critica el que España no coficiba otro modo de acometer estas empresas que la emigración en masa a las colonias, sin más objeto que el de poblarlas de españoles, y sin preocuparnos de dar siquiera a los emigrantes medios de vida". Por el contrario, sólo "si abrimos nuevos mercados a nuestras industrias, vías nuevas al comercio, elementos a la navegación, ancho campo a la actividad y al trabajo, importando materias primas para muchas manufacturas, abaratando artículos de primera necesidad, proveyendo a las colonias de cuanto les haga falta, sin tolerar que el extranjero nos haga ruinoso competencia, habremos conseguido algo práctico y útil, evitando la despoblación de nuestra patria por falta de empresas industriales y mercantiles" (p. 553). También De Francisco y Díaz aboga aquí por las colonias de explotación y no de base agraria (p. 561), así como por el fomento desde lo alto del espíritu de iniciativa mercantil y de las enseñanzas geográficas (p. 562). Gonzalo de Reparaz, optimista en cuanto al valor mercantil y político del Sahara en el futuro, advierte sin embargo de que "la nueva finca exige gastos de explotación. Estos gastos serán nuestro mayor título de propiedad: el único verdaderamente válido" (p. 565).

Labra, de cuya antigua actitud reticente hacia Africa ya hablamos más arriba, convertido ahora con moderada entrega a la idea africana como plataforma residual para una presencia internacional "digna", confiesa que "aún tiene esperanzas". España, dice, "no puede ni debe renunciar a la alta y trascendental representación colonizadora. No comprende cómo hay quien piensa que España puede ser, en el concierto internacional, Bélgica o Suiza. Los problemas que España tiene en Africa constituyen materia para un estadista; pero un estadista que se resuelva a variar "fundamentalmente" todo lo que aún sostenemos después de la triste lección de 1898" (p. 568, resumido aquí en estilo indirecto. Para más detalles, vid. su artículo íntegro en el BSG sobre "Las colonias españolas después del tratado de París de 1898").

- (34) RGCM, t. I, nº 30, 1900, año IV, nº 6, pp. 568-578. En tres ocasiones, según Costa, se ha podido "penetrar en el continente y acotar en él una superficie de suelo productivo dos o tres veces mayor que el de nuestra península". En efecto, "en 1859-60, cuando el brigadier Gándara transportó ciento veinte colonos a Fernando Poo, con ánimo de fundar de nueva planta una sociedad española en el Africa ecuatorial". "En 1864, cuando el Gobernador de Fernando Poo, en su Memoria reglamentaria, proponía al Gobierno la adquisición de toda la costa desde Boni hasta Cabo Esteiras" (...). "En 1883, cuando la comisión organizadora del Congreso de Geografía Colonial y Mercantil, celebrado en Madrid, ideó sustituir la acción tarda y deficiente del Estado por la de una Compañía poderosa, a estilo de la de Indias, que tendría el triple carácter de comercial, naviera y territorial, con ejercicio de soberanía y contaría entre sus fines sociales el de ocupar con factorías de comercio y estaciones civilizadas los 600 km. todavía libres de la enseña de Biafra" (p. 574).
- (35) Ibid., p. 575.
- (36) Ibid., pp. 576 - 77
- (37) Ibid., p. 578.
- (38) M. Cigés, Joaquín Costa ..., p. 99.
- (39) Vid. también, M. Gambón, Biografía y bibliografía de D. Joaquín Costa, Huesca, Faustino Gambón editor, 1911, que dedica al "Fomento de los intereses coloniales" una breve mención en pág. 18.
- (40) J. García Mercadal, Ideario de Costa, Madrid, Biblioteca Nueva, 1919 (Cito por la 2a., de 1932). En págs. 26 ss., "El testamento de Costa".
- (41) R. Pérez de la Dehesa, El pensamiento de Costa..., pp. 248 ss.

(42)

(43) Vid. A. Ortí, prólogo a Oligarquía... cit.(44) Vid. nota 15 de este capítulo. La cita en pág. 194.

(45) Ibid., p. 197. La persistencia estructural de las bases arancelarias del libre comercio es, a pesar de todo, para Costa, la razón última del relativo esplendor mercantil de los años recientes: "Apenas han pasado ocho años desde que concluimos de abrir las puertas de España a la fabricación inglesa, francesa y alemana, y ya hemos podido observar en el seno de la industria española esa fermentación sorda que precede siempre a los grandes movimientos de expansión en la historia: hemos creado los primeros ensayos de factoría en Yap y en Río de Oro; alguna otra ha dado señales de vida, reclamando la protección de nuestra bandera, en Banane (Congo); acababa de constituirse en Barcelona una Compañía mercantil que será la primera de nuestro país a vender y comprar en el golfo de Guinea; el vicecónsul español en Gibraltar informa que durante el año último, la importación de percales de Cataluña, paños de Alcoy y loza de Sevilla ha tenido un gran aumento en aquella plaza, donde compiten ventajosamente con Alemania; el de Baltimore pide asimismo paños de Sabadell, Alcoy y Béjar, seguro de rivalizar con la industria del país y con la francesa, inglesa y alemana; tal estadística extranjera denuncia la existencia de tejidos catalanes en los almacenes del mediodía de Francia; se monta en Beasáin la primera fábrica de acero Siemens y de hoja de lata para el consumo interior y para la exportación, haciendo juego con los altos hornos de Bilbao, que ya exportan en grandes cantidades acero Bessemer; se crea en Barcelona el primer arsenal civil para la construcción de vapores mercantes y de buques de guerra; ¡ah! -concluye Costa volviendo de pronto la vista atrás- si estuviéramos en 1883 aún nos habría tocado una buena porción en el último definitivo reparto de la tierra" (ibid.).

(46) RGC, II; 28.2.87, nº 32, p. 131.

(47) RGC, II, 15.4.87, nº 35, pp. 228-29: "Crónica", por J. C.

(48) RGC, II, 15.5.87, nº 37, pp. 273-75.

(49) RGC, II, 30.6.87, nº 40, pp. 347 - 48

(50) RGC, II, 15.7.87, nº 41, pp. 378-81, "Justicia para las Antillas", por C. (También Cheyne -ficha 251- lo atribuye sin vacilar a Costa, a pesar de venir con la sola inicial del apellido).

- (51) Vid. nota 11 bis de este mismo capítulo.
- (52) RGC, II, 31.10.87, nº 48, pp. 550-51
- (53) J. Costa, Islas Líbicas: Cyranis, Cerne, Hesperia, por . . . , profesor de la Institución Libre de Enseñanza , Madrid, Est. Tipográfico "El Progreso Editorial", 1887.
- (54) Vid. RGC, II, nº 25 a 30 (julio-septiembre 1886), pp. 10-13 y 13-23, y nº 48 (31.10.1887), pp. 559-69.
- (55) Cheyne (ficha 34) recoge que en el Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo X, cuaderno 2 (1887), p. 87, en "Noticias", se da cuenta del artículo "Río de Oro en la Antigüedad" publicado en la RGC, añadiendo el comentario siguiente : "A petición del Sr. Costa la Academia ha encargado a su benemérito correspondiente en Larache (Marruecos), D. Teodoro de Cuevas, que explore con detención los restos arqueológicos de la dominación romana y otras anteriores que en aquellos pasajes puedan ofrecérsele". El proyecto es también mencionado por el propio Costa en RGC, II, nº 33 (15.3.87), p. 153, "Crónica".
- (56) E. Réclus, Nouvelle Géographie Universelle, vol. XI, Paris, 1886
- (57) Los nueve libros de la Historia de Herodoto de Halicarnaso, trad. del P. Bartolomé Pou, Madrid, 1878, 2a. ed.
- (58) J. Cervera, Exploración geográfico-militar al interior y costa de Marruecos, Barcelona, 1885.
- (59) Biblioteca de Menéndez Pelayo, Santander, sig. 9.778.
- (60) G. de Reparaz, Política de España en Africa, Barcelona, Imp. barcelonesa, 1907, p. 235.
- (61) Ibid., pp. 235-36. Veinte años atrás, la posición de Reparaz al respecto era contundente y no admitía alternativas : "Para mí lo verdaderamente funesto y peligroso sería la concentración de una nación en sí misma, si esto fuese posible, que no lo es. España posee colonias; si quiere continuar poseyéndolas, ha de costear escuadras, fortificar puertos y tener política colonial, ajustando a sus gastos, su conducta y sus intenciones a las de otros países. Si prescinde de ello, se quedará sin colonias, que irán poco a poco pasando a manos de otras potencias". (El texto, escrito y publicado en la prensa cotidiana en 1887, aparece recogido en España en Africa, Madrid, 1890, y es reproducido de nuevo en Política . . . , cit., p. 235, nota 1.)
- (62) Sobre la subordinación de los intereses industriales al bloque de poder hegemónico, son clásicas ya las páginas de M. Tuñón de Lara, "La bur-

guesía y la formación del bloque de poder oligárquico : 1875-1914", en Estudios sobre el siglo XIX español, Madrid, Siglo XXI, 1974 (4a. ed.), pp. 155 ss., en especial 211 ss. ("Los intereses de la gran propiedad agraria pasan por encima de los de la empresa industrial (...) Ciertamente se observa también un criterio benévolo para con poderosas empresas bancarias de servicios (...) Pero nótese que se trata de sectores o empresas en que la coalición de alta burguesía y propiedad terrateniente se ha logrado, llegando a la integración de los recién llegados en el antiguo bloque estructural. La burguesía industrial es defendida cuando se trata de huelgas o cuando se puede ofrecerle una salida monopolista en las colonias". A propósito, vid. igualmente Borja de Riquer, Lliga Regionalista : la burguesía catalana i el nacionalisme - (1898-1904), Barcelona, Edicions 62, 1977, pp. 36 ss. Y sobre las compensaciones fiscales que esa subordinación política exigía, y de hecho mantuvo durante mucho tiempo, M. González Portilla, "Acumulación de capital y crisis en el sector agrícola", en J. L. García Delgado, ed., "La cuestión agraria en la España contemporánea (VI Coloquio de Pau), Madrid, Edicusa, 1976, pp. 31, ss (en especial, 60 ss.).

- (63) Sin ánimo de exhaustividad, pueden verse con provecho los siguientes escritos del momento : "Las Reformas en las provincias españolas de Ultramar. Estudio político, 31 de octubre de 1866, Madrid, Imprenta de "La Reforma", 1866; Cuba y Puerto Rico. Medios de conservar estas dos Antillas en su estado de esplendor, por "Un negrófilo concienzudo", Madrid, 1866; J. Almansa y Centurión, La abolición de la esclavitud en países de colonización europea, Madrid, 1870; J. de Almansa y Tavira, La revolución de Cuba y el elemento español, Habana, 1870; G. Gelpi y Ferro, Situación de España y de sus posesiones en Ultramar, Madrid, 1871; E. Alonso y Sanjurjo, Apuntes sobre los proyectos de abolición de la esclavitud en las islas de Cuba y Puerto Rico, Madrid, 1874; J. Ahumada y Centurión, Memoria histórico-política de la isla de Cuba, Habana, 1874; G. Gelpi y Ferro, Exposición a las Cortes sobre los asuntos de la isla de Cuba, Madrid, 1876; M. Blanco Herrero, Isla de Cuba. Su situación actual y reformas que reclama, Madrid, 1876; G. Gelpi y Ferro, La regeneración de Cuba, Habana, 1878; y M. del Busto, Informe sobre la inmigración de colonos europeos y braceros asiáticos en estas islas, Manila, 1884. Cualquiera de ellos servirá para completar la información ofrecida por Ma. Asunción Gariña Ochoa ("España en el área antillana") y Leoncio Cabrero ("Filipinas y el Pacífico español"), en J. Ma. Jover Zamora, director : La Era Isabelina y el Sexenio Democrático (1834 - 1874), vol. XXXIV de la Historia de España dirigida por R. Menéndez Pidal, Madrid, Espasa Calpe, 1981, pp. 903 ss. y 975 ss., respectivamente.
- (64) R. Ma. de Labra, Política y sistemas coloniales. Conferencias dadas en el Ateneo de Madrid por D. (...) durante el curso de 1869-70, Madrid, 1884, p. 18.

- (65) Ibid., p. 20. Sobre la dimensión utópica del republicanismo democrata en general, vid. J. Ma. Jover, "De la Ilustración al 98 : cambio político y cambio generacional", en VV. AA. Cambio generacional y sociedad, Madrid, 1978, pp. 15 ss.
- (66) Vid. A. Cánovas del Castillo, La paz en Cuba, Madrid, 1879; M. Caffé, La paz de Cuba, Madrid, 1879, y J. J. de Arrieta, Cuestión de Cuba; su salvación o su ruina, Madrid, 1879.
- (67) DSC, C, 1886, nº 35, 21 de junio, pp. 566-67: "Pero luego Cuba decae. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? Cuando se reforma el arancel para proteger las harinas peninsulares y producir allí el hambre; cuando la trata toma el carácter que tomó en los últimos tiempos; cuando se dictó la real orden que dió facultades discrecionales a los capitanes generales; cuando se suprimió la Junta de Fomento; cuando se acabó con el centro de Obras Públicas; cuando fué allí la centralización, que debemos combatir de todas maneras, porque la centralización es aquí un mal, pero allí lo es mucho mayor...".
- (68) Ibid., nº 36, 22 junio, pp. 597 ss.
- (69) S. Ruiz Gómez, Examen crítico de los presupuestos generales de ingresos y gastos de la isla de Cuba para el año de 1878-79, París, Imprenta Hispano-Americana, 1880 (es separata de La Revista de España, 28 enero 80, nº 286). Al solicitar el "self-government" para la Gran Antilla, expone el autor que "hacen del todo imposible el viejo régimen de la arbitrariedad y del capricho seguido y observado hasta estos tiempos, la capitulación del Zanjón (...), las reformas de la Constitución del 76, la situación del mundo, las relaciones de Cuba con las naciones más civilizadas y cultas y, sobre todo, y más que todo, el año en que vivimos, en el último quinto del siglo decimonono". Por ello es preciso, para Ruiz Gómez, reparar mientes en lo que se halla en juego, y por ello solicita "reformas mercantiles de ilimitada libertad de comercio, sin rémoras, cadenas y cepos protectores", porque "sólo así serán, a no dudarlo, posibles, con el aumento de prosperidad y de la materia imponible, y una gran población productora, las obras públicas, que la isla necesita, abundancia y baratura en los artículos de importación, demanda de géneros coloniales e ingresos que cubran, hasta con sobranes, los gastos públicos" (pp. 43 y 46).
- (70) F. Giraud, Las reformas económicas de Cuba. Recopilación de los artículos publicados en el "Diario de la Marina" por ... sobre la cuestión azucarera y el comercio de cabotaje con la Península, conteniendo otros trabajos que no han visto la luz pública, Habana, 1879.
- (71) Recogido en J. G. Gómez, La cuestión de Cuba en 1884. Historia y soluciones de los partidos cubanos, Madrid, 1885, (Es recopilación de artículos publicados en "El Progreso" el año 1884; la cita corresponde a la página 46).
- (72) Ibid., p. 11.

- (73) F. Cabana, Bancs i banquers a Catalunya, Barcelona, Edición 62, 1972, pp. 9 sigs. Los datos fundacionales y lista de suscriptores en 11 y 12, tomada del Boletín Oficial de la Prov. de Barcelona de 25 - de noviembre 1876.
- (74) S. Ruiz Gómez, loc. cit., p. 7
- (75) J. G. Gómez, La cuestión ... cit., pp. 29-30. También, R. Ma. de Labra, La política en las Antillas. El partido liberal de Cuba, Madrid, 1882.
- (76) Ibid., pp. 33.
- (77) " No es una vergüenza que el mercado exclusivo de nuestro azúcar sea los Estados Unidos? Si éstos lo consumiesen, estaría bien; pero no es así: lo refinan y venden en Europa. Los Estados Unidos exportan más - azúcar refinada que la que va de Cuba.¿ Qué hemos conseguido con esta política? Que la vida de reacción, la vida material de Cuba depende de la vecina República; a ella se acerca Cuba por instinto, por ideas y por necesidad. No es tiempo de ver más allá de hoy?" (Discurso de 11 de marzo de 1880, reproducido en R. Cepero Bonilla, Azúcar y abolición, Barcelona, Crítica, 1977, p. 199).
- (78) J. G. Gómez, La cuestión ... cit., pp. 51 y 74 - 75 respectivamente.
- (79) J. Cabezas de Herrera, Relaciones comerciales de la Península con las provincias de Ultramar, Madrid, Imp. Diego Valero, 1882, p. 11.
- (80) S. Ruiz Gómez, Examen crítico ... cit., pp. 43 y 45
- (81) Ibid., p. 44
- (82) La Crónica, 19. I. 1883, nº 133, pp. 1-2, editorial "La herencia que el Sr. León y Castillo hace al Sr. Núñez de Arce puede compendiarse en - lo siguiente, por lo que a Cuba toca : Un territorio de 300.000 o más kilómetros cuadrados, de los que no hay en explotación arriba de 55.000. Un país empobrecido: 1º) Por el egoísmo de sus señores feudales, que - acabada la trata (...) han ideado una nueva, que estriba en no dar por - caducada nunca la manumisión del trabajador que nació esclavo . 2º) Por ser patrimonio y vínculo del egoísmo de las clases conservadoras, que - monopolizan sus capitales a beneficio de los brazos esclavos, su industria a beneficio de la refracción, su comercio a beneficio del agio y su desarrollo a beneficio de la oposición a toda idea de progreso. 3º) Por su viciada administración, que más que representante de los intereses del Estado es la patrocinadora de la gestión e intereses de los encargados y representantes de aquél. 4º) Por la aplicación hipócrita que se ha - ce de las leyes que deberían asimilarla con la metrópoli, y 5º) Por el -

predominio que el elemento militar tiene en Cuba, cuando la suprema aspiración de aquella hermosa tierra es verse regida, como todos los pueblos libres se rigen, por el elemento civil".

- (83) Artículos recopilados en F. Giraud, Las reformas económicas... cit., pp. 72-73.
- (84) Ibid., p. 84.
- (85) Ibid., p. 74.
- (86) Ibid., p. 79.
- (87) Ibid., p. 80.
- (88) J. del Perojo, Cuestiones coloniales, Madrid, Librería de Fernando Fé, 1883. Contiene este folleto dos trabajos ("La colonización española" y "Relaciones políticas entre las colonias y la madre patria"), de los que el primero en realidad es el texto traducido del francés de una conferencia pronunciada en la Exposición de Amsterdam, el 10 de septiembre de 1883: La colonisation espagnole, Amsterdam, 1883. Se publicó también en italiano: La colonizzazione spagnola, Biblioteca di Scienze politiche, 2a. serie, vol. 92, 1885. Vuelve a reproducirlo en Ensayos de política colonial, Madrid, 1885, capítulo I de la parte III.
- (89) "La actitud, si no se quiere indiferente, reservada al menos de nuestros partidos políticos en los problemas vitales que a nuestras colonias afectan, no es por más tiempo sostenible, y las circunstancias del momento, ya que no el propio decoro y el amor patrio constreñirán aún a los más reacios a salir de ese peligroso mutismo". (Ensayos de política colonial, cit. nota 88, p. XVII). "Nunca un partido peninsular ha puesto empeño en hacer luz en sus principios coloniales, y antes al contrario, sea escepticismo, sea indiferencia o incomprensible reserva, todos conjuntamente han contribuido a embrollar extraordinariamente este asunto. Si buscamos entre los documentos lanzados por los diferentes partidos políticos peninsulares, todos en ellos puede encontrarse, menos algo claro y terminante acerca de su política en Ultramar. La oscuridad es absoluta, completa en toda la serie, hartamente abundante... Es muy cierto que muy contados son los partidos peninsulares que poco o mucho no se han visto obligados, por fuerza de las circunstancias, a decir algo sobre tan delicado asunto, mayormente en mensajes, manifiestos o proclamas. Mas así todo, esto nada empece a que con lo dicho nos hayamos siempre quedado tan a oscuras como antes, y sin saber, sobre todo, lo que en particular cada partido quería y deseaba" (Ibid., pp. 4-5)
- (90) "El kilogramo de tabaco, en picadura, tiene que pagar para ser exportado un derecho, según arancel, de 6,5 centavos; en rama, de 10,5. En

cambio, el elaborado, si es torcido, debe abonar por el millar 2 pesos y 25 centavos, y si es cajetilla, 1,50. Calculemos que, por término medio, pesa el millar de tabacos cinco kilogramos de rama, y notaremos el extraordinario beneficio que el fabricante encontrará exportando en rama y elaborando en el extranjero. La diferencia es nada menos que de 350 por 100. (...) En la producción azucarera casi podemos decir otro tanto. Paga el bocoy de 620 kilogramos un total de cinco pesos con 45 centavos, lo que equivale al kg., en esta forma exportado, a 0,87 centavos. La caja, en cambio, de 184 kilos, o el saco de 92, pagan respectivamente 2,30 y 1,15, y sube así el kilogramo de esta forma a 1.250 de centavo" (J. del Perojo, Ensayos ... cit., pp. 85-87).

- (91) Ibid., pp. 74-75.
- (92) Ibid., p. 76.
- (93) DSC, C, 30.6.1886, nº 41, pp. 722 ss. Comentaba Gullón el previo discurso de Rafael María de Labra (DSC, C, 21.6.86, nº 35, pp. 566 ss.), muy mal acogido en buena parte de la Cámara, incluso peor que el del joven autonomista Montoro. Vid. a propósito del propio Labra, Mi campaña en las Cortes españolas. 1881-83, Madrid, Imp. J. Alaria, 1885; La situación en la isla de Cuba en 1884, Madrid, 1884, y Puerto Rico en 1885, Madrid, 1885.
- (94) A dicho partido dedica I. Díaz Caneja su libro La cuestión ultramarina. Bosquejo crítico e histórico, político y gubernativo, administrativo y económico, Puerto Rico, Imp. del "Boletín Mercantil", 1885, y vuelve a profesarle todos sus afectos en La Autonomía de las Antillas. Su historia, sus principios, sus errores, sus tendencias y su porvenir ante la razón, ante el derecho y ante patriotismo, Puerto Rico, 1887.
- (95) M. Blanco Herrero, Política de España en Ultramar, Madrid, San Martín, 1888. Se trata de un grueso tratado, de cerca de setecientas páginas, destinado en suma a la defensa a ultranza de la solución asimilista y al rechazo del "régimen colonial", que "no se adapta a nuestra raza ni a nuestras instituciones" (p. 395).
- (96) J. del Perojo, Ensayos ... cit., especialmente cap. II, "Autonomía colonial", pp. 9 ss.
- (97) I. Díaz Caneja, La cuestión ... cit., p. 127.
- (98) Algo posterior es el trabajo de envergadura de A. Ma. Fabié, Ensayo histórico de la legislación española en sus estados de Ultramar, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1896.
- (99) J. del Perojo, Ensayos ... cit., pp. 39 y 38 respectivamente.

- (100) I. Díaz Caneja, La cuestión ... cit., p. 133.
- (101) I. Díaz Caneja, La autonomía ... cit., pp. 19-22: "¡Sépalo el país!"
- (102) J. G. Gómez, La cuestión de Cuba ... cit., p. 103.
- (103) *Ibid.*, p. 88 ("Poco importa que la democracia cubana sea librecambista en principio. La identidad económica con lo existente en la Península la llevaría a amparar, siquiera sea transitoriamente, un sistema - proteccionista. Poco importa que en lo administrativo defienda la autonomía de los organismos municipales, provinciales y regionales. Al - identificar, hoy por hoy, a Cuba con España, se encontraría con que do - taba a aquélla de un régimen quizás más centralizado que el que tiene - en la actualidad").
- (104) J. Cabezas de Herrera, Relaciones comerciales ..., cit., p. 12
- (105) *Ibid.*, p. 15
- (106) Crf. por ejemplo la profesión de fé realizada por M. Márquez y Pérez (interventor de la aduana, de Vigo), en la recopilación estadística ofrecida a Maura en 1893: "Soy partidario de la escuela liberal, porque la experiencia me ha demostrado que sólo con la libertad es como se desarrollan todas las esferas industriales, y es como puede llegarse al bienestar. Lo demás no es otra cosa que estacionamiento" (Nuestras relaciones comerciales con las Islas de Cuba, Puerto, Rico y Filipinas, Vigo, Est. Tip. de "El Faro de Vigo", 1893, p. 49).
- (107) V. Balaguer, Memoria redactada por el Ministerio de Ultramar D. ... acerca de su gestión en el Departamento de su cargo, Madrid, Imp. y fundición de M. Tello, 1888, 2 vols. ("Con no escasas y muy enojosas - dificultades y complicaciones ha tenido que luchar el ministro que sus - cribe para realizar sus propósitos: todas las ha afrontado con ánimo sereno, y robusteciendo, en los desmayos de la contienda, la fé para salvarlas" (vol. I, p. VI) Era la cuarta vez que Balaguer desempeñaba un - cargo ministerial, pero parece que nunca fué su labor "tan amarga" como en aquélla ocasión: "Ahí están, si no (para probarlo), las aborras - cadas discusiones sobre la Trasatlántica, con que tanto se removió y agitó y preocupó la opinión pública (...); los delicadísimos estudios y las difíciles y prolongadas conferencias con los tenedores de títulos que hubieron de preceder a la conversión de la Deuda de Cuba; los trabajos continuos e incesantes para vencer los obstáculos que se oponían a la Exposición General de Filipinas, tan unida al porvenir y a los intereses de aquel Archipiélago; las luchas de los partidos y sus apasionadas manifestaciones en Cuba; los malaventurados debates por la llamada cuestión Salamanca; la campaña de la moralidad en Cuba; la crisis económica general en todas nuestras posesiones de Ultramar; las reformas políticas con empe-

ño solicitadas; el bandolerismo en Cuba y los filibusteros en Cayo-Hueso; la guerra en Joló y Mindanao; la insurrección y desastre en la isla de Ponapé; las injustas acusaciones por supuesto abandono de la guarnición de Palaos; los terremotos y temblores de tierra en Filipinas y en Santiago de Cuba; las inundaciones en Matanzas; las conspiraciones descubiertas en Puerto Rico y la agitación desusada de las pasiones y partidos en aquella isla, hasta el punto de tener que llamar al gobernador general para oírle; y sobre todo, y por encima de todo, a pesar de ser todo tan grave, la malhadada y abrumadora cuestión del personal, que es por sí sola bastante para acabar con la serenidad, con la salud y con la vida de un Ministro" (Ibid., pp. LVII - LVIII). Sobre Balaguer, en aquel momento, M. Sánchez Ortiz y F. Berástegui, Las primeras Cámaras de la Regencia. Datos electorales, estadísticos y biográficos, Madrid, Imp. E. Rubiños, 1887, p. 213. También M. Llorens, en J. Vicens, Industrials i Politics, cit., p. 427 ss.

- (108) R. D. de 22 de octubre de 1886, en G. M. del día 23.
- (109) R. D. de 22 de abril de 1887, en G. M. del día 24.
- (110) R. D. de 26 de noviembre de 1887, en G. M. del día 27.
- (111) V. Balaguer, Memoria ... cit., vol. I, p. V.
- (112) R. D. de 19 de noviembre de 1886 exceptuando de las solemnidades de las subastas y remates públicos la construcción de un pabellón y demás obras necesarias para la Exposición general de Filipinas, en G. M. de 7 de diciembre.
- (113) R. D. de 19 de noviembre de 1886, en G. M. del día 23.
- (114) R. D. de 17 de diciembre de 1886 (en G. M. del día 27) autorizando al Ministro de Ultramar para conceder, mediante subasta pública, la construcción y explotación de cinco líneas férreas de la isla de Puerto Rico (convocada dos veces, la subasta resultó en ambas ocasiones desierta); R. O. de 21 de enero de 1887 (en G. M. del día 26) adjudicando, en virtud de subasta, a Edmundo Sykes Hett la concesión del ferrocarril de Manila a Dagupán (con una garantía de interés del 8% para el capital invertido en las obras), y R. D. de 9 de diciembre de 1887 (en G. M. del día 14), disponiendo que rija como ley en Puerto Rico la de ferrocarriles promulgada para la Península en 23 de noviembre de 1877. Interesa también el R. D. de 2 de agosto de 1887 (en G. M. del 12) disponiendo el plan general de carreteras que ha de regir en Cuba, así como la ley de 30 de junio de 1887 (en G. M. de 3 de julio), haciendo extensivas las franquicias de la de 17 de abril de 1883 para los minerales de hierro a los de manganeso, zinc y plomo, que venía a favorecer la introducción de maquinaria con destino a la construcción ferroviaria.

- (115) R. O. de 3 de diciembre de 1886 (en G. M. del día 7), dictando reglas para que las sociedades protectoras de la inmigración de Cuba puedan reclamar el auxilio establecido en la Ley de Presupuestos de la isla - para 1886-87. El total de la subvención ascendía a 200.000 pesos, con los cuales pensaba el ministro resolver "dos puntos importantes: ayudar a los productores de azúcar a sostener una competencia que en -- constancia les asegura la victoria, y comenzar los convenientes ensayos de la inmigración en la Gran Antilla" (V. Balaguer, Memoria... cit., vol I, p. XVII).
- (116) R. D. de 4 de marzo de 1887 (en G. M. del día 6), y de 18 de marzo - (en G. M. del 20).
- (117) V. Balaguer, Memoria... cit., vol. I, pp. XXV-XXVI.
- (118) Sujetas a elevaciones posteriores, las mercancías cubanas pasaron a abonar, ya desde un primer momento : 8,80 pesetas cada 100 kg. el - azúcar; 16 el cacao; 27 el café y 3,75 ptas. el hectólitro los aguardien- tes (Vid. a propósito el apéndice IV (pp. 107 ss.) incluido en R. María de Labra, La reforma colonial en las Antillas. Discursos pronunciados en las sesiones celebradas por el Congreso de los Diputados el 13 de - febrero y el 7 y 9 de junio de 1895, Madrid, Est. Tip. de A. Alonso, 1896).
- (119) Memoria de la Cámara de Comercio de Santiago de Cuba (7 de noviem- bre de 1890), reproducida en R. María de Labra, La reforma... cit., p. 131.
- (120) R. Ma. de Labra, La política antillana en la metrópoli española, Madrid Imp. y Est. de "El Liberal", 1891, p. 1. E insiste en ello : " A despecho de cuanto ahora se propala, es evidente que en el orden político y en el - económico se han hecho en Cuba y Puerto Rico progresos considerables en estos últimos diez años. Efectos de estos progresos y resultado de la tranquilidad material del mismo período son las reclamaciones que en - este instante se hacen para concluir con los vestigios del Antiguo Régi- - men" (p. 13).
- (121) Ibid., p. 27.
- (122) Como política de atracción entendía Balaguer el "estrechar y hacer ca- da vez más firmes, por la concordia y unión de voluntades entre insula- res y peninsulares, los lazos que ligan a las provincias y colonias de - Ultramar con la madre patria". Y como resultado de la asimilación - esperaba el ministro "calmar odios verdaderamente africanos y acudir al reparo de intransigencias realmente perturbadoras que son y fueron - siempre eternos enemigos de España en sus posesiones de Ultramar". (V. Balaguer, Memoria... cit., vol. I, p. LVI).

- (123) R. María de Labra, Una reforma de transacción en la política colonial. Discurso sobre los presupuestos de Puerto Rico, Madrid, 1886. (Extractos del mismo en La reforma colonial ... cit., pp. 85 ss.)
- (124) Vid. por ejemplo el R. D. de 17 de octubre (en G. M. del 31), que disminuye el presupuesto de gastos, para Puerto Rico, en 1.287.981 pesos, "a pesar de las importantes mejoras introducidas en algunos servicios y de haberse establecido otros que no existían". También, a propósito, J. Gualberto Gómez, La isla de Puerto Rico, Madrid 1891.
- (125) R. D. de 15 de junio de 1887 (en G. M. del 22), autorizando la presentación a las Cortes del proyecto de ley por el que se reduce la cuota de contribución determinada para ser inscrito como elector en Cuba y Puerto Rico. "Con estas bases para la reforma electoral -escribía el ministro a posteriori-, principio de las demás medidas que tiene en estudio e irá sucesivamente desarrollando, y continuación de aquellas otras que rigen ya en las Antillas, entiende el Ministro de Ultramar que el Gobierno cumple lealmente su programa respecto a las reformas políticas y administrativas que requiere el estado de las mencionadas provincias, y que con la medida de que se trata, satisface muy especialmente la necesidad impuesta por la abolición del patronato en Cuba y por las excepcionales circunstancias económicas que atraviesan dicha isla y la de Puerto Rico" (V. Balaguer, Memoria ... cit., vol. I, p. XXXIV).
- (126) V. Balaguer, ibid., pp. XLI-XLII. El 6 de abril de 1887 volvía a escribir al Capitán General de Cuba el ministro de Ultramar: "Yo deseo, lo mismo que Vd., restablecer la moralidad, si es que se ha perdido, en Aduanas y en todos los ramos. He escrito a Vd. y vuelvo a escribirle, para que sin consideración de ninguna clase se suspenda, se forme expediente o se mande a los tribunales al que falte, sea quien sea, y recomiéndolo quien lo recomiende. No debe haber consideraciones de ninguna clase". (Ibid., p. XLIV).
- (127) A. Conrado y Asprer, Cartas sobre emigración y colonias, Madrid, 1881, pp. X-XI.
- (128) Vid. Ministerio de Estado. Inspección General de Emigración. Disposiciones sobre emigración (1848-1932), Madrid, Imp. Sáez Hermanos, 1933, pp. XIX-XXI.
- (129) D. S. C., S, legislatura de 1881-82, apéndice 4º al nº 95. El capítulo VI (artículos 57 a 59) trataba de las exenciones y ventajas concedidas a los inmigrantes que vieneran a establecerse en las nuevas colonias interiores. Para los hijos de españoles repatriados, con tal de que hubieran pasado fuera del país más de cuatro años, se otorgaba incluso la exención del servicio militar. (Cfr. La Emigración. Información legislativa y bibliográfica, Madrid, Instituto de Reformas Sociales, 1905, p. 4.)

- (130) G. M., nº 35, 4. 2. 1882, p. 481.
- (131) Ministerio de Estado. IGE, Disposiciones ... cit., p. XXIII.
- (132) Vid. el prólogo a la Estadística de la emigración e inmigración de España en los años 1882 a 1890, publicada por la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, Madrid, 1891, p. 19 : " La emigración es un fenómeno fatal y necesario, sujeto a leyes superiores a la voluntad de los Gobiernos. A éstos sólo incumbe reprimir abusos, facilitar medios para que de las regiones donde hay excedencia de jornaleros pasen con facilidad los hombres sin trabajo a aquellas comarcas donde haya necesidad de braceros, e intervenir en caso inevitable del modo más conveniente, a fin de que la emigración cause el menor perjuicio posible, así a la patria como a los mismos emigrantes. Por perjudicial que sea para el país la ausencia de una parte de la población escogida, los conflictos del hambre serían de incalculables resultados. Y sobre todo, nuestro más perfecto conocimiento del derecho hace imposible en esta época moderna cualquier medida que pudiera resultar en menoscabo de los sagrados fueros de la libertad individual".
- (133) M. de Estado, IGE, Disposiciones ... cit., p. XXXII. Cfr. RGC, 30 abril 1887, nº 36, p. 272: "A bordo del vapor Reina Mercedes se han embarcado para la Gran Antilla 300 emigrantes contratados para la explotación de las minas de cobre de Santiago de Cuba. Muchas familias de los emigrantes se han presentado al gobernador civil, Sr. Larroca, para que detuviera a algunos hijos y esposos que se ausentaban sin permiso de sus padres o de sus mujeres. El gobernador ha telegrafado a Cádiz para que fueran detenidos los menores de edad y los pertenecientes a la reserva, muchos de los cuales han partido con nombres supuestos, y otros sin cédula de vecindad" (La nota se basaba en un telegrama fechado en Málaga días antes, y reproducido, como era usual, por la prensa diaria).
- (134) Cfr. "Movimiento de pasajeros por mar en el quinquenio 1882-1886, con las provincias y posesiones españolas de Ultramar, con expresión y deducción de los pasajeros militares" (pp. 76-77), e idem. para 1887-90, en Estadística de la emigración e inmigración ... cit. más arriba, cifras que pueden completarse con las proporcionadas, para 1891-95, por la Estadística de la emigración e inmigración de España en el quinquenio de 1891 a 1895 por la Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, Madrid, 1898, pp. 54 - 55. También, los datos e interpretación de R. Robledo Hernández, "Emigración a Ultramar: aspectos socioeconómicos durante la Restauración", Anales de Economía, nº 23, julio-septiembre de 1974, pp. 75 ss.
- (135) Vid. "Antecedentes parlamentarios", en La emigración ... cit., pp. 5 ss.

- (136) G. M. de 29 de septiembre de 1889; con la legislación siguiente - complementada : R. D. de 21 de octubre del mismo año sobre auxilios a la emigración a Cuba, determinando que el ministro de Ultramar fijase la cuantía del auxilio del decreto de 3 de diciembre - de 1886 a la inmigración peninsular en Cuba. Va acompañado de una Real Orden de la misma fecha que dicta las disposiciones precisas para la ejecución del decreto de 21 de octubre de 1889.
- (137) En 1887 (19 de enero) existían en el ministerio (Subsecretaría) pendientes de resolución 471 expedientes, de los que se resolvieron a lo largo del año 424, además del exiguo número de 17 que restaban por solucionarse el año anterior. Otro tanto puede decirse, según los datos aportados por el propio Balaguer, para las secciones de Gracia y Justicia (631, de los que se resolvieron 581, contra 31 el año anterior), Administración y Fomento (3.780 -3.541 de ellos resueltos- contra 338), y Hacienda (797 -755 resueltos-, contra 240). Los datos estadísticos en V. Balaguer, Memoria... cit., vol II, pp. 7 y 8 : "Estado - demostrativo del número de expedientes despachados en el Ministerio de Ultramar durante el año 1887, y de los pendientes en primero de - enero de 1888, con expresión del año en que se iniciaron".
- (138) Además, cita el ministro Balaguer, "un proyecto de puertos francos en las Antillas y Filipinas, en previsión de la apertura del istmo de Panamá; los reglamentos interiores de las Cámaras de Comercio de Manila, de San Juan de Puerto Rico y de Ponce, por mí creadas; un proyecto - para despachar lo más brevemente posible 40.000 expedientes sobre - composición de terrenos en Filipinas; otro proyecto para el cultivo del ramío y otras semillas nuevas en Filipinas; otro proyecto para la creación de Granjas Escuelas; otro para la creación de un Banco Hipotecario en Filipinas; otro para designar el mejor sitio de apertura de un - puerto comercial en Filipinas para los buques que proceden del Canal - de Panamá; otro para establecimiento de colonias militares en Mindanao; otro para fomento de establecimientos españoles en Río de Oro; otro para construcción de una casa-escuela de niñas en San Carlos, de Fernando Poo; otro para establecer un campamento sanitario en Basile, de Fernando Poo; otro para la manera de aprovechar terrenos baldíos del Estado de la isla de la Mona, de Puerto Rico, para cultivo y crianza de ganado lanar; otro consultando la conveniencia de celebrar un Congreso - azucarero en Madrid, al objeto de remediar la crisis azucarera de nuestras provincias ultramarinas; otro para proceder a la publicación en la Gaceta, no sólo de las resoluciones todas acordadas por el Ministerio, si que también por las autoridades superiores de Ultramar, a fin de que sea siempre público cuanto se haga y disponga con relación a los intereses de aquellas provincias y colonias, y, por último, otro proyecto para declaración de puertos francos en Mindanao" (Memoria..., cit., vol. II, pp. 11-12). Sobre algunos de estos puntos, vid. José del Perojo, La cuestión de Cuba. Discursos parlamentarios en las sesiones de 9 a 14 de 1887, Madrid, Imp. de Hijos de J. A. García, 1887.

- (139) RGC, II, 25-30, julio-septiembre 1886, p. 112: "Ensayo de importación española en Haití", por J. Madril, donde informa de que la Compañía Trasatlántica, en su viaje de vuelta a La Habana, ha llevado a Puerto Príncipe vinos de "Jerez, Pajarete y Pedro Jiménez, Málaga, Moscatel y Malvasía", además de ajos, sacos de café, vino tinto catalán y muestras varias. En el momento en que se escribe la crónica, los resultados son todavía inciertos.
- (140) P. de Alzola, El problema cubano, Bilbao, 1898, p. 214.
- (141) M. Zapatero y García, Congreso Nacional Mercantil celebrado en Madrid en mayo de 1886, Madrid, Imp. de "El Liberal", 1887, pp. 577 ss. Para contrastar la actividad anterior de las sociedades geográficas en Europa, hasta 1885, H. Wichmann, "Geographische Gesellschaften, Zeitschriften, Kongresse und Ausstellungen", en Geograph. Jahrbuch, X, 1885, pp. 651-674.
- (142) Explica así el presidente su ruego de oír voces en pro de un dictamen irrefutable: "Aquí no se levanta, no se puede levantar, yo lo leo en el rostro de todos mis compañeros, no se puede levantar una voz en contra de esas dos proposiciones, y como esto es así, y como es preciso que no pasen inadvertidas, pudiendo fundirse los fueros del respeto con los menosprecios de la indiferencia, yo reclamo de los autores de esas proposiciones, no que las apoyen, que eso es inútil, sino que nos expliquen su alto sentido patriótico, su eminente sentido práctico, cómo se armonizan y se enlazan estas cuestiones: los altos intereses de la patria española con los altos intereses personales del comercio español. Es en este concepto en el que yo solicito (...) que nos manifiesten cómo entienden y cómo han entendido la belleza y la grandeza del consorcio que se verifica en este Congreso y entre los intereses pasados, presentes y futuros, siempre permanentes y siempre respetables, de la patria española, con los intereses movедizos, accidentales y transitorios del comercio español" (Congreso Nacional Mercantil ... cit., p. 580).
- (143) Ibid., p. 586.
- (144) J. Torrent-Tasis, Historia de la prensa catalana, Barcelona, vol. I, p. 154, y J. Vicens, Industrials i política ... cit., p. 141.
- (145) M. Zapatero García, Diario de Sesiones del Congreso Económico Nacional, Madrid, 1889, p. 105.
- (146) El portorriqueño Infiesta, pidiendo plena libertad comercial para su provincia, advierte de los peligros de una nueva polarización -de signo contrario esta vez- en la política económica del gobierno español, y si bien reconoce que "estos problemas conviene estudiarlos a Barcelona -

más que a otra ciudad, porque España recibe de América 180 millones y envía sólo 140, y de éstos corresponde sólo a Barcelona 81 millones para la exportación y 77 para la importación; pero conviene - estudiarlos con ánimo sereno, aprovechando las severas lecciones - de la historia y de la experiencia y sin preocupaciones de determinar teorías económicas". (Diario de Sesiones ... cit; p. 142).

- (147) Ibid., p. 163. Y más adelante insiste: "... todos comprenderéis la trascendencia de esta cuestión si teneis en cuenta que si en las relaciones comerciales con nuestras provincias de Ultramar se siguen - aplicando las rebajas graduales sin distinción a todos los pabellones, al llegar a 1892, en que será un hecho la supresión total de derechos, quedarán también suprimidas todas las diferencias con nuestra marina, y todos los pabellones extranjeros podrían participar en este tráfico ..." (Ibid. p. 193)
- (148) Vid. cap. XI, 2
- (148) Hay una breve reproducción de fragmentos en J. Muñoz y otros, La bis vía nacionalista del capitalismo ... cit.; vol. III, pp. 52 ss.
- (149) "Conviene ser esencialmente prácticos, y perseguir, más que las glorias del apóstol, los ideales de los librecambistas, o los funestos - mandatos de los proteccionistas intransigentes, soluciones de tal índole a los problemas económicos e industriales, que por su aplicación - inmediata satisfagan así a las necesidades de nuestra industria y escaso comercio marítimo como a las bien determinadas y concretas de - nuestras clases productoras y contribuyentes, porque inspirarse única y exclusivamente en las bellas teorías de eminentes economistas españoles y extranjeros, calcarlas en las leyes e implantarlas en España, sin tener en cuenta lo que es España, lo que necesita España y lo que debe España a sus ciudadanos, a sus comerciantes, a sus industriales y a sus obreros, paréceme en principio tan absurdo como hacer extensivo a un cuerpo militar las leyes y reglamentos de una perfecta y bien - organizada corporación religiosa" (Diario de Sesiones ... cit. p. 58) La coincidencia de actitudes es frecuente. También Monner, al defender su ponencia, opina que "nos hallamos en presencia de un problema que no puede resolverse con el solo auxilio de los ideales de escuela, o sea, de aquellos principios especulativos, que para nada tienen en cuenta las circunstancias mudables y contingentes de lugar y tiempo, sino que por el contrario han de abordarse con perfecto conocimiento - de todas las condiciones buenas o malas, favorables o desfavorables, bajo las cuales nos es dado vivir en los momentos actuales de la sociedad política de la que formamos parte" (Ibid., p. 72)
- (150) Diario de Sesiones ... cit., p. 162.

- (151) Ibid., pp. 94 y 96.
- (152) "Situadas providencialmente las islas de Cuba y P. R. en la gran línea de circunnavegación del globo, que será el centro del futuro movimiento marítimo mercantil del mundo, serán aquellas preciosas y codiciadas islas puntos obligados de escala, comunicación y comercio para los buques de todas las naciones. Incalculable es el desarrollo que puede adquirir, con ese motivo, la vida mercantil de aquellos pueblos. Y sería muy doloroso, y quizás fatal para el porvenir de la Patria, que España no supiese aprovecharse de ese desquite que le ofrece el progreso moderno, para reponerse de antiguos e inolvidables quebrantos". (Ibid., p. 98)
- (153) Puede verse, a propósito, y para momentos inmediatos, la relación entre "Textiles e ideas" establecida por J. C. Mainer en "Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892-1923)", Ideología y sociedad en la España Contemporánea (VII Coloquio de Pau), Madrid, 1977, pp. 149 ss. La cita en p. 196.
- (154) "Mala, muy mala es la administración de nuestras colonias; pero aquello no es sino el reflejo de lo que pasa en la Metrópoli. Allí y aquí hay que dar a los empleados la independencia necesaria para que se cuiden del cumplimiento de su deber sin temor a las asechanzas del caciquismo político. Algo indica la ponencia respecto a cuestión de tan vital interés; pero no concreta, como yo juzgo que debe hacerse en estos casos, los remedios que pueden aplicarse a la dolencia social que estoy examinando. Los empleados de Ultramar viven en una intranquilidad y sobresalto que nadie más que ellos puede apreciar" (Diario de Sesiones... cit., p. 104)
- (155) Ibid., pp. 107-109
- (156) "Hoy, por fortuna, van desvaneciéndose las nubes de la ignorancia y de la indiferencia gracias a libros, Congresos y Exposiciones; y bien que siempre rezagada nuestra patria en el general movimiento, la apertura de los istmos de Suez y Panamá, los sucesos de las Carolinas, el vigoroso espíritu colonial que informa la política de Inglaterra, Francia, Italia, Alemania y Holanda, y finalmente, la emigración y el esquilmo, pobreza y miseria del propio suelo, hacen que los problemas coloniales se impongan a la atención de los Gobiernos y de los españoles con toda su gravedad e importancia" (Ibid. p. 117)
- (157) Ibid., p. 120
- (158) Ibid., pp. 152-153.
- (159) Ibid., p. 162.

- (160) "Los españoles de las Antillas no perseguimos en este parte más - que un ideal : multiplicar de tal modo las relaciones con la madre Patria, que ya estamos confundidos en la sangre, en el sentimiento y cobijados por la misma bandera, nos confundamos también en los negocios de tal suerte que lo que hoy explotan en su provecho los - extraños refluya todo, si es posible, en bien de esta noble Patria es pañola" (Ibid. p. 142)
- (161) Diario de Sesiones ... cit., p. 139.
- (162) Ibid., pp. 139-40.
- (163) C. F. S. Cardoso y H. P. Brignoli, Historia económica de América Latina. 2. (Economías de exportación y desarrollo capitalista), Barcelona, Crítica, 1979, p. 24.
- (164) "Crisis de la Isla de Cuba", en RGC, nº 37, 15.5.1887, pp. 283-290.
- (165) Reproducido en RGC, II, nº 32, 28.2.87, bajo el epígrafe "La exportación de manufacturas catalanas y el precio del trigo en España".
- (166) RGC, nº 31, 31.1.87, pp. 120-25.
- (167) Ibid., p. 123.
- (168) Vid. por ejemplo J. R. de Betancourt, "Orígenes españoles del régimen autonómico", en RGC, II, nº. 31 , 31.1.87, pp. 125-26, tratando de legitimar con el respaldo de la historia patria las necesidades presentes para la vida de la isla.
- (169) Vid. Ph. S. Foner. La guerra hispano-cubano-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano. 1895-1902, Madrid, Akal, 2 vols. y H. F. Guggenheim, The United States and Cuba. A study in International Relations, New York, MacMillan Co., 1934.

854 bis

CAPITULO XI

LA ACCION DEL ESTADO: NAVEGACION ULTRAMARINA Y SERVICIO DE
CORREOS (I).

1.- El transporte marítimo y los orígenes del capital financiero en España.

La dimensión histórica de muchos "capitanes de empresa" del siglo XIX y principios del XX desborda toda circunscripción a moldes estrictamente personales. Así, la figura de Antonio López y López de Lamadrid (1817-1883), primer marqués de Comillas desde 1878, trasciende incluso la dimensión económica de su excepcional iniciativa capitalista para entrar en la sociedad española del siglo pasado como prototipo burgués. Su vinculación estrecha a la política de la Restauración, aunque nunca militara en los partidos, su innegable peso sobre decisiones de primer orden en la esfera de lo político, se desvelan ante cualquier lector con sólo hojear las múltiples y casi siempre hinchadas páginas escritas sobre su persona (1), y tanto o más puede decirse de su hijo, Claudio López Brú (1853-1925), heredero de Antonio López en los títulos nobiliarios y el fabuloso negocio capitalista de variadas raíces que supo conservar y acrecentar con indiscutible espíritu de multiplicación, a tono con los más avispadados de su época (2). Hablar de padre e hijo al abordar, siquiera sea mínimamente, un estudio aproximado (3) sobre la creación y evolución de la gran empresa marítima que primero se denominó A.López y Cía. para convertirse después en Compañía Trasatlántica Española, S.A., referirse a esta dinastía -pronto desviada hacia una línea secundaria, la de los

Güell (4)- resulta inevitable y apasionante a un tiempo. Quedan en la oscuridad todavía los mecanismos iniciales de acumulación capitalista con que Antonio López, joven emigrante decidido y emprendedor, arrancó al suelo cubano las riquezas que sirvieron de base a su fortuna, y probablemente sea una dificultad insuperable el fijarlos con exactitud (5). Pero no es tan difícil de seguir, en cambio, la trayectoria secular de las empresas controladas por el segundo marqués de Comillas, valorado con más acierto e interés en sus facetas de "patrono ejemplar" (6) que en las de eficaz conocedor de los resortes del capital y sus procedimientos de reproducción (7). Sobre la trama real de lo, hasta el momento, escrito se vertebran aquí unas hipótesis de trabajo que sólo un franco adelanto en la compulsa de documentos, tanto oficiales como privados (8), verificará -si, como creo, se apoyan en elementos ciertos y reales.

El eje de esta argumentación pasa por la (cada vez más estrecha) relación establecida entre el sector privado (la navegación mercantil en sus formas progresivamente oligopolistas), y la suprema instancia de lo político en su manifestación suprema, el Estado. Esa tendencia, consolidada a lo largo de los años ochenta del siglo pasado, arranca de la década anterior, al menos, y lleva su alcance hasta un pasado inmediato. Por el valor nodal que esta relación, en sí misma (y por supuesto,

con su inevitable secuela económica) guarda en la evolución precisa del contexto colonial que aquí me interesa, he dejado deliberadamente a un lado la consideración compleja de las varias empresas financieras e industriales en que se hallan implicados los Comillas, por más que surjan al vuelo las inevitables referencias a aquéllas, siempre que disponga de datos para respaldarlas. Así, de las fuentes de acumulación que sintetizó J. Velarde (9) en cuatro apartados (rentas de depredación colonialista, rentas de monopolio típico -compañía de Ferrocarriles del Norte, por ejemplo-, rentas procedentes de subvenciones estatales y, por último, rebajas de insumos para favorecer la acumulación en el sector transportes), voy a centrar me aquí esencialmente en el tercero de dichos aspectos, siempre con la salvedad, a mi entender, de que aquél se interpenetra hasta tal punto con el segundo que no es posible establecer tan clara distinción: ambos participan de la connivencia estatal, eficaz cobertor de los riesgos empresariales y acicate a un tiempo de la ampliación de horizontes para la empresa privada.

Desde que Antonio López y Manuel Calvo, dos jóvenes santanderinos que partían de la nada, hicieron en Cuba sus primeros miles de duros, "todo fue camino llano" (10), relata C. Bayle. Establecidos en Santiago de Cuba, abrieron allí un almacén de ropas, y compraron fincas rústicas cuando la primera insurrec-

ción las depreció. En pocos años, su firma comercial era de las más poderosas de la plaza; era el momento de ampliar el negocio, e, incorporando a P. de Sotolongo -calificado después por Prugent con satisfacción como "opulento capitalista cubano" (11)-, llamaron desde la isla a conocidos y parientes, que acudirán a Cuba sin tardanza desde el norte peninsular y marineró. Movellán, Satrústegui y Angel Bernardo Pérez están entre aquéllos (12).

Entre 1845 y 1856 son constantes los viajes de Antonio López entre Cuba y la Península, "llamado por los negocios", pero es difícil reconstruir los itinerarios y actividades precisas. Sabemos, eso sí, que su primer servicio marítimo de importancia lo emprendió entre Guantánamo y Santiago de Cuba, en virtud de la solicitud presentada en 2 de marzo de 1850 y que se preveía duraría diez años. El vapor "General Armero" realizaba el servicio en cabotaje por el norte de la Gran Antilla (13). La empresa tenía grandes visos de habilidad y sentido de la oportunidad, precisamente en el tránsito de la marina de vela a la de vapor.

En 1856, según Condeminas (14), se instala López en Alicante, en tanto que Bayle afirma lo hace "definitivamente en Barcelona" (15). Con el mismo vapor inaugura la línea Cádiz-Marsella. Probablemente, las importantes oportunidades para el desa

rrrollo del capital que había abierto el bienio progresista atraen a Antonio López hacia la España peninsular, ofreciéndole en seguida ocasión excepcional de prosperar: la guerra de Africa le proporciona por vez primera un negocio que, como una pesadilla multiplicada para el país, viene sin embargo a procurar a Antonio López pingües ganancias. El transporte de tropas al norte de Marruecos, al que López se entrega con especial dedicación personal, estuvo entonces a punto de costarle la vida (16). Salvado del cólera, el éxito y la reputación de patriota que la participación en la aventura isabelina en Marruecos le atrajeron, coadyuvaban sin duda a la obtención en pública subasta del contrato oficial para conducir el correo peninsular a las islas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, lugar éste último donde vuelve a tener oportunidad de prestar sus servicios durante la guerra de 1863-65. Había comprado, para realizar holgadamente el servicio postal, dos nuevos vapores, el "Ciudad Condal" y el "París", que vino a unir a los anteriores que hacían la vía mediterránea ("Madrid", "Alicante" y "Marsella"); sin embargo, el contrato le exigía una mayor cobertura en buques, y así se vió A.López obligado a comprar, a finales de aquel mismo 1861, otros seis vapores, que, junto con los anteriores constituyeron el núcleo primero de su -después potente- flota (17).

Los fondos del ministerio de Ultramar proporcionan noticias

interesantes acerca de cómo llegó nuestro hombre a obtener la contrata antillana. En 1850 había establecido el gobierno "por su cuenta" una línea de vapores entre Cádiz y las Antillas, con cuatro buques. Los dos primeros, el "Caledonia" y el "Hibernia", habían sido adquiridos a la renombrada compañía inglesa Cunard. A ellos se incorporarían pronto el "Fernando el Católico" y el "Isabel la Católica", llegando el primero a establecer un tiempo récord en una ocasión en que empleara únicamente catorce días para cruzar el Atlántico (18). Ignoro por qué circunstancias precisas, el propio gobierno se lanza a poner el servicio en manos privadas -como ocurría ya en otros países-, y así, el 22 de abril de 1858, el ministro de la Guerra y Ultramar se dirige al de Marina solicitando datos técnicos, para establecer por fin "un pliego de condiciones para contratar de un modo definitivo el servicio de la conducción de la correspondencia entre la Península y las Antillas" (19). La información solicitada comprendía tanto la velocidad y número de los vapores considerados necesarios como el capital preciso para levantar almacenes y depósitos, así como los plazos de amortización e intereses previstos. Provisionalmente, y entre tanto, se entregó el servicio a las Compañías Catalanas reunidas (20), que habría de disfrutarlo durante un año.

Con fechas 1 y 13 de julio del mismo año, el ministerio de Marina remitió a Ultramar un pliego de condiciones y un estado

de referencia por el que creía conveniente poseyera la empresa concesionaria, en su día, ocho vapores de 2.300 toneladas, con un costo total de 64 millones de reales, mas otros cinco millones iniciales para muelles, talleres, depósitos de carbón, etc. Sin embargo, al calcular los gastos de explotación obtiene el ministerio un déficit probable de 31.872.000 pesetas que, según estimaciones del funcionario Gabriel Enríquez, hace deseable confiar el asunto a manos privadas, capaces de reducir los costos sin duda, evitando así al tesoro dispendios que no puede permitirse. Recuerda el negociado en aquel momento la necesidad de establecer servicios marítimos no inferiores a los de otras naciones: si Francia -pequeña potencia colonial en América-, si Inglaterra, si los Estados Unidos y has ta "la Cerdeña" respaldan con fuertes subvenciones a sus líneas de navegación a vapor -insiste Enríquez- "no es posible que España retroceda ante una necesidad que importa tanto a su decoro como a su interés". Las subvenciones de aquéllos -prosigue- vie nen a demostrar la mayor baratura del transporte privado, "aun cuando no se oculta al que suscribe -advierte- que la distancia recorrida es mayor, como tampoco que el capital se obtiene, en Inglaterra sobre todo, a menor precio que entre nosotros".

Convocada la licitación pública por R.D. de 10 de diciembre de 1859, y fijada para 15 de febrero de 1860 la presentación de proposiciones con arreglo al pliego publicado, existía una

proposición previa: la del concesionario provisional, Francisco Sanmartí Brugués que, en dos ocasiones (6 de diciembre y 28 de enero), había reiterado su oferta de realizar el servicio antillano por 880.000 reales al año, no conformándose con que sus proposiciones sirvieran de tipo para una subasta. Alegaba Sanmartí en su favor el R.D. de 27 de febrero de 1852, que excluía a este tipo de servicios de la reglamentación de subastas, por tratarse de materia de clara trascendencia política; la bandera española era así requisito indispensable para la concesión. La administración, sin embargo, no parecía favorecer al concesionario provisional, que ve llegado el día de la subasta sin que se preste oídos a sus quejas (21). El 15 de febrero en cuestión se abrieron pliegos presentados por Luis Perera (1.500.000 reales por viaje redondo), la Sociedad General de Crédito Mobiliario Español (22) (949.000 reales), Rafael Bertrán de Lis (1.477.717 reales) y José de Campo, que acude a las once y media de la noche con una sorprendente oferta: 55 pesos por viaje redondo, es decir, 11.000 reales solamente. Al día siguiente se apresura Campo a corregir su error material, rectificando por escrito que "donde se leía cincuenta y cinco debía leerse cincuenta y cinco mil...", pero ello fue ya suficiente para que su propuesta, junto con la presentada antes de tiempo por Francisco Sanmartí, y luego no ratificada, fueran declaradas fuera de concurso. El Crédito Mobiliario tenía entonces las mayores posibilidades de hacerse con la con-

cesión; sin embargo, su propuesta excedía aun en 69.000 reales las bases fijadas en Consejo de Ministros, y ello lleva a Enríquez a replantearse los términos de la cuestión (23), para venir a concluir que "no ha lugar" a la adjudicación, para ninguna de las proposiciones presentadas.

Un mes más tarde, el ministerio de la Guerra y de Ultramar parece convencido por el de Marina y sus cálculos previos, pues Enríquez escribe de su puño y letra, a 21 de marzo, en un sentido totalmente partidario del desempeño por la propia administración del servicio de correos, en el que llega a encontrar incluso sobradas posibilidades para lograr un superávit (24). Admitiendo la pertenencia del transporte mercantil a la marina mercante, no obstante "la sección no puede menos de proponer que se haga el servicio por administración, ya que el interés individual no ha correspondido de una manera conveniente al llamamiento que se le ha hecho", a pesar de que el negociado es consciente de que "los multiplicados detalles que un negocio de esta especie envuelve serán sin duda alguna embarazosos para la administración pública". La base 5ª de las condiciones aquí estipuladas observaba, como era costumbre, que "para dar los pasajes y para la manutención de los pasajeros se hará una contrata en pública licitación por el Ministerio de Marina".

Pero ni este ministerio ni la mayoría del gabinete serán partidarios, en definitiva, del procedimiento, y el 12 de julio de ese mismo año de 1860 tendrá lugar la convocatoria de una subasta provisional que provoca de inmediato las presiones de los puertos de mar más interesados en el comercio ultramarino. En lugar preferente, Santander, que en 16 de agosto acude diligente ante el ministro de la Guerra y Ultramar, a través de su Junta de Agricultura, Industria y Comercio, en solicitud de una modificación en el pliego de condiciones suso dicho. Felicitando previamente al ministerio por "las notables mejoras que prueban el celo con que el Gobierno de Su Majestad procura hacer cada día más continuos y rápidos los medios de comunicación con las Antillas", se lamenta la Junta, sin embargo, de que en nada venga a beneficiar a la región que representa la reforma prevista. Entiende Santander que razones de proximidad al archipiélago canario -establecido como escala obligatoria- aconsejen fijar la salida desde el puerto de Cádiz, pero no deja por ello de hacer presente que su puerto "se presenta desde luego preferible a todos por sus incesantes y casi exclusivas relaciones mercantiles con Cuba". Reconocía sin embargo la Junta que podría oponerse a sus aspiraciones la menor distancia total entre Cádiz y las Antillas (4.452 millas a La Habana, desde Cádiz, y 4.947 desde Santander, según cálculos de aquella institución), ventaja que ella misma consideraba neutralizada frente a una mejor distribución de la correspon-

dencia, posible desde la ciudad del Cantábrico. Por otra parte -continúa el escrito-, "nadie ignora que la emigración a Ultramar parte principalmente del litoral cantábrico" (25), así como la vuelta de aquellos que "logran adquirir la fortuna que fueran a proporcionarse en aquellos países remotos". A juicio de los que suscriben, la rentabilidad del negocio a base de este trasvase emigratorio permitiría a la empresa concesionaria "hacer este servicio sin intervención alguna del Gobierno, sobre todo si se tiene en cuenta la mayor baratura que en el combustible hallarían aquí, puesto que la tonelada de carbón, que cuesta en Cádiz de $9\frac{1}{2}$ a 10 pesos, se obtiene en esta plaza a 6".

Por último, pero ésta es la razón fundamental de la petición, sin la menor duda, estima la Junta santanderina que esta "mejora" ha de favorecer "grandemente el activo e importantísimo comercio de cereales entre Santander y la isla de Cuba, y con él los intereses agrícolas y la industria fabril de las feraces provincias castellanas". La fecha para la próxima subasta se hallaba cercana, no obstante, y por ello no se atreve la Junta a reclamar modificaciones inmediatas en el pliego de condiciones, ni "lleva su impaciencia hasta el punto de pretender imposibles", e incluso se manifiesta dispuesta a "aguardar a la del año próximo, caso de no hacerse ese servicio por cuenta del Gobierno para entonces". Es por ello por lo que, de mo-

mento, se limitan los firmantes (el vicepresidente, Luis Valls de Alcántara, y el secretario, Carlos Sierra) a solicitar sea tenida en consideración esta instancia, para "cuando la contrata que va a celebrarse (...) termine", accediendo entonces el gobierno a su petición de que "uno de los vapores destinados a conducir la correspondencia entre las Islas de Cuba y Puerto Rico y la metrópoli salga de este puerto". Nada he podido saber sobre cuáles fueron los resultados exactos de la subasta de 1860.

El caso es que un R.D. de 19 de junio de 1861 (26) convoca ba de nuevo a las empresas interesadas a pública licitación para el servicio de correos antillano. Esta vez fue Cádiz la primera en presentarse ante la administración para reclamar ventajas, no tanto en dirección al comercio y, en general, la producción, de su puerto, cuanto por lo que hacía a una empresa industrial concretamente interesada en la concesión del servicio. El 20 de junio, sin conocer aun las condiciones de la subasta, -pero sí el R.D. de 11 del mismo mes que la hacía esperar, pues rechazaba la prórroga-, cuatro gaditanos (Juan González Peredo, Juan de Lavallo, Manuel Francisco Paúl y J.A.Conte), "además autorizados por gran número de comerciantes de esta plaza", se dirigen al presidente del consejo de ministros y ministro de Ultramar para defender ante O'Donnell sus intereses "co-mo capitalistas" de "una compañía de navegación de reciente

constitución en Cádiz", y cuyos estatutos y reglamentos se hallaban en aquel momento ante el Consejo de Estado, a la espera del informe requerido. La nueva sociedad, bajo el nombre de Compañía Española de Navegación, se proponía entre otros fines, "como primordial e inmediato, el establecimiento de una línea de grandes vapores, que hagan viajes periódicos entre Cádiz y las islas de Canarias, Puerto Rico, Santo Domingo y Cuba". No ignorando los interesados que "la ley no consiente contratar en nombre de las Compañías que aun no están legalmente constituidas, y que la tramitación para llegar a este resultado es penosa y de larga duración", habían decidido respaldar sus capitales con los de "otras casas respetables de este comercio", hallándose decididos a "emprender el negocio aun con sus solas fuerzas". Buques de las mejores condiciones, -así se afirmaba-, se hallaban ya en construcción en astilleros ingleses y escoceses con destino a la empresa gaditana, cuyos representantes se decían "seguros de ser los que mayores ventajas ofrecerían al Estado en una próxima subasta". Sin embargo, temerosos de la inminencia de una próxima convocatoria -que ellos desconocen, pero que acaba de realizarse-, se apresuran a insertar desde este momento las bases fundamentales de lo que constituye su oferta al gobierno para la conducción de la correspondencia entre Cádiz y las Antillas, con escala obligatoria en Canarias, Puerto Rico y Santo Domingo (27).

Cerrando su escrito, los navieros gaditanos en ciernes traen a la memoria del gobierno el ejemplo de las Mensajerías francesas y de los Lloyd's ruso y austríaco, "cuyos servicios en las luchas de Crimea e Italia transportando tropas y materiales de guerra están fuera de duda". Y añade: "Si naciones cuya Marina de guerra es tan numerosa, necesitan de esa reserva de transportes, juzgue V.E. de lo que a España importa disponer de estos buques de vapor que ofrecemos al Gobierno, y que podrían llevar a las Antillas en pocos días una división de 10.000 hombres". Sus argumentaciones serán después ampliamente recogidas: "más que de un vasto negocio -afirman quienes lo solicitan-, se trata de grandes intereses nacionales". Cinco días más tarde, el 25 de junio, y por segunda vez, los firmantes del escrito anterior vuelven a dirigirse al presidente del gobierno, "para manifestar la dolorosa impresión que les ha causado el R.D. de 19 del mismo mes, y las graves reflexiones que les ha sugerido su lectura". Alegan los afectados que ellos tenían ya en su haber "el mérito de haber empezado por sí solos la grande obra que emprendieron" confiando en que las ofertas que hacían al Estado servirían en su día de base para la futura subasta.

No obstante haber llegado tarde, no dejan de congratularse los autores de la "perfecta armonía" que reina en el pliego de condiciones recién hecho público por la Gaceta, respecto a las

bases primeras de la subasta, con que siguen confiando en que nadie ha de mejorar sus propuestas. Sólo un reproche al legislador: el pliego de condiciones rebajaba el tonelaje preciso hasta un mínimo de 1.200 toneladas, lo que -siempre para los firmantes- "patentiza el desaliento con que, después de una y otra subasta infructuosa, se ha publicado la presente". De llevarse a efecto esta condición -opinan- "daría por resultado la creación de una línea de vapores poco digna de los grandes intereses que España tiene en América (...) e incapaz de servir como reserva para la Armada". Es más, "si en el estado actual del continente americano surgieran conflictos que son por demás posibles, ¿de qué utilidad serían al Gobierno y a España esos buques mezquinos, buenos tan sólo para la navegación mediterránea, para líneas de segunda clase, menores aun que los que llevan mercancías desde este puerto a Inglaterra, y que todos juntos apenas bastarían para llevar un débil refuerzo a nuestras Antillas?". Las reflexiones políticas y económicas de los gaditanos vuelven una vez tras otra sobre el papel: "El estado político de América es sin duda razón muy poderosa para no rebajar ni en un ápice las condiciones de 10 de diciembre de 1859, pero el hacerlo precisamente cuando aumentan allí nuestras posesiones, cuando crece nuestra influencia y por tanto nuestras necesidades, sería un hecho injustificable...". Sus quejas y reconvenciones tendían inequívocamente a un objetivo: convencer al gobierno para que anulase la subasta anun-

ciada, formándose un nuevo pliego de condiciones que -así lo estimaban- sólo ellos serían capaces de cubrir en sus exigencias.

Pero la Gaceta de Madrid, de 22 de junio, fijaba ya las condiciones concretas para la adjudicación del servicio, y conforme a ellas se realizará la subasta, a 10 de septiembre siguiente. Para entonces, había decidido Antonio López presentarse a aquélla, y así lo hará, ofreciendo presentar ocho vapores con una subvención de 29.500 pesos por viaje redondo. El mecanismo de obtención de la contrata por el santanderino López, de ésta su primera relación postal con el gobierno, no es posible reconstruirlo con los datos que poseemos (28), pero el caso es que -probablemente- su éxito como rápido conductor de tropas a través del Estrecho un año atrás, iba a valerle de mucho de aquí en adelante.

Obtenido el servicio, al que el año pasado le habría sido sin duda difícil presentarse, los amigos santanderinos de Antonio López tratan de conseguir, por fin, lo que en la subasta anterior sólo dejaron planteado, la salida alternativa de los viajes antillanos entre Cádiz y Santander. Según el contrato suscrito por Antonio López con el Estado, en septiembre de 1861, "ocho vapores funcionarían entre Cádiz y La Habana, haciendo cada quince días un viaje simultáneo entre ambos puertos, pero

ninguno se había destinado al de Santander, que de este modo -como se protesta en 13 de septiembre- "queda postergado y deprimido, con grave quebranto de sus intereses". Contra la pervivencia de aquel monopolio gaditano sobre las comunicaciones oficiales con las posesiones americanas, aduce Santander su "población numerosa, que se multiplica rápidamente, alimentando su actividad en la honrosa profesión mercantil y en otras igualmente productoras, que la hacen un manantial fecundo y perenne de riqueza". Es el santanderino -aduce ahora su Junta, entre cuyas firmas se halla, inequívoca, la de A. Bernardo Pérez- "un activo comercio (que) necesita la vitalidad que le es propia: comunicaciones rápidas y frecuentes, base de todas las operaciones mercantiles, que languidecen, desmayan y peligran en el instante en que les falta aquel precioso elemento". En la argumentación razonada, motivos de orden genérico (como la abundancia de capitales nortños en Cuba) reclaman la atención de la administración central; pero, con especial intensidad, es la referencia a intereses agrarios (que ya aparecía en la instancia del año anterior) la que atrae en seguida el interés: "Valladolid, que puede considerarse el centro bajo el punto de vista mercantil, dista sólo diez horas por la vía férrea, y la Corte veinticuatro...". Más claramente: "De intento se ha omitido hablar de su activo tráfico con las feraces Castillas, del prodigioso número de cereales que introduce en los mercados de Cuba trayéndose en retorno sus valiosos productos...".

Y por ello reitera la Junta una vez más que "hasta bajo el punto de vista económico es preferible Santander, y esto aun contrayéndose sólo al combustible".

Recuerda el escrito la petición reservada del año anterior, reservada para no provocar la modificación del pliego de condiciones y "no entorpecer tan vital servicio". E indica algo significativo: "recientemente" (hacía sólo tres días que A.López poseía la contrata) algunos vocales de la Junta se habían entrevistado con el concesionario, quien había manifestado "las mejores disposiciones para organizar el servicio que Santander tanto anhela". Respaldando la petición de la Junta, acudía también la Diputación provincial santanderina. Como "diputado secretario", de nuevo la firma de Angel Bernardo Pérez, compañero de Antonio López desde la infancia y en sus primeros negocios cubanos. La Diputación es aun más tajante, lamentándose de que, tras la solicitud del año anterior, "los resultados fueran enteramente contrarios a sus exigencias", máxime cuando "Santander no pretende más que de los ocho vapores que han de funcionar alternativamente entre España y las colonias, sólo uno de ellos salga de su puerto y ejecute parte del servicio contratado, que para esto ofrece las mismas o mayores ventajas que Cádiz". Pero lo importante es "el asentimiento espontáneo del contratista" con que cuenta ahora la petición del puerto de Santander, garantía plena según los firmantes de la conve-

niencia de lo solicitado, porque es cosa probada -insisten-
"que el interés individual es el más seguro criterio para el
éxito de un negocio, y el comprobante más acabado de la conve-
niencia que resulta con esta variación".

El tono del apremio avanza según se explicita más abierta-
mente la trama de intereses que subyacen en la solicitud: "San-
tander -sigue diciendo la Diputación-, que tiene su vida mer-
cantil en la isla de Cuba (...), necesita indispensablemente
la rápida transmisión escrita, si ha de conservar y estrechar
más las relaciones íntimas que la unen con aquella preciosa
Antilla que es su hermana de sangre y de intereses". Sabido
era que aquella provincia "tiene una gran parte de su pobla-
ción en América, (y que) tiene allí sus capitales, sus cambios",
pero también que el radio de su acción se abre más allá de sus
delimitaciones administrativas: "Para la necesidad de este ser-
vicio, Santander no es sólo el casco de su población, sino la
significación colectiva de toda la feraz Castilla, que por una
gradación necesaria participa esencialmente de todas las impre-
siones, de todas las alternativas de su Comercio". La identi-
dad es tal, que "Santander, representado en Valladolid, en Me-
dina, en Rioseco, y en todos los mercados de Castilla, asocia-
dos e identificados los intereses de todos estos centros que a
su vez representan todas las otras poblaciones de la España oc-
cidental, forman una sola entidad, por el lazo común de la vía

férrea, que se resentiría necesariamente de todas las contrariedades y entorpecimientos sufridos inmediatamente en la cabeza de la línea".

Ignoro si sus requerimientos fueron escuchados por el gobierno, porque de este primer contrato con A.López, que comienza a regir en el otoño de 1861, apenas hemos logrado documentación (29). Es seguro, eso sí, que el precio estipulado era aquel de 150.500 pesetas por viaje que rebajaba notablemente las 220.000 fijadas por la propuesta previa, un año atrás, de los incipientes navieros gaditanos.

En 1862 tiene lugar nueva contrata con Antonio López, esta vez prolongada por cinco años, aunque con la condición de mejorar la calidad de los buques que, al parecer, no cumplían en efecto las condiciones requeridas. Contaba ya el contratista con la exclusiva en el transporte de tropas a las Antillas, exclusiva que pronto iba a tener ocasión de potenciar con el motivo excepcional de la guerra de Santo Domingo. Para estos traslados extraordinarios se reservaba el gobierno la facultad de contratar con otra casa naviera, y así, cuando la real orden de 10 de octubre de 1863 decide el envío extraordinario e inmediato de mil hombres al Caribe, el ministro de Ultramar solicita presupuesto a varias casas navieras catalanas, entre ellas la de Lloret y la de San Román, al tiempo que el contra-

tista oficial, Antonio López, presentaba al ministerio sus propias ofertas. En seguida se decantará en su favor la presunta concurrencia, pues el negociado considera sin vacilar que "la primera de todas las exigencias del servicio del Estado que actualmente debe satisfacerse estriba en la rapidez de su ejecución, la cual no podría conseguirse ni aun contratándolo mediante la excepción de la subasta". En este orden de cosas, aparece como la mejor solución el proceder a la organización de una expedición extraordinaria de los vapores-correos, "con las mismas condiciones de las ordinarias, aunque fuera directa desde Cádiz y sin otra escala que la de Puerto Rico." Razones económicas respaldaban esta decisión de Ultramar: "Las proposiciones de los armadores indicados, ya por la poca capacidad de los buques, ya por el precio elevado y las condiciones del fletamento, importan mayores gastos y menos prontitud en la ejecución del servicio". Por su parte, Antonio López, con fecha 16 de octubre (1863) había ofrecido realizar la expedición extraordinaria de tropas en las mismas condiciones generales de las ordinarias, a los precios estipulados en el artículo 31 del pliego de condiciones (30), y renunciando al cobro inmediato de las cajas de Ultramar (ya que el servicio habría de abonarse cuando quedase aprobado por el ramo correspondiente en la Península), obteniendo a cambio una pequeña indemnización en el caso de alterarse determinadas condiciones que figuraban en el contrato respecto a escalas y estadías. Así se lo

comunicaba Francisco Permanyer al ministro de la Guerra y a las autoridades cubanas en 18 de octubre de 1863 (31).

En consecuencia, la casa naviera de A.López quedaba obligada a realizar, antes de fin de mes, un viaje extraordinario a las Antillas en uno de sus buques correos ya reconocidos por el personal de la Administración correspondiente, transportando un máximo de 900 o 1.000 hombres, según la proporcionalidad fijada por la R.O. de 10 de febrero de 1862. El viaje se haría -según elección del gobierno- directamente a Puerto Rico o a La Habana, o con escala en el primero de dichos puertos y fin de viaje en el segundo. Caso de realizarse así, la detención en la escala de Puerto Rico no habría de superar las doce horas, y en el caso de exceder de dicho plazo, las cajas de La Habana habrían de abonar al transportista a razón de 1.200 pesos por día, en pago de derechos de puerto y manutención del pasaje. La empresa, por su parte, se comprometía a conducir de vuelta la correspondencia para España y, en caso de haberlas, las fuerzas militares dispuestas a embarcar de regreso. Todo ello, al margen de las cantidades percibidas por el pasaje oficial, con la subvención de 29.500 pesos por viaje redondo que estipulaba el contrato.

En este período de cinco años es cuando, verdaderamente, se sientan las bases de la futura prosperidad de Antonio López co

mo naviero de excepción, permanentemente ligada a las arcas del tesoro y a las necesidades del Estado. Sabemos que éste cumplía su función de vigilancia sobre el cumplimiento de las cláusulas del contrato con una benignidad constante, sólo en breves momentos suspendida, y que se agravará en años sucesivos según se afiancen los lazos entre la magna empresa naviera y el Estado español. En 1887, el diputado Celleruelo, como ejecutor material de la oposición a la Compañía, recuerda en el Congreso que sólo en el año 62, las multas impuestas por el Estado a la naviera López, por faltar al contrato de alguna manera, ascendían a un total de 460.000 pesetas, aunque la mayor parte de las mismas le fueran después condonadas sin escrúpulo alguno (32).

Pero entre tanto, como decíamos, la empresa naviera de López y Cía. empieza a descollar entre otras. Los expedientes de abanderamiento y matrícula de los vapores que se acumulaban en el ministerio de Marina (y que se custodian actualmente en su Archivo de El Viso del Marqués) son el barómetro del crecimiento del capital constante del santanderino en aquellos primeros años. No vamos a seguirlo aquí con carácter serial, sino únicamente a título indicativo, como exponente de la riqueza de datos que ofrece este tipo de materiales, todavía sin analizar. Hemos elegido el expediente del primer "Antonio López", uno de los vapores más antiguos, que pasará a denominarse "Patricio

de Satrústegui" en 1881, cuando se imponga el nombre del fundador de la compañía a uno de los nuevos vapores de acero adquiridos -que precisamente causará baja en la guerra del 98 (33).

Con un tonelaje de 2.171,03 toneladas, el primer "Antonio López" se construye a lo largo de 1865, recibiendo los últimos toques a principios de 1866, con la urgencia de entrar en servicio de inmediato. En los primeros trámites de su reconocimiento y puesta en marcha, la compañía naviera cuenta con un valedor tan decidido como el entonces ministro de Ultramar, Antonio Cánovas del Castillo, quien, en 22 de febrero telegrafía al gobernador civil de Cádiz y escribe a su colega de Marina acelerando el cumplimiento de las fechas de salida previstas, si es que el estado técnico del buque lo permitía (34). Sin embargo, demora Marina los trámites precisos, lo que no impide a Cánovas saltarse los escollos burocráticos y disponer la salida del buque para el día 28 de febrero de 1866. En efecto, el vapor "Antonio López" salía de Cádiz en aquella fecha, a las 2,15 de la tarde, iniciando así su primer viaje, con G. Villaverde como capitán. No encontró en su derrotero a la fragata "Gerona", que se había previsto convoyase al vapor hasta el Cabo San Vicente. Tras diez y ocho días y doce horas de navegación, "sin contar la diferencia de meridiano" (35), llegaba el flamante buque de hierro al apostadero de La Habana,

donde la comisión de Marina cumplió su cometido reglamentario de revisión de fondos, que arrojó resultado satisfactorio.

Ya en su segundo viaje de ida a las Antillas (15 de agosto a 5 de septiembre de 1866) el vapor había sufrido un retraso en el tiempo máximo previsto de catorce horas y cuarenta y cinco minutos. Según reglamento, la comisión de la Comandancia de Marina de Cádiz había de dictaminar al respecto. Presidida por el jefe de escuadra de la Armada Juan de Dios Ramos Izquierdo, la comisión se reunió en San Fernando el 22 de diciembre, decidiendo -por unanimidad de sus componentes- que el retraso se debía "a causas de fuerza mayor" (avería en la máquina) además de a "muchas calmas y algunos vientos contrarios", por lo cual se dictaminan libres de todo cargo y responsabilidad a la empresa de que depende el buque y a su capitán". Esta es, sin duda, la tónica general de los informes recogidos en las actas de reconocimiento y en los sumarios de retrasos; más adelante tendremos ocasión de comprobarlo.

Al término del contrato con la naviera A.López, el Estado volvió a sacar a subasta pública el servicio con las Antillas, esta vez por diez años, no resultando claro si la empresa que acababa de disfrutar la concesión se presentó a aquélla, o permaneció ocupada con otros negocios. El caso es que los acontecimientos que siguieron vinieron a beneficiarla enormemente,

en lugar de obrar en su detrimento. 1867 era, pues, escenario de una nueva licitación pública, en virtud de la que, en 15 de febrero, se le otorgaba la concesión a "D. Jorge Williams, extranjero, en representación de D. Carlos Mitchell, extranjero también, con una subvención de 20.500 pesos"(36). En consecuencia, ahorrraba el Estado al poner el servicio en manos inglesas 9.000 pesos por viaje redondo. Tampoco sabemos con precisión qué ocurrió exactamente después; el caso es que, a finales de dicho año de 1867, la nueva concesionaria no había presentado todavía los barcos para realizar el servicio, y ello fue motivo para la rescisión del contrato a 21 de diciembre. El gobierno, en la estacada, encargó entonces a la casa López la continuación del servicio, provisionalmente y hasta que se convocara nueva subasta, por el mismo precio que venía desempeñándolo, es decir, 29.500 pesos, y, lo que es más importante, con un número menor de barcos del que estipulaba su viejo contrato. "La Compañía -relata después uno de sus allegados-, siempre dispuesta a secundar al Gobierno, lo aceptó, destinando al servicio más barcos de los que pedía el Gobierno; es decir, haciendo el servicio provisional con el mismo número de buques que el anterior" (37).

Cuando, en 1868, el gobierno convoca nueva licitación, teme "roso de que se repitan las circunstancias pasadas, exige un fuerte depósito como garantía: ocho millones de reales. Pero

entonces, la situación general había cambiado, y la fuerte concurrencia que protagonizan otras compañías navieras obliga a la Trasatlántica a rebajar seriamente los tipos de subvención exigida. Obtendrá, naturalmente, la nueva contrata (1868-1878), y, sin que hubiera apenas tiempo de evaluar la reducción en la ganancia que ello le suponía, el levantamiento cubano vino a proporcionar a Antonio López y sus socios un eficaz contrapeso de las relativas pérdidas. De nuevo el transporte de tropas actuó de eficaz acelerador en el progreso económico de la compañía, proporcionándole al tiempo ese cariz patriótico que planeará sin cesar sobre la naturaleza real de los servicios prestados a los gobiernos españoles del XIX. El volumen de los transportes militares llegará hasta el punto de que, haciendo uso de sus prerrogativas, la naviera concesionaria subarrendará determinados embarques a otras compañías (entre ellas, la "Olano, Larrinaga y Cía.", con fuerte componente de capital inglés), reservándose siempre la explotación de las cantinas, que venían a proporcionarle -según se supo después-, en cada viaje de tropa, entre sesenta y setenta mil pesetas. No es extraño que Antonio López se hallase persuadido -como le escribirá en 1876 a Cancio Villaamil- de que de la realización de un gran esfuerzo capitalista (i.é. el Hispano-Colonial), "dependía la salvación de Cuba" (38). Bien le valía la pena intentarlo todo.

Poco a poco, el santanderino iba imponiendo sus condiciones.

El servicio establecido en 1861, por ejemplo, fijaba una escala en Canarias, que a la mayoría pareció responder "a una gran necesidad". Pero, al renovarse el contrato en 31 de enero de 1868, la escala había quedado suprimida a instancias del propio contratista. No dejaron de llover, como era de esperar, las quejas de corporaciones públicas y de las Sociedades Económicas del archipiélago, pero el ministerio de Ultramar no fue capaz de llegar a un acuerdo con el contratista para el restablecimiento de la escala. Solamente en el verano de 1881, y verosímilmente como una de las contrapartidas que el flamante Marqués de Comillas ofrece al ministerio, en compensación de las enormes facilidades proporcionadas por éste a la subrogación del viejo contrato a su recién creada "Compañía Trasatlántica", solamente entonces puede llegarse "felizmente" a un acuerdo entre la empresa y el ministerio, designando aquélla al puerto de Las Palmas para hacer escala durante algunas horas, sin aumento de subvención.

Durante aquel contrato largo, poco más o menos de la duración de la guerra cubana que tanto contribuiría al prosperar de Antonio López, los embarcos de tropas se realizan preferentemente en los barcos más grandes y mejores. El "Antonio López" era lo más notable con que contaba la compañía, y así por ejemplo, el 10 de junio de 1869 era escenario el puerto de Cádiz de la partida, en aquel vapor, del general Caballero de Rodas, junto a un batallón entero de infantería de marina (39). No pa

rece casual que, ya en las primeras listas de la "Compañía Transatlántica" que se harán públicas años después, la viuda del que fuera capitán general de la isla de Cuba, Luisa Fernández, aparezca como poseedora de 84 acciones (40). Años después, para poner final a la prolongada sublevación independentista, salía Martínez Campos de la península: exigió un refuerzo de 25.000 hombres, y la compañía los envió apresuradamente, sin dejar por ello de incrementar los viajes mensuales destinados al transporte de la correspondencia (que desde el año anterior se habían elevado a tres). Tardó en hacerlo menos de mes y medio, entre septiembre y octubre de aquel año de 1876. Para proporcionar al gobierno fondos con que respaldar estos envíos masivos y hacer, en conjunto, frente a los gastos de la guerra, concertó Antonio López la fundación de un potente foco financiero de extracción antillana, el Banco Hispano-Colonial, en el que tomaron parte muchos de los mayores capitalistas de la España incipientemente "restaurada" (41). El poner a disposición del equipo canovista ciento veinticinco millones de duros bien le valía a este eficaz defensor de la vinculación de Cuba a la Península el título de marqués de Comillas con que le obsequió el monarca (42).

Los ministerios interesados en la comunicación postal con las islas, la administración en conjunto, también puso buen cuidado en demostrar a Antonio López su conciencia de gratitud,

o al menos su tolerancia. El 16 de abril de 1868, presentándose solamente la naviera que venía disfrutando de la contrata, los precios estipulados volvían a ser aquellos 29.500 pesos por viaje redondo que conocemos desde el principio. Las condiciones también eran las mismas, al menos por lo que hace a la inspección oficial requerida por el servicio. Así, de un total de 795 documentos que hemos compulsado para el período que se extiende entre el 15 de octubre de 1868 y el 24 de marzo de 1879, no se desprende más que una sola imposición de multa a la compañía de A.López, por retraso en las salidas o llegadas a puerto. Lo más preocupante de todo ello no es que dichos retrazos existieran en realidad, como puede comprobarse en las actas e informes levantados a propósito, sino que la mayor parte de las anomalías se producían siempre en los mismos barcos, tanto a la ida como a la vuelta y repetidas veces, lo que evidenciaba más que dudosas condiciones técnicas en algunos de los vapores, para cumplir requisitos en modo alguno excesivamente exigentes. En 1869 (43) se documentan ya 13 retrasos, que se reducen a 5 en los dos años sucesivos, desapareciendo extrañamente ese tipo de indicaciones en los años 1872 y 73, para volver a aparecer en 1874, ya en el contexto de unos informes en general mucho más breves y mecánicos, que tampoco encuentran jamás responsabilidades atribuibles a la empresa contratista. Tres retrasos en 1874 y otros tres al año siguiente, se elevan hasta diez en 1876, quizá en relación con la cada

vez más frecuente demora en los embarques (en atención a que la correspondencia no había llegado todavía a los puertos en el momento fijado para la salida). La cifra vuelve a bajar a cinco en 1877, señalándose un solo caso en 1878, que, sin embargo, merece especial atención por ser excepción única en la calma monotonía de la explicación por "causas de fuerza mayor" (44).

En su viaje de Santander a La Habana, a finales de agosto de 1878, el vapor "Gijón" había sufrido una demora no especificada que, "no obstante lo prevenido en el art.23 del pliego de condiciones", no recibe multa alguna por estimarse provocada por razones ajenas a los dos responsables ante la administración: el capitán del navío y su propietario. En su vuelta desde las Antillas hasta el puerto santanderino, el "Gijón" vuelve a incurrir en retraso. La propia Junta de Asistencia de la Comandancia de Marina que dejara pasar sin penalización su falta anterior, opina ahora que "el navío no llena las condiciones". Remitido el expediente al Ministerio de Marina, opinará éste, a 31 de enero de 1879, que entiende aquella suposición "infundada", siendo sin embargo bien cierto que "el pasaje de más de mil hombres de tropa que conducía el buque ocasiona por su irregular y constante movilidad una alteración sensible en las marchas, que los peritos estiman en más de una milla por hora". Y subraya el ministerio: "Imponer una multa a

"una Empresa que ha prestado servicios tan importantes sería inequitativo"; el subsecretario de Marina y el ministro coinciden en dicha apreciación, en tanto que el negociado de Ultramar, ante las presiones venidas de los propios puertos, decide someter el caso a consulta del Consejo de Estado. El 17 de marzo de dicho año apoyaba el Consejo la postura del ministerio de Marina frente a la de la Junta, alegando que, habiendo sido reconocido el vapor en cuestión en aquel mismo mes de enero, nada se le había objetado. Por otra parte, -recuerda el Consejo, presidido por el marqués de Barzanallana-, "se trata de una Compañía cuya formalidad en cumplir sus compromisos es notoria, y que desde el mes de junio hasta fin del año último ha transportado a España en viajes extraordinarios cerca de 20.000 hombres, y prestado servicios de importancia en épocas difíciles" (45). Quedaba claramente expresada, de esta manera, la compleja relación que se iba estableciendo entre el transportista y el Estado, en muchas de sus instituciones más relevantes y en la propia personalidad de quienes las representaban.

Pero para entonces ya contaba Comillas con el segundo de sus contratos decenales, el concertado a 15 de marzo de 1878 y que, como veremos con detenimiento, no llegaría la compañía (a partir de 1881 Trasatlántica) a agotar, al verse partido por la magna operación de reconversión del transporte ultramarino que encerraba el proyecto de Gamazo en 1886-87. La actividad

de Antonio López y su grupo a lo largo de la Gloriosa, la breve monarquía de Amadeo, y la I República es difícil de reconstruir con soltura. Hay indicios que parecen demostrar que el transportista y banquero se retrae de invertir durante el Sexenio (el asunto del dique particular en Cádiz, que examinaremos más abajo, podría demostrarlo), y sabemos ciertamente que uno de sus más estrechos colaboradores, Manuel Calvo, se halla -junto con los también capitalistas de primera magnitud Manzanedo y Vinent- directamente implicado en el triunfo de la causa amadeísta. Y si bien no puede hablarse de actuaciones concretas de Antonio López en contra de los regímenes que se sucedieron a lo largo del paréntesis abarcado por la denominación de Sexenio Democrático, sí contamos con que, de una manera poco precisa, refiere Manuel de Cossío que "ha de hacer frente (A.López), siempre con los ojos puestos en el interés de España, a las contingencias de la revolución de 1868, siendo en el círculo de su acción un paladín de las aspiraciones restauradoras" (46). A favor de la monarquía alfonsina apostó, en efecto, el futuro marqués de Comillas, y apenas tardaría en recibir todo tipo de recompensas (47), social y personalmente.

Sin embargo, esos seis oscuros años no le fue mal del todo el negocio de los barcos a Antonio López. Siguió disfrutando con plena tranquilidad de su contrata. Esa lacra del régimen republicano que fue la guerra larga tenía atenazados a todos,

pueblo y gobierno, para repercutir en definitiva en provecho de unos pocos. La calidad del servicio, a pesar de todo, distaba mucho de ser celosamente controlada; así lo demuestra al menos la sustitución forzosa del "Puerto Rico", en su viaje de enero de 1871, por el vapor "París", autorizado por el gobierno sin dificultad alguna para realizar el trayecto. Sin embargo, el 29 de enero -como advertían sendos telegramas del cónsul español en Funchal y del general Palanca- tenía lugar la arribada forzosa de dicho buque a la isla de Madeira, llevando pasajeros, tropas y correspondencia. Se solicitaba al ministerio de Marina un vapor en condiciones de hacerse cargo del transporte (48). Pero ello no obstaba para que la naviera de Antonio López se hiciera fuerte en sus posiciones; la guerra le amparaba ese progreso, y ni siquiera advertencias o modificaciones de tipo (casi) meramente técnico tenían posibilidad real de ser incorporadas a su rutina: la cuestión -amagada- de las ambulancias de correos es, quizá, la más significativa. Veamos brevemente qué sabemos al respecto.

Con fecha 19 de junio de 1874 la Administración Central de Correos de la Isla de Cuba se dirigía por medio de oficio al Gobernador general de la isla, José de la Concha, indicándole la conveniencia de establecer ambulancias en los vapores-correo de la "Antonio López y Cía.", con el fin de poder despachar y distribuir con toda la brevedad que el interés público requie-

ría la correspondencia entre la Península y las islas. José de la Concha apoyará la petición sin vacilar, remitiéndola al ministro de Ultramar, López de Ayala, en 13 de julio. Se estimaba en la petición que, con seis funcionarios ambulantes (oficiales quintos de administración, con un sueldo de mil quinientas pesetas y tres mil quinientas de sobresueldo) y otros seis ayudantes (a razón de dos mil quinientas cada uno), quedarían cubiertas las necesidades del nuevo servicio, suponiendo en junto un recargo de 45.000 pesetas anuales sobre el presupuesto vigente. Expresaba igualmente la administración postal de la isla su confianza en que la empresa concesionaria habría de prestar su asentimiento, "sin obstáculo alguno", a la instalación, por su cuenta, del local necesario para el nuevo servicio, y a la manutención de los dos empleados que habrían de ir en cada viaje. Ello contando con las "enormes ventajas" que para el tráfico con la isla habrían de reportar estas novedades (49).

Pero la naviera "Antonio López" no se mostró tan entusiasmada con la idea. Comunicada al representante de la compañía, Sepúlveda, por R.O. de 19 de agosto de 1874, respondió éste accediendo a la instalación deseada, si bien mediante el pago a la empresa de 22.500 pesetas al año por todos los gastos que pudieran ocasionar los empleados de correos; y advirtiéndole desde ahora -para salvar su control sobre el negocio- que "a bordo

del vapor-correo no hay ni puede haber otra autoridad que la del capitán, ni servicios especiales que éste no dirija exclusivamente, ni necesidades independientes que no estén subordinadas a su previsión y mando", puesto que "así lo exige la disciplina, que a bordo es la salvación, sobre todo tratándose de la empresa trasatlántica que, además del servicio de correos, viene haciendo el de transportes de guerra". La guerra, como en tantas otras ocasiones, actúa ahora de salvaguardia excepcional de sus intereses. Sin embargo, será esta vez la Dirección General de Correos y Telégrafos, en Madrid, la que se pronuncie a favor de una fórmula alternativa, casi un año después, prefiriendo el hipotético aumento de personal en la propia isla (50). Al mismo tiempo, hacía hincapié la administración central en que no por aquello debería eximirse a la compañía concesionaria de la responsabilidad contraída respecto a la custodia de la correspondencia.

Es evidente que, con ello, no se solucionó el problema de la rapidez en el reparto de correspondencia, pues el 25 de noviembre de 1878 Cuba volvía a quejarse junto al subsecretario de Gobernación de los retrasos sufridos en la entrega del correo. Pero esta vez sí logran los funcionarios de la isla el consenso de Madrid, a favor de su idea de las ambulancias, opinando que, de este modo, "la correspondencia será conducida bajo la custodia y vigilancia de funcionarios públicos y con el cuidado que merece, y no irá en la bodega, entre los equi-

pajes y carga, cual si fuera una despreciable mercancía, y así se evitará que llegue a su destino estropeada, rotas las sacas y muchas veces hasta sin las etiquetas de dirección, y que al reconocerlas en Puerto Rico para recoger las que allí deban guardarse, muy fácilmente se confunda una correspondencia con otra y se trastorne su dirección". Ello respondía, es evidente, a una sensibilización de la administración central ante las repetidas quejas que desde Cuba se vertían contra el transporte de la correspondencia. Pero la empresa contratista, amparada ya en su flamante nuevo contrato de 1878, replica con la negativa más rotunda, desviando los cargos que se le imputan al manifestar ante el gobierno, el profundo malestar que la embarga ante las continuas ingerencias de los funcionarios públicos en un cometido que, hasta ahora, había venido desempeñando por sí sola (51). Tantas dificultades condenaron, por fin, al ostracismo a aquella reforma propuesta por la delegación cubana, que se llenaría de polvo en los archivos de Gobernación y de Ultramar, hasta que el alboroto provocado por la generosa renovación del contrato en 1886 sacó de nuevo a la luz la historia pasada de las ambulancias.

El contrato suscrito en marzo de 1878 supone, en efecto -y al margen de la ampliación de la flota hasta doce vapores que tiene lugar en ese período (52)-, la consolidación de los privilegios adquiridos por la compañía frente a la esfera oficial.

Esta, sin embargo, necesitada sin duda de una fuerte reglamentación que la asegure en su preeminencia, consigue ver plasmada en el papel una serie interminable de cláusulas y condiciones, cuyas formas externas guarda usualmente la compañía, autocomplacida así también en la seriedad de lo convenido. El transporte de tropas no admitía -al menos teóricamente- excepciones a esta pretendida severidad en el cumplimiento de lo prescrito, y así, la R.O. de Ultramar de 23 de noviembre de 1878 obligaba a la empresa, en ratificación de lo estipulado por el artículo 7 del pliego de condiciones, a presentar a la Administración, previamente al pago de los haberes adeudados por el servicio, certificaciones avaladas por los oficiales responsables del transporte. Los informes, muy abundantes en los primeros años, suelen ser en general bastante parcos y rutinarios (53), pero de vez en cuando se halla alguno más explícito, como el firmado por Rafael Peñaranda, teniente coronel, tras su viaje en el "Guipúzcoa" a finales de octubre de 1878. Tras dar fe de su persona, certificaba el jefe militar "que las tropas a mi cargo en la presente expedición (...) han recibido durante la travesía un esmerado trato, los ranchos abundantes, bien condimentados y a mi satisfacción. Asimismo la asistencia facultativa a los enfermos nada ha dejado que desear".

Pero para comprender el por qué de la rebaja en el precio

total de los servicios al Estado, y sin entrar en problemas monetarios, merece la pena volver sobre los orígenes del contrato y la licitación que le precedió. Había aparecido el pliego de condiciones en la Gaceta el 27 de diciembre de 1877, y con arreglo a él se había celebrado concurso público para la adjudicación en 14 de febrero de 1878. El 7 de marzo siguiente, una R.O. de Ultramar daba por ganadora a la casa "Antonio López y Cía.", "triumfante -según aquella- en un acto totalmente escrupuloso". Dos días después se realizaba el depósito de definitivo, y el día 15 tenía lugar ante notario la escritura pública. Pero para entonces era preciso acallar fuertes rumores, inicio de una campaña difamatoria encabezada por uno de sus oponentes y aspirantes al contrato, el valenciano marqués de Campo (54).

Habíase presentado éste al concurso solicitando una subvención superior en 7.500 pesetas a la propuesta de A.López, lo que elevaba el gasto público en 1.080.000 reales. No obstante, y una vez fallada la resolución que otorgaba de nuevo el servicio al santanderino, había "aclarado" Campo que era su propósito recibir la subvención en moneda fiduciaria, lo que disminuía en buena medida el importe real de la subvención. Algo después, llegaría incluso a ofrecer la gratuidad total para el servicio de correos, con la ventaja de ampliarlo a puertos hispanoamericanos. Comenzaba así un duro pugilato entre el mar-

qués de Campo, financiero, industrial y propietario, pionero de los ferrocarriles levantinos y especulador del suelo, y el -también a punto de integrarse en la nobleza- indiano convertido en banquero y transportista marítimo, poseedor desde ese mismo año de un buen paquete de acciones en la "Compañía de los Caminos de Hierro del Norte de España", y propietario de fincas rústicas y urbanas (55). Los biógrafos de este último han puesto buen cuidado de distinguir en ellos a dos tipos distintos de hombres de negocios: "D. Antonio López -dice Cossío muchos años después, por encargo explícito de uno de sus descendientes (56)- no es, en ningún momento, un especulador. Las finanzas para él constituyen un instrumento científico, que su mayor eficacia la tiene en la previsión". ¿Quizá por eso contará Comillas constantemente con la confianza de los gobiernos y la amistad real? ¿O habrá que concluir la tendencia del Tesoro público a vincularse con unos capitales en lugar de otros, cuando todos se le ofrecían voluntariamente? Habría mucho que averiguar a propósito de esta especie de maldición del marqués de Campo, que también ofreció su dinero al erario al concluir la guerra cubana, y que también entonces llegó tarde, habiendo de contentarse con participar en la gran empresa bancaria creada en el 76; porque, hasta el fin de sus días, Campo emulará a Comillas en sus negocios, quizá planteados a un tiempo, pero que para el segundo prosperan con mayor rapidez y buena fortuna. Con la vía de navegación filipina creará el valenciano ha-

ber ganado la carrera, pero habrá de acabar traspasándola al primero, que había establecido una competencia feroz con Campo como beneficiario de la subvención postal para esa derrota.

Se perfila así la victoria del capitalista de corte moderno sobre el agiotista isabelino. El caso es que la salida triunfante de Antonio López sirvió para caracterizar con rasgos negativos a su adversario en las luchas del capital. Y así, siempre según Cossío, en la empresa financiera del santanderino "el riesgo puede darlo la adversidad, pero nunca la aventura", suponiéndose que las rápidas maniobras de Campo obedecen más al juego desaforado de la búsqueda de ganancia sin escrúpulos que a la batalla constante contra los obstáculos que siembran todo desarrollo progresivo. En el marco de un homenaje oficial al primer Comillas, en 1951, el entonces presidente de la Diputación Provincial de Barcelona supo, en cambio, comprender mejor la naturaleza excepcional del papel desempeñado por Antonio López. Merece la pena reproducir algún párrafo del discurso de Joaquín Buxó de Abaigar: "Instintivamente he fijado la atención de modo especial en el aspecto político del primer marqués de Comillas. Sé que me argüiréis: ¿Cómo puede con propiedad hablarse así de la actuación de un hombre que no sólo no tuvo cargos políticos de mando, sino que incluso pareció huir de ellos sistemáticamente a lo largo de su vida? Pues bien, yo creo que el primer marqués de Comillas fue uno de los hombres de su tiempo de más agudo sentido

político (...). Este fino instinto político queda marcado en forma acusada en el sentido intencional de su labor entera, y se trasluce claramente a través del análisis de las empresas que creó y desarrolló" (57). Aunque Buxó enfoque la cuestión, predominantemente, por el lado nacionalista de la empresa de exploración de mercados y de establecimiento de nuevas conexiones, su aseveración sigue siendo válida, a mi entender: la profunda dimensión política de su figura -y otro tanto habría que decir de Claudio López, segundo marqués- envuelve en una complicada trama de relaciones complementarias a su mera gestión económica. Habremos de volver sobre ello con insistencia. El marqués de Campo, estrechamente ligado a Navarro Reverter (entonces fusionista) en empresas de explotación capitalista en Valencia durante los ocho primeros años de la Restauración, no es capaz sin duda de romper el cerco del conservadurismo gobernante, a pesar de haber sido, él mismo, moderado durante toda su vida. Puede ser que, junto a aquella serie de hilos ideológicos enredados en torno a las guerras, la militancia católica de los santanderinos, padre e hijo, no sea un elemento a desdeñar al preguntarse sobre el por qué de tan acusado trato de favor para los Comillas, trato que sin duda influyó decisivamente en el abandono de la empresa marítima por el valenciano Campo, para volverse a sus especulaciones acostumbradas. Y es que, poco a poco, el capital exigía -es cierto- nuevos hombres para mudables procesos de acumulación. Pero ello

no elimina de un trazo a los anteriores. Así, la primera baza ganada por Antonio López (la concesión oficial de la línea antillana) tendrá pronto su compensación, en 1879, con la obtención por José de Campo de la contrata filipina. Breve empate, que se vuelve en breve a favor del primero, cinco años después, con la venta y traspaso de la concesión entre Barcelona y Manila a la Compañía Trasatlántica.

A comienzos de 1879, el ministerio de Ultramar solicitaba de la compañía francesa "Mensajerías Marítimas", a través de su representación madrileña, informes lo más precisos posible sobre precios y tarifas para el transporte de funcionarios españoles al archipiélago filipino, con las consabidas rebajas que en dichos casos se ofrecían. La compañía respondió ofreciendo los siguientes precios:

- En primera clase con manutención 1.890 pesetas
- En segunda, idem. 1.505 "
- En tercera, idem. 850 "

Se recordaba, en el escrito de respuesta, que la naviera francesa era reputada por su buen servicio y las "ventajas indiscutibles que ofrece sobre otras Compañías" (58). Ello guarda estrecha relación con la solicitud (no sé si previa o inmediatamente posterior a la consulta a la casa francesa) hecha por la "Olano, Larrinaga y Cía" al gobierno para que subvencionase oficialmente su línea, ya en funcionamiento, entre Barcelona y

Manila. Hipólito Rodríguez, sobrino de Sagasta y hermano del terrateniente toledano Tirso Rodríguez y Sagasta, era el representante de la casa Olano (financiada fuertemente con capital inglés) en la capital de España, y como tal, fue quien presentó ante el ministerio la propuesta. Este la sometió en seguida a Consejo de ministros, por decisión del titular de Ultramar, Salvador de Albacete, decidiendo aquél en 25 de marzo (1879) que no se contratase el servicio "sin previa subasta o concurso, según conviniera determinar en ocasión oportuna..." Se recomendaba en cambio a la naviera "Olano" volver a ofrecer al gobierno condiciones que pudieran servir en su día de base para abrir licitación pública (59). En septiembre de aquel mismo año se hacía, por fin, pública la decisión ministerial, adoptada un mes antes, de sacar a concurso la contrata oficial de la línea postal con Filipinas (60). En su base se hallaban consultas previas entre Ultramar, Marina y el Consejo de Estado, cuyas conclusiones se sometieron de nuevo a Consejo de ministros, antes de fijar definitivamente las condiciones sobre las que se establecería el servicio subvencionado.

Consistían aquéllas, principalmente, en la obligación de realizar doce viajes anuales hasta Manila, saliendo de Barcelona tras recorrer primero dos escalas: la inicial de Cádiz y una intermedia en Cartagena. La propia empresa que se alzase

con la concesión, tras especificarlo en su oferta, podría convenir la escala en algún otro puerto mediterráneo español entre Cádiz y Barcelona, pero "estas escalas voluntarias -especificaba el artículo 2º del pliego de condiciones- quedarán definitivamente establecidas por la que el Gobierno juzgue más ventajosa a los intereses del Estado". Sin especificar términos concretos aun, quedaba igualmente obligado el contratista, desde el primer momento, a establecer comunicación directa entre Singapoore y Manila, con el objeto de hacerse cargo de la correspondencia española con destino a Filipinas que se transportaba corrientemente por vapores extranjeros.

Pocos días después de hacerse públicas las condiciones, llegaban al ministerio de Ultramar las primeras peticiones de los puertos españoles. El ayuntamiento de La Coruña, avalado inmediatamente por su gobernador civil, protesta ya, a 30 de septiembre, ante la relegación de que ha sido objeto al fijar las rutas postales con Filipinas, de indudable trascendencia comercial (61). Galicia, -puede leerse allí-, que "está acostumbrada a ver en la Historia General de España omitidas por ignorancia de los historiadores muchas de sus legítimas glorias", que "está siendo eterna víctima de los errores políticos, jurídicos y administrativos de los que legislan desde la Corte de España sin haberse detenido a estudiar, sin conocer siquiera, las necesidades y el porvenir de la octava parte de los españoles que la pueblan", cree llegado por fin el momento inapla

zable de ver tomadas en cuenta sus legítimas aspiraciones; aspiraciones "de una región española poblada por la raza más a propósito para colonizar aquél codiciado archipiélago". A partir de aquí, la necesidad emigratoria del pueblo gallego va a ser esgrimida como eficaz antídoto contra la tendencia separatista, articulando en su entorno la problemática colonial: "El pueblo gallego, que ha sido en todas épocas en España el núcleo más poderoso de lealtad y de orden para contrarrestar las turbulencias de los que tienen mezclada con su sangre la sangre agarena, es el pueblo llamado por su historia, por sus costumbres pacíficas y legales, por su lealtad y denuesto en la guerra, a servir de cimiento para una colonización estable, en un país lejano, de poderosas naciones codiciado, y en un porvenir, quizá demasiado próximo, llamado a ser teatro de terribles contienda internacional. Fuera previsión funesta llevar allí el fermento de turbulencias intestinas, cuando se puede facilitar el aumento de la fuerza coercitiva nacional, llevando pobladores de una raza que jamás olvida el patrio suelo.

Galicia, siempre exuberante de población, háse visto obligada a extenderse por la Península a favor de las cartas pueblas durante la Reconquista; y desde el descubrimiento de América, por aquellas apartadas regiones. En la actualidad, merced a la misma causa y a otras más funestas, atrás apuntadas, ve constantemente salir millares de emigrantes todos los años dirigidos a extraños países de la América meridional". Entre

tanto, ante circunstancias tan graves y persistentes, -prosi-
gue el ayuntamiento coruñés-, "los hombres de Estado españoles
no han meditado en la pérdida que ocasiona tan numerosa emigra-
ción a una nación que conserva todavía, como girones de su an-
tigua grandeza, extensas, pero despobladas colonias". La multi-
plicación de las comunicaciones con dichos territorios es la
mejor medida para integrarlos en un conjunto, pero la posibili-
dad directa de dar salida inmediata a esa superpoblación galle-
ga es la razón inmediata de la solicitud ante el ministerio.
La obtención de una escala en la localidad de La Coruña, avala-
do suficientemente el móvil económico y político que la respal-
da, es el motivo central del escrito.

En las razones de "justicia e interés comercial" va a insis-
tir con especial fuerza: argumento demográfico ("sus dos millo-
nes de habitantes, octava parte de la población general de Es-
paña"), función militar de sus puertos ("...los marinos de su
importante departamento y del grandioso Arsenal de El Ferrol,
(y) los soldados que se destinan al archipiélago..."), función
mercantil (el comercio de vocación ultramarina, a más del "ser-
vicio de la importante fábrica de tabacos de esta capital"...),
e incluso ventajas para el contratista: "La misma Empresa que
contrate el servicio de vapores-correos ganará con el estable-
cimiento de la escala en este puerto, porque es hoy poco menos
que axiomático para el alto comercio de navegación que cuanto

mayor es la distancia que es forzoso recorrer a un buque aislado en alta mar, más conveniente es que el trayecto recorrido antes de la última escala sea todo lo largo posible y con numerosas escalas para asegurar carga y pasaje". Así lo demuestra -concluye La Coruña- la competencia establecida entre unas líneas y otras. Varias corporaciones locales insistirán en ello (62).

Poco después comenzarán a llegar las instancias de los demás puertos españoles: Valencia, el 6 de octubre, presenta su solicitud ante Fomento en demanda de escala obligatoria para su puerto. La Junta de Agricultura, Industria y Comercio de la ciudad canalizaba su petición (63). Pero sobre todo Barcelona, que llevaba tiempo profundamente interesada en el asunto de la línea filipina subvencionada. El 27 de septiembre, la Asociación de Navieros y consignatarios (Federico Nicolau), el Fomento del Trabajo Nacional (Delmiro Casals), la Asociación de Propietarios (Antonio Huriger) y la Sociedad Económica (Vicente Romero), enviaban un telegrama conjunto al ministro Albacete tras una reunión de aquellos "centros económicos" con los diputados y senadores catalanes, habida en presencia de la prensa. Sintiéndose perjudicados por las condiciones estipuladas en el pliego recién aparecido, solicitaban ya "dos días en puerto a la partida y al regreso (...), reserva de cabida para carga española y tarifas de flete módico" (64). Son las mismas peticiones que van a exponer en los días siguientes.

El 9 de octubre tenía entrada en el ministerio de Ultramar un largo escrito que suscribían las más significativas corporaciones barcelonesas, "representantes de los más importantes elementos mercantiles e industriales unas, y consagradas todas al desenvolvimiento de los gérmenes de prosperidad y riqueza que esta capital encierra". Los firmantes eran Federico Nicolau (presidente de la Asociación de Navieros y Consignatarios), José Pujol (presidente de turno del Fomento del Trabajo Nacional), Antonio Huriger (presidente de la Asociación de fincas urbanas de Barcelona y su zona de ensanche), Isidro Grand (vocal del tesoro del Círculo Hispano-Ultramarino), José Ricart Giralt (vocal presidente del Centro Naval Español) y Julián Casaña (presidente de la Sociedad barcelonesa de Amigos del País). Venían a expresar así "la desagradable impresión" recibida al comprobar que, aunque Barcelona aparecía como punto de partida del correo filipino, era en realidad el puerto de Cádiz el que se establecía como cabeza y término de línea, lo que indudablemente "postergaba los derechos de este puerto" de Barcelona. Pero el problema tenía ya su pequeña historia.

Tres años atrás había empezado el ministerio a plantearse la cuestión del correo filipino en su aspecto oficial. Hasta entonces, se habían ocupado de llevar la correspondencia a Manila una flotilla de bergantines y clippers, primero; las Mensajerías Imperiales (ya a través de Suez) después, y la casa "Olano, Larrinaga y Cía.", sin más subvención que la indirecta

que suponía el pasaje oficial hacia el archipiélago. Por último, a principios de 1876, el proyecto de ley sobre establecimiento de una línea marítima subvencionada, presentado por Balaguer a su paso por el ministerio de Ultramar, suscita problemas entre las asociaciones patronales barcelonesas, divididas entre opciones políticas distintas que no siempre corresponden estrictamente a una divergencia económica. El conflicto se plantea fundamentalmente entre el Fomento de la Producción Nacional y el Instituto Industrial, que llevan sus respectivas peticiones ante las Cortes y el gobierno de Madrid, para defender a toda costa la salida desde Barcelona (sin intervenir en el recorrido posterior de la línea), en el caso del Instituto, o admitiendo la partida desde Cádiz, pero con la condición de que la carga fuese siempre española y no se recibiese en otros puertos (en el caso del Fomento) (65). Sus discrepancias remiten inevitablemente a la esfera privada, a la difícil situación que atravesaba la marina mercante española, y a los forcejeos para dar salida conveniente a la producción industrial catalana. Dejamos pues, por el momento, la órbita de la administración pública para prestar atención a unos cuantos de aquellos problemas.

2.- Primas a la navegación y subvenciones en la crisis de transformación de la marina mercante.

"Quizás en ninguna otra nación se ha hablado, escrito y discutido más de la Marina que en esta pobre España..." (66). Aunque el piloto José Ricart quería sintetizar de esta manera la floración de preocupaciones navales que siguió al Desastre del 98, y que tendría sus hombres de gobierno en Maura y Sánchez de Toca, lo cierto es que su afirmación hunde raíces en décadas anteriores. En pleno arranque de la industrialización peninsular, ojo avizor a los mercados exteriores, el problema del transporte marítimo se hace realidad con la considerable innovación tecnológica que afecta al sector naval en la segunda mitad del siglo. La marina -diría así P.Estasén- "no es un medio de transporte únicamente, ni un medio de riqueza; ni la marina militar es sólo un medio de poder. Es realmente la marina una institución que crea riqueza, que crea bienestar, que une entre sí a los pueblos, que los comunica, y que es un germen de moralidad y buenas costumbres" (67). Buscaba así el proteccionista Estasén planificación estatal sobre un área en crisis, crisis de la que se hacía responsable no tanto a la incapacidad real para incorporar fluidamente los cambios decisivos -vapor y acero en lugar de vela y madera-, cuanto a la equivocada política arancelaria de unos gobiernos volcados a favorecer la producción y el comercio extranjeros.

La marina de vela, que hiciera la prosperidad de la costa catalana en el ochocientos, se asentaba sobre un sistema de financiación especial, en el que cada buque tenía su capital propio o fondo de expediciones. Aportaban su concurso tanto el armador como el capitán, además de personas varias y, generalmente, también el exportador y el comerciante al que se destinaba la mercancía. Varios capitalistas de escasa entidad se interresaban así en el reparto de ganancias o pérdidas, en un comercio generalmente triangular (España-Río de la Plata-Antillas), en la que se llamó "ruta del tasajo".(68). Poco a poco, sin embargo, había ido sintiéndose la presencia inquietante del vapor, desde que en 1843 José M^º Serra creara junto con otros capitalistas la "Empresa de vapores por el Ebro"; pero sobre todo desde que en los últimos cincuenta y primeros sesenta se multiplicaran las líneas y las compañías de navegación a vapor.

Va a ser, no obstante, la abolición del derecho diferencial de bandera, impuesta por los nuevos legisladores del Sexenio, el elemento decisivo en la suerte de la tradicional marina española. La competencia extranjera determina implacablemente la caída en el precio de los fletes, paralizando en buena parte de las regiones costeras el tráfico de altura. Todavía en 1888 se quejaba Gusi de Bofarull de que "a tal extremo ha llegado la depreciación en los fletes que algunas veces nos vemos obligados los navieros a cargar los buques de cuenta nuestra, com-

prando el cargamento o parte de él, ante la imposibilidad de hallar un flete total que compense los gastos del viaje. Esto no es el renacimiento de las antiguas combinaciones que se hacían para emplear capital -advierte-: es un medio para no tener nuestros buques pudriéndose, amarrados en un puerto". Retirados uno tras otro la mayor parte de los participantes en los viejos negocios, lo cierto es que, veinte años después de la abolición, no era posible "dedicarse a la navegación partiendo de la base de un capital crecido" (70). A no ser que se contara con la inestimable subvención oficial (como era el caso de la empresa naviera de A.López), o a no acceder a devenir, en realidad, en sucursal de otras foráneas, más afortunadas (como podía ser la Olano, Larrinaga y Cía., con sede oficial en Londres).

Pero ello no sucedió sin forcejeos: una seria batalla se libró en torno a esta dimensión marinera, y los resultados no estaban escritos de antemano, por más que fueran previsibles. La marina mercante, estrangulada en la mayor parte de sus componentes, reclama la protección oficial frente al manifiesto monopolio que, día a día, iba perfilándose en los estratos más elevados del sector. Pero reclama dicha protección sin reparar mientes, durante largo tiempo, en la conveniente compañía de una maltrecha industria naval, que iba a encontrar nuevas formas y posibilidades en el norte vasco. Reclamada no obstante por la marina de guerra, la siderurgia española tampoco se di-

rige hacia la marina mercante en reclamo de solidaridad, hasta bien entrados los noventa. Y su alianza no es un hecho, tampoco, hasta las primeras décadas del siglo XX, cuando ya la afluencia masiva de capital extranjero a la industrialización ha desvirtuado, sin embargo, la posibilidad de un crecimiento autosostenido; posibilidad que, probablemente, nunca existió después del 68.

Ricart dibujaba así, ya en el siglo XX, la contradicción de intereses entre armadores y consignatarios: "En España, y en Francia también, hay establecido un verdadero dualismo entre el constructor naval y el naviero: éste quiere comprar el buque barato, aunque sea de procedencia extranjera y, en cambio, el primero exige que el segundo compre el buque a la construcción nacional, aunque le salga caro. En la constelación de bajos fletes que reina hace tiempo, el naviero que no puede adquirir el buque en condiciones económicas, no lo compra, y deja de ser naviero, y el constructor nacional nada gana con esto. En cambio, si el naviero puede adquirir el buque barato en el extranjero, tendremos Marina, y los talleres nacionales ganarán con ello en las continuas reparaciones que necesitan los buques modernos" (71). Su visión interesada, de la parte del comercio por mar, quedará contrapesada con aquella formulación de principios hecha por Benito de Alzola en 1894: "Nosotros entendemos -hablaba en nombre de la siderurgia vasca- que debe favorecerse a nuestros armadores poniéndolos en condiciones de

poder luchar con los extranjeros en el comercio exterior, y por eso hemos abogado por que sea libre o poco menos la introducción de buques, pero consideramos al propio tiempo que ésta es la única concesión que puede hacerse a la construcción extranjera, y que las ventajas pecuniarias que se otorgan bajo la forma de primas a la navegación deben reservarse exclusivamente para los buques de producción nacional" (72).

Contradicción de intereses, pues, que no se resolvía en la petición del socorro estatal, puesto que las medidas requeridas no solían ser las mismas. Sin embargo, predominio e imposición paulatina de un rechazo global a la política absoluta del laissez-faire que vino a coincidir con momentos de absoluta transformación en el sector, acelerando las mutaciones en detrimento de los intereses más débiles y menos preparados para el cambio. De 1869 a 1880 las voces de la marina mercante no dejan de sonar airadas frente a Madrid: el descenso en el volumen de tonelaje no afectaba tan sólo a la navegación a vela, como era lógico, sino también a la de vapor. Según datos traídos a una información oficial, en 1880, por P.Estasén, contaba España en 1877-78 con 224 barcos de vapor y un tonelaje total de 176.310 toneladas; un año más tarde, eran 199 los vapores, con sólo 152.708 toneladas. Incorporando los barcos de vela, las cifras eran aun más alarmantes: 2.744 buques españoles navegaban en 1877, según los repertorios generales de navegación.

En 1878, eran ya únicamente 1.590 (73). Pero cuando llegue el momento de presentar ante el gobierno una lista de reivindicaciones, no será sin embargo el restablecimiento del derecho diferencial de bandera la petición que ocupe el primer lugar, sino el recargo a las importaciones no directas, es decir el restablecimiento del derecho diferencial de procedencia, con vistas a posibilitar de nuevo en España el establecimiento de depósitos comerciales, heridos de muerte con la legislación liberal (74).

En estas circunstancias, cobraba especial importancia la conservación del derecho diferencial de bandera en Cuba y Puerto Rico, como de hecho ocurría. Del total importado por Cuba en 1873, un 23% lo había sido bajo bandera española, en tanto que, para 1877, el porcentaje ascendía a un 42%. Sin olvidar que empresas realmente no españolas gozarían del derecho de abanderamiento nacional, las cifras no dejan lugar a dudas, por muy gruesos que sean los trazos, sobre el sentido de la evolución. Esa sería de hecho la mejor compensación para la industria peninsular y el comercio exterior, en su defensa contra la agresión extranjera. "No se tuvo en cuenta -se quejaba el Fomento de la Producción Española en 1877- que los grandes recursos amontonados durante el largo período de supremacía industrial y mercantil, son arsenal que proporciona a quien lo posee invencibles armas para la propia defensa, poderosas para

la invasión y eficaces para mantener las conquistas realizadas. Una nación pobre como España, con las fuerzas agotadas por más de medio siglo de convulsiones y guerras; con hábitos que le legaron épocas anteriores, si gloriosas éstas para los anales patrios, no propicios aquéllos para el sesgo mercantil del siglo; que siente la carestía de capitales, escasos por haber las indicadas causas impedido las acumulaciones de la economía; con una población reducida por haberse opuesto a su multiplicación luchas, emigraciones y determinadas tendencias que privaron durante siglos; con extensos territorios incultos, gracias a la poca densidad de población; que, forzosamente, como resultado de esa general debilidad, debía sufrir atraso en todas las manifestaciones de la actividad; desarmada, débil, ¿cómo podía hacer frente a la competencia de otras bien armadas y robustas, arrojando el arma defensiva de la legislación?" (75).

Negándose a las reclamadas reformas arancelarias, los gobiernos accedieron en cambio a proporcionar a los interesados esas parciales compensaciones que tenían su asiento en las reservas ultramarinas (76). Las Antillas fueron lugar privilegiado para ese reajuste, pero tras ellas las Filipinas reclamaron la atención de las burguesías nacionales exportadoras. No en vano el capital catalán había acudido presuroso a la construcción del canal de Suez, veinte años atrás (77).

3.- Navegación a vapor y concurrencia: hacia el monopolio del servicio postal.

Cataluña apuesta fuerte en esta cuestión de las posesiones asiáticas. Mucho le iba en ello, y no se hallaba decidida a dejar pasar la oportunidad de atraer hacia sí aquellas áreas de influencia mercantil, aunque no esté segura de llegar a controlarlas (78). Pero el momento es muy difícil, y el incierto porvenir que las pervivencias libremercantistas en la legislación arancelaria hacían temer, no permitía dejar pasar oportunidad alguna. Recuerda así Barcelona, en su exposición al ministro las acreditadas conexiones de su litoral con las lejanas colonias del Pacífico: "Todos los antecedentes históricos que desde la época antigua se conocen designan a Barcelona como el punto de partida más indicado en el litoral español de las expediciones al extremo oriente, de suerte que esa nuestra ciudad es el principal, si no el único mercado, español de los productos asiáticos". Y sabido era de todos, también, que "hasta que se descubrió el derrotero del Cabo de Buena Esperanza, debió Barcelona su principal fuente de prosperidad a dicho comercio, y si bien el descubrimiento mencionado la obligó a dar otro rumbo a sus naves, la apertura del istmo de Suez la ha colocado de nuevo en su primitiva situación". Forcejeaba de esta manera el puerto de Barcelona con su rival del Atlántico, el de Cádiz, para tratar de obtener la cabecera de la línea oficial a Mani-

la, con subvención del Estado para el transporte del correo. Para forzar la decisión final, recordaba el primero cómo, al ser elegido Cádiz para tal función en la línea antillana, poco tiempo atrás, comprendió Barcelona en efecto la justicia de dicha decisión, por razones de distancia, y por ello "no sólo no se opuso a la referida designación, sino que ni siquiera ha reclamado nunca que, antes de zarpar de Cádiz los vapores de la Compañía Trasatlántica, se les impusiera en la contrata la obligación de haber hecho escala en este puerto, comprendiendo que hubiera podido calificarse de injustificada e improcedente tal pretensión alegada por el comercio catalán" (79).

No cabía duda que la cuestión del tráfico con las Antillas estaba mejor resuelta por el comercio catalán, al margen de la iniciativa oficial, por más que ésta pudiera modificar la relación de fuerzas. Pero la comunicación con Filipinas era asunto totalmente distinto, que afectaba de pleno al corazón de la vocación asiática del mundo de los negocios catalanes. Resultaba chocante ahora se esgrimiesen desde la administración las mismas razones que fueran utilizadas antes para la línea antillana, cuando el caso era exactamente contrario: si Cádiz aventajaba a su rival Barcelona en las distancias que a ambas separaban de las Antillas, la relación con Filipinas era precisamente la inversa. Sin embargo, como recordaban los catalanes, ha-

bía presidido la organización de la nueva línea "un criterio diametralmente opuesto, sin que se hayan tenido para nada en cuenta los contundentes argumentos que en pro del arranque de dichas expediciones de este puerto se adujeron en aquellas razonadas exposiciones, con lo cual va experimentando el comercio y la industria catalana una cruel decepción, viendo esterilizados sus esfuerzos en una cuestión en cuya resolución satisfactoria tenía derecho a esperar".

Había conseguido Barcelona, en suma, la obligatoriedad de una estadía de 12 horas en su puerto, de viaje para Manila, plazo que considera de todo punto insuficiente "aun para el más insignificante movimiento de carga y descarga", dada la complicada legislación aduanera vigente. Una terrible decepción se abatía así sobre los intereses de la producción y el comercio catalanes, que se preguntan por qué, si es que el gobierno trataba de esta manera de favorecer los intereses de algún otro puerto, no ha elegido otra fórmula preferible, disponiendo que "la habilitación, punto de partida y retorno e itinerario del viaje fuese desde Barcelona a Manila y viceversa, imponiendo al tiempo a la empresa la obligación, antes de la salida y después del regreso, de visitar los puertos de Oádiz y Cartagena, ya con sus mismo vapores, ya por medio de combinaciones o enlase con otras". Pero no acaba aquí el abanico de temores: "Para el caso de que la empresa concesionaria combine sus expedicio-

nes con la base, además, de algún punto extranjero, es de necesidad se la obligue a que garantice una cabida a bordo para las importaciones y exportaciones de carga entre los puertos de la península y los del archipiélago filipino", y -ello es fundamental- que los fletes aplicados al transporte de mercancías nacionales resulten francamente rebajados sobre los generales, pues de lo contrario, desamparado el tráfico de productos españoles, "esto equivaldría a calificar de improductivo y estéril el sacrificio que hace el Estado", pues la subvención oficial "podría llegar a ser una protección favorable al incremento del comercio de algún puerto extranjero".

Sin embargo, reduciendo a posturas moderadas su acercamiento a la esfera estatal, acabarán las fuerzas catalanas por solicitar una estadía mínima de 48 horas en el puerto de Barcelona (en lugar de las 12 que estipulaban las bases), así como la obligatoriedad por parte de la empresa concesionaria de reservar espacio suficiente (sin mayor determinación) para las mercancías procedentes de los puertos españoles. Junto a ello, la mencionada rebaja de tarifas en los fletes, cuya desproporción era fuente constante de quejas y malestar. La Sociedad Económica de Amigos del País, también de Barcelona, llega en auxilio de las solicitudes de sus paisanos, en pro de la modificación del pliego de condiciones para la contratación del servicio de correos entre la Península y Manila. Fechada en 7 de octubre y con entrada en el ministerio de Ultramar el día 11, recordaba

ahora esta exposición anteriores escritos de igual índole que databan del movimiento habido en el año 76. Barcelona debería ser cabeza de línea a toda costa, porque ello repercutiría en bien de todo un sector de la producción española al tiempo que cumplía con su cometido preciso de cubrir las cargas soberanas que toda nación metropolitana debía a sus colonias. "El pliego de condiciones publicado -escribía la Sociedad- más tiende a patrocinar los pabellones extranjeros, a fin de que se encarguen de este servicio, que puede ser estimado para que nuestro abatido comercio marítimo salga del marasmo en que sirve y encuentre un lenitivo en la tristísima situación por que atraviesa".

De nuevo el activo papel catalán jugado en la financiación de Suez aparece aquí como justificador de una iniciativa y un espíritu de empresa no frecuentes en el resto de la Península: 3.120 acciones (por valor de 1.560.000 francos) suscritas por Barcelona (frente a sólo 200 en el resto de las provincias españolas, entre las que no aparece Cádiz), justifican sobradamente las peticiones respecto a aquel privilegio mercantil que se le sustrajera a Cataluña, para ponerlo en manos del tradicional reducto monopolista que había sido Cádiz, plagado ahora de capital inglés. En cambio, Barcelona figuraba "por sí sola, en el total comercio con las islas Filipinas, por las tres cuartas partes del que con ellas mantiene la nación", motivo más

que suficiente como para designarla como punto de partida de la nueva línea que se trataba de amparar. Por si no fuera ello suficiente, Barcelona contaba en su haber, privilegiadamente, con una buena red de comunicaciones interiores que la acercaban al resto de las provincias españolas, además de unas acreditadas relaciones con el resto de Europa, lo que posibilitaría que, "en determinados momentos, y según las circunstancias, pudieran aprovechar las salidas de los vapores-correos de Barcelona para seguir su tráfico con nuestra colonia".

Pero preocupa ante todo una cuestión general: "Dada la subvención que se concede, mucho más reducida que la que otorgan otras naciones a líneas de vapor de igual o más pequeño recorrido, en idénticos mares, casi es seguro que sólo pueden tomar parte en el concurso las empresas extranjeras, que teniendo ya montado un servicio regular de vapores para comerciar con Filipinas, por la pequeña detención que les representa con relación a su total viaje el subir desde el estrecho de Gibraltar a Barcelona, y acomodarse a las condiciones que impone el Gobierno para sus especiales servicios, pueden cobrar una subvención de que hasta ahora carecen, y sin la cual hacen, sin embargo, sus viajes". Se trataba otra vez de la situación creada por la abolición, años atrás, del derecho diferencial de bandera: "Estas líneas de vapores -insiste poco después, refiriéndose a las extranjeras- se encontrarán siempre en mejores condiciones que las españolas para tomar parte en el concurso, pues se en-

cuentran ya intermediarias de transacciones regulares y numerosas entre el mercado de Filipinas y las naciones extranjeras, gracias a la situación en que se colocó a nuestra marina con la supresión del derecho diferencial de bandera, y por lo tanto, para ellas cobrar una subvención, por limitada que sea, es siempre un mayor y seguro beneficio sobre el que las impele a mantener sus más o menos regulares expediciones a nuestras colonias asiáticas". Pero contra la concurrencia extranjera hay todavía mayores motivos de queja: "Si es empresa extranjera la que se queda con el servicio cuyas condiciones se anuncian, como en parte alguna se pone limitación a que al llegar a los puertos españoles el buque traiga ya completa la carga que permita su tonelaje, el Gobierno podrá ver regularizados y cumplidos sus servicios, pero el comercio español nada habrá ganado con el establecimiento de dicha línea de vapores, ya que en ellos no encontrará medios de acomodar sus productos y manufacturas (...), en tanto que España estará pagando una subvención para que se fomente el comercio de los países extranjeros con nuestras colonias (...), con perjuicio del fomento de la agricultura, de la industria y del comercio de España". Eran cuestiones estas últimas de tal gravedad -insiste la Sociedad Económica barcelonesa-, que debían primar sobre el asunto de los servicios públicos, por importantes que éstos fueran. Sólo en ese caso, "la Nación se impondrá gustosa el sacrificio que ello reporte".

Una última advertencia a la administración: la necesidad de que el Estado, en su papel de "corrector y ordenador de las diferentes tendencias que manifiestan los intereses nacionales", ponga coto a la libre determinación de los fletes por las empresas navieras, imposibles de frenar por los usuarios, tanto más cuanto que la compañía concesionaria "será tanto más exigente en cuanto sea difícil hacerle la competencia". De todo ello resultaba así que, la Económica de Barcelona, se atrevía a solicitar del gobierno español, "como lo exigen aunadas la razón, la justicia y el patriotismo, que el puerto de habilitación y término de los viajes sea el puerto de Barcelona, y que el servicio de los vapores correos entre España y nuestra colonia de Asia únicamente pueda hacerse en buques que enarbolan el pabellón nacional". Frente a las peticiones llegadas al ministerio de Ultramar en días anteriores, esta última de la Sociedad Económica supone un claro refuerzo en el nivel de las exigencias, porque sólo "en caso de imposibilidad absoluta para que pueda cambiarse el pliego de condiciones" accederían los allí firmantes a contentarse con una prolongación de la escala barcelonesa hasta 48 horas, además de la unificación y rebaja de las tarifas de los fletes para la importación/exportación de mercancías o productos nacionales entre España y Filipinas, y la reserva de un determinado porcentaje del volumen de transportes para efectuar dicho comercio.

No había dejado de presionar, entre tanto, el puerto de La

Coruña, pero ahora también lo hará Cádiz, alarmada. Un telegrama fechado el día 10 de octubre, en el que los diputados de la provincia solicitaban la pronta confirmación de su elección como puerto de cabecera, merece la respuesta afirmativa del ministro. Habían convocado una reunión de urgencia junto con las corporaciones gaditanas para tratar de hacer frente al problema (80). Pero también Federico Nicolau utiliza su condición de diputado para dirigirse al ministro, Salvador Albacete, en carta particular que va fechada en Barcelona a día 13. Se trataba de una consulta reservada, por encargo -afirma- de "una respetable persona" del comercio barcelonés. Quería saber se, en realidad, y "de una manera que no dé lugar a dudas, si la concesión que se otorga a los buques de la empresa de la conducción del tabaco con destino a las fábricas nacionales, debe suponerse para todo el tabaco que salga del Archipiélago filipino (...), o debe entenderse limitada estrictamente al que haya de transportarse desde los almacenes generales de Manila." En el primer caso -opinaba el naviero Nicolau- veo probabilidades de proposición para el concurso, pero en el segundo lo considero difícil, porque la conducción total es la que se necesita como base del negocio, toda vez que la subvención es muy baja". La respuesta del ministro -que es de suponer existiese, no he podido hallarla.

Entre tanto volvían a presionar otros puertos: Valencia, con varias instancias (Sociedad Económica, Junta de Agricultu-

ra, Ayuntamiento), fechadas en la segunda mitad del mes de octubre (81). Recogiendo aspiraciones comunes, se trata de solicitar una escala, intermedia entre las de Cartagena y Barcelona -ambas obligatorias-, para el puerto de Valencia. Múltiples ventajas reportaría a la nación, puede leerse allí, el acercarse al "mejor puerto artificial de España (...), centro de actividad de una región privilegiada". Sus ferrocarriles -vía Barcelona o vía Almanza- son los caminos "más cortos y más directos" para la comunicación postal o mercantil con el interior. Por ello, el erario "hallaría grandes economías desembarcando en Valencia no sólo los 2.000 quintales de tabacos que esta fábrica consume, sino también los contingentes de las de Madrid, Alicante, Alcoy, Santander, Bilbao y San Sebastián, puesto que los transportes de los bocoyas desde este puerto a dichos puntos de destino son mucho más baratos que desde otro cualquiera de los puertos donde pudieran desembarcar".

La exposición del Ayuntamiento valenciano era más ambiciosa en sus planteamientos. Comienza elogiando la decisión ministerial de establecer un servicio directo entre la Península y Filipinas, "porque en aquellas remotas regiones se encuentra a no dudar el porvenir colonial de nuestra patria e importa mucho fortificar los lazos que existen entre ambos países con los más íntimos y estables que crea un tráfico activo y frecuente". Pero de poco habrá de valer tan crucial iniciativa, prosigue, si no se da cabida en el proyecto a "todas las po-

blaciones españolas que en mejores condiciones se encuentren, tanto de remitir abundantes productos a nuestras colonias de Oriente como de hacer gran consumo de las mercancías que éstas nos ofrecen". Y pocas ciudades como Valencia se hallan en condiciones propicias para participar intensamente en este movimiento, pues "tanto por el elevado número de sus habitantes, como por el bienestar de que los mismos gozan, y por la importancia de sus almacenes de ultramarinos, está llamada a hacer gran consumo de los productos venidos de las islas". En sentido inverso, "la industria valenciana produce con gran perfección y baratura precisamente la mayor parte de los artículos que demanda el comercio filipino al extranjero: calzado, sombreros, velas, loza, vidrio, adornos de pasamanería, conservas alimenticias, paraguas de seda, etc.", además de los productos agrícolas conocidos: aceite de oliva, vinos, aguardientes, frutas y hortalizas en conserva. Si le añadimos naipes y libros, "pocas poblaciones como Valencia pueden ofrecer productos tan excelentes, tan abundantes o tan baratos". Como los barceloneses, también Valencia deseaba "que las mejoras costeadas con fondos del Estado alcancen al mayor número posible de localidades", y no creían a su ciudad "menos digna de semejante concesión".

Todavía lloverán sobre el ministerio de Ultramar nuevas exposiciones: otra del ayuntamiento de Barcelona, menos radical que la anterior, y con las reivindicaciones mínimas para que las ta

rifas de fletes, impuestas por la que haya de ser compañía con cesionaria, no lleguen a "hacer ilusorio" el comercio catalán con Filipinas; varias de municipios gallegos, en apoyo de las peticiones coruñesas, remitidas una tras otra, en breves intervalos por el ayuntamiento de La Coruña...

Pero para entonces -principios de noviembre de 1879- el concurso público ya había sido fallado. El día 3 de noviembre, ante el notario de Madrid Luis González Martínez, tuvo lugar la adjudicación del servicio (82). Decidieron, el subsecretario del ministerio de Ultramar, Enrique de Cisneros, junto a Angel M^a Dacarrete (Director General de Hacienda), Daniel de Moraza (Director General de Administración y Fomento), José de Ahumada (jefe de la sección de Contabilidad y Ordenador general de pagos), y Agustín Delgado y Mejías (capitán de fragata de la Armada nacional). Entre una y media y dos de la tarde recibió el jurado los pliegos en el salón de subastas del ministerio: sólo cuatro aspirantes se presentaron pero, antes de que comenzara el acto, uno de ellos (la sociedad Olano, Larrinaga y Cía., representada por Hipólito Rodrigáñez) presentó a la mesa un documento "de protesta" contra el acto. En aquél, la empresa naviera afincada en Liverpool y Barcelona afirmaba que el Consejo de Ministros debería anular aquel concurso de los correos filipinos, porque el pliego de condiciones andaba falto de "todos los requisitos que marcan las leyes vigentes". Por ejemplo -y ello es una de las cosas que más le preocupan a la casa Ola-

no-, la cláusula que obligaba a establecer un vapor entre Manila y Singapur, "ni señaló la clase de vapor, ni el precio que pagaría por este servicio, y si es que ya está incluido en el precio de la subasta". Tampoco se estipulaba con claridad el precio del pasaje oficial y la conducción de efectos militares (en contra de lo dispuesto en el art. 3º del R.D. de 27 de febrero de 1852, y en contra de lo que reiteradamente había venido dictaminando el Consejo de Ministros en casos semejantes). Al no haberse fijado el tipo, la empresa que se hiciera con el servicio tenía en sus manos "poner el que sea más conveniente a sus intereses, para desde allí rebajar el 40 y 60% que dice la condición". Ello podría dar lugar -prosigue Rodríguez en nombre de la Ollano- a que "apareciendo el tipo de subvención por viaje redondo como el más barato, en realidad sería el más caro (...), y si a esto se aumenta lo que el empresario pediría por el vapor de Singapur a Manila, encontraríamos que el total de la subvención importaba más de lo que se creía con tratar".

Hallábase alarmada la empresa Ollano-Larrinaga, en efecto, por la muy probable pérdida de la concesión, que venía disfrutando desde 5 de junio de 1873, para transportar el pasaje oficial a Filipinas, subvención -pues- únicamente indirecta. Realizadas las comunicaciones desde España a Filipinas por clippers y bergantines, pasarían después a manos de las Mensajerías Imperiales, ya a través del canal de Suez, para ser depo

sitadas por último en manos de la casa Olano, inglesa predominantemente por su capital. Afirmaba ahora Rodríguez que para el cumplimiento de aquella relación contractual con el gobierno español, había construido la naviera "un gran número de barcos de vapor, y establecido un servicio de grandes gastos; y por si con el concurso que se anuncia para el día de hoy se tratara por el Gobierno de quitar a esta empresa el derecho que tiene al pasaje oficial (...), debe protestar y protesta de la manera más terminante contra el acto del concurso", solicitando en definitiva que "todos los daños y perjuicios sean por cuenta del gobierno, causante de ellos, el cual previamente ha debido convenir la rescisión con los interesados para la necesaria indemnización...". Al parecer, ya en marzo de ese mismo año de 1879, se había negado el gobierno a subvencionar directamente aquella línea. Y ahora, según dispone el presidente de la mesa, ese pliego de protesta presentado por la compañía que desempeñaba el servicio en aquel momento, quedaba en suspenso -unido al acta-, "sin aceptarse el calificativo de protesta, y tan solo como un escrito que surtirá los efectos oportunos".

Había, pues, cuatro pliegos de candidatos a la concesión: J. Gurri, Hipólito Rodríguez (en representación de Olano-Larriaga), Juan Anglada, y el marqués de Campo. Ofrecía el primero realizar el servicio al precio de 97.500 pesetas, viaje redondo, además de una rebaja de 50 céntimos en el transporte de ca

da quintal de tabaco, pero dejando bien claro que las tarifas vigentes para la compañía, servirían de base a las rebajas del 40 y 60% que el gobierno se reservaba para su pasaje oficial, siendo aquellas de 3.000 pesetas para 1ª clase, 2.000 para segunda, y 1.400 para tercera. Por último, accedía J.Gurri a establecer el servicio auxiliar entre Manila y Singapur mediante una subvención "que no podrá exceder de lo que hoy satisfaga el Gobierno, pero que puede dar lugar a otro contrato especial"

El segundo pliego era el de Olano, Larrinaga y Cía., que se comprometía a realizar el servicio por 93.000 pesetas viaje re dondo. En su favor, alegaba el representante el número e impor tancia de los buques con que contaba para realizar dicho servi cio (83), vapores "construidos expresamente para la carrera de Manila, adonde han hecho sus viajes en 30 días, adelantando 10 y 12 a los vapores extranjeros". Cualquier argumento en pro, queda aquí expuesto:

1.- que ya tenían los barcos abonados sus derechos de intro ducción en España (más de millón y medio de reales, afirma), derechos que el gobierno tendrá que condonar a cualquier otra empresa que se presentara.

2.- que es la primera y única compañía que ha establecido "tan importante línea con bandera española y capital español".
En los años de servicio -desde el 73 acá- transportó entre Joló y Manila 5.000 soldados, y en todo este tiempo llevó la

correspondencia, no percibiendo por estos servicios subvención alguna directa.

3.- que considera insuficientes para el servicio en cuestión los únicos seis barcos exigidos en el pliego de condiciones, y por ello ofrece -incluso si no fuera agraciada con la concesión- completarlo con los suyos, "para que no se interrumpa el servicio". Queda sobreentendido que, si se hacía con la subasta, la casa Ollano estaba dispuesta a establecer el servicio "en el acto de serle adjudicado, por tener a flote dichos barcos".

4.- por último, ofrecía también, en el caso de salir triunfante, renunciar a la protesta que contra el acto del concurso tenía presentada.

El pliego nº 3, firmado por Juan Anglada y Ruiz, ofrece hacer el servicio, sin más precisiones, por 60.000 pesetas. Y otro tanto ocurre con el suscrito por el marqués de Campo, que rebajaba el importe total a 49.500 pesetas por viaje redondo. Pero tras la formulación legal que contenían aquellos documentos iba a venir el forcejeo por salir triunfante en un asunto en el que determinadas fisuras permitían a cada uno de los participantes creer que podía ser él el elegido. Las impugnaciones y quejas que se presentaron acabaron por dar con el problema de la línea filipina en el Consejo de Estado. A partir del informe hecho público por éste en 21 de enero de 1880 (84), puede reconstruirse la secuencia del litigio.

El 6 de noviembre de 1879 escribía al ministro de Ultramar uno de los aspirantes, Juan Anglada, sabedor de que en varios periódicos de la capital podía leerse que sólo habían sido admitidas, en la resolución del jurado, dos proposiciones: la suya propia y la del marqués de Campo, "por no estar las otras que se presentan arregladas a lo prevenido en el pliego de condiciones aprobado por el Real Decreto de 19 de agosto". Antes de que siga adelante el asunto del concurso, se apresura Anglada a advertir al Ministerio que José de Campo, "siendo, como es, senador del reino, está incapacitado legalmente para ser contratista de todo servicio que se pague con fondos del Estado, la provincia o el municipio, a tenor de lo preceptuado en el párrafo 2º del artículo 5º de la ley electoral del senado". Ello es de justicia, apostilla el firmante del escrito, porque contra alguien en tales circunstancias, el Estado "no podría tener nunca, en razón del elevado cargo que ejerce, francos y expeditos los medios de exigirle la efectividad de los deberes que se obligase a cumplir" (85).

También Hipólito Rodríguez, siempre en representación de la Olanco, Larrinaga y Compañía, "empresa de navegación a Filipinas", se dirige al ministerio, el 11 de noviembre, calificando de "fuera de la ley" precisamente a las proposiciones de Campo y Anglada, que "si bien marcan el importe de la subvención que piden, no establecen precios del pasaje, cosa tan necesaria para que el Gobierno sepa lo que contrata". Comparando

con la suya la oferta de Joaquín Gurri, concluye fácilmente la Olano la superioridad de sus condiciones, de cara a los intereses del erario, y aprovecha para insistir de nuevo en sus viejos derechos adquiridos y en la calidad técnica de sus servicios. Por primera vez, puede leerse aquí que "si al Estado le conviene que esta empresa haga escala en La Coruña está dispuesta a hacerla, si el Gobierno se lo manda, sin retribución alguna, por más que le produzca perjuicios y gastos de consideración". Es más, que "aunque el pliego de condiciones da un tiempo insuficiente para ejecutar las operaciones necesarias de carga y descarga en las escalas, la empresa concederá el que se juzgue necesario en los puertos de La Coruña, Cádiz, Cartagena y Barcelona, a fin de que se verifiquen dichas operaciones admitiendo con preferencia la carga nacional a la extranjera, y sujetándose a los días que marque el Gobierno para su salida de Barcelona con el correo". Procura sin duda la Olano y Larri-
naga dejar bien cubiertas las pretensiones del proteccionismo catalán, porque insiste: "A la vuelta, el puerto de recalada será Barcelona, donde dejará la correspondencia, demorando solamente el tiempo necesario para la descarga, y combinando así en las demás escalas".

De Barcelona, precisamente, venían también en 12 de noviembre una serie de recomendaciones respecto al servicio de correspondencia con Filipinas que firmaba otro de los interesados, Joaquín Gurri, y que recomienda personalmente al subsecretario

de Ultramar en consejero del Banco de Castilla Rafael Cabezas (86). "Es tan grande la importancia política y económica del servicio -escribía Gurri-, que se hacen necesarias algunas observaciones de mera práctica, para que no pueda nunca redundar en perjuicio de la metrópoli". Dos objetivos, al parecer, pretendía el gobierno con el respaldo oficial a la línea de navegación filipina: establecer relaciones periódicas con una de sus posesiones, de creciente importancia, y fomentar el comercio de las provincias peninsulares, "abriendo a nuestros productos y artefactos aquéllos importantes mercados". Pues bien, para ello -escribe Gurri- "es de todo punto indispensable lograr que la empresa a la que se adjudique este servicio sea española en toda la acepción de la palabra", y que "las tarifas de transporte que establezcan no puedan en ningún caso favorecer al comercio extranjero en perjuicio del nacional". Incluso deberá el gobierno tomar "las precauciones más exquisitas para evitar que directa o indirectamente pueda el servicio ser intervenido por extranjeros, pues si este peligro llegara, la subvención acordada, lejos de ser un bien, produciría perjuicios sin cuento". También de cara al dominio de las islas con vendrá a España prestar atención a estos detalles, pues frente a ingleses y alemanes que intentan hacerse lentamente con aquéllas (87), el servicio que va a establecerse será capaz de "burlar fácilmente estas aspiraciones, siempre que los buques, los capitanes y los agentes sean de propiedad y condición puramente española, y no basta que lo sean las personas que al fren

te se coloquen, si son instrumentos tal vez inconscientes de los verdaderos amos de la cosa".

Los intereses del capital nacional comenzaban a hacer frente a la penetración del capital extranjero, en una pugna áspera pero condenada a la seducción final por este último. En realidad, toda la argumentación de Gurri, naviero afincado en Barcelona, no hace sino preparar favorablemente su propia contraoferta, que asegura avalada "por los muchos negocios que ha hecho y continúa haciendo desde tiempo con sus buques de vela y de vapor", para lo que tiene abierta casa en Manila. Contra la Olano y Larrinaga advierte Gurri al ministerio: "El Gobierno sabrá perfectamente el resultado negativo que para la producción del país hemos obtenido en Filipinas durante los años que han imperado los Sres. Olano, Larrinaga y Cía.; este resultado anómalo y extraño necesita explicarse para que el Gobierno forme sano criterio y obre de acuerdo con sus aspiraciones, que no pueden dejar de ser patrióticas, como lo está demostrando en la cuestión de Cuba, y como lo espera el país de los hombres honrados que tiene a su frente". Pronto pasa a explicar que "la casa arriba mencionada, según voz pública está montada con intereses ingleses y ha llenado su cometido, puesto que la Inglaterra surte casi todo el consumo de aquellas islas, sacando ella el producto y dejándonos solo los gastos". En breve, "este resultado satisfactorio para ellos y bochornoso para los españoles, que nos han reducido dentro de nuestra propiedad a

un 3% de importación y un 5% de exportación, lo han obtenido de un modo sencillo los Sres. Olano, Larrinaga y Cía." Este modo sencillo a que se refiere la competencia, aquí representada por Gurri, lo ejemplificaba así:

- a) Haciendo pagar doble flete entre los puertos de la Península y Manila con respecto a lo que se abonaba entre Liverpool y Manila, en los barcos de la empresa Olano.
- b) Impidiendo la carga de lo dispuesto en el puerto de Barcelona, por venir ya los vapores a tope desde los puertos ingleses.

Ambas circunstancias ocasionaban -prosigue- "una pérdida importante y una desanimación en el comercio español". Pero hoy, sin embargo, el gobierno tenía en su mano "el medio de trocar los papeles" y convertir aquellos fértiles territorios desaprovechados en causa de fomento de la riqueza nacional, en todos sus ramos: la agricultura, "que encontraría importante salida a sus productos naturales en aquellos lejanos mercados"; la industria, "que recibiría un empuje inmenso si se la permitiese trabajar las 100.000 balas de algodón que absorbe el inglés, para vestir los seis millones de súbditos españoles"; el comercio y la navegación, "dando pasto a la actividad del primero y buenos fletes a nuestra marina de altura, hoy agonizante por falta de mercado, ahorrándonos así el bochornoso espectáculo de ver pudrirse nuestros buques inactivos en los puertos".

Por último, y ya que se trataba de toda una declaración de principios, no se resistió Gurri a solicitar la reimplantación del derecho diferencial de bandera y la extensión del cabotaje a las colonias, lo que podría sin duda "regenerar en un par de años aquel país", llevando a "trocar los papeles con el inglés y a fomentar la producción nacional". Por si el ministerio era permeable a la requisitoria, termina Gurri ofreciéndose a colaborar con el Estado en todo aquello que pudiera concernir a una inversión total de la situación presente. Pero, que sepamos, no obtuvo respuesta alguna del ministerio de Ultramar.

Lo que sí hizo éste fue convocar, por medio de una real orden de 20 de noviembre, a los cuatro aspirantes a la concesión, para preguntarles si se hallaban dispuestos a incorporar las escalas de La Coruña y Valencia, así como prolongar la estadía en Barcelona a 48 horas. Todos contestaron afirmativamente. Dos días antes de aquella fecha, sin embargo, (aunque no tiene entrada en el ministerio hasta el 5 de diciembre), el marqués de Campo se había dirigido por su cuenta y riesgo al ministro, en oficio en el que recordaba las ventajas pecuniarias de su oferta (un 50% más reducida que la primera) e informaba de su decidido interés en el servicio ("...dispuesto como estaba a quedármelo desde el momento en que estudié el pliego y resultados del negocio, formé mi plan y tomé todas las disposiciones necesarias para la adquisición de los seis vapores que para la línea se requieren, no siendo para mí dudoso que sería el me-

jor postor, como ha sucedido"). Con tal horizonte por delante, manifestaba Campo tener ya a punto de firma los contratos de compra en los astilleros ingleses, no habiendo llegado a cerrarse el trato, a la espera de que el gobierno pronunciase su fallo: "Quince días han transcurrido desde que tuvo lugar el concurso, y fácil es comprender cuántos perjuicios se irrojan al que, como yo, fiado en el derecho que le asiste, sólo espera las órdenes del Gobierno..." -llega a quejarse el marqués-. Con ello, viene Campo a afirmar que podría ocuparse del servicio no a los cuatro meses, sino mucho antes, y que sólo precisa decisión, pues si -como ha corrido la voz- "se pretende ampliar la garantía de cuatro millones de reales pedida en el pliego de condiciones", se hallaba dispuesto -asegura tajante- y conforme, "a aumentarle hasta donde el Gobierno señale, dentro de los límites de un capital equivalente al coste de los vapores pendientes de contrato".

También había sido Campo el primero en responder afirmativamente al sondeo realizado por el ministerio acerca de la incorporación de nuevas escalas. A vuelta de correo, manifiesta el marqués su asombro ante el hecho de que la pregunta sea hecha "con el fin de ilustrar la resolución del Gobierno acerca del concurso" -subrayado por la misma mano de Campo-, puesto que éste creía que "cosa relativamente secundaria, como de la que se trata, en nada podía influir para resolución tan importante como es la de ser o no ser adjudicatario el mejor postor"; en

cuyo caso se confesaba "dispuesto a luchar con los demás proponentes si no se considera firme y definitiva la proposición presentada por mí en el acto del concurso". Por otra parte, y puesto que el artículo 4º del pliego de condiciones reservaba al ministerio la facultad de restar o añadir escalas, piensa Campo que nada podía hacerse en contra, por todo lo cual se somete a la variación "desde el momento en que V.E. encuentre ventajas en mandar que se establezcan las escalas".

No tan dispuestos y diligentes aparecen los demás aspirantes a la concesión, aunque también ellos accedan sin graves reparos a las nuevas exigencias de la administración. Joaquín Gurri, por ejemplo, advierte desde Barcelona que "la escala de La Coruña en ciertos viajes de invierno podría dificultar la regulación del itinerario fijado para el servicio". Resignado, sin embargo, al igual que Anglada y Rodrigáñez, resulta extraño que fuera éste el último en responder, a pesar de hacerlo desde la delegación de la casa Oiano en Madrid, en la calle Huertas. Podría explicarse quizá, en último término, en razón de su confianza en ser elegido, que Rodrigáñez no deja de hacer patente al ministro de Ultramar. Sin embargo, no desaprovecha aquél la ocasión para volver a intentar anular el concurso, en cuyo caso -expone ahora- "la Compañía que represento ofrece al Gobierno de Su Majestad continuar sus contratos como los tiene ahora; hacer el viaje mensual conduciendo gratis la correspondencia; establecer gratis la línea de Singapoore, en la

inteligencia de que el vapor de esta línea será también de primera clase del Lloyd (...) y, -en resumen- establecer, en el acto de la adjudicación del servicio, ambas líneas". Era pues, éste, el más "generoso" de los ofrecimientos hasta entonces recibidos por el gobierno, y con ello esperaba la Olano atraerlo hacia sus propuestas, evitándole incluso "la serie de disgustos y perjuicios que en otro caso han de traerle las justas reclamaciones que esta compañía entablaría contra él". Parece por tanto más apropiado pensar que, en este intento desesperado de retener el servicio, estribaba la demora: las consultas entre Madrid y Londres habían llevado su tiempo, y sólo el 29 de noviembre sabía Rodríguez exactamente qué responder. Y es que solamente el flete del tabaco, en exclusiva, desde Manila a la Península -al precio de 10,65 ptas. el quintal-, y el no hacer hueco a ningún otro naviero privilegiado, suponía ya para la naviera Olano suficiente bocado como para apetecer la contrata, aun resignándose a no obtener mayores ganancias. Sus sugerencias y ofrecimientos no iban a caer en saco roto.

Un día después de que tuviera entrada en Ultramar el documento de Rodríguez, el subsecretario del ministerio, Cisneros, le invita a formalizar -"con toda urgencia"- la proposición allí esbozada, dándose por entendido que el depósito realizado al presentarse al concurso serviría ya para respaldar la nueva oferta. Aquel mismo día, no obstante, salía del ministerio para pasar a manos del Consejo de Estado el expediente completo

del concurso para la línea postal a Filipinas, urgiéndose a aquel alto cuerpo a emitir dictamen "acerca de todas las cuestiones suscitadas de que trata dicho expediente". Ni que decir tiene que, en breve, Rodríguez formalizaría las condiciones de su nueva oferta, recordando al ministerio la necesidad de modificar determinados detalles del pliego de condiciones, entre los que no era el menor la exclusión de las rebajas estipuladas para el pasaje oficial, cuyos precios se someterían en todo a los vigentes.

Recibido el expediente por el Consejo de Estado en 8 de diciembre de 1879, resultó en verdad acelerado su examen, pues el 27 de enero siguiente ya era devuelto al ministerio. Suscribían el dictamen Rodríguez Rubí, como presidente accidental, el marqués de Alhama, Barzanallana, Torres Valderrama, C. Alvarez, Perez Zamora, García Gómez, Martínez, Jiménez Cuenca, Cazurro, Santillán, Vida, Alarcón, Suárez Inclán, Fabié, Amblard, Conde de Tejada de Valdosa, Marqués de Bedmar, Osorio, Cánovas, Garrido, Campoamor, Magaz, Conde de Torreánaz, Cancio Villaamil, Montenegro, Posadillo, Porreño, Guerola, y Madrazo como secretario. "Varias y de diversa índole -comenzaba el escrito- son las cuestiones". En primer lugar, la de la validez legal de las proposiciones presentadas: "Ninguna duda se ofrece -opinaba el Consejo- acerca de la admisión de las proposiciones suscritas por el marqués de Campo y por Don J. Anglada". Respecto a la de Gurri, "la única mejora que se ha-

ce, se reduce a la mejora en la conducción del tabaco, que se estima por el negociado correspondiente de ese Ministerio en 37.500 pesetas al año, pues en los precios de pasaje es más ventajosa la proposición Olano, sin que pueda establecerse comparación con las otras dos, porque se ignora todavía la ta rifa que establecerán los proponentes". De esta manera, va a ser la proposición del catalán Gurri la primera en verse des echada, pues "es la más onerosa en cuanto a la subvención, por que pide en tal concepto 97.500 pesetas, cuando la del marqués de Campo se limita a exigir únicamente la cantidad de 49.500". Por otra parte, especial irritación causaba la cuestión del viaje entre Singapur y Manila, "pues no basta que se diga que se sujeta dicha proposición al pliego de condiciones cuando a continuación lo modifica, contradiciendo aquel aserto en un punto tan esencial como es el expresado". Ello la convertirá en inadmisibles para el Consejo.

En principio, se hallaba dispuesto éste a resolver en función del tipo de subvención solicitado, por no existir otros puntos de comparación comunes a todas las propuestas, y opinando de paso que podría resultar que "aun la mejora ofrecida por Gurri en la condición del tabaco no compensaba, ni con mucho, lo subido de la subvención que solicitaba". Respecto a las pro testas de Olano y Larrinaga, respecto a los temores y suspicacias de Anglada, y hasta de las instancias y peticiones venidas de otros puntos de España, afirma el Consejo que "poco ha de

decir, porque sobre ser cuestiones incidentales, no tienen verdadera importancia dentro del concurso", ya que "la fijación de los puntos de la escala es asunto puramente discrecional, que el Consejo ha creído siempre que debía dejarse al prudente arbitrio del Gobierno, porque depende de consideraciones y conveniencias que sólo la administración activa puede apreciar con acierto..." Sin embargo, lo que tiene que decir respecto a Anglada y Olano se resume en breves palabras: sus propuestas "carecen en absoluto de fundamento", pues el contrato con la segunda casa, para realizar el transporte oficial civil y militar en primera clase, se hacía valer "hasta tanto que otra empresa o particular española ofreciese mayores ventajas o efectuara por menos precio los expresados transportes de pasaje". Por lo que hacía a la cuestión planteada por Anglada, afirma el Consejo sin vacilar que "el artículo 58 de la ley electoral y orgánica del Senado en que la apoya, se refiere a los que no pueden ser elegidos senadores por las diputaciones provinciales, y compromisarios, pero no a la capacidad para contratar, que es el caso que había de resolverse tratándose de la validez de la proposición del marqués de Campo".

Por fin, pasa a plantearse el caso de la propuesta de la casa Olano hecha con posterioridad al concurso, ofreciendo efectuar el transporte sin la subvención antes exigida. El Consejo se niega terminantemente a considerar admisible dicha propuesta, por hallarse claramente efectuada "fuera de tiempo", y trae

a colación otro dictamen similar, de 26 de febrero de 1878, a propósito del concurso para la línea antillana, inequívocamente aplicable ahora, "con tanto más motivo cuanto que uno de los proponentes en el concurso citado para el servicio de los vapores-correos trasatlánticos ha concurrido también a éste". En efecto, el marqués de Campo, poco después de ver cómo Antonio López le arrebatava un negocio en el que había puesto sus ilusiones, sabemos que apeló a la opinión pública y al gobierno para tratar de conseguir gratis el servicio. Pero entonces no fue oído por el Consejo, que de esta manera trataba ahora sin duda de compensar aquella circunstancia (88). Por último, y para legitimar el conjunto, advierte el Consejo de que "aun cuando al acto se ha dado la denominación de concurso, es en el fondo y en su esencia una verdadera licitación, en virtud de la cual el Gobierno está obligado a admitir la proposición más ventajosa que en ella se presente, sin atender a ningún género de consideraciones extrañas al acto mismo, cualquiera que sea su índole". La defensa del naviero marqués es clara, porque inmediatamente después se afirma sin vacilar: "De manera que aun cuando pudiera entenderse que se perjudican los intereses del Tesoro, rechazando la proposición Olano, ni su admisión sería legal, ni el crédito del Estado y la buena fe con que siempre contrata permítenle defraudar las esperanzas de los demás concursantes, dejando sin efecto un acto revestido de todas las solemnidades de derecho".

Por consiguiente, exceptuando la propuesta de Gurri y declarando válidas todas las demás, la de Campo aparece como la más conveniente para los intereses públicos, y sobre ella habrá de recaer la elección del gobierno. Así se lo aconsejaba al menos el alto cuerpo consultivo al que había acudido. No obstante, un largo voto particular -individual pero sin firma aquí- atestigua la existencia de un discrepante entre los consejeros, firme defensor -parece- de los intereses de la Olano y Larrinaga. Opina el disidente que existen tres elementos sobre los que debería haber versado la licitación: el flete de tabacos ("sobre cuyo servicio no se sabe si se habrán puesto, como era menester, de acuerdo los Ministerios de Hacienda y Ultramar"), la tarifa oficial del pasaje ("y las rebajas que en ella pudieran hacerse en favor de los empleados oficiales y clases de tropa") y, por último, la subvención por viaje redondo, como premio a la conducción de la correspondencia oficial. Por el contrario, en el pliego de condiciones y en las proposiciones que a él se adaptaban, no se abría competencia más que sobre este último aspecto, lo que había producido en definitiva el embrollado estado de la cuestión a estas alturas. De modo muy distinto al resto de sus compañeros, el consejero firmante era de la opinión de que estas cuestiones, surgidas en torno a la omisión, sí revestían importancia y por ello pasaba a examinarlas.

Así, la apuntada incapacidad del senador Campo (89) para

contratar con el Estado merece, a su juicio, una serie de con-
sideraciones. En primer lugar, que el reglamento establece
perfecta equiparación entre los senadores por derecho propio,
los vitalicios y los electivos, "y como estos últimos no pue-
den llegar a serlo, según el artículo 5º de dicha ley electo-
ral, si son contratistas de servicios públicos, hay cierta re-
pugnancia, que nace del espíritu de la ley, aunque no conste
expresamente en ningún precepto escrito, en que puedan ser con-
tratistas los que ya son senadores, pues claro está que no pue-
de establecerse para esto distinción entre los vitalicios y
los electivos". En opinión del consejero que suscribía el voto
habría de quedar, pues, a la consideración del gobierno el de-
sestimar sin más la propuesta de Campo o dejar que el Senado
lo incapacitase para tomar asiento entre sus filas, por haber
contratado con el gobierno. En definitiva, se inclina el desco-
nocido autor del voto por eximir de cualquier obligación al
Estado en el momento presente, optando por la discusión del
asunto en Consejo de Ministros, en cuyas manos estaría "deter-
minar si debe aceptar alguna de las proposiciones presentadas
(...), para lo cual no dejará de influir en su resolución la
propuesta de ejecutar sin subvención este servicio, por la mis-
ma casa que ahora lo hace de un modo satisfactorio, lo que im-
porta una considerable economía en los gastos de aquellas Is-
las".

Seguía a continuación una "refutación al voto particular"

que el propio Consejo se creía obligado a acompañar, por estimar la gran mayoría de sus componentes que "la disidencia del voto particular, se refiere más bien a puntos secundarios y de pública conveniencia, que no afectan de modo alguno a lo esencial del concurso". Pero precisamente acerca de aquellos puntos -vuelve a hacerse notar- no se había pedido parecer al Consejo. Por otra parte, y respecto al espinoso asunto de la cuestionada legalidad de establecer contratas oficiales con el senador señor Campo, existía -como el propio Consejo no tie ne inconveniente en destacar- el precedente del también marqués de Comillas, y en todo caso -concluye el escrito- "aun admitiendo que exista semejante incompatibilidad, no es la Administración, a juicio del Consejo, la que debe declarar que los senadores no pueden ser contratistas, sino que "es el Senado al que corresponde estimar si un contratista ha perdido el carácter de Senador".

A partir de aquí los trámites son rápidos: la subsecretaría de Ultramar, que examina el informe el mismo día 27 de enero en que llega al ministerio, da luz verde para su paso a Consejo de Ministros. Dos días después se recibía también un informe reservado, que solicitara el ministro a una junta de altos funcionarios de Ultramar, todos ellos componentes de la mesa en el concurso de 3 de noviembre anterior. Coincidente en lo esencial con el Consejo de Estado (90), el informe de la junta de Ultramar sugiere, sin embargo, que el gobierno debe-

ría tener en cuenta la segunda propuesta de Olano y Larrinaga, a pesar de haber sido presentada fuera de concurso, porque entre ésta y la de Campo "hay una diferencia, en los diez años que ha de durar el servicio, de más de un millón de pesos, y si como es probable, se duplican las expediciones mensuales, la diferencia pasará de dos millones", y es por ello por lo que aconsejan "no hacer la adjudicación, invitar a Olano a afianzar su última proposición como base de un nuevo concurso, y una vez obtenida su conformidad, repetir el acto del concurso, dándole toda la publicidad necesaria y reformando, para ello, el pliego de condiciones a tenor de la proposición, que serviría de base." No obstante, bien fuera el ministro competente de opinión contraria, o ya se tratase de presiones de otro tipo, lo cierto es que el 30 de enero de 1880, se concedía al marqués de Campo el servicio oficial de conducción de la correspondencia entre la Península y las Islas Filipinas. Comenzaba así lo que su biógrafo Almela ha denominado "els procelosos assumptes de la navegació", deslumbrado sin duda por la fortuna de Comillas en este terreno, y a corta distancia de la muerte, tras una larga vida de actividades especulativas diversas. La prensa valenciana apenas refleja esta circunstancia novedosa en la vida de un personaje tan popular para la ciudad como lo fué el marqués (91). La Cámara baja, sin embargo, sí se hizo eco momentáneo de la circunstancia: el 5 de febrero siguiente, por boca de Alfonzo; el 7 de abril, sería Venancio González.

Un mes más tarde, la casa Olano llevaba adelante el contencioso que anunciara amenazante en el momento del concurso. De nuevo será Hipólito Rodríguez el encargado de realizar las gestiones precisas. Con domicilio esta vez en Lope de Vega 23 y 25, se dirige la naviera al ministro de Ultramar, con fecha 14 de mayo, para llamar su atención acerca del pasaje oficial, sobre el cual -y conforme a lo dispuesto hasta el momento- ignoraba todavía la casa Olano "si el Gobierno de Su Majestad se propone encomendar servicio tan importante al nuevo concesionario de la línea, o si se propone con tal fin continuar usando los servicios de la Compañía Olano Larrinaga". Remitido el asunto a Consejo de Estado, emitirá éste dictamen a 7 de julio, sobre la interpretación correcta que cabía dar al artículo 40 del pliego de condiciones, sobre el transporte oficial (92). No era ésta la primera vez que la Olano pretendía seguir conservando la concesión del pasaje oficial, pero opina el Consejo que no es posible tomar en cuenta sus pretensiones, porque las nuevas disposiciones ministeriales anulan toda normativa anterior. No le quedaba, pues, a la naviera más que actuar por la vía legal.

Precisamente acababa de recurrir a ella. A principios de julio presentaba Venancio González, ante la sección de lo Contencioso, una demanda en nombre de la casa comercial Olano, Larrinaga y Compañía, contra la real orden de 30 de enero. José García Barzanallana, presidente de aquella, solicitó en breve del

ministerio de Ultramar el expediente gubernativo correspondiente, pero hasta pasados siete años no vuelve a saberse nada de la marcha del asunto. Por fin, el 17 de febrero de 1887, una nota del Consejo de Estado concluyó archivando el asunto y devolviendo el expediente a su ministerio, "en vista del tiempo transcurrido sin que el autor agite el curso de esta demanda, ni cumpla los proveídos de la Sección".

Pero para entonces, incluso, la empresa naviera de Campo ya había sido herida, decisivamente, por el prosperar agresivo de su rival en el negocio marítimo. A la altura de 1887, la Compañía Transatlántica del marqués de Comillas se enfrentaba a una dificultosa maniobra, de éxito asegurado, sin embargo, por la que pasaba a hacerse cargo de todas las líneas oficiales del Estado español. Hacía ya tres años que el derrotero filipino estaba también en sus manos, por compra al marqués de Campo, tras una serie de forcejeos que motivaban fuentes de beneficio tan decisivas como las del tabaco de Filipinas. Su rivalidad arrancaba, al menos, desde la cuestión de la línea antillana, en 1887, y los años que mediaron entre la conquista por el valenciano (dos años después) de la subvención, -y la competencia privada que entabló Comillas-, están llenos de prolongados conflictos ante la opinión pública y la administración. En 1958, I. de Villalonga relataba en el Ateneo Mercantil de Valencia cómo una entrevista habida entre los dos marqueses en el palacio barcelonés del santanderino, en Portaferrissa, aca-

baría incluso con violencia (93). Poco después moría Antonio López, y su hijo Claudio pudo aprovechar las dificultades financieras de José de Campo para acordar con éste el traspaso de la subvención y los honores oficiales a su recién heredada empresa marítima, desde 1881 convertida en Trasatlántica Española. Sin embargo, el período que se abre entre aquellos dos momentos reviste un especial interés para rastrear el papel del Estado en el proceso de concentración capitalista producido en el sector naviero. Porque su actitud se descubre manifiestamente favorable al más grande. Comillas, es verdad, contaba con mayor apoyo financiero en París y La Habana, y dominaba prácticamente al Hispano, pero también había establecido una serie de relaciones personales e ideológicas con los hombres del aparato que lo convertían en pieza (casi) insustituible del engranaje. La concurrencia había abandonado ya sus moldes liberales para adentrarse en derroteros más complejos.

Comenzar por la pugna pública que se abrió entre los dos financieros, posibilitará después el análisis de conductas diferentes en la administración del Estado, respecto a cada uno de ellos. Un folleto "de descargo y explicación", publicado por Joaquín del Piólagó, administrador general de la flamante Compañía Trasatlántica, en 1882, servirá de hilo conductor (94). Según se afirma allí, "una avalancha de folletos, comunicados, sueltos y artículos de periódico" inspirados por José de Campo y dirigidos invariablemente contra la Compañía, vienen "fati-

gando al público, hastiado ya de relaciones fantásticas acerca de la mala calidad de las naves, de las imperfecciones del servicio, del retraso en la navegación y del quebranto inmenso que sufrirán los intereses públicos" por ser la Trasatlántica la empresa concesionaria del servicio oficial de transporte de correspondencia entre la Península y las Antillas.

En realidad, la rivalidad entre ambos hombres de negocios se remontaba al momento crucial de la fundación del Hispano-Colonial. Previamente a su fundación, en 1876, había ofrecido el valenciano al gobierno conservador sus capitales para poner fin al conflicto cubano. Pero Cánovas y sus hombres se inclinaron en cambio por seguir las directrices que marcaba Antonio López, reservando así sólo una pequeña participación a Campo, como accionista que fue del Hispano. El desaire no habría de superarlo Campo jamás, iniciándose así una rivalidad que llevaría a este último a adentrarse por senderos de la especulación, que antes le fueran impensables. Poco después tenía lugar la palpable consolidación del negocio antillano para Comillas, lo que animó a Campo a iniciar la campaña de propaganda en su contra, pero sin olvidar la posibilidad de conseguir del Estado un trato favorable gracias también a iniciativas patrióticas. El 5 de noviembre de 1881 escribía al ministro de Estado ofreciéndole encabezar una suscripción voluntaria, con cinco millones de pesetas, para la recuperación de Gibraltar. Aconsejaba el marqués, por si lo recaudado no fuera suficiente, recurrir

al empréstito forzoso (lo que acabaría anulando la primera posibilidad), en cuyo caso se hallaba bien dispuesto a participar "en la proporción que se le señale" (95). Desoído su consejo, y desde un año atrás detentador de la línea filipina, vuelve Campo a la carga a propósito de los barcos, y en 1882 dirige a las Cortes su Exposición, donde volvía a reiterar su anterior propuesta de hacer gratuitamente el servicio postal a las Antillas, al tiempo que denunciaba que muchos de los vapores de Comillas no figuraban en las clasificaciones mundiales acreditadas (Lloyd o Veritas).

La Trasatlántica se defendía ahora de los cargos. Y contrataba alertando a la opinión sobre el hecho de que José de Campo "aspira a vencerla en duelo mortal para quedarse dueño absoluto de la navegación de altura a vapor, y luego estar en condiciones de imponer la ley al gobierno y a los particulares". En esta línea de disertación llegará incluso la empresa de Comillas a hacer público un texto que, sin duda, fue olvidado cuidadosamente unos años después, cuando era ella precisamente la que se alzaba con el monopolio: "El Marqués de Campo se propondrá mejorar el servicio y rendir un beneficio cuantioso a la nación, pero por el camino que lleva, aun sin quererlo ni dignárselo, puede llegar al monopolio, a dominar exclusivamente en nuestra navegación de vapor y de altura, con lo que si no él, quien le reemplazase, podría imponer la ley al Estado, y convertir todo el beneficio de presente en cargas y regímenes

mañana. Esta hipótesis es, más que razonable, probable, y no conocemos gobierno alguno capaz de alentarla sin pecar de improvisación y caer, por excesiva candidez, en el extremo mismo que se propusiera evitar" (96). La empresa de Comillas, cuya reputación se veía ahora en peligro a causa de la seria campaña promovida por Campo, consideraba "menestar que no haya un solo español que ignore que la razón y la justicia, en plena armonía con los intereses públicos, están del lado de la Compañía Transatlántica", y que el naviero valenciano veía guiada su ofensiva conducta, exclusivamente, por "la contrariedad (que le produjo) no haber logrado el servicio (de las Antillas)", teniendo su proceder "mucho de competencia financiera".

Firme y entregado a la tarea de desacreditar a quien tan cruda lucha sostiene con la compañía que representa, recuerda aquí Joaquín del Piélagos que el propio marqués de Campo había sido objeto de una amenaza similar, al atreverse la Oleano y Larinaga, poco antes, a ofrecer al Estado la gratuidad del servicio. Ello pone de relieve, según el que escribe, la dificultad de "explicarse en términos satisfactorios el diverso proceder del señor Marqués de Campo como contratista y como aspirante", dándose además la circunstancia de que "las condiciones son distintas y favorabilísimas para el Marqués de Campo, que podría mostrarse generoso en la apariencia y hacer, no obstante, muy lucrativo y saneado su negocio". Se trataba, sin lugar a dudas, de la cuestión del transporte a la península del taba

co filipino, sabroso bocado que la Trasatlántica, muy probablemente, ya codiciaba desde hacía tiempo. "La ganancia en el contrato de correos a Filipinas -sigue escribiendo Piélagos- es triba en el precio del pasaje oficial y en el transporte del tabaco, para el que goza de exclusiva". Con el tipo de 10,65 pesetas por quintal, en efecto, contaba el contratista con la facultad de traer a la península la totalidad del tabaco en ra ma dispuesto para su elaboración en Manila. Según la competencia, se conducía al año una media de 90/100.000 quintales, lo que suponía óptimas ganancias para la compañía explotadora del servicio.

Por el contrario, se quejaba la Trasatlántica de la desigualdad existente en este aspecto para el servicio de las Antillas, hasta el punto -afirma- de que "lo que es beneficioso para el contratista de Filipinas es carga, y muy pesada, para el de Cuba y Puerto Rico": el precio del tabaco, según sus estimaciones, nunca había pasado allí de 2,50 pesetas para cada quin tal transportado, y el gobierno pagaba por cada soldado que iba a las Antillas 20 pesos (en tanto que para Manila -con una distancia aproximadamente doble- abonaba más del cuádruplo de aquella cantidad: entre 90 y 100 pesos). En su hábil maniobra defensiva que apunta ya al contraataque, juzga el defensor de la Trasatlántica: "Puede calcularse (con los datos anteriores) a cuán poca costa podría echárselas de rumbo el marqués de Campo, sin perjudicar sus intereses ni tomar la ofensiva con-

tra una Compañía que no cuenta en su contrato fuentes tan abundantes en que asentar una sólida especulación" (97).

Era tal el enrarecimiento del ambiente que las luchas provocadas por el financiero valenciano habían producido, que la Compañía de Comillas, temerosa de que ello pudiera afectar no sólo el presente de la empresa naviera, sino lo que era más importante: su tenazmente perseguida ampliación de horizontes, decide -en octubre del 82- poner en manos de un grupo de letrados (que desafiante ostenta como "correspondientes a las diversas escuelas del derecho") la defensa y confirmación de la legalidad de los vínculos contraídos con el gobierno español. Había elegido un equipo de jurisconsultos compuesto por Cándido Nocedal, Santos de Isasa, Faustino Rodríguez San Pedro, José Gallostra, Vicente Hernández de la Rúa, Augusto Comas, Germán Gamazo, Alberto Bosch y Aureliano Linares Rivas (98). A ellos sometía la empresa un cuestionario de cuatro preguntas:

1- el servicio de correos suscrito, ¿era un verdadero contrato bilateral, o sólo un acto administrativo?

2- en el caso de que fuese contrato, ¿podría haber otros motivos de rescisión que no fuesen los estipulados en la escritura pública, firmada entre la Compañía y el Ministerio, en 15 de marzo de 1878?

3- ¿era totalmente válida la subrogación hecha por la casa Antonio López y Cía. a su continuadora la Compañía Trasatlán-

tica, subrogación hecha con el consentimiento y visto bueno del Gobierno?

4- la carencia de clasificación internacional por parte de los buques de la Compañía, clasificación que sin embargo tuvieron antes de pasar a servicio del Estado, sin renovarse desde entonces "por ser totalmente inútil", ¿es denunciabile como factor de incumplimiento de contrato? (99).

El dictamen firmado por el grupo de abogados abordaba las respuestas por el mismo orden en que le fueron hechas las preguntas. Así, recuerdan que la R.O. de 7 de marzo de 1878, "de conformidad con el negociado correspondiente, la Junta de Jefes del Ministerio de Ultramar y del Consejo de Estado en pleno", otorgó a Antonio López la concesión de la línea hasta las Antillas, siendo cumplidos por aquél, escrupulosamente, todos los trámites precisos para que pueda considerarse un verdadero contrato bilateral". Por lo cual, no se trataba "de un acto administrativo, revocable a voluntad del Gobierno", y suponiéndose que "cuando haya justos motivos de rescisión, fuera del incumplimiento por parte del contratista, procede indemnizar" (100). Ello enlazaba con la segunda cuestión, respondiendo a la cual volvía a traerse a colación la indemnización pertinente, al margen de una supuesta parvedad de las subvenciones otorgadas por los gobiernos españoles a las líneas marítimas, lo que -siempre según los letrados-, obligaría aun más a la administración "a la estricta observancia de las escasas ventajas

que por su parte ofreció al contratista" (101). Respecto a la transmisión a su sucesora de la relación contractual entre la Antonio López y el gobierno, -sobre la que volveremos en el capítulo próximo-, nada valía objetar, puesto que así lo habían reconocido ambas partes en su totalidad (102). Por último, que daba la más espinosa de las consultas, la que se refería a la puesta en duda calidad de los barcos en servicio de la Trasatlántica. Es ahí donde se evidencia más la proclividad de los abogados a sueldo de la compañía a echar tierra sobre el asunto, sin abordar, hábilmente, las raíces del problema. Ello es algo -escribían- "que debemos averiguar como letrados, porque como españoles bien sabido lo tenemos, pues nadie ignora en este país, por más que técnicamente no pueda afirmarlo, que los vapores correos de Cuba son excelentes, hacen los viajes con mucha rapidez y grandísima seguridad, que en ellos se da buen trato a los viajeros, y en suma, que constituyen una flota respetable y que con orgullo se ofrece a la consideración de propios y extraños" (103). Se atienen, en fin, los opinantes al hecho de que es preceptiva para la Compañía una revisión periódica de sus buques a cargo de una comisión facultativa de la Armada, revisión en virtud de la cual es posible, "desde la exclusión del buque que se inutiliza, hasta la más insignificante medida que conceptúe a propósito para la comodidad del pasaje, para la celeridad de la navegación, y para la seguridad y mejor éxito de todo el servicio". Estas revisiones -concluye el informe- son mayor garantía "de celeridad" que los certificados

del Lloyd o del Veritas, pues "no es lícito rebajar la eficacia de un reconocimiento oficial ante un reconocimiento privado, y eso, ni quiere hacerlo, ni lo ha dispuesto, ni lo dispondrá jamás ningún Gobierno español" (104).

Es muy probable que, con el anterior dictamen, tratara el ya anciano Antonio López de espantar posibles fantasmas entre suspicaces y concurrentes. Contrastaba tanto su creciente fortuna con la penuria y dificultades de la marina mercante española, en general, que no es difícil comprender el por qué de una incipiente enemiga contra la compañía que él dirigía. Su amistad personal con el monarca, sin embargo, le respaldaba potentemente frente a la clase política y la alta burguesía financiera, de la que formaba parte. Convertido en marqués desde 1878, en agradecimiento a su intervención en la liquidación de la guerra cubana, Antonio López, primer marqués de Comillas, pasó a ser grande de España en 1881, a raíz de la estancia real en su palacio santanderino. Ponfase buen cuidado en ejemplificar en el marqués las bondades de su clase: a 3 de octubre, Atanasio Oñate, de parte del rey, comunicaba a Comillas que la reciente gratificación real no correspondía a "las grandes pruebas de cariño y simpatía" que Antonio López y su esposa otorgaron a la real pareja como huéspedes, sino "al hombre que es para él (el monarca) la más fiel personificación del trabajo, al hombre que todo lo debe a su poderosa iniciativa (...), y cuyo acendrado amor a la patria pone por principal lema en

todas las empresas el nombre de España, que quisiera ver por encima de todas las naciones" (105). Al decir de su biógrafo Bayle, junto a la Grandeza, se le ofrecía el ducado de Navalmoral, o cualquier otro al que quisiera vincularla, sin que Comillas llegase a aceptar el honor.

Pero no parece todavía momento de abordar esa progresiva prosperidad que fue capaz de labrarse la dinastía López, en tanto que las iniciativas navieras de su competidor el marqués de Campo se vanían abajo. Sí, en cambio, puede traerse aquí a colación la diferente conducta de la administración para con uno y otro de sus dos concesionarios oficiales, en cada una de las líneas coloniales. La cuestión de las multas impuestas por incumplimiento en el servicio es sólo una de las muestras, aun que quizá la más aparente.

Ya dijimos más arriba que, pese a una estricta reglamentación -que contrastaba con un cumplimiento no tan estricto-, rara era la ocasión en que Antonio López vió afectada su reputación y sus finanzas con la imposición de alguna pena pecuniaria. Quizá podía ocurrir que alguna de las instancias competentes promoviera el expediente oportuno, pero una u otra de las superiores detenía el proceso. El Consejo de Estado llegó a levantar en muchas ocasiones multas ya impuestas; escogido al azar el tomo de sus sentencias para 1864, seis corresponden a asuntos de la naviera Antonio López; las resoluciones adopta-

das revierten en cuatro ocasiones a favor de la compañía, y sólo dos confirman las multas impuestas por la administración (106). En los años que siguieron, ya bajo la Restauración, se acentuó sensiblemente esta tendencia a favor del contratista del servicio de correos con las Antillas, lo que en buen número de ocasiones tropezó con la oposición de la marina militar. Por supuesto, también el marqués de Campo cometió irregularidades en el servicio de Filipinas, y a castigarlas se acudió con mayor dureza. Al menos así ocurriría en 1881 y 1883, en que existen las consabidas reclamaciones contra las multas impuestas. Francisco Silvela, primero, y Cristino Martos, después -por "incompatibilidad" del primero-, van a ser sus abogados ante la sección de lo Contencioso del Consejo de Estado (107). Veamos brevemente el recorrido de los pleitos.

La primera de aquellas multas le había sido impuesta a José de Campo el 3 de agosto de 1881, en vista del expediente instruido en la Comandancia de Marina de Barcelona acerca del retraso sufrido por el vapor correo "Barcelona", de la línea de Filipinas, en su viaje de regreso a la Península desde Manila, de donde había salido el 1º de mayo (108). Al recalar en Barcelona el 15 de junio siguiente, llevaba el barco un retraso de un día, cinco horas y cuarenta y cinco minutos. Las autoridades de Marina declararon al marqués, por unanimidad, incurso en la responsabilidad que señalaba el artículo 57 del contrato, y en virtud del mismo se le obligaba a una multa de 10.000 pe-

setas. El quince de agosto suplicaba aquél al ministerio de Ultramar que, "en atención a la inevitable causa del retraso" y a su "insignificancia", se le condonase la multa. Su petición sería sin embargo desestimada a comienzos de septiembre, volviendo a suplicar el marqués, a mediados de noviembre, que "como gracia", le fuese aquélla perdonada. En esta circunstancia, acordó el ministerio remitir el expediente al pleno del Consejo de Estado, que en su dictamen no encontró razón alguna para acceder a los deseos del contratista de Filipinas. De acuerdo con el mismo, expediría el ministerio la R.O. de 8 de junio de 1882, que desestimaba esta segunda instancia de Campo.

Para entonces, una nueva multa, de cuantía mucho más elevada, había venido a sumarse a los problemas económicos que hoxa daban la actividad naviera del marqués. Por real orden de 4 de noviembre de 1881 (109), en vista de una comunicación de 25 de junio por la que el inspector de correos marítimos informaba al ministro de Ultramar de que el "Magallanes" y el "Valencia" habían eludido las escalas de Cartagena y Vigo, "por la razón de no tener carga y pasajeros en dichos puntos", imponía al contratista una multa de 160.000 pesetas, alegando la específica obligación contraída de hacer todas las escalas, -que "no habían sido establecidas tan solo en utilidad de la Empresa concesionaria, sino más bien por causa del mejor servicio público". El artículo 59 estipulaba un máximo de 40.000 pesetas por falta, y a razón de ese tope se le computaron a Campo las cuatro

contraídas en el doble itinerario. Para esta nueva multa volvió el marqués a solicitar perdón, siempre en vano, accediendo en cambio el Consejo de Estado a rebajar la pena hasta la mitad, como "cantidad más compatible con el auxilio que anualmente recibía la empresa, o relacionada con la que correspondía a cada una de las expediciones, pero manteniendo la corrección en la masa bastante a penar una falta repetida, así como a garantizar la constante observancia de todas las reglas y todas las escalas establecidas por la Real Orden de 30 de enero de 1880".

Contra otra real orden, la de 8 de junio de 1882 que mencionamos más arriba, recurrirá Francisco Silvela en nombre del marqués de Campo, interponiendo demanda contencioso-administrativa en septiembre de aquel año. Demanda que, una vez declarada procedente, amplió con la súplica de que fuese revocada dicha real orden, condonándose de paso ambas multas. El Consejo de Estado tardó en dilucidar el asunto, pero entre tanto, el 15 de junio del 83, afectaba a Campo la imposición de otras dos nuevas multas, de 10 y 20.000 pesetas, respectivamente, por retrasos sufridos por el "León XIII" y, de nuevo en litigio, el "Magallanes". A ellas va a ser aplicado el mismo procedimiento: la súplica de su condonación, primero, e inmediatamente después de ser denegada ésta, el recurso contencioso. Pero todavía no se había pronunciado el Consejo cuando el abogado de Campo, -ya Cristino Martos- traía ante el supremo cuer

po consultivo la R.O. de 25 de abril de 1884, dictada tan sólo una semana antes, y por la que el marqués de Campo traspasaba a su competidor Comillas, definitivamente, su concesión oficial para el servicio de correos a Filipinas. Se trataba ahora de que, puesto que "la Empresa representada por el marqués de Campo había dejado de existir (...), las razones de equidad impulsaban a no ejercitar los derechos que nacían del contrato en materia de imposiciones pecuniarias sobre una personalidad que había cesado de tener vida legal". Conforme al ministerio de Ultramar, sólo con el traspaso del negocio pudo verse libre el valenciano, en realidad, del celo fiscal de la Administración. No obstante, seguía entre tanto interpuesto en el Consejo de Estado el recurso contra las primeras multas. Hasta el 7 de abril de 1888 no dictará el Consejo su sentencia final. A pesar de que se hallaba entonces la sección presidida por el propio Venancio González (110), la resolución suscrita por el conjunto de los consejeros, y que pasaría a convertirse en el real decreto de 30 de abril siguiente, absolvía a la Administración General del Estado del recurso interpuesto por el marqués de Campo, con lo cual quedaba fijada irrevocablemente su responsabilidad y la pena pecuniaria que llevó aparejada.

Quizá no merezca la pena siquiera recordar que, en cambio, en el período comprendido entre 10 de octubre de 1878 y 20 de septiembre de 1882, los vapores de Comillas sufrían al menos: tres retrasos en los pocos meses que cubre el expediente para

1878; dos más en 1879; uno en 1880; ocho en 1881 y seis en 1882 (111). En cualquiera de los casos, la propia comandancia de Marina aducía como eximentes la circunstancia de tratarse de "accidentes extraordinarios", causas de "fuerza mayor" o "incidentes de mar inevitables". Ni una sola multa hemos logrado rastrear para este período. Pero antes de ocuparnos del afortunado seguidor de un servicio tan bien remunerado, merece la pena traer aquí brevemente los datos que hemos logrado recopilar sobre la escasamente conocida actividad naviera del financiero marqués de Campo (112).

A mediados de 1883, los Vapores-Correos del Marqués de Campo. Líneas regulares de Asia, Africa, América y Oceanía- así se anunciaban en la prensa (113)- poseían "un servicio mensual, en días fijos, desde Liverpool a Burdeos, Coruña, Vigo, Cádiz, Cartagena, Valencia, Barcelona, Port-Said, Suez, Aden, Punta de Galles, Singapur, Manila y viceversa". Así, por ejemplo, el viaje de agosto de dicho año, que realizaría el vapor "Santo Domingo", partiría el día 15 de Liverpool, el 19 de Burdeos, el 20 de La Coruña, el 21 de Vigo, el 24 de Cádiz, el 25 de Cartagena y el 26 de Valencia. Llegado a Barcelona, permanecería allí hasta el 1^a de septiembre, en que había de partir rumbo a Port-Said, de donde saldría de nuevo el día 8, etc., para cubrir la última etapa entre Singapur y Manila, a finales del mes de septiembre. Es difícil saber cómo reaccionó el pasaje -predominantemente oficial- al cambio de manos entre la Ollano y la em

presa de Campo, pero sí quedan ciertos testimonios en la publicística del momento. En la Revista de España analizaba F. J. de Moya, en ese mismo año de 1883, las comunicaciones y transportes del archipiélago, entre otras cuestiones de política colonial filipina: "El servicio marítimo entre las Filipinas y España -a su entender- ha mejorado notablemente desde que el Excelentísimo Señor Marqués de Campo obtuvo la concesión de aquella línea" (114). Diez de los veinticinco vapores que por entonces posee José de Campo están adscritos a la línea de Filipinas; entre ellos, como mejor pieza, el "Viñuelas", un buque de 3.108 toneladas, y con ellos -siempre según Moya- "ha establecido constante y periódica comunicación entre la Península y todas las colonias españolas, en muchas de las cuales es la primera línea regular de vapores nacionales que se ha conocido".

Al otro lado del Pacífico también llevaba Campo, entre tanto, otro negocio marítimo. Desempeñó, durante un tiempo, el servicio de Cuba y el golfo de Méjico, que partiendo de Burdeos, Santander, Coruña, Vigo y Cádiz, se dirigía a Puerto Rico, Habana, Progreso y Veracruz, y que llegó a contar después -ya en manos de la Trasatlántica, que logró arrebatárselo a la casa Herrera, que lo heredó de Campo-, una subvención anual de 89.250 pesos (115). Con los ojos puestos en la esperanza de la próxima apertura del canal de Panamá (116), Campo quiso retener dicha línea el mayor tiempo posible, volviendo en junio de 1883 a

ofrecer al Estado el servicio gratuito para las Antillas, sin lograr más que el revuelo de la opinión pública (117).

Todavía tardaría un tiempo José de Campo en resignarse a perder la partida antillana, en la que siempre tuvo el mayor interés, pero por lo que respecta a Filipinas, y tras cruzar con el santanderino Comillas impresiones no precisamente amistosas, acabó cediendo: en 14 de marzo de 1884 solicitaba el marqués de Campo en el ministerio de Ultramar la oportuna autorización para realizar la transferencia del servicio oficial de vapores correos entre la Península y Filipinas a la potente Compañía Trasatlántica. El 28 del mismo mes, el representante de la Trasatlántica en Madrid solicitaba también la autorización debida para hacerse cargo del negocio, declarando que la sociedad por él representada se hallaba "dispuesta a aceptar la cesión del servicio con las obligaciones que el pliego impone al que lo desempeña". Previa consulta al pleno del Consejo de Estado, y discutido en Consejo de Ministros, el asunto aparecía resuelto por el real decreto de Ultramar de 17 de abril de 1884 que, en su artículo único, autorizaba al marqués de Campo para ceder y subrogar el contrato que lo vinculaba con el gobierno, a la Compañía Trasatlántica, la cual, por su parte, se comprometía a aceptar que "todas las modificaciones introducidas en la constitución de la Compañía Trasatlántica al tiempo de autorizarse a su favor la transferencia del servicio de vapores-correos a las islas de Cuba y Puerto Rico, han de

afectar de igual modo al servicio entre la Península y el archipiélago filipino" (118). Heredero principal de su padre, Claudio López Brú, segundo marqués de Comillas, tenía ya en su poder dos robustos canales confluyentes para la explotación colonial.

Pero para entonces, la historia financiera de la familia López había evolucionado ampliamente al compás rápido de buenos momentos para la acumulación de capital, en la España del XIX. Se ha señalado con insistencia la impulsión capitalizada producida en los años 1881-82 en las áreas más industrializadas del país. Rentas de origen colonial estuvieron en la base de muchos de aquellos negocios, como en cualquier otro lugar, y desde la Edad Moderna, aunque ahora su carácter sea bien distinto. El 22 de septiembre de 1882, por ejemplo, se constituía en Bilbao una sociedad anónima bautizada como "La Vizcaya. Metalurgia y Construcciones". Su capital social era de 12,5 millones de pesetas, aportadas en 25.000 acciones, y su presidente, José Antonio de Olano, "cuyo nombre ha estado mucho tiempo unido a una importante línea de vapores" (119). También de él había conseguido Comillas, al retirarse aquél del transporte filipino, la venta de una serie de buques.

NOTAS AL CAPITULO XI.

- (1) Además de los datos proporcionados por los hagiógrafos de Claudio López, candidato a la canonización en Roma, para reconstruir la biografía de su padre, el primer marqués de Comillas, y haciendo especial hincapié en la narración del duque de Maura que más abajo se cita, pueden verse al respecto F.Barreda, "D. Antonio López y López, primer marqués de Comillas", en Aportación al estudio de la historia económica de la Montaña (1857-1957), Banco de Santander, Santander, 1957, pp. 839-846, así como la escueta noticia biográfica que proporciona M.Pereda de la Reguera, Indianos de Cantabria, Santander, -Diputación Provincial, 1968, pp.106-107. Para su actividad gaditana, J.G.Manrique de Lara, La marina mercante ochocentista y el puerto de Cádiz (A.López y Compañía y el emporio gaditano de la Transatlántica), Cádiz, s.a. (1973).
- (2) Sin pretensión de exhaustividad, citamos aquí a C.Bayle, S.I., El segundo marqués de Comillas, Don Claudio López Bru, Madrid, Razón y Fé, 1928; S.Nevares, S.I., El patrono ejemplar, Madrid, 1936 y, tomando datos de ambos, la obra del -- también jesuita E.Regatillo, Un marqués modelo, Santander, -1950. Más aprovechable es G.Maura y Gamazo, Pequeña historia de una grandeza. El marquesado de Comillas, Barcelona, 1949, y siguiendo la misma línea, la historiografía más reciente, M.Granizo, "El segundo marqués de Comillas. Empresario ejemplar", en Biografías de sociólogos españoles, Madrid, Ministerio de Trabajo, 1963.
- (3) Lo aquí contenido es parte de una investigación más amplia, que --a propósito de las empresas navieras de la dinastía Comillas entre 1856 y 1909-- llevo ya bastante avanzada. Con ella espero en su día acreditar muchos de los asertos que quedan -- aquí esbozados. Como introducción, puede verse, F.Cossío, La Compañía Transatlántica. Cien años de vida sobre el mar, 1850-1950, Madrid, 1950.
- (4) Juan Antonio Güell y López (al morir sin descendencia su tío Claudio López) pasó a ser el tercer marqués de Comillas en 1925. Era entonces también conde de Güell y de Ruiseñada, títulos -- que heredó de Eusebio Güell y Bacigalupi, primer conde de Güell y cuñado de Claudio López por matrimonio con su hermana Isabel. El tercer marqués de Comillas era también doctor en derecho e individuo de número de la Real Sociedad Geográfica, no descuidando estos aspectos intelectuales a lo largo de su vida. Para detalles, vid. la Guía de la Grandeza, Títulos y Caballeros de España, 1917, p.214; R.Moreno y Morrison, Guía Nobiliaria de España (1933-35), Madrid, 1935 (2ª ed.), p.41, y J.Atienza, Grandeza y títulos del reino concedidos por S.M. Alfonso XII (1875-1885), Madrid, 1966.
- (5) Por más que la enemiga terrible que media entre el protagonista y el autor puede restar valor a lo que allí se dice, re-

sulta jugosa la lectura de una obrita panfletaria del cuñado de Antonio López, Francisco Brú, que acusa a aquél de haberlo despojado, a él y a su familia, "de cuanto poseíamos con objeto de hacerlo servir de base a su fortuna". Fortuna que Brú evalúa en 40.000.000 de duros, conseguidos en un intervalo de veinte años. Por ello recibe los calificativos de "mercader habilidoso", "antiguo negrero", y "agiotista sin conciencia" (F.Brú, La verdadera vida de A.López y López, Barcelona, Tip.L.Obradors, 1885, citas en pp. 27 y 11, respectivamente).

Por otra parte, la naturaleza de las primeras transacciones de A.López en Cuba, al margen del establecimiento comercial al por menor establecido en la isla, y que todos sus biógrafos mencionan, es difícil de constatar, aunque no de imaginar. Tampoco es fácil que un rastreo por los archivos cubanos arroje mucha luz al respecto.

- (6) Con datos extraídos de la prensa y de las biografías más arriba citadas ha escrito J.J.Castillo páginas apretadas que, según sus propias palabras, no pretenden contribuir al estudio de la burguesía de empresa sino cubrir inicialmente la actividad de Claudio López como organizador de los sindicatos católicos (El sindicalismo amarillo en España, Edicusa, 1977, pp. 253 ss.)
- (7) Breves menciones a los dos Comillas en M.Tuñón de Lara: "La burguesía y la formación del bloque de poder oligárquico: 1875-1914", en Estudios sobre el siglo XIX español, Madrid, Siglo XXI, 1974 (4a ed.), pp.173-74 y ss. Con mayor precisión, J.Velarde Fuertes, en el prólogo a J.Muñoz, El poder de la Banca en España, Madrid, Zorro, 1970 (2a), pp.7-8, y S.Roldán, J.L.García Delgado y J.Muñoz, La formación del capitalismo en España, 1914-1920, Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorro, 1973, II, p.400.
- (8) Hasta el presente me ha sido imposible obtener permiso para consultar los archivos privados de la Compañía Trasatlántica, por otra parte, muy destruidos e incompletos para este período, según parece.
- (9) Vid. los trabajos citados en nota 7.
- (10) C.Bayle, El segundo..., p.5.
- (11) E.Prugent, Los hombres de la Restauración, Madrid, 1881, II, pp.80-81. Por entonces era Sotolongo director general del Banco Hispano-Colonial, de Barcelona.
- (12) Los tres formarán parte del primer consejo de administración de la Compañía Trasatlántica en 1881, convertida ya en empresa naviera, como sociedad anónima, para recoger los restos de la Antonio López y Cía, comanditaria.

- (13) El "General Armero" había sido encargado, según Cossío (op.cit. p.35) a los astilleros de Filadelfia "Ambrose W.Thompson". Según F.Condeminas Mascaró, el "General Armero" fué el primer buque de hélice de la marina mercante española, y se contrató así: "El Sr. Satrústegui mandó publicar en los Estados Unidos un anuncio en los periódicos pidiendo proposiciones. La que más le satisfizo fué la de Mr.Ambrose W.Thompson, de Filadelfia, que resultó ser un librero de aquella ciudad, el cual demostró sus conocimientos para proyectar el buque y dió las garantías de su buena ejecución, pues contaba con que ésta se verificaría en conocidos astilleros" (Bosquejo histórico de la marina española, que sigue al Libro de Información publicado por la Compañía Trasatlántica en 1923, en Barcelona. La cita en pág. CXLII).
- (14) C.Bayle, op.cit., p.5.
- (15) F.Condeminas, op.cit., p.CXLIV, siendo más probable el establecimiento en Barcelona. Vital Fité, en "Patriotismo y desinterés", publicado en la Revista de Navegación y Comercio (V, 15.11.1893, pp.477-83), lo razona así: "A su vuelta a España, en 1856, estudió el punto de España que mayor apoyo podía prestarle en sus pretendidas empresas; vió que Madrid era el centro de las especulaciones y que así como el marqués de Salamanca, había muchos que aspiraban a aunar sus negocios con la política; no le satisfizo este -- campo, lo quería más libre, más despejado, que se prestara menos a las murmuraciones, y que acogiera con más entusiasmo el desarrollo mercantil de sus negocios". Acudió así desde Madrid a Barcelona: "Barcelona, por su gloriosa historia, por sus tradiciones navieras y comerciales, por la honradez y laboriosidad de sus hijos y por su espíritu emprendedor, cuadró mejor que ninguna otra capital a D.Antonio López, y allí sentó sus reales, allí asentó su campo de acción, desde allí imprimió por todas partes su idea patriótica: la agrupación de los elementos dispersos de la riqueza nacional" (p.478).
- (16) Hay quien afirma que había contraído el cólera en Marruecos (V. Fité, op.cit., p.478).
- (17) Vid. Condeminas (pp.CXLIV-VI), Bayle (p.5), y Cossío (pp.38-41). Condeminas cita expresamente el "Cantabria", "Canarias", "Isla de Cuba", "España", "Puerto Rico" y "Santo Domingo". Sería el "Cantabria" el que realizara los primeros viajes entre Cuba y la Península.
- (18) Datos sacados de la intervención del general Beránger en el Senado, el 4 de mayo de 1887 (DSC, S, nº 83, pp.1747 ss.)
- (19) AHN, Ultramar, Cuba, Gobierno, leg.5453.
- (20) Los viajes anuales eran 18, con seis buques, y una subvención total de 468.000 reales.

- (21) El 31 de enero de 1860 la Dirección General encargada de la contrata, advierte a Senmartí que no contarían sus propuestas para la licitación "mientras no las reprodujera", entendiéndose que, de no hacerlo antes del día señalado, "se tendrían aquéllas por retiradas". Se gestiona, incluso -al saberse que el interesado no se halla en Madrid- que el gobernador civil de Barcelona le haga llegar la real orden de 31 de enero en cuestión. A pesar de todo, hay constancia de -- que éste no la recibió hasta el 14 de febrero, un día antes de que se efectuara la subasta.
- (22) Entre las sociedades industriales propiciadas por el Crédit Mobilier francés se halla, como es sabido, la Transatlántique francesa. Sobre la evolución de la filial española del Crédit, vid. N. Sánchez Albornoz, "La formación del sistema bancario español, 1836-1868", en Jalones para la modernización de España, Barcelona, 1975, pp.15-79 y, más específicamente, "De los orígenes del capital financiero: el Crédito - Mobiliario Español, 1856-1902", en España hace un siglo: una economía dual, Madrid, Alianza, 1977, pp.155-183. También G. Tortella, "La evolución del sistema financiero español de - 1855 a 1868", en Banco de España, Ensayos sobre la economía española a mediados del siglo XIX, Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España, 1974, I, pp.248-262, y II, pp.226-233.
- (23) Advierte Enríquez que en las cuentas trazadas por Marina no se tenía en consideración tipo alguno de "interés industrial", no siendo en cambio "equitativo ni razonable negárselo a otra empresa". Otorgando un mínimo del 6 % sobre un capital aproximado de 55 millones de reales, produciría esa -- cantidad un incremento del déficit, en cada viaje redondo, de 137.500 reales. Estipulando también un 6 % sobre el capital flotante (que calvula a su vez en un 10 % del capital fijo), añade Enríquez otros 13.750 reales de déficit, lo que -- en total --, elevaría el monto final de las partidas considerablemente. Pero considerando, finalmente, que "el tenor literal del párrafo 82 del artículo 62 del real decreto de 27 de febrero de 1852 no permite hacer una adjudicación que exceda del tipo señalado en la última subasta, que fué el de 44.000 pesos -- fuertes", es decir, 880.000 reales, concluye el jefe de la Sección de Gobernación y Fomento del ministerio que "no ha lugar a adjudicar el servicio de la conducción de la correspondencia entre la Península y las islas de Cuba y de Puerto Rico a ninguna de las proposiciones presentadas".
- (24) "Si se hubiera adjudicado el servicio a una empresa particular -- dice el funcionario Enríquez -- por la subvención de -- 44.000 pesos fuertes por viaje redondo, hubiera resultado que se le habría abonado durante el plazo de diez años la cantidad de 10.560 pesos fuertes. Con arreglo a los cálculos del Ministerio de Marina, haciendo el servicio por administración

resultará que durante el mismo periodo se gastará en este servicio una cantidad de 14.691.668 pesos; rebajada de esta suma la cantidad de 4.302.000 pesos que importarían los productos de los pasajeros resultaría para el Estado que habría gastado en el referido periodo de diez años la cantidad de 10.659.668 pesos, o sea un exceso de 99.668, que estaría más que ampliamente compensado con la propiedad de ocho magníficos vapores de 2.000 toneladas y de 500 caballos de fuerza, en un estado de vida que, si se atiende bien a su entretenimiento, no debería bajar de diez años".

A ello habría que añadir, para Enríquez, los beneficios del transporte de la propia correspondencia, cuyo "producto... no puede menos de computarse entre los ingresos que ha de tener una línea establecida por el Gobierno, puesto que ha de ingresar líquido en el Tesoro público". Sobre una base de 24 viajes redondos al año, el producto de la correspondencia no podría bajar -siempre según Enríquez- de 3.000.000 de reales por viaje, lo que, al cabo de diez años convertiría el déficit arriba señalado de 99.668 pesos en un superávit de --- 1.400.332.

- (25) Alude también la Junta a las ventajas que la partida desde Santander reportaría a buen número de viajeros, a los que "hoy se les obliga a atravesar toda la Península para ir a tomar el correo con una molestia y gastos tan considerables que produce el que desistan muchos de viajar en él, verificándolo en cualquiera de los buques de vela que salen de cada puerto". (AHN, Cuba, Gobierno (Ultramar), legajo 5354, al igual que todos los documentos citados a continuación).
- (26) Gaceta de Madrid, 22 de junio de 1861.
- (27) Las condiciones se concretaban, en resumen, a establecer durante seis meses un servicio provisional, con buques de iguales características a los que en la actualidad desempeñaban el servicio, con una subvención de 100.000 pesetas por viaje redondo. El definitivo, que comenzaría al finalizar esos seis meses, se haría con ocho buques iguales de 2.076 toneladas y 520 caballos de fuerza. Su andar sería de 12 millas por hora en prueba y la subvención los 880.000 reales por viaje redondo - que acababa de fijar el gobierno. La contrata se haría por un periodo de ocho años, lo que elevaría las cantidades percibidas por el contratista a 220.000 pesetas.
- (28) No es fácil encontrar detalles en sus biógrafos, y el arriba mencionado legajo 5453, a pesar de venir rotulado como --- "Compañía Transatlántica. Contrato", no contiene datos a propósito de éste.
- (29) Ni en la relación que hace Arnús en el Senado (DSC, S, 7 de mayo de 1887, p.1832), ni en la del general Salamanca (5 de ma

yo del mismo año, pp.1755 ss.), así como tampoco en los historiadores de la empresa y sus propietarios hay sino breves alusiones a este primer contrato, que nunca dejan de señalar sin embargo como punto de partida de un gran emporio.

- (30) Para Puerto Rico: 68 pesos por oficial (incluida la manutención), 22 pesos y 66 céntimos por sargento, y 17 pesos por cada cabo o soldado. Para Cuba, también con manutención: 71 pesos con 42 ctmos. por cada oficial, 25 pesos y 71 ctmos. - por sargento, y 20 pesos por cada cabo o soldado.

- (31) Según un documento, sin duda transpapelado de su expediente, y que se conserva en el AHN, Ultramar, Gob.Cuba, legajo 4197, con "Compañía Trasatlántica.1868" en la cartela, y sin que aparezca nada perteneciente a esa fecha.

- (32) No obstante, la regla general en los años que siguieron fué la de no imponer las multas bajo ningún concepto. En los puertos de arribada (máxime si se trataba de Cádiz) la Comandancia de Marina se mostraba generalmente benévola para con los retrasos sufridos por los buques de la Compañía. Pero, en caso de llegar a imponerse la multa, la Junta de Asistencia del Puerto hacía lo imposible por reducirla a la nada. En este sentido, y paramayo de 1877, vid. la Sumaria instruida con motivo del retraso en viaje del Antonio López iniciado desde - Cádiz el 10 de marzo (de 1877) y que ha llegado a La Habana con un día y trece horas de retraso, 10 folios, en AGMG (Viso del Marqués), Correos Marítimos, A.López.

- (33) El acta de reconocimiento del "nuevo vapor" "Antonio López" recién adquirido por la C.T.-, lleva fecha de 18 de marzo de 1882. Puede verse también oficio de la Capitanía General de Marina del Departamento de Cádiz, negociado de Inscripción Marítima, dirigido al ministro de Marina, con fecha 27 de marzo de 1882, así como los extractos de los diarios de navegación (sin incidencias ni retraso alguno), para los primeros viajes de este nuevo vapor de la línea antillana. Todo ello, en el expediente del vapor en Correos Marítimos, citado en la nota anterior.

- (34) Vid., por ejemplo, la detallada relación de los efectos pertenecientes al ramo de artillería que han sido presentados a bordo del vapor de la Compañía Trasatlántica "Antonio López", ante la comisión de la Junta superior facultativa nombrada para el reconocimiento que ha tenido lugar en el día de la fecha, San Fernando, 8 de febrero de 1866. (Ibid.)

- (35) Parte de viaje fechado en 19 de marzo de 1866, a su llegada a La Habana, y dirigido al Comandante General del Apostadero de aquel puerto. Según estipulaba la R.O. de 7 de noviembre de 1863, se seguía la conformación de la propia comandancia, otorgada aquí a 22 de marzo (Ibid.)

- (36) Discurso del general Salamanca en el Senado, citado en - nota 29. Vid. pág.1776.
- (37) Discurso de Arnús cit. en nota 29.
- (38) Reproducido en C.Bayle, El segundo..., p.6.
- (39) Telegrama de 10 de junio de 1869, del comandante general de Marina del Departamento de Cádiz al ministro de Marina, y oficio de 11 de junio del mismo al vicepresidente del Almirantazgo (AGMG, Correos Marítimos, A.López.)
 Los datos a propósito son muy abundantes, aunque se hallan parcial e indistintamente en los fondos de archivo de los ministerios de Ultramar, Guerra y Marina. Vya aquí como ejemplo uno solo de documentos: la participación, con fecha 28 de -- agosto de 1877, por el capitán general del Departamento de -- Cartagena al ministro de Marina, de la salida del Antonio López ese mismo día con tropas para Cuba (829 individuos de -- tropa, 9 sargentos y 14 oficiales embarcaron en Cartagena -- rumbo a Cádiz, donde se incorporarían otros 400 más). (Ibid.)
- (40) AHN, Ultramar, Cuba.Gobierno, legajo 4981.
- (41) Sobre el Hispano-Colonial, M.Llorens, en J.Vicens Vives, Industrials..., p.392; R.Canosa, Un siglo de banca privada (1845-1945), Madrid, Nuevas Gráficas, 1945, pp.51 ss., y F. Cabana, Banca i banquers, cit., con lista de suscriptores.
- (42) J.Anadón Benédicto, La nueva nobleza creada por Alfonso XII, Barcelona, 1972, memoria de licenciatura inédita, utilizada por amabilidad de la autora.
- (43) Los datos proceden de AHN, Ultramar; Gobierno, Administración y Fomento, legajo 4754: "Servicio de vapores-correos de la Transatlántica...". Así, por ejemplo, hau constancia de que el "Puerto Rico", que salió el 5 de enero de Cádiz, tardó diez horas de más en llegar a La Habana, retrasándose también a -- la vuelta; el "Isla de Cuba", en su viaje de 2 de abril, excusa su tardanza "en consideración a las circunstancias del viaje y al útil servicio que en la actualidad presta la Empresa"; el "Santander", que salió el 14 de abril para La Habana, se retrasó en el viaje de vuelta considerablemente; el "Canarias", que el 30 de abril salía de Cádiz, se retrasó a la ida y a la vuelta, volviendo a hacerlo en las direcciones de nuevo a finales de julio; el "Antonio López", en su regreso a Cádiz, a 24 de octubre... El etcétera puede prolongarse bastante: al menos otros cuatro vapores más sufrieron retrasos de importancia en aquel año.
- (44) En el expediente que cito se recoge como único retraso en aquel año de 1878. Sin embargo, el dato se contradice con el

proveniente del legajo 4981 (También del AHN, Ultramar), donde se recogen otros dos casos más, a finales del mismo año, protagonizados respectivamente por los correos "Coruña" y "Ciudad Condal" 25 de noviembre y 20 de diciembre, respectivamente.

- (45) Documentos nos.790-794 del legajo 4754 (AHN, U.)
- (46) F.Cossío, op.cit., p.42.
- (47) M.Espadas, Alfonso XII..., pp.290 ss.
- (48) AHN,U, leg.4754.
- (49) AHN, U, Gob.Cuba., leg.4759. En su oficio, dice la Administración central de Correos que, a veces, "por entrar al oscurecer a primera hora de la noche el vapor correo en los martes y sábados ha quedado sin ser reexpedida (la correspondencia) por espacio de tres y aun cuatro días, en el departamento Central y parte de las Villas, cuyo servicio postal es bisemanal, hijo de la falta material de tiempo para hacer la reexpedición" Sin embargo, las ambulancias a bordo tendrían, en los 18 días que duraba el viaje, tiempo suficiente para hacer la clasificación, hallándose ya dispuesta la correspondencia para su reparto a la llegada a puerto".
- (50) Va fechada en 9 de junio de 1875, y opina que la innovación vendrá a reducir únicamente en un plazo de tres o cuatro horas el total de diez que en la actualidad se necesitaban para clasificar y repartir el correo, disminución que se alcanzaría igualmente con un pequeño aumento de empleados en las oficinas de las islas, todo ello con ahorro para el Tesoro.
- (51) La comunicación procedente de Cuba había tenido entrada en el Ministerio de Ultramar el 15 de enero de 1879. Con fecha 28 del mismo mes, una R.O. de dicho departamento recordaba a la naviera Antonio López y Cía. que debía procurar hacer cumplir a sus empleados las obligaciones que el contrato le imponía. Inmediatamente, el 31 de enero, el representante de la Compañía advertía al gobierno de que "no tiene la empresa conocimiento de faltas en la conducción de la correspondencia que puedan imputarse con justicia a descuido de los capitanes de los vapores, los cuales rivalizan en celo y reconocen bien un servicio que la mayoría están desempeñando hace diez y ocho años sin quejas ni reclamaciones". Y añade que "los vapores-correos tienen aposentos destinados ad hoc, donde la correspondencia va custodiada bajo llave", aposentos que "son buenos y capaces, y reúnen las condiciones necesarias para hallarse situados en la parte baja de popa, lejos de la máquina".
Y dirigiéndose ya al ministro, afirma manifestarle estas circunstancias por ser "garantía del buen servicio que hace la empresa, y porque alejan la posibilidad de ciertas faltas, co-

mo las que al parecer se han indicado para fundar el nombramiento de un empleado del ramo de correos que se encargue de la correspondencia en los vapores, proyecto que, en el sentir de la empresa, embarazaría el buen servicio" (AHN, U, Gob.Cuba, leg. 4759).

- (52) F.Condeminas, op.cit., p.CXLVI, y F.Cossío, op.cit., p.43.
- (53) Escogidos entre muchos, por ejemplo: 1) el suscrito en Santander, a 4 de julio de 1878, por los sargentos del Ejército y la Armada Justo Más, Ramiro Castro y Luis Gómez, embarcados en la Habana en el vapor "Ciudad Condal", el 18 de junio, junto con el capitán y 14 sargentos más, 387 individuos de tropa y 21 soldados y marineros de la Armada (...)"y como quiera que hemos recibido todo el buen trato que se acostumbra en estos vapores de los Sres.A.López y Cía., damos la presente en Santander..."
- 2) Con fecha 17 de julio: Germán Portillo y Beleuga, teniente coronel graduado, comandante de caballería del ejército de Cuba, y jefe accidental de las fuerzas embarcadas en el vapor correo España" el 30 de junio, hacia Santander, con 78 sargentos, y 870 cabos y soldados, certifica que "el rancho que se les ha dado ha sido bueno, abundante y bien condimentado; igualmente la aguada y demás artículos suministrados a bordo han sido de primera calidad".
- 3) Tiburcio Arrán, teniente coronel, tras la travesía de Gíbara a Santander a bordo del "Pasajes" afirma, el 27 de julio de 1878, que "los ranchos suministrados a la expedición de cumplidos de Cuba han sido excelentes, abundantes y bien condimentados, así como la galleta, vino y café de superior calidad".
- 4) También el "jefe del transporte" en el "Puerto Rico", con fecha 27 de julio, certifica que "durante la travesía de Santiago de Cuba a Santander, ha examinado y probado el rancho suministrado a la tropa, asegurándose de su abundancia, buena calidad y condimento, como también del buen trato y asistencia médica" (Todo ello en expedientes correlativos de AGMG, Correos Marítimos).
- (54) Cfr. T.Hernández Sempere, tesis doctoral inédita cit. más abajo, y consultada por autorización de su autor. Para las actividades madrileñas de Campo, J.Mª Sanz García, La banca y los banqueros madrileños en el siglo XIX, Madrid, 1967, pp.24 ss.
- (55) Vid., por ejemplo, Congreso de los Diputados. Archivo. Expedientes de Senadores. Marqués de Comillas. Por el "Expediente de aptitud legal incohado (sic) por el referido Señor para ingresar el Senado por derecho propio conforme al párrafo 2º del artículo 21 de la Constitución", sabemos que "por escritura de 12 de junio de 1877 fueron adjudicadas a D.Antonio López y López, en pago de deudas que con él tenía el Sr.D.

José de Salamanca y su hija D^a María Josefa Salamanca", dos - casas situadas en los números 3 y 15 de la madrileña calle de Claudio Coello, valoradas la 1^a en 79.252,94 ptas. y la 2^a en 72.462,47 ptas (Documento n^o 3: Certificado del registro de la Propiedad de Madrid, fechado en 25 de enero de 1882). Sabemos también que durante el año económico de 1881-82, "en el repartimiento de la contribución territorial de la zona de ensanche de esta Corte", aparecía A.López contribuyendo, en concepto de dueño de ambos inmuebles, con una renta líquida imponible de 12.640 ptas, y 10.010 ptas., respectivamente (Documento n^o 4: Certificado del segundo jefe de la Administración de contribuciones y rentas, 27 enero 1882). Y, por último, que el 11 de enero de 1875 había adquirido por compra a la Sociedad de Crédito Mercantil y a la Sociedad A.López y Cía., libres de todo gravamen, fincas rústicas en Naval Moral y Peraleda de la Mata (audiencia de Cáceres), por las que se especificaba un líquido imponible de 90.188,09 ptas (Documentos n. 5 y 6). (Agradezco a Juana Anadón la comunicación de estos datos, que forman parte de una investigación inédita).

- (56) F.Cossío, La Compañía Trasatlántica....., p.36. Al frente del libro se especifica su carácter de encargo por parte de Claudio Güell y Churrua, conde de Ruiseñada y bisnieto del primer marqués. Claudio Güell recuperó a la empresa de los malos momentos atravesados durante la II República, de la que recibió el negocio "un golpe que habríamos de creer mortal", de no haber sabido reaccionar a tiempo su actual presidente. Puede verse al respecto el discurso de F.Condeminas Mascaró en Diputación Provincial de Barcelona. Museo Marítimo. Homenaje a la Compañía Trasatlántica. Folleto conmemorativo del acto de inauguración de la sala "Marqués de Comillas" (Reales Atarazanas), 22 de abril de 1951, Barcelona, (1951), pp.16-23; la cita en p.19. Condeminas, entonces director del Museo Naval, había escrito su Bosquejo histórico... cit. casi treinta años atrás, también para la Compañía Trasatlántica, siendo vicedirector de la Escuela Especial de Náutica y profesor del Instituto General Técnico de Barcelona.
- (57) J.Buxó de Abaigar, Discurso pronunciado en Diputación Provincial de Barcelona (...) Homenaje... cit. en nota anterior, pp.33-36.
- (58) AHN, U, leg.5453: "Carta-oficio de la 'Compagnie des Messageries Maritimes. Agence de Madrid', s.f., pero con entrada en el ministerio de Ultramar el 22 de febrero de 1879.
- (59) Ibid.: "Resolución al expediente de D.Hipólito Rodríguez y Sagasta, representante de la Empresa de Vapores-Correos a Filipinas de Olano, Larrinaga y Compañía pidiendo subvención a la misma".

- (60) Gaceta de Madrid, 19 de setiembre de 1879, tomo III, p.923, con el R.D. de 19 de agosto anterior.
- (61) Acompañándola de carta particular, fechada en Coruña a 3 de octubre, el gobernador civil remite al ministerio de Ultramar la instancia de la corporación provincial, que afirma encontrar "tan justa, consecuente y atendible" como para que no pudiera dejar de recomendarla vivamente y reforzar los argumentos allí reunidos: "Digna es, además, de protección, como el cuerpo municipal observa, una tan importante porción del territorio español, y a la ilustración y celo de V.E. no puede ocultarse la oportunidad de otorgar, ya que de otras carece, ésta ventaja que puede serlo también sin duda para los comunes intereses del país y del comercio, y tal vez para la misma compañía naviera..." (AHN, U, leg.5453).
- Por su parte, la exposición iba firmada por José de Chao, Ignacio Lardo, Valentín González Alegre, Manuel Illá, José de Torres Arias, Vicente M^a Vigueira, José López Trigo, Demetrio Salorio, Camilo Olivares, Cayo Conde, Francisco Anido, y el "alcalde accidental presidente" Alejandro Brandao, entre otros más.
- (62) Va firmada, entre otros, por los siguientes nombres legibles: José M^a de Abella, Herce y Alsina, Francisco Ferrer, Maristany y Hermano, Luis Sans y Lamá, Curbera Campdesuñer, José Morodo, J. Pérez López, Vega y Vaiga, Hijos de Jerónimo Vidal, Pablo Valenti, Francisco A. Blanco, Ramón Picos, Ugarte y Compañía, R. Mella Rodríguez, Juan Mesa, Blas Serrano, A. Suárez, Julio Montero, Manuel Basset, Francisco Flórez, Núñez e hijo, en liquidación, Manuel Hernández, Peña y Cía., etc.
- La solicitud oficial de La Coruña va respaldada por otra, con fecha de 12 de octubre, que suscriben "vecinos de esta ciudad y contribuyentes al Estado como propietarios, industriales y comerciantes". Con gran profusión de datos puntualizan los firmantes sobre el hecho de que "para un servicio que parece debiera favorecer los intereses de la Península por igual se establece, tal vez sin querer, un privilegio en favor del litoral marítimo de Levante, digno de respeto sin duda, pero no tanto para dejar desatendida y privada de los beneficios del servicio proyectado las poblaciones y extensas costas del Norte y Noroeste de la península española, que posee puertos seguros y capaces, y en algunos de los cuales conserva el Estado establecimientos de alta importancia que reclaman una atención muy importante". Frente a aquéllos privilegios, un buen número de razones avalan las pretensiones coruñesas: los argumentos elegidos son, ante todo, estratégicos y económicos. El arsenal ferrolano y la fábrica de tabacos en primer lugar. Desde allí descienden a los intereses particulares: la "laboriosa población gallega" desarrollaría sin duda su actividad comercial de esta manera, "hoy cohibida y muerta por falta de aquellos elementos". Tras esta solicitud, otra de la Junta Provincial de Agricultura, Industria y Comercio de la capital sa--

lía de La Coruña el 3 de octubre. Se dice allí que "las provincias a que corresponden nuestras dilatadas costas contribuyen al Estado con cuantiosos tributos en sangre y en dinero, con una abnegación que las más de las veces raya en sacrificio; son leales y obedientes a los mandatos de los poderes públicos cual hay pocos ejemplos, (y) arrastran hoy una vida angustiosa y llena de infortunios, por falta de trabajo y vías férreas, por las malas cosechas, y por otras tantas causas que sería prolijo enumerar".

Entre los firmantes figuran Domingo Puga, Benito Maristany, José María Patiño, el conde de Pardo Bazán, Buenaventura de Bustamante, y José Pardo Domínguez.

- (63) AHN, U, Gob.Cuba, leg.5453, documento nº 4.
- (64) Un telegrama borroso (en el mismo legajo 5453), fechado a 7 de octubre en Barcelona, a las 12,45 de la mañana, comunica al ministro de Ultramar, Albacete, por un tal León, que "La Publicidad" y otros periódicos de Barcelona "abogan por subasta en lugar con curso para licitación vapores filipinos, y en ambos casos, que sean presentados pliegos precisamente momento apertura y no antes".
- (65) Alguna indicación hay en G.Graell, Historia del Fomento..., pp. 328 ss. Pero para la reconstrucción me baso en Bosch y Labrás ("La cuestión de los dos Fomentos", Discursos y escritos, pp.891 ss.) y las propias discusiones de Cortes (DSC, C, 31 de marzo a 26 de mayo de 1876). Puede verse también A. Elorza, "Sobre el proteccionismo catalán...", p.522. Remito igualmente a la nota 78 de este mismo capítulo.
- (66) Segundo Congreso Naval. Memoria presentada por D.José Ricart y Giralt, director de la Escuela de Náutica de Barcelona, Madrid, Imp. del Fomento Naval, 1904, pp. 3-4.
- (67) P.Estasén, El comercio y la marina mercante. Informe sobre las consecuencias que ha producido la reforma arancelaria del Señor - Figuerola, pronunciado ante la Comisión especial arancelaria reunida en el ministerio de Hacienda en la noche del 12 de mayo de 1880, Barcelona, 1880, p.12.
- (68) "Al habilitar la nave para un viaje, siempre se hacía en combinación, en virtud de la cual la casa armadora, representante de todos los interesados en la nave, compraba a un comerciante exportador parte del cargamento que tomaba el buque, y el cargador entregaba el resto del cargamento, pagando un flete más crecido que el corriente. Generalmente estipulaban que el total cargo debía consignarse en el puerto de destino a un comerciante determinado que también tomaba una participación. De manera que las más de las veces se interesaban en el cargamento el exportador, el na-

viero, el buque, el capitán, muchísimas familias de nuestra - costa, y el receptor del buque en el punto de destino. Llegado a éste, cobrado el flete, y realizado el cargamento, interesando por el resto el comerciante que lo aprontaba y el que debía recibirlo, estas combinaciones iban sucediéndose hasta regresar la nave a su primitivo punto de salida, donde se repartían los beneficios o pérdidas que hubiese dejado el viaje". (Gusi de Bofarull, intervención en el Congreso Económico Barcelona; vid. Diario de Sesiones del Congreso... cit., p.79).

- (69) E.Ricart Giralt, El siglo de oro de la marina mercante catalana, Barcelona, 1924; E.Roig, La marina catalana del Vuitcents Barcelona, 1929; L.Almerigh, Barcelona y el mar, Barcelona, Milán, 1945 (especialmente pp.59 ss.), y J.Vicens, Industrials... pp.83 ss.
- (70) Gusi de Bofarull, loc.cit., p.80.
- (71) J,Ricart Giralt, Memoria... cit., p.10.
- (72) B.de Alzola, Las primas a la construcción naval y a la navegación. Datos y noticias que conviene tener en cuenta para hacer una ley sobre la materia, Bilbao, Imp.de la Casa de la Misericordia, 1894, p.376.
- (73) P.Estasén, El comercio..., p.56.
- (74) "En 1860 existían en España doce depósitos de comercio cuyos giros ascendieron por entrada a 18.411,921 pesetas, y por salida a 18.734,030. En aquel año había depósitos de comercio en - Alicante, Barcelona, Cádiz, Mahón, Málaga, Santander, Bilbao, - Palma, Cartagena, Coruña, Vigo y Carril. En el año 1868 entraron en los depósitos comerciales por valor de 9.807,712 ₧, y salieron por 12.104,912 cuando al año siguiente, o sea en 1869, bajó a 6.690,612 en las entradas y 7.406,825 en las salidas; es decir, que en el mismo año en que se pueden experimentar los efectos de la reforma arancelaria el comercio de depósitos disminuye; y el año de 1872, en que se tocaron plenamente los efectos de la reforma disminuyen las entradas a 5.620,547 y las salidas a 6.556,038, y no podía ser otra cosa puesto que la mayor parte de los depósitos queantes existían desaparecen y sólo quedan dos en dicho año 1872, a saber: en Barcelona y Cádiz.
- En 1876, fecha de la última estadística del comercio exterior que se ha publicado, las entradas han disminuido, quedando reducidas al valor de 6.527,192 pesetas, y las salidas al de 6.430,510. Es decir, que en vez de aumentar este comercio por efecto de la reforma arancelaria, ha disminuido considerablemente, y aquellos 16 depósitos que teníamos en 1860, que luego fueron quince en 1864, y once en 1868, y 10 en 1869, quedaron reducidos a dos en 1872," (P.Estasén, El comercio..., p.61. Pueden consultarse también las tablas estadísticas incluidas en las - páginas 62-64.)

- (75) Fomento de la Producción Española. Exposición al ministro de Estado, encareciendo y demostrando la conveniencia de proceder a la denuncia de los tratados de comercio y reformar la legislación arancelaria, Barcelona, Est.tip.de Leopoldo Doménech, 1877, p.4.
- (76) El propio Fomento lo reconocía así en aquel mismo escrito: "Por fortuna, el derecho diferencial existe todavía en posesiones españolas de lejanos mares, y gracias a esta circunstancia tiene aún la marina mercante alguna vitalidad, pero es tan poca su pujanza que el pabellón español suple a menudo con buques viejos (cuando los suple) las bajas naturales que se producen en la masa comercial de los buques de vela". (*ibid* pág.7).
- (77) M. Durán y Bías, La apertura del istmo de Suez y el puerto de Barcelona, Barcelona, 1858.
- (78) Vid. Exposición que al Sr.Ministro de Hacienda eleva el comercio marítimo de Barcelona sobre la necesidad de favorecer las expediciones directas para fomentar la navegación de altura e impedir su decadencia, Barcelona, 1876, así como S.González Amat, Memoria explicativa sobre una línea de vapores y colonización de las posesiones españolas en Asia, Gracia, 1876.
- (79) Vid. notas 63 y 64 de este mismo capítulo.
- (80) AHN, U, leg.5454, documento nº 8.
- (81) Ibid., documentos n. 10 a 15.
- (82) Ibid., Acta del resultado del concurso público para contratar el servicio de conducción de la correspondencia desde la Península a las Islas Filipinas (3.11.1879), o Gaceta de Madrid, 8 de febrero de 1880, nº 39, pp.350-51, con la R.O. de Ultramar de 30 de enero anterior.
- (83) P.Estasén, El comercio..., p.57, con lista incluida del estado de la flota de Olano-Larrinaga en aquellos momentos.
- (84) Gaceta de Madrid, 8.2.1880, cit., y también en AHN, U., leg. 5453.
- (85) Ese ataque a la intervención de prohombres políticos en asuntos económicos del sector público se inscribe en una efímera campaña abordada por entonces y que se prolongará durante un tiempo. Vid. entre la prensa valenciana, que no aludió al asunto del marqués de Campo, los comentarios publicados

por Las Provincias (12 de febrero de 1880) y El Comercio (en días anteriores), acerca de la concesión de los ferrocarriles del Noroeste a un consorcio presidido por el francés Donon y en el que figuraba una lista de consejeros que causó escándalo al hacerse pública, por su ligazón a la esfera política. Así, por ejemplo, El Comercio, de 11 de febrero: "La mayoría de los periodistas han atacado a las compañías extranjeras que ofrecían seguramente menos garantías que las españolas; la resolución del Consejo de Ministros favorable a ella ha producido algo que se asemeja al escándalo. ¿Es -- conveniente la intervención en el asunto de los hombres políticos y de los palaciegos, dadas estas circunstancias?". En general, se está de acuerdo en ciertos sectores de prensa en que no formen parte de las Cámaras los representantes de los mayores emporios.

- (86) Con el membrete Banco de Castilla. Particular, hay una carta dirigida a Enrique Cisneros, fechada en 17 de noviembre de -- aquel año en Madrid, y firmada por Cabezas, que dice lo siguiente: "Mi estimado amigo: Mandan eso de Barcelona para que se lo entregue al ministro y se una al expediente del concurso de los vapores-correos para Filipinas. Ruego a Vd. que se haga así, si no hay inconveniente en ello. Suyo affmo." (AHN, U, Legajo 5453, una vez más).
- (87) "Alemania, hoy con poderosa marina y sin colonias, ambiciona la posesión de aquel archipiélago, y desde tiempo con la perseverancia que la caracteriza, está operando por el francmasonismo, por el dinero y por cuantos medios encuentra a su alcance, un trabajo de zapa sordo, pero cuyas consecuencias -- pueden ser fatales si el Gobierno no se previene, o diese -- ocasión con algún desacierto a la precipitación de esas miras encubiertas" (Ibid., carta de J. Gurri a Cisneros, fecha 12 de noviembre de 1879).
- (88) Vid. su "Comunicado...", dirigido a la prensa y la opinión pública en 1878. (Cfr. J. Almela, op.cit., pp.83 ss.)
- (89) Para acceder al cargo de senador vitalicio había presentado Campo, como comprendido en el caso 112 del art.22 de la Constitución, una certificación de la Administración Económica de Madrid, por la que consta figura el marqués en las listas de la contribución territorial madrileña, con 3.102,45 ptas., más -- otras 2.241,14 correspondientes al real sitio de El Pardo, "figurando en las mismas fincas con anterioridad de dos años". Hacía un total de 5.343 ptas. de contribución territorial. Además, adujo otra certificación del registrador de la Propiedad de Madrid acreditando que el palacio situado en la calle de Recoletos nº 14 se encontraba inscrito a nombre de José de Campo, habiéndolo adquirido en subasta pública por la suma de 9.878.964 reales a los herederos de D.Manuel Calderón (Escritura de 31.X.1864); y otra más por la que el registrador de

Colmenar Viejo certificaba hallarse inscrito a nombre del Marqués de Campo el bosque o monte de Viñuelas, que compró al Estado en ocho millones de reales, "estando satisfechos todos los plazos". (Archivo del Congreso. Expedientes de Senadores, legislatura de 1877, Marqués de Campo, documentos 2º, 3º y 4º, que me ha facilitado amablemente Juana Anadón).

- (90) Destacaba la Junta (compuesta por Cisneros, Dacarrete, Moraza y Ahumada) que: 1º) no consideraban "fundadas las ligeras censuras sobre la falta de inteligencia previa entre este Ministerio y el de Hacienda, respecto a la fijación del importe de los fletes, toda vez que no había necesidad de hacer previo acuerdo, bastando oír, como fué oída, la subdirección de Hacienda de este centro". 2º) que tampoco era "atendible la indicación sobre no haberse fijado las tarifas del pasaje, en atención a que éste sufre continuas rebajas y habría un interés en el adjudicatario en no elevarlo, porque otras compañías le harían entonces competencia, y el gobierno mismo podría desposeerlo de este beneficio". 3º) sobre la capacidad o incapacidad legal de Campo para contratar opina la Junta, como el Consejo, que se trata de "un punto accidental" (AHN, U, leg. 5453, doc. nº. 20).
- (91) En 1843 obtenía Campo el contrato para la instalación del gas en Valencia, pasando a iluminar la ciudad por este procedimiento un año después. Desde 1882 será la electricidad uno de sus grandes negocios. Remito a Almela y Vives, El marqués de Campo, capdavanter de la burguesía valenciana (1814-1899), Valencia, L'Estel, 1972, cita en p. 83, y obras citadas en nota 54. Sorprende ciertamente, en este caso, que los asuntos llevados en Madrid en torno a la cuestión de la navegación filipina no alcancen eco en su tierra natal: el 11 de febrero de 1880, el Mercantil Valenciano se limitaba a reproducir la real orden de 30 de enero tomado de la Gaceta sin el menor comentario. Tampoco Las Provincias mostraba recepción alguna que dejase ver un interés especial.
- (92) El Consejo aparecía ahora formado por 33 componentes (en lugar de los 30 reunidos en el pleno de enero). Presidía Barzanallana, y hay que señalar la comparecencia de Retortillo, Bayo, Rubio, Cisneros y Guijarro, hallándose en cambio ausentes Fabié y Jiménez Cuenca.
- (93) Reproducido por Almela op.cit., pp. 153 ss.
- (94) La Compañía Trasatlántica, consvltas y dictamen de letrados, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1882.
- (95) En Almela y Vives, op. cit., pp. 135-136 (Apéndice II).
- (96) La Compañía..., pp. 3 y 31.
- (97) Ibid., pp. 4-6.

- (98) Ibid., p. 46.
- (99) Ibid., pp. 11 ss.
- (100) Ibid., pp. 27 y 18.
- (101) Ibid., p. 34.
- (102) "Es innegable que la subrogación está perfecta, y que la Compañía Trasatlántica tiene hoy los mismos derechos, puede ejercitar las mismas acciones, y está sujeta a idénticas responsabilidades a que lo estaba antes la Sociedad Antonio López y Cía". (Ibid., p. 40).
- (103) Ibid., pp. 41 ss.
- (104) Ibid., pp. 8 y 44.
- (105) En C. Bayle, El segundo marqués...., p. 7. Por real decreto de 31 de octubre de 1881 se concedía la grandezade España a Antonio López, y por real despacho de 27 de diciembre siguiente (con refrendo de León y Castillo, ministro de Ultramar) Alfonso XII, una vez abonadas las 15.960 pesetas estipuladas como derechos, firmaba definitivamente la concesión "para sí y para todos sus descendientes". Lo hacía "en consideración a las especiales circunstancias que concurren en vos y a vuestros distinguidos méritos y relevantes servicios a la Nación como armador y naviero, y queriendo daros una prueba de mi real aprecio". Así constaba, certificado por el notario García Lastra, en la documentación presentada a 19 de enero de 1882 para acceder al cargo de Senador (Archivo del Senado. Expedientes de Senadores. Datos que agradezco a Juana Anadón).
- (106) Colección legislativa de España. Sentencias del Consejo de Estado. Año de 1864, Madrid, Imp. del Ministerio de Gracia y Justicia, 1864. Vid. las sentencias siguientes: n.º. 177 ("dejando sin efecto la R.O. de 29 de julio de 1862, y alzando la multa de 12.000 pesos fuertes que por ella se impuso a D. Antonio López y Cía., contratistas del servicio de vapores correos entre España y las provincias de Ultramar, por el retraso en el viaje de Cádiz a La Habana del vapor Santo Domingo en la expedición de 10 de mayo de 1862"); n.º. 178 ("idem. la R.O. de 21 de mayo de 1862 (...) la multa de 13.000 pesos fuertes por haber hecho un viaje desde La Habana a Cádiz en vapor que no estaba reconocido ni admitido para el servicio contratado"); n.º. 181 ("idem. de 21 de julio de 1862 (...) la multa de 15.000 pesos fuertes por haber faltado al cumplimiento de su contrato"), y n.º. 194 ("idem. de 10 de abril de 1862 (...) la multa de 30.000 pesos fuertes por no haber tenido un vapor en las condiciones estipuladas, reconocido y admitido para la expedición de 10 de febrero de aquel año"), en pp. 465, 468, 477 y 511.
- Por el contrario, los n.º. 179 (p. 471) y 180 (p. 474) confirman sendas reales órdenes (20 de junio y 21 de julio de 1862, imponiendo multas de 6.000 y 12.000 pesos por retrasos

del Ciudad Condal y el Puerto Rico. En las dos ocasiones los retrasos se debieron, al parecer, a la falta de carbón y a la mala calidad del empleado.

- (107) AHN, U, leg. 4995. Expediente sobre "demanda contenciosa im puesta por el marqués de Campo contra la R.O. de 8 de junio de 1882 sobre multas impuestas a dicho señor por faltas cometidas con el servicio de vapores correos entre la península y Manila".
- (108) Gaceta de Madrid, 7 de agosto 1881.
- (109) Gaceta de Madrid, 10 de noviembre 1881.
- (110) Asistieron a la sesión además Miguel de los Santos Alvarez, Feliciano PérezZamora, Esteban Martínez, Juan de Cárdenas, Pedro de Madrazo, el marqués de los Ulagares, Angel María Dacarrate, Dámaso de Acha, el marqués de la Fuensanta, José Montero Ríos, Enrique de Cisneros, Antonio Guerola, José Ma. Valverde, Cándido Martínez, Miguel Martínez Campos, Joaquín Medina, Juan Facundo Riaño, Eusebio Page, marqués de Arcicollar, Eduardo Butler, Carlos Navarro y Padilla, Gaspar Núñez de Arce y Feliciano Herreros de Tejada.
- (111) En 1878 los problemas fueron con el España (viaje de 10 de octubre), el Coruña (25 de noviembre) y el Ciudad Condal (20 de diciembre), los dos últimos con demoras de tres y cuatro días respectivamente; en 1879 fue el Méndez Núñez (20 de agosto) y el Coruña (17 de noviembre), éste con cinco días; en 1880 se trató del Santander (20 de octubre), con retraso de tres días; en 1881 el Méndez Núñez se retrasaba a la ida (11 de enero) y a la vuelta (20 de enero), tres y cuatro días, el España (25 de febrero), el Santander (20 de junio), el Comillas (15 de octubre), el Coruña (20 de octubre), de nuevo el Méndez Núñez (20 de noviembre) casi dos días y el Comillas otra vez (15 de diciembre); en 1882 fue el Méndez Núñez una vez más (20 de febrero), el Comillas (20 de abril), el Ciudad Condal (11 de mayo), el Gijón (20 de julio), el Coruña (30 de agosto) y el Ciudad Condal de nuevo (20 de septiembre). (AHN, U, leg. 4981).
- (112) J. Almela, El marqués..., pp. 83 ss.
- (113) Archivo Diplomático-Político de España, nº. 17, 14.8.1883, p. 279.
- (114) F. J. de Moya y Jiménez, "Las islas Filipinas. Estudios descriptivos", Revista de España, XCI, marzo-abril, 1883, pp. 56 ss., y XCIV, septiembre-octubre, pp. 121 ss.
- (115) AHN, U, leg. 4981.
- (116) Cfr. Almela, op. cit., pp. 91 ss. a propósito de su reacción ante la ausencia española de la convocatoria hecha por

Lessep para visitar las obras del Canal en 1866, y sus gestiones hechas cerca del Presidente del Consejo de Ministros, hasta que logró remediarla y fue conocida su participación.

- (117) ADPE, n.º. 9, 14.6.83, p. 146: "Si la proposición del señor Marqués de Campos (sic) fuera aceptada, produciría en los presupuestos de Ultramar una economía de 720.000 duros anuales".
- (118) GM, n.º. 109, 18.4.1884, p. 142. El ministro de Ultramar era M. Aguirre de Tejada, conde de Tejada de Valdamera.
- (119) B. de Alzola, Estudio relativo..., p. 32. También M. Tuñón de Lara, La España del siglo XIX..., p. 263.

981

CAPITULO XII

**LA ACCION DEL ESTADO: NAVEGACION ULTRA-
MARINA Y SERVICIO DE CORREOS (II).**

1.- La "Compañía Trasatlántica Española" (1881) y los capitales destinados al transporte marítimo.

1881 es, sin lugar a dudas, un año decisivo en el quehacer financiero de Antonio López, primer marqués de Comillas. En 1881 -como se nos ha recordado con profusión- nace a impulso de López la Compañía de Tabacos de Filipinas; compra el coto minero de Aller; impulsa seriamente el Crédito Mercantil, del que fue presidente; adquiere al por mayor acciones de la Compañía de Ferrocarriles del Norte, "y en cien otros negocios aparece como la primera potencia, económica e intelectualmente, de la industria y comercio españoles" (1). El caso es -y sin que ello permita cuantificar volúmenes, por ahora- que, con capitales producto de la navegación a las Antillas puede financiarse aquella inyección a una sociedad en apuros, como era el Crédito, y que, sobre todo, de allí sacaría Comillas suficiente prestigio y capacidad como para establecer una línea privada de navegación a Filipinas que, al servicio de la recién creada Compañía de Tabacos, pronto iba a hacerle ruinoso competencia al contratista oficial, marqués de Campo (2). Ello obligaría sin duda a Antonio López a buscar, para su vieja razón social, una fórmula más moderna de financiación que, conservando para él y unos pocos allegados el control real de los asuntos y la efectiva propiedad de los capitales, abriera sin

embargo el negocio a nuevas posibilidades de inversión. La progresiva concentración del capital, también en España, estaba dejando sentir sus efectos sobre las formas jurídicas de asociación con fines económicos (3).

El 1º de junio de 1881, ante el notario de Barcelona Luis Gonzaga Soler y Plá, comparecían A.López y López, "hacendado y del comercio" -en nombre de la sociedad colectiva A.López y Cía., con razón social en Cádiz y Barcelona-, además de Pedro de Sotolongo y José Carreras, los dos "del comercio", dispuestos a "fundar una sociedad anónima con el principal objeto de establecer y explotar para sí o por cuenta de un tercero por sí o en participación con otros establecimientos o personas en España, en Ultramar o en el extranjero, toda clase de empresas marítimas relacionadas o no con servicios del Gobierno". En el momento de constituirse como sociedad anónima, los fundadores habían convenido, "al objeto de que la referida sociedad comience sus operaciones de una manera adecuada a la importancia de su capital, empleándolo en el desarrollo de una empresa de grande utilidad para el país", que "la razón social "A.López y Cía.", al entrar a formar parte de ella, aporte como capital, por la cantidad de diez y nueve millones de pesetas, la concesión que tiene hecha con el Gobierno a su favor de la línea de vapores correos entre la Península y las islas de Cuba y Puerto Rico, previa la debida autorización del Gobierno de Su Majestad, y toda aquella parte de su haber social destinada a di

cho servicio" (4).

Un análisis, siquiera sea somero, de sus estatutos y acta de constitución, conforme al Código de Comercio y a la ley de 19 de octubre de 1869, permitirá por el momento ir avanzando alguno de los aspectos a considerar. Así, por ejemplo, el artículo 2º añade al objetivo central de la constitución de la sociedad (el desenvolvimiento de empresas marítimas dentro o fuera de España) la facultad de "dedicarse en todos los puntos y bajo las condiciones antes mencionadas a toda especie de operaciones financieras, agrícolas, comerciales, industriales, hasta inmobiliarias, y a toda empresa de obras públicas". Preparaba con esto el marqués, sin duda, su intervención posterior en las zonas coloniales, intervención que debido a un complejo haz de circunstancias no iba a ser necesaria ni posible en los años inmediatos. Su duración se establecía, por el momento, en 50 años, y venía a formarse con un capital de 50 millones de pesetas, dividido en 20.000 acciones de a 2.500 cada una, que podrían ser suscritas en metálico o en efectos. De estas 20.000 acciones sólo se ponían en circulación, por el momento, 16.000 -suscritas en su totalidad-, con un desembolso inicial del 50%, y "quedando obligados los tenedores de ellas a satisfacer los dividendos pasivos que acuerde la Junta de gobierno hasta el 50% restante". Las otras 4.000 acciones quedarían en cartera, emitiéndose a medida que lo juzgara conveniente la propia Junta.

El acta de constitución de la Compañía aclara todavía algunos puntos. Así, respecto a la forma en que fueron suscritas las acciones, hay que hacer notar, ante todo, que la antigua sociedad, la A.López y Cía., aparece como titular de 15.200 acciones (del total de las 20.000 emitidas), que suponen 38 millones del capital global de la nueva sociedad. Pero, puesto que por el momento no se desembolsaba sino un 50% del importe, correspondía a la A.López aportar inicialmente 19 millones, que era exactamente el valor en que "ha(bía) sido evaluada por los socios, de común acuerdo" la vieja sociedad. En lugar de dinero se aportaba, por tanto, "la concesión que tiene del Gobierno de Su Majestad para el servicio de correos entre España y las islas de Cuba y Puerto Rico", y "la mayor parte del haber social que tiene la expresada sociedad A.López y Cía., para la explotación de dicho ramo de comercio, consistente en bienes inmuebles, naves con todos sus accesorios, diques, almacenes, etc. etc., de todo lo cual se formará oportuno inventario en el acto de entrega" (5). Se valoraba, pues, en 19 millones la aportación de Antonio López. De las 800 acciones restantes (sólo éstas quedaban hasta las 16.000 que se ponían ahora en circulación), 400 eran suscritas por Pedro de Sotolongo, y otras 400 por José Carreras, quedando de este modo constituida la nueva compañía. Formaron su primera junta Antonio López y López -como presidente-; Manuel Calvo -como vicepresidente-; y como vocales, Pedro de Sotolongo, Antonio Vinent y Vives (6), Francisco Romero Robledo, Isidoro Pons, José Carreras y Xuriach,

Agustín Robert y Claudio López Bru. Como vocales suplentes, un buen puñado de viejos incondicionales de Antonio López: Patri-
cio de Satrústegui, Carlos de Eizaguirre, su hermano Claudio
López y López, Angel Bernardo Pérez, Antonio Sánchez de Move-
llán, José de Ulloa, y Manuel Arnús.

La autorización oficial para llevar a cabo la transferencia
llegó con la real orden de 4 de julio de ese mismo 1881, porta-
dora de exigencias sin las cuales hubiera sido imposible que
la Compañía Trasatlántica pasara, sin más, a desempeñar la fun-
ción de su antecesora la A.López y Cía. Reunida presurosamente
la junta de gobierno de la nueva compañía, accederá de buen
grado a las propuestas de su presidente, que no encontraba ob-
jeción alguna a las condiciones que trataba de imponer el go-
bierno: el nombramiento del gerente de la compañía por el Esta-
do, entre una terna propuesta por aquélla; más la total imposi-
bilidad de que fuesen tenedores de acciones de la compañía ex-
tranjeros de cualquier nacionalidad. Todos conformes, se redac-
tarán de nuevo los artículos 8 y 21 de los estatutos, de acuer-
do con las imposiciones de la Administración (7). Se comprome-
tía así la Trasatlántica a aceptar "en todas sus partes el plie-
go de condiciones para el servicio de los vapores-correos entre
la Península y las islas de Cuba y Puerto Rico, aprobado en 27
de diciembre de 1877, cuyo servicio se adjudicó a los señores
"A.López y Cía" por Real Orden de 7 de marzo de 1878." Con las
modificaciones pertinentes acuden de nuevo ante notario, el 7

de julio, Antonio López, Pedro de Sotolongo y José Carreras, para suscribir ampliación a la anterior escritura de 1º de junio, "en consecuencia, sujeta a las mismas formalidades de la fundación, para obrar en todo tiempo como parte integrante de la misma".

Fue precisamente ese verano de 1881 el de más frecuente relación entre la Corona y el marqués, cuyas sutiles presiones sobre los asuntos de Ultramar bien pudieron ser respaldadas desde la cúspide de las instituciones. Resulta arriesgado, con el tipo de documentación consultada, atreverse a aducir testimonios concluyentes, pero bien pudiera interpretarse en este sentido un real decreto de Ultramar de 26 de agosto de aquél año que autoriza concurso público para el establecimiento y explotación de un cable telegráfico submarino entre La Habana y la costa de Méjico (8). Los negocios mercantiles de los transportistas españoles estarían sin duda en la base de aquéllo. Y no parece casual que la autorización real se diese precisamente en Comillas, en los días pasados en casa de López, cuando el tratado no podía considerarse, verdaderamente, un asunto urgente.

Volviendo a la nueva compañía, hay que señalar la emisión inmediata, en octubre siguiente (9), de las primeras obligaciones: 30.000, a 500 pesetas cada una, según acuerdos adoptados en 27 de junio y 15 de octubre. Eran 15 millones de pesetas en

obligaciones al portador, a un interés del 6% anual y amortizables en un plazo de 25 años. La posibilidad de incorporar capital extranjero (negada en cuanto a los accionistas) quedaba cubierta así, de esta manera, permitiendo en realidad un aporte en dinero que hasta aquí le estaba faltando al negocio. El artículo 9º de las condiciones de admisión advertía: "La Compañía Trasatlántica garantiza el pago del interés y amortización de las 30.000 obligaciones serie A, que emite en virtud de este acuerdo, con su capital social y los beneficios que obtenga por todos conceptos, salvo el reparto de intereses y beneficios que, con arreglo a sus estatutos y reglamento, haya distribuido sin haber faltado al pago de las amortizaciones e intereses vencidos, y salvo también la acción del Gobierno de Su Majestad sobre los buques de la Compañía destinados al servicio del correo de Las Antillas, según el art.51 del pliego de condiciones aprubado por Su Majestad en 27 de diciembre de 1877, y sin perjuicio de que la Compañía pueda disponer libremente de su capital y del derecho de hacer nuevas emisiones de obligaciones con la garantía de la presente o las que considere conveniente establecer. Finalmente, la Compañía obliga al cumplimiento del pago todos los derechos y acciones que por todos los conceptos le corresponden".

No fue éste, sin embargo, el único gran negocio de Comillas a lo largo del año 81: la Compañía de Tabacos de Filipinas, apuntando hacia Oriente, era otra pieza importante en el rompe

cabezas colonial; al firmar sus escrituras, ya en noviembre, Antonio López deja de usar su nombre de pila para firmarse "Marqués de Comillas", sencillamente. Ante el mismo notario de Barcelona, Soler y Plá, a 26 de noviembre de 1881 (10), comparecieron el marqués, a título individual, Isidoro Pons (en representación del Banco de París y los Países Bajos y del Hispano), y de nuevo José Carreras, como apoderado especial para este acto (autorizado por Federico Luque y Pedro Méndez Vigo), de la denominada Sociedad General del Crédito Mobiliario Español. Estas sociedades y personas habían decidido "crear y establecer en esta ciudad (Barcelona) una Sociedad Anónima de crédito, cuyo objeto, operaciones y demás" se detallaban profusamente en los estatutos.

Surgía de este modo, con importante componente de capital francés (11), una sociedad prevista para durar 99 años, que visaba a todo tipo de negocios relacionados con la explotación de un territorio prácticamente abandonado por la administración española. Brevemente expuesto, pensaba la Compañía de Tabacos atender (art.4º de los estatutos) al "cultivo, compra, fabricación, venta y explotación de tabacos en las Islas Filipinas", para lo cual resultaba imprescindible "la adquisición de terrenos, su explotación y cultivo", sin olvidar la producción en aquéllos de "los demás productos agrícolas que se dan en aquellas Islas". Para la elaboración subsiguiente, estaba previsto "el establecimiento y explotación de fábricas, talle-

res y demás artefactos que se estimen convenientes", para financiar las cuales podía la compañía en constitución "realizar toda clase de operaciones de banca, crédito, comisión y comercio sin limitación alguna; hacer por sí misma o en participación con otros establecimientos o personas en España, Ultramar o el extranjero, toda clase de operaciones financieras, agrícolas, industriales, comerciales, hasta inmobiliarias, y toda empresa de obras públicas". En este concepto, la Compañía podía emprender "la emisión y suscripción con garantía especial o general de empréstitos del Estado, las provincias o los municipios, y de Sociedades de crédito legalmente establecidas". Podía también proceder:

1º.- "a la venta, descuento y cambio de toda clase de valores públicos, industriales, acciones y obligaciones de Empresas o de crédito",

2º.- "arrendar, recaudar o administrar toda clase de contribuciones, servicios públicos o rentas del Estado, de las provincias o de los municipios y empresas de Obras Públicas, y ceder o ejecutar los contratos que a este efecto celebre",

3º.- "crear y explotar toda clase de Empresas de ferrocarriles, canales, caminos, fábricas, minas, dársenas, alumbrado y demás empresas agrícolas, industriales, marítimas, y todas las de utilidad pública",

4º.- "efectuar por cuenta de otras sociedades o de particulares toda clase de pagos, cobros y admitir depósitos de valores",

5º.- "emitir obligaciones, billetes, bonos y cualquier otro documento de crédito por su cuenta o de un tercero, a plazo fijo o variable, en la forma que se estime conveniente, y con o sin garantía especial",

6º.- "crear, adquirir o interesar en sociedades de crédito, mercantiles o de otra especie, Banco de emisión o de descuento, y efectuar fusión con las mismas",

7º.- "comprar, vender y descontar letras y pagarés, prestar, girar, hacer toda clase de operaciones de banca con sus incidencias, comprar metales preciosos, llevar cuentas corrientes, abrir y obtener créditos en cuentas corrientes, ejecutar cobranzas, recibir depósitos e imposiciones a metálico, y realizar todas las operaciones de esta índole que permitan las leyes y acuerde el Consejo".

El capital social quedaba fijado en 75 millones de pesetas, representado por 150.000 acciones de 500, divididas en tres series, la primera de 80.000 acciones, y las otras dos a determinar por el Consejo de Administración, hallándose ya suscritas en su totalidad las 80.000 emitidas (12). El desembolso, por el momento, alcanzaba a un 25% del importe de las acciones emitidas. De dichas 80.000 acciones, repartidas a partes iguales entre los cuatro socios fundadores, tomaba en consiguiente 20.000 Antonio López, y otro tanto cada uno de los bancos o sociedades participantes (13). El Consejo de Administración lo componían Comillas, Isidoro Pons, Pedro de Sotolongo, José

Ferrer y Vidal, Manuel Girona, José Carreras, Eusebio Güell y Bacigalupi, Claudio López Bru, Angel Bernardo Pérez, Francisco Sepúlveda, Jaime Girona, el conde de Sepúlveda, Cayetano Sánchez Bustillo, el conde de Bernar, Federico Luque, Enrique Barbaza, Gustavo Pereire, Ernesto Polack, el duque de Decazes y Edmundo Joubert.

También a finales del mes de diciembre de 1881 tenía lugar en Barcelona la reestructuración del Crédito Mercantil, cuyo capital social había decidido su junta general elevar en 50.000 acciones de 500 pesetas, a 18 de aquel mismo mes. En el momento de la ampliación eran accionistas:

Antonio López	4.422 acciones
José Carreras	1.300
L.G.Soler y Plá	200
A.M ^e Brusi	450
J.Ferrer Vidal	380
Camillo Fabra	1.000
B.Hispano-Colonial	5.000
Eusebio Güell	300
Evaristo Arnús	1.100
Manuel Arnús	1.000
Agustín Robert	700 (14)

Por otra parte, también para los negocios marítimos en general se había abierto un período de posibilidades de crecimiento

fructífero. No se trataba sólo de un buen momento para los distintos proyectos y actividades que rodeaban a Comillas, sino de una especial coyuntura en la que el descenso momentáneo de las entradas de capital extranjero (15) posibilitan una reconversión interior, capaz de ser aprovechada por los más favorecidos. Luis Almerich, con su tono panegirista hacia la marina catalana (16), recoge así el proceso de sustitución de las viejas compañías hundidas por otras nuevas, más acordes con las exigencias del momento: "¿Se la dejó sola a la empresa "A. López y Cía" para que se enriqueciera a placer, sin competencia ni estorbos? Esto habría sido un sueño, incompatible con nuestro temperamento. Dormían capitales que procedían de los negocios del mar, y no era cosa de mantenerlos en conserva, pudriéndose en los bancos. Surgieron nuevas empresas navieras. Jover y Serra adquirió dos o tres barcos; fundóse la Compañía Pinillos, Izquierdo y Cía., con central en Andalucía, pero con honda conexión con capitales catalanes -Juan Forgas, Rómulo Bosch y Alsina y otros- (...)" . Reunamos unos pocos datos a propósito de este proceso.

A principios de mayo de 1881 tenía lugar en Madrid la constitución de la sociedad comanditaria Antonio A. Trujillo y Cía., con participación de capital catalán (17). Su objetivo: "la explotación de buques de vapor que hagan el trayecto entre Narseta, Poti, Marruecos, Canarias y Londres". Contaba con seis vapores, evaluados en total en tres millones de pesetas, capital

dividido en 6.000 acciones de a 500, cotizables en bolsa al 5%. Por el momento, se habían suscrito 800, del modo siguiente: 150 para J.Bello, E.Bodoll Suñer, y A.A.Trujillo, respectivamente; 100 para B.C.Huguet, E.Trujillo y G.Martínez Serrano, quedando las 50 restantes en poder de J.Beltrán Carreras. En la sesión de 31 de mayo fue constituida la directiva: como presidente, Telesforo Montejo y Robledo, ex-ministro de Fomento, abogado y propietario; como vocales, el duque de Maqueda, el marqués de Villalovar, Manuel Camacho, M.Flores Calderón, Joaquín Bello y Emilio Trujillo; como gerente, Antonio A.Trujillo.(18).

Pocos meses después, a mediados de agosto, se constituía en Barcelona la denominada Compañía de Transportes Marítimos, con duración prevista de 50 años, y un capital de 10 millones de pesetas repartido en 20.000 acciones de 500. Se dedicaría "al transporte marítimo de todas clases y a todos los puertos que considere convenientes por buques de vapor, propios, arrendados o fletados" (19). Los socios fundadores explicaban así las razones de su decisión: "En vista de las necesidades cada día más apremiantes de transportes marítimos, por vapor particularmente, para el Río de la Plata, que no tiene otro servicio de esta especie que vapores extranjeros, con gran detrimento del decoro y de los intereses nacionales, después de varias reuniones y conferencias se han puesto de acuerdo y han convenido en formar una sociedad que venga a llenar las expresadas necesida

des".

Menor entidad tiene sin duda el Crédito Marítimo, formado también a finales de dicho año de 1881, con un capital social de 3 millones de pesetas. En la escritura fundacional expresaban los socios firmantes que "con ser España una de las naciones de Europa que reúne mejores condiciones topográficas y de situación para alcanzar una importancia comercial marítima de primer orden, por lo dilatado de sus costas y el gran número de ríos que surcan su territorio, lo cierto es que no ha alcanzado todavía el potente desarrollo de que es susceptible su comercio marítimo, lo cual es debido en gran parte a la falta de canales de navegación que faciliten la exportación de los productos interiores de toda especie que produce el país, no menos que a la insuficiencia de los docks, varaderos, careneros y otras obras de necesidad reconocida para las naves que frecuentan sus aguas, siendo pues de conveniencia manifiesta suplir estas necesidades si se quiere obtener el fomento y progresivo desarrollo de este mismo movimiento comercial marítimo, al cual forzosamente ha de contribuir el aumento y mejora de los servicios secundarios que se prestan en los puertos y ríos para la carga, descarga y remolque de los buques que a ellos acuden, y particularmente el proporcionar a negociantes y armadores capitales en condiciones de equidad y economía que promuevan y faciliten las especulaciones y empresas marítimas beneficiando así al comercio en general" (20). A llenar este vacío,

patente con especial intensidad en "una ciudad de la importancia marítima de Barcelona", venía, pues, este intento capitalizador. La totalidad del capital social, 6.000 acciones de 500 pesetas, se hallaban suscritas por completo en el momento de su constitución: 1.000 acciones a nombre de Mateo Llasat, 700 al de Lorenzo Sempere, y otras tantas al de la razón social "Viuda de Manuel Llasat", 400 para A.Estrany y Manuel Llasat, etc. Poco tiempo después de entrar en funcionamiento, la sociedad se decidía a ampliar su capital hasta 13 millones de pesetas (21), para lo cual se decide la emisión de 20.000 acciones de 500 ptas.

También en Barcelona, y a 31 de diciembre de 1881, se había constituido la Compañía Barcelonesa de Vapores-Correos Trasatlánticos, S.A., destinada a practicar "la navegación por medio de buques de vapor entre todos los puertos del globo, bien sea importando y exportando frutos, mercancías y productos de todas clases por cuenta de la Compañía, o bien cediendo a flete dichos buques". Para ello, se veía autorizada a "adquirir los vapores del porte y circunstancias que se conceptúen más adecuados al objeto de la Sociedad, bien sea mandándolos construir por cuenta de la misma, o contratando la compra de buques ya contruidos o usados que reúnan buenas condiciones; fletar o tomar en arriendo vapores propios de otras compañías o casas navieras, siempre que conviniera; acometer o interesarse en empresas marítimas, así como en cualquier otras especulaciones y ne-

gocios directamente o indirectamente relacionados con el objeto social, pudiendo extenderse también a toda especie de operaciones agrícolas, mercantiles e industriales que se consideren convenientes a los intereses de la Compañía" (22). El capital fundacional era de 5 millones de pesetas, quedando suscrito por J.B.Morera (3.200 acciones), R.Macaya (2.000), J.Carbonell (1.000), J.Ferro, V.Casas, E.Pi, A.Mª Morera, C.Reifferscheid (500 acciones cada uno), F.Prats, L.Sanmartí, J.Rosich, J.G.Morera, J.P.Roca y Fiter, M.Roca y Fiter (200 acciones cada uno), y P.Garriga (100 acciones).

Pero también Bilbao era escenario de un proceso paralelo. Así, y sólo a título de ejemplo, puede señalarse que a 16 de noviembre de 1882, en la capital vizcaína, quedaba constituida la Compañía Bilbaína de Navegación, con un capital relativamente modesto (dos millones de pesetas), en 4.000 acciones al portador, de 500 pesetas cada una, completamente pagadas ya, y representadas por los tres buques de vapor que poseía la sociedad. Las acciones se repartían como sigue (23):

Juan Bautista Longa	459 acciones
José Mª Olávarri	380
Eduardo Aznar	365
Angel Uría	309
Benigno de Salazar	290
Felipe Abaitúa	250
Mariano Basabe	250

J.Bautista Astigarraga	230 acciones
F.Martínez Rodas	230
Manuel Astigarraga	152
Narciso R.Lagunilla	150
Ezequiel Urigüen	150
Benigno Chávarri	138
José Echevarría e Hijos	102
Pedro Darío de Arana	102
Eduardo Coste	100
Víctor Chávarri	78
Guillermo de la Quintana	77
Manuel Orbe	52
Serapio Eguidazu	50
Juan Villar	50
Julián Sevilla	50
J.José Aurrecoechea	40
Dionisio Lámbarri	16

Quedaban nombrados gerentes Eduardo Aznar y Juan Bautista Astigarraga, "en atención a las circunstancias que concurrían en su persona y a la parte activa que han tomado en la formación de esta Sociedad" (art.34 de los estatutos, título VI). En aquel mismo año de 1882, la producción industrial vasca se adentraba en una crisis de ciclo corto que favorecería en breve la concentración del capital (24).

2.- Servicios al Estado y concentración monopolista.

Los primeros años de funcionamiento de la Compañía Trasatlántica Española, siguiendo las mismas pautas, respecto a su contrato oficial, de su predecesora, la A. López y Cía., apenas muestran novedad, a no ser la enconada polémica con el todavía no vencido Marqués de Campo. A mediados de 1883 va a morir Comillas, sin haber visto abatido a su rival, aunque podía considerarlo definitivamente tocado. Los valedores del santanderino se prodigan entre tanto por doquier, afrontando una campaña de propaganda y defensa en pro de los intereses de la compañía naviera y de la respetabilidad de su creador. En el mes de junio de 1883, por ejemplo, se había levantado en el Senado Evaristo Arnús (25), para responder a palabras pronunciadas en la sesión anterior por el conde de Puñonrostro, suponiendo "un alijo de tabaco entre un buque ruso y un vapor trasatlántico de la Compañía López". Es una de las pocas veces que el espinoso asunto del contrabando sale a relucir en este contexto de las compañías subvencionadas oficialmente. Arnús se apresura a desmentirlo, y parece desviar la responsabilidad de tal hecho, si es que existió, hacia la flota del marqués de Campo -al que no nombra directamente, alegando que los vapores de Comillas no hacían escala en Cartagena, donde se localiza el asunto. Y, sobre todo, intenta fijar desde estos momentos la nitidez de una memoria futura para el recién fallecido: "Tanto más sensible es el ataque dirigido a la casa López partien

do de un grande de España, para herir al limpio nombre que ha dejado un igual suyo tan respetable y honrado como el primero de la clase, y a quien deben tantos esfuerzos de inteligencia y laboriosidad la industria y el comercio de nuestro país". La aristocracia del dinero se duele del menosprecio a que, todavía en ocasiones, la somete la vieja nobleza, y reclama su puesto en las alturas de la estratificación social.

Recién puesta en funcionamiento la Trasatlántica, bajo la gerencia de Joaquín del Piélagos y como representante ante el gobierno Francisco Sepúlveda (26), parece acrecentarse el nivel de exigencias de la compañía hacia la Administración, a la que por supuesto se apresura en servir. Al menos desde 1882 -cosa que después se repetirá con frecuencia-, se lamenta la Trasatlántica de lo exiguo de las subvenciones oficiales y del retraso y menguas en los pagos. Trátase de convencer a la opinión pública de que la subvención es ventajosa para el Estado, puesto que -en lo que hace al pasaje oficial- "combinada con el precio de la conducción de empleados y militares, resulta una economía real y positiva, con la que no podría contarse si cada uno de dichos pasajeros hubiera de satisfacer el importe del pasaje por las tarifas que rigen para el público" (27). Un ejemplo práctico según los cálculos de la naviera: en los cuatro primeros meses de aquel año de 1882, afirmaba la Compañía haber transportado a las Antillas 405 oficiales y 5.853 soldados (en viajes de ida), más 584 oficia

les y 1.390 soldados en los de vuelta, siempre con las tarifas reducidas que se aplicaban al servicio oficial. Por dicho pasaje debería abonar el Estado un total de 217.200 pesos (que, por supuesto, la C.T. no había cobrado todavía, como tampoco había percibido las subvenciones correspondientes a aquel mismo período, por un montante de 240.000 pesos). En total, ascendía la deuda, pues, a 457.000 pesos, al margen de los pagos atrasados. Pero esto no es lo que importa de momento. Se trata solamente de hacer ver lo que ahorra en realidad el Estado: si, por el contrario, éste no efreciera dicha subvención, y por tanto la Compañía pudiera cobrar a sus pasajeros oficiales los precios corrientes en tarifa (180 y 35 pesetas para la ida, y 200 y 50 para la vuelta), es claro que el monto total ascendería a 464.055 pesos, con lo cual todavía ahorra el erario público la cantidad de 6.855 pesos (sólo para el tiempo de cuatro meses). "Es decir -aclara el gerente Piélagos- que con la bonificación en las tarifas oficiales, que es consecuencia de la subvención, recobra el Gobierno dicha subvención y algo más".

Pero una vez conseguido el efecto que se buscaba (convencer al lector de la sustancial conveniencia económica del trato), parece procedente a los interesados volver a insistir en la pertinaz demora de la Administración: "El Tesoro no satisface con la regularidad pactada la subvención, hasta el punto de que a la hora presente adeuda 27 millones de reales por dicho concepto, y el de transporte de tropas, lo cual equivale a tres men-

sualidades de débito. Tenemos por fidedignos estos datos, así como el de que durante la guerra en las Antillas llegó el descubierto a 40 millones, sin que por eso se hubiera entorpecido ni suspendido el servicio" (28).

Sin embargo, no era ésta la única vertiente de la relación entre la compañía subvencionada y el Estado, bien es verdad. Gozaba aquélla, por ejemplo, de mayores exenciones arancelarias que el resto de las compañías, por más que esta facultad viniera a darle, es cierto, frecuentes quebraderos de cabeza. Veamos algo al respecto: De 1868 a 1878 se importaron -según Benito de Alzola (29)- 190 buques; de 1879 a 1882, lo hicieron 72, gozando todos ellos de franquicia arancelaria, puesto que los derechos abonados por su introducción eran reintegrados por Hacienda tras incoar los oportunos expedientes de devolución, de largo trámite (30). Como el resto de los navieros, también Antonio López gozó, lógicamente, de esta gratuidad en la introducción de los vapores y materiales de reparación, pero además, disfrutó de la exención de derechos de abanderamiento y matrícula -por ser compañía subvencionada-, que el resto debían abonar (si bien el procedimiento era el mismo que en el caso anterior: abono previo y después reintegro) (31). Acerca de estos últimos derechos guardan los fondos del Ministerio de Ultramar importantes series, que demuestran la incesante marejada burocrática en torno al asunto, desde la Compañía a la Dirección General de Aduanas, para volver de nuevo al Ministe-

rio y viceversa.

Según los pliegos de condiciones para la contratación de una y otra línea (27 de diciembre de 1877, para las Antillas, y 19 de agosto de 1879, para Filipinas), los vapores necesarios para el transporte de la correspondencia oficial, se hallarían exentos del pago de derechos por abanderamiento y matrícula. La real orden de 17 de abril de 1880 establecía una normativa precisa, que no había de resultar, sin embargo, cómoda para las compañías subvencionadas, porque exigía cumplir puntuales trámites burocráticos para cada barco en cuestión. La naviera Antonio López no dejó de reclamar en seguida contra la real orden; dos instancias consecutivas, de 31 de mayo y 1.^a de junio de 1880, solicitan sin demora la derogación de aquella, con la promulgación en cambio de la entrada libre. Llevado el asunto finalmente a Consejo de Estado, concluiría la sección de Hacienda y Ultramar, en 19 de marzo y 7 de noviembre de 1881, por dar a la Compañía la razón.

Pareció todo solucionado cuando, a finales de enero de 1882, la C.T. vió admitido sin mayores complicaciones su nuevo vapor "Antonio López"; sin embargo, Hacienda vigilaba celosamente su cometido, y en sucesivas entradas, volvió a exigir los referidos trámites, con el previo abono de derechos. Nuevas instancias de la representación madrileña de la Compañía, fechadas a 15 de marzo de 1884 y 13 de febrero de 1885, buscan como único

fin la derogación definitiva de la real orden de abril del '80. En septiembre de aquel mismo año 85, cuando ya la Compañía comienza a embarcarse en cuestiones de mayor envergadura, le llega el turno al vapor "Barcelona", sobre cuyo expediente promete la C.T. entablar pleito. Sometido también este caso a la deliberación del Consejo de Estado, la sentencia del alto cuerpo consultivo, que debía crear jurisprudencia, no es óbice para que, a la altura de 1889 la Trasatlántica siga todavía enviando al Ministerio de Ultramar, con el que mantiene excelentes relaciones, instancias suplicatorias para que actúe aquél cerca de Hacienda, poniendo fin a estas evidentes molestias para el contratista.

En realidad, la compra de nuevos barcos al extranjero se había reducido mucho en los mejores años de la Trasatlántica. A la línea que en tiempos poseía Olano y Larrinaga, así como al Marqués de Campo, compró la Compañía más de la mitad de los barcos que, pocos años después, componían su flota. Ello le ahorra molestias, al tiempo que restaba elementos a la competencia. Sus detractores lo acusaron entonces de que, antes de poseer aquellos buques, la Trasatlántica no vacilaba en decir "que eran los más desvencijados y los más viejos que recorrian los mares del mundo", pero desde el momento en que componían su flota, habían pasado a ser "los más importantes y mejores que recorren los mares" (32). El hecho es que, en 1881, se establecieron nuevos servicios que comprendían las líneas

regulares con EE.UU., Venezuela, Colombia, Buenos Aires, Fernando Poo, y Marruecos, así como una serie de combinaciones con los principales puertos del globo. A partir de aquí, Comillas estaba dispuesto a barrer los restos de la competencia; con los aumentos progresivos de su flota, y si son ciertas las cifras aportadas por Cossío (33), a la altura de 1886, "el porcentaje que corresponde a la Trasatlántica en la navegación comercial española, con relación a todos los barcos que hacían líneas trasatlánticas, era el 27%, y el 51,8% respecto a la navegación a vapor". Para entonces, hacía ya tres años que dirigía las finanzas de la empresa -como el resto de los negocios heredados de su padre- el segundo marqués de Comillas, Claudio López Bru, quien a pesar de la crisis naviera logró imprimir a su empresa naval un fructífero rumbo. "La Trasatlántica -cuenta Bayle (34)- jamás interrumpió sus cruceros, ni dejó de repartir dividendos no excepcionales, pero sí remunerativos, del capital".

No era esta cuestión del reparto de dividendos, sin embargo, la verdadera medida del progreso de la compañía. Sus estatutos autorizaban a la creación de un fondo de reserva, que sin duda pasaría a financiar otros negocios de beneficio menos seguro que los proporcionados por el presupuesto oficial. En el primer año de explotación, 1881, la C.T. confiesa unas ganancias de 1.768.003 pesetas, de las que pasaron a repartirse como dividendos 800.000, quedando el resto (más de 950.000) aplicadas

al referido fondo (35). Un año más tarde, el dividendo repartido era de 87,50 pesetas por acción, según acuerdo de la junta general. Se hacía efectivo el mismo, naturalmente, en el Hispano-Colonial de Barcelona, o bien en Madrid, en el Banco de Castilla (36). A partir de aquí, y por un período breve, decidió la junta, al parecer, dejar de repartir dividendos. Con toda seguridad, no se trataba de un fracaso económico. Tampoco hubo de sufrir demasiados percances en su capital constante, a lo largo de estos primeros años, la C.T. Apenas el largo tiempo recordado naufragio del vapor "Gijón" frente a costas inglesas (37), y algún asunto más, de menor importancia. Podía, bien es verdad, tenderse hacia horizontes más amplios.

Desde tiempo atrás quería el naviero López tener su propio dique, donde proceder a las reparaciones precisas y limpiar los fondos de sus buques. Para ello utilizaba normalmente un dique flotante particular en La Habana, así como el oficial de La Carraca, abonando al departamento los derechos correspondientes. Ya en 1864 había solicitado del gobierno un emplazamiento en la bahía de Cádiz, contratando con Inglaterra, por 75.000 libras esterlinas, la construcción de un dique flotante, aunque unos años después, en el 68, cambió de opinión y decidió que fuera un dique seco. Pero la revolución surgía precisamente en el puerto de Cádiz, y López detuvo su proyecto. Tres años más tarde, volvía a solicitar terrenos en Cádiz, obteniéndolos un año después. Diez años aún hasta que se hallase termi

nado y entrara en funcionamiento el dique de Matagorda (38).

Razones de tipo económico y el deseo de independizarse de las instalaciones oficiales impulsaban a Antonio López, sin duda, a procurar desde bien temprano la instalación de su propio dique. Manrique de Lara las resume así: "Las estancias prolongadas en dique presentaban serios problemas, teniendo que ocupar necesariamente la instalación del Estado. Por otra parte, los precios del dique flotante de La Habana eran muy dignos de estimarse, no obstante el derecho a tarifa reducida de que gozaban los buques de la pujante compañía. La tendencia a la nacionalización de estos servicios producía dificultades administrativas para carenar en el extranjero. La real orden de 19 de abril de 1859 y el aumento del tráfico producido por el transporte de tropas destinadas a la guerra de Santo Domingo, fueron circunstancias que obligaron a pensar a "A.López y Cía." en la construcción de un dique propio" (39). Pero lo que no se cita aquí es los constantes roces con Marina que el asunto de la limpieza y carena provoca. Determinada documentación, esporádica y no sistemática, que se custodia en los archivos de la Marina de Guerra, en El Viso del Marqués, ofrece rastros de esta relación. Así, por ejemplo, en enero de 1874 solicita la A.López y Cía., desde Cádiz, por medio de un despacho telegráfico remitido al ministro de Marina que, en tanto se construía la pieza de Hélice necesitada por la goleta "Carmen", se diese orden de que aquélla abandonase el dique, para dejar lu-

gar al vapor "Antonio López", "para ponerle eje, hélice y timón", piezas que ya tenía preparadas la empresa, que alegaba para mayor seguridad las circunstancias especiales que concurrían al caso, puesto que en pleno período de guerra, era necesario y urgente se hallara el vapor dispuesto "para cualquier servicio". Desde Madrid, según parece (40), la respuesta es favorable a las peticiones de la Compañía, pero no así la actitud del Capitán General del Departamento de Marina de Cádiz, que presiona sobre su ministerio hasta conseguir hacer primar los derechos de la marina de guerra sobre la mercante. A pesar de todo, el ministro, al denegar el permiso, afirma que le es "muy sensible" no poder dar gusto a la Compañía, confesando hallarse él "convencido de los importantes servicios que la empresa a que pertenece (el vapor) ha prestado y presta a la Nación".

3.- La ampliación de los horizontes coloniales y las líneas de navegación.

"La renovación del contrato con la Trasatlántica es uno de los aspectos de la política colonial que el partido liberal ha inaugurado, y que se acentuará con otras medidas importantes: la expedición del general Terreros a Mindanao, los frecuentes viajes de los cruceros españoles en las Carolinas, en las Marianas, y en las mismas Filipinas; el desarrollo impreso a la escuadra, a las fortificaciones; las reducciones de los derechos de exportación; el vigor dado a las misiones católicas, etc., son otros tantos síntomas de actividad que deben observarse". Así se expresaba, en la primavera de 1887, el cotidiano de Bruselas L'Indépendance Belge (41), y no le faltaba razón. Se trataba de ese florecer de la política proteccionista y de expansión que procuraba de nuevo la reordenación de los espacios coloniales, y que visaba a un reformismo inmediato y de ventaja para unos grupos metropolitanos no muy amplios. El personal político había adoptado el proyecto en sus vertientes menos comprometidas para con la preeminencia de su dominio de clase, es decir, en sus vertientes más propicias al desarrollo industrial y financiero, en un sentido amplio. Viejas inercias lastraban un empuje plagado de contradicciones desde su misma gestación, pero cuya orientación final aparece palmaria también desde un principio.

En pleno centro de este esfuerzo, desigual, descoyuntado y con resistencias, la cuestión de la integración naviera, de camino hacia el monopolio efectivo de las líneas de navegación subvencionadas, ofrece campo y elementos excepcionales para la reflexión histórica: la crisis de la marina mercante y la resistencia de los pequeños y medianos navieros al proceso de absorción que arrasa al sector se ve incluso quebrada por su participación final en las migajas del festín; la eficaz participación de los trigueros castellanos en la adopción oficial de la vía oligopolista, junto con la plácida benevolencia del resto de los proteccionismos (todavía incipiente la nueva construcción naval vasca, y a la expectativa de nuevos mercados y vehículos de transporte para una producción en apuros, por parte del textil catalán) coincide en proporcionar al importante complejo industrial y financiero de Comillas un camino libre de obstáculos hacia el objetivo final.

La resistencia al monopolio, en este caso, procede de las voces aisladas de un puñado de librecambistas no demasiado comprometidos, (al menos hasta cierto punto) con el poder financiero en España, o bien interesados concretamente en alguna empresa de navegación extranjera. Pero la marcha hacia el proteccionismo era imparable, a estas alturas, y el propio Cánovas daba su consentimiento entusiasta a una protección genérica como proyecto político; sin embargo administrativamente, el compromiso con el Estado como garante -e incluso fautor- de

buena parte de los capitales empleados en la acumulación privada por el grupo Comillas, se sella definitivamente bajo un gobierno liberal. Los hombres de Sagasta, es bien sabido, solían sentarse en los consejos de administración de las grandes sociedades alternando con los de Cánovas. La intervención de los hombres de gobierno en el triunfo decisivo de la integración naviera bajo el signo del privilegio oficial, es uno de los aspectos que se desprenderán del hecho de la renovación -ampliada- del contrato postal con la Trasatlántica, emprendida en 1886. Se trata más bien de la concertación de un nuevo acuerdo en el que, haciendo tabla rasa de las cláusulas contenidas en el contrato vigente -al que restaban aún tres años de vida, cuando menos-, se dibuja una magna empresa de acumulación, que reproduce y amplía los patrones sobre los que fuera levantada. Por más que, comparativamente con otros países, las masas de capital reunido por Comillas y sus hombres pudieran ser modestas, lo cierto es que el suelo peninsular podía quedarse pequeño para sus exigencias de expansión; la renovada salida al exterior abría en cambio nuevos horizontes, iluminados por una risueña dimensión ideológica de patriotismo y expansión, difícil de dejar a un lado hasta para quienes vieron siempre en el expansionismo la agresividad perniciosa de una política de clase. R. Luxemburgo señaló ya, en 1900, cómo la cuestión de las subvenciones oficiales a las líneas de vapores fue trampa y catalizador, a un tiempo, para la socialdemocracia alemana, que condensó en su actitud favorable lo que la Luxemburgo lla-

mó la "primera legitimación científica" del oportunismo (42).

Europa entera cayó en la trampa. Y sin embargo, ¿cómo negar se a la evidencia progresista del aumento del tráfico entre los pueblos, como signo y vehículo de la hermandad entre unos y otros? Los mejores barcos que poseía el país -cada país- estaban allí dispuestos a enarbolar la bandera nacional frente a los puertos del mundo; ninguna soberanía podía renunciar a ello, porque eran esas las reglas del juego. Que quienes controlaban el poder regatearan el precio, dependió, casi únicamente, de sus relaciones con el grupo, o grupos, navieros favorecidos. Por eso el debate parlamentario que precedió a la consagración formal de un pacto ya concluido, y que la demoró casi un año, reviste a mi entender una importancia considerable, como exponente minucioso de la impregnación por el mundo del gran capital de las esferas de la política; y no sólo de la alta política, de las decisiones tomadas en petit comité por el hombre de estado, sino, fundamentalmente, del condensador social que es todo parlamento cuando funciona como eje y termómetro de una democracia (por poco homologable que ésta pueda ser). Pero el análisis de las discusiones parlamentarias, y de su eficaz colaborador, el poder de la prensa, encuentra lugar más apropiado como exponente final de la dinámica de acciones y reacciones que rodeó al proyecto. Por el momento, veamos su gestación.

Los años que median entre 1881, fecha de transformación de la empresa naviera de Comillas en su sociedad anónima (forma más moderna de financiación, aunque más comprometida sin duda) y 1885, en que la Compañía se dispone a gestionar delante de los gobiernos una mayor protección a sus actividades, aparecen llenos con la eliminación de la competencia financiera del resto de las navieras españolas de cierta importancia, requisito imprescindible para que surtiera efecto el arriesgado y ambicioso proyecto ideado por el fundador. No fue el caso italiano de la fusión de sociedades, que ha recreado con mano maestra E.Sereni (43) (posible en un contexto de mayor adelanto relativo en el proceso de acumulación e inversión industrial), sino el más cruel y elemental de la absorción pura y simple, con la desaparición del competidor, y hasta su sumisión futura a los designios del más potente: según pudo oírse en la Cámara, unos años después, había prometido Campo subordinarse, en todo negocio que a la mar afectara, a los intereses de Comillas, una vez que éste le pagara generosamente los diez barcos que componían su flota filipina (44).

Pero poco más puede saberse con la documentación oficial que he tenido ocasión de manejar, salvo la acomodación de las obligaciones y derechos del contrato del 77 (Antillas) y 79 (Filipinas) a una ya larga actividad de servicios oficiales. Sobre ello tratamos en el apartado anterior, dejando ya entrever el inicio de unas dificultades financieras, inevitables quizá en

el nuevo rumbo impreso por Comillas al más peligroso y audaz de sus negocios. En la Cámara baja, ya iniciada la resistencia a la autorización parlamentaria para conceder los créditos precisos, llevará el diputado Celleruelo el problema precisamente a estos términos: "Ahora dicen muchos de los que están interesados en esa sociedad que hoy pierde. Si hubieran sido prudentes sabrían los cuidados que debe tener todo hombre antes de meterse en una sociedad que abandona una razón social a cuya sombra realizó enormes ganancias, para convertirse en anónima. Es una lástima que pierdan su dinero los que llegaron a última hora" (45).

Sin embargo, cuando la Cámara aborda un asunto que el gobierno pretendía reducir a los límites de lo rutinario, se echa de menos la precisa información previa que, poco a poco, -y solo en parte-, los interesados en desvelar la maniobra irán arrancando a una celosa Administración. Como se echa de ver esa falta, también ahora, en los fondos documentales del ministerio, haciendo pensar que nunca existió, o, más bien, que fue sustraída ya entonces. El general Salamanca, con su pronto impulsivo, debió de gozar bastante al plantear tales dificultades ante el Senado, del que formaba parte (46):

Pero, nada más empezar el debate parlamentario, se había tratado de investigar, en la Cámara baja, sobre la -en principio- incierta existencia de un expediente, incoado por la pro-

pia Compañía en el ministerio de Ultramar, en solicitud de una larga prórroga (veinticinco años) que le permitiera amortizar las pérdidas habidas en estos últimos años, consecuencia de cía, al parecer de lo gravosas que resultaban sus obligaciones hacia el Estado. Sospechosamente, la súplica presentada ante el ministerio, coincidía con los momentos decisivos del conflicto de Las Carolinas, en los que sin duda temiera la Compañía por la suerte de sus barcos. Reclamado el expediente por Celleruelo, sobre los datos que éste trate de comprobar, más los que aporten Gamazo, Fernández Villaverde Azcárate y algún parlamentario más, trataremos de reconstruir el forcejeo entre la Compañía y la clase política. Forcejeo que, al menos, mostró tres momentos de condensación, antes de fraguar, en 1886, en el proyecto de ampliación de las comunicaciones marítimas que contaba ya con la eficaz colaboración de Gamazo, ministro de Ultramar, y su sucesor Balaguer, más la tolerante complacencia del nuevo ministro de Marina, Rodríguez Arias.

Cuando, el 4 de diciembre de 1886, el ministro Balaguer pre presenta ante las Cortes su proyecto de ley "para ratificar el contrato celebrado con la Compañía Trasatlántica española", seguido de una copia del mismo (47), no deja de ofrecer una ra zonada explicación de motivos que merece la pena recoger. Destácase allí el inicio de "la era de progreso material en nues tra Patria", patente en "el desarrollo de la agricultura y los adelantos de la industria". Chocando ese despertar, indudable-

mente, con las dificultades de expansión del mercado interno, y afectado éste mismo por una dura competencia originada en el extranjero, se ofrecía -como primer recurso, que permitiera seguir manteniendo incólumes las estructuras del edificio-, la salida hacia el exterior. Hablaba el preámbulo del proyecto del "grato problema de dar salida a los productos y ensanchar nuestras relaciones comerciales, de suerte que no sólo satisfagan las necesidades actuales, sino que creen otras nuevas, compañeras inseparables de una continuada y creciente prosperidad". Se trataba de entrar en esa "lucha comercial" de los pueblos adelantados, dispuestos a "entablar honrosa competencia", y "adoptando para conseguirlo todos aquellos medios que la ciencia aconseja y que la práctica ha sancionado como buenos". La práctica, por cierto, había tejido entre los gobiernos y los grupos de la burguesía con tendencia al monopolio, en torno a las líneas marítimas subvencionadas, una red de relaciones de la que iba a ser difícil escapar.

"Los servicios marítimos, vigilados por el Gobierno y subvencionados por el Estado, no son ciertamente novedad ninguna en nuestra legislación", -se justifica el ministro-. Africa ha sido acercada, entre tanto, por la activa gestión de los africanistas, a las manos de la clase en el poder y sus gestores: sólo faltaba acotarla; y, por otra parte, la urgente conexión a las repúblicas americanas del Sur venía impuesta por una burguesía comercial y exportadora para la que el cordón umbilical

de la emigración era sólo un cauce más, aunque considerable. Dos importantes dimensiones ideológicas de la proyección cultural española, desde el Renacimiento acá, vuelven una vez más a formar pareja acorde: africanismo e hispanismo como ejes de la llamada presencia española en el mundo. Nadie podía oponer se: "España tiene una deuda con su glorioso pasado, y otra no menos sagrada con su misión civilizadora en el continente africano; así es que con provecho propio debe cuidar de los cuantiosos intereses creados por nuestros inolvidables antecesores". Y tanto menos era posible el rechazo en cuanto que nuevas coordenadas exigían un pronto remedio a ese "estado crítico de la producción en la Península y las provincias de Ultramar, que evidentemente reclama nuevos y provechosos mercados". Junta a ello, el importante viraje que supondría la canalización de parte importante del flujo emigratorio hacia territorios españoles de reciente aclimatación, en el que Guinea, especialmente, habría de jugar un papel decisivo. Por último, a nivel mundial, la recién acordada potenciación hasta alto punto de la marina mercante, como eficaz auxiliar del incremento en la de guerra. Sobre todo ello se extiende, cuidadosamente, el preámbulo del documento presentado a las Cortes.

Cuando el proyecto llega a la Cámara, la opinión ya conocía su contenido por la prensa; 1) una importante ampliación de los servicios antillanos (por medio de combinaciones con puertos de las dos Américas, servicios que -hay que volver a advertirlo-

hacía la Compañía Trasatlántica por su cuenta desde tiempo atrás, al menos desde el 81); 2) establecimiento de una línea oficial hasta Buenos Aires, que asegura plantear "dentro de una fórmula de prudencia" (recordemos que la competencia, por parte de los pequeños y medianos navieros españoles era allí importante, pero más lo era la concurrencia extranjera), y que, de hecho, cubría todo tipo de pérdidas para la compañía -como después veremos- si es que éstas se produjeran; 3) creación, de nueva planta, de una línea hasta Río de Oro y Fernando Poo, titubeante pero apresurada, y que por ello advertía de su aparición "en condiciones de poder modificarla después de haberla estudiado prácticamente"; 4) otra línea más, destinada fundamentalmente a servir de refugio pagado a los viejos barcos en desecho de las líneas principales (puesto que sabía de la imposibilidad de barrer, o siquiera acceder a la concurrencia extranjera), aparecía situada en Marruecos; 5) y, por supuesto, se conservaba la línea filipina, ampliada en sus combinaciones y número de viajes anuales.

Con toda transparencia, y sin que fuera negado en ninguna parte, se tranquilizaba con el proyecto la inquietud de aquella burguesía abocada a la exportación, con los ojos puestos en las colonias, pero que nunca dudó de la precariedad de aquéllas; la "conveniencia de facilitar la colocación de los productos de nuestras provincias de Ultramar en diversos mercados" venía a ampliar el horizonte, y así, quedaban establecidas una serie de

combinaciones europeas (Italia, Holanda, Alemania) o no (golfo Pérsico, costa oriental de Africa) que distan mucho de resultar precisas al objetivo originario de la subvención: la conducción de la correspondencia. Bajo el signo del comercio, pues, se decide el Estado español a cargar sobre sus espaldas un grave lastre: el de posibilitar la reproducción creciente en uno de los mayores grupos financieros, garantizando contra todo tipo de riesgos a una de las ramas que lo integran, y hallándose a su vez profundamente ligado, en cualquiera de sus vertientes financieras, a una o varias de las piezas del engranaje. Si uno de los mayores beneficios obtenidos por la C.T. del erario público fue la conducción de tropas a la periferia colonial, no es casual tampoco que el gobierno español depositara los fondos del "Consejo de Redenciones y Enganches" en el Banco de Castilla, en el que el grupo Comillas era enormemente importante (48). Bajo el signo del comercio -decíamos-, pero sólo como eficaz resorte de aceptación o justificación precisas: en realidad, ninguna medida importante vino a acompañar a esta decisión política, cuya primera y principal beneficiaria era una sola compañía.

No obstante, la compañía en cuestión aceptaba lo que el propio gobierno rotula "condiciones", impuestas por él mismo en beneficio de la producción y el incremento del tráfico nacionales: tarifas iguales o menores a las de las compañías de navegación extranjeras; bonificación de un 50% para aquellas mer-

cancías que, oficialmente, deseen los gobiernos promocionar; tarifas reducidas para emigrantes; velocidad, capacidad y comodidades a la altura de los progresos de la técnica y las exigencias de su cometido, y -en singular pirueta que convier te en obligación y compromiso lo que no es sino privilegio, y grande-, el transporte de todo el pasaje civil y militar con carácter oficial; ventaja de la que -como es sabido- venía disfrutando la compañía desde tiempo atrás para su línea antillana pero que no afectaba, sin embargo, a la línea filipina que adquiriera del marqués de Campo, menos afortunado en acotar con energía a la Administración (49).

Poco más le quedaba al gabinete por justificar, convencido de "haber logrado todas las ventajas a que razonablemente pudiera aspirarse", y satisfecho por concertar incluso totales de subvención más reducidos que los de las principales líneas extranjeras, cuando lo cierto es que "no (hay) en España ningún motivo que haga la navegación más económica que en el extranjero, sino todo lo contrario". Por demás, se vanagloria el gobierno de haberse reservado el derecho de "emplear en mejoras del servicio el 33% de los beneficios de la Compañía que excedan de un 5%". En definitiva, para que el servicio reportara al país entero las ventajas que se persiguen, era condición precisa -afirma- que "se hiciera cargo de su desempeño una entidad que uniera a los importantes capitales necesarios, una reconocida competencia para su buena organización y condi-

ciones de patriotismo suficientes para responder a la elevada misión que se le encomienda". La "larga experiencia" y la "limpia historia" de la Trasatlántica, cuyo contrato con el gobierno -recuérdese- tardaría todavía unos años en fenecer, han concurrido así en la importante decisión gubernamental de prescindir del concurso o subasta para poner directamente en manos de la empresa "la importante obra de la reorganización de nuestras comunicaciones marítimas, confiando en que las Cámaras han de reconocer que no es fácil improvisar en España una entidad naviera de tanta importancia como se necesita, y que, aun pudiendo hacerlo, no habría motivo fundado para esperar de la nueva entidad condiciones más ventajosas que las convenidas". A cambio, como garantía de la eliminación de la concurrencia extranjera- garantía parcial, bien es verdad, puesto que no cubría en total al volumen de intereses volcados sobre la C.T.-, ha**b**ía exigido el Estado "que las acciones de la Compañía sean no minativas (circunscritas a españoles), y que no puedan transferirse sin su autorización".

Eran éstos los principales conceptos vertidos en un largo preámbulo de cuatro páginas, para encabezar un breve articulado. Se trataba en realidad de convencer a la Cámara, únicamente para que accediese a otorgar los créditos precisos por los departamentos en cuestión: 1.800.000 pesetas, a cargo del presupuesto peninsular, correspondería al ministerio de Goberna**c**ión; 1.575.000 pesetas más deberían ser incluidas en el de

Cuba; 594.000 en el de Filipinas, y, por último, 225.000 afectarían al de Puerto Rico. Ello se expresaba brevemente en dos artículos: el contrato, en realidad, había sido ya firmado por el gobierno y la Compañía un mes atrás, el 17 de noviembre. Y se trataba, -hay que hacerlo constar-, de créditos provisionales para incorporar al presupuesto vigente, susceptibles de ampliación posterior.

Largos trámites y tanteos habían precedido a la celebración de aquél, que se quiso sin embargo sigilosa para evitar rumores. Estos arrancaban, no obstante, de los sucesos del año 85 que más arriba mencionamos, y en última instancia, de la larga y azarosa polémica con Campo. Volvamos de nuevo sobre las gestiones y miras de la Trasatlántica, en los años difíciles que contemplaron sus aireadas dificultades financieras.

Aludidas por primera vez en el Congreso, -y aprovechadas posteriormente también al máximo- por el diputado republicano posibilista José María Celleruelo, las tres sucesivas proposiciones de prórroga del contrato, presentadas por la Compañía Trasatlántica al gobierno a raíz del asunto de Las Carolinas, causaron -como recuerda El Liberal tras su lectura (50)- "honrada impresión en la Cámara". Pero será la contraréplica de Fernández Villaverde (molesto por los ataques del republicano, como participante que fue del gobierno conservador que apadrinó el proyecto y que, cuando éste llegó a debatirse, había dejado

ya paso a los hombres de Sagasta), la fuente principal para re construir unos momentos para los que la documentación falta (51).

El 9 de marzo de 1885, -según los informes del conservador Villaverde para rectificar alusiones imprecisas de Celleruelo-, presentaba ante el ministerio de Ultramar el representante de la Trasatlántica, Sepúlveda, instancia en la que se quejaba de los graves perjuicios causados a la empresa naviera que representaba por la crisis general del sector, así como por la crisis azucarera cubana. Más específicamente, lamentaba el retraso de los pagos que acostumbraba a mantener la Administración, así como el hecho de que, con demasiada frecuencia, se hicieran aquéllos en valores públicos cotizados con depreciación. Al parecer, para saldar los pagos anteriores a primero de julio de 1878, había recibido la Compañía deuda pública al 3%, que Villaverde dijo se cotizaba al 16%, en tanto que para el período que va entre julio del 78 y julio del 82, se le hicieran los pagos en deuda de anualidades, cotizada al 20%. Estos quebrantos -aseguraba la C.T.- obligaban a la empresa a solicitar la rescisión de su contrato con el Estado, porque "siendo muy corto el tiempo que le quedaba de duración, no podía repartir la amortización de esos perjuicios en suficiente número de años para que no afectasen de una manera grave a su vida financiera". Era, pues, solución natural -"naturalísima", para el diputado canovista- la oportuna prórroga que, en realidad, era lo solicitado por la Compañía, y no la amenazante rescisión con que

encabezara su escrito el delegado de Madrid.

La prórroga, solicitada por un período largo (veinticinco años), ofrecía como compensación prestar los mismos servicios que hasta el momento venía desempeñando, si bien con una rebaja total de 250.000 pesetas, aunque incluía en el servicio otros dos de sus servicios particulares, los denominados de la "red interantillana" y del "seno mejicano", con unos cuatro años de funcionamiento y excelentes resultados. (Como hemos de ver más tarde, los informes anuales de la Compañía a sus accionistas son favorables, además de gozar, en el segundo de los casos, de una subvención del gobierno mejicano). Tanto en aquella primera como en la segunda instancia, que vendrá después, decía la C.T. no obstante que los nuevos servicios incorporados al contrato -si es que el gobierno aceptaba-, "debían entenderse servicios no obligatorios para ella, sino potestativos, que quedaban por completo en su duración, en su organización y en su régimen, al arbitrio y libertad de la Compañía, comprometiéndose a continuar sirviendo como obligatorias en todas sus condiciones no más que las líneas principales de las Antillas y Filipinas". Sobre ello informaría el negociado correspondiente en sentido negativo, resistiéndose también a la indemnización de perjuicios que la Compañía decía merecer, pero aceptando en cambio la idea de ampliar los servicios, idea que suscribió la subsecretaría igualmente. Por su parte, el ministerio de Ultramar pareció hallarse de acuerdo por completo,

formando todo ello un cuerpo de antecedentes que se pasó a Consejo de Estado para su estudio, el cual, por su parte, se mostró de acuerdo con la ampliación de servicios, como era de esperar. No obstante, cuando el expediente llegó a manos del por entonces ministro de Ultramar, Tejada de Valdosera, pidió éste más antecedentes, entre ellos los respectivos a los créditos adeudados que reclamaba la Compañía, y cuáles eran sus verdaderas relaciones financieras con el Estado.

Antes de que estos datos fuesen reunidos por su departamento, se presentaba ante el ministerio una segunda instancia de la Compañía. Era el 7 de septiembre, y venía aquélla marcada por el asunto del litigio con Alemania. Ofrecía ahora la Transatlántica adecuar en todos sus buques al posible servicio de guerra para el que, quizá, hubiesen de ser requeridos reclamando a cambio la garantía de un 3% de interés al capital, tanto para el ya existente como para el que hubiera de desembolsar de inmediato con vistas al servicio de guerra. Azcárate veía en esta propuesta -cuando hubo de ocuparse también del asunto en el Parlamento- "el cebo que cubría el anzuelo", pues ofrecía también la C.T. entregar al Estado la mitad de las ganancias que excedieran del 6%. Opinaba el diputado republicano que, en realidad, la compañía nunca quiso el interés al capital, sino la prórroga del viejo contrato, tratando de incorporar las nuevas líneas particulares para obtener por último subvenciones oficiales para ellas. Y, por otra parte, parecía

evidente la facilidad con que éstas habrían de serle concedidas, mediando como mediaba la oferta sin límites de sus barcos al gobierno.

Fue entonces cuando se puso término a un informe suscrito por el ministerio de Marina, a cuyo frente se hallaba el almirante Beránger. Enviado de inmediato a Ultramar, pidió este otro departamento nuevos datos a la Compañía "sobre puntos de tanto interés para juzgar un negocio de esta importancia como la naturaleza y carácter de la garantía, la extensión, el importe efectivo del capital a que la garantía había de aplicarse, los procedimientos que se habrían de seguir para intervenir los ingresos y gastos de la Compañía, y, en suma, todo lo que pudiera conducir al esclarecimiento del asunto". La subsecretaría de Ultramar, por su parte, trató, entonces de hacer ver "cuán ventajosas podrían resultar para el Estado las proposiciones de la Compañía", por ser menores en realidad los totales de la garantía del interés que las subvenciones vigentes en aquel momento, y por ser aquel procedimiento usual en algunas líneas extranjeras.

Entretanto, y según parece, la casa inglesa Hynes, afincada en Cádiz, ofrecía también sus barcos al gobierno español, oferta que éste rechazó sin grandes complicaciones, al tiempo que desde el ministerio de Ultramar se enviaba el expediente abierto por la segunda instancia de la Trasatlántica al Conse

jo de Estado. El cambio de gabinete debió hallarse unido a la dilación del Consejo para tratar el asunto, pues por "razones de delicadeza" -cuenta Villaverde- decidió aquél aplazar su dictamen hasta que quedase constituido el nuevo Consejo de Estado. Quedaría éste presidido, finalmente, por el propio Tejada de Valdosera, quien no pareció presionar directamente al alto cuerpo en el sentido de acelerar la respuesta, pues hasta marzo de 1886, no se halló el dictamen listo y a disposición del gabinete. Era, sin embargo, favorable a la ampliación de los servicios marítimos y a la concesión directa de la prórroga solicitada, pues consideraba el concurso literalmente "infructuoso". En consecuencia, encontraba también procedente acceder a la garantía de interés solicitada por la Compañía, si bien recomendaba actuar con precauciones, aunque reconocía que "la garantía de interés es una forma de auxilio admitida en Cuba para el ferrocarril central, admitida en Filipinas para el ferrocarril de Manila a Dagupan, y no hay por qué rechazarla en principio, cuando una necesidad pública lo justifica".

Para entonces se hallaba al frente de los destinos de Ultramar Germán Gamazo, a quien sin duda no agradó esta fórmula de subvención, pues volvió a solicitar a la Compañía nuevos antecedentes el 17 de abril, deseoso quizá de ofrecer a la misma, con la que le unían buenas relaciones, beneficios más seguros e inquebrantables. Además, de Estado solicitó "todas las leyes y contratos de servicios marítimos postales de todas las nacio

nes"; de Marina "un presupuesto detallado y completo de los servicios"; de Hacienda "relaciones del movimiento comercial", y en su propio ministerio buscó antecedentes sobre pasajes oficiales concedidos en los últimos tiempos. El 8 de agosto de 1886 presentaba Gamazo el resultado de su estudio ante sus compañeros de gabinete, reunidos en Consejo de Ministros, consejo que -según indican las fuentes indirectas, únicas que según parece existen (52)-, resultó largo y movido. A partir de aquí, comenzaría un tenso forcejeo por dar luz verde a un proyecto que, como Villaverde alardeaba ante la Cámara baja, tenía una "larga y meditada preparación; tan larga, tan meditada y tan solemne como realmente no la puede tener mayor ningún asunto".

El testimonio del propio Gamazo, que se vió forzado a hablar, como presidente que fue también, de la comisión parlamentaria encargada de estudiar un proyecto que él mismo patrocinara siendo ministro, asegura entonces que, en su tiempo, estudió el asunto durante un mes. Al término de este plazo, "mientras los periódicos anunciaban que se discutían no sé qué cuestiones políticas y económicas en el Consejo de Ministros, que así acostumbro yo a hacer las cosas -se enorgullece el liberal Gamazo-, sin estrépito, y antes bien defraudando la curiosidad natural del que busca noticias" (52), planteaba entonces el ministro de Ultramar ante sus compañeros de gabinete, "una a una, las cuestiones contenidas en el expediente". Bajo su influencia, resultó descartada la garantía de interés al 3%,

quedando encargado Gamazo, como responsable del ramo, de ofrecer una alternativa. Desde abril hasta julio trabajó el ministerio de Ultramar en la cuestión, según aseguró el ministro, tratando de buscar otra fórmula que no fuese la más gravosa -justifica con datos de otros países- de la garantía. A partir de aquí serán las Cortes, haciéndose eco de una prensa inquieta, las encargadas de proporcionar el clima adecuado para la consumación del seguro y rentable negocio que la Compañía Transatlántica había tenido la suerte de poner en buenas manos.

4. Poder legislativo y opinión pública ante la concesión monopolista: la discusión en Cortes del nuevo contrato postal con la Compañía Trasatlántica (1886/87).

"Señores Diputados, habéis venido a votar un proyecto de ley que honradamente el Gobierno y los individuos de la Comisión creen que es bueno; que nosotros, los que nos encontramos en estos bancos, creemos malo; y lo creemos malo, porque no llena ni las condiciones de velocidad, ni las de comodidad, ni las de seguridad, ni las de economía que en aquel Consejo de Ministros y en aquella ponencia de hombres eminentes del partido liberal se recomendaban y se acordaban. Dáis en cambio una subvención superior a la que la Compañía pidió; y precisamente cuando el país atraviesa una crisis sin ejemplo, que alvidaréis al emitir vuestros votos favorables, que tendréis que recordar al volver a vuestros distritos, oyendo los unos las quejas de aquellos olivateros, ricos ayer, pobres hoy, que se contentan con demandar el alivio de los impuestos; presenciando los otros los estragos de la miseria en los antes alegres campesinos de Valencia, que tampoco encuentran equitativo remedio a sus males, y viendo, en fin, los representantes de Cuba y Puerto Rico cómo, a pesar de la panacea del contrato con la Trasatlántica, su ruina se precipita y el déficit de sus presupuestos aumenta con los nuevos sacrificios que el mismo contrato les impone". De esta manera sintetizaba Eduardo Baselga, diputado democrata-progresista por Badajoz (53), en vísperas de la votación del proyecto de ley en el Congreso, las condiciones generales en las que iba a producirse la aprobación del contrato. La crisis agraria y sus secuelas, en la Península, junto a los cambios fundamentales que se operaban en el área del Caribe, iban a enmarcar -enraizándola en su contexto histórico concreto- la resistencia de unos pocos

representantes de la nación, que no siempre se opusieron por motivos de tipo ideológico, sino que actuaron con frecuencia llevados de una vinculación -mediata o inmediata- a sectores perjudicados -por la absorción que ahora se facilitaba e incluso legitimaba, desde lo alto del sistema político.

Casi nueve meses atrás el Congreso se hacía eco por primera vez de rumores en torno a la Compañía y su relación con el Estado, rumores que habían saltado a la prensa, y que se hacían correr entre los hombres de negocios. Pero había sido el senador, ya en junio, el escenario primero de una pregunta al respecto, hecha al ministro del ramo, Gamazo, por el senador por Puerto Rico, Félix S. Alfonso (54). Alfonso, liberal democrata-monárquico, librecambista y partidario de las reformas militares, se había demostrado entonces radicalmente en contra de conceder a la C.T. una prórroga (esta es la primera vez que se habla de ella en las Cámaras) que, al parecer, había solicitado del gobierno. Recordó entonces el senador al ministro de Ultramar la existencia del R.D. promulgado en 1852 por Bravo Murillo, sobre contratación de servicios públicos, y que exigía la subasta o el concurso. A su vez, recordará el ministro al senador que el propio decreto exceptuaba, "de manera categórica y terminante", el servicio de vapores correos a las Antillas. Añadiendo que el expediente en trámites en su Ministerio -cuya existencia no pone en duda- "se resolverá con estricta sujeción a las leyes, y consultando los altos intereses de la Patria". Por su parte, Alfonso parece exigir ante todo ventajas o mejoras en las condiciones del transporte, esencialmente en la velocidad de los vapores, demasiado antiguos -opina como usuario frecuente- para el tipo de trayecto de que se trata.

Algo más de quince días después, el 13 de julio de 1886, el conservador Rodrí es San Pedro con añoero e Comill s e el

jo de Administración de los Ferrocarriles del Norte, preguntaba en la Cámara baja, también al ministro, acerca de aquel inquietante rumor, cada día más preocupante, que llevaban pocos días propagando profusamente los periódicos madrileños (55). La Opinión del día anterior, por ejemplo, traía en primera plana la noticia, cárculada en sectores políticos de la capital, con insistencia, de la más que probable solicitud de rescisión del contrato oficial, por parte de la propia compañía naviera.

El director de este cotidiano madrileño, José del Perojo - también diputado por las Antillas, y eficaz introductor a temas coloniales, no vacilaba en alinearse junto a las preocupaciones de los círculos de negocios madrileños, donde se sentía "hondamente el desastroso efecto que en nuestros abatidos mercados puede producir la ruina de tan importante empresa". Era la Compañía Trasatlántica, para el periódico La Opinión, "el principal lazo comercial - que con las colonias nos une", amenazando su debilitamiento o ruptura con "las graves consecuencias que puede acarrear la pérdida - de un poderoso elemento de defensa". Abogando por ver "desarticulada esta versión" de la rescisión inminente, Perojo recuerda a sus lectores que, precisamente en estos momentos, las grandes potencias "para realizar sus planes de engrandecimiento colonial, imprimen - creciente impulso a su marina mercante a costa de grandes esfuerzos pecuniarios", lo que contrastaría vergonzosamente con la actitud española, de ser verdad que el gobierno se halla dispuesto a - permitir que "desaparezcan hasta sus líneas subvencionadas".

La mayor parte de la prensa vespertina, en Madrid, reproduce ampliamente las ocasionales consideraciones del matutino La Opinión. Principalmente lo hacen la Epoca y El Correo, decisivo el -- primero por ser el gran periódico de las clases conservadoras (evi-

dentemente, de enorme peso en las oligarquías financieras), y fundamental el segundo por ser el portavoz oficial de los gobiernos de - Sagasta, entonces en el poder. Ambos coinciden, en aquella tarde - del 12 de julio de 1886, en formar coro de lamentaciones ante la so la posibilidad de que el hecho llegara a producirse, acompañando su temor de grandes alabanzas a la compañía, a su gestión financiera, y a su espíritu de sacrificio en bien de los supremos intereses de la nación. La Epoca del día 14 llegará incluso a referirse a la amenaza pendiente como "uno de los más graves conflictos en que España - puede verse envuelta". Se trataba, sin duda, de una campaña de into xicación de la opinión pública, en la que "los quebrantos que ha -- irrogado a la Compañía el estado de penuria a que ha llegado el tesoro de Cuba en repetidas ocasiones", es arma decisiva, puesta en - boca de los paladines de la naviera. Rodríguez San Pedro, al salir espontáneamente en defensa de la empresa, recuerda a las Cortes el compromiso, reiterado una vez tras otra, de que la nación española tomará sobre sus hombros el total de lo adeudado a la Compañía Trag atlántica.

Ya se hallaba entonces al quite el ministro Gamazo, en una hábil maniobra conjunta, más que probable. Convencido también el mi nistro de la necesidad de imprimir un viraje enérgico a la relación financiera entre el Estado y la C.T., tan desgraciada hasta aquí, - intenta tranquilizar a su interlocutor afirmando que, al retirarse aquella mañana del ministerio que desempeñaba, no se hallaba allí - presentada propuesta alguna de la naviera, solicitando la rescisión. Sin duda no mentía el ministro, que añade enseguida que, en cambio, sí existía allí un abultado expediente con varias solicitudes de la compañía solicitando un cambio de status. Sobre aquellas proposicio nes, ciertamente, ya se habían abierto consultas, más largas quizá

de lo deseable -reconoce el propio ministro-, pudiendo ser que esta dilación hubiese estimulado las impacencias de la empresa, decidiéndose por fin a solicitar la rescisión" rumoreada. Pero "hasta hoy -subraya- no ha sido presentada".

Quedaba así legitimada la inquietud transmitida a la Cámara por el diputado conservador: todavía no existía el peligro concreto pero aún era tiempo de conjurar su amenaza; en cualquier momento, y la catástrofe podría sobrevenir, y nadie negaba su inminencia, ni las funestas consecuencias que traería de la mano. Erá ésta del liberal Gamazo, en este asunto, una actitud totalmente distinta de --aquella que acostumbraban a exhibir los hombres de gobierno ante la incómoda reticencia de quienes, con preguntas o requisitorias, pretendían de alguna manera ejercer control sobre su gestión. Aquí no hay apenas reserva ministerial, y mucho menos se trata de despejar la alarma a corto plazo. Por el contrario, se procura disipar la amenaza con la garantía de que asunto de tan elevada importancia se halla en manos de toda confianza: las de los altos gestores de los destinos nacionales y las de los patriotas hombres de negocios más afortunados en su trayectoria personal. Remitiendo a los servicios pasados la esperanza de una resignación similar en los futuros, advierte Gamazo al diputado Rodríguez San Pedro: "Aun cuando su señoría haga depender de causas ajenas a la voluntad de la Compañía la solicitud de rescisión, me parece que esa Compañía no se decidirá a formularla después de los antecedentes de su servicio, de los antecedentes de sus contratos, y de las largas relaciones en que vive con el Estado" (56).

Pero con su discurso consiguió Gamazo, también, --y ello era un riesgo a correr--, despertar los recelos de una minoría de diputados, de una pequeña fracción heterogénea, que se irá ampliando se

gún se entre en materia, pero que en un primer momento viene casi individualmente representada por el asturiano posibilista José María Celleruelo, diputado por Oviedo y redactor del castelarino El Globo, y que, andando el tiempo, llegaría a ser ministro, ya cruzados los umbrales del siglo XX. Sólo un día después de que Gamazo -acudiera complaciente a la solicitud de Rodríguez San Pedro, Celleruelo, que no había estado presente en la sesión anterior, aborda la cuestión en sentido totalmente contrario al que lo hiciera el --conservador, atacando duramente a la compañía naviera que la mayoría mimaba: "Es conveniente que el público comprenda -advertía- lo que los rumores pueden significar, y que se convenza de que todas esas indicaciones de rescindir el contrato pueden ser como las voces que hacen correr los pavos, diciendo que tienen viruelas para -que no se los coman". No es ya la rescisión, por tanto, sino una indudable prórroga, lo que la compañía subvencionada pretende -afirma Celleruelo-, ganándose con ello la acusación de injusto, por parte del ministro de Ultramar: "Cuando hay una sociedad a cuyo frente se sabe que están personas importantes, entre ellas el señor marqués de Comillas, Sotolongo y otros -vuelve a insistir Celleruelo-, que se están arruinando por servir al Estado, y se hacen correr ciertos rumores diciendo que va a rescindir el contrato a pretexto de que se les adeudan algunas cantidades, bien pudiera creerse que se trata de preparar la opinión con esos rumores, para que esa ambicionada prórrogasse conceda".

Durante doce días, la Trasatlántica y sus problemas dejan de hacer apariciones parlamentarias, pero el día 26 insiste otra vez el posibilista asturiano, recordando que la prensa y la opinión han seguido agitadas, y pidiendo se trajese a las Cámaras el expediente

compelto que había reconocido el ministro existía abierto en su departamento. Gamazo no dejó de mostrarse incómodo ante la petición, respondiendo Celleruelo por primera vez con la afirmación tajante de que "en condiciones cien veces mejores que la Trasatlántica, habría diez empresas que quisieran hacer el servicio" (57). Era el momento de actuar en defensa de la compañía, y los diputados de Unión Constitucional no quisieron ser los últimos.

Un día después (58) hablaba Calbetón, diputado por Matanzas, anunciando una interpelación al ministro de Ultramar que, sin esperar lo más mínimo, pudo ser explanada en la sesión siguiente (59). Delegando en el gobierno las responsabilidades de lo acontecido, por incumplir las obligaciones financieras que le corresponden, trata Calbetón incluso de convencer a la Cámara de la exigüidad de las subvenciones recibidas, en comparación con otros países, muchos de ellos con menor tradición colonial que España.

La discusión, abierta en el marco del examen de los presupuestos antillanos, acababa de comenzar. Pocas -pero firmes- voces se levantaban entonces contra otro de los buenos negocios de Comillas, recriminando la forma de llevarse a cabo la concertación del empréstito de 1886, en billetes hipotecarios distribuidos por el Banco Hispano-Colonial. También entonces un sector de la prensa madrileña acudió en socorro de lo que podía convertirse en molesto contratiempo. El Día, por ejemplo, publicó por entonces frecuentes colaboraciones en defensa de la institución financiera barcelonesa, suscritas en su mayor parte por M. Cancio Villaamil, quien tenía ya entonces acreditada su condición de buen amigo de Comillas. Por su parte, y en cuanto al asunto de los vapores correos, será La Opinión el primero en asegurar que

se hallaba por fin en el ministerio la misteriosa solicitud de rescisión del contrato. No obstante, La Época y El Popular saben desarrollar argumentos con mayor amplitud y constancia. A estos dos periódicos recurriremos para reconstruir el origen y vicisitudes de las presiones llovidas sobre el ministerio de Ultramar, desde los diferentes focos de intereses.

Para el conservador periódico de Escobar, marqués de Valdeiglesias (cuyos hijos y viuda aparecen años después, en la primera lista que se hace pública, como accionistas de la Compañía), la rescisión del contrato con la Trasatlántica es cuestión de carácter "nacional", que se halla muy por encima de todos los partidos, y a ninguno pertenece en exclusiva. En sustancia, había que oponerse enérgicamente a la rescisión, porque las circunstancias no permitían tanteos futuros: "¿Es fácil la creación en España, con capitales españoles, de una nueva sociedad? Creemos que no, porque muerta esta Compañía, todos los hombres de negocios de nuestras plazas marítimas contestarán unánimes que la situación del tráfico en Ultramar no consiente la inversión de las grandes sumas que el lanzamiento al mar de una nueva flota exige" (61). Fuera de la rescisión, no le quedaba al Estado sino la eficaz intervención cerca de la decrepita marina mercante, porque de lo contrario, acabaría ésta por fenecer, ante el peso aplastante que supondría la entrada de capitales extranjeros en el sector del transporte marítimo. Y de aquella marina española en decadencia y apuros no excluía el editoria-- lista, es cierto, a la gran compañía marítima del marqués de Comillas, confundiéndola en un todo con los pequeños y medianos navieros que, de hecho, se hallaban en condiciones realmente -- bien distintas.

El Popular, por su parte, dirigido entonces por Tórcuato Tárrago, dedicaba toda su primera plana del 28 de julio a "La Compañía Trasatlántica", con diversos razonamientos a su favor. De un lado, los de tipo general y altos vuelos: "La verdadera fiebre colonial que se ha desarrollado en todas las naciones de Europa" no era -en opinión del periódico- el marco más adecuado para regatear esfuerzos en cuestiones tan delicadas como la de la rescisión del contrato, puesto que la compañía era -a su entender- "imprescindible" para la conservación de los territorios que todavía componían el imperio español. A su lado, el inevitable papel de la marina mercante en la expansión colonial: "No se concibe cómo puede aspirar a tener importancia colonial una nación que no tenga marina". Y en estas coordenadas habrá de moverse el país si deja sucumbir a una empresa que representa -según se dice- a un 30 % de la marina mercante española, en su conjunto, y a un 50 % de la de altura.

Tampoco habían de faltar las connotaciones de tipo social, y la necesaria salvaguarda del orden público: "La quiebra de la Compañía conduciría al paro a numerosos obreros que, peligrosamente, podrían recurrir a alteraciones y disturbios. Pero con lo que verdaderamente se trata de convencer a la opinión es con la demostración angustiosa del deterioro financiero de una gran empresa, precisamente por haber servido a la nación con entusiasmo y desinterés. Hacía tres años -afirma el periódico- que la C.T. no repartía dividendos a sus accionistas, saldando incluso sus ejercicios últimos con pérdidas de consideración, cuya razón inmediata, además de la demora en el pago, era el abono en valores cotizados en bolsa con depreciación, además del natural quebranto producido por el retraso, usual, así como las continuas molestias y obstáculos de toda índole -asegura- a que la Administración somete a la compañía concesionaria.

"Claro está que de esta manera es imposible la vida de la Compañía", venía a concluirse. Pero no faltaban allí datos comparativos, largamente explicitados, que vinieran a corroborar la desgraciada situación de la compañía española respecto a las de otros países. La Trasatlántica ofrecía así, de hecho -y según estas argumentaciones-, un considerable ahorro al Estado español: "Lo que percibe del Estado esta Compañía es la cantidad de pesos 72.000 por el servicio de correos. Los sellos de franqueo de toda la correspondencia que circula entre Cuba y la Península importan más de un millón de pesos, de modo que aún le queda la utilidad considerable del Tesoro, pues si tuviera que pagar todo eso y la rebaja de pasaje y transporte a todo lo oficial, le resultaría mucho más caro que la subvención".

Entre tanto, el asunto había sido tocado también en la Cámara alta, en la que durante todo el mes de julio se estuvo discutiendo en torno a la polémica cuestión de los tratados de comercio, con motivo del tan traído y llevado modus vivendi con Inglaterra, en el que la mayoría liberal -y libremercantista- había debido hacer frente a los primeros ataques serios de la protección. Respecto al asunto del contrato, será Puig, el día 26 de julio, quien vuelva a sacar a colación el asunto, leyendo un suelto de La Correspondencia de España, periódico también conservador y del gusto de la oligarquía financiera. Alude Puig al marqués de Viesca de la Sierra, y éste recoge amablemente el reto (61). "El asunto -dijo el marqués en representación de los intereses santanderinos- es de suma gravedad y trascendencia" de ser cierta la amenaza de rescisión. A su vez, enlazando en la cadena de afectados a todos los eslabones, uno tras otro, entrarán en la discusión -reclamados por el propio Viesca- "algunos señores senadores que han sido gobernadores generales de Cuba y Filipinas". Es el momento en que el marqués de Estella pi-

dió la palabra por alusión personal. Por primera vez se sacó allí el socorrido argumento de los servicios prestados a la nación durante la pasada -pero reciente- guerra cubana. Todo estaba bien preparado, e incluso se reclamó la intervención del ministro de Marina Beránger, para que dijese claramente al país si, estando como se estaba, "huérfano de marina de guerra", podía improvisarse una flota mercante de tales dimensiones y obligaciones.

La ausencia del banco azul de los ministros de Ultramar y Marina deja, momentáneamente, en manos de Montero Ríos -en la cartera de Fomento- la respuesta a la orquestada intervención precedente. Montero tratará de escamotear a la Cámara la discusión del asunto, sin duda por no ser de los miembros del gabinete más acordes -con la situación que procuraba Gamazo, y haciendo de paso una magnífica demostración de las conscientes limitaciones del legislativo en la España de finales del XIX: "Es necesario que las Cámaras empiecen por respetar la libertad de acción del Gobierno para resolver sobre esas cuestiones, de cuya resolución él mismo ha de dar cuenta al Parlamento. Si esos graves asuntos se entregan al Gobierno con juicios preconcebidos ya, y bajo la acción de la opinión de las Cámaras, es evidente que el Gobierno no tendrá la libertad de acción que necesita para resolverlos, y es evidente también que - las Cámaras no tendrán derecho completo y absoluto, en el terreno de la justicia, para exigir al Gobierno la responsabilidad por actos en cuya ejecución no ha tenido toda la libertad de acción que le era indispensable para resolver; antes bien, se habrá visto precisado a obrar bajo la presión de las opiniones de la Cámara". Es, más, si es cierta la afirmación inmediata de Montero Ríos, podría incluso desvelar el sigiloso trámite que el asunto llevaba, bilateralmente, entre la cartera de Ultramar y la dirección (o representación) de la casa naviera: "Si, en efecto, -viene a decir el ministro

de Fomento para concluir-, hay algo más de eso que se dice, yo declaro que lo desconozco, porque el señor ministro de Ultramar no ha sometido al Consejo de Ministros nada que se refiera a eso".

La calificación hecha por Montero Ríos de este asunto como "de interés puramente particular" levanta las iras del cubano Fernández de Castro, convencido de que, por el contrario, "afecta mucho a los intereses generales de la nación, a los intereses más sa grados", hallándose además el porvenir de la isla de Cuba "seria-mente comprometido" (62). El presidente de la mesa le impedirá, por el momento, seguir aportando argumentos a una discusión tan irregularmente abordada y conducida.

Interviene a continuación el marqués de Estella renunciando así a su silencio durante aquella legislatura. Habiendo dejado pasar, sin intervenir, cuestiones militares en las cuales -asegura- no estaba conforme, no puede sin embargo el marqués permanecer callado ahora: "Tal efecto me ha causado la idea de que esa impor-tantisima compañía pudiera desaparecer, que empiezo por declarar que haría toda la oposición a los presupuestos de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, si viera que este asunto se llevaba adelante, pues considero que, de rescindirse el contrato, sería imposible atender al servicio de envío de tropas para el ejército de Ultramar con la prontitud que las necesidades de la guerra requieren".

También Martínez Campos acude celosamente a defender los intereses de la naviera, recordando los 200.000 soldados enviados a Cuba durante la guerra y los 100.000 traídos de regreso, con mínimos percances personales. Y recuerda al general Jovellar, en el ministerio de la Guerra, que si se rescinde el contrato, puede muy bien suceder que sea difícil en lo porvenir la conservación de las Antillas. Será tanta la insistencia que, de nuevo, Montero Ríos recuerda a la Cámara que "no es lícito en nin caso que los intere

ses de una empresa, por respetable que sea, se sobrepongan a los intereses generales del país", a lo que responderá Martínez Campos no hallarse defendiendo intereses privados, sino "los de la Nación". Nueva respuesta de Montero Ríos, sin duda sorprendido y molesto: "Sería más oportuna la defensa si hubiera habido ataque, y como hasta ahora el Gobierno no ha hecho nada en esta cuestión, ni en pro ni en contra de la empresa, entiendo que esa defensa es sobra por superflua y poco oportuna".

Va a ser Fernández de la Hoz quien no vacile en responder al ministro de Fomento: "Efectivamente, el Parlamento no debe adelantarse nunca a hacer investigaciones en las cuestiones que son atribución del Gobierno; pero aquello en lo que el país tiene verdadero interés, que es en saber si el contrato es cumplido o no por el Gobierno, y si por no cumplir los contratos dá éste lugar a que se hagan reclamaciones de rescisión, eso tiene derecho a examinarlo el Parlamento siempre".

La Epoca es quizá el cotidiano que mayor atención dedica a estos primeros escarceos en la Cámara alta (63), no dejando de indicar, tampoco, que los diputados cubanos acababan de reunirse con el ministro de Ultramar para abordar el asunto. Y es que, entre tanto, se explanaba en el Congreso la interpelación hecha por el diputado antillano Calbetón, (como indicamos más arriba. Viene éste a poner en jaque todo tipo de intereses, "los regionales, siempre respetables, pero sobre todo, los intereses nacionales". A defender los primeros llamará directamente a Garrido Estrada, y Federico Nicolau, diputados por Cádiz y Barcelona, respectivamente, en tanto que los segundos infinitamente más apreciados- los deja en manos de un militar: el general Pando, capaz como pocos de "apreciar cuáles son las necesidades que España siente para

mantener siempre una constante comunicación con sus provincias de Ultramar". De nuevo volverá a oírse allí que "España no puede vivir digna y honrosamente en el exterior sin una Compañía, sin una sociedad que ponga a la Península en comunicación frecuente con nuestras posesiones de Ultramar, sin una flota de vapores que pueda servir no sólo para estos usos, sino en un momento determinado para mantener en las más remotas regiones la dignidad y la honra de la nación". Vuelve a razonarse también en torno a la reducida tasa de subvención que afecta a la compañía española, frente a sus competidoras del extranjero, y hasta llegará a decirse que la calidad de los barcos de aquélla es superior a muchas de éstas.

Resulta claro el temor, palpable, de que "una compañía extranjera pueda presentarse a hacer esta clase de servicio", y por ello se exigirá ante todo la nacionalidad española para la compañía subvencionada. Cuando el diputado Calbetón termina su discurso, Gamazo se hallaba en el Senado, no pudiendo así contestar al diputado de Unión Constitucional que había puesto a punto el tema para discusiones más encarnizadas. Venancio González, ministro de la Gobernación, llega al responderle a afirmar que la propuesta de rescisión se halla, en efecto, presentada al ministerio de Ultramar. Y en una especie de guiño político afirma: "Yo creo que ni las comunicaciones entre la Metrópoli y las Antillas han de quedar interrumpidas un solo momento..., ni tampoco ha de ponerse en duda la voluntad del Gobierno de resolverse en esta materia".

Invitado a rectificar, Calbetón seguirá el hilo de los dos argumentos más fuertes: el de la protección a la industria nacional y, estrechamente ligado al mismo, el estratégico-político del papel de la marina mercante en un conflicto bélico cualquiera ("Lo que queremos es que esa concesión no se haga a una compañía extranjera,

sino a una sociedad española", "...no a una compañía abanderada en España, sino a una compañía que tenga sus raíces, su fundamento y su capital aquí en España"). Las razones de tipo económico quedan ahora en un lugar muy secundario, contradiciendo incluso en parte los razonamientos de su intervención anterior. Incluso en el supuesto de que una compañía extranjera -viene a decir- resultase menos gravosa para el erario público, "¿qué vale que obtengamos este servicio a una peseta o dos pesetas menos por cada milla, si mañana -ocurre un conflicto y nos hemos de encontrar con que no nos prestan auxilio las naves que hacen el servicio ordinario?".

Para Garrido Estrada, por su procedencia gaditana, no era difícil prorrumpir, como lo hizo, en alabanzas a la Compañía que -era para Cádiz algo más que una empresa privada (65). En este punto se hallaban las cosas cuando el republicano Celleruelo, que no había dejado de solicitar la palabra, se halla por fin en el uso de ella. El argumento de la nacionalidad española le ha herido directamente, y corre el riesgo de verse desarmado. Por ello se apresura a establecer de nuevo su visión de conjunto sobre el problema: "Todo el mundo sabe que la Compañía Trasatlántica ha tenido buen cuidado de destruir todas las sociedades españolas de vapores que pudieran hacerle la competencia, como la compañía de Gijón, la del marqués de Campo, y otra que amenazaba con traer sus barcos a España". Desde este ángulo era fácil concluir, pues, que sólo la C.T. podría seguir haciéndose cargo del transporte de correo y tropas a Ultramar. Por ello insiste Celleruelo en demostrar ante el Parlamento que, "en realidad, esto de la rescisión no obedece más que al empeño decidido que esa sociedad tiene en que se admita una proposición de prórroga que tiene solicitada", siendo lo cierto que "la compañía, ni quiere la rescisión ni ha pensado en ella".

Es entonces cuando descubre Celleruelo, ante el Congreso, el contenido aproximado del triple expediente provocado por la Compañía en su ministerio más frecuentado, opinando que serían las tibiezas del Consejo de Estado las que, en definitiva, impacientarían a la empresa, decidiéndola a hacer correr las consabidas amenazas de rescisión. Pero pronto acudirán Calbetón y Fernández Villaverde a hacer frente a sus críticas.

Las primeras presiones de Cataluña llegan por entonces. Balaguer, con su proteccionismo moderado -según afirmaban los librecambistas más conspicuos-, entrega a la Cámara, por encargo de Nicolau, un telegrama procedente de Barcelona y suscrito por "fabricantes, comerciantes y embarcadores", dispuestos a enviar al gobierno una exposición que abogue por el contrato renovado. Pero un problema de orden superior va a zanjar por el momento estas primeras querellas: la crisis abierta en el ministerio de Hacienda con la oposición a los proyectos fiscales de Camacho, exige una atención prioritaria del gabinete y, al menos, la expectación de las Cámaras. El 3 de agosto, finalmente, Camacho salía del ministerio, siendo sustituido por el moretista J. López Puigcerver.

La prensa, sin embargo, no ha dejado un solo día de ocuparse del asunto. El 29 de julio La Marina había abogado por la adjudicación en concurso de los servicios en cuestión, alegando como razón principal la reglamentación viegente, la ley de Bravo Murillo de 1852. El Popular, decidido paladín de la Compañía, no vacila en polemizar con quien tales presupuestos defendía: "No vemos en estos momentos de abatimiento de la marina mercante que haya probabilidades de competidores en ese concurso, no porque no haya personas de reconocido patriotismo y capacidad

para plantear los servicios, sino porque escasean los grandes capitales y porque la rescisión solicitada por la Compañía por falta de cumplimiento por parte del Gobierno, retraería a esos capitales, aunque los hubiese"(66).

El mismo periódico, el día anterior, haciéndose eco de lo publicado por La Verdad de Cádiz, el día 29, sobre la cierta intencionalidad de la compañía naviera de rescindir su contrato, sitúa en boca de "comerciantes, industriales, propietarios y obreros" gaditanos profundas quejas por los resultados previsibles de esta inactividad oficial hacia los intereses de su provincia. La agitación prosigue, a lo largo de los primeros días de agosto, en Cádiz, Barcelona y, más débilmente, el puerto de Vigo. El 3 de agosto, por ejemplo, se constituye en Cádiz una comisión de industriales y marinos para concertar el envío de una diputación a Madrid, encargada de "gestionar en contra de la rescisión de la Trasatlántica y a favor del fomento de la marina mercante nacional" (67). Parece que la idea había sido muy bien acogida por otros sectores, adhiriéndose a ella "los comerciantes, navieros e industriales" de Cádiz, en amplia mayoría, y que en aquella misma tarde del día 3 llevaban ya recaudados seis mil duros para los gastos que ocasionaran las gestiones. La propia mano de la Trasatlántica se adivinaba detrás de tanto movimiento.

Por su parte, el capitán general de Andalucía, en nombre de la región gaditana, principalmente, y también la Sociedad de Amigos del País, se dirigirán al presidente del Consejo de Ministros para recahar, en sendos telegramas, la máxima atención ministerial hacia el proyecto (68). Tres días después, El Popular insertaba una nutrida lista de ejecutores de presiones a favor de la Compañía, todas ellas procedentes de Cádiz, permitiéndose concluir: "Así se ve que hasta el círculo izquierdista de aque-

lla ciudad haya cogido con entusiasmo y puesto en práctica inmediatamente el proyecto de dirigir al señor ministro de Ultramar una solicitud exponiendo los perjuicios considerables que se irrogarían a Cádiz con la rescisión".

Así se expresaba el órgano tradicional de defensa de los intereses proteccionistas en Madrid, en tanto que, directamente desde Barcelona, como era de esperar, el Instituto del Fomento del Trabajo Nacional se apresuraba también a exponer a Sagasta su "opinión contraria a la rescisión del contrato entre el Estado y la Compañía Trasatlántica, por considerar dicha rescisión perjudicial a los intereses nacionales". Firmaba el presidente del centro, José Pujol Fernández (69). Secundaron su iniciativa, de seguida, la Comisión Provincial y el Ayuntamiento de Barcelona, que se dirigen respectivamente al propio Sagasta y al ministro de Ultramar (70).

En las provincias gallegas también se percibía la agitación: "La marina mercante -publicaba El Faro de Vigo el día 5- hace causa común con la de la Compañía, comprendiendo que todo aquello que tiende a destruir la entidad más importante de nuestra marina redunda en detrimento de la clase en general".

Entre la prensa madrileña, en este momento, ninguna otra publicación ofrece tanto interés, para este asunto, como el cotidiano La Opinión, que en 5 de agosto reproducía un discurso - del senador italiano Rossi, pronunciado en su país cuando se discutía el proyecto de ley sobre la marina mercante (71). O que, un día más tarde, se hace eco de un suelto de La Correspondencia (al que califica de "órgano financiero del marqués de Campo"), en el que se informaba de la insistencia del propio marqués, volviendo a ofrecer cerca del gobierno la realización gratuita del servicio.

La Opinión (72), asustado, advierte al gobierno de que "debe saber, como lo sabe el país, lo que significa el marqués de Campo en el terreno de las garantías y del crédito", por lo que "parece imposible -apostilla- se tomen en serio tales ofertas".

Por fin, el Consejo de Ministros reunido en la tarde del 8 de agosto, tuvo por cometido -casi exclusivamente, y durante tres horas (73)- el examen del asunto de la Compañía. La prensa del día siguiente, por la mañana, dejaba entrever fisuras en los acuerdos ministeriales, siendo las discrepancias en el parecer de los ministros probablemente agudas. El vespertino El Día salía en cambio al paso de dichas interpretaciones: "Los ministeriales tienen por totalmente inexacto lo que un periódico de la mañana ha referido sobre distintas opiniones manifestadas en el Consejo de anoche, respecto a los acuerdos consignados. No hubo discusión, dicen; no hubo dualidades; hubo perfecta y completa conformidad desde el primer momento, esto es, desde que se propuso la fórmula expuesta". Sin embargo, parecía imposible negar evidentes malestares, y El Día se dispone a restarles importancia: "No obstante esto, mucha gente afirma que la discordancia ha sido una realidad, que no hay por qué disfrazar ni ocultar, porque no todas las resoluciones de los Gobiernos recaen sin manifestaciones en opuesto sentido". Y ya se trasluce, desde ahora, que las aristas del problema se hallaban en unas "condiciones", fijadas por Gamazo, frente a unas "pretensiones", establecidas por Beránger. O, en otras palabras, que ese enfrentamiento entre los ministerios de Ultramar y Marina -que no es exclusivo de este momento, por defender normalmente sus propietarios intereses contradictorios-, va a producirse a propósito del contrato con la Compañía Trasatlántica, resultando del enfrentamiento profundos cambios en el gabinete.

La nota entregada a la prensa resumía así el contenido -- del pleno ministerial de la tarde anterior: (Había decidido el CM que)

1º) "Los intereses del comercio de las provincias ultramarinas y de la nacionalidad española exigen la ampliación de nuestros ser vicios postales marítimos, y en consecuencia la revisión de los - contratos actuales, revisión que deberá proponerse a la compañía Trasatlántica bajo las condiciones siguientes:

a) que se establezca una línea directa entre la Península y - las naciones americanas del Río de la Plata, tocando en Río Jane ro.

b) que asimismo se establezca un servicio postal y comercial a la costa de Marruecos y a las posesiones de Río de Oro y Golfo - de Guinea.

c) que se creen también líneas auxiliares que enlacen la prin cipal de las Antillas con Méjico, Nueva York, Colón, La Guaira, -- Puerto Cabello y Sabanilla, con la previsión de que, abierto el - canal de Panamá, puede continuar esta línea por la costa occidente de América.

d) que se cree otra línea auxiliar para enlazar con la prime- ra y principal de Filipinas los puertos de Calcutta y Hong-Kong.

2º) Si la Compañía aceptaba el pensamiento, los ministros de Hacienda, Marina, Gobernación y Ultramar procederían a redactar -- el contrato, que se sometería a la aprobación de las Cortes, y si la obtuviera, empezaría a regir desde 1º de julio de 1887, enten- diéndose que los nuevos servicios se habrán de prestar con las -- condiciones de seguridad, rapidez, comodidad y economía exigidas - por otras naciones en los contratos que recientemente han celebra- do con distintas compañías, y en armonía con los adelantos de la -

construcción naval y del arte de navegar".

3º) Si la Compañía no aceptase las condiciones que acuerde la comisión, sirvan aquéllas como pliego de condiciones para el concurso que deberá abrirse tan pronto como la negativa de la Compañía fuera conocida, y a más tardar, antes de concluir el año corriente" (Esta era, por ejemplo, la información que proporcionaba El Día. Su colega El Imparcial añade un cuarto punto: que los ministros habían acordado, también, "negar a la Compañía la petición del interés del capital empleado que solicitaba, y dar cuenta a las Cortes de este asunto").

La Opinión, entre tanto, explicitaba algo más las famosas discrepancias entre los ministros Beránger y Gamazo, atribuyendo al primero la imposición de condiciones técnicas "quizá poco ajustadas a la importancia de las empresas que en nuestro país puedan quedarse con el servicio", recordando enojado que el propio Consejo de Ministros parece haber olvidado "las cantidades que se le adeudan a la Trasatlántica". Por último, y haciendo frente a aquella clara predisposición hacia las navieras inglesas que demostrara el republicano Celleruelo en el Congreso, advierte el periódico contra los riesgos de aceptar ofertas demasiado generosas, de esta procedencia, ⁽³⁴⁾ puesto que entonces "vendríamos a las gravísimas dificultades de que el Estado fiara las comunicaciones oficiales a empresas cuyos intereses pudieran estar frente a los de la nación en un momento determinado".

Un día después, 10 de agosto, quedaba abierto el paréntesis de las vacaciones oficiales. Durante todo el verano, y hasta que no se reanude la actividad ministerial, la prensa española parece dejar a un lado el asunto de los capores correos. No así la cubana, que sigue expresando sus temores y su negativa a la rescisión.

La Opinión, de 11 de septiembre, aprovechará recortes de la prensa antillana (75) para relanzar el tema. Pero ocho días después, el 19, tenía lugar la sublevación republicana de Villacampa, débil y desorganizada, pero que acaba de quebrar a un gabinete en discordia. Germán Gamazo, opuesto enérgicamente a la concesión de medidas de clemencia para el general republicano, es sustituido en Ultramar por Víctor Balaguer, en tanto que Beránger deja paso a Rodríguez Arias, en los cambios producidos el 10 de octubre. No resulta ello accidental para el asunto de la Transatlántica: los destinos de Ultramar seguían en manos de confianza, en tanto que se reforzaba el apoyo institucional a los designios de la Compañía. De otra manera: Balaguer, que ya se había mostrado conforme con el proyecto de ampliación de servicios y subvenciones, se encargaba de sacarlo adelante; Gamazo, pasaba sin discusión a presidir la comisión parlamentaria encargada de estudiarlo, recuperando su escaño como diputado por Medina; y Rodríguez Arias, dócil a los dictados del resto del gabinete, asumirá como propio un asunto que su antecesor, Beránger, había cubierto de reparos. La oposición, a partir de aquí, reviste una forma estrictamente externa al ejecutivo. Las Cortes, cerradas el 31 de julio, no volverán a abrirse hasta el 18 de noviembre. Pero la prensa estuvo siempre al quite.

El sábado 13 de noviembre El Popular informa (y aquí hay que recordar de nuevo, si es que es preciso, su vinculación desde antiguo a Víctor Balaguer, ahora ministro del ramo) que "parece haberse llegado a un acuerdo en lo del Contrato entre la Compañía y el Gobierno", una vez fijados unos "puntos mínimos". Esos puntos mínimos, según el ministerial El Correo (76), satisfacen "a todos los intereses". En la tarde del martes siguiente se reu-

nían en el ministerio de Ultramar los ministros de Hacienda (López Puigcerver), Gobernación (León y Castillo), Marina (Rodríguez Arias), y el propio Balaguer, "para convenir las bases de la ponencia que se ha de discutir en Consejo de Ministros sobre el contrato con la Compañía Trasatlántica". También aquella reunión fue --sin duda-- larga (unas tres horas y media), y sobre ella "guardaron reserva", púdicamente, los asistentes (77). En los círculos políticos, la noche antes, había corrido la voz de que todavía --serían precisos varios plenos ministeriales para dar forma definitiva a la concertación.

Sin embargo, el consejo de Ministros que tiene lugar el día 17 acepta plenamente --"en todas sus partes"-- (78) el informe que le presenta la comisión formada por los cuatro ministros implicados. La Opinión, exultante, prodiga alabanzas a los nuevos servicios, que --estima-- "no sólo han de aumentar el prestigio de nuestro pabellón mercante y robustecer poderosamente las fuerzas de nuestra marina de guerra, sino que han de contribuir en gran escala a estrechar nuestras relaciones comerciales con las colonias". El acuerdo no podía ser, así, si no "timbre de gloria --para el gabinete", a la par que "para la patria, un paso decisivo en el camino de su engrandecimiento". Por último, parece seguro --que la C.T. lo aceptará.

El viernes 19 la prensa, en general, conoce ya un extracto del contrato (79). Pero más significativos son sus comentarios en torno. La Epoca del 18, por ejemplo, no puede menos de "aplaudir la actividad y decisión con que el Sr. Ministro de Ultramar, a pesar de los múltiples y graves asuntos a que ha tenido que atender al tomar posesión de su departamento, ha desplegado en la resolución del asunto..." Y, en plena concordia con los liberales, aña-

de el periódico conservador: "Ha de ser motivo de verdadera satisfacción para el Sr. Gamazo ver aceptado en toda su integridad y apreciado en todo su mérito por su digno sucesor, un pensamiento - que ha elaborado con tanto cariño como acierto, y en el que ha desplegado tanto talento". En efecto, casi nadie ha negado después - a quién correspondía, de hecho, la paternidad del proyecto (80), - pero, precisamente por ello, comenzaban a correr a propósito "reticencias injuriosas", relacionando con ello la adquisición de su hermoso palacio en la calle de Génova 24, realizada exactamente en aquellas fechas (81). La Epoca venía a salir al paso de tales habladurías, tratando de desplazar las ventajas del asunto hacia esferas menos materiales, y por ello alaba también extraordinariamente al ministro de Asuntos Exteriores, Segismundo Moret, poseedor de una buena cantidad de "patrióticas aspiraciones relacionadas con América y Africa". Pero sobre todo, no descuida el periódico de Escobar de recordar, triunfalmente, a la opinión que la iniciativa primera de este asunto se debió a su propio partido, el de -- Cánovas. Y ningún fusionista se atreverá a desdecirle: "La poderosa inteligencia del Sr. Cánovas fijó ya muchos de los puntos de -- vista y líneas generales que habían de marcar el derrotero seguido y, sólo a contingencias políticas, puede atribuirse el que no se -- llegara a resolver durante su estancia en el poder este asunto, muy complejo en sí, es verdad, pero de trascendental interés para España" (82).

Por fin se llevará el contrato ante el parlamento, en los -- primeros días del mes de diciembre. Es entonces el oficialista El Correo quien destaca, durante los días 3 y 4, por la publicación - de largos y detenidos trabajos sobre el contrato y sus buenas cualidades, reproducidos extensamente por otros periódicos. Evidente-

mente, se pronunciaba el sagastino totalmente a favor de la agradecida: "Una empresa nacional bien organizada e inspirada en un espíritu emprendedor y patriótico es, a nuestro juicio, el elemento de mayor eficacia que puede utilizar un gobierno para el desarrollo de sus planes coloniales y comerciales en el exterior". Por lo demás, todo le parecía bien a El Correo, excepto el asunto de las subvenciones, a propósito del cual, confiesa, ha solicitado al gobierno las eleve hasta "un nivel digno" capaz de competir con otras naciones.

El mayor ardor propagandista corresponde ahora, no obstante, a El Popular que, en esos primeros días del mes, se propone completar una reseña de "todo lo publicado sobre el tema" en el resto de la prensa, peninsular y ultramarina. Pero como también existe una oposición, El Figaro, que se subtitula "defensor de los intereses ultramarinos", decide venir a engrosar las filas de los abogados de la compañía naviera, y tratando de hacer ver que siempre es ésta la dócilmente subordinada a los intereses de la nación, sale a hacer frente a "esas censuras a priori", que "carecen de argumentación sólida y de razonamientos lógicos", y que no son otra cosa que "suspicias malévolas sin importancia". Porque lo cierto es -prosigue- que el anuncio del nuevo contrato había sido recibido por "la inmensa mayoría de los españoles, con entusiasmo", y que sólo se ha opuesto a él "algún espíritu suspicaz, de esos que por carácter, índole, o por alguna otra causa - que hoy llamamos, andan siempre buscando algo que criticar, aun cuando sea de una manera vergonzante y haciendo preguntas que nadie se ha de tomar la molestia de satisfacer" (83). La alusión era clara a la actividad desplegada por Celleruelo en la Cámara baja.

Por su parte, La Opinión trata de demostrar, ante todo, lo compacto del bloque de presión, y para ello ofrecerá una síntesis hemerográfica retrospectiva, en un número especial publicado el 13 de diciembre. Para quienes no estuvieran al tanto, se recordaba allí que Cádiz, Barcelona y Santander habían sido escenario de alteraciones callejeras en pro de la reanudación del contrato, y que cualquiera de esas tres capitales tuvieron en Madrid su representación de intereses a propósito de el asunto. Sevilla, Gijón y San Sebastián no tardaron mucho en mostrarse de acuerdo a dichas peticiones, recibiendo pronto el apoyo de La Coruña y La Habana, que no dejaron de entrar en la carrera de instituciones demandantes. Quizá, de todas las exposiciones hechas llegar al gobierno, la que más se difundiera fuera la enviada por la Junta de Comercio de la Habana, reproducida por El Noticiero del día 14 y por El Popular del 15, destacando párrafos como el que sigue:

(El gobierno) "...debe comprometer a la Compañía para que desarrolle más itinerarios, enlazando la Península, Cuba y Puerto Rico con las principales repúblicas del centro americano y Estados Unidos, a fin de establecer corrientes que han de ser desde luego beneficiosas al comercio peninsular y al antillano, y mucho más cuando esté en explotación el canal de Panamá". No otra cosa deseaba, como sabemos, la propia compañía.

En general, la defensa del nuevo contrato desde la prensa antillana no había sido insignificante: a lo largo de cuatro meses, según La Opinión del día 13-, se habían publicado en unos veinte periódicos unos cincuenta artículos. Bien es verdad, sin embargo, que sólo una mera aproximación cuantitativa a la prensa madrileña nos desplaza inmediatamente el foco de interés financiero más poderoso: en ese mismo plazo, los periódicos de la capital de Espa-

ña, en número de treinta y cuatro, habían dado a la luz más de quinientos artículos sobre el tema, sin faltar, por supuesto, la prensa especializada en temas económicos. En provincias, por último, repartidos en treinta periódicos, unos ciento veinte artículos en relación con la Compañía habían salido a la calle.

Tanto más sorprendente resulta así la reticencia del cotidiano de prestigio El Imparcial, cuyo director fuera en un tiempo accionista de la compañía -aunque después él y su familia se deshicieran de las acciones, que volvió a comprar en buena parte el propio marqués de Comillas, Claudio López-. Por su enfrentamiento con la política de Sagasta, polemiza El Imparcial, con especial acritud, con su portavoz El Correo que, puntualmente, responde todos los días desde su primera plana a las acusaciones del periódico de Gasset. El argumento de la precisa expansión colonial es quizá el más socorrido: "Para nosotros es, no de hoy, sino desde hace tiempo, urgente estrechar nuestros lazos con Marruecos, establecerlos comerciales con nuestras antiguas colonias de América, dar signos de vitalidad en nuestras posesiones de África, y proporcionar a nuestra marina de guerra el poderoso concurso que tiene derecho a esperar de nuestra marina mercante" (84).

Sin caer en los panegíricos de La Opinión (85), lo normal es, resumiendo, una actitud bien predispuesta hacia la C.T. y la contratación directa, alegrándose, como es el caso de El Noticiero (86), de que se lleve después el caso al parlamento, "síntoma agradabile del progreso que van alcanzando nuestras costumbres políticas y administrativas". Cándidamente, quizá, añade el periódico nuevos plácemes por el hecho palpable de "que la reglamentación dada por el gobierno a los servicios marítimos ha sido inspirada en las manifestaciones de la opinión, como demuestra la simple --

lectura del contrato o pliego de condiciones, puesto en comparación con la luminosa exposición que, en 25 de septiembre próximo pasado, elevó al ministro de Ultramar la Junta General del Comercio de La Habana".

.

Pero entre tanto, las Cortes llevaban ya más de quince días funcionando de nuevo. El mismo día de su reapertura, el 19 de noviembre, José María Celleruelo había vuelto a la carga -- sobre el asunto del contrato con la Trasatlántica (87). Comenzaba exigiendo una amplia documentación del nuevo ministro Balaguer:

1ª.- el expediente abierto por la Intendencia de la isla de Cuba a la Compañía Trasatlántica, en reclamación de los derechos de navegación y puerto que aquélla le adeudaba. A propósito, explica el orador que se trata de un expediente ya terminado, que condenó a la C.T. al pago de aquellos derechos y que, irregularmente, puesto que no había mediado recurso legal alguno, había sido remitido en diciembre de 1882 al ministerio, con suspensión de todo apremio y reclamación, hasta tanto no resolviese el gobierno. Puesto que nadie había vuelto a hablar del asunto, y la Compañía seguía sin abonar esos derechos, ni pasados ni presentes, la deuda ascendía ya --según cálculos del propio Celleruelo-- hasta casi 200.000 ₧.

2ª.- la relación exacta de las multas impuestas a las diversas empresas contratistas del servicio de correos con la isla de Cuba, tanto si habían sido condonadas como si no.

3ª.- La relación exacta y detallada de las cantidades abonadas por el Estado, tanto con cargo al tesoro de la Península como con cargo al presupuesto cubano, a la C.T. y su antecesora la Casa López, en sus diversos conceptos de: subvención postal, conducción

de pasajes oficiales, transporte de material de guerra, tabacos y otros servicios.

42.- Expediente de constitución de la Compañía Trasatlántica y estatutos de la sociedad.

52.- memorias y balances anuales de la misma, desde su fecha - de constitución hasta el presente, y

62.- lista de accionistas de la empresa, y relación de miembros del Consejo de Administración.

Tres días más tarde, el izquierdista y ex-ministro de Ultramar Manuel Becerra viene a unirse a las peticiones, solicitando - el informe del ministro de Marina, cuya existencia conoce, y que - supone habrá sido consultado por los autores del proyecto. Dos -- días después, con diligencia, se hallaban ya en la Cámara baja es crituras y estatutos, balances y memorias, así como un extracto - del expediente en secretaría. Por el contrario, se habla de la im posibilidad de presentar ante el Congreso la lista de accionistas solicitada, puesto que las acciones son emitidas al portador.

Pronto, y a pesar de la resistencia de Celleruelo, todavía en solitario, va a quedar formada la comisión parlamentaria corres pondiente. La componen el general Pando, Benito Pérez Galdós (88), Puga, el marqués de Teverga, Fernández Villaverde, Germán Gamazo - que resulta elegido presidente- y Tirso Rodríguez, sobrino de Sagasta y jefe del negociado de vapores-correos en el ministerio de Ultramar. Poco a poco llueven sobre el Congrso otros de los docu- mentos solicitados, pero nunca la lista de accionistas. Entre tan- to, el diputado posibilista pide otros más: "un cuadro detallado - de las millas que ha de recorrer el vapor en cada viaje..." pide, por ejemplo, el día 7 de diciembre, insistiendo en que llegue a la Cámara antes del lunes día 13, fecha en que había de reunirse, por

primera vez, la comisión que presidía Gamazo.

Esa será la fecha, por otra parte, en que hagan llegar hasta la Cámara sus quejas o intereses los portavoces de los puertos españoles. El marqués de Mochales, el primero, presentará una instancia en nombre del comercio de Vigo, recordando otras presiones realizadas antes de la concesión del contrato cerca del ministerio de Ultramar, para que los vapores subvencionados hicieran escala en su puerto, presiones que ya recogimos más arriba.

Las manifestaciones del área gaditana, sin embargo, se perciben mejor a través de la prensa: el ayuntamiento, la diputación, la SEAP, el Círculo Mercantil, la Escuela de Bellas Artes y el Ateneo se han apresurado a felicitar al gobierno por su acierto en la decisión: "Al clamor general -comenta El Popular- que se elevó hasta el gobierno hará cuatro meses, cuando la C.T. pidió la rescisión, ha sucedido ahora las felicitaciones por haber propuesto el Ministerio de Ultramar a las Cortes una solución justa, que da satisfacción a dicha Compañía, favorece el desarrollo del comercio, amplía las comunicaciones, y asegura la subsistencia a las numerosas familias que dependen de esa gran empresa nacional, así como a ciudades que sirven de base y escala a esa línea de navegación". Y ante rumores de divergencias en la opinión gaditana, escribe El Diario de Cádiz: "Creemos llegado el momento de manifestar una vez más que, en nuestro concepto, la casi totalidad de la población gaditana se halla en este asunto al lado de la Trasatlántica, la primera casa de Cádiz" (89).

Barcelona, entre tanto, atiende menos a la opinión y más a los centros decisivos y decisorios: el 23 de diciembre, por ejemplo, publicaba El Imparcial telegramas de la junta directiva de la Cámara de Comercio barcelonesa, dirigidos al ministro de Ultramar,

el bien predispuesto Balaguer, expresando su apoyo conjunto, después de haberse reunido en convocatoria exclusiva para este asunto, a la firma del contrato. Al frente de los telegramas, y como presidente que era de la Junta, aparecía la firma de Manuel Girona, ligado a Comillas en negocios de altura. La cámara barcelonesa, la primera que se constituyó en España, llevaba solamente unos meses funcionando: ésta era su primera gestión de envergadura (90).

Pero mientras, en las Cámaras, la disponibilidad del ministro Balaguer se iba viendo menguada. Ni más multas que unos breves informes, ya añejos, ni más datos de subvenciones que los ya conocidos, fueron enviados al Congreso, escudándose el ministro tras la diversidad de cajas implicadas y advirtiéndole al diputado que, en caso de insistir en su petición, habría que solicitar los datos a las propias islas, "y aun cuando se utilice el telégrafo, no es fácil obtenerlos antes de un plazo que no bajará de dos meses" (91).

La comisión parlamentaria, a su vez, recibió ya en los días 15 ó 16 a una representación de los navieros (92) y, aunque no se reparte los trabajos hasta el día 31, deseaba aquélla, al parecer, antes de que fuese preciso nombrar nueva comisión, entregar su dictamen completo (93). Cerradas las Cortes por vacaciones navideñas, del 24 de diciembre de 1886 al 17 de enero de 1887, se supone que ello permitiría una mayor libertad de movimientos a los defensores del proyecto. En la mañana del día 3, S.M. recibía en privado al ministro Balaguer -que tantas veces se quejaba después de lo arduo de su ministerio, en esta ocasión (94), y no es arriesgado pensar que tratasen también del asunto. Por otra parte, Gamazo era asegurado, también por entonces, en el control de los mecanismos ultramarinos: por real decreto de Balaguer reaparecía ahora el Consejo de Ultramar (95), para presidir el cual era nombrado Gamazo el 19 de

enero.

Recién abiertas las cámaras, presiones y peticiones lloverán desde las costas españolas, llevadas una directamente a la mesa por la mano de sus representantes (96), pero enviadas la mayoría, al -- tiempo que se alerta a la prensa, por correo o telégrafo. La cues -- tión más notable girará en torno a la marina mercante catalana, pues en tanto que Celleruelo trae ante la mesa una exposición en contra, suscrita por determinada "Asociación de la Marina Mercante" estable -- cida en Barcelona --que la mayoría de sus compañeros y el gobierno -- aseguran desconocer--, lo cierto es que , en breve, la pujante "Aso -- ciación de Navieros y Consignatarios de Barcelona", se presenta tam -- bién ante el parlamento, pero con la postura contraria, la de apo -- yar sin recelos a la Compañía Trasatlántica. El propio Nicolau, que unos años atrás fuera el aglutinador del conjunto naviero, suscri -- bía ahora el escrito, como presidente. En realidad, las condiciones en las que había nacido la Asociación, diez años atrás, eran radi -- calmente diferentes. Compuesta entonces por buen número de navieros de pequeña y mediana importancia, al parecer el proceso de absor -- ción había puesto fin a la participación de aquéllos en el conjunto, viniendo a ocupar su lugar, en buena medida, la propia Trasatlántica. Sin olvidar solicitar del gobierno el fomento de la marina mercante "en todos los puertos del litoral", la asociación de navieros cata -- lanes apoyaba por completo el contrato suscrito con la compañía de Comillas, porque era ésta la única que poseía "los elementos necesa -- rios para llevarlo a cabo, sin perjudicar a los demás intereses mer -- cantes nacionales" (97).

Hasta principios de febrero no pasa a reunirse la comisión, -- permitiendo el goteo continuo de los documentos solicitados por el posibilista Celleruelo --nunca completos-- sobre la mesa del Congreso.

La razón última para esta demora en la resolución parecía hallarse en hipotéticos malestares físicos sentidos por Gamazo (98), y aunque se promete dictamen para finales de mes, hasta el día 5 de marzo no queda sobre la mesa -decidiéndose su impresión y reparto entre los diputados- el Dictamen de la Comisión sobre la ratificación del contrato con la Trasatlántica (99). Su contenido ya lo avisamos más arriba, pero valga de nuevo advertir acerca de esa hipotética operación de altura a que el proyecto tendía, enlazando intereses materiales con morales, a España con el mundo, a la madre patria con sus colonias viejas y nuevas, a la marina mercante con la de guerra, a las naciones rezagadas con las que se mantenían al frente de la carrera del progreso... Ya no se trata sólo de organizar las pertinentes comunicaciones marítimas, sino de establecer un servicio, a nivel mundial (100), en ^{el} que parecía que el completo destino de España como potencia dependía de su línea subvencionada de transportes. La comisión entendía, así, que de la ratificación del contrato dependía el "dar a nuestras transacciones - horizontes que jamás ha tenido". Y es que, "reducido hasta ahora - el comercio español al cambio de productos con las colonias y con Inglaterra, Francia y Alemania, sufre con más razón que otras potencias, por los moldes rutinarios en que se encierra, los desastrosos efectos de la crisis universal. Unida a esto la decadencia de la marina mercante española, por diferentes causas, ha producido una situación difícil, de la cual no puede salir nuestro país sino mediante un esfuerzo supremo para extender el círculo - de la acción mercantil, estimulando las empresas lejanas, las tentativas de posible éxito, y cuanto tienda a llevar la producción de España más allá de los caminos trillados". Era así como se justificaba, de una manera concreta, la subvención otorgada a las ex-

pediciones combinadas, ya que por ellas "nuestra marca industrial o los frutos de nuestro suelo podrán ser ofrecidos en puertos y mercados remotísimos, algunos de los cuales, de reciente importancia, los desconocen en absoluto. Las combinaciones del Pacífico, abrazando toda la costa occidental de América, desde San Francisco a Valparaíso; la de los Estados Unidos y Canadá, y en el camino de la India, las de la costa oriental de Africa, Golfo Pérsico, y Península del Indostán, la de Indo-China, colonias holandesas, Japón y Australia, han de ofrecer a nuestro abatido comercio mercados poderosos".

La estrechez del mercado interior, progresiva, parece ser de este modo el argumento prioritario esgrimido desde la Comisión. En cuanto a las condiciones, prácticamente todas le parecieron a aquéllas buenas y, por tanto, aceptables. Antes había oído, o al menos, esto asegura, a "cuantos Diputados quisieran ilustrarla con sus informaciones y a los representantes de empresas navieras deseosos de expresar su opinión sobre materias tan importantes". De aquellas entrevistas había sacado la conclusión de que "no existían en nuestro país elementos para un servicio tan extenso, -- complejo, y difícil, fuera de los que reúne la Compañía Transatlántica". Se trataba por tanto de que una compañía, "formada con capitales españoles, y ofreciendo una organización excepcional entre las agrupaciones navieras de nuestro país, no podía ciertamente ser pospuesta por el Estado cuando éste creyó llegada la ocasión de organizar la marina postal con la amplitud que ha dado origen al presente convenio". Por otra parte, la contratación directa encerraba infinitas ventajas, puesto que "a nadie se le oculta que un concurso de esta clase, en el cual no se cuidara de poner límites a temerarias improvisaciones, sería material y moral

mente desventajoso para el país, pues la experiencia enseña, así en el orden político como en el administrativo, que es más práctico siempre mejorar lo existente y vigorizar los organismos creados a fuerza de paciencia y trabajo por una generación, que destruirlos para fiar su restablecimiento a la inexperiencia y a la emulación, más o menos sincera" (101).

Debería, en consiguiente, y en opinión de la comisión, autorizarse al gobierno para que, cada año, destinase un máximo de - 8.445.222, 28 pesetas del presupuesto oficial (repartido entre la Península y las colonias), para hacer frente a sus obligaciones con la Compañía Trasatlántica. Algo más de la mitad correspondería al presupuesto general de la nación, con cargo a Gobernación, repartiéndose el resto entre las colonias a donde se dirigían los buques. Ello no excluía la autorización provisional al gobierno para conceder unos créditos supletorios, menores, al presupuesto en vigor, con los cuales pudiese hacerse frente a las necesidades del nuevo contrato, ya durante aquel año económico.

En consecuencia, queda retirado el dictamen, en breve, para ponerlo a disposición de la comisión de presupuestos del Congreso, que, en definitiva, era la que debía autorizar los créditos. Después de conocer lo ocurrido en la primera reunión de dicha comisión, que presidía M. Eguillor, La Opinión⁽¹⁰⁴⁾ respira aliviada, lanzando a la calle satisfecha que el proyecto "tiene asegurada su aprobación, después de lo que ocurrió ayer tarde en la comisión de presupuestos". Se había reunido ésta, en efecto, en la tarde del 13 de marzo, dispuesta sin duda a agilizar las tareas de sus compañeros, pero desvelando a un tiempo serias resistencias entre los propios componentes del grupo. Partieron sin embargo de un punto de partida común y supuesto: el de que no co-

respondía a la comisión de presupuestos elevar dictamen acerca del proyecto en sí, sino solamente a propósito de los créditos solicitados, con lo cual Gamazo quedaba, evidentemente, con las manos libres para actuar, además de respaldado por el juicio financiero de la comisión de presupuestos. Y, ya de entrada, consta también la buena disposición a informar favorablemente a propósito de los créditos.

Solamente Vázquez López y Canalejas señalan desde ahora la irregularidad de que el dictamen que se disponen a emitir vaya dirigido directamente a Gamazo, y no al presidente del Congreso, como es reglamentario. El duque de Almodóvar le responde, inmediato, que se ha hecho así por haber sido Gamazo, en persona, quien solicitara el dictamen, y no la Cámara. Va a pasarse así a la votación, con impugnaciones previas de Mellado y alguno más -que suscitan vehementes réplicas en favor de Los Arcos y Almodóvar, fundamentalmente-, y que arroja un resultado de 18 votos a favor y 11 en contra. Había partido Mellado de la previa pregunta de si los créditos solicitados correspondían a necesidades reales o no. Votaron a favor Merelles, Vincenti, Santana, Los Arcos, Talero, Egüillor, Navarro, Ochoteco, Garijo, Puerta, Vizconde de Campo Grande, Santamaría, Gutiérrez Agüera, Cobián, Rosell, Almodóvar, Aguilera y Barroso. Los votos en contra procedían de Vázquez López, Gullón, Baselga, Fernández Soria, La Guardia, Ramos Calderón, Canalejas, Fabra, Mellado, Botija y Suárez Inclán.

Para entonces, la oposición, reducida y dispersa, en general, se va organizando en la Cámara Baja. Especial resulta, sin embargo, la actitud de un grupo de diputados, capitaneados por Navarro Reverter y Eduardo Vincenti -que habían votado en la comisión de presupuestos a favor de los créditos-, pero que previamente

te habían presentado una enmienda al artículo 12 (103) que solicitaba, únicamente, la convocatoria de subasta pública para cubrir todos los servicios. De nuevo el marqués de Campo se hallaba detrás de ello. Pero ahora, cuando la comisión de presupuestos de la Península ya ha dado su visto bueno, el antillano Eduardo Gullón protesta de que vengan a cargarse sobre los presupuestos insulares créditos nuevos que sus propias comisiones no han podido votar, por no hallarse permanentemente reunidas. Al tratar de librar a las islas de estos cargos esboza una intervención poco reglamentaria que el presidente de la mesa, Cristino Martos, pone buen cuidado en cortar.

El liberal Urzáiz también pedirá documentos, en apoyo del -- puerto de Vigo, y fundamentalmente opuesto no a los créditos, sino a las condiciones del contrato en sí, acerca de cuya discusión pregunta a la mesa. Pronto volverá a ser reproducido el dictamen, vuelto de la comisión de presupuestos, y acompañado por el, a su vez, -- emitido por ésta. Era el 15 de marzo de 1887 (104). Entretanto, -- irán adelante las gestiones del marqués de Mochales en favor del -- puerto de Vigo, al tiempo que el general Dabán, que muestra su intención de entrar en el debate, se interesa por los buques de la -- compañía, tonelajes, y fechas de construcción.

Otros intereses maríneros, además de los de Campo, harán su aparición sin velos en la Cámara. El día 17 de marzo Federico Pons traía una enmienda al artículo 4º del contrato, por considerar insuficientes los seis viajes al año que se estipulaban allí hacia el Río de la Plata. La empresa "La Sudatlántica", aseguraba, se hallaba dispuesta a realizar, con vapores nuevos y de mayor tonelaje, un suplemento de viajes al año. Pretendía ser la línea oficial subvencionada hasta Buenos Aires, y exigía una subvención igual a la de la --

Trasatlántica para esa carrera: 5,93 ptas. por milla, procedentes la mitad del gobierno español, y encargándose el propio contratista de gestionar el resto cerca del gobierno argentino. Pedía Pons, a continuación, contratos postales celebrados entre otras navieras extranjeras y sus propios gobiernos, para poder establecer, sobre la marcha, comparaciones satisfactorias.

José María Celleruelo, entre tanto, seguía insistiendo en pasar a discutir el contrato en sí, y no solamente los créditos, tal como se estaba realizando de hecho. El marqués de Teverga, -- Luis García San Miguel--, de la comisión, decide cortar de raíz es tos brotes peligrosos: "No tengo otra cosa que decir sino que el contrato está ultimado; la Compañía ha aceptado el pliego de condiciones que se la ha sometido, y sólo queda la ratificación si la Cámara acepta el dictámen" (105). Celleruelo se atreve a dudar de la voluntad parlamentaria del gabinete, cuya facultad de contratar, por su parte, no pone en duda. Y a hacer frente a sus -- suspicacias se levantará el propio Gamazo, tratando de sanjar el asunto, y abriendo la discusión sobre el dictamen, exclusivamen-te, y no sobre el contenido del contrato. Celleruelo consumirá, también ahora el primero, el primer turno en contra.

Hablará entonces, con una vertebración ideológica que engarza presupuestos del librecurso con rumoreados intereses persona-les, de las desventajas y peligros del monopolio, concebido todavía como traba a la expansión y florecimiento de la riqueza. -- "Con sus granjerías, con su ostentación y sus fabulosas ganancias --proclama Celleruelo--, (engendran los monopolios) una corriente de corrupción que llega a todas las conciencias, envenena o paraliza las fuentes de producción, a la par que enerva las energías del -- carácter nacional".

La oposición del posibilista Celleruelo no significaba, sin embargo, la ruptura del pacto castelarino con el sistema -dócilmente soportado por sus republicanos- de la Restauración. Si no, por el contrario, la confesada opinión contraria al proyecto de uno -de sus hombres más jóvenes y activos, con el que luego votarían -de acuerdo sólo una parte de sus compañeros de partido. Afirma ahora el máximo -hasta el momento- detractor del proyecto, su firme voluntad y esperanza de que "el régimen liberal arraigue tan honda y ampliamente como sea posible en el país", pidiendo al gobierno en esta ocasión "no haga cuestión de gabinete este proyecto de ley". Sin llegar a creer que el partido liberal pueda ser, en efecto, el autor de un proyecto así, y relegando a los conservadores una entera responsabilidad que ellos asumen gustosos, califica el asturiano el contrato de "emboscada" con la que "no se satisface -ninguna de las necesidades de la industria y del comercio español", siendo, por el contrario, un "inmenso sacrificio impuesto a la Nación española en beneficio de una Compañía", entabladora de "una inconcebible pretensión en un país libre: que se la ponga al abrigo de toda competencia, a expensas del Tesoro público, y con la -- ruina de la industria naviera".

Vienen a continuación cargos que, con mayor o peor fortuna, volverán con frecuencia a lo largo de estas sesiones, y que, en -- buena parte de los casos, ya habían saltado a la prensa en ocasiones anteriores: "Más de 43 millones de duros", desde el comienzo -del contrato con Antonio López hasta 1880, estima Celleruelo que -ha pagado el Estado a la Compañía, y añadiendo las cantidades que se le adeudan -cree- "podrían llegar hasta 60". Ya con esto, añade con sarcasmo, "basta para justificar la admiración que se presta a esa compañía que, cuando la Nación se arruina y nuestras co-

lonias perecían, supo salvarse del general naufragio y llevar a sus arcas esas fabulosas sumas". Sabidas eran de muchos, también, las condiciones de transporte de los soldados a las islas, "como manadas de carneros", infringiendo las normas del reglamento de Sanidad naval (llevando 1.600 soldados donde, según aquéllas, sólo cabían 400); el "Habana" y el "Ciudad Condal" hicieron muchos viajes de este modo. La explotación de la cantina -motivo igualmente de muchas recriminaciones-, volvía aquí sobre el tapete para recordar que producía al contratista, al menos, entre doce y catorce mil duros en cada viaje, procurando la Trasatlántica reservársela siempre para sí, aun en el caso de subarrendar sus contratos de transporte de tropas a otras compañías, como consta había ocurrido en la pasada guerra con la Olano y Larrinaga. Otro punto de conflicto: el Hispano-Colonial y sus negocios, creado para ayudar al ministerio que entonces regentaba Ayala, con la promesa del préstamo a cambio de la exclusiva en el transporte de tropas a las islas. Si esto había sido aducido tantas veces -exclama Celleruelo- como ejemplo de "patriotismo, abnegación y desinterés", lo cierto era que el Hispano-Colonial, con su estrangulamiento de la renta de aduanas de Cuba, "ha(cía) imposible la nivelación de los presupuestos de Ultramar". "Yo reconozco el valor del servicio -concluye a propósito del Hispano-, dada la situación en que entonces se hallaba el país, pero preciso es reconocer también que si fué grande el servicio, la recompensa fué espléndida".

La historia de la compañía, esbozada en síntesis por Celleruelo enlazando sus grandes hitos, conduce a Celleruelo a reconocer a los Comillas el mérito ("si es que en ello le hay"), de "haber tejido esa poderosa red de influencias que se extiende a -

todas las esferas y se siente en todos los centros de la Administración"... "Red o malla -añade con tristeza- donde tropiezan los elocuentes diputados de Cuba al pedir para aquella Isla reformas y economías, y encontrarse con aquellas aduanas explotadas y aquellas arcas exhaustas; red o malla donde se enredan las pequeñas industrias establecidas en Filipinas en peligrosa competencia con la sociedad explotadora de tabacos; red o malla donde quedan enredados, quizá sin saberlo, los Diputados que piden nuevas líneas férreas que acorten las distancias entre los puntos productores y los consumidores; red o malla, en fin, donde tropieza hoy la industria naviera española, falta de vida, escasa de recursos, sin protección alguna, y llamada a morir indefectiblemente si este proyecto de ley fuera aprobado" (106).

Y, con los estatutos y el acta de constitución de la compañía en la mano, prosigue afirmando el posibilista Celleruelo afirmando que, ni por su capital, ni por sus "elementos marítimos", ni por su "respetabilidad", merece la Trasatlántica esta "desmedida protección" que los gobiernos le ofrecen. Porque la historia financiera de los López demuestra, del hilo de su actividad como navieros, "que sin renunciar por esto a sus antiguas empresas, pero poniendo cuidadosamente a salvo los capitales adquiridos, fundará (A.López), con los explotados y casi inútiles restos de su industria naviera, la actual compañía Trasatlántica".

Muchos peligros presiente Celleruelo en la composición de la --todavía reciente sociedad anónima-- Trasatlántica, pues, siendo --cierto que la compañía se había constituido realmente "con capital de los obligacionistas, corriendo éstos todos los riesgos, y reservándose los fundadores la facultad de recoger los beneficios y las ganancias que una nueva guerra de Cuba, un conflicto en Filipinas,

o cualquiera otra calamidad, pudiera llevar a sus arcas, puestas - con tanta habilidad a cubierto de todo fracaso", bien pudiera suceder, en cambio, que "los obligacionistas de esa compañía se encontraran el día menos pensado con un capital perdido, sin responsabilidad alguna por parte de los que tal Sociedad constituyeron".

Y así, se atreve a preguntar Celleruelo: "Constituyendo el capital social de la Compañía la concesión del Gobierno, ¿qué mérito encuentra éste en los individuos que la componen, que no pueda encontrarse en cualquiera de nuestros honrados navieros?". Porque, - si es, en verdad, que aquél considera no haber en España naviero alguno -exceptuando a Comillas- capaz de cumplir el servicio, "gravísimos cargos tendríamos que hacerle por las enormes cantidades que todos los años consigna en los presupuestos para la construcción y reparación de puertos, entretenimiento de arsenales y reconstrucción de la escuadra, porque teniendo todo esto por principal y casi por exclusivo objeto del amparo, el fomento y el desarrollo de nuestro comercio marítimo, y no existiendo en España, según esa opinión, más comercio marítimo que el que representa la Compañía -Trasatlántica, no merecen ciertamente esas dos docenas de barcos viejos, y en su mayor parte inútiles, la imposición a la Nación de tan grandes sacrificios".

Eran, según Celleruelo, -con las últimas Memorias de la Compañía en la mano-, 29 en total los vapores de la Trasatlántica, contruidos entre 1856 y 1883, con 48.000 toneladas netas de tonelaje, una fuerza nominal de 12.000 caballos y, en el mejor de los casos, un valor total de 15 millones de pesetas. Faltos de modernidad -- ("sólo el "Antonio López" es de acero"), los barcos no podían considerarse al nivel de las grandes naciones: "El material de acero,

las máquinas de triple expansión, los compartimentos estancos, la luz eléctrica, y otra porción de circunstancias..., todas ellas -- son desconocidas en los barcos de esa Compañía". Sin embargo, para aquel momento, era sabido de muchos que el anterior ministro de Marina, Beránger, había negado explícitamente que los buques de la C.T. tuviesen las condiciones técnicas requeridas por un servicio de tal envergadura y, mucho menos, para ser auxiliares de la marina de guerra, como se esperaba; opinando en cambio Beránger que "si se concedían subvenciones y ventajas a las líneas de navegación, (era preciso) ganasen con ellas el comercio, la industria naviera y las aspiraciones políticas de la Nación". En cuanto a la rapidez, imprescindible en "una Nación que, como España, tiene provincias y colonias a distancia tan grande de la metrópoli", había recomendado Beránger una media de 15 millas por hora. El proyecto respaldado por Balaguer aceptaba, primero, 10'5 millas, para contentarse después con 11'5. En realidad, era ésta la velocidad mayor de los barcos de la Trasatlántica, muchos de los cuales no superaban las 9,5 millas por hora, siendo ello causa de frecuentes retrasos en los viajes, que sin embargo no eran penados por la Administración. Contra la impasividad del nuevo ministro de Marina, Rodríguez Arias, dice Celleruelo ahora: "Sólo teniendo el convencimiento de que en España no ha de haber nunca guerra ni conflicto alguno que haga necesario el uso de estos barcos, se explica semejante indiferencia", y, por otra parte, "no sé por qué se ha insistido tanto para que se aprobase la ley reconstitutiva de la escuadra, porque si aquí no ha de haber guerra, para nada necesitamos esa escuadra, como no sea para recreo y disfrute de los generales, jefes y oficiales de la armada".

En realidad, la cuestión de las velocidades venía matizada a favor de la compañía de dos importantes maneras, en el contrato. La primera, puesto que ya no se fijaban días exactos para la realización de un viaje redondo, con lo cual las menores marchas de unos buques podían ser compensadas con la mayor rapidez de los más modernos y veloces. La segunda, que -aun existiendo todavía las multas por retraso en la llegada a puerto, multas que había aumentado ligeramente la comisión- suponían aquéllas más rentable para la compañía el abonarlas -en el caso improbable de que se les impusieran- que, en el caso de tener buques más veloces, los gastos ocasionados en combustible por su mayor andar, porque "es cuestión demostrada que el aumento del consumo del combustible está en proporción con el cubo de las velocidades". Por ello opina incluso Celleruelo que, "si el Gobierno hubiera sido el autor de este proyecto, y no los propios socios de la Trasatlántica, -no hubiera puesto en ese contrato una porción de artículos que -huelgan, y, en cambio, hubiera puesto una marcha o un tiempo fijo a los vapores para realizar los viajes..."

Todavía explanará en la Cámara, en aquella sesión de 17 de marzo, otra serie de argumentos el diputado republicano: la importancia decisiva para la compañía española del monopolio del -transporte oficial, dándose la circunstancia de que el pasaje --privado acudía, sin excepción apenas, a los buques de la Trasatlántica francesa, superiores en comodidad, velocidad y enlaces -con todo tipo de comunicaciones; y, sobre todo, los que hacían torno al declive de la marina mercante española, para la cual -reclama un sistema de primas en su conjunto: "Estoy dispuesto a reconocer como conveniente y justo que se concedan subvenciones

a las compañías de navegación, lo mismo a las antiguas que a las nuevas, pero muy especialmente a éstas, para facilitar la exportación de nuestros productos, abrir nuevos mercados a nuestro comercio, y establecer relaciones constantes de España con naciones en las cuales estamos llamados a influir". Sin embargo, estaba claro aquí que no se trataba de "la protección a la industria naviera por medio de primas a la construcción naval, sino de (esas subvenciones que) se conceden a las grandes empresas marítimas..., y -- que tienen siempre por objeto altos fines políticos y comerciales". No obstante --vuelve a insistir Celleruelo en la sesión siguiente (107)--, en cualquier otro país, ello lleva implícito una serie de garantías y exigencias que, en el nuestro, "no se han tenido en cuenta para nada".

Por el contrario, el nuevo contrato venía a garantizar a la Trasatlántica contra todo tipo de riesgos en tiempo de guerra y de paz, pues, al tiempo que sus buques quedaban asociados a la marina de guerra, llegado el momento, ello suponía ya desde ahora --una serie de ventajas en consideración de aquella posibilidad. Y, si en aquel momento desaparecían, en efecto, o sufrían algún percance, el Estado garantizaba a la Compañía contra todo accidente. Por otra parte, resultaban ahora subvencionadas todas las líneas de la Trasatlántica ya establecidas por ella de antemano, muchas --de ellas --se aseguraba-- de interés puramente personal y privado. Por ello --afirma el orador, con insistencia-- "aseguradas las tenían mos" mientras la Compañía Trasatlántica siguiese hallando en ellas motivos de lucro y beneficio. Y, en todo caso, "la prudencia aconsejaría a todo Gobierno esperar, para conceder esas subvenciones, hasta tanto que los hechos hubieran demostrado que no tenían ele-

mentos de vida, y que podían correr peligro, con su supresión, los intereses de nuestro comercio y de nuestra industria".

Es más, el nuevo contrato venía a subvencionar, con casi un millón y medio de pesetas, al servicio establecido por la Trasatlán tica al golfo de Méjico, ya subvencionado a su vez por el gobierno de aquél país; multiplicaba también, casi por cuatro, las subvenciones otorgadas hasta aquí a la carrera de Filipinas (cuando aún quedaban cuatro años para que caducase este contrato concluido con Campo), y, en suma, permitía preguntarse quiénes eran los principales responsables de una tan grande generosidad para con la Compañía en cuestión. Por-que lo cierto es, y con ello conmocionó por primera vez Celleruelo a la Cámara baja, que en una de aquellas -- proposiciones presentadas por el representante del marqués ante el ministerio, previamente a que comenzase todo el asunto de la rescisión, se contenían propuestas muy parecidas a las que, ahora, contiene el contrato: era la segunda de aquellas ofertas de reorganización de los servicios hechas en torno al conflicto de Las Carolinas.

En efecto, se proponía allí:

1º) suprimir una de las tres expediciones existentes a las Antillas, sustituyéndola por una más a Filipinas.

2º) incluir la extensión de Colón a Guayaquil, sólo abonando los derechos de pasaje, cuando quedara abierto el canal de Panamá.

3º) que una de las expediciones a las Antillas partiera de Génova, fijando escala en los puertos de Málaga y Tánger. Y que otra de las de Filipinas las hiciera en Lisboa y Málaga, estableciendo combinaciones con un puerto de la India y otro de China.

4º) establecimiento de un servicio semanal o quincenal, según

las necesidades del tráfico, de Cádiz a Cartagena, con escalas en Tarifa, Tánger, Algeciras, Ceuta, Málaga y Almería, y las demás que se creyera conveniente.

5ª) mantener tarifas reducidas para emigrantes desde la Península a las colonias españolas, y desde China a las Antillas; y también para el vino de la Península y el algodón de Filipinas, hasta cualquiera de los puertos visitados por los correos.

6ª) establecimiento de tarifas reducidas para el servicio de Marruecos, tanto para pasaje como para carga, obligándose a llevar 500 pasajeros al año gratis, y el resto, de acuerdo con el gobierno, en condiciones muy especiales.

7ª) por último, se comprometía a "estudiar la forma más económica para dotar de comunicaciones marítimas a nuestras posesiones de Fernando Poo y Marianas".

Todo ello había de costar al gobierno español, según oferta de la propia compañía, tan sólo 118.000 pesos más (como tarifa por el incremento de la segunda expedición a Filipinas), y "la sustitución de las tarifas oficiales por las particulares de la compañía", una vez aprobadas éstas por el gobierno, y con una rebaja del 10 %, como sucedía en la línea de Filipinas.

Pero pronto decidiría la Trasatlántica seguir conservando aquella expedición a Cuba que primero ofreciera suprimir, y volvió a presentarse ante el ministerio, proponiendo cubrir la mediante el abono de los 240.000 pesos estipulados. Y es que -exponía- "suprimiendo una expedición a Cuba parece como que nos desligamos de aquella colonia". En total, alcanzarían

los nuevos servicios, así organizados, un monto de 5.988.000 pesetas como subvención. Sin embargo, por los mismos autorizaba el proyecto, ahora, totales mucho más elevados. "El Sr. Ministro de Ultramar, sin duda -interpreta Celleruelo-, encargó a una persona de su confianza que le redactase el proyecto, y esta persona se limitó a traducir en artículos la proposición de la Compañía Trasatlántica. Solamente de esa manera pudo traerse aquí ese -- proyecto". De ahí a solicitar se investigara la "responsabilidad jurídica del gabinete", sólo mediaba un paso, y el diputado posibilista no tuvo inconveniente en darlo.

Pero no se trataba únicamente en este nuevo contrato de aumentos por subvención directa, correspondientes al ramo de Correos, sino -lo que era incluso de mayor trascendencia- de serios gravámenes en el precio de los transportes oficiales. Veamos brevemente en que consistían. En el caso de Cuba, ya dejamos apuntado que, hasta aquí, habían estado vigentes tarifas concertadas con el gobierno, especialmente: 385 pesetas costaba un pa saje de primera, 360 de segunda, y 250 de tercera, sobre el que se rebajaba aún un 60 % para la tropa. En cambio, las nuevas - tarifas oficiales establecidas en el contrato actual eran 630 pesetas en primera, 420 en segunda (aplicando después una rebaja del 30%), siendo, como antes, de un 60% la rebaja aplicada a tercera clase. Por los datos de envío de tropas conservados en el expediente para el bienio 84/85, parece desprenderse que sólo por este procedimiento, la compañía se embolsaría al menos con medio millón de pesetas más al año, sólo para Cuba y Puerto Rico. Por su parte Filipinas (puesto que atendía a condiciones distintas, que provenían del contrato de Campo) poseía en aque-

llos momentos las tarifas siguientes: 2.495 ₧. para primera; 1.960 para segunda, y 1.250 tercera, que, rebajadas para el gobierno, se quedaban, respectivamente en 2.125, 1.773 y 1.125 pesetas (lo que suponía un 10% de descuento). Sin embargo, desde que Comillas se hizo cargo de la línea le fueron aplicados -- también los descuentos de la línea antillana. Así que, sobre estos últimos precios, se establecía aún una rebaja del 40% -- para las dos primeras clases, y un 60% para la tercera, con lo que esta última se quedaba, en efecto, en 450 pesetas. Por el contrario, con el nuevo proyecto se aplicarían menores descuentos a las tarifas tipo (30% para 1ª y 2ª, y 35% para 3ª), resultando así que volvían a ser los precios 1.747 pesetas la primera, 1.242 la segunda, y 829 la tercera, lo que suponía -- un saldo a favor de la Compañía de 478 ptas. por cada pasaje -- de primera, 177 por los de segunda, y 379 por la tercera. Una idea de los beneficios así obtenidos pudiera darla el dato, -- proporcionado por el ministerio de la Guerra -- de que en -- los últimos cinco años (años de tranquilidad) habían tomado pasaje oficial para o desde Filipinas 963 jefes y oficiales, además de 5.819 soldados. "Si un conflicto nacional --observa Celleruelo-- nos obliga a mandar a Filipinas 5.000 soldados"... más de dos millones de pesetas acarrearían los nuevos precios a los costos de transporte actuales, de una sola vez. O de otra manera: "El pasaje de un soldado a las Islas Filipinas -- costaría al Estado cuatro veces más de lo que debe costar".

¿Qué actitud adoptar entonces frente al proyecto? Un -- proyecto que, incuestionablemente, perjudica al resto de la industria naviera española --dice Celleruelo--. Su apoyo en es-

tos momentos "sería un mal que deberíamos lamentar todos los sin ceramente liberales". Pero "lo que no tiene nombre, lo que es in concebible, es pretender que una Cámara liberal, que un Gobierno liberal, presten a esa Sociedad de aparatosa grandeza los recursos de que carece para ahogar con ellos a las industrias existen tes, y para impedir el nacimiento de otras nuevas que pudieran - contribuir al engrandecimiento político y comercial de la Patria".

La cuestión aparece ya, pues, no sólo como un intento de - proteger a la mayor compañía española contra la competencia de - la marina extranjera, sino, en primer lugar, contra la posible - competencia de la marina propia... Las primas a la navegación, - en lugar de este adoptado sistema de subvenciones, hubieran -por el contrario- contribuido mejor al objeto que se dice perseguir. (108).

Cuando Luis García San Miguel, marqués de Teverga, se levanta a responder a José M^a Cellernelo, demuestra su sorpresa - por tan enconada oposición. Se trata -alega en contra- de un -- concierto meramente "administrativo", y no "político" entre la - compañía naviera y el Estado, acerca del cual la comisión parlamentaria de la que forma parte no tiene una responsabilidad directa, si no, a lo sumo, meramente "moral". Por otra parte -prosigue- quedan ahí patentes los "encomios y elogios de la prensa" ("¿No recordáis, además, los telegramas, las exposiciones, las comunicaciones de todo género dirigidas así al Presidente del -- Consejo de Ministros como al Presidente de la Cámara, encareciéndole la urgencia, la necesidad y la conveniencia de la pronta -- aprobación de este proyecto de ley?"). No podía faltar, tampoco, el elogio a la grandeza de la empresa ni el elogio a las virtu-

des de su fundador, Antonio López, sin cuestionarse en cambio la espinosa circunstancia del préstamo y la fundación del Hispano Colonial: "Yo no sé, ciertamente, ni tengo por qué averiguarlo, el interés de aquel dinero que se prestaba al Gobierno; pero sí sé que, si se hubiera acudido a capitalistas extranjeros no nos habrían hecho semejante préstamo, porque no teníamos con -- qué garantizar ese crédito". Por último, examinar las condiciones de los buques de que se trata --opina el marqués-- no es cuestión de la comisión parlamentaria, sino de la comisión de marina, -- ya conocida, que habría de revisarlos en su día, antes de entrar en vigor el nuevo contrato. Y además, afirma, "las grandes velocidades son imposibles de alcanzar en largos viajes", y sólo razones de tipo político o estratégico han obligado a las grandes potencias a "hacer verdaderos esfuerzos a fin de conseguir aumentar la velocidad en determinadas líneas".

Los nuevos argumentos aducidos por Teverga en la sesión siguiente (19 de marzo de 1887) no añaden prácticamente nada -- nuevo a lo ya expuesto, aunque sí revela una mayor animosidad contra quien tan enérgicamente lo combatiera el día antes. A lo más, destaca la insistencia en demostrar que no es la empresa privada, sino el propio Estado, quien sale beneficiado de las nuevas condiciones, y, en definitiva, la nación a la que representa: "Es evidentemente una gran adquisición para la industria y el comercio españoles, alcanzada por el Gobierno al establecer estos servicios que pueden ser, en el porvenir, fuente de riqueza para nuestra decaída industria". Aunque ha de reconocer de -- seguido que, "más que los intereses navieros... (son) el comercio y la industria de España" los que tomaban parte en esta evi

dente "simpatía del país" hacia la ampliación de horizontes ahora procurada. Y nuevamente, la advertencia al país de que, en comparación con la mayor parte de las naciones, la subvención que se otorga a la línea escogida es bastante inferior a las otorgadas por aquéllas.

A ello se apresurará a contestar de nuevo Celleruelo, con números en la mano, así como a la defensa de las buenas condiciones en que -según García San Miguel- solía efectuar la Trasatlántica el transporte de los soldados a Ultramar. Datos recientes, basados en la protesta de 562 emigrantes asturianos que iban en el "Reina Mercedes". Pero, no obstante, nadie vuelve a presentar enmiendas hasta unos días más tarde. El día 23 (109) se presenta a la mesa del Congreso una, suscrita por Ramón Cepeda, Juan Alvarado, Gumersindo de Azcárate, A. Vázquez Queipo, Manuel Benayas y José Muro, además del propio Celleruelo -primer firmante-, proponiendo la supresión de los artículos 6 y 7, para en su lugar, dejar en manos del gobierno la supresión o disminución, o en su caso el aumento, de algunos de los viajes, variando proporcionalmente, en consecuencia, la subvención correspondiente.

Un día después presentaba Navarro Reverter, en nombre de la Producción Española, de Barcelona, una exposición que solicitaba que el servicio fuese adjudicado por público concurso. El día 26 Allende Salazar defendía, en nombre de la Cámara de Comercio de Bilbao, los intereses de esta provincia y su puerto, pero puntualizaba primeramente, y con prudencia, que era "algo que no venía a perjudicar a la Compañía Trasatlántica". Se trataba únicamente de obligar a aquélla a recibir en sus barcos, al mismo precio -- que pagarían en sus puertos de partida, las mercancías trasladadas

das por líneas regulares hasta aquél puerto, y que procediera de cualquier otro punto de España (110).

A partir de este momento, con la vuelta a la discusión del dictamen de la comisión, cuyo primer turno en contra seguía consumiendo el diputado Celleruelo, se abre una de las más largas de aquélla legislatura e, incluso, de la historia parlamentaria de nuestro XIX, de por sí proclive a la prolijidad. El diputado posibilista confiaba hasta ahí en la capacidad de reacción del gabinete de Sagasta. Pero hoy demuestra ya su desánimo: "Me he equivocado por lo visto. El partido liberal-monárquico seguirá por el plano inclinado en que la desgracia le ha colocado, sin que la voz amiga que le advierte del peligro, y la mano leal que trata de defenderle en la pendiente consigan evitar -- los funestos resultados que necesariamente ha de dar de sí este proyecto de ley... Yo tengo la conciencia tranquila con haber cumplido con mi deber". Y no deja de encontrar Celleruelo motivos para sospechar del maquiavelismo de un partido que le es menos simpático: "Yo no he dicho que la responsabilidad sea del -- partido conservador: mi indicación tenía por objeto llamar la -- atención de la Cámara y de los liberales de todos matices que -- de ella formara parte sobre esa rarísima circunstancia de que -- los conservadores apoyen en la oposición lo que no se atrevieron o no quisieron hacer en el poder", porque, en efecto, el expediente había comenzado en los primeros meses de 1885, sin que -- el gabinete de Cánovas hallase suficientes, al parecer, las -- razones que le diera el Consejo de Estado para sacar adelante -- el proyecto sin graves responsabilidades. (111).

Seguirán a continuación, en una cadena que no vamos a re-

correr aquí, intervenciones de Nicolau (a favor de la Trasatlántica, a pesar de la aparente paradoja de la solicitud de concurso), Laviña (segundo turno en contra de la totalidad) -liberal convencido de que lo que se está discutiendo allí "no es cuestión de -- dogma"--, y, con gran fuerza, Azcárate, que confiese ser ésta la primera vez que trata en la Cámara un asunto de esta índole, de -- los que, "al final de la jornada (no permite) quedar en paz con -- los hombres" (112). En verdad, no será infrecuente, a lo largo -- del debate, ver perder los nervios a unos y otros, desde el último diputado hasta el propio presidente de gobierno, Sagasta, que llega a precipitarse haciendo del asunto cuestión de gabinete para luego tener que desdecirse, ante los ataques de su propio partido y los planteos de Vega de Armijo. Como resumía El Liberal pocos días después, "la cuestión es muy compleja y difícil", porque la opinión le es hostil lo mismo en el Congreso que fuera", y porque -- los oradores que combatían el proyecto, "ya que no tengan la mayoría de los votos, tienen empeño en demostrar que la razón es suya". Por ello era de esperar que el debate se prolongara "más de lo que la Comisión y los ministros desearían" (113).

Así fué, en efecto, y Angulo, Gullón, Ruiz Gómez..., aparte de los ya mencionados tuvieron mucho que ver en ello. Las vacaciones de Semana Santa no fueron bastantes a apaciguar los ánimos, -- y la vuelta contempló todavía enfrontamientos graves que exigieron la presencia de los mayores defensores del proyecto, Gamazo en lugar de honor. Y que cogieron a los ministros responsables en serios renuncios. Cuando, el 19 de abril pasa a votarse el primer artículo del dictamen, doscientos sesenta votos a favor se enfrentaban a diez y siete en contra. Significativamente, faltaban de

sus escaños hombres como Romero Robledo, accionista de la Compañía, y se abstuvo de votar contra su partido el liberal Laviña.

Unos días después se aprobaba el total. El Socialista, entre aleccionador y resignado, escribe: "El contrato -léase negocio- de la Trasatlántica ha sido aprobado en el Congreso por la casi totalidad de los diputados que han tomado parte en la votación. Semejante resultado no nos ha extrañado; al contrario, lo esperá bamos. Sabemos desde hace bastante tiempo que el capital domina y manda en la presente sociedad, y por consecuencia, que los Gobiernos, diputados, periodistas, etc.etc. no son más que hechura suya, y están obligados a acatar sus órdenes y hacer cuanto él les dicte. Hemos dicho y repetido que no son los políticos burgueses los que conducen la nave capitalista; éstos no son otra cosa que encargados, mejor o peor retribuidos, de hacer lo que quieran los acaparadores de la fortuna pública, los grandes financieros. Por eso no debe extrañar a nadie aquélla votación, ni la que han obtenido ni puedan obtener negocios de aquél índole" (114).

El paso del contrato por la Cámara baja había ido acompañado de una psicosis terrorista provocada por la frecuente aparición de cartuchos y explosivos en diversas dependencias del Congreso, psicosis que parte de la opinión republicana venía achacando a instigación del banco azul. A finales de abril, la prensa de oposición se preguntaba si, "una vez aprobado el contrato, dejarían de aparecer esos petardos que nunca estallan" (115). Así fué, en efecto, pero todavía quedaba el Senado por dar el visto bueno al contrato, y allí volverían a originarse tormentas. El general Salamanca será el propio encargado de que las cosas no -

sean demasiado fáciles para Comillas, principalmente por su enfrentamiento con Balaguer a propósito de los nombramientos en la isla de Cuba (116), pero años después el mismo general Fernando de Salamanca formaba parte del Consejo de Administración de la Compañía Trasatlántica. También Beránger se opuso allí, en la Cámara alta, con encono, desvelando públicamente los enfrentamientos habidos con Gamazo a propósito del proyecto cuando ambos formaban parte del anterior gabinete. Y así mismo se opondrá el duque de Tetuán, en uno más de los momentos de ruptura en el seno del partido liberal. Incluso el marqués de Casa Jiménez actuará enérgicamente, en defensa clara del de Campo.

"Se prepara una buena en el Senado -había escrito gozoso el cotidiano La República-, porque de las declaraciones de Beránger se colige que el asunto no quedó aprobado por el Consejo de Ministros del año pasado" (117). La prensa romero-robledista, -por su parte, procuraba contraatacar fuertemente: "Combátase en buen hora el proyecto, -concede en fin El Pabellón Nacional-, pero respétese todas las opiniones y déjese a cada cual que se entienda con su conciencia cuando no haya motivos para otra cosa, porque, siguiendo ese sistema de creer ver tras de cada proyecto de alguna importancia la fealdad de un negocio de mala ley, se perpetuará, por desgracia para todos, la idea de considerar venales los actos más puros y los propósitos más honrados" (118).

Los ecos de la discusión no se habían disipado todavía -- cuando, un año más tarde, tiene lugar en Barcelona la magna concentración de intereses económicos que fué el Congreso de 1888. La intervención de Salvador Poggio, claramente en contra de la Compañía Trasatlántica, viene a demostrarlo (119). Pero lo que

porta es que ha sido posible avanzar un paso más en la formación de las grandes empresas capitalistas en España. Por su parte, la Compañía General de Tabacos de Filipinas se mostraba boyante, a la vez que prudentemente reservada: en junta general habida en - 26 de diciembre de 1886 fué precisamente "la prudencia (la que) aconsejó aplazar por un año más el reparto de las 1.495.659,88 ptas. de utilidades obtenidas durante el año 1885" (120).

La discusión del contrato en Cortes, en definitiva, había dejado entrever los cada vez más potentes vínculos personales entre las oligarquías financieras y las elites de gobierno, entre los grupos más poderosos y el aparato del Estado. Pero -- también había puesto de relieve la inminente presencia de unos u otros intereses materiales en la confrontación ideológica: Ar nús. y Weyler se habían debatido, en el Senado, por sacar adelante el proyecto, y sus intervenciones no aparecen veladas por la menor sombra de pudor o reparo moral. Su victoria significaba, así, un momento más en la quiebra de las ilusiones liberales de los hombres procedentes del Sexenio, que no habían vacilado en defender, tantas veces, la supremacía del capital inglés sobre el nacional. Pero su actuación, a lo largo de todos estos años, había estado preñada de contradicciones cada vez mayores. No es preciso recordar que, en su rechazo de la excesiva intervención estatal, y en defensa de la libre concurrencia, los librecambistas se habían opuesto, ya en noviembre del 68, a la concesión de subvenciones a las líneas de ferrocarriles. Pero se trataba de - una pasajera rectificación, sin demasiada fortuna, a la tendencia que después habría de predominar, porque la ley de 11 de julio an terior ya se las había concedido (121).

Las Cámaras habían puesto de relieve, ahora, a quién representaban y en nombre de quién hablaban al país. Pero algunos - de sus componentes debieron sufrir fuertes violencias a lo largo de las discusiones. Sin duda alguna, Gumersindo Azcárate fué uno de ellos. Dos años atrás había publicado Azcárate su libro El régimen parlamentario en la práctica, donde, como M. de los Santos - Oliver supo apreciar muy bien ya en su momento, realiza el libre-cambista Azcárate la transición desde el establecimiento de un - modelo ideal de sistema liberal (inspirado directamente en Inglaterra) a la reflexión directa sobre "los vicios y corruptelas" que lo "pervierten y trastornan, (desvelando) el abismo abierto entre la moral privada y la moral política" (122). En los extractos del libro publicados previamente a la edición del volumen, en el Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, había escrito Azcárate: "Cuando se parte de esa distinción entre la moralidad política y la común o ordinaria; cuando las gentes hacen en la vida pública con tranquilidad y desenfado cosas de que serían incapaces en la privada, entonces, como decía Tucídides de Grecia, - la imprudencia se llama celo en favor de los amigos, la cordura y moderación cobardía, y el engaño, cuando logra su objeto, prueba de talento (...) Y de tal suerte ha arraigado este mal en la esfera de lo político, que los que se atreven a atacarlo corren el riesgo de caer en el ridículo" (123).

Pero precisamente dos años después era elegido Azcárate diputado, junto con Salmerón y Labra, por la Unión Republicana Reformista (124), y pronto iba a tener ocasión de vivir directamente - el problema. Se enfrentaría entonces Azcárate al proyecto de concesiones más desde esta perspectiva moralizante que desde unas -

premisas de la teoría económica profesada hasta aquí, que no iba a tardar mucho en abandonar (125). Y es que no se trataba exactamente de un asunto proteccionista, en sentido genérico, si no de la decidida protección a los más fuertes, como uno de los medios de consolidar una economía moderna. Cuando, unos años más tarde, el eminentemente liberal Moret solicite subvenciones para las líneas de vapores, como medio de fomentar el tráfico entre la Península y las colonias, los incipientes voceros de la siderurgia vasca se opondrán alarmados: "¿A qué esas subvenciones? ¿Para llevar con mayor economía a los empleados? Porque otra cosa no podrían conducir. ¡Subvenciones a las líneas de vapores, cuando no tienen nada que transportar! Cabotaje, facilidades en los puertos, etc., para no embarcar y desembarcar nada. Esto es un colmo, Sr. Moret" (126).

La discusión y resultados del contrato en las Cortes españolas tuvo, incluso, otra consecuencia más, al menos. Me refiero a su incidencia en la actividad de Joaquín Costa como animador colonial, poco a poco perceptible en sus escritos, y sin duda un ingrediente más de su decepción final, cuando comprobó definitivamente que el camino seguido por la clase dominante no era el que él pretendía marcar.

Cuando la Revista de Geografía Comercial, a mediados de -- marzo de aquel año de 1887, relata la obtención por la propia Compañía Trasatlántica de la subvención otorgada por el gobierno mejicano, unos meses atrás, no demuestra encono en sus palabras, si no que incluso podría reflejar un cierto orgullo por el hecho de haber salido triunfante una compañía española, después de librar batalla con otras inglesas, francesas y alemanas (127). Sin em--

bargo unos días después, con firma expresa de Costa, se opina en la misma revista que la línea de Fernando Poo (una de las que ahora se discute en Cortes) "debiera prolongarse hasta Loanda, y tal vez hasta Mossamedes, y combinar esto con el establecimiento de agencias en dos de estas poblaciones..., porque: 1º) conviene poner a nuestros fabricantes en tentación de cultivar, brindándoles camino expedito, un mercado tan importante como la provincia africano-portuguesa de Angola (y cuando a tanto alcancen las fuerzas de nuestra industria, el de Moçambique), explotado hoy casi exclusivamente -- por ingleses, franceses, alemanes, holandeses e italianos, sin más que una participación de 10 % para el comercio peninsular; 2º) porque cuatro viajes anuales a Fernando Poo es excesivamente poco; más para poder siquiera doblar ese número sin derroche de subvenciones por parte del Estado es preciso combinar esta línea con otro servicio patriótico que reporte ventajas a la producción nacional y permita contar con un suplemento considerable de fletes regulares y permanentes; 3º) porque existen creados ya en la región del Congo algunos intereses españoles, que es de justicia proteger y conveniente fomentar y nacionalizar, aproximándolos a nosotros, y poniéndolos en comunicación directa con Fernando Poo, con la agricultura antillana y con la industria peninsular" (128).

Esta era la tónica del artículo, en absoluto opuesta al monopolio de la Trasatlántica, a la que sugiere, incluso, que se presente al concurso, en aquellos momentos abierto en Lisboa, para cubrir el servicio de las posesiones portuguesas, abogando porque sea la propia Trasatlántica la primera favorecida, a no ser -- que lo cubriera la Empresa Nacional portuguesa. Porque lo que pretendía Costa, siempre pendiente de la hermandad de intereses entre

los dos Estados peninsulares, era el intercambio entre los servicios de las líneas principales de los dos países: "La línea portuguesa de la costa occidental de Africa habría podido prestar el servicio de Fernando Poo, sea directamente, sea por medio de un ramal; y, a cambio de él, la línea española de Filipinas habría podido prestar el de Goa, ya directamente, o mediante otro ramal desde Bombay". - No obstante, puesto que esto parece ya difícil de solucionar, no habiéndolo pensado antes (Costa recriminará continuamente a los geógrafos españoles por no haber abierto la boca durante el largo espacio de gestación del proyecto), ya que es preciso "sufragar los gastos de una línea española directa a Fernando Poo, es del todo indispensable que no termine allí, sino que siga recorriendo la costa por espacio de 12 ó 18^o más, y que mejore las condiciones del contrato, haciendo sus viajes más frecuentes y más rápidos".

Pero más adelante, contra viento y marea sostenidas las exigencias de la Compañía en el Parlamento, no vacila ya Costa en hallar "anomalías" en el contrato que se debate, y así lo expresa en uno de sus últimos artículos en la revista que pronto va a abandonar (129). Se cerraba así, por varios motivos, un capítulo de la historia del colonialismo español.

NOTAS AL CAPITULO XII.

- (1) C. Bayle, op.cit., p.6.
- (2) M. de Cossío, op.cit., p.43.
- (3) Puede consultarse la Estadística del Registro Mercantil formada por la Dirección General de los Registros Civil y del Notariado, Madrid, 1901, comprendiendo datos para 1886-1898.
- (4) Gaceta de Madrid, nº 173, 22.6.1881, pp.839-843.
- (5) Ibid., p.842. Se advierte de que "si el Gobierno de Su Majestad no autorizara la aportación de la referida concesión, la Sociedad "A. López y Cía." hará efectivo el importe de las dichas acciones suscritas en metálico".
- (6) Se hallaba en aquél momento el marqués de Vinent, conservador y siempre cercano a Cánovas, en el momento más afortunado de su vida de especulador financiero. Dedicado desde siempre a los grandes negocios de banca, era administrador del Banco de Castilla desde su constitución, y presidente del Consejo de Administración del Ferrocarril de Medina del Campo a Salamanca y del comité delegado en Madrid del Banco Hispano-Colonial. Entre otros cargos, era también Vinent vicepresidente de la Junta de Agricultura de Madrid, e individuo del Consulado del Tribunal de Comercio de Cádiz (Cfr. E.Prugent, Los hombres de la Restauración, Madrid, tomo II, 1881, pp.80-81).
- (7) Los "Estatutos de la Compañía Trasatlántica. Capital social. Acciones" firmados en Barcelona a 4 de junio de 1881, quedaban modificados como sigue: artículo 8º.- "las acciones serán al portador e intransferibles a extranjeros, consignándose en los títulos de las acciones una cláusula que terminantemente exprese no poder ser transferidas a extranjeros. Las acciones se cortarán de libros talonarios, llevarán el sello de la Sociedad, y serán firmadas por el Administrador gerente, por el Secretario general y por el Contador"; artículo 21º.- "La administración de todos los servicios se confiará bajo la autoridad y vigilancia de la Junta de Gobierno a un Administrador gerente. El Administrador gerente será nombrado por el Gobierno, a propuesta de la terna de la Junta de Gobierno. El gerente depositará 50 acciones. No podrán enajenarse estas acciones mientras su dueño ocupe el cargo, para cuyo buen desempeño sirven de garantía. El gerente disfrutará de una asignación

fija, sin perjuicio de las obviaciones y remuneraciones que le conceda el Presidente" (Gaceta de Madrid, 11 de julio de 1881, nº 192, pp.101-102).

- (8) Gaceta de Madrid, 31 de agosto de 1881, nº 243, pp.612-613.
- (9) Gaceta de Madrid, 29 de octubre de 1881, nº 302, pp.255-256.
- (10) Gaceta de Madrid, 5 de diciembre de 1881, nº 399, pp.552-556.
- (11) El art.2º de los "Estatutos" establecía en Barcelona el domicilio social de la Compañía de Tabacos, con un comité en Madrid y otro en París, así como una delegación en Manila.
- (12) Quedaba estipulado desde ahora que "los tenedores de acciones de la primera serie gozarán del derecho de preferencia en la suscripción de la mitad de las que se emitan de la segunda y tercera series a la par, en proporción al número de las que posean de la primera serie", y que "la otra mitad de la 2ª y 3ª queda reservada también a la par a los fundadores de la Compañía, que podrán optar a esta participación en proporción al número de cédulas de fundador que posean". Además, que "los fundadores gozarán del derecho a optar a la mitad de cuantas emisiones de acciones acuerde la Sociedad por aumento del capital social, en los términos en que acuerden las emisiones" (art. 5º de los estatutos).
- (13) Como es sabido, el Crédito Mobiliario, a comienzos de 1882, recibiendo nuevas aportaciones de capital de Gustavo Pereire y Mauricio Bixio, trató de constituir una nueva sociedad, "muy compatible" con las actividades de la anterior. Su capital social era de 50 millones de pesetas, y no se trataba sino del Banco Español de Crédito. Del mismo, tomaba 50.000 acciones el viejo Crédito Mobiliario, repartiéndose el otro 50%, por igual, Pereire y Bixio, a razón de 25.000 acciones cada uno. Puede verse su escritura de constitución en la Gaceta de Madrid, 20 de enero de 1882, nº 20, pp.297-299, pero sobre todo, N. Sánchez Albornoz, "De los orígenes del capital financiero: el Crédito Mobiliario Español, 1856-1902", en España hace un siglo: una economía dual, Alianza, 1977, pp.155 ss., especialmente 171 ss., con los avatares de un fracaso (el derribo de la Union Générale, el 19 de enero de ese mismo año, arrastró el proyecto), y su realización veinte años después.

- (14) Escritura de ampliación de 22 de diciembre de 1881, en Gaceta de Madrid, nº 8, 8.1.1881, pp.139-140.
- (15) J.Sardá, La política económica y las fluctuaciones de la economía española en el siglo XIX, Madrid, CSIC, 1948, p.127.
- (16) L.Almerich, Barcelona y el mar. Panorama histórico desde el siglo IX al XX. Barcelona, Millá, 1945, p.72. Sobre las nuevas compañías de navegación a vapor, puede verse también J.Vicens Vives, Industrials i politics..., op. cit., pp.97-98.
- (17) Escritura de constitución de 7 de mayo de 1881, en Gaceta de Madrid, nº 132, 12 de mayo de 1881, pp.449-51.
- (18) Gaceta de Madrid, nº 160, 9 de junio de 1881, pp.713-714.
- (19) Escritura de constitución de 19 de agosto de 1881, en Gaceta de Madrid, 5 de septiembre de 1881, nº 248, pp.663-64.
- (20) Gaceta de Madrid, 6 de enero de 1882, nº 6, pp.116-18. Conforme a la anterior declaración de principios, sus objetivos eran muy amplios: "1º. Realizar toda clase de obras públicas, y en preferencia las de canales de navegación, docks, varaderos, carenas y otras que mediata o inmediatamente contribuyan a satisfacer las diversas necesidades del comercio marítimo, y a proporcionar en ríos, ensenadas y puertos la mayor seguridad de las naves y las mayores facilidades a su servicio. 2º. Adquirir vapores para destinarlos a la navegación fluvial y marítima o al servicio de las naves en los puertos. 3º. Organizar y desempeñar los diversos servicios que en los puertos son indispensables para atender a las necesidades de las naves y del comercio marítimo. 4º. Hacer préstamos a la gruesa y comunes sobre las naves y cargamentos, y préstamos sobre las mercancías con los privilegios de las Compañías generales de depósito. 5º. Hacer préstamos mediante garantía de efectos públicos y acciones u obligaciones de Sociedades mercantiles, industriales o de crédito. No podrá empero dedicar a préstamos sobre sus propias acciones más de un quinto del capital social desembolsado, ni prestar en cada caso más allá del 80% del desembolso que tuvieran las acciones que se den en garantía o de un valor efectivo si se cotizaban a daño. 6º. Hacer las demás operaciones propias de las que están en relación con el objeto principal de esta sociedad o sociedades de crédito, si así lo acuerda en Consejo de Administración" (Art. 3º de los Estatutos).

- (21) Escritura de ampliación de 16 de marzo de 1882, en Gaceta de Madrid, 27 de marzo de 1882, nº 86, pp.1017-18.
- (22) Gaceta de Madrid, 1º de febrero de 1882, nº 32, pp.456-58.
- (23) Gaceta de Madrid, 22 de noviembre de 1882, nº 326, pp.500-503.
- (24) M.González Portilla, "El mineral de hierro español (1870-1914): su contribución al crecimiento económico inglés y a la formación del capitalismo vasco", Estudios de Historia Social, nº 1, abril-junio 1977, pp.55 ss.
- (25) Recogido en Archivo Diplomático-Político de España, 28.6.1883, pp.195-96, reproduciendo a su vez un suelto de El Imparcial. Evaristo Arnús, senador provincial en este año de 1882, llegará a ser vitalicio en el 87 (Archivo del Senado. Expedientes de Senadores, legislatura de 1887). Se hallaba ligado por lazos familiares a los intereses de la Compañía.
- Por lo que respecta a Antonio López en estos años, resulta de escasa utilidad, al contrario de lo que suele ocurrir, la obra de E.Prugent, Los hombres de la Restauración, tomo III, pp.23-33: "El insigne naviero D.Antonio López, Marqués de Comillas".
- (26) Memoria leída en la Junta General de Accionistas..., 22 de junio de 1882, reproducida en Cossío, op.cit., p.46.
- (27) La Compañía Trasatlántica. Consulta y dictamen... cit., p.6.
- (28) Ibid., cit. en p.49 y 46.
- (29) B.de Alzola, Estudio relativo...cit., pp.384-85.
- (30) En 1885 -fecha en que escribe Alzola- se hallaban todavía pendientes de resolución algunos expedientes abiertos a la casa Portilla, White y Cía., de Sevilla, en 1879. Y acababa de reintegrarse a la Marina el importe de los derechos de introducción de la fragata "Concepción", que tuvo lugar en 1881. El mismo autor da como "Sumas anuales satisfechas a los constructores de buques y fabricantes de máquinas en concepto de devolución de derechos adeudados por los materiales y objetos importados del extranjero, e invertidos en las construcciones y reparaciones" los siguientes:
- | | |
|------------|--------------------|
| 1875 | 104.617,32 pesetas |
| 1876 | 51.984,62 |

1877	117.190,75
1878	56.379,25
1879	62.539,91
1880	24.387,25
1881	17.240,50
1882	13.669,79 (<u>Ibid.</u> , pp.275 ss.)

- (31) AHN, Ultramar, Gobierno.Cuba, legajo 4998.
- (32) R.Cepeda, en DSC, C, 18.4.1837, nº 70, p.1845. Al parecer, los barcos comprados a Campo, en número de once, lo fueron por un total de diez millones de pesetas.
- (33) Cossío, op.cit., p.46.
- (34) Bayle, op.cit., p.84. Vid. sin embargo, más abajo, a propósito de los dividendos.
- (35) Memoria leída en la Junta General de accionistas... en Cossío, op.cit., p.47.
- (36) Archivo Político-Diplomático de España, 7 de julio de 1883, contraportada, con anuncios a toda plana de la Compañía, y una nota publicitaria de la junta general habida en junio. Por su parte, el Hispano-Colonial tenía, en abril de 1882, un reparto provisional de dividendos de 37,50 ptas. por acción, y en noviembre del mismo año, de 112,50 ptas. (Gaceta de Madrid, 26 de abril y 6 de noviembre de 1882, pp.294 y 243 respectiv.).
- (37) Puede verse al respecto el número especial de la revista barcelonesa -dirigida por José Ricart Giralt- El Fomento de la Marina, de 3.11.1884, 12 págs., cuya primera parte está prácticamente dedicada a honrar la memoria del capitán del vapor correo, Baldomero Iglesias. Había corrido la voz de su culpabilidad en el accidente, y para reivindicar al compañero solicitan los pilotos de la marina mercante barcelonesa, mas los de Santander, Bilbao, Málaga y Vigo, acceda el Marqués de Comillas a imponer el nombre del desaparecido a uno de sus barcos. En carta fechada en Barcelona a 1º de noviembre de 1884, responde Claudio López afirmativamente a la requisitoria: el vapor "Ebro" pasará a denominarse desde entonces "Baldomero Iglesias". (Carta en pág.5).
- (38) Museo Naval, Biblioteca. Mss.2.696.
- (39) Manrique de Lara, op.cit., pp.23-27 (cita en p.24). También, Cossío, op.cit., pp.60-61.

- (40) No he hallado documento alguno que confirme directamente el permiso, pero sí se encuentran buenas palabras en uno, firmado por el Secretario General de Armamentos del Ministerio de Marina, a 12 de febrero de 1874, y dirigido al Apostadero General del Departamento de Cádiz, con orden de traslado a la Compañía Trasatlántica. Vid. el expediente completo en el Archivo General de la Marina de Guerra Alvaro de Bazán (El Viso del Marqués), Correos Marítimos, Vapor "Antonio López").
- (41) Según suelto leído en el Congreso por Víctor Balaguer, durante la discusión del contrato (DSC, nº 84, 5.5.1887, pág. 1785).
- (42) R. Luxemburg, Reforma o revolución, Barcelona, Grijalbo, -- 1974, p.104.
- (43) E. Sereni, Capitalismo y mercado nacional, Barcelona, Crítica, 1980, especialmente el capítulo 3º: "El nudo de la política triguera", pp.120 ss.)
- (44) Corría el rumor, y así se dijo a lo largo de las agitadas sesiones parlamentarias que trataron de ello, que con la venta de sus barcos al marqués de Comillas había aceptado el de Campo no participar en negocio naviero alguno, a no ser subordinando sus intereses a los de aquél, y siempre que éste se hallara de acuerdo.
- (45) DSC, C, 1886, pp.1688-89.
- (46) Vid. a propósito capítulo X.
- (47) DSC, C, 1886-87, tomo IV, 4.12.1886, apéndice 1º al número 78, 14 págs. Vid. en apéndice.
- (48) DSC, C, 1886-87, p.1690.
- (49) En el contrato suscrito entre Campo y la Administración, -- para la línea de Filipinas, no figuraba evidentemente la cláusula de la obligación y/o compromiso del transporte oficial. Así iba a heredarlo Comillas, y de ahí su interés en modificar determinadas condiciones, siempre teniendo en cuenta, no obstante, que de la línea filipina era la conducción del tabaco hasta la Península el bocado más apetitoso.
- (50) EL, 19.3.1887.
- (51) Baso la reconstrucción que sigue, fundamentalmente, en las intervenciones parlamentarias de los diputados José Mª Celleruelo (republicano posibilista), Raimundo Fernández Villaverde (conservador), y Gumersindo de Azcárate (republicano reformista). Vid. DSC, C, legislatura de 1886-87, pp.1687 ss., y 1690-92, y legislatura de 1887-88, pp.1247 ss., 1262 ss., 1586 ss., y 1596 ss.

- (52) DSC, C, 11.4.1887, pp.1689 ss.
- (53) DSC, C, 19.4.1887, p.1882.
- (54) DSC, S, 25.6.87, nº 26, pp.274 ss.
- (55) DSC, C, 13.7.1886, nº 52, p.1032.
- (56) DSC, C, 14.7.1886, nº 53, pp.1071 ss.
- (57) DSC, C, 26.7.1886, nº 62, pp.1549 ss.
- (58) DSC, C, 27.7.1886, nº 63, p.1639.
- (59) DSC, C, 28.7.1886, nº 64, pp.1682 ss.
- (60) LE, 28.7.1886, 1ª pág.
- (61) DSC, S, 26.7.1886, nº 50, pp.912 ss. Un año más tarde se lamentaba el marqués de Viesca, en el propio Senado, de la carencia de mercados exteriores para la producción nacional, argumentando contra ella la expansión a través de Portugal y los mercados brasileños (Discurso reproducido en ADCE, 24.12.1887, V, nº 200, pp.2315-16).
- (62) DSC, S, 26.7.1886, p.914.
- (63) LE, 28.7.1886, 1ª pág.
- (64) DSC, C, 28.7.1886, nº 64, p.1685.
- (65) Ibid., p.1687.
- (66) EP, 31.7.1886, 1ª pág.
- (67) ED, 4.8.1886, 2ª pág.
- (68) EP, 4.8.1886, 1ª pág.
- (69) EP, ibid.
- (70) ED, 4.8.1886, y EP, 6.8.1886.
- (71) E.Sereni, Capitalismo... cit., pp.260 ss., sobre Rossi.
- (72) LO, 6.8.1886, 1ª pág.
- (73) EI, 9.8.1886, 2ª pág.
- (74) Al parecer existía también una oferta de gratuidad, por parte de una casa inglesa, Hingston o Hynes (LO, 9.8.1886, 1ª pág.).
- (75) "La prensa de Cuba y la Compañía Trasatlántica", a toda plana en 1ª pág.

- (76) EC, 13.11.1886, 2ª pág.
- (77) LO, 17.11.1886, 2ª pág.
- (78) LO, 18.11.1886, 1ª pág.
- (79) El Popular, por ejemplo, lo reproduce sin comentario alguno.
- (80) "Durante su gestión ministerial había dejado convenida la prórroga del contrato del Estado con la Trasatlántica, que por haberle sustituido en la cartera, hubo de suscribir D. Víctor Balaguer" (F. de Llanos y Torriglia, Germán Gamazo. El sobrio castellano, Madrid, Espasa-Calpe, 1942, p.120).
- (81) F. de Llanos (ibid., p.121) niega este hecho acaloradamente, suponiéndolo en cambio producto de una herencia.
- (82) LE, 18.11.1886, 1ª pág.
- (83) EF, 4.12.1886, 2ª pág.
- (84) EC, 17.12.1886, 1ª pág.,.
- (85) "Veinticinco años de servicios sostenidos a todo trance con precisión reglamentaria; una lucha constante con los elementos discordes que tienden a la autonomía; la gloria y los apuros durante la guerra; el olvido y los desdenes cuando vino la paz; la admiración de la Europa marítima en presencia de aquellos embarques legendarios de centenares de miles de hombres transportados a Cuba sin perder uno sólo, arrojando los ciclones equinocciales; la escasez de los dos Tesoros como perpetua amenaza; todo ello constituye una historia animada, compleja de amarguras y resistencias, en el fondo de las cuales ha venido palpitando lenta, pero implacablemente, la ruina de una Compañía que todo lo ha sacrificado por la Patria y por las colonias, y que tiene por ello indiscutible derecho a que España no la dejara morir de inanición" (LO, - 13 de diciembre, a toda plana).
- (86) EN, 14.12.1886, 1ª pág.
- (87) DSC, C, 19.11.1886, nº 68, pp.1712 ss.
- (88) Benito Pérez Galdós, "hombre liberal avanzado", que "no había tomado partido político definido", se dejó "nombrar" diputado por Puerto Rico en un encasillado del gobierno Sagasta de 1886, para lo cual -cuenta M.Tuñón- le fueron bastantes 17 votos. Veintidós años más tarde, con 42.000 votos, sería Galdós diputado republicano. (M.Tuñón de Lara, La España del siglo XIX..., p.321).
- (89) EP, 11.12.1886, 1ª pág, y Diario de Cádiz, 27.12.1886.

- (90) La Cámara de Comercio de Barcelona, la primera en organizarse en España, llevaba entonces solamente unos meses en funcionamiento. La comisión organizadora de la misma, elegida en abril de 1886, había estado presidida por Evaristo Arnús, y, como vocales, contaba con personalidades tan significativas como José Ferrer y Vidal, el marqués de Comillas, Domingo Sert, Federico Nicolau, Bartolomé Godó, Matías Muntadas, Rómulo Bosch, etc. Desde el primer momento, Manuel Girona jugaba también un papel fundamental. Puede verse al respecto el Archivo Diplomático y Consular de España, 30.4.1886, IV, nº 134, p.907).
- (91) DSC, C, 13.12.1886, nº 84, p.2044.
- (92) LO, 15.12.1886.
- (93) EP, 31.12.1886.
- (94) "Abandono con gusto un Ministerio en donde entré sin él" -dirá Balaguer, a 15 de junio de 1888, cuando deba abandonar por el momento su incorporación al gobierno-. Aunque debe reconocer que la segunda etapa de su gestión no ha sufrido tantos contratiempos como la primera, una vez pasado ya -el asunto de mayor gravedad: "El que llamo yo segundo período de mi vida ministerial, no fué tan amargo ni tan duro como el primero; pero hubo de serlo bastante para confirmarme en mi opinión de que del Departamento que tuve a mi cargo muy cerca de dos años es capaz de acabar con todas las energías y con toda la buena voluntad del hombre más patriota, por altas que sus dotes fueren" (V. Balaguer, En el ministerio de Ultramar... cit., vol.II, pp.25 y 6, respectivamente.
- (95) El Consejo de Ultramar, después de haber sido reformado -cuatro veces en el plazo de veinte años, será suprimido -- finalmente por R.D. de 7 de enero de 1899, que firma el ministro Romero Girón, habiendo desaparecido ya el objetivo fundamental de su existencia. Para las posesiones que restan, se dice el legislador convencido de "la conveniencia -de modificar profunda y sustancialmente, en consonancia con ejemplos no aprovechados antes de ahora, el régimen y el modo de administrar territorios coloniales, y sólo después de esta reforma podría estudiarse la oportunidad de un instituto central de consulta..." (Gaceta de Madrid, 8 de enero de 1899, p.73).
- (96) Peticiones de Galicia serán traídas a la Cámara baja, entre otros, por el marqués de Mochales, Urzáiz, Canido, Cándido Martínez, Pedregal, etc. (DSC, C, desde el 18 de enero hasta finales de febrero, y después, hasta mediada la discusión)
- (97) DSC, C, 1887, nº 9, p.191.

- (98) Esto al menos afirma La Opinión, de 25 de enero, que lo da por "algo enfermo".
- (99) DSC, C, 1887, vol.2, apéndice 5º al número 38.
- (100) Vid. a propósito Juan Miguel de la Cuétara Martínez, Intervenciones administrativas en los transportes marítimos. Subvenciones y primas a la navegación (extracto de tesis doctoral), Santiago de Compostela, 1975, p.8.
- (101) DSC, C, 1887, apéndice 5º al nº 38, p.2.
- (102) LO, 14.3.1887, 1ª pág.
- (103) DSC, C, 8.3.1887, apéndice único al número 40.
- (104) DSC, C, 16.3.1887, nº 47, apéndice 1º, y también apéndice 5º al número 38, cit. más arriba.
- (105) DSC, C, 17.3.1887, nº 48, pp.1238 ss.
- (106) Ibid., p.1243.
- (107) DSC, C, 18.3.1887, nº 49, pp.1257 ss.
- (108) Ibid., pp.1264-65. También puede verse J.M.Cuétara, loc. cit., p.20.
- (109) DSC, C, nº 53, 23.3.1887, apéndice 1º.
- (110) DSC, C, nº 54, 24.3.1887, p.1390, y nº 55, 26.3.1887, -- p.1421.
- (111) Ibid., p.1429.
- (112) DSC, C, nº 61, 2.4.1887, p.1582.
- (113) EL, 5.4.1887, 1ª pág.
- (114) ES, 13.5.1887, 1ª pág., editorial: "Un dato más".
- (115) LD, 27.4.1887, 2ª pág. Vid. también EL (4 abril) y LD (1º de mayo).
- (116) Datos abundantes en V.Balaguer, op.cit., vol.I.
- (117) LR, 13.4.1887, 1ª pág.
- (118) EPN, 24.4.1887, 1ª pág.
- (119) Diario de Sesiones del Congreso Económico Nacional, cit., pp.57 ss.

- (120) Los Negocios, de Barcelona, reproducido en RGC, II, 31.1. 1887, nº 31, pp.119.
- (121) Vid. A.Nieto, "La Administración y el derecho administrativo", en Revista de Occidente, nº 67, octubre 1968, núm.extr. ("La Revolución española de 1868"), pp.64 ss.
- (122) M.de los Santos Oliver, La literatura del desastre, Barcelona, Edicions 62, 1974, pp.80 ss. Del propio Azcárate, El self-government y la monarquía doctrinaria, Madrid, 1875, y sobre todo El régimen parlamentario en la práctica, Madrid, 1885. Cfr. además su Necrología, en BILE, nº 693, 1917, así como P.de Azcárate, Gumersindo de Azcárate. Biografía documentada, Madrid, Tecnos, 1968.
- (123) G.de Azcárate, "El régimen parlamentario en la práctica. I. La teoría y la práctica", en BILE, VIII, 15.6.1884, nº -- 176, pp.164-65.
- (124) Vid. M.Tuñón de Lara, Medio siglo de cultura... cit., así como, en general, para cualquiera de los componentes de las Cámaras citados hasta aquí, M.Sánchez Ortiz y F.Berástegui, Las primeras Cámaras de la Regencia. Datos electorales, estadísticos y biográficos, Madrid, Imp.E. Rubiños, 1887.
- (125) Sobre la evolución hacia el proteccionismo de G.de Azcárate, J.Velarde, "El nacionalismo económico español y la Institución libre de Enseñanza", Información Comercial Española, nº 517, pp.96 ss.
- (126) Cuestión arancelaria. Consideraciones acerca del voto particular del Excmo. Sr.D.Segismundo Moret, por F.Goitia, G. Pradera y J.Angoloti, de la industria siderúrgica, Madrid, Fortanet, 1892, p.185.
- (127) RGC, II, 15.3.1887, nº 33, pp.160-61.
- (128) Ibid., 31.3.1887, nº 34, pp.182-85: "Líneas de navegación al Africa Central. España en el Congo. La Trasatlántica Española en el Golfo de Guinea", por J.Costa.
- (129) RGC, II, 15.4.1887, nº 34, p.228: "Una anomalía en el contrato con la Trasatlántica Española".

1105

EPÍLOGO Y CONCLUSIÓN

Cuando, finalmente, el amplio contrato entre la Compañía Trasatlántica y el Estado español logra su legalización, en la primavera de 1887, viene a rubricarse con ello la reorganización de las comunicaciones marítimas oficiales de nuestro país, que venía siendo exigida -con ansias de monopolio- por la propia compañía, desde años atrás. Se trataba de la potenciación consciente, por parte de las elites de gobierno, de la vía gran-capitalista en el sector naviero, frente a la reclamada política de primas a la construcción naval y a la navegación de altura, en general, que llevaba años saliendo de la garganta de una marina mercante pequeña y media, en proceso de reconversión a las nuevas condiciones de la navegación mundial y el transporte por mar. Por el contrario, la unificación en una sola empresa de fuertes subvenciones oficiales, tomadas lógicamente del presupuesto de la nación, supone un páso más, incuestionable e inequívoco, en la formación de esas obligaciones del Estado hacia el gran capital que delinean, cada vez con más fuerza, las obligaciones del Estado contemporáneo.

La mayor parte de este trabajo no ha sido sino antesala -dilatada a la presentación de este momento. Pero es que se trata precisamente, a mi entender, de una de las manifestaciones decisivas en el refuerzo del pacto colonial, pues si el pretexto ultramarino era la razón última de tan elevadas subvenciones a la Trasatlántica, también es cierto que el refuerzo del pacto es uno de los elementos clave en la consolidación de las oligarquías -agrario-financieras que se produce, nítidamente, a lo largo del

denominado Parlamento Largo, y, por tanto, entre 1885-1890, aproximadamente.

Ello ha dado por resultado, a la hora de poner límites - (cronológica y temáticamente) a estas páginas, la inevitable consecuencia de que -quizá extrañamente- reciban un tratamiento mucho más breve los presupuestos históricos triunfantes, o dominantes, que aquellos otros que lucharon contra la corriente de la tendencia hegemónica. Y ello por una razón sencilla: porque su plena expansión (en los años siguientes a los aquí acotados y, al menos, hasta la pérdida de las viejas colonias) exige un tratamiento específico y detenido que ya era imposible yuxtaponer aquí a continuación. Sin embargo, la recopilación de materiales y su estudio, -tareas que ya tengo avanzadas-, creo me ofrecen cierta seguridad a la hora de articular las pulsiones colonia--les de este primer decenio, relativamente oscuro, de la más temprana restauración borbónica.

.

Los capítulos que aquí se contienen se vertebran sobre una hipótesis de trabajo que no acudió a mis manos sino después de serias vacilaciones y tropiezos. En principio, la vertiente colonial (sin matices, por ahora) era claramente destacable en el conjunto de las dimensiones globales que me había propuesto como marco teórico: el pensamiento político-internacional de la España del último cuarto del XIX. No era difícil aislar esa vertiente colonial, y comprobar su importancia y frecuencia. Pero ¿qué colonias? ¿Las Antillas y el Pacífico, o la costa africana y el Norte de Marruecos? O, mejor aún: ¿Cuba y Puerto Rico, o

Filipinas?, ¿el recuerdo de O'Donnell o los estímulos de la Conferencia de Berlín? En seguida saltaba a la vista la selección de objetivos: ¿Quién tendía más a unos focos que a otros; cómo se alternaban o sustituían; cómo se anulaban o, por el contrario, potenciaban entre sí...? Algo que en principio parecía intuirse con claridad era, en definitiva, una incógnita de muchas e inseguras respuestas. Porque en momentos decisivos para la reorganización del reparto mundial -como son estas décadas fecundas de los 80 y 90-, es vertiginosa la alteración de condiciones, la implicación mutua de factores internos y externos y la sucesión de los cambios. Y sólo aislando sistemática y minuciosamente cada conjunto de elementos, para volverlos después a colocar de nuevo en un marco -cronológico y temático- más amplio, cobraban sentido una serie de acciones o manifestaciones ideológicas, aparentemente (así al menos lo creo) descarnadas.

Por eso reciben un mayor tratamiento, en extensión, lo que podríamos llamar elementos más visibles del hecho histórico, dentro de esta dinámica compleja. Y es que, en el momento de -- transición entre las décadas 70 y 80, tras la pacificación cubana, aparece la continuidad palpable de la estructura anterior y su ideología, al tiempo que se despereza, en revitalización espontánea y auténtica, la idea africana, que dormía un largo abandono tras la aventura de los últimos cincuenta. Hacia Africa mirarán, casi sin excepción, los hombres más activos del nuevo colonialismo español que apunta en aquellos años. Hacia Africa, - sin duda, porque conciliaba prodigiosamente los hilos de acción de las más emprendedoras burguesías europeas y el peso grato de una honrosa tradición histórica. Sin embargo, las conquistas e-

fectivas de su voluntariosa presión junto a los gobiernos españoles, el beneficio neto de esa renovada atención al suelo africano, no iba a venir a manos de quienes, desde su plataforma intelectual y propagandista, hicieron de la incorporación a la carrera colonial poco menos que garantía de progreso. A pesar de ello, esta proyección teórica, desprovista de fuerte apoyo financiero, y con ribetes de utópica, había hecho olvidar, al menos en su contexto social más hondo, la profunda implantación de sus presupuestos en la praxis burguesa de los hombres de la época.

Era fácil concluir, así, su carácter mimético o idealista, desprovisto de toda base material, olvidando que su predominante económico-teórica no tenía por qué corresponder con las necesidades expansivas de otras burguesías, en otros países; - que no podía, de hecho, homogeneizarse con aquéllas, porque la España de 1880 poseía unas características propias que, sin duda, tuvieron mucho que ver con que la idea colonial adoptase en España la forma que adoptó. Veamos, en forma de conclusiones, cómo he entendido aquí la imbricación de los niveles económico, social, político e ideológico en torno al eje colonial.

.

12) La revitalización expansionista es un hecho comprobado en la España de finales de los 70 y principios de los 80 del pasado siglo. Muchos indicios lo dejan ver con claridad: existe una Sociedad Geográfica, fundada en 1876, que, si bien nace acostumbrada a los moldes recogidos de las viejas sociedades -

científicas, pronto demostrará llevar en germen la potencialidad visible de adaptarse -al menos en parte- a las nuevas exigencias de la dinámica colonial. En seguida, el reflejo de lo exterior dará cabida en España a la formación de una sucursal, poco activa, de la Asociación Africana establecida en Bruselas por el rey de los belgas. La yuxtaposición parcial de sus componentes con miembros de la Sociedad Geográfica vendrá pronto a producir un efecto positivo: el reclamo, por parte de ésta, de unas funciones vivas y actuales en cuanto a su papel en la distribución del espacio todavía libre. Pronto, existirán en su seno miembros dispuestos a no esterilizar sus ansias en discusiones académicas. Y apelarán a la marcha paralela de la ciencia y el comercio, dotando a la ciencia geográfica de un nuevo papel, más acorde con las necesidades sociales de un sector de la población que pugnaba por lograr una mejor colocación en la readaptación de clases.

22) Ello suponía, casi inevitablemente para España, en -- virtud de su pasado e impulsada por el presente mundial, el volver la vista hacia Africa. Aquéllos que no habían borrado de su mente, todavía, el espejismo de la conquista africana, lo desempolvaron, y limpiándolo (casi siempre) de elementos militaristas y violentos, supieron vestir su proyecto de presencia hispana en Marruecos con hábitos de civilización y cultura, de intercambio comercial y papel histórico. De todo ello trata el capítulo II.

32) Sin embargo, el retomar las riendas de la intervención colonial exigía una decidida voluntad que, en el momento concreto

to en que la idea se halla madura, nadie poseía en la Sociedad Geográfica madrileña. Es entonces cuando Joaquín Costa actúa - como elemento providencial y decisivo en la gestación concreta de los proyectos africanos de primera hora elaborados en Madrid por un grupo de profesionales de las letras y de las armas, y (a veces) comerciantes, en torno a círculos de discusión cultural. Su activa intervención, no obstante, utiliza elementos -- preexistentes (es lógico) que permitieron a Costa agilizar sus presiones cerca de la clase gobernante, utilizando previamente la luz que le devolvía el espejo de una opinión pública agitada por él mismo y unos pocos más. De la existencia de un clima intelectual previo y adecuado a la floración activista - de estos primeros ochenta, hablo en el apartado 12 del capítulo IV, en tanto que de las intereses concretos que se engarzan en torno a la pesca canaria en las costas fronterizas africanas, tra to en el epígrafe 3 del mismo capítulo.

42) Resultaba preciso explicar, así, no sólo la gestación progresiva de los proyectos y su seguimiento práctico, - con el apoyo o rechazo de las clases dominantes (lo que se aborda en los capítulos V y IX), si no el por qué de un Costa - poco conocido, citado siempre pero escasamente comprendido, -- como activista en pro de la expansión africana. Ello constituye el objeto del capítulo III, íntegramente, y de salpicaduras a lo largo de los capítulos IV, IX, X y XII. A mi entender, resulta perfectamente integrable, el proyecto africano costista del breve período 1883/87, en el contexto contemporáneo de su cada vez más perfilada problemática fundamental, la cuestión

agraria. Preocupado esencialmente por el problema de la tierra, el proyecto africano al que Costa se entrega con vehemencia - pero con paulatino y perceptible desengaño-, se inserta con -- bastante coherencia en el corpus económico e ideológico del -- Costa liberal y armónico de aquellos años madrileños, vertebrados en torno a la Institución Libre de Enseñanza y en las esferas de la intelligentsia de la capital.

Un librecambismo de fondo, matizado en buen número de ocasiones por residuos del mercantilismo de la Edad Moderna, - (por paulatino rechazo contra la implantación británica en las alturas de la hegemonía mundial), informa las propuestas teóricas de un ambicioso proyecto de expansión colonial en territorio africano, para acometer el cual (luchando estrepitosamente con su laissez-faire formal, con el que se debate en viva lucha), no vacila Joaquín Costa en reclamar la intervención decidida del aparato estatal, provocando con ello choques y reticencias entre buena parte de sus compañeros de acción, todavía consecuentes con los supuestos venidos de Bastiat y Cobden.

Sin embargo, sería dentro de otro modelo de sociedad -alternativo y sustitutorio para el que Costa hubo de sufrir-, donde el aragonés pretendía sin duda dotar de plena magnitud a la prolongación africana que juzgaba necesaria: como extensión de los mercados nacionales, que él seguía concibiendo esencialmente agrarios o pesqueros, entendía Costa dotadas de valor a las nuevas plataformas coloniales, sin perjuicio de que llamase en su auxilio, para cubrir los gastos de la ocupación y puesta a punto, a quienes (también en buena ley del li-

brecambio inglés) deberían resultar más interesados en la expansión ultramarina: los industriales españoles.

52) De la respuesta de la industria nacional iban a depender muchas cosas. Y, como es sabido, fué aquélla generalmente negativa. Por varias razones; la más importante, sin duda, la ausencia de necesidad de nuevos mercados, en aquellos momentos en torno al 83 y en términos amplios, para los dos focos periféricos fundamentales: el de la siderurgia vasca, abocado a su relación británica, y sin problemas de mercado, por el momento, en su salida al exterior; el textil y harinero catalán, por otra parte, capaz de conseguir del bloque oligárquico madrileño las condiciones legales para forzar el pacto colonial antillano, cosa ya establecida desde 1882, aunque después alcanzaría cotas más altas. Fué ayudado para ello, como se ha dicho tantas veces, por la acción coincidente de los grandes cerealistas castellanos, afectados gravemente por la crisis agraria que, desde comienzos de los 80, debilita a la producción europea.

Y en ello estimo radica el nudo estructural del fracaso de la idea costiana como proyecto colonial viable. En que -- las viejas plataformas antillanas. (y sólo parcialmente será necesario poner en explotación a la filipina), bastan --en términos generales-- para dar satisfacción relativa a las exigencias de una producción nacional aquejada de un mal congénito: la estrechez del mercado interno. Al volcar hacia Cuba --y después, marginalmente, Filipinas-- dicha producción, al insistir desde temprano en la profundización de la vía proteccionista, mal podría cobrar vigor como objetivo realizable un proyecto que se asenta

ba en las premisas, confesadas, de la libertad de mercados y - el intercambio sin barreras, porque ellos habían hecho la prosperidad de otros pueblos. A situar las coordenadas de fondo de la lucha económica de estos años (la protección contra el libre cambio) he dedicado íntegro el capítulo I de este trabajo, sin que me pareciera innecesario adentrarme en las dificultades de su interpretación, ni inoportuno situarlo al frente de todo el conjunto, como marco general, porque creo de veras que en la puntualización cuidadosa de muchos de los problemas que todavía oscurecen la historia del triunfo de la protección hallaríamos elementos valiosos de interpretación la vertiente colonial que aquí nos preocupa. El capítulo X plantea algunos problemas y sugerencias a propósito de todo ello.

62) Me he decidido así a tratar con especial cuidado -- (que no se traduce en mayor número de páginas, sin embargo), - la localización aproximada de esa renovada atención de las clases conservadoras en su sentido más lato, de las oligarquías - peninsulares abocadas a la cuestión colonial, hacia la plataforma antillana. Les faltó, sin embargo, la audacia de unas - reformas políticas pertinentes (a las que siempre temieron seriamente), y les desbordó la imposición irresistible de las - nuevas líneas hegemónicas del comercio mundial. Pero, en realidad, no era ésta sino una forma retardada de apretar los resortes de la explotación ultramarina, en momentos de creciente apuro para las burguesías coloniales de la Península. O incluso, sin que sea preciso siempre hablar de estrecheces, - para determinadas fracciones de la burguesía en momentos pro-

picios para la reproducción en condiciones óptimas. Sobre ello versa también el capítulo X, que se organiza, por contraste, - sobre el contrapunto de la desilusión definitiva de Joaquín -- Costa por la idea africana. Esta sobrevivirá en adelante débil, descuidada -pero presente-, y en definitiva, agazapada a la espera de que la irreversible pérdida de los viejos mercados reservados la sacara de su letargo para, por fin, y de acuerdo - con la dominante de aquel momento histórico en que volvería a cobrar un papel de primer orden, la burguesía financiera española (más acorde que enfrentada a la de otros países concurrentes) supiera dotar de contenido económico relevante a un proyecto en principio acusadamente idealista.

72) Por otra parte, la actividad propagandista de las -- nuevas sociedades de propaganda fundadas por Costa (Africanistas, primero, y Geografía Comercial, después), incide de forma directa en la condensación de un ambiente diferente, que envuelve los sucesos del año 85. La ampliación de los territorios coloniales, con la incorporación oficial del Sahara a finales de 1884, permea poco a poco a una opinión parlamentaria y una diplomacia poco proclives a las audacias externas, en la España de la política del recogimiento. De ese proceso (con la recepción o rechazo de los primeros y osados intentos del liberal - Vega de Armijo) me ocupo en el capítulo VII. En tanto que de - la compulsa pluridimensional de las diversas facetas coloniales (y de su instrumentalización ideológica por los gobiernos y los cauces de formación de la opinión pública) que ofrece el año de 1885 me ocupo en el capítulo VIII.

82) Por último, y enlazando con lo propuesto en puntos anteriores (la voluntad consciente de las elites de gobierno de ofrecer la plataforma ultramarina americana y asiática como eficaz mecanismo compensatorio de una inserción más o menos dificultosa en el bloque de poder), precisaba elegir un ejemplo concreto sobre el que poder argumentar y comprobar, o desechar, las pautas de este trabajo. Puesto que un análisis hondo de las relaciones de las burguesías catalanas con sus mercados coloniales hubiera desbordado mis pretensiones -dada la antigüedad y complejidad del conjunto-, sin ajustarse tampoco al marco conceptual aquí adoptado, y además, puesto que las grandes empresas navieras ofrecían elementos de trabajo enormemente sugerentes para este proceso histórico, a nivel mundial, elegí finalmente la personificación española de esos magnos intereses coloniales que articulan las navieras de primera magnitud. Y, por ello, los capítulos XI y XII contienen unas no demasiado amplias indicaciones a propósito de la Compañía Trasatlántica, que vienen a cerrar, y tratan de revalidar, al tiempo, lo hasta entonces expuesto.

Las subvenciones, generosamente otorgadas a la Compañía desde los primeros tiempos de la Restauración, sellan en definitiva una vieja relación de la empresa naviera de Antonio López con el Estado, que se remonta a los años de O'Donnell. Poco a poco, - la eficaz ligazón financiera, política y personal, entre los hombres de gobierno y los hombres del grupo Comillas entrelaza una trama que envuelve de lleno al patrimonio ultramarino de la nación. Sin la protección estatal a las líneas de navegación que poco a poco fueron consiguiendo los Comillas, tras contribuir, en

más o menos dura lid, a la ruina de la marina mercante residual, no se concebiría el esplendor desmedido de una empresa financiera cuidadosamente puesta al abrigo de la competencia.

Pero, es más, cuando las condiciones del país lo permiten y la coyuntura internacional lo exige (eran aquéllos años de creciente peligro para la concurrencia mundial), la empresa privada, gentilmente secundada por los representantes del poder político (que no vacilan en desvelar su profunda imbricación con las oligarquías financieras), consiguen la ampliación sustanciosa de sus prebendas con la incorporación indiscriminada, a sus líneas subvencionadas, de los no demasiado valiosos territorios africanos, en incipiente (sólo incipiente) explotación.

La vehemente agitación colonial que promoviera Costa, y que diera por fruto la tímida atención al Africa, de aquéllos primeros ochenta, había venido a servir, en definitiva, a las oligarquías contra las que en última instancia apuntaba. Algunos de los compañeros de Joaquín Costa seguirán al pie del cañón, actuando y agitando la opinión en pro de una ampliación en profundidad de la presencia española en Africa. Otros, y Costa el primero, llegarán a abominar de aquel error histórico, que justificarán culpando a la nación de retraso, inactividad, y -en suma- falta de pulso.

1118

M

BIBLIOGRAFIA Y FUENTES

BIBLIOGRAFIA CITADA.

- AGUIRRE PRADO, L. "Joaquín Costa, africanista", Africa, nº 328, abril de 1969, pp.257 ss.
- AHMADA Y CENTURION, J. Memoria histórico-política de la isla de Cuba, La Habana, 1874.
- La abolición de la esclavitud en países de colonización europea, Madrid, 1870.
- ALCALA GALIANO, P. Memoria sobre la situación de Santa Cruz de Mar Pequeña, Madrid, Imp.Rojas, 1878, 47 pp.
- Memoria sobre Santa Cruz de Mar Pequeña y las pesquerías de la costa Noroeste de Africa, Madrid, Fortanet, 1879, 79 pp.
- Más consideraciones sobre Santa Cruz de Mar Pequeña, Madrid, Imp.Rojas, 1879, 70 pp.
- ALEXANDRE, V. Origens do colonialismo português moderno, Lisboa, Sá da Costa, 1979.
- ALFAU Y BARALT, A. Los partidos antillanos. Estudio político, Puerto Rico, 1886.
- ALMANSA Y TAVIRA, J.de, La revolución de Cuba y el elemento español, La Habana, 1870.
- ALMELA Y VIVES, J. El marqués de Campo, capdavanter de la burguesía valenciana (1814-1899), Valencia, L'Estel, 1972.
- ALMERICH, L. Barcelona y el mar. Panorama histórico desde el siglo IX al XX, Barcelona, Millá, 1945.
- ALMIRALL, V. España tal cual es (La España de la Restauración), - Madrid, Seminarios y Ediciones, 1972.
- ALONSO, C. Literatura y poder (La nostalgia imperialista o los románticos domesticados), Madrid, Comunicación, 1974.
- ALONSO, J.R. Historia política del ejército español, Madrid, Editora Nacional, 1974.
- ALONSO BAQUER, M. Aportación militar a la cartografía española de la historia contemporánea, siglo XIX, Madrid, CSIC, 1972.
- "La geografía militar en la hora del regeneracionismo", BRSB, CXIII (1977), pp.251-277.

- ALONSO Y SANJURJO, E. Apuntes sobre los proyectos de abolición de la esclavitud en las islas de Cuba y Puerto Rico, Madrid, 1874.
- ALVAREZ JUNCO, J. La ideología política del anarquismo español. (1868-1910), Madrid, Siglo XXI, 1976,
- ALZOLA, B. de, Las primas a la construcción naval y a la navegación. Datos y noticias que conviene tener presentes para hacer una ley sobre la materia, por el inspector de ingenieros de la Armada ----, Bilbao, Imp. de la Casa de la Misericordia, 1894.
- ALZOLA, P. de, África, su reparto y colonización, Bilbao, Imp. de la Casa de la Misericordia, 1891.
- Relaciones comerciales entre la Península y las Antillas, Madrid, Minuesa, 1895.
- Conferencia dada por el Excmo. Sr. D. ---- y Minondo el 22 de junio de 1895, Madrid, Romero Impresor, 1895.
- El arte industrial en España, Bilbao, 1892.
- "Discurso pronunciado por D. Pablo de Alzola y Minondo en el meeting-protesta contra los tratados de comercio, celebrado en Bilbao el día 9 de diciembre de 1893" (en Colección de discursos y artículos sueltos sobre tratados de comercio y aranceles, Bilbao, 1896).
- Comisión de Reforma Arancelaria de Cuba y Puerto Rico. Discursos pronunciados por el Excmo. Sr. D. ----, representante de la Liga Nacional de Productores de España, Bilbao, Imp. de la Casa de la Misericordia, -- 1896.
- El problema cubano, Bilbao, 1898.
- Instancia e informe de la Liga Vizcaína de Productores acerca de los nuevos tratados de comercio, Bilbao, 1903.
- La política económica mundial y nuestra reforma arancelaria, Bilbao, 1906.
- Las impugnaciones del nuevo arancel, Bilbao, 1906.
- Certamen del trabajo organizado por el Excmo. Ayuntamiento de Bilbao. Discurso pronunciado en el acto de la inauguración verificada en 15 de agosto de 1907, Bilbao, 1907.
- ANDERSON, P. Le Portugal et la fin de l'ultracolonialisme, Paris, Maspero, 1973.

- ANTON DEL OLMET, L. Los grandes españoles: Costa, Barcelona, 1917.
- ANUARIO-GUIA oficial de Marruecos y del Africa española, Madrid, 1927.
- APORTACION al estudio de la historia económica de la Montaña, Santander, 1957.
- ARAUJO COSTA, L. Biografía de "La Epoca", Madrid, 1946.
- ARMENGOL CORNET, P. ¿A las Islas Marianas o al golfo de Guinea?, Madrid, 1878.
- ARQUES, E. Las adelantadas de España, Madrid, CSIC, 1966.
- ARRIETA, J. J. de, Cuestión de Cuba: su salvación o su ruína, Madrid, 1879.
- AYALA PEREZ, J. "Un político de la Restauración: Romero Robledo", Anales de la Universidad de Murcia, XXIX, n.3-4, 1971, pp.155-181.
- AZCARATE, G. Necrología del Excmo. Sr. D. Laureano Figuerola, Madrid, 1910.
- Necrología del Sr. D. Joaquín Costa Martínez escrita por encargo de la RACMP, por el Sr. D. ----, y leída por el Sr. D. Adolfo Posada en las sesiones de 9 y 16 de -- abril y 7 y 21 de mayo de 1918, Madrid, Est. Tip. de -- 1919.
- "La crisis económica y la reacción proteccionista en Europa", conferencia pronunciada el 8 de febrero de - 1879, en Conferencias celebradas por el Ateneo Mercantil de Madrid en el curso de 1878 a 1879, Madrid, La Universal, 1879.
- El régimen parlamentario en la práctica, Madrid, -- 1885.
- Teoría y práctica de la represalia arancelaria. Conferencia pronunciada por el Sr. D. ---- en el Círculo de la Unión Mercantil el día 18 de diciembre de 1891, Madrid, 1892.
- Necrología (de ----), BILE, nº 693, 1917.
- AZCARATE, P. Gumersindo de Azcárate. Biografía documentada, Madrid, Tecnos, 1968.
- AZCARRAGA, M. La libertad de comercio en las Islas Filipinas, Madrid, 1871.

- BACHOU, M. "Los intelectuales y las campañas de Marruecos (1909-Prensa y sociedad en España (1920-1963))", Madrid, Edicusa, 1971, pp.271 ss.
- BAHAMONDE, A. y J. TORO, Burguesía, especulación y cuestión social en el Madrid del siglo XIX, Madrid, Siglo XXI, 1978.
- "Los orígenes de la sociedad Mercantil Matritense: estudio de un grupo de presión librecambista (1842-46)" Anales del Instituto de Estudios Madrileños, XII, 1976, pp.239-53.
- BALAGUER, V. En el ministerio de Ultramar. Memoria, Madrid, 1888, 2 tomos.
- BALCELLS, A. Cataluña Contemporánea. I (siglo XIX), Madrid, Siglo XXI, 1977.
- BARADO Y FONT, F. La vida militar en España, Barcelona, 1888.
- Historia militar de España, Madrid, 1893.
- BARBUDO, E. "El capitán de navío Fernández Duro, explorador de la costa noroeste de Africa", Archivos del Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1947, I, pp.67-81.
- BARREDA, F. La flota comercial santanderina desde 1800 a 1870, Santander, 1932.
- "D. Antonio López y López, primer marqués de Comillas", en Aportación al estudio de la historia económica de la Montaña (1857-1957), Santander, Banco de Santander, pp. 839-46.
- BAYLE, C. El segundo marqués de Comillas, Don Claudio López Brú, Madrid, Razón y Fé, 1928.
- Expansión misional de España, Barcelona, Labor, 1946 (2ª ed.)
- BECKER, J. Historia política y diplomática desde la independencia de los Estados Unidos hasta nuestros días (1776-1895), Madrid, 1897.
- España e Inglaterra. Sus relaciones diplomáticas desde las paces de Utrecht, Madrid, 1906.
- Relaciones comerciales entre España y Francia durante el siglo XIX, Madrid, 1910.
- La tradición colonial española. Conferencia pronunciada en la RSG el día 19 de noviembre de 1912, Madrid, 1913.

- BECKER, J. Historia de Marruecos. Apéndice y acuerdos, Madrid, - 1915.
- Los estudios geográficos en España (Ensayo de una historia de la Geografía), Madrid, Est.tip. de J.Ratés, 1917.
- Tratados, convenios y acuerdos referentes a Marruecos y la Guinea española, Madrid, 1918.
- BELTRAN Y ROZPIDE, R. Africa en 1881, Madrid, Librería Universal, 1881.
- La Guinea Española, Manuales Soler (XVII), Barcelona, (s.a.)
- El territorio español de Ifni, Madrid, 1927.
- BERDOULAY, V. La formation de l'école française de géographie -- (1870-1914), Paris, Bibliothèque Nationale, 1981.
- BERNAL, A.M. La propiedad de la tierra y las luchas agrarias andaluzas, Barcelona, Arie, 1974.
- BLANCO HERRERO, M. Isla de Cuba. Su situación actual y reformas - que reclama, Madrid, 1876.
- Política de España en Ultramar, Madrid, 1888.
- BONA, F.de, El capital español y los caminos de hierro, Gaceta de los Caminos de Hierro, 11.1.1880.
- BONELLI, E. El imperio de Marruecos y su constitución, Madrid, Imp. y Lit.del Depósito de la Guerra, 1882.
- Observaciones de un viaje por Marruecos, Madrid, Fortanet, 1883.
- Nuevos territorios de la costa del Sahara, conferencia pronunciada en la SGM el 7 de abril de 1885, Madrid, Fortanet, 1885.
- BOSCH Y LABRUS, J. Discursos y escritos, Barcelona, Editorial Ibérica, 1929.
- BUGALLAL, Conde de, Las ideas fundamentales en la política según Cánovas, por el Excmo.Sr.----, conferencia pronunciada en el Ateneo de Madrid el día 26 de abril de 1928, Madrid, 1928, pp.181 ss.
- BUSTO, M.del, Informe sobre la inmigración de colonos europeos y braceros asiáticos a estas islas, Manila, 1884.

- CABANA, F. Bancs i banquers a Catalunya, Barcelona, Edicions 62, Barcelona, 1972.
- La Banca a Catalunya, Barcelona, 1966.
- CABEZAS DE HERRERA, J. Relaciones comerciales de la Península - con las provincias de Ultramar, Madrid, 1882.
- CABRERO, L. "Filipinas y el Pacífico español", en J. Ma Jover (La España Isabelina...), pp. 975 ss.
- CALERO, A. M. Movimientos sociales en Andalucía (1820-1936), Madrid, Siglo XXI, 1979 (3a).
- CAMACHO, F. Memoria sobre la Hacienda Pública Española, Madrid, 1883.
- CAMPS I ARBOIX, T. de, El Memorial de Greuges, Barcelona, Dalmau, 1968.
- CANOSA, R. Un siglo de banca privada (1845-1945), Madrid, 1945.
- CANOVAS, A. Apuntes para la historia de Marruecos, Madrid, 1860. (Reedición Madrid, Victoriano Sáez, 1913).
- La paz en Cuba, Madrid, 1878.
- "La producción de cereales en España y los actuales derechos arancelarios", Problemas Contemporáneos, III, Madrid, 1890, pp. 335-49.
- De cómo he venido yo a ser doctrinalmente proteccionista, Madrid, Fortanet, 1891.
- CANETE, M. La paz de Cuba, Madrid, 1879.
- CAPEL, H. Filosofía y Ciencia en la Geografía contemporánea, Barcelona, Barcanova, 1981.
- CAPELA, J. A burguesia mercantil do Porto e as colonias (1834-1900), Porto, Afrontamento, 1975.
- O imposto de palhota e a introdução do modo de produção capitalista nas colonias, Porto, Afrontamento, -- 1977.
- CARDENAS, F. de, Estado de la población y del trabajo en las islas de Cuba y Puerto Rico, Madrid, 1884.
- CARDOSO, C. F. S. y H. PEREZ BRIGNOLI, Historia económica de América Latina, vol. 2 (Economías de exportación y desarrollo - capitalista), Barcelona, Crítica, 1979.
- CARNERO, T. Expansión vinícola y atraso agrario, (1870-1980), Ma

- drid, Ministerio de Agricultura, 1980.
- CARRASCO Y SAIZ, A. Iconobiografía del generalato español, Madrid, 1901.
- CARVAJAL, J. de, Reformas en la Isla de Cuba, Madrid, s.a.
- CASA VALENCIA, Conde de, Mediación del Papa León XIII entre España y Alemania sobre las Islas Carolinas y Palaos, Madrid, 1886.
- CASTEDO, J. A. Referencias históricas y comentarios sobre la economía arancelaria española, Madrid, Imp. Sáez, 1958.
- CASTILLO, J. J. Propietarios muy pobres. Sobre la subordinación política del pequeño campesinado en España, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1979.
- El sindicalismo amarillo en España, Madrid, Edicusa, 1977.
- CENTRE de la Méditerranée Moderne et Contemporaine, Repertoire des thèses consacrées au Maghreb, Niza, 1979.
- CENTRO del Ejército y la Armada. Velada necrológica en honor de D. Rafael Torres Campos, Madrid, 1904.
- CEPEDA ADAN, J. El 98 en Madrid, Madrid, 1954.
- La figura de Sagasta en la Restauración, Madrid, -- CSIC (separata de la revista Hispania), 1958.
- CERVERA, J. Expedición geográfico-militar al interior y costas de Marruecos, septiembre-diciembre de 1884, Barcelona, Imp. de la Revista Científico-Militar, 1885.
- CERVERA PERY, J. Marina y política en la España del XIX, Madrid, San Martín, 1979.
- CIGES APARICIO, M. Joaquín Costa: el gran fracasado, Madrid, Espasa-Calpe, 1930.
- COELLO, F. Proyecto de las líneas generales de navegación y de ferrocarriles, Madrid, 1855.
- La Conferencia de Berlín y la cuestión de las Carolinas. Discursos pronunciados por D. ---- en la Sociedad Geográfica Madrileña, Madrid, 1885.
- COLECCION Legislativa de España. Sentencias del Consejo de Estado, año de 1864, Madrid, Imp. del Ministerio de Gracia y Justicia, 1865.

- COMISION para el estudio de las cuestiones que interesan a la mejora y bienestar de la clase obrera, tanto agrícola como industrial, y que afectan a las relaciones entre el capital y el trabajo, Santa Cruz de Tenerife, 1884.
- COMITÉ des Travaux Historiques et Scientifiques. Bibliographie sur l'histoire de la géographie et géographie historique, 1978, Paris, 1980.
- CONDEMINAS MASCARÓ, F. Bosquejo histórico de la Marina española, en Compañía Trasatlántica. Libro de Información, -- Barcelona, 1923.
- Diputación Provincial de Barcelona. Museo Marítimo. Homenaje a la Compañía Trasatlántica. Folleto conmemorativo del acto de la inauguración de la sala Marqués de Comillas (Reales Atarazanas), 22 de abril de 1951, Barcelona, 1951.
- COMPAÑIA TRASATLANTICA, Consulta y dictamen de letrados, Madrid, Suc.de Rivadeneyra, 1882.
- CONFÉRENCE de Géographie de 1876. Récueil d'études, Bruselas, 1976.
- CONGRÈS Les ----- Internationaux, vol.I (1861-1899), Bruselas, 1960.
- CONGRESO Español de Geografía Colonial y Mercantil, celebrado en Madrid los días 4 a 12 de noviembre de 1883. Actas, Madrid, Fortanet, 2 vols., 1884.
- Internacional de Americanistas, IV Reunión en Madrid del 18 al 22 de septiembre de 1881 bajo la protección de S.M. el Rey D.Alfonso XII, Madrid, Imp.de M.G.Hernández, 1881.
- Nacional Mercantil. Noviembre-Diciembre de 1881. Actas Madrid, El Porvenir Literario, 1882.
- CONRADO Y ASPREZ, A. Cartas sobre emigración y colonias, Madrid, 1881.
- CORWIN, A.F. Spain and the abolition of slavery in Cuba 1817-86, Dallas, Univ.of Texas Press, 1967.
- COSSIO, F. La Compañía Trasatlántica. Cien años de vida sobre el mar (1850-1950), Madrid, 1950.
- COSTA, J. El conflicto hispano-alemán sobre la Micronesia, Madrid, 1886.
- La marina española o la cuestión de la escuadra, O.C. t.V, Madrid, 1913.

- COSTA, J. Alemania contra España. Una lección a Bismarck. España duerme pero no está muerta, Madrid, 1915.
- CRISIS La ---- crisis agrícola y pecuaria, Madrid, 1887-89, 8 vols.
- CUBA y Puerto Rico. Medios de conservar estas dos Antillas en su estado de esplendor, por "Un negrófilo concienzudo", Madrid, 1866.
- CUESTION Arancelaria. Consideraciones acerca del voto particular del Excmo. Sr. D. Segismundo Moret, por F. Goitia, G. Pradera y J. Angoloti, de la industria siderúrgica, Madrid, Fortanet, 1892.
- La --- cubana. Contestación a las exposiciones que han elevado diversas corporaciones de la Isla de Cuba al Excmo. Sr. Ministro de Fomento de Ultramar, por la Comisión de Propaganda del Fomento del Trabajo Nacional, suplemento al nº 6 de El Economista, Barcelona, 1890.
- CUETARA MARTINEZ, J.M. Intervenciones administrativas en los transportes marítimos. Subvenciones y primas a la navegación, extracto de tesis doctoral, Santiago de Compostela, 1975.
- CHACÓN LARA, F. Memoria, proyecto y estatutos de colonización de las islas españolas Marianas, Carolinas y Palaos, Sevilla, 1885.
- CHELI, N. Engrandecimiento de Ceuta, decadencia de Gibraltar, Cádiz, 1873.
- CHEYNE, G.J.C. Joaquín Costa, el gran desconocido. Esbozo biográfico, Barcelona, Ariel, 1972.
- Bibliographical study of the writings of Joaquín Costa (1846-1911), Londres, Thamesis Book Ltd., - 1972 (Hay traducción reciente en Guara, Zaragoza, 1981).
- DALMASSO, G. El lugar de la ideología, Madrid, Zero-Zyx, 1978.
- DELORME SALTO, R. Cuba y la reforma colonial en España, Madrid, 1895.
- DIAZ, E. La filosofía social del krausismo español, Madrid, Edicusa, 1973.
- DIAZ CANEJA, I. La cuestión ultramarina, Puerto Rico, 1885.
- La autonomía de las Antillas. Su historia, sus principios, sus errores, sus tendencias y su por-

venir ante la razón, ante el derecho y ante el patriotismo, por ---, director del Boletín Mercantil, Puerto Rico, 1887.

DIAZ PEREZ, N. La emigración. Dictamen sobre las causas y origen de la emigración en las provincias de Baleares y Canarias, Madrid, 1882.

DOCUMENTOS diplomáticos presentados a las Cortes en 1881 por - el Ministro de Estado, Madrid, 1881.

----- (...) en 1882 por el Ministro de Estado, Madrid, -- 1882.

----- parlamentarios preparados para ser presentados a las Cortes en la legislatura de 1885. Jol6 y Borneo, Madrid, 1886.

----- remitidos por el Ministro de Estado al Congreso de - los Diputados con motivo del proyecto de ley presentado el 3 de febrero de 1885 autorizando al Gobierno para llevar a efecto las declaraciones convenidas - con la Gran Bretaña en 21 de diciembre de 1884, Madrid, Imp.de los Hijos de J.A.García, 1885.

DURAN, J.A. Agrarismo y movilización campesina en el país gallego (1875-1912), Madrid, Siglo XXI, 1977.

ELDUAYEN, J. La Hacienda de la Isla de Cuba, discurso, Madrid, 1880.

ELORZA, A. "Los temas políticos de la Restauración a través de un pensamiento liberal, Segismundo Moret", Cuadernos Hispanoamericanos, 197, (1966), pp.1-39.

----- "Sobre el proteccionismo catalán", Anuario de Historia Económica y Social, 1968, pp.523-566.

----- "Los primeros programas del P.S.O.E. (1879-1888)", Estudios de Historia Social nº 8-9, 1979, pp.143 ss.

ELY, R.T. Cuando reinaba Su Majestad el azúcar. Estudio histórico-sociológico de una tragedia latinoamericana: el monocultivo en Cuba; origen y evolución del proceso, Buenos Aires, 1963.

EMIGRACION La ---. Información legislativa y bibliográfica, Madrid, Instituto de Reformas Sociales, 1905.

ENSAYOS sobre la economía española a mediados del siglo XX, Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España, 1970.

EPALZA, M.de, "Un important fond européen: la section 'Africa' de la Bibliothèque Nationale de Madrid", Revue d'Histoire Magrébine (Túnez), 1, 1974, pp.81 ss.

- ESCOBAR, A. El viaje de D. Alfonso XII a Francia, Alemania, Austria y Bélgica. Notas de un testigo, Madrid, 1883.
- ESPADAS, M. Alfonso XII y los orígenes de la Restauración, Madrid, Rialp, 1975.
- "La cuestión del Virginius y la crisis cubana durante la I República", Estudios de Historia Contemporánea, Madrid, CSIC, 1976, vol. I, pp. 329-355.
- ESTADÍSTICA de la emigración e inmigración de España en los años 1882 a 1890, Madrid, Dirección General del Instituto Geográfico y Estadístico, 1891.
- (...) en los años 1891 a 1895, Madrid, 1898.
- ESTAPE, F. Ensayos sobre la historia del pensamiento económico, Barcelona, 1971.
- ESTASÉN, P. El comercio y la marina mercante. Informe sobre las consecuencias que ha producido la reforma arancelaria del Sr. Figuerola pronunciado ante la comisión especial arancelaria reunida en el ministerio de Hac. en la noche del 12 de mayo de 1880, Barcelona, 1880.
- La protección y el librecambio. Consideraciones generales sobre la organización económica de las nacionalidades y la libertad de comercio, Barcelona, Est. Tip. Suc. de Ramírez, 1880.
- "Consideraciones sobre la crisis económica en general", Revista Contemporánea, XIV, 1878, pp. 475 ss.
- EXPOSICIÓN que al Sr. Ministro de Hacienda eleva el comercio marítimo de Barcelona sobre la necesidad de favorecer las expediciones directas para fomentar la navegación de altura e impedir su decadencia, Barcelona, 1876.
- al Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros - elevada por los vecinos de Santa Cruz de Tenerife, capital de la provincia de Canarias, reclamando contra el R.D. de 26 de agosto último relativo a la escala en esta provincia de los correos de Ultramar, Santa Cruz, 1881.
- (...) por los vecinos de Las Palmas, en apoyo del R.D. de 26 de agosto último relativo a los correos de Ultramar, Las Palmas, 1881.
- que el comercio establecido en esta capital tiene dirigida al Excmo. Sr. Presidente del Consejo de Ministros reclamando contra el R.D. de 26 de agosto de 1881 y pidiendo para el puerto de Santa Cruz de Tenerife la escala de los vapores correos de las Antillas, Santa Cruz, 1881.

EZQUERRA ABADIA, R. La Real Sociedad Geográfica, Madrid, 1973.

FABIÉ, A.Mª. Ensayo histórico sobre la legislación española en sus estados de Ultramar, Madrid, 1896.

FERNANDEZ ALMAGRO, M. Cánovas, Madrid, 1951.

----- Historia Política de la España Contemporánea, Madrid, Alianza Editorial, 3 vols., 1968.

FERNANDEZ BASTARRECHE, F. "Metodología sobre el estudio del ejército como grupo social en el siglo XIX", Estudios sobre Historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara), II, 1981, Universidad Internacional Menéndez Pelayo, pp. 593 ss.

FERNANDEZ CLEMENTE, E. Joaquín Costa y el africanismo español, Zaragoza, Porviviir independiente, 1977.

FERNANDEZ DURO, C. Estudios sobre la pesca con el arte denominado parejas del bow y reglamento para su régimen, presentados a la comisión permanente de pesca por su vocal secretario -----, aprobados por R.O. de 9 de diciembre de 1865, Madrid, 1866.

----- Exposiciones internacionales de pesca y agricultura de Arcachon y Boulogne-sur-Mer (...) Memoria presentada por el Excmo. Sr. Ministro de Marina por los vocales de la Comisión permanente de pesca D. Mariano de la Paz Graells y D. -----, Madrid, 1867.

----- Exploración de una parte de la costa noroeste de África, en busca de Santa Cruz de Mar Pequeña, Madrid, 1878.

----- Informe acerca del arte llamado Encesa. Memoria sobre la industria y legislación de pesca que comprende desde el año 1879 al 1884, Madrid, 1885.

----- El derecho a la ocupación de territorios en la costa occidental de África, discutido en la Conferencia Internacional de París en los años 1886 a 1891, Madrid, 1900.

FERNÁNDEZ GARCÍA, A. "Repercusiones sociales de las epidemias -- del cólera", Actas del V Congreso de Historia de la Medicina, Madrid, 1979, pp.127-ss.

----- "Cuestiones en torno a la última gran invasión del cólera en España (1885)", Revista de la Universidad Complutense, XXVIII, nº 116, 1980, pp.201 ss.

FERREIRO, M. Diccionario marítimo español, Madrid, Fortanet, -- 1864.

FERRER Y VIDAL, J. Consideraciones sobre la crisis económica europea, Barcelona, Est.tip.de Espasa Hnos. y Salvat, 1879.

----- Discurso de D.--- pronunciado en el Senado los días 27 y 28 de abril con motivo de la discusión del tratado de comercio entre España y Francia firmado en París el 6 de febrero de 1882, Madrid, Imp.de Vda.e Hijos de J.A.García, 1882.

FLORES MORALES, A. Africa a través del pensamiento español (De Isabel la Católica a Franco), Madrid, CSIC, 1949.

FOMENTO de la Producción Española. Exposición al Excmo.Sr.Ministro de Estado, encargando y demostrando la conveniencia de proceder a la denuncia de los tratados de comercio y reformar la legislación arancelaria, Barcelona, Est.tip.de L.Doménech, 1877.

FOMENTO del Trabajo Nacional. Instituto del ---. Manifestación proteccionista celebrada el día 4 de abril de 1881 en el teatro Principal de Barcelona, por iniciativa del ---, Barcelona, 1881.

----- Contestación del --- de Barcelona al interrogatorio formulado por la Comisión para el estudio de la reforma arancelaria y los tratados de comercio vigentes, Barcelona, A.López Robert, 1890.

----- Reunión magna celebrada por iniciativa del ---- el 13 de septiembre de 1891 en el teatro Principal de esta ciudad con objeto de hacer patentes los perjuicios irrogados por el convenio con los EE.UU. a la agricultura, la industria y el comercio de la Península, Barcelona, A.López Robert, 1891.

----- Memoria leída en la Junta General de socios celebrada el día 29 de enero de 1893, Barcelona, 1893.

----- Memoria leída en la Junta General ordinaria de socios celebrada en día 27 de enero de 1895, Barcelona, Tip. Española, 1895.

----- Velada necrológica en honor de D.Ramón Torelló y Bo-
celebrada el día 17 de diciembre de 1898, Barcelona, 1899.

----- Proyecto de escuelas industriales elevado al Excmo. Sr.Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, --
Barcelona, 1900.

FONER, P.S. La guerra hispano-cubano-americana y el nacimiento del imperialismo norteamericano, 1895-1902, Madrid, Akal, 2 vols., 1977.

- FONTÁN LOBÉ, J. Bibliografía colonial. Contribución a un índice de publicaciones africanas, Madrid, Dirección General de Marruecos y Colonias, 1946.
- FONTANA, J. "Transformaciones agrarias y crecimiento económico en la España contemporánea", en Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX, Barcelona, - Ariel, 1973, pp.147 ss.
- FORCADELL, C. Parlamentarismo y bolchevización, Barcelona, Crítica, 1980.
- FUENTES España. Guía de ---- para el estudio de Africa Subsahariana, Unesco, Conseil International des Archives, -- 1971.
- GAMBON, M. Biografía y bibliografía de D. Joaquín Costa, Huesca, Faustino Gambón editor, 1911.
- GANIAGE, J. Les origines du protectorat français en Tunisie (1861-1881), Paris, 1959.
- L'expansion coloniale de la France sous la IIIème. République (1871-1914), Paris, Payot, 1968.
- L'expansion coloniale et les rivalités internationales, Paris, CDU, I, 1975.
- GARCIA BARZANALLANA, J. El derecho diferencial de bandera en la Isla de Cuba, Madrid, 1878.
- GARCIA DELGADO, J.L. (ed.), La cuestión agraria en la España Contemporánea (VI Coloquio de Pau), Madrid, Edicusa, 1976.
- GARCIA ESCUDERO, J.Mª, Ideal y realidad en la política de Cánovas, REP, 1945, X, pp.121 ss.
- "Cánovas y su circunstancia política", Revista de Estudios Políticos, 1947, XVIII, pp.67 ss.
- GARCIA FIGUERAS, T. Santa Cruz de Mar Pequeña. Ifni. Sahara. La acción de España en la Costa occidental de Africa, Madrid, Fé, 1941.
- Africa en la acción española, Madrid, Dirección General dei Marruecos y Colonias, 1947.
- La acción africana de España en torno al 98 (1860-1912), Madrid, CSIC (Instituto de Estudios Africanos), 1966, 2 vols.
- Recuerdos centenarios de una guerra romántica. La guerra de Africa de nuestros abuelos, 1859-60, Madrid, 1961.

- GARCIA MARTÍ, V. El Ateneo de Madrid (1835-1935), Madrid, Dossat, 1948.
- GARCIA MERCADAL, J. Ideario de Costa, Madrid, Biblioteca Nueva, 1919.
- GARCIA OCHOA, M^a A. "España en el área antillana", en J. M^a JOVER, La España isabelina... (1981), pp. 903 ss.
- GARCIA VENERO, M. Cataluña (síntesis de una región), Madrid, Editora Nacional, 1954.
- GARRABOU, R. "La crisis agraria espanyola de finals del segle XIX: una etapa del desenvolupament del capitalisme", Recerques, 5, 1975, pp. 163-216.
- y R. Robledo, "La crisis agraria de finales del siglo -- XIX", en VV. AA., La Economía agraria en la Historia de España. Propiedad, explotación, comercialización y rentas, Madrid, Alfaguara, 1979, pp. 75-82.
- GATELL, J. Viajes por Marruecos (El Sus, Wad-Nun y Tekna), BSG, apén-dices, Madrid, 1879.
- GAVIRA, J. Catálogo de la Biblioteca de la Real Sociedad Geográfica, por ----, tomo I: Libros y folletos, Madrid, Real Sociedad Geográfica, 1947.
- El viajero español por Marruecos D. Joaquín Gatell -Kaid Ismail, Madrid, 1949.
- "La Real Sociedad Geográfica", Cuadernos Hispanoamericanos, 1952, nº 27, pp. 390 ss.
- GAY DE MONTELLÁ, R. Secretos de historia política contemporánea, - Madrid, Surco, 1944.
- Valoración hispánica en el Mediterráneo. Estudios de historia política internacional, Madrid, Espasa-Calpe, 1952.
- GELPI Y FERRO, G. Situación de España y de sus posesiones de Ultramar, Madrid, 1871.
- Exposición a las Cortes sobre los asuntos de la isla de Cuba, Madrid, 1876.
- La regeneración de Cuba, La Habana, 1878.
- GIL CREMADES, J. J. Krausismo, escuela histórica, neotomismo, Barcelona, Ariel, 1972.
- Krausistas y liberales, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1975.

- GIL NOVALES, A. Derecho y revolución en el pensamiento de Joaquín Costa, Barcelona, Península, 1965.
- "Abolicionismo y librecomercio (Labra y la política colonial española en la segunda mitad del siglo XIX)", Revista de Occidente, 59, 1968, pp.154-181.
- GIRAUD, F. Las reformas económicas de Cuba, La Habana, 1879.
- GOICOECHEA, A. La política internacional de España en noventa años (1814-1904), Madrid, 1922.
- GOITIA, F. Conferencias celebradas en marzo de 1895 entre la representación cubana y la de la Liga Nacional de Productores, Madrid, 1895.
- Los tratados de comercio, Bilbao, Imp. de la Casa de la Misericordia, 1905.
- GOLLWITZER, H. Europe in the age of Imperialism 1880-1914, Londres, Thames and Hudson, 1969.
- GOMEZ, J.G. La cuestión de Cuba en 1884. Historia y soluciones de los partidos cubanos, Madrid, 1885.
- La isla de Puerto Rico, Madrid, 1891.
- GOMEZ FERRER, G. "Apoliticismo y fisiocracia entre las clases medias españolas de comienzos del siglo XX", Cuadernos de Historia Moderna y Contemporánea, I, Universidad Complutense de Madrid, 1980, pp.187 ss.
- GOMEZ PEREZ, J. El geógrafo D.Francisco Coello de Portugal y Quezada, extracto de tesis doctoral, Madrid, Fac.de Filosofía y Letras, 1964.
- Catálogos de los mapas y planos originales y grabados de D.Francisco Coello, Madrid, 1970.
- El Atlas de España y sus talleres de grabado (Empresa Madoz-Coello), Madrid, Imp.Raycar, 1971.
- "La Sociedad Geográfica de Madrid", Anuario del Instituto de Estudios Madrileños, VII, 1972, pp.355 ss.
- "Don Francisco Coello en la Sociedad Geográfica de Madrid", Anuario del Instituto de Estudios Madrileños, IX, 1973, pp.437 ss.
- GONZALEZ AMAT, S. Memoria explicativa sobre una línea de vapores y colonización de las posesiones españolas en Asia, - Gracia, 1876.

GONZALEZ BLANCO, E. Ideario de Cánovas, Madrid, 1931.

GONZALEZ PORTILLA, M. "El desarrollo industrial de Vizcaya y la acumulación de capital en el último tercio del siglo XIX", Anales de Economía, octubre-diciembre 1974, pp.43 ss.

----- "Acumulación de capital y crisis en el sector agrícola", en J.L.García Delgado (ed.), La cuestión agraria..., 1976, pp.31-98.

----- "El mineral de hierro español (1870-1914): su contribución al crecimiento económico inglés y a la formación del capitalismo vasco", Estudios de Historia Social, nº 1, abril-junio 1977, pp.55 ss.

GRAELL, G. El arancel, los tratados y la protección, Barcelona, -- 1905.

----- Historia del Fomento del Trabajo Nacional, Barcelona, (s.f.) (1911).

GUÉLL Y FERRER, J. Dos palabras al Sr. Moret (como apéndice a) Observaciones a la exposición que precede al decreto sobre supresión del derecho diferencial de bandera, Barcelona, Est. Tip. de M. Ramírez, 1869.

----- Polémica sobre cuestiones económicas entre D. Luis María Pastor y D. Juan Guéll, Barcelona, 1869.

----- La Hacienda de España dirigida por los librecambistas, ¡pobre España!, Barcelona, Est. tip. de Narciso Ramírez, 1869.

----- Rebelión cubana, Barcelona, Imp. Nacional, 1871.

----- Escritos económicos, Barcelona, 1880, con prólogo de -- Adolfo BLANCH.

GUGGENHEIM, H.F. The United States and Cuba. Study in International Relations, Nueva York, Mac Millan and Co., 1934.

GUILLEN, P. L'Allemagne et le Maroc de 1870 à 1905, Paris, 1967.

GUTIERREZ CONTRERAS, F. "Notas sobre el africanismo español a fines del siglo XIX", Anuario de Historia Moderna y Contemporánea, Granada, n.º 4-5, 1977-78, pp.325 ss.

GWINNER, A. "La política comercial de España en los últimos decenios", en F. ESTAPE, Textos olvidados, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 1973, pp.253 ss.

HARGRAVES, J.D. Prelude to the Partition of West Africa, Londres, 1963.

- HARRISON, J. "Los orígenes del industrialismo moderno en el País Vasco", Hacienda Pública Española, 1978, nº 55, pp. - 209 ss.
- HERNANDEZ SANDOICA, E. "La ciencia geográfica y el colonialismo español en torno a 1880", Revista de la Universidad Complutense, XVIII, nº 116, (Estudios de Historia Moderna y Contemporánea, Homenaje a D. Jesús Pabón, III) 1979, pp. 183 ss.
- HERNANDEZ SEMPERE, T. Ferrocarriles y capital en el País Valencia no: José de Campo y la Sociedad de los Ferrocarriles de A.V.T. (1852-1872), Valencia, 1980, tesis doctoral.
- HOMBRES de la Restauración (Los...). Autobiografías dirigidas y redactadas con la cooperación de distinguidos colaboradores por D. Enrique Prugent, Madrid, 1880-84, 5 vols.
- IBÁÑEZ, C. Enlace geodésico y astronómico de Europa y Africa, Madrid, 1880.
- Jonction géodesique et astronomique de l'Algérie avec l'Espagne, Paris, 1886 (en colaboración con F. Perrier).
- INFORME a la muy ilustre Sociedad Económica de Amigos del País de las Palmas y a los propietarios de la ciudad de Güí en Gran Canaria. El cultivo de la caña dulce y la industria azucarera, Las Palmas, 1881.
- INTERESES de España en Marruecos. Discursos pronunciados por (...) D. Francisco Coello, D. Joaquín Costa, D. Gabriel Rodríguez, D. Gumersindo de Azcárate, D. Eduardo Saavedra, y D. José de Carvajal, Madrid, 1884. (Hay reedición en Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1951).
- IRADIER, M. Africa. Viajes y trabajos de la Asociación Euzkara -- "La Exploradora", Vitoria, Imp. Viuda e Hijos de Iturbe, 1887 (Hay reedición de 1958, en 2 vols.).
- IZARD, M. "Dependencia y colonialismo: la Compañía General de Tabacos de Filipinas", Moneda y Crédito, 130, septiembre de 1974, pp. 47 ss.
- Manufactureros, industriales y revolucionarios, Barcelona, Crítica, 1979.
- JOVER, J. M^a. "Caracteres de la política exterior de España en el siglo XIX", en Política, Diplomacia y Humanismo Popular, Madrid, Turner.
- "De la Ilustración al 98: cambio político y cambio generacional", en VV. AA., Cambio generacional y sociedad, Madrid, 1978, pp. 15 ss.

JOVER, J.MA. 1898. Teoría y práctica de la redistribución colonial, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979.

----- Prólogo a La Era Isabelina y el Sexenio democrático (1834-1874), vol.XXXIV de la Historia de España de Menéndez Pidal, Madrid, Espasa-Calpe, 1981.

JUTGLAR, A. Ideologías y clases en la España contemporánea. Aproximación a la historia social de las ideas, II (1874-1931), Madrid, 1969.

KIERNAN, G. The Lords of Human Kind: European Attitudes to the Outside World in the Age of Imperialism, Londres, 1969.

KOENIG, G. Die Berliner Kongo-Konferenz (1884-1885). Ein Beitrag zur Kolonialpolitik Bismarcks, Essen, 1938.

LABRA, R.MA.de, Política y sistemas coloniales. Conferencias dadas en el Ateneo de Madrid, Madrid, J.Noguera, 1874.

----- La colonización en la Historia, Madrid, Librería San -- Martín, 2 vols., 1877.

----- La cuestión colonial en 1869, Madrid, 1878.

----- Un reto del esclavismo. El reglamento esclavista de 8 - de mayo de 1880, Madrid, Alaria, 1881.

----- La política en las Antillas. El partido liberal de Cuba, Madrid, 1882.

----- La situación de la isla de Cuba en 1884. Discurso, Madrid, 1884.

----- Discursos políticos, académicos y forenses, 1880/85, -- Madrid, 2 vols., 1884-86.

----- Mi campaña en las Cortes españolas, 1881-83, Madrid, Imp.Alaria, 1885.

----- Puerto Rico en 1885. Discursos, Madrid, Imp.Alaria, -- 1885.

----- Una reforma de transacción en la política colonial... Discurso sobre los presupuestos de Puerto Rico, Madrid, Burgasé, 1886.

----- La reforma electoral en las Antillas españolas. Dis-- curso, Madrid, Imp.y Est.de El Liberal, 1891.

----- La autonomía colonial en España, Madrid, 1892.

----- Introducción a la historia de las relaciones interna-- cionales de España, Madrid, 1897.

- LABRA, R. M^a de, La crisis colonial de España. 1868-1898. Estudios de política palpitante y discursos parlamentarios, Madrid, Tip. de Alfredo Alonso, 1901.
- La reforma política de Ultramar. Discursos y folletos, 1868-1900, Madrid, Tip. de A. Alonso, 1901.
- Las colonias españolas del golfo de Guinea, Madrid, - 1897.
- El problema colonial contemporáneo, Madrid, 1895, 2v. (en colaboración con E. Giberger, T. Castañeda, R. Montoro, E. Terry y J. A. Cueto, con resumen de S. Moret).
- LACOSTE, I. La géographie ça sert, d'abord, à faire la guerre, París, Maspero, 1976 (Hay traducción castellana en Barcelona, Anagrama, 1977).
- LAMBERET, R. Mouvements ouvriers et socialistes (Chronologie et bibliographie). L'Espagne: 1750-1936, París, Les Edit. Ouvrières, 1953.
- LAPUYADE, L. Informe sobre el estado de la agricultura en la provincia de Canarias, Santa Cruz, 1882.
- LASTRE, F. La colonización penitenciaria de las Marianas y Fernando Poo, 1878, Madrid.
- LECLERCQ, G. Antropología y colonialismo, Madrid, Comunicación, 1973.
- LECUYER, M. C. y C. SERRANO, La guerre d'Afrique et ses répercussions en Espagne 1859-1904, París, PUF, 1976.
- LIDA, C. E. Anarquismo y revolución en la España del XIX, Madrid, Siglo XXI, 1972.
- Antecedentes y desarrollo del movimiento obrero español (1835-1888). Textos y documentos, Madrid, Siglo XXI, 1973.
- LINZ, J. J. "Continuidad y discontinuidad en la élite política española: de la Restauración al régimen actual", en VV. AA., Estudios de Ciencia Política y Sociología. Homenaje Olleró, Madrid, 1972, pp. 361 ss.
- LOPEZ CALERA, N. M., Joaquín Costa, filósofo del derecho, Zaragoza, CSIC, 1965.
- LOPEZ CORDÓN, M^a V. El pensamiento político-internacional del -- federalismo español, Barcelona, Planeta, 1976.
- LOPEZ GARCIA, B. Contribución a la historia del arabismo español (1840-1917), extracto de tesis doctoral, Granada, 1973.

- LOPEZ GARCIA, B. El socialismo español y el anticolonialismo -- (1898-1914), Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1976.
- LLANOS Y TORRIGLIA, F. Germán Gamazo. El sobrio castellano, Madrid, Espasa-Calpe, 1942.
- LLUCH, E. El pensament econòmic a Catalunya 1760-1840. Els orígens ideològics del proteccionisme i la presa de consciència de la burgesia catalana, Barcelona, 1973.
- MAINER, J.C. "Un capítulo regeneracionista: el hispanoamericanismo (1892-1923)", en VV.AA. Ideología y sociedad en la España Contemporánea (VII Coloquio de Pau), Madrid, 1977, pp.149 ss.
- "La redención de los Parainfos: asambleas y regeneracionismo universitarios", en VV.AA. La crisis del Estado español 1898-1936 (VIII Coloquio de Pau), Madrid, Edicusa, 1978, pp.213 ss.
- MALDONADO MACANAZ, J. Principios generales del arte de la colonización, Madrid, 1873.
- MALUQUER, J. "El problema de la esclavitud y la revolución de -- 1868", Hispania XXXI, 1971, pp.55 ss.
- "La burgesia catalana i l'esclavitud colonial: modes de producció i pràctica política", Recerques 3, 1974, pp.83 ss.
- "El mercado colonial antillano en el siglo XIX", en VV.AA. Agricultura, comercio colonial y crecimiento económico en la España contemporánea, Barcelona, Ariel, 1974, pp.322 ss.
- "El socialismo en España 1833-1868", Barcelona, Crítica, 1977.
- MANIFESTACION Gran ---- Proteccionista celebrada el día 26 de junio de 1881 en el circo ecuestre y en los teatros de Novedades, Español, en Retiro y Tivoli, bajo la iniciativa del Fomento de la Producción Española con el concurso y apoyo de gran número de asociaciones y corporaciones científicas, literarias, artísticas, económicas, de artes y oficios, obreras y periodísticas de Barcelona, Barcelona, 1881.
- MANRIQUE DE LARA, J.G. La marina mercante ochocentista y el puerto de Cádiz (A.López y Cía. y el emporio gaditano de la Trasatlántica), Cádiz, s.a. (1973).
- MANZANARES DEL CIRRE, M. Los arabistas españoles del siglo XIX, Madrid, 1972.

- MARQUEZ PEREZ DE AGUIAR, M. Estudios acerca de las relaciones -- mercantiles entre España y Portugal, Cádiz, Imp. Ibérica, 1880.
- Nuestras relaciones comerciales con las islas de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, Vigo, 1893.
- MARTIN MARTIN, T. "El iberismo: una herencia de la izquierda decimonónica", en VV.AA. Cuatro Ensayos de Historia de España, Madrid, Edicusa, 1975, pp.45 ss.
- MARTINEZ CARRERAS, J.U. "Biobibliografía de D. Marcos Jiménez de la Espada", Revista de Indias, 25, 1965, pp.221 ss.
- MAS, F.B. Souvenirs de neuf congrès de Navigation 1885-1902, -- Bruselas, 1907.
- MAURA, A. Proyecto de ley reformando el gobierno y administración civil de las islas de Cuba y Puerto Rico presentado al Congreso de los Diputados el 5 de junio de 1893, por ---, Madrid, Imp. Vda. de Minuesa, 1893.
- MAURA Y GAMAZO, G. Pequeña historia de una grandeza. El marquesado de Comillas, Barcelona, 1949.
- MAURICE, J. L'Anarchisme espagnol, Paris, Bordas, 1973.
- y C. SERRANO, Joaquín Costa: crisis de la Restauración y Populismo, Madrid, Siglo XXI, 1976.
- "Lucha de clases, movimientos campesinos y reforma agraria en la España contemporánea", en VV.AA. Estudios sobre Historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara), II, Universidad Menéndez Pelayo, 1981, pp.113 ss.
- MEETING librecambista sobre la urgencia de la reforma arancelaria, Madrid, 1881.
- protesta contra los tratados de comercio celebrado en -- Bilbao, Bilbao, Imp. de la Casa de la Misericordia, 1894.
- MELLENDEZ, L. Cánovas y la política exterior de España, Madrid, -- Instituto de Estudios Políticos, 1944.
- MEMORIA sobre las causas de la actual decadencia de la provincia de Canarias y medios para evitar su ruina, La Laguna, 1880.
- MERLE, M. y R. MESA, El anticolonialismo europeo. Desde Las Casas a Marx, Madrid, Alianza Editorial, 1972.
- MESA, R. "El colonialismo en la ideología española", Boletín Informativo de Ciencia Política 3, marzo de 1970, pp.1-15.

- MESA, R. La idea colonial en España, Valencia, Fernando Torres, 1976.
- MIÈGE, J.L. Le Maroc et l'Europe (1830-1894), Paris, PUF, 4 vols. 1961-63,
- Expansión europea y descolonización de 1870 a nuestros días, Barcelona, Labor, 1975.
- L'imperialisme colonial italien de 1870 à nos jours, - Paris, SEDES, 1968.
- MINISTERIO de Estado. Inspección General de Emigración. Disposiciones sobre emigración (1848-1932), Madrid, Imp. Sáez Hnos., 1933.
- de Ultramar. Estadística General del Comercio Exterior de las Islas Filipinas, Madrid, 1884.
- (...) de la provincia de Puerto Rico, Madrid, 1885.
- MIRANDA DIAZ, M. España en el continente africano, Madrid, CSIC (Instituto de Estudios Africanos), 1963.
- MIRÓ ARGENTER, J. Crónicas de la guerra, La Habana, 1909 (Hay reedición de 1970 del Instituto del Libro de La Habana, - en 3 vols.)
- MOLA, A.A. L'imperialismo italiano, Roma Editori Riuniti, 1980.
- MOLINS, J.E. de, La Marina mercante española y medios de fomentarla, Barcelona, Vilarnau, 1883.
- MORAL RUIZ, J. del, "Mercado, transportes y gasto público en la -- España interior: el canal de Castilla 1759-1919", Hacienda Pública Española, 1981, nº 69, pp.125 ss.
- MORALES LEZCANO, V. Relaciones mercantiles entre Inglaterra y los archipiélagos del Atlántico ibérico. Su estructura y su historia, 1503-1783, La Laguna, 1970.
- "Producción, precios y distribución de la cochinilla", Revista Canaria de Economía 4, 1972.
- "Marroquistas españoles: 1884-1912. Un grupo de presión político", Almenara 10, 1976-77, pp.83-90.
- El colonialismo hispano-francés en Marruecos, Madrid, Siglo XXI, 1977.
- MORENO, J.A. Reseña histórica de la presencia de España en el golfo de Guinea, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1952.

MORET, S. Voto particular al dictamen de la Comisión arancelaria, Madrid, 1890.

----- Círculo de la Unión Mercantil. Conferencias pronunciadas por -----, (Canalejas y Azcárate) en diciembre de -- 1891, Madrid, Tip. Minuesa, 1892.

MOUSSET, A. La política exterior de España (1873-1918), Madrid, 1918.

MOYA, M. Oradores políticos. Perfiles, Madrid, 1890.

MUÑOZ, J., S. ROLDAN y A. SERRANO, "minería y capital extranjero - en la articulación del modelo de desarrollo subordinado y dependiente de la economía española en la segunda mitad del siglo XIX y primeros años del XX", Información comercial española, nº 514, pp. 59 ss.

----- "La involución nacionalista y la vertebración del capitalismo español", en Cuadernos Económicos de Información Comercial Española, nº 5: La vía nacionalista del capitalismo español, I. Orígenes y desarrollo (1874-1923), pp. 13 ss.

NADAL, J. El fracaso de la industrialización en España, 1814-1913, Barcelona, Ariel, 1977.

NADAL FARRERAS, J. "Dependencia y subdesarrollo: el caso canario. Nota sobre las relaciones comerciales entre Gran Bretaña y las Islas Canarias (1808-1914)", Hacienda Pública Española 38, 1976, pp. 157 ss.

NIETO, A. "La Administración y el derecho administrativo", en La revolución española de 1868, nº extraordinario de la Revista de Occidente, 67, octubre de 1968, pp. 64 ss.

NOGUÉS, E. Historia crítica de la Restauración borbónica en España (25 años de historia contemporánea), Barcelona, 3v. 1895.

NOREÑA, M. T. Canarias, política y sociedad durante la Restauración, Ed. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 2 vols. 1977.

NOVO Y COLSON, P. Un marino del siglo XIX, o paseo científico por el océano, Madrid, Fortanet, 1871.

----- Historia de las exploraciones árticas hechas en busca del paso del noreste, Madrid, Fortanet, 1880.

----- Edición y estudio introductorio a Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas "Descubierta" y "Atrevida", al mando de los capitanes de navío

D. Alejandro Malaspina y D. José de Bustamante, desde 1789 a 1794, Madrid, Imp. de la Vda. e Hijos de Abienzo, 1885.

NÚÑEZ RUIZ, D. La mentalidad positiva en España: desarrollo y -- crisis, Madrid, Túcar, 1975.

----- El darwinismo en España, Madrid, Castalia, 1977.

OLIVER, M.S. La literatura del desastre, Madrid, Ed.62, 1974.

ORTÍ, A. J. Costa. Oligarquía y caciquismo. Estudio introductorio de ----, Madrid, Revista de Trabajo, 2 vols., 1975.

----- "Infortunio de Costa y ambigüedad del costismo: una reedición acritica de 'Política Hidráulica'", en -- Agricultura y Sociedad 1, octubre-diciembre 1976, - pp.179-190.

----- "Orígenes de la política hidráulica: la polémica del cereal español en la crisis agraria de los años 1880", Agricultura y Sociedad 1, pp.209-285.

----- "Oligarquía y pueblo en la interpretación populista de la historia. La crítica mitológica del latifundismo en el liberalismo social", Estudios de historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara), Madrid, Univ. Internacional M. Pelayo, 1981, vol. I, pp.315-348.

OSSORIO, A. Diccionario Político Español, histórico y biográfico (Desde Carlos IV hasta 1936), Buenos Aires, Mundo Atlántico, 1945.

OVILO Y CANALES, F. Instrucciones populares contra el cólera morbo asiático, Madrid, Tip. de M.G. Hernández, 1884.

OWEN, R. y B. SUTCLIFFE, Estudios sobre la teoría del imperialismo, Era, México, 1978.

PABÓN, J. "El 98, a-contecimiento internacional", Días de ayer, Barcelona, Alpha, 1963.

----- Cambó, Barcelona, Alpha, 1952, 3 vols.

PALACIO VALDÉS, A. Los oradores del Ateneo, Madrid, 1879.

PALOMO, L. "Los fundadores de la Sociedad Geográfica, centros e institutos geográficos", BRSg, LXVI, 1926, pp.177ss.

PALLOIX, C. L'économie mondiale capitaliste et les firmes multinationales, Paris, Maspero, 2 vols., 1975.

PAPAGNO, G. Colonialismo e feudalismo. A questaô dos prazos

da coroa em Moçambique nos finais do século XIX,
Lisboa, A regra do jogo, 1980.

PARIENTE, E. "La postura de España hacia los territorios del golfo de Guinea en torno a 1880", Revista de Historia Moderna y Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid, 3, abril 1980, pp.9-12.

PEDREGAL, M. La Unión aduanera entre España y Portugal. Conferencias pronunciadas en el Círculo de la Unión Mercantil en el curso 1879-1880, Madrid, 1881.

PEREZ DE LA DEHESA, R. El pensamiento de Costa y su influencia en el 98, Madrid, 1966.

PEREZ GARZÓN, J.S. Luis Morote: la problemática de un republicano, Madrid, Castalia, 1976.

----- "La revolución burguesa en España: los inicios de un debate científico, 1966-1979", en VV.AA. Historia gráfica española contemporánea (X Coloquio de Pau), Madrid, Siglo XXI, pp.91 ss.

PEREZ DE GUZMÁN, J. La discusión parlamentaria del tratado de comercio con Francia desde el punto de vista del trabajo y de la riqueza nacional, Madrid, 1882.

PEREZ DE LA RIVA, J. Rara la historia de las gentes sin historia, Barcelona, Ariel, 1975.

PEREZ DEL TORO, F. El tabaco canario y las pesquerías en Africa. Apuntes acerca de la Geografía, de la Historia, Agricultura, Industria, Comercio, Estadística y Administración de la provincia de Canarias, por ---, Madrid, Imp. y Lit. de La Guirnalda, 1881.

----- España en el noroeste de Africa, Madrid, Fortanet, 1892.

PEROJO, J. del. Cuestiones coloniales, Madrid, Librería Fernando Fé, 1883.

----- Ensayos de política colonial, Madrid, 1885.

----- La cuestión de Cuba. Discursos parlamentarios en las sesiones de 9 y 14 de mayo de 1887, Madrid, --- Imp. de los hijos de J.A. García, 1887.

PESET, J.L. y M. PESET, "Epidemias y sociedad en la España del Antiguo Régimen", Estudios de historia social, 4, 1978, pp.7 ss.

----- Lombroso y la escuela positivista italiana. Estu-

- dio preliminar de ----, Madrid, CSIC, 1975.
- PESET, J.L., S.GARMA y J.S.PEREZ GARZÓN, Ciencias y enseñanza en la revolución burguesa, Madrid, Siglo XXI, 1978.
- PESQUERIAS de Canarias, por G.M., Madrid, M.Tello, 1882.
- PINA GONZÁLEZ, A. "El pensamiento de Joaquín Costa y el costismo como doctrina económico-social" (resumen de tesis doctoral), Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad de Madrid, XIV, n.38-39, 1970, pp.607-9.
- PIRALA, A. España y la Regencia. Anales de diez y seis años (1885-1902), Madrid, 3 vols. 1904-7.
- POLITICA La --- hispanomarroquí y la opinión pública en España. Peticiones elevadas a las Cortes en 1884 y 1885 sobre la política de España en Africa, Madrid, 1885.
- PONS Y UMBERT, A. Historia Política y Parlamentaria de D.Francisco Romero Robledo, vol.I (1862-1879), Madrid, Imp. V.Tordesillas, 1916.
- PONTEIL, F. La Méditerranée et les puissances depuis l'ouverture jusqu'à la nationalisation du Canal de Suez, Paris, Payot, 1964.
- POTTIER, B. "Le développement du vocabulaire de chemin de fer en Espagne", VV.AA. Mélanges à la Mémoire de J.Sarrailh, Paris, Centre de recherches de l'Institut d'études -- ibériques, 1966, vol.II, pp.261 ss.
- PROYECTO - de ley reformando el gobierno y administración civil de las islas de Cuba y Puerto Rico presentado al Congreso de los Diputados el 5 de junio de 1893 por (...) A.Maura, Madrid, Imp.Vda.de Minuesa, 1893.
- PRUGENT, E. Los hombres de la Restauración, Madrid, 4 vols. 1881 y sigs.
- PUENTE, P. de la, Informe sobre las pesquerías de Canarias en la costa de Africa, Madrid, 1882.
- PUGÈS, M. Cómo triunfó el proteccionismo en España (La formación de la política arancelaria española), Barcelona, Juventud, 1931.
- RAHOLA, F. "La colonización de Africa", Revista Científico-Militar IV, 1, 1881, pp.3-12.
- Sangre nueva: impresiones de un viaje a América del -- Sud, Barcelona, 1905.

- RAMIREZ, P. La escala de los vapores correos de las Antillas en las Islas Canarias. Defensa de la exposición de los vecinos de Santa Cruz de Tenerife, capital de la provincia, pidiendo que se establezca en su puerto, Santa Cruz, 1882.
- RECOPIACION de los diferentes artículos publicados en pro y en contra del proyecto de una línea de vapores entre las Islas Canarias y ésta, hecha por varios isleños, como interesados en su realización, La Habana, 1885.
- REFORMA La ---- Arancelaria y los Tratados de Comercio. Información escrita de la comisión creada por R.D. de 10 de octubre de 1889, Madrid, Rivadeneyra, 5 vols., -- 1889-1890.
- REFORMAS Las ---- en las provincias españolas de Ultramar. Estudio político. 31 de octubre de 1866, Madrid, Imp.de "La Reforma", 1866.
- REPARAZ, G. de, Política de España en Africa, Barcelona, Imp. barcelonesa, 1907.
- Páginas turbias de la Historia de España que ahora se ponen en claro, Madrid, s.a.
- REZETTE, R. Los enclaves españoles en Marruecos, Paris, Nouvelles Ed. latines, 1977.
- RICARD, R. "Contribution à l'étude du mouvement africaniste en -- Espagne de 1860 à 1912", Bulletin Hispanique XLVIII, nº 3, 1946.
- RICART GIRALT, J. El porvenir de España en el Sahara. Conferencia pronunciada el 22 de febrero de 1884 en el Ateneo barcelonés, Barcelona, 1884.
- Segundo Congreso Naval. Memoria presentada por D. ---, director de la Escuela Náutica de Barcelona, Madrid, Imp. del Fomento Naval, 1904.
- El siglo de oro de la marina velera catalana, Barcelona, 1924.
- RIQUER, B. de, Lliga Regionalista: la burguesia catalana i el nacionalisme (1898-1904), Barcelona, Edicions 62, 1977.
- ROBLEDO, R. "Emigración a Ultramar: aspectos socio-económicos durante la Restauración", Anales de Economía 23, julio-septiembre 1974.
- ROCHAT, G. Il colonialismo italiano, Turín, Loescher editore, -- 1973.

- RODRIGUEZ, G. Información oral sobre las clasificaciones y las valoraciones de los tejidos de lana. Informe por D. ---, presidente de la Asociación para la Reforma de los Aranceles de Aduanas, Madrid, Est.tip.de P.Montoya y Cía., 1879.
- El comercio internacional antes y después de la liga inglesa. Conferencia explicada en el Círculo de la Unión Mercantil de Madrid el día 27 de febrero de -- 1880, Madrid, Montoya y Cía., 1880.
- La cuestión arancelaria. Conferencia pronunciada en el Círculo de la Unión Mercantil el 30 de abril de 1881, Madrid, 1881.
- El tratado de comercio. Conferencia pronunciada el día 8 de abril de 1882 en el Círculo de La Unión -- Mercantil, Madrid, Imp.de G.Pedraza, 1882.
- La reacción proteccionista en España. Conferencia - explicada en el Ateneo Científico y literario de Madrid el día 21 de mayo de 1888, Madrid, Imp.y Lit. de "El Correo", 1888.
- RODRIGUEZ OCAÑA, E. "Del método en la historiografía contemporánea sobre cólera asiático", VV.AA. I Simposio sobre Metodología de la Historia de las Ciencias, Sociedad Española de Historia de las Ciencias, Madrid, 1981, (ejemplar policopiado), pp.97 ss.
- ROEYKENS, A. Les débuts de l'oeuvre africaine de Léopold II -- (1875-1879), Bruselas, Académie Royale des Sciences - Coloniales, 1955.
- Le dessein africain de Léopold II. Nouvelles recherches sur sa genèse et sa nature (1875-76), Bruselas, 1956.
- La période initiale de l'oeuvre africaine de Léopold II. Nouvelles recherches et documents inédits (1875-1883), Bruselas, 1957.
- Léopold II et l'Afrique. 1875-1880. Essai de synthèse et de mise au point, Bruselas, 1958.
- ROIG, E. La marina catalana del Vuitcents, Barcelona, 1929.
- ROLDÁN, S., J.L.GARCIA DELGADO y J.MUÑOZ, La formación de la sociedad capitalista en España, 1914-1920, 2 vols., Madrid, Confederación Española de Cajas de Ahorro, -- 1973.
- ROMANONES, Conde de, Las responsabilidades políticas del antiguo régimen de 1923 a 1923, Madrid, Renacimiento, - s.a. (1924).

- ROMERO GIRON, V. La cuestión de Las Carolinas ante el derecho internacional, Madrid, 1885.
- ROMERO DE TEJADA, P. "La antropología española y el Museo Nacional de Etnología (1875-1974)", en Rivera Dorado, Antropología en España y América, Madrid, 1977, pp. 295 ss.
- ROUARD DE CARD, E. Documents diplomatiques pour servir à l'étude de la question marocaine, Paris, A. Pédone-J. Gamber, 1911.
- ROUBIQUET, P. Jules Ferry. Discours et opinions, Paris, 7 vols., 1896-97.
- RUIZ GOMEZ, S. Examen crítico de los presupuestos generales de ingresos y gastos de la Isla de Cuba para el año de 1878-79, Paris, Imp. Hispano-Americana, 1880.
- RUMEU DE ARMAS, A. España en el Africa atlántica, Madrid, Instituto de Estudios Africanos (CSIC), 1956.
- SAEZ DE GOVANTES, L. El africanismo español, Madrid, CSIC, 1971.
- SALES, N. "Servicio militar y sociedad en la España del siglo - XIX", en Sobre esclavos, reclutas y mercaderes de quintos, Barcelona, Ariel, 1976.
- SALOM, J. España en la Europa de Bismarck. La política exterior de Cánovas (1871-1881), Madrid, CSIC, 1967.
- SALVADOR Y DE SOLÁ, F. Títulos nobiliarios, Barcelona, 1955-56.
- SANCHEZ ALBORNOZ, N. Jalones en la modernización de España, -- Barcelona, Ariel, 1975.
- "De los orígenes del capital financiero: la Sociedad General de Crédito Mobiliario Español, 1856-1902", en España hace un siglo: una economía dual, Madrid, Alianza, 1977, pp. 155 ss.
- Los precios agrícolas durante la segunda mitad del siglo XIX, vol. I: Trigo y cebada, Materiales para la historia económica de España, Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España, 1975.
- SANCHEZ ORTIZ, M. y F. BERAATEGUI, Las primeras Cámaras de la Regencia. Datos electorales, estadísticos y biográficos, Madrid, Imp. Rubinos, 1887.
- SANCHEZ RAMOS, F. La economía siderúrgica española, I. Estudio crítico de la historia industrial de España hasta 1900, Madrid, CSIC, 1945.

- SANCHEZ RAMOS, F. Economía y política del transporte, Madrid, CSIC, 1946.
- SANCHEZ DE TOCA, J. Reconstitución de España en vida de economía política actual, Madrid, 1911.
- SAN MARTIN Y FALCON, J. Breves apuntes relativos a algunos ramos de la producción nacional, Valencia, J.Ortega, 1900.
- SANROMÁ, J.Ma, Conferencia pronunciada en el Círculo de la Unión Mercantil durante el curso 1879-1880, Madrid, 1881.
- SANZ FERNANDEZ, J. "Agricultura y desarrollo económico durante la Restauración (1874-1913): algunos problemas", en VV.AA. La economía agraria en la historia de España. Propiedad, explotación, comercialización y rentas, Madrid, Alfaguara, 1979, pp.65-73.
- SANZ GARCIA, J.Ma. La banca y los banqueros madrileños en el -- siglo XIX, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1967.
- SARDA, J. La política monetaria y las fluctuaciones de la economía española, Madrid, CSIC, 1948.
- SAVAGE, M. Manual de las relaciones industriales y comerciales entre los Estados Unidos y la América española, por ---, San Francisco, 1890.
- SCHNAPPER, B. La politique et le commerce français dans le golfe de Guinée de 1838 a 1871, Paris, 1962.
- SCHNERB, R. Libre échange et protectionnisme, Paris, PUF, 1965.
- SCHWARTZ, P. "De la libertad de comercio" por José Joaquín de - Mora. Una defensa del libre-cambio a mediados del siglo XIX", Anales de Economía, 1970, pp.187-224.
- SERENI, E. Il capitalismo nelle campagne, Roma, Einaudi, 1977 (reed. de la ed.de 1947).
- Capitalismo y mercado nacional, Barcelona, Crítica, 1980.
- SERRANO, C. "El P.S.O.E. y la guerra de Cuba (1895-98)", Estudios de Historia Social, n.8-9, enero-junio 1979, - pp.287 ss.
- SEVILLA ANDRÉS, D. Africa en la política española del siglo -- XIX, Madrid, CSIC, 1960.
- SHAW, V. "Exportaciones y despegue económico: el mineral de -- hierro de Vizcaya, la región de la ría de Bilbao y

gunas de sus aplicaciones para España", Moneda y -- Crédito, 1978, nº 142, pp.87 ss.

SORELA, L. Les possessions espagnoles du Golfe de Guinée. Leur présent et leur avenir, Paris, A.Jahure, 1884.

----- Alemania en Africa, Berlín, H.S.Hermann, 1884.

SOCIEDAD Económica de Amigos del País. Meeting de la Asociación para la Reforma Liberal de los Aranceles de Aduanas celebrado el día 13 de marzo de 1881, Madrid, 1881.

----- Económica Onubense de Amigos del País. Informes emitidos por la sección de comercio, Huelva, 1882.

----- Geográfica. Proyecto de reglamento para la ----, formulado por la comisión organizadora, s.l., s.a. (1876).

TABOADA, N. Estudio biográfico-político del Sr.D.José Elduayen, Vigo, 1896.

TALLADA, J.M. "La política comercial y arancelaria española en el siglo XIX", Anales de Economía, 1943, pp.47-71.

TAPIA, C. y E.TAIEB, "Conférences et Congrès Internationaux de 1815 à 1913", Relations Internationales 5, 1976, -- pp.11-35.

TAVIEL DE ANDRADE, E. Historia del conflicto de Las Carolinas, prueba del derecho de soberanía que sobre ellas posee España y demostración de la trascendencia que tiene la mediación del Papa, Madrid, 1886.

TORO, J. "Burguesía y propiedad inmobiliaria en la Restauración", en VV.AA. Estudios sobre historia de España (Homenaje a Tuñón de Lara), vol.I, pp.191 ss.

TORRES CAMPOS, R. Conferencia sobre viajes escolares, Madrid, Fortanet, 1882.

----- La cuestión de los ríos africanos y la Conferencia de Berlín, Madrid, 1885.

TORTELLA, G. "El desarrollo de la industria azucarera y la -- guerra de Cuba", Moneda y Crédito 91, diciembre de 1964, pp.131 ss.

----- Los orígenes del capitalismo en España. Banca, industria y ferrocarriles en el siglo XIX, Madrid, Tecnos, 1973.

----- (director) La Banca Española en la Restauración, 2 v.

(I. Política y finanzas; II. Datos para una historia económica), Madrid, Servicio de Estudios del Banco de España, 1974.

TRIAS VEJARANO, J. Almirall y los orígenes del catalanismo, Madrid, Siglo XXI, 1975.

TUBINO, F. M^a. Gibraltar ante la historia, la diplomacia y la política, Sevilla, 1863.

TUÑÓN DE LARA, M. Historia y realidad del poder. El poder y las élites en el primer tercio de la España del siglo - XX, Madrid, 1967.

----- Estudios sobre el siglo XIX español, Madrid, Siglo XXI, 1974 (4^a ed.)

----- "La burguesía y la formación del bloque de poder oligárquico: 1875-1914", en Estudios..., pp.155 ss.

----- "España y Cuba en la primera mitad del siglo XIX", Estudios..., pp.247 ss.

----- Costa y Unamuno en la crisis de fin de siglo, Madrid, Edicusa, 1974.

UBEDA Y CORREAL, J. Memoria de la Sociedad Económica Matritense desde 1876 a 1912, Madrid, R.Velasco impresor, 1914.

VAL, M^a A. Catálogo de la exposición de libros españoles sobre geografía y viajes en África, Madrid, Instituto de Estudios Africanos, 1948.

VARELA ORTEGA, J. Los amigos políticos de la Restauración, Madrid, Alianza, 1977.

----- "El proteccionismo de los trigueros castellanos y la naturaleza del poder político en la Restauración", Cuadernos Económicos de Información Comercial Española, 6, 1978, pp.7 ss.

VELADA necrológica en memoria del Excmo.Sr.D.Francisco Coello y Quesada, celebrada en la Sociedad Geográfica de Madrid la noche del 29 de noviembre de 1898 (discursos de J. de la Llave, R.Alvarez Sereix y R.Torres Campos), Madrid, Fortanet, 1898.

VELADA necrológica celebrada en el Centro de la Defensa Social de Madrid el día 12 de abril de 1912 como homenaje a la memoria del Excmo.Sr.D.Eduardo Saavedra y Moragas, Madrid, 1912.

VELARDE, J. "El nacionalismo económico español y la Institución

Libre de Enseñanza", Información Comercial Española nº 517, pp.96 ss.

VELASCO, C. "Cánovas del Castillo y la articulación del estado nacional", Cuadernos económicos de ICE, 6, 1978, pp. 61 ss.

VELEZ DE VILLANUEVA, J. Tratados y disposiciones relativas a - Marruecos en su relación con España, Madrid, 2 vols. 1916.

VERA Y GONZALEZ, E. Pi y Margall y la política contemporánea, Barcelona, 2 vols. 1886.

VERNET, J. Historia de la Ciencia española, Madrid, CSIC, 1975.

VICENS VIVES, J. y M.LLORENS, Industrials i politics (segle XIX) Barcelona, 1980 (3ª ed.)

VIGNES, K. "Études sur la rivalité d'influence entre les puissances européennes en Afrique équatoriales et occidentales depuis l'Acte générale de Berlin, jusqu'au milieu du XX siècle", Rev. française d'Histoire d'Outremer, 1961, 12 trim., pp.5-95.

VILA VALENTÍ, J. "Origen y significado de la Sociedad Geográfica de Madrid", BRSG, CXIII, 1977, pp.217-249.

VILAR, J.B. "España en Suez, Mar Rojo y Adén durante el siglo - XIX", en La judería de Tetuán y otros ensayos, Murcia, 1969, pp.161-96.

----- España en Argelia, Túnez, Ifni y Sáhara durante el siglo XIX, Madrid, CSIC, 1970.

----- "Cánovas, africanista", Africa, febrero 1972, pp.15 ss.

----- "Ayuda española a Marruecos en la crisis de las protecciones consulares (1878-79)", Africa, septiembre 1973, pp.6 ss.

----- El Sáhara español: historia de una aventura colonial, Madrid, Sedmay, 1977.

----- "Emigración almeriense a Argelia en el siglo XIX= sus repercusiones políticas, sociales y económicas sobre la provincia origen", en VV.AA. Actas del I Congreso de Historia de Andalucía (1976), Córdoba, Cajas de Ahorro, 1979, pp.241-54.

----- Emigración española a Argelia (1830-1900): colonización hispánica de la Argelia francesa, Madrid, CSIC 1975.

VILAR, P. "La Catalogne industrielle: réflexions sur un démarrage et sur un destin", en L'industrialisation en Europe au XIXe. siècle, Paris, CNRS, 1970.

----- Cataluña en la España moderna, Barcelona, Crítica (ed. castellana abreviada), 1978.

VILLACORTA, F. "El Ateneo de Madrid: círculo de convivencia intelectual (1885-1913)", Anales del Instituto de Estudios Madrileños XV, 1978, pp.1-39.

----- Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal 1808-1931, Madrid, Siglo XXI, 1980.

VOLTES BOU, P. La banca barcelonesa de 1840 a 1920, Ayuntamiento de Barcelona, 1963.

WICHMANN, H. "Geographische Gesellschaften, Zeitschriften, Kongresse und Ausstellungen", Geograph. Jahrbuch X, 1885, pp.651-674.

WILLIAMS, E. Capitalisme et esclavage, Paris, 1968.

YLLÁN, E. "Un proyecto de cesión a Francia de las Islas Filipinas (1839)", en J.Mª JOVER y otros, El siglo XIX en España. Doce estudios, Barcelona, Planeta, 1974, pp. 235 ss.

ZAPATERO Y GARCIA, M. Diario de Sesiones del Congreso Económico Nacional, Madrid, 1889.

----- Congreso Nacional Mercantil celebrado en Madrid en mayo de 1886, Madrid, Imp. de "El Liberal", 1887.

FUENTES DE LA INVESTIGACIÓN

A) MANUSCRITAS.

Los fondos documentales básicos en que se apoya la última parte de esta investigación proceden del Archivo Histórico Nacional (Madrid), sección de Ultramar, predominantemente de la subsección Cuba.Gobierno, pero en general me ha sido --fútil (aunque sólo una pequeña parte haya sido aquí utilizada) la consulta sistemática de todo aquello que pasó por el negocio de Vapores-Correos del extinto ministerio.

También en el AHN he consultado fondos de las secciones de Hacienda y Gobernación, ocasionalmente, que quedan citados en su lugar oportuno y que me parecía procedente incorporar a la elaboración del trabajo.

Los materiales procedentes de Ultramar han sido contras--tados y, en muchos casos, iluminados por los fondos del ministerio de Marina que se conservan en el Archivo General de la Marina de Guerra Alvaro de Bazán (El Viso del Marqués) y en el Museo Naval de Madrid. Si bien debo advertir que la mayor parte de las consultas, referidas en esencia al período de la guerra del 98, no se han visto reflejadas finalmente en la aco--tación cronológica impuesta a estas páginas.

La primera parte de esta tesis, organizada sobre todo en torno a fuentes impresas, incorpora no obstante otras manus--critas e inéditas para cuya localización he contado con la co--laboración de Juana Anadón, Inmaculada Bernardo, José Luis Pe--set, J.R.Urquijo y J.Toro. En conjunto, tendía la incorpora--ción de dichas fuentes a verificar o desechar la abundante in--formación que, en torno a la acción africanista, proporciona--ba la prensa periódica. Así, para corroborar lo afirmado a --propósito de la actividad de Costa, he tratado de ampliar in--formación en los papeles aún conservados en su Casa-Museo en

Graus, tras comprobar en la obra de Cheyne su ausencia de los fondos depositados en la sección de Diversos del AHN. La gestión de los africanistas cerca de los gobiernos ha sido rastreada en diversos legajos de la sección de Política del archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, y la actividad académica y cultural de las sociedades geográficas ha sido completada -- con fondos del Ministerio de Educación (entonces Fomento, lógicamente) del Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares. Pertenecen, generalmente, a Sociedades y Academias y Consejo de Instrucción Pública. Expedientes de Senadores han sido incorporados también en algunos momentos del trabajo, así como escrituras de comercio procedentes del Registro General.

Totalmente negativa fue, en cambio, la cata realizada -- en el Archivo General de Palacio (Madrid), donde aparecían en catálogo rótulos en principio aprovechables pero que, sin embargo, resultaron vacíos de contenido al recurrir al fichero.

B) IMPRESAS

Las fuentes impresas manejadas proceden fundamentalmente de la Biblioteca Nacional de Madrid, en donde fueron depositados en su día los muy importantes del Museo-Biblioteca de Ultramar, creado en 1886 por el ministro Balaguer, no demasiado conocidos ni utilizados, pues algunos de los ejemplares aparecen con las hojas sin cortar. Están depositados en el Catálogo General, de que también he consultado otros títulos. Muy rentables resultaron igualmente los nutridos fondos de las secciones de Africa y Geografía y Mapas, de la propia BN. A la primera de ellas fue donada, en 1966, la magnífica colección del estudioso del africanismo T. García Figueras, y también hace unos años se incorporó a la segunda todos los fondos bibliográficos históricos que conservaba la Sociedad Geográfica Madrileña.

La recopilación fué completada, ocasionalmente, y con mayor o menor fortuna, en la Biblioteca de Catalunya (Barcelona), Ateneo Madrileño y Library of Congress (Washington), don-

de es frecuente encontrar folletos y obras raras de nuestro XIX español.

La revisión hemerográfica, realizada con sistematicidad por lo que respecta a las fuentes básicas de la actividad geográfica y africanista (el Boletín de la Sociedad Geográfica -1876/1886- y la Revista de Geografía Comercial --1885/87-) y esporádica y circunstancialmente para la prensa cotidiana y una buena serie de revistas, ha sido practicada en la Sección de Publicaciones Periódicas de la BN, y complementaria o alternativamente en las Hemerotecas Municipales -de Madrid y Valencia, así como en el Archivo Histórico Municipal de Barcelona. Una lista de las publicaciones consultadas -y utilizadas en el texto en más de tres ocasiones-, viene a continuación.

ABREVIATURAS DE PRENSA UTILIZADAS EN EL TEXTO

- ADCE. (v.ADPE)
ADE. (v.ADPE)
ADPE. (Archivo Diplomático-Político de España, denominado en --
otros momentos Archivo Diplomático y Consular de España o,
simplemente, Archivo Diplomático de España).
BLE. (Boletín de 'La Exploradora').
BILE. (Boletín de la Institución Libre de Enseñanza).
BME. (Boletín del Ministerio de Estado).
BSG. (Boletín de la (Real) Sociedad Geográfica).
BSGB. (Boletín de la Sociedad Geográfica de Barcelona).
BRSG. (v.BSG).
CEGCM. (Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil).
CL. (Colección Legislativa).
DSC,C. (Diario de Sesiones de Cortes, Congreso).
DSC,S. (" " " Senado).
EC. (El Correo).
ED. (El Día).
EEC. (El Eco de Ceuta).
EF. (El Figaro).
EI. (El Imparcial).
EL. (El Liberal).
EN. (El Noticiero).
ER. (El Resumen).
EP. (El Popular).
EPN. (El Pabellón Nacional).
EPr. (El Progreso).
ES. (El Socialista).
GM. (Gaceta de Madrid).
LA. (La Academia).
LCE. (La Correspondencia Española).
LD. (La Discusión).
LE. (La Epoca).
LO. (La Opinión).

- LR. (La República)
- LRL. (La Raza Latina)
- LUC. (La Unión Comercial)
- MRACMP. (Memorias de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas).
- RA. (Revista de Antropología).
- RC. (Revista Cocontemporánea)
- RG. (Revista Geográfica. Apéndice a la Biblioteca de Viajes)
- RGC. (Revista de Geografía Comercial)
- RGCM. (Revista de Geografía Colonial y Mercantil)
- RGE. (Revista de Geografía y Estadística)
- RGM. (Revista General de Marina)
- RNC. (Revista de Navegación y Comercio)

1159

APENDICES

ESPAÑA Y LA EXPLORACION DEL AFRICA

España debe adherirse al pensamiento de la Asociación internacional organizada en Bruselas para explorar y civilizar el Africa central, no sólo por haber sido especialmente invitada para ello y por secundar el humanitario proyecto de las otras naciones de Europa, sino principalmente por ser una de las que más pueden ganar --- cuando se logren aquellos resultados. Se observa ya en las exploraciones actuales, que se atiende tanto á los descubrimientos esencialmente científicos como á la investigación de los recursos comerciales en las comarcas recorridas, y á los medios de establecer cambios ventajosos con ellas. Si, como es de suponer, se da ahora gran impulso a las exploraciones, puede considerarse próximo el día en que se abran al comercio extensas y ricas regiones, y es necesario no descuidarse y acudir antes de que en otros países lo monopolicen completamente.

Conviene por lo mismo, que nuestra nación no se limite a concurrir con sus consejos y recursos á la realización del pensamiento, sino que, por el contrario, tome parte activa en las exploraciones, y que un español, por lo menos, lleve a cabo alguna importante. --- Está acordado por la Conferencia de Bruselas, y como resultado de la experiencia adquirida, que se prefiera el sistema de viajeros aislados al de expediciones numerosas.

Una de las líneas de comunicación poco conocidas, y que se relaciona más con los dominios españoles, es la que, partiendo de la costa occidental de Africa hacia los Cabos Nun ó Sidi Uorsek y el Yubi ó Bulbixa, se dirija lo más rectamente que sea dable á Timbuctú ó Tombuctu, como otros le llaman. En el cabo nombrado primeramente se hallaba Santa Cruz Menor ó de la Mar pequeña, establecimiento de pesca y comercial de los canarios en el siglo XV, y sobre cuyo restablecimiento y nueva ocupación por España se pactó en el tratado que siguió á la gloriosa guerra de Marruecos de 1.860. Los dos cabos se hallan además muy próximos a las islas Canarias, distando el segundo poco más de 100 kilómetros de la de Fuenteventura. Sabido es que ---

cerca, del Yubi se ha proyectado por los ingleses, en el año anterior, crear un puerto y fundar factorías y misiones, hablándose también de restablecer la comunicación con el antiguo mar que algunos, sin gran fundamento, suponen debió existir en esta parte y extenderse notablemente hacia el interior con dirección al Este y al mismo Timbuctú. --- Aunque después de haber hecho algún ligero reconocimiento en la desembocadura del arroyo, o más bien rambla de Belta, que se halla entre los cabos Yubi Y Bojador, se asegure la existencia en estos parajes de una depresión, a 70 metros bajo el nivel del mar, lo cierto es que no hay datos completos y fidedignos; mucho menos hacia el interior, porque esta zona ha sido cruzada por muy pocos viajeros, y ninguno de ellos -- ejecutó observaciones para calcular las altitudes, no contando tampoco con los elementos necesarios para ellas.

A excepción de las provincias meridionales de Marruecos y de los territorios independientes inmediatos a ellas, a donde llegan los contrafuertes y arroyos que parten del Atlas, y de los Estados muy lejanos del Sudán donde existen grandes gérmenes de riqueza, en toda la zona intermedia se encuentra escasa población y un terreno de tierras arenosas sin ríos ni lagos, y con carencia casi completa de agua, siendo la región más inhospitalaria precisamente la que se halla en la dirección recta desde los límites del Sudoeste de Marruecos al mismo Timbuctú. --- Parece, por lo mismo, que no debían esperarse grandes resultados de la exploración de esta zona y menos del desarrollo del comercio en tal dirección; sábase, sin embargo, que por la parte de la costa meridional de Marruecos, y hacia Mogador, pasan por término medio unos cien camellos cargados diariamente, y otros tantos de vuelta, lo cual supone algún cambio de productos, que es el que trata de trasladarse a las costas vecinas a nuestras Canarias. Los franceses, por su parte, se ocupan mucho del establecimiento de comunicaciones comerciales con Timbuctú, partiendo de la Argelia, y su deseo es llevar por esta colonia el tráfico del Sudán, que ahora se dirige más principalmente hacia Trípoli y Túnez; hasta agitan ya los proyectos de construcción de líneas telegráficas y de un ferrocarril que llegue a Timbuctú, pensando en su prolongación posterior hasta el Senegal. La distancia desde la costa inmediata a las Canarias hasta el mismo Timbuctú, es de unos 1.450 kilómetros

su línea recta, y es de las vías más cortas que pueden trazarse a las costas del Oeste y del Sur, que se extienden formando un círculo cuyo centro es la misma población; a las costas del Norte y Nordeste hay casi doble distancia que recorrer, y sin embargo es la que siguen hoy las caravanas más numerosas.

Por las razones apuntadas tendría importancia la exploración de las costas vecinas a Canarias y del camino que desde ellas fuera lo más directamente que fuese dable hasta Timbuctú; probablemente habría que marchar formando un pequeño arco hacia el Sur, alargando la línea hasta unos 1.700 kilómetros, para cruzar los territorios ó Estados de Aderer ó Adrar, el Hodh y otros más pequeños donde hay mayor población y recursos, encontrándose agua potable en varios parajes. Estas ventajas están compensadas, en parte, por las dificultades que casi siempre ofrecen al paso de los viajeros los jefes de tales Estados, en lucha constante los unos con los otros, y por eso los evitan muchos, y principalmente las caravanas, para no pagar tampoco los derechos que se le exigen a menudo, ni sufrir otras molestias, prefiriendo las más veces cruzar el desierto donde tienen la posibilidad de elegir el camino a su antojo en esas vastas planicies sembradas de dunas ó pequeñas alturas que semejan las olas del agitado Océano. En la dirección indicada no ha cruzado ningún europeo, y la exploración tendría también importancia bajo el aspecto científico. Podría llegarse igualmente a Timbuctú, recorriendo territorios poco conocidos, si se partiese desde el río Muluya, en los confines de Marruecos y Argelia y próximo a nuestras islas Chafarinas atravesando el primer imperio de Norte a Sur y continuando en el mismo sentido. Gran parte de esta ruta es la que siguió René-Caillié y que recorren muchas caravanas, cruzando el Tafilelt ó Tafilite y otras provincias meridionales de Marruecos para llevar sus mercancías a Fes y Mequínés y distribuir las por todo el imperio. Pero esta excursión sería una mitad, al menos, más larga que la anterior, y su estudio, para el objeto de establecer relaciones comerciales con Timbuctú, no interesa a España, porque en su parte Norte va en gran trecho por los límites de Marruecos y Argelia, y evidentemente atraería hacia esta colonia francesa todo el tráfico; además, sobre dicha ruta existen los datos del viaje de Caillié con detalles suficientes, aunque no determinados con el rigor científicos que sería de desear por haber carecido de toda clase de elementos en su arries-

gadísima excursión. La que se llevara a cabo hacia Timbuctú podría completarse por otra exploración que se dirigiese rectamente hacia el Sur para buscar las costas del golfo de Guinea, tocando, por ejemplo, en el gran mercado de Salaga, próximo al río Volta que ha reconocido últimamente Mr. Bonnat. Podría también descenderse por todo el Níger hasta su desembocadura en el golfo citado, debiendo advertir que existe todavía algún trozo del río indicado por reconocer.

Tiene asimismo gran interés para España otra línea de exploración, en territorios más desconocidos, pues lo son completamente, y que se refiere a la zona entre el Ecuador y el quinto grado de latitud septentrional, es decir, cerca del límite Norte de la zona señalada por la Conferencia de Bruselas como campo de sus exploraciones. En esta parte se conocer vagamente la existencia del río Liba que corre de Oeste a Este y va a desaguar en un lago de igual nombre a que otros llaman Diolibba, Koei-Dabo ó Metuaset, no faltando quien lo señale como uno de los mayores, si no el mayor de toda el África. A este lago se cree viene a desaguar también, corriendo en sentido inverso, es decir, del Este á Oeste, el Bahr Kuta ó Kubanda que se juzga prolongación del Velle ya reconocido en sus orígenes, y con el cual se relaciona otro gran lago, el llamado Ghango señalado vagamente por algunas noticias, al paso que negado por otras, y que se supone inmediato al Mvútan explorado recientemente. Otros creen que las aguas del Velló ó Bahar-Kuta van directamente al Xari sin pasar por el lago Liba, dudándose también si las reunidas en este último van al Xari y a perderse luego en el lago Tead, ó se unen al río Benué que afluye al llamado Níger ó Kuara, cerca de su desembocadura. En la inmediaciones del Liba señaláanse también otros ocho lagos más pequeños que algunos creen relacionados y en comunicación con él; pero todo esto se conoce con muy poca seguridad y principalmente por las noticias de los indígenas. Por lo mismo aquí todos los descubrimientos serían nuevos y ciertamente no puede negarse que existen en esta zona grandes ríos y lagos con regiones fértiles y pobladas, si bien desconocidas casi hasta ahora, como lo eran hace pocos años los magníficos lagos y territorios que se hallan en la parte oriental y tan inmediatos o más a aquellas costas. Nuestra isla de Fernando Póo se encuentra contigua a la zona indicada y a las grandes aberturas que ofrecen los ríos.

que desaguan en esta costa, tales como el Riba ó Viejo Calabar y el — Yamur ó Camaroens, si bien ambos son de escasa importancia. Aunque las bocas de ambos rios, lo mismo que las varias del Níger en su extenso — delta, se hallan rodeadas de terrenos pantanosos e insalubres, pueden evitarse éstos acercándose a las faldas del elevado monte Mongo-ma — Lobah ó Camaroens, y es de esperar que por el valle del rio Yamur, que ofrece varias cascadas cerca de la costa, señal indudable de que corre por terrenos algún tanto elevados, pueda alcanzarse brevemente la región más saludable: así parece este sitio el más indicado para penetrar hacia el rio Libia y el lago de igual nombre, desde el cual puede enlazarse el reconocimiento con las regiones del Adamaoua y Baguirmi, más — cercanas al lago Tsad, y que exploraron los doctores Barth y Nachtigal, ó continuar hacia el Este para alcanzar la parte alta del Vellé visitada por Schweinfurth y Mianid, prosiguiendo luego hasta tocar en el Nilo ó en el lago Mvútan, con lo cual se completaría una de las mayores y — más interesantes exploraciones que pueden llevarse a cabo en la parte — desconocida del Africa central. La distancia total, desde las costas — cercanas a Fernando Póo, hasta los puntos ya explorados en el Velle, es de 1.900 kilómetros, en línea recta, faltando poco más de 400 para alcanzar el lago Mvútan, ó de 500 para llegar a las orillas del Nilo, — ocupadas por los puestos egipcios. Según algunas noticias muy vagas, — el territorio inmediato a estos rios y lagos está ocupado por las grandes tribus o pueblos de los Saharas (?), Bandas y Bayas asegurándose — que en su mayoría no ofrecen dificultades para el tránsito de los viajeros, aunque haya regiones intermedias poco seguras.

Otra línea de exploración, ventajosa también para España, podría ser la del rio Oguné que corre hacia el Oeste, muy próximo al Ecuador y a nuestra posesión de Corisco, si bien en el desagüe se inclina al — Sudoeste para llegar al mar inmediato al cabo Lopo-Goncalves, territorio que, con el de Gabon, ocupan los franceses. Expediciones de esta — nación son las que han recorrido principalmente la parte baja del rio, y ahora mismo se halla una en estos parajes, que ha adelantado un poco su exploración hacia el Este y que se propone seguir avanzando cuanto pueda en la misma dirección, con deseos sobre todo, de enlazar con las regiones ya exploradas en la parte oriental. La distancia, en línea — recta, desde la costa al mismo lago Mvútan, es de 2.200 kilómetros, y

de ellos apenas hay 400 reconocidos hasta ahora. Si las afirmaciones del doctor Pogge, que ha vuelto recientemente a Europa, después de haber visitado en fines de 1.875 a Quinzemena mosumbu ó capital del Muata-Yanvo, fuesen ciertas, y las aguas reunidas en el Luálaba, que recoge las del Tangañika y de todos los lagos descubiertos por Livingstone y Cameron, se dirigiesen al Ogoué en vez de marchar al Zaire ó Congo, entonces el reconocimiento del primer río adquiriría doble importancia y con un trayecto de unos 1.500 kilómetros, podría llegarse a Nangué, visitado también por los mismos Livingstone y Cameron y á donde se dirigía últimamente el no menos célebre viajero Stanley. El expresado doctor Pogge sostiene que el origen del río Congo está en el del Kasai ó Kasábi, que ya ha sido reconocido en su parte alta, y la razón principal que puede oponerse a sus afirmaciones, además de las noticias tomadas por Cameron, es la del menor caudal del Ogoué, que aunque es uno de los ríos considerables del Africa, es sin embargo, notablemente inferior al del Zaire. De todos modos, se cree que el primero procede también de lagos importantes, ó — que los hay en su cuenca.

Si, por el contrario, las noticias más admitidas hasta ahora y que parecen más probables, fuesen las verdaderas, entonces la expedición que puede producir resultados más importantes para el desarrollo del comercio en general, y que por lo mismo no deja de interesar a España, es la que tenga por objeto terminar la exploración del río Congo, desde la parte — donde concluyó el reconocimiento en la desgraciada expedición de Tuckey, llevada a cabo en 1.816, hasta el punto ya citado de Nangué, claro que — es de unos 1.500 kilómetros sin contar los rodeos del río. Parece que el mismo Cameron se propone llevar a cabo esta exploración, y que se piensa en armar un barco por encima de las cataratas de Yellala, donde el río — se estrecha notablemente en largo espacio, con otros obstáculos que impidieron continuar por agua el reconocimiento de 1.816, teniendo que — ejecutarlo por tierra y por caminos difícilísimos; pero convenciéndose — entonces de que esta parte más alta es navegable, como se cree lo es — también mucho más arriba y hasta el lago Sankorra, de notable extensión, inmediato ya a Nangué y colocado por las noticias adquiridas en este — punto.

Muy conveniente sería reconocer además la parte superior del Lualaba hasta llegar al lago Tanganica por el brazo Lukuga, que Cameron - señaló como su desagüe, aunque según los reconocimientos posteriores, y más detenidos de Stanley, se haya demostrado que no existe una comunicación ó desagüe permanente, sino solamente en las épocas de grandes lluvias que inundan gran parte de las orillas del lago y producen su - desbordamiento: el mismo Stanley piensa que el lago eleva de un modo - constante su nivel. Este reconocimiento exigiría recorrer unos 500 kilómetros, y con poco más de otros 200 podría subirse el río Luvua para llegar al lago Moero, no siendo necesario cruzarlo ni seguir hasta el Bangwelo, en comunicación con el mismo, porque esta parte ha sido reconocida más de cerca por Livingstone y anteriormente por los portugueses, al paso que de las anteriores sólo se tienen las noticias tomadas a mayor distancia; todas estas regiones son indudablemente las que más interesa estudiar con detalle. Muy conveniente sería también el reconocimiento de algunos afluentes importantes que se señalan al Zaire o Congo, en especial el Mobalé, que corre de N.E. a S.O., y cuyo desagüe indican algo más arriba de la parte explorada por Tuckey y el Loua que según las noticias, se une al Lualaba cerca del lago Sankorra, suponiéndose que es de caudal notable, tan importante casi como el río principal, y que debe partir de las inmediaciones del lago Mvútan. Posible - es además existan otros que le lleguen por su orilla derecha y partan de la zona más desconocida, que es la que se extiende desde el curso - supuesto del Zaire hacia el Norte y región que antes hemos bosquejado. Ni ofrecerá menor interés el reconocimiento del Quango y del Kasabí, - afluentes principales del río Zaire, por su orilla izquierda, y de los cuales el segundo se considera recientemente como su origen principal, según digimos antes: ambos arrancan de la parte Sur de su cuenca, y -- son además conocidos por noticias y aún por los reconocimientos ejecutados por algunos viajeros en su parte alta, y especialmente por los - de Cameron, que no pudo descender por el Lualaba como se había propuesto, viéndose precisado a marchar al S.O. hacia Benguela, siguiendo en largo trecho por la divisoria del Zaire y el Zambezé.

ESPAÑA Y LA EXPLORACION DEL AFRICA

(Conclusión.)

Importantísimas serán también las exploraciones que tengan por objeto recorrer los claros que median entre el lago Mvútan y el Tanganika, y entre este último y el Mkuba o Mucuro: el primero es de unos 350 kilómetros y el segundo de 300 solamente; pero ambos territorios son importantísimos, porque al través de ellos pueden establecerse las comunicaciones terrestres que con menor desarrollo enlacen las líneas navegables del Nilo y del Zambesé en sentido del Norte al Sur, utilizando también la navegación de dichos lagos y empalmando además por el Tanganika con otra vía fluvial que siga al Lualaba, y por el lago Sankorra llegué a las costa occidentales en el sentido de Este a Oeste. Sabido es que en la parte meridional del Mkuba existe ya la colonia Livingstonia, y en el lago un vapor pequeño que ha recorrido todo su perímetro. No ha de ser difícil fundar estaciones análogas en el Tanganika, y en ello se piensa y se trabaja ya hoy por las sociedades de Misiones inglesas que han reunido para este fin fondos muy considerables. Tales estaciones serían apoyo eficacísimo para los nuevos exploradores. Al lago Mkuba se ha llegado desde las posesiones portuguesas de Moçambique, en cuyos confines se encuentran, por los rios Zambesé y Xiré con un trayecto de 500 kilómetros; pero debiendo advertir que en el segundo hay un gran trecho, de unos 120, en que es imposible la navegación a causa de las cascadas y fuertes corrientes, en el cual fué preciso transportar a brazo, y sin armar, el vapor de que hemos hablado. Un procedimiento análogo podría emplearse para llevar otro vapor pequeño del mismo Mkuba al Tanganika, o bien desde los lagos Mvútan o Ukerevé, después de estudiado el camino que ofrezca menores obstáculos: según las últimas noticias de Stanley parece que existe alguna comunicación entre las aguas del Tanganika y el Ukerevé por el lago Kivo.

También puede llegarse al lago Mkuba desde la costa oriental, siguiendo el valle del Rovuma, cuyos diversos afluentes se acercan notablemente a su perímetro por el lado del Este, y además, según la última exploración hecha en él, ha resultado casi seguro que el mismo rio Rovuma

sale del lago y de su lado septentrional, dato que ya se había anunciado antes con vaguedad y que por la rapidez de la última exploración no ha podido fijarse de un modo indudable. Desgraciadamente el río Rovuma sólo es navegable en corto trecho a partir de la costa, y así no puede utilizarse esta nueva comunicación que sería siempre más larga, en 100 kilómetros por lo menos, que la del lado Sur por el Xiré y Zambezé. El valle del Lufiyi o Riofiyi que desagua más al Norte que el Rovuma en el territorio de Zanzibar y cuyos numerosos afluentes se acercan de un modo muy notable al mismo lago Mkuba y casi más al Tangañika, podría servir para las exploraciones que se dirigiesen a estos lagos, sino se quisiera aprovechar la línea del Sur que parece la más ventajosa; debiendo advertir que Livingstone, en una de sus últimas expediciones, llegó a la parte meridional del Mkuba, siguiendo el Rovuma y sus afluentes de la derecha, y que el valle del Lufiyi ha sido menos explorado, porque las expediciones hacia el Tangañika y el Ukerevé se han dirigido generalmente desde Bagamoyo por la cuenca del Uami, cruzando sólo la parte alta de algunos afluentes del otro río. Por este lado habría que recorrer unos 800 kilómetros en línea recta, desde la boca del Lufiyi al Tangañika. Para concluir con lo relativo a las exploraciones de los intervalos entre los Mkuba, Tangañika y Mvútan, debe advertirse que estas dos comarcas se hallan habitadas por las razas temibles, donde se ha ejercido con más intensidad la trata de esclavos, lo cual ha impedido hasta ahora los reconocimientos que se habían proyectado en ellas.

Señaladas anteriormente las zonas en que hay más carencia de datos geográficos o aquellas en que se ofrece ventajas más próximas e importantes para el comercio, fácil es decidir, teniendo en cuenta los proyectos que se formulan en otras naciones y nuestros propios intereses, las líneas en que conviene más que se ejecuten exploraciones españolas, sin olvidar que si bien España es la nación más próxima a las costas de Africa, esto tiene lugar tan sólo por la parte del Noroeste, y que respecto de gran porción de las del Norte y de todas las del Este se halla mejor situada Italia, sobretodo desde que la apertura del canal en el istmo de Suez ha facilitado la comunicación con el mar Rojo y con todas las costas orientales del Africa, habiendo procurado por lo mismo dicha nación ocupar algún punto de la misma orilla en el mar Rojo para

proteger el desarrollo de su comercio, al paso que iniciaba las exploraciones de las regiones vecinas, sin olvidar otras en la costa occidental y próximas a las Canarias. A nosotros lo que nos interesa principalmente es el estudio y fomento de todas las comunicaciones que terminen en la costa occidental, y sobre todo en las porciones ya citadas, contiguas a las islas Canarias y a las de Fernando Poo, Corisco y Annobon que poseemos en el Golfo de Guinea. Todas las naciones van ocupando territorios o acumulando sus misiones y factorías en los puntos más ventajosos para el desarrollo de su comercio, mirando al porvenir más que al presente y es preciso que sigamos su ejemplo.

Sin perjuicio de las exploraciones que podamos hacer o auxiliar en la parte central del Africa, hay otras que nos interesa ejecutar directamente por mil motivos diversos que es innecesario detallar. Estas son -- todas aquellas que tengan por objeto el estudio del territorio de Marruecos, y especialmente el de la parte más septentrional. Es indispensable que al lado de nuestras legaciones y consulados en dicho imperio existan siempre agentes, ya civiles o militares, con los conocimientos suficientes y el encargo de reconocer las zonas inmediatas y de reunir cuantas noticias puedan adquirirse acerca de su población, producciones, comercio etc., todo sin perjuicio de las comisiones particulares o viajeros aislados que puedan enviarse para ejecutar expediciones determinadas. Desde luego puede señalarse como línea principal de exploración la que recorra y enlace los ríos Sebú y Muluya, pasando cerca de Fex y por Texa o Tatsa donde se halla la divisoria entre ambos. Esta línea, cuyo desarrollo es de 450 a 500 kilómetros, aísla en cierto modo la zona más septentrional del imperio de la parte Sur, y por ella han de dirigirse siempre las comunicaciones que partan hacia Fex desde la costa occidental o desde la Septentrional, en las inmediaciones de Melilla y las Chafarinas, enlazándose con las primeras las que van desde Tánger al mismo punto. Excusado es manifestar lo que interesa también el reconocimiento de toda la región que media entre esta línea interior y la costa en que se hallan los llamados presidios españoles. Hasta ahora las principales exploraciones de los extranjeros se han verificado casi exclusivamente en las porciones -- entre Tánger, el Sebú y Fex; pero en las líneas muy cercanas a la costa occidental, y sólo existen fuera de éstas los reconocimientos de Rohlf.

hacia Uezan y los de Chavanne en alguna parte del Rif. En el resto del imperio sólo se conocen con certeza las porciones contiguas a algunos itinerarios desde el Norte a la capital, siguiendo en gran parte la -- costa, y otros desde Safí y Mogador al mismo punto. Fuera de éstos son muy pocos los que han llegado al Atlas o cruzado esta cordillera en dirección a Tafilet y a regiones más meridionales del imperio, y también son contadas las exploraciones que se han efectuado en las inmediaciones de la frontera con Argelia.

Francisco Coello.

Fuente: La Academia, 22 y 29 abril 1.877; pp. 253-255 y 264-265

LISTA GENERAL DE SOCIOS.

1. ABADES Y REZANO (D. Julio Gabriel), Catedrático de Geografía y Matemáticas. - Montera, 41, 3º izq.
2. ABELEIRA (Ilmo. Sr. D. Manuel), Inspector General de Minas. -- Magdalena, 19 dup., 3º izq.
3. ABELLA (D. Marceliana de), Oficial de la Interpretación de -- Lengua. - San Bernardo, 11.
4. ACEBAL (D. Ricardo), Ingeniero de Montes, - Oviedo.
5. ACEBO (D. José del), Jefe del Cuerpo de Topógrafos. - Corredora Baja de San Pablo, 57, pral.
6. ACOSTA Y CODESIDO (D. Juan de), Médico mayor de la Armada. --- Ferrol, Cantón, 10.
7. AGUILAR (Ilmo. Sr. D. Antonio), Director del Observatorio Astronómico y Académico de Ciencias exactas. Observatorio de Madrid.
8. AGUILAR (D. Cayetano), Astrónomo. - Observatorio de Madrid.
9. AGUILERA (D. Cayetano), Doctor en Farmacia. - Habana? ----- O'Reilly, 42.
10. AGUILERA (D. Manuel Antonio), Doctor en Medicina y Cirugía. - Habana, O'Reilly, 42.
11. AGUIRRE (D. Ernesto), Teniente Coronel de Estado Mayor. ----- Campomanes, 3, 2º.
12. AGUIRRE-MIRAMON (D. Severo), Ingeniero de Montes y propietario San Sebastián de Guipúzcoa.
13. ALABERN (D. Ramón), Grabador en acero. - Olmo, 8, pral.
14. ALAMEDA (D. Federico), Coronel de Ingenieros.- Arco de Santa María, 36, 3º.
15. ALBACETE (Excmo. Sr. D. Salvador de), Fiscal del Consejo de - Estado. - Cruz, 18, 3º izq.
16. ALBEAR (D. Francisco José), Coronel de Ingenieros y correspondiente de la Academia de Ciencias. ----- Habana, Reina, 126.
17. ALBENIZ (D. Manuel Casimiro), Ingeniero Jefe de Montes. ----- Huesca, Coto bajo, 4; 2º.
18. ALCALA GALIANO (D. Pelayo), Capitán de Fragata y Subdirector de Hidrografía. - Alcalá, 56, 2º.

19. ALCON (D. Aurelio), Comandante de Ingenieros. - Melilla.
20. ALFARO (D. Mannel Ibo), Escritor público. - San bernardo, 21.
21. ALFONSETI (D. Joaquín), Ingeniero Jefe de Montes. - Teruel.
22. ALIX-CANOVAS (Ilmo. Sr. D. Antonio), Presidente de la Audiencia. - Valencia.
23. ALVAREZ (D. Manuel Aníbal), Arquitecto. - Ballesta, 9, pral.
24. ALVAREZ Y ALVERCA (D. José María), Profesor de primera enseñanza, - Jardines, 7, 2º.
25. ALVAREZ DE ARAUJO (D. Angel), Brigadier de Estado Mayor. -- Libertad, 23, bajo.
26. AVAREZ ARENAS (D. Domingo), Ingeniero de Montes. - Oviedo, Canóniga, 18.
27. ALVAREZ NUÑEZ (D. José), Ingeniero Jefe de Caminos. - Carrera de San Jerónimo, 40.
28. ALVAREZ DE TOLEDO (D. Pedro), Marqués de Casafuerte, Encargado de Negocios interino de España, en San Petersburgo.
29. ALVAREZ Y ZARZA (D. Luis), Médico de la Armada. - Alamo, - 3º, pral. drcha.
30. ALLENDE SALAZAR (D. Nicolás), Alférez de navío. - Reina, 19.
31. AMEZAGA (D. Camilo H. de), Propietario. - Magdalena, 21, pral.
32. ANDIA (Excmo. Sr. D. Antonio), Brigadier de Infantería. ---- Saúco, 16, 4º.
33. ANDREU (D. Andrés), ingeniero Jefe de Montes. - Castellón, - Salinas, 6.
34. ANGEL Y RAMON (D. Benito), Ingeniero Jefe de Montes. ----- Cuenca.
35. ANGOSTO (D. Félix), Teniente Coronel Comandante de Infantería de Marina. - Cartagena, Reyes, 1.
36. ANTEQUERA (Excmo. Sr. D. Juan), Contra-Almirante de la Armada. Ministerio de Marina.
37. APARICI Y BIEDMA (Excmo. Sr. D. José María), Brigadier de -- Ingenieros. - San Gregorio, 17 y 19, ---- 3º, drcha.
38. APARICIO (D. Narciso), Ingeniero Jefe de Caminos. - León, -- Plaza de la Catedral, 12.

39. APRAIZ DEL BURGO (D. Julián), Catedrático. - Vitoria, Florida, 19, 2°.
40. ARANDA E IBARROLA (D. Antonio de), Abogado. - Zamora.
41. ARANDA Y SANJUAN (D. Manuel^a), Oficial del Cuerpo de Telégrafos. - Barcelona, Lauria, 45, 2° Isq.
42. ARANTAVE (D. Enrique de)? Ingeniero de Telégrafos. - Habana, Inspección General de Telégrafos.
- 43.. ARANZAZU (D. Juan Manuel de), Inspector General de Minas. -- Atocha, 27, 3° drcha.
44. ARAUS (D. Bernarde), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. ----- Desengaño, 18, 3°.
45. ARCAYA (D. José), Coronel de Ingenieros. - Habana.
46. ARCE MAZON (D. Ignacio de), Comerciante. - Plaza del Príncipe Alfonso, 4.
47. AREVALO (D. Antonio), Ingeniero de Caminos. - Teruel, Plaza - de la Marquesa, 2.
48. ARNAU (D. Robustiano), Jefe de Administración y de Negociado en el Instituto Geográfico. - Serrano, -- 42, 3°.
49. ARRIELAGA (D. Francisco de P.), Ingeniero de Montes. - Urosas, 5, 3° isq.
50. ARRIOLA (D. Alejandro de), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. San Miguel, 25, pral. drcha.
51. ARRIOLA (D. Manuel María de), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Barquillo, 27, 2°.
52. ASENSIO DE SANTA MARIA (D. Manuel), Presbítero y Doctor en - Teología. - León, 12, pral.
53. ASTRAY (D. Juan), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Annistia, 12, 3°.
54. ASUERO (D. Vicente), Doctor en Medicina. - Fuencarral, 22, 2°.
55. AZOFRA (Ilmo.Sr. D. Manuel María), Catedrático Jubilado y -- Académico de Ciencias exactas. - Luna, 33 2° isq.
56. BABE (D. José), Comandante de Ingenieros.
57. BALLESTEROS (D. Luis), Profesor de 1° enseñanza superior. -- Huertas, 16 y 18.

58. BARANDA (D. Manuel), Ingeniero de Caminos. - Magdalena, 34, pral.
59. BARBARA (D. Enrique), Coronel de Artillería. - Segovia.
60. BARCENA (D. Leoncio de la), Ayudante de Caminos. - San Vicente, 12, 3º dcha.
61. BARRANTES (Excmo. Sr. D. Vicente, Inspector General de Instrucción pública y Académico de la Historia y de la Española. - Serrano, 16, 2º.
62. BARREDA (D. Emilio), Capitán de fragata y Jefe de la Secretaría particular del Ministerio de Marina. - Vergara, 4, pral. izq.
63. BARRERA (D. Severino de la), Cónsul de España en Nueva Orleans.
64. BARRIOS (Excmo. Sr. D. Cándido), Brigadier de la Artillería de la Armada. - Villanueva, 4, 3º izq.
65. BARZANALLANA (Excmo. Sr. Marqués de), Presidente del Senado y del Consejo de Estado y Académico de Ciencias Morales. - Sacramento, 5.
66. BATALLA DE AQUINO (D. Eduardo), Jefe del Cuerpo de Topógrafos. - San Lorenzo, 2 sextuplicado.
67. BECERRA (Excmo. Sr. D. Manuel), Ex-Ministro de Ultramar y de Fomento. - Plaza del Cordón, 1, 2º.
68. BEL (D. Horacio), Ingeniero industrial y Catedrático. - Huelva.
69. BELMAS (D. Mariano), Arquitecto. - Cervantes, 16, pral.
70. BANAVIDES (Excmo. Sr. D. Antonio), Director de la Academia de la Historia y Académico de la Española. - Florín, 2 duplicado, bajo.
71. BENGOCHEA (D. Luis de), Ingeniero Jefe de Montes. - Segovia, - 11, 2º.
72. BENNASER (D. Joaquín), Coronel de Artillería. - Coruña.
73. BERDUGO (Excmo. Sr. D. Carlos), Brigadier de Ingenieros. - Badajoz.
74. BERGARECHE (D. Santiago), Brigadier de Artillería. - Bilbao.
75. BERMUDEZ (D. Augusto), Joven de Lenguas en la Legación de España. - Tánger.
76. BIONDI (D. Juan José), Inspector de Sanidad de la Armada. - San Fernando, Real, 238.
77. BLANCO Y CRUZ (D. Eduardo), Notario y Profesor de Geografía. - Juan de Herrera, 6.

78. BLASCO (Ilmo. Sr. D. Eusebio), Autor dramático y Jefe de Administración. - Plaza de Celenque, 1, 3° drcha.
79. BONA (D. Casimiro de), Inspector de 2° clase de Ingenieros de - la Armada. - Ferrol.
80. BONA (Ilmo. Sr. D. Félix de), Jefe superior de Administración. - Barquillo, 26.
81. BONA (Ilmo. Sr. D. Francisco Javier de), Publicista y Vocal de - la Junta del Instituto Geográfico y Estadís- tico. - Magdalena, 6, pral.
82. BORJA Y ALARCON (D. Pedro), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Hortaleza, 17, entresuelo.
83. BORNAS (D. Gabriel), Ingeniero de Montes. - Pamplona.
84. BORREGON (D. Antonio), Ingeniero Jefe de Caminos. - Valladolid.
85. BOTELLA (D. Federico de), Ingeniero Jefe de Minas. - San Andrés, 34, pral.
86. BREMON (D. Federico), Sordo, 15, pral.
87. BREMON (D. Leopoldo), Carrera de San Jerónimo, 5 pral.
88. BREÑOSA (D. Rafael), Ingeniero Jefe de Montes. - San Ildefonso.
89. BUELTA (D. Juan); Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Pelayo, - 38 y 40.
90. BERGOS (D. Auguste de), Cónsul General de España en Argel.
91. BURRIEL (Excmo. Sr. D. Pedro Andrés), Brigadier de Ingenieros. - Ceruña.
92. BUSTAMANTE (D. Luis), Coronel de Artillería. - Segovia.
93. BUTLER (D. Eduardo), Capitán de navío. - Fragata Arapiles.
94. CABALLERO DE MUGUIRO (D. Andrés), Ingeniero de Caminos. - Amor - de Dios, 1.
95. CABANYES (D. Isidoro), Capitán de Artillería. - Hermosilla, 9, 2° drcha.
96. CALDERON Y PONTE (D. Luis), Ingeniero de Montes. - Valle de --- Cabuérniga (Santander).
97. CALVO (D. Arturo), Arquitecto. - Ballesta, 9 2° izq.
98. CALVO (D. Gabriel), Contador de navío. - Reina, 20, 3°.
99. CAMARA (Excmo. Sr. D; Eugenio de la), Arquitecto y Académico de Bellas Artes. - Recoletos, 6, bajo.
100. CAMPILLO (D. Toribio del), Jefe del Cuerpo de Archiveros. ---- Toledo, 42, 2° izq.

101. CAMPO (D. Faustino del), Atocha, 15, 2°.
102. CAMPO (Excmo. Sr. Marqués de), Banquero. - Recoletos, 14.
103. CAMPO-ARANA (D. José), Escritor público. - Hita, 6, 2° izq.
104. CAMPUZANO (D. Carlos), Ingeniero Jefe de Caminos. - Recoletos, 6, 3° drcha.
105. CANILLAS DE LOS TORREROS (Sr. Conde de), Abogado fiscal del Consejo Supremo de la Guerra. - Cuesta de Santo Domingo, 5, pral.
106. CANO Y UGARTE (D. Manuel), Coronel de Ingenieros. - Manila.
107. CANTERO Y ORTEGA (D. Fermín), Capitán de navío. - Serrano, 72.
108. CAÑIZARES Y GARCIA (D. Bernardo), Catedrático. - San Joaquín, 8, pral; drcha.
109. CAPPÀ (D. Francisco), Oficial del Cuerpo de Telégrafos.
110. CARAMES (D. Tomás de), Brigadier de Estado Mayor. - Coruña.
111. CARAVANTES (D. Manuel), Ingeniero Jefe de Caminos. - Toledo.
112. CARCER (D. Antonio), Jefe de Administración civil. - Manila, - Cárcer, 1.
113. CARDERERA (D. Mariano), Oficial del Ministerio de Fomento. --- Greda, 27, 2°.
114. CARRASCO (D. Vicente), Arquitecto. - Hortalena, 60, 3°.
115. CARRERAS Y GONZALEZ (Ilmo. Sr. D. Mariano), Catedrático. ----- Puebla, 7, pral.
116. CARVAJAL Y PIZARRO (D. José), Coronel de Artillería. - Toledo, Fábrica de Armas.
117. CASA Y NAVARRO (D. Cristóbal de la), Coronel, Teniente Coronel de Ingenieros. - Habana, Castillo de las --- Animas.
118. CASAL Y LOIS (D. José), Licenciado en Medicina y Cirugía. ----- Pontevedra, Oliva, 3.
119. CASAMITJANA (D. José), Capitán de Ingenieros. - Guadalajara.
120. CASARIEGO (D. Evaristo), Capitán de navío. - Fragata Zaragoza.
121. CASTELLARNAU (D. Joaquín María), Ingeniero de Montes. - San --- Ildefonso.
122. CASTILLO (Excmo. Sr. D. Ignacio María del), Teniente General - Paseo de Recoletos, 15, 2°.
123. CASTILLO Y ALBA (D. Enrique del), Abogado. - Jaconetres, 57, 3°, izq.

124. CASTILLO Y TRIGUEROS (D. Luis del), Secretario de Legacion. --
Claudio Coello, 17, 2°.
125. CASTRO (Excmo. Sr. D. Carlos María de), Inspector General de -
Caminos. - Villanueva, 3, 2°.
126. CASTRO DIAZ (D. Luis de), Coronel de Ingenieros. - Campomanes,
11, 3°, izq.
127. CASTRO Y GARCIA CARVAJAL (D. Fernando), Ingeniero Jefe de Minas.
Claudio Coello, 15, 2°.
128. CATALINA (D. Mariano), Oficial del Cuerpo de Archiveros. -----
Huertas, 14, pral, drcha.
129. CENIA (Excmo. Sr. Marqués de la), Teniente General. - Reina, 19.
130. CERVANTES (D. Miguel de), Ingeniero de Caminos. - Atocha, 20 --
duplicado.
131. CERVERA (D. Manuel), Ingeniero Jefe de Caminos. - Badajoz, ----
Gabriel, 1.
132. CLARES (D. José), Director de Telégrafos. - Badajoz, Granada, 53?
133. CLAVIJO Y PLO (Excmo. Sr. D. Rafael), Mariscal de Campo, Briga-
dier de Ingenieros. - Guadalajara.
134. CLAVIJO Y ROYAN (D. Juan), Comandante de Artillería de la ----
Armada. - Greda, 34.
135. COELLO (Ilmo. Sr. D. Francisco), Coronel retirado de Ingenieros
y Académico de la Historia. - Reina, 43, 2°.
136. COELLO Y QUESADA (D. José), Brigadier de Estado Mayor. - Arce -
de Santa María, 45, 3°.
137. COLMEIRO Y PENIDO (Excmo. Sr. D. Manuel), Catedrático y Acadé-
mico de la Historia y de Ciencias Morales. -
Clavel, 2, 3° drcha.
138. COLON (Ilmo. Sr. D. Diego), Gentil-hombre de Cámara de S. M.
con ejercicio. - San Bernardo, 1, pral.
140. COMERMA (D. Andrés Avelina), Ingeniero de la Armada. - Ferrol.
Real, 77.
141. CORDERO Y CERVANTES (D. Manuel), Abogado. - San Bernardino, 18.
142. CORRADI (Excmo. Sr. D. Fernando), Escritor público y Académico
de la Historia. - Lope de Vega, 45.
143. CORTAZAR (D. Daniel), Ingeniero de Minas. - Salud, 11 bajo.
144. CARTAZAR (D. Eduardo), Escritor Público. - Paseo de Recoletos,
10.

145. CORTES (D. Manuel), Coronel de Estado Mayor. - Puerto Rico. ---
Capitanía General.
146. CORTES Y MORALES (Excmo. Sr. D. Balbino), Cónsul General de España jubilado.--- Campomanes, 6ª 3ª izq.
147. CRESPO (Excmo. Sr. D. Francisco de Sales), Obispo de Mondoñedo.
148. CRISTOBAL Y PORTAS (D. Francisco), Ingeniero de Caminos. -----
Granada, Ancha de la Virgen, 24.
149. CUBERO (Excmo. Sr. D. Pedro), Obispo de Orihuela.
150. CUETO (Excmo. Sr. D. Leopoldo Augusto de), Académico de la España
Nola y Bellas Artes. - Cervantes, 3, pral.
151. CHACON (D. Ricardo)ª Doctor en Derecho. - Cervantes, 13, 2ª izq.
152. CHAVES (D. Manuel de), Comandante de Caballería. - Lobo, 29 ---
2ª drecha.
153. CHELI (D. Antonio), Coronel de Ingenieros.- Valencia.
154. DAVILA (D. Fernando), Sub-Inspector de Sanidad de la Armada. ---
San Fernando, Hospital militar de San Carlos.
155. DELEITO (D. Victoriano), Ingeniero de Montes. - Guadalajara.
156. DEOP Y RIBA (D. José), Ingeniero de Montes. - Tarragona.
157. DIAZ (D. Olayo), Catedrático y Licenciado en Medicina. - Murcia.
158. DIAZ DE LA CRUZ (D. Luis), Propietario. - Badajoz, Santa Catali
na, 2.
159. DIAZ Y DIAZ (D. José), Contador del Tribunal de Cuentas. - San
Gregorio, 21, 3ª.
160. DIAZ DE HERRERA (D. José Manuel), Brigadier de la Armada. ----
Pelayo, 1, 2ª.
161. DIAZ ROCAFULL (D. Aurelio), Ingeniero de Montes. - Cádiz.
162. DIAZ TRIGUEROS (D. José María), Abogado. - Serrano, 36, 2ª.
163. DIEZ PINEDO (D. Eduardo), Profesor Mercantil. - Fúcar, 1, 3ª.
164. DOMEQ (D. Agustín), Médico de la Armada. - Cavite -----
(Islas Filipinas).
165. DOMEQ (D. Andrés), Florín, 2 duplicado, 3ª izq.
166. DOMEQ (D. León), Ingeniero de Caminos. - Orense, Plazuela -
de la Victoria, 2.
167. DOMINGO Y ROCA (D. Valentín), Comerciante. - Isabel la Cató-
lica, 11, pral.
168. DOMINGUEZ (D. Domingo), Ingeniero Jefe de Minas. - Parada, -
13, pral.

169. DOSMET (D. Baldomero), Ingeniero de Caminos. - Pez, 13, 2º izq.
170. DUPUY DE LOME (D. Enrique), Ex-Secretario de Legación. -----
Bruselas.
171. DURBAN (D. Francisco), Ingeniero Jefe de Caminos. - Almería.
172. ECHEGARAY (D. Eduardo), Ingeniero Jefe de Caminos. - Gorguera,
3, pral.
173. ECHEGARAY (Excmo. Sr. D. José), Ingeniero Jefe de Caminos, --
Académico de Ciencias exactas y ex-Ministro.
Princesa, 13, 2º.
174. EGAÑA (D. Casimiro), Abogado. - Pizarro, 19, pral. drcha.
175. EIZAGUIRRE (D. Carlos de), Industrial. - San Sebastián de ---
Guipuzcoa, Camino, 3.
176. EMPARANZA (D. José Joaquín), Cónsul de España en Key-West. --
(Florida).
177. EROSTARRE (D. José de), Médico Mayor de la Armada. - San Fer-
nando, Real, 210.
178. ESCALONA D. Eduardo), Ingeniero de Caminos. - Palencia.
179. ESCARTIN (D. Antonio), Catedrático. - Murcia.
180. ESCOSURA (D. Luis de la), Ingeniero Jefe de Montes. - Pez, 23.
181. ESCRIBANO (D. José María), Ingeniero de Montes. - Murcia, ---
Plaza de San Antolín, 2.
182. ESCUDERO DE LA PEÑA (D. José María), Director del Archivo ge-
neral central. - Silva, 36, 2º.7
183. ESEVERRI (D. Félix de), Catedrático. - Vitoria.
184. ESPINOSA (Excmo. Sr. D. Francisco), Brigadier de Artillería. -
Segovia, Academia de Artillería.
185. ESPINOSA (D. Manuel), Catedrático y Cura párroco de la Iglesia
de Regla. - Habana.
186. ESTEBAN Y GOMEZ (D. Mariano), Teniente Coronel de Ingenieros.
Mahón, Dayá, 27.
187. ESTEBAN DE TEBAR (D. Pedro), Reyes, 17.
188. FABIE (Excmo. Sr. D. Antonio María), Consejero de Estado y --
Académico de la Historia. - Príncipe, 12,
3º izq.
189. FABRA (D. Nilo María), Escritor Público. - Príncipe, 9.

190. FAQUINETO (Ilmo. Sr. D. José María), Ingeniero Jefe de Caminos
Barcelona, Dirección de Ferrocarriles.
191. FERNANDEZ (D. José Ramón), - Siete de Julio, 2, 3°.
192. FERNANDEZ ALONSO (D. Antonio), Propietario. - Mayor, 18 y 20.
193. FERNANDEZ BRAVO (D. Vicente), Capitan de Ingenieros. - Almen-
dro, 6, pral.
194. FERNANDEZ CARDIN (D. Joaquín María), Catedrático. - Juanelo,
22, 3°, drcha.
195. FERNANDEZ DE CASTRO (D. Angel), Ingeniero de Montes. - Ponte
vedra.
196. FERNANDEZ DE CASTRO (Excmo. Sr. D. Manuel), Inspector general
de Minas. - Infantas, 13, 3° drcha.
197. FERNANDEZ Y CORIA (D. Manuel), Capitán de fragata. - Almiran-
te, 20, 3° drcha.
198. FERNANDEZ CUESTA (D. Nemesio), Escritor público. - Arco de --
Santa María, 42, pral.
199. FERNANDEZ DE LAS CUEVAS (Ilmo. Sr. D. Ruperto), Jefe superior
de Administración. - Reina, 43, 3° drcha.
200. FERNANDEZ DURO (Ilmo. Sr. D. Cesáreo), Capitán de navío. ---
Sáuco, 13 dup., 2°.
201. FERNANDEZ ESPINO (D. Antonio), Catedrático. - Huelva.
202. FERNANDEZ Y GONZALEZ. (D. Francisco), Catedrático y Académico
de la Historia. - Góngora, 2, pral.
203. FERNANDEZ Y GONZALEZ (D. Modesto), Oficial del Ministerio de
Hacienda. - Plaza de Santo Domingo, 11, 2°.
204. FERNANDEZ-GUERRA (Excmo. Sr. D. Aureliano), Escritor y Acadé-
mico de la Historia y de la Española. ---
Valverde, 26, 2° izq.
205. FERNANDEZ DE HARO (D. Joaquín), Ingeniero Jefe de la Armada. -
Plaza del Progreso, 5, entresuelo.
206. FERNANDEZ DE LOSADA (D. Cesáreo), Inspector de Sanidad Militar
- Plaza del Progreso.
207. FERNANDEZ PONTE (D. Pablo), Coronel de Artillería. - Oviedo, -
Sto. Domingo, 1, 2°.
208. FERNANDEZ SAN ROMAN (Excmo. Sr. D. Eduardo), Teniente general.
Plaza de Santa Bárbara, 2.

209. FERNANDEZ VALLIN (D. Acisclo), Catedrático. - Arenal, 16.
210. FERNANDEZ VILLAVARDE (D. Enrique), Ingeniero de Caminos. -----
Sordo, 4, 3°.
211. FERREIRO (D. Martín), Constructor de Cartas en Depósito Hidro-
gráfico e individuo Correspondiente de la -
Academia de la Historia. - Lope de Vega, --
41, 2° izq.
212. FIGUEROLA (Excmo. Sr. D. Laureano), Académico de Ciencias mora
les y ex-Ministro. - Alcalá, 70, 3°.
213. FORONDA (D. Manuel), Abogado. - Barquillo, 34.
214. FORT (D. Carlos Ramón), Jefe de Administración y Académico de
la Historia. - León, 21, 2° izq.
215. FRIDRICH (Excmo. Sr. D. Carlos de), Brigadier. - Alcalá, 88.
216. FRONTAURA (D. Carlos), Escritor público. - Salamanca.
217. FUENTE (Ilmo. Sr. D. Vicente de la), Rector de la Universidad
Central y Académico de la Historia y de --
Ciencias morales. - Valverde, 44, 2° drcha.
218. GALLEGO (D. Juan), Ingeniero de Caminos. - Greda, 13, pral.
219. GAMONAL (D. Juan), Inspector de Ingenieros de la Armada. ----
Almendra, 2, pral. drcha.
220. GARAY (D. Félix), Director de Telégrafos. - Pontevedra.
221. GARCIA (Excmo. Sr. D. Cástor), Senador. - San Bernardo, 33.
222. GARCIA ABADIA (D. Anacleto), Catedrático del Instituto de ---
Tapia (Asturias).
223. GARCIA DE ANGUIANO (Ilmo. Sr. D. Mateo), Capitán de navío. --
Hileras, 4, 3° izq.
224. GARCIA DE ANGULO (D. Enrique), Ingeniero de la Armada. -----
Campomanes, 4, 2° drcha.
225. GARCIA BARZANALLANA (Excmo. Sr. D. José), Ministro de Hacienda
y Académico de Ciencias Morales. -----
Tudescos, 5.
226. GARCIA GALISTEO (D. Eduardo), Vice-Cónsul de España en Olorón
(Francia).
227. GARCIA Y GARCIA (D. Mariano), Coronel de Ingenieros. -----
Biblioteca, 2, 3° drcha.
228. GARCIA HERREROS (D. Plácido), Ingeniero de Caminos. - Molino
de Viento, 40, 2°.

229. GARCIA DEL HOYO (D. Angel), Ingeniero Jefe de Caminos. -----
Palencia, Cantarranas, 10, pral.
230. GARCIA DE LOYGORRI (Excmo. Sr; D. Narciso), Vizconde de la --
Vega, y primer Secretario de Embajada. ---
París.
231. GARCIA MARABER (D. Francisco), Subinspector de Sanidad de la
Armada. - Fomento, 21, bajo drcha.
232. GARCIA MARTIN (D. Luis), Ayudante Fiscal Militar del Consejo-
Supremo de la Guerra. - Amnistía, 10, pral.
233. GARCIA MARTINO (Ilmo. Sr. D. Francisco), Inspector General de
Montes. - Claudio Coello, 13, 3º.
234. GARCIA DE LOS RIOS (D. Antonio), Desengañó, 16, pral.
235. GARCIA RIVERO (D. Antonio), Director de la Sección de Telégra-
fos. - Caballero de Gracia.
236. GARCIA TEJERO (D. Luis), Coronel, Teniente Coronel de Ingenie-
ros.
237. GARCIA TORRES (D. Ricardo), Abogado y Profesor Mercantil. ---
Barquillo, 36.
238. GARCINI Y PASTOR (D. Vicente de) , Ingeniero de Caminos. ----
Panaderos, 16, 2º.
239. GARRALDA (D. Joaquín), Oficial del Ministerio de Marina. ----
Santa Catalina de los Donados, 3, entresug-
lo, drcha.
240. GARRAN (D. Mauricio), Ingeniero Jefe de Caminos. - Barcelona,
Plaza de Medinaceli, 5, 2º.
241. GARRIDO (Ilmo. Sr. D. Esteban), Director General de Obras pú-
blicas. - Claudio Coello, 17.
242. GASAN (D. Juan), Doctor en Medicina. - Serrano, 31 bajo drcha.
243. GAYANGOS (D. Pascual de), Catedrático y Académico de la Histo-
ria. - Barquillo, 4 y 6, 3º drcha.
244. GIL Y CAMPOS (D. Antonio María), Bachiller en artes. - Reloj
16, 2º izq.
245. GIRON (D. Joaquín María), Correspondiente de la Academia de -
la Historia. - Jesús del Valle, 27, pral.
246. GIRONI (D. Gabriel)? Ingeniero Industrial. - Ocaña.
247. GOMEZ DE ARTECHE (Excmo. Sr. D. José), Brigadier de Estado -
Mayor y Académico de la Historia. - Sordo,
27, 3º izq.

248. GOMEZ DE CADIZ (D. Enrique), Director de Sección de Telégrafos.
- Salamanca.
249. GOMEZ MARTINEZ (D. Niceto), Deán de la Santa Iglesia. - Sala-
manca.
250. GOMEZ DE SALAZAR (D. Ricardo), Oficial del Cuerpo de Topógra-
fos. - Piemonte, 9.
251. GOMEZ SAN JUAN (D. José María), Teniente Coronel de Infante--
ría. - Corredera baja de San Pablo, 22, 2°.
252. GOMEZ URDAL (D. Manuel), Capitán de Estado Mayor. - Puerto --
Rico, Capitanía General.
253. GONZALEZ (D. Nicolás), Litógrafo. - Silva, 12, bajo.
254. GONZALEZ GARBIN (D. Antonio), Catedrático. - Granada, Escue--
las, 5, pral.
255. GONZALEZ HIDALGO (D. Joaquín), Doctor. - Huertas, 7, duplicado
2° drcha.
256. GONZALEZ MANRIQUE (Excmo. Sr. D. Francisco), Brigadier de Arti-
llería. - Plaza de Santa María, 2, pral.
257. GONZALEZ MOLADA (D. Justo), Ingeniero Jefe de Caminos. - Jaen,
Juego de Pelota, 5.
258. GONZALEZ BEGUERAL (D. Salustio), Ingeniero Jefe de Caminos. -
Oviedo, Cimadevilla, 4.
259. GONZALEZ SERRANO (D. Urbano), Catedrático. - Noblejas, 3, 2°.
260. GONZALEZ VALDES (D. Nisén), Abogado. - Oviedo.
261. GONZALO (D. Juan José), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. ---
Carbón, 8, 3° izq.
262. GOR (Excmo. Sr. Duque de), Mariscal de Campo. - Cuesta de ---
Santo Domingo, 5.
263. GRACIA CANTALAPIEDRA (D. Rafael), Ingeniero de Minas. - Alcalá
17, duplicado, pral.
264. GRAELLS (Ilmo. Sr. D. Mariano de la Paz), Catedrático y Acadé-
mico de Ciencias exactas. - Bola, 4, 3° drch
265. GREINDL (Excmo. Sr. Barón Jules), Ministro plenipotenciario --
de Bélgica. - Campomanes, 3.
266. GRONDONA (D. Emilio), Ingeniero de Caminos. - Toledo, -----
Aguila, 11.
267. GUIJARRO (D. Andréo), Tapicero. - Juanelo, 21, pral. izq;

268. GUILLEN (D. Carlos), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Almo-
guera, (Guadalajara).
269. GUILLEN (D. Juan C.), - Peligros, 11 pral.
270. GURREA (D. Cecilio), Propietario y Comerciante. - Descalzas, -
2, 2º drcha.
271. GUTIERREZ Y FERNANDEZ (D. Fernando), Comandante de Ingenieros.
- Ciego de Avila, (Cuba).
272. GUTIERREZ Y FERNANDEZ (D. Pantaleón), Ingeniero de Caminos. --
Zamora.
273. GUTIERREZ DE RUBALCAVA (Excmo. Sr. D. Joaquín), Almirante de -
la Armada. - Puebla, 11, 2º.
274. GUTIERREZ Y SALAZAR (D. Pedro), Doctor en Medicina. - Silva --
31, 3º.
275. HERASO (D. Luis), Ingeniero de Montes. - Lope de Vega, 13 y 15
3º, drcha.
276. HEREDIA (D. Ricardo), Conde de Benahavís, Ingeniero civil y --
Senador. - Paseo de la Castellana, 16.
277. HEREZA (D. Juan), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Fúcar, -
1, 3º drcha.
278. HERNANDEZ (D. Aquilino Ignacio), Profesor de Topografía. ----
Relatores, 26, 2º.
279. HERRERA (D. Ricardo), Ingeniero de Caminos. - Mancha Real ----
(Jaen),
280. HERRERO (D. Francisco), Oficial de Telégrafos y Catedrático. -
Albacete, Albarderos, 5, pral.
281. HIDALGO Y TABLADA (Ilmo. Sr. D. José de), Jefe superior de Ad-
ministración y Escritor público. - Morata -
de Tajuña, (Madrid).
282. HOCEJA (D. Javier), Ingeniero de Montes. - Cuenca.
283. HOSTA (D. Juan de), Capitán de Ingenieros. - Puerto-Rico.
284. IBÁÑEZ (Excmo. Sr. D. Carlos), Brigadier y Académico de Cien--
cias Exactas. - Jorge Juan, 8.
285. IBÁÑEZ (D. Miguel M. C. de), - Arenal, 11, 3º izq.
286. IBARRETA (Excmo. Sr. D. Adolfo de), Ingeniero de Caminos. ----
Bilbao.
287. IBARROLA (Excmo. Sr. D. Tomás de), Jefe retirado de Ingenieros
- Paseo de Recoletos, 9.

288. ISBERT (D. Vicente), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Galapagar, (Madrid).
289. IZQUIERDO Y LLUFRIU (D. Vicente), Teniente General de Ingenieros. - Granada, Dirección de Ingenieros.
290. JAREÑO (Excmo. Sr. D. Francisco), Arquitecto y Académico de Bellas Artes. - Atocha, 94.
291. JAUDENES ALVAREZ (D. Ramón), Comandante de Estado Mayor. -----
Puerto-Rico, Capitanía General.
292. JIMENEZ DE LA ESPADA (D. Marcos), Viajero y escritor. - San Juan, 56, 3º izq.
293. JOVELLAR (Excmo. Sr. D. Joaquín), Teniente General. - Habana, -
Capitanía General.
294. LACASA (D. Manuel), Ingenieros de Minas. - Vera (Almería).
295. LAGUNA (D. Máximo), Inspector General de Montes. - Escorial.
296. LAIR (D. Carlos), Consejero de prefectura. - París, San Germain, 53.
297. LAPLANA (D. Luis), - Zaragoza, Alfonso I, 14.
298. LASSO DE LA VEGA (D. Angel), Oficial del Ministerio de Marina. -
Leganitos, 67, bajo.
299. LASSO DE LA VEGA (D. Juan), Archivero Central del Ministerio de
Marina. - San Bernardo, 50, 2º.
300. LAVIÑA Y LAVIÑA (D. Federico), Ingeniero de Montes. - Ballesta,
28, pral. izq.
301. LAZARO Y FIGUERAS (D. Amado de), Ingeniero Jefe de Caminos. --
Tarragona.
302. LEMBEYE (D. Benito), Oficial del Ministerio de Marina. - Mayor
60, pral.
303. LEON Y CASTILLO (D. Juan de), Ingeniero de Caminos. - Las ---
Palmas (Canarias).
304. LEZCANO (D. José), Comandante de Ingenieros. - Habana.
305. LIAÑO (D. Miguel), Teniente de Navío. - Alcalá, 57, bajo, drcha.
306. LIZASO (D. Domingo de), Comandante de Ingenieros. - Manila, --
Dirección Subinspección de Ingenieros.
307. LIZASO (D. Eusebio de), Capitán de Ingenieros. - Zaragoza, ---
Dirección Subinspección de Ingenieros.
308. LOIS (D. Manuel), Ingeniero de Caminos. - Lugo.

309. LOPEZ (D. Lorenzo), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - España.
Ñeieto, 1 pral.
310. LOPEZ (D. Quirico), Licenciado en Farmacia. - Príncipe, 14?
311. LOPEZ BAGO (D. Alfredo de Ramón), Ingeniero Militar. - Santa
Cruz de Tenerife.
312. LOPEZ DORIGA (D. José), Doctor en Medicina y Catedrático. --
Oviedo, Regla, 4.
313. LOPEZ DORIGA (D. José Ramón), Banquero. - Santander.
314. LOPEZ HERMOSA (D. Arturo), Princesa, 22, bajo.
315. LOPEZ MARTIN (D. Santos), Oficial del Consejo de Instrucción
pública. - Fomento, 1 trip., 2º drcha.
316. LOPEZ OCHOA (Ilmo. Sr. D. Antonio), Jefe de Sección en Telé-
grafos.
317. LOS ARCOS Y MIRANDA (D. Javier), Capitán de Ingenieros. ----
Almendo, 6, pral.
318. LUBELZA (D. Pedro María), Brigadier de Ingenieros. - Barqui-
llo, 12, 2º izq.
319. LUDOLF (Excmo. Sr. Conde de), Ministro Plenipotenciario de -
Austria-Hungría. - Rey Francisco, 8.
320. LUNA Y ORFILA (D. José), Comandante de Ingenieros. - Málaga.
321. LUNAS Y LOPEZ (D. Justo Marín), Ingeniero de Minas. - Fuen-
carral, 74, 76, 3º izq.
322. LLANO DE HERRERA (D. Francisco de), Brigadier de la Armada.
- Barcelona, Comandancia de Marina.
323. LLASERA (D. Enrique), Ingeniero de Caminos. - Soria.
324. LLAVE (D. Joaquín de la), Capitán de Ingenieros. - Valverde
21, bajo.
325. LLAVE (Excmo. Sr. D. Pedro de la), Brigadier de Artillería.
- Infantas, 32, pral.
326. LLORENTE (D. Manuel), Encargado de Negocios y Cónsul gene-
ral de España en el Imperio del Brasil.
- Rio-Janeiro.
327. LLOVADOR (D. José), San Vicente, 73, pral, izq.
328. MAC-PHERSON (D. José), Ingeniero de Minas. - Trajineros, 12.
329. MADRAZO (D. Luis de), Pintor de Historia. - Caballero de --
Gracia, 37.
330. MADRID DAVILA (D. Francisco), Ingeniero Jefe de Minas. ----
Málaga, Fonda de Europa.

- 331. MADRID DÁVILA (Excmo. Sr. D. Manuel), Ingeniero Jefe de Cami-
nos. - Barcelona, Paseo de Gracia, 23, pral.
- 332. MAGENIS (Excmo. Sr. D. Ramón), Brigadier de Artillería. -----
Granada, Gracia, 39.
- 333. MAGRIÑA (D. Antonio de), Abogado y Presidente de la Sociedad
Arqueológica Tarraconense. - Tarragona.
- 334. MALDONADO MACANAZ (Ilmo. Sr. D. Joaquín), Catedrático y Direc-
tor General de la Deuda pública. - Reina,
33, bajo.
- 335. MALDONADO MACANAZ (D. Mario), Propietario y Agricultor. ---
Salamanca, Zamora, 53.
- 336. MALLO Y MONTOJO (D. Agustín), Teniente Coronel de Artillería
de la Armada. - San Fernando.
- 337. MARQUES (D. Andrés), - San Bernardo, 33, pral.
- 338. MARQUEZ (D. Manuel), Oficial del Cuerpo de Aduanas. - Gero-
na, Plaza de la Independencia, 16, 3º drcha.
- 339. MARTIN DE ARRUE (D. Rafael), Ingeniero de Caminos. - León, --
Rúa, 36.
- 340. MARTIN DONAYRE (D. Felipe), Ingeniero de Minas. - Esparteros,
8, 3º drcha.
- 341. MARTIN SANCHEZ (D. Jerónimo), Correspondiente de la Academia
de la Historia. - Línén, 24, 2º izq.
- 342. MARTÍNEZ AÑIBARRO (D. José), Individuo de la Sociedad de His-
toria Natural. - Burgos, Laín Calvo, 20,
pral.
- 343. MARTINEZ AÑIBARRO (D. Manuel), Licenciado en Filosofía y --
en Derecho. - Burgos, Laín Calvo, 20 pral.
- 344. MARTINEZ CAMPOS (Excmo. Sr. D. Miguel), Ingeniero Jefe de --
Caminos. - Turco, 5, 3º izq.
- 345. MARTINEZ ECHEVERRIA (D. Francisco), Ingeniero Jefe de Caminos
- León.
- 346. MARTINEZ DE ESCAURIAZA (D. Modesto), Director de la Sucursal
del Banco de España. - Vitoria.
- 347. MARTINEZ Y GONZALEZ (D. Cipriano), Ingeniero Jefe de Cami-
nos. - San Roque, 3, 2º.
- 348. MARTINEZ INDO (D. Valentín), Ingeniero Jefe de Caminos. ----
Toledo.

349. MARTINEZ RIVES (D. José); Catedrático. - Burgos.
350. MARTINEZ Y SAEZ (D. Francisco de P.), Catedrático. - Vergara, 1, 4º izqd.
351. MASARNAU (Excmo. Sr. D. Vicente S. de), Académico de Ciencias exactas. - Cedaceros, 11, 2º.
352. MAS-LATRIE (Sr. Vizconde René de), Oficial del Ministerio de Instrucción pública de Francia. - París, -- Boulevard, St. Germain, 229.
353. MATEO SAGASTA (D. Pedro), Ingeniero Jefe de Montes. - Pontevedra.
354. MAZARREDO (D. Carlos), Ingeniero de Montes. - Dresde, Burgerwiese, 11.
355. MEDINA (Excmo. Sr. D. Salvador de), Brigadier de Ingenieros - Burgos.
356. MENDICUTI (D. Federico), Coronel, Teniente Coronel de Ingenieros. - Algeciras.
357. MERELO (Excmo. Sr. D. Manuel), Catedrático. - Barquillo, 13, 3º izq.
358. MERINO (D. Miguel), Astrónomo y Académico de Ciencias exactas. - Observatorio Astronómico.
359. MERLO (D. Luis), - Preciados, 78, 3º izq.
360. MICHELENA (D. Bernabé), Ingeniere de Montes. - Valladolid, - Torrecilla, 16.
361. MIGUEZ (D. Miguel Faustino), Rector de las Escuelas Pías. -- Monforte.
362. MILLAN Y SOCIATS (D. Alejandro), Ingeniero Jefe de Caminos. - Cáceres, Solana, 12.
363. MINGUEZ (D. Luis), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. ----- Jorge Juan, 8.
364. MIRA (D. Gaspar), Ingeniero de Montes. - Escorial.
365. MIRALLES DE IMPERIAL (D. Clemente), - Alicante, Ramiro, 3.
366. MIRANDA (D. Fausto), Banquero. - Paseo de Isabel II, 4.
367. MIRO (D. Juan), Catedrático. - Jerez de la Frontera, Plaza de Belén, 5.
368. MODET (D. Andrés de), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Pelayo, 55, 2º.
369. MOJADOS (D. Eduardo), Ingeniero Jefe de Caminos. - Valverde, 30.

- 370. MONER (D. Joaquín Manuel de), Abogado. - Fonz, (Huesca).
- 371. MONET (D. Fernando), Coronel de Estado Mayor. - Costanilla - de Santiago, 6, 3º izq.
- 372. MONREAL Y ASCASO (D. Bernardo), Catedrático y Correspondiente de la Academia de la Historia. - Santiago, 11.
- 373. MONTENEGRO (Excmo. Sr. D. Joaquín), Teniente General. - Libertad, 23, pral.
- 374. MONTERO (D. Joaquín), Ayudante primero de Obras públicas. — Córdoba, Jesús y María, 2.
- 375. MONTERO (D. José), Comandante de Ingenieros, - Ferrol.
- 376. MONTERO Y AROSTEGUI (D. José), Ordenador de segunda clase — de Marina. - Vigo, La Olivá, 4 y 6, 3º.
- 377. MONTERO Y GAY (Excmo. Sr. D. Claudio), Capitán de Navío y — Director de Hidrografía. - Alcalá, 56.
- 378. MONTERO RIOS (Excmo. Sr. D. Eugenio), Ex-Ministro de Gracia y Justicia. - Duque de Alba, 15, 2º.
- 379. MONTESINOS (Excmo. Sr. D. Cipriano Segundo), Director de los ferro-carriles del Mediterráneo y Académico de Ciencias exactas. - Lope de Vega, 55
- 380. MONTEVERDE (D. Juan), Comandante Capitán de Ingenieros. — Aranjuez.
- 381. MONTOJO (D. José), Capitán de Fragata. - Goya, 11, 3º drcha.
- 382. MORALES BELL (D. Manuel), Ingeniero de Caminos. - Carmen, - 24, pral.
- 383. MORALES Y PEREZ (D. Valentín), Propietario. - Mayor, 26, 28.
- 384. MORALES RAMIREZ (D. José Pilar), Maestro de Obras y Profesor de Topografía. - Juana de Herrera, 34 pral
- 385. MORAYTA (Ilmo. Sr. D. Miguel), Catedrático. - Villamagna, 4.
- 386. MORENO (D. Bruno), Ingeniero Jefe de Caminos. - Atocha, 133, 2º.
- 387. MORENO (D. Emilio), Ingeniero Jefe de Minas. - Atocha, 115, pral. drcha.
- 388. MORENO NIETO (Ilmo. Sr. D. José), Catedrático y Académico - de la Historia. - San Marcos, 26, trip.
- 389. MORENO Y POZO (D. Adolfo), Doctor en Medicina. - Atocha, 49.

390. MORGADE (D. Florencio), Comandante de Ingenieros. - San Juan - de los Remedios, (Cuba).
391. MORPHY (Sr. Gonde de), Secretario particular de S. M. - Palacio Real.
392. MOTTA (D. Adolfo de), Jefe del Cuerpo de Topógrafos. - Alcalá de Henares, Limoneros, 2, pral.
393. MOYA (Ilmo. Sr. D. Francisco Javier), Abogado y Escritor. --- Fuencarral, 81, pral.
394. MUMBRU (D. Vicente), Ingeniero de Caminos. - Alcaudete.
395. MUNDET (D. Salvador), Capitán de Ingenieros. - Burgos.
396. MUÑOZ Y RUBIO (Ilmo. Sr. D. Pedro J.), Catedrático y Consejero de Agricultura. - Escuela de Agricultura
397. MURGA (D. Gonzalo de), Empleado en la Dirección de Hidrografía - Libertad, 29, 2º izq.
398. NARANJO (Excmo. Sr. D. Felipe), Presidente de la Junta Superior de Minas y Académico de Ciencias ---- exactas. - Leganitos, 47, 2º drcha.
399. NAVA (Excmo. Sr. D. Hilario), Inspector General de Ingenieros de la Armada. - San Quintín, 10, 3º.
400. NAVARRO LABORDETA (D. Enrique), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Miraflores de la Sierra.
401. NEIRA (D. Juan Bautista), Ingeniero de Caminos. - León.
402. NIETO SERRANO (D. Matías), Doctor en Medicina. - Jacometre--so, 66, 3º.
403. NOUGUES (D. Alejandro), Ingeniero de Montes. - Paz, 6.
404. OBREGON (D. Hipólito de), Brigadier de Estado Mayor. - ---- Serrano, 40.
405. OJO (D. José del), Bibliotecario del Ministerio de Marina. - San Bernardino, 10, dup. 4º.
406. OLANO (D. Casto), Ingeniero Jefe de Caminos. - Soria.
407. OLAVARRIA (D. Marcial), Ingeniero de Minas. - Santander.
408. OLIVER Y BONABEL (D. Francisco), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Lobo, 10, 2º izq.
409. OLIVER Y HURTADO (Ilmo. Sr. D. José), Académico de la Historia y Obispo de Pamplona.
410. OLIVER Y HURTADO (D. Manuel), Bibliotecario de la Universidad y Académico de la Historia. - Colores, 2, 2º izq.

- 411. ONCIUS (D. Manuel), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Mayor,
14, 4º isq.
- 412. ORBANEJA (D. Vicente de), Comandante de Ingenieros. - Logroño.
- 413. ORELLANA (D. Jacinto), Abogado. - Salamanca, San Pablo, 32.
- 414. ORTEGA Y MUÑOZ (Excmo. Sr. D. Joaquín), Ingeniero Jefe de Cami-
minos. - Cedaceros, 4, 2º isq.
- 415. ORTEGA Y REY (D. Pablo), Vocal del Consejo de Filipinas. ----
Luna, 6, 3º drcha.
- 416. OTERO Y GARCIA (D. Luis), Coronel de Estado Mayor. - Zaragoza
Paseo de Santa Engracia, 27, 2º drcha.
- 417. PACHECO (D. Manuel), Comerciante. - Habana, Obispo, 28.
- 418. PADILLA (D. Emilio), Doctor en Derecho. - Valencia, Barcelona
31, pral.
- 419. PADILLA (D. Ramón), Abogado. - Serrano, 46, pral.
- 420. PAGAN Y AYUSO (Excmo. Sr. D. Pedro), Propietario. - Murcia, -
Plaza de Santo Domingo, 5.
- 421. PAGE (Excmo. Sr. D. Eusebio), Ingeniero Jefe de Caminos. ----
San Nicolás, 15, pral.
- 422. PALET Y VILLAVA (D. José), Vice-Cónsul de España. - Barca de
Alba (Portugal).
- 423. PALOU DE COMASEMA (D. Juan), Coronel de Ingenieros. - Barqui-
lle, 27, 3º.
- 424. PARDO (Ilmo. Sr. D. Manuel), Ingeniero Jefe de Caminos. - San
Joaquín, 2, 2º isq.
- 425. PASCUAL (D. Epifanio), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. ----
Caballero de Gracia, 20, 2º.
- 426. PASCUAL (D. Santiago), Inspector de Telégrafos. - Valencia.
- 427. PASTOR (D. Angel), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Reyes,
7, pral. drcha.
- 428. PAYX (Excmo. Sr. D. Miguel), Arzobispo de Santiago de Compos-
tela.
- 429. PECOUL (D. Augusto), Académico Honorario de la Historia. ---
París, Ecuries d'Artois, 21.
- 430. PEDRAYO (D. Manuel), Catedrático. - Plaza de Santo Domingo,
11, 2º.
- 431. PELLON Y RODRIGUEZ (D. Julián), Catedrático y Escritor. ----
Villajoyosa (Alicante).

432. PEÑA RAMIRO (Sr. Conde de), Propietario. - Bola, 4, pral.
433. PEÑUELAS (Excmo. Sr. D. Lino), Ingeniero Jefe de Minas. -----
434. PEREDA (D. Manuel de), Jefe de Administración. - Habana, ----
Comandante del Arsenal.
435. PEREZ ALONSO (D. Francisco), Ingeniero de Caminos. - Arenal,
6, Librería.
436. PEREZ ARCAS (D. Laureano), Catedrático y Académico de Ciencias
exactas. - Huertas, 14, 3º izq.
437. PEREZ COSSIO (Excmo. Sr. D. Leandro), Jefe de Administración.
- Palma baja, 61, pral.
438. PEREZ DE GUZMAN (D. Juan), - Aduana, 24º pral.
439. PEREZ Y PEREZ (D. Artemio), Teniente Coronel de Artillería. -
San Juan, 56, 3º izq.
440. PEREZ Y PEREZ (D. Esteban), Grabador del Depósito Hidrográfico
- Olmo, 27, 2º drcha.
441. PEREZ DEL PULGAR (D. Juan), Coronel, Capitan de Estado Mayor.
- Hortaleza, 81.
442. PEREZ RICO (D. Luis), Gentil-Hombre de Casa y Boca. - Bola, 6.
443. PEREZ RIOJA (D. Bonifacio), Oficial del Cuerpo de Telégrafos.
- Soria, Estación telegráfica.
444. PEREZ RUIZ (Ilmo Sr. D. Félix), Jefe de Administración. -----
Biblioteca, 4, 2º.
445. PEREZ DE LA SALA (D. Pedro), Ingeniero Jefe de Caminos. -----
Turco, 5, 3º drcha.
446. PERILLAN GARCIA (D. Miguel), Director-propietario de El Popu-
lar. - Prado, 15, bajo.
447. PERILLAN MARCOS (D. Martín), - Prado, 15, bajo.
448. PERO (D. Agustín Felipe), Decano de los Arquitectos municipa-
les. - Cerdón, 1, 3º.
449. PETIT (D. Guillermo), Ingeniero de Caminos. - Cáceres.
450. PEZUELA (Excmo. Sr. D. Jacobo de la), Coronel retirado y Aca-
démico de la Historia. - Habana, Fonda de
San Carlos.
451. PIDAL (Excmo. Sr. Marqués de), Propietario, - Carrera de San
Jerónimo, 28.
452. PINTO (D. Federico), Teniente de Navío. - San Bernardo, 76, 3º
453. PIRALA (D. Antonio), Escritor. - Isabel la Católica, 21.

454. PITA (D. Federico Alejo), Oficial del Gobierno civil. - Toledo
455. PIZCUETA (D. Ventura), Jefe del Cuerpo de Topógrafos. - -----
Barquillo, 39, 2°.
456. PLA Y CANCELA (D. Antonio Magín), Catedrático. - Lugo, Santo -
Domingo, 55, pral.
457. PLA Y RAVE (D. Eugenio), Ingeniero de Montes. - Soldado, 7, --
pral.
458. PONZANO (D. Ponciano), Escultor y Académico de Bellas Artes. -
Serrano, 44.
459. POZO Y ALVAREZ (D. Manuel del), Ingeniero Jefe de Montes. ----
Sacramento, 6, pral.
460. PREMIO-REAL (Sr. Conde de), Cónsul General de España en el Ca-
nadá y Norte América. - Québec.
461. PRIETO Y CAULES (D. Francisco), Ingeniero de Caminos. - Plaza
de Santa Bárbara, 7;
462. PUIG (D. Gabriel), Ingeniero de Minas. - Pavía, 4.
463. PUJOL Y OLIVES (D. Manuel), Teniente Coronel de Ingenieros.
464. PUZO (D. Nsario de), Contador de Navío. - Abada, 25, 2°.
465. QUESADA Y MUÑOZ (D. Fernando), Oficial del Cuerpo de Topógra-
fos. - Alcalá de Henares, Empecinado, 13, 2°.
466. QUINTANA (Excmo. Sr. D. Lorenzo Nicolás), Ex-Presidente de la
Sección de Hacienda del Consejo de Estado.
- Urosas, 18, 2°.
467. QUINTANA (D. Mariano), Jefe del Cuerpo de Topógrafos. - Jaén.
468. QUIROGA Y ESPINOSA (D. Juan de), Coronel de Ingenieros. Bada-
jos, Parque de Ingenieros.
469. QUIROGA Y LOPEZ (D. Benigno), Ingeniero de Montes. - Lugo.
470. RADA Y DELGADO (D. Juan de Dios de la), Catedrático y Acadé-
mico de la Historia. - Corredera de San --
Pablo, 12, 2°.
471. RAMIREZ Y VAZQUEZ (Excmo. Sr. D. Fernando), Obispo de Badajoz.
472. RAMOS (D. Clemente), Capitán de Infantería de Marina. - San --
Fernando.
473. RAMOS IZQUIERDO (D. Francisco), Oficial del Ministerio de Ma-
rina. - Arsenal, 22, dup.; pral.
474. RANCES Y VILLANUEVA (Excmo. Sr. D. Manuel), Ministro Plenipo-
tenciario de S. M. C. en Londres.

475. RAVINA (D. Juan), Ingeniero Jefe de Caminos. - Cádiz, Benju--
meda, 11.
476. REBOLLEDO (D. José A.), Ingeniero Jefe de Caminos. - Cuesta
de Santo Domingo, 22, 2º, drcha.
477. REGUERA (D. Vicente), Comisario de Marina. - Ferrol, Sánchez
Barcáiztegui, 10 pral.
478. REIG (D. Manuel), Diputado a Cortes. - Atocha, 24, 3º.
479. REINOSO (D. Fernando J.), Catedrático. - Habana, Instituto --
provincial.
480. REMENTERIA (D. Mariano), Catedrático. - Corredera baja, 10, -
pral.
481. REPULLES Y VARGAS (D. Enrique María), Arquitecto. - Atocha, -
88, 2º.
482. REUS Y BAHAMONDE (D. Emilio), Doctor en Filosofía y Letras. -
Peligros, 6 y 8, 2º.
483. REUS Y GARCIA (Excmo. Sr. D. José), Escritor público. _ Peli-
gros, 6 y 8, 2º.
484. REYES Y RICH (D. Carlos), Capitán de Ingenieros. - Guadala-
ja, Carmen, 9.
485. REYES Y RICH (D. Juan A.), Capitán de Ingenieros. - Guadala-
ja
ra.
486. REYNA (Excmo. Sr. D. Tomás de), Brigadier de Artillería. ----
Serrano, 30.
487. RIAÑO (D. Juan Facundo), Catedrático y Académico de la Histo-
ria. - Barquillo, 4 y 6, 3º drcha.
488. RIAÑO (D. Manuel), Ingeniero de Caminos. - Colegiata, 11, bajo
489. RIGADA Y LEAL (Excmo. Sr. D. Manuel de la), Contra-Almirante.-
Plaza de Bilbao, 1, 2º izq.
490. RIOS (Excmo. Sr. D. José Amador de los), Catedrático y Académi-
co de la Historia y Bellas Artes. - Correde-
ra baja de San Pablo, 26.
491. RIPOLL (D. Francisco de P.), Subdirector de Hacienda en Filipi-
nas. - Manila.
492. RIQUELME Y LAIN CALVO (D. Joaquín), Ingeniero Industrial y Ca-
tedrático. - Barcelona, Mendizábal, 21, 4º.
493. RIVADENEYRA (D. Adolfo), Correspondiente de la Academia de la
Historia. - Madera, 8 pral.

494. RIVAS Y CALDERON (D. Ismael), Oficial Segundo de Administración Militar. - Poz, 13, 2° izq.
495. RIVERA (D. Manuel), Ingeniero de Caminos. - Palencia.
496. RIVERO (Excmo. Sr. D. José), Director General de Rantas. - --- Mayor, 14, pral.
497. RIVERO (D. Roque León del), Ingeniero Jefe de Montes. - San --- Ildefonso.
498. ROBLEDO((D. Santos María), Abogado. - Almirante, 20, 3° drcha.
499. RODRIGUEZ AIERDE (D. José), Ingeniero de Caminos. - Cartagena, Plaza de Santa Catalina.
500. RODRIGUEZ DE ARIAS (Excmo. Sr. D. Rafael), Contra-Almirante. - Goya, 6, 2°.
501. RODRIGUEZ ARROQUIA (Excmo. Sr. D. Angel), Brigadier de Ingenie ros. - Prado 29, pral.
502. RODRIGUEZ GARCIA (D. Calixto), ingeniero de Montes. - Cuenca.
503. RODRIGUEZ LEAL (D. Joaquin), Ingeniero de Caminos. - Plaza --- del Progreso, 15, 2°.
504. RODRIGUEZ PINILLA (Excmo. Sr. D. Tomás), Abogado. - Hermosi--- lla, 9, 3°.
505. RODRIGUEZ RUBI (D. Juan), Abogado y Cónsul de España en Liver pool. - Preecons Row, 12.
506. ROJI (D. Alejandro), Teniente Coronel Capitán de Ingenieros.- Madera, 11, 3° drcha.
507. ROLDAN (D. Francisco de), Teniente Coronel Capitán de Ingenie res? - La Gasca, 22, 4°.
508. ROMERO (D. Vicente Cristeto), Ayudante de Obras Públicas. --- Baño.
509. ROMERO Y GILSANZ (D. Felipe), Ingeniero de Montes. - Vallade- lid, Doña María de Molina, 6, 2°.
510. ROMERO Y LOPEZ (D. Agustín), Ingeniero Jefe de Montes. ----- Escorial.
511. RO ROSELL (Excmo. Sr; D. Cayetano) Director de la Beblioteca Na- cional y Académico de la Historia. - Plza. Santa Bárbara, 2, 2°.
512. ROSES (D. Miguel), Capitán de Ingenieros. - Habana, Dirección Sub-Inspección de Ingenieros.
513. ROYO. (D. Mariano), Ingeniero Jefe de Caminos. - Zaragoza.

- 514. RUIZ BENITUA (D. Ricardo), Doctor en Derecho. - Encomienda, -
17, dup, pral.
- 515. RUIZ DE CASTAÑEDA (D. Antonio), Ingeniero Jefe de Caminos. -
Granada, Plaza de Fortuny, 1.
- 516. RUIZ CHAMORRO (D. Eusebio), Catedrático y Abogado. - Cardenal
Cisneros, 7, 3º drcha.
- 517. RUIZ GOMEZ (D. Santiago), Cónsul de España en Civita-Vecchia.
- 518. RUIZ GOMEZ (Excmo. Sr. D. Servando), Consejero de Estado. ---
Alcalá, 27, 3º izq.
- 519. RUIZ MARTINEZ (D. Rafael), Abogado y Jefe de Administración.-
Habana.
- 520. RUIZ DE SALAZAR (D. Emilio), Doctor en Ciencias y Catedrático
- Horno de la Mata, 12.
- 521. RUIZ ZORRILA (D. Federico), Coronel Comandante de Ingenieros.
- Cruz, 14, pral.
- 522. RUTE (D. Luis), Ingeniero de Caminos. - San Bernardo, 29.
- 523. SALAVEDRA (Excmo. Sr. D. Eduardo), Ingeniero Jefe de Caminos,
Académico de la Historia y de Ciencias ---
exactas. - San Joaquín, 14, pral. drcha.
- 524. SABAU (Excmo. Sr. D. Pedro), Consejero de Estado, Académico -
de la Historia y de Ciencias Morales. ----
León, 21, 2º drcha.
- 525. SAENZ DE SANTA MARIA (D. Ricardo), Ingeniero de Caminos. ----
Almería.
- 526. SAGOLS (D. Pedro), - Barcelona, Concellers, 4, pral.
- 527. SAINZ DE AJA (D. Eduardo), Oficial del Cuerpo de Topógrafos.
Alcalá de Henares, San Felipe, 1.
- 528. SAIZ LOPEZ (D. Antonio), Jefe del Cuerpo de Topógrafos. ----
Málaga, Plaza de la Merced, 30, pral.
- 529. SALAS (D. Francisco Javier de), Oficial del Ministerio de Ma-
rina y Académico de la Historia. - San ---
Lucas, 6, segundo.
- 530. SALETA (D. Honorato de), Coronel Capitán de Ingenieros. ----
Aranjuez.
- 531. SALGADO (D. Daniel), Jefe de Administración. - Chinchilla, 2,
2º drcha.

532. SANCHA (D. José María de), Ingeniero de Caminos. - Málaga, -
Victoria, 50.
533. SANCHEZ Y MASSIA (D. Juan), Ingeniero de Minas. - San Roque,
8, 3°.
534. SANCHEZ TIRADO (D. Anselmo), Ingeniero Jefe de Minas. -----
Magdalena, 30, 3°.
535. SANCHEZ TIRADO (D. José), Oficial del Cuerpo de Topógrafos.-
Jaén.
536. SANCHEZ TIRADO (D. Pedro), Jefe del Cuerpo de Topógrafos. --
Jesús y María, 4, ent. izq.
537. SANCHEZ VIDAL (D. Bernardino), Catedrático. - Murcia, Santa
Eulalia, 11.
538. SANCHEZ Y BASADRE (D. Eliseo), Brigadier de la Armada. ----
Arenal, 22, 2°.
539. SANCHIZ Y CASTILLO (D. Ramón), Brigadier de Artillería. ----
León, 8, pral.
540. SANCHE Y GIL (D. Faustino), Doctor en Filosofía y Letras. --
Puerta del Sol, 13, 3° izq.
541. SAN GIL Y VILLANUEVA (D. José), Oficial de Ingenieros. - Jaca.
542. SAN GREGORIO (Excmo. Sr; Marqués de), Doctor y Académico de --
Medicina. - Claudio Coello, 16, 2° drcha.
543. SAN MIGUEL (Excmo. Sr. D. Justo), Caballero de Gracia, 23.
544. SANROMA (Excmo. Sr; D. Joaquín María), Catedrático. - Carrera
de San Jerónimo, 40.
545. SANTA CRUZ (Excmo. Sr. Marqués de), Propietario. - San Ber---
nardino, 14.
546. SANTIAGO Y SAENZ DIEZ (D. Julio de), Don Pedro, 6, 3° izq.
547. SANTOS (Excmo. Sr. D. José Emilio de), Presidente de Sección
del Consejo Superior de Agricultura, Indus-
tria y Comercio. - Madera, 3.
548. SANZ Y LARUMBE (D. Javier), Ingeniero Jefe de Caminos. - ----
Oviedo, Herrería, 8.
549. SANZ TORNOSA (Ilmo. Sr. D. Manuel), Ingeniero Jefe de Caminos
- Palencia, Mayor, 52 y 54.
550. SAVALL Y DRONDA (D. Pascual), Magistrado de la Audiencia. ---
Habana, Compostela, 109.
551. SAVALL Y SALVAT (D. José), Director de Telégrafos. - Tarragona

552. SCHULZ (Elmo. Sr. D. Guillermo), Inspector General de Minas - jubilado. - Plaza de San Miguel, 5, 2°.
553. SEBASTIAN (D. Cándido), Teniente Coronel Capitán de Artillería - Colmillo, 3, ent. drcha.
554. SECADES (Excmo. Sr. D. Manuel Mamerto), Sub-Gobernador del -- Banco de España. - Jovellanos, 5, pral. dra
555. SEDANO (Excmo. Sr. D. Carlos de), Gentil-Hombre de Cámara. -- Florín, 4.
556. SEGUI (D. Augusto), Intendente de Ejército. - Bola, 8, pral.- izquierda.
557. SERANTES (D. Ricardo), Ingeniero de Caminos. - Cuseta de ---- Santo Domingo, 14, 2°.
558. SICHAR (D. Mariano), Comandante de Ingenieros. - Habana, ---- Dirección Sub-Inspección de Ingenieros.
559. SOCORRO (Excmo. Sr. Marqués del), Presidente de la Academia - de Ciencias. - Jacometrezo, 41.
560. SOMOZA (D. José de), Catedrático. - Alcalá, 17, trip.
561. SORIANO (Excmo. Sr. D. Ramón), Brigadier de Ingenieros. ----- Granada, Capitanía General.
562. SOTO (D. Camilo), - Amor de Dios, 3, 3°.
563. SOTO (D. Pedro Nolasco de), Ingeniere de Caminos. - Sevilla, Argote de Molina, 11.
564. SUREDA Y FERRER (D. Miguel), Director de la Escuela Normal. - Málaga, San Telmo, 1, pral.
565. TALLERIE (Ilmo. Sr. D. Tomás Eduardo), Inspector de Ingenieros de la Armada. - Preciados, 5, pral.
566. TAULAR (D. Alfredo), Licenciado en Ciencias exactas. - Válgame Dios, 6, 3° drcha.
567. TERRER (Excmo. Sr. D. Joaquín), Mariscal de Campo. - Sevilla, Jesús, 21.
568. TERRERO (Excmo. Sr. D. Antonio) Brigadier de Estado Mayor y - Académico de Ciencias exactas. - Recoletos 15.
569. TOLOSA (D. Camilo), Teniente Coronel de Estado Mayor. - Puerto Rico, Capitanía General.
570. TOPETE (Excmo. Sr. D. Ramón), Contra-Almirante. - Goya, 13 2°.

571. TORAL (D. Antonio), - San Bernardo, 17, 2°.
572. TORENO (Excmo. Sr. Conde de), Ministro de Fomento.
573. TORNOS (D. Lucas Mariano de), Director de Sección de Telé—
grafos. - Reyes, 20, 2° isq.
574. TORRE (D. José de la), Ministro del Tribunal superior terri—
torial de Cuentas de Filipinas. - Manila.
575. TORRE (D. Tomás de la), Comandante de Ingenieros. - Ciudad -
Rodrigo.
576. TORRES (D. Guillermo de), Propietario. - Montero, 43.
577. TORRES (Ilmo; Sr. D. José María), Abogado. - Mayor, 108 y 110
3° drecha.
578. TORRES AGUILAR (D. Salvador), Catedrático. - Lagasca, 22, —
2° drecha.
579. TORRES DE GODOY (D. Miguel), Ingeniero militar. - Lope de —
Vega, 9, pral.
580. TORRES VILDOSOLA (Ilmo. Sr. D. Luis de), Inspector General -
de Caminos. - Reina, 43, dup. pral.
581. TORROJA (D. Eduardo), Catedrático y Arquitecto. - Magdalena,
30, pral.
582. TOSANTOS (Excmo. S. D. Martín), Oficial retirado de Estado -
Mayor y Gobernador Civil de Huesca. —
Briñas, (Logroño).
583. TRASOBARES (D. José Francisco de), Abogado. - Córdoba, Mac—
carenes, 11.
584. TRAVADO (D. Salvador), Ayudante de caminos. - Luchana, 11, -
dup, 3°.
585. TROMPETA Y VINCI (D. Enrique), Ingeniero de Caminos. - Lugo.
586. TUERO (D. José María), Capitán de Navío. - Plaza del Cordón,
1, drecha.
587. UGET (D. José María), Ingeniero de Montes. - Teruel.
588. UHAGON (D. Recaredo de), Ingeniero de Caminos. - Alcalá, —
57, 2°.
589. UREÑA (D. Justo), Director de Sección de Telégrafos. - Paseo
del Prado, 22, 3°.
590. URQUIZA (D. José de), Ingeniero de Caminos. - Salamanca.
591. URREJOLA (D. Luis de), Ingeniero Jefe de Montes. - Barquillo
32, 2°.

1200

592. URSAIZ (D. Antonio de), - Farmacia, 12, bajo.
593. VALCARCEL (D. Joaquín), Coronel de Ingenieros. - Fuencarral, 74 y 76, 2º drcha.
594. VALDES Y DIAZ (D. Eugenio), Coronel de Artillería. - Murcia, Fábrica de póvora.
595. VALERA (Excmo. Sr. D. Juan), Académico de la Española y de - Ciencias Morales. - Claudio Coello, 2.
596. VALERA (D. Agustín), Coronel retirado y Académico de Cien— cias exactas. - Leganitos, 13, pral.
597. VALERO DE TORNOS (D. Juan), Abogado y Escritor público. ---- Serrano, 4.
598. VALLDUIR (D. Francisco), Jefe del Cuerpo de Topógrafos. ---- Carbón, 8, 2º drcha.
599. VALLE (D. Manuel María del), Catedrático. - Sal, 2 3º drcha.
600. VALLES (D. Enrique), Secretario de Legación. - Berlín, ---- Thiergarten Hotel.
601. VALLESPIN (D. Ricardo), Comandante de Ingenieros. - Santiago de Cuba.
602. VASCO (D. José María), - Granada, Duquesa, 20.
603. VAZQUEZ ILLA (D. Ricardo), Capitán de Infantería. - Vallado- lid, Obispo, 1.
604. VAZQUEZ Y LOPEZ AMOR (D. Antonio), Doctor en Derecho y Vice- Cónsul. - Biblioteca, 2.
605. VAZQUEZ NAVARRO (D. Juan), Médico de la Armada. - Cartagena, San Francisco, 12.
606. VAZQUEZ PIÑOL (Excmo. Sr. D. Antonio María), Ingeniero Jefe de Caminos. - Juanelo, 22.
607. VELAZQUEZ (D. Celedonio), Catedrático. - Toledo, Alfileritos 9.
608. VENTOSA (D. Vicente), Astrónomo. - Observatorio Astronómico.
609. V ERGARA (D. Mariano), Doctor en Administración y Correspon- diente de la Academia de la Historia y - Bellas Artes. - Caños, 5, 2º.
610. VICTORIA (D. Pedro), Jefe de Administración. - Murcia, ---- Alfaro, 6.
611. VICUÑA (D. Gumersindo), Catedrático. - Jacometrezo, 44, 3º.

- 612. VIDAL (D. Cayetano), Catedrático. - Barcelona, Pelayo, 26, 3°.
- 613. VIGNAU (D. Vicente), Oficial del Cuerpo de Archiveros. -----
Fuencarral, 57, 2°.
- 614. VILANOVA (D. Juan), Catedrático y Académico de Ciencias exac-
tas. - San Vicente, 12, pral.
- 615. VILAR PSAILA (D. Juan José), Cronista y Rey de armas de S. M.
- Puerta del Sol, 4, 3° izq.
- 616. VILDOSOLA (D. Juan), Ingeniero de Caminos. - Coruña, Marina,
24, 2°.
- 617. VILLAAMIL Y CASTRO (D. José), Oficial del Cuerpo de Archive-
ros y Correspondiente de la Academia de -
la Historia. - Pízarro, 17.
- 618. VILLALVA Y PEREZ (Excmo. Sr. D. Ricardo), Ex-Oficial de Sani-
dad y Diputado. - Vargara, 4, pral. izq.
- 619. VILLANOVA (D. José), Ingeniero de Caminos. - Linares, (Jaen)
Mina Arrayanes.
- 620. VILLANOVA (D. José Genaro), Propietario. - Barquillo, 9, pral
derecha.
- 621. VILLAVASO (D. Camilo de), Publicista y Diputado a Cortes. ---
Lobe, 10, pral.
- 622. VISO (Excmo. Sr. Marqués del), Capitán de Fragata retirado.
- San Bernardino, 14.
- 623. VIVIEN DE SAINT MARTIN (Mr; L.), Académico Honorario de la -
Historia. - Versailles, Saint Antoine, 11.
- 624. YAGÜE Y BUIL (D. Rafael), Ingeniero de Caminos. - Málaga, --
Alameda, 49.
- 625. ZAVALA (D. Rafael), Ingeniero Jefe de Caminos. - Zamora.
- 626. ZAYAS (D. Joaquín), Ingeniero de Caminos. - Granada, Cuchi-
lleros, 10.

ESTATUTOS DE LA ASOCIACION ESPAÑOLA
PARA LA EXPLORACION DEL AFRICA, CONSTITUIDA EN MADRID BAJO LA PRESI -
DENCIA DE S. M. EL REY.

Artículo 1º. El objeto de la Asociación es promover en España la exploración y la civilización del Africa.

Art. 2º. Pertenecen a la Asociación: 1º., las personas que contribuyan con una suma de 500 pesetas de una vez, á losmenos, ú ofrezcan contribuir con una cuota anual que no baje de 50 pesetas; 2º., -- las que, previamente invitadas al efecto, se empleen de cualquier --- otro modo en beneficio de la institución, especialmente propagando su objeto y proporcionando el mayor aumento de recursos.

Art. 3º. Esta Asociación se pondrá inmediatamente en correspon-- dencia con la Internacional constituida en Bruselas; y desempeñará el oficio de Comisión nacional española, respecto de ella.

Art. 4º. Para realizar su objeto, la Asociación promoverá el conocimiento del Africa interior por medio de conferencias, de publicaciones, de auxilios a las expediciones y establecimientos africanos, organizados dentro ó fuera de España, y muy especialmente de viajes -- de exploración, preparados y dirigidos por ella misma. Se dedicará al establecimiento de estaciones y exploraciones internacionales, por -- regla general, la mitad de lo que se recaude.

Art. 5º. Los recursos con que cuenta la Asociación son las suscripciones y donativos en dinero, en especie ó en trabajo que pueda reunir, tanto de sus individuos y otras personas particulares, como, de Corporaciones é Institutos, sean libres ú oficiales.

Art. 6º. La Asociación cuidará de formar una biblioteca especial de libros, manuscritos y publicaciones de todo género, relativas á -- su institución.

Art. 7°. La Junta Directiva de la Asociación se compone del -- Presidente, de dos Vicepresidentes, cuatro Consiliarios, un Tesorero y dos Secretarios.

Art. 8°. Los cargos de la Junta Directiva se renovarán anualmente por mitad, y las personas que desempeñen los de Vicepresidente y Consiliario no podrán ser reelegidas inmediatamente?

Art. 9°. La Junta nombrará dos individuos de la Asociación que la representen en la Comisión Internacional.

Art. 10. La Asociación española dispondrá sus trabajos en consonancia con los acuerdos de la Internacional, atendiendo siempre á lo más importante para nuestra nación.

Art. 11. Las investigaciones que la Asociación disponga en los países de Africa, se extenderán igualmente al adelantamiento de la Geografía, que al de las Ciencias naturales y las Letras Humanas.

Art. 12. La Asociación se reunirá en Junta General cuantas veces sea necesario, bien para tomar acuerdos ó para enterarse de cualquier asunto de interés, previa convocatoria del Presidente, á quien se dirigirán el Socio ó Socios que deseen promover una Junta extraordinaria con cualquier objeto propio de la Asociación.

Art. 13. Cada año habrá una Junta General de la Asociación en -- que se dé cuenta de los trabajos efectuados, de los recursos recibidos, de los gastos hechos y de cuanto interese á los asociados.

Art. 14. Todos los asociados gozan de igual consideración y de -- rechos, cualquiera que sea el punto de su residencia, y en las poblaciones en que sea conveniente, los asociados se reunirán para -- formar una Asociación corresponsal, cuya organización se dispondrá oportunamente.

BASES PRESENTADAS POR LA COMISION

elegida

PARA FIJAR LOS MEDIOS DE PROPAGAR LOS CONOCIMIENTOS GEOGRAFICOS

discutidas y aprobadas

POR LA SOCIEDAD EN REUNION ORDINARIA

Artículo 1º. La Sociedad Geográfica publicará en su Boletín artículos críticos destinados a manifestar los errores que aparecen en -- los libros geográficos de mayor circulación, y a suplir la falta de -- datos de que adolezcan, procurando de este modo llegar a la mayor -- exactitud posible en la divulgación de la ciencia.

Art. 2º. Fomentará la afición y el interés de los españoles a los estudios geográficos, para lo cual podrán emplearse diferentes medios y entre ellos los siguientes: 1º., dar con periodicidad, conferencias doctrinales, para constituir mediante ellas, cursos breves de geografía, destinados a propagar esos conocimientos entre las clases menos doctas y acomodadas; 2º., dirigir al Gobierno respetuosa manifestación sobre la urgente ó imperiosa necesidad de modificar las disposiciones vigentes relativas al estudio de dicha materia, exponiendo al propio tiempo el sistema completo de enseñanza que convendría adoptar así como un programa comprensivo de los puntos que deben abrazar los libros dedicados a la instrucción, según la edad de los alumnos; 3º., recomendar a las personas competentes que esta Sociedad cuenta en su seno, la publicación de artículos que tengan por especial objeto la -- descripción singular de varias localidades y principalmente las de España; 4º., clasificar los habitantes de nuestra Península aptos para el estudio de la Geografía y hacer un programa encaminado a que cada grupo, según su necesidad, logre, mediante textos apropiados, lo que para ellos se estime útil y necesaria.

Art. 3º. Se reunirá el mayor número posible de cartas geográficas ó topográficas de España, procurando señalar aquellas más modernas y exactas que sean la fiel imagen de los territorios, comarcas y poblaciones que traten de representar.

Art. 4º. Como consecuencia de ello y averiguada la omisión de - otras cartas interesantes, se excitará a las respectivas colectivida- des é individuos para que procuren hacer trabajo tan indispensable y necesario.

Art. 5º. La Sociedad difundirá? por los medios que crea oportu- nos, la idea de que reportaría gran utilidad a todos los naturales y residentes en las provincias y localidades, adquirir cartas genera- les y particulares de aquellos territorios, entre los cuales puede - adoptarse el de excitar patriotismo de las corporaciones y autores - más reputados, á fin de que publiquen ediciones económicas de sus -- trabajos.

Art. 6º. La Sociedad por si, ó convocando un certámen, procura- rá que se publiquen en su día obras que puedan servir de texto, des- de el más reducido compendio hasta el más extenso tratado ó igualmen- te cartas, desde la general de España hasta lograr, si posible fuera que la última aldea tenga el plano perfecto de su demarcación terri- torial.

Fuente: BSG, Mayo 1.878, pp. 386-87.

ASOCIACION EUSKARA

para la

EXPLORACION Y CIVILIZACION DEL AFRICA CENTRAL

organizada y dirigida

POR DON MANUEL IRADIER.

A MIS RESPETABLES AMIGOS ENTUSIASTAS POR LA EXPLORACION DEL AFRICA --
CENTRAL:

Todos ustedes conocen mi pensamiento creado en 1.868. La Socie--
dad que con el título de "La Exploradora" fundé en 1.870. Los traba--
jos y progresos de la misma y el viaje práctico que llevé a cabo para
perfeccionar mis estudios en la zona marítima del Africa Ecuatorial.

Hace dos años que regresé de las costas de Africa dejándome lle--
var de la creencia, de que si prestaba algún servicio al país encontra--
ría en los hombres científicos y filantrópicos de España la protección
necesaria para emprender de nuevo exploraciones de más importancia. La
Sociedad Geográfica de Madrid, que á tanta altura se ha colocado y la
Asociación Española para la exploración de Africa me tendieron la ma--
no; la una publicando fragmentos de mis diarios y dándome iniquívocas
muestras de simpatía; la segunda aprobando mis proyectos y considerán--
dolos como bien estudiados y combinados, manifestación que también me
honra mucho porque es dimanada de una reunión de personas distingui--
das por sus trabajos y por su saber. Pero he tenido ocasión reciente
de convencerme que estas Sociedades, animadas siempre de los mejores
deseos y dispuestas á patrocinar toda empresa filantrópica y civiliza--
dora, tropiezan con grandes dificultades al allegar los recursos nece--
sarios para sufragar los gastos de viaje. En casi todos los países se
miran con vivo interés los descubrimientos geográficos, que prueban --
el deseo que se tiene de llegar á un resultado definitivo. Viajeros --
de todas las naciones se encaminan al interior de Africa buscando le

desconocido, y no está lejano el día en que todo aquel continente se conozca. España por su porvenir y por sus posesiones del golfo de Guinea no debe abandonar á otros países la exploración de la rica zona - limítrofe que es precisamente la que deseo reservar. Y siendo mi plan completamente caritativo, científico y filantrópico y poseído de la idea de ser útil en alguna cosa á mi tierra natal, la nobilísima Euzkaria - hoy tan desgraciada- y á la ciencia, permítanme ustedes que me atreva á atropellar las consideraciones y respeto que merecen, pidiéndoles se tomen la molestia de examinar el adjunto "Plan de un viaje - de exploración por el Africa Central", y si reconocen la necesidad de llevarlo a cabo, patrocinen mi idea, dándola a conocer en mi querido país, excitando el patriotismo de mis paisanos para que contribuyan - con los medios que están a su alcance a la realización de esta santa y civilizadora empresa.

Ruego a ustedes me absuelvan de tanto atrevimiento aceptando la seguridad de la consideración personal con que tengo el honor de ofrecerme S.S.I.Q.B.S.M.- MANUEL IRADIER BULFY.

El que suscribe presenta a la consideración de los vascongados - entusiastas por la exploración del centro de Africa en plan de exploración y expone las ideas que cree más oportunas para hacer menos difícil el resultado. Estas ideas son el fruto de la experiencia, del estudio constante de doce años y de una estancia de tres años en --- Africa. - Vitoria, Octubre de 1.879.- MANUEL IRADIER.

ITINERARIO.

PROYECTADO.- No conviene señalar con anticipación la línea que - debe seguirse ni menos entrar en pormenores minuciosos, porque circunstancias imprevistas hacen tomar al viajero direcciones quizá opuestas a las proyectadas. Pero puede asegurarse que el itinerario que piensa seguir La Exploradora se dirigirá constantemente al Oriente para luego volver al Occidente. El punto de partida de dicho itinerario será la bahía de Corisco, cuyos habitantes me tienen ofrecido apoyo (1), y cuyo terreno se eleva gradualmente; atraviesa la cordillera Ukudimasei

(Sierra de Cristal) dirigiéndose al volcan Oñiko que está en actividad y después buscará al N. E. el curso del rio Eyo cuyo curso seguirá hasta encontrar el Ogoué; se dirigirá después al E. hasta tocar -- en el lago Nansa-Myútan de donde torcerá al N. O. hasta el Kubanda y lago Liba siguiendo el rio del mismo nombre y saliendo por el rio -- Camerones.

Comprende este itinerario en distancia aparente 2.700 millas y en distancia aproximada 3.600 millas. Se empezará la exploración en el mes de Mayo ó Junio, y se calcula en 14 meses el tiempo necesario para recorrerlo descompuesto de esta manera: seis meses de Corisco -- al Myútan que comprenden la época seca de esta zona; ocho meses del Myútan al Camerón que comprenden la época húmeda de la zona recorrida, y la seca de la que se recorre.

La velocidad media de las marchas será de 8 á 9 millas por día.

REALIZABLE. -- Si la expedición llegase en buen estado y en buena época á las orillas del Nansa-Myútan, tomaría la dirección S.E. -- penetrando por Ruanda y Ankori en las montañas de Gambaragara y visitando la raza de hombres blancos que las habitan. La distancia entre el Myútan y las montañas es de 160 millas y se calcula en 20 días el tiempo necesario para recorrerlas.

La exploradora al hacer este viaje comprende en su misión las -- observaciones astronómicas, las metereológicas, la reunión de colecciones de Botánica, de Zoología y de Geología, la formación de mapas de países recorridos, la redacción de vocabularios y gramáticas de -- los indígenas, las observaciones etnológicas, la redacción de las -- relaciones de los viajeros del país, la formación de un álbum fotográfico de paisajes, pueblos y tipos, la formación de un Diario que

(1) Durante mi estancia en Africa, los reyes Combenyamango, Bodumba y Bonkobo me prestaron todo género de auxilios, prometiéndome que a mi regreso me escoltarían con las gentes el Itemu hasta atravesar -- las tribus más feroces pamues, dejándome en terreno seguro para el -- viaje.

relate todos los sucesos y todas las observaciones científicas, industriales, comerciales y demás que conduzcan al conocimiento completo del país, y que sean de interés general. La Sociedad considera también como su deber el sembrar las máximas de la religión cristiana en los pueblos indígenas, perfeccionar sus conocimientos, animar los al comercio y a la Agricultura, proporcionándoles las semillas más útiles y prohibiendo el comercio de esclavos para lo cual obrará según se presenten las circunstancias. Por último, tratará de -- cumplir cuantas comisiones le encomiende la Sociedad que proteja -- este viaje, siempre que aquéllas siendo, del dominio del mismo, no modifiquen el plan de exploración.

MANUEL IRADIER.

Vitoria y Octubre de 1.879.

INFORME DE LA COMISION EJECUTIVA
sobre el
PLAN DE UNA EXPLORACION POR EL CENTRO DE AFRICA
por
DON MANUEL IRADIER.

"El porvenir de España está en Africa"
y la gloria de Euskaria está en que sus hijos
la exploren.

El mundo científico tiene fijos sus ojos en el Misterioso Continente. Todas las naciones hacen los mayores sacrificios por conocer -- el interior de Africa. Es el teatro a que se dirigen los esfuerzos de los viajeros que trabajan por abrir lo desconocido a la civilización y al comercio europeo. Inglaterra manda exploradores; aumenta sus colonias y destina sin descanso grandes sumas para el conocimiento y -- adquisición de territorios. Francia, comprendiendo la importante --- situación de la Argelia, fomenta la población, atrae hacia ella el -- comercio del interior y convierte los abandonados campos de un país -- salvaje en fértiles huertas, donde infinidad de familias amenazadas -- por la miseria en la metrópoli, buscan con éxito premio al trabajo. -- Alemania anhela encontrar en Africa salida a los numerosos y abundantes productos de su industria. Italia piensa en Túnez como vecino cariñoso que le tiende sus brazos ofreciéndole un dichoso porvenir. Portugal ensancha los límites de sus colonias, proyecta grandes obras y empieza a recoger los frutos de su actividad y de su trabajo. Bélgica representada en su augusto Monarca, crea una Asociación internacional para la exploración y civilización de este rico continente. Holanda y Austria mandan exploradores. Los Estados-Unidos buscan nuevos mercados y el mundo entero, apreciando en su verdadero valor el que tiene este

antiguo continente, considerando vergonzoso que en pleno siglo XIX - haya en la tierra regiones ignoradas, siendo un oprobio el tráfico - de esclavos que existe en él y siendo este país un campo inmenso para la industria y el comercio, no omite medio alguno de llevar a cabo - tan santa y filantrópica idea. Pero como dice muy bien el Consejo de la Real Sociedad Geográfica de Londres "se economizarán grandes pérdidas de esfuerzos, vidas y dinero en la prosecución de las operaciones filantrópicas y comerciales en África, cuando la geografía física y política de su interior se halle bien determinada previamente.- Cuando se hayan fijado con claridad las mejores direcciones, puede - esperarse que no tardarán en establecerse a lo largo de ellas, caminos para carruajes, ya que no ferro-carriles y líneas telegráficas, tendiendo gradualmente a la extinción del tráfico de esclavos que -- hoy despuebla algunos de los territorios más ricos y productivos que se hallan en el mundo." Por eso son necesarios, primeramente, exploradores que recorran el país en todas direcciones hasta su completo conocimiento; por este los Estados-Unidos mandan a Stanley; Inglaterra al malogrado Livingstone y al atrevido Cameron; Francia a Soleillet Debaise, Branza; Bélgica a Marno; Italia al marqués de Antinori Portugal a Serpa Pinto; Alemania a Bastian Koppenfels; y otras naciones a diferentes viajeros más o menos felices en sus empresas, y que llevan a los pueblos salvajes las semillas de la religión, de la ciencia y de la industria.

Aun quedan grandes problemas geográficos que resolver.

¿Existe el lago Chango? ¿Se relaciona con el río Kubanda? ¿Va - este río al Xazi sin tocar en el lago Liba, o se unen al Benue que - afluye al Neger?

¿Existen en Libia y los ocho lagos relacionados con él? ¿El Ki-vo une las aguas del Tangañika y del Ukereyó? ¿El río Rovuma sale -- del Norte del Mkuba? ¿ El Yuba que afluye al Indico es el mismo Yuba afluente del Sobat? ¿ El brazo Messanga al Norte del Ukereyó, es desa gué de él? ¿El brazo llaie se une al Kibali? ¿ Las fuentes del Nilo - están en el Kayera o en el Ximiyu?

Algunos de estos interesantísimos problemas debe resolver la expedición organizada y dirigida por Manuel Iradier.

Todavía existen grandes regiones por explorar y en ellas debe -- haber numerosos pueblos sumidos en la ignorancia y en la barbarie, -- caudalosos ríos, elevadas montañas de ricas minas, productos naturales apetecidos y climas deliciosos.

La religión tiene que dar un paso cristianando a tantos millones de criaturas.

La ciencias tiene que conocer esas inmensas comarcas.

La Industria y el Comercio necesitan de ese ancho campo para su expansión.

La zona que está verdaderamente desconocida comprende una extensión superficial de más de 450.000 millas cuadradas. Todos los viajeros que han explorado el interior del Africa se han detenido en la -- frontera de esta región. Baikie, Barth, Clapperton, Vogel, Nachtigal, al Norte; Estendner, Henglin, Brun-Rollet, Petherick, Peney, Miani, -- Poncet, Piaggia, Scheweinfuth, Gessi, Baker, Gordon, Long, Linant, -- Stanley, Speke, Grant, Burton y la expedición del Jédive al Este; --- Stanley, Cameron, Livingstone, Pombeiros, Magyar, Pogge, Grandy, ---- Bastian, Tuckey, al Sur, y Güssfeldt, De Chaillu, De Compiegne, Walker, Lens, Burton, Brazza, Marche, Servat, Albiger y Genoyer, Walker, y -- Bollay al Oeste.

Esta zona, la más desconocida del continente africano, la que -- ha de contener los más interesantes problemas para la Geografía, en -- la que pueden hacerse los más notables descubrimientos, está próxima a nuestras posesiones del golfo de Guinea y el desarrollo comercial -- que éstas pudieran verificarse, una vez conocido, sería inmenso. "La -- exploración de esta zona, dice el Excmo. Sr. Francisco Coello, Presidente honorario de la Sociedad de Geografía de Madrid, ofrecerá gloria y ventajas en todos sentidos que España no debe abandonar a otros

bajo ningún concepto." La elevación gradual de estos países, como lo están indicando los afluentes al Tsad y al Congo, es causa de que su clima no sea tan mal sano como el de otras rutas de Africa y los indígenas formando tribus poco numerosas no pueden presentar formidable obstáculo al paso de una expedición fuertemente armada. El idioma venga de las costas lo hablan los indígenas que habitan las regiones del interior hasta los 37° de longitud del meridiano del Hierro; y por último, siendo españolas las costas y teniendo autoridades españolas, un viajero español no puede menos de encontrar protección y simpatías. El hallarse cortado el país por la línea que separa las dos estaciones, es, por fin, una gran ventaja que se puede aprovechar para evitar sorprenda a la expedición, la época húmeda tan perjudicial a la salud de los europeos.

¿Comprenderá España éstas ventajas? ¿Permanecerá en actitud pasiva soñando en sus antiguos laureles para muy pronto tener que sufrir las tristes consecuencias de su poca actividad? ¿Utilizará la posición de sus colonias?

En obras de este género el concurso del gran número es el que da el éxito; vencer la apatía y desconfianza de los retraídos, hacerles comprender que se trata de una idea eminentemente filantrópica y civilizadora y se consigue el objeto.

Hijos de la Vasconia; recordad que nuestros abuelos recorrieron el mundo entero, le circunvalaron por vez primera, exploraron la Océania, la América, parte de África, y las regiones polares, legando a la Historia nombres imperecederos que contribuyen a ensalzar nuestra raza. Meditad esta empresa; comprended que si la llevais a feliz término, nuestra tierra querida será considerada, respetada y admirada, cual ninguna; por el espíritu de nuestra raza podemos acometer empresa tan gigantesca. Ya que fuimos los primeros en rodear el mundo, seamos también los que acaben de completar los conocimientos geográficos de la tierra.

Contribuid cada uno con lo que podais.

Y no dudamos del patriotismo del público en general, del apoyo de todas las corporaciones, sociedades y hombres ilustrados del país que harán que los hechos correspondan a las esperanzas de todos. pudiendo reunirse lo suficiente para emprender el viaje, éste está arreglado, estudiado y meditado de tal modo que es imposible que haya salido --- nunca en Europa expedición tan bien organizada. Nacido en nuestra que ridas montañas Iradier reúne todas las condiciones de alma y cuerpo - que necesita un viajero, y desde luego aseguramos que sabrá conquistar gloria y provecho para nuestra querida patria.

La Comisión Ejecutiva ha examinado en conjunto el plan indicader que antecede a este informe; y en detalle, en los libros particulares de Iradier, todo lo que concierne a su viaje, habiéndolo también comparado con el plan de otros viajeros. No puede menos de manifestar -- con gran satisfacción, que Iradier en lo referente a su expedición no ha confiado a la suerte nada de aquello que es del dominio del cálculo. La organización de la expedición indica profundos estudios de la moral del africano; un justo Reglamento liga a todos los individuos - en sus deberes. Las jornadas, los descansos, los vivaques, los campamentos, las defensas y ataques, la manera de presentarse en las poblaciones, el modo de combatir los efectos del clima, el paso de los --- rios, la administración interior, el aprovisionamiento de víveres, -- todo en fin está estudiado en diferentes fases, y la manera de conjurar todos los peligros que puedan presentarse, basada en el examen de todos los viajes hechos por Africa hasta la fecha, indican los conocimientos especiales, habilidad, tino y diplomacia de nuestro viajero - vascongado.

En apoyo de esta expedición tan bien ordenada y que tanta gloria debe conquistar al país suskaro pedimos su cooperación. En asuntos de tanta monta, todo corazón vascongado late violentamente; por más que la desgracia nos persiga, aún somos fuertes y queremos ser dignos de nuestros antepasados; y para conservar nuestras gloriosas tradicio-- nes todos los sacrificios nos parecen pequeños.

Vitoria, Octubre 1.879

(Siguen las firmas de la Comisión Ejecutiva.)

1215

(De la Revista de las Provincias Euskaras.)

Fuente: BSG, Febrero, 1.880, n° 2, pp. 137-145.

COMPANIA TRASATLANTICA.

Sociedad Anónima.

D. Luis Gonzaga Soler y Plá, Caballero Comendador de número de la Orden española de Isabel la Católica, miembro de diferentes Corporaciones científicas, censor segundo de la Junta directiva del ilustre Colegio Notarial del territorio de Barcelona, y Notario del propio Colegio con residencia en la capital, etc., etc.

Certifico que por parte del excelentísimo señor D. Antonio López y López, hacendado y del comercio, vecino de esta ciudad, según cédula personal que ha exhibido señalada de nº 21 y librada en dicha ciudad -- con fecha 28 de septiembre del año último, se me ha presentado para -- que lo testimoniase en legal forma el documento del tenor siguiente:

"D. Luis Gonzaga Soler y Plá, Caballero Comendador de número de -- la Orden española de Isabel la Católica, miembro de diferentes Corporaciones científicas, Censor segundo de la Junta directiva del ilustre -- Colegio Notarial, etc., etc.

Certifico que en mi protocolo corriente de escrituras consta la -- del tenor siguiente:

"Número 761.- En la ciudad de Barcelona, á 1 de Junio de 1881, -- ante mí D. Luis Gonzaga Soler y Plá Notario del ilustre Colegio del -- territorio de Barcelona, con residencia en la capital, y testigos instrumentales, parecieron el Excelentísimo Sr. D. Antonio López y López, hacendado y del comercio, casado, accionando a nombre de la Sociedad -- colectiva que gira en esta plaza y en la de Cádiz bajo la razón de --- A. López y Compañía, de la que es Jefe Gerente el señor otorgante, constando la constitución de dicha Sociedad con escritura recibida ante D. José Cirer y Palou, Notario de Alicante, en 28 de abril de 1868, adicionada con otras dos distintas escrituras autorizadas, la una por D. Miguel Martí y Sagristá, Notario de la presente, en 8 de Febrero de -- 1872, y la otra por el suscrito Notario en 2 de Mayo de 1878, debidamente registradas todas en los registros de comercio correspondientes;

el Excmo. Sr. D. Pedro de Sotolongo y Alcántara, viudo, y D. José Carreras y Xuriach, casado, los dos del comercio, todos mayores de edad y vecinos de esta capital, según las cédulas personales, números 21, 163 y 414, libradas respectivamente en 28 de septiembre, 13 de Octubre y 31 de Diciembre del año próximo pasado, que han exhibido considerándose á los señores otorgantes con capacidad legal bastante para contratar, sin que á mí el suscrito Notario conste nada en contrario, y dijeron: que se habían propuesto fundar una Sociedad Anónima con el principal objeto de establecer y explotar para sí ó por cuenta de un tercero por sí ó en participación con otros establecimientos ó personas en España, en Ultramar ó en el Extranjero, toda clase de empresas marítimas relacionadas ó no con servicios del Gobierno. Añadieron que al objeto de que la referida Sociedad comience sus operaciones de una manera adecuada á la importancia de su capital empleándolo en el desarrollo de una empresa de grande utilidad para el país, se había convenido entre los fundadores de la misma que la razón social A. López y Compañía, al entrar a formar parte e ella, aporte como capital por la cantidad de 19 millones de pesetas, la concesión que tiene hecha por el Gobierno a su favor de la línea de vapores-correos entre la península y las islas de Cuba y Puerto-Rico, previa la debida autorización del Gobierno de S.M., y toda aquellas parte de su haber social destinada a dicho servicio. Por tanto, los nombrados señores otorgantes en las respectivas calidades como accionan, según se ha indicado anteriormente, firman la presente escritura de Sociedad anónima bajo los siguientes

ESTATUTOS
de la
COMPAÑIA TRASATLANTICA.

DE LA FORMACION, DENOMINACION, OBJETO, DOMICILIO
Y DURACION DE LA SOCIEDAD.

Artículo 1º. Los suscritores de las acciones de que se hablará -- más adelante establecen, con sujeción al Código de Comercio, á la ley

dá 19 de Octubre de 1869 y demás disposiciones vigentes, con la denominación de Compañía Trasatlántica, una Sociedad anónima por acciones, - que se regirá por dichas disposiciones legales y por lo que determinan su escritura social, estatutos y reglamento.

Art. 2º. La Compañía Trasatlántica tiene por principal objeto el establecimiento y explotación para si ó por cuenta de un tercero, por sí ó en participación con otros establecimientos ó personas en España, en Ultramar ó en el extranjero, de toda clase de empresas marítimas -- relacionadas ó no con servicios del Gobierno. Podrá además dedicarse - en todos los puntos y bajo las condiciones antes mencionadas á toda es pecie de operaciones financieras, agrícolas, comerciales, industriales hasta inmobiliarias, y a toda empresa de obras públicas.

Art. 3º. La Compañía Trasatlántica tendrá su domicilio en Barcelo na. Podrá establecer Sucursales, Comités ó Delegaciones en cualquier - punto de la Península, Ultramar ó del extranjero; y trasladar su domi cilio á Madrid, Cádiz ó Santander cuando lo estime conveniente la Jun ta de gobierno á propuesta del Presidente.

Art. 4º. La duración de la Sociedad será de 50 años, á contar des de la fecha de su creación, siempre que no acuerde lo contrario la --- junta general extraordinaria de accionistas convocada al efecto.

CAPITAL SOCIAL.-ACCIONES.

Art. 5º. Se fija el capital de la Compañía Trasatlántica en 50 mi llones de pesetas, dividido en 20.000 acciones de á 2.500 pesetas cada una, que podrán ser suscritas en metálico en efectos. De estas 20.000 acciones sólo se pondrán por ahora en circulación 16.000 con un desem bolso de 5 por 100, quedando obligados los tenedores de ellas á satis facer los dividendos pasivos que acuerde la Junta de gobierno hasta el 50 por 100 restante. Las otras 4.000 acciones quedarán en cartera y se emitirán á medida y en la cantidad que lo juzgue conveniente la Junta de Gobierno.

La Junta de gobierno enajenará por cuenta de la Sociedad las acciones retenidas en cartera, en las condiciones que estime convenientes; pero nunca á menos de la par de su capital nominal, y con igual desembolso que las que estén en circulación.

La Junta de gobierno no podrá exigir de una vez á los accionistas dividendos pasivos que excedan del 10 por 100 del valor nominal de las acciones, ó sea 230 pesetas por acción, y deberá anunciar su cobro con tres meses de anticipación.

Los dividendos pasivos que no hayan sido satisfechos el día de su vencimiento, devengarán, á contar de este, un interés de 8 por 100 al año en favor de la Sociedad, sin necesidad para ello de demanda judicial.

La Sociedad podrá vender en pública licitación, ó por medio de agente ó corredor colegiado, las acciones que estuviesen en descubierto del pago de un dividendo pasivo, si á los 15 días desde el señalado para el pago éste no se ha realizado, siendo de cuenta de sus tenedores los gastos y perjuicios que se originen.

Quedarán anulados los títulos de las acciones vendidas en esta forma, entregándose á los adquirentes de éstas otros nuevos de igual numeración.

La Sociedad retendrá el producto de la venta de las acciones anuladas, aplicándose su importe, deducidos gastos, á cubrir el descubierto de las mismas. Si aun quedase déficit bajo este concepto, lo satisfará el accionista expropiado, quién percibirá el sobrante si resultare.

La Sociedad podrá utilizar los medios ordinarios de derecho simultáneamente con las facultades que este artículo le concede contra los morosos.

Art. 6°. Las 16.000 acciones que con arreglo al art. 5° se pondrán

desde luego en circulación, se hallan suscritas en su totalidad y en la forma que constará del acta notarial de constitución.

Art. 7°. El capital social, representado por acciones, podrá aumentarse en virtud de acuerdo de la junta general, á propuesta de la de gobierno.

Art. 8°. Las acciones serán al portador é intrasferibles á extranjeros, se cortarán de libros talonarios, llevarán el sello de la Sociedad y serán firmados por el Gerente ó Administrador, por el Secretario general o por el Contador.

Art. 9°. Las acciones podrán ser convertidas, previo su depósito en las Cajas sociales y á voluntad de sus tenedores, en resguardos nominativos. Estos se extenderán con las formalidades que prescribe el artículo anterior.

Art. 10. Cada acción da derecho á una parte proporcional en la propiedad del haber social y en los beneficios de la Compañía.

Toda acción es indivisible, y la Sociedad no reconoce más que un propietario por cada acción.

El tenedor de una ó más acciones no podrá alegar nunca el desconocimiento de los estatutos y reglamento de la Sociedad.

La posesión de una ó más acciones lleva consigo de pleno derecho la obligación de someterse á los estatutos y reglamento de la Sociedad y á las decisiones de la junta general.

Art. 11. La Sociedad no reconoce derecho á los herederos ó acreedores de un accionista, aun cuando alguno de ellos sea menor de edad, para pedir ú obtener bajo ningún título, causa ó razón la intervención judicial de la Administración de la Compañía, ni la de los bienes ó valores de la misma, ni tampoco la partición ó subasta de estos.

Sólo ateniéndose á los inventarios sociales y á los acuerdos de la junta general podrán los herederos de un accionista ejercitar su -- derecho.

Cuando sean varios los herederos ó representantes legítimos de un accionista, y no exista conformidad entre ellos, deberán hacerse representar cerca de la Sociedad por un apoderado colectivo ó de nombramiento judicial.

DE LAS OBLIGACIONES.

Art. 12. La Sociedad podrá emitir obligaciones ú otros valores al portador hasta el doble del capital desembolsado por los accionistas. Estas obligaciones ó valores serán á interés fijo, con ó sin lotes, y amortizables en fechas fijas, ó en las que determine la Junta de gobierno.

DE LA JUNTA DE GOBIERNO.

Art. 13. La Sociedad será regida por una Junta de gobierno compuesta de 24 miembros: de ellos 16 propietarios y ocho suplentes, nombrados cuando menos en su mitad en el acto de la constitución de la -- Sociedad. En este acto se nombrará igualmente de entre los Vocales propietarios el Presidente y el Vicepresidente de la Junta. Todos los Vocales y suplentes deberán ser españoles.

Unos y otros desempeñarán su cargo durante la existencia de la -- Sociedad si no lo dimiten.

Los Vocales propietarios y suplentes recibirán por asistencias una retribución anual, cuyo importe fijará la junta general en su primera reunión, y que será considerada como gastos de administración.

Podrá además fijarles la junta general, cuando lo crea conveniente, una parte alícuota de los beneficios anuales.

La Junta de gobierno proveerá las vacantes que ocurran por fallecimiento o renuncia de sus miembros, sujetándose los nombramientos á la confirmación de la junta general. No será forzoso por parte de la Junta de gobierno cubrir esas vacantes mientras el número de Vocales propietarios no baje de seis y el de los suplentes de tres.

La Junta de gobierno deberá también cubrir las vacantes que ocurran en la Presidencia y Vicepresidencia de la Junta.

La Junta de gobierno designará uno ó más de sus individuos para componer con el Administrador ó Gerente, ó el que haga sus veces, una Comisión permanente con el carácter de delegada, y elegirá uno ó dos de sus miembros para suplentes de esa Comisión.

Cada dos años será renovada la Comisión delegada, pudiendo ser -- reelegidos sus individuos.

Las vacantes que ocurran en la Comisión delegada las cubrirá la Junta de gobierno por el tiempo que falte hasta la terminación de los dos años.

La Junta de gobierno tendrá un Secretario general, que será también Secretario de la Sociedad.

Art. 14. La Junta de gobierno está investida de los poderes más amplios para gobernar y dirigir la Sociedad, sin limitación ni reserva alguna, y le corresponde:

Organizar, reglamentar, dirigir, y vigilar la marcha y modo de -- funcionar de la Sociedad, así como la explotación de la línea de navegación y demás empresas, negocios y servicios que corran a cargo de la Compañía y forman su objeto social.

Señalar los gastos generales de administración, fijando el sueldo que hayan de disfrutar los empleados, de la Sociedad y las remuneraciones extraordinarias á que se hagan acreedores, así como las que deban

satisfacerse por otros servicios especiales cuando no las fije el Presidente en uso de sus facultades, y delegue estas en la Junta.

Nombrar y separar el Gerente y altos empleados, sin necesidad de justificar su separación, siempre que el Presidente no ejerza la facultad que á este efecto se le concede, y que la delegue en la Junta.

Interesar a otras Sociedades y acordar el establecimiento de Sucursales, Comités y Delegaciones determinando la forma en que hayan de montarse y negocios á que puedan dedicarse.

Señalar las atribuciones y facultades de los Comités y Delegaciones cuya creación acuerde, y aprobar los reglamentos por los que deban regirse las Sucursales ó Sociedades que se establezcan en otros puntos.

Acordar los dividendos pasivos que daban reclamarse á los accionistas, mientras no esté totalmente pagado el valor nominal de las acciones en la forma que determinan estos estatutos.

Aprobar provisionalmente el balance anual de la Sociedad y el reparto de beneficios que se llevará á cabo, sin perjuicio de someterlo con las cuentas á la junta general de accionistas.

Determinar el empleo y colocación de la reserva y de los demás fondos disponibles de la Compañía.

Autorizar á la Gerencia para dejar de asegurar los buques de la Compañía en todo ó en parte, y formar un fondo de reserva con que atender á los siniestros de los mismos.

Acordar la enajenación de las acciones de la Sociedad retenidas en cartera, fijando el número de las que hayan de ponerse en circulación y las condiciones en que hayan de colocarse.

Presentar á la junta general una Memoria sobre la situación de la Sociedad y el estado de sus negocios.

Autorizar la fusión de la Sociedad con otras Sociedades.

Acordar en cada caso las emisiones de obligaciones y la forma en -- que deban llevarse á cabo, así como toda clase de empréstitos con ó sin hipoteca.

Autorizar con su acuerdo las tarifas de la Compañía y las modifica- ciones que en ellas se hayan de introducir.

Acordar los contratos con el Gobierno de servicios de correos marí- timos ó de otra especie, subvencionados ó no, así como su transferencia y abandono.

Acordar la adquisición de estos servicios de manos de otras Socie- dades ó particulares, y la subrogación de la Compañía en todos los de- rechos y obligaciones de los cedentes.

Autorizar con su acuerdo los contratos de construcción , reparaci- nes, compra-venta ó fletamento de buques; la construcción, adquisición, cesión ó arriendo de muelles, diques, dársenas, talleres y almacenes; -- la cesión, arriendo ó permuta de todos los muebles ó inmuebles que po- sea la Sociedad, y la adquisición ó arriendo de todos los muebles ó --- inmuebles que puedan ser de utilidad para las empresas á que se dedique.

Acordar y resolver acerca de todos los negocios y demás asuntos que la Sociedad pueda realizar según sus estatutos, dictando las reglas que deberán subordinarse en su ejecución la Comisión delegada, Comités y -- Gerencias.

Resolver las dudas que se susciten sobre la inteligencia y aplica- ción de los estatutos y reglamento, y llenar, por medio de acuerdos es- peciales, los vacíos que se noten en los mismos.

Consentir y autorizar con sus acuerdos, sin necesidad de que recaí- ga la aprobación previa de la junta general, no sólo las operaciones -- que están previstas en los presentes estatutos, sino también cuantos --

actos eran útiles á la Compañía, con tal que estén dentro del objeto -- social ó se conexionen con él, y particularmente toda clase de adquisiciones, reembolsos, trasferencias de fondos y valores, cesiones, y subrogaciones con ó sin garantía, otorgamiento de recibos y finiquitos -- por saldo de cuentas ó precios de ventas, aun siendo de bienes inmuebles, renunciias y desentimientos, alzamiento de embargo con ó sin pago previo, celebración de actos de conciliación, demandas y acciones judiciales, transacciones de pleitos ó de cuestiones que no sean tan litigiosas, condonaciones de deudas, y en suma, cuantos compromisos, actos pactos y contratos con el Gobierno, con otras Sociedades ó con particulares en España o en el extranjero puedan interesar á la Sociedad ó relacionarse con la buena gestión administrativa de todas sus empresas y negocios, pudiendo también introducir, á propuesta del Presidente, las reformas en los estatutos y reglamento que juzgue convenientes, convocándose al efecto á todos los Vocales y tomándose el acuerdo en sesión á que por lo menos asistan seis Vocales propietarios ó suplentes personalmente ó representados por otros miembros, sin perjuicio de dar cuenta de las reformas acordadas á la primera junta general que tenga lugar.

Delegar en las Sucursales, Comités, Delegaciones, ó en uno ó más -- de sus individuos, directores ó empleados, así como en uno ó más mandatarios á la Sociedad el todo ó parte de sus poderes para un objeto determinado.

Art. 15. La Junta de gobierno deberá reunirse una vez al mes y -- siempre que el Presidente lo estime oportuno.

Los acuerdos se tomarán por mayoría absoluta de individuos presentes ó representados con arreglo al art. 17.

En caso de empate decide el Presidente.

Para que haya acuerdo válido se necesita la concurrencia de cuatro Vocales propietarios ó suplentes, y del Presidente ó Vicepresidente.

Los acuerdos de la Junta de gobierno constarán en actas firmadas --

por el Presidente ó Vicepresidente y el Secretario general, y se extenderán en un libro especial.

Art. 16. Cada Vocal deberá depositar en la Caja social, antes de entrar en el ejercicio de su cargo, 80 acciones si es Vocal propietario y 40 si es suplente.

No podrán enajenarse estas acciones mientras sus dueños ocupen los cargos para cuyo buen desempeño sirven de garantía.

Art. 17. El Presidente podrá citar cuando lo considere conveniente á los Vocales ausentes, expresando el asunto objeto de la convocatoria.

Los Vocales ausentes emitirán su voto en este caso, ó por escrito, ó por medio de otros Vocales que los representen.

Art. 18. La Comisión delegada de la Junta de gobierno ejercerá la alta inspección ó intervención en la ejecución de los acuerdos de la Junta, ó ilustrará á esta en los casos en que lo juzgue necesario.

Art. 19. La Comisión delegada debe cuidar del cumplimiento de los estatutos y de los acuerdos de la Junta de gobierno, sentando el criterio con que deben ejecutarse las operaciones que se acuerden.

La Comisión delegada puede intervenir los actos de la Gerencia si lo juzga oportuno, y autorizar, cuando lo crea conveniente á los intereses sociales, aquellos que requieran la autorización de la Junta de gobierno, sin perjuicio de someter sus decisiones á la aprobación de ésta.

Art. 20. Cuando la Comisión delegada conste de dos ó más individuos deberá designar cada mes á uno de ellos para presidirla y asistir diariamente á inspeccionar las operaciones. El Vocal de turno de la Comisión, ú otro de sus individuos en su defecto, deberá unir su firma á la del Gerente residente en Barcelona en los actos que determine la Junta de gobierno. La Comisión se reunirá, cuando menos, una vez por semana.

DE LA GERENCIA O ADMINISTRACION.

Art. 21. La administración de todos los servicios se confiará, bajo la autoridad y vigilancia de la Junta de gobierno, á un Gerente ó Administrador.

El Gerente depositará 50 acciones.

No podrán enajenarse estas acciones mientras su dueño ocupe el cargo para cuyo buen desempeño sirven de garantía.

El Gerente disfrutará de una asignación fija, sin perjuicio de las obvneciones y remuneraciones que le conceda el Presidente.

Art. 22. La administración activa de la Sociedad estará confiado - al Gerente, que ejercerá su representación en todos los actos oficiales sean gubernativos, contenciosos ó judiciales, y en los extraoficiales - de la misma, llevando la firma corriente, y extendiéndose por sí con el Representante de Madrid y los Delegados de Cádiz, y con todos los empleados y agentes de la Sociedad.

Al Gerente corresponde la gestión de los negocios de la Sociedad y la ejecución de los acuerdos de la Junta de gobierno y de la Comisión - delegada. Debe proponer á la Junta y á la Comisión todas las medidas que crea beneficiosas á la Sociedad.

Como Jefe superior de las oficinas de la Sociedad en el domicilio de ésta y de las de sus sucursales ó dependencias, dictará á todas ellas las disposiciones que juzgue oportunas, y cuidará de que los resultados de todas sus operaciones vengan á constar en la contabilidad central de la Sociedad.

Art. 23. El Gerente deberá ser español.

REPRESENTANTES Y DELEGADOS.

Art. 24. La Sociedad tendrá un representante en Madrid debidamente autorizado para tratar con el Gobierno, y podrá nombrar uno ó más delegados en Cádiz ú otros puntos.

COMITES Y DELEGACIONES.

Art. 25. La Compañía podrá establecer Comités y Delegaciones en -- las plazas de la Península, de Ultramar ó del extranjero, en la forma -- que acuerde la Junta de gobierno.

DE LAS JUNTAS GENERALES DE ACCIONISTAS.

Art. 26. La Junta general de accionistas constituida legalmente -- representa la Sociedad entera, y los acuerdos que por ella se tomen, -- con arreglo á estatutos y reglamento, obligan á todos los accionistas, aun los ausentes ó disidentes.

Art. 27. Se compone esta Junta de los tenedores de 50 ó más acciones depositadas en el tiempo y forma que se indique en los anuncios de convocatoria. Serán Presidente ó Vicepresidente y Secretario de la Junta los mismos que lo son de la Junta de gobierno.

Art. 28. La junta general ordinaria se reunirá una vez al año en -- el domicilio social para aprobar el balance y cuentas en la fecha en -- que la convoque la Junta de gobierno. En ella podrán resolverse los -- demás asuntos á que se refiere el art. 35.

La junta general extraordinaria se reunirá para otros fines cuando lo crea conveniente la Junta de gobierno, la cual estará obligada á convocarla siempre que lo pida un número de accionistas que reúna y hubiere previamente depositado en la Caja de la Sociedad ó sus dependencias una tercera parte á lo menos de las acciones emitidas y en circulación.

Art. 29. Las convocatorias para la junta general ordinaria ó extra

ordinaria se verificarán por medio de aviso publicado con 15 días de anticipación, cuando ménos, á la fecha en que hayan de celebrarse. Los acuerdos de estas juntas tendrán plena validez legal, sea cual fuere el número de las acciones representadas en ellas.

En las juntas convocadas para tratar de la alteración de los estatutos de la Sociedad, de su prorrogación ó disolución ántes del término prefijado, ó del aumento del capital previsto en el art. 7º, habrán de estar representados la mitad más una de las acciones emitidas y en circulación. Si así no sucediese, se convocará á nueva junta general dentro del plazo que resuelva la de gobierno, y sus acuerdos serán válidos y legales, sea cualquiera el número de los concurrentes y de las acciones representadas.

Art. 30. Da derecho de asistencia á las juntas generales la posesión de 50 acciones cuando ménos, depositadas en las Cajas de la Sociedad en las fechas que determinen los anuncios de convocatoria.

El tenedor de 50 ó más acciones que no asista personalmente puede hacerse representar por un socio que tenga derecho de asistencia.

Los tenedores de ménos de 50 acciones que quisieran concurrir á las juntas generales deberán constituir entre sí agrupaciones de 50 ó más acciones, y confiar la representación de grupo á uno de los que lo componen.

Art. 31. Cada 50 acciones depositadas en las Cajas de la Sociedad, según determina el artículo precedente, dá derecho á un voto en las juntas generales.

Art. 32. Los acuerdos se tomarán por mayoría absoluta de votos presentes ó representados. En caso de empate, el voto del Presidente es decisivo.

Art. 33. Por regla general las votaciones serán nominales; pero cuando lo disponga el Presidente, ó tengan por objeto la elección de

cargos ó asuntos personales, podrán ser secretas por medio de papeletas.

Art. 34. El Presidente fijará la orden del día, de la cual formarán parte las proposiciones que hayan sido presentadas diez días ántes del señalado para la reunión, por 10 ó más accionistas que tengan derecho de asistencia á la Junta, y representen como mínimum la décima parte del capital social.

No se podrá deliberar sobre cuestión alguna que no esté á la orden del día, á menos que lo disponga así el Presidente.

Art. 35. La junta general ordinaria aprobará ó desaprobará el balance del ejercicio social que le presente la Junta de gobierno. Aprobárá ó desaprobará igualmente la distribución de beneficios y el dividendo que para el mismo proponga la Junta de gobierno, los nombramientos de Vocales que ésta haya efectuado, y en suma, todas las proposiciones que interesen á la Compañía y le sean sometidas por la Junta de gobierno.

La junta general extraordinaria se ocupará del objeto u objetos para que hubiese sido convocada.

La junta general, tanto ordinaria como extraordinaria, resolverá con facultades omnimodas sobre todos los puntos, objetos ó intereses concernientes á la Sociedad.

Art. 36. Se extenderá acta de todas las deliberaciones de la junta en un registro especial, y la firmarán el Presidente y el Secretario.

Quedará unida al acta una lista que exprese los nombres de los accionistas asintentes y el número de acciones depositadas que cada uno represente como propietario ó como apoderado.

ESTADOS ANUALES, INVENTARIOS Y BALANCES.

Art. 37. El año social empieza en 1.º de Enero y termina en 31 de Diciembre. Por excepción el primer año comenzará en 3 de Junio y termi-

nará en 31 de Diciembre.

Deberá extenderse en cada ejercicio un inventario de los valores y de todas las deudas activas y pasivas de la Sociedad.

Al terminar el ejercicio social, el Gerente ó Administrador redactará el balance anual, y previamente aprobado por la junta de gobierno, será sometido á la junta general, con las cuentas á él referentes y documentos justificativos.

DIVIDENDOS.-FONDOS DE RESERVA.-AMORTIZACION.

Art. 38. Del producto de cada ejercicio, después de deducidos los gastos de explotación de los servicios de la Compañía y los de administración, el interés, amortización y lote de las obligaciones y demás -- empréstitos, y en general todas las cargas sociales, se tomarán las can-tidades necesarias para atender:

Primero. A la formación de un fondo de reserva, destinado á hacer frente á gastos imprevistos.

Segundo. A la formación de otro fondo de reserva suficiente á cubrir la depreciación del material afecto á los servicios que se dedique la Compañía.

El saldo que quede disponible, después de hechas estas deducciones constituirá el beneficio líquido de cada ejercicio.

Art. 39. Del beneficio líquido que resulte en cada año social se pondrá á disposición del Presidente el 5 por 100 para que lo destine á recompensar á los empleados que á su juicio lo merezcan, y á todos los demás fines que estime de utilidad para la Sociedad. Se deducirá además el tanto por 100 que la junta general haya asignado á la de gobierno, y el resto se distribuirá entre los accionistas.

A la terminación de cada ejercicio, la Junta de gobierno acordará

el reparto y pago del beneficio líquido correspondiente á las acciones, fijando la época en que el pago haya de efectuarse.

Podrá la Junta de gobierno, cuando lo juzgue procedente, autorizar al finalizar el primer semestre, el reparto anticipado de una cantidad á cuenta del dividendo anual.

Art. 40. Prescribirán á favor de la Sociedad los dividendos é intereses que no hayan sido reclamados dentro de los cinco años siguientes á la época señalada al efecto.

DISOLUCION Y LIQUIDACION DE LA SOCIEDAD.

Art. 41. Al espirar los 50 años en que se fija en el art. 4º. la duración de la Sociedad, ésta quedará disuelta de derecho siempre que la junta general de accionistas no hubiese acordado su prorogación.

La Sociedad quedará disuelta ántes de aquel plazo si así lo acordare la junta general.

Art. 42. La junta de gobierno está encargada de efectuar la liquidación de la Sociedad, con arreglo a las prescripciones del Código de Comercio.

La Junta de gobierno tendrá las más amplias facultades al efecto, incluso la de transigir, hacer compromisos, y en general representar á la Compañía, judicial y extrajudicialmente, sin limitación alguna, y revestirá del carácter de liquidadores á uno ó más de sus individuos, en unión de los que formen la Comisión delegada.

La junta general de accionistas conservará todos sus poderes, como durante la existencia de la Sociedad, hasta que termine la liquidación.

DISIDENCIAS.

Art. 43. Las cuestiones de toda especie que se susciten entre los

accionistas y la Sociedad, ó entre la Junta y alguno de sus individuos, serán dirimidas por arbitradores ó amigables componedores, según lo dispuesto en el libro 3º., tít. 8º., segunda parte de la Novísima ley de - Enjuiciamiento civil.

Los accionistas se someten á la jurisdicción de Barcelona ó del -- punto á donde se traslade el domicilio de la Sociedad, y tendrán por -- válidas todas las notificaciones y diligencias que se hagan en el domicilio social, aunque no sea éste el de accionista.

REGLAMENTO.

DE LAS ACCIONES.

Artículo 1º. Las acciones de la Compañía serán al portador, contándose de libros talonarios en los que se anotará la fecha de la emisión. Se firmarán por el Administrador, Secretario y Contador. Llevarán numeración correlativa de 1 á 20.000.

Art. 2º. Las acciones tendrán el número de cupones que acuerde la Junta de gobierno, que señalará además las formalidades que estime convenientes para mayor seguridad de su legitimidad.

Art. 3º. Los dividendos pasivos que acuerde la Junta de gobierno á virtud de las atribuciones que le confieren los estatutos; se anotarán en los títulos de las acciones en la forma que determine la referida -- Junta de gobierno.

Art. 4º. Los talonarios custodiarán en Secretaría teniendo derecho todo accionista de comprobar la ligitimidad de los títulos que posea.

Art. 5º. Cuando algún accionista, usando del derecho que le dan -- los estatutos, quiera convertirlas en nominativas á su nombre ó al de -- otra pernona, se le expedirá un resguardo cortado de un libro talonario en el que se exprese el número de acciones que deposita y á favor de -- quién. Este resguardo deberán suscribirlo el Gerente ó Administrador, -

el Contador y el Secretario.

Art. 6°. Si por extravío de una acción ó de un resguardo nominativo se solicitare la expedición de un duplicado, podrá la Junta de gobierno exigir que previamente se justifique el hecho. Una vez llenado este requisito, se anunciará por dos veces en los periódicos oficiales el extravío del título con el intervalo que determine la Junta de gobierno; y en el caso de no presentarse reclamación alguna, se acordará la expedición del duplicado sin la responsabilidad de la Compañía. Se se suscribiere alguna reclamación, deberán ventilarla los interesados en los Tribunales de justicia, suspendiéndose la expedición del duplicado --- hasta que recaiga sentencia ejecutoria.

Art. 7°. Los títulos de acciones que no contengan la suscripción - de todos los dividendos pasivos acordados por la Junta de gobierno quedarán fuera de circulación, sin que sus tenedores puedan ejercitar ---- derecho alguno.

Art. 8°. La junta de gobierno podrá conceder el domicilio las ---- acciones para el cobro de dividendos en los puntos en que estime conveniente. La misma Junta acordará el modo y firma de este servicio.

DE LAS OBLIGACIONES.

Art. 9°. Si la Junta de gobierno, en vista de las facultades de -- que la revisten los estatutos, acuerda emitir obligaciones de la Compañía ú otros valores al portador, determinará al acordar la emisión, su cuantía, garantía, forma y cuanto se relacione con este particular, estableciendo las reglas y condiciones de escritura pública ante Notario, y anunciándolo al público en la forma prevenida por las leyes vigentes.

DE LA JUNTA DE GOBIERNO.

Art. 10. La Junta se reunirá siempre que la convoque el Presidente ó quién haga sus veces. Para celebrar sesión bastará la presencia de -- cuatro Vocales, sean propietarios ó suplentes. La sesión será presidida

por el Presidente ó Vicepresidente, y á falta de ambos por el Vocal --- mayor de edad de los presentes.

Art. 11. El Presidente señala la órden del día y dirige las discusiones, adoptándose los acuerdos por mayoría absoluta de los presentes y representados. En caso de empate el voto del que presida será decisivo. Las votaciones serán nominales, excepto si se trata de la elección de personas, en cuyo caso serán secretas, si lo pide alguno de los Vocales y lo autoriza el Presidente.

Art. 12. Todos los Vocales tienen derecho á iniciar cualquier asunto cuyo deliberación juzguen útil á la Compañía; más el Presidente tendrá en este caso el derecho de que se difiera la discusión hasta la sesión inmediata para estudiar el asunto y poder ilustrar á la Junta de gobierno.

Art. 13. En todas las sesiones de la Junta se leerán las actas de las sesiones celebradas por la Comisión delegada, y la Junta aprobará ó desechará los acuerdos que en ellas se contengan.

Art. 14. Las actas de las sesiones de la Junta de gobierno contendrán todos los acuerdos tomados, y se firmarán por el Presidente y Secretario. Todos los Vocales tienen derecho á que se consigne en acta su voto favorable ó adverso al acuerdo adoptado.

Art. 15. Los acuerdos de la Junta de gobierno se cumplimentarán -- desde luego y sin necesidad de esperar la aprobación del acta, á menos de que se hubiese resuelto otra cosa. El cumplimiento de los acuerdos -- incumbe al Administrador ó Gerente, que obrará conforme á las instrucciones que le comunique la Comisión delegada.

Art. 16. Cuando algún Vocal ausente desee ser representado en la sesión deberá comunicar al Presidente por escrito á qué Vocal delega su representación. En el caso de que convocados los Vocales ausentes, según lo previene el art. 17 de los estatutos, emita su voto por escrito, se consignará éste íntegro en el acta de la sesión.

Art. 17. La Junta de gobierno podrá nombrar uno ó más censores que revisen las cuentas sociales y emitan su informe, de que se dará cuenta á la junta general.

Art. 18. Existirá un libro de actas reservadas, en el que se consignarán los acuerdos que levanten la Junta de gobierno ó la Comisión delegada, y que por su índole ó especiales circunstancias exijan secreto. Estas actas las suscribirán el Presidente, un Vocal de la Comisión delegada ó el Administrador y el Secretario.

Art. 19. El Administrador puede asistir á las deliberaciones de la Junta é ilustrarla en los negocios que se ventilen, pero sin voto.

DE LA COMISION DELEGADA.

Art. 20. A la Comisión delegada, en concepto de representante de la Junta de gobierno, compete la alta inspección de todas las operaciones de la Administración y el dictar á ésta las instrucciones que estime oportunas para el más acertado y exacto cumplimiento de los acuerdos de la Junta.

Art. 21. El Administrador debe asistir á todas las sesiones que celebre la Comisión teniendo en ella voto consultivo.

Art. 22. La Comisión se reunirá una vez por semana, y siempre que la convoque el Vocal de turno, ó lo solicite el Administrador ó Gerente.

Art. 23. La Comisión delegada cuidará muy especialmente de cuanto se relacione con los servicios de la Compañía, estudiando su más perfecta organización, y pidiendo para ello los necesarios informes al Administrador, ó á quien juzgue conveniente. El Administrador recibirá sus instrucciones de la Comisión en todos aquellos asuntos en que por su importancia ó trascendencia no crea deba obrar sin la aprobación superior.

Art. 24. Cuando ocurra algún asunto de urgente solución que no permita esperar la reunión de la Junta de gobierno, podrá la Comisión de-

cirlo, á reserva de dar cuenta á la Junta para su definitivo acuerdo.

Art. 25. La Comisión delegada cuidará muy especialmente de adquirir las noticias y datos necesarios para formar juicio acerca de la confianza que puedan merecer las Sociedades de crédito, de navegación y casas particulares con quienes pueda entablar negocios la Sociedad. Estos -- datos se tendrán reservados, y sólo se manifestarán á la Junta cuando -- el Presidente ó la Comisión lo considere necesario.

Art. 26. La Comisión ilustrará con su dictámen escrito ó verbal á la Junta de gobierno en todos los asuntos que estime conveniente, y en lo que especialmente lo acuerde la Junta.

Art. 27. La Comisión delegada resolverá las consultas que le someta la Gerencia acerca de los asuntos concernientes á la Compañía, tales como los relativos á la organización, administración é inspección de las Sucursales y Delegaciones, creación y supresión de empleos, señalamiento de sueldos, gratificaciones ó recompensas, exámen de presupuestos ordinarios y extraordinarios, particularmente los que se refieran á obras ya en material fijo, ya en el flotante, y demás de carácter análogo.

Art. 28. De todas las sesiones de la Comisión se levantará acta, -- que suscribirán el Vocal de turno y el Secretario.

Art. 29. La Comisión determinará, á propuesta del Administrador, -- las operaciones que puedan realizarse, según las facultades que la Junta de gobierno haya delegado en ella.

Art. 30. La Comisión unirá su firma á la del Administrador ó Gerente en todos aquellos actos que acuerde la Junta de gobierno, con arreglo al art. 20 de los estatutos.

DEL ADMINISTRADOR.

Art. 31. Al Administrador ó Gerente, como ejecutor de los acuerdos de la Junta de gobierno y Comisión delegada, le corresponde vigilar por

el fiel cumplimiento de cuanto determinen.

Como representante de la Compañía, ejercerá la representación de la misma en todos los actos oficiales y extraoficiales, contenciosos ó judiciales, sin necesidad de poder especial al efecto. Llevará la firma corriente, uniéndola á la del Vocal de la Comisión delegada en los actos que señale la Junta de gobierno.

Como encargado de la administración activa de la Sociedad, deberá proponer á la Junta de gobierno ó Comisión delegada cuantas medidas y acuerdos considere beneficiosos á los intereses sociales; llevará la gestión de los negocios de la Compañía, según los acuerdos de la Junta de gobierno ó Comisión delegada, fijando la marcha que deban seguir, consultando previamente á ésta en lo que fuere necesario. En este concepto procurará imprimir á todas las operaciones de la Sociedad unidad de acción y de pensamiento, cuidando de que los resultados de todas las operaciones que realicen las Sucursales, Comités Delegaciones y agentes, de los cuales es el Jefe inmediato, vengan á constar en debida forma en la contabilidad central de la Compañía. Deberá enterarse de los cambios corrientes, de los precios de frutos y productos extranjeros, coloniales y del país, y particularmente de carbones en los puntos productores, fletes y tarifas de las líneas de navegación y Compañías de caminos de hierro, en todo aquello que pueda interesar á la Sociedad. Le compete también autorizar la compra de carbones y de géneros que se necesiten para el tráfico, efectuar los seguros de las naves de la Compañía y acordar los itinerarios de viajes y buques que deban efectuarlos, y combinaciones que puedan establecerse con otras líneas, y proponer á la Junta ó Comisión las tarifas de la Compañía. Tomará frecuentes noticias de los corresponsales de la Compañía, de su situación mercantil, moralidad y celo en el servicio de la Sociedad, con objeto de resolver con acierto lo conveniente acerca de tan importante ramo.

Como Jefe de las oficinas y dependencias de la Compañía, puede suspender á los empleados, sean de la clase que fueren, dando cuenta á la Comisión para su definitiva resolución. Proponer á la Comisión personas

idóneas para servir los cargos de la Compañía, excepto aquellos que con arreglo á estatutos corresponde su provisión al Presidente ó Junta de gobierno, y conceder licencias temporales á los empleados, mediante justa causa, y disponer quién debe reemplazarles interinamente.

Art. 32. El representante en Madrid llevará la gestión de los negocios de la Compañía relacionados con el Gobierno que radiquen en Madrid dentro de las instrucciones que reciba de la Administración social.

Art. 33. Representará además á la Compañía en todos los asuntos judiciales, administrativos y de cualquier otro carácter que interesen á la Compañía en Madrid.

Art. 34. Será Jefe de las dependencias de la Compañía en Madrid, y en este concepto cuidará de la contabilidad y demás operaciones que se realicen en dicho punto.

Art. 35. El Delegado ó Delegados residentes en Cádiz son los Jefeá inmediatos de la administración de los servicios marítimos y demás explotaciones establecidas en aquel punto, y por tanto les corresponde la gestión de los mismos. Podrá encargárseles además la gestión de eventuales negocios ó servicios en puntos diferentes. Ejercitarán asimismo la representación de la Compañía en todos los asuntos que en Cádiz radiquen por cualquier concepto, aun accidentalmente.

Art. 36. Deberán atemperarse á las órdenes é instrucciones que les comunique la Administración social, y obrando en los casos no previstos según les sugiera su buen celo y con toda la plenitud de su representación social.

Art. 37. El Representante de Madrid y Delegados de Cádiz darán --- cuenta detallada de cuanto ejecuten al Administrador de Barcelona.

Art. 38. El Representante en Madrid y los Delegados en Cádiz usarán de la firma social por poder, á cuyo efecto les será conferido el necesario en la forma que estime conveniente la Junta de Gobierno.

Art. 39. Un reglamento especial acordado por la Junta de Gobierno establecerá las demás atribuciones y deberes que correspondan al Administrador, al Representante en Madrid y Delegados en Cádiz, así como las relaciones que entre ellos deben existir para dar unidad de acción á -- sus actos, y que todos redunden en bien de la Compañía.

Art. 40. El Administrador tendrá una de las llaves de las Cajas -- sociales donde estas existan y las otras obrarán en poder de quién acuerde de la Comisión.

Art. 41. El Subadministrador, si lo hubiere, ó en su defecto el -- empleado que designe la Junta de gobierno, reemplazará al Administrador en sus ausencias y enfermedades, y llenará además los cargos que éste -- le confíe y los que determine la Comisión delegada.

DEL SECRETARIO.

Art. 42. El Secretario lo es general de la Compañía, y en este concepto lo es de la junta general, Junta de gobierno, Comisión delegada y del Administrador.

Art. 43. Son obligaciones del Secretario:

Primero. Llevar los libros de actas, firmándolas con el Presidente ó quen haga las veces.

Segundo. Librar las certificaciones que procedan de los acuerdos -- de la Junta de gobierno y Comisión, que deberán ser autorizadas con el Vº. Bº. del Presidente ó Vocal de turno.

Tercero. Cuidar del archivo de la Compañía, custodiándolo con el -- debido orden.

Cuarto. Redactar cuantos informes, documentos ó comunicaciones se le encarguen, y evacuar los demás trabajos que se le encomienden por la Junta de gobierno, Comisión ó Administrador.

Quinta. Llevar el registro de las acciones y sus domicilios, cuidar de los talonarios de las acciones y demás valores de la Compañía, y comprobar la legitimidad de éstos cuando lo pidan sus tenedores.

Sexto. Atender al despacho de la correspondencia administrativa de la Compañía, según los acuerdos de la Junta de gobierno, Comisión y Administrador.

DEL CONTADOR.

Art. 44. La Contaduría llevará la cuenta y razón de los intereses de la Compañía, y la fiscalización de todas las operaciones financieras de la misma.

La contabilidad se llevará por partida doble.

Art. 45. El Contador es el Jefe inmediato de cuanto se relaciona con este importante ramo, y en este concepto le corresponde:

Primero. Establecer el orden de la contabilidad de la Compañía en todos sus ramos, conforme á las instrucciones del Administrador, dirigiendo las operaciones de modo que, acomodándose al método establecido, respondan á las necesidades que deben llenar.

Segundo. Examinar los documentos en que deben fundarse los asientos de contabilidad, así como las letras y demás libramientos á cargo de la Compañía ántes de dar orden á Caja para su pago.

Tercero. Vigilar las operaciones de Caja y el que en ella se observen el orden y método que corresponda.

Cuarto. Formar los estados de situaciones y balances que deban presentarse á la junta general y de gobierno, y los que le ordene la Administración.

Quinto. Asistir á los arqueos, cuidar de los efectos en cartera y

de su exacta realización.

Sexto. Llevar la correspondencia mercantil de la Compañía, y evaluar los informes que se le pidan en el ramo de contabilidad.

Art. 46. El Contador cuidará especialmente de los depósitos de valores en custodia ó garantía, haciendo se conserven en las Cajas sociales con el debido orden y separación.

Art. 47. La Comisión delegada designará los empleados que deban reemplazar al Secretario y Contador en ausencias y enfermedades.

DE LAS JUNTAS GENERALES.

Art. 48. La Secretaría expedirá á cada uno de los socios que tengan depositadas acciones suficientes para adquirir derecho de asistencia á la junta general la papeleta que acredite este derecho.

Igual documento se entregará á los que depositen en las Cajas de la Sociedad ó establecimientos que acuerde la Junta de gobierno el número de acciones necesarias para gozar del derecho de asistencia.

Esta papeleta, que servirá de título para concurrir á la junta general, expresará el nombre del deponente número de acciones depositadas y votos que en su virtud le correspondan.

La Secretaría cerrará el registro de los socios que adquirieran derecho de asistencia la víspera de la celebración de la junta general, formando una lista, que autorizarán con su Vº. Bº. el Vocal de la Comisión y Administrador.

Art. 49. Reunida la junta general y leída la relación de los socios con derecho de asistencia, se leerá y aprobará el acta de la junta anterior.

El Presidente designará para formar parte de la mesa á dos de los

accionistas presente. La mesa, así constituida, examinará la capacidad legal de los asistentes, y acto seguido se declarará legalmente constituida la junta general, procediéndose á la deliberación de los asuntos que deban ser objeto de la junta.

Art. 50. El Presidente señala la orden del día, dirige la discusión y cuida de cuanto conduzca mejor orden de la sesión, quedando para este efecto revestido de las más amplias facultades.

Las proposiciones que los socios hayan presentado con la anticipación y en la forma prevista en el art. 34. de los estatutos se discutirán despues de terminada la orden del día, ó cuando lo juzgue conveniente el Presidente.

Las votaciones, que serán nominales, se consignarán detalladamente en el acta. La junta general, á propuesta del Presidente, podrá acordar que la votación sea secreta. En este caso cada socio depositará en la urna tantas papeletas como votos tiene derecho á emitir.

Art. 51. Las actas de la junta general se extenderán en un libro especial, y las suscribirán el Presidente, socios que hayan constituido la mesa y el Secretario de la Compañía.

Art. 52. Las disposiciones de este reglamento se entienden sin perjuicio de la libertad de la Junta de gobierno para adoptar acuerdos en cada caso concreto estime conveniente tomar.

Finalmente, los señores otorgantes aprueban los anteriores pactos y capítulos, y prometen su cumplimiento, con enmienda de daños y costas.

Quedan enterados los propios señores otorgantes del deber de presentar esta escritura en la oficina de liquidación del impuesto sobre derechos reales y transmisión de bienes de este partido, y de cumplir las prescripciones de la ley de 19 de Octubre de 1869.

Así lo firman ante el Notario que suscribe, siendo testigos presen-

ciales D. Emeterio Alcobé y Comas y D. Joaquín Solá y Freixas, vecinos de esta ciudad, á quienes, y á los Señores otorgantes, he leído íntegramente esta escritura por haberlo elegido así después de enterados del derecho que tienen de leerla por sí mismos; de todo lo que, y del conocimiento, profesión y domicilio de dichos señores otorgantes doy fé ---
 -A. López y Compañía. -P. de Sotolongo. -José Carreras. -Emeterio Alcobé. -Joaquín Solá. -Está asignado. -Luis G. Soler.

Concuerda con su original, que bajo el núm. 761 obra en mi protocolo corriente de escrituras, y libro de presente primera copia á utilidad de la Sociedad A. López y Compañía en un pliego, sello 1º., núm. -- 2.428, y 23 del 11º., número 667.951 y siguientes, en Barcelona á los 4 de Junio de 1881. -Está signado. -Luis G. Soler. -Hay el sello de la Notaría.

Concuerda con su original, que he devuelto al Excmo. Sr. D. Antonio López y López, a cuya instancia libro el presente testimonio en 25 pliegos del sello 10º, número del 136.651 al 74 inclusive, y 136.580, en Barcelona á 4 de Junio de 1881. -Signo. -Luis G. Soler. -Hay el sello -- de la Notaría.

Los infraescritos Notarios del ilustre Colegio del Territorio de -- Barcelona, con residencia en la capital, legalizamos el signo, firma y rúbrica que anteceden del Notario D. Luis Gonzaga Soler y Plá.

Barcelona 11 de Junio de 1881. -Signo. -Francisco Gomis. - Signo. -Jerónimo Canhó. -Hay sello del Colegio notarial del territorio de ---- Barcelona.

ACTA DE CONSTITUCION
de la
SOCIEDAD ANONIMA DENOMINADA Compañía Trasatlántica.

CAPITAL: 50 MILLONES DE PESETAS.

Número 762.- En la ciudad de Barcelona, á 1^o de Junio de 1881, -- ante mí D. Luis Gonzaga Soler y Plá, Notario del ilustre Colegio del -- territorio de Barcelona, con residencia en la capital y testigos instrumentales, parecieron: el Excmo. Sr. D. Antonio López y López, hacendado y del comercio, casado, como Jefe Gerente de la Sociedad que gira en esta plaza y en la de Cádiz bajo la razón A. López y Compañía: ---- Excmo. Sr. D. Pedro de Sotolongo y Alcántara, viudo, y D. José Carreras y Xuriach, casado, los dos del comercio, todos mayores de edad, y vecinos de esta capital, segun cédulas personales número 21, 165 y 411 libradas respectivamente en 28 de Setiembre, 13 de Octubre y 31 de Diciembre del año último, que han exhibido al Notario que suscribe, asegurando y apareciendo con aptitud legal para contratar y dijeron: que con escritura recibida ante el Notario que suscribieran este día, los señores otorgantes han fundado una Sociedad anónima bajo la denominación de Compañía Trasatlántica, con un capital de 50 millones de pesetas, dividida en 20.000 acciones de á 2.500 pesetas cada una, pudiendo ser suscritas en metálico ó en efectos, poniendose sólo en circulación 16.000 con un desembolso de 50 por 100: expresaron luego que dichas acciones quedan suscritas en la forma siguiente:

A. López y Compañía 15.200 acciones, ó sea un capital efectivo de 19 millones de pesetas, cuyo -- desembolso, que representa el 50 por 100 de dichas acciones, hará efectivo aportando á la Compañía -- Trasatlántica por la referida cantidad de 19 millones de pesetas en que ha sido evaluada de comun -- acuerdo por los socios fundadores: primero la concesión que tiene del Gobierno de S.M. para el servicio de correos entre España y las islas de Cuba

y Puerto Rico; segundo, la mayor parte del haber social que tiene la expresada Sociedad A. López y Compañía para la explotación de dicho ramo de comercio, consistente en bienes inmuebles, naves con todos sus accesorios, diques, almacenes, etc., etc., de todo lo cual se formará el oportuno inventario en el acto de su entrega. Si el -- Gobierno de S.M. no autorizara la aportación de la referida concesión, la Sociedad A. López y Compañía hará efectivo el importe de las dichas --- acciones suscritas en metálico.

Son quince mil doscientas acciones	15.200
Excmo. Sr. D. Pedro de Sotolongo ha suscrito un capital efectivo de 500.000 pesetas ó cuatrocientas acciones	400
D. José Carreras ha suscrito también un capital de 500.000 pesetas ó cuatrocientas acciones	400
TOTAL diez y seis mil acciones	16.000

Llenados, pues, los requisitos que exige la ley de 19 de Octubre de 1869 para la constitución de Sociedades anónimas, los señores requirientes dan por constituida desde luego la expresada Sociedad anónima denominada Compañía Trasatlántica, y en cumplimiento de lo prevenido en el art. 13 de los estatutos acerca del nombramiento de la Junta de gobierno y de su Presidente y Vicepresidente, nombran á los señores siguientes:

JUNTA DE GOBIERNO.
Vocales Propietarios

Excmo. Sr. D. Antonio López y López, Presidente.
Excmo. Sr. D. Manuel Calvo, Vicepresidente.
Excmo. Sr. D. Pedro de Sotolongo.
Excmo. Sr. D. Antonio Vinent y Vives.
Excmo. Sr. D. Francisco Romero y Robledo.

Excmo. Sr. D. Isidoro Pons.
 Sr. D. José Carreras y Xuriach.
 Sr. D. Agustín Robert.
 Sr. D. Claudio López y Brú.

VOCALÉS SUPLENTES.

Sr. D. Patricio de Satrústegui.
 Sr. D. Carlos de Eizaguirre.
 Sr. D. Claudio López y López.
 Sr. D. Angel Bernardo Pérez.
 Sr. D. Antonio Sánchez de Mobellán.
 Sr. D. José de Ulloa.
 Sr. D. Manuel Arnús.

Y dichos señores comparecientes requieren al suscrito Notario para que levante la presente acta, á fin de que surta todos los efectos legales.

Así lo firman ante el Notario que suscribe, siendo testigos presenciales D. Emeterio Alcobé y Comas y D. Joaquín Solá y Freixas, de esta vecindad, á quienes y á los señores otorgantes he leído íntegramente — esta escritura por elegirlo así de todo lo que el conocimiento, profesión y domicilio de los últimos, doy fé. —A. López y Compañía. —P. de Sotolongo. —José Carreras. —Emeterio Alcobé. —Joaquín Solá. —Está signado. — Luis G. Soler.

Concuerda con su original que con el núm. 762 obra en mi protocolo corriente de escrituras, y libro la presente copia á favor de la Compañía Trasatlántica en estos dos pliegos de sello 10º., números 136547 y siguiente, en Barcelona á 4 de Junio de 1881. —Signo. —Luis G. Soler. —Hay el sello de la Notaría.

Los infraescritos Notarios del ilustre Colegio del territorio de Barcelona, con residencia en la capital, legalizamos el signo, firma y rúbrica que anteceden del Notario D. Luis Gonzaga Soler y Plá.

1248

Barcelona 11 de Junio de 1881. -Signo. -Francisco Gomis. -Signo. -
-Jerónimo Canhé. -Hay el sello del Colegio Notarial del territorio de
Barcelona:

FUENTE: Gaceta de Madrid, 22 junio, 1881, pp. 839-842.

Pesquerías de Canarias

Por G. M., Madrid,

Imprenta M. Tello, 1882.

PESQUERIAS DE CANARIAS

I.

El establecimiento de pesquerías en grande escala en las islas Canarias y costa occidental de Marruecos, ¿puede considerarse como un negocio comercial que interesa solamente á la empresa particular que lo emprenda, ó tiene importancia bastante para fijar la atención del Gobierno español como base y auxiliar poderoso de nuestra política en Marruecos?

Al examinar tan importante cuestión, conviene tener presente: 1º. Que siendo tan compleja, no es posible estudiarla bajo todas sus fases, y que dejando á un lado la parte militar y gran parte de la política, sólo se trata de demostrar la utilidad y conveniencia de un pensamiento concreto. 2º. Que el debate seguido por la prensa española ha vulgarizado muchas de las ideas aquí expuestas; pero que esta circunstancia no desautoriza la importancia de aquello que, á fuerza de ser verdad, salta á la vista de todo el mundo. 3º. Que es indudable que el Gobierno actual, como todos los gobiernos pasados ó que puedan suceder á éste, tiene los mismos deseos que la mayoría de los españoles; pero como quizás hoy no tenga todos los medios necesarios para realizarlos, á nada conduce dirigirle inútiles apóstrofes ó invectivas, atribuyéndole responsabilidad exclusiva en cuestiones que son resultados de sucesos pasados, cuando se trata de resolver prácticamente los actuales problemas de la política española en Africa, con los medios que tenemos y no con los que debiéramos ó quisiéramos tener.

Hechas estas salvedades, preciso es también consignar que ha llegado el momento de dar forma á nuestras aspiraciones en Africa, si no queremos exponernos á perder toda esperanza de poderlas realizar en lo fu-

turo. El Gobierno actual no puede menos de dar gran importancia á un -- asunto como este, comprendiendo que cuando la opinión pública se fija -- en él, como esperanza de la grandeza nacional, sería peligroso desaten- der aquella manifestación del instinto que tienen las colectividades -- como los individuos, y que es ley suprema de su desarrollo y engrandeci- miento.

La luminosa y casi profética indicación hecha en el testamento de Isabel la Católica, ha sido el punto de partida de la política española en Africa. Las empresas de Cisneros y de Carlos V; los proyectos de --- Carlos III y de Floridablanca, han mantenido viva la tradición de sus -- gloriosos propósitos; pero nunca se ha manifestado la opinión pública -- con tanta claridad y energía como durante la guerra con Marruecos en -- 1859 y 1860. Desde la época memorable en que la cruz enarbolada sobre -- las torres de la Alhambra marcó el fin del periodo de reconquista y el principio de nuestra unidad nacional, difícilmente podrá hallarse momen- to histórico en que el pensamiento, la aspiración y la voluntad de los españoles hayan sido tan unánimes, ni hayan ofrecido al Gobierno concur- so tan entusiasta y desinteresado. Si es cierto que la empresa dirigida por el ilustre general O'Donnell halagaba el espíritu y la tradición -- guerrera de los españoles, y que dió días de gloria á nuestra patria, -- hay que confesar también que la historia la ha juzgado ya imparcialmen- te en su esencia y resultados; y que hoy es bastante común la creencia de que España podría, por otros caminos, obtener mayor fruto con meno- res sacrificios.

Ninguna de las naciones que aspiran á ejercer influencia ó á domin- ar en Africa se encuentra en condiciones tan especiales como España; y para convercerse de cuán justa y natural es nuestra intervención en --- Marruecos, basta echar una ojeada sobre el mapa.

Diríase que la Providencia, al rodear á España de mares, sin más frontera terrestre que los Pirineos, ha querido poner en el estrecho de Gibraltar y en manos de los españoles la llave del Mediterráneo; en los numerosos puertos de nuestras costas, los elementos de la riqueza comer-

cial, que sólo puede garantizar un gran poder marítimo, y en Marruecos la colonia destinada á recibir el exceso de población y de producción, y á suministrar á la Península, no sólo los cereales que dieron el nombre de Granero de Roma á la antigua Mauritania Tingitana, sino las riquezas que la agricultura y la ciencia modernas pueden extraer de sus valles y de sus costas. En cuanto á la posibilidad de cultivar y fertilizar aquellos territorios con brazos españoles, bien claramente demostrada está por desgracia por los 70 ó 80.000 emigrantes que buscan en la Argelia el producto de su trabajo, que debiera ser beneficioso para su patria. El territorio de Marruecos tiene condiciones de fertilidad privilegiada, gracias á los numerosos ríos que, bajando de la cumbre del Atlas, corren á desembocar en el Atlántico, sin que se aprovechen convenientemente sus aguas.

No hay por otra parte español que no esté convencido de que los naturales de nuestras costas de Levante pueden vivir y trabajar en Marruecos en condiciones muy semejantes á aquellas en que nacieron y vivieron. También puede creerse con fundamento que después de recibir cierta educación y conocimiento de las ideas y costumbres europeas, sólo el fanatismo religioso impediría que los marroquíes vinieran á establecerse en nuestras costas del Mediterráneo, es decir, que los precedentes históricos, las condiciones de raza, de clima y aún de costumbres, realizarían tal vez una fusión, que ni la política, ni las armas francesas han conseguido, ni conseguirán realizar fácilmente en Argelia.

Hay que confesar, sin embargo, que el árabe, no solamente es refractario á nuestra civilización, sino que no se acomoda ni se funde con los pueblos europeos; pero dadas las condiciones especiales de España, no es imposible modificar esta antipatía, y más adelante indicaremos el medio lento, pero seguro de conseguirlo.

No es un secreto para nadie que el obstáculo capital que hoy se opone á la realización de nuestros propósitos es el protectorado que de hecho ejerce Inglaterra sobre Marruecos. El Gobierno de la Gran Bretaña sostiene la prolongación indefinida del statu quo en aquel imperio, sin cesar por esos de trabajar para extender y aumentar su influencia y su

medios de acción. Las consecuencias de este protectorado no pueden ocultarse al Gobierno marroquí, porque es fácil prever que la preponderancia única y absoluta de Inglaterra en aquel imperio traería como resultado su inmediata disolución.

La actitud de Francia ha llegado á ser un peligro para nosotros; y de no apresurar la iniciativa de nuestra política en Marruecos, fácil es que suceda allí algo semejante á lo ocurrido en Tunez, sin que podamos tener gran confianza en que Inglaterra haya de prestarnos apoyo para detener á los franceses, mientras éstos no se acerquen á las costas del Mediterráneo ó del Atlántico, próximas al estrecho de Gibraltar. En circunstancias tan difíciles, no contamos con la alianza de Italia ó de otras potencias europeas para contrarrestar, según convenga, las pretensiones de Francia ó de Inglaterra, ni aún hemos logrado convencer á los marroquíes de que nuestro protectorado, si bien menos poderoso, pudiera ser más sincero y más útil para ellos. La importancia de nuestro comercio, y sobre todo de nuestra industria, depende evidentemente de establecer este protectorado, ó por lo menos de conservar relaciones en condiciones de preferencia respecto á las demás naciones europeas; porque algún día se ha de desarrollar nuestra industria y hemos de sentir la necesidad de exportar sus productos; y no pudiendo competir con los que han de seguir progresando y han de fabricar mejor y más barato que nosotros, no queda más campo á nuestra actividad comercial que Africa y la América del Sur.

Urge pues, adoptar una marcha prudente, pero activa y previsora, para no exponernos á que mientras nosotros aguardamos oportunidad, aprovechen otros la que les ofrezca nuestra debilidad ó nuestra indolencia; y cuando presentemos nuestras reclamaciones, los hechos consumados no nos dejen más consuelo que voluminosos protocolos ó elocuentes, pero inútiles discursos. En el terreno de la política y de las negociaciones diplomáticas, ya hemos visto que no tenemos medios por ahora de obtener grandes resultados, y no hay que pensar en lanzarse á peligrosas aventuras llevando la cuestión al terreno de la fuerza. Es necesario, pues, en contrar la solución práctica estudiando los medios morales y materiales de que podemos disponer. Este es el camino seguido por los ingleses, y

que ha de darnos grandes resultados. La inacción ó la excesiva prudencia en estos momentos, pudieran aparecer ante la opinión pública como resultado de aquel egoismo indiferente, ó de aquella nulidad apática, que ni ambiciona gloria, ni contrae responsabilidades, ni atiende á los verdaderos intereses de la patria.

Después de estas breves consideraciones, veamos cuáles son los medios de que podemos servirnos para llegar al resultado que nos proponemos. En primer término, y como poderoso auxiliar, figura la concesión que se nos hizo en el art. 10 del tratado de paz de 1860, que dice así: "S.M. el Rey de Marruecos, siguiendo el ejemplo de sus ilustres predecesores, que tan especial protección concedieron á los misioneros españoles, autoriza el establecimiento, en la ciudad de Fez, de una casa de misioneros españoles, y confirma en favor de ellos todos los privilegios y las exenciones que concedieron en su favor los anteriores soberanos de Marruecos. Dichos misioneros españoles, en cualquier punto del Imperio marroquí donde se hallen ó se establezcan, podrán entregarse libremente al ejercicio de su sagrado ministerio, y sus personas, casas y hospicios disfrutarán de toda la seguridad y protección necesarias.

S.M. el Rey de Marruecos comunicará en este sentido las órdenes oportunas á sus autoridades y delegados, para que, en todos tiempos se cumplan las estipulaciones contenidas en este artículo".

No sólo ha tenido cumplimiento este acuerdo, sino que, establecidas nuestras misiones africanas, han logrado arraigarse adquiriendo grande y provechosa influencia. La prudencia y atinada conducta del P. José Lerchundi, actual director de ellas, han dado como resultado, la consideración y el afecto de los árabes á nuestros misioneros, hasta el punto de acudir á su auxilio y consejo, en sus apuros y en sus negocios; considerándolos, no como enemigos fanáticos, sino como amigos tolerantes y benévolos. Una frase pronunciada por aquel digno sacerdote pone de relieve el espíritu que los anima, y abre un extenso y luminoso horizonte á la influencia de aquellas misiones. "Antes de convertir los moros en cristianos, tenemos nosotros que hacerlos insensiblemente españoles de corazón."

En opinión de los que conocen el pueblo árabe en general y especialmente el marroquí, esta hábil política ha de encontrar grandes dificultades en el carácter y costumbres de aquellos habitantes; porque el -- mahometano, fanático por naturaleza y por educación, rechaza la intervención cristiana, y ni se somete á ella, ni acepta sus beneficios.

Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la influencia constante de las misiones, hábilmente dirigida, puede cambiar con el tiempo este orden de cosas, sobre todo, si contando con los recursos necesarios, -- llegan á establecer los hospitales, escuelas elementales de agricultura ó de mecánica, etc., etc., donde, tranquila la conciencia del moro, respecto á la cuestión religiosa, vaya recibiendo lentamente las ideas, los beneficios y hasta las máximas de la civilización cristiana que, inculcadas en la infancia, han de establecer forzosamente gran diferencia de costumbres en cada generación sucesiva. La multiplicación de estas misiones y el aumento de sus relaciones con los marroquíes, pueden constituir el medio más seguro para el establecimiento de nuestras relaciones comerciales. Los cereales, comestibles, telas, ó utensilios, que el marroquí rechaza del comerciante desconocido que llega á sus costas, y á quien considera como un enemigo que su ley le autoriza a despojar, los aceptaría con gusto y hasta con gratitud, del misionero ya establecido en su país, y de quien no desconfía, porque de él ha recibido numerosos beneficios. Si nuestros presidios de Africa tuviesen grandes almacenes y depósitos, que los misioneros no pueden tratar de establecer sin gravísimo peligro, fácil sería á éstos mantener la corriente comercial, -- según las exigencias del consumo, sin excitar la desconfianza de los moros, y sin llamar la atención de los europeos, que aspiran á conseguir el mismo resultado que nosotros. Si los fabricantes catalanes no pueden competir hoy con los ingleses en los tejidos de algodón, que forman la base de la exportación británica en Marruecos, es posible que, -- establecidas las pesquerías y la línea de vapores, encontrando giro, -- crédito y facilidades para su comercio, se resolviera por este medio -- una de las más importantes cuestiones de la industria española.

Todos nuestros agentes diplomáticos que han estudiado el asunto -- han visto prácticamente con cuánta facilidad, á la sombra de la misión y

sin comprometerla, puede irse desarrollando poco á poco el comercio particular.

Aquí convendría estudiar y analizar otra cuestión, si lo permitieran los estrechos límites de esta Memoria. ¿No habría algún medio de — ofrecer trabajo en Marruecos, aún siendo en propiedades marroquíes, á esos trabajadores españoles que van á buscarlo en la Argelia? Cuestión árdua y compleja, pero de inmensos resultados, porque en tiempo de paz supone un gran aumento de trabajo y de riqueza, y en el de guerra, teniendo en cuenta la manera que tienen de hacerla los moros, un núcleo — poderoso que podría servir de base á nuestros planes militares.

Entre los medios materiales de que podemos disponer para realizar nuestra misión en Marruecos, ninguno tan importante, tan eficaz ni tan práctico como el establecimiento de pesquerías en grande escala, con — todas las industrias que con ellas se relacionan, en las Islas Canarias y en la costa occidental de Marruecos y fuera de los dominios del Sultán. Este es el punto que trataremos de examinar con la mayor brevedad posible.

II.

Antes de examinar las ventajas que á España pueda reportar el establecimiento y desarrollo de estas pesquerías, conviene consignar la necesidad de modificar, y aún destruir, dos tendencias funestas para nuestro porvenir: la emigración, que nos priva de brazos para el trabajo y de elementos para el aumento de población, y la extracción de materias primeras á países más industriales, que nos priva de los elementos necesarios á nuestra futura industria.

Las empresas fundadas en la emigración ó en la exportación de materias primeras, importadas después en España bajo la forma de producto industrial extranjero, aunque por el momento produzcan cuantiosos beneficios, á la larga serían ruinosas para el país, porque destruirían los elementos de su prosperidad. Por el contrario, las que se funden en el aumento del trabajo y de la producción, valiéndose de los propios recursos, producirán pingües y seguros beneficios para los particulares y para el Estado, porque el trabajo humano es tanto más reproductivo cuanto la necesidad que viene á satisfacer es más universal, imprescindible y constante, y ninguna reúne estas condiciones como la de alimentación.

El aumento general de consumo de pescado y el desarrollo creciente de las pesquerías, prueban que esta industria es indispensable al hombre para suplir las deficiencias de la agricultura y de la ganadería.

Las pesquerías han sido consideradas como riqueza importante en todos tiempos y países; porque los capitales empleados en ellas sólo sirven, por decirlo así, para la explotación de un tesoro crecido por la naturaleza, y que si no es inagotable, ofrece muchas más garantías de duración que la de los metales preciosos, porque la reproducción constante y numerosa y la inmensidad del mar aseguran la duración del beneficio. Siendo esto cierto, extraño debe parecer que existiendo pesca numerosa en las islas Canarias, desde tiempo inmemorial, no se haya comprendido su importancia, ni hayan llegado estas pesquerías al desarrollo que tantos beneficios puede producir. Algo semejante puede también

decirse de las pesquerías establecidas en los mares del Norte, que, siendo ya antiguas, no han empezado á tener grandes resultados hasta principios del presente siglo. Las causas de este hecho tienen muy sencilla explicación. El pescado fresco, por la lentitud del transporte, no podía llegar en buen estado más que a cierta distancia de la costa; tenía por consiguiente, que considerarse como artículo de lujo, accesible solamente á las clases acomodadas; y el pescado curado en cualquier forma por la carestía relativa de los medios de conducción, tampoco podía ser alimento abundante y barato para el pobre. Todo ha cambiado en el presente siglo, no sólo con la rapidez y baratura del transporte, y con los adelantos científicos para conservarlo fresco, sino con la creación de nuevas industrias derivadas de la principal, y que con auxilio de la química producen conservas, abonos, aceites, etc., etc.,

La índole de esta Memoria no permite trazar el cuadro general de los productos de la pesca en las naciones europeas, para dar á conocer la importancia de esta industria; pero nadie ignora los inmensos beneficios producidos por las que explotan los ingleses, en el gran banco de Terranova y en las costas de Escocia, ni las del mar del Norte explotadas por suecos, noruegos, y dinamarqueses; con la circunstancia especial de que los pueblos de raza latina, son los mayores consumidores del bacalao, que vá á venderse principalmente en España, Portugal, Francia, Italia, Brasil y repúblicas hispano-americanas. Las islas británicas emplean en la pesca de sus costas más de 40.000 buques de todos tamaños; y respecto al consumo creciente de pescado, basta decir que sólo en el puerto de Grimsby entraron en 1857, 3.435 toneladas, y en 1872; 31.193 toneladas. Las más importantes pesquerías, son, sin duda, las del banco de Terranova; pues solamente en el Canadá, Labrador y Terranova, el valor anual de la producción del bacalao, pasa de VEINTE MILLONES DE DURS sin contar los aceites y abonos artificiales. Las pesquerías de Canarias podrían llegar á igual, y aún á mayor importancia, sin grandes sacrificios, puesto que para ello sólo sería necesario darles lentamente el desarrollo que exija el mercado; teniendo la seguridad de contar con marineros y pescadores ejercitados, que bien pronto aprenderían y utilizarían los adelantos modernos, tanto en los métodos para pescar, como en la preparación del pescado.

El primero que comprendió la importancia de las pesquerías canarienses, fué Jorge Glas, hace 117 años, y triste es tener que decir que profetizó el abandono en que las dejarían los españoles: he aquí sus palabras:

"Sin embargo de ser estas pesquerías susceptibles de gran desarrollo, los ingleses no tienen motivo para temer que los españoles sean capaces de llevarlas á un grado tal de explotación que lleguen á rivalizar con los productos de pesquerías inglesas en los mercados de España é Italia". Por dicha nuestra el navegante escocés no encontró tampoco gran apoyo en Inglaterra, y sus observaciones se imprimieron en época poco favorable para ser publicadas; los intereses de la política eran más fuertes que el espíritu de asociación, que más adelante debía crear tan importantes empresas; así es, que el libro que hizo imprimir en Londres en 1764, tuvo pocos lectores y aún hoy día es poco conocido.

Desde mediados del siglo pasado, época en que tuvieron lugar las exploraciones y observaciones de Glas, los pescadores isleños no han mejorado su industria rutinaria ni han cambiado su modo de navegar. Sólo con larga práctica, suplen la teoría que les falta: conocimientos náuticos, construcción naval, aparejo, economía, mecanismo de la pesca y preparación de sus productos, todo ha quedado estacionado de tal manera que la descripción de Glas parece escrita en nuestros días. Limitada la industria de la pesca á satisfacer las necesidades del consumo de las islas Canarias, no ha alcanzado el desarrollo de que es susceptible, y que, dirigida por especuladores más entendidos, permitiría sostener la competencia y aún obtener más beneficios que la de Terranova y la de los mares del Norte. Se emplean en la pesca del bacalao, según datos oficiales, 6.000 buques y 120.000 marineros de todas naciones, que proporcionan anualmente al comercio 48.000.000 de bacalaos. En las islas Canarias treinta y tantos buques tripulados por 700 marineros, han producido 150.000 quintales de pescado salado, ó sean próximamente tres millones de pescados. Se puede asegurar en vista de este resultado, que la pesca es más abundante que en Terranova; porque dividiendo ambos productos por el número correspondiente de hombres empleados en cada pesquería, se ve que un pescador canario, coge 4.285 pescados en el transcurso

de un año; cantidad que exige en Terranova el empleo de diez hombres. -- El beneficio está asegurado en Canarias desde el primer año, sin subvención alguna del Gobierno español; mientras que los armadores de Terranova, teniéndola, no obtienen producto hasta el tercer año. Tomando por término medio de carga de las goletas de Canarias, 30 toneladas y 25 -- hombres de tripulación, y teniendo en cuenta los ocho o nueve viajes -- anuales de cada barco, resulta que cada marinero pesca 240 quintales, -- que son 4.800 pescados al año, mientras que en Terranova, no pasa de -- 2.500. Sobre el gran banco y en Terranova, no se coge más que bacalao, salmón y arenque, y aun en la pesca de éstas dos últimas especies, está casi abandonado por los franceses. A lo largo de la costa africana pescan los canarios 8 ó 10 clases de pescados, todos igualmente propios -- para ser curados ó salados, y que, habiendo sido preparados por operarios escoceses, se han vendido en los mercados españoles á precios bastante elevados; siendo considerados por los inteligentes como muy superiores en calidad al bacalao que se consume generalmente en España. En Terranova los buques europeos se disputan el espacio, sobre un banco de 400 millas de longitud; los pescadores canarios recorren más de 600 leguas de Cabo Bojador á Cabo Blanco del Sur, sin que nadie les dispute el terreno. En vez del frío excesivo y prematuro del Norte, que obliga al -- marinero á hacer gastos y dificulta la maniobra, en la costa africana las condiciones de la temperatura son tales, que sería muy difícil hallar un clima más á propósito para la preparación del pescado.

Sería inútil insistir en la importancia de estas pesquerías y en el beneficio que ofrece su explotación; pero antes de concluir, resumiendo lo dicho anteriormente, convendrá presentar, por medio de un cálculo las consecuencias financieras del abandono en que hemos tenido esta riqueza. Tomando como punto de partida un siglo, y teniendo en cuenta que, en la primera mitad de este periodo, no solamente los recursos para la alimentación del pueblo español eran menores, sino que el precepto de la vigilia era más riguroso, y también más numerosos los días de su observancia; teniendo también en cuenta, que durante mucho tiempo, el bacalao ha sido la base de alimentación del ejército y de la marina, puede creerse con fundamento que el consumo de este pescado, ha sido próximamente el mismo en todo ese tiempo. Según datos oficiales, España paga

por su importación anual de pescado extranjero, salado casi siempre con sal española, más de TRES MILLONES DE DUROS; de manera que, durante --- cien años, hemos pagado en tal concepto la enorme suma de 300 MILLONES DE DUROS, que hubieran servido para fomentar otras industrias, si las -- pesquerías canario-africanas hubieran abastecido el consumo.

Si se quiere agragar, aún cuando no sea más que el módico interés de 5 por 100 á semejante capital, se comprenderán las consecuencias de un abandono que no tiene explicación, ni aún teniendo en cuenta las agitaciones de nuestra historia política.

RESUMEN.

De lo dicho anteriormente se deduce:

1°. Que el estado actual de la política europea, nos obliga á intervenir en la cuestión africana para procurar que queden garantizados --- nuestros intereses y nuestro porvenir.

2°. Que nuestra situación presente, y la rapidez con que los suce-- sos se verifican, no nos permiten obtener pronto y seguros resultados en el terreno de la fuerza ni en el de la política.

3°. Que el establecimiento y desarrollo de estas pesquerías es un medio práctico, seguro y fácil de proporcionarnos dinero, elemento in-- dispensable sin el cual nada podemos hacer allí.

4°. Que la explotación de esta industria, no sólo será beneficiosa para el Estado y para la Hacienda, para las islas Canarias y para la -- empresa explotadora, sino que también podrá proporcionar á las misiones influencias y medios de acción que hoy no tienen.

5°. Que de no apresurarnos á tomar la iniciativa enérgicamente en este asunto, corremos grave é inminente peligro de que los ingleses, -- que protegen á Mackenzie, establecido en las matas de San Bartolomé, ó los franceses que ya explotan la pesca en la bahía de Arguin, nos arre--

baten tan inapreciable tesoro, quedándonos en la triste situación del - que reclama tarde el patrimonio que no supo apreciar y que abandonó como inútil.

España ha tenido el derecho de pesca en las costas de Tunez, conquistado por las armas de Carlos V; lo ha tenido también en el banco de Terranova, y ambos los ha perdido.

Tiempo es ya de hacer un supremo esfuerzo, aprovechando las lecciones de la experiencia y de la historia: ambas nos demuestran cuán poco valen las conquistas y la riqueza cuando no las consolidan la economía, el trabajo y la buena administración.

Recordemos aquella auri sacra fames, de los heroicos aventureros -- conquistadores, que llevaron á su patria los buques cargados de piedras y metales preciosos: aquellos objetos, sin valor intrínseco para satisfacer las necesidades de la vida, tuvieron que cambiarse por otros más necesarios, y los tesoros adquiridos á costa de tanto heroismo y de tantas privaciones y trabajos, fueron á parar á manos de otros pueblos para fomentar su agricultura, su industria ó su comercio. Desde aquel tiempo las ideas respecto al poder y á la grandeza han cambiado completamente en los pueblos europeos; los costosísimos y últimos inventos y adelantos en el arte de la guerra y en sus ciencias auxiliares han venido á probar que allí donde está la mayor suma de riqueza, está también la -- fuerza intelectual y material con los poderosos medios suministrados -- por la ciencia y la industria modernas.

El establecimiento de estas pesquerías traería como consecuencia -- una línea de vapores para activar el comercio entre Canarias y los puertos africanos del Atlántico con los del Mediterráneo, y muy principalmente con los de Cataluña; y no hay que olvidar que el clima de Canarias permitiría al Gobierno español el cultivo del algodón, tabaco, café, -- cochinilla, vinos, seda, etc., etc.

Concluiremos, pues, recomendando muy encarecidamente al Gobierno, el establecimiento, con todas las garantías y concesiones necesarias, --

de una gran empresa de pesquerías, canario-africanas, como medida previsora de alta política exterior y como medio práctico y eficaz de asegurar nuestros intereses coloniales y el porvenir de nuestra industria, - comercio y navegación. La situación de España en las Antillas no es tan lisonjera como sería de desear; y si hemos de velar por la prosperidad y porvenir de Filipinas, asegurando nuestra comunicación por el canal de Suez, preciso será buscar los medios de que pese nuestra influencia en la balanza europea, defendiendo nuestro porvenir y nuestros intereses en las graves cuestiones que se preparan en el continente africano.

Copia del cálculo formado por la Compañía Anglo-Americana que ofreció veinte millones de reales por el usufructo de la isla GRACIOSA para el establecimiento de pesquerías. Está formado bajo el supuesto de que la Compañía, limitándose á comprar el pescado cogido por los canarios, no haría más gastos que los necesarios para la preparación del pescado -- curado ó en salmuera.

CAPITAL FIJO.

	Pesos.
Tres almacenes á 2.500 pesos	7.500
Casas para trabajadores extranjeros	1.500
Gerente y oficinas	2.500
Tinglados y tonelería	1.500
Muelle	2.500
Algibes	2.500
Sacaderos	1.500
Imprevistos	2.500
Total	21.500

CAPITAL MOVIBLE.

Suponiendo 6 viajes anuales á cada escusa ó balandra, son 600 -- quintales.

Veinte escusas á 6 viajes, 120 viajes.

Ciento veinte viajes por 600 quintales, 72.000 quintales.

PESCADO EN SALMUERA.

	Pesos.
72.000 quintales á 25 reales á los pescadores	90.000
36.000 quintales, sal San Fernando, á 6 reales	10.800
Gastos. 72.000 barriles de quintal á 10 reales	36.000
18.000 quintales, sal, segunda operación	5.400
Laboreo, 72.000 quintales á 2 reales	7.200
Total	149.400

1264

VENTA EN CUBA.

	Pesos.
Producto total.— 72.000 quintales á 25 pesos	360.000
Gastos a deducir. Flete á 10 reales quintal	36.000
Aduana, 32 por 100	23.040
Seguros, I 1/2 por 100 en 150.000	2.250
Comisión de venta, 5 por 100	18.000
Total	79.290
Producto total	360.000
Gastos de flete, seguro, aduana, etc.....	79.290
Diferencia	280.710
Gastos generales	149.400
Productos	280.710
Ganancia general	131.310
Veinte curadores extranjeros á 360 :;:.....	7.200
Provisiones	5.000
Salarios	10.000
Total	22.200

RESUMEN.

	Pesos
Ganancia general	131.310
Gastos á deducir	22.200
Ganancia líquida	109.110

El 73 por 100.

1265

PESCADO CURADO.

	Pesos.
72.000 quintales á 25 reales	90.000
Gastos. 36.000 quintales de sal á 6 reales	10.800
Laboreo á 2 reales quintal	7.200
Total	108.000
Pérdida de peso, una tercera parte	
72.000 quintales menos una tercera parte, 48.000.	
Venta en España.- 48.000 quintales á 4 pesos	192.000
Fletes á 5 reales quintal	12.000
Gastos. Seguro, 1/2 por 100 en 108.000	1.620
Comisión, 5 por 100	9.600
Total	23.220

RESUMEN.

	Pesos
Ganancia general	192.000
Gastos á deducir	131.220
Ganancia líquida	60.780
El 56,27 por 100.	

Fuente: recuadro primera página.

LISTA DE LOS SEÑORES SOCIOS
del
CONGRESO ESPAÑOL DE GEOGRAFIA COLONIAL Y MERCANTIL
P O R O R D E N A L F A B E T I C O

Albargues de Sostén (D. Víctor).	Alonso Martínez (Excmo. Sr. D. Manuel).
Abella (D. Marceliano).	Alonso Sanjurjo (D. Eugenio).
Abellán (D. Rafael).	Alvarado y Saz (D. Juan).
Abreu y García (D. Francisco).	Alvarez (D. Camilo).
Acebo (Ilmo. Sr. D. José).	Alvarez (Excmo. Sr. D. Fernando).
Acosta y Codesido (D. Juan).	Alvarez Nuñez (D. José).
Afán de Rivero (D. Leopoldo).	Alvarez Pérez (D. José).
Aguilar (D. Adolfo).	Allende Salazar (D. Nicolás).
Aguilar (D. Antonio).	Almengual (D. Esteban).
Aguirre (D. Ernesto).	Amí (D. Castor).
Aguirre (D. Isidro).	Amorós (D. Narciso).
Aguirre de Tejada (D. Patricio).	Andía (Excmo. Sr. D. Antonio).
Alameda (D. Federico).	Angel (D. Benito de).
Alba Salcedo (Excmo. Sr. D. Leopoldo de).	Ansaldo (D. Francisco).
Albacete (Excmo. Sr. D. Salvador)	Antequera (Excmo. Sr. D. Juan).
Albiach (D. Emilio).	Aparici y Biedma (Excmo. Sr. D. José).
Alcalá Zamora (D. Martín).	Apraiz (D. Julián).
Alemán (D. Isidoro).	Aramburo (D. Clemente).
Alemán (D. Jacobo).	Arana (D. Manuel).
Alfonso (D. Luciano).	Araus (D. Bernardo).
Alfonso (Excmo. Sr. D. Félix L.)	Arca (D. Jorge).
Alises (D. Pedro).	Arce Mazón (D. Ignacio).
Alisudilba (D. Joaquín).	Arcos y Miranda (D. Javier de los).
Almenas (Sr. Conde de las).	Arizcuna (D. Joaquín).
Alonso (D. Natalio).	Arlanza (Excmo. Sr. Marqués de).
Alonso de Beraza (D. José M.).	Armincio (D. Melquiades).
Alonso Martínez (D. Adriano).	

Arquiza (D. Santiago).	Bengoechea (D. Luis).
Arregui (D. Miguel).	Bentfeldt (D. Gustavo).
Arrieta (D. José).	Beque (D. Jerónimo).
Arrillaga (D. Francisco de P.).	Beranger (D. José M.).
Arriola (D. Manuel M.).	Berdiel (D. Eugenio).
Asuar (D. José).	Bernaldo de Quirós (D. Plácido).
Asuero (D. Vicente).	Beruete (D. Aureliano).
Atard y Llovell (D. Rafael).	Bide (D. Juan B.).
Avilés (D. Federico).	Boada (D. Luciano).
Ascárate (D. Gumersindo).	Boladeres (D. Casimiro).
Azcárraga (D. Manuel).	Bona (D. Félix de).
Azcárraga (Excmo. Sr. D. Marcelo)	Bonelli (D. Emilio).
Aznar (D. Eduardo).	Borregón (D. Antonio).
	Bosch (D. Alberto).
Baena (D. José).	Botella (Excmo. Sr. D. Federico).
Balaguer (Excmo. Sr. D. Víctor).	Brave (D. Fernando).
Balbín de Unquera (D. Antonio).	Bravo de Laguna (Excmo. Sr. D. Pe-
Balenchana (D. José Antonio).	dro).
Ballesteros (D. Santiago).	Bremón (D. Federico).
Banet y Mayán (D. Félix).	Brugarolas y Pérez (D. Luis).
Baranda (D. Manuel).	Brunet (D. Aveline)
Barnoya (D. Luis).	Buchón (D. José).
Baró Livelo (D. Ramón).	Duelta (D. Juan).
Barsanallana (Excmo. Sr. Marqués	Bueno (D. Odón).
de).	Bueno (D. Salvador).
Barrado (D. Isidoro).	Burriel (D. Pedro Andrés).
Barrutia (D. Baldomero).	
Batanero (D. Manuel).	Caballero de Puga (D. Eduardo).
Becerra (Excmo. Sr. D. Manuel)	Cabelle (D. Cristóbal).
Becerro (D. Ricardo).	Caldeiro Vazquez (D. José).
Becker (Sr. Coronel).	Calderón (D. Alfredo).
Beleito (D. Joaquín).	Calvo (D. José).
Beltrán y Róspide (D. Ricardo).	Callejo (D. Agapito).
Benavides (Excmo. Sr. D. Antonio).	Campano (D. Joaquín).
Benet (D. Francisco).	Campillo (D. Toribio).

Campo (D. Antonio del).	Castro (D. Felipe).
Campo (Excmo. Sr. Marqués de).	Catalina (D. Mariano).
Campos (D. Angel).	Cebada (D. José).
Canalejas y Méndez (Ilmo. Sr. D. José).	Cenia (Excmo. Sr. Marqués de la).
Canillas de los Torreros (Sr. Conde de de).	Centeno García (D. José).
Canosa (D. Angel).	Cid (D. Federico del).
Cánovas del Castillo (Excmo. Sr. D. Antonio).	Cirera Monzos (D. José).
Cañamaque (D. Francisco).	Cobeño (D. Blas).
Cañaveral (D. Dionisio).	Codera (D. Francisco).
Cañellas (D. Juan).	Coello y Quesada (Excmo. Sr. D. Francisco).
Caramés (D. Domingo).	Colmeiro y Penido (Excmo. Sr. D. Manuel).
Carbonell (D. Francisco).	Colmeiro y Penido (Excmo. Sr. D. Miguel).
Cárdenas (Excmo. Sr. D. Francisco).	Colón (Excmo. Sr. D. Fernando).
Cárdenas (Excmo. Sr. D. José de).	Comillas (D. Angel).
Cardozo (D. Luis M.).	Coring (D.A.).
Carlier (D. Eduardo).	Cornellas (D. Enrique).
Carnicer (D. Enrique).	Corona (D. Francisco).
Carnicer (D. Fernando).	Cortón (D. Antonio).
Carpo Torres (D. Andrés).	Corradi (Excmo. Sr. D. Fernando).
Carvajal (Excmo. Sr. D. José).	Cossío (D. Manuel B.).
Carrasco (D. Francisco).	Costa (D. Joaquín).
Carrasco (D. Vicente).	Cotoner (D. Manuel).
Carreras Sánchez (D. Manuel).	Cuatro Torres (Sr. Barón de las).
Casa Puente (Sr. Conde de).	Cuesta (D. Narciso de la).
Cases (Sr. D. Antonio de P.).	Cuevas (D. Laureano).
Caso (D. José).	Chamorro (D. Inocente).
Castañer (D. José).	Cheli (D. Antonio).
Castelar (Excmo. Sr. D. Emilio).	Churruca (D. Alejandro).
Castillo y Soriano (D. José).	
Castillo y Soriano (D. León).	Delgado (D. Celedonio).
Castro (D. Carlos).	Delgado (D. Florentino).
Castro (Excmo. Sr. D. Carlos M.).	Delgado (D. Manuel).

Devechi (D. Antonio).
 Díaz (D. Antonio).
 Díaz Delgado (D. Antonio).
 Díaz y quijano (D. Mariano).
 Díez (Rdo. P. Fray Manuel).
 Domec (D. Andrés).
 Domingo y Roca (D. Valentín).
 Domínguez (D. Hipólito).
 Domínguez Alfonso (D.E.).
 Dorransoro (D. Bernabé).
 Durán (Excmo. Sr. D. Mariano).

Echegaray (D. Eduardo).
 Egaña (Sr. Conde de).
 Ezaguirre (D. Carlos de).
 Escosura (D. Desiderio de la).
 Esfledi (D. Nicolás).
 Esparducel (D. Pascual).
 Espejo (D. Zeilo).
 Espinosa (D. José).
 Expelius (D. José).

Fabié (Excmo. Sr. D. Antonio M.)
 Fabra (D. Nilo M.).
 Feliú (D. Manuel).
 Fernández (D. Enrique).
 Fernández (D. Ramón).
 Fernández Alonso (D. Antonio).
 Fernández Arias (D. Diego).
 Fernández Bravo (D. Vicente).
 Fernández Cardín (D. Joaquín).
 Fernández de Castro (Excmo. Sr. D. Manuel).
 Fernández Cuesta (D. Nemesio).
 Fernández de las Cuevas (Ilmo. Sr. D. Ruperto).

Fernández Duro (Ilmo. Sr. D. Cesáreo).
 Fernández Florez (D. Ignacio).
 Fernández González (D. Francisco).
 Fernández Guerra (Excmo. Sr. D. Aureliano).
 Fernández de Haro (D. Joaquín).
 Fernández de Losada (Excmo. Sr. D. Cesáreo).
 Fernández San Román (Excmo. Sr. D. Eduardo).
 Fernández Vallín (D. Aciaño).
 Ferrari (D. Camilo).
 Ferreiro (D. Martín).
 Fecé y Vicens (D. Miguel).
 Feu Concas (D. Leopoldo).
 Fidalgo (D. Antonio).
 Fidalgo de Sanchez Ocaña (D. Antonio).
 Figueira (D. Patricio).
 Figuerola (Excmo. Sr. D. Laureano).
 Fita (Rdo. P. Fray Fidel).
 Flores (D. Germán).
 Foladre (D. José).
 Formosa (D. Francisco de P.).
 Feronda (Ilmo. Sr. D. Manuel).
 Fraile (D. Maximiano).
 Fuensanta del Valle (Sr. Marqués de la).
 Fuente (D. Manuel de la).
 Fuente (Ilmo. Sr. D. Vicente de la).
 Fuentes (D. Manuel).
 Gallardo Rodriguez (D. Francisco).
 Gallego (D. Juan).
 Gallego García (D. Tesifonte).

Gamazo (Excmo. Sr. D. Germán).	Gómez Samper (D. Carlos).
Gándara (D. José).	Gómez San Juan (D. José).
García (D. Antonio).	Gomis (D. Vicente).
García (D. Emilio).	González (D. Hilario).
García Alemán (D. Enrique).	González (Doña María).
García Bravo (D. Lorenzo).	González (D. Nicolás).
García Cano (D. Antonio).	González Ballesteros (D. Dalmacio).
García y García (D. Mariano).	González Encinas (D. Santiago).
García Herreros (D. Plácido).	González Fragoso (D. Romualdo).
García de Loygorri (Excmo. Sr. D. Narciso).	González Maroto (D. Fernando).
García Martín (D. Luis).	González Martí (D. Ignacio).
García Monfort (D. Estanislao).	González y Ruiz (D. José).
García de Otazo (D. Manuel).	González Serrano (D. Epifanio).
	González Valledor (D. Baldomero).
García Peña (D. Angelo).	Gonzalo de la Fuente (D. Marcial).
García de Ponte (D. Miguel).	Gorostidi (D. Francisco).
García del Real (D. Antonio).	Gregorio (D. Antonio de).
García Sánchez (D. Francisco).	Guijarro (D. Andrés).
García Sánchez (D. Ramón).	Guillén "uzarán (Excmo. Sr. D. Juan).
García Solá (D. Francisco).	Guillerna (D. César).
Garcini y Pastor (D. Vicente).	Guimerá (D. Ilirio).
Garralda (D. Joaquín).	Guirao (Excmo. Sr. D. Angel).
Gavilanes (D. Gerardo).	Gutiérrez (D. Manuel).
Gayangos (D. Pascual).	Gutiérrez (D. Venancio).
Gerodón (D. Félix de).	
Gil (D. Jorge).	
Gil Aspre (D. Pascual).	H. de Padilla (D. Emilio).
Giner de los Ríos (D. Francisco).	Henao (D. Manuel).
Giner de los Ríos (D. Hermenegildo).	Heras (D. Inocencio).
Giner y Talens (D. Estanislao).	Herce (D. Aquilino).
Gómez (D. Juan Gualberto).	Heredia (D. Ricardo).
Gómez de Arteché (Excmo. Sr. D. José).	Hermúa (D. Jacinto).
Gómez Imaz (D. José).	Hernández (D. Aquilino Ignacio).
	Hernández García (D. Genaro).
	Hernández Lascasa (D. Conrado).

Hernando (D. Vicente).
 Herrera (D. Angel).
 Herrero (D. Agustín).
 Hidalgo (D. Felipe).
 Hidalgo Saavedra (D. Ignacio).
 Houghthoton (D. Arturo).

Ibañez (Excmo. Sr. D. Carlos).
 Ibañez Martín (D. Antonio).
 Ibarra (D. Manuel F. de).
 Infante (D. Eladio).
 Iradier (D. Manuel).
 Irceguirre (D. Pelegrín).
 Irumbere (D. Joaquín).
 Isabal (D. Marceliano).
 Isbert (D. Vicente).

Jaméron (D. Juan).
 Jiménez (D. Francisco).
 Jiménez (D. Pedro M.).
 Jiménez (D. Saturnino).
 Jiménez Delgado (D. J.J.).
 Jiménez de la Espada (D. Marcos).
 Juanes (D. Julián).
 Jura Real (Excmo. Sr. Marqués de).

Laberbio (D. Alfredo).
 Labra (D. Alfredo).
 Labra (D. Manuel).
 Labra (D. Rafael M.).
 Ladrón de Guevara (D. Santos).
 Laorga (D. Enrique).
 Lasso de la Vega (D. Angel).
 Lasso de la Vega (Excmo. Sr. D. Juan).
 Laviña y Laviña (D. Federico).

Lázaro (D. Blas).
 Lázaro Morell (D. Manuel).
 Leal (D. Francisco).
 Leante y Caballero (D. Francisco).
 Ledesma Hernández (D. Antonio).
 León (D. Juan).
 León y Castillo (Excmo. Sr. D. Fernando).
 León Iglesias (D. Fernando).
 López (Excmo. Sr. D. Matías).
 López (D. José Antonio).
 López (D. Francisco Antonio).
 López Arrojo (D. Sebastián).
 López Estrada (D. Joaquín).
 López y Faena (D. Graciano).
 López Gómez (D. Francisco).
 López Martínez (D. Miguel).
 López Rodríguez (D. Fabriciano).
 Loredó (D. Román).
 Loygorri (D. Federico).
 Lozano (D. Francisco).
 Lubelza (D. Pedro M.).

Llandesal y Mondejón (D. Hermenegildo).

Llano Persi (D. Manuel).
 Llave (Excmo. Sr. D. Pedro de la).

Machado Alvarez (D. Antonio).
 Machado (D. Antonio).
 Machiel (D. José).
 Macpherson (D. José).
 Madrazo (D. Luis).
 Madrazo (Excmo. Sr. D. Pedro).
 Magenis (Excmo. Sr. D. Ramón).
 Magrané y Guevara (D. Manuel).

Maisonave (Excmo. Sr. D. Eleuterio).	Meliano (D. Antonio).
Maldonado Macanáz (D. Joaquín).	Merele (Excmo. Sr. D. Manuel).
Mallada (D. Lucas).	Merino (D. Miguel).
Maquidar y Arnal (D. José).	Mesa y Arroquia (D. Juan Francisco).
Marconel (D. Celestino).	Mestre (D. Vicente).
Marcos Ebrero (D. José de).	Millán y Sociats (D. Alejandro).
Mariat (D. Joaquín).	Mingote (D. Policarpo).
Marina (D. Juan).	Mínguez (D. Estéban).
Márquez (Ilmo. Sr. D. Félix).	Minuesa (D. Juan).
Martín (D. Melitón).	Mira (D. Cristino).
Martín y Martín (D. Benigno).	Miranda (D. Fausto).
Martín y Martínez (D. Manuel).	Molero de Levenfeld (D. Luis).
Martín Rey (D. Cristóbal).	Molins (D. José Elías de).
Martín Toro (D. Antonio).	Molins (Ilmo. Sr. D. Luis de).
Martínez (D. Andrés).	Molins (Excmo. Sr. Marqués de).
Martínez (Excmo. Sr. D. Diego).	Mollecedo (D. Manuel).
Martínez (D. Francisco).	Molluecos y Aramandi (D. Santiago).
Martínez (D. Ignacio).	Monet (D. Fernando).
Martínez Alcubilla (D. Indalecio).	Monfort (D. Estanislao Gonzalo).
Martínez Campos (Excmo. Sr. D. Arsenio).	Monistrol Excmo. Sr. Marqués de).
Martínez Campos (Excmo. Sr. D. Miguel).	Monreal y Ascaso (D. Bernardo).
Martínez Gayo (D. Antonio).	Monreal de Torra (D. Angel).
Martínez de Miguel (D. Francisco).	Montero y Gay (Excmo. Sr. D. Claudio).
Martínez Molina (D. Rafael).	Montes de Oca (D. José).
Martínez Pacheco (D. Francisco).	Montes Prior (D. Julio).
Martínez Pérez (D. José Antonio).	Morales Bell (D. Manuel).
Martínez Vigil (Rvdo. Padre Fray Ramón).	Morales Pérez (D. Valentín).
Martos (Excmo. Sr. D. Cristino).	Morata (Sr. Vizconde de).
Masos Mardomingo (D. Alejandro).	Moreno (D. Bruno).
Maycas (Ilmo. Sr. D. José).	Moreno (D. Guillermo Luis).
Mazarredo (D. Carlos).	Moreno Nieto (D. Emilio).
	Moreno y Pozo (D. Adolfo).
	Moroda (D. Alejandro).
	Morphi (Excmo. Sr. Conde de).

Motta (D. Adolfo).
 Muñoz (D. Martín).
 Murga (D. Manuel de).
 Muro (Excmo. Sr. D. José).

Nava (Excmo. Sr. D. Hilario).
 Navanda (D. Eulogio).
 Navarro (D. Joaquín).
 Navarro López (D. Antonio).
 Navarro Reverter (D. Juan).
 Navarro Ruiz (D. Carlos).
 Navosso (Doña Faustina).
 Neussel (D. Otto).
 Nicolau (D. Federico).
 Nieto Serrano (D. Matías).
 Nombela y Campos (D. Julio).
 Nombela y Tabanes (D. Julio).
 Novo (D. Pedro de).

Obregón (D. Hipólito de).
 Ojea (D. Telesforo).
 Ojo (D. José del).
 Olbes (D. Joaquín L.).
 Oliván (D. Joaquín Andrés).
 Oliver (D. José).
 Oliver (D. Lorenzo).
 Oliver y Hurtado (D. Manuel).
 Ontañón (D. José).
 Ordoñez (D. Melchor).
 Orellana (D. Jacinto).
 Oria de Rueda (D. José).
 Orozco (Ilmo. Sr. D. Enrique de).
 Ortega (D. Demetrio).
 Ortega y Muñoz (D. Joaquín).
 Orues (D. Rosendo M.).
 Orus (D. Luis Carlos).

O'Ryan (Excmo. Sr. D. Tomás).
 Osler (D. Guillermo).
 Ossorio y Zabala (D. Amado).
 Otero (D. José).
 Ovilo (D. Felipe).

Pacheco (Excmo. Sr. D. Juan).
 Padilla (D. Ramón).
 Pagán y Ayuso (Excmo. Sr. D. Pedro).
 Palacio e Higueras (D. Eduardo del).
 Palacios y Bugnana (D. Santiago).
 Palma y Reyes (D. Jerónimo).
 Pardo (Excmo. Sr. D. Manuel).
 Pardo Bazán (Sr. Conde de).
 Paredes de Nava (Excmo. Sr. Conde de).
 Pascual (D. Alberto).
 Pascual (D. Juan Antonio).
 Paster (D. Joaquín).
 Pastorín (D. Juan).
 Pavia (Excmo. Sr. D. Francisco).
 Paz Graells (Excmo. Sr. D. Mariano de la).
 Pazo de la Merced (Excmo. Sr. Marqués de).
 Pedrayo (D. Manuel).
 Pedregal (D. Manuel).
 Pelayo Cuesta (Excmo. Sr. D. Justo).
 Pena (D. Luis).
 Peña Ramiro (Sr. Conde de).
 Peralta (D. Manuel M. de).
 Perdomo García (D. Luis).
 Pereda y Gandía (D. Ernesto).
 Pereira (D. Dámaso).
 Pérez (D. Celestino).
 Pérez (Doña Filomena).

Pérez Arcas (D. Laureano).	Ramiro (D. Angel).
Pérez Bernardo (D. Juan Francisco).	Ramos (D. Clemente).
Pérez Caballero (D. José María).	Rato (D. Apolinar del).
Pérez García (D. Sebastián).	Rato y Hevia (D. Juan).
Pérez Junquera (D. Santiago).	Ravina (D. Juan).
Pérez del Pulgar (D. Juan).	Reig (D. Manuel).
Pérez Ruíz (D. Félix).	Rein (D. Bernardo).
Pérez del Toro (D. Felipe).	Raparaz (D. Gonzalo).
Perlado Melero (D. Sandalio).	Reus y Bahamonde (D. Emilio).
Pí Y Margall (Excmo. Sr. D. Francisco).	Rey (D. Francisco).
Pimentel (Excmo. Sr. D. Antonio).	Riaño (D. Juan Facundo).
Pintado (D. Galo).	Ricart y Giralt (D. José).
Pinto y Montero (D. Francisco).	Rieman (D. Guillermo).
Plaza Gálvez (D. Vicente).	Riera y Bertrán (D. Joaquín).
Pontón (D. Eusebio).	Ríos (D. Juan B.).
Porro Adan (D. Adalberto).	Riscal (Excmo. Sr. Marqués de).
Portilla (D. Antonio de la).	Riva (D. Eduardo).
Portillo (D. Vicente).	Rivero (Excmo. Sr. D. José).
Poveda (D. Juan B.).	Robles Alabern (D. Miguel).
Pozo y Alvarez (D. Manuel del).	Rodríguez (D. Gabriel).
Pozo y Soriano (D. Juan).	Rodríguez (D. Tiburcio).
Pozzi (D. Camilo).	Rodríguez Arroquia (Excmo. Sr. D. Angel).
Presa y Jiménez (D. Enrique).	Rodríguez de Arce (D. Manuel).
Prieto y Caules (D. Francisco).	Rodríguez Bravo (D. Evasio).
Puente (D. Pedro de la).	Rodríguez Pinilla (D. Tomás).
Puig (D. Gabriel).	Rodríguez Tabares (D. Eduardo).
	Roig y Ruíz (D. Salvador).
	Romero (D. Florentino).
	Romero Crutets (D. Vicente).
	Romero Ortíz (Excmo. Sr. D. Antonio).
	Romero Rodríguez (D. Abel).
	Romillo (D. Eugenio).
	Romillo (D. Eusebio).
	Roselló (D. Alejandro).
Quesada (D. Manuel).	
Quesada Sánchez (D. Antonio).	
Rada y Delgado (Ilmo. Sr. D. Juan de Dios de la).	
Rafales (D. Cándido).	
Ramírez de Villaurrutia (D. Ueslao).	

Rubio (D. Recaredo).	Santos (Excmo. Sr. D. José Emilio).
Ruiz (D. N. de la).	Santos (D. Regino).
Ruiz del Arbol (D. Emilio).	Sanz (D. Cándido).
Ruiz de Castañeda (D. Juan).	Sanz de Aguilar (D. Adalberto).
Ruiz Gómez (D. Gregorio).	Sanz y Benito (D. Manuel).
Ruiz de Salazar (D. Emilio).	Sardá (D. Agustín).
	Sarmiento (D. Antonio).
Saavedra (Excmo. Sr. D. Eduardo).	Schmidt (D. Florencio).
Sabas Muniesa (D. Mariano).	Sebastián (D. Cándido).
Sabona (D. Francisco).	Sela (D. Aniceto).
Sacristán de Mingo (D. Bartolomé).	Scoane (Excmo. Sr. Marqués de).
Saenz (D. Julio de Santiago).	Serantes (D. Ricardo).
Safont y Maimir (D. Bernardo).	Serrano y Fattigati (D. Eduardo).
Sainz (D. Eugenio).	Serrano Fattigati (D. Enrique).
Sainz Escribano (D. Ramiro).	Sierra (D. Vicente).
Salamero (D. Anselmo).	Silva (D. Manuel Ramón).
Salas (D. Francisco Javier).	Solano y Eulate (D. José M.).
Salas (D. Pedro).	Soldevilla (D. Fernando).
Salgado y Araujo (D. Daniel).	Somosa Llanos (D. José).
Salto (D. Leopoldo).	Sorní (Excmo. Sr. D. José Cristóbal).
Salvá (Ilmo. Sr. D. Melchor).	Soto (D. Camilo).
Samá (D. Joaquín).	Suarez (D. Sergio).
Sánchez (D. José Hilario).	
Sánchez (D. Manuel).	Thomson (R).
Sánchez Arjona y Velasco (D. Luis).	Togores (D. Joaquín).
Sánchez Arjona y Sánchez Arjona (D. Rafael).	Tolesa Latour (D. Manuel).
Sánchez Blanco (D. Félix).	Topete (Excmo. Sr. D. Ramón).
Sánchez y Massiá (D. Juan).	Toreno (Excmo. Sr. Conde de).
Sánchez Pleites (D. Francisco).	Torras (D. Pascual).
Sánchez Rodríguez (D. Manuel).	Torre (D. Gonzalo).
Sánchez de Toca (D. Pedro).	Torre (D. José).
Sánchez del Castillo (D. Vicente).	Torre de Trassierra (D. Gonzalo).
Sande (D. Felipe).	Torrente (D. Andrés).
San Miguel (Excmo. Sr. D. Justo).	Torres Aguilar (D. Salvador).
	Torres Campos (D. Rafael).
	Torres Cervelló (D. Modesto).

- Torres Vildósola (Ilmo. Sr. D. Luis).
 Torroja (D. Eduardo).
 Uhagón (D. Recaredo).
 Ulecia (D. Valentín).
 Ulecia y Cardona (D. Alfredo).
 Uña (D. Juan).
 Urquijo (Excmo. Sr. Marqués de).
 Urzaiz (D. Antonio).
 Val (Excmo. Sr. D. Celedonio).
 Valera (D. Joaquín).
 Valero (D. Blas).
 Valmar (Excmo. Sr. Marqués de).
 Valle (D. Manuel M.).
 Vallejo (Excmo. Sr. Marqués de).
 Varela (D. Clemente).
 Varela (Excmo. Sr. D. Héctor).
 Vargas (D. Ignacio).
 Vázquez (D. Venancio).
 Vázquez y Corte (D. Vicente).
 Vázquez y López Amor (D. Antonio).
 Vázquez y Muñoz (D. Joaquín).
 Velasco (D. Eduardo).
 Ventosa (D. Vicente).
 Vera (D. Vicente).
 Veragua (Excmo. Sr. Duque de).
 Vergara (D. Mariano).
 Vidal (D. Celestino).
 Vidal (D. Cristóbal).
 Vieyra de Abreu (D. Carlos).
 Vilanova (D. Juan).
 Vilaplana (D. José).
 Villa Antonia (Excmo. Sr. Marqués de la).
 Villaamil y Castro (D. José).
 Villalba (D. Federico).
 Villalba y Pérez (Excmo. Sr. D. Ricardo).
 Villanova (D. José Genaro).
 Villavaso (D. Cándido).
 Villavaso (D. Camilo).
 Vinar dell Roig (D. Antonio).
 Viscasillas (D. Luis).
 Viso (Excmo. Sr. Marqués de).
 Xifré (D. José).
 Yagüe (D. Rafael).
 Yolí (D. Adolfo).
 Zaera y García (D. Agustín).
 Zaragoza (D. Justo).
 Zavala y Arteaga (D. Juan).
 Zuarzo (D. Alonso).

Fuente: CEGCM, Actas, tomo I, 1884 pp. 28-38).

SOCIEDAD ESPAÑOLA
de
GEOGRAFIA COMERCIAL
antes
DE AFRICANISTAS Y COLONISTAS

REGLAMENTO

aprobado por la Junta en sesión de 21 de Enero de 1.884.

Artículo 1º. Se constituye una "Sociedad Española de Africanistas y Colonistas", con el objeto de fomentar y defender los intereses coloniales de España, particularmente los que se relacionan con el continente africano, y generalizar su conocimiento en el país: practicar excursiones científicas y comerciales en Marruecos; promover exploraciones geográficas y establecimientos de carácter patriótico, científico ó civilizador; y en general, procurar la realización de los acuerdos adoptados por el Congreso Español de Geografía celebrado en 1.883 y — además que se celebren en lo sucesivo.

Art. 2º. La Sociedad pondrá en juego cuantos medios autoricen las leyes y sean conducentes al logro de estos fines, y principalmente los siguientes: publicación de hojas y folletos de propaganda; celebración de meetings, discusión pública o privada de temas, conferencias con el Gobierno y presentación de peticiones al mismo o a las Cortes, sea en forma de proyectos de ley o de reglamentos, sea en forma de simples — representaciones.

Art. 3º. Habrá en Madrid una Junta directiva de la Asociación, — compuesta de un presidente, ocho vicepresidentes, cincuenta vocales, — un tesorero, un secretario general y cuatro secretarios adjuntos.

Art. 4º. Podrán constituirse en provincias comisiones locales ó delegaciones, cuyas relaciones con la Junta de Madrid se determinarán de común acuerdo al tiempo establecerse.

Art. 5°. Nilla Sociedad ni la Junta se dividirán en secciones. - Para proponer acuerdos, y ejecutarlos una vez adoptados, se designará anualmente por la Junta directiva cuatro directores, denominados: de publicaciones, de exploraciones, de reformas administrativas coloniales, y de relaciones con el Gobierno; - á quienes asistirán los cuatro secretarios respectivamente.

Art. 6°. En ningún caso se nombrarán comisiones para evacuar peticiones ó emitir dictámenes. Si lo propuesto por un individuo no pareciese a la Junta que se halla suficientemente ilustrado para servir de base a la discusión, se encomendará su revisión a otro individuo - de la Sociedad.

Art. 7°. Cuando haya que evacuar comisiones de la Junta acerca - del Gobierno o de alguna corporación, autoridad ó particular, se asociarán al efecto, además del director y directores respectivos, el -- presidente de la Sociedad, el secretario general y los individuos de la Junta que quieran acompañarles.

Art. 8°. La Junta directiva se renovará anualmente por mitad. -- Los individuos á quienes corresponda cesar en sus cargos, podrán ser reelegidos.

En caso de dimisión o fallecimiento de uno o más miembros de la Junta directiva, podrá esta nombrar las personas que interinamente -- hayan de sustituirlos.

Art. 9°. Se nombrará socios honorarios á aquellas personas que, residiendo en provincias ó en el extranjero, hayan prestado ó presenten servicios relevantes a la Asociación ó contribuyan a los fines de su instituto.

Art. 10. La Junta directiva celebrará sesión siempre que lo juzgue necesario o conveniente su presidente, ó tres individuos de ella, ó uno de los directores.

Art. 11. Los socios contribuirán con una cuota mensual de una peseta, para los gastos generales de la Asociación.

Serán socios vitalicios, exentos del pago de cuota, los que satisfagan de una vez 125 pesetas.

La Junta directiva y la general podrán aceptar los donativos que las corporaciones ó personas patrióticas ofrezcan a la Sociedad para la realización de sus fines.

Art. 12. Todos los años, en el mes de Mayo, se celebrará Junta general ordinaria, para dar cuenta de los trabajos hechos y de la recaudación é inversión de los fondos y proceder a la renovación de cargos.

ARTICULOS ADICIONALES

En Junta general de 6 de Junio de 1.885 se acordó:

1°. Que se amplíe el concepto de la Sociedad, abarcando en él la Geografía comercial de carácter práctico.

2°. Que se publique una revista quincenal, de artículos y noticias geográfico-comerciales, principalmente.

3°. Que se instale la secretaría de la Sociedad y la Redacción de la Revista en un local fijo, y se celebren en él reuniones más frecuentes y se expliquen conferencias públicas.

4°. Que se cree un Museo comercial, de acuerdo, si es posible, con los círculos y asociaciones mercantiles é industriales de dentro o fuera de Madrid.

5°. Que se admitan dos clases de socios: unos con pago de cuota mensual de una peseta, sin Boletín; otros con Boletín y pago de dos pesetas al mes. La cuota de socio vitalicio será de 125 pesetas y 250 pesetas respectivamente.

SOCIEDAD GEOGRAFICA

LISTA GENERAL DE SOCIOS EN FIN DE 1.884 (1).

- v. S. M. el Rey.
- v. S. A. R. la Infanta doña María Isabel.
- c. ABARGUES DE SOSTEN (D. Víctor, viajero. - Victoria, 3.
- f. ABELLA (D. Marceliano de), Oficial de la Interpretación de Lenguas. - Chinchilla, 6, pral.
- fl. ACEBO (Ilmo. Sr. D. José del), Jefe del Cuerpo de Topógrafos. - Corredera Baja de San Pablo, 57, pral.
- f;v. ACOSTA Y ALVEAR (Excmo. Sr. D. Francisco de), Brigadier. - Habana, Calzada de San Lázaro, 224.
- f. ACOSTA Y CODESIDO (D. Juan de), Subinspector de primera clase - de Sanidad de la Armada. - Ferrol.
- f. AGUIRRE (D. Ernesto), Teniente Coronel de Estado Mayor. - Ronda de Recoletos, 47.
- AGUIRRE DE TEJADA (D. Patricio), Coronel Capitán de Fragata. - Hortalessa, 85, 3º.
- 10.f. ALAMEDA (D. Federico), Brigadier de Ingenieros. - Barco, 9, triplicado, 2º.
- ALBA SALCEDO (Excmo. Sr. D. Leopoldo), Director de La Patria.
- f. ALBACETE (Excmo. Sr. D. Salvador de), Ex-Ministro. - Cruz, - 18, 3º, izq.
- f.v? ALVEAR (D. Francisco José), Brigadier de Ingenieros y Correspondiente de la Academia de Ciencias. ---- Habana, Reina, 126.
- ALCALA ZAMORA (D. Martín), - Argensola, 6, 2º.
- ALFONZO (Excmo. Sr. D. Félix S.), Senador y Presidente de la Real Sociedad de Farmacia de Puerto-Rico.- Madera, 9, pral.

(1) Con las iniciales H, H, C, C, F y V, se designan respectivamente las cualidades de Socio Honorario, Honorario Correspondiente, Corresponsal Fundador y Vitalicio.

- Y. ALVAREZ NUÑEZ (D. José), Ingeniero Jefe de Caminos. - Barquillo, 34, pral.
- ALVAREZ DE LA PUERTA (D. Fernando), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Cabeallos (León),
- f.v. ALVAREZ DE TOLEDO (D. Pedro), Marqués de Casa-Fuerte, Secretario de la Embajada de España en París.
- f. ALLENDE-SALAZAR (D. Nicolás), Alférez de Navío. - Princesa, 3, - bajo.
20. AMI (D. Cástor), Comandante Capitán de Ingenieros. - Mayor, 97 3º
- f. ANDIA (Excmo. Sr. D. Antonio), Brigadier de Infantería. - Sauco, 16, 4º.
- f. ANGOSTO (D. Félix), Coronel de Infantería de Marina. - Habana.
- ANGOSTO (D. Luis), Teniente de Navío. - Serrano, 90, 2º.
- f. ANTEQUERA (Excmo. Sr. D. Juan), Contra-almirante de la Armada. - Barquillo, 13, 2º.
- f. APARICI Y BIEDMA (Excmo. Sr. D. José María), Brigadier de Ingenieros. - Sauco, 13, trip. 2º.
- f. APARICIO (D. Narciso), Ingeniero Jefe de Caminos. - León, Plaza de la Catedral, 12.
- APRAIZ (D. Julián), Catedrático. - Vitoria.
- f. ARAUS (D. Bernardo), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Viento, 1, 2º.
- f.v. ARCA (D. Jorge), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Pelayo, 21, 2º, drcha.
- 30.f. ARCE-MAZON (D. Ignacio de), Comerciante. - Plaza del Príncipe - Alfonso, 4.
- f. ARRILLAGA (D. Francisco de P.), Ingeniero de Montes. - Claudio Coello, 12. pral.
- f. ARRIOLA (D. Alejandro de), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Toledo, Sillería, 12.
- f. ARRIOLA (D. Manuel María de), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Argensola, 4, pral.
- f. AZCARRAGA (D. Manuel), Diputado a Cortes. - Barquillo, 43, dup.
- AZCARRAGA (Excmo. Sr. D. Marcelo de), Teniente General. - Valencia.
- AZNAR (D. Eduardo), Corredor Marítimo. - Bilbao.

- BALENCIANA (D. José Antonio de), Reina, 24.
- BALLESTEROS (D. Santiago), Secretario de la Dirección general -
de la Deuda pública. - Arenal, 8, 2º.
- f. BARANDA (D. Manuel), Ingeniero de Caminos. - Magdalena, 34, pral.
- 40.h.c. BARBOSA DU BOCAGE (D. José Vicente), Presidente de la Sociedad -
de Geografía de Lisboa.
- BARUTELL (D. Carlos), Comandante de Infantería. - Caballero de -
Gracia, 24, 2º/
- f. BARRANTES (Excmo. Sr. D. Vicente), Inspección general de Instruc-
ción pública y Académico de la Historia y de
la Española. - Manila.
- f. BECERRA (Excmo. Sr. D. Manuel), Ex-Ministro de Ultramar y de --
Fomento. - Plaza del Cordón, 1, 2º.
- BELMAR (D. Antonio), Ingeniero de Minas. - Murcia, Cabrito, 9.
- BELTRAN Y ROZPIDE (D. Ricardo), Doctor en Filosofía y Letras y
Licenciado en Derecho. - León, 8, 3º, izq.
- f. BENGOCHEA (D. Luis de), Ingeniero jefe de Montes. - Postigo de
San Martín, 7.
- f. BENNASER (D. Joaquín), Coronel de Artillería. - Leganitos, 17.
- f.v. BERGARECHE (D. Santiago), Brigadier de Artillería. - Bilbao.
- BIDE (D. Juan Bautista), Doctor en Medicina. - Sorde, 17 y 19,
bajo.
- 50.f. BIONDI (D. Juan José), Inspector de Sanidad de la Armada. ---
San Fernando.
- c. BLUMENTRIIT (D. Fernando), Catedrático de la Universidad de --
Leitmeritz (Bohemia).
- h.c. BOM RETIRO (Sr. Visconde de), Presidente del Instituto Geográ-
fico de Río de Janeiro.
- c. BONELLI (D. Emilio), Viajero. - Santa María, 6, bajo, izq.
- f. BORREGON (D. Antonio), Ingeniero Jefe de Caminos. - Alcalá, --
27, 3º.
- f. BOTELLA (Excmo. Sr. D. Federico de), Ingeniero Jefe de Minas.
- San Andrés, 34, pral.
- f. BREMON (D. Federico), - Carlos III, 3, pral.
- h.c. BRITTO CAPELO (D. Hermenegildo), Viajero. Lisboa.
- f. DuBUELTA (D. Juan), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Pelayo,

- f. BUTLER (D. Eduardo), Capitán de Navío. - San Juan, 56, 2° dcha.
- 60.f. CALDERON Y PONTE (D. Luis), Ingeniero de Montes. - Valle de ----
Cabuérniga (Santander).
- v. CALLEJON (D. Ventura de), Cónsul de España en Glasgow.
- f. CAMPILLO (D. Toribio del), Jefe del Cuerpo de Archiveros. - Toledo, 42, 2° izq.
- f. CAMPO (Excmo. Sr. Marqués de), Banquero. - Recoletos, 14.
- f. CANO Y UGARTE (D. Manuel), Coronel de Ingenieros. - Sevilla.
- CANOVAS DEL CASTILLO (Excmo. Sr. D. Antonio), Director de la Real Academia de la Historia. - Fuencarral, 4.
- CAÑAMAQUE (D. Francisco), Abogado y Diputado a Cortes. - Colu-
mela, 4.
- CAÑAVERAL (D. Dionisio), - Madera baja, 5 y 7.
- f. CARDERERA (D. Mariano), Oficial del Ministerio de Fomento. ----
Greda, 27, 2°.
- CARDOZO (D. Luis M.), Cónsul del Paraguay. - Príncipe, 12, 2° izq
70. CARLIER (D. Eduardo), Propietario. - Atocha, 103, 3°, dcha.
- f. CARRASCO (D. Vicente), Arquitecto. - Barco, 8, bajo.
- CARRERE (D. Pedro), Secretario de Embajada. - Preciados, 5, pral.
- f. CASTRO (Excmo. Sr. D. Carlos María de), Inspector General de Ci-
minos. - Serrano, 14, 2°.
- f. CATALINA (D. Mariano), Oficial del Cuerpo de Archiveros. - Hue-
tas, 14, pral, dcha.
- CENTENO Y GARCIA (D. José), Ingeniero Jefe de Minas. - Paseo de
Santa Engracia, 9, 2° dcha.
- CLAUDIN (D. Fernando), Teniente de Navío. - Dávao (Mindanao).
- COBEÑO (D. Blas), Publicista. - Concepción Jerónima, 25, 2°.
- CODERA (D. Francisco), Catedrático. - Minas, 26, 2° dcha.
- f. COELLO Y QUESADA (Excmo. Sr. D. Francisco), Coronel retirado de
Ingenieros y Académico de la Historia. - ----
Reina, 43, 2°.
- 80.f. COLMEIRO Y PENIDO (Excmo. Sr. D. Manuel), Catedrático y Académ-
co de la Historia y de Ciencias Morales y Pol-
íticas. - Clavel, 2, 3° dcha.
- f. COLMEIRO Y PENIDO (Excmo. Sr. D. Miguel), Catedrático y Académ-
co de Ciencias exactas. - Clavel, 2, 3° dcha.

- COLON (D. Fernando), Propietario. - San Matero, 7 y 9.
- f. COMERMA (D. Andrés Avelino), Ingeniero de la Armada. - Ferrol, Real, 77.
- CONCAS (D. Víctor), Teniente de Navío. - Plaza de los Ministerios, 2, 2º drcha.
- CONRING (D. A.). - Fonda de las Cuatro Naciones.
- f. CONTRERAS (D. Bibiano), Licenciado en Medicina.- Jadraque ---- (Guadalajara).
- e. CORDEIRO (D. Luciano), Secretario general de la Sociedad Geográfica de Lisboa.
- f. CORRADI (Excmo. Sr. D. Fernando), Escritor público y Académico de la Historia. - Lope de Vega, 45.
- COSTA (D. Joaquín), Profesor de la Institución Libre de Enseñanza y Abogado. - Justiniano, 10, 3º drch.
90. COTONER (D. Manuel), Teniente de Navío. - Luzón, 1, 2º.
- e. CROIZIER (Sr. Marqués de), Presidente de la Sociedad Académica Indo-China. - París.
- f. CHELI (D. Antonio), Brigadier de Ingenieros. - Valencia, Calle Caballeros, 18, 3º.
- CHURRUCA (D. Alejandro), Capitán de Fragata. - Infantas, 23, 3º
- f. DIAZ DE LA CRUZ (D. Luis), Propietario. - Badajoz, Santa Catalina, 2.
- DIAZ QUIJANO (D. Mariano), - Caños, 3, pral.
- f. DIEZ (Rdo. P. Fray Manuel), Procurador general del Agustinos - de Manila. - Alcalá, 61, dup. 3º.
- h.e. DIKSON (D. Oscar), - Stockholm.
- f. DOMINGO Y ROCA (D. Valentín), Comerciante. - Almirante, 15.
- f.v. DOMÍNGUEZ (D. Modesto), Inspector de segunda clase de Ingenieros de la Armada. - Ferrol.
- 100.f. DU PUY DE LOME (D. Enrique), Secretario de la Legación de España en Berlin. - Hohenzollern Str., 19.
- DURAN (Excmo. Sr. D. Mariano), - Ancha de San Bernardo, 52, -- principal, drcha.
- f. ECHEGARAY (D. Eduardo), Ingeniero Jefe de Caminos. - Plaza del Angel, 13, 3º.
- f. EGAÑA (Sr. Conde de), Abogado. - Ronda de Recoletos, 25.

- f.v. EIZAGUIRRE (D. Carlos de); Propietario y Naviero. - San Sebastián de Guipúzcoa, Camino, 3.
- f. EROSTARBE (D. José de), Médico de la Armada. - San Fernando, - Real, 210.
- f. ESEVERRI (D. Félix de), Catedrático. - Vitoria.
- f. ESPINOSA (Excmo. Sr. D. Francisco), Mariscal de Campo de Artillería. - Sevilla, Jesús, 22.
- f. ESTEBAN Y GOMEZ (D. Mariano), Coronel de Ingenieros. - Palma - de Mallorca.
- f. FABIE (Excmo. Sr. D. Antonio María), Consejero de Estado y Académico de la Historia. - San Onofre, 5.
- 110.f. FABRA (D. Nilo María), Escritor público. - Bolsa, 12.
- FANTUN (D. Pedro), Comerciante. - Saffi (Mogador).
- f. FERNANDEZ ALONSO (D. Antonio), Propietario. - Mayor, 18 y 20.
- f. FERNANDEZ-BRAVO (D. Vicente), Capitán de Ingenieros. - Almen-
dro, 6, pral.
- f. FERNANDEZ-CARDIN (D. Joaquín María), Catedrático. - Ballesta,
1, 2°.
- f. FERNANDEZ DE CASTRO (Excmo. Sr. D. Manuel), Inspector general
de Minas. - Infantas, 13, 3° dcha.
- f. FERNANDEZ CUESTA (D. Nemesio), Escritor público. - Tragineros,
20.
- f. FERNANDEZ DE LAS CUEVAS (Ilmo. Sr. D. Ruperto), Jefe superior
de Administración. - Reina, 43, 3° dcha.
- f. FERNANDEZ-DURO (Ilmo. Sr. D. Cesáreo), Capitán de Navío y Aca-
démico de la Historia. - Saúco, 13 trip, 3°
- f. FERNANDEZ-FLOREZ (D. Ignacio), Teniente de Navío. - Corredera
de San Pablo, 19.
- 120.f. FERNANDEZ Y GONZALEZ (D. Francisco), Catedrático y Académico
de la Historia. - Fuencarral, 80, 2°.
- f. FERNANDEZ GUERRA (Excmo. Sr. D. Aureliano), Académico de la -
Historia y de la Española. - Valverde, 26,
2° izquierda.
- f. FERNANDEZ DE LOSADA (Excmo. Sr. D. Cesáreo), Inspector de Sa-
nidad Militar. - Plaza del Progreso, 5.
- f. FERNANDEZ SAN ROMAN (Excmo. Sr. D. Eduardo), Teniente general
- Plaza de Santa Bárbara, 2.

- f. FERNANDEZ-VALLIN (D. Acisclo), Catedrático. - Arenal, 16
- f. FERREIRO (D. Martín), Constructor de Cartas en el Depósito Hidrográfico e Individuo Correspondiente de la Academia de la Historia. - San Juan, 11, 3º drcha
- f. FIGUEROLA (Excmo. Sr. D. Laureano), Académico de Ciencias Morales y ex-Ministro. - Alcalá, 72, dup., 2º.
- f. FORONDA (Ilmo. Sr. D. Manuel), Abogado. - Argensola, 2.
- FUENSANTA DEL VALLE (Sr. Marqués de). - Alcalá, 49.
- f. FUENTE (Ilmo. Sr. D. Vicente de la), Catedrático y Académico de la Historia y de Ciencias Morales y políticas - Valverde, 44, 2º drcha.
- 130.f. GALLEG0 (D. Juan), Ingeniero de Caminos. - Greda, 15, pral.
- f. GARCIA-ABADIA (D. Anacleto), Catedrático del Instituto de Zamora.
- GARCIA ALEMAN (D. Enrique). - Velázquez, 54.
- f. GARCIA Y GARCIA (D. Mariano), Coronel de Ingenieros. - Biblioteca, 2, 3º drcha.
- f. GARCIA HERREROS, (D. Plácido), Ingeniero de Caminos. - Mayor, 4, Hotel: habitación núm. 30.
- f. GARCIA DE LOYGORRI (Excmo. Sr. D. Narciso), Visconde de la Vega, primer Secretario de Embajada. - San Bernardo, 76.
- f. GARCIA MARTIN (D. Luis), Ayudante Fiscal Militar del Consejo Supremo de la Guerra. - Piemonte, 20.
- GARCIA SOLA (D. Francisco), Teniente Coronel de Infantería de Marina. - Ministerio de Marina.
- GARCIA Y TAMAYO (D. Ricardo), Médico mayor de la Armada. - Manila.
- f. GARCINI Y PASTOR (D. Vicente de), Ingeniero de Caminos. - Argensola, 7, 2º.
- 140.f. GARRALDA (D. Joaquín), Oficial del Ministerio de Marina. - Barquillo, 34, 2º.
- f. GAYANGOS (D. Pascual de), Catedrático y Académico de la Historia - Barquillo, 4 y 6, 3º drcha.
- c. GHESQUIERE (D. Pablo), Capitán de Estado Mayor. - Bruselas, Rue des Paroissiens, 18 y 20.

- e. GIBERT (Dr. Eugenio C.), Secretario general de la Sociedad Académica Indo-China. - París.
- f. GOMEZ DE ARTECHE (Excmo. Sr. D. José), Mariscal de Campo y Académico de la Historia. - Lope de Vega, 59 y 61
- GOMEZ IMAZ (D. José), Capitán de Fragata. - Barquillo, 34, 2°.
- f. GOMEZ SAN JUAN (D. José María), Coronel de Infantería. - Morería 13, 3° izq.
- v. GONZALEZ DE MENDOZA (D. Antonio), Abogado. - Habana, Amargura, 23
- GONZALEZ Y RUIZ (D. José), Oficial primero de Administración militar. - Carrera de San Jerónimo, 32.
- f.v. GORDON (D. Antonio), Catedrático. - Habana, O'Reilly, 48.
- GOROSTIDI (D. Francisco), Abogado. - Madera, 1, 2° derecha.
- f. GUIJARRO (D. Andrés), Tapicero. - Barquillo, 9.
- v. GUILLERNA (D. César de), Ingeniero de Montes. - Pasadizo de San Ginés, 5, 2°.
- f. GUTIERREZ Y FERNANDEZ (D. Pantaleón), Ingeniero de Caminos. --- Zamora.
- f. HENAO (D. Manuel), Abogado. - Caños, 3, 2° derecha.
- c. HESSE WARTEGG (D. Ernesto de), Londres, German Athenaeum Club, 93, Mortimer St.
- f. HIDALGO Y TABLADA (Ilmo. Sr. D. José de), Jefe superior de Administración y Escritor público. - Morata de - Tajuña, (Madrid).
- c. HUGUET LATOUR (L.A.), - Montreal (Canadá), 36, Mc Gill, College Avenue.
- f. IBAÑEZ (Excmo. Sr. D. Carlos), Mariscal de Campo y Académico de Ciencias exactas. - Jorge Juan, 8.
- f. IBARRETA (Excmo. Sr. D. Adolfo de), Ingeniero de Caminos. --- Bilbao.
- 160. INSTITUTO NACIONAL DE GEOGRAFIA DE BRUSELAS. - 18 y 20, Rue des Paroissiens.
- ISBERT (D. Vicente), Oficial del Cuerpo de Topógrafos.
- h.c. IVENS (D. Roberto), Viajero. - Lisboa.
- JIMENEZ (D. Pedro María), Diputado provincial. - Avila, Comercio, 23.
- c. JIMENEZ (D. Saturnino), Viajero. - Cruz, 18, pral.

- f. JIMENEZ DE LA ESPADA (D. Marcos), Viajero y Escritor. - Ayala, -
15, 2°.
- JIMENEZ DELGADO (D. Juan José), Publicista. - Tragineros, 22.
- f. JOVELLAR (Excmo. Sr. D. Joaquín), Capitán General. - Costanilla
de los Angeles, 2.
- f. LASSO DE LA VEGA (D. Angel), Oficial del Ministerio de Marina. -
Leganitos, 47, bajo.
- f. LAVIÑA Y LAVIÑA (D. Federico), Ingeniero de Montes. - Villalar,
6, 2° izq.
- 170.f. LAZARO Y FIGUERAS (D. Amado de), Ingeniero Jefe de Caminos, Di-
rector de las obras del Puerto de Valencia. -
Calle de Colón.
- h.e. LENZ (D. Oscar), Viajero. - Viena, IV, HENGASSE Nr. 46.
- LORENTE Y ASPIAZU (D. Joaquín), Médico de la Armada. - Dávao ---
(Mindanao).
- f.v. LOS ARCOS Y MIRANDA (D. Javier), Capitán de Ingenieros. - Almen-
dro, 6, pral.
- f. LLASERA (D. Enrique), Ingeniero de Caminos. - Fernando el Santo
7, 2° dcha.
- f. MACPHERSON (D. José), Ingeniero de Minas. - Exposición, 4
- f. MADRAZO (D. Luis de), Pintor de Historia. - Caballero de Garcia,
37.
- f. MAGENIS (Excmo. Sr. D. Ramón), Brigadier de Artillería. - Solda-
do, 11, pral.
- f. MALDONADO-MACANAZ (D. Mario), Propietario y Agricultor. - -----
Salamanca.
- MALLADA (D. Lucas), Ingeniero de Minas. - Argensola, 17, duplido.
180. MARIMON (D. Sebastián). - Sevilla, Catalanes, 52.
- MARIN (Excmo. Sr. D. Sebas), Mariscal de Campo, Gobernador mili-
tar de Murcia. - Cartagena.
- f. MARTINEZ (D. Guillermo), Comandante de Artillería. - Segovia.
- f. MARTINEZ-CAMPOS (Excmo. Sr. D. Miguel), Ingeniero Jefe de Cami-
nos. - Goya, 14.
- f.v. MARTINEZ Y GONZALEZ (D. Cipriano), Ingeniero Jefe de Caminos. -
Tarragona.
- f. MARTINEZ-VIGIL (Rdo. P. Fray Ramón), Procurador general de Domi-
nicos de Manila. - Pasión, 15.

- MARTORELL (D. Jerónimo), Comerciante. - Barcelona, Plaza de Medi
naceli, 1 bis, 1°.
- MATA (D. Ramón), Comisario de Guerra. - Sevilla.
- f. MATEO-SAGASTA (D. Pedro), Ingeniero Jefe de Montes. - San Mateo,
22, 3°.
- f.v. MAZARREDO (D. Carlos), Ingeniero de Montes. - Almirante, 2, cua-
druplicado.
- 190.f. MERELO (Excmo. Sr. D. Manuel), Catedrático. - Barquillo, 13, ---
3° izq.
- f. MERINO (D. Miguel), Astrónomo y Académico de Ciencias exactas. -
Observatorio astronómico.
- MESTRE (D. Vicente de). - New-York, 137 East 50 (th St.).
- c. MEULEMANS (D. Augusto), Cónsul general del Paraguay en Francia.
- París, 1 rue Lafayette.
- MIGUEL MEDRANO (D. Gregorio), Jefe de Sección del Ferrocarril -
de León a Gijón. - Puente de los Pierros ---
(Asturias).
- MINOVES (D. Domingo de), Jefe de Administración. - Sevilla, ---
Bailón, 7.
- f. MIRA (D. Gaspar), Ingeniero de Montes. - Lagasca, 22, 1°, dcha.
- f. MIRALLES DE IMPERIAL (D. Clemente). - Barcelona, Rambla de Estu-
dios, 1, 2°.
- f. MIRANDA (D. Fausto), Banquero. - Montera, 20.
- f. MONET (D. Fernando), Coronel de Estado Mayor. - Costanilla de -
Santiago, 6, 3° izq.
200. MONISTROL (Excmo. Sr. Marqués de). - Luna, 7.
- f. MONREAL Y ASCASO (D. Bernardo), Catedrático y Correspondiente -
de la Academia de la Historia. - Cuenta de -
Santo Domingo, 13.
- f. MONTERO Y GAY (Excmo. Sr. D. Claudio), Contra-almirante. -----
Libertad, 10.
- MONTES DE OCA (D. José), Teniente de Navío, Gobernador de Fer-
nando Poo.
- f. MONTESINOS (Excmo. Sr. D. Cipriano Segundo), Director de la Com-
pañía de los Ferrocarriles de Madrid a Zava-
goza y Alicante y Académico de Ciencias ---
exactas. - Lope de Vega, 55.

- f. MONTEVERDE (D. Juan), Comandante Capitán de Ingenieros. - Parque de Ingenieros. - Zaragoza.
- f. MONTOJO (D. José), Contra-almirante.
- MOORE Y DE PEDRO (D. Rafael), Secretario de Legación. - Jacometrezo, 66, pral.
- f. MORALES-BELL (D. Manuel), Ingeniero de Caminos. - Glorieta de -- Santa Bárbara, 7.
- f. MORALES Y PEREZ (D. Valentín), Propietario. - Mayor, 26 y 28.
210. MORATA (Sr. Vizeconde de), Abogado. - Olivo, 31.
- f. MORENO (D. Bruno), Ingeniero Jefe de Caminos. - Atocha, 133 2°.
- f. MORENO (D. Guillermo Luis), Propietario. - Carrera de San Jerónimo, 19, 2°.
- f. MORENO Y POZO (D. Adolfo), Doctor en Medicina. - Atocha, 38, 3°.
- f. MORGADE (D. Florencio), Coronel Comandante de Ingenieros. ----- Badajoz.
- f. MORPHI (Excmo. Sr. Conde de), Secretario particular de Su Majestad. - Palacio Real.
- f. MOTTA (D. Adolfo de), Jefe del Cuerpo de Topógrafos. - Corredera baja, 22, 3°.
- v. MURGA (D. Manuel de). - Bilbao.
- f. NAVA (Excmo. Sr. D. Hilario), Inspector general de Ingenieros de la Armada. - San Quintín, 10, 3°.
- h.c. NEGRI (Sr. Comendador Cristoforo), Primer Presidente fundador de la Sociedad Geográfica italiana. - Turín, via di San Francisco de Paola, 11.
220. NEUSSEL (D. Otto), Litógrafo. - Plaza de Antón Martín, 41.
- f. NIETO-SERRANO (D. Matías), Doctor en Medicina. - Ronda de Recoletos, 11.
- h.c. NORDENSKIÖLD (Mr. le baron A. E.), Kongl. Vetenskaps Akademien. - Stockholm.
- NOVO (D. Pedro de), Teniente de Navío. - Cedaceros, 3.
- OJEA (D. Telesforo), Abogado. - Carbón, 9, 3°.
- v. OJINAGA (D. Juan Justo de), Jefe del muelle de la Empresa de las Minas de cobre de Riotinto. - Cádiz, Comandancia de Ingenieros, 2° izq.
- v. OLAGUIBEL (D. Pedro José de), Presidente de la Junta de Agricultura, Industria y Comercio de Mayagüez.

- f. OLAVARRIA (D. Marcial), Ingeniero de Minas. - Unquera (Santander).
 OLIVAN (D. Joaquín A. de), Abogado. - Sevilla, 14, 3º.
 OLIVER (D. José). - Huesca.
- 230.f. OLIVER Y HURTADO (D. Manuel), Bibliotecario de la Universidad y Académico de la Historia. - Plaza de Matute, 7, pral.
- ORDÓÑEZ (D. Melchor), Coronel Capitán de Fragata.
- f. ORTEGA Y MUÑOZ (Excmo. Sr. D. Joaquín), Ingeniero Jefe de Caminos. - Caballero de Gracia, 17, 2º.
- O'RYAN (Excmo. Sr. D. Tomás), Teniente General. - D. Pedro, 8.
- OSLER (D. Guillermo), Litógrafo. - Espíritu Santo, 18.
- f.v. PACHECO (D. Manuel), Comerciante. - Habana.
- f. PADILLA (D. Ramón), Abogado. - Salesas, 3 dup., 2º.
- f. PAGE (Excmo. Sr. D. Eusebio), Ingeniero Jefe de Caminos. - San-Nicolás, 15, pral.
- h.c. PALLANDER (D. Adolfo A. Luis), Capitán de Marina. - Stockholm.
- f. PARDO (Ilmo. Sr. D. Manuel), Ingeniero Jefe de Caminos. -----
 Turco, 5.
240. PAREDES DE NAVA (Excmo. Sr. Conde de), - Atocha, 34.
- PASTORIN (D. Juan), Teniente de Navío. - Barquillo, 5, 2º.
- PAVIA (Excmo. Sr. D. Francisco de Paula), Vicealmirante y ex-Ministro de Marina. - Fuencarral, 22, 2º.
- f. PECOUL (D. Augusto), Académico Honorario de la Historia. ----
 París, Rue de Ponthieu, 58.
- f. PEDRAYO (D. Manuel), Catedrático. - Fuencarral, 46.
- f. PEÑA-RAMIRO (Sr. Conde de), Propietario. - Bola, 4, pral.
- PERALTA (D. Manuel M. de), Ministro Plenipotenciario de Costa-Rica. - Arenal, 16.
- f. PEREZ ARCAS (D. Laureano), Catedrático y Académico de Ciencias exactas. - Huertas, 14, 3º izq.
- f. PEREZ DEL PULGAR (D. Juan), Coronel Capitán de Estado Mayor. -
 Concordia, 4.
- f. PEREZ-RUIZ (Ilmo. Sr. D. Félix), Jefe de Administración. ----
 Biblioteca, 4, 2º.
- 250.f. POZO Y ALVAREZ (D. Manuel del), Ingeniero Jefe de Montes. ----
 Muñoz Torrero, 4.
- POZZI (D. Camilo), - Plaza de Oriente, 7.

- f.v. PREMIO-REAL (Excmo. Sr. Conde de), Cónsul General de España --
para la Confederación del Canadá y para las
posesiones británicas y francesas de Norte-
América. - Québec.
- f. PRIETO Y CAULES (D. Francisco), Ingeniero de Caminos. - Conde
de Aranda, 5, pral.
- PRIMO DE RIVERA (Excmo. Sr. D. Fernando), Marqués de Estella,
Teniente General. - Claudio Coello, 6 pral.
- f. PUIG (D. Gabriel), Ingeniero de Minas. - Pavia, 4.
- f. QUINTANA (D. Mariano), Jefe del Cuerpo de Topógrafos. - Ocaña.
- f. QUIROGA Y ESPINOSA (Excmo. Sr. D. Juan de), Brigadier de Inge-
nieros. - Coruña.
- f. RADA Y DELGADO (D. Juan de Dios de la), Catedrático y Académico
de la Historia. - Corredera de San Pablo, -
12, 2°.
- e. RAYMOND LE BRUN (D.G.), Secretario General de la Sociedad de -
Geografía de Berna.
- 260.f. RAMIREZ DE VILLAUROUTIA (D. Ucceslae), Oficial del Ministerio -
de Estado. - Reina, 24.
- f. RAMOS (D. Clemente), Comandante de Infantería de Marina. ----
Luzón, 5; 2°.
- RATO (D. Apolinar de), - Recoletos, 4, 2°.
- RATO Y HEVIA (D. José de), Coronel de Infantería, Regimiento -
de Sevilla. - Valencia.
- REBUELTA Y VALCARCEL (D. Andrés), Teniente de Navío de primera
clase.
- REIN (D. Bernardo), Cónsul del Imperio Alemán. - Villalar, 1.
- REPARAZ (D. Gonzalo), Profesor auxiliar de la Institución Li-
bre de Enseñanza.
- f. REUS Y BAHAMONDE (D. Emilio), Diputado y Director de la Revis-
ta General de Legislación y Jurisprudencia.
Peligros, 6 y 8, 2°.
- f. REYES Y RICH (D. Carlos), Comandante de Ingenieros.- Valladolid
- f. REYNA (Excmo. Sr. D. Tomás de), General de Artillería. -----
Serrano, 48.
- 270, REYNOSO (D. Fernando J.), Catedrático. - Habana, Animas, 135.

- f. RIAÑO (Ilmo. Sr. D. Juan Facundo), Catedrático y Académico de -
la Historia. - Barquillo, 4 y 6, 3º drcha.
- REIMANN (D. Guillermo), Viajero. - Turco, 8.
- RIGAU (D. José María), Profesor de Geografía en el Colegio Vilar
- Barcelona, calle de la Diputación, 365, 3º
puerta segunda.
- RISCAL (Excmo. Sr. Marqués de), Propietario. - Atocha, 30.
- f. RIVERO (Excmo. Sr. D. José), ex-Director general de Rentas. ---
Mayor, 11, pral.
- f. RIVERO (D. Roque León del), Ingeniero Jefe de Montes. - San ---
Ildefonso.
- RODRIGUEZ (Excmo. Sr. D. Tiburcio), Ministro plenipotenciario.-
Villalar, 11.
- f. RODRIGUEZ-ARROQUIA (Excmo. Sr. D. Angel), Mariscal de Campo. ---
Prado, 29, pral.
- f. ROMERO (D. Vicente Cristeto), Ayudante de Obras p úblicas. ---
Cabeza, 27, 2º.
280. ROSELL (D. Manuel), Ingeniero industrial. - Fábrica del Gas.
- f. RUIZ DE SALAZAR (D. Emilio), Doctor en Ciencias y Catedrático.
- Horne de la Mata, 12.
- RUIZ DE VELASCO (D. Bonifacio), - Coloreros, 2, 2º.
- f. SAAVEDRA (Excmo. Sr. D. Eduardo), Ingeniero Jefe de Caminos, ---
Académico de la Española, de la Historia y -
de Ciencias exactas. - Valverde, 22, 2º.
- f. SAGOLS (D. Pedro). - Barcelona, Concellers, 4, pral.
- SALCEDO (D. Jacinto), Oficial de la Dirección de Aduanas. - Cal
vario, 13, 3º drcha.
- f. SALGADO Y ARAUJO (D. Daniel), Jefe de Administración. - Ronda -
de Recoletos, 27.
- SANCHEZ-ARJONA (D. Rafael). - Fregenal de la Sierra.
- SANCHEZ-BLANCO (D. Félix). - Toledo, 83, pral. izq.
- f. SANCHEZ Y MASSIA (D. Juan), Ingeniero de Minas. - Silva, 37, --
pral. drcha.
- 290.v. SANCHEZ DE TOCA (D. Pedro), Teniente de Navío. - Plaza de Santa
Ana, 17, 2º.
- f. SAN MIGUEL (Excmo. Sr. D. Justo), - Caballero de Gracia, 23.

- f. SANTA CRUZ (Excmo. Sr. Marqués de), Propietario. - San Bernar -
dino, 14.
- f. SANTIAGO Y SAENZ DIEZ (D. Julio de), - Mayor 118, 4º, drcha.
- f.v. SANZ Y LARUMBE (D. Javier), Ingeniero Jefe de Caminos. - Oviedo
Herrería, 8.
- f. SAVALL Y DRONDA (D. Pascual), Fiscal de Audiencia.
- f. SEBASTIAN (D. Cándido), Teniente Coronel Comandante de Artille-
ría. - Colmillo, 3, pral, drcha.
- f. SERANTES (D. Ricardo), Ingeniero de Caminos. - Cuesta de Santo
Domingo, 14, 2º.
- H.d. SERPA PINTO (D. Alejandro), Viajero. - Lisboa.
- SERRANO FATIGATI (D. Eduardo), Abogado. 4 Valverde, 1, 3º.
- 300.c. SOLANO ALTABURUAGA (D. Francisco). - Santiago de Chile.
- SOLANO Y EULATE (D. José María), Marqués del Socorro y Conde del
Carpio, Catedrático de Geología. - Jacome--
trezo, 41.
- SORELA Y GARCIA FAXARDO (D. Luis, Teniente de Infantería de Ma-
rina. - Serrano, 43.
- f. SOTO (D. Camilo), Oficial del Cuerpo de Topógrafos. - Hortaleza
84, 3º.
- SOTO (D. José de), Comerciante. - Puebla de Tribes, (Orense).
- h.c. STANLEY (D. Enrique H.), Viajero. - London.
- c. STUDER (D. Teófilo), Presidente de la Sociedad de Geografía de
Berna.
- SUAREZ (D. Sergio). - Prado, 3, 2º drcha.
- f. TALLERIE (Ilmo. Sr. D. Tomás Eduardo), Inspector de Ingenieros -
de la Armada. - Cartagena, Muralla, 45.
- TOGORES (D. Joaquín), Ingeniero de la Armada.
- 310.f. TOPETE (Excmo. Sr. D. Ramón), Contra-Almirante. - Goya, 13, 2º
- f.h. TORENO (Excmo. Sr. Conde de), ex-Ministro de Fomento.
- TORO (D. Enrique del), Comerciante. - Cádiz, Murguía, 41.
- f. TORRE (D. José de la), Ministro del Tribunal superior territo-
rial de Cuentas de Filipinas. - Trajineros,
20, 3º.
- TORRENTE (D. Andrés). - Preciados, 33, 4º. drcha.
- TORRES ACEVEDO (D. Luis de), Vicecónsul de España en Nápoles.

- f. TORRES-AGUILAR (D. Salvador), Catedrático. - Lealtad, 13, 2° izq.
- TORRES-CAMPOS (D. Rafael), Catedrático y Abogado. - Salesas, 10, pral. izq.
- f. TORRES VILDOSOLA (Ilmo. Sr. D. Luis de), Inspector general de - Caminos. - Válgame, Dios, 3.
- f. TROMPETA Y VINCI (D. Enrique), Ingeniero de Caminos. - Iloilo, - Filipinas.
- 320.v. URQUIJO (Excmo. Sr. Marqués de), Banquero. - Montero, 22.
- f. URZAIZ (D. Antonio de), - Farmacia, 12, 3°.
- VAL (Excmo. Sr. D. Celedonio del), - Arenal, 22, pral.
- VALERA (D. Joaquín), Oficial del Ministerio de Estado. - Leganitos, 13.
- f. VALMAR (Excmo. Sr. Marqués de), Académico de la Española y Bellas Artes. - Cervantes, 3, pral.
- f. VALLE (D. Manuel María del), Catedrático. - Sal, 2, 3° drcha.
- v. VALLEJO (Excmo. Sr. Marqués de), Propietario. - Fuencarral, 4.
- f.v. VALLES (D. Enrique), Secretario de Legación. - Lima.
- VARELA (Excmo. Sr. D. Héctor F.), Cónsul general de la República Argentina. - Príncipe, 12, 2° izq.
- f. VAZQUEZ-ILLA (D. Ricardo), Comandante graduado de Infantería. - Toledo, Plazuela de San Nicolás, 1.
- 330.f. VAZQUEZ Y LOPEZ AMOR (D. Antonio), Doctor en Derecho y Vicecónsul. - Plaza de Santa Bárbara, 8, bajo.
- VELAZ DE MEDRANO (D. Rafael), Propietario. - Escorial.
- f. VENTOSA (D. Vicente), Astrónomo. - Observatorio Astronómico.
- VERA (D. Vicente de), Doctor en Ciencias. - Estudios, 17, 3° -- derecha.
- c. VIDAL GORMAZ (D. Francisco), Director de la Oficina Hidrográfica de Santiago de Chile.
- VIGNOTE Y WUNDERLICH (D. José), Abogado. - Cuesta de Santo Domingo, 3, 3° drcha.
- f. VILANOVA (D. Juan), Catedrático y Académico de Ciencias exactas. - San Vicente, 12, pral.
- f. VILLAAMIL Y CASTRO (D. José), Oficial del Cuerpo de Archiveros y Correspondiente de la Academia de la Historia - Fuencarral, 43, pral.

VILLA ANTONIA (Excmo. Sr. Marqués de la), Jefe del Depósito de la Guerra. - Ronda de Recoletos, 12.

VILLALBA (D. Carlos), Capitán de Infantería. - Academia General Militar, Toledo.

340.f. VILLALBA Y PEREZ (Excmo. Sr. D. Ricardo), ex-Oficial de Sanidad y Diputado. - Vergara, 4, pral. izq.

f. VILLAVASO (D. Camilo de), Publicista y ex-Diputado a Cortes. -- Bilbao, Santa María, 9, 2º.

c. VICENT (D. Francisco). - New York, 180, Fifth ave.

f. VISO (Excmo. Sr. Marqués del), Capitán de Fragata, retirado. -- San Bernardino, 14.

h.c. VIVIEN DE SAINT MARTIN (M.L.), Académico honorario de la Historia - París, rue Gay Lussac, 8.

VIZCARRONDO (D. Julio). - Villar, 11, 3º.

ZARAGOZA Y NUÑEZ DEL PINO (D. Juan), Oficial del Cuerpo de Estadística.

f. ZARAGOZA (D. Justo), Publicista. - Montero, 11.

c. ZAREMBA (D. Carlos), - Chicago, 1576, Milwaukee Ave.

v. ZAVELLA (Sr. Conde de), - Palacio de Peralada, Gerona.

350.f.v. ZAYAS (D. Joaquín de), Ingeniero de Caminos. - Granada, Cuchilleros, 10.

ZOBEL (D. Jacobo), Académico electo de la Historia. - Manila.

PROYECTO DE LEY, PRESENTADO POR EL SR. MINISTRO DE ULTRAMAR, PARA RATIFICAR EL CONTRATO CELEBRADO CON LA COMPAÑIA TRASATLANTICA ESPAÑOLA.

A LAS CORTES.

Iniciada la era de progreso material en nuestra Patria, merced á una política que ha sabido conducir los destinos del país por la senda, siempre beneficiosa, de la paz y de la libertad, y como consecuencia el desarrollo de la agricultura y los adelantos de la industria, se ha planteado el grato problema de dar salida á los productos y ensanchar nuestras relaciones comerciales, de suerte que no solo satisfagan las necesidades actuales, sino que creen otras nuevas, compañeras inseparables de una continuada y creciente prosperidad. •

A satisfacer estas necesidades tiende el adjunto proyecto de ley, que, de acuerdo con el parecer del Consejo de Ministros, y debidamente autorizado, tengo el honor de someter á la deliberación de las Cortes.

Cuando la lucha comercial entablada por las Naciones productoras, que desgraciadamente se han adelantado á nosotros en esta gran contienda del trabajo, apelan á toda clase de recursos para estimular el engrandecimiento de su producción, lógico lógico aparecía que el Gobierno español procurase los medios de que nuestra Patria pudiera entablar honrosa competencia, adoptando, para conseguirlo, todos aquellos medios que la ciencia aconseja y que la práctica ha sancionado como buenos. Los servicios marítimos, vigilados por el Gobierno y subvencionados por el Estado, no son ciertamente novedad ninguna en nuestra legislación y en nuestras costumbres. Los conocemos por los beneficios que han reportado á nuestro comercio, por los estrechos lazos con que unen á la Península con las provincias ultramarinas, y porque en época no lejana han sido poderoso auxiliar de la paz y la integridad del territorio.

No son, sin embargo, estas las únicas, ni siquiera las más poderosas razones que han aconsejado al Gobierno de S.M. á regularizar y ensanchar los servicios marítimos.

España tiene una deuda con su glorioso pasado, y otra no menos sagrada con su misión civilizadora, en el continente africano; así es que con provecho propio debe cuidar de los cuantiosos intereses crados por nuestros inolvidables antecesores en la América española y Oceanía, á la vez que, sobre las sólidas bases de nuestra prosperidad comercial, - abrir nuevos y esplendorosos horizontes á generaciones futuras.

Prestando oído atento á la obra de regeneración que se inició con la paz, los Poderes públicos se han apresurado á estudiar los medios de dotar á España de una armada defensora de su comercio, y de líneas de vapores que, al mismo tiempo que lo aumenten, sean eficaces auxiliares de aquella en el inquebrantable propósito de asegurar el territorio de la Patria. Esta obra, de la cual nadie exclusivamente puede envanecerse es el resultado del patriotismo de todos, siendo de la competencia del Poder legislativo el arbitrar los recursos, para que lo conquistado con tantos afanes tenga feliz coronamiento.

A las necesidades y aspiraciones indicadas satisface el proyecto - adjunto, y á la no ménos importante de imprimir dirección saludable á la emigración que hoy debilita las fuerzas vivas del país, con daño --- evidente de la Nación y consecuencias lamentables para aquellos que, audaces ó ilusos, buscan en tierras extrañas lo que podrían alcanzar á la sombra de nuestra bandera.

Noble es la empresa de contribuir principalmente á la prosperidad de las valiosas provincias de América y Oceanía, ligando á la vez su --- suerte á la de la Nación entera; digna del genio colonial de nuestra --- raza la de convertit las posesiones del golfo de Guinea en colonias --- prósperas que den nuevos testimonios de que somos el pueblo elegido --- para llevar á todas partes las conquistas de la civilización, y propio de la virilidad de nuestra raza acercar á Europa, por el comercio, el - vecino Imperio de Marruecos, haciéndole partícipe de las grandezas de - las Naciones cultas, y compartiendo con nosotros las ventajas de un activo comercio.

Tan nobles aspiraciones, siempre justificadas y atendibles, resul-

tan de día en día más apremiantes por el deseo ardiente de desarrollo colonial y comercial que á Europa devora y que pugna por satisfacer á costa de todo sacrificio; por lo enérgica y franca que se pronuncia en la América latina, ancha corriente de simpatía hácia la que fué su madre Patria; por la apertura que no puede estar lejana del canal de Panamá; por la actitud avasalladora que las marinas extranjeras van cobrando á la sombra de privilegios otorgados por los respectivos Gobiernos, y por el estado crítico de la producción en la Península y las provincias de Ultramar, que evidentemente reclama nuevos y provechosos mercados.

A llenar dentro de lo posible esas imperiosas exigencias, á colmar tan legítimas y nobles ambiciones, está dirigido el adjunto proyecto de ley, que tiene íntimo enlace con la reorganización de nuestra marina de guerra, y al que no tardarán en seguir otros nuevos que vengan á completar su eficacia, favoreciendo bajo otras formas á la marina mercante, y estrechando la unión con nuestras provincias ultramarinas y con los países en los cuales España tiene fundadas esperanzas de encontrar mercado para sus industrias, auxilios para su comercio, calor y luz y vida para los hijos del trabajo.

El Gobierno ha dedicado preferente atención, toda aquella que se merece, al importante ramo de comunicaciones, haciéndolas más fáciles y rápidas con nuestras provincias y posesiones que reclamaban con justicia desde hace tiempo un puesto que las colocase á la altura de otros pueblos y elevarán así el prestigio de nuestra bandera en lejanas ypreciadas comarcas de la Patria.

Las Antillas quedarán unidas con la Península por comunicaciones marítimas más rápidas que las paralelas extranjeras; las Filipinas tendrán un servicio superior en marcha al que para aquellas regiones poseen las Naciones de Europa, con excepción de una sola; y ya que la necesidad de contener dentro de prudentes límites los gastos, no ha permitido al Gobierno añadir más que en una sola expedición al año el número de la que van a dicho Archipiélago, se ha aumentado la capacidad de los buques, lo cual para el comercio equivale á mayor número de expediciones.

No satisfecho con esto el Gobierno en su deseo de procurar por -- todos los medios que los servicios contribuyesen al prestigio de España, ha exigido que los buques reunan cuantas condiciones deben contribuir á la seguridad y comodidad de los viajeros y al realce de nuestra bandera.

La prolongación de las líneas de las Antillas hasta los Estados--- Unidos, Méjico, Venezuela y Colombia, por medio de tres expediciones -- mensuales, desde la Habana á New-York; otras tres desde la Habana á --- Veracruz, y una á varios puertos de Venezuela y Colombia hasta Colón, á la par que da á España rápidas y frecuentes comunicaciones, completadas por medio de una serie de servicios combinados que extienden esas comunicaciones desde Valparaíso hasta San Francisco de California, y desde Nueva Orleans hasta Quebec, llegará a convertir á las Antillas en el -- centro de una vasta red entre las diversas regiones de América y Europa que, á no dudarlo, aumentará considerablemente su producción y su comercio, sobre todo el día en que se efectue la apertura del canal de Panamá.

Para atender á la comunicación de la Península con las Naciones de la costa oriental de la América del Sur, se establece una línea que, -- reuniendo en Cádiz el tráfico procedente de nuestro litoral del Mediterráneo y Cantábrico, llega hasta los principales puertos del Brasil, -- Uruguay y República Argentina. Al determinar las condiciones del material destinado á estas líneas, el número de las expediciones que se deben -- efectuar, así como la duración del plazo por el cual se compromete á -- auxiliárlas el Gobierno, se ha tratado de conciliar, dentro de una fórmula de prudencia, la necesidad de presentar con importancia nuestra -- bandera en aquellos países y de contribuir al desarrollo de nuestro comercio y relaciones con los mismo, en medio de las desventajas que la -- disputada navegación, entre aquellos pueblos de Europa, ofrecen para el establecimiento de nuevas líneas.

La línea á Río de Oro y á Fernando Póo se ha establecido en condiciones de poder modificarla después de haberla estudiado prácticamente, atemperándola por el momento á las exigencias probables del tráfico de esas posesiones y á las condiciones de las líneas extranjeras similares, así como á lo difícil y costoso de la navegación que implican.

Siendo más fáciles de estudiar y conocer, y menos costosas relativamente, las líneas de Marruecos, el Gobierno no ha tenido inconveniente en organizarlas con un carácter más definitivo, estableciendo una comunicación cada quince días entre Cádiz y Tánger, que sirva de vía principal á la correspondencia y al pasaje; una comunicación cada quince días entre los puertos de Málaga, Algeciras y Cádiz á los de Ceuta y Tánger, y otra comunicación mensual entre los mencionados puertos españoles y los de Larache, Rabat, Mazagán y Mogador. Estas líneas se relacionan con Cádiz con las que allí afluyen, recorriendo todo nuestro litoral, quedará así perfectamente comunicado con el vecino Imperio. La marcha y condiciones exigidas á los buques destinados á hacer éstos servicios, se han subordinado á las del tráfico y puntos á que deben servir y á las breves travesías que deben efectuar.

El establecimiento de los servicios combinados que comunican la línea de Filipinas con los principales puertos de Oceanía, China, Japón é India, responde al propósito de convertir aquel Archipiélago en un importante centro comercial entre tan vastas regiones, así como al proporcionar á los productos peninsulares fácil acceso á las mismas. A este último pensamiento responden también los servicios combinados del golfo Pérsico y costa oriental de Africa, así como los menos importantes que enlazan nuestras líneas coloniales con los principales puertos de Italia, Holanda y Alemania, atienden á la conveniencia de facilitar la colocación de los productos de nuestras provincias de Ultramar en diversos mercados.

Convencido el Gobierno de S.M., después de detenido estudio, de que las líneas que quedan mencionadas respondían perfectamente á la mayor suma posible de conveniencia para el desarrollo de nuestra producción, entendió, sin embargo, que su obra no debía limitarse á su merecido planteamiento, sino que debía completarla, adoptando todas las medidas que pudieran contribuir al más pronto y seguro logro del engrandecimiento de nuestra producción y comercio.

Con este propósito ha exigido que las tarifas de la Compañía concesionaria no sean más elevadas que las análogas extranjeras; que siempre

resulten más bajas para los productos nacionales que para los extranjeros, y que tengan 10 por 100 inferiores á las extranjeras para todos -- los puertos servidos por líneas combinadas. Con igual fin se establecen que las mercancías cuyo tráfico crea conveniente el Gobierno desarrollar, obtengan en sus fletes una bonificación de 50 por 100, y que los agentes de la misma Compañía vengán á ser como factores de nuestro comercio en los mercados extranjeros, exhibiendo muestras y precios de -- nuestros productos, realizando su venta, así como el seguro de su conducción y reembolso de su importe, y facilitando á los productores nacionales todas las noticias que puedan serles útiles.

Con igual propósito se exige también á la Compañía que se organice, de tal suerte, que dé pasaje y conocimiento de embarque para todos los puertos del mundo visitados por líneas regulares. La influencia que las líneas de navegación pudieran ejercer en los problemas de la emigración, problemas que tanta gravedad y trascendencia entrañan bajo el punto de vista social, político y económico en la Península y en las provincias de Ultramar, no podía pasar inadvertida para el Gobierno, que -- ha adoptado en las tarifas de emigrantes medidas que le coloquen en aptitud de dar satisfactoria solución á todos los problemas que puedan -- p resentarse.

Como los buques que se destinan al servicio de correos están llamados á prestar el de transportes de nuestros empleados civiles y militares, el Gobierno debía preocuparse de lograr en este punto las mayores ventajas posibles para el Estado, y así entiende haberlo conseguido por medio de tarifas que aseguran para sus transportes tipos muy inferiores á los admitidos en el extranjero. También entiende haber atendido cumplidamente a la conveniencia de fomentar el ingreso postal que las nuevas líneas deben producir, al ponerlas en condiciones de desarrollar el tráfico que crea la correspondencia y al dar á sus buques una marcha -- igual ó mayor que los extranjeros que sirven líneas paralelas. La magnitud de la suma que hoy mismo alcanza el ingreso por producto de la correspondencia de Ultramar, aconsejaba fijarse detenidamente en este --- aspecto de los servicios marítimos.

Los esfuerzos hechos hace ya tiempo por países que poseen fuerzas navales superiores á las nuestras, para proporcionar á sus escuadras - un concurso eventual por medio de la marina mercante, debían necesariamente hallar eco en nuestra Patria, que aspira á engrandecer por todos los medios posibles su poderío naval. El Gobierno, sin perjuicio de -- fijarse en la manera de utilizar el concurso que proporciona á nuestra marina de guerra la mercante no subvencionada ha querido colocar á la que percibe auxilios directos del Estado en aptitud de prestarle todos aquellos de que sea susceptible, logrando robustecer nuestras fuerzas navales con respetable número de cruceros y avisos, que casi siempre - han de navegar cerca de nuestros dominios. Más no por eso podía el -- Gobierno dejar de reducir á los límites de lo estrictamente necesario la subvención con que ha de auxiliar á la empresa: lejos de ello, se la ocupado con el debido interés de tan importante punto, y cree haber logrado todas las ventajas á que razonablemente pudiera aspirarse. Para -- creerlo así, basta considerar que no habiendo ningún motivo que haga en España la navegación más económica que en el extranjero, sino todo lo -- contrario, y exigiéndose, para los nuevos servicios tarifas de transportes oficiales más bajas y tarifas particulares más beneficiosas que en los servicios análogos de otras Naciones, la subvención con que se les auxilia es inferior á la que perciben las líneas extranjeras. Basta -- considerar que en las líneas de menor importancia, pero que por ser de nueva creación exigen una mayor subvención, ésta, sin embargo, no excede de las que disfrutaban los servicios similares de otros países; y basta considerar, por último, que el Gobierno se ha reservado el derecho -- de emplear en mejoras del servicio el 33 por 100 de los beneficios de la Compañía que excedan del 5 por 100. La remunerativa carga que para nuestro Tesoro representan esas subvenciones, se hará más llevadera al repartirse por mitad entre el de la Península y los de las provincias -- ultramarinas.

En resumen y para terminar, el Gobierno pretende con este servicio satisfacer las necesidades públicas, las aspiraciones legítimas de la -- industria y del comercio, y colocar sus líneas marítimas á la altura de las más avanzadas. Los buques que deberán desempeñar el servicio de los correos marítimos de España llegarán en velocidad á la que obtienen los

de servicios extranjeros en las líneas paralelas con las que van á inaugurarse, y en algunas á mayor andar que estos. Tendrán además estos --- buques todas las condiciones de capacidad que exige el desarrollo de -- los negocios mercantiles, todas las comodidades que pueda pretender el viajero, y, por último, todo lo necesario para servir de poderoso auxilio como cruceros y avisos de la marina de guerra, si ésta, de repente y por cualquier causa imprevista, lo hubiere menester. De esta manera -- cree el Gobierno que se estrecharían grandemente los lazos de unión con nuestras provincias ultramarinas; de esta manera cree que se afianzará su defensa, desarrollando nuestro comercio con las Repúblicas hispano-americanas y en las regiones del Africa, en que España, por razones de todos conocidas, está llamada á llenar una importante y gloriosa misión. De esta manera, por fin, la producción española, á la que atiende el -- Gobierno con solícito interés, habiendo estipulado para ella en el contrato una economía en los fletes de 10 por 100 sobre los que rigen en -- el extranjero, podrá en vastos mercados encontrar fuentes de riqueza, -- contribuyendo así á que España recobre su antiguo esplendor naval y su glorioso prestigio.

Era, por último, condición precisa para que el país obtuviese de -- sus líneas marítimas las ventajas que tiene derecho á esperar, que se -- hiciera cargo de su desempeño una entidad que uniera á los importantes capitales necesarios, una reconocida competencia para su buena organiza- ción y condiciones de patriotismo suficientes para responder á la ele- vada misión que se le encomienda. El Gobierno ha creído que esas condi- ciones las reunía de una manera satisfactoria la Compañía Trasatlántica que á una larga experiencia en negocios y á su limpia historia, une las simpatías que en España ha sabido conquistar; y como quiera que esa --- Compañía era concesionaria de los servicios que se trataba de reorganizar, y no había derecho á hacerla cesar en ellos hasta dentro de algu- nos años, lo cual difería la realización de las aspiraciones del Gobier- no, y por otra parte, pudiera ser acreedora á otras compensaciones, el Gobierno no ha vacilado, haciéndose eco de la opinión pública, siguiendo recientes ejemplos del extranjero y usando de la facultad, y pudiera decirse que hasta del consejo fijado por el decreto sobre contratación de servicios públicos, en prescindir de la licitación para encomendar á

esta respetable Compañía la importante obra de la reorganización de --- nuestras comunicaciones marítimas, confiado en que las Cámaras han de - reconocer que no es fácil improvisar en España una entidad naviera de - tanta importancia como se necesita, que, aun pudiendo hacerlo, no había motivo fundado para esperar de la nueva entidad condiciones más ventaj^o sas que las convenidas. Como garantía de patriotismo del concesionario en el porvenir, el Gobierno ha exigido que las acciones de la Compañía sean nominativas y no puedan transferirse sin su autorización.

Tales son, aunque descritos á grandes rasgos, los fundamentos y --- líneas principales del proyecto que tras lenta y madura elaboración, so mete el Gobierno á la aprobación de las Cámaras, seguro de que al plan- tearle se habrá dado un paso decisivo y trascendental en la preciada --- obra del engrandecimiento de la Patria.

Madrid 4 de Diciembre de 1886. - Víctor Balaguer.

PROYECTO DE LEY.

Artículo 1º. Se autoriza al Ministro de Ultramar para ratificar el contrato celebrado con la Compañía trasatlántica española que vá anejo á la presente ley.

Art. 2º. La cantidad de 1.800.000 pesetas consignada en el art. 2º capítulo 16, sección sexta del presupuesto de la Península; la de ---- 1.575.000 del artículo 6º., capítulo 10, sección primera del de la isla de Cuba; la de 594.000 del art. 4º., capítulo 9º., sección séptima del de Filipinas, y la de 225.000 del art. 2º., capítulo 6º., sección sexta del de Puerto-Rico, se ampliarán en 2.020.000 pesetas, necesarias para satisfacer en lo que resta del actual ejercicio económico el servicio - objeto de esta ley, entendiéndose que el importe de esta ampliación, -- así como el del gasto total que origine el mencionado servicio en los - años sucesivos, ha de sufragarse la mitad por el presupuesto de la Pe- nínsula y la otra mitad por los Tesoros de las provincias de Ultramar.

Madrid 4 de Diciembre de 1886. - El Ministro de Ultramar,
Víctor Balaguer.

COPIA DEL CONTRATO

para el establecimiento de servicios postales marítimos, celebrado con la Compañía Trasatlántica Española, aprobado en Consejo de Ministros en 17 de Noviembre de 1886, y aceptado por la Compañía en 18 del mismo mes.

CAPITULO PRIMERO.

Objeto del contrato.

Artículo 1º. El contratista que tome á su cargo este servicio se compromete á desempeñar los de comunicaciones marítimas que se determinan en el artículo 2º., con buques de vapor que reunan las condiciones que más adelante se detallan; á conducir á bordo de los mismos, con destino á los puertos indicados en dicho art. 2º., la correspondencia pública y de oficio y el pasaje y carga oficial, y, por último, á prestar con dichos buques los servicios auxiliares de guerra de que sean susceptibles, subordinándose en todo á las prescripciones de este pliego.

Art. 2º. Los servicios de comunicaciones marítimas á que se refiera el artículo anterior serán los siguientes:

A. Treinta y seis viajes de Cádiz y Santander á las Antillas. Los que salgan de Santander tendrán combinación con algunos puertos del Norte de Europa, y los que mensualmente partan de Cádiz podrán hacer escala en Las Palmas de Gran Canaria, debiendo extenderse todos á New-York y Ver-Cruz, y uno de cada mes á la Guaira, Puerto-Cabello, Sabani-lla, Cartagena y Colón.

Abierto el canal de Panamá, el contratista extenderá hasta Guayaquíl una de las expediciones mensuales de que trata el párrafo anterior.

También establecerá desde luego, combinaciones mensuales en el Pacífico (utilizando el ferro-carril de Panamá) desde Valparaiso á San Francisco, y en el Atlántico, desde New-York á New-Orleans.

De Habana á New-Orleans. De Habana á Savannach á Charleston Georges

Twn, Baltimore y Filadelfia, y de New-York á Boston y Quebec.

B. Trece viajes redondos anuales que, partiendo de un puerto de -- Inglaterra y tocando en los de la Península que determinarán los itinerarios, previamente sometidos á la aprobación del Gobierno, salgan del puerto de Barcelona para Manila por el canal de Suez, cada cuatro semanas y combinaciones en los puertos del itinerario que sean más convenientes (para servir, alternando con los viajes directos el correo de Filipinas que va por vía extranjer) y para relacionar á España y Filipinas con el Havre, Londres, Amberes, Hamburgo, Marsella, Génova y Nápoles, con - Kurachec y Buhire en el Golfo Pérsico, Zanzíbar y Mozambique en la costa oriental de Africa, Bombay y Calcuta, Saigón, Sidney y Batavia, Hong--Kong, Shangay y Hyago y Yokohama.

Continuará el servicio de vapores actualmente establecido entre -- Singapore y Manila, con el fin de que pueda utilizarse alguna de las -- líneas extranjeras y conducir por ella la correspondencia entre la Península y el Archipiélago filipino.

El Ministerio de Ultramar determinará oportunamente con cuál de -- las líneas mencionadas deberá enlazar este servicio, cuidando de escoger aquella cuyos viajes menos coincidan con los de la línea española, de suerte que, á ser posible, se asegure á nuestras colonias de Asia y Oceanía un servicio quincenal de comunicaciones marítimas con la Península.

C. Seis viajes redondos anuales que, partiendo de un puerto de ---- Francia del Mediterráneo ó del Cantábrico, y tocando en los de la Península que se determinará en los itinerarios oficiales, salga del puerto de Cádiz para el de Buenos-Aires, pudiendo hacer las escalas de Las --- Palmas, Río de Janeiro, Montevideo y los demás que en dichos itinerarios se determinen.

Estos viajes deberán tener combinaciones en Cádiz con los principales puertos del Mediterráneo, cuando la expedición parta del Cantábrico y con los de éste, si parte del Mediterráneo.

D. Cuatro viajes redondos al año que, en combinación con Barcelona arranquen de Cádiz hasta Fernando Póo, y regreso, tocando en Larache, -- Rabat, Mazagan, Mogador, Las Palmas, Río de Oro, Cabo Verde, Monrobia ú otras escalas que se determinen en los itinerarios.

E. Veinticuatro viajes anuales entre Málaga y Ceuta, Algeciras, -- Tánger y Cádiz, con prolongación á Larache, Rabat, Mazagan y Mogador -- ocho veces al año, completando así, con los cuatro de Fernando Póo que visitan estos puertos, doce comunicaciones anuales entre ellos y los -- anteriormente mencionados, y ciento ochenta y dos viajes de Cádiz á -- Tánger y regreso.

Art. 3º. El servicio de las Antillas se desempeñará á una marcha -- anual de

11 1/2 millas (nudos) por hora desde que empiece á regir este ---- contrato.

12 millas por hora desde 1º de Octubre de 1888.

12 1/2 millas (nudos) por hora desde 1º de Enero de 1893.

Las prolongaciones de esta línea serán servidas con una velocidad media anual de

10 millas por hora.

El servicio de Filipinas será desempeñado á una marcha media anual de

10'15 millas (nudos) por hora desde el día en que rija el contrato,

11'15 millas (nudos) por hora desde 1º de Junio de 1890,

12'50 millas por hora desde 1º de Enero de 1895.

La marcha de la línea de Buenos-Aires será de 11 millas (nudos) por hora, la de Fernando Póo á 8 millas y la de Marruecos á 8 1/2.

Art. 4°. El presente contrato empezará á regir desde que las Córtes concedan el crédito necesario para su cumplimiento por parte del Estado. Los nuevos servicios de las Antillas y Filipinas se establecerán el día 1° del mes inmediatamente posterior á la resolución de las Córtes.

Los de Buenos-Aires, Fernando Póo y Marruecos no se inaugurarán -- hasta dentro de un año, á contar desde hoy, á ménos que el contratista manifestase estar en posibilidad de inaugurarlos.

La duración del contrato será de veinte años y deberá considerarse prorrogado si dos años antes de su terminación no hubiese sido denunciado por algunas de las partes. La prórroga tácita no excederá de dos --- años, al cabo de los cuales habrá lugar á la denuncia, si al Estado le conviniera.

Art. 5°. Como auxilio para la ejecución del contrato, el Estado se obliga á pagar la subvención de pesetas 10'18 en la línea de América, -- cuyos servicios se designan con la letra A en el art. 2°, y 7'15 en la de Filipinas, designada en el mismo con la letra B, por milla de recorrido, y pesetas 0'73 por milla de trayecto servido por combinación en ambas líneas.

Cuando se efectúe la apertura del canal de Panamá, el Gobierno no debe pagar en la prolongación del ramal de Colon hasta Guayaquil más -- que el importe de los derechos del canal.

Para el servicio de Buenos-Aires (según el artículo 2°.C), recibirá el contratista una subvención de pesetas 5'93 por milla.

Por el servicio de Fernando Póo (según el artículo 2°.D), recibirá el contratista una subvención de pesetas 5'93 por milla.

Por los servicios de Marruecos (según letra E del mismo artículo), una subvención de pesetas 5'93 por milla.

El pago de las subvenciones se verificará mensualmente en esta -- corte por los Ministerios de Gobernación y Ultramar, en cuyos presupuestos se consignará por mitad el importe total de la subvención.

Todas las sumas que el Estado ha de satisfacer á la Compañía, se pagarán precisamente en metálico y sin deducción ni descuento por ningún concepto.

Art. 6º. El Gobierno se compromete á no celebrar mientras dure este contrato, otros que tengan por objeto subvencionar nuevas líneas de vapores entre los mismos puntos.

La Compañía concesionaria disfrutará de los privilegios y ventajas que por disposiciones generales se otorguen á la marina mercante española

Asimismo, no podrá ser sometida á ningún impuesto especial.

Si el Gobierno creyere conveniente aumentar ó disminuir el número de viajes anuales durante el contrato para cualquiera de las líneas establecidas, podrá efectuarlo, quedando el contratista obligado á la variación, y entendiéndose que el precio ha de aumentar ó disminuir en su caso, en una parte proporcional al tipo de subvención que para cada -- línea se señale.

Si la supresión de viajes obligase á la Compañía á retirar ó inutilizar una parte de su material, el Gobierno estará obligado á la correspondiente indemnización.

También podrá el Gobierno prolongar las líneas contratadas. Asimismo tendrá la facultad de suprimir ó añadir nuevos puntos de escala, dentro de aquellas sin que tal alteración implique variación en el precio aunque haya lugar á la indemnización de que trata el párrafo precedente si la Compañía tuviese que variar alguna parte del material.

Art. 7º. Si al espirar los cinco primeros años del presente contrato, la contabilidad de la Empresa concesionaria arroja un excedente --

anual después de cubiertas las obligaciones, interese y reservas que -- abajo me expresan, el Gobierno podrá exigir que la tercera parte de ese sobrante se invierta en el establecimiento de nuevas líneas, en aumentar la marcha de los vapores, en proporcionar mayor comodidad á los viajeros, ó en mejorar las condiciones del servicio del Estado.

Para apreciar la existencia del sobrante, deberá la Compañía establecer una contabilidad separada respecto de cada uno de los vapores que estará obligada á sostener en cumplimiento del contrato, cuidando de -- anotar escrupulosamente los productos é ingresos que rinda el barco, y enfrente de éstos los gastos siguientes:

- 1°. Los corrientes de entretenimiento del vapor.
- 2°. Una parte proporcional de los gastos generales en la explotación de los servicios contratados.
- 3°. El 6 por 100 del valor del barco (según balance) como prima de seguro.
- 4°. El 5 por 100 del capital del barco y 20 por 100 de su mobiliario como amortización.
- 5°. El 5 por 100 del valor de inventario del barco.
- 6°. El 5 por 100 como fondo de reserva especial de las líneas que deberán ser servidas en ejecución del presente contrato.
- 7°. Los gastos hechos en concepto de mantenimiento de hombre, carbon, conservación de máquinas, útiles, etc., etc.

La comparación entre los ingresos y estos gastos denunciará el sobrante.

El cálculo de los tanto por ciento mencionados en los números 4° y 6°, deberá basarse sobre el valor, á justificar por los libros que los buques tuviesen en la época en que fueron dedicados al servicio de las líneas del contrato. El cálculo de la parte proporcional de los gastos generales, deberá establecerse sobre el valor de cada buque, según balance, en relación al de la flota entera de la Compañía.

El Gobierno tendrá en todo tiempo el derecho de examinar los libros de contabilidad del concesionario.

Art. 8º. Cuando el contratista, para desempeñar los servicios objeto de este contrato presente buques adquiridos en el extranjero, quedará relevado del pago de los derechos que correspondan al Estado por su introducción, abanderamiento y matrícula, así como en los que correspondan á la carga de cada buque, según su porte. Pero si alguno de estos -- barcos fuese destinado á otros servicios ó enajenado á otro particular ó Compañía, satisfará entonces los derechos correspondientes á cada uno de los indicados conceptos.

Art. 9º. Los gastos de otorgamiento de la escritura y de cuatro --- copias para el Gobierno, serán de cuenta del contratista.

CAPITULO II.

Condiciones generales.

Art. 10. El Ministerio de Ultramar, de acuerdo con el de Marina, -- formará los itinerarios de todas las líneas y plan de combinaciones; -- fijará las horas de salida, escala, etc., etc., teniendo en cuenta para la duración de los viajes la marcha y condiciones de los buques destinados á cada servicio.

Art. 11. Cuando algún suceso extraordinario, por las leyes sanitarias ó cualesquiera otras disposiciones exijan que los buques terminen su viaje en otros puntos que no sean los fijados en este contrato, el -- arribo excepcional á los indicados puertos se reputará término de viaje para todos los efectos de dicho contrato.

Art. 12. Los buques no podrán salir de los puertos españoles, cabezas de las líneas, antes de haber recibido la correspondencia oficial. El Gobierno ó los gobernadores generales de las provincias de Ultramar tendrán la facultad de retardar la salida veinticuatro horas consecutivas, sin abono de indemnización alguna; si la retardaren por más tiempo se abonará al contratista la cantidad de 2.500 pesetas por cada medio --

día comenzado ó doce horas de retraso. La hora de salida se fijará por el Ministerio de Ultramar.

Art. 13. El contratista tendrá siempre dispuesto buque para la salida del correo de los puertos españoles, cabezas de las líneas, con -- dos días de anticipación, reservando en él á la orden del Gobierno, ó -- de los gobernadores generales respectivamente, dos camarotes de primera clase hasta veinticuatro horas antes de la señalada para la partida.

Art. 14. Los buques, mientras tengan á bordo la correspondencia -- oficial, no podrán hacer escala ó arribada en otros puntos que los de-- signados en el presente pliego de condiciones, ó en los que nuevamente se designarán en el caso previsto en el art. 6º., á no ser obligados -- por fuerza mayor, cuya circunstancia se acreditará en debida forma.

Art. 15. No se consideran como caso de fuerza mayor para los efectos del artículo anterior ni para justificar los retardos, los que provengan de las circunstancias desfavorables de la mar y vientos generales de pros, ni las averías de máquina, calderas ó aparejos que puedan experimentar los buques durante su navegación como no constituyan un -- accidente extraordinario; y tampoco los que deban imputarse al contratista ó á sus agentes ó empleados, ya provengan de malicia, ya de ignorancia ó negligencia de los mismos.

Art. 16. El contratista no podrá ceder ni enajenar este servicio, sin la prévia autorización del Gobierno.

Art. 17. Podrán ser contratistas de este servicio, prévia la oportuna adjudicación en los términos que se resuelva por el Ministerio de Ultramar, bien los españoles que por sí ó por su legítima representación lo soliciten, bien cualquiera de las diferentes personalidades --- jurídicas que el derecho reconoce, con tal que estén domiciliadas en -- España. "

Art. 18. En el caso de ser contratista una sociedad anónima, sus -- gerentes ó administradores serán nombrados por el Gobierno, á propuesta

en terna de la Junta general de accionistas.

El Gobierno, cuando lo estimare conveniente, podrá no conformarse con ninguno de los propuestos y exigir nuevas ternas.

Las acciones de esta Sociedad serán nominativas y no podrán ser -- transferidas sin previo conocimiento del Gobierno.

Art. 19. Si el contratista estableciera su domicilio fuera de la -- corte, tendrá en ella una persona competentemente autorizada que le represente en todo cuanto haya de tratar con el Gobierno respecto de este contrato. El apoderado deberá hallarse con poderes bastantes, no sólo -- para representar al contratista, tanto judicial como extrajudicialmente sino también para obligarle en cuantos asuntos ocurran relativos á la -- ejecución y cumplimiento del presente contrato.

Art. 20. Los vapores que el contratista tenga designados á este -- servicio serán preferidos para su despacho en las visitas de Sanidad y puerto y en las oficinas del Estado, debiendo ser atendidos sus capitanes en el momento en que se presenten, suspendiéndose cualquier otro -- asunto, si fuese necesario, hasta que quede despachado el correo.

Art. 21. Las cuestiones que pudieran suscitarse acerca de la inteligencia, cumplimiento, rescisión y efectos de presente contrato, se -- resolverán por el Ministerio de Ultramar, con arreglo á la legislación por que se rigen todos los del Estado; y al hacerse contenciosas, se -- ventilarán ante el tribunal competente en el modo y forma que determinen las leyes.

CAPITULO III.

De los buques.

Art. 22. Para el servicio de las Antillas se obliga el contratista á tener á flote 12 buques de vapor de las condiciones que más adelante se determinan, mientras cada uno de los barcos ó todos juntos no realicen una marcha media de 14 millas en prueba. En este caso, los barcos

que el contratista estará obligado á conservar á flote serán 10 solamente.

Para desempeñar el servicio de 11 1/2 millas con la oportunidad necesaria, el contratista deberá tener presentados tres vapores el primer mes, tres el segundo, tres el tercero y tres el cuarto mes del primer año del contrato, de un andar en prueba de 13 millas.

Para desempeñar el servicio de 12 millas, deberá tener presentados con la oportunidad necesaria, 10 buques de un andar en prueba de 14 millas.

Y para con la misma oportunidad poder plantear el servicio á 12 1/2 millas, promedio anual, deberá tener presentados ocho buques de 14 millas y dos de 15/12 á 16 millas en prueba (en dictamen: de 17 millas).

Antes del año de 1806 deberá presentar un tercer buque de un andar de 15/12 á 16 millas en prueba.

Art. 23. Para el servicio de Filipinas se compromete el concesionario á tener á flote seis buques de vapor de las condiciones indicadas en este capítulo.

Para desempeñar el servicio á 10'15 millas, el contratista se compromete á tener presentados con la debida oportunidad seis vapores de Enero á Junio de 1887, uno cada mes, de un andar en prueba de 12 millas.

Para desempeñar el servicio á 11'15 millas, deberá tener presentados, con la oportunidad necesaria, seis buques de un andar en prueba de 13 millas.

Para la fecha en que debe desempeñarle á 12'50, deberá tener presentados seis buques de 14 millas en prueba.

Art. 24. Además de los 18 buques de altura, el contratista se compromete á tener á flote y mantener en buen estado de conservación, el -

número de buques auxiliares suficientes para servir las extensiones que especifica el art. 2º., de una cabida adecuada al tráfico que han de servir.

Igualmente se obliga á tener á flote el número de buques necesarios para desempeñar el servicio de Buenos Aires, segun el art. 2º. (C); el de Fernando Póo, según el art. 2º (D), los de Marruecos, segun el art. 2º (E); el de Cádiz á Tánger, y el de Cádiz á los otros puertos de --- Marruecos.

Todos ellos han de ser de cabida proporcionada al tráfico á que se destinan.

Art. 25. Los buques destinados á las líneas principales de correos á las Antillas y Filipinas, podrán emplearse indiferentemente en ambos servicios, sin perjuicio de la marcha media anual que en cada uno deben alcanzar. Los buques nuevos serán de hierro, acero ó del material que la experiencia acredite como más beneficioso; estarán contruidos conforme á las reglas del Lloyd ó del Veritas, clasificados por una de estas Compañías con la mejor letra ó nota; tendrán casco de doble fondo dividido en secciones estancos, sistema celular con cuantas mejoras hayan acreditado los progresos del arte de la construcción naval, y su cubierta y costados tendrán la solidez necesaria para soportar la artillería que deben llevar. Medirán, cuando ménos 5.000 toneladas de desplazamiento en la línea de las Antillas, y 4.500 en la de Filipinas. Serán de hélice, y las máquinas de vapor de sistema Compound ó de triple expansión, ó de otro que estuviese más acreditado, y capaces de disminuir la velocidad que á cada barco se le exija, debiendo estar preparados para emplear el tiro forzado cuando conviniera.

Las carboneras serán de hierro y capaces de contener el carbón necesario para el consumo del trayecto más largo entre los puertos que los buques hayan de recorrer, y además el 10 por 100 de dicho consumo.

Los destiladores de agua dulce, deberán producir á lo ménos 300 litros de agua por hora.

Los alojamientos serán todo lo amplios, ventilados y espaciosos que permitan las dimensiones de los buques, y las instalaciones estarán á la altura de las mejores del extranjero.

En los camarotes no se permitirá más número de literas que el que cómodamente pueda establecerse, tomando por norma para cada camarote el de dos personas en circunstancias ordinarias la longitud de los metros (de popa á proa), y dos y medio de anchura.

Habrá, en los barcos de las dos primeras líneas, capacidad para -- 500 plazas de tropa en el sollado y un lugar conveniente sobre cubierta.

Los buques estarán provistos en sus costados de portas sólidas y - de buena luz y ventilación. Habrá en primera cámara un baño para señoras y dos para caballeros, cuando ménos, y uno en cámara de segunda.

Los buques estarán provistos del mayor número de botes salva-vidas que puedan llevar, comprometiéndose á mantenerse en este punto á la altura de las mejores líneas extranjeras.

Llevarán cinturones y salva-vidas para todos los pasajeros y tripulantes y aparatos contra incendio. Una instrucción colocada en sitio visible, determinará lo que cada pasajero y tripulante deberá practicar - en caso de siniestro para el salvamento comun.

Tendrá el suficiente número de mamparos estancos segun los últimos adelantos de los mejores correos extranjeros, y las portas de dichos -- mamparos han de estar en disposición de poder cerrarse rápidamente en - caso necesario.

Estarán también provistos de un juego completo de bombas y comunicaciones para achicar cada compartimento.

Al empezarse la construcción de un buque, la Compañía presentará - al Ministro de Ultramar los planos del mismo, tal como á ella la convengan para su servicio comercial y postal. El Ministro hará estudiar las

diez y seis meses, contados desde el día en que sea conocido el siniestro.

En este caso, y en el de que los buques se inutilicen inopinadamente para el turno en el servicio, el contratista deberá continuar --- este provisionalmente sin interrupción con buques que, previo el reconocimiento facultativo de que trata el artículo siguiente, sean aptos --- para desempeñarlo.

Art. 29. Los buques pertenecientes á las líneas principales de --- correos á que se refiere este contrato, no se emplearán sino después de haber sido reconocidos y admitidos. Se exceptúa el caso de que lo hubiesen sido al empezar los servicios actuales, siempre que de ese reconocimiento resultasen con las condiciones que para los nuevos servicios se exigen.

El reconocimiento, que deberá verificarse á flote y en seco, siempre que sea posible, se desempeñará por una Comisión facultativa nombrada por el Ministerio de Marina, que examinará las condiciones de los buques en la forma que se expresa á continuación, asegurándose previamente de que el certificado y clasificación por el Lloyd ó el Veritas de que trata el artículo 25, se refieren precisamente al buque que se reconoce.

El contratista presentará además para el reconocimiento los documentos que acrediten la época en que los buques se construyeron y empezaron á prestar su servicio y las referentes á las máquinas y calderas, expresando la presión á que éstas fueron probadas, y acompañando los --- comprobantes necesarios para que no pueda caber duda nunca acerca de --- estos extremos.

Art. 30. La Comisión á que se refiere el artículo anterior, se --- cerciorará y así lo hará constar:

1º. Del arqueo que los buques midan y de si se hallan en perfecto estado de servicio y de conservación y resistencia en sus diferentes --- partes.

2°. De si la arboladura, jarcia y velámen, están en relación con el casco, atendido el servicio á que el buque se destine y si tiene la resistencia suficiente y se halla en buen estado, así como los aparatos para sus labores.

3°. De si las máquinas y calderas están sólidamente construidas y en perfecto estado de servicio, examinando los documentos que acrediten la época en que fueron probados y á qué presión.

4°. De si las carboneras tienen la capacidad debida, determinando y expresando cuál sea ésta.

5°. De si los repartimientos están bien dispuesto y los alojamientos tienen la ventilación, comodidad y capacidad prevenidas en los artículos anteriores y prescripciones vigentes, determinando y expresando el número de pasajeros de todas clases de que son capaces.

6°. Y por último, de si los buques tienen las piezas de respeto de máquinas, según su clase y de arboladura, velámen y jarcias que deben llevar, y el completo de embarcaciones menores, de las cuales dos deberán ser salva-vidas, anclas, cadenas, remos, bombas, destilador de agua dulce y algibes de hierro, expresando su cabida, aparatos contra incendios, medios de salvamento, etc., etc., vajillas, efectos de cámara y demás pertrechos necesarios en buque de tal porte y servicio, --- instrumentos y cartas de navegación.

Art. 31. Concluido el reconocimiento, formará la Comisión ó Junta facultativa, un estado en que se presente el de las respectivas partes reconocidas y aprobadas, el cual será entregado al capitán general del departamento, quien tendrá la facultad de hacerlo ampliar en cualquiera de los puntos que juzgue conveniente, remitiéndolo al Gobierno con las observaciones que crea oportunas.

Art. 32. Reconocidos los buques en la forma expresada, se pondrá á su bordo la mitad del carbon y de la carga ó un peso equivalente, - por lo ménos de que sean capaces, y la Comisión procederá á las prue-

bas de navegación. La primera de éstas tendrá lugar con buen tiempo y - mar llana, si fuera posible, y en ella han de alcanzar los buques, navegando solamente á máquina, las velocidades indicadas en los artículos - respectivos, en un periodo de cuatro ó seis horas, estimándose este andar por marcaciones previamente determinadas, y con una presión en las calderas menor que la mitad de la que sufriera en las pruebas de resistencia.

En la segunda prueba, con mar y viento, la Comisión examinará las condiciones del buque, velocidad, balance, influencia del aparejo, --- andar del buque ayudado de éste y con solo el auxilio de la máquina y - el consumo de carbon en uno y otro caso, expresando su clase.

Se probará también la velocidad á diferentes grados de expansión, expresando todas las circunstancias que se crean necesarias para formar una idea exacta del trabajo útil de las máquinas y del servicio que --- podrá prestar el buque en las navegaciones á que se destina.

Art. 33. La Comisión formará un estado de ambas pruebas en el que se detallarán las condiciones de las máquinas en funciones, velocidad - obtenida en diferentes circunstancias y condiciones, consumo de combustibles, balance y cuantos datos puedan contribuir á formar conocimiento del buque, anotando al propio tiempo las observaciones que estime convenientes en consideracion al servicio que estos vapores han de prestar así como las variaciones ó mejoras que convenga introducir, y si el --- buque debe ó no ser admitido para el servicio.

Este documento será remitido al Gobierno por conducto del capitán general del departamento.

Art. 34. El Ministerio de Ultramar, en vista de los resultados de los reconocimientos y pruebas y de las observaciones de la Junta facultativa y del capitán general al remitir los estados de que va hecha --- mencion así como de lo que deberá informar al Ministerio de Marina, decidirá lo que estime conveniente acerca de la admisión del buque ó buques para el servicio de que se trata.

Art. 35. Los buques, sus máquinas, armamento y demás efectos pertenecientes á los mismos, deberán conservarse constantemente en buen estado de servicio.

Art. 36. Para la debida vigilancia y seguridad del cumplimiento -- del artículo anterior, nombrará el capitán general del departamento de Cádiz una Junta compuesta de tres personas competentes, de los cuerpos de la armada, que inspeccione los buques siempre que lo juzgue oportuno dicha autoridad, y precisamente en cada cuatro viajes redondos.

Del estado en que los encuentre dará la Junta cuenta á aquella autoridad, para que haga remediar las faltas que tengan ó los abusos que advierta; y si el contratista se negare á cumplir lo que se le ordena, se prohibirá la salida de los buques, quedando aquel responsable de las consecuencias.

El Gobierno podrá disponer cuando lo estime conveniente, que un -- jefe de la armada pase á inspeccionar el servicio general de la línea y el particular de los buques; y para estos casos el contratista se obligará á facilitarle pasaje en primera clase y camarote independiente, así como un bote tripulado, del que pueda disponer siempre que lo necesite.

Art. 37. Si se encontrare que por cualquier accidente, el casco , máquinas ó calderas habían sufrido una avería que no permitiera al buque navegar con seguridad, tendrá facultad el capitán general del departamento para detener el vapor, dando cuenta al Gobierno, y no se permitirá que haga el viaje sin que antes se remedie completamente la avería á satisfacción de la Junta, que lo reconocerá al efecto.

Iguales facultades ejercerán en todo los comandantes generales de los apostaderos de la Habana y Filipinas si las averías tuvieran que remediarse en aquellos puertos.

Art. 38. Los capitanes de los buques tendrán la obligación de presentar los cuadernos de bitácora y de vapor siempre que se les pidan por las autoridades de marina en los puertos extremos de la línea, á fin de

que el Gobierno pueda informarse, cuando lo crea conveniente, de la regularidad, exactitud y diligencia con que se verifica el servicio, y — exigir la responsabilidad á que hubiese lugar, Los referidos cuadernos deberán llevarse del mismo modo que en los buques de guerra.

Art. 39. Siempre que no resultare perjuicio para los trabajos urgentes de los buques de guerra, los vapores del contratista, previo — permiso de la autoridad de marina, serán admitidos para sus reparaciones en los arsenales, diques ó varaderos del Estado mediante el pago — de los gastos que ocasionen.

Art. 40. Los vapores se hallarán sujetos á las disposiciones que rijan sobre sanidad y policia marítimas, como cualesquiera otros buques nacionales, en todo aquello que no se encuentre expresament determinado en este pliego de condiciones.

CAPITULO IV.

De la tripulación.

Art. 41. La tripulación de los buques corresponderá á la cabida y condiciones de los mismos y al mejor servicio.

La Junta á que hace referencia el art. 36, ejercerá su inspección sobre este punto, dando cuenta por el conducto debido de las faltas — que en él observe al Ministerio de Ultramar.

Art. 42. El contratista se compromete á admitir en cada buque, si el Gobierno lo exigiere, dos aprendices de maquinista.

CAPITULO V.

De la conducción de la correspondencia y de las personas encargadas de su custodia.

Art. 43. La conducción de la correspondencia pública y privada — entre los puntos extremos ó intermedios de los viajes, se hará en los vapores bajo la responsabilidad directa del contratista, sin más abom

que el de la subvencion general de la línea.

Art. 44. Para los fines de este contrato, se entenderá como correspondencia pública y oficial todo saco, caja ó paquete de cartas, periódicos, libros ó impresos, y los demás objetos que son transmisibles con arreglo á la legislación de correos, son atender al punto de destino -- ni de origen, así como los sacos y cajas vacías y otros efectos que se destinan ó hayan destinado á transportar la correspondencia ó se envían á la Administración de correos. Además de la correspondencia, la empresa se obliga á transportar, sin más abon que el de la subvención -- de la línea, caudales ó valores pertenecientes al Estado.

Art. 45. Los capitanes de los buques recogerán por sí mismos la -- correspondencia de las Administraciones respectivas de correos, la custodiarán en la forma que la reciban y la entregarán en la Administración á que vaya destinada.

De la correspondencia certificad se harán cargo nominalmente, firmando su recibo en la Administración que remite y entregándola en el -- punto de su destino con igual formalidad.

Art. 46. El Gobierno, si lo juzga conveniente, podrá en todo tiempo confiar el despacho de la correspondencia que se cursare por esta -- línea, á los funcionarios del ramo de correos, sin perjuicio de los deberes que conforme á este pliego corresponden á la Empresa. Para tal -- caso queda obligado el contratista á señalar á dichos funcionarios su -- pasaje gratuito en camarote de primera clase y además un local seguro, cerrado con llave, para el desempeño de su cometido, y otro también cerrado para la custodia de la correspondencia. Tendrá asimismo á su disposición dicho funcionario un bote convenientemente tripulado para las -- necesidades del servicio.

Las demás exigencias de éste se determinarán por un reglamento --- especial hecho de acuerdo con la Empresa.

Art. 47. En el caso de que por accidente sufrido en alguno de los

buques de la Empresa, el viaje empezado no pudiera concluirse, los capitanes y agentes de aquella, cuidarán de asegurar el transporte de la — correspondencia á los puertos de su destino por los medios más expeditos que estén á su alcance.

Art. 47. En el caso de que por accidente sufrido en alguno de los buques de la Empresa, el viaje empezado no pudiera concluirse, los capitanes y agentes de aquella, cuidarán de asegurar el transporte de la — correspondencia á los puertos de su destino por los medios más expeditos que estén á su alcance.

Art. 48. Queda prohibido el transporte de toda otra clase de correspondencia que la que proceda de la Administración pública Española.

Cualquiera infracción en este punto, así como la de las disposiciones vigentes sobre transporte é inviolabilidad de la correspondencia, — serán castigadas con arreglo á las leyes.

CAPITULO VI.

De los servicios comerciales y de los transporte de pasajeros, mercancías y material del servicio del Estado.

Art. 49. La Empresa podrá efectuar en sus buques toda clase de — transporte de pasajeros y mercancías, y hacer todas las operaciones de comercio que no perjudiquen á los servicios que debe prestar al Estado, siendo sus productos propiedad de la Empresa concesionaria.

El contratista someterá a la aprobación del Ministerio de Ultramar las tarifas que han de regir desde los puertos de España á los demás — que visiten los buques, y vice-versa.

Estas tarifas serán establecidas sobre las bases siguientes:

Ni las de pasaje, ni las de carga entre España y los puertos que visiten los buques y vice-versa podrán exceder de las que para iguales destinos rijan ordinariamente en servicios postales extranjeros paralelos.

Para los puertos servidos en combinación deberán ser inferiores en un 10 por 100. Cuando la demora que ocasione el trasbordo que deban sufrir los pasajeros con destino á puertos servidos por combinación en el puerto de escala en donde éste se efectúe, exceda de tres días, el concesionario, si el pasajero lo pidiere, deberá conducirlo por su cuenta al puerto extranjero en que más inmediatamente toque la línea que sirva directamente el de su destino.

Los precios de pasaje y carga de y para España no serán nunca superiores á los que el contratista tenga para el extranjero.

Para conciliar los intereses del Estado y del concesionario, el Gobierno mandará revisar anualmente las tarifas y resolverá teniendo en cuenta la contabilidad de aquel y su estado económico.

También tendrá el Gobierno el derecho de rebajar las tarifas, aunque se mantengan dentro de las condiciones de este artículo: pero las que nuevamente se establezcan no serán obligatorias para la Compañía hasta que las líneas produzcan el excedente de que trata el art. 7°.

El contratista se obliga á transportar por un 50 por 100 de sus tarifas aquellos artículos cuyo desarrollo ó movimiento quiera fomentar el Gobierno, dentro de los límites siguientes:

A las Antillas anualmente hasta	1.000	pesetas.
Regreso á las Antillas	1.000	"
A Filipinas	500	"
De Filipinas	500	"

Los productos que deban gozar de esta ventaja serán designados por el Gobierno al principio de cada año, y los remitentes serán atendidos por la Compañía segun el orden con que hubiesen solicitado el embarque de las mercancías, y en igualdad de circunstancias á prorrata de sus pedidos.

Art. 50. La Compañía se compromete á montar un servicio relacionado

disposiciones que deban tomarse en previsión de la instalación rápida -- en tiempo de guerra, de piezas de artillería á bordo de dicho buque, y podrá obligarse á la Compañía á hacer los refuerzos parciales en el caso que juzgue útiles para el establecimiento posible de esa artillería.

Dichos refuerzos no podrán ser exigidos para mayor número de seis piezas cuyo peso y esfuerzo de reacción no excedan de los de una pieza de 14 centímetros.

Para los buques ya contruidos bastará que la Compañía ponga de manifiesto los planos de los mismos para que el Ministro de Marina pueda hacer estudiar las medidas que habría que tomar para adaptar dichos buques al servicio de guerra.

Si el Ministro juzgara necesario ó posible establecer desde el principio de la concesión variaciones en el sentido de esos usos, se llevarán á cabo, cuidando de que por ellas no sufra interrupción el servicio, y entendiéndose que tanto en este caso como en el de nuevas adquisiciones, las reformas propuestas por el Ministerio serán de aquellas que no perjudiquen á los fines comerciales de los buques.

Art. 26. Cada buque embarcará para su defensa el armamento siguiente: dos cañones, sistema Montoria, de 0'09 con pólvora y municiones -- para treinta tiros cada pieza; veinte fusiles ó carabinas de sistema Remington con cien tiros para cada uno y bayoneta ó sable-bayoneta y veinte sables de marina.

Art. 27. Los buques empleados por el contratista deberán estar abanderados y matriculados en España y pertenecer á españoles, con arreglo á las disposiciones del Código de comercio, de las ordenanzas de marina y demás prescripciones vigentes.

Art. 28. Si alguno de los vapores se inutilizase, será reemplazado por otro de tonelaje y marcha acomodados á las exigencias del servicio que de allí en adelante deba prestar la Compañía con la mejora posible. El contratista estará obligado á reponerle dentro del plazo de

con todas las líneas regulares extranjeras, que por la vía más rápida posible le permita expedir pasajeros y dar conocimiento para todos los puertos del mundo visitados por líneas marítimas regulares.

Todos los agentes de la Compañía estarán provistos de muestrarios de productos de la Península y sus posesiones de Ultramar y de notas de precios de los mismos. Estos muestrarios estarán suministrados por el Gobierno á la Compañía.

Los agentes estarán obligados á efectuar al tipo y condiciones usuales el seguro de las mercancías de cuya conducción se encargue la Compañía; á transmitir á los productores de los géneros que aparezcan en los muestrarios de los pedidos de los mismos que se le dirijan; á gestionar el reembolso del importe de los géneros vendidos dentro de las condiciones de cambio más ventajosas posibles para el productor.

El concesionario quedará en libertad de adoptar las precauciones que considere necesarias para precaverse de la falta de solvencia en que pudieran incurrir las personas con quienes traté.

Los agentes deberán hacer llegar á la Compañía, y ésta al Gobierno cuantas noticias juzguen conducentes al desarrollo de la producción nacional.

En el transporte de mercancías el concesionario concederá la preferencia en iguales condiciones á los embarques del comercio español, siempre que el pedido de hueco haya sido hecho á sus agentes con la anticipación debida dentro de los plazos que el contratista señale.

Art. 51. El precio de pasaje de los emigrantes de España será siempre 10 por 100 más bajo para nuestras colonias que para los países extranjeros.

Para favorecer el desarrollo de determinadas corrientes de emigración, la Compañía, á propuesta del Gobierno, embarcará con una rebaja de 20 por 100 sobre sus tarifas ordinarias el número de emigrantes que

á continuación se expresan:

500 anuales entre España y sus Antillas, y
500 idem idem y Filipinas.

Si el Gobierno quisiera favorecer en Cuba la inmigración negra ó asiática, rebajará el contratista el 15 por 100 de sus tarifas.

Art. 52. En la línea de Marruecos, en época de ferias y fiestas, el contratista se comprometerá á transportar por el 10 por 100 de sus tarifas hasta 2.000 moros, escalonandolos en la medida que permita la cabida de los buques.

Los agentes comerciales á quienes el Gobierno juzgara oportuno conceder pasaje en las líneas objeto de esta concesión, disfrutarán del beneficio de la tarifa oficial.

Art. 53. El Gobierno podrá disponer de la cuarta parte de las plazas destinadas á bordo de los buques para pasajeros, con el fin de transportar á todos los individuos activos y licenciados del ejército y armada, y á los funcionarios de las demás carreras del Estado que destinen á las colonias ó puertos del extranjero; ó que regresen de unos ú otros á los licenciados de establecimientos penales, y á los individuos que á ellos sean conducidos; á las Hermanas de la Caridad y á los misioneros que se dirijan de unos á otros territorios españoles; á los deportados; á los náufragos, y á los pobres que se hallen bajo el amparo de la autoridad, y finalmente, á las mujeres, hijos y madres viudas de los jefes y oficiales del ejército y armada, de los funcionarios públicos que quedan expresados, y de los individuos de la Guardia civil que se hallan en el mismo caso.

El Gobierno podrá disponer hasta de la tercera parte de las plazas destinadas á bordo de los buques para pasajeros, con el fin de transportar á todos los individuos que quedan mencionados.

Los precios de transportes para todos los pasajes de las personas mencionadas, serán inferiores á los señalados en las tarifas generales del contratista, los de primera y segunda clase en un 30 por 100, los de tercera de Cuba en un 60 por 100, y los de las otras líneas en un 35 por 100 respecto de los puertos visitados por los buques correos. -- En cuanto á los puertos que figuren en los servicios combinados, la -- rebaja serán solamente de un 20 por 100 para todas las clases.

Si el contratista estableciera diferentes categorías de primera, el Gobierno determinará asimismo, el pasaje correspondiente á cada una.

Art. 54. El Gobierno se obliga á transportar á todas las personas de las clases mencionadas, por los buques de la Empresa, siempre que con arreglo á las disposiciones vigentes en la materia haya de abonarles ó anticiparles pasaje por cuenta del Estado, pues de verificarlo por cuenta propia, quedarán libres de dirigirse á sus destinos por la vía que más les convenga.

De esta obligación quedará el Gobierno exento en casos de urgencia extraordinaria en que la Compañía no pudiera habilitar, con la perentoriedad que se le exija, el número de barcos ó plazas que se necesiten -- para los transportes oficiales.

No se entenderá infringida esa obligación por el hecho de que el -- Gobierno, utilizando barcos de guerra, conduzca armamentos ó pertrechos militares, y aun tropas si el interés del Estado lo hiciere necesario.

Art. 55. El trato y manutención de los sargentos, soldados y marineros transportados, serán los que se designan en la Real orden de 12 -- de Enero de 1867.

Desde Suez hasta Manila, en los viajes de ida y vice-versa en los de vuelta, se les dará además dos ó tres refrescos de limón al día.

Art. 56. En los precios señalados en el art. 53, queda comprendido el pasaje y la manutención que deberá facilitar el contratista á las --

tropas con sus jefes y oficiales, siempre que por orden del Gobierno se trasladen desde los puertos del litoral de la Península en que se hallan establecidos los depósitos de bandera para Ultramar, al punto en que esté surto el buque que haya de conducirles á las islas de Cuba Puerto-Rico y Filipinas. El contratista no podrá aplazar el transporte y desde el momento en que se le notifique hallarse listos los individuos para embarque, deberá aprovechar para él la primera oportunidad, que nunca dilatará más de quince días, exceptuando los casos de fuerza mayor, bien justificada.

Art. 57. Durante la estancia en el puerto de salida de los individuos del ejército á que se refiere el artículo anterior, hasta su embarque en el vapor que primero salga, será de cuenta del contratista la manutención, pero no el alojamiento. Este, deberán facilitarlas autoridades militares hasta la salida de dicho buque.

Cesará para el contratista la obligación de mantener en el puerto de salida á los individuos del ejército y armada, si por enfermedad ó por cualesquiera otras causas se quedasen en tierra al verificarse la expedición que debiera conducirlos.

Art. 58. En cada buque se llevará un libro registro para recibir en él las quejas de los pasajeros, referentes al servicio de los mismos, con relación al reglamento que el contratista queda obligado á formular, respecto al trato que deba darse á aquellos y orden y policía de cámaras alojamientos y camareros; del cual facilitará al Ministerio de Ultramar 50 ejemplares é igual número al de Marina, dentro del primer mes del servicio, sometiendo antes el proyecto al primero de los dos Ministerios para su aprobación ó reforma.

La Junta de vigilancia de que trata el art. 36 examinará dichas quejas; a si estima que son dignas de consideración, dará cuenta de ellas al Ministerio de Ultramar.

Art. 59. La Empresa se obliga á recibir á bordo de sus buques hasta la décima parte del tonelaje disponible para carga, ó sea neto, en cada

uno, en armas, pertrechos y toda clase de material del servicio del Estado. En los fletes de estos efectos, se hará por el contratista una -- rebaja de 30 por 100 de los precios marcados en las tarifas adoptadas -- para el público.

El Gobierno se obliga á transportar en los buques de la Empresa to do el material del servicio del Estado que se expida de, ó para las --- provincias de Ultramar, salvas las limitaciones que contiene al artí- culo 54.

Art. 60. Cuando por disposición del Gobierno se embarcasen muni- ciones de guerra, el contratista podrá exigir que su conducción y envase se efectue en la forma y con las precauciones necesarias para evitar -- explosiones y siniestros.

La conducción de pastas para la acuñación de moneda y las de espe- cie metálica se verificará sin retribución alguna cuando unas y otras -- pertenezcan al Estado.

Art. 61. Sean cualesquiera los precios de las tarifas y las deduc- ciones que en ellas deban hacerse á favor del Estado, la conducción del tabaco que desde Filipinas, Cuba, Puerto-Rico ú otros puertos de Améri- ca haya de trasladarse á la Península, con destino á las Fábricas nacio- nales, no podrá costar al Estado en ningún caso más que pesetas 10,65 cada quintal conducido desde Filipinas, y 8 pesetas cada uno de los que se embarquen en América.

CAPITULO VII.

De la fianza.

Art. 62. Los buques destinados á este servicio, sean ó no propie- dad del contratista, quedarán especialmente obligados y afectos al cum- plimiento del contrato, sin que en ningún caso, ni por ningún concepto, pueda aquel hacerlos responsables de ninguna otra obligación ni crédito

Al efecto, el contratista, al presentar los buques en los plazos --

que señalan los artículos 22; 23 y 24, declarará que no se hallan previamente hipotecados, ni gravados, ni dados en garantía en cualquiera forma en el Reino ó en el extranjero en daño del servicio, obligándose á mantenerlo así por todo el tiempo de duración del contrato, cuya declaración llevará consigo la oportuna responsabilidad civil y criminal para el caso de resultar falsa. Al mismo fin se admitirá en cualquier tiempo, á quién quiera que la presente, la justificación del gravamen de dichos buques, anterior ó posterior á la época de su presentación, mediante la cual se exigirá al contratista la responsabilidad correspondiente.

En el caso de que los buques no sean propiedad del contratista, — tendrá éste obligación de presentar al Gobierno copia de la escritura que haya celebrado con el dueño. Esta escritura habrá de contener necesariamente la cláusula de que el propietario conoce en toda su extensión y acepta por su parte las condiciones con que el contrato se hace renunciando sus derechos en todo cuanto estos puedan hacerlas ineficaces.

En el caso de falta parcial ó total de lo estipulado, ó de interrupción total ó parcial del servicio por culpa del contratista, el Gobierno se apoderará del buque ó buques que estén destinados por el contratista al mismo servicio, ó que hayan sido admitidos con el propio — objeto, y con dichos buques lo ejecutará la Administración á cargo y — por cuenta del contratista, siempre que el Estado haya llenado puntualmente todos sus compromisos con el concesionario.

Este garantizará, además, el cumplimiento de lo pactado, consignado en la Caja general de Depósitos 8.500.000 pesetas en metálico ó en efectos públicos del Estado, al tipo que las disposiciones vigentes le atribuyan para la constitución de fianzas.

Art. 63. El depósito mencionado quedará reducido á 1.275.000 pesetas cuando todos los buques de la línea estén en servicio; esta reducción se hará proporcionalmente, según vayan siendo admitidos los vapores de la Compañía.

CAPITULO VIII.

De los casos extraordinarios y de guerra.

Art. 64. En casos de guerra marítima ó de hostilidades en alguno - de los mares ó puertos visitados por la Compañía, el Gobierno será responsable de las eventualidades que pudieran resultar de dicha guerra, á no ser que hay dejado á aquella en libertad de suspender el servicio ó - de no tocar en los puertos donde hubiere hostilidades.

En el caso de suspenderse el servicio, el tiempo trascurrido desde la suspensión hasta su nuevo establecimiento, se comprenderá ó no en la duración del contrato á elección de la Empresa. La indemnización á que hubiere lugar, partiendo de esta base, sería fijada por la Comisión que se cita en el párrafo siguiente:

Si se suspendiera el servicio, el Estado, podrá tomar posesión de los buques con su material y pertrechos, haciéndose de todo un avalúo - por una Comisión compuesta de dos personas elegidas por el Gobierno y - dos por el Contratista.

A la terminación de la guerra, serán devueltos al contratista los buques con su material, previa la indemnización á que diera lugar su -- menor valor, á juicio de la expresada Comisión.

El Gobierno pagará á la Empresa, durante el tiempo que tenga á su servicio los buques, el 5 por 100 del capital que éstos representen, -- segun el juicio de la citada Comisión. Todo otro pago quedará suspendido durante la interrupción del servicio por la Empresa.

Art. 65. Si el Gobierno no usare la facultad que le corresponde en virtud del párrafo segundo del precedente artículo, abonará á la Empresa desde el día en que cesare el servicio hasta la terminación de la -- guerra, el interés de un 5 por 100 del capital que representen los buques y pertrechos, según avalúo de la Comisión.

Art. 66. Al terminar la guerra, el Ministerio de Ultramar, ayendo

al Consejo de Estado, podrá relevar á la Empresa del cumplimiento del contrato, si los acontecimientos de aquella la hubiesen colocado en la imposibilidad de continuar el servicio.

Art. 67. En circunstancias políticas extraordinarias y sin que --- ocurra el caso de guerra marítima, el Gobierno podrá fletar uno ó varios buques de la Empresa.

Cuando esto tenga lugar, la indemnización á que la Empresa fuere --- acreedora, será justipreciada por la Comisión que se menciona en el --- art. 64.

Si el Gobierno dispusiera de más de un buque, el contratista no -- estará obligado á hacer el número de viajes estipulado en el contrato: un arreglo especial hecho de comun acuerdo, fijará entonces las alteraciones que se hayan de hacer en el número y época de los viajes. Esto mismo tendrá lugar cuando por causa de guerra el Estado se hubiere incautado de los barcos de la Empresa, y al terminar aquella no devolvie se todos lo que había recibido ó los devolviese inútiles para prestar -- los servicios del presente contrato.

CAPITULO IX.

De la sanción penal.

Art. 68. Si el contratista no presentare los buques destinados á -- las líneas principales de correos á las Antillas, Filipinas y Buenos-Aires, para ser recibidos segun lo dispuesto en los artículos 22, 23, -- y 24, quedará árbitro el Gobierno de rescindir el contrato con pérdida de la fianza ó de imponer á áquel una multa de 25.000 pesetas.

Si antes del día en que deben empezar los servicios no estuvieren admitidos, por no tener las condiciones prevenidas, los buques necesarios para empezar los servicios de las Antillas y Filipinas, se impondrá al contratista una multa de 150.000 pesetas por cada uno de los --- buques que falten.

Si en los plazos marcados en el referido artículo para la presentación de los restantes buques no los presentase el contratista, ó no --- fueren admitidos por no merecerlo, incurrirá éste en la multa de pestas 150.000 por cada uno de los que falten para completar el servicio. Si - el contratista no estuviera en disposición de comenzar en las fechas se ñaladas los servicios de Buenos-Aires, Fernando Póo y Marruecos, la multa será, respecto del primero de 100.000 pestas; respecto del segundo - 80.000, y respecto del tercero, de 60.000.

Art. 69. Si el contratista dejare de hacer alguna de las expediciones á que queda obligado, incurrirá en la multa de 150.000 pesetas en - las líneas de Cuba y Filipinas, y de 100.000 en la línea de Buenos-Aires 80.000 en la de Fernando Póo y 60.000 en la de Marruecos.

Cuando dejara de realizar una expedición servida por combinación, por haberse hecho ésta imposible, dejará de percibir la subvención correspondiente al recorrido no servido. Si la combinación resultare imposible para los viajes sucesivos, el contratista estará además, obligado á devolver la mitad de las subvenciones que por ella hubiere recibido.

Art. 70. Si no tuviere dispuestos los buques en la forma que ordena el art: 13, pagará una multa de 5.000 pesetas.

Art. 71. Si la salida de los buques se retardase por culpa del contratista, pagará éste una multa de 10.000 pesetas, y se aumentarán 5.000 por cada día empezado sin que salga el buque, hasta el quinto día en -- que se declarará no hecha la expedición, é incurso el contratista en la multa de 150.000 pesetas.

Llegado el caso de aplicar esta multa por falta de la expedición, no se exigirán las multas parciales que quedan establecidas.

Estas cantidades quedan reducidas, respectivamente, á 5000, 2.500 y 100.000 para Buenos-Aires; á 4.000, 2.000 y 80.000 para Fernando Póo á 3.000, 1.500 y 60.000 para Marruecos.

Art. 72. En el caso de que la marcha media anual señalada por --- este contrato á los vapores en cada una de las líneas no se hubiese -- completado en todas ó en alguna de éstas, se hará al concesionario un descuento de la subvencion asignada á la línea respectiva, conforme a las bases siguientes:

Si la marcha realizada por término medio durante al año fuese inferior al mínimun obligatorio en un cuarto de milla (nudo) por hora, - el descuento será de un cuartillo por ciento del total de la subvención correspondiente al recorrido anual de la línea. La retención será de me dio por ciento, si la diferencia fuere de media milla (nudo); de tres - cuartillos por ciento, si de tres cuartos de milla, y, en fin, de uno - por ciento cada milla completa.

Siempre que la diferencia exceda de una milla, se requerirá al con cesionario para que reemplace aquel ó aquellos vapores que hubieren --- sido causa principal de esta diferencia.

La Compañía está obligada al reemplazo de cada uno de los barcos - en el término de diez y seis meses, á contar desde la fecha de requeri- miento.

El importe de las retenciones será descontado por el Gobierno, de las sumas que se deban al concesionario.

Para el debido cumplimiento de las cláusulas de este artículo, se formará al final de cada año un estado de la duración de cada travesía en cada una de las líneas principales de las concesión, con las deduc- ciones procedentes por permanencia en los puertos de cada escala, y en la línea de Filipinas las concedidas por contramonzones y suciedad de - fondos.

El total por línea establecerá la velocidad media anual y, por -- consiguiente, el descuento que se impondrá a la Compañía.

Art. 73. Cuando hubiere transcurrido el plazo de diez y seis meses

que los artículos 28 y 72 señalan para reponer el buque perdido ó inútil, sin la presentación del que haya de sustituirle, el contratista - incurrirá en lamulta de 150.000 pesetas y quedará obligado á presentar le en nuevo término de seis mese, pagando, de no hacerlo, otra multa - de igual cantidad.

Art. 74. Si el capitán no recogiese la correspondencia, ó cometiese alguna falta que produjese pérdida de ella, incurrirá el contratista en la multa de 40.000 pesetas. En el caso de que por culpa ú omisión del capitán sufra deterioro la correspondencia, pagará el contratista 15.000 pesetas.

Art. 75. Por faltas que cometa el contratista ó sus dependientes en los servicios á que se refiere el artículo 58, se exigirá á aquel - multas proporcionadas á juicio del Ministerio de Ultramar.

Art. 76. Las multas señaladas en este capítulo se impondrán gubernativamente con solo tenerse noticia oficial de los hechos que la motivasen, y se tomarán del depósito á que se refieren los artículos 62 y 63 debiendo reponerlo el contratista á su integridad en el plazo improrrogable de ocho días, contados desde que por la Caja de Depósitos se haga la oportuna retencion. La falta de reposición del depósito se considerará rescisión del contrato, quedando el contratista responsable de -- los daños y perjuicios que su falta irroque á la Hacienda en todo lo - que éstos superen á los restos de fianza.

Art. 77. Las multas expresadas en los artículos anteriores, se -- entenderán sin perjuicio de la responsabilidad criminal y de las indemnizaciones de daños y perjuicios á que hubiere lugar en cada caso, y - dejarán de ser exigibles cuando se probare que, para no imponerlas, -- concurren las circunstancias á que hace relación el art. 14.

DISPOSICION ADICIONAL.

Dentro de los dos primeros años, á contar desde el día en que se hubiese empezado á prestar los servicios de Buenos-Aires y de Fernando

Póo, el Gobierno y el concesionario tendrán el derecho de denunciarlos.

Si se ejercitaren, el servicio á que la denuncia se refiera se concluirá al vencimiento de los dos años, á menos que las partes contratantes se pusieran de acuerdo acerca de las condiciones en que habría de desempeñarse en lo sucesivo.

Madrid 4 de Diciembre de 1886. - El Ministro de Ultramar,
Víctor Balaguer.

(Fuente: DSC. Congreso, 4 diciembre, 1886, tomo 4º, apéndice 1º al --
nº 78.)

